

OSWALD MOSLEY

MI VIDA

LUIS DE CARALT

Título de la obra original:

MY LIFE

© Sir Oswald Mosley 1968

Versión española

de

J. González

Primera edición: Abril 1973

Reservados todos los derechos

LUIS DE CARALT, 1973

Impreso en España Printed in Spain

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	5
1. LINAJE Y NIÑEZ	6
2. COLEGIO Y SANDHURST	20
3. SERVICIO EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL	32
4. LAS VENTAJAS DE LA EXPERIENCIA.....	48
5. INGRESO EN LA POLÍTICA EL PARTIDO DEL CENTRO F. E. CHURCHILL.....	60
6. MATRIMONIO CON CYNTHIA CURZON CURZON INDIA	75
7. JUVENTUD Y VEJEZ. LOS CECIL. LA SOCIEDAD DE NACIONES.....	85
8. LA CUESTIÓN IRLANDESA. LAS «REPRESALIAS» DE LLOYD GEORGE	98
9. ELECCIONES 1922-24. CLYDESIDERS. EL I. L P. BIRMINGHAM	107
10. LAS PROPUESTAS DE BIRMINGHAM. SHAW Y LOS «SOCIALISTAS RICOS». LA HUELGA GENERAL	115
11. ROOSEVELT Y LA INDUSTRIA AMERICANA	124
12. PARLAMENTO Y PARTIDO LABORISTA SHAW EL PROFETA	135
13. EN EL GOBIERNO MACDONALD DE 1929.....	147
14. DIMISIÓN. LA LUCHA EN EL LABOUR. LA CONFERENCIA DEL PARTIDO	157
15. CONSENSO PARA UNA ACCIÓN NACIONAL: ¿1930 Y HOY? LA FORMACIÓN DEL NEW PARTY	167
16. LA FUNDACIÓN DE LA UNIÓN BRITÁNICA DE FASCISTAS	180
17. LA IDEOLOGÍA DEL FASCISMO. CIENCIA Y CESARISMO.	199
18. LA OPOSICIÓN JUDÍA FINANZAS Y ADMINISTRACIÓN ACCIONES POR LIBELO.....	210
19. HITLER Y MUSSOLINI CONVERSACIONES E IMPRESIONES LA ABDICACIÓN	223
20. POR QUE ME OPUSE A LA GUERRA	234
21. ACCIÓN ANTE LA DECLARACIÓN DE GUERRA. ENCARCELAMIENTO BAJO LA 18 B.....	247
22. VIDA PRIVADA DESPUÉS DE LA GUERRA.....	259
23. LA IDEA EUROPEA DE LA POSGUERRA	270
24. NORTH KENSINGTON REANUDACIÓN POSTRERA DE LA VIOLENCIA COMUNISTA	279
25. POLÍTICA PARA EL PRESENTE Y PARA EL FUTURO.	290
 PRIMERA PARTE	 290
 SEGUNDA PARTE	 304
ILUSTRACIONES	317

Hace aún pocos años decía la esposa de Sir Winston Churchill: «Recuerdo todavía aquellos años en que mi marido era tan odiado de Inglaterra como Oswald Mosley lo es hoy». Y este hombre, sobre quien cayó el odio casi unánime de los ingleses en los años de la guerra, fue el primer político británico que desde los tiempos de Cromwell tuvo un ejército privado, fue el hombre que por un momento pareció que formaría, con Mus-solini y con Hitler, el triunvirato totalitario que dominaría Europa, y antes había sido «el único inglés que pudo haber sido Primer ministro tanto con los conservadores como con los laboristas». De él dijo Lord Boothby que «hubiera sido un gran Premier. Desde luego era el mejor orador de los Comunes, con excepción de Lloyd George. Era un hombre enormemente dotado», y R. H. S. Croosman lo calificaba —en 1961— de «el político más extraordinario de su generación». La trayectoria política de Sir Oswald Mosley es representativa de las contradicciones de la juventud británica en los momentos decisivos en que se inicia la agonía del Imperio inglés. Diputado conservador en 1919, pasó pronto a formar parte del «Independent Labour Party», el ala más radical del Laborismo. En 1931 abandonó este partido y en 1932 fundó la Unión Fascista Británica. En julio de 1939, las reuniones fascistas convocaban en Londres cerca de 40.000 participantes y el Fascismo aparecía para muchos británicos como la única alternativa posible ante el comunismo. Encarcelado en 1940, el sentido británico del juego limpio político le benefició hasta el punto de que Mosley fue el único de los grandes jefes fascistas de preguerra que pudo reanudar su actividad libremente sin introducir en sus esquemas modificaciones sustanciales tras la paz de 1945. Las Memorias del político inglés más odiado, más ferozmente anatematizado, pero también del hombre en quien parte de una generación británica puso las mayores esperanzas, constituyen una pieza fundamental para comprender el atractivo que el Fascismo tuvo para aquella juventud europea que en los años treinta estaba convencida de que la catástrofe de la Gran Guerra había que atribuirla a la incompetencia de los viejos políticos, a la inoperancia de los sistemas y al anquilosamiento de las estructuras. La vida azarosa y cambiante de Oswald Mosley, el joven diputado que en 1927 señalaba al Fascismo como un peligro para la paz y que en 1933 parecía a punto de establecer una dictadura fascista en Gran Bretaña, es representativa y en cierto sentido ejemplar. Jamás fue Mosley un arribista sin escrúpulos o un cínico trepador que cambiara de banderas por ambición o vanidad; antes bien, fue un patriota, un hombre que tuvo el valor de enfrentarse con la inamovible tradición británica, una figura representativa del desconcierto y de la generosidad de la juventud europea de entreguerras.

AGRADECIMIENTOS

Mi principal agradecimiento lo dirijo a la paciencia del lector, que puede descubrir algunos errores en los hechos o datos de este largo trabajo, compilado casi enteramente de memoria. Mis papeles se perdieron en la destrucción de la guerra, y he estado por completo alejado de la mayor parte de mi biblioteca. Los principales hechos han sido recogidos por otros, que han tenido acceso a los archivos. Los datos han resultado correctos, hasta el punto de que yo mismo me he sorprendido, dadas las circunstancias. Las citas a veces se ven afectadas por la falta de memoria, que debe haber introducido cambios en los pasajes de los clásicos, haciéndolos menos claros que sus distinguidos autores.

Debo dar las gracias a mi esposa, que ha contribuido a confeccionar este libro con su entusiasmo y con su aguda y muy crítica inteligencia, y a aquellos que han sido lo bastante amables como para leer las pruebas, en parte o en su totalidad. A Sydney Potter, que fue mi compañero en la lucha política para ganar Birmingham en los años veinte, y que, después de un largo intervalo, ha ejercitado generosamente su experiencia editorial leyendo estas páginas en los años sesenta; a mis más jóvenes amigos literarios — Desmond Stewart, Robert Skidelsky y David Ashton — que han ayudado en la misma tarea; a Jeffrey Hamm y Robert Row, que han combinado el trabajo de investigación con la pesada carga secretarial; al conde Jean de Baglion, que ha colaborado corrigiendo al final la gramática de algunas citas francesas, y a la princesa Clary, que nos ha ayudado del mismo modo con el alemán; a mis hermanos, Ted y John, y a mi hija Vivien, que ha proporcionado algunas fotografías, y a la amistad de Jerry Lehane, por su continua y desinteresada ayuda, que hizo posible todo mi trabajo. Debo mucho a mis amigos.

Mis editores, Thomas Nelson e Hijos, han prestado su generosa colaboración y han ido mucho más lejos de sus obligaciones normales, proporcionando los archivos de James Mitchell y sugiriendo cuestiones sobre una amplia gama de temas. Finalmente, agradezco a James Shepherd su capacidad para cooperar estrechamente en la edición de este arduo trabajo, a pesar de las prisas. Mi buena fortuna en estos aspectos me ha permitido superar algunas de mis dificultades iniciales cuando sólo contaba con mi propia memoria.

1. LINAJE Y NIÑEZ

Nosotros procedemos de «Ernald el Sajón», que vivió durante el reinado del rey Juan en Moseley, una aldea de Staffordshire, a cuatro millas de Wolverhampton. Los descendientes de ese «Ernald de Moseley» se trasladaron a Lancashire y a otros lugares de Staffordshire, donde se mezclaron con los normandos y después, ligeramente, con escoceses e irlandeses. La «e» del apellido de la familia fue eliminada por consideración a un epigrama latino de la erudita reina Isabel cuando un antepasado nuestro desafió la ley y organizó una flota privada contra España. Mi fuerte sentimiento europeo creo que tiene algún fundamento en los antecedentes y tradición familiares.

Nunca he hecho un estudio a fondo del linaje familiar, que está recogido en distintas bibliografías, pero recuerdo en mi juventud a un tío abuelo que era una notable autoridad en la materia. Sin duda, en el transcurso del tiempo, los hechos se han exagerado libremente. Sin embargo, parece cierto que nuestra familia jugó un papel importante en la Guerra Civil, aunque yo nunca he comprobado documentalmente su pretensión de haber defendido Tutbury Castle y de ser ésta la última fortaleza realista que cayó en aquel amargo conflicto. Según el testimonio, digno de confianza, de mi abuelo y de mi tío abuelo, ellos aseguraban haber visto cartas escritas por Cromwell mientras asediaba Tutbury, en las que amenazaba con incendiar la vecina casa familiar de Rolleston si nosotros no entregábamos el castillo. Con este ancestral orgullo, yo recorría diariamente el camino de milla y media de ida, y otro tanto de vuelta, que hay desde la casa de mi abuelo en Rolleston hasta Tutbury, todas las tardes de mi niñez, bajo la atenta mirada de mi primer sargento mayor, una bondadosa niñera. Afortunadamente, Cromwell no llevó a cabo sus amenazas, sino que se conformó con llevarse todo el plomo del tejado de Rolleston para hacer balas. Sin embargo, sólo se aplazó un poco la destrucción de aquella elegante mansión de viejo estilo Tudor. Se incendió en la segunda mitad del siglo pasado, junto con las cartas de Cromwell y muchos otros tesoros. Yo nunca la llegué a ver.

Todo lo que quedó en pie de la casa fue un trozo de fachada, de estilo georgiano, que había sido añadida en el siglo XVIII. Lo más notable de ella era una larga galería recubierta de caoba que contenía los mejores cuadros, incluidos varios Van Dyck; eso debe datar del período de máximo apogeo de la fortuna familiar, aunque los conocimientos en la cría del ganado fueron más sobresalientes en mi antecesor inmediato. Tenemos todavía un tapiz que debe haber estado escondido en algún cuarto trasero; representa a un joven Mosley montando a caballo y acompañado por sus perros en la ladera de Tutbury Castle, perenne escenario de devota memoria y de peregrinación. Los Van Dyck han desaparecido sin dejar rastro, excepto uno; por algún extraño capricho del destino el fuego nos restituyó lo que antes nos había arrebatado. En 1954 sufrimos un segundo incendio en una casa que teníamos en Clonfert, Irlanda, donde estaban colgados algunos de los cuadros que le quedaban a la familia. Un gran cuadro, que siempre habíamos creído era sólo una copia de uno de los Van Dyck, resultó muy dañado. Fue enviado a Dublín para limpiarlo y separar el centro no dañado. En la reparación, los expertos irlandeses comprobaron que era auténtico.

A causa del incendio de Rolleston tenemos pocas reliquias del período caballeresco. Aún tenemos menos desde el siguiente cataclismo en que estuvimos envueltos. Igual que a las demás familias inglesas, y, en realidad, que toda la nación británica, a largos y soñolientos períodos de vida pacífica, seguían momentos de abrupto despertar y, a veces, de acción dramática. Existió siempre la tradición de que nosotros estuvimos muy comprometidos con la rebelión de 1745 del príncipe Charles Edward Stuart. La única prueba que tuve de eso en mi juventud fue un acerico bordado por alguna antepasada mía con las palabras: «Abajo con el Rump y Dios bendiga al Príncipe Charles». Todavía conservamos ese acerico, pero desde luego, está muy claro que no se refiere al príncipe Charles Edward del 45, sino a Carlos II cuando iba «de viaje» como fugitivo del «Rump» del Parlamento de Cromwell. En cualquier caso, yo me inclino a desestimar la tradición de que en 1745 nosotros estábamos armados y dispuestos a marchar con el Joven Pretendiente en su avance hacia el Sur, cuando llegase a nuestra casa de Rolleston. Nos salvamos del desastre subsiguiente gracias a que él y los Híghlanders volvieron hacia Derby, unas once millas al Norte.

Este tópico revivió de nuevo cuando presidí un banquete público en los años treinta, en el que, como es usual, expresé mi lealtad a la Corona. Sir Compton Mackenzie estaba presente y preguntó a continuación con ironía si aquella declaración tenía algo que ver con el hecho de que el príncipe Charles Edward hubiese pasado la noche en nuestra casa familiar durante su secreta visita a Inglaterra en el año anterior al 1745. Él refirió más tarde este incidente histórico en un libro que trataba sobre la bien disimulada inspección que el príncipe Charles realizó al futuro campo de batalla. Yo nunca había oído nada de eso, pero no resulta difícil comprender el cuidado que habría puesto la familia en destruir todos los recuerdos de ese período.

La romántica tradición de oposición e insurgencia — unida a la gracia y el encanto de los Estuardo y su causa— evidentemente impulsó a nuestra familia a su lado, pero el lector se equivocaría si pensase que esos acontecimientos han podido influir en mi carrera política. Se produjo un portentoso cambio cuando los Mosley se

convirtieron en la encarnación de las virtudes inglesas opuestas. Quizá tuvimos después la afortunada cualidad, la gracia redentora, de aprender de las experiencias pasadas.

El cambio se produjo a partir de mi tatarabuelo, Sir Oswald Mosley, quien me contempla con su toga roja desde un retrato, respetado por el fuego, con una expresión de serena confianza característica de la estabilidad inglesa, aunque con un deje irónico, casi como si admitiese que su expresión no es tan sincera como trata de aparentar. Con él iniciamos un período muy distinto en la historia familiar, una extraña metamorfosis que nos condujo desde la jacobita y romántica tradición tory, a la sólida, estólida y respetable realidad whig. A partir de él, hemos estado rodeados, no por emocionales revolucionarios, sino por hacendados y clérigos, y por soldados profesionales de tipo ortodoxo, como los dos primos hermanos de mi padre que murieron en la Primera Guerra Mundial o mi propio hermano Ted, que ha dedicado toda su vida al Ejército.

Mi tatarabuelo, esa honorable personalidad, fue un auténtico pilar del Estado en los condados de Midland. Parece ser que fue el primero en probar hasta el siglo XIII los ascendientes de nuestra familia sajona y en seguir su huella hasta antes de la conquista normanda. En cualquier caso, parece que la familia es de una respetable antigüedad. Trabajos especializados y monumentos públicos demuestran que jugaba un cierto papel ya en los tiempos isabelinos. Mi tatarabuelo fortaleció su linaje sajón casándose con una Every, de una vecina familia de origen normando; este apropiado injerto (en lenguaje agrícola) parece que ha ocurrido más de una vez. En sus tiempos, armado con un porte imponente y con una sólida erudición, entró en la Cámara de los Comunes por el Partido Whig, durante el período del Reform Bill. Aparte de esta concesión al progreso, mostró pocos signos de radicalismo.

Con frecuencia, a lo largo de mi vida política, se me ha reprochado la dura participación de mi familia en la represión de los motines cartistas de Manchester, aunque yo nunca he sido capaz de comprender por qué se me hacía responsable de unos acontecimientos que ocurrieron muchos años antes de que yo naciera. Al fin y al cabo, Peterloo fue un dulce ejercicio de violencia comparado con algunas de las actuaciones británicas en la India y en muchas otras partes durante los años siguientes. Que mis indignados interpelantes sobre el pretendido comportamiento de mis antepasados se dediquen a investigar el origen de aquellos que durante las sublevaciones de la India amarraron a los cipayos a las bocas de los cañones con el propósito de mandarlos al otro mundo en trozos inidentificables, privándoles así no sólo de la vida, sino también de la posibilidad de entrar en su paraíso. Muchos de nosotros, los europeos, estaríamos muy poco tiempo en este mundo, y en el otro, si fuéramos responsables de todas las oscuras proezas que adornan nuestros árboles genealógicos. El único punto de remordimiento y reproche es que nuestra generación no ha superado la iniquidad de nuestros antepasados, e incluso ha experimentado una regresión en comparación con otros períodos más civilizados de la humanidad.

La represión de los miembros más violentos de nuestra familia para restaurar el orden en Manchester mediante una carga de los yeomanry ¹, en lugar de utilizar la persuasión fue, desde luego, motivada por las considerables riquezas que mi familia poseía en la zona. Estas riquezas se derivaban del arriendo de los terrenos sobre los que se edificó Manchester, más que del esfuerzo directo de la familia. Desde mi punto de vista, ellos cometieron un error desastroso cuando cedieron las tierras por 999 años en lugar de hacerlo por 99. Desgraciadamente, en este nueve adicional está la diferencia entre nuestra fortuna y, por ejemplo, la de la familia Grosvenor, que jugó un papel parecido en el desarrollo de Londres, pero que arrendaron la tierra por plazos más cortos. Mis contemporáneos deben considerar que han salido beneficiados, teniendo en cuenta lo que podría haber ocurrido en la política británica si yo hubiese tenido tanto dinero para gastar.

La venta virtual de aquellas tierras cerró la posibilidad de trabajarlas o de sacarles una buena renta, puesto que perdimos todo control sobre ellas. Por consiguiente, es doblemente absurdo que durante mi carrera política me hayan atacado por el posterior desarrollo de Manchester. No sólo ocurrió aquello antes de que yo naciera, sino que además mi familia no pudo alterar el curso de los acontecimientos una vez que cedieron aquellos improductivos arrendamientos. Nuestra última influencia efectiva en Manchester cesó con la venta de nuestros derechos de señorío a la Corporación del Lord a principios del siglo XIX, esta vez por una suma decente, mediante un sagaz contrato que produjo más de un resentimiento. Curiosamente, nosotros habíamos compartido esos derechos, desde muy antiguo, con la familia De Le Warr; curiosamente, porque el actual Lord De Le Warr fue un miembro del Gobierno laborista de 1929. La última vez que miré nuestros escudos de armas seguían uno al lado del otro en los bajorrelieves de nuestra vieja casa familiar de Ancoats; un curioso presagio.

Estos hechos, y otros del período caballeresco, parecen estar bien probados por la investigación de los expertos. Hoy es difícil para nosotros comprender esta obsesión por los árboles genealógicos. A mí me alegra saber que vengo de una vieja familia inglesa y británica, pero ahí acaba todo mi interés. En el siglo pasado era diferente; en particular, mi abuelo pareció demostrar un excesivo orgullo por su linaje. Se dice que durante su estancia en el Parlamento rechazó la dignidad de Par, alegando que era preferible una baronía antigua a un advenedizo título de Par. Aunque, evidentemente, era un hombre de una gran valía intelectual y prestigio personal, no está completamente claro qué podía haber hecho para merecer un título de Par. Más dudosa es

¹ Yeomanry, cuerpo voluntario de caballería formado por los terratenientes. (Nota del Traductor.)

aún la referencia a la antigua baronía, ya que él era sólo un segundón en la línea sucesoria. De haber sucedido, hubiera sido el tercer nombramiento de un Mosley para una baronía, que hace mucho tiempo había quedado vacante por falta de una sucesión suficientemente directa. El primer nombramiento data del reinado de Jaime I, así que asegurar que la baronía era antigua podía tener una moderada justificación.

La historia de la familia durante el período isabelino es la etapa más clara de todas. Sir Nicholas Mosley fue Lord Mayor de Londres durante el reinado de Isabel, y en la iglesia de Didsbury, cerca de Manchester, aún existe un valioso retablo testificando el hecho. Existe un monumento, más bello todavía, dedicado a un miembro de la familia de un período ligeramente posterior; puede encontrarse en la iglesia de Rolleston. Este monumento señala la división de los Mosley en aquel tiempo, entre la rama más antigua de Lancashire y la emigrada a Rolleston, Staffordshire, en el último período isabelino. Las dos ramas parece que se unieron poco después, durante la Guerra Civil, en la defensa de la causa realista.

Sin embargo, se dio desde siempre una cierta división de intereses entre los terratenientes de Staffordshire, con una tradición agrícola, y el resto de la familia de Lancashire que, al parecer, estuvo muy interesada en las primeras manufacturas de algodón. Quedó, sin embargo, un considerable nexo de intereses comunes, derivados, para la rama de Rolleston, de sus rentas de las tierras sobre las que se construyó Manchester, y para la rama de Lancashire, del cultivo de las zonas de Didsbury y Chorley, en las que tenían intereses. La vieja casa solariega de Houghend todavía sigue en pie, aunque está semiderruida. Fue abandonada mucho antes de mi generación, a causa sin duda de la proximidad creciente de Manchester que alteraba las costumbres de aquellos labradores. Cuando yo redescubrí la casa, estaba tristemente desierta, abierta al viento y la lluvia, y despojada de sus artesonados, escaleras y toda la decoración y los detalles sugestivos de una gran casa. Vagué a través de los desiertos establos y dependencias, que, naturalmente, estaban a la derecha de la puerta principal, al estilo de los castillos franceses más pequeños. La única cosa viva que se me apareció en la oscuridad, como un sombrío fantasma, fue un pavo real encaramado en uno de los establos. Me aproximé a él, y pensé que aquel inmóvil animal estaba disecado y era el único recuerdo que quedaba de la antigua vida familiar. Le acaricié, y la cabeza viva se volvió hacia mí con una fija y triste mirada llena de lejanos recuerdos; ¿es que, en realidad, nos habríamos ido alguna vez?

El cómo las diversas inquietudes e intereses de Sir Nicholas Mosley le llevaron desde estos tranquilos campos hasta la posición de Lord Mayor de Londres, es materia de leyenda. El puesto debió requerir una considerable variedad de funciones y de virtudes. Se dice de él que fletó una armada privada contra los españoles en el tiempo en que Isabel estaba en paz con España. Se dice que la flagrante transgresión del Lord Mayor de la ley establecida le fue perdonada cuando la flota volvió con un considerable botín, del cual una parte sustancial fue puesta a disposición de la pacífica reina. Siempre según la leyenda, cuando él apareció ante ella, algo tembloroso, para explicarle la situación y ofrecerle una parte del tesoro, ella le concedió una divisa familiar en lugar de concederle el hacha que se había merecido. La divisa fue: *Mos legem regit*, que fue interpretada como «Nuestras decisiones están por encima de la ley», y ha sido orgullosamente enarbolada desde entonces.

Si la leyenda es falsa, alguna explicación hay que dar a ese extraño lema, que está, por supuesto, tan alejado de mis propios hábitos como de los de mi familia, quien, no sólo respeta las leyes, sino que, con frecuencia, ha tenido que recurrir a los jueces para conseguir que otros hicieran lo mismo. La veracidad de la leyenda se ve reforzada por la reputación de erudición e ingenio de la reina, quien, en aquellos días, se expresaba con frecuencia en latín. Se dice que el cambio del nombre familiar a Mosley le produjo tal satisfacción que se olvidó de su enfado. Puede ser que la recompensa material del botín completara su complacencia puramente intelectual. ¿Quién sabe? ¿Hasta qué punto coinciden la verdad y la leyenda? Quizá lo único que pueda asegurarse es que, probablemente, hay algo de verdad en todo ello.

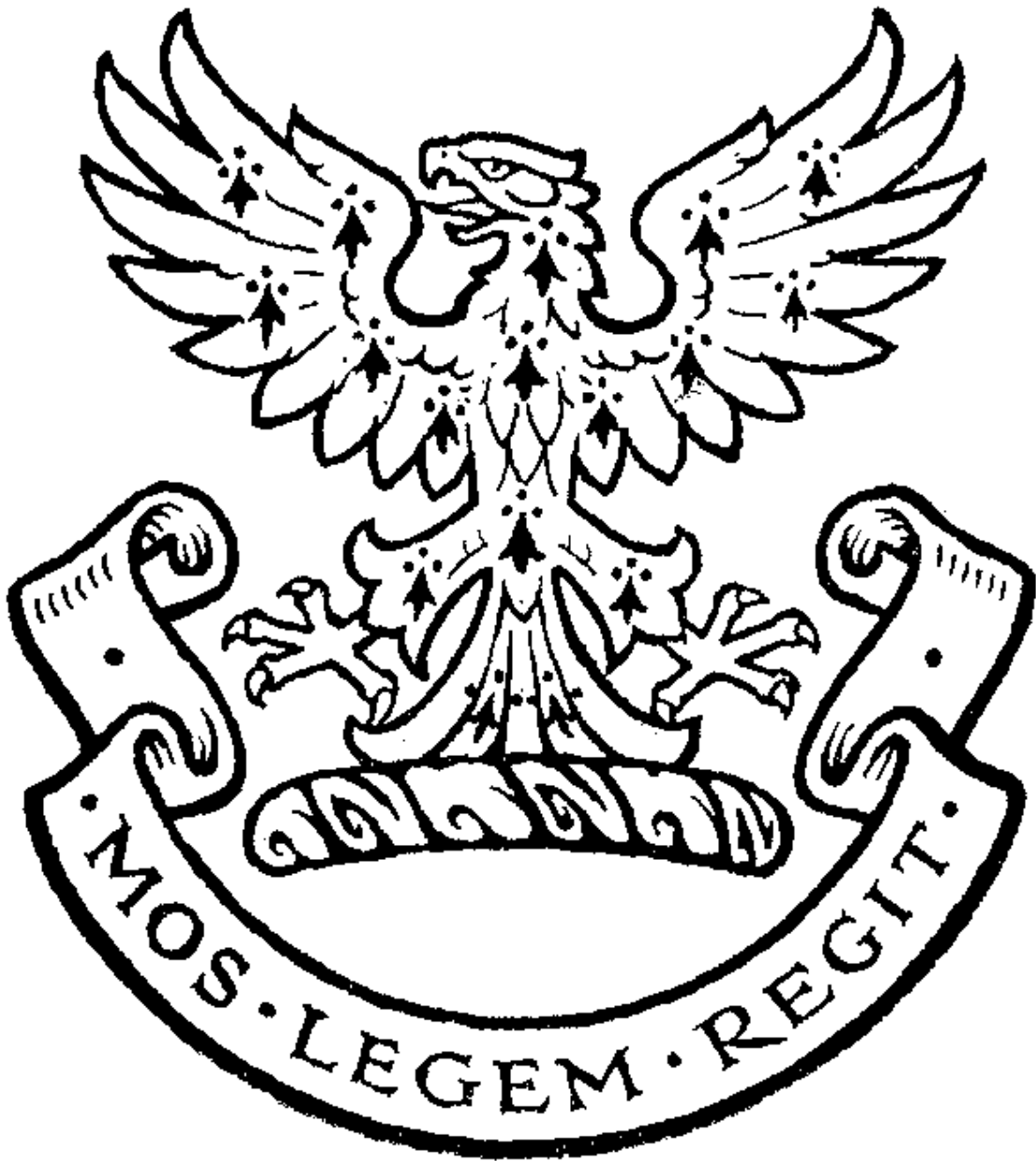


Ilustración 1. Escudo de armas de la familia, con la divisa concedida por la reina Isabel por haber infringido la ley.

Los recuerdos que vienen a través de las generaciones están probablemente más deformados que los recuerdos de una simple vida. Hay cosas que son dignas de que las personas y los libros las recuerden, pero hay otros asuntos triviales que la imaginación hace bien en excluirlos como si fuese un equipaje perdido en alguna estación de ferrocarril por la que se pasó hace mucho tiempo. Yo me he educado a mí mismo, desde siempre y conscientemente, en este sentido. El resultado es que difícilmente olvido un hecho que me parece importante a propósito de una situación determinada, pero cuando se trata de recordar cualquier detalle sin importancia de mi vida pasada o de la gente anodina que ha desfilado, rápidamente y sin objeto, por mi vida sin dejar ninguna huella, entonces estoy perdido. Puedo recordar una escena, una estadística, el momento decisivo de una acción, una cita en prosa o en verso que me haya impresionado, pero nunca las impertinencias menores de la vida.

Con esa educación mental y esos hábitos, no es fácil para mí recordar mi niñez, salvo los vivos recuerdos de las personas queridas, a las que tanto amé, especialmente de mi madre y de mi abuelo paterno. Por otra parte, mi niñez, por razones que más tarde explicaré, me parece de poca importancia. Pocas cosas se han exagerado tanto como la influencia de las experiencias infantiles en la vida posterior. Sin embargo, evocaré convenientemente algunos de los tempranos cambios de fortuna y algunas de las circunstancias que llegaron a ser todavía más agudas en mi vida posterior. Mi vida hogareña se repartía entre mi madre y mi abuelo paterno,

que se llamaba Sir Oswald Mosley y era nieto del Reform Bill M.P.² del mismo nombre. Los dos estaban normalmente en muy buenas relaciones, y ella solía acompañarnos, a mí y a mis hermanos pequeños, a su casa de Staffordshire, en Rolleston-on-Dove. La casa de mi madre estaba en los límites de Market Drayton, en Shropshire, cerca de sus padres y hermanos, que tenían sus fincas unas pocas millas más allá.

Mi madre vivía en unas condiciones económicas relativamente estrechas; la atormentaba enormemente su continua lucha para poder pasar con lo que tenía. Yo era muy consciente de ello, ya que era su hijo mayor y, en buena medida, su confidente. El problema era pagar los estudios de los tres chicos en unos colegios que estaban considerados como los mejores, en equi-arnos con ropas adecuadas y en alimentarnos bien durante las vacaciones. Cualesquiera que fuesen las dificultades de su situación, ella se las arregló para que nunca nos faltasen aquellas cosas. Nosotros estábamos menor en este aspecto que muchos de mis contemporáneos. Con todo, no resultó nada fácil para mi madre, y nosotros sospechamos siempre que ella tuvo que pasarse sin muchas cosas de las que disfrutaban sus amigas. Fue una mujer notable a la que debo todo en la vida y a la que he querido apasionadamente hasta que murió a la edad de setenta y seis años.

Ella combinaba unos principios religiosos estrictos con una sana y realista actitud ante la vida. Los dogmas de la Iglesia de Inglaterra estaban en ella influidos probablemente por la ininterrumpida influencia del mundo pagano, cuyos rasgos aún pueden observarse en muchas comarcas. Su intachable moralidad en la conducta personal se combinaba con su firme defensa de la dignidad de su propio linaje; el reverso exacto de muchas actitudes en boga. Era sólo veinticuatro años mayor que yo, puesto que nací al año de su matrimonio, y extraordinariamente bella. Nunca observé ninguna influencia masculina en su vida, salvo la de los miembros de su familia y la de un predicador de excepcional talento. Era un dechado de virtudes, pero leal y ñera como una leona en la defensa de los suyos. A pesar de su educación convencional, carecía absolutamente de afición por la literatura, las artes y la música, aunque tocaba al piano los vals de Strauss de una manera que me extasiaba como a un niño. Su natural sagacidad se complementaba con una cabeza fría para los números y los negocios sencillos, que la hacían una mujer hábil para resolver cualquier asunto.

Era muy popular en los círculos campestres en que se movía por su naturaleza bondadosa, su elevado espíritu y su notable humor. Nuestros amigos, a causa de su posición, se interesaban casi exclusivamente por la agricultura y los deportes, y ésta quizá era también la principal preocupación de mi madre: conseguir que sus hijos pudieran tomar parte en los deportes del país, que ella, y todas sus amistades, consideraban como la única educación posible para un hombre, y de los cuales, casi desde la infancia, nos mostrábamos ardientes partidarios. Puede parecer extraño, considerándolo retrospectivamente, que ella hubiese empleado sus energías e ingresos en mantener caballos, además de hacerlo con sus chicos hambrientos, pero ir de cacería en aquel mundo era casi un deber religioso; y, déjenme reconocerlo libremente, los momentos más felices de mi vida, en aquellos tiempos, han transcurrido a caballo y con las reatas de perros detrás. Así, recuerdo que, cuando era un chiquillo, la noche anterior a la vuelta al colegio me pasaba toda la velada sentado en un largo pesebre llorando, con un brazo rodeando el cuello de un caballo muy querido, mientras que con la otra mano acariciaba mi fox-terrier favorito. Aquello era casi un rito de la gente del campo, con profundas raíces arraigadas en un remoto pasado; unas raíces que daban también una cierta vitalidad y resolución para emprender las empresas más dispares. Ahora todo aquello resulta extraño y lejano, pero sigue siendo real aún.

Los ponies y un caballo para mi madre, eran casi siempre regalos de uno u otro abuelo, pero su mantenimiento era un verdadero problema, a pesar de que la avena, el heno y la paja eran baratas viviendo en el campo. Las animadas cacerías también las organizaba con frecuencia mi abuelo materno; y en Rolleston, donde mi abuelo Mosley tenía unos cuatrocientos acres de tierras, había buena caza y pesca. Las vacaciones siempre se pasaban a base de caballo, perro y escopeta. Aquéllas eran las felices migajas que caían de las bien abastecidas mesas de mis dos abuelos. Puede que alguien se pregunte por qué no hicieron más, de una forma regular, para ayudar a mi madre, en su cotidiana lucha por sostenernos, ya que los dos eran hombres generosos. Probablemente, la respuesta es que, sencillamente, no se les ocurrió. Su tímida reserva les impedía hacer preguntas sobre nuestra situación, a menos que se lo pidiésemos; y pedir era algo que descartaba de antemano el reservado orgullo de mi madre. El resultado era que, en nuestro modo de vida, experimentábamos contrastes extremos, en particular cuando visitábamos a mi abuelo de Rolleston.

Incluso mi abuelo materno — Justinian Edwards Heathcote — vivía de un modo diferente al nuestro. La comida familiar de los domingos era un acontecimiento suntuoso, presidido por el viejo matriarcado de mi abuela, que tenía un físico y una mentalidad cuadradas y unas facciones despejadas y resueltas que procedían de otro linaje de Staffordshire. Sus principios eran rígidos, y nunca los ponía en duda. Alguien le dio un libro de R. H. Benson, pero lo rechazó, censurándolo porque era católico romano: «No voy a dejar que me conviertan». No obstante, más allá de sus estrechas limitaciones, era una mujer excelente, siempre ocupada en acciones de caridad cristiana, de las cuales se beneficiaban amplios y diversos círculos.

Las visitas a Rolleston contrastaban aún más con nuestro modo de vida en casa. Era un brusco cambio, en plena niñez, pasar de una casa junto al camino con pocas habitaciones, un pequeño jardín y una lozana

² Miembro del Parlamento que aprobó la Ley de Reforma (Reform Bill). (Nota del Traductor.)

sirvienta, venida del pueblo cercano, al sólido edificio de estilo Victoriano — que reemplazó a la incendiada casa estilo Tudor — levantado en medio de un parque, con lagos y jardines. Unos treinta jardineros fuera y unos once sirvientes dentro mantenían en orden aquel recinto, aparte de un pequeño ejército de doncellas y cocineras auxiliadas por dos expertas, dedicadas exclusivamente a preparar los bizcochos que contribuían a satisfacer al vasto equipo de personas mayores de mi familia. Mi bisabuelo, llamado Sir Tonman Mosley, tuvo siempre fama de reventar las balanzas a pesar de que sostenían una carga de veinte stones ³; vivió hasta los setenta y siete años, desafiando las modernas teorías sobre la dietética. Su modo de vida (había recortado un trozo de mesa para alcanzar mejor las provisiones y acomodar así su estómago) sólo le privó de nueve años de existencia en comparación con la sobria figura de su culto padre, el whig M. P. por North Staffordshire, que murió a los ochenta y seis años.

Mi abuelo fue un hombre de dimensiones más moderadas, y sus comidas no eran tan colosales. Murió a los setenta y siete años tras de una comida bastante pesada, que finalizó con su combinación favorita consistente en vino de Oporto y nueces; su fuerte constitución fue minada por la diabetes antes de que se descubriera la insulina. Sus dos hermanos vivieron del modo acostumbrado en la familia, en plenitud de facultades, hasta bien entrados los ochenta. El mayor de los dos fue nombrado Lord Anslow por el Partido Liberal, del cual era un firme pilar. Tuve que adoptar una posición evasiva para esquivar sus esfuerzos por hacerme heredero del título (aunque en cualquier caso no creo que hubiera tenido éxito), pero mantuvimos buenas relaciones y siempre le profesé un gran afecto, a pesar de nuestras divergencias políticas.

Su hermano menor, llamado Ernal, en honor al fundador de la familia, y apodado tío Tat, era un hombre diminuto, casi tan alto como ancho, que vivía en una casa de muñecas medieval, cerca de Harsham. Tenía un carácter parecido al de Beatrix Porter, y yo me sentía atraído por él en los primeros años de mi vida, y escuchaba durante horas sus historias y leyendas sobre la familia. Dejó su minúscula morada a mi hermano menor John. Esta casa era apropiada porque estaba en medio del paraíso de los corredores de Bolsa, pero para John, que mide seis pies y tres pulgadas, resultaba inadecuada; por eso, la verja de su amplio jardín, que da a Brighton Road, pudo ser decorada por mis partidarios con las palabras «Arriba Mosiey». Mis cordiales relaciones con mi hermano sobrevivieron incluso a esta pesada broma.

En cada generación era el hijo mayor (a excepción de mi tatarabuelo) quien acostumbraba a vivir de un modo ostentoso, y yo volví a ser otra excepción de la regla. A veces me he preguntado por qué vivo de un modo tan diferente, y supongo que la respuesta es que tengo un poderoso deseo de mantenerme en condiciones adecuadas para servir a ciertos fines en la vida; también en nuestros tiempos hemos aprendido más acerca del arte de vivir, lo que se debe comer y lo que no se debe comer para mantener el estado físico que deseamos. Lo curioso que estos descubrimientos, relativamente simples, no hayan sido hechos antes; sólo en los últimos años ha sido estudiada seriamente la cuestión de las dietas.

Dormir, la segunda gran necesidad de la humanidad, también fue descuidada por la investigación científica hasta tiempos recientes. Las conclusiones sobre este tema, durante mi juventud, fueron puras deducciones empíricas hechas por hombres de mundo. Yo debo mucho a la suerte que tuve, durante mi primer año en la Cámara de los Comunes, cuando dos caballeros ancianos (así nos parecían a los miembros más jóvenes) me dieron el mismo consejo: dormir siempre algún rato entre el mediodía y la cena. Uno de los consejeros fue Lloyd George y el otro Churchill. Seguí su consejo, y estoy convencido de que es una de las principales razones por las que ahora estoy vivo y en condiciones, después de una vida tan agitada.

La vida en Rolleston era una cuestión de instinto más que de ciencia; vivíamos muy cerca de la Naturaleza. Mi abuelo tenía un premio por su ganado vacuno, y era una de las principales autoridades del campo en la especialidad de vacunos y percherones. Yo estaba saturado de las tradiciones campestres, viví en ellas, disfruté de ellas, y aún estoy saturado. Procedíamos de la ruda tierra, y estoy satisfecho de ello. Una de mis más profundas convicciones es que esas raíces en la tierra son un excelente comienzo en la vida. Aquella tranquila existencia se desarrolló como un paseo. La dehesa y la forma de dirigirla había sido la obra de largos años, y de hombres diestros que habían permanecido en ella durante generaciones. Formaban unas instituciones estables que, lejos de ser un caos, son relativamente fáciles de conducir; lo que es difícil es crear cosas nuevas. Todo marchaba bien y era regido con un estático ritual. Mi abuelo debió haber trabajado mucho en su pequeño despacho situado en un tranquilo rincón de la inmensa casa y en sus frecuentes inspecciones, pero para nosotros, los niños, el fruto más grandioso de sus esfuerzos y sus éxitos se nos mostraba los domingos por la mañana. Después de la iglesia, se visitaba siempre la casa de labranza. La ordenada revista debía tener lugar entre la hora de la iglesia y la comida, de forma que uno miraba ostensiblemente el reloj si el sermón era demasiado largo y robaba unos minutos a la comida del domingo, amenazando con convertir nuestro asado de vaca de color rosa en color marrón. La vida tenía sus reglas y el asado de vaca del domingo era, desde luego, algo muy serio. Delante de mi abuelo, en una enorme fuente, había siempre un solomillo de vaca de cuatro años de edad, cuyas dimensiones dejarían en ridículo las modernas viandas. Después venía el momento solemne cuando (con el cuchillo de trincar en la mano) mi abuelo recitaba el pedigree y ensalzaba las

³ Medida equivalente a 14 libras. (N. del T.)

grandes virtudes de la vaca, criada con aquel fin. A la luz de estos recuerdos, tal vez no resulta sorprendente que mi abuelo ofreciese la imagen de un John Bull⁴, que se convirtió en su apodo en amplios círculos. A su modo era una especie de figura nacional. Entre sus numerosos contactos con el mundo exterior desde aquel enclave absolutamente encerrado en sí mismo, se contaba una extraña pareja formada por el rey Eduardo VII y Lord Northcliffe. El rey le vio en algunas ocasiones en ferias agrícolas, y se sintió evidentemente atraído por su fuerte personalidad. En una de sus cartas expresaba el deseo de posar en una de las puertas de entrada con mi abuelo, contemplando el paisaje rural (la diplomacia del rey era tan variada como sus diversiones), y una inmensa fotografía dedicada era siempre mostrada con leal orgullo.

La intrusión de Lord Northcliffe en el paraíso campestre no fue tan apreciada como el apoyo político que me prestó muchos años después su hermano, Lord Rothermere. El pan de trigo se convirtió en un artículo de propaganda en el Daily Mail bajo el nombre de pan Standard. Pronto se descubrió con sorpresa que semejante sustancia se producía en el olvidado pueblo de Rolleston, donde el propio John Bull había instalado viejos molinos de piedra. La historia corrió como la pólvora, pero todos éramos demasiado lerdos como para sacar algún dinero por ello. De hecho, toda la familia sintió un agudo azoramiento ante la publicidad, que yo rara vez he vuelto a sentir, desde que lo experimenté entonces. La excepción fue mi abuelo, que se tomaba las cosas tal y como venían, con su peculiar estilo.

Por otra parte, la vida en Rolleston estaba alejada del resto del mundo. Era una notable y auténtica reliquia feudal. Como la vida medieval, la economía era prácticamente cerrada en sí misma. La ganadería, la huerta, la caza y las grandes y bien provistas bodegas satisfacían la mayor parte de las necesidades; el mismo carretón que llevaba nuestros productos a unas pocas millas, para ser vendidos en Burton-on-Trent, volvía bien cargado con una excelente variedad de las mejores cervezas. Había poca necesidad de salir fuera del cerrado y encantador círculo, y nosotros, los niños, nunca salimos. Nuestro tiempo se repartía entre la casa de labranza, los jardines y el taller de carpintería, donde el barbudo Pritchard dirigía un equipo de expertos que mantenían en funciones todas las cosas, como sus antepasados habían hecho de modo ininterrumpido a lo largo de generaciones. Entonces prendí a trabajar con las manos, tanto en la casa de labranza como en la carpintería, y debo admitir que se me daba mucho mejor traspalar estiércol que hacer trabajos de ebanistería; ambas aptitudes tienen su utilidad en la vida política.

Entre nosotros y aquella gente se desarrollaba la amistad más cálida y más íntima, al estilo feudal, tan característica de la Inglaterra tradicional. Esta amistad surgía no sólo en las ocupaciones cotidianas, sino que forjaba fuertes vínculos de mutua simpatía a lo largo de todos los acontecimientos de la vida: nacimientos, bodas, muertes; en las ocasiones tristes y en las festivas; aquélla era realmente una sociedad sin clases. Esta experiencia de mis primeros años fue una de las tres que me forjaron en las relaciones sociales y en la forma de vida inglesa. La segunda fue el Ejército, no sólo por el tipo de vida en el regimiento (a pesar de que en las relaciones entre los oficiales y los hombres de los grandes regimientos se desarrolla una gran intimidad), sino también en el equipo de atletismo del Ejército, donde prevalecía una absoluta igualdad entre todas las graduaciones. La tercera experiencia fue muy distinta: cuando me adherí al Labour Party estuve dos meses viajando por el país, en otoño, pronunciando diariamente un discurso. Todas las noches las pasaba en casa de un miembro distinto del Partido; casi todos eran obreros manuales, de las minas, de las fábricas de acero, de los astilleros, de las dehesas y de toda clase de industrias y profesiones de la sociedad inglesa, escocesa y galesa. La mujer guisaba y se ocupaba de nosotros, nos daba lo mejor que tenía, y nunca he estado mejor atendido ni me he sentido tan calurosamente acogido y aceptado en la intimidad de la vida de una familia como entonces. Debo muchos conocimientos y sentimientos adquiridos a esta amplia gama de entrañables recuerdos.

Estas experiencias me ayudaron, en la época de existencia de clases, a convertirme en un hombre desclasado, y, más tarde, a formar un tipo de organización política que, al menos, eliminaba esa arcaica estupidez. En Rolleston las diferencias de clase sólo irrumpían violentamente en un extraño lugar: en la iglesia. La tradición debía haberse desarrollado a través de generaciones o centurias, de forma que todo el mundo tenía que esperar a que la familia tomase la comunión; esto no se les proporcionaba ninguna ventaja práctica, porque en cualquier caso tenían que esperar a que el oficio hubiese terminado. Probablemente esta costumbre no obedecía a su voluntad, pero por alguna peculiar razón, en alguna época, se había establecido el principio de que la familia se colocase en un ala de la iglesia. Era peculiar porque sólo usaba uno o dos bancos, cuando el ala podía acomodar a doscientas o trescientas personas. No importaba demasiado porque la iglesia nunca estaba llena ni mucho menos. Incluso para mis ojos infantiles aquello me parecía un insulto al hombre, y pronto un nuevo pastor lo consideró como un insulto a Dios. El clérigo era un capellán real, llamado Canon Tyrhitt. Era tío de Lord Berners, el agraciado escritor, compositor, artista y hombre genial que fue amigo nuestro cuando Diana, mi mujer, y yo vivimos en Weiltshire en los últimos años de la década de los cuarenta. Canon era muy distinto del tipo de clérigo rural que solía haber en aquellos tiempos.

Mi abuelo se metió en aquel pequeño conflicto por su lealtad real. El rey Eduardo le pidió que garantizase al capellán real unas condiciones de vida particularmente bien dotadas. Todo fue bien hasta que aquel ojo

⁴ Tipo clásico del pueblo inglés. (N. del T.)

clerical, con su amplia y sofisticada mirada fija en un mundo más elevado, dio el patinazo ofendiendo tanto a la tierra como al cielo. Después de aquello, vino una petición urgente para que le cambiasen, pero fue rechazada inmediatamente. Luego siguió un pleito perfectamente ridículo y con mucha publicidad, que costó a mi familia miles de libras que ya no volvió a recuperar. Todo hubiera ido mejor si se hubiese apelado a los sentimientos de buena vecindad o a los deberes religiosos de mi abuelo que tenía un corazón muy grande y que casi seguro hubiera respondido espontánea y generosamente; pero, pese a su cristiana bondad (bienaventurados los mansos) a Canon se le había ocurrido faltar a una personalidad tan importante como mi abuelo. Fue todo muy infantil y muy caro.

Mi abuelo tenía, en todos los sentidos, una naturaleza infantil. Valiente y combativo frente a cualquier desafío, se encontraba, en cambio, rápida y completamente desarmado ante cualquier apelación a la compasión o ante cualquier sugerencia de amistad. Era todo un hombre, y yo le quería profundamente. Su carácter sencillo y generoso hacía de él una persona estimable, y despertaba un afecto casi universal en todos los que le conocieron en su pequeño mundo o en círculos más amplios, donde se movía con la misma desenvuelta simpatía que entre sus arrendatarios, entre los trabajadores, los vecinos del campo, o en las grandes ferias agrícolas e instituciones donde él jugaba un papel dirigente. Su vida y su existencia estaban profundamente arraigadas en el suelo inglés.

Nos profesábamos mutuamente un gran afecto. Poco antes de que muriera, yo había fomentado intereses culturales e intelectuales que resultaban extraños para él, pero eso de ningún modo empañó nuestras relaciones. Teníamos muchas aficiones comunes: el campo, el deporte y muchos otros aspectos de la vida tradicional inglesa. Como boxeador aficionado, había competido en los campeonatos de pesos medios de Inglaterra; también era corredor, nadador y todo un atleta, un auténtico recordman. Además de los deportes, sus conocimientos sobre caballos, ganado y todos los aspectos de la vida agrícola eran excepcionales, y tenían para mí un perenne interés. Nunca nos faltaban cosas sobre las que hablar, ya que teníamos en común muchas de las actividades básicas de la vida. Esas mismas facultades y gustos me ayudaron mucho en el Ejército y me permitieron el desarrollo de un compañerismo estrecho con hombres para los cuales el resto de mis ideas eran, literalmente, un libro cerrado.

El único momento difícil en mis relaciones con mi abuelo era la expresión de cualquier emoción; la reserva inglesa fue, quizá, nuestra maldición. Cuando le dije en los últimos meses de 1914, justo después de cumplir dieciocho años, que me había alistado voluntario y que había sido aceptada mi solicitud para dejar temporalmente mi regimiento e irme a servir a Francia con el Royal Flying Corps, se echó a llorar. Era sorprendente en un hombre como él; me explicó que le habían dicho que aquél era el más peligroso de todos los servicios de la guerra, y que yo era todo cuanto tenía. Si hubiésemos estado en la Grecia clásica, nos habríamos arrojado el uno en los brazos del otro en un arrebató de mutua emoción; yo le habría explicado con cálidas y apasionadas palabras todo lo que sentía por él. Pero yo era un joven inglés, frío como el hielo; no pude moverme, no pude decir nada. Esto lo he lamentado a lo largo de toda mi vida. Él murió poco después, y yo sobreviví a la experiencia que le hizo sentir miedo por mí.

¿Por qué nos sucede eso, que impide romper las barreras de la intimidad? En algunas ocasiones esas barreras pueden ser superadas por inteligencias y caracteres con un cierto grado de aficiones y conocimientos comunes, pero, en general, se alzan infranqueables entre las distintas generaciones. Mis relaciones con mi abuelo eran, desde luego, más íntimas que las que mantuvo él con el suyo, delante del cual solía permanecer de pie, firme como un soldado en un desfile durante la era victoriana. En el período anterior, en Rolleston, los modales estaban rígidamente establecidos y la disciplina familiar era estricta.

Aquel edificio enorme, símbolo de las obras en la estabilidad victoriana, en la que el sol no se ponía nunca, permanece vivo en mi memoria, y puedo recordar aún todas las habitaciones. El vestíbulo, recubierto de roble negro, daba paso a una amplia escalera que se dividía airoosamente a medio camino y estaba adornada con retratos familiares que llegaban hasta el techo, colgados de las altísimas paredes. El gran comedor era la única habitación que había a la izquierda de la escalera, para facilitar esa necesidad contemporánea, que existe hoy en todas las casas, de que el comedor esté cerca de la cocina. Un largo pasillo conducía a una serie de habitaciones a la derecha de la escalera y tenía al comienzo una armadura, ante la cual solíamos pasar de prisa, con un miedo vivaz, cuando, después de una prolongada cena, nos enviaban a la cama a una hora razonable. A continuación estaba la fantástica habitación morisca, que mi abuela creía, erróneamente, era la moda más exótica del momento. A su lado se encontraba el estereotipado salón de la época, que ella también creía era la expresión más completa de exquisita femeneidad. Luego venía la biblioteca, una habitación muy agradable, toda forrada de piel y llena de magníficos libros, de los cuales aún conservo tres mil. Al lado, estaba el billar, también forrado de piel, con un fuerte y penetrante olor a diversión masculina. Finalmente, el conservatorio y el salón de baile, con un suelo bien encerado y reluciente, que, en la infancia, añadía brillo a las posaderas de los pantalones, y, detrás, el tranquilo despacho privado de mi abuelo. Con las mismas dimensiones, la otra mitad de la casa estaba ocupada por las diversas cohortes de amas de llaves, mayordomos, lacayos, cocineras, pinches, doncellas, mozos de comedor, etc., que vivían de un modo casi igual en cuanto a avituallamientos y comodidades se refiere (los mayordomos eran casi tan majestuosos como sus

señores) y los descendientes de sus amos envidiarían hoy una existencia tan magnífica. Los relojes de péndulo y las vastas extensiones de césped siempre me recuerdan Rolleston.

Yo era considerado el heredero de todo aquello y era tratado ostensiblemente como tal por mi abuelo, a pesar de que mi padre aún vivía y el orden de sucesión a través de él contaba todavía; era quizá por eso por lo que solía regresar junto a mi madre, a su casa realmente humilde. Psicólogos sabihondos sacan en seguida sus conclusiones en cuanto se menciona la separación de mi madre y de mi padre y el alejamiento entre mi padre y mi abuelo; a su debido tiempo examinaremos esas pretensiones, sobre las que tengo puntos de vista muy claros.

En mi primera infancia apenas conocí a mi padre, pues la separación tuvo lugar cuando yo tenía cinco años. Él era considerado como una especie de ogro por la familia de mi madre. Sin embargo, posteriormente establecí con él buenas relaciones, que se prolongaron un largo período de tiempo. Mi abuelo no tenía semejantes aprensiones en relación con ningún hombre, pero sentía una fuerte antipatía hacia su hijo, el mayor de una familia que incluía además a tres bellas hijas. El origen de la discusión fue bastante oscuro, ya que durante la infancia de mi padre parecían haberse llevado bien. El mordaz resumen que mi abuelo solía hacer, era que él podía tolerar, a veces, a un sinvergüenza divertido, pero que no podía soportar a un sinvergüenza lúgubre. Estas palabras tienen ahora un significado distinto; mi abuelo no se refería a nada que tuviese que ver con la deshonestidad. Pensaba en ciertas hazañas de mi padre en sus primeros años de hombre adulto, cuando se enfrentó con mi abuelo por algún asunto trivial y se estableció en una posada de la localidad, «El Perro y la Perdiz», de Tutbury. Parece ser que la arregló un poco para emular el recuerdo de un viejo antepasado que era popularmente conocido como el Tutbury Tup⁵. Esta actuación ante su propia casa, fue considerada por mi abuelo como una afrenta, tanto a las propiedades como a la reputación de la familia en la localidad: de ahí el «sinvergüenza». El adjetivo «lúgubre» aún resultaba más inadecuado, porque la vida de mi padre fue todo lo contrario, hasta un grado que provocó situaciones muy difíciles. Sin duda alguna, cuando fue reprendido por su padre, adoptó una conducta solitaria, como sucede a menudo en tales ocasiones entre los jóvenes de todas las generaciones. Mi abuelo no era un puritano, pero estaba profundamente convencido de que asuntos de semejante envergadura debían ser tratados con una discreción distante, lejos de la casa familiar. Él mismo se alejaba por aquel tiempo de una forma adecuada de su esposa y rara vez la veía. En sus elegantes retratos de juventud, aparece como una preciosa muñeca de gran tamaño, con unos colores blancos, azules y dorados un poco exagerados. Ella introdujo la estirpe pelirroja en la familia, que apareció en mi querida tía Vi, volvió a resurgir en mi sobrina Verónica, hija de mi hermano Ted, y finalmente en mi hijo menor, Max. Se rumoreaba que mi abuela era de carácter frígido, que no cuadraba con él en absoluto; pero sus compensaciones las llevaba siempre con la mayor discreción y dignidad. Él esperaba una reserva similar de toda su familia, y por eso se sintió ultrajado por las bacanales de mi padre en la misma localidad.

Estas diferencias a veces adoptaban una forma violenta. En una pelea, cuando mi padre era un hombre joven, mi abuelo aventuró la opinión de que podría dejarle knock out con una mano atada a la espalda. Mi padre aceptó el reto rápidamente; era un joven delgado, de unos cinco pies y nueve pulgadas de estatura, pero había llegado a las semifinales en la Asociación de Boxeo Amateur como peso pluma. Calculó que podría probar suerte con un peso medio más experimentado, pero entrado en los cuarenta y con una mano fuera de juego; en cualquier caso, se exasperó. Arreglaron el vestíbulo de roble, después de anunciar el acontecimiento deportivo a todo el mundo, que se congregó allí debidamente. Al principio, mi abuelo fue considerablemente castigado, pero se cubrió la barbilla con el hombro izquierdo y aguardó el momento oportuno. Finalmente, vio su oportunidad y dejó knock out a mi padre de un solo derechazo en la mandíbula entre los cálidos aplausos de la familia y los criados allí congregados. El pobre papá estaba, en lenguaje figurado, tan seco como un arenque.

Una manifestación más alegre de ese mismo carácter coríntico tuvo lugar cuando yo tenía dieciséis años y mi padre treinta y ocho, exactamente en la atmósfera, más agradable, del salón de baile. Mi padre tenía algunas informaciones sobre mi actuación en Winchester, donde había estado durante algún tiempo dedicado completamente al boxeo, y quería verlo por sí mismo. Afortunadamente, fui capaz de valsearle casi con tanta facilidad como había valseado en ese mismo suelo con las muchachas del condado. Mis piernas estaban entonces en buen estado y bien ejercitadas: me mantuvieron al margen de toda complicación. Su vientre y su modo de vida le habían hecho más lento, y mis directos de izquierda bien colocados sacudieron frecuentemente su cabeza, ante la evidente satisfacción de los mismos espectadores de la otra generación. Era una situación embarazosa, y sus esfuerzos cada vez más enérgicos estaban dejándole, a todas luces, exhausto. Sin embargo, conseguí conducir la pelea a un final feliz con un cordial apretón de manos antes de que el combate hubiese adquirido una aspereza real. Este incidente ocurrió algunos años después de mi primer encuentro con él, durante una corta reconciliación con su padre, que puso la casa temporalmente a su disposición. Previamente, había obtenido del tribunal una orden para que sus tres hijos le visitasen en vacaciones. El acuerdo pronto se frustró; con la bárbara insensatez de la que sólo son capaces los chiquillos, nos sentamos alrededor de la casa en posición de tristeza y desesperación hasta que no pudo soportarlo más y nos devolvió a casa con mi madre y su familia. Aquello debió herir mucho sus sentimientos, porque era, en conjunto, un tipo agradable que sólo

⁵ Tup, copulación del macho con la hembra (en los carneros). (N. del T.)

quería demostrarnos su afecto. Si se le cogía por el lado bueno, la vida podía resultar muy agradable con mi padre. Eso lo aprendí más tarde, y establecimos unas relaciones cordiales, haciendo uso de nuestra mutua afición por los caballos; dio muy buen resultado.

Sus errores eran debidos fundamentalmente a su carácter superficial, pero le llevaron a algunos resultados desastrosos. Desperdió su abundante vitalidad y sus energías físicas. En su juventud, todo fue bien, cuando tuvo un considerable éxito en el jockey amateur, pero cuando los años y la obesidad terminaron con eso, no supo qué hacer consigo mismo. Ciertamente, el arte y la música estaban presentes en su pequeña casa. Un cuadro, encima de la chimenea, de pintura contemporánea, representaba a una magnífica dama con una falda muy estrecha y a un dandy caminando tras ella con un monóculo; tenía el siguiente rótulo: «La vida no es más que una maldita cosa detrás de otra» (en este punto la filosofía de mi padre coincidía con sus gustos artísticos). Un estridente gramófono de los primeros tiempos invadía el aire con estentóreas notas emitidas por un tenor de music-hall que repetía constantemente su urgente demanda: «Llebadme entre chicas con rosadas curvas». En ocasiones menos amorosas, pero aún más festivas, el mismo tenor favorito ordenaría: «Vamos ya, que unas pocas chicas están haciendo un ruido que levanta a patadas el infierno. Vamos a dar una vuelta a la ciudad».

La corta luna de miel entre mi padre y mi abuelo no duró mucho y en la práctica el único resultado fue hacer más difícil la situación de mi madre, al menos temporalmente. La naturaleza espontánea y afectuosa de mi abuelo le hizo de pronto pensar que debía reconciliarse con su hijo y también promover una reconciliación entre mis padres. Ella pensó que le conocía mejor, y que aquello no podría prosperar. Mi padre se instaló adecuadamente en Rolleston, con una considerable cantidad de dinero en efectivo, y mi abuelo se retiró a una casa relativamente modesta en Abinger, cerca de Pulborough, Sussex.

Los problemas no tardaron en presentarse. Un toro premiado no llegó desde Rollestone a Abinger en la fecha debida para consumir allí sus nupcias. Circularon oscuros rumores de que una constante e irracional actividad estaba agotando todos los lagos de Rolleston, sin razón alguna, y malogrando en este derroche la mayor parte de la valiosa reserva de peces. Finalmente, corrió una molesta historia acerca de algún dinero que había sido empleado en comprar el coche más rápido de la época (potente de motor, pero débil de frenos) y que, al probarlo, a la luz del atardecer, equivocó el camino y se dio un beso con las puertas cerradas de la verja de un respetable vecino. Mi padre aterrizó, como siempre en sus innumerables accidentes, ileso y andando sobre sus propios pies; igual que una vez que se saltó un cruce volcando un coche de caballos con mi madre encinta, poco antes del nacimiento de uno de mis hermanos. Estas extravagancias no fueron las que turbaron su feliz matrimonio; ella sólo le dejó cuando casualmente abrió un cajón que, descuidadamente, no estaba cerrado con llave, y lo encontró lleno de cartas de otras damas. Entonces empaquetó su equipaje y se marchó aquel mismo día por no hacer algo peor; obtuvo, no un divorcio que atentaba contra sus principios, sino una separación judicial, que incluía la custodia de los hijos y una exigua pensión.

Después de una de sus breves estancias en Rolleston, estancias que siempre fueron muy provechosas para mí, mi padre reanudó sus viajes. Mi abuelo volvió y administró la hacienda hasta que murió, en 1915. Mi padre, entonces, heredó, y pasamos una corta temporada allí juntos, después de la guerra. Yo le persuadí de que vendiera la casa y la hacienda, previendo la crisis de la agricultura que los políticos estaban desencadenando y pensando que yo podría servir mejor al campo en la vida política, en Westminster, apoyado en mi distrito electoral de Harrow. Afortunadamente, era fácil obtener buenos compradores gracias a nuestro bien entrenado personal, pero, de todos modos, fue un terrible desarraigo que me causó tristeza durante mucho tiempo, y desde entonces lo he lamentado muchas veces. Realmente, yo nunca lo hubiera hecho si la casa original Tudor no se hubiese quemado antes de que yo naciera, pero entonces parecía una equivocación, en las circunstancias de la posguerra, mantener una ingobernable casa victoriana con un modo de vida que parecía haber desaparecido para siempre. La supervivencia de la casa Tudor, para bien o para mal, habría cambiado el curso de mi vida.

Las relaciones con mi padre fueron buenas hasta que yo me adherí al Labour Party en 1924. Este hecho fue motivado tal vez por mi completa independencia en relación con él, ya que mi abuelo me había dejado algún dinero y, de acuerdo con mi padre, arreglé la testamentaria de modo que yo no tuviese que depender de él. Este arreglo, probablemente, le irritó, aunque nunca lo mencionó, excepto en las necesarias reuniones de negocios en el Depósito Público. Nuestras pacíficas relaciones explotaron cuando, desde su punto de vista, yo me puse al servicio del diablo al hacerme socialista. No entendía más de política que de matemáticas superiores, pero tenía unos prejuicios como castillos. En una ocasión, publicó un ataque contra mí, diciendo que yo había nacido con una cuchara de oro en la boca y que no había trabajado ni un solo día de mi vida. Se refería, por supuesto, al trabajo manual. Como muchos campesinos, él consideraba que sólo el trabajo manual era un verdadero trabajo. Era cierto que yo no había hecho nunca tareas manuales, aparte de mis precoces faenas agrícolas bajo la dirección de mi abuelo, y, más tarde, cavar alguna trinchera bajo el fuego enemigo, pero mi reacción juvenil fue decir que yo había trabajado constantemente y a todo gas desde que era un hombre. Por otra parte, me pareció que no eran aquellos los términos en los que la vieja generación debía dirigirse a alguien que había luchado en la guerra.

Yo estaba herido y resentido, pero hablé poco. La dichosa cuchara de oro fue utilizada constantemente por mis enemigos y dio a los caricaturistas de los periódicos conservadores de Birmingham la oportunidad de representarme apoyado en una enorme cuchara de oro, izada a hombros de obreros entusiasmados. Yo estaba seguro de que aquellos hombres nunca habían sido atacados por sus familias de aquella manera, y aquello me condujo a apartarme de mi padre durante todo el corto período que le quedó de vida. La explosión final fue debida probablemente a su afición por la bebida, que iba en constante aumento. Murió de esclerosis de hígado en La Baule, Francia, en 1928, a los cincuenta y cuatro años. A pesar de todo, le tenía cariño, porque tenía muchas buenas cualidades.

Lord Horder fue el médico de tres generaciones de nuestra familia, la cual, me dijo, tenía la constitución natural más fuerte que había conocido; añadió que los excesos de mi padre hubieran sido suficientes para matar a varios hombres. Yo no puedo pretender haber seguido el mismo camino, pues beber ha sido siempre la última tentación para mí. Ni mis hermanos ni ningún otro miembro de la familia pueden ser tachados de alcohólicos. Al parecer, el otro único adicto fue un tío, llamado también Oswald, hermano mayor de mi bisabuelo Tonman, quien tenía la misma afición de mi padre y también murió joven. Por mi parte, he bebido agua durante toda mi vida, alternada una o dos veces a la semana con vino o cerveza. Cuando fui a vivir a Francia, las agradables costumbres del continente introdujeron en nuestra casa el hábito de beber un vino ligero. En tiempos recientes, he cambiado éste por una mezcla de vino alsaciano y agua Perrier; esa costumbre de vino del Rin y agua de seltz fue compartida también por una incongruente pareja, Osear Wilde y el príncipe Bismarck. Yo he creído, como en el mundo clásico, que un festín ocasional hace más bien que mal, o como dijo un médico francés: «Il faut quelque fois étonner l'estomac».

La familia Heathcote no tenía tendencia a los excesos; eran sobrios, excelentes personas dignas de todo afecto. Eran, por naturaleza, mucho más respetables que los Mosley, que siempre les escandalizaban bastante. Eran más respetables en el sentido en que la clase media acostumbra a ser más respetable que la aristocracia, y no porque existiera ninguna diferencia de clase entre ellas, puesto que las dos eran familias avicinadas en el campo con la misma posición, que entonces se solía llamar el landed interest ⁶. Su actitud ante la vida era diferente; no diferente en el mismo sentido que lo es para el caballero y el roundhead ⁷, puesto que los Heathcotes no pueden considerarse unos puritanos, sino en el sentido de que ellos no tenían la casi completa libertad de inhibición que era una característica que muchos Mosley compartían con la mayor parte de la aristocracia y gran parte de la clase obrera. Lord Randolph Churchill, durante sus días de democracia tory, clamó: «La aristocracia y la clase obrera están unidas por el lazo indisoluble de su común inmoralidad».

Los Heathcote eran una familia fuertemente unida, cada uno experimentaba un goce vital en compañía de los demás. Mi madre tenía una hermana mayor que se casó con un guardia de corps, Sir Lionel Darrell, dos hermanas más jóvenes, y una mucho más pequeña que sólo me llevaba doce años y a quien yo quería como a mi compañera favorita en los deportes y en toda la amplia gama de esparcimientos juveniles; se casó con un Lees-Milne, que lanzaba la caña, en la pesca del salmón, casi con la misma destreza con que su sobrino dirigía el National Trust. También apreciaba mucho a la mujer de mi tío Jack, la hija de Lord Hill; montada a caballo ofrecía la mejor estampa que yo haya visto en una mujer. En aquel círculo todo estaba lleno de cariño, vida y afecto. Todos vivían en casas que estaban muy próximas las unas a las otras; era una comunidad fuertemente unida, con su propio estilo vernáculo, pero sin ninguna tendencia a aislarse de la más amplia vida social de los contornos; era personas muy amigables. La vieja pareja era el centro, y los dos eran populares, Justinian Heathcote, mi abuelo, había sido M.P. ⁸ por el distrito de Stoke-on-Trent, donde, en la antigua propiedad familiar, se habían desarrollado algunos intereses en el carbón y el acero.

Procedían de Staffordshire, y habían emigrado al vecino Shropshire muy recientemente, durante mi niñez, porque el hundimiento de las minas de carbón había afectado a su viejo hogar en Apedale, cerca de Stoke-on-Trent. Mantenían un estrecho control sobre sus intereses de Staffordshire, que, por otra parte, no estaba muy lejos. De este abuelo me viene a mí la parte de sangre escocesa; su abuela fue Lady Elizabeth Lindsay. Ella, por lo visto, afirmaba ser descendiente de Robert the Bruce; de aquí viene quizá mi disposición a empezar siempre de nuevo más que del ejemplo de una araña. La sangre irlandesa procede de la madre de mi padre, que fue la hija de Sir Thomas White, alcalde de Cork durante algún tiempo. Así, yo puedo presumir de británico tanto como de inglés, y a través de mi sangre sajona y normanda, casi de europeo; la pureza isleña es verdaderamente una reciente invención.

Mi abuelo Heathcote era una gran figura de imponente estatura y porte, con una patriarcal barba cuadrada de nivea blancura. Era amable y afectuoso y solía llenar mi infantil cabeza con relatos de la vida parlamentaria, con sus dramáticos incidentes y sus protagonistas. No fue un actor sino un agudo observador de la escena política; un típico cacique tory, pero mucho menos fanático que su esposa. Ponía considerable humor y complacencia al explicar anécdotas, como, por ejemplo, la respuesta de Balfour al turbulento lugarteniente de

⁶ Literalmente, el interés del terrateniente. (N. del T.)

⁷ «Cabeza redonda», apodo despectivo que se daba a los puritanos durante las guerras civiles del siglo XVIII. (N. del T.)

⁸ Diputado del Parlamento. (N. del T.)

Parnell, Mr. Biggar, referente al «honorable miembro con la vocal equivocada»⁹; esto lo hacía pasar por una sorprendente observación en medio de un debate, pero aquellas anécdotas probablemente las transfería del saloncito de fumadores a la Cámara. Sus líderes favoritos en las distintas alas de la Casa eran el radical Labouchère, que fundó Truth¹⁰ y Thomas Gibson Bowles, el de más cualidades en el lado tory. Entonces, yo no podía figurarme que al casarme con una Mitford me uniría a una de sus nietas. Fue la unión de Mr. Bowles con la mezcla de Mitford y Stanley lo que produjo tan notable combinación. Las divertidas hermanas, como las llamaba Evelyn Naugh, tenían una ilimitada capacidad de animar cualquier situación insulsa, haciendo brotar a raudales la fantasía con su risa contagiosa y sus chillidos de pavo real. El espíritu vivaz de Mr. Bowles contribuyó, indudablemente, a este feliz resultado.

Mi abuelo consideraba a Parnell como la personalidad más fascinante, con mucha diferencia, de todas las de aquel período. Resaltaba la diferencia que existía entre el terrateniente protestante, frío como el hielo, y sus seguidores irlandeses, revolucionarios y apasionados; nunca dejó de asombrarle su influencia sobre ellos. Lo que quebrantó temporalmente el sistema parlamentario inglés fue la disciplina que supo inculcarles, y hubiera conseguido sin duda la libertad de Irlanda una generación antes, si no hubiese sido por su oscura tragedia personal, una flaqueza irresponsable y extraña en semejante voluntad y espíritu. Mi abuelo me contó cómo Parnell entró repentina e inesperadamente en la Cámara (después de una prolongada ausencia por asuntos que pocos se atrevieron a preguntar) y se encontró con un tumulto irlandés en pleno apogeo. Todos los hombres estaban de pie y se lanzaban insultos con los rostros enrojecidos de cólera. En cuanto él apareció en el foro, se sentaron todos y se hizo un completo silencio. Parnell avanzó lentamente hacia su escaño con su envarada dignidad habitual, y le preguntó al Whip¹¹ qué era todo aquello. Si hubiese querido, con un ligero movimiento de su mano hubiese bastado para que todos se hubiesen puesto de pie de nuevo y se hubiese organizado un escándalo que hubiera hecho saltar el techo.

¿Cómo empezó todo? Mi abuelo me explicó que Parnell había llegado al Parlamento cuando era todavía un hombre relativamente joven y se encontró con un partido irlandés completamente ineficaz bajo el liderazgo de un amable caballero llamado Mr. Butt, quien normalmente volvía bastante avanzada la noche, con un traje de tarde, después de haber cenado con los tories. Parnell decidió poner fin a aquel estado de cosas, y, con la ayuda del diputado que tenía la vocal equivocada, lo consiguió rápidamente. Sus continuas riñas llegaron al extremo de tener que ser físicamente expulsado por el macero y sus ayudantes, pero esa lucha (un infierno) conmovió a toda Irlanda. Le convirtió en el héroe del pueblo irlandés y, gracias a su entusiasmo, en el líder indiscutible del Irish Party¹². ¿Cómo pudo un hombre así en el momento en que tenía ganada la batalla (Gladstone se vio obligado a negociar con él, incluso cuando estaba en Kilmainham Gad) lanzar por la borda toda su labor, y perderse él mismo por el amor de Mrs. O'Shea? Quizá pensaba que podía escapar de aquello, que ambas cosas, vida y amor, ambición y belleza, podían satisfacerse a la vez y plenamente. A un nivel más elevado, yo tenía algo de esa naturaleza en mi imaginación cuando escribí en mi introducción a una traducción del Fausto de Goethe una referencia al encantado Byronie, hijo de Euphorión: «Aspira a la belleza y a las hazañas. En su anhelo por remontar el vuelo más alto consigue las alas prohibidas. El desastre le derriba bajo el firmamento».

Desde luego, la descripción de Parnell por parte de mi abuelo, no era tan dramática como el relato de Disraeli sobre las sombras que oscurecían Canming (cuando él presenció «el tumulto de aquella frente etérea»), pero yo me he alegrado siempre de haber visto a través de los ojos de un agudo y compasivo observador algo de aquella asombrosa combinación de debilidades personales y acontecimientos históricos. Con frecuencia, en el curso de mi vida he comprobado que el curso de la historia podía haber sido alterado beneficiosamente si las flaquezas humanas no hubieran pervertido el destino. ¿Acaso se habría desencadenado la Primera Guerra Mundial si Parnell hubiera liquidado a tiempo el problema irlandés, eliminando así los disturbios, que fueron, al fin y al cabo, un factor que contribuyó a persuadir a los alemanes de que Inglaterra no estaba en condiciones de jugar un papel importante en la guerra de 1914? ¿Qué hubiese pasado si Dilke, que se mantuvo firme contra la división de Europa en los rígidos bloques de la Entente y la Triple Alianza, no hubiese caído en una aventura? ¿Y si la tragedia de Mayerling no hubiese comprometido la corona del príncipe Rodolfo, que, a causa de su débil carácter, probablemente no se hubiese dejado influir por ninguno de los dos bandos? ¿Cuánto han influido en la historia las extravagancias personales? La verdad está probablemente a medio camino entre la concepción materialista de la historia de Marx y la visión que sostiene que realmente supuso una diferencia para Europa el que el duque de Buckingham se enamorara de la reina de Francia. Las dos cosas, los hombres y las circunstancias, son necesarias para cambiar la historia. Es el violento contacto de los grandes hombres y las grandes circunstancias lo que permite al destino dar a luz.

De este modo, mi infancia estuvo dividida entre dos familias muy diferentes. ¿Deriva inevitablemente el curso de nuestra vida del origen y de las influencias durante la infancia, o es cierto que es el mundo el que

⁹ Se refiere a la palabra bigger, comparativo de big, grande, voluminoso. (Nota del T.)

¹⁰ La Verdad. (N. del T.)

¹¹ Miembro del Parlamento que tiene a su cargo la disciplina de su partido, la convocatoria de su grupo para las votaciones, etc. (N. del T.)

¹² Partido nacionalista irlandés, (N del T.)

imprime carácter? (¿también el carácter básico, original?) ¿Cuánto pesa el ambiente y cuánto la naturaleza? No es necesario que nos sumerjamos en la controversia entre Lysenko y sus victoriosos adversarios, pero es tentador echar una ojeada a los psicólogos que insisten en leer nuestro destino en los hechos de nuestra infancia. Durante un prolongado período, en mi madurez, en que pude leer más de lo normal, tuve la oportunidad de estudiar esos hechos. Yo llevé a término lo que recomendaba Platón: retirarse del mundo y dedicar un considerable período al estudio y la reflexión antes de entrar en la fase final de la acción; aunque no por propia voluntad.

Los resultados obtenidos me dieron al menos la oportunidad de analizar mi propia infancia a la luz de la psicología analítica. Estaban presentes algunos de los elementos clásicos: el hogar dividido, una atmósfera de rivalidad entre las dos generaciones anteriores... Al final de todo aquello, ¿a qué conclusiones llegué? La única conclusión que estaría dispuesto a reconocer es realmente muy trivial. Tengo tendencia a confiar la realización de algunas pequeñas cosas a mujeres complacientes, que creo las pueden hacer igual o mejor que yo, cosas que, en cambio, representan para mí una pérdida de tiempo; es una concepción que afortunadamente cuenta, en general, con la tolerancia de esas mujeres. Eso es una clara consecuencia de haber sido el primogénito de la casa, y haber tenido una madre cariñosa y ferviente, a la que desde mis primeros años aconsejaba y asesoraba con gusto sobre todo lo que acontece bajo el sol. Yo no tenía un padre que fuese detrás de mí por todas partes, que me hiciera pequeños favores y me obligara a estar con la boca cerrada hasta que mi aportación fuese oportuna. Pero esta falta tampoco es para tomársela trágicamente.

En general, no me faltaron las influencias masculinas. Estuve siempre con alguno de mis abuelos y no ha habido nadie de mayor rectitud que ellos. También mis tíos estuvieron siempre cerca de mí. Dos joviales y bonachones campesinos de la mejor clase. Me enviaron a escuelas para gente acomodada, que entonces eran como cuarteles, y en seguida entré en contacto con los más excelentes exponentes de los auténticos cuarteles. Este primer contacto con la flor y nata del atletismo militar produciría en mí una profunda, duradera y, en mi opinión, beneficiosa influencia en mi actitud ante la vida. Aquel hogar dividido no dio, desde luego, como resultado un niño de mamá, por muy profunda que fuese mi devoción hacia ella. Los sabihondos de la psicología científica pueden atribuir a ese pasado algunas de las inclinaciones políticas de mi vida posterior, que ellos detestan, pero, después de un profundo estudio del tema, estoy convencido de que no dicen más que tonterías.

Hay ciertas cosas en el estudio de la psicología que, a estas alturas, deben ser tenidas muy en cuenta: es una ciencia que está en su infancia y sus portavoces se encuentran profundamente divididos. Está aún en el período de investigación, con mucha tarea por delante. Cada cual se cree ya competente para analizar, en un pequeño artículo de cualquier diario, sin objetividad y tendenciosamente, los complejos evidentes de todos los gigantes o enanos que cruzan por la escena mundial. Gente mucho más seria fue justamente reprendida por Jung en su *Psychologie der Unbewussten Prozessen* por sus impertinencias al pretender analizar las grandes figuras de la religión y de la filosofía; sin embargo, payasos menores y en circos menores no dudan aún en mostrar la misma desfachatez. Se han escrito muchas más tonterías, a menudo tonterías ridículas, sobre este tema que sobre ningún otro.

Una parte del problema está en que, incluso los médicos más serios en ejercicio, tienen pocas oportunidades de estudiar cualquier cosa que no sean enfermedades. Aquellos que dirigen sus pasos hacia el consultorio del psiquiatra no son siempre los sujetos más indicados para estudiar en ellos los problemas cotidianos de quienes rebosan salud y vitalidad. Todo el mundo en su infancia y en su juventud sufre los golpes y las frustraciones que en su madurez le conducirán al consultorio de algún psiquiatra, del mismo modo que todos experimentan los magullamientos y los cortes que más tarde conducen al quirófano de algún cirujano. Los que están psíquicamente sanos devuelven el insulto que en los débiles se transforma en complejo con la misma facilidad con que los cuerpos sanos rechazan el mal que, en los débiles, se convierte en tumor. Es posible incluso ir más lejos, y decir que una nueva fuerza puede surgir precisamente de un mal de la infancia. En este sentido, he visto experimentos extraordinarios en botánica. Árboles dañados muy seriamente en la primera etapa de su vida desarrollan unas defensas protectoras que más tarde se fortalecen aún mucho más, adquiriendo así una capacidad de resistencia mucho mayor frente a los elementos nocivos del medio ambiente. «Lo que no consigue destruirnos, nos fortalece», dice un proverbio de la gente con cierta experiencia en semejantes pruebas del destino. «Habiendo visto el pequeño mundo, veamos ahora el grande.» La teoría de Toynbee sobre el estímulo y la respuesta esclarece, en la esfera de las naciones, el cumplimiento del mismo principio de la Naturaleza que estimula y desarrolla el árbol dañado. Algo de esto debía rondarle también por la cabeza cuando escribió que, posiblemente, «debemos todo a nuestra neurosis», aunque la cualidad de toda naturaleza fuerte (su capacidad para resistir la adversidad) no debería ser considerada como una neurosis, sino como un don natural. En una palabra, todo este asunto no es tan simple como creen los aficionados. Antes de que el potencial de esta ciencia, que acaba de nacer, se convierta en realidad, y pueda ser trasladado del laboratorio a la clínica, es necesario desarrollar un trabajo de investigación mucho más serio.

Expongo estas opiniones sobre ciertas corrientes de la ciencia, al tiempo que reclamo sobre ella un conocimiento mucho más consistente que el que pueda tener alguien que ha dedicado su vida a la política. En la teoría y en la práctica del gobierno he batallado por la ciencia, por proveerla de medios, por estimular y honrar

su trabajo. Hace años escribí que los hombres de Estado modernos deberían vivir y trabajar rodeados de científicos, de igual modo que los Medici vivían y trabajaban rodeados de artistas. Las glorias del Renacimiento fueron posibles gracias a estadistas realmente dedicados al arte, y las maravillas redentoras de la ciencia y tecnología modernas se realizarán gracias a los estadistas realmente dedicados a la ciencia. Si aman la ciencia y aprecian sus inmensas posibilidades, no permitirán nunca que ninguna de sus ramas sea prostituida por la astucia de algún médico hechicero que pretenda interpretar las contradicciones políticas del régimen existente como hechizos demoníacos, hoy llamados complejos. Estas cosas son temas importantes y no propaganda política.

En mi interés por la ciencia en general, que continúo profesando todavía, he llegado a la conclusión provisional de que es dudoso que la psicología, en su actual desarrollo, tenga suficientes datos como para justificar su aplicación práctica, en particular a los niños. Cuando me pregunté a mí mismo, a la luz de mis estudios, si los reveses o éxitos de mi infancia y mi adolescencia habían afectado el curso de mi vida, si yo habría resultado otro hombre en el caso de que mi infancia hubiera sido distinta, sólo pude responder que, en mi opinión, no era así. Alguna extraña combinación de los genes de esta vigorosa tierra me hizo, para bien o para mal, lo que soy. La constitución básica es la misma para un cuerpo fuerte que para uno débil. Después, el desarrollo o la atrofia de esa constitución depende del continuado ejercicio de la voluntad, igual que el desarrollo o la atrofia de los músculos depende del ejercicio físico. En la voluntad juega el indefinible elemento del espíritu, pero esto desborda completamente el tema de la infancia.

2. COLEGIO Y SANDHURST

Siempre tenía demasiada prisa. Esta tendencia comenzó en el colegio. Me inquietaba el futuro y quería crecer. El colegio no fue para mí un feliz intermedio antes de enfrentarme con las duras responsabilidades de la vida adulta. Era un necesario pero aburrido proceso que había que cubrir antes de llegar a la gran vida de oportunidades, aventuras y grandes experiencias que nos esperaba. Era un defecto, pero a veces pienso que era un buen defecto. El intenso deseo de llegar a ser un hombre es, seguramente, preferible a la aspiración de una infancia prolongada; es mejor la prisa por abrazar la vida, por alcanzar la madurez. Normalmente, la madurez, con sus responsabilidades, es considerada como un tiempo difícil que debe ser abreviado todo lo posible. La tendencia general es volver, desde el mundo, al vientre materno o a la tumba. Se piensa que lo mejor es el juego inexperto de los primeros años de la vida y las grandes evasiones del ocaso.

Para bien o para mal, mi generación fue el extremo opuesto de esta concepción. Nosotros nos apresuramos hacia la vida con los brazos extendidos para abrazar el sol, e incluso la oscuridad, la luz y la sombra, que es la esencia de la existencia, cada nuevo encanto de un mundo deslumbrante y maravilloso; sentíamos prisa por la vida, para poder quemarla.

Se trataba de una diferencia profunda en la actitud ante la vida que ha tenido consecuencias de gran alcance. Si se ha rendido demasiado culto a la infancia, sus valores tienden a ser indebidamente exaltados, y la acción propia de la madurez puede resultar estéril y su dinamismo natural malgastado. En los primeros años de la vida se nos dice que somos demasiado jóvenes para hacer algo, y en la madurez que somos ya demasiado viejos; los paladines de esas inhibiciones lo que quieren decir realmente es que siempre están en contra de hacer cualquier cosa. Las realizaciones del hombre reemplazan las fantasías de la infancia; Peter Pan se eleva al revés que los valores establecidos por la naturaleza y probados por la historia. Es una extraña paradoja. En la época en que la ciencia extiende considerablemente la duración de la vida, se ha puesto de moda acortarla con el culto a la infancia prolongada y a la senilidad prematura. Por eso, admito que es un error andar siempre con prisas y llevar a veces cargas demasiado pesadas, pero prefiero los errores del dinamismo al letargo religioso.

Llegué a mi primera escuela, West Downs, Winchester, cuando acababa de cumplir nueve años. Tenía un preclaro director, Lionel Helbert, que había cesado como secretario de la Cámara de los Lores para fundar un pequeño colegio de chicos. Hacía auténticos esfuerzos por comprender a sus alumnos; desde temprana edad, me atribuyó cualidades de dirigente y deseaba que me incorporase a la marina, por la que sentía un cariño apasionado. Llegué a los nueve años como un niño brillante, después de la educación recibida en casa gracias a mi excelente institutriz miss Gaudy, una mujer inteligente y bondadosa; sin embargo, me convertí rápidamente en un niño estúpido, no por defectos de la enseñanza del colegio, sino por la tensión natural del crecimiento, que, ahora estoy convencido, fue la responsable de mi atraso. A la edad de catorce años había alcanzado ya mi estatura actual de seis pies y dos pulgadas, y una corpulencia proporcionada. Mi ritmo de crecimiento no fue uniforme: fui inteligente de los nueve a los once años, atontado de los once hasta cerca de los dieciséis, desde los dieciséis a los diecinueve, recuperé gradualmente mis facultades, y de los diecinueve en adelante dirigí esas facultades hacia lo que valía la pena. Todo eso me hace mirar con recelo procedimientos tales como el examen de los once años y otras primitivas pruebas, que pueden, en un estadio prematuro, decidir, o al menos influir, en el futuro de un niño.

Años más tarde me fastidiaron los directores de la Public School ¹³ porque ni en mi generación ni en las dos precedentes habían conseguido descubrir en el colegio a ninguno de los hombres que luego sobresalieron en la vida política; las únicas excepciones fueron el suegro de mi primer matrimonio, Lord Curzon, y uno o dos más, mientras que era una lista muy larga a los que en el colegio se les consideraba estúpidos y luego fueron brillantes en la vida. Una vez, yo escuché una inteligente apreciación de Mr. Roxburgh, el notable primer director de Stowe, un colegio que yo visité con frecuencia para competir en un campeonato de esgrima, seguido de discusiones por la noche. Él rechazó que ese defecto de los directores de escuela fuese un fallo de los colegios y en cambio lo atribuyó a la misma naturaleza, porque ese tipo de hombres se desarrollan con retraso y probablemente los directores tuvieron muchísima razón cuando pensaron que eran estúpidos en su juventud. Este argumento es una nueva razón a favor del sistema de tests progresivos en la educación en lugar de juicios precipitados a partir de una arbitraria y brusca línea que pretende clasificar los talentos.

Mi recuerdo más desagradable de West Downs es el intenso frío que allí hacía; era antes de que pusieran calefacción central y los largos pasillos de piedra y madera eran tan amargos como los dormitorios con dos corrientes de aire, en los que a la menor helada las esponjas se ponían rígidas en los lavabos. Mi hermano Ted también iba allí y parecía estar en peligro de helarse vivo, a pesar de la robusta constitución que tuvo en su vida adulta. Mis reclamaciones condujeron a que le trasladasen a un lugar menos ártico. Sentía aversión por las lomas de Chalk. Rodeaban West Downs y el vecino Winehester y eran el escenario de nuestros paseos

¹³ Escuela de alumnos internos de tipo tradicional (verbigracia, Eton y Harrow). (Nota del Traductor.)

obligatorios. Siempre me resultaron horribles. Otra de las cosas que me desagradaban en West Downs era nadar, aunque después sería uno de mis pasatiempos y deportes favoritos. Todos temamos que tirarnos al estanque y bajar hasta el fondo tanto si sabíamos nadar como si no. Se suponía que así se aceleraba el proceso de aprendizaje, pero yo siempre saltaba al agua cerca de la orilla sin esforzarme mucho. Por aquel tiempo yo tenía una cierta fobia a meter la cabeza dentro del agua debido, sin duda alguna, a que llegué al mundo con quince días de retraso, semiahogado y con la dolorosa necesidad de ser abofeteado para coger aire en los pulmones hasta dar los primeros ruidos que más tarde resonarían desde tantas tribunas. Esta aprensión de asfixia duró muchos años, y no aprendí a nadar hasta que fui mayor y me persuadió mi primera esposa, Cimmie, en nuestra luna de miel, para poder participar en uno de sus principales placeres. Por otra parte, no reconozco en mí mismo más neurosis que la aversión que siento a acumular papeles, pero eso puede ser debido a causas fácilmente explicables: la perspectiva, siempre presente, de un trabajo monótono.

La vida en West Downs no era demasiado mala, pero era deprimente y aburrida comparada con la vida en casa. A mí no me pasaba lo que, al parecer, les ocurre a muchos niños modernos, que consideran más libre la vida del colegio; casa y colegio eran para mí libertad y prisión, respectivamente, así de simple. Los deportes y los juegos me compensaban hasta cierto punto. El instinto y la tradición de la familia me dominó en aquel colegio en que se enseñaba bien el boxeo, y, poco después de mi llegada, gané los campeonatos de peso ligero. Por primera vez, en un combate abierto, sentí desconfianza en la victoria. Después gané muchas elecciones, pero nunca estaba seguro de la victoria hasta que se contabilizaba la última papeleta de voto. A un nivel superior, Lloyd George, tenía la misma reputación; no podía creer que ganaría la elección de 1918, y en sus inútiles esfuerzos por conseguir la victoria, pronunció algunos arriesgados discursos que no hubiese tenido necesidad de pronunciar. Churchill, en cambio, solía confiar en el triunfo, y se decía que no se esperaba la derrota de 1945.

Mi tendencia a dudar del éxito hasta que estuviese fehacientemente comprobado, me dio una notable ventaja en este primer encuentro atlético de mi infancia, a los nueve años de edad. Después del primer choque, el otro chico se dio media vuelta y corrió todo lo rápido que sus piernas le permitían por el amplio gimnasio (no había cuerdas) perseguido fogosamente por mí. Al final, un insistente toque de campana terminó la farsa y volvimos a nuestros rincones; sin aliento le pregunté a nuestro instructor: «¿He ganado?» La última pelea de la serie final fue mi primera prueba de resistencia. No había demasiada técnica; se trataba sólo de pegar, frente a frente, con directos a la cara de izquierda y derecha. El otro cayó al suelo y yo gané mi primer campeonato. Tres años después recibí una paliza tremenda en la final de los campeonatos de pesos pesados. Mi contrincante era mayor, más pesado y mejor boxeador. Si hubiera esperado otro año no me hubiera costado mucho ganarle, pero como siempre tenía demasiada prisa por presentarme a las cosas en la Public School, quise probar suerte prematuramente, como en todo lo demás.

Helbert, con rara perspicacia, me elogiaba más en las derrotas que en las victorias. Esto quedó claro cuando al final del semestre escogió dos actuaciones más para puntuar mi curso escolar. La primera fue la paliza que recibí en aquella final de boxeo, porque yo había luchado hasta el fin (en realidad porque no se me había ocurrido hacer ninguna otra cosa). La segunda fue mi actuación en el campeonato de tiro del colegio, que también fue mala. Era el capitán de un equipo de tiro con rifles de miniatura y esperaba ganar el campeonato individual interescolar, al mismo tiempo que el premio por equipos. Helbert señaló al auditorio del colegio que a pesar de perder, yo había hecho todo lo posible para que ganase el equipo; en estos casos, muchos chicos se cruzan de brazos con un gesto de petulante desesperación. Tampoco esta vez yo había sido consciente en absoluto de que aquello fuese un mérito porque a mí no se me ocurrió ninguna otra cosa que hacer. Sin embargo, Helbert, como correspondía a su calidad de director de colegio, estaba a la caza de cualquier temprana manifestación de personalidad. Observó que yo era capaz de tener un espíritu de equipo aunque muchas veces lo había negado. Erróneamente, porque yo soy un compañero leal como miembro de un equipo.

Constantemente, aquellos que pretenden deducir lo importante a partir de lo trivial señalaban que yo me sentía más atraído por los deportes individuales como el boxeo, la esgrima y la equitación, que por los juegos de equipo como el cricket. Clarificar estos ampulosos embrollos es casi siempre muy simple. Me gustaban más esos deportes porque en ellos yo despuntaba más, y mi pasado me inclinaba más hacia los deportes del campo que a los juegos de ciudad; los juegos individuales de pelota, como el golf y el billar, me resultaban aún más aburridos. ¿Era también algún complejo lo que me empujaba a preferir la conversación, la lectura y la reflexión a un juego de cartas, esa extraordinaria aberración de los apasionados matadores del tiempo?

Mi paso a la Public School, un año antes de tiempo, fue uno de los errores provocado por mi sempiterno sentimiento de la prisa. Persuadí a mis padres y a mis directores para que me dejaran ir sin dar ninguna razón clara, movido sólo por una sensación de urgencia. En este punto me faltó quizá un poco de calma, una fuerte influencia masculina que me dijese, ¿qué prisa hay? ¿Por qué no esperar otro año en el colegio, convertirte en un chico de primera fila, ganar al boxeo, hacer todas las cosas que te gustaban hacer en el primer colegio, y luego entrar en un grado más alto en la Public School cuando tengas un año más y estés en mejores condiciones de ir allí? Pero yo tenía prisa y nadie me dio este consejo.

Dudo de que esto tenga mucha importancia. Llegué a la Public School un año más joven de lo normal, pero mi experiencia era más sólida que lo habitual. Dado que el mérito principal de aquella educación se medía por un proceso de endurecimiento, incluso se puede argüir en este sentido que aquello era una ventaja. Nos levantábamos temprano y nos íbamos pronto a la cama. La comida era escasa y el agua fría, excepto un día a la semana: estábamos en un colegio primitivo, y disfrutando de las delicias de la religión en la capilla, antes del desayuno. El resto del día era una mezcla que se componía de las lecciones, los juegos obligatorios y los trabajos fatigosos para los mayores. Estos estudiantes con responsabilidades especiales tenían casi un poder absoluto sobre la vida y la muerte de los chicos menores y prácticamente sin ningún control efectivo por parte de los profesores. Tenían el poder de hacer que la existencia allí fuese desgraciada o razonablemente tolerable. En conjunto, ese poder era ejercido con justicia y ecuanimidad, de acuerdo con un código definido. Los mayores trataban por igual a los chicos juniors en todos los aspectos de la vida cotidiana, incluso a sus favoritos. Aquella estricta disciplina impedía cualquier tipo de abusos no autorizados, y la formación de pandillas rivales, que son inevitables en las escuelas de chicos pequeños, eran casi inexistentes en la Public School. Desde luego, la cuestión principal es la siguiente: ¿es justo dar a chicos de unos dieciocho años de edad poder sobre chicos menores, que pueden soñar en ajustarles más tarde las cuentas, aunque se distingan en sus carreras y sean bien educados para el trato amable y humano?

Es un sistema de educación extraña que a nadie más se le ocurre emplear en Europa. En Francia la regla general es educar a los niños en escuelas externas más que en internados. El excelente sistema de educación estatal del Lycée sigue un proceso que va desde la infancia al selectivo, a las academias técnicas y administrativas y es uno de los principales valores de Francia. También hay escuelas equivalentes a nuestros internados que son dirigidas, por lo general, directa o indirectamente por órdenes religiosas. Los reverendos padres saben demasiado de este mundo como para probar suerte dejando a los chicos en libertad, y los someten a constante vigilancia. Es un control directo y la mano que gobierna no se nota hasta que ocurre algo. Así, en cualquier escena de excesiva brutalidad o efecto, aparece rápidamente un firme caballero con boina, casi por arte de magia; todo está muy bien organizado, y cualquier incidente de ese tipo es zanjado inmediatamente. En distinto grado la mayor parte de los países europeos, la educación descansa en sistemas parecidos. El método inglés parece ser único.

El sistema ideal debe estar, como suele ocurrir siempre, entre los dos extremos. Pero el método inglés (al menos en tiempos anteriores) cumplió efectivamente su objetivo mediante el proceso de endurecimiento. Sus productos tenían que ser duros. Tenían que servir para conducir un gran imperio, en arduas y a menudo peligrosas condiciones. Confiando a un chico el poder a los dieciocho años, aunque pareciese absurdo, tal vez se le preparaba para encargarse a una edad temprana la dirección de una gran y abrupta área del Imperio. Había un cierto método en este instinto peculiarmente inglés que parecía excéntrico a los demás europeos. Ahora que el imperio ya ha desaparecido, puede parecer que el argumento máximo a favor del sistema de internado también ha cesado de existir. Surge la siguiente pregunta: ¿Por qué mantener para los chicos de una reducida clase de gente relativamente rica un sistema tan duro que si se aplicase a las masas podría provocar una rebelión inmediata? Quizá semejantes consideraciones expliquen la presente y aparente pérdida de dirección y de confianza en sí mismos por parte de los internados.

Éste no es un lugar para discutir sobre los sistemas de educación, y terminaré el asunto con un consejo general y bastante manoseado: dar a los chicos mucha comida y mucho descanso, una discreta y adecuada vigilancia, suficiente ejercicio para desarrollar su físico y suficientes e interesantes enseñanzas para desarrollar las inclinaciones particulares de sus cerebros, pero sin una carga superflua de conocimientos inaplicables que puedan ahogar sus gustos y aptitudes. No asegurar que un chico es tonto porque no se muestra inteligente cuando es joven y está desarrollándose. Permitir que el sistema de educación sea una selección progresiva en función únicamente de los méritos de cada uno, desde la cuna al despacho de director de empresa, a los más altos puestos del arte y las humanidades, y a los secretos laboratorios de la ciencia, donde puede ser decidido el futuro del hombre.

En mi historia personal, no puedo decir que la experiencia de los internados me haya producido ningún perjuicio, y, teniendo en cuenta el inmenso afecto y delicadeza de mi vida hogareña, incluso puede haber sido un adecuado medio corrector. No fui tratado ni mejor ni peor que cualquier otro. No sufrí en la escuela las brutalidades particulares que parece que soportaron Winston Churchill y otros de la generación anterior. Mi elección por el distrito electoral de Harrow en 1918 me proporcionó un conocimiento profundo en estos asuntos, porque el presidente de la Asociación Conservadora era un hombre muy viejo que vivía en el Hill y que tuvo un prolongado contacto con la escuela. Me contó que Winston Churchill (cuando era todavía un chiquillo) solía ser expuesto en medio de la clase, mientras su maestro invitaba a los demás alumnos a contemplar al chico más estúpido de Harrow, hijo del hombre más inteligente de Inglaterra. El mismo mister Churchill me contó en una ocasión, todavía con cierto resentimiento, como algunos pequeños brutos solían golpearle con toallas húmedas. No me pareció que, en su madurez, estuviera muy encariñado con su experiencia escolar, pero con la edad recordaba cada vez con más afecto escenas emotivas, más repletas de alfombras rojas que de las toallas húmedas de Harrow. Es muy probable que fuera su innato carácter, más que sus tempranas vicisitudes, lo que le decidió por el áspero camino del arte de gobernar en lugar de por las amables sendas del arte.

La opinión de Wellington de que Waterloo se ganó en los campos de juego de Eton no es la única opinión célebre sobre los resultados prácticos de estas escuelas. Chatham dijo que Eton podía arruinar la inteligencia de un muchacho y hacer bullir su espíritu durante medio siglo; eso no parece que le fuese muy bien a Shelley. En un banquete, Lord Salisbury se aproximó a Lord Curzon y otro joven a presentarle sus respetos, y negó, en la conversación que él hubiese ido a Eton; a pesar de haber sido primer ministro durante tantos años, el recuerdo todavía le resultaba demasiado amargo. Al menos podemos felicitar a las Public School por su fracaso en destruir las grandes cualidades y por su éxito en haber provocado una fuerte reacción en favor del cambio de sus erróneos métodos de enseñanza. También se aducirá y se afirmará siempre, que esas instituciones son recordadas con gran cariño por muchos grandes hombres; ellos sólo constituyen la excepción, pero naturalmente se les puede escuchar. En los tiempos modernos a las Public School no es probable que les quede mucha vida, al menos en su forma actual.

Mi relativa inmunidad al aburrimiento en la Public School, tras los primeros días de adaptación, fue debida posiblemente a mis músculos, que pronto conquistaron mi propio y pequeño nicho en el que me refugié contento y feliz. No existió vida intelectual por mi parte, y a nadie puede culparse por ello, porque en aquella época no tenía capacidad intelectual. Un bondadoso y viejo maestro de escuela puso de relieve este hecho, evidente por sí mismo, cuando un día, en clase, cogió mi mano y observó: «Es extraordinario que esta mano pueda hacer cualquier cosa con una espada y nada con una pluma». No sólo era incapaz de pensar sino que mis manuscritos eran ilegibles; este último defecto subsiste, como mis amigos y colegas saben desgraciadamente muy bien.

La actividad física era entonces lo principal en mi vida; un poco después, llegaron las primeras experiencias espirituales. Hacia los catorce años había terminado ya de crecer, y mi habilidad física se desarrolló entonces rápidamente y mucho antes que cualquier progreso mental. El boxeo fue mi primer amor y sólo lo cambié por la esgrima, en la que obtuve mis mejores éxitos cuando las competiciones de boxeo quedaron prohibidas para mí. El director de Winchester toleraba ese deporte dentro de la escuela, pero no permitía que ninguno de nosotros fuera a los campeonatos escolares, en los que yo había puesto tantas ilusiones, después de que mi instructor me asegurara el éxito en ellos. Igual que ocurre frecuentemente en la vida, los reveses y las desilusiones suceden al éxito y al triunfo en la larga cadena de la existencia. Incluso los desastres, a niveles más altos, me han abierto a veces una perspectiva de conocimientos y realizaciones que de otro modo nunca hubiera adquirido. Pasado el pequeño mundo del deporte adolescente, dejé de boxear; una apreciación de mis posibilidades me llevó a la conclusión de que una cabeza como la mía no estaba hecha para que la golpeasen. Pero los campeonatos internacionales de esgrima, la representación británica en ese deporte y la entrada en la intimidad de las grandes salles d'armes de toda Europa fue el placer de mi vida adulta, y mi madurez intelectual me descubrió el significado de la plenitud de la vida en el gimnasio helénico; *et ego in Arcadia vixi*.

Esta vida empezó en Winchester. Cada tarde era una escapatoria a otro mundo, en el que buscaba la compañía del Ejército regular. Desde luego, quienes influyeron más poderosamente en mi juventud fueron el sargento mayor Adam y el sargento Ryan; este último estaba a cargo del entrenamiento del boxeo y el primero de la esgrima. Ningún maestro tuvo tanta influencia sobre mí, como la que ejerció esta notable pareja. Eran productos del Ejército regular, por el que yo me había sentido atraído desde mi niñez.

Nunca se me había ocurrido ser otra cosa que soldado. Ahora estaba en contacto diario con una perfecta expresión del espíritu militar que yo había admirado a distancia, y empecé a empaparme de la actitud ante la vida que me ha mantenido en buen estado en muchas circunstancias y países distintos. Este Haliung, como lo llaman los alemanes, es imposible de describir, pero se sabe lo que es cuando se ha conocido. Una de las convicciones más profundas de mi vida, que el tiempo no ha destruido nunca, es que el estado mejor del hombre en la vida es pertenecer al Ejército regular.

Es cierto que yo no continué en la profesión de las armas por razones que me expuso con su acostumbrada lucidez F. E. Smith cuando le conocí, siendo muy joven. Tenía la notable virtud, siempre presente en los hombres de inteligencia poco común, de echar un puente sobre el abismo que separa a las generaciones y hablar a los jóvenes como si él también lo fuera. Dijo: «Si fueras francés o alemán, tu profesión sería claramente el Ejército, porque en esos países es una gran profesión. En Inglaterra, por supuesto, será la política o el foro, o ambas cosas». Ese mismo punto de vista fue adoptado desde un ángulo más profesional por el brillante C.I.G.S.¹⁴, Sir Henry Wilson, cuando se dirigía a los recién llegados al Staff College¹⁵ en el período en que era decano del claustro de profesores. El general Fuller me contó el desaliento que sintieron por las palabras iniciales de su primera lección: «Nuestro divertido y pequeño Ejército tiene seis divisiones. ¿Por qué debe tener nuestro divertido y pequeño Ejército seis divisiones? Nadie lo sabe y a nadie le preocupa.»

El Ejército era pequeño, pero quizá a causa de sus reducidos efectivos estaba integrado por una élite que era por lo menos tan buena como cualquier otra del mundo. Ningún prejuicio me impele a colocarlo más alto que

¹⁴ C. I. G. S., Chief of the Imperial General Staff, Jefe del Alto Estado Mayor Imperial. (N. del T.)

¹⁵ Equivalente a Academia de Estado Mayor. (N. del T.)

cualquier otro, porque ahora que vamos a convertirnos en europeos, debemos aprender a no alardear de una forma desagradable para los oídos de nuestros futuros socios. Nunca digo, por ejemplo, como hacen continuamente los políticos ingleses, que Inglaterra dirigirá Europa; digo sólo que Inglaterra jugará un papel vital dentro de Europa; en estos asuntos trascendentales lo hace mejor quien se jacta menos. Me conformaré, pues, con declarar que el Ejército británico no ha tenido nunca quien le supere. Con todo, admito que de muchacho, en compañía del sargento mayor Adam y del sargento Ryan, pude sentirme tentado a utilizar cualquier hipérbole que la modestia de esos hombres hubiera desaprobado.

No había tiempo que perder en charlas a la llegada al gimnasio. Ryan te sacaba de cualquier posible letargo en un par de minutos. Campeón de bayoneta en el Ejército y aspirante al título por la categoría de pesos plumas, se movía con una facilidad extraordinaria. Partidario del boxeo clásico de Jim Driscoll, se empeñó en dotarme de un perfecto directo de izquierda; durante cerca de dos años no me consintió que utilizara la derecha. Serpenteando, desviando, bajando la cabeza, esquivando llegaba hasta mí como un relámpago. Desde el momento en que él estaba a tiro yo tenía que dirigir la izquierda directa como un ariete a la barbilla, y siempre en el último segundo la interceptaba con su guante, mientras simulaba como un bailarín de ballet el efecto demoledor de un buen directo. Era un maestro magnífico. Tuvo muchas dificultades conmigo.

No estaba permitido descansar hasta que uno llegaba al límite de las fuerzas; entonces se aprovechaban bien los intervalos para oír historias del ring. Viví la epopeya de su gira por la India como segundo de Tiger Smith, el formidable boxeador que noqueó a todos los pesos pesados disponibles en el primer asalto. La saga ¹⁶ venía sólo al final, cuando ya no existían oponentes, y Tiger volvía con sus laureles al regimiento que había cultivado sus viriles cualidades. Aquello servía para entrenar al cuerpo y también, aún lo sostengo, ayudaba a desarrollar el cerebro y el carácter. Aquellas luchas eran limpias y nobles, se olvidaban pronto y no dejaban rencor. Mientras la naturaleza humana no se convierta en espíritu puro, ¿no es ésta la mejor disciplina para el animal que llevamos dentro?

En este marco, la vida era para mí toda espada y nada toga. La espada ocupó literalmente toda mi vida ordinaria desde que me fue prohibido boxear en los campeonatos escolares. Fue para mi juvenil ambición un amargo desengaño no poder participar, después de aquel largo entrenamiento que me había hecho concebir esperanzas de poder enfrentarme con éxito a los formidables etonianos que en aquella época llevaban un entrenamiento durísimo para poder conquistar el título. Aquellos planes de momento había quedado descartados, pero afortunadamente pronto fueron restaurados en una conversación con el sargento mayor Adam. Este extraordinario atleta estaba a cargo del gimnasio en general y de la esgrima en particular. Él me recordó que las buenas piernas y la agilidad de pies que había desarrollado en el boxeo me ayudarían a triunfar con el sable, que requería mucha velocidad y agilidad de movimientos. Tenía razón. Más tarde vi a los campeones húngaros de sable saltar sobre la pista como si fueran pelotas de goma. Animado de esta forma por Adam puse manos a la obra, y pronto se descubrió que la naturaleza había añadido a mi velocidad de pies una rapidez de reflejos y, en general, una buena aptitud para la esgrima. Él me persuadió de que me dedicara también al florete, para el que había más contrincantes en Winchester. El resultado fue que gané también las competiciones de florete frente a muchachos varios años mayores que yo, y que a los quince años y cuatro meses participé en los campeonatos escolares como representante de Winchester tanto en sable como en florete.

Fue un día excitante para mí y un día de ansiedad para el sargento mayor Adam, a quien por aquel entonces le tenía ya un gran afecto. Él nunca había tenido un pupilo que hubiese ganado los campeonatos escolares con sus armas, a pesar de que su historial en los campeonatos del Ejército y su calidad de instructor le habían hecho creer que lo iba a conseguir mucho antes. El año anterior, su mejor discípulo (un escolar de diecinueve años muy entrenado) había sido derrotado sorprendentemente en la final por un agresivo harroviano que, para nuestra inquietud, participaba de nuevo en la competición. Después de unas breves instrucciones de Adam sobre cómo tratar al harroviano, empezó la lucha. Fui lo bastante afortunado como para tocarle en el primer asalto y llegar a la final. Allí me enfrenté con un chico de un estilo heterodoxo y desconcertante que trastornó todas mis concepciones clásicas. Perdía ya por tres toques a uno y quedaría fuera si él llegaba a los cinco antes que yo. Entonces arrojé al viento todas las enseñanzas de los libros de texto, y decidí confundirle a base de pura velocidad y ataque constante. Le alcancé cuatro veces seguidas y gané el campeonato. Todas estas experiencias son buenas lecciones para la vida; nunca hay que aferrarse demasiado a los procedimientos que no tienen éxito, hay que ser firmes y constantes en los principios, pero infinitamente flexibles y adaptables en los métodos.

Después de los momentos angustiosos de la competición de florete, el campeonato de sable no presentó dificultad. Lo gané con facilidad y me alcé con lo que entonces fue aclamado como un triple récord: el primer muchacho que ganaba con dos armas distintas el mismo día, y el muchacho más joven que había triunfado en cualquiera de ellas. Mi gozo aumentó al ver la radiante alegría de mi amigo Adam. Empecé a tener la sensación de que, a pesar de ser todavía un muchacho muy estúpido, me había convertido en una especie de fenómeno

¹⁶ Las sagas son versos épicos escandinavos de la Edad Media. (N. del T.)

deportivo. En aquella época no se me ocurrió que pudiese llegar a ser algo más. Si hubiera sido un niño inteligente y sensitivo habría experimentado profundamente lo que, supongo, puede ser descrito como sentido del destino; pero, pese a ir fraguándose el presentimiento de esa extraña mezcla de triunfo y desastre inseparables de las grandes excedencias, ahora estaba sumergido aún en la primera exuberancia de la vitalidad, física.

Todo fue espléndido en aquel tiempo. Hasta mi ambición de competir con éxito frente a los etonianos se satisfizo también, aunque en otro deporte. Fuimos a Eton a disputar un match entre dos equipos de tres, a cinco toques por match. Gané todos los encuentros por cinco a cero, un total de quince toques a cero; fue un momento maravilloso de mi juventud. Uno de los miembros de su equipo era un magnífico ejemplar de unos dieciocho años que practicaba el remo de ocho, como hizo mi hermano John en Eton pocos años después. Se llevó una gran sorpresa al darse cuenta de que en el sutil deporte de la espada la fuerza no cuenta para nada frente a la velocidad y el cerebro; uno de los principales encantos de este fascinante deporte.

Realmente, la esgrima me tiraba con fuerza entonces. Incluso me di maña para convencer a mi madre de que me permitiera abandonar Winchester a los dieciséis años, con la esperanza de proseguir practicando en esferas más amplias. Mi argumento se basaba en el principio general de que perdería el tiempo si permanecía más años allí, y yo creía firmemente que había escogido lo que de verdad me interesaba. Sin embargo, mi plan inicial de hacer una gira de esgrima por Europa se frustró por dos razones. Mi madre empezó a pensar que el tour europeo estaba injustificado, mientras la esporádica reconciliación de mi padre con mi abuelo la privaba de los medios necesarios para financiar holgadamente la aventura. Lo primero fue un error, porque la mejor manera de mantener a un muchacho en el recto y estrecho sendero de la autoridad paterna es animarle a perseverar en la actividad para la que está especialmente dotado. En esas condiciones, el muchacho ya no hace ninguna locura con su cuerpo o su imaginación. Lo segundo no fue, desde luego, culpa suya, pues sin la ayuda del abuelo para cualquier empresa especial, a ella le resultaba demasiado difícil hacer frente a los gastos. Por eso he renunciado desde entonces a preguntarme qué habría ocurrido en el campeonato inglés de 1913 de participar yo, y si esta competición me hubiese reportado un éxito, cómo se habría desarrollado el campeonato de 1914. Desde luego, yo hubiese preferido eso a solicitar un ingreso prematuro en el Ejército, en Sandhurst, en 1914, y hubiera completado mi experiencia europea precisamente en el momento en que empezó la Primera Guerra Mundial.

Aquella fue mi última oportunidad seria para aspirar al campeonato mundial, pues después no fui nunca ya un primera serie. Al acabar la guerra mis piernas ya no estaban en buenas condiciones. Tardé diez años en volver de lleno al deporte, y, al principio, sólo por hacer ejercicio. Gradualmente descubrí que, adaptando mi estilo a mis nuevas condiciones físicas, podía rendir bastante con la épée, la pesada espada de duelo que requería menos movilidad. Llegué a enfrentarme dos veces con esta arma con dos campeones distintos en la competición nacional británica, y fui miembro de nuestro equipo internacional. La última vez que representé a Inglaterra fue en el campeonato mundial de 1937, pero, entonces no tenía ya ninguna posibilidad de ganar: el sueño de grandes proezas de mi mundo juvenil se había esfumado. No obstante, la esgrima me permitió recorrer toda Europa, familiarizándome con otros pueblos que poseían salles d'armes muy bien pertrechadas. Me quedan muchos recuerdos felices de alegre camaradería en París, Milán, Roma y todas las principales ciudades del centro de Europa. Entre ellos, se alza la viva visión del sargento mayor Adam paseando atléticamente por la Winchester Haigh Street, con la cabeza erguida y el pecho levantado, agarrando su bastón, con empuñadura de sable, entre el dedo pulgar y la parte posterior de la palma de la mano; movía su antebrazo como un muelle de acero y lo esgrimía como si fuese a luchar, recordando sus épicas contiendas con el formidable Bets, once años campeón del Ejército; mientras hablaba, sus ojos expresaban una completa abstracción de todas las otras cosas menos importantes, incluidos los discolos escolares que más tarde irían a su gimnasio a comprobar su masculinidad. Quizá por esta razón pasea con orgullo, para siempre, por una *salle d'armes* del Elíseo.

¿Winchester me dio sólo unas experiencias físicas, porque yo era incapaz de apreciar cualquiera de las cosas que más tarde me interesarían realmente en la vida? No es del todo verdad, porque antes de estar en pleno desarrollo físico yo tenía ya una cierta experiencia espiritual. Yo recibí la Confirmación poco antes de cumplir los catorce años, ciertamente por deseo de mi madre pero con mi consentimiento. Fuimos instruidos por un simpático sacerdote que era también uno de nuestros maestros, un buen hombre sensible, inteligente y de espíritu delicado. Ni entonces ni en ningún otro momento tuve yo ninguna sensación de revelación, pero me impresionó profundamente la doctrina del amor y el extraordinario impacto que produjo en un mundo tan diferente. Puede ser que la anormal velocidad en mi crecimiento hubiera dejado una cierta debilidad física, como la de un hombre que ha sido forzado por otros, lo cual me hacía en aquel tiempo particularmente susceptible. Esta explicación materialista puede que tenga alguna base real, pero en modo alguno es enteramente válida, porque desde entonces ha permanecido en mí la huella del posible poder del amor. Más tarde, me fascinó con mi preocupación en sintetizar algunos elementos de la enseñanza cristiana con el helenismo clásico, que tanto influyó en mi madurez. El pensamiento del siglo xix me pareció que estaba cargado con este potencial que, en cierto grado, puede ser realizado en el pensamiento e incluso en la acción de nuestros días. Todo esto era aún lejano para mi inconsciencia de Winchester, pero vuelvo la vista hacia atrás, hacia aquel bondadoso director del

colegio en reconocimiento por ese primer impulso que estuvo durante algún tiempo sumergido en el torrente de la vida, pero que volvió a surgir en cierto grado en los años de reflexión y de lucha electoral.

Desde entonces me he preguntado a menudo si los curas y los directores del colegio actúan inteligentemente al enseñar la religión a los jóvenes. Nada hay más repulsivo para el sentimiento religioso que ser arrastrado a la capilla por la mañana entre las primeras lecciones y el desayuno; es difícil de imaginar. Un hambre sistemática a lo largo de un prolongado período puede inducir a un estado de santidad, pero retrasar la primera comida del día a unos muchachos hambrientos evoca emociones contrarias. En algunos colegios esta nociva costumbre ha sido abandonada, pero la cuestión aún está en pie, sea por el conservadurismo de los servicios obligatorios, sólo en alguna ocasión amenizados por alguna excelente música en alguna vieja capilla en el colegio, en la iglesia o en casa, sea porque esté calculada realmente para producir un especial respeto por la religión.

Quizá nuestros mayores eran más consecuentes en sus concepciones sobre los misterios. ¿No es más interesante enseñarlos mediante una progresiva iniciación en la exótica belleza de las grandes religiones? ¿Cuál sería el efecto en un muchacho si le dijeran que la revelación de la cristiandad no se le puede impartir hasta que esté suficientemente maduro para apreciar una historia que, por lo menos, es de la más bellas del mundo? El método clásico era exactamente el contrario del moderno, pero se disolvió a la edad de la razón cuando la Filosofía llegó con sus continuas preguntas. Teniendo en cuenta mi propia experiencia anterior sólo sabría dar a los dirigentes de la Iglesia, con todo respeto, un modesto consejo: No hacer la religión demasiado aburrida a los jóvenes, pero tampoco demasiado tonta con imitaciones ineficaces de manías populares y absurdas con las que no deben pensar en competir. No se gana nada haciendo bailar a un mono en un organillo de feria., según la moda pasajera, ni en la práctica religiosa, ni en las ceremonias civiles, ni en las políticas. En último término, la conversión depende de la habilidad, de las simpatías, del ejemplo y de la convicción.

Mi vida estuvo así dividida entre el colegio y el Ejército. Cada tarde me escapaba al mundo que hacía sentirme como en casa: el gimnasio y la compañía de los soldados. No se trataba simplemente de que yo estuviese decidido a entrar en el Ejército, ni de que el gimnasio me proporcionase los deportes para los que tenía una particular aptitud. Me gustaba el Ejército y todas sus cosas; el entrenamiento me proporcionaba en Winchester la vida alegre que luego podría ofrecer Sandhurst y el compañerismo de una amplia y devota familia que es todo buen regimiento. No me gustaba la Public School y no me gustaban la mayoría de las cosas de ella. Me parecía una existencia trivial, me sentía «preso en un establo, encerrado y reprimido», entre otras muchas frases estúpidas del mundo burgués. Aunque tenía buen número de amigos en Winchester, tenía muchos más en Sandhurst.

Aparte de los juegos, la espantosa pérdida de tiempo en la Public School sólo podía ser aliviada por el estudio y la homosexualidad; en aquel tiempo yo no tenía capacidad para lo primero y nunca me aficioné a lo segundo. Mi actitud ante la homosexualidad era entonces mucho menos tolerante que ahora, porque hace tiempo que he adoptado el punto de vista, en relación con el concepto básico de libertad, de que los adultos deben ser libres para hacer lo que quieran en privado, siempre que no perjudique a otras personas. Por esta razón, en la actualidad, yo trataría mucho más severamente la corrupción entre los jóvenes de ambos sexos, y dedicaría mucha propaganda dirigida hacia ese objetivo.

Nuestra comprensión sobre estas materias en la actualidad ha progresado mucho con respecto al áspero resumen de la situación que oí en mis primeros días en la Cámara de los Comunes. Algunos de nosotros discutíamos este asunto en el salón de fumar con un eminente K. C.¹⁷ que había alcanzado un singular éxito en la defensa de homosexuales declarados ante los tribunales. Le preguntamos sobre el secreto de su triunfo en las causas. Respondió: «Es muy sencillo; con el sistema de jurados, como ustedes saben, la mayoría no cree que exista, y los demás lo practican ellos mismos». Ahora tenemos que reconocer que no podemos erradicar o suprimir un hecho que ha existido desde los comienzos de la historia, pero podemos mantenerlo dentro de los límites de una estricta reserva e impedir que se extienda como un culto de moda a círculos que, de otro modo, no se verían afectados.

Me parecía que la vida en el colegio era un período que no debía prolongarse, sino sólo un preludio de la vida real; por eso, mi deseo principal era abandonarlo lo antes posible. Probablemente era esta actitud lo que impulsó a mi director, Mr. Bell, a mostrarse de acuerdo con la opinión de mi madre cuando escribió sugiriendo que debería marcharme. Él respondió:

«Él siempre parece demasiado mayor para nosotros». Realmente, yo era por aquella época un poco fatuo. Sin embargo, Mr. Bell y yo nos llevábamos bien, ya que él era un campeón de pesos pesados en su Universidad. Ambos lamentábamos que, debido a mi prematura marcha, perderíamos un combate de larga duración en una competición de boxeo el día de mi decimoséptimo cumpleaños. «British Bell»¹⁸, como los

¹⁷ K. C., Knight Commander, Caballero Comandante. (N. del T.)

¹⁸ Literalmente quiere decir: «Campana inglesa». (N. del T.)

muchachos le apodaban, murió en la guerra de 1914 cuando aprovechó la primera oportunidad para incorporarse a filas.

Esta actitud hacia las Public Schools puede, en parte, haberme inducido a dar a nuestros dos hijos menores una educación completamente distinta. Mis dos hijos mayores fueron a Eton; después de una larga discusión, a Cimmie y a mí nos pareció lo mejor en aquel tiempo. En lugar de ir a Winchester fueron a Eton como habían ido todos nuestros familiares por las dos ramas, excepto mi abuelo Heathcote y yo. Les fue muy bien, ya que Nicholas es cabeza de familia y Michael capitán de Oppidans y la influencia de esa enseñanza en su vida posterior ha sido positiva. Nicholas, después de una brillante carrera militar en la Segunda Guerra Mundial, durante la cual ganó la Cruz Militar, se ha convertido en un novelista de gran prestigio. También escribió un libro sobre un «padre»: Rains, not Sunshine. Michael fue pronto un constante y consumado trabajador social. Vivian, mi única hija y la mayor de la familia, se casó con Desmond Forbes-Adam, después de haber ido a un internado en el que se encontró muy a gusto y trabó amistades para toda la vida. Parece que a mis nietas les gustan sus colegios, al igual que a su madre; por otro lado, los Mitford tienden a estar poco tiempo en los colegios ingleses femeninos, pero con Diana nunca se corrió ese riesgo.

Diana y yo decidimos no mandar a nuestra pareja más joven a Eton durante nuestra impopular guerra, ya que los dos mayores habían estado en Eton durante la guerra y un poco después, y en todo ese período el colegio dio pruebas de gran tolerancia hacia nosotros. Si enviamos a Alexander y a Max a otro colegio es porque esperábamos hacer de ellos buenos europeos, y pensábamos que el dominio de los idiomas es uno de los regalos más preciados que unos padres pueden hacer a sus hijos. Durante algún tiempo permanecieron en casa, en Irlanda, donde estuvieron bien atendidos y disfrutaron de las ventajas de la vida del campo, con sus caballos y sus deportes. Después estuvieron en colegios de Francia y Alemania, y regresaron a Inglaterra al tiempo para pasar sus A-levels. Max fue después a Oxford, donde se licenció en física y fue Secretario de la Unión antes de irse a Bar. Alexander se licenció en Filosofía por la Universidad del Estado de Ohio. En su conjunto creo que fue una buena educación, y que nuestra elección fue justa; eso mismo piensan nuestros hijos.

Hoy no enviaría a ningún muchacho a ninguna Public School, porque creo que deben participar en un mundo con horizontes más amplios. Ciertamente, Winchester merece algo mejor que la racha de mala suerte que tuvo en mis tiempos y en el período precedente; sus productos más conocidos fueron Stafford Cripps, D. N. Pritt, K. C. y yo. Sin embargo, muchos de los dirigentes del Civil Service, apoyándose en la grata memoria de Hugh Gaitskill y la erudición de R. H. S. Crossman puede ser que intenten sostener su prestigio.

Luego vino un período un tanto aburrido, entre mi salida de Winchester a finales de 1912 y mi entrada en Sandhurst a comienzos de 1914. El frustrado tour europeo de esgrima acabó en una sombría temporada en West-gate-on-Sea y en Buxton Spa, que eran unos balnearios que preparaban para el examen de Ejército. Sufrí estoicamente el único deporte que allí podía practicarse, el golf, fastidiado por no poder practicar esgrima; me pareció un sustituto aburrido. Durante el verano de 1913 pasé unas seis semanas buenas, porque fui enviado a Francia para aprender el idioma. Eligieron Brest porque era una ciudad alejada de París y no demasiado alegre. Sin embargo, resultó muy agradable. Mi anfitrión era un Deputé de la localidad; él y su mujer me hicieron sentirme como en casa al buen estilo burgués francés, que incluía siempre una muestra de la mejor cocina. En aquella remota ciudad provinciana estaba presente algo de la eterna Francia; todavía puedo oír, en esa tierra de perdurables encantos, las mismas tonadas que tocaban en las ferias del campo que, a las dieciséis años, me introdujeron por primera vez en la vida libre del continente.

Como es habitual en la tierra francesa, había disponible una salle d'armes con algunos buenos aficionados para hacerlo más redondo. En los años treinta, uno de los miembros más formidables del equipo olímpico francés procedía de otra ciudad provinciana, El Havre. Allí practiqué también un deporte de acción rápida, el duelo a pistola con balas de cera disparadas por un cañón pulido, que produce un fuerte impacto, pero sin traspasar las ropas especiales protectoras, la máscara y las gafas irrompibles que cubren los ojos. Años más tarde volví a practicar aquel deporte en mi casa, junto a Denham, cuando mi vuelta a la esgrima suscitó algunos comentarios. El Daily Herald sacó un día un artículo corto dedicado a mi «placer infantil por las armas». Uno de mis colegas políticos más próximos durante aquel período, John Strachey, se mostraba inclinado a aceptar las tesis del Daily Herald.

A los dieciséis años revivieron un poco mis facultades mentales, que no alcanzarían su total desarrollo hasta dos o tres años más tarde, y me permitieron pasar los exámenes del Ejército con una reputación bastante buena y entrar en la Real Academia Militar de Sandhurst cuando acababa de cumplir diecisiete años, es decir, un año antes de lo normal. Si mi memoria no me falla, fui el quinto en la lista de caballería y, según dijeron mis profesores, podría haber sido el primero de no haber hecho una caligrafía tan execrable que me hacía perder lo que ellos consideraban la nota máxima de ochocientos puntos. Algún sabihondo a lo mejor es capaz de rebatir mi memoria alegando que exagero mi puntuación, que por otra parte no me he tomado la molestia de verificar (es un detalle sin importancia, irrelevante, que puede ser abandonado en el basurero de la juventud); sin embargo, éstos son los guarismos que se han grabado en mi memoria tras las múltiples y sabias admoniciones para que aprendiera a escribir, una habilidad que nunca adquirí. Si he conservado siempre mi mala letra es debido a que mi imaginación se mueve mucho más de prisa que mi mano; Diana achaca esto a mi negligencia,

falta de cortesía e indiferencia hacia la comodidad de los demás. Yo replico que ella podía leer muy bien mi letra en los primeros tiempos de nuestro noviazgo, pero que el hábito del matrimonio ha embotado su aguda sensibilidad; y aquí se para el asunto, como ocurre siempre con nuestras discusiones maritales.

Llegué a Sandhurst a principios de 1914 y hallé un ambiente muy ajeno a cualquier presentimiento de guerra. Aquello era muy alegre y allí pasé algunos de los días más felices de mi vida. Rompíamos todas las reglas, y fuera de las paradas no teníamos el menor miramiento con la disciplina. Pocos cambios pueden haber sido más dramáticos que el completo giro de nuestra actitud ante la declaración de guerra, cuando los play-boys del verano se convirtieron de la noche a la mañana en jóvenes soldados absolutamente serios y consagrados. El jovial grupo constituía una amplia minoría en el R. M. C.¹⁹, donde la mayoría ortodoxa llevaba una forma de vida mucho más sosegada. Los miembros de ese grupo procedían de todas las compañías de los dos grandes edificios (el viejo y el nuevo) y se les reconocía por su comportamiento un tanto extravagante. Recuerdo que la primera noche de mi llegada miré a mi alrededor, en el vasto comedor, y reparé en unos cincuenta a cien chicos que me parecieron especialmente censurables; pero no había pasado un mes y ya eran mis mejores amigos y mis compañeros más próximos. Ésta es una reacción muy frecuente en la juventud masculina: resistir instintivamente en el primer impacto a la vitalidad de los demás, para después tomar confianza y trabar una estrecha amistad. Estas reacciones son casi químicas por su selectiva afinidad (como sugiere Goethe en un contexto muy distinto en su novela *Die Wahlverwandtschaften*) y en un hombre joven de características muy viriles conduce de modo natural a su integración en una vida comunitaria o de pandilla. En Sandhurst era costumbre pasar todos los ratos libres con las mismas personas, aunque no perteneciesen a la misma compañía.

Los excesos consistían en saltar fuera de los edificios por la noche o deslizarse a través de una de las numerosas puertas con el clandestino propósito de pasar una jornada en Londres. Una heterogénea colección de viejos coches solía transportar la alegre comitiva a través de una distancia relativamente corta. Todo pasaba sin más problemas que un cierto cansancio en la temprana revista de la mañana siguiente a una noche pasada en vela. Lo normal era quedarse con la pandilla y emplear el tiempo en travesuras más que en cualquier otro tipo de vicios. Un pasatiempo de auténtica tradición corintia era contemplar durante largos ratos ejecutar su genial deber a las fornidas formaciones de ex púgiles que actuaban como guardianes en los music-halls como el Empire. No había mucha bebida, pero sí una gran cantidad de alocado buen humor.

La última vez que estuve real y verdaderamente borracho en mi vida fue en Sandhurst, y nunca más me he sentido inclinado a repetir tan desagradable experiencia; ocurrió más por accidente que por propia voluntad. Para celebrar algo nos reunimos en un concurrido y bullicioso banquete en el Skindle's Restaurant, de Maidenhead. Aquella escena resultaba idílica para nuestros juveniles ojos que miraban a través de la noble extensión de césped los árboles y las flores iluminados difusamente, mientras el Támesis relucía a la luz de la luna. Empecé a sentirme en la cumbre del mundo, donde el vino circuló con una libertad completamente nueva para un muchacho de diecisiete años. Manos más experimentadas añadieron también licores, y la sensación de estar en la cumbre del mundo se fue sustituyendo gradualmente por su inversa; me pareció que había un cierto peligro de que la cumbre del mundo se viniera sobre mí. El destino guió mis pasos hacia el aire fresco del jardín. Tuve un último momento de joie de vivre mientras empecé a descender (llevado por el aire) los escalones que conducían al césped, pero el exquisito lecho de flores se elevó entonces por todos lados, envolviéndome en el abrazo de los dioses. Me desperté a la mañana siguiente en mi cama de Sandhurst, sintiendo que el mundo entero gravitaba sobre mí.

Más tarde me enteré de que mis compañeros me habían rescatado de mi tumba florida y me habían colocado en el coche de un amigo que resultó estar casi tan mal como yo. Sin embargo, consiguió acertar en el camino de vuelta a Sandhurst, mientras yo permanecía inconsciente en el asiento de atrás, aunque, desgraciadamente, cuando llegamos olvidó nuestro alojamiento. El resultado fue que se puso a dar vueltas con el coche por el campo de maniobras luchando con sus fugitivos recuerdos, y fue sorprendido por el sargento de guardia, que se había despertado con aquel estrépito. El sargento era un tipo bondadoso, que nos reconoció a los dos y nos transportó sin decir una palabra a nuestras habitaciones. Se hubiese armado un buen escándalo si aquello llega a trascender.

En Sandhurst volví a mi primera afición, los caballos. En el año que transcurrió desde mi salida de Winchester y mi llegada aquí, salvo el breve paréntesis de Brest, había roto mis relaciones con el mundo de la esgrima y se había enfriado mi interés por ella. El abuelo Heathcote había celebrado el comienzo de mi carrera militar ayudándome a conseguir un viejo caballo, completamente inútil para una carrera de obstáculos, pero que podía ir bastante bien para un point-to-point local; también prometió ayudarme proporcionándose una o dos jacas para el polo. Al mismo tiempo, en una de las cortas estancias de mi padre en Rolleston con buena provisión de dinero, se había comprado una cuadra con magníficos caballos, y eso me había permitido montar con los sabuesos Meynell. Mi entusiasmo por el mundo de los caballos se encendió de nuevo, y la esgrima y el boxeo se perdieron en la lejanía.

¹⁹ Royal Military College (Sandhurst). (N. del T.)

Al principio, lo que más me preocupó de los point-to-point es que estaban estrictamente prohibidos para los cadetes, a pesar de que se permitía su participación en las partidas de caza locales. El problema de inscribirse sin revelar el nombre y el origen a la prensa local se resolvió mediante seudónimos, como A. N. Other o Mr. R. S. Upward, como si presintiese la desgracia de mi primer obstáculo. En mi primera aparición me tropecé con uno de los oficiales de mi compañía que participaba en la misma carrera que yo; una persona realmente buena que no dijo una palabra. Mis esfuerzos fueron completamente inútiles; el viejo caballo estaba siempre medio derrengado y pronto se hundió por completo. Se llamaba Pedro el Simple, y yo le tomé mucho cariño.

Había algunos jinetes excelentes en el R. M. C, pero yo nunca estuve entre los mejores ni tuve la habilidad de mi hermano pequeño Ted para montar, que más tarde ingresó en el 1.º de los Royal Dragoons y llegó a ser instructor en la Escuela de Caballería de Weedon. Montar a caballo es sobre todo una cuestión de habilidad manual, y mis manos eran más apropiadas para la espada o para pilotar un avión (que es una experiencia parecida a la de montar) cuando podía servir para salvar mi vida en última instancia.

El mejor de esos jóvenes maestros de equitación estuvo conmigo en Curragh cuando nos unimos a nuestros respectivos regimientos. Yo le conocía bien y le apreciaba, pero debo admitir que nunca realicé con él la hazaña que luego me adjudicó. Fue un fallo de memoria que le hizo transferir una experiencia de una persona a otra, cosa que puede suceder fácilmente cuando alguien entre muchos llega a ser luego famoso. Esto puede ocurrir para bien o para mal; con facilidad podemos adquirir una leyenda con méritos y deméritos que no nos corresponden. En esta ocasión yo habría aceptado agradecido un cumplido que no merecía de ningún modo; en realidad, debo confesar que en esta embarazosa ocasión lo acepté. Resultaba peliagudo poder hacer otra cosa. No hace mucho tiempo en el Hotel Russell, en Dublín, fui saludado cordialmente por este compañero de Sandhurst, que estaba rodeado de una numerosa compañía. Al presentarme, describió una épica carrera a la luz de la luna que, según él, hicimos juntos en cierta ocasión desde Curragh a su casa de campo, una considerable distancia campo traviesa, salvando todos los obstáculos que encontramos. Por supuesto, él sí lo había hecho; era el jinete mejor y más completo. Lo que olvidó es que su compañero no fui yo, sino A. N. Other, algún otro joven oficial de Curragh. Mi dilema era desmentir que fui yo y echar a perder su generosa historia, o lucir los laureles que no había ganado. Enrojecí en silencio.

En Sandhurst, los caballos, en un tipo u otro de deporte, acaparaban casi toda mi atención. Nuestra jornada de trabajo en aquella época no era muy larga ni extenuante, a excepción de las penosas marchas de la mañana. Cuando llegó el verano empecé a jugar al polo y demostré suficientes cualidades para conseguir entrar en el equipo de polo de Sandhurst, aunque era un completo novato y no practiqué nunca ese deporte tiempo suficiente para convertirme en un buen jugador. En cuanto acabó la guerra, empecé de nuevo a practicarlo, pero mis deberes parlamentarios y el trabajo político me impidieron continuar tanto en el polo como en la caza. Sin embargo, en mi época de Sandhurst, el polo sólo me creó problemas.

El más remoto fue una cierta hostilidad, casi de guerra de pandillas muy apasionada, entre muchos de mis amigos y otros grupos de cadetes. Los alineamientos no se establecían simplemente entre los cadetes de caballería por una parte y el resto por otra, aunque muchos de nosotros estábamos destinados a caballería o regimientos similares. La mayoría de las peleas se producían entre pandilla y pandilla. Luego, en un salón de té ocurrió algo que mis compañeros estaban inclinados a desaprobear. Yo no había estado muy envuelto en aquello, pero poco después algunos de nosotros fueron mirados hostilmente en el pasillo por un considerable número de cadetes que se sentían agraviados por este o similares incidentes. De repente una acometida, brusca como una melée de rugby, nos empujó hacia fuera, pero fuimos rescatados rápidamente por otros compañeros que andaban cerca. Entonces, yo invité a cualquiera de nuestros agresores a sostener una lucha individual, que no era una costumbre establecida. En la vehemencia del momento, mi provocativo desafío fue rápidamente aceptado y de su lado se destacó un chicarrón que era una figura conocida, final de hilera en el equipo de lucha a cuerda del R. M. C. Desde luego, era mayor, más pesado y más fuerte que yo, así que todo dependía de lo que pudiera recordar de mi técnica pugilística, que no había practicado desde que empecé con la esgrima, hacía bastante más de dos años. Yo temía vivamente haber perdido aquella sincronización y precisión de los golpes, en cuyo caso estaría perdido.

Él empezó con una serie de desordenadas acometidas y ganchos, que yo evité sin demasiada dificultad con juego de pies y fintas. Era evidente que sabía poco de boxeo y la única cuestión que quedaba por averiguar era si yo seguía siendo capaz de conectar mis golpes con exactitud. Empezó a molestarse con mis evasiones y me atacó con gran furia cuando creyó que me tenía acorralado contra la pared. Yo me eché a un lado de la forma que tanto había practicado con el bueno de Ryan, para salir de entre las cuerdas, y él se estrelló contra la pared. Realmente furioso ahora se revolvió y vino hacia mí como un toro, pero, afortunadamente, como corresponde al que va a ser un oficial y caballero, con la barbilla alta. Esta vez yo no me eché a un lado sino que avancé derecho hacia él con el directo de izquierda que tanto había entrenado; conecté de lleno — mirabile dictu — exactamente en medio de la barbilla. Se derrumbó y quedó fuera de combate, antes incluso de que yo pudiera castigarle con el acostumbrado derecho. Estaba realmente K.O. a causa de su propia arremetida. No resultó difícil para uno que con tanta frecuencia había practicado ese golpe; afortunadamente todavía estaba en forma.

Este incidente me proporcionó sorprendentemente (puesto que mi oponente era sólo grande y le faltaba destreza) un prestigio completamente desproporcionado como pugilista. Por esta razón fue para mí una desgracia verme envuelto en otro incidente poco después, porque parecía que yo estuviera buscando siempre la ocasión de alardear de mi habilidad en todas partes. Nuestro equipo de polo de Sandhurst había sufrido su primera derrota. Estábamos excesivamente orgullosos de haber logrado vencer a unos cuantos equipos secundarios en Aldershot, y aquel revés fue una gran desilusión. Lo achacábamos a la falta de caballos, y a mí, en concreto, me concernía averiguar qué había ocurrido con el caballo que debía haber montado; el trato había sido que lo compraría si resultaba satisfactorio. Al parecer, no lo habían enviado a Aldershot, donde jugamos el encuentro, sino a Wellington, al campo de prácticas del R. M. C. por orden de otro cadete que también pensaba comprarlo. Fui a verle para acusarle de haber contribuido a que Sandhurst perdiera el partido. Sin duda alguna no fui demasiado conciliador y a mí no me pareció que él estuviera muy contrito; creí, quizá equivocadamente, que fue demasiado rudo. Siguió una discusión, y acabó en un combate que gané. Esto fue considerado por algunos de sus amigos como una afrenta, porque él era dos años mayor que yo y estaba en su último curso en Sandhurst, mientras que yo estaba en el primero. Además, desde su punto de vista, yo no debía haber luchado porque estaba seguro de ganar. En mi opinión, aquello no era cierto en absoluto y en consecuencia mantuve una discusión posterior en la que desafié a luchar a cualquier otro. Tras algunas palabras entre los dos bandos, el incidente pareció zanjado y me separé de mis amigos para irme a mi habitación.

Después, por la tarde, un numeroso grupo del otro bando atacó mi habitación, sin conseguir entrar; ninguno fue responsable de lo que ocurrió entonces, puesto que nadie estaba cerca de mí. Yo sabía que un cierto número de mis amigos estaban en el pabellón adjunto, y decidí saltar fuera, unirme a ellos y atacar por la retaguardia. Normalmente, una acción de esta clase no me hubiera supuesto muchas dificultades, pero en aquella ocasión me falló el pie y caí de mala manera, lastimándome una pierna. La lesión no fue muy grave, y unas seis semanas más tarde me pasaban a la categoría A-1, útil para el servicio activo, y volví a Sandhurst a punto para el duro entrenamiento que siguió a la declaración de guerra. Dos años más tarde, después de servir en el Royal Flying Corps ²⁰, de haber sufrido varios accidentes aéreos seguidos de servicios en las trincheras, salí con vida de la guerra, pero con una pierna pulgada y media más corta que la otra, en la categoría C-3.

Las consecuencias del affaire de Sandhurst no fueron graves y ninguno de nosotros perdió la promoción, aunque habríamos perdido un curso de no ser por la guerra. Mi mayor pesar fue que dos de mis amigos también fueron sancionados conmigo durante las pocas semanas que quedaban de curso. Cuando se extendió la noticia de la lesión de mi pierna, un cierto número de ellos procedentes de los edificios principales se congregó para ajustar las cuentas a mis asaltantes. Entonces era ya de noche, bastante tarde, y se consideró como una falta de disciplina el que abandonaran sus alojamientos, sobre todo teniendo en cuenta que era con el propósito de pelear con otros. Yo fui sancionado como responsable inicial del asunto y ellos como los líderes de la acción posterior en mi favor. Afortunadamente, parece que aquello no afectó en absoluto a sus carreras militares y uno de ellos acabó siendo general. Todo fue una locura, y, por supuesto, yo no debería haberme embarcado en una lucha por algo tan trivial, pero a los diecisiete años, en ese período de precoz vitalidad y espíritu altivo, se hacen cosas a veces que uno no soñaría en hacer uno o dos años más tarde. No creo que nadie fuese digno de una censura excesiva; pero, desde luego, la mayor culpa fue mía.

Posteriormente, cuando han circulado versiones muy deformadas sobre este asunto, me consuela considerar que debo tener un carácter y una trayectoria de singular impecabilidad cuando el único motivo que se esgrime para atacarme es un incidente de cuando yo tenía diecisiete años. Desde luego fue lamentable, porque entonces ya resultaba demasiado adulto para aquel tipo de cosas. Las bromas de este tipo habían dejado de divertirme. Yo me había educado en la tradición corintia — como se la llamaba en el siglo pasado —, que produjo hombres dispuestos a luchar por deporte a la menor provocación; pero con el desarrollo de otras influencias, y de la inteligencia en general, empezaba a romper con esta tradición. Quizá nunca aprendí a tragarme los insultos, pero al menos he aprendido a ignorarlos. Por otra parte, actuar es, por definición, demasiado latino y poco inglés. Un brillante político francés puso el dedo en la llama cuando dijo: «Si un latino está paseando por la calle y siente una patada en el trasero, no puede, por lo menos, resistir la tentación de volverse a ver quién ha hecho aquello; pero la genialidad de vosotros, los ingleses, es que, en estas circunstancias, os limitáis a pasar de largo sin apercibiros ni importaros».

A lo largo de mi vida se convirtió en una convicción cada vez mayor el que deberíamos hacer todo lo posible para evitar el uso de la fuerza; ésta debe ser la última y más dolorosa necesidad. Tal vez lo que más influyó en mi convicción fue la experiencia de la Primera Guerra. La violencia dejó de ser una diversión para todos los que participaron en aquella guerra. La aversión creciente hacia el uso de la fuerza forma parte del proceso de desarrollo de los individuos y de las naciones. Es el desarrollo de la inteligencia adulta el que elimina las pasiones y las acciones infantiles. Es imposible imaginar a los «antiguos» de las remotas escenas de B. Shaw en *Back to Meihuselah* gozando del placer de los puñetazos.

²⁰ Nombre de las primeras fuerzas aéreas inglesas. (N. del T.)

Ciertamente, desde la Primera Guerra Mundial en adelante siento repugnancia por la violencia, y en particular por su uso brutal e innecesario. Más tarde, en la vida política he tenido que poner a prueba mi capacidad y determinación para hacer frente a la violencia con la fuerza, la dirección y la organización necesaria para vencerla. Lo triste es que en los asuntos humanos a veces esto es necesario. Aunque cuando todo está dicho al respecto y el pasado lo ha confirmado ahora, además, tenemos que enfrentarnos con que el mundo, sencillamente, no sobrevivirá de persistir en el uso de la violencia. La violencia ha sido el medio por el que los hombres han resuelto sus disputas desde tiempos inmemoriales cuando han llegado a un punto en que han perdido los nervios. Pero, de pronto, la audaz primavera de la ciencia la ha hecho demasiado peligrosa. Todos nuestros instintos, todas nuestras habilidades, todas nuestras concepciones sobre la hombría y sobre el valor deben (demasiado de prisa, para la lenta evolución de la naturaleza) adaptarse a este cambio. Tenemos que dejar a un lado las concepciones infantiles Y convertirnos en adultos. No es sorprendente que los soldados, y otros que tienen mayor experiencia sobre la violencia, están a menudo más preparados para ese cambio. En estos casos, a la conciencia de que es horrible, se añade el sentimiento de que es infantil y ridículo. Debemos hacer todo lo posible en este mundo para evitar pronto la violencia, para hacerla desaparecer de la faz de la tierra; para eliminar valores que son la herencia de tres mil años de historia.

Siempre hay momentos de miseria y humillación en la vida que no merecen la pena vivirse y hay hombres valientes que prefieren morir. Esta actitud fue expresada soberbiamente por Shakespeare: «Lo que es valiente, lo que es noble, hagámoslo según la más alta moda romana, dejemos que la muerte esté orgullosa de llevarnos», y por Racine: «Est-ce un malheur si grand de cesser de vivre!», y por Goethe en su Achilleus: «Aus der Hand der Verzweiflung nimmt er den herrlichen Kranz eines unverwelklichen Sieges». Estos pensamientos clásicos son apropiados para un momento en que la humanidad se acerca al suicidio. No podemos permitirnos ahora un estado de heroísmo ni de desesperación en los asuntos de las naciones, a menos que el mundo se haya vuelto loco; porque, en cualquier caso, la otra parte siempre sabe, o puede darse cuenta, de que también ha de morir. Ahora necesitamos una inteligencia adulta en cada lado, y la encontraremos. La solución de los problemas del mundo se ha convertido en competencia de los que comprenden que la fuerza es la última y la más dolorosa de las necesidades, y que lo que está en juego ahora entre las naciones es la supervivencia.

3. SERVICIO EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Al estallar la guerra, en agosto de 1914, tuvimos que volver rápidamente a Sandhurst varias semanas antes de lo previsto. El plan consistía en un breve y duro período de entrenamiento para la guerra antes de ser enviados a incorporarnos a nuestros regimientos. En el viaje, al atravesar Londres, eché una mirada a las jubilosas masas agolpadas en Buckingham Palace, y sentí ese ambiente de entusiasmo general que desde la Guerra de los Boers se denominó espíritu de Mafeking. Todo el mundo parecía convencido de que todo terminaría en pocas semanas. La razón de esta creencia no estaba demasiado clara, pero todos nos agarrábamos a ella. Nuestro gran temor era que la guerra terminase antes de que nosotros llegásemos allí. Una caricatura en Punch o en un periódico por el estilo mostraba un comedor de subalternos de caballería discutiendo sobre el estallido de la guerra: ¿Tendremos tiempo para derrotarles entre la partida de polo y la cacería, o tal vez entre el polo y el descanso? Aquellas brillantes tropas tenían desde luego más razones para estar optimistas en las condiciones de 1914 que algunos expertos de café en 1939, que aseguraban que la caballería polaca podría pasearse fácilmente por Berlín, porque en realidad los tanques alemanes estaban hechos de cartón. Siempre se dicen muchas estupideces cuando estalla una guerra, incluso cuando se posee ya una cierta experiencia.

Cuánta tragedia hubiese aparecido ante nuestros ojos si hubiésemos sabido mirar al futuro. No teníamos que presentarnos en Sandhurst hasta el día siguiente, así que pude ir al Palace Theatre de Londres, donde un joven actor llamado Basil Hallam, un amigo del verano anterior, cosechaba un éxito sin igual con la compañía de una brillante actriz llamada Elsie Janis, una de las más inteligentes y famosas actriz-empresario de todas las que habían venido de América. Me preguntó que cuánto creía yo que iba a durar la guerra — una pregunta muy optimista, porque yo estaba menos calificado para contestarla que un hombre de la luna—. Con una increíble falta de tacto y una cabeza cuadrada que hacía gala de su juvenil embotamiento, contesté que lo que en realidad importaba era que la guerra durase lo suficiente para que nosotros llegásemos a tiempo. Su cara se entristeció e incluso entonces yo tuve la suficiente sensibilidad como para darme cuenta de la tragedia que representaba para un joven el tener que dejarlo todo para ir a la guerra nada más alcanzar su primer éxito, como se vería obligado a hacer si duraba mucho. Muy poco tiempo después, al ser alcanzado su globo aerostático de observación por la aviación enemiga, tuvo que saltar y su paracaídas no se abrió. Era una maniobra difícil, tenía que salir de prisa para impedir que el globo ardiendo cayera sobre él. Tenía un paracaídas (cosa que no teníamos en mis tiempos del Royal Flying Corps), pero la caballeresca regla de no disparar a un hombre que baja en paracaídas, no siempre era observada, sobre todo si saltaba de un globo de observación; los pilotos alemanes consideraron que no había lugar para la fraternidad. Otro amigo mío de aquel cuerpo fue perseguido por dos aviones alemanes, que lo barrieron con balas de ametralladora; él solía decir que no creía que lo hiriesen, pero su mirada quedaba con frecuencia fija y ansiosa en la cuerda de la que debería suspenderse en caso de necesidad.

Por el Ejército corría la leyenda de que el cuerpo de Basil Hallam tocó tierra cerca de donde la orquesta de los Guards estaba tocando su mayor éxito del verano de 1914, Adiós, chicas, me voy. Yo no sé si era cierto. Estos rumores y leyendas circulan siempre por el Ejército, a menudo de una forma completamente romántica. El soldado raso británico, detrás de su aspecto exterior aparentemente rudo esconde un gran sentimentalismo y una gran credulidad. Algunos creían que el mariscal de campo Mackensen, uno de los más distinguidos jefes alemanes de la Primera Guerra Mundial, era en realidad Héctor Macdonald, un general de la Guerra de los Boers, del que se decía que se había suicidado en tiempo de paz, tras un suceso más o menos turbio. No había base real alguna para creerse aquellas historias.

No éramos conscientes de la tragedia que significaba la guerra cuando nos congregamos en Sandhurst. Simplemente estábamos muy excitados. El entrenamiento de entonces resultó verdaderamente duro, pero fue aceptado con ardor. La disciplina era absoluta y todo el mundo era un sacrificado soldado. Nos entrenábamos continuamente, día y noche, a pie y a caballo. Aún hoy, cuando cruzo Hartford Fiats en un confortable y moderno automóvil, no puedo evitar el recordar aquellos días y aquel dolor en los pies y en los riñones. Todo aquello terminó pronto para los miembros de la feliz y afanosa pandilla que, dentro de aquel viejo edificio, se convirtieron en cadetes de caballería. Al cabo de unas pocas semanas, nos dispersaron y nos enviaron a nuestros respectivos regimientos.

Llegué a Curragh Camp, a unas treinta millas de Dublín, para incorporarme al 16.º de Lanceros. Curragh era la base de dos grandes regimientos del Ejército británico, el 16.º y el 17.º de Lanceros. Yo no acababa de decidirme por ninguno de los dos, hasta que en el último momento me convenció una gran figura del 16.º de Lanceros, el mayor Sir Jovelace Stamer, vecino y amigo de la familia de mi madre. Antes me sentía más inclinado hacia el 17.º de Lanceros, porque algunos de sus oficiales habían estado en Rolleston para una competición local de polo, durante la breve estancia de mi padre allí, poco antes de la guerra. Entre ellos estaba Vivyan Lockett, un miembro del equipo británico de polo que derrotó en América al famoso equipo americano dirigido por Milburn; era un primo lejano nuestro. Habían sido lo bastante amables como para invitarme a unirme

a ellos, y, aparte de que me atraía su compañía, la idea de llevar el famoso emblema (Muerte o Gloria, debajo de una calavera y unos huesos cruzados, ganado en Balaclava) constituía una gran tentación para mí. Pero el inmenso prestigio del 16.º de Lanceros, unido a la amabilidad del viejo amigo de la familia, me impulsó en el momento decisivo a manifestar mi preferencia por el 16.º

Llegué a Curragh con el sentimiento de que era un privilegio ser aceptado por cualquiera de aquellos dos brillantes regimientos, aunque con cierto temor de que mi decisión hubiese ofendido a alguien. Sin embargo, no ocurrió nada salvo algunas bromas amistosas, y en seguida comprendí que la cuestión de la elección del regimiento no era tan importante en la guerra como me imaginaba. Todos eran extremadamente amables y los lógicos desfallecimientos en la moral eran tratados con una mano más blanda que la utilizada por el Tesoro en situaciones económicas de gravedad similar o equivalente.

Era una tradición del Ejército regular partir de la base de que en Sandhurst no habíamos aprendido nada. Teníamos que volver a empezar de nuevo, el régimen de cuartel incluido, exactamente igual que el último recluta que llegaba como soldado raso y que acababa de dejar el montón de heno o el banco de una fábrica. Sobre todo, no podíamos tomar el mando de nada hasta no tener el pase. Un día salimos a caballo bajo la responsabilidad de un sargento un tanto blando para hacer algunas pruebas sencillas con los caballos, que entonces me parecía conocerlas de la A a la Z. Con su consentimiento, tomé el mando de la partida, ya que creía que me convendría más ejercitarme en el mando que no estar dando vueltas a caballo en las filas haciendo cosas que ya había aprendido en Sandhurst y que podía repetir casi dormido sobre el caballo.

De pronto, fui sorprendido por una estentórea reprimenda que delante de toda la tropa me propinó uno de los amigos de Rolleston, que era comandante en el 17.º de Lanceros. ¿Qué hace un oficial que no ha obtenido aún el pase tomando el mando de una marcha? La súbita transformación de un delicado y encantador amigo en un fiero oficial me produjo una especie de shock. Sin embargo, media hora después, en la mesa del comedor, volvió a su habitual actitud. Tenía razón al actuar así, porque ése era el método del Ejército regular. En las formaciones la disciplina era absoluta, cumpliendo con la atención más meticulosa el venerable reglamento, que era vigorosamente reforzado por un estilo adecuadamente áspero. Pero en el comedor, con idéntica relajación que en una reunión de amigos íntimos, se nos pedía incluso que llamásemos a todos por su nombre de pila, excepto al coronel, una costumbre que el recién llegado se inclinaba a adoptar con cierta timidez. Este estilo de vida se había desarrollado a través de generaciones y funcionaba bien. La disciplina rigurosa se suavizaba y, desde luego, se apoyaba en la calurosa lealtad de amigos consagrados.

La misma actitud prevalecía en otras graduaciones, aunque no los veíamos casi, fuera del ejercicio de sus responsabilidades, excepto en los deportes. Pero se conseguía que todos se sintieran como miembros de una gran familia y que, en cualquier circunstancia, serían atendidos. Las confidencias más íntimas se exponían libremente, con completa franqueza. La mayor preocupación de un oficial era ayudar a cualquier hombre de su tropa o escuadrón en cualquier dificultad, tanto en el regimiento como en su vida privada. Estas relaciones no sólo se desarrollaban en el despacho de ordenanzas, cuando se pedía asistencia en las ocasiones reglamentarias, sino que todos los hombres tenían la oportunidad durante la rutina diaria de utilizar las formas más diversas para pedir ayuda o consejo a un oficial.

Cada mañana teníamos una ceremonia llamada «Cuadra», que consistía en limpiar, dar agua y comida a los caballos; todo se hacía atendiendo minuciosamente a un ritual formal que nunca podía modificarse. Aprendí allí como mucho después en una institución tan diferente como el Foreign Office ²¹, que aquellas rígidas reglas para corregir el desorden y la debilidad de la naturaleza humana tienen una considerable utilidad práctica. Si hacer una cosa bien hecha se convierte en un hábito fijo, con horribles consecuencias si se incumple, los errores fatales y los menos graves se reducen al mínimo. La ceremonia de las cuadras, bien sea en los cuarteles o en el campamento, tiene que estar por delante de cualquier preocupación humana; los caballos eran primero, y no podíamos preocuparnos por nosotros mismos o por los demás hasta que esa responsabilidad estuviese cumplida. Sin aquel esfuerzo obligatorio y reglamentado podría darse el caso de que los caballos fuesen olvidados, y de ellos dependía no sólo el triunfo sino la vida de todo el cuerpo. Había una lógica natural en aquel trabajo, ya que el Ejército estaba compuesto de gente práctica cuyos métodos se habían desarrollado a través de una larga experiencia; no era una cuestión sentimental.

Por la mañana en la ceremonia de las cuadras se presentaba siempre la oportunidad de establecer la más íntima relación entre un oficial y sus hombres. Durante el trabajo se discutía de los caballos, de los acontecimientos del día anterior y de los ejercicios que había previstos para el día. Un hombre también podía discutir con un oficial sus problemas privados y podía pedirle consejo de la manera más informal. Este acercamiento era a menudo invertido con mucho tacto, ya que el soldado veterano sabía con frecuencia más sobre los asuntos militares que un joven oficial. Su actitud era, invariablemente, protectora hacia su superior en un buen regimiento, y nunca dejaba a su joven oficial hacer el ridículo si podía ayudarlo. En estas ocasiones eran muchas las advertencias que se daban tranquilamente y que se aceptaban con agradecimiento, sin el menor menoscabo de la rígida disciplina jerárquica que sustentaba aquella estructura férrea. El consejo de un

²¹ Ministerio de Asuntos Exteriores británico. (N. del T.)

experimentado sargento de tropa a un oficial joven constituía, en medio de las intrincadas formalidades cotidianas, una relación entre ellos parecida casi a las relaciones de una madre y su hijo. Pero aquellas relaciones, en algunos casos, podían ser de pronto bruscamente invertidas cuando la naturaleza restituía el ritual y la tropa se encontraba bajo el pesado fuego enemigo en una peligrosa situación.

El hábito de la disciplina era en aquellas circunstancias más apreciable que nunca. Las diversas hazañas de los regimientos en la suprema prueba de la guerra puede siempre medirse por su disciplina y por sus jefes. Los regimientos adquieren por estos métodos un carácter colectivo tan individual que casi puede calcularse con precisión su comportamiento en unas circunstancias dadas. Para poner un ejemplo casi increíble por su crudeza y simplicidad: era posible que en unas trincheras con tropas de apoyo en unas tierras áridas, se permitiera a todo el mundo que se quitase las botas si otros regimientos estaban en la línea del frente, porque se sabía de antemano que éstos resistirían lo suficiente para dar tiempo a prepararse a las tropas de apoyo. Sin embargo, esto no era aconsejable técnicamente en todos los casos.

Este carácter colectivo de los regimientos, estas relaciones íntimas entre las distintas graduaciones, y estos métodos tácticos de trabajo sólo pueden ser fruto de un largo período de experiencias. En todas las grandes instituciones de este mundo puede encontrarse en diversos grados el sentimiento de pertenecer a una élite de servicio y de ejecución, particularmente en aquellas en que los hombres han desarrollado lentamente un aparato con sus métodos y tradiciones, al modo de una natural y auténtica aristocracia. El espíritu de un regimiento o de un ejército depende siempre en gran parte de sus dirigentes, y puede ser destruido muy de prisa (a veces ha sucedido eso en el mundo moderno), pero en cambio requiere generaciones, incluso siglos, para crearlo. Y cuando se ha vivido en él, uno se da cuenta que es algo único, una de las maravillas de la naturaleza humana.

Aquellos días que pasé en Curragh en el otoño de 1914 confirmaron la impresión del Ejército regular que yo había sacado de las actuaciones del sargento mayor Adam y del sargento Ryan en el Colegio, y me convertí en una persona profundamente unida a aquel modo de vida. Algunos años después, durante los suaves deberes de la convalecencia, conocería unos días muy felices y descansados en Curragh. Pero en aquellos días anteriores a la guerra todo era un arduo y serio entrenamiento. Obtener el pase y convertirse en un maduro y completo oficial no costaba mucho tiempo. Nosotros, los recién llegados, cuando la guerra comenzó, fuimos completamente entrenados para ir al frente. Pero la guerra móvil se había terminado en aquellos tiempos, y la caballería de Flandes volvió del frente a la reserva. Había empezado la guerra de trincheras y no se tenía intención de usar la caballería en un futuro próximo. Nos dimos cuenta con tristeza que sólo nos llamarían al frente cuando le tocase a nuestro reemplazo, aunque todavía prevalecía la idea de que la guerra no duraría mucho. La impaciencia creció con el temor de que nos perderíamos la gran aventura de la vida. Hombres sólo un poco mayores que nosotros, podrían decirnos, en un inglés un poco más prosaico, lo que le dijo Enrique IV a uno de sus amigos favoritos: «Pends-toi, grave Grillon, nous avons combattu a Arques et tu riy éiais pas»²². Aunque nuestra versión inglesa no era tan prosaica, después de todo: «Y los caballeros de Inglaterra, desde sus camas pensarán que están malditos, porque ellos no estuvieron allí».

Nuestros ardientes y jóvenes corazones se sumieron en un estado próximo a la desesperación; nunca ha habido hombres con tantas ganas de que los matasen. Vista de forma retrospectiva aquella actitud puede parecer extraña, pero, de todos modos, creo que es más sana que la de unos cuantos jóvenes preclaros que, al estallar la Segunda Guerra Mundial, cogieron el teléfono para preguntar qué ocurría en Whitehall. Tal vez nuestra generación estaba loca, pero era una locura sana; el espectro del viejo George hubiera deseado que esos locos mordieran a algunos de sus sucesores.

La aspiración más sentida de aquellos días era encontrar la manera de ir al frente. Sólo un servicio lo permitía: el Royal Flying Corps. Estaba dispuesto a recibir como vigías a hombres sin ningún entrenamiento y enviarlos directamente a luchar. Nunca me había subido a un avión, pero solicité inmediatamente el ingreso. Recuerdo que en el gimnasio tenía dificultades para saltar un listón a veinte pies del suelo; siempre me habían disgustado las alturas. Ahora tenía una duda tremenda sobre lo que podría ocurrirme cuando me encontrase a varios miles de pies sobre el suelo. Eran los principios de la aviación y todavía no se sabía que la mayor parte de personas que sienten vértigo por la altura no perciben ninguna sensación de este tipo en un avión. En todo caso, no había tiempo para especular, sino ir y ver lo que ocurría.

La sensación de aventura hacia lo desconocido se hizo más intensa durante el período de espera, a causa de los terroríficos dibujos que aparecían en los semanarios ilustrados, representando a la aviación aplastada por el estallido de una granada. En esta ocasión, sin embargo, la imaginación del artista no excedía mucho los límites de la realidad, ya que durante el tiempo que estuve en el frente con la R. F. C.²³ difícilmente puedo recordar algún avión que volviese de las líneas de fuego sin haber sido tocado. Aquellas primeras máquinas resultaron ineficaces, y precisamente por eso sólo podían ser utilizadas para el transporte de material.

²² En francés en el original. «Cuélgate, valiente Grillon, hemos luchado en Arques y tú no estabas allí.» (N. del T.)

²³ Royal Flying Corps, Real Cuerpo de Vuelo. (N. del T.)

Al final, la espera terminó y me llegó la orden de incorporarme a filas en Francia. Se me unió otro joven del regimiento de Lanceros que había conocido en Sandhurst, y comprendimos que éramos los primeros de caballería en ir al servicio de vuelo en respuesta a la petición de vigías. Yo había cumplido los dieciocho años y él era uno o dos años mayor. La noche anterior a nuestra partida, me dijo: «Sabes, somos demasiado jóvenes para morir». Yo asentí. Pocas semanas después me enteré de que había muerto.

Mi experiencia en el frente del Oeste será un relato completamente individual; el lector no debe esperar ninguna historia, ni siquiera de una pequeña parte de la guerra. Siempre había pensado que existía una clara elección: escribir la historia o hacer la historia. Aquel que estaba interesado en lo último debía detenerse en lo primero sólo el tiempo suficiente para asimilar sus lecciones. En el caso de la Primera Guerra Mundial existía una sola idea para mí: hacer siempre el máximo en todas las circunstancias por si no volvían a presentarse jamás. Esta idea estaba tan arraigada en mí por el recuerdo de mis compañeros, que me obsesionaba mucho más que cualquier otra. En aquel tiempo, yo estaba demasiado ocupado para entretenerme en archivar ningún dato y después me ha ocurrido lo mismo; sólo me ha interesado el prevenir la fatal repetición de una guerra, si es que era humanamente posible. Hasta los colosales errores cometidos durante la guerra se convertían en algo sin importancia, si la única tarea consistía en evitar la guerra en su conjunto.

Esta actitud me llevó a interesarme bastante por la ciencia de la guerra, puesto que la guerra se había convertido en algo que debía ser evitado a toda costa. Y no fue hasta tiempos muy recientes, cuando la ciencia pura penetró en el arte de la guerra como su elemento esencial, que yo volví a interesarme por ella. Porque la ciencia pura establece en los tiempos modernos la alternativa más decisiva de toda la historia: o destrucción total o progreso ilimitado, o el abismo o la cumbre. Toda la política consiste en eso, y el futuro también. El problema de la guerra y de la paz se ha convertido con la llegada de la ciencia en el problema único; es el problema de la existencia misma, de la vida o de la muerte. Éste es el nuevo mundo, pero del viejo mundo tomé una cualidad que nunca negaré y apreciaré siempre: una cierta hombría que procede del Ejército regular y que ayuda mucho a resolver los problemas de la vida.

Por otra parte, no me incumbe a mí describir lo que está recogido en tantos volúmenes que registran los detalles de aquellos grandes acontecimientos, sino solamente relatar la experiencia personal de un individuo que podía haber sido cualquier otro de los millones que lucharon, y a menudo murieron. ¿Qué nos ocurría entonces en nuestra vida diaria y cómo afectó esto en su vida posterior a los que sobrevivieron? La mayoría de nuestros compañeros, desde luego, no sobrevivieron, en particular los que pertenecían al Royal Flying Corps. En mis recuerdos hay un desfile de hombres muertos.

En aquel período de finales de 1914 nosotros calculábamos que, entre pilotos y observadores, debíamos volar unos sesenta hombres; nunca averigüé la cifra exacta. Estábamos organizados en dos alas, la primera bajo el mando de Hugh Trenchard, que ya entonces tenía una gran reputación y que más tarde sería famoso. Yo fui destinado a la otra ala que comprendía al Escuadrón número 6, entonces bajo el mando del capitán Beck; pasé la mayor parte del tiempo con ellos. Al final de 1914 estábamos en Bailleul, y durante la mayor parte de mi servicio estuvimos todos allí o en Poperinghe, que no quedaba muy lejos.

En Bailleul, el aeródromo, como los llamábamos entonces, estaba al lado del manicomio; era un enorme edificio que nos reducía a un estrecho campo de maniobra violentamente azotado por los vientos. Fue allí donde mi piloto dijo al día siguiente de mi llegada: «Bien, vamos a dar un salto». Subí a un avión por primera vez en mi vida, y este valioso vigía no tenía la menor idea de si estaba apoyado sobre su cabeza o sobre sus talones, yendo o viniendo, porque aquello era bastante movido. Aquel día volamos a lo largo de las líneas pero no las cruzamos, sólo para acostumbarme a aquello. El piloto señalaba amablemente todos los accidentes del terreno que luego me resultarían tan familiares. Durante algún tiempo no tuve una noción clara de donde estaba hasta que no vislumbré el estanque triangular de Zilibc-ke; nunca fui muy rápido ni mañoso con los compases y el mapa.

Fue una idea extravagante enviar hombres completamente desentrenados a actuar como vigías creyendo que verían más que los pilotos perfectamente adiestrados. Sin embargo, la idea parecía tener alguna utilidad, puesto que bajo el fuego enemigo el piloto estaba demasiado ocupado normalmente para poder mantener a salvo el aparato. Pero incluso entonces su entrenado y experimentado ojo captaba con frecuencia mucho mejor lo que estaba ocurriendo en tierra que el inexperto vigía. Tenía que pasar un cierto tiempo para que el vigía, volando en condiciones de guerra, llegara a ser de alguna utilidad. Hasta entonces estaba condenado a ser un peso muerto en el aparato, y más un estorbo que una ayuda para el piloto. Sin embargo, es posible que aprendiera mucho más rápido en estas condiciones que en un pacífico entrenamiento en casa; como dijo el Dr. Johnson, el hombre que aprende es el que está frente a la muerte: «Concentra su pensamiento maravillosamente». Los mandos andaban escasos de hombres y, naturalmente, querían conseguir rápidos resultados. Mientras estuve en el escuadrón conocí al aviador vivo más experimentado, el poseedor del título de piloto número 1. No recuerdo ahora si fue en el G. H. Q.²⁴ o en el Wing H. Q.²⁵ donde me encontré por primera

²⁴ G. H. Q., General Headquarters, Cuartel General. (N. del T.)

²⁵ Wing H. Q., literalmente Ala Cuartel General, o Cuartel General del Aire. (Nota del Traductor.)

vez a I van Moore-Brabazon, que más tarde sería amigo mío en circunstancias muy distintas. En aquella época le traté poco, pero luego ingresamos juntos en el Parlamento en 1918 y estuvimos estrechamente asociados en el grupo de nuevos miembros. Entre el R. F. C. y Westminster yo tuve la oportunidad de conocerle bien en compañía de amigos comunes de toda la vida, que, lógicamente, le llamaban Iván, aunque a raíz él se me presentó como Brab. Era una personalidad notable que combinaba una actitud indolente con una capacidad excepcional para la acción. En su juventud fue el primer hombre que voló por espacio de una milla, y después ha ganado la carrera Cresta en St. Moritz a una edad increíblemente avanzada para semejante proeza, alternando estos esfuerzos con actuaciones de primera clase en deportes tan distintos como las carreras de motos y el golf. Todavía desconocido, sumaba a su constitución atlética siempre en forma, un cerebro de primera clase; estas dotes pueden darse por separado, pero rara vez coinciden en una sola persona.

Cuando le conocí estaba sirviendo en el Estado Mayor; había cesado de volar antes de la guerra tras presenciar la caída mortal de su gran amigo, Charles Rolls. Aparte de un agradable paréntesis hacia el final de la guerra' la próxima vez que tuve ocasión de contemplarle en acción efectiva fue en el Parlamento, poco después de mi llegada. Su inmensa experiencia y autoridad en aviación le hacían el más indicado para ser el secretario privado de Mr. Churchill cuando éste fue nombrado ministro del Aire. Iván Moore-Brabazon no fue nunca un hombre que pudiese soportar fácilmente la esclavitud de un Ministerio. Durante un debate sobre cuestiones de aviación, míster Churchill se permitió un pequeño respiro en el salón de fumadores, y se mezcló en la conversación del corrillo en que yo estaba sentado. Pronto un Whip se precipitó en la sala y le dijo: «Haría usted mejor en volver a la sala, su P. P. S.²⁶ está hablando y está dejando fuera de combate al Ministerio». La salida del saloncito de fumadores fue espectacular.

A finales de 1914, el trabajo del escuadrón fue regular y duro, y después del primer vuelo de prueba a lo largo de las líneas fui enviado derecho dentro de ellas. Hacíamos por lo menos un reconocimiento diario, y eso nos llevaba generalmente cerca de tres horas. Normalmente, se trataba de un reconocimiento superficial sobre Courtrai para observar las concentraciones de tropas en las proximidades de la línea del frente, pero frecuentemente hacíamos un reconocimiento en profundidad que nos llevaba a unas sesenta millas detrás de las líneas alemanas, para observar sus fuerzas de refresco. Estos vuelos importantes eran preferibles a las batidas de unas veinte millas detrás de las líneas, y eran considerados casi como un descanso de la monótona rutina diaria. La razón de ellos era que, una vez atravesadas las primeras veinte millas, se gozaba de una relativa tranquilidad hasta llegar a algunas de las principales ciudades de retaguardia, donde nos esperaba de nuevo un intenso fuego.

El reconocimiento diario a corta distancia era otro asunto. El fuego empezaba en cuanto el aparato cruzaba las líneas y no paraba ni un momento durante todo el vuelo hasta que se cruzaban de nuevo las líneas, de vuelta a casa. El método alemán consistía en disponer los cañones en cuadrados, con ocho cañones en cada vértice. Cuando el avión volaba sobre el centro del cuadrado, abrían fuego simultáneamente, después de transmitir por teléfono la orden desde unos vértices a otros, con la acostumbrada pericia de sus artilleros. El resultado era que, en la primera salva, lanzaban al aire treinta y dos granadas, y continuaban disparando casi como los cañones franceses del 75, que eran entonces los más veloces del mundo. En el momento en que nos salíamos de un cuadrado nos metíamos en otro, y así continuaba aquello a lo largo de tres deliciosas horas. No es difícil, pues, comprender por qué nuestro aparato cruzaba raramente las líneas sin ser alcanzado.

El mayor peligro en aquel tiempo provenía de la artillería de tierra, puesto que la lucha entre aviones estaba empezando precisamente entonces en su forma más rudimentaria. Pero la eficacia de los disparos sobre aviones que volaban a setenta u ochenta millas por hora y a una altura no mayor de 6.000 pies, era naturalmente considerable. En aquel tiempo volábamos en BE2C, que eran lentos pero seguros. Despegaban, volaban y aterrizaban casi a la misma velocidad. Ningún piloto podía forzarlos mucho más allá de su techo de 6.000 pies. En cierta ocasión yo fui asignado a otros vuelos que utilizaban Morris Farman Shorthorns, los aparatos en que se solía aprender a volar por aquel entonces. Estos aparatos eran tan lentos, e incluso más torpes que los otros, pero eran más populares entre nosotros entonces porque podían elevarse hasta una altura de 12.000 pies. Esto no quería decir que nos volviéramos invulnerables al fuego de tierra, pero a aquella altura la artillería de tierra resultaba menos eficaz. Mi piloto de vuelo era el más brillante del R. F. C. en el manejo de aquellos aparatos. Pero tenía dos hábitos que eran muy desconcertantes para el recién llegado. El primero era encabritar al aparato al despegar, y consistía en mantener el morro bajo, a ras del suelo, durante una distancia considerable hasta alcanzar la velocidad máxima, y entonces tirar hacia atrás de su palanca de mando y elevarse casi verticalmente enderezándolo un momento antes de perder el equilibrio. La segunda travesura era un desagradable estirón para llegar a los 12.000 pies sobre su propio aeródromo y mantener entonces el aparato en un vuelo en espiral todo el camino de descenso; es decir, retorciendo el aparato desde la cumbre hacia abajo. Su virtuosismo impresionaba mucho a sus compañeros oficiales, aparejadores y mecánicos (y, palabra, también a algún pájaro), pero constituía una desagradable sorpresa para su vigía, si no le habían dicho antes adonde tenía que mirar. Porque el secreto consistía en no mirar hacia delante ni al ala de arriba, sino al ala de abajo, hacia el suelo sobre el que estaba girando; de otro modo, la experiencia era un seguro vomitivo.

²⁶ P. P. S., Parliamentary Private Secretary, Secretario Privado del Parlamento. (Nota del Traductor.)

Era un hombre encantador, y tenía las mejores manos que jamás había visto operando una de aquellas primeras máquinas; tenía el tacto de un pianista. Desgraciadamente, tenía también un imitador de primera clase, pero que carecía de esas manos mágicas. Era el terror del vigía porque le hacía preguntarse si el zumbido inicial haría perder el equilibrio al aparato o no; por otra parte, la última vuelta de la espiral justo al ras del suelo requería una delicadeza exquisita en la maniobra, y la falta de ella podría acabar con una caída en barrena incrustando el morro del avión. En aquellos tiempos, una caída así era generalmente fatal. Todo aquello se soportaba con ansiedad y sin protestar, porque era una buena persona y quejarse hubiera herido su sensibilidad. Murió heroicamente al intentar conducir su aparato a casa para salvar a su vigía cuando estaba mortalmente herido en el pecho, pero perdió el conocimiento cerca del suelo poco antes de aterrizar; los dos murieron.

Cuando soplaba un fuerte viento, a estos aparatos les resultaba más difícil cruzar las líneas que a los BE2C. Al dar la vuelta para regresar, lo que se avanzaba era la velocidad del avión menos la del viento; es decir, setenta millas a la hora menos cuarenta. En casos extremos a un avión que estuviese lejos tras las líneas le resultaba imposible regresar antes de que se le acabase la gasolina. Sólo había una manera: poner el morro hacia abajo en semipicado y ganar así una velocidad extra. Con el Morris Farman era imposible hacerlo porque no podía ponerse en picado sin peligro de que las alas se cayeran. Por eso eran más utilizados para la localización de la artillería enemiga, su observación y la dirección del fuego de la propia mediante señales con el alfabeto morse.

El BE2C era un aparato potente que podía ponerse en posición de picado, aunque había que hacerlo con cuidado. En aquel entonces había una obsesión por diseñar lo que se llamaba estabilidad automática, que se acopló al BE2C. Si se perdía el equilibrio con uno de esos aparatos, se colocaba en posición de picado y lo recuperaba automáticamente, balanceándose como un corcho en el agua. Todo aquello era estupendo pero se necesitaba espacio para hacerlo; si se cometía un error cerca del suelo, se acabó. Esta capacidad para resistir un picado, o un descenso demasiado rápido, era sin embargo muy útil para los regresos con viento en contra. Se podía poner el morro hacia abajo para adquirir una velocidad de cien millas por hora, aunque esta posición, desde luego, aproximaba a los aviones continuamente al suelo. Después de un vuelo largo, significaba que había que cruzar la zona de trincheras muy bajo. Aquí el tiro de pichón tenía un encanto especial. La ametralladora y el fusil disparaban intensamente, y daban al pájaro la sensación de estar en el extremo opuesto de la línea de fusiles sin su protección habitual, cuando las balas silbaban a través de las alas. La única protección era el pequeño asiento de madera donde íbamos sentados, y en ocasiones caía sobre él un trozo de bala perdida. El instinto de los hombres en esta situación confusa consistía en reducir al máximo las posesiones atesoradas dentro de esta exigua área de protección.

Una sensación bastante parecida producía el aeródromo de Poperinghe, porque estaba limitado por un campo de estacas con un estanque en cada esquina. En el caso de que un motor empezase a fallar en el despegue (lo que sucedía muy a menudo) el piloto tenía a veces que dar la vuelta al campo y aterrizar con el viento en contra. Era entonces interesante mirar hacia un lado y especular sobre cuál de las estacas daría en el clavo si el motor cedía completamente. Poperinghe era un aeródromo con muchas casualidades, como decían los jugadores de golf de sus partidas más interesantes. Una vez, cuando regresábamos de un reconocimiento con poca visibilidad, salimos de las nubes para ir a parar justo encima del aeródromo. Inmediatamente, una batería francesa del 75 que estaba allí para protegernos abrió fuego y nos dio una buena pasada. El piloto, muy hábilmente, colocó en picado el avión y se lanzó a tiempo sobre el suelo para aterrizar. Entonces los franceses se dieron cuenta de que éramos un aparato aliado.

Salí del aparato encolerizado y me dirigí hacia la batería francesa. Una figura avanzó a mi encuentro, sosteniendo algún objeto debajo del brazo. Era el comandante de la batería francesa; al acercarnos el uno al otro, sacó un casco de granada y con una sonrisa que desarmaba dijo: Souvenir. Era el casco de una de las granadas de las baterías francesas del 75 que habían sido disparadas contra nosotros y aún hoy lo conservo convertido en un anticuado gong de comedor. Ocupó el lugar de un melodioso cencerro de Rolles ton que solía tocarse cuando éramos niños para llamarnos a la comida.

Nuestras relaciones con los artilleros franceses, y con su escuadra de vuelo, que compartía con nosotros al aeródromo, fueron de lo mas cordiales. Quizá la afinidad natural fúe fortalecida por la suerte del destino que hizo que el chofer del comandante del escuadrón frances, gracias a las geniales y democráticas formas de la organización militar francesa, era nada menos que el dirigente de una de las mas lamosas marcas de champaña frances. Nos servíamos champaña en su mesa del comedor para comentar, ante un buen rosado, hasta los incidentes más penosos del día, por ejemplo, aquel en que dos aviones tomaron un rumbo contrario a la dirección del viento aterrizando en el momento preciso para evitar chocar de cabeza en medio del aeródromo; se rozaron mutuamente las alas.

En aquellos primeros días, había mucha improvisación entre los franceses, que poseían para ella una capacidad casi genial. Sin embargo, nosotros, los ingleses, fuimos también capaces de contribuir con el esfuerzo de uno de los nuestros, que más tarde pasó a la inmortalidad de los héroes. L. G. Hawker era un chico joven, con mucha inventiva, que estaba siempre probando cosas nuevas y nuevos métodos. Le observábamos

burlones como cargaba en su avión la primera bomba de 100 libras que llegó a la escuadrilla (hasta entonces lo más pesado que transportábamos eran bombas de 13 libras) con una extraña cuerda y una polea improvisada, amarradas a su asiento; se preparaba para soltarla sobre algún blanco alemán al que tuviese particular aversión. Siempre decíamos que él regresaba mucho antes de alcanzar las líneas alemanas, cosa que él negaba resueltamente con su proverbial buen humor. No obstante, pronto arregló las cosas a su medida. Ganó la D. S. O.²⁷ por destruir un zeppelin en tierra con armas ligeras y soportando un duro fuego, y también la V. C.²⁸ por triunfar en una batalla en el aire frente a un enemigo superior. Finalmente, fue derribado, después de una larga batalla en el aire frente al as alemán Richthofen, que murió también del mismo modo poco después. Ambos descansan juntos en el Panteón de los héroes.

Hawker ganó su V.C. poco después de que yo abandonara el escuadrón. Había otro V.C. en el escuadrón, de nombre Liddell, que era un tipo muy distinto; tenía tanta serenidad como Hawker fuerza. Acabó gloriosamente; mortalmente herido a gran distancia de la base, continuó volando de regreso a casa para salvar a su vigía y hacer su informe. Murió poco después a consecuencia de sus heridas, y su V.C. fue postuma. En tales acciones, se exaltaba la voluntad y el espíritu por encima de lo material hasta el máximo grado. Él no era el único caso de hombres que morían a causa de las heridas poco después de aterrizar, tras haber volado con su avión desde muy lejos. Parecía que sólo era la voluntad la que alentaba aquel débil soplo de vida hasta que la tarea estuviese cumplida; se extinguía cuando la voluntad se relajaba.

Hawker era un azogue comparado con el acero de otras naturalezas semejantes. A partir de sus modales o apariencias nadie podía imaginar que llegaría a ser un V.C., a pesar de que era uno de los hombres mejores. Era muy inteligente, nervioso y muy sensible a las condiciones en que vivíamos. En el comedor casi saltaba de su silla si alguien tiraba un plato. El continuo ruido durante nuestros vuelos diarios le había afectado, como en distintas formas y diversos grados nos afectó a todos. El ruido era, para mí, lo peor de la guerra, tanto en tierra como en el aire. En las trincheras, la tierra recibía, naturalmente, la mayor parte de las granadas del fuego enemigo, mientras que en el aire siempre me pareció que la mayor parte de las explosiones las recibían el aparato y sus ocupantes. No sé si esta sensación tiene alguna base científica; puede que simplemente haya sido una ilusión alentada por la gran soledad que se siente en el aire. Uno estaba arriba solo, mientras que, en apariencia, todo el mundo disparaba contra ti, el odio de la humanidad se concentraba sobre ti. Ciertamente, el ruido o el estallido de las granadas al explotar continuamente a nuestro alrededor durante cerca de tres horas de reconocimiento diario, nos afectaba a todos en diferentes grados.

Hawker no comía ni bebía nunca antes de volar, ni siquiera una taza de café. Simplemente se paseaba arriba y abajo mientras esperábamos por la mañana con los nervios de punta. Aquella costumbre me desasosegó mucho durante el considerable período en que hice de vigía, porque existía la creencia vulgar de que un piloto podía desmayarse en el aire si volaba con el estómago vacío. No tenía mucha base real, pero durante los primeros días de vuelo creíamos a pies juntillas semejantes leyendas; era un tema nuevo en una esfera nueva para un hombre. A pesar de haberlo intentado, nunca pude persuadirle para que comiese algo. Hasta el despegue, todo eran nervios; entonces el hombre se transformaba al mismo tiempo que las ruedas despegaban del suelo. De todos los hombres que conocía, él era el más intrépido, tal vez el más temerario, y, desde luego, el más indiferente a su seguridad personal cuando veía comprometido su sentido del deber.

No hacía ninguna maniobra para sortear el fuego enemigo, como, por ejemplo, zigzaguear entre los cuadrados o volver el morro del aparato para provocar una polvareda que engañase al artillero. Iba derecho por en medio del cuadrado de ametralladoras en el caso de que ninguna maniobra evasiva retardase nuestra misión, y, aún peor, si la visibilidad no era clara, bajaba en medio del cuadrado para poder mirar mejor, presentando así un excelente blanco. Ésta era una de las operaciones que curtían más a su acompañante, ya que cerraba el regulador del motor para descender y en un momento de descuido podía perder el control. Sólo había un modo de volver a poner en marcha aquellos viejos motores, que era picar y hacer así que el aire voltease la hélice. Ante este súbito picado, el acompañante creía que el piloto había sido herido y había caído hacia delante sobre el joystick, como solíamos llamarlo. Lo único que se podía hacer en ese momento era desabrochar el cinturón de seguridad y luchar en la estrecha cabina para intentar levantar al piloto y quitarle del mando. El colmo era cuando Hawker sonriendo burlonamente levantaba el aparato saliendo del picado con un rugido triunfal del motor otra vez en marcha.

En aquel tiempo no estaba muy adelantada la lucha en el aire, ya que no teníamos aún ametralladoras y sólo llevábamos la vieja carabina corta de caballería. La pesadilla del piloto consistía en que el vigía pudiese disparar accidentalmente a la hélice, de modo que no se buscaba provocar combates abiertos. Pero Hawker se las arreglaba para enfrentarse siempre con varios aparatos alemanes, aunque fuese en un largo reconocimiento a varias millas detrás de las líneas alemanas y corriese el riesgo de quedarse sin gasolina en el camino de regreso. El manejo de nervios que era antes del despegue se convertía en el aire en una balsa de aceite. Este

²⁷ D. S. O., Distinguished Services Order, Orden a los Servicios Distinguidos. (Nota del Traductor.)

²⁸ V. C, Victorian Cross, Cruz Victoria. (N. del T.)

contraste entre los nervios del principio y la serenidad posterior es un fenómeno digno de estudio en diversas circunstancias y actuaciones sobresalientes; por ejemplo, Lloyd George antes de un discurso.

Hawker se tomaba a broma los riesgos, una característica extraña en una guerra, y siempre estaba a la búsqueda de nuevas sensaciones y experiencias de vuelo. Desgraciadamente, yo estuve un cierto tiempo de vigía al lado de un piloto experimentado que era muy hábil en el truco que entonces llamaban escurrir-la-cola, para el cual el avión más indicado era el BE2C. El piloto tiraba hacia atrás de la palanca como al comienzo de una voltereta, hasta que el aparato se colocaba en posición vertical, con el morro hacia arriba: entonces el avión deslizaba la cola hacia el suelo y daba al acompañante la sensación de mareo, de haber dejado el estómago detrás de él, en el vacío. Entonces el piloto cerraba el regulador del motor y el morro bajaba, colocándose el aparato en picado desde cuya posición el BE2C se recuperaba a una distancia de más de 2.000 pies. Mi querido piloto realizaba a veces esta audaz pirueta por pura *joie de vivre* sobre el mismo aeró-mo, para celebrar el regreso de alguna misión difícil. Yo siempre pensé que aquellos alardes podían estar bien o no para el piloto, que era el que controlaba la situación y tenía su vida en sus manos, pero que desde luego no eran tan divertidos para el vigía, que en esa acción no podía intervenir para nada.

Sin embargo, un día me dejé convencer imprudentemente por Hawker para intentar con él, por primera vez, aquella pirueta, al objeto de saber si podía hacerlo tan bien como el experto. Al llegar a la altura adecuada, puse el aparato en la posición correcta para deslizar la cola, pero, con su mala memoria, omitió cerrar el regulador del motor en el momento debido. La consecuencia fue que el morro del BE2C quedó en el aire y caímos mucho más de lo normal. De nuevo tuve que forcejear en aquella pequeña cabina para indicarle que debía cerrar el regulador del motor. Cuando lo hizo, nos encontrábamos muy cerca del suelo, y me pregunté intensamente si el BE2C podría salir de aquel prolongado picado antes de que nos estrellásemos. Conseguimos subir un momento antes, pasando a ras de los hangares del aeródromo. Tras un momento de pausa para poder reflexionar, me di cuenta de que el avión subía de nuevo y me volví hacia Hawker. Me indicó que estaba subiendo otra vez para dar otra vuelta. Yo le indiqué también que no contara conmigo. Me dejó entonces en un montón de polvo en medio de la borrasca. Nada le acobardó, se fue solo, y lo hizo para satisfacción propia. Los V.C. estaban hechos de esa madera. La prematura muerte de Hawker fue una tragedia y una gran pérdida para su país, ya que sus dotes y cualidades habrían prestado, a lo largo de una vida prolongada, altos y perdurables servicios.

La tragedia siempre se disfrazaba de alegría. La alegría casi exagerada de los que volaban, en ambos bandos, ha sido recientemente descrita en las películas, que han sabido reproducir hábilmente muchos detalles técnicos, aunque no han tenido tanto éxito en las caracterizaciones. Tal vez es necesario haber vivido con aquellos hombres para poder comprender por qué su alegría era una necesidad para sostener una actitud ante la vida, que nunca ha sido fielmente reflejada. Expresándolo breve y crudamente: una cena de amigos íntimos tiene que ser alegre si noche tras noche hay una fuerte posibilidad de que algunos de los presentes no estén allí a la noche siguiente. En las trincheras, las víctimas podían ser terriblemente numerosas, pero, sorprendentemente, la muerte resultaba más natural en aquellos helados y siniestros parajes. Éramos como hombres que cenaban juntos en una casa de campo sabiendo que alguno iba a dejarnos pronto para siempre; y al final, casi todos. Esta experiencia debió resultar también familiar a los pilotos y las escuadrillas de vuelo de la Segunda Guerra Mundial. Esta actitud, que al principio me resultaba incomprensible y algo chocante, poco a poco se me fue haciendo cada vez más familiar. Al poco tiempo de llegar al escuadrón, un día salíamos hacia la ciudad para comer después del reconocimiento de la mañana, cuando uno de nuestros aparatos, evidentemente descontrolado, aterrizó con signos de haber recibido muchos disparos. Chocó contra el suelo, rebotó y dio la vuelta, quedando boca arriba y muy aplastado. Por fortuna no se prendió fuego como es habitual. Salté y eché a correr hacia el aparato para ayudar a salir a sus ocupantes. Salieron gritos del camión: «¿Adonde vas?» «Vamos, sube, vamos a llegar tarde a comer. Los hombres que están de guardia ya se ocuparán de eso.» Salimos. El piloto y el vigía eran muy populares, aunque no se dijo sobre ellos una sola palabra. De pronto, aparecieron por la puerta del avión, con las ropas destrozadas, pero —sorprendentemente— vivos. Por la pequeña cabina resonaron ruidos de risa: «Bien, bien, pensábamos que nos habíamos librado de vosotros esta vez. No importa, tomad un trago». Y luego seguían largas charlas. Aquel era el estilo y era el único posible.

El R. F. C. reflejaba ese mismo espíritu en sus propias y macabras canciones, siguiendo la lúgubre y humorística tradición del Ejército británico. Todos aquellos hombres procedían de la oficialidad del pequeño Ejército regular y se habían presentado voluntarios para volar en los primeros días; era una élite de un corps d'élite. En una ocasión festiva rompieron a cantar una larga, triste, pero maravillosa canción cuyo título era El aviador muriendo. Expresaba sus últimos deseos después de una caída fatal, en la que él había sufrido múltiples mutilaciones descritas con sangriento detalle. Algunas de aquellas melancólicas estrofas eran un poco deprimentes y se recreaban con una terminología muy técnica en describir cómo se iban separando las distintas piezas del aparato de las zonas más delicadas de la anatomía humana. En realidad, el legendario soldado era particularmente afortunado, puesto que no se había quemado vivo. En aquel período no disponíamos de paracaídas, y los tripulantes tenían que quedarse en el avión hasta chocar contra el suelo. El débil fuselaje de madera y lona se incendiaba casi inevitablemente en cuanto la gasolina del depósito explotaba. Los más afortunados eran aquellos que morían instantáneamente en la caída, o los mataban al primer disparo.

Durante todo este período, mi experiencia más interesante no estuvo directamente relacionada con los vuelos. Al comienzo de la segunda batalla de Ypres en abril de 1915, la fuerza expedicionaria canadiense acababa de llegar al frente por primera vez, y nosotros fuimos destinados a trabajar con ellos señalando la posición de los cañones enemigos y dirigiendo su fuego contra las baterías alemanas mediante señales de morse. Fui instruido para tomar contacto con ellos y llevar conmigo un aparato de radio para recibir sus mensajes. En un tranquilo día de primavera salí en un camión del R. F. C. y llegué sin incidentes a su debido tiempo a la posición de los cañones canadienses, situados a la distancia acostumbrada detrás de las líneas. Teníamos por costumbre conducir esos camiones muchas veces al alcance del fuego enemigo, y como esa parte del frente solía estar bastante tranquila, era raro que ellos detectasen nuestra posición y se tomasen la molestia de abrir fuego. Anteriormente, eso había ocurrido sólo una vez, muy poco después de mi incorporación al R. F. C. Fue la primera vez que estuve bajo el fuego enemigo. Me paré con el camión en un bosquecillo que no presentaba señales de fuego enemigo, creyendo que pasaría inadvertido, pero fuimos detectados y duramente castigados. El bosquecillo saltaba en astillas, pero conseguimos escapar sanos y salvos. Recuerdo haber escrito a mi madre una jocosa carta sobre el incidente porque experimenté la sensación, corriente, de gran exaltación al recibir mi bautismo de fuego, un éxtasis muy peculiar que pronto desapareció.

Informé a los artilleros canadienses que no había motivos especiales para esperar problemas aquella tarde, aunque los reconocimientos aéreos habían señalado la presencia de concentraciones de tropas bastante anormales al otro lado. El cabo y los dos hombres que me acompañaron, expertos en la materia, acabaron pronto el trabajo, del cual yo sabía muy poco o nada. Mientras tanto, yo había entablado buenas relaciones con algunos de los oficiales canadienses, y como tenía el resto del día a mi disposición, decidí mandar el camión a casa y quedarme con ellos un poco más. En aquellas condiciones de tranquilidad, no me resultaría difícil volver a Poperinghe antes de que cayera la noche y estar a punto para mi trabajo cotidiano a la mañana siguiente.

Todo fue muy bien en la pequeña y poco profunda trinchera, en la que me estaban atendiendo amablemente, hasta que los alemanes desataron de repente la cortina de fuego más nutrida que se recordaba desde que empezó la guerra. Regresar en aquellas condiciones era imposible; durante el tiempo que durase aquello no podíamos hacer otra cosa que mantenernos pegados al suelo en nuestro pequeño agujero en la tierra y esperar que no nos acertaran con un golpe directo. La cortina de fuego siguió durante lo que nos pareció un período de tiempo interminable, mientras el mundo entero se estremecía. Este período de angustiosa y tensa espera fue interrumpido de pronto por algo completamente nuevo hasta entonces. Notamos un olor ácido y desconocido y, al mismo tiempo, una ligera sensación de náuseas. Alguien dijo: «Gas», y nos aconsejó que orinásemos en los pañuelos y nos tapásemos con ellos la boca y la nariz; sobre todo, no debíamos hacer ningún movimiento que requiriese respirar profundamente. Fue el primer ataque con gas de esta guerra y de todas las anteriores. El consejo que recibimos fue eficaz porque aquel gas no era muy letal. Las consecuencias únicamente fueron graves para aquellos que se movieron y respiraron profundamente, absorbiendo gran cantidad en sus pulmones.

Después nos enteramos de que, gracias a la excepcional barrera de fuego y a la sorpresa del gas, algo completamente nuevo para nosotros, habían conseguido romper nuestro flanco izquierdo, que estaba defendido por tropas coloniales francesas. El mando canadiense se vio así situado ante la dura alternativa de retirarse para evitar que el enemigo los cercara, o lanzar sus reservas al ataque para cubrir las posiciones descubiertas a su izquierda. Sin embargo, optó por permanecer allí, y llegó la orden de mantener nuestras líneas como estaban. En este momento parecía muy probable que nos rodeasen, y el comandante de nuestra batería me ordenó que volviera como mejor pudiese a reunirme con mi unidad en Poperinghe. Era absurdo añadir la víctima gratuita de un oficial del Flying Corps a sus posibles pérdidas. Además, de vuelta a mi escuadrón yo podría contar lo que había ocurrido, ya que en aquel momento la cortina de fuego había hecho muy difícil cualquier comunicación.

Salí a pie, puesto que no había ningún transporte disponible, y, en cualquier caso, no hubiera tenido posibilidad de llegar indemne bajo un fuego de aquella intensidad. Desde un pequeño montículo en el campo, en la primera etapa de mi viaje de retorno, miré hacia atrás y vi lo que estaba ocurriendo. Fue un espectáculo inolvidable. Mientras caía el crepúsculo, apareció a nuestra izquierda una masa azul-gris de alemanes avanzando pesadamente detrás de la luminosa cortina de fuego, tan seguros como si hubieran estado en un campo de maniobras en Potsdam. En aquel momento parecía no haber nada capaz de detenerles. Algunas de estas extraordinarias tropas eran ya legendarias para todos los de nuestro bando que sabían apreciar sus virtudes por pertenecer ellos mismos a un extraordinario corps d'élite: el Ejército regular británico.

Nosotros habíamos oído historias sobre la primera batalla de Ypres, cuando la guardia prusiana se lanzó al ataque, con sus oficiales al frente con los guantes blancos puestos como si se dirigiesen a una revista de rutina. Uno de mis compañeros oficiales (un vigía del Royal Flying Corps que había estado al mando de algunos cañones británicos en aquella batalla) me describió cómo algunos de ellos habían sobrepasado su objetivo y llegaron a unos centenares de yardas de su batería sin apoyo de ninguna clase. Unos cuantos se escondieron en un pequeño declive del terreno, desapareciendo de la vista, pero era evidente que su situación resultaba completamente desesperada. Así que les envió unos cuantos hombres con una bandera blanca para invitarles a rendirse. Se los encontraron tumbados en el pequeño hueco. El joven oficial que iba al mando dijo que ellos no

podían rendirse porque eso iba en contra de los principios de la guardia prusiana. Estaban exhaustos, pero en cuanto se recuperaron un poco continuaron el avance; sabían que no tenían ninguna posibilidad. Después de un breve respiro, avanzaron hacia los cañones, el joven oficial al frente con su espada desenvainada y marcando todos el ceremonioso paso de la oca por última vez. No quedó vivo ninguno.

Esta conducta resulta totalmente absurda e incomprensible para el lego, pero su intencionalidad es clara para cualquiera que entiende algo del arte de la guerra; tropas con ese espíritu pueden hacer y hacen cosas ante las que fuerzas más numerosas fracasarían; y las hicieron. La capacidad para apreciar a un gran enemigo es una de las características del verdadero soldado, que corresponde a la misteriosa fraternidad de las armas que algunos han considerado censurable. Este espíritu se ponía en evidencia cuando, a veces, los aviadores de ambos bandos arrojaban coronas de flores en señal de duelo por la muerte de un gran adversario, prestando así homenaje a su valor y caballería. Esto no debe ser considerado con suspicacia, como una siniestra emanación del espíritu militar, sino, al contrario, debe ser recibido con alegría como una chispa de esperanza para Europa, cuando, en el futuro, un trascendente espíritu de juventud, valor y nobleza natural supere este período de amargas pasiones y oscuras venganzas.

Es triste que, en los últimos años, se haya permitido que sean los films rusos, bastante más que los occidentales, los que retraten al gran enemigo con sinceridad, tal como es realmente; además resulta peligroso dejarles el campo libre en este terreno, porque semejante arte puede influir mucho en la mente y el espíritu de los hombres. El Estado comunista, a pesar de todo su odio a los valores occidentales, ha reflejado frecuentemente en su cinematografía con bastante veracidad la fuerza que anima al bando contrario. Un notable ejemplo es el comienzo de ese memorable filme soviético sobre la novela de Tolstoy, Guerra y Paz; otro es la extraordinaria descripción que hace Eisenstein de los caballeros teutónicos avanzando sobre la nieve, con el sol tras ellos, el asalto de las tierras de la Madre Rusia. Cuando muchos años más tarde contemplé todo el poder de su orden, dignidad y consagrados propósitos, mi mente recordó aquella tarde en que vi a la élite de los regimientos alemanes avanzar formando oscuros pelotones, en Ypres. Comprender a los hombres, y, sobre todo, las motivaciones más altas que encierran sus acciones (que las apliquen acertada o equivocadamente es otra cuestión) es sentar unas bases sólidas y reales para la gran reconciliación.

El objetivo debe ser tomar las nobles inspiraciones que se han utilizado en ambos bandos para oscuros propósitos de destrucción y unirlos en una gran síntesis que hará posible un futuro creador. Hegel, en su Filosofía de la Historia, presenta una brillante imagen de los enormes poderes destructivos de la naturaleza, el fuego, el viento y el agua, y cómo pueden ser utilizados por el hombre para sus realizaciones creadoras. De modo que en el futuro europeo también las fieras pasiones que nos dividen y destruyen puedan ser superadas, y el sublime espíritu del deber, el sacrificio, y los más altos esfuerzos, que estaban aprisionados entre ellas y deformados por permanecer al servicio de la guerra, se liberarán formando el conjunto de todas las grandes cosas que hay por hacer en Europa, salvando así a la humanidad. Los nobles, aunque desarticulados, instintos de la juventud son de esta naturaleza y toda la inmundicia de la vida política no ha extinguido todavía la chispa que se desprendió del yunque de 1914.

Tenía poco tiempo para tales reflexiones mientras caminaba, bajo una pesada cortina de fuego, hacia la carretera Ypres-Menin, que sabía, desde mi primer reconocimiento, era el camino más corto para llegar a casa. Nada más empezar mi viaje, me encontré con algunas tropas extraordinarias, equivalentes, aunque con un estilo completamente distinto, a las mejores tropas alemanas. Era la reserva canadiense que iba a ocupar un sector vacío del frente. Era un espectáculo sorprendente para un soldado regular, porque, aparentemente, avanzaban sin ninguna disciplina, bajo un fuego tan intenso que, según nuestros cánones, hubiese sido imposible ningún avance, a menos que fuesen las mejores tropas bajo la más rigurosa disciplina. Reían, hablaban y caminaban sin ninguna formación mientras las pesadas granadas (que llamábamos Jack fohnsons, por el campeón negro de boxeo, eran de 5,9 y capaces de destruir un pelotón entero con una sola explosión) estallaban entre ellos en el ataque de artillería más severo que hubiesen conocido. Parecía que no les importaba nada. Sencillamente, avanzaban. Poco después de cruzarme con ellos — como supimos luego — se dirigieron directamente hacia los alemanes que también avanzaban. Aquel hecho ocurría muy raramente en la guerra, una lucha a bayoneta en la que ambos bandos se mantuvieron firmes. Tres días después, el R. F. C. fue encargado de intentar señalar la aún indeterminada línea del frente después de los cambios acaecidos tras el frustrado ataque. Informé que la línea pasaba por un lugar llamado Saint-Tulien donde se desarrollaba una dura lucha en lo que había sido antes un pequeño pueblo. Entonces resultó que ese lugar estaba considerablemente más atrás que la línea actual. Unos doscientos canadienses se habían abierto paso, y fueron cercados, luchando hasta el fin antes de rendirse. El espíritu estaba vivo en ambos bandos.

Era peligroso encontrarse con los canadienses en el camino de vuelta, porque por lo menos resultaba extraño que un oficial con los galones del 16.º de Lanceros y afirmando que pertenecía al Royan Flying Corps viniese precisamente de la dirección de avance del enemigo. No obstante, el acento inglés y posiblemente algún incipiente instinto político, pronto les convenció. Me dijeron que aquella noche estaban prohibidos todos los movimientos de tropas, ya que lo hacía imposible la cerrada concentración de fuego en la ciudad. Decidí ignorar

la orden, porque estaba imbuido del fatalismo de la guerra, estaba agotado y sentía la necesidad de unirme al escuadrón lo antes posible. Fui derecho por Ypres.

Entonces se produjo en mí la experiencia más extraña. Me encontré solo en medio de una gran plaza, fascinado durante un instante por aquella dolorosa visión. Muchas glorias de la arquitectura estaban ya en ruinas y completamente en llamas. Nobles edificios se derrumbaban al caer y estallar los pesados obuses, con una dolorosa fatiga nacida, no de los siglos, sino de un momento de amargura, como si fuesen castillos de naipes derribados por la traviesa mano de un niño. Yo era demasiado joven para ser completamente consciente y, sin embargo, sentía una cierta sensación de amargura por lo que podía suceder, por lo que los europeos fueron capaces de hacerse los unos a los otros, por las enormes pérdidas y aquel trágico absurdo.

Continué y me uní al escuadrón en Poperinghe, hice mi informe, volví a mi alojamiento y me eché a la cama, donde caí en el más profundo sueño. Una hora o dos después, me desperté cuando se produjo una fuerte explosión en una casa próxima. Los alemanes habían destacado ya sus ametralladoras y habían puesto Poperinghe al alcance del tiro de su artillería. Me fui corriendo al comedor y me comunicaron que teníamos que salir en seguida, porque pronto quedaría poco del aeródromo y de nuestra aviación. Los pilotos pusieron en seguida los motores en marcha y los vigías éramos responsables de cargar los camiones y de evacuar todos los almacenes. Logré salir bajo una colosal cortina de fuego en un camión cargado de bombas.

Una vez terminada la segunda batalla de Ypres, el ataque se detuvo y quedó fijada una nueva línea. La tarea normal de reconocimiento y las ametralladoras entraron de nuevo en acción. Como alguien dijo, el aburrimiento fue interrumpido por el terror. Ahora se ofreció a los vigías con una cierta experiencia la oportunidad de ser adiestrados como pilotos. Parecía que merecía la pena, ya que al menos nuestras vidas dependerían de nosotros mismos hasta cierto punto. En las situaciones desesperadas siempre existe el deseo de dirigir la acción uno mismo, por muy grande que sea la confianza en el buen juicio y decisión de otro hombre. Es un deseo natural del conductor del asiento de detrás cambiarse al de delante cuando se trata de un asunto de vida o muerte.

En aquel tiempo había otro asunto que me preocupaba un poco. Durante un reconocimiento, un fragmento de granada me había golpeado la cabeza y me había dejado inconsciente; no había penetrado en mi casco de vuelo y debió darme con la parte plana en lugar de con el extremo puntiagudo. Pero el golpe fue suficiente para producirme una ligera conmoción, que no se manifestaba más que en algunos dolores de cabeza periódicos, que antes no había sufrido nunca. En otra ocasión, cuando regresábamos con el aparato tocado, fuimos a parar a una charca, en una esquina del aeródromo de Poperinghe; el golpe me arrojó fuera de la cabina y me herí la rodilla; andaba con alguna dificultad. La oportunidad de obtener las deseadas alas de piloto, unida a estos accidentes, me decidió a aceptar la oferta para el curso de entrenamiento. Después de visitar a un habilidoso curandero de Londres que me arregló la rodilla, y pasar un corto tiempo de permiso, me presenté en la Flying School en Shoreham, cerca de Brighton.

El aeródromo de Shoreham era pequeño, y estaba mal situado, cerca del río. Con los vientos alisios era muy frecuente despegar sobre el río y el resultado era un buen trompazo poco después de que las ruedas se elevasen del suelo, en el momento en que el morro del aparato se elevaba y la velocidad era baja. La transición de tierra y agua en aquellos lentos y pesados aparatos siempre producía aquel golpe. Aquellos primeros aviones al tropezar con los baches de aire, que empujaban el morro o bien la cola hacia arriba o un ala hacia abajo, necesitaban una corrección instantánea para impedir que perdiesen el equilibrio, cayesen en picado o se tumbasen hacia un lado. No era, pues una buena idea situar en aquellas condiciones a los principiantes en las que una determinada dirección del viento producía un fuerte golpe en el agua nada más despegar. En aquella situación, un fallo del motor — lo que era frecuente en aquellos primeros días — significaba un descenso en el río. No obstante, éstos eran condicionamientos de la guerra y todo tenía que arreglarse con prisas. Posteriormente se cambió el emplazamiento del aeródromo.

Vivíamos en unas condiciones agradables, en una ciudad de bungalows próxima al aeródromo. Era posible alquilar un bungalow individual barato, y mi madre vino a hacerme compañía durante algún tiempo. El entrenamiento fue acelerado a un ritmo que resultaría increíble a las generaciones posteriores. Si no recuerdo mal, tuve sólo alrededor de una hora y media de vuelo de instrucción antes de dirigir mi primer vuelo. Era una ventaja haber sido vigía, porque ya tenía el hábito del vuelo; pero tenía un aspecto negativo, ya que podía dar al principiante un exceso de confianza. En los primeros tiempos era mejor ser un poco nervioso y prevenir cualquier posible accidente. Era notable, incluso en los pilotos de guerra con experiencia, el número de los que murieron en vuelos ordinarios, al margen de la guerra, por exceso de confianza o por descuido. Con los primeros aviones no se podía correr ningún riesgo.

Mi entrenamiento se desarrolló sin dificultades e hice el examen de piloto, que consistía en hacer figuras de ochos sobre el aeródromo y unos cuantos aterrizajes razonablemente buenos. Recuerdo que aquel día realicé una exhibición particularmente mala, calculando mal y haciendo aterrizajes bruscos. Sin embargo, me dieron el certificado, con una puntuación algo superior a 1.200. El precioso documento se perdió con el incendio de mi casa de Irlanda en los años cincuenta.

Hasta entonces no había tenido ninguna dificultad seria, excepto en una ocasión al despegar sobre el río, en que se me olvidó abrocharme el cinturón de seguridad. Esto era un gran disparate, porque con aquellos aparatos en un mal golpe podías ser arrojado fácilmente fuera, y siempre éramos severamente advertidos de que no olvidásemos abrocharnos el cinturón de seguridad. En consecuencia, cuando llegué sobre el río, un momento después del despegue, me di el porrazo habitual, salí disparado del asiento y hubiese sido arrojado fuera de no haberme agarrado con fuerza al joystick. Tuve suerte de que en el forcejeo el aparato no perdió el equilibrio. Al menos, aquel error nunca lo volvería ya a cometer.

No volaba mal, a pesar de mis escasos conocimientos de mecánica. No teníamos la obligación de aprender en serio el curso de motor y de equipo mecánico. Mi pragmatismo un tanto exagerado, por no gastar energías en nada que no tuviese un uso práctico y no me interesase, me llevó a perder la oportunidad de adquirir alguna habilidad en mecánica. Lo argumentaba diciendo que una vez en el aire no se podía hacer nada si algo iba mal, y que en el suelo el aparato era bien cuidado por nuestros amigos los mecánicos y aparejadores que tenían años de experiencia y muchos más conocimientos de los que yo tendría tiempo de adquirir, aunque tuviese aptitudes, lo cual dudaba mucho. Algunos de nosotros, al resistirnos a aprender mecánica, tal vez seguíamos el ejemplo del aviador más famoso de antes de la guerra, Gustav Hamel, un genio del vuelo que se jactaba de su completa ignorancia en mecánica.

En Shorenham di muestras de una notable capacidad para cometer errores, poco después de obtener el certificado de piloto — aunque, como es habitual, en nuestros errores en la vida, la suerte jugó su papel —. Era uno de esos días con viento muy fuerte y borrascoso. La dirección del viento no parecía cambiar. Al menos, no se notaba nada en aquel aparato de madera y lona colocado en un eje sobre el suelo en forma de T con la raya horizontal de cara al viento. Yo debía estar preparado para alguna moderada exhibición dentro de los límites de mis conocimientos y capacidades como piloto, porque mi madre había venido a verme y estaba de pie en una esquina del hangar con mi instructor, que era también un buen amigo. Mientras estaba arriba, el viento cambió de dirección tan repentinamente que no tuvo tiempo de cambiar la T, situada en el extremo opuesto de la pista, y yo no me di cuenta de lo que ocurría por el humo o por cualquier otro signo indicador. Consecuentemente, hice lo que pensé que sería un aterrizaje rápido y limpio en dirección a los hangares (una dirección que poco antes hubiese sido correcta). Pero, debido al cambio del viento, la velocidad de aterrizaje era considerablemente mayor de lo que yo creía. El avión dio un porrazo contra el suelo y salió disparado hacia arriba. Al instante, comprendí claramente que si insistía en aterrizar me estrellaría contra los hangares, de manera que abrí al máximo el regulador del motor y tiré hacia atrás la palanca, salvando los hangares por los pelos. Mi madre se volvió hacia mi instructor para expresarle su admiración por el habilidoso y bonito estilo con que su niño había rebotado, pero su niño estaba perdido; porque, desde luego, sabía muy bien lo que estaba ocurriendo y estaba preparado para un probable desastre.

Fue una especie de milagro que el motor se acelerase lo suficientemente de prisa para levantar el avión por encima de los hangares, pero la pregunta maliciosa surgía: ¿qué hacer después? No era fácil estar sentado en un Morris Farman Longhorn, mirar hacia abajo y ver que el aterrizaje era considerablemente peligroso. En aquellas condiciones, un aterrizaje normal significaba un choque seguro con el resultado de que el morro del avión penetraría en el suelo velozmente y el motor caería sobre mí. Este tipo de aparatos, con el motor detrás, tenían ese riesgo, mientras que en un avión con el motor delante lo más grave que podía ocurrir era quedar de pie sobre el morro, o volcar y quedar boca abajo.

Decidí dar la vuelta e intentar un aterrizaje lento y de vientre. Aquello quería decir entrar tan despacio, aunque sin perder el equilibrio, que el avión fuera perdiendo velocidad a la altura exacta y entonces dejarlo caer de golpe sobre la pista. Si perdía demasiada velocidad arriba, el morro caería y con el motor detrás podía ocurrir un choque fatal. Pero si no perdía velocidad de vuelo hasta muy tarde, las ruedas tomarían contacto con el suelo a una velocidad de aterrizaje normal y caería con idéntico resultado.

Con cierta dificultad, conseguí hacer un aterrizaje de vientre, pero desde una altura considerable y, por consiguiente, con un golpe grave, si bien la pérdida de velocidad no ocurrió a una altura suficiente para que el morro bajase y se produjera un desastre. Fue un verdadero aterrizaje de vientre, pero con un golpe fuerte. Mis piernas se quedaron duramente clavadas en el suelo de la cabina, hiriéndome una de ellas gravemente. Sorprendentemente, como ocurre a veces con los golpes fuertes, al instante no sentí nada, ya que estaba muy aturdido. Incluso me las arreglé para salir del aparato, y no me di cuenta de la gravedad de las heridas hasta más tarde, cuando el dolor y la tumefacción comenzaron. Obtuve permiso y volví al curandero, pero me informó que esta vez la herida era mucho más considerable. El tratamiento no fue del todo bueno; podía caminar, pero con cierta dificultad.

Durante este período, tuve noticias de que mi regimiento necesitaba oficiales porque aquella primavera había sufrido pérdidas graves, en particular de oficiales, a causa de las explosiones de las minas en la línea del frente. Me encontraba en un dilema, ya que quería completar mi curso de entrenamiento y volver al R. F. C. como piloto, pero, por otro lado, sentía que mi primer deber era mi regimiento. Ésta fue la razón de más peso, la que me decidió a volver a mi regimiento — no fue una orden sino una elección —, aunque también debió influir en mí el deseo de pasar por las dos experiencias, el aire y las trincheras. Yo entonces aún me movía por el

extraño deseo de extraer toda la experiencia posible de aquel extraordinario y, según creíamos, único acontecimiento: la guerra. Por tanto, deber y deseo coincidían hasta cierto punto. Era una triste realidad que ya no tuviese ninguna dificultad en ir al frente con el 16.º de Lanceros.

Primero tenía que ser declarado por el Consejo Médico útil de nuevo para el servicio de guerra. Era una prueba bastante rigurosa, de resultado un tanto dudoso. Afortunadamente, no había mucho que andar y miraron todo excepto mi pierna. Yo calculé que tampoco no había mucho que andar en las trincheras, ya que sobre todo era cuestión de estar sentado, sin moverse — disparar y que te disparasen — y tenía fundadas esperanzas de que mis condiciones físicas mejorarían progresivamente. Tuve razón en lo primero, sobre lo de andar, ya que a mi regreso a Curragh casi siempre íbamos a caballo, y luego, detrás de las líneas, también encontré a mi regimiento a caballo cuando me incorporé a él.

No había pasado mucho tiempo, a principios del otoño de 1915, cuando se me ordenó ir en un barco de transporte de tropas a Francia con un destacamento, bajo las órdenes de otro miembro del 16.º de Lanceros que era un viejo amigo mío. No sabíamos, desde luego, dónde desembarcaríamos, pero nos sentimos felices al remontar el Sena a través de la maravillosa campiña de Normandía; aquel paisaje fue la primera visión pacífica que yo tuve de Francia y que tanto he llegado a querer. Desembarcamos en Rouen, pero, o bien yo tenía demasiada prisa, o bien era demasiado ignorante en aquella ocasión, y no fui a visitar la catedral y otras maravillas. Desde Rouen fuimos en tren hasta nuestro destino, que también desconocíamos de antemano, y por algún despiste del Estado Mayor llegamos, bajo el fuego de artillería, a una ciudad próxima a la línea del frente — Béthune, si no recuerdo mal —. Este viaje nos pareció inútil, ya que nuestro regimiento, entonces, estaba muy lejos de allí —cerca de Hazebrouk, una vez más, si es que no recuerdo mal.

Allí nos dispensaron la cálida bienvenida habitual, y encontramos algunos viejos amigos de los primeros días de Curragh. El coronel Eccles mandaba el regimiento, y el ayudante era Lord Holmpatrick, cuyo nombre de pila era Hans, poco corriente en un irlandés; era un hombre de muy buena apariencia y además era extremadamente eficiente. Mi escuadrón estaba al mando de un distinguido y amable oficial del Ejército de la India, cuyo nombre era Fraser, que había sido destinado a nuestro regimiento. Se distinguía por haber sido condecorado por su participación en la famosa carga del 9.º de Lanceros cuando Grenfell ganó la V. C. A mí me dieron como caballo de batalla un espléndido podenco y como complemento un caballo de polo que era útil para montar por el campo y perseguir liebres hasta que quedasen exhaustas; aquello era deporte y comida. Por el momento la vida era agradable. Me pusieron a cargo de la mesa del comedor del escuadrón, pero pronto me quitaron porque lo hacía demasiado bien; la comida estaba bien, pero las cuentas no.

Aquellos días tranquilos y felices no duraron mucho. Llegó una orden de que todos los oficiales sin experiencia de trincheras deberían unirse durante un período de tiempo a la infantería. Me agregaron a un batallón gales, compuesto en su mayor parte por ex mineros. Eran buenas tropas, pero habían estado en el frente mucho tiempo y habían sufrido muchas bajas, y, en general, pensaban que ya tenían más que suficiente de la guerra. Los hombres sufrían mucho con lo que se llamaba mal de trinchera, una especie de congelación agravada por la humedad y originada por estar de pie mucho tiempo sobre agua fría.

Las autoridades consideraron que era mejor prevenir que curar, pero no todos los hombres opinaban igual. Las órdenes marcaban que había que aprovechar todas las oportunidades para salir de la trinchera y patear para facilitar la circulación de la sangre en los pies. Aquello sólo se podía hacer cuando había niebla, lo cual era frecuente en aquella estación del año, ya que nuestra trinchera no estaba a más de cincuenta yardas del enemigo y completamente a la vista. En aquellas condiciones, la niebla resultaba demasiado deprimente para salir a hacer gimnasia. Tal era el punto de vista de las tropas expresado con la mayor crudeza, y fue necesario que los oficiales, que las comprendían muy bien y estaban en muy buenas relaciones con ellas, desplegasen un tacto exquisito para convertir todo el asunto en una broma y asegurar así el cumplimiento de las órdenes sin demasiado malhumor.

Al principio, la vida era bastante tranquila en el bando enemigo, pero de pronto empezó a animarse y día y noche se convirtieron en un continuo bombardeo, como se acostumbraba a decir. Los veteranos supieron en seguida, por su propia experiencia, lo que había ocurrido: la Guardia Prusiana había llegado. Estábamos próximos a los cuarteles de aquellas formidables tropas y respondíamos al fuego continuo de sus morteros y granadas con nuestros rifles lanzagranadas. Aprendí a usarlos en el regimiento, cuando estábamos próximos a las trincheras, y fue una buena lección, si exceptuamos el hecho de que aquellas primeras granadas eran propensas a explotar antes de salir del rifle.

Las demás granadas las tirábamos con la mano y también eran un poco traicioneras. Se llamaban bombas Miéis y funcionaban con un muelle que había que sujetar con los dedos hasta que se tirase la bomba, una vez quitado el seguro; la explosión tenía lugar cinco segundos después de que el muelle se hubiese soltado. Los sabihondos, que no les importaban los riesgos, soltaban el muelle, y después sostenían la bomba dos o tres segundos antes de tirarla. Esto tenía dos ventajas: la primera que podía explotar así en el aire encima del enemigo con mayores efectos mortíferos; segunda, que así no podía ser interceptada por ningún atleta espabilado que la devolviese antes de explotar. Sin embargo, tenía la desventaja de que algunas de las bombas

Miéis explotaban antes de que pasasen los cinco segundos después de soltar el muelle, con resultados desagradables para el que aún las sostuviese. Estábamos demasiado lejos para lanzar a mano granadas desde nuestra trinchera a la trinchera alemana, de forma que sólo podían utilizarse arrastrándose por la noche a través de la tierra de nadie. Los lanzagranadas, por otra parte, tenían un alcance razonable y podíamos tirar una buena cantidad de granadas acomodados confortablemente en nuestras trincheras.

Nuestra vida era alegre en un sentido vulgar, si la comparábamos con la de la Guardia Prusiana, que creía en el principio de la iniciativa permanente, lo cual, en aquella situación, significaba disparar continuamente combinando esta acción con incursiones en las trincheras. Años más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial, discutí esta idea con una de las inteligencias más grandes que Alemania ha producido. Dijo que el principio de la iniciativa permanente era excelente en la guerra, pero que en política podía ser una gran equivocación, ya que en esta esfera a veces es mejor, durante ciertos períodos, quedarse a la expectativa.

Antes de que esta actividad bélica se prolongase durante mucho tiempo, vino a visitarnos el coronel, advirtiéndonos que la llegada de la Guardia Prusiana significaba siempre que iba a ocurrir algo grave y se tenía la sospecha de que atacarían al día siguiente. Añadió, para animarnos, que, en esta operación, se tendrían en cuenta los méritos para obtener la Cruz Militar y se concedería a cualquier oficial que quedase con vida y en la misma posición a la tarde siguiente. Me quedé reflexionando sobre las extrañas oportunidades que se ofrecían en estas ocasiones; ¿qué opción había realmente en este acontecimiento, salvo morir o ganar la Cruz Militar? La vida estaba simplificada al máximo. Evidentemente, si alguno de nosotros hubiese dicho: «Creo que prefiero irme a casa esta noche a ganar la gloria», nadie le hubiese hecho ningún caso. En realidad, hubiese tenido funestas consecuencias (en las rudas condiciones de aquella guerra donde la psicología estaba profundamente estudiada y no había tiempo para demasiadas consideraciones), mucho más desagradables e incluso fatales que quedarse en la trinchera. Rendirse cuando aún se está armado con ametralladoras y con mucha munición hubiese sido, desde luego, un ejemplo innoble. Así que en la práctica no había más opción que sentarse y disparar; el resultado, por tanto, sólo podía ser la muerte o la Cruz Militar. Era así de sencillo.

Aquellas reflexiones fueron finalmente cortadas por el convencimiento de que iban a atacar, aunque luego resultó que no. No ocurrió nada. Continuaron haciéndonos la vida imposible, pero nada más. La Guardia Prusiana, aparentemente, sólo estaba allí para revitalizar esta parte de las líneas y era una de sus misiones secundarias. La experiencia fue de lo más instructiva, y a su debido tiempo, yo volví a mi regimiento después de una buena temporada en infantería.

Pronto el regimiento se trasladó al escenario de la batalla de Loos. Estuvimos algún tiempo entrando y saliendo de las trincheras, alternando entre un sector muy desagradable, en el que a menudo había que estar en el agua, con otro sector situado en terreno alto y por tanto seco, pero con la desventaja de que podíamos caer víctimas del deporte, entonces en auge, de volar al contrario por medio de minas. El regimiento tenía una considerable experiencia en esta técnica, ya que había sufrido terribles pérdidas anteriormente, en 1915, a causa de las minas enemigas. El método consistía en hacer un túnel hasta la línea opuesta, colocar una mina debajo de su trinchera, hacerla explotar y después atacar inmediatamente. Por aquel entonces, había muchos expertos en aquella técnica; cuando un bando empezaba a hacer el túnel, el otro bando hacía un túnel debajo de ellos; y así el segundo volaría al primero. Aún cabían más refinamientos. A veces no se hacía el segundo túnel, sino que se hacía ruido, como si se estuviese excavando debajo de ellos, y así se conseguía que desistieran o que hiciesen explotar sus minas prematuramente. El ruido se hacía a basa de arrastrar, arriba y abajo, un saco de arena húmeda que emitía un sonido sordo, en un agujero cavado con la suficiente profundidad para que resultase verosímil. Los ingenieros habían instalado ingeniosos artificios para escuchar y nos instruyeron en esta técnica. Era la guerra de los topos completada con la ciencia más moderna de aquella época, una de las formas de lucha más desagradable, porque estabas expuesto a ser enterrado vivo.

Me sentía más a gusto en las trincheras que en ninguna otra parte por una razón particular. Entonces, el peor aspecto de mi vida era entrar y salude las trincheras. Nos movíamos a través de las trincheras de comunicación, que tenían el suelo cubierto con planchas de madera a fin de que no nos hundiéramos en el fango. Dado que se utilizan mucho esas trincheras, había en el suelo muchos agujeros que no se distinguían en la oscuridad. Mi pierna mala solía meterse en muchos de ellos; esto no sólo me producía dolor, sino que temporalmente me dejaba inutilizado. En aquellas ocasiones los hombres solían ayudarme en todo lo que podían, y, desde luego, no decían ni una palabra. Una vez instalado en la trinchera me encontraba ya bastante bien, porque los movimientos hacia el exterior eran limitados y en cualquier caso los solía hacer apoyándome en las manos y las rodillas.

Por aquel tiempo me gané considerables simpatías por permitir un acto de indisciplina que mi deber como oficial hubiera sido impedir. Los hombres siempre querían ir a la línea del frente, no por las mezquinas y sinuosas trincheras de comunicación, sino por arriba, donde el camino era mejor. Esto comportaba el riesgo de perder a uno o a dos hombres antes de alcanzar la línea del frente, ya que el tiroteo era constante. Una interesante cualidad de la psicología humana es que, llegado a un cierto grado de fatiga y abatimiento, el hombre pierde todo temor a la muerte, exactamente igual que la gente que al final de una larga enfermedad casi parecen abrazarse a ella. En lugar de soportar esas largas y fastidiosas caminatas a través de las cenagosas

comunicaciones de las trincheras, las tropas preferían arriesgarse a morir caminando sobre el relativamente firme y fácil campo abierto. En algunas condiciones, el suplicio de la vida tiene ciertos límites.

Había además un cierto placer en subir al campo por la noche. Las bengalas ardían en el aire en cada bando iluminando el cielo nocturno, mientras el silbido de las balas contribuía a dar a aquellos áridos contornos una belleza fantasmal. Había una cierta hermosura trágica en aquella descorazonadora desolación. Era el primitivo nihilismo del temerario espíritu de los hombres. Además, en aquel estado, para muchos una herida significaba un descanso y la muerte significaba la paz. Naturalmente, los más altos mandos tenían un punto de vista muy distinto: la vida no debía arriesgarse innecesariamente. La disciplina tuvo que ser reforzada, aunque yo fuese particularmente susceptible al descontento y la angustia que producían las tediosas marchas por el frente.

En aquella etapa de la guerra lo que importaba era el ruido, tanto en el aire como en las trincheras. Era el constante y demoledor shock del ruido lo que desgastaba a los hombres. Se decía que, a menudo, al llegar a un cierto punto del bombardeo todas las tropas se desmoralizaban y que eso pasaba en mucho mayor grado con las grandes unidades que con las más pequeñas. Yo estuve siempre convencido de que la causa de eso no era el miedo a la muerte, que los hombres, llegados a un cierto punto de fatiga y náuseas de la guerra, perdían casi por completo, sino al continuo estruendo. Tenía esta idea porque el estruendo de las granadas al estallar en los reconocimientos aéreos de tres horas era mucho más insoportable que los largos bombardeos en tierra, y eso era debido a la intensidad del ruido.

Los hombres acostumbrados a la guerra prácticamente no prestaban atención al fuego de los fusiles o de las ametralladoras — ese ligero y relativamente agradable zip que atravesaba el oído — y sólo les afectaban gravemente los largos días en que el rugido del bombardeo precedía a algún ataque. Incluso los ligeros whizz-bangs — como los llamábamos entonces — no les preocupaban demasiado, aunque eran más peligrosos, porque podías no oírlos, mientras los obuses pesados anunciaban su llegada con un penetrante silbido y te daban tiempo a enterrarte en el fango. El ruido, acompañado de la densa conmoción, era lo que más afectaba a la salud y al espíritu.

La cortina de fuego que soporté en la segunda batalla de Ypres fue peor que cualquiera de las que sufrí en la segunda batalla de Loos, a pesar de que me tocó un sector del frente bastante animado, con bombardeos regulares y severos todas las mañanas y todas las tardes. Sin embargo, lo que más nos preocupaba era la constante labor de zapa que requería una alerta continua. La explosión de una mina en la línea del frente, cuando nos encontrábamos en las trincheras de apoyo, supuso para mí la prueba física más difícil. Mi pierna herida había ido empeorando gradualmente; me dolía cada vez más al moverla y se había hinchado mucho. Permanecer durante largos períodos de tiempo en sectores del frente inundados no era, desde luego, nada bueno para los huesos dañados, todavía sin curar del todo. En particular, resultaba muy difícil abandonar bruscamente una posición de reposo. Como un caballo cojo, me animaba a medida que andaba, pero si había estado durmiendo, era penoso descargar todo el peso sobre la pierna nada más despertarme.

Estaba durmiendo una noche al borde de una trinchera de apoyo, cuando explotó una mina en la línea del frente y tuvimos que salir fuera en un santiamén. Cuando me desperté, no podía, como de costumbre, descargar todo mi peso sobre la pierna. Así que era cuestión de avanzar a la pata coja por donde el suelo estuviera lo suficientemente firme, o seguir con las manos y las rodillas por donde estuviera demasiado fangoso para poder brincar. A pesar de las dificultades no cedí, y conseguí salir de aquello.

Los rumores sobre mi estado físico se extendieron y llegaron a oídos del coronel Eccles. Los coroneles de aquellos regimientos, dirigidos casi como una gran familia, eran paternales en grado sumo. Me mandó llamar y se limitó a hacerme algunas preguntas. No le volví a ver hasta el día de mi boda en 1920, pero, a la mañana siguiente del día de la entrevista, ya estaba camino de casa siguiendo sus órdenes. Sir Watson Cheyne, el gran cirujano, estaba ya a punto de retirarse, pero afortunadamente su hijo, que pertenecía al 16.º de Lanceros, me recomendó y se tomó un interés especial por mi caso. Me previno de que sólo había un cincuenta por ciento de posibilidades de salvar mi pierna, ya que después de tanto tiempo de no recibir cuidados estaba en un estado lastimoso. Me operó, y su destreza salvó la pierna, aunque, después de una segunda operación a finales de 1916, quedó pulgada y media más corta que la otra. Yo había entrado en la guerra con la categoría A-1 y la dejé con la categoría C-3, útil solamente para trabajos de oficina.

La administración y otras experiencias que adquirí a partir de esta exclusión de la guerra pertenecen a otra parte de esta historia. Había visto lo suficiente en el aire y en las trincheras para que me quedase grabada una firme resolución, que incluso puede llamarse obsesión: la guerra no debía volver a estallar de nuevo. Nosotros, los ingleses, los de las islas y los del Imperio, tuvimos en esta guerra 1.089.939 muertos; las pérdidas británicas fueron más del doble en la Segunda Guerra Mundial, en la cual, además, al menos 25.000.000 de europeos, entre militares y civiles, perdieron sus vidas. Nuestra guerra no fue una cosa de broma, ni fue una broma la Segunda Guerra Mundial para los hombres y mujeres que lucharon en ella o que la sufrieron. Semejante experiencia queda siempre reservada para aquellos que la conocieron realmente.

En el Armisticio de 1918 paseé por las calles engalanadas y entré en uno de los mayores y más elegantes hoteles de Londres, atraído por el sonido y el jolgorio que salía de allí. Aquella gente plácida, satisfecha de sí misma, que nunca había luchado ni sufrido, aparecía a los ojos de la juventud — en aquel momento muy vieja a fuerza de tristeza, fatiga y amargura — comiendo, bebiendo, riendo sobre las tumbas de nuestros compañeros. Me mantuve al margen de aquella delirante multitud, silencioso y solo, destrozado por los recuerdos. La guía de mi conducta estaba ya trazada: no debía haber más guerras. Me dediqué a la política con una instintiva determinación que más tarde expresé en mis discursos: «A través y más allá del fracaso de los hombres y de los partidos, nosotros, los de la generación de la guerra, seguimos caminando y seguiremos así hasta que se logre nuestro objetivo y nuestro sacrificio sea compensado». ¿Qué quería decir con esto (¿qué objetivo?, ¿qué compensación?), con ese sentimiento juvenil, que entonces era simplemente instinto sin forma? Seguramente quería decir que la guerra no debía volver nunca, que debíamos construir un país mejor para los compañeros que aún vivían, que debíamos crear un mundo más noble en memoria de aquellos que murieron. Nosotros dimos forma más tarde a esta idea instintiva, y la defendimos claramente con apasionada resolución; fracasamos una vez, pero aquellos proyectos permanecen y perdurarán hasta el fin.

4. LAS VENTAJAS DE LA EXPERIENCIA

Es más fácil levantarse de un lecho de espinas que de un lecho de rosas. Hago esta extraña observación en este momento, porque, si alguna virtud se me puede reconocer, es la elección deliberada de una vida difícil para conseguir ciertos objetivos, en lugar de la existencia mucho más plácida que las circunstancias y mi temperamento podían depararme. Yo tenía una capacidad ilimitada para disfrutar de la vida, y la fortuna me había proporcionado los medios para satisfacer esa capacidad. Además, una vez acabado mi servicio de guerra, no parecía haber razones especiales para que no lo hiciera así, con tal de que mis compañeros de guerra recibieran lo que tan firmemente se les había prometido. En realidad, a veces me he preguntado por qué razones entonces no me fui a descansar y a disfrutar de la vida. ¿Por qué me preocupé tanto por la tarea de hacer mejor un mundo que parecía estar tan satisfecho con el mal?

La cuestión me saltó a la vista más tarde, durante un período de adversidad, cuando un funcionario público, hombre de gran inteligencia y perspicacia, me dijo que siempre había tenido ganas de conocerme para ver si yo estaba loco o no; se quedó muy sorprendido cuando llegó a conocerme bien y se dio cuenta de que yo estaba en mi sano juicio. Consideraba que cualquier hombre tenía, *prima facie*, que estar loco si toda su vida iba en contra de sus propios intereses y comodidades. Fue sencillo darle la respuesta evidente de que los políticos jugarían un precioso papel si fuesen tipos tan curiosos como él, que pensarán que un hombre está loco cuando coloca lo que él considera interés de su país y de la humanidad por encima de sus propios intereses. Pero era inevitable que yo mismo me preguntara a veces si no habría cosas mejores, más provechosas y oportunas que hacer que insistir en salvar a un pueblo que estaba empeñado en ahogarse.

No quisiera que se me interpretara mal: no pretendo ser un santo, ni siquiera un puritano. Siempre he aprovechado cualquier oportunidad para disfrutar plenamente de la vida, con tal de que no entorpeciera mis proyectos, y se han cruzado muchas oportunidades en mi camino. Pero he concedido siempre una clara prioridad a los proyectos, una actitud que sólo es sentido común. Cualquier otro comportamiento significa que la ilimitada capacidad y considerables oportunidades de divertirse triunfan siempre, a menos que te enfrentes con una continua serie de martirizantes elecciones entre el deber y el placer. El que dude entre el Grial y el Monte de Venus está perdido. Pero afortunadamente hay momentos de reposo. La vida es una marcha hacia objetivos grandes, pero con tiempo de calentarse las manos antes de la batalla, algo que preserva la salud y la energía.

Al principio no hubo ningún conflicto; proyectos y placeres coincidieron totalmente. Evidentemente, el camino para conseguir algo era ingresar en la política, y se me ofreció escoger el primaveral sendero con el clásico tintineo de laúdes y flautas. Este período llenará muchas páginas de feliz historia. El pináculo de la felicidad privada fue compensado en la balanza por el apogeo de las aclamaciones públicas. Esto empezó en cuanto salí del hospital durante la guerra y se prolongó durante sus buenos quince años. Paladeé cada segundo de ese tiempo. No había conflicto entre mis proyectos y mi felicidad porque durante este período todavía parecía posible hacer lo que era necesario por medios normales y razonables. Nosotros, los de la generación de la guerra, no nos habíamos creído, en realidad, todas las promesas de los políticos — «Un país digno de que los héroes vivan en él», y cosas por el estilo —, al menos la mayoría de nosotros no se lo había creído. Pero pensamos que sí se les proporcionaría a nuestros compañeros, los que sobrevivieron a la guerra, un hogar decente y un salario que les permitiera vivir, porque parecía relativamente fácil hacerlo. Pero tuvieron que esperar a que pasara la Segunda Guerra Mundial para obtener la precaria posesión de un salario digno, y muchos de ellos todavía están esperando un hogar decente. Fue la lenta constatación de que el viejo mundo no podía o no daría esas cosas elementales y que, en cambio, nos estaba conduciendo hacia un mayor y posiblemente irremediable desastre, lo que me llevó finalmente a la alternativa entre mis principios y una forma normal de vida que podía haberme proporcionado, no sólo seguridad, sino también mucha felicidad.

En otra época pudo haber sido distinto. Hay períodos en la historia en que los cambios son necesarios, y otros períodos en que es mejor dejar las cosas como están. El arte de la vida es estar a la altura de la época. Esta es claramente una época trascendental en la que las decisiones pueden afectar vitalmente a todo el futuro de la humanidad, en este sentido, tal vez sea la época más trascendental que haya conocido el mundo. Es, además, un privilegio vivir en un momento semejante, aunque resulta poco agradable para aquellos que son plenamente conscientes del potencial de la ciencia moderna y de sus consecuencias políticas. La necesidad de esforzarse es inherente al sentido del destino de la época. Esto me lo inculcó fuertemente la experiencia de la guerra y el deber que me impuse de hacer que la reparación fuese posible.

No sé si en otra época yo habría apoyado el sereno equilibrio de un mundo tranquilo y el disfrute de la felicidad privada, ya que siempre he sentido que me impulsaba a superarme el mismo sentido práctico del ingeniero que le resulta difícil alejarse de las máquinas averiadas que él se sabe competente para reparar; y los asuntos humanos están siempre llenos de máquinas defectuosas reclamando atención. Quizá yo era un poco como el joven Pontifex en El camino de todas las concupiscencias, de Samuel Butler, que nunca decía las veces que estaba desviado —oh, despecho execrable —, pero que sabía siempre que él era precisamente el

muchacho que tenía eme enderezarse. Pero en otros períodos estas cosas hubieran podido ser hechas tranquilamente; el problema de esta época es que la tarea resulta demasiado grande para hacerse tranquilamente. Los hombres tienen que ser persuadidos de la necesidad de actuar, y ése es un asunto tortuoso.

Mi instrucción para el papel que tenía que jugar en la vida fue en parte consciente y en parte fortuita. Conscientemente la inicié en cuanto me alejé de la guerra, ya en el hospital. Mi lectura fue omnívora. Me pregunté si no había cometido un gran error al no ir a la Universidad e interrogué a mis contemporáneos de Oxford y Cambridge para descubrir si sabían muchas cosas que yo desconocía. Los resultados fueron bastante satisfactorios, pues, si bien es cierto eme, como todos los autodidactas, encontré lagunas en mis conocimientos, sabía cosas que ninguna Universidad me hubiera enseñado.

Por otra parte, hasta el final de la guerra ocupé mi tiempo en frecuentar la vida social, que empezó sobre muletas en Londres y prosiguió plácidamente a través de las amplias oportunidades que entonces había; después retorné en circunstancias felices a Curragh, a un cursillo de instrucción para oficiales heridos en Eastbourne, que me dio oportunidades para leer; luego fui enviado de nuevo a Londres, y finalmente pasé por la experiencia administrativa del Ministerio de Municiones y el Foreign Office. Todo ello contribuyó a mi educación política, tanto como la vida social, cuyo valor para las personas experimentadas no puede ser menospreciado. Para el estadista de edad madura puede ser una enfermedad fatal disfrutar de ella por primera vez en la vida, de la misma manera que el sarampión es más peligroso para el viejo que para el joven; los males infantiles deben ser experimentados a temprana edad. Considerándola en su recto sentido, la vida social puede tener un valor en el futuro para aquellos que saben comprender su utilidad.

Una sociedad de esta clase es «lonja y mercado». La gente puede reunirse tranquilamente y sin compromiso, intercambiar ideas sobre todo, desde la política a los negocios. Algunas personas acostumbran a intercambiar otras cosas; el elemento mercado sólo entra en juego en caso de desgaste, y habitualmente es confinado a los límites exteriores. Para el joven esto puede tener un valor considerable porque le facilita conocer muy rápidamente a una gran diversidad de personas inteligentes e interesantes. Incluso para la nación tiene algunas ventajas, porque puede enseñarles buenos modales. Uno de los errores británicos es precisamente enviar a nuestros bobos y torpes oficinistas a representarnos por distintos motivos a las capitales europeas donde los modales son apreciados; una costumbre que, desgraciadamente, lia ido en aumento en los últimos años.

Reunirse con otras personas siempre tiene su utilidad si no se pierde demasiado tiempo — «Pídeme cualquier cosa menos tiempo», decía Bona-parte —, pero la utilidad práctica de esta sociedad ha declinado en los últimos años por una razón muy clara. El ritmo de la vida se ha incrementado, y cada vez hay menos nombres y mujeres que deseen reunirse en sociedad. La función de la sociedad — en el sentido restringido en que utilizamos la palabra en este contexto — es suministrar un lugar de reunión para una élite en donde se puedan conocer mejor los unos a los otros, y divertirse; la conversación interesante y entretenida es el cebo que les impulsa a reunirse. El interés se reduce cuando la gente importante está demasiado ocupada para ir. El entretenimiento también declina cuando faltan anfitriones con mucho tiempo libre y con muchos recursos. Sin embargo, esta sociedad deja de merecer la pena en cuanto permanece mucho tiempo divorciada de la vida de la nación. No está vinculada al café, sino a las casas particulares, donde se encuentran aquellos que piensan — desde luego, desgraciadamente, siempre son las mismas personas —, sin que ninguna confidencia sea traicionada.

En este sentido, las condiciones de una auténtica sociedad estaban presentes después, e incluso durante, la Primera Guerra Mundial. Había una gran cantidad de sociedades en París y también en Londres; su vitalidad dependía de una sutil combinación de encanto y dinamismo, sobre todo cuando los anfitriones eran americanos, que jugaban un papel social importante en estas dos capitales. Yo me introduje en ellas incluso antes de salir del Hospital, ya que me permitían salir, con muletas, a comer fuera. Cómo, cuándo y en qué momento exacto conocí a esas personas tan diversas, no puedo recordarlo. Sin embargo, me es fácil recordar sus personalidades y su linaje familiar. El conjunto de estas experiencias se extienden, desde luego, mucho más allá de la guerra entre los años veinte y los treinta. No obstante, tal vez sea interesante contemplar de una vez el deslumbrante desfile de notables anfitriones de aquellos tiempos. El primero de todos ellos, en Inglaterra, fue Lady Cunard, una brillante avecilla paradisíaca, de la que, según tengo entendido, se ha hablado mucho últimamente en ciertos libros. Su contribución a la vida en sociedad se basaba en su notable ingenio y su ilimitada desvergüenza. Su vitalidad hacía funcionar todas las cosas. Si la conversación flaqueaba o se mantenía en tono aburrido, ella revitalizaba la reunión mediante algún ataque frontal. «Lord Hugh, no puedo creer que usted sea realmente un cristiano», diría en una ocasión al miembro más devoto de una gran familia política particularmente vinculada al servicio de la Iglesia de Inglaterra. Normalmente, este método ponía la conversación al rojo vivo, pero la clara y atrevida fuerza de su impacto sólo producía en ocasiones un silencio forzado, del cual se salía en seguida, a base de disparar los tiros en la dirección totalmente distinta; el ave paradisíaca salía entonces en persecución de otro brillante y distraído insecto del pensamiento, o tal vez mejor, de la imaginación.

Era americana y vivía en una casa de Grosvenor Square, que fue ocupada y transformada según los gustos de su país de origen. Residía en Inglaterra como mujer de Sir Bache Cunard, un noble de Leicestershire, que había desaparecido de la escena antes de que yo la conociese. Su vida normal en Londres estaba completamente dedicada a la música y a la compañía de Sir Thomas Beechman. Su vida social perseguía a veces idénticos objetivos, porque la animación de su casa atraía al dinero así como al ingenio y a la inteligencia como un imán. Tenía una erudición considerable que irrumpía en la conversación en los momentos más inesperados. Sin embargo, las damas invitadas eran seleccionadas más por su belleza que por su inteligencia. Ella comprendió que la sociedad debe consistir en la conversación de hombres brillantes frente a un conjunto de hermosas y apreciadas mujeres, una combinación bien calculada para incrementar continuamente la cantidad y la variedad de semejantes hombres. Aquellas bellezas eran a menudo de un carácter más simple del que aparentaban, y sus encantos y atributos solían marchitarse, nada más empezar la reunión, ante la naturaleza despierta, y realmente brillante, de su anfitriona. Sólo se permitía una palabra de réplica a las más brillantes, entre las que se encontraba mi segunda esposa, Dana. Lady Cunard siempre la llamaba Grano de Oro e insistía en que debía ser su sucesora en la sociedad de Londres; una esperanza que se frustró al casarse conmigo, a consecuencia de la política, de la guerra y, de nuevo, de la política.

Lady Cunard anunciaba tu nombre y antecedentes con la claridad de un experto en brindis en el banquete del alcalde, y con su estilo caprichoso y audaz añadía a veces unos cuantos atributos imaginarios que nadie osaba discutir en ocasiones tan solemnes. Era necesario tener suficiente cara dura para permanecer de pie, inmutable, bajo el raudal de burlas y comentarios; sin embargo, todo aquello era muy divertido. Los más listos se reunían con las más bellas, y eso es lo que la vida social debe ser. Ella murió poco después de la Segunda Guerra Mundial, durante la cual vivió en un hotel; la vi por última vez en los últimos años de la década de los cuarenta. Después de su muerte, sus fascinantes negocios se arreglaron con la mayor discreción gracias a mi amigo Sir Robert Abdy, perito en arte, que decoró sus recuerdos como otra obra de arte más. Echo de menos al ave paradisíaca entre los gorriones que revolotean alrededor de la estatua de Roosevelt en Grosvenor Square.

Resulta extraño que tantas sobresalientes anfitrionas de esta época fuesen americanas, porque en la generación anterior la mayor parte habían sido inglesas. En aquella época Lady Londonderry —no la amiga de Ramsay MacDonald, sino su madre política— era la figura más relevante en el lado conservador, y estaba equilibrada en la balanza por Margot Asquith en el lado liberal, que podía competir en ingenio con cualquier mujer y superar en audacia a cualquier otra, pero que no tenía ni medios ni casas suficientes para dirigir el ambiente social de aquella época. Sobrevivió sola hasta mis tiempos, aunque, desde luego, sin la ciudadela de Downing Street ²⁹. Muchas mujeres inglesas bellas y distinguidas todavía poseen espléndidas casas y considerables medios, pero en aquel período era la vitalidad americana lo que sostenía la sociedad, y no sólo en Inglaterra. Entre todas las americanas brillantes la única que igualaba en ingenio a Lady Cunard era la princesa Jane di San Faustino, que dominaba la sociedad romana en los años veinte, y la dominaba al estilo americano, rechazando de plano aprender italiano a lo largo de media centuria.

Poco después de dejar el hospital me llevaron a la casa de Maxine Elliot, la actriz americana, que vivía en Hartesbourne Manor, a unas pocas millas de Londres. Más tarde emigró al Château de l'Horizon, en Antibes, al sur de Francia, donde solía visitarla en los años veinte. Era una belleza clásica, parecía una emperatriz romana; vigorosa, y al mismo tiempo misteriosa y serena. Organizaba su vida con unas normas severas y sistemáticas; todo tenía su claro objetivo y su lugar adecuado. Sus dos amigos íntimos eran Pierpoint Morgan, el financiero, y Wilding, el campeón de tenis. Los jóvenes y los ingenuos se preguntaban para qué utilizaría a cada uno.

En esta casa conocí a F. E. Smith, más tarde Lord Birkenhead, y creo fue allí también donde conocí a Winston Churchill.

F. E. era un huésped asiduo, y luego solía invitarme a comer al Ritz, mientras yo iba aún con muletas. Las comidas se prolongaban y se veían animadas por su ingenio satírico que más tarde se haría legendario. Por aquel entonces me invitó a una fiesta en el río, en un barco que saldría desde la Cámara de los Comunes bajo el mando de otro M. P., su amigo el comandante Warden Chilchott. Previamente se había entablado un debate en la casa de F. E. sobre si había que invitar a las damas; afortunadamente prevaleció el punto de vista de F. E. Delante de cada hombre había una gran botella de champaña, a la que yo tuve que renunciar por prescripción médica. Llegamos a la isla de Taggs, donde comimos muy bien, y posteriormente afrontamos el problema de la navegación en el viaje de vuelta, que el galante comandante encontró mucho más difícil que la de ida. Pronto embarrancamos, y parecía que íbamos a tener que pasar la noche allí. No había más solución que volver a pie a la isla de Taggs y encontrar otro medio de transporte para volver a Londres. La tortuga sobre muletas no tuvo demasiados problemas para ganarles la carrera a las bien alimentadas liebres. F. E. se presentó en seguida, encantadoramente compungido de que yo hubiese tenido que hacer semejante cosa en mis delicadas condiciones. Alquiló un coche con chófer y dijo que me llevaría personalmente a casa. Sin duda como recompensa por mi fatigosa experiencia, empezó a contarme una historia que nosotros, los de la generación más joven, estábamos ansiosos por oír: los detalles de la trifulca que tuvo lugar durante su visita al G.H.Q. en

²⁹ Residencia del Primer Ministro. (N. del T.)

Francia. Me desperté con el ruido de las campanadas de medianoche del Big Ben, cuando pasábamos delante de la Cámara de los Comunes, y la voz de F. E. tronaba indignada al culminar el largo relato de su dramática peripecia. Tras la fatiga de mi carrera sobre muletas, me había quedado dormido, y aquel día no me enteré de las interesantes ramificaciones de esa famosa anécdota.

En Hartsbourne, F. E. solía permanecer levantado hasta las tres o las cuatro de la madrugada hablando de forma extasiada o combativa según la compañía, pero sus alegres palabras podían ser oídas normalmente en la pista de tenis hasta las siete de la mañana siguiente; las lámparas estaban encendidas en ambos extremos. Winston Churchill solía aparecer también por allí, bastante más tarde que los demás, y entonces el debate nocturno se hacía muy animado. F. E. poseía un ingenio más ágil y vivo, pero a la mañana siguiente Churchill tenía normalmente una respuesta completa después de una noche de estar dándole vueltas. Otro político asiduo era Freddie Guest, un jefe whip de los liberales de Lloyd George, un hombre enérgico y emprendedor que combinó la política y las pruebas aéreas hasta una edad muy avanzada. Sugirió que yo debía entrar en el Parlamento bajo su bandera en las elecciones de posguerra, pero yo ya tenía cierto compromiso con ese otro formidable whip, Sir George Younger, el principal organizador del Partido Conservador. Aquellos dos hombres eficientes tenían distintos puntos de vista sobre su tarea. Freddie Guest acostumbraba siempre a dedicar un whip no debía preocuparse demasiado de los asuntos políticos — metiendo las narices en los problemas de otras personas —, sino concentrarse en su propia tarea de organización. Younger, en cambio, fue un intrigante ocupadísimo y una vez hizo una espectacular entrada en la escena política. Tuvo que batirse en retirada ante la demoladora intervención de F. E.: «¿Desde cuándo los camareros se suben al puente de mando?»

La tercera americana que jugaba un considerable papel en la vida política y social de Londres era, naturalmente, Lady Astor; un papel que fue mayor antes de su ingreso en el Parlamento que después, porque entonces era tomada más en serio, o tal vez sería más exacto decir que era más apreciada. Su audaz ingenio sobrepasaba frecuentemente todos los límites, y normalmente resultaba graciosa. Sin embargo, semejantes bromas sonaban mejor en los salones que en los escaños de la Cámara de los Comunes. Ella encontraba con frecuencia la horma de su zapato en los guasones de la época, salidos de todas las clases sociales. Probablemente, muchas de las cosas que se cuentan de ella sean apócrifas, como aquella en que una voz en medio de una reunión antialcohólica respondió a su frase: «Preferiría cometer adulterio a beberme un vaso de cerveza», con la penetrante réplica: «¿Y quién no?» Pero hay una anécdota auténtica, que es una de mis favoritas, y ciue se desarrolló en su propia fortaleza, St. Tarnes's Square. Cuando el popular humorista y columnista Lord Castellosse. educado y puesto en órbita como periodista por Lord Beaverbrook, subía las escaleras de la casa de St. la-mes's Square durante una brillante recepción, fue recibido por su anfitriona, Lady Astor, de un modo característico. Ella se inclinó hacia delante y dio unas palmaditas en su inmenso estómago al tiempo que decía: «Si esto estuviera en una mujer, nosotros sabríamos lo que pensar». La lacónica res-Puesta no se hizo esperar: «Bien, fue anoche, así que, ¿qué piensa usted?» La compañía de cualquiera capaz de semejantes réplicas instantáneas a veces merecía la pena, y yo disfruté con ello mientras tuve tiempo, a pesar de la observación de Max Beaverbrook publicada por Harold Nicholson ³⁰, de que yo nunca había sido visto en las fiestas de Valentine. Resulta muy extraño que dijera eso, porque él mismo encontró irresistible la anécdota de Castellosse. Años más tarde, Max y yo, justo antes de su fallecimiento, hablamos de su amigo, muerto hacía tiempo en su villa «La Caponcina» del sur de Francia.

Ese humor fuerte es una vieja tradición del ingenio inglés, y puede que no desaparezca nunca en las ocasiones adecuadas, a pesar del griterío puritano.

La mejor agudeza de todas vino quizá de esa pintoresca y mucho más desacreditada figura, John Wilkes, y es bien conocida. Llegó tarde a cenar con un poderoso par que comentó a su llegada: «Estábamos discutiendo si le colgarían o moriría antes de sífilis», y se encontró con la réplica inmediata y mordaz: «Eso depende de que abraza sus principios o sus queridas». En inglés hay una gama tan amplia de picardías que es imposible recogerlas en cualquier breve antología. En el tipo de humor opuesto, el de alto estilo, siempre recordaré la respuesta de Peel en el Parlamento al irlandés que prefería ver al demonio antes que a la reina sobre el trono de Inglaterra: «Cuando el soberano de su elección esté sentado en el trono de este Reino, confío que disfrutará, pues estoy seguro se hará merecedor de ella, de la confianza de la Corona».

Yo mismo escuché en el Parlamento un sistemático intercambio entre Lord Henry Bentick y Lord Hugh Cecil, quienes, en los primeros episodios del problema irlandés, después de la Primera Guerra Mundial, tenían opiniones diferentes sobre el asunto. El último estuvo chanceándose de los precedentes de su aparente brusco cambio de opinión y dijo que estaría bien dar algún dato sobre su transición, un poco en la línea de la Apología de Newman. Lord Henry interrumpió diciendo que el principal factor en su conversión había sido su desgraciada experiencia al escuchar los discursos de Lord Hugh defendiendo lo contrario. La réplica fue: «Si esto no implicara una ofensa para mi noble amigo, me sentiría tentado, en este punto a que ha llegado nuestra discusión, a hacer una breve disgresión sobre las nubes».

³⁰ Harold Nicolson: *Diaries and Letters, 1950-59*, editado por Nigel Nicolson (Collins, 1966).

¡Cuánto se refleja el carácter de los pueblos en su ingenio! Es interesante comparar el humor inglés con el francés; por ejemplo, la respuesta de Madame du Deffand a un aburrido clérigo que insistía en el milagro que suponía el que un santo hubiera caminado seis leguas después de que le hubiesen cortado la cabeza: «Il n'y a que le premier pas qui coute»³¹, un hecho que resultará familiar a los lectores ingleses de Lytton Strachey. Menos conocida dentro de la tradición anticlerical que todavía se palpa en toda la vida francesa, es la carta de Clemenceau a un abad con el que había tenido una disputa a causa de un árbol que hacía sombra dentro de su propio jardín. Cuando finalmente fueron cortadas las ramas, escribió una carta dándole las gracias. Empezaba así: «Mon père, je peux enfin vous appeler mon père, car vous m'avez donné la lumière»³². El humor francés no es siempre tan delicado y, a veces, se parece a nuestro fuerte humor inglés: por ejemplo, Enrique IV, galante y enamorado rey de Francia, se retrató a sí mismo en el jardín cuando, mientras orinaba, una bella dama de la Corte dobló repentinamente una esquina: «Passe, ma belle, je le tiens»³³.

Las principales anfitrionas inglesas de aquellos días de posguerra evocan distintos recuerdos; eran juiciosas, muy juiciosas. Mrs. Ronnie Greville, heredera de una fortuna cervecera que vivía en Charles Street, con una casa de campo en Polesden Lacey, en realidad tenía el aspecto de una antigua moza de bar, pero poseía suficiente inteligencia e ingenio para atraer las alabanzas del ascético Sir John Simón y del bucólico Sir Robert Horne. Combinaba su agradable compañía con sus no menos agradables platos. Lady Colefax, que tenía una encantadora casa en King's Road, Chelsea, con un jardín en la parte de atrás, la casa de los Argyll, y que era conocida por sus reiteradas invitaciones a toda la gente importante. Las bromas e historias sobre ella, auténticas e inventadas, resultan inacabables. Pero era una mujer bondadosa y agradable que proveía de un acervo de chistes a mucha gente. Nadie ha cazado leones con semeiante perseverancia, y la caza era casi siempre coronada por el éxito. Sir Denison Ross, la alegre y docta cabeza de la Escuela de Lenguas Orientales, contaba que ella le pidió que fuera a comer un lunes, y, ante su negativa, continuó probando con cada día de la semana, obligándole a buscar siempre una excusa diferente; finalmente él dijo: «Dammit, iré el lunes». Osbert Sitwell, cuyo ingenio yo apreciaba mucho, escogió a Lady Colefax como uno de sus blancos favoritos.

Prácticamente toda la gente interesante de las fuerzas vivas de Londres, fue a casa de esta perfecta representación *bourgeois*, que contrastaba notablemente con las brillantes americanas que, en mentalidad y carácter, estaban curiosamente más próximas a las aristocráticas anfitrionas inglesas de los primeros tiempos — del siglo XVIII y de la Regencia— por su audacia, su ingenio y su vitalidad. La razón es tal vez que estas mujeres americanas expatriadas desarrollaron una extraordinaria capacidad para asimilar los modos de vida de otros pueblos completamente distintos de los suyos, e incluso las costumbres de otras épocas, si existe la tendencia a ponerlas otra vez de moda. Lady Colefax resultaba sólida y tradicionalmente inglesa. Harold Nicolson hizo esta aguda observación un día que salimos juntos de su casa. A ella se le había caído, con el consiguiente estrépito, la cafetera en que tan laboriosamente había hecho el café para sus invitados. «Queridos, soy una auténtica Auntie Nervous»³⁴, dijo ella. «En ese momento — dijo Harold— nos devolvió derecho a la *nursery de Simla*.»

Harold Nicolson se sentía como en su casa en este mundo, y no debería haberlo dejado nunca. Su *métier* era la diplomacia y la escritura de belles lettres, a las que hizo contribuciones encantadoras; en realidad, su erudición era enorme y abarcaba algunos de los más interesantes campos del pensamiento. Lo recuerdo citando una frase, que quizá cambie al repetir de memoria (uno de mis defectos): «Las únicas lágrimas que se mezclaron con las aguas del Mar Heleno no fueron por las culpas cometidas, sino por los placeres perdidos». Era uno de los productos más civilizados del mundo social y oficial de Londres. También tenía mucho ingenio. Dijo cosas agudas, por ejemplo: «Lloyd George toca un órgano con muchos registros, Philip Kerr (Lord Lothian) es la vox humana». Yo tenía algunas esperanzas de que H. N. pudiera ser ese registro de mi órgano, pero él paulatinamente insistió en convertirse en la vox trémula. Era completamente incompatible con la política, como parece haber reconocido finalmente en sus memorias. Hubiera podido ser un excelente embajador e incluso un posible secretario de Asuntos Exteriores en combinación con un buen primer ministro, pero era incompatible con las asperezas y caídas de un movimiento nuevo que avanzase ideas nuevas *contra mundum*. Se sentía atraído por la idea, pero le repelía el proceso; le gustaba el fin, pero no podía soportar los medios.

Conocí a Harold Nicolson durante la guerra en Leicestershire, a donde solía escaparme desde el hospital de Londres durante mi tratamiento, para cazar todos los fines de semana cuando se me permitió cabalgar de nuevo con las piernas de hierro. Nuestro brillante huésped, en su bella casa, creía en la concepción sofisticada de que los rigores de la caza había que suavizarlos por la tarde en compañía de intelectuales importados de Londres, incluida la flor y nata del Foreign Office. Los días parecían fabulosos en aquella continua cacería de tiempos de guerra; el maestro en perros zorreros era entonces el viejo Lord Lonsdale, de famoso porte oriental; «simplemente hay que seguir a las zorras». Devolvió este deporte, propio de la vida y el espíritu del siglo XIX, a

³¹ En francés en el original: «Es sólo el primer paso el que cuesta». (N. del T.)

³² En francés en el original: «Padre, puedo por fin llamaros padre, pues me habéis dado la luz». (N. del T.)

³³ En francés en el original: «Adelante, bella mía, yo lo tengo». (N. del T.)

³⁴ Auntie Nervous, expresión familiar y tradicional de Inglaterra. Literalmente significa Tía Nerviosa. (N. del T.)

algunos afortunados practicantes; volvió sin muchedumbres, sólo con caballos, perros y un paisaje maravilloso. Todavía cuando paso por allí no puedo evitar emocionarme.

No fui invitado por la gran anfitriona del continente hasta el final de la década de los veinte, pero resulta interesante compararla con sus competidoras de Londres. En el continente también algunas de las anfitrionas más eminentes eran americanas, a pesar de que en París y en Roma, como en Londres, también había mujeres exquisitas, encantadoras, interesantes y distinguidas, aunque con un estilo menos sobresaliente. Comparable en ingenio a Lady Cunard era la princesa Tañe di San Faustino, que dominaba en Roma y Venecia con su vivacidad italiana y su alegría cosmopolita. Pero los dos estilos diferían radicalmente, porque Lady Cunard era casi una beata en la conversación, mientras que la princesa Jane era ultrajante y agresiva. Apenas hablaba una palabra y su lenguaje resultaba violento, porque echaba chispas con el más sonoro acento americano, poniendo de manifiesto que, pese a su apariencia de mayor dignidad, era una madre de familia romana, si es que alguna vez lo fue. Al sol, de mediodía, en el Lido de Venecia, vestida de blanco en señal de luto, que en Roma correspondía a las ropas negras, y rematada con un reborde blanco que modelaba sus pálidas facciones y su cabellera, lloraba a su esposo piadosa y reverentemente al tiempo que proporcionaba al mundo de la moda excesos y escándalos públicos con su inagotable y excéntrico humor. Ocupaba el Caparina³⁵ central de la playa clásica, por donde todos los recién llegados debían desfilas. Un amigo francés me dijo recientemente que, después de una larga vida y mucha experiencia, no había encontrado nada que lo acobardara más que la mirada de basilisco de aquella Caparina, acompañada casi siempre por algún comentario cáustico a sus acompañantes de cuya juventud debía recelar: Mais quelle méchamete³⁶, suspiraba mi amigo con nostalgia.

En una ocasión oí una narración de sus grandes penas, que se mezclaban incongruentemente con el resplandeciente sol de Roma y con el aún más brillante resplandor de su conversación. Estaba en uno de sus momentos más comunicativos en una pequeña cena a la que asistían Dora Lobouchere — hija del político inglés, y más tarde casada con un romano —, Colé Por-ter, el compositor, acompañado por su amigo de Yale, Monty Woolley, que más tarde se hizo familiar en las sesiones de cine. Las dos, la princesa Jane y Dora Lobouchere, pasaron revista a su pasado. Siempre resultaba difícil determinar hasta qué punto aquellas brillantes conversadoras no se apartaban de la verdad, porque el arte es lo primero, aunque se tratase de exhibirse a sí mismas, y ciertamente era una especie de exhibición. La princesa Jane dijo que había vivido con su distinguido marido durante un largo período de tiempo disfrutando de la felicidad conyugal — once años, creo, sin una nube en el horizonte — hasta que un día salieron en un coche descapotable. Él indicó entonces al cochero que se parase al bordillo de la acera, y como si estuviese jugando en un campo de golf le pegó a ella en la cabeza un fuerte golpe con su paraguas. Después de esta primera y brusca grieta en el matrimonio, él se marchó y ella no le volvió a ver más. Después explicó pausadamente y, con unos detalles indescriptibles, cómo su joven inocencia americana se vio obligada a aprender las artes necesarias para retener su afecto. Sin embargo, ella a la muerte de su marido se puso luto y lo llevó hasta el final. Debí ser un hombre de considerable encanto y talento, y los hábitos a los que ella aludía debían ser, sin duda, imaginarios en gran parte, o incluso totalmente. La invención fluía con rapidez de su rica y fecunda imaginación.

Para no ser menos, Dora Lobouchere describió con todo lujo de detalles su matrimonio con el príncipe Rudini, que la obsequió como a una jovencita en su luna de miel con un largo viaje que terminó en la vida nocturna de París. El matrimonio terminó con una anulación completa, que le costó una enorme cantidad de tiempo y preocupaciones. Finalmente, en su dramático relato, llegó la mañana de la triunfal separación con la anulación total, adornada por un enorme ramo de flores y una nota del príncipe Rudini diciendo que, para cuando ella recibiese la nota, él se habría suicidado; y se suicidó. Dora Lobouchere, que combinaba sorprendentemente la afectación de las sociedades inglesa e italiana, concluyó con la frase: «Aún guardo el damasco manchado con los melocotones que Rudini me arrojó».

El relato era tan bueno que la verdad hubiese parecido una impertinencia. Cuando descendíamos las escaleras, Monty Woolley, abriendo los ojos con afectación y expresando la relativa inocencia de la vida universitaria americana contemporánea, me susurró al oído: «Digan lo que digan, Rudini era un dandy».

La sociedad romana no sólo era divertida, sino que, con su mise en scène, su elegancia y sus distinguidos modales, daba toda la impresión de ser una excelente sociedad. Era una auténtica universidad de los buenos modales, donde un joven podía aprender el refinamiento y la sofisticación que más tarde le servirían como una especie de pasaporte permanente por el ancho y diverso mundo. Si se podía superar la prueba del salón de la princesa Jane, se podía enfrentar uno ya con muchas cosas. En Roma, su entonación americana se mezclaba con el vulgar acento del argot francés de barraca, y los sonidos de su longevo papagayo, que se decía había pertenecido al mariscal Ney. Surgió de Venecia, en aquella playa tradicional, como una viuda digna y majestuosa, cuya mano, a pesar de su edad avanzada, hubiese obligado a Lord Byron a bajarse del caballo para besarla, en su paseo matutino a lo largo de aquella misma playa, porque su conversación hubiese hecho más vivas (tal vez las hubiese hecho inimpresibles) las estrofas de Don Juan.

³⁵ Expresión italiana. (N. del T.)

³⁶ En francés en el original: «Pero qué malicia». (N. del T.)

En aquel período la vida en París en compañía de la principal anfitriona americana resultaba muy distinta, porque, en particular después de su trasnochado matrimonio el mundo de la acción política encontraba en su círculo su diversión favorita. Elsie de Wolfe había hecho una considerable fortuna en Nueva York como decoradora, y a muchos de los hombres de negocios americanos se les podía encontrar en su casa de Versalles, a la que después se añadió un piso en París, en la Avenue D'Iéna. Las dos casas estaban decoradas con un estilo original y tenían inmensos paneles pintados por Drian, colgados de las barandillas de las escaleras, frente a las piezas d'eau des Suisses de Versalles. El domingo, a la hora de comer o de cenar, aquello estaba animado por veinte o treinta personas de todas las nacionalidades y profesiones; gentes de moda en aquel tiempo. Este ambiente contrastaba con la otra vida que yo hacía en París en compañía de franceses. Me fascinaba la compañía de los franceses en cualquier ocasión. Su conversación, que era y es la mejor del mundo, me entretenía siempre y, a menudo, me instruía además.

La conversación de miss De Wolfe se distinguía más por su vivacidad que por su contenido intelectual. De hecho, la vitalidad era la pieza clave de su carácter. Cuando tenía casi noventa años, aún hacía lo que llamaba ejercicios matutinos, que consistían en ser guiada por dos musculosos atletas especializados en gimnasia rítmica. Entre sus más notables amistades se incluían dos conocidos personajes de la época, llamados Johnny y Tony, que siempre estaban presentes en su alegre casa, y entendían más de haute couture que de alta política. Sin embargo, la natural perspicacia de Johnny, debida a su origen — había nacido en Highland y la gente joven le apodó higlander³⁷ — salió a flote con fuerza en una ocasión. Se acercaban las elecciones americanas de 1932 y los partidarios de Hoover, reunidos en la mesa del comedor de Elsie, estaban cubriendo de improperios y de ridículo a Roosevelt, cuando Johnny saltó: «Creo que Roosevelt va a ganar». «Pobre Johnny, es tonto», fue el eco que dio la vuelta a la mesa en distintos tonos y acentos. «¿Qué te hace pensar eso?» «Que todos nuestros amigos piensan que Hoover va a ganar», respondió Highlander. Elsie comunicó la muerte de Tony de una forma que ponía de manifiesto una firmeza espartana: «Tony ha muerto. Habrá un hombre menos para la comida» — el viejo guardián podía morir, pero Elsie no se rendía. Probablemente, la mayoría de estas historias eran apócrifas, pero lo cierto es que ella combinaba las duras y cortantes cualidades de un buen diamante con una de las más voluptuosas monturas en una joya muy difícil de encontrar. En consecuencia, en aquel refinado escenario de hombres jóvenes y bellas mujeres, casi tan exquisitas como algunos de los especímenes que hoy se ven por ahí, se introducían continuamente los más rapaces magnates de Wall Street y de la industria americana. Era un teatro interesante.

Elsie se casó con mi amigo Charles Mendl, con quien intimé mucho en mi primera visita a París, en 1920, y al que vi allí por última vez hace pocos años, antes de que muriera a los ochenta y tantos años. Fue una boda tan señalada como inesperada, ya que los dos eran ya mayores y ella además le llevaba doce años a él; una boda con la fragancia del viejo brandy, como dijimos entonces. Pero él tenía demasiadas virtudes para ser considerado simplemente como un sobresaliente bon vivant de nuestros tiempos. Tras una juventud muy dura, conduciendo ganado en la Argentina — era un tipo muy varonil — se había convertido durante la Primera Guerra Mundial, a través de un proceso inexplicable, en agregado de Prensa en la Embajada británica en París, y allí permaneció hasta la Segunda Guerra. Sinistros rumores le impidieron continuar sus actividades, pero pronto me convencí de que no eran ciertos. Se hablaba mucho de la Chevaleñe de St. George, una referencia a la vieja acusación de que los diplomáticos británicos en el extranjero siempre intentaban sobornar a la prensa extranjera y tenían a su disposición para este propósitos amplios fondos.

Mendl tenía en su piso de la Avenue Montaigne uno de los mejores cocineros y él mismo era uno de los mejores catadores de vinos de París. Me invitaba frecuentemente, y como joven M. P., y más tarde como ministro, me encontré allí con algunas de las personalidades más interesantes de Francia. Un día me pidió que me entrevistase con «Pertinax» —su nombre real era Gerault — y que intentase desarmar en parte la hostilidad que él mostraba hacia Inglaterra en los artículos de su periódico. Le encontré muy agradable y nos entendimos demasiado bien, ya que cuando volví al Parlamento y durante las elecciones de 1926 escribió un artículo de cabecera titulado: *Le retour d'Alcibiades*³⁸, a modo de hipérbole, en el que me atribuía entre otras cualidades más lisonjeras, otras que podían ser más apreciadas en Francia que entre los políticos ingleses. Aquellas ideas se le ocurrieron, sin duda, porque nos conocimos en casa de Charles Mendl, que estaba obsesionado por estos aspectos de la vida. En los últimos años, en que lo veía a menudo, estaba aún obsesionado en cierto modo por uno de los placeres fundamentales de su vida. Un día tuvo un cambio de impresiones con su médico, que combinaba una notable capacidad profesional con una gran simpatía e ingenio al estilo francés: «Doctor, aún pienso mucho en las mujeres». «Debe usted seguir pensando en ellas, Sir Charles, siga pensando.» Charles era una persona alegre y adorable. Le echo de menos, a él y a todo aquel bullicio del Versalles de los buenos tiempos.

¿Qué se perseguía con todo aquello, qué objeto tenía entrar en aquella sociedad? Aparte de la diversión, que siempre merece la pena cuando se tiene tiempo, el conocer a la gente, que es, naturalmente valioso, sobre todo si se trata de gente con influencia en las más diversas esferas... Es mejor conocerla uno mismo, hacer tus

³⁷ En inglés significa: «De Highland». (N del T.)

³⁸ El regreso de Alcibiades. (N. del T.)

propias preguntas y formar tus propios juicios. Desde luego, también puede hacerse, hasta cierto punto, por delegación, a la manera de Sir William (más tarde Lord) Tyrrell, un gran embajador en París y también una autoridad del Foreign Office, que utilizaba a Charles Mendl para este fin. No salía mucho de París, y Mendl era su intermediario entre la Embajada británica y la vida francesa. Guardo el mejor recuerdo de Tyrrell, con quien mantuve a solas largas conversaciones y de quien aprendí mucho. Era una obra maestra de la diplomacia; con él, la naturaleza rompía la regla, como diría Macaulay. No obstante, si se dispone de energía y tiempo, es mejor hacerlo uno mismo directamente, conocer aquellos que son más interesantes y procurar conocerlos bien personalmente.

Esto no era en modo alguno todo lo que la sociedad de aquellos tiempos podía dar a un hombre joven. Allí también había el «ábrete Sésamo» del mundo de la cultura, de la literatura, de la música y del arte. En realidad podía comprarse una entrada para la ópera, ir a un Museo y leer la gran literatura. Cuando volví de la guerra hice todas estas cosas casi por frenético deseo de tragarme toda la belleza de un golpe — lleva años establecer un equilibrio natural en la ampliación firme y sistemática de los conocimientos y experiencias —, pero en la vida de sociedad podía oírse la conversación de los críticos y conocer a la gente creadora. Mientras la sociedad aún está «en forma», como dice Spengler, puede ofrecer una buena cantidad de cosas; apunta hacia la sabiduría y la belleza en todas las direcciones.

Naturalmente vivir aquella vida sin más hubiera sido enteramente fútil. Si yo no hubiese tenido todas las demás experiencias — la guerra en el aire



Ilustración 2. Lady Mosley, madre del autor.



Ilustración 3. Sir Oswald Mosley, abuelo del autor (apodado «John Bull»).



Ilustración 4. Monumento en la iglesia de Didsbury a Sir Nicholas Mosley, Lord Mayor de Londres, 1599.

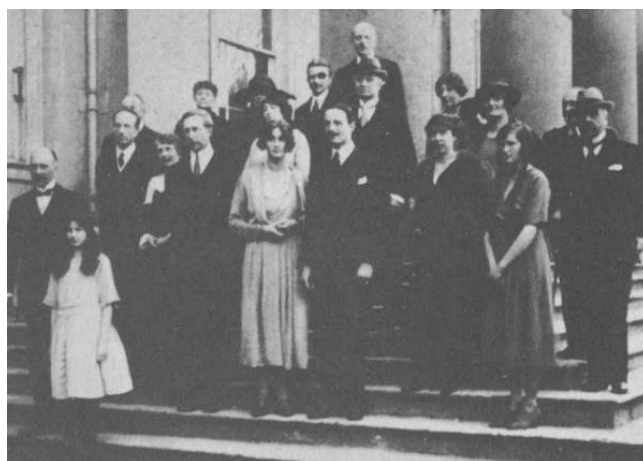


Ilustración 5. Grupo nupcial, mayo de 1920, en Hackwood House, Beasingstoke. En primera fila el Conde de Athlone; Marcella Duggan; Marqués de Londonderry; Princesa Alicia, Condesa de Athlone; el Rey de Bélgica; Cynthia Curzon; el autor; la Reina de Bélgica; Alexandra Curzon; el Marqués de Soveral. En segunda fila (centro), la Marquesa de Curzon; el Marqués de Curzon; la Marquesa de Londonderry, Irene Curzon; Sir Charles Mendl.



Ilustración 6. El autor pronunciando un discurso con motivo del War Memorial en su circunscripción de Harrow. El General Ironside, de pie a la derecha de la fotografía.



Ilustración 7. Cynthia con Michael.

y en las trincheras, mi infancia entre la gente del campo, la vida en el verdadero corazón de la virilidad: el Ejército regular, y algo casi equivalente al retorno a la gimnasia helénica entre los atletas europeos, la experiencia de la administración en el servicio civil, en el gobierno y en las organizaciones políticas, en el movimiento de masas del Labour Party, y más tarde la mayor experiencia de todas creando un nuevo movimiento firmemente enraizado en todo el pueblo — entonces mi experiencia, relativamente trivial, de vida de sociedad en las principales capitales de Europa, me hubiera deformado y aislado como les sucedió a otros. Pero sumado a toda esta amplia gama de experiencias humanas era una ventaja, un pequeño pero importante ingrediente para hacer un todo completo. Ganzheit, dijo Goethe, es el mayor desiderátum, el llegar a ser un hombre completo.

Tras mi vuelta de la guerra, el desarrollo de mis experiencias fue rápido. Al tratamiento del hospital y la convalecencia siguió pronto mi entrada en la administración, pero antes tuve que cumplir en el Ejército dos órdenes de fácil ejecución. En 1917, el cuartel del regimiento en Curragh no estaba tan pacífico como de costumbre porque un año antes había ocurrido el levantamiento de la Pascua de Resurrección. Los que te acompañaban, llenos de cordialidad, a cazar durante el día, te atacaban durante la noche con balas de paqueo. Los revolucionarios irlandeses eran maldecidos por el ejército en aquellos tiempos por su método de lucha, pero la guerra de guerrillas era claramente la única forma de lucha posible frente a la abrumadora superioridad militar del ejército; un método que en fechas posteriores se ha generalizado en todo el mundo. Las lecciones militares y políticas de aquel período fueron considerables, pero corresponde a capítulos posteriores, donde la política y los acontecimientos del momento se considerarán más de cerca. Aquí estamos ocupados ahora con la forzada relajación que en mi caso siguió a los rigores de la guerra, y la considerable contribución que aportó este período para completar mis experiencias en la vida.

En aquel tiempo, la sociedad de Dublín contribuyó en gran medida a mi aprendizaje en la vida social. Lord Wimborne era el virrey y Sir Bryan Manon era el comandante en jefe. Los dos estaban casados con distinguidas y encantadoras mujeres — el primero con una Grosvenor de exquisita educación, y el segundo con la viuda de Sir John Milbanke, V. C. de la Guerra de los Boers, y una de las Amazonas más consumadas de Leicestershire; ambas sobresalían como anfitrionas en sus posiciones respectivas, a pesar de que no se llevaban bien entre sí. Las había conocido antes a las dos, y las encontré en Dublín rodeadas por mis amigos de Londres y de Leicestershire. Como mis obligaciones eran leves podía dividir mi tiempo entre la estimulante compañía de la casa del virrey el G. H. Q. de Irlanda. Sin embargo, esto no duró mucho tiempo, ya que tuve que presentarme en seguida en un destino más estable, de poca responsabilidad, conceptualizado en la categoría C-3.

La vida en Eastbourne como instructor de oficiales heridos me dejó más tiempo libre para la lectura sistemática. Las obligaciones allí aún eran más ligeras, ya que nadie estaba en condiciones de realizar entrenamientos duros, y las distracciones eran pocas. Vivíamos en las heladas alturas de la zona trasera de Eastbourne, en tiendas de lona, que no resultaban tan frías como las trincheras porque usábamos estufas de petróleo. No tardé mucho, mediante algunas influencias, en conseguir que me trasladaran a puestos de administración en Londres. La red de solterones y solteronas funcionaba bastante bien, incluso entonces, y yo la utilicé con realismo y descaro, al tiempo que evité que me cazaran en ella. Sin embargo, mi primer destino resultó totalmente fuera de lo normal, pues fui enviado al Ministerio de Armamentos. Allí adquirí mis primeros conocimientos profundos sobre las condiciones de esa industria y sobre las negociaciones con las Trade

Unions, con las cuales nuestro departamento estaba continuamente en pugna. En este aspecto aprendí mucho, pero mi aportación fue pobre; entonces era todavía un mundo nuevo para mí.

Mi segunda esfera de operaciones estuvo mucho más sujeta a la influencia social, ya que se me destinó como administrativo del Departamento de Guerra del Foreign Office, un puesto estratégico. Unos cuantos hombres jóvenes tenían que manejar todos los telegramas importantes que iban dirigidos al Gobierno, y contestar muchas cartas siguiendo las instrucciones de la Secretaría de Estado. Yo era el único intruso, ya que los demás eran diplomáticos profesionales que habían entrado en el Foreign Office antes de la guerra. Aunque resulte extraño, mi dificultad principal allí era mi caligrafía — extraño porque parece que eso no debería tener importancia en el Departamento Central del Foreign Office en medio de la guerra, pero allí todo debía hacerse manuscrito —. Al principio, esa forma tan anacrónica de escribir las cartas también me extrañó a mí, pero pronto llegué a apreciarla porque en la práctica era más fácil y más rápido escribir cartas de ese modo estereotipado que confundir las direcciones por la forma de escribir de cada cual. Los rituales del Foreign Office, como los Ejército, tenían una virtud práctica que se había desarrollado a lo largo de un gran período de tiempo.

Mis obligaciones en sí mismas eran extremadamente interesantes, a pesar de que yo, desde luego, era un aprendiz en aquel lugar. La gama de conocimientos que se podían adquirir sobre los asuntos extranjeros era muy amplia, ya que cubríamos prácticamente todos los aspectos. Conocer a algunos de los políticos, con los que después estaría estrechamente asociado, constituyó otra gran ventaja para mí. Un día se presentó Aubrey Herbert, con su mezcla de simpatía e indolencia compensada por una aguda inteligencia. Si no recuerdo mal, acababa de escaparse de un campo de concentración alemán y buscaba el consejo del Foreign Office para resolver ciertas dificultades en que se encontraba. Era hermano de Lord Carnarvon y muy inglés, pero se complicó tanto en los asuntos de los Balcanes que se le ofreció la Corona de Albania. Después de la guerra, durante los fines de semana en su magnífica casa de Adam, en Pixton, yo solía combinar la caza con hacerle propaganda en el distrito electoral de la vecina ciudad de Yeovil. Su naturaleza aventurera se había serenado, pero todavía encontraba ocasiones de manifestarla, para divertir a sus huéspedes, poniéndose de pie sobre la balaustrada que desde el piso de arriba bordeaba el profundo hueco de la escalera y saltando al otro lado, agarrándose con las manos al borde. Era una costumbre de su juventud. Sus bandoleros de Albania tenían fama de haber alentado a los campesinos antes de la guerra galopando a través de los pueblos y disparando con sus revólveres al aire para advertir a sus vecinos cuando sospechaban, por alguna descarga, que algún grupo de tiradores les habían tendido una emboscada. Aubrey era reservado cuando alguien se guaseaba de esas viejas historias.

Tenía un carácter excelente y siempre se ponía del lado de la justicia, oponiéndose a todos los métodos y tratos crueles, como los del Gobierno de coalición con los irlandeses, después de la guerra. A través de él conocí también a mi principal colega conservador en aquella primera y dura lucha de mi vida parlamentaria, Henry Bentinck, hermano del duque de Portland; estaba modelado con la generosidad y el coraje tradicionales en los hombres de Estado ingleses. Logré contener la risa cuando en el calor de un debate sobre Irlanda, Lloyd George, refiriéndose a sus antepasados, al llegar al rey Guillermo le llamó «maldito holandés» (el presidente Lowther, como otros notables speakers, se hacía a menudo el sordo con mucho tacto, ya que precisamente había sido un miembro de su familia, Lord George Bentinck, el que aconsejó a los conservadores tolerar a Disraeli argumentando que todos los equipos de caballeros necesitan un profesional). Godfrey Locker-Lampson, el mayor de los dos hermanos M. P., era uno de los miembros más activos de ese grupo. Se unió a los dos Cecil, Lord Robert y Lord Hugh, cuando se libraba la batalla sobre Irlanda. Fue en el Foreign Office donde entré en contacto con aquellos hombres capaces, de excelente carácter y gran instinto político.

Había también otras personalidades famosas que se relacionaban entonces con aquel departamento, pero más tarde nuestros caminos se separaron. En aquel tiempo, Lloyd George trabajaba mucho en el Foreign Office, pero sólo estaba relacionado indirectamente con nuestro departamento; era aún un simple M. P. Mark Sykes pasó mucho tiempo en nuestra compañía, y nos divertía siempre, al tiempo que nos proporcionaba información. Como la mayoría de estos hombres, era un experto en asuntos del Próximo Oriente, y su muerte — cayó enfermo en la Conferencia Nacional — fue una gran pérdida para la nación. Tenía una simpatía excepcional y era extraordinariamente habilidoso en mímica. Su mejor número era una charada de la expedición de Mr. Churchill a Amberes. Empezaba con el alegato de Churchill, pronunciado desde las escaleras del Ayuntamiento: «Ciudadanos de Amberes, la fuerza del Imperio británico está a vuestra disposición», y terminaba con la huida atribuida al padrastró de Mr. Churchill, George Cornwallis West, en la bicicleta que le pidió prestada a un niño. Estos hombres eran intermediarios entre la generación anterior y la mía, y su actitud era muy irreverente. Las alocuciones más dramáticas de Mr. Churchill constituían para ellos un buen motivo de diversión. Su actitud hacia Mr. Lloyd George era mucho más firme: le detestaban. Siempre lo llamaban la cabra; una referencia a sus delgadas piernas que sostenían un grueso torso coronado por una Magnífica cabeza, que en conjunto sugería la imagen del gran dios Pan. Pero un Pan con el mejor aspecto, usando la más seductora pipa. En los años posteriores me apartaría mucho de esta apreciación en lo que se refiere al carácter y la capacidad de Lloyd George, a quien profesé un gran afecto cuando le conocí bien.

No es necesario explicar con detalle mi trabajo en el Foreign Office durante este período, porque consistía principalmente en la realización de las tareas rutinarias propias de un centro administrativo de guerra que ahora pertenece ya a la historia. Después de la consolidación y el desarrollo del poder ruso y con la inestimable ayuda de la policía británica, los traidores profesionales del comunismo suministraron una buena dosis de trabajo a este clásico departamento, que ha sido durante mucho tiempo orgullo y distinción de la Administración británica. Los conocimientos sobre la administración que adquirí en dos Ministerios distintos, el de Armamentos y el Foreign Office, resultaron esenciales para mi experiencia ya que afectaban a la vida británica y a nuestras relaciones con los países más remotos. Fue una gran oportunidad poder observar la máquina de la administración desde abajo; más tarde, cuando fui ministro del Tesoro, la vería desde arriba. La combinación de estas experiencias administrativas se sumaban a mi preparación para la vida política y me ayudaron a comprender el funcionamiento del gobierno en su conjunto.

5. INGRESO EN LA POLÍTICA EL PARTIDO DEL CENTRO F. E. CHURCHILL

La oportunidad de entrar en la política llegó pronto. Había dos posibilidades de presentarse como candidato conservador, la primera en la Stone División de mi nativa Staffordshire y la segunda en la Harrow División de Middlesex. Parecía improbable que pudiese triunfar en Harrow, ya que se presentaban dos fuertes candidatos locales y un tercero era amigo personal de Bonar Law, entonces jefe del Partido, que, según se decía, había anunciado en privado que saldría ese candidato. Yo no conocía a nadie en ese distrito electoral, pero la Central Office se empeñaba en poner mi nombre y parecía que merecía la pena intentar salir diputado tan cerca de Londres. En 1918 estaba aún en el Ejército, aunque trabajaba en el Foreign Office, de forma que mis posibilidades para la actividad política eran limitadas, pero no estaba prohibido presentarse a las elecciones una vez acabada la guerra.

Decidí probar suerte en Harrow antes que exponerme a tener que hacer largos y frecuentes viajes a Stone donde tenía muchos amigos y más posibilidades de ser elegido. Cada tarde iba en tren a visitar a los dignatarios de la Asociación Conservadora de Harrow que eran casi todos hombres de edad. Eran amables pero poco estimulantes. No obstante, decidieron montar lo que se llamaba una competición de canto, para dar a los cuatro candidatos la oportunidad de mostrar sus dotes oratorias. Aquello era para mí una situación embarazosa, ya que no había pronunciado un discurso en mi vida. Resultaba un poco como mi anterior y descorazonadora experiencia, cuando llegué al frente del Oeste como un consumado aviador sin haber volado antes en un avión.

Decidí redactar un discurso de quince minutos de duración y aprendérmelo de memoria. Era un discurso bastante bueno, pero al pronunciarlo resultaba espantosamente malo. Como dijo uno de los viejos políticos después, era buena materia, pero mal cantada. Estaba muy lejos de haber adquirido el tipo de voz y la modulación de ritmos y tiempos en los que después llegué a tener una cierta habilidad. Ni siquiera me di cuenta de la necesidad. Me parecía suficiente ponerme de pie y decir algo sensible. El discurso resultó muy pesado, aunque aplaudieron educadamente, supongo que por simpatía hacia un hombre muy joven con uniforme. Después vinieron las preguntas, y en aquel tiempo fui lanzado a la política. Eran preguntas buenas y, a menudo, muy afiladas, ya que Harrow era un dormitorio de Londres que cobijaba a hombres y mujeres que vivían allí y trabajaban en la ciudad, y estaban versados en todas las cuestiones intrincadas de Inglaterra y del Imperio. Por aquel entonces yo había leído ya mucho y estaba muy interesado en la política. El esfuerzo que hice por argumentar me dio prestigio y me permitió mostrar capacidad latente para la exposición clara... Las preguntas terminaron en un final feliz. Fui elegido como futuro candidato por un noventa por ciento de votos de los allí presentes.

Después surgió el problema de con qué programa presentarme a las próximas elecciones. Yo tenía pocos conocimientos sobre los sentimientos conservadores, y no me preocupaba mucho. Iba a ir al Parlamento como uno de los representantes de la generación de la guerra, y sólo con este propósito. Sin embargo, Harrow era tradicionalmente uno de los puntales del Partido Conservador y entre las personas de más edad de allí empezó a hablarse mucho de las cosas del pasado, sobre la política de la preguerra. Yo me había adherido al Partido Conservador por su papel en la guerra como Partido del patriotismo. Ése fue mi primer impulso, pero el patriotismo para mí no era algo estático, el sentimiento de poseer cosas buenas que hay que conservar a toda costa. Era algo dinámico y creador, el afán por construir una nación mejor y más moderna, adaptada constantemente al desarrollo de los tiempos y estimulando ese desarrollo. Un punto esencial eran las cosas que necesariamente había que hacer para procurar una vida decente y sobre todo buenos hogares a nuestros compañeros supervivientes de la guerra.

En mi programa aparecía ya un proyecto de construcción de viviendas a escala nacional que no pasase por los lentos trámites del enjambre de autoridades locales. Durante la guerra se producían así las municiones, entonces, ¿por qué no construir así también las viviendas en tiempos de paz? Los barrios pobres deberían ser abolidos, y las casas debían ser construidas pegadas unas junto a otras. Era necesario coger terrenos para éste y otros objetivos sociales por medio de la expropiación forzosa. Los especuladores y los malos constructores debían ser despedidos a cajas destempladas. La electricidad y el transporte tenían que estar bajo el control público; la contradicción entre el sector público y el sector privado me parecía ya fuera de lugar. La cuestión residía únicamente en saber qué método servía mejor en unas circunstancias que estaban cambiando constantemente. En mi programa, los proyectos sobre sanidad e infancia se anticiparon en muchos años a todo lo efectivo que se ha hecho en estas esferas; y en la educación debía haber una auténtica igualdad de oportunidades desde la cuna hasta la Universidad para todos los que estuvieran capacitados.

Finalmente, la economía del hogar debía ser protegida mediante un sistema de salarios altos destinado a equilibrar la producción y el consumo. Yo sabía que el coste de producción no dependía tanto del tipo de salarios como del tipo de producción en las industrias de producción en serie. Con ideas de este tipo, cuarenta años después, dos gobiernos británicos se han dirigido al Mercado Común Europeo, parpadeando y arrastrándose, porque allí hay un mercado seguro para la producción en serie. En forma embrionaria, muchas

de mis ideas posteriores nacieron ya entonces, y es desde luego sorprendente, viéndolo retrospectivamente, que la Asociación Conservadora de Harrow se mostrase entonces dispuesta a jugar el papel de comadrona política.

De lo que se trataba entonces era de mantener y desarrollar el Imperio británico para fines constructivos. No sólo preservar el Imperio, sino capacitarle para proporcionar a nuestro pueblo británico y a sus diversas razas las condiciones de alto nivel de vida que sus riquezas latentes hacían posible. Expresé mis principios fundamentales en las elecciones de 1918 con el slogan: «Imperialismo socialista». Sonaba mal pero era una frase preñada de futuro. Que nadie diga que la combinación de las ideas socialistas y nacionalistas fue una invención extranjera copiada por mí. Ni yo ni nadie había oído hablar en aquel tiempo de los oscuros soldados en las líneas del frente alemán e italiano, que más tarde construyeron partidos políticos. Ellos tampoco, para hacer justicia, habrían oído probablemente al candidato conservador por Harrow. Semejantes ideas flotaban en la atmósfera europea, impulsadas hacia arriba por la explosión de la guerra, aunque luego, por razones inherentes a las peculiaridades nacionales, adoptase formas completamente distintas en los diferentes países. En otras naciones el colapso total las empujó a un rápido, brusco y burdo auge.

Incluso en la tranquila atmósfera de Harrow, los moderados burgueses eran capaces de soportar semejantes ideas nuevas al calor del entusiasmo de la posguerra para encontrar los caminos de la paz. Después de todo, no eran tan extrañas para ellos, ya que estas raíces estaban arraigadas en el suelo inglés a través de la combinación del radicalismo y el imperialismo de la escuela de Birmingham de Joseph Chamberlain; también, a través del continuo intercambio de ideas inglesas y continentales en los períodos creadores, la misma tendencia se había reflejado en el avanzado programa social de Bismarck bajo la égida del Estado fuertemente nacionalista de Prusia.

El conflicto entre el progreso de la izquierda y la estabilidad de la derecha me ha parecido siempre una antítesis completamente irracional de nuestro tiempo. Desde este primer paso, mi programa tiró por la calle de en medio. Más tarde, expresaría de una forma mucho más consciente el concepto de que el progreso es imposible sin estabilidad, y que la estabilidad es imposible sin el progreso. La síntesis, la eterna síntesis, es la solución de los falsos dilemas de nuestros tiempos. De una forma embrionaria estas ideas estaban presentes en mi primer programa electoral; combinadas con la urgente demanda práctica de una reforma social — sobre todo la vivienda —, para dar a los combatientes lo que les correspondía. Gané por una gran mayoría frente al conservador independiente, cuyo principal argumento consistía en decir que yo era demasiado joven; un punto de vista que rebatía fácilmente: «Edad suficiente para Flandes, edad suficiente para Westminster». De forma que en la ola de entusiasmo de la posguerra, yo entré majestuosamente en la Cámara de los Comunes a los veintidós años como el más joven M. P., y seguí siéndolo durante algún tiempo.

El Proyecto de Ley sobre Navegación Aérea me proporcionó una precoz y adecuada oportunidad para pronunciar un discurso. Después de citar la famosa respuesta de Chatham a Horace Walpole, en relación con el «atroz crimen de ser un hombre joven», y de mencionar modestamente mi experiencia de vuelo en la guerra, me lancé a mi tema principal, que era liberar la atmósfera industrial de la nación del estrangulamiento de la burocracia. Eran preferibles las pesadas multas a las negligencias y la despreocupación de un inspector del Gobierno que trabajaba con el sistema de tiempos. No era necesario esforzarse mucho para ver que la aviación y el tanque iban a reemplazar pronto a la infantería como factor decisivo en la guerra. El secretario de Estado para la Guerra, Mr. Churchill, estaba cayendo en el mismo error que sus predecesores en el Ministerio de la Guerra, que se habían negado a creer en la posibilidad de una extensión de la actividad aérea tan grande como la que ya se había producido. El resultado de este enérgico asalto fue una grata adulación para mi juvenil vanidad: entre otras referencias a aquella intervención destaca la caricatura en el Punch, mostrando al joven y dinámico piloto dibujando a Mr. Churchill como a un viejo decrepito y conminándole a ponerse al día. Fue nuestro primer choque en un debate, y yo estaba en el terreno, siempre popular, del bullicio juvenil. Resulta divertido ver ahora esa caricatura de cuando Churchill contaba cuarenta y cuatro años; si la manía por la juventud hubiese estado entonces en boga, Churchill se habría tenido que retirar de la política veintiún años antes de llegar a ser primer ministro durante la Segunda Guerra Mundial.

Era una Cámara débil, pero había un considerable número de miembros influyentes, en particular el distinguido speaker ³⁹ Lowther, que ocupaba la presidencia. Lo que realmente forjó mi primera reputación parlamentaria fue su satisfacción, expresada en los círculos más íntimos de Westminster, por aquel mi primer esfuerzo en la Cámara. Me di perfecta cuenta de cuanto hizo por mí en este aspecto algún tiempo después, cuando se retiró a la Cámara de los Lores como Lord Ullswater e hizo referencia a mi discurso en el que mi oponente era el duque de Northumberland, un hombre de principios conservadores «duro de pelar», pero de un carácter agradable.

Lowther fue un speaker sobresaliente, que ya tenía una leyenda por su carácter firme y su penetrante ingenio. Mi ejemplo favorito para caracterizarle es una anécdota de preguerra. En una ocasión, un pedante

³⁹ En la Cámara de los Comunes se denomina Speaker al miembro cuya misión es mantener el orden en los debates. Es una especie de presidente de la Cámara. (Nota del Traductor.)

aburrido, después de un largo discurso, dijo: «Ahora, señor presidente, me hago a mí mismo esta pregunta...», y en ese momento las dos alas de bancos escucharon perfectamente una voz que replicaba desde la presidencia: «Y conseguirá una maldita y estúpida respuesta». El secreto del éxito de Lowther era su sentido dramático en la Cámara de los Comunes. Él siempre procuraba, si era posible, llamar al miembro, viejo, joven o mediano, más adecuado para replicar eficazmente al orador anterior. Le gustaba aumentar la tensión del debate porque confiaba en su capacidad para mantener el orden, mientras que otros speakers menos dotados intentaban a veces disminuirla y reducir la discusión a lugares comunes. Sus decisiones eran claras y firmes, pero yo fui advertido poco después de mi llegada por los hermanos Cecil — muy versados en los subterfugios de procedimiento y en el carácter humano — de que nunca me opusiera a ellas; eso entrañaba siempre una negativa. El mejor método consistía en notificarle con anterioridad que ibas a hacer una intervención sobre un punto, y cuando había tenido tiempo de pensar sobre ello, te lo permitía, si lo juzgaba razonable. Una fuerte personalidad de este tipo en la presidencia es un factor esencial para mantener el prestigio del Parlamento.



Ilustración 8. RETRATO DE WINSTON POR MR. MOSLEY, UN JOVEN Y PROMETEDOR ARTISTA

Confío en que Mr. Churchill, que está llevando los Asuntos del Ministerio de la Guerra en París, no leerá el informe oficial del debate sobre la Ley de Navegación Aérea. Porque estoy seguro que el choque sería tan grande para él como lo fue para mí al enterarme de que Mr. Mosley (edad veintidós) le consideraba en las cuestiones de aviación, falto de imaginación. ¡La idea de alguien que considera a nuestro Winston como un extraño y viejo fósil!

(Reproducido con permiso de Punch)

Después de aquel primer discurso mi intervención en los debates no fue digna de tenerse en cuenta hasta el otoño de 1920. En este intervalo tuve divergencias con la mayoría de los miembros de aquella Cámara de los Comunes sobre el tema del Tratado de Versalles, que ya las expondré más adelante. Este período lo empleé en el estudio intensivo de la política y de las cuestiones relacionadas con ella; también lo utilicé en aprender a conocer mejor a sus figuras dirigentes. En particular, mi vinculación con el grupo de Henry Bentick, Aubrey Herbert, Godfrey Locker-Lampson y sus amigos se hizo cada vez más estrecha, y un poco más tarde se inició mi afinidad con Lord Robert Cecil y su organización, la Liga de las Naciones Unidas, y también con él y su hermano Lord Hugh Cecil sobre la cuestión irlandesa. Al mismo tiempo, fui liquidando todas mis otras aficiones y distracciones; los bienamados caballos se alejaron pronto, junto con la caza y el polo. La política se había convertido para mí en el interés fundamental y reclamaba toda mi atención.

Pronuncié mi primer discurso demasiado pronto, pero me abrió muchas puertas y me dio a conocer a muchas personas que nunca habían oído hablar de mí. Al volver de la guerra yo conocía a pocas personas de la

vida pública, y menos todavía de los círculos oficiales, aparte de las que conocí en mi breve paso por el Foreign Office y el Ministerio de Armamentos. Fui invitado a pasar el fin de semana en la casa de los Asquith, The Wharf, donde gocé de una situación embarazosa pero exquisita durante la primera comida, cuando Mrs. Asquith expresó su alegre entusiasmo por mis esfuerzos. Las primeras horas del día de mi llegada me sentí tímido ante aquella numerosa y distinguida compañía, entre quienes no conocía ni a un alma. Mr. Asquith paseaba por el césped. Era una figura imponente con toda la majestad de épocas lejanas. «Vaya y hable con él», dijo Margot. Apartar a un ex primer ministro de sus importantes pensamientos me parecía un comportamiento inadecuado para un muchacho nuevo y desconocido. Pero ella me cogió de la mano y me llevó hasta él; entonces se desplegó ante mí toda su profunda bondad y su agudo ingenio. Olvidé que sus amigos le describían como «un hombrecillo con la beatífica sonrisa de quien ha visto abiertos los cielos»; pero pronto lo recordé porque la descripción me pareció exacta. Su extraordinaria serenidad ante la adversidad fue debida tal vez a su gran erudición; él descansaba en las cimas del helenismo, pero acudía a los servicios de la Iglesia de Inglaterra todos los domingos por la mañana acompañado únicamente por su familia.

Aquella tarde, después de la cena, me invitó a jugar al ajedrez con él en otra habitación, cosa bastante anormal, ya que acostumbraba a jugar al bridge. Rápidamente se puso de manifiesto que los dos teníamos poca capacidad y menos interés por el juego. Él desistió pronto y empezó a hablar maravillosamente sobre el pasado político. Yo le escuché extasiado, y él continuó durante largo tiempo, como hacen todos los viejos cuando una joven audiencia les depara una razonable atención. En un momento dado, sintiéndome egoísta y socialmente acaparador de aquel feliz monopolio, murmuré algo sobre sus otros invitados. Él replicó: «Generalmente juego al bridge sólo para eludir la conversación de la gente que Margot trae a casa». Mi temor hacia los demás invitados y mi credulidad en las poco honorables murmuraciones sobre los Asquith disminuyeron simultáneamente. Se decía de él que era excesivamente adicto al bridge y a la bebida, pero nunca le vi, y lo mismo puedo decir de Mr. Churchill — otra víctima del mismo rumor—, incapacitado por la bebida en ningún grado. Ciertamente, ambos persistieron en los viejos hábitos ingleses de vida que alcanzaron su apogeo en los siglos XVIII y XIX. Los dos se cuidaban bien, pero no parecía que pasasen de ahí.

Su forma de vida era muy diferente de la mía, que obedecía al consejo de los clásicos griegos: «Moderación en todas las cosas, especialmente en la moderación». Yo creía en una vida ascética y bastante atlética, suavizada por ocasiones alegres más que por continuas indulgencias. Sin embargo, siempre fui contrario a los violentos ataques contra esos hombres eminentes que derivaban de la viciosa predisposición de los elementos inferiores del Partido Conservador a calumniar a sus gigantescos oponentes. Recuerdo todavía algunos de los chismes que solían circular durante mi infancia sobre el hombre que se había convertido desde entonces en la deidad tribal de su Partido y también en el héroe de una amplia mayoría de la nación. Las damas locales de tipo subprimaveral de nuestros círculos provincianos estaban ávidas por creer algo malo sobre Mr. Churchill durante sus días liberales de la Campaña de Tierra y la explosión del Ulster. Una casa del condado vecino, donde daba la casualidad que él estaba pernoctando se incendió y su veredicto fue claro y simple: «Naturalmente, Dios pega fuego a una casa si el diablo entra en ella». Yo no sé quién hizo circular las historias sobre su pretendida traición a la palabra dada durante la Guerra de los Boers, que tan concluyentemente fueron refutadas en numerosos procesos, pero sólo oí la verdad cuando llegué a la Cámara de los Comunes y llegué a conocerle a él y a sus amigos. Puede ser que fueran estas experiencias las que movieron más tarde a Lady Churchill a decir: «Recuerdo perfectamente la época en que mi marido era más odiado de lo que hoy lo es Sir Oswald Mosley». Mentirosas procacidades y venganzas personales son aireadas por la historia, sobre todo en períodos de decadencia, y eso no es nada bueno para nuestro futuro nacional; afortunadamente, en nuestro país estaban confinadas a círculos relativamente pequeños alejados del curso general que seguía de la vida inglesa.

Era también lamentable que algunos tories tuvieran la costumbre de referirse a Mr. Asquith como Squiffy y que circularan rumores tan sucios como fantásticos sobre su esposa. No parece que hubiese ningún fundamento para semejantes historias; sólo podían justificarse debido al carácter completamente abierto y falto de inhibiciones de su conversación, destinada posiblemente a épater les bourgeois, cosa que, desde luego, conseguía, y a su desprecio casi absoluto por las formas, compensado con un humor muy agudo. Por ejemplo, durante mi primera velada en The Wharf, ella concluyó su generoso comentario sobre mi primer discurso diciendo, mientras retenía mi mano fuertemente apretada y me miraba con sus ojos de marinero viejo: «Su discurso me recordó algunas cosas de mi viejo amigo Lord Randolph Churchill, pero, querido muchacho, no comparta sus vicios, no viva nunca con seis mujeres a la vez. Eso debilita tanto...». Esta exótica amiga de Rosebery y Balfour, y en su juventud de Gladstone, reflejaba ciertamente, en sus traviesos modales, una amplia gama de experiencias mundanas.

Mr. Asquith estaba por encima de todas aquellas pequeñeces. No tenía genio, pero su propia conducta recordaba en alguna medida su fascinante frase pronunciada en otro contexto: «Genio solitario que se remonta sobre sus doradas alas más allá de la herencia y el ambiente». Evidentemente le faltaban las dinámicas cualidades, necesarias en un período de gran acción. Era en gran medida el hombre adecuado para un período a lo Walpole, de paz prolongada y relativa tranquilidad. Sin embargo, a su calma, serenidad y buen juicio unía

una visión certera de lo necesario para conseguir un fuerte progreso, y personificaba las más dignas virtudes inglesas de integridad y honor.

Mr. Balfour fue otro eslabón en mi carrera con el pasado político más remoto. Le conocí en la guerra, cuando acababa de salir del hospital, incluso antes de que yo ingresara en el Parlamento, donde convivimos un período muy corto hasta que él pasó a la Cámara de los Lores. En una vida precoz, feliz y sin inhibiciones, la oportunidad de conocer a los grandes personajes pasa frecuentemente a través de una brillante y hermosa dama. El destino me ayudó en este sentido en más de una ocasión y conocí a Mr. Balfour a través de una señora por la que él tenía un interés puramente intelectual, y el lector puede sacar naturalmente la conclusión de que, a los veinte y pico de años, seguí severamente el ejemplo del estadista filósofo. Aunque parezca extraño, salimos juntos con el propósito de jugar al tenis en el Queen's Club; la edad de Mr. Balfour quedaba compensada por el aparato ortopédico que tuve que llevar al salir del hospital y durante algunos años después. A él le acompañaba otra dama para hacer cuatro, cuyo nombre he olvidado. Mi compañera de juego confirmó en los descansos mi opinión sobre sus virtudes mentales y estéticas al observar: «Tiene usted una valiosa y poco común capacidad en la combinación de palabras». En aquel tiempo eso me parecía a mí completamente justo, ya que ella citaba algo que debía haber dicho el joven Pitt. Aquéllos fueron unos días felices de vuelta a la vida, que contrastaban con las recientes experiencias de la guerra.

Mr. Balfour, durante aquellos escasos y precipitados encuentros, constituyó un interesante objeto de estudio para un hombre joven como yo. Poseía un gran encanto, y tenía, aparentemente al menos, un gran interés por su compañero del momento, lo cual era más propio en anfitrionas complacientes que en políticos distinguidos. Como tantos otros hombres famosos, parecía sentirse orgulloso de cualquier cosa menos de los agradecidos cumplidos. En el tenis sus obras no correspondían a su reputación en el arte de gobernar ni a su erudición filosófica. Demostraba, y podía ser real o una simple pose, un completo desprecio e indiferencia hacia todas las cosas mundanas. Se mostró claramente complacido cuando, poco después, en algún ligero encontronazo en la Cámara de los Comunes, describí su conducta con las siguientes palabras: «Él toma las cosas mortales con manos frías e inmortales».

El contraste entre su lánguido porte y la férrea resolución de su comportamiento como secretario para Irlanda es bien conocido. Algunos sectores del mundo burgués se engañaron con la suavidad de sus maneras. Ellos comprendieron mal los buenos modales, porque no tenían ninguno, y cometieron el grave error de confundir la suavidad con la debilidad. H. G. Wells, por ejemplo, llamó a Balfour «esa húmeda Madonna Lily» (y Lenin llamó a Mr. Wells «ese pequeño burgués tremebundo»). Hubiera sido muy divertido ver la fofa rotundidad de H. G. ordenando firmeza frente a los pistoleros irlandeses sólo cinco años después de que hubiesen matado a tiros en el Phoenix Park, y a la luz del día, a su predecesor en el cargo. Antes, él había sido secretario para Irlanda durante unos pocos meses y la bóveda celeste de la izquierda se estremeció con el «sangriento Balfour». Sus plácidas y casi lánguidas maneras ocultaban un carácter duro y despiadado; la misma afectación encubre con frecuencia una extraordinaria capacidad para la acción entre los oficiales profesionales de las distintas armas en nuestra vida militar.

Menos conocido que su gestión irlandesa es el relato que hacen algunos de los contemporáneos de Mr. Balfour sobre el completo cambio en sus métodos parlamentarios tras el desastre conservador de 1906, cuando fue elegido líder de la oposición en una Cámara de los Comunes muy distinta y con una pequeña minoría tras él. Constituye un síntoma del más alto talento que un hombre sea capaz, y en particular a una edad avanzada, de adaptar su técnica rápidamente a una situación completamente nueva. Parece ser que Mr. Balfour cambió su maquillaje tan dramáticamente como una mujer sagaz ya entrada en años cambiaría su apariencia según las variaciones de la luz del mediodía o de la tarde. Esta capacidad es una virtud cuando el carácter básico permanece firme. ¿Qué escandinavo escribió: «El futuro pertenece a aquel que pueda adoptar tantas formas como Proteo»?

Esa capacidad de los grandes hombres para cambiar sus métodos a medida que la situación lo requiere la reconocí de nuevo en el general De Gaulle cuando se encontró en ballotage ⁴⁰ durante las elecciones francesas para la presidencia en 1965. La repentina transformación de la figura legendaria, tras la mesa del despacho en el Elíseo, en la aparición ante la pantalla del vieux bonhomme ⁴¹ en un sillón, respondiendo atentamente hasta las preguntas más delicadas de un joven interlocutor, fue realmente un cambio abrupto; pero tuvo éxito. Es superfluo añadir que no hay duda de que el carácter básico del general no cambió tan repentinamente.

Mr. Asquith fue mucho menos flexible. El austero diputado desdeñaba cualquier concesión a la galería y tenía, quizá, una cierta arrogancia intelectual; de aquí vinieron algunos de sus problemas. Ignoraba la regla elemental de disimular el desprecio, porque ésta es una de las cosas que los hombres no olvidan nunca. Todo esto hizo de él una figura atractiva por su firme honestidad, pero incurrió en un criticismo innecesario. Poseía, sin embargo, un elevado sentido práctico: «Solvitur atribulando» fue uno de sus slogans favoritos durante las

⁴⁰ Expresión francesa que designa la necesidad de una segunda vuelta en las elecciones. (N. del T.)

⁴¹ Viejo bonachón. (N. del T.)

discusiones sobre procedimientos parlamentarios. «¿Quiere decir con eso el honorable caballero caminar a través de las votaciones de las camarillas?», preguntó Lord Hugh Cecil, cuando el Gobierno liberal había estado utilizando la guillotina. «No, señor, caminar a través del reino de la razón a la luz de la verdad», replicó el primer ministro.

Es completamente natural que después de todas las vicisitudes de la política, Asquith hubiese conservado una estrecha amistad con Balfour, puesto que tenían tantos amigos e intereses comunes, aparte de los estrictamente políticos. Al parecer, hasta la amistad se convirtió en objeto de profunda suspicacia para mucha gente. En los círculos que debían haberlo sabido mejor se sugería que la política estaba degenerando con aquello; los libelos de Belloc y Chesterton iban dirigidos fundamentalmente contra semejantes afinidades. Las sospechas de la masa popular se traducían a veces en una natural perspicacia mal aplicada con un fuerte estilo inglés. Dick Wallhead, uno de los viejos y excelentes pioneros del Labour⁴², me dijo, cuando me uní al Partido, que yo debía estudiar la psicología básica del movimiento, y me relató una anécdota de su juventud. Iba a pronunciar un discurso en un mitin de mineros de Gales del Sur que fue iniciado por el presidente local del Partido de la siguiente manera: «¿Por qué necesitamos nosotros un Partido Laborista? Yo os diré por qué. Henry Asquith se ve con Arthur Balfour detrás del sillón del speaker. Henry, dice Arthur, vamos a unirnos. Henry dice: Bien, Arthur, procuraré hacerlo, veremos lo que podemos hacer para engañar a esos estúpidos obreros». Aquí, observó el perspicaz Dick, tiene su origen del Partido Laborista.

Semejantes sospechas no se limitaban en modo alguno a la clase obrera, como se acostumbra a llamarla. Y, sin embargo, normalmente no tenían ningún fundamento. Aquellos hombres estaban separados por grandes principios, pero eran amigos personales. Esto es perfectamente posible, como yo mismo he comprobado a lo largo de mi vida política. Había grandes problemas que dividían a los partidos en aquellos días, más profundamente de lo que los principales partidos parecen estar divididos hoy. La cuestión de la tierra, la reforma arancelaria y particularmente el problema del Ulster no sólo creaban considerables diferencias de principio, sino que también desataban las más violentas pasiones. Las riñas parlamentarias se extendían desde la Cámara incluso hasta la Galería de Damas, como en aquella ocasión en que el speaker Lowther respondió a una petición de restaurar el orden con la observación de que ya tenía bastante trabajo con los demonios de abajo para ocuparse también de los ángeles de arriba.

Es mucho mejor defender los grandes principios sin animosidad personal que no tener principios y sentir sólo animosidad. En aquellos días ellos lucharon ideológicamente, pero se respetaron, e incluso apreciaron, el uno al otro. Hoy parece que no hay principios por los que luchar o que no hay principios que dividan. Y, sin embargo, en el terreno personal sencillamente se detestan unos a otros. La lealtad es reemplazada por el rencor. La enfermedad parlamentaria más extraña de los tiempos modernos es que los partidos parecen estar de acuerdo en lo fundamental en toda las cosas; cuando alguna cosa va mal no hacen más que copiar los unos el programa político de los otros, pero así abusan los unos de los otros. Tal vez todo es muy práctico si funciona, pero es desastroso para los que lo practican cuando deja de funcionar. Se quedan sin nada, excepto su mutua responsabilidad y su mutuo odio, que puede convertirse en un peligro nacional, ya que la gente es propensa a no creer en nada si ha estado durante mucho tiempo decepcionada y gobernada demasiado enérgicamente por la unanimidad central.

Esto es seguramente una subversión de la tradición inglesa, que tiene tantas virtudes y que durante mucho tiempo ha asombrado a otros pueblos. Es una parte del genio inglés fijarse en los principios sin incurrir por ellos en la amargura que a menudo atormenta a otras naciones. Las bases son mucho más firmes cuando es necesario unirse en tiempos de peligro nacional. Inglaterra puede ser salvada por una tradición que frecuentemente no sirve en otros países.

Esta idiosincrasia nacional — como otros la consideran — ha encontrado su expresión efectiva en nuestro tiempo. Podemos referirnos al Otro Club, porque recientemente ha sido tema de comentario tanto en libros como en los periódicos. Fue fundado por Winston Churchill y F. E. Smith y estaba reducido a unos cincuenta miembros prominentes de la política, los negocios, las ciencias, la literatura y el arte. Su objetivo consistía sencillamente en cenar juntos durante las sesiones parlamentarias, y una de sus reglas, si recuerdo bien, era que nada podría, en ningún caso, «mitigar las divergencias entre los partidos políticos». Se decía a menudo que el Otro Club se constituyó como una alternativa a El Club, fundado, durante la juventud de Winston Churchill y F. E. Smith, por el Dr. Johnson y su círculo, y dirigido principalmente por Asquith y Curzon. Tuve la suerte de ser elegido para el Otro Club en un período un tanto precoz de mi vida parlamentaria; seguí siendo miembro de él hasta que me pareció, en el período que precedió a la Segunda Guerra Mundial, que era una falta de cortesía hacia su fundador seguir compareciendo por allí.

Durante la áspera controversia de estos últimos años fui protegido, más que por las amistades privadas, por los públicos elogios que, en mi período ortodoxo, cayeron sobre mí como un benigno y refrescante rocío del cielo. Era imposible ya darme el mismo tratamiento que a la mayoría de los innovadores. Era posible que me llamasen «rufián», cuando otras personas atacaban mis mítines y yo tenía la impertinencia de defenderlos con la

⁴² El autor se refiere al Labour Party, Partido Laborista. (N. del T.)

ayuda de mis cortesanos y adictos partidarios. Sin embargo, llamarme «Imbécil» resultaba ya demasiado fuerte, porque durante considerables períodos de mi anterior vida parlamentaria había sido ensalzado de una forma que incluso a mis oídos les parecía a veces un poco exagerada. La posterior y reciente madurez de mis ideas hacen que algunas de mis primeras contribuciones me parezcan ahora imperfectas; a pesar de todo, el elogio casi universal que se me tributó durante ciertos períodos de mi vida me salvó del destino de la mayoría de los reformadores. Después de aquello, era imposible llamarme mentecato o imbécil sin que mis detractores quedasen en ridículo, y, en consecuencia, semejantes ataques se vieron reducidos a aquellos círculos de nuestro país que se han caracterizado precisamente por su imbecilidad y a los que nadie ha hecho el menor caso. Más tarde me beneficié en estos aspectos de una gran variedad de juicios que agradecí vivamente.

Esta inhibición, en mi caso particular, hizo sin duda que la furia del mundo establecido se reduplicase contra los que me apoyaban. Fue un error de los dirigentes de Gran Bretaña el que se movieran por pasiones personales al perseguir de un modo tan enconado a los pioneros de las nuevas causas, el haber arrojado lodo en lugar de haber empleado argumentos en un debate libre, tan deseado por el público y tan cuidadosamente sofocado en la práctica. Los agudos reveses de la fortuna y su modo de tratarlos pueden enconar a los hombres. Algunos buscan venganza y esperan la oportunidad para ejercerla, a pesar de que yo siempre he sostenido que la venganza es una característica propiamente estrecha. «Ayuda a tus amigos, álzate sobre tus enemigos», como dije en una ocasión, es un principio mejor que el epitafio del romano Sulla: «El hombre nunca conoció un amigo más sincero que el enemigo más implacable». De este modo, el enemigo debe cesar de luchar, y yo soy incapaz de llevar la amistad más lejos. Ésta es una característica inglesa, y, en mi opinión, deseable. Cuando se ha dado la mano y la lucha ha terminado, la regla de la reconciliación debería mantenerse fielmente.

Desde luego, es mucho más fácil y mejor no comprometerse nunca en esas amargas animosidades personales. Al ser atacado, hay que replicar sin resentimiento; luchar verdaderamente por las creencias de uno cuando se está en liza, pero no sentir ningún rastro de rencor cuando se abandona. Asquith es el ejemplo de un hombre que daría la enhorabuena a lo que considerase un brillante ataque contra él, tan calurosamente como lo haría con un hábil orador en su defensa. A veces se considera que esta actitud es inhumana, pero, al menos, tiene el mérito de evitar algunos de los más egregios errores contemporáneos.



Ilustración 9. En la Conferencia del Labour Party, 1929, con William Jowitt a la derecha.



Ilustración 10. Cynthia, el autor y Lord Robert Cecil.



Ilustración 11. Fiesta en Lossiemouth. De izquierda a derecha, el autor, Ishbel MacDonald, Ramsay MacDonald, Alistair MacDonald, John Strachey.



Ilustración 12. El autor con un miembro del equipo internacional de Suecia. El autor representó a Inglaterra por última vez en los campeonatos mundiales de París de 1937.

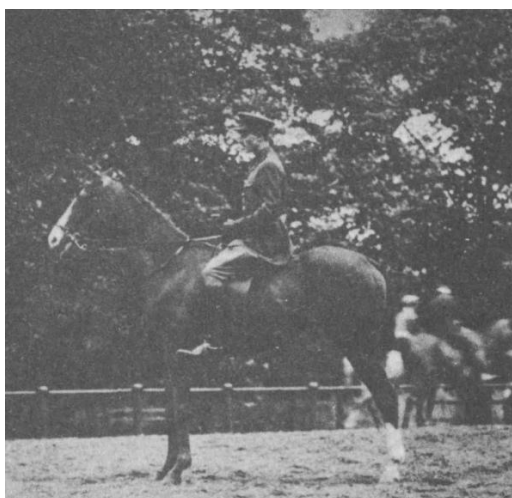


Ilustración 13. El autor a los veinte años.

De mi actitud general se desprendía, naturalmente, que mi primera tarea política sería un intento de formar un movimiento del centro, que inmediatamente recibió el benévolo apoyo de Winston Churchill y F. E. Smith y, alrededor de una década más tarde, de una forma más definida, la activa cooperación de Lloyd George. Este segundo y poderoso impulso era consecuencia clara de mi primera determinación: prevenir la reaparición de la guerra, salvar a la siguiente generación de la suerte de mis amigos, y construir un país merecedor de sus sacrificios. Como hemos visto, toda mi vida política estaba en cierto sentido determinada por esta convicción casi religiosa, que me movía inevitablemente a buscar una continuidad del sentimiento de unidad nacional nacido de la guerra, en los planes de paz, para construir, en lugar de destruir.

En mi alocución electoral y en los discursos de mi primera campaña en Harrow resultó evidente que mis ideas y mi programa político rompían con todos los programas y actitudes de los partidos existentes. Era ya un hombre que no pertenecía a los partidos sino al centro, y allí, en lo fundamental, he permanecido desde entonces, hasta que en los últimos años, resumí mi posición política en un debate europeo como el «Centre dur contre le Centre pourri»⁴³. Paradójicamente, me sentí obligado a presentar disculpas no por la inconsecuencia que podía ser atribuida a mis cambios de partidos, sino precisamente por mi consecuencia al mantener la misma actitud básica a través de cambios superficiales. Esto no puede ser necesariamente esgrimido como una virtud; vivir una vida sin cambiar de opinión es vivir sin aprender y es el signo de los tontos. Al exponer esta historia, me molesta a veces mi estabilidad, pero, a pesar de que mis ideas no han cambiado, se han desarrollado y crecido con la experiencia, la reflexión y la acción.

También puede parecer una paradoja reclamar ser del centro cuando mis programas políticos pueden parecer a veces estar a la izquierda de la izquierda y otra vez a la derecha de la derecha. Es un centro incómodo, porque es en esencia dinámico y no estático, pero el punto de equilibrio, en esa fluida y progresiva política, es indudablemente el centro. Para salir airoso de la continua crisis de nuestro tiempo, es necesario formar un centro con lo mejor de la nación, procedente de izquierda y derecha, decidido a la acción política por la supervivencia y la grandeza del país. La aparente paradoja se produce porque el programa estaba pensado entonces para llamar a la acción a toda la nación. Mi arriesgada combinación de «socialismo» e «imperialismo» en las elecciones de 1918, fue la primera y cruda expresión de esta síntesis política, y esto ha continuado hasta el presente, no ya en términos de síntesis, sino también de nuevas creaciones en los más amplios campos y con visión de futuro.

Pronto, en el Parlamento de 1918, formamos una organización llamada el Grupo de Nuevos Miembros, que fue apodado rápidamente por la prensa como el Partido del Centro. Estaba compuesto en su mayoría por miembros que habían luchado en la guerra y contaba con unos ciento cincuenta. El presidente fue Osear Guest, hermano del jefe whig Lloyd George, y los secretarios éramos Colin Coote, más tarde editor del Daily Telegraph, y yo. Ninguno de aquellos asociados son responsables de mis objetivos principales o del curso posterior de mi vida, que aún no se habían puesto de manifiesto y realmente no estaban claros ni siquiera para mí. Nos reuníamos y discutíamos, pero no ocurría nada más. Nuestra limitación fue el poder de la máquina del Partido, que, cuando no hay graves crisis, es siempre la que domina en la política británica.

Aquellos M. P. de la generación de la guerra eran muy sinceros e idealistas. ¿Cuáles eran sus motivaciones? En primer lugar, asegurar el cumplimiento del programa por el que habían sido elegidos: una avanzada política de reformas sociales formuladas, en apasionados y patéticos términos, por Lloyd George. Después del sacrificio de la generación de la guerra, el mundo no volvía a ser ya el mismo, y aquel Parlamento, con su programa social, erigía un monumento a los caídos; al menos así lo deduje yo de los discursos de nuestros líderes, y creo que a muchos otros les ocurrió lo mismo.

En seguida surgió la sensación de que aquellos proyectos estaban siendo frustrados. Para mí no fue nunca completamente cierto que aquella Cámara de los Comunes estuviera profundamente dividida entre la generación de la guerra y los «hard-faced men»⁴⁴, como los llamaba Keynes. La experiencia de la guerra sirvió más para endurecer las facciones que para obtener beneficios en los negocios. Los soldados que volvieron de la guerra no eran todos idealistas y los hombres de negocios no eran todos estraperlistas de guerra. Sin embargo, había una cierta división psicológica cuya menor expresión sea tal vez el simple hecho de que la generación de la guerra estaba más dispuesta a tomarse en serio los programas de 1918.

No quisiera ni por un momento declarar que muchos de ellos compartiesen mis ideas por completo. La combinación de socialismo e imperialismo les parecía fantástica a la mayoría de ellos. Mi posición empezaba a adoptar ya alguna forma con la teoría política de que no puede haber orden ni estabilidad sin progreso, ni progreso sin orden y estabilidad. Una síntesis de la izquierda y la derecha era una necesidad práctica de la vida política. Es improbable que ellos pensarán en estos términos y no tuvimos discusiones en esta dirección, pero el Partido del Centro era un conjunto de gente seria que creía que nuestro programa de 1918 debía ser cumplido. Sentíamos, en general, y yo en particular, que la organización surgida de la guerra no debía venderse en unas

⁴³ En francés en el original; quiere decir: «Centro duro contra el centro podrido». (N. del T.)

⁴⁴ Literalmente: «hombres de rostro duro». (N. del T.)

rebajas. Esto condujo pronto a una cierta fricción cuando algunos de nuestros colegas parlamentarios empezaron a adquirir equipos de guerra a precios de ganga.

Nuestro grupo estaba lleno de buenas intenciones y de alguna incipiente indignación. Buscamos, entre los más experimentados, líderes con los mismos sentimientos. No se nos ocurrió ni a mí, el baby de la casa, de veintidós años, ni a cualquiera de los otros, que en aquella etapa pudiéramos jugar el papel de dirigentes. Teníamos fresca la disciplina jerárquica del Ejército, y, en cualquier caso, nos sentíamos demasiado novicios en los asuntos políticos, con todo por aprender aún. Tuvimos que buscar a los experimentados generales de la política en sus campos de batalla preferidos: los invitamos a comer.

Aquellos banquetes tuvieron lugar en el Criterion, y la primera ocasión memorable fue cuando invitamos a Mr. Churchill. Yo tenía ya experiencia de sus procedimientos oratorios. Después de mi primer discurso, en los días iniciales del Partido del Centro, él pareció interesarse por mí y desplegó toda su bondadosa zalamería, buscando mi opinión como prototípica de la nueva generación. En particular, ensayaba ante mí sus discursos, cosa que, al parecer, era una costumbre suya de toda la vida, ante auditorios muy distintos. Paseaba arriba y abajo, lentamente, en su despacho de ministro en la Cámara de los Comunes, recogiendo ideas y dándoles forma en un discurso, volviéndose ocasionalmente a su auditorio para ver cómo iba. En aquel tiempo, él no era desde luego un orador fácil, por el contrario, le costaba mucho trabajo. Recuerdo que Mr. Asquith me contó que en sus primeros días como ministro tenía algunas dificultades en desarrollar un debate y no poseía ninguna de las dotes naturales de improvisar discursos que tenía su padre, Lord Randolph. Sin embargo, a medida que pasó el tiempo, se desarrolló en él una notable aptitud para la réplica rápida en la Cámara de los Comunes, y a veces ponía una elaborada trampa en el camino de las víctimas predestinadas, en la que éstas caían casi siempre. Las improvisaciones realmente brillantes parecían emerger de las entrañas de su ser con la fuerza de una explosión, estallando a través de todas las vacilaciones de su discurso en busca del mot juste ⁴⁵; de hecho, los obstáculos que iba superando a lo largo de su discurso constituían uno de sus principales atractivos. Al final, se convirtió en un gran orador parlamentario, aunque siempre resultaba menos preminente cuando tenía que dirigirse a las masas desde una tribuna; pero era eficaz en cualquier parte gracias a su talento y a su personalidad.

No recuerdo su discurso en el Criterion, aunque es casi seguro que lo había ensayado conmigo antes. Ésa fue la primera muestra pública de nuestra actividad como Partido del Centro; un tema repetido, razonable y deseable, pero siempre frustrado. Indudablemente, Mr. Churchill se mantuvo dentro de una discreción ministerial muy adecuada, aunque no era difícil ver qué había detrás de ella. Aquella noche, el drama se produjo no tanto a causa suya, sino por culpa de su gran amigo, F. E. Smith. Nunca he llegado a saber si aquella escena teatral la habían ensayado o no antes. Ellos habían mantenido durante largo tiempo una amistad que estaba por encima de las filiaciones a los partidos y que había alcanzado su expresión práctica en la fundación del Otro Club. Churchill a la derecha del liberalismo y Smith a la izquierda del conservadurismo, debían haber intercambiado de vez en cuando alguna opinión sobre el Partido del Centro, cosa que debían saber los de la generación más vieja. No ocurría así entre los jóvenes e inocentes parlamentarios del Grupo de los Nuevos Miembros, que los invitó juntos a nuestro banquete y pensamos que aquello se parecía mucho a una conspiración.

No teníamos ni idea de que F. E. Smith estuviera en el mismo edificio, pero, inmediatamente después de su discurso, le trajeron un mensaje a Mr. Churchill. Con agradecida sorpresa, se volvió hacia mí y me dijo que su viejo amigo estaba abajo en el restaurante y que tendría un gran placer si fuese invitado a nuestra mesa. Aquello era en realidad un golpe para los Nuevos Miembros, y yo me precipité a cumplir mi misión. Encontré al Lord Canciller sentado en una posición prominente con la única compañía de Lady Birkenhead. Parecía estar disfrutando de la digestión de la comida cuando me examinó indolentemente a través de la niebla del humo de su cigarro. Le indiqué que Mr. Churchill le agradecería que se unieran a nuestra compañía arriba, y miré inquisitivamente a su experimentada compañera. Ella dijo algo sobre que él estaba completamente de acuerdo y que le llevara conmigo.

Él se levantó con dignidad y, avanzando con paso lento, se dirigió con porte majestuoso hacia la puerta, pronunciando apenas unas pocas palabras. Avanzamos, como dice la policía en circunstancias difíciles, hacia el campo de acción, donde se sentó en un sillón que, afortunadamente, estaba cerca de la puerta. Los síntomas eran evidentes, y yo lancé una inquisitiva mirada a Mr. Churchill, como previamente lo había hecho con Lady Birkenhead, pero en su experimentado ojo se reflejó inmediatamente una afirmación y él invitó a su viejo amigo a hablar, entre nuestros atronadores aplausos. Descargando todo su peso sobre los puños apoyados en la mesa, Lord Birkenhead habló como un pájaro durante veinte minutos, no más alto que su acostumbrado balbuceo. Yo estaba atónito, pero su esposa y su amigo habían salvado las formas.

Birkenhead fue un hombre extraordinario y su modo de vida, incluso en aquella generación, resultó excepcional. Él pudo soportar aquello sin ningún perjuicio aparente para sus facultades, pero sus imitadores no. La orilla del camino quedó sembrada de hombres jóvenes que creyeron que para ser brillantes había que

⁴⁵ En francés en el original: palabra justa. (N. del T.)

adoptar necesariamente sus costumbres. ¿Cuál fue el secreto de su *Pied Piper* ⁴⁶, llamada a los jóvenes? Ingenio e irreverencia, una combinación irresistible para aquellos que combinan en sí mismos cerebro y juventud. Discutiendo sobre su blanco favorito, que resultaba también ser su líder, Mr. Baldwin, dijo: «Ese hombre tiene los pies y la boca mal puestas; cada vez que abre la boca pone sus pies en ella». Cuando se aproximaba una conspiración para reemplazar a Baldwin por Joyson-Hicks en una situación crítica, dijo: «Nunca cambies de burro cuando estés cruzando un río». Cuando su sombría figura, asomando detrás de su mesa favorita en un rincón del Ritz, fue saludada tras una buena comida por un en-medallado general que se había pasado la guerra en el Ministerio de la Guerra, dijo: «General, usted tiene un montón de medallas». «Sí, señor, si me dan alguna más no sabré dónde ponérmela.» «Póngalas donde las ganó, general, en su trasero.» Tanto Sandhurst como la Universidad podían deleitarse en compañía de F. E.; el eterno verano todavía brilla en la memoria.

Las largas y ociosas comidas y cenas, el beber y fumar mejor, eran, tal vez, costumbres tradicionales de los políticos ingleses de finales del siglo xviii y principios del XIX, pero las tensiones de la vida y, en particular, de la Administración Pública eran entonces mucho menores. Incluso en un hombre tan brillante como F. E. siempre tuve la impresión de que, mientras las realizaciones de la juventud pueden repetirse indefinidamente y casi con mayor eficacia con la edad, no resulta, en cambio, tan fácil, con semejantes hábitos, asimilar nuevos conocimientos o aprender nuevos trucos; resulta igualmente difícil para los perros viejos que para los viejos borrachos. En el mundo clásico también había mucha gente que vivía de este modo, pero en aquel período de violencia no alcanzaron nunca la altura triunfal de sus imitadores contemporáneos. Como dijo Catón la víspera de suicidarse: «Sólo un hombre llegó sobrio al destronamiento del Estado, pero en aquella ocasión el Estado fue destruido».

Siempre ha parecido que semejantes costumbres se convirtieron en piezas de museo para la mayor parte de los hombres de Estado durante los inicios de mi vida política — una excepción sobresaliente era Lloyd George — a causa del extremo esfuerzo mental y de voluntad que se requería para iniciar un gran discurso. Es algo terrible enfrentarse a un gran auditorio, cuando las dos partes, uno y los demás, están tan fríos como una piedra; así, una vez que se ha superado el doloroso trance de calentarse uno con su propio esfuerzo, el impulso se pierde pronto por falta de energía. Yo bebo café antes de un discurso importante, pero si uno empieza con café acaba, aunque en otro estilo, casi tan bebido como los que empiezan con alcohol. La alternativa es o empezar sobrio y acabar borracho, o bien empezar borracho y acabar sobrio. Lo primero es mucho mejor, tanto para la salud del orador como para el efecto sobre el auditorio. La razón es que, si se toma el alcohol antes de un discurso, se sustituyen artificialmente funciones del sistema endocrino, y, como los efectos del alcohol se pasan, el discurso decae un tanto. Si, por el contrario, se empieza sobrio, el esfuerzo por hablar hace que se incremente gradualmente la segregación de adrenalina y se termina en un estado de excitación que se comunica al auditorio. Después, el esfuerzo para calmarse uno mismo, para dormir, requiere casi un ejercicio equivalente al del discurso; algunos se han agotado prematuramente por haber fallado en este segundo aspecto. Sé que la ciencia me apoya hasta cierto punto en estas reflexiones que en mi caso están confirmadas por una larga experiencia. Las expongo para que puedan servir a los jóvenes oradores.

En esta época, pronto se agotó el tema del Partido del Centro. En lo que a mí respecta, esto fue debido al rápido incremento de mis divergencias políticas con Mr. Churchill. Cuando se reanudó una década después, con un impulso mucho más vigoroso, Lloyd George estaba más comprometido que Mr. Churchill.

Por aquel entonces, había dejado de ser una criatura política porque había basado mi reputación en el discurso de renuncia del Gobierno laborista, y en las discusiones de aquel período que me habían hecho competente para hablar a la generación más joven. Aunque en esta época posterior de nuestra historia, la iniciativa de los viejos hombres de Estado provenía principalmente de Lloyd George, con la ayuda de Lord Rothermere, Mr. Churchill estaba, en ocasiones, presente en nuestras discusiones ⁴⁷, si bien no acudía a todas, mientras que en la fase anterior había jugado un papel dirigente. Tal vez la razón era que sus relaciones no eran demasiado buenas en aquel período con todos los jóvenes M. P. con los cuales yo me asocié después de abandonar el Gobierno laborista, y, en particular, tenía algunas fricciones personales con algunos de los conservadores más jóvenes.

Mis propias relaciones con Mr. Churchill continuaban bastante bien, y sólo fueron interrumpidas intermitentemente por algún espasmo pasional en uno de mis discursos más agresivos. Incluso en una ocasión en que se vio movido a blandirme el puño desde el fondo de la Cámara refunfuñando: «Eres un maldito dandy», unos días después me dirigió en el pasillo una acogedora sonrisa de olvido. Nunca soportó el rencor.

Por mi parte, siempre me gustó y aquello era sólo una consecuencia de los «desgarramientos de las cosas» que las profundas diferencias en la actitud ante la política, aunque no ante la vida, producían; pronto nos separaron y finalmente se rompieron los hilos del destino que, por unos momentos, nos habían unido. Guardo caleidoscópicos recuerdos de Winston Churchill de muchas ocasiones distintas, felices, tristes, apasionadas,

⁴⁶ Literalmente: Abigarrado gaitero. (N. del T.)

⁴⁷ Ver Nicolson: *Diaries*, 1930-59, págs. 81-82.

pero nunca mezquinas e innobles. Nuestros choques en los debates eran numerosos y a menudo terminaban con mucha algarabía, pero nunca los prolongaba el rencor. En una ocasión él salvó un debate, en el que yo había hecho bastante ruido, con un discurso llamativo para la oposición, que transformó una aburrida y apagada sesión en una animada y divertida algazara. Posteriormente, él describió lo agotada y desmayada que aparecía la oposición y cuan perdida estaba su causa, «cuando saltó hacia delante nuestro joven Astvanax, la esperanza de Troya». Hubo ruidos de risa a costa mía y me quedé perplejo preguntándome cómo se las habría arreglado, porque yo estaba casi seguro de que no había leído a Homero. Más tarde, en el pasillo, vino hacia mí con una amplia sonrisa y dijo: «Citas Familiares, de Bart Lett, amigo mío, que no le falten nunca». Una gran parte de su encanto consistía en que estaba completamente exento de hipocresía. Detestaba a los santurriones, como él los solía llamar.

Churchill, a pesar de su carácter impulsivo y emocional, tenía un sólido sentido común, muy en el estilo inglés, que prevalecía sobre las divisiones de los partidos y hacía de él un hombre esencialmente del centro. Un ejemplo típico de este sereno sentido común, fue la constatación — «en Inglaterra sólo se sangra por la nariz» — que me hizo con cierta complacencia cuando nuestros Blackshirts⁴⁸ se batían por toda Inglaterra contra sus agresores rojos en nuestro mítines. Era sincero consigo mismo en alto grado y muy realista en sus proyectos. «¿De qué sirve hacer carreras toda la vida si nunca se gana el Derby?»⁴⁹, me dijo en una mesa del Otro Club pocos años antes de la guerra; y en otra ocasión: «El problema es que he estado demasiado tiempo en los carteles». Entonces, evidentemente, había desesperado ya de llegar a ser primer ministro, y por todas las apariencias, aquélla parecía una apreciación acertada.

¿Cuál era la razón básica de la amplia divergencia de principios que me separaba permanentemente en política de un hombre que me gustaba tanto como Winston Churchill? La respuesta está claramente explicada en la biografía de su hijo, donde se cita una carta escrita por Winston Churchill en 1909: «¿Sabes?, me gustaría mucho tener alguna práctica en trabajos manuales que requieran un gran esfuerzo... Estoy seguro que tengo la semilla arraigada dentro de mí, pero este tipo de vida creo que me hará perder la oportunidad de florecer... en una brillante primavera roja»⁵⁰. Tenía otras aficiones, como su hijo señala, pero a mí me parece que esta actitud prevaleció a lo largo de los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Lloyd George lo señaló en la Segunda cuando escribió a su mujer: «A Winston le gustan las guerras, a mí no»⁵¹.

Esta tendencia de Mr. Churchill hacía claramente imposible una estrecha asociación política con una persona como yo, que había regresado de la guerra con una apasionada dedicación a la paz. Esto se hizo evidente en una etapa temprana y se reflejó a lo largo de nuestras relaciones en todas las cosas, pequeñas y grandes. Comenzó con su aventura rusa en 1919 y continuó hasta la Segunda Guerra Mundial. Me parecía que se arriesgaba continuamente a una guerra sin razones que lo justificasen. Yo sólo quería que Gran Bretaña luchase de nuevo en el caso de que nuestros intereses vitales corriesen peligro, mientras que él parecía querer comprometerse en colisiones militares que arriesgaban vidas y desperdiciaban nuestros bienes sin necesidad. El choque principal corresponde a un período posterior, pero las primeras fricciones fueron suficientes para terminar con nuestras felices relaciones en el incipiente Partido del Centro.

Mi propósito aquí no es escribir historia, sino explicar una trayectoria personal en la vida. En una etapa posterior trataré de mi posición frente a la guerra de 1939; baste aquí indicar mi postura en las disputas que sólo la historia acabará juzgando. Mi conflicto con Mr. Churchill, nada más acabar la Primera Guerra, se centró en tres decisiones principales: la aventura rusa, como yo la calificaba, la Mesopotámica y la de Chanak. La historia puede tal vez reconocer la culpabilidad de Mr. Churchill en los dos primeros puntos, pero no en el tercero. Lord Snow cita a Lloyd George⁵² diciendo que Churchill fue responsable de la iniciativa tanto en Rusia como en Chanak. L. G. se queja de que en 1915, Churchill sacó un mapa de los Dardanelos y dijo: «Veamos dónde desembarcamos». Después, describiendo su Gobierno de la posguerra, L. G. añadía: «Antes de que echase una mirada, él había sacado sus mapas de Rusia, y ya estábamos haciendo el ridículo en la Guerra Civil. Cuando se terminó, sacó de nuevo sus mapas — Grecia y Turquía — y condujo a mi tambaleante Administración a una encerrona». Sin embargo, la mayoría de los estudiantes de la época estarán de acuerdo probablemente con el punto de vista de A. S. P. Taylor, en su *English History* de Oxford, de que el mismo Lloyd George fue el principal responsable de la operación Grecia, y que Churchill fue sólo un atrasado neófito en la empresa. Por mi parte, me opuse a todas estas aventuras — Rusia, Mesopotamia y Chanak —, sea quien fuese el responsable inicial, y me expresé en el terreno de los principios con una claridad apropiada, pero adornada con vituperios tal vez exagerados.

La actitud general de Lloyd George hacia Churchill, descrita mucho después por Lord Snow, según la cual era un peligroso y desafortunado militar aventurero — «una especie de asno» —, era en realidad el punto de vista que yo expresaba en mis discursos de aquel tiempo. En una ocasión, en un debate, después de haber

⁴⁸ Camisas Negras. (N. del T.)

⁴⁹ Derby: famosa carrera anual de caballos de tres años en Epsom. (N. del T.)

⁵⁰ Winston S. Churchill, Randolph S. Churchill (Heinemann, 1967), volumen 2.

⁵¹ *The Years that are Past*, Francés Lloyd George (Hutchinson, 1967).

⁵² *Sunday Telegraph*, 5 de febrero de 1967.

observado que Mr. Churchill estaba «tomando prestados sus principios de Prusia para sostener el liderazgo del National Liberal Party, que tomaba su nombre prestado de Alemania», sinteticé mi opinión sobre sus actuaciones: «Mi queja es que resulta un prusiano ineficaz; siempre es derrotado. Por desgracia para los contribuyentes, cuyo dinero se consume en las garras de su omnívora ambición. Siempre que se encuentra adversarios vigorosos y decididos, como Lenin y Michael Collins, su jactancioso espíritu militar le hace impotente para llegar a un digno fin. Y, al final de un combate insatisfactorio y fluctuante, mantenido a expensas de las vidas y el dinero ingleses, bajo la protección de su inútil sable, estos enemigos suyos, tanto si han sido calificados de monstruos en un trono de calaveras, o simplemente de jefes de bandas de gangsters, son recibidos en sus paternales brazos. Realmente, no valoramos el dinero. No es bueno conservar un Napoleón privado si siempre es derrotado. Desde luego, es un lujo demasiado caro. El Recto y Honorable Caballero ha vadeado ya sobre la sangre de la derrota en demasiadas aventuras, ha sido a menudo obligado a volver por la fuerza a lo que previamente había rechazado por la razón»⁵³.

Mis cargos eran libertinaje político e incompetencia militar. Habíamos sufrido las experiencias de Amberes, Galípoli, Rusia y Mesopotamia, y al mismo tiempo los amargos sucesos de Irlanda. Estos improprios en un debate frente a un hombre que estaba entonces desenfrenado en sus discursos — «Monstruo en un trono de calaveras», fue el calificativo aplicado al dirigente ruso, y «Jefe de una banda de gangsters» al dirigente irlandés, con el que poco después estaba bromeando sobre un rifle en Downing Street, durante las negociaciones de paz — no empezaron repentinamente, sino que se desarrollaron de forma gradual. Yo apoyé a Mr. Churchill cuando las acciones de las Trade Unions amenazaron el programa político del Gobierno durante una operación militar, aunque luego me opuse a ese mismo programa político como equivocado en interés práctico de la nación, y después urgí su retirada. Estábamos en Rusia en una operación de guerra, un hecho demostrado con fuerza en los discursos de Mr. Churchill, y tuvimos que liberar a los soldados rusos que habían actuado como nuestros aliados. Fue, por tanto, una afrenta para todos los que tenían mis ideas y mi temperamento, cuando los dirigentes del Labour amenazaron con una huelga general para apoyar sus prejuicios políticos en favor del poder soviético, contra el cual nuestras tropas estaban luchando.

No había duda acerca de esta amenaza. Fue desaprobada, pero explicada por el moderado Mr. Clynes, entonces vicepresidente del Labour Party, en un discurso en el Parlamento el 20 de julio de 1919: «Se ha formado ahora en este país un sentimiento tan fuerte en la mente del trabajo organizado de que las garantías de paz sólo pueden venir de una inversión completa de la política en relación con la lejana Rusia, es tan fuerte ese sentimiento que ha impulsado — lamento decirlo — a una formidable organización conocida en el país como la Triple Alianza a dar unos pasos que pueden conducir a algo de la naturaleza de una huelga nacional, a menos que trastoquemos nuestra política en esta cuestión... Yo confío que las clases trabajadoras de la industria de las armas no cometerán ni ahora ni en el futuro un acto que pueda dar a cualquier otra sección de la comunidad una excusa para desafiar la ley en un momento u otro». El suave Mr. Clynes no necesitaba recelar de un precedente, porque semejantes crímenes sólo les estaban permitidos a la izquierda. ¿Podemos dar una mejor definición de alta traición que eso de llamar a la huelga general para forzar un cambio de política en el Gobierno y negar provisiones y municiones a nuestras tropas mientras luchaban en el campo de batalla?

Mientras apoyaba fuertemente a Mr. Churchill ante semejantes amenazas, me convencí, sin embargo, de que deberíamos desembarazarnos lo antes posible de la campaña rusa. La divergencia vino cuando la expedición rusa corrió el peligro de convertirse en una cruzada para aplastar el bolchevismo.

«Si no pisamos el huevo, tendremos que perseguir al pollo por toda la granja del mundo», era entonces la frase que se atribuía a Churchill y que tenía una base auténtica. Entonces empecé a oponerme a él y a los sucesivos gobiernos que perseguían la misma política como una parte de los consistentes principios que desde siempre había perseguido.

Me complace observar hoy que la causa de Europa estaba ya presente en mis discursos. Todo insistía en el mismo tema: evitar las aventuras extranjeras que no forman parte de las tareas de la Gran Bretaña: cuidar de nuestro propio pueblo, conservar nuestras riquezas, guardar nuestro Imperio, mantener nuestra fuerza, desarrollar nuestros intereses vitales, que están en Europa, e ignorar toda distracción en remotos territorios que se aparte de estos objetivos. ¿Se me puede acusar realmente, cuando en 1939 me opuse a la guerra frente a Alemania, cuando ésta se dirigía hacia Rusia a través de Polonia; se me puede acusar de sentirme atraído por sus ideas políticas más que por mis propias concepciones profundamente arraigadas de los intereses nacionales de mi país?

La aversión hacia las guerras, que yo consideraba tan innecesarias, trasladó mi ioven lealtad en este decisivo momento del lado de Mr. Churchill al de Lord Robert Cecil. La empresa de Rusia en 1919 me parecía arriesgar vidas inglesas sin ningún interés para Gran Bretaña, y en términos militares se me ocurrió que Mr. Churchill no podía triunfar donde Napoleón había fracasado. Por el contrario, Lord Robert Cecil sostenía con gran fuerza la tesis honrada y sencilla de que deberíamos llevar a cabo las obligaciones contraídas con los

⁵³ Hansard.

aliados, ñero desembarazarnos nosotros directamente, si es que se había caído en ellas, de remotas aventuras que no concernían a los británicos.

A mí me era imposible no sentir alguna simpatía personal hacia Mr. Churchill, y esta afinidad perduró muchos años después de la separación de nuestros caminos políticos. Por su parte, su cálida y afectuosa naturaleza lo empujaba con frecuencia a realizar acciones en su vida privada que le hacían perder un tiempo considerable y le traían muchos problemas. Era demasiado sensible y se emocionaba en un grado poco común entre los ingleses. En este aspecto se parecía bastante a Curzon. Acudió a una pequeña reunión privada para inaugurar una nursery⁵⁴ en recuerdo de Cimmie poco después de su muerte, en 1933, y cuando me saludó sus ojos estaban llenos de lágrimas. Era un gran anfitrión incluso para sus prisioneros y, siguiendo la clásica tradición inglesa, hizo todo cuanto pudo para mitigar nuestra condición durante la Segunda Guerra Mundial. Otra viva muestra de sus virtudes como bondadoso anfitrión fue la fiesta del veintiún cumpleaños de su hijo Randolph, entonces un apuesto y simpático joven. El actual Lord Birkenhead pronunció también un discurso en aquella ocasión. Era un hombre muy joven con algo del ingenio de su padre, y bastante más simpático.

Como muchos otros han observado, Winston Churchill no era mezquino, una realidad completamente al margen de su capacidad como estadista o de la grave problemática de su política. A pesar de la consternación e incluso disgusto de mis amigos en varios países, yo nunca he sido capaz en lo personal, aunque me opusiera a sus fines políticos, de considerar a Churchill como un canalla, ni a Roosevelt como un criminal. Era posible, y es posible, oponerse a los hombres con todas las fibras de nuestro ser hasta llegar al sacrificio personal en todo aquello que creemos que son los intereses de nuestro país y de nuestro continente, sin tratar por eso como villanos a aquellos que son personalmente honorables, incluso aunque, desde nuestro punto de vista, estén profundamente equivocados. Creer que todos los errores son diabólicos, revela una incompreensión del mundo, aunque si ellos amenazan con la ruina a nuestro país, debemos combatirlos como si lo fueran.

Hay que hacer notar que, incluso a través de toda la amargura de las divisiones internacionales, un cierto reconocimiento, y hasta admiración, por un enemigo es el imprimatur de los grandes períodos de la Historia. Fue un emotivo momento del empujado genio británico aquel en que Napoleón subió al puente del Bellerophon en Plymouth Sound para saludar a la flota de pequeños barcos que se había congregado allí para verle, y todos y cada uno de los hombres de aquella muchedumbre se quitaron el sombrero. Hay que reconocer que él no había cometido crímenes comparables a los que se cometen hoy. Desde entonces hemos avanzado mucho por el camino cuyo término ya ha sido revelado por la experiencia de otras civilizaciones anteriores. Hoy prosiguen las venganzas, no ya sobre individuos, sino sobre pueblos enteros, y las llamas de las pasiones arden continuamente en una propaganda que hasta ahora se reservaba a los tiempos de guerra.

No ha pasado tanto tiempo desde el luminoso momento en que César lloró sobre el carro mortuario de Pompeyo, aunque la muerte de su gran rival le convertía en el amo de todo el mundo conocido, o de la oscura hora en que la execrable Octavia, esposa de Antonio, colocó una moneda de oro en la boca del asesinado Cicerón con la mezquina burla: «Demasiado para tu dorada garganta». Esto ya marcó un escalón descendente hacia el Averno. Cuando dos grandes amigos íntimos fueron lanzados por el destino a luchar el uno contra el otro por el mundo, fue una gran tragedia que uno de ellos tuviese que morir. La noticia de aquella victoria sin precedentes fue ahogada en dolor cuando César besó la frente del caído Pompeyo y se retiró durante varios días, postrado por la pena. El extremo contraste de aquello con los comportamientos modernos no fue debido a la debilidad, porque nunca a lo largo de la Historia se han dado tan unidas en un solo hombre estas dos cualidades: un cerebro de hielo y un corazón de fuego.

Es así como a mí me gusta imaginarme a nuestra Europa. Y no me refiero a las guerras caballerescas, como cuando Federico el Grande y María Teresa luchaban por el dominio de una provincia, sin ningún tipo de destrucción deliberada de vidas no combatientes, costumbre militar que volvió con Stonewall Jackson en América. No es necesario retroceder al momento descrito por Velázquez en el Prado, que muestran al conquistador español descendiendo de su caballo e inclinándose más que el derrotado holandés antes de abrazarle para demostrar su homenaje a un bravo enemigo. Me refiero a los jóvenes aviadores que fueron mis compañeros en Flandes en los tempranos días de la Primera Guerra Mundial; ellos estaban en la edad moderna y todavía sentían el mismo alto reconocimiento hacia los jóvenes enemigos — lanzaban coronas de flores — con quienes se veían obligados a luchar a muerte por culpa de la insensatez y la bancarrota del viejo mundo.

Si mi generación tenía esos sentimientos hacia los mejores espíritus de entre nuestros enemigos de la Primera Guerra, seguramente es lícito que yo conserve sentimientos no menos nobles hacia mis principales adversarios de entre mis compatriotas. Sin amargura y con cierto aprecio por las infinitas variedades de la existencia humana en el enmarañado pero brillante tejido del destino, recuerdo una de las últimas tardes en el Otro Club, cuando yo estaba sentado enfrente de Winston Churchill. Él miró a través de la mesa y me dirigió una breve pero profética oración que recuerdo, y por una buena razón. Empezó con el símil de que el río de la Historia estaba fluyendo a través de la tranquila y pacífica escena contemporánea, tan serena que incluso podía llevar en su tranquilo seno las despreciables figuras de Baldwin y Mac-Donald (sus jefes nominales), pero pronto

⁵⁴ Guardería infantil. (N. del T.)

se alzaría la desolación, la catarata del destino, centellearía la espuma, brillaría el oleaje del mar a la luz del sol de la gran oportunidad y — avanzando hacia delante el puño para dar mayor énfasis — «nuestro tiempo llegará». Y llegó: él en Downing Street y yo en la cárcel.

6. MATRIMONIO CON CYNTHIA CURZON CURZON INDIA

Mi matrimonio con Cynthia Curzon fue un acontecimiento de extraordinaria felicidad y duradera influencia en mi vida. Ella fue mi más constante, leal y capaz colega en la dura existencia del político, y mi deliciosa compañera en la mayoría de las encantadoras ocasiones descritas en este libro desde aquel feliz día de 1920 hasta su trágica muerte en 1933, a los treinta y cuatro años. Murió de una peritonitis, que siguió a una operación de apendicitis, en una época anterior al descubrimiento de las modernas medicinas que la habrían salvado. Como muchas personas, yo aprecio mucho el carácter bondadoso, y nunca he visto esa cualidad, la mejor de todas, en tan alto grado en ningún otro ser humano. Era una mujer buena de verdad, con una gran facilidad de expresión. Además, tenía una inmensa simpatía y *joie de vivre*, el mismo entusiasmo por las diversiones de la vida privada que por los asuntos de la vida pública, cuyas irracionales frustraciones la llevaron a la más intensa indignación; sin embargo, ese entusiasmo estuvo compensado por su serenidad y firmeza de carácter.

Cuando la conocí, tenía opiniones liberales avanzadas, un rápido y automático sentimiento por el desvalido. Ella reaccionaba fuertemente contra la fastuosidad del conservadurismo, tan fielmente reflejada en sus primeros ambientes, y eso la llevó a buscar un estrecho contacto con las masas del pueblo y a preferir la sencillez en su propio hogar. Amaba al pueblo, y su transparente sinceridad y amistad le facilitaba el ganarse a la gente. Nuestro hogar combinaba su presencia agradable con aquellos gustos, y hacía que cualquiera se sintiese allí como en su propia casa.

Empezamos nuestra vida matrimonial en dos pequeñas casitas en Ifold, en medio de los bosques de Sussex, cerca de Dunsfold; sus vigas y techos bajos contrastaban con la elevada magnificencia de la casa Hampshire de sus padres, en Hackwood. Más tarde, nos mudamos a Savehoy Farm, una casa de estilo Tudor con unos ciento veinte acres de tierra, cerca de un precioso pueblo, Denham, en Buckinghamshire. De nuevo, la simplicidad de estilo representaba un desafío a las glorias de la Regencia, tan del gusto de su padre; una reacción natural que la enardecía, ya que afortunadamente ella aún mantenía su capacidad para disfrutar, en las altas esferas, de la variedad de la vida. Nuestra casa de Londres en Smith Square, número 8, con cuarterones rosados al estilo Reina Ana, era un vivo retrato del activo mundo político, perturbado sólo por los molestos toques de la campana del distrito. Nuestros dos hijos mayores nacieron y se criaron en estas casas; Cimmie fue una madre completamente dedicada a sus hijos y, por tanto, a la vida doméstica. Su interés real por la política vino después, ya que al principio estaba enteramente absorbida por la vida del hogar, aliviada sólo por la alegría de las fiestas juveniles en el campo y las diversiones de Londres en los felices años veinte.

Mientras Cimmie adquiría mayor madurez política, combinaba la pasión por acabar con el sufrimiento y la pobreza innecesarias, con gran prisa por realizar la acción esencial y una ardiente impaciencia con sus frustraciones. No era sólo su profunda lealtad personal lo que la sostuvo a mi lado siempre políticamente, sino también su reconocimiento de que los sentimientos solos no bastan. Ella reconocía que debíamos aceptar los medios igual que los fines, aunque la dureza de la lucha resultaba a menudo detestable a su natural bondadoso. Este carácter excluía todos los medios innobles; si debemos luchar, nuestras armas deben ser limpias, nuestra victoria magnánima, o nuestra derrota llevarla con entereza.

La primera vez que vi a Cimmie fue al acabar la guerra, y recuerdo haberla acompañado después de la fiesta a casa de su padre en Carlton House Terrace, número 1. Tuve ocasión de conocerla mejor durante las elecciones de Plymouth en marzo de 1919, que vinieron a continuación de la entrada de Waldorf Astor en la Cámara de los Lores, a la muerte de su padre. Lady Astor era candidata y Cimmie era muy amiga suya; Cliveden, su casa junto al Támesis, jugaba entonces un papel considerable en nuestras primeras relaciones.

El período preelectoral era tan animado como todos los demás acontecimientos relacionados con Nancy Astor. Pasé algún tiempo en Plymouth como orador, mientras Cimmie solicitaba votos, y aún recuerdo vivamente cómo se movía en medio de la tormenta causada por mis ataques a los informes de guerra de los dirigentes laboristas, en un mitin de la víspera de las elecciones. Allí fue donde conocí al M. P. liberal del distrito electoral correspondiente, Isaac Foot, padre de varios hijos muy distinguidos, y trabé con él una amistad personal que se prolongó a lo largo de toda mi vida parlamentaria. Era una gran autoridad en conocimientos sobre Cromwell y un radical que comprendía la necesidad de la acción para realizar los cambios imprescindibles.

Cimmie y yo continuamos viéndonos a menudo durante el resto de 1919, y a principios de la primavera de 1920 nos comprometimos. Ella era hija de una enigmática personalidad para la generación joven, Lord Curzon de Kedleston, que era el secretario del Foreign y que antes había sido un destacado virrey de la India. Había multitud de leyendas acerca de su dignidad y ceremoniosidad, y su estilo arcaico y afectado, que consistía, por ejemplo, en pronunciar las palabras tipo grass con una a corta, como en la palabra bat⁵⁵. Así, a su entrada en la

⁵⁵ La palabra inglesa grass (hierba en castellano) se pronuncia con una a abierta y larga, como la a castellana. La palabra inglesa bat (que significa maza y también murciélago en castellano) se pronuncia *beit*. (N. del T.)

Secretaría de Estado, en el Foreign Office, ordenó, señalando el tintero: «Quiten este objeto de glass y brass, y tráiganme uno de alabaster»⁵⁶. No le había conocido nunca, pero pronto descubrí que su carácter real era muy distinto de su imagen pública, como se diría hoy. Cimmie, su segunda hija, mantenía muy buenas relaciones con su padre, aunque se oponía a la exagerada magnificencia en la que había sido educada. Su pasatiempo consistía en adquirir viejos castillos para su conservación nacional y restaurarlos con un estilo grandioso y un gusto refinado. Era un snob — el tema de muchas conversaciones — y ella, en cambio, no lo era. Un día me comentó tranquilamente: «Si eres el dirigente de la Cámara de los Lores, tu métier es ser un snob».

Sin duda se daba cuenta de que el carácter independiente de Cimmie la conduciría a una boda menos deseable que la alianza con el primogénito de algún eminente noble, que ya debía haber seleccionado para ella. Cimmie se mostraba un tanto insegura sobre cuál sería la reacción de su padre cuando entró en su habitación de Carlton House Terrace para anunciarle su compromiso; el pintoresco relato sobre la conducta de su padre en este momento de tensión fue motivo de diversión durante mucho tiempo entre sus amigos. Cuando ella dijo: «Estoy comprometida», él se levantó y la abrazó entrañablemente, tan afectuoso y correcto como siempre. Luego, ella creyó detectar un suspiro cuando sus ojos recorrieron la imponente hilera de libros, excelentemente encuadernados, de su biblioteca hasta llegar a los humildes libros de consulta; durante un instante hizo una pausa en el Debreit, pero luego continuó impertérrito hasta llegar al Who's Who. Finalmente, con su curioso y arcaico acento, que acortaba las aes, dijo: «Dame ese libro rojo y dime su nombre»⁵⁷. Riendo, ella pasó de largo por delante de Who's Who, y en su lugar le dio el Debrett: yo era uno de los ciudadanos de más baja condición, aunque todavía dentro del mágico círculo.

Me gustó en seguida, desde el primer encuentro. Efectivamente, Lord Curzon era una figura distinguida e imponente; su aspecto era casi una parodia de lo que debía ser un jefe de la Cámara de los Lores. En cambio, su sentido de la dignidad era muy alto. Los jóvenes solían llamarle «El Mayordomo de Dios», y era una expresión a la cual se refería con cierta complacencia; conocía la mayoría de las leyendas y chistes que se hacían sobre él. Las coleccionaba del mismo modo que Henry Ford hacía acopio de bromas sobre los coches «Ford», y a menudo analizaba su grado de veracidad. El analizaba críticamente esas historias, como, por ejemplo, la observación que hizo cuando vio a los hombres que acababan de salir de las trincheras, en una casa de baños detrás de las líneas del frente [«Nunca supe antes que las clases⁵⁸ bajas tuvieran la piel tan blanca»] para llegar a la conclusión de que era muy natural subrayar lo notablemente limpios que se mantenían aquellos hombres en aquellas inmundas condiciones, aunque — algunos que en Oxford hubiesen sido calificados con el epíteto de «persona superior» — lo hubiesen tergiversado hasta llegar a lo absurdo.

Era algo introvertido, lo cual, en cierto modo, originaba su conducta fría y rígida, a pesar de que también influía en ello su timidez y sus continuos dolores de espalda, que le obligaban a llevar un corsé. Casi siempre sentía dolores y cualquiera que le conociese bien tenía que sentir simpatía hacia aquel hombre que sobrellevaba aquella aflicción, en medio de un constante trabajo, con alegría y buen humor, y que sólo se dejaba llevar por el mal humor en algunas ocasiones debido a la fatiga y al sufrimiento. Combinaba el sentimiento del deber público con el gusto por la vida, y, a pesar de que nuestras concepciones, tanto sobre lo último como sobre lo primero, eran profundamente dispares, su aparente simpatía hacia mí en nuestras relaciones iniciales debieron basarse en su reconocimiento de mis motivaciones correspondientes. Cimmie me dijo años después que mi vitalidad se aprovechaba tanto de la vida que yo tenía una obligación particular de darle mucho a cambio. Lord Curzon en un sentido más material se aprovechó mucho del mundo, y ciertamente sentía también esa obligación y trabajó incesantemente para devolvérselo.

Antes de nuestro primer encuentro debía haber decidido que, evidentemente, su deber era hacerme todas las preguntas habituales en cualquier suegro, pero lo encontró embarazoso —poco adecuado—; su esencial timidez era una de sus características peor comprendidas. Tampoco podía ser detectada nunca su intensa emotividad, tras el porte glacial que presentaba a los ojos del mundo. Sus modales y su conducta en la vida privada eran más sentimentales de lo normal en un inglés. Tenía un gran corazón, y en todos los acontecimientos familiares se le saltaban las lágrimas con facilidad. En el bautizo de nuestro primer hijo hizo un pequeño discurso — brindando por el trofeo, como dijo — y luego con las lágrimas corriéndole por las mejillas, nos abrazó a todos. Margot Asquith nos dio también la enhorabuena, aunque quizá de un modo más práctico, cuando visitó a Cimmie en la cama, al poco de dar a luz. «Mi querida niña, estás muy pálida y no debes tener más niños durante largo tiempo. Henry siempre se retira a tiempo, es un hombre tan noble...». Nos dejó cavilando acerca de los efectos de este ejercicio privado en los asuntos públicos.

Desde luego, Lord Curzon podía resultar inconscientemente muy intimidador a cualquiera exterior a su propio círculo. Billy Ormsby-Gore (más tarde Lord Harlech) me contó una de sus historias favoritas. Estaba de servicio como oficial en alguna reunión de un comité del Ministerio de la Guerra en Carlton House Terrace. Mr.

⁵⁶ La palabra glass significa cristal en castellano; la palabra brass significa cobre, y la palabra alabaster, alabastro. Las aes de estas tres palabras se pronuncian abiertas y largas como en castellano, y Lord Curzon las pronunciaba gleis, breis y alabeister. (N. del T.)

⁵⁷ La palabra dame en inglés es pass, que Lord Curzon pronunciaba peis. (Notadel Traductor.)

⁵⁸ Clases, en inglés classes, que pronunciaba cleises. (N. del T.)

Barnes, el estimable miembro laborista, que fue el primero en llegar, quedó claramente sobrecogido por la lúgubre magnificencia que le rodeaba. Buscando algún respiro, señaló un enorme retrato que había colgado en la pared: «Lord Curzon, ¿qué es este cuadro?» Las incisivas y cortas ayes destacaban en su paciente respuesta: «Ese cuadro, Mr. Barnes, es una fotografía mía y de mi personal, montando en elefantes»⁵⁹. Aquel brillante sol del virreinato no ayudaba a aliviar la niebla imperial que se expandía en el esplendor de la Regencia⁶⁰ en el Carlton House Terrace cuando la compañía presente resultaba poco adecuada.

Su reacción ante la transgresión de las normas por alguien de su propio personal podía ser terrible. Cuando daba comidas al rey y a la reina en Carlton House Terrace se observaba la más refinada etiqueta y el vestuario más meticuloso. En la primera ocasión que fuimos invitados, él escribió una carta a Palacio con su fluida pluma solicitando que fuese permitido vestir pantalones en lugar de calzas hasta las rodillas; desde luego, mi pierna destrozada tenía un aspecto extraño con aquellos trajes convencionales. No es por tanto difícil entender que el cielo se oscureció y la tierra se estremeció el día en que Sir Ronald Lindsay, del Foreign Office, subió lentamente las escaleras, vestido con pantalones largos, para dar la mano a su jefe y anfitrión que estaba de pie arriba esperándole. Sus manos se alzaron al cielo y la corte a fue rotunda: «¡Lindsay!, estoy estupefacto»⁶¹. Era una doble afrenta, la transgresión de dos cláusulas, como Lindsay debía saber. En primer lugar, entonces estaba ya en camino de su subsiguiente logro, llegar a ser la cabeza del Foreign Office, y en segundo lugar era hermano de un conde de antiguo linaje. Sin embargo, Lord Curzon, en otro contexto, habló hostilmente de los hombres que sin tener ninguna relevancia personal adoptan un orgullo indebido por los uniformes oficiales, y concluyó: «Si yo anduviese desnudo por Piccadilly la gente aún me seguiría mirando».

Hubo una racha de mala suerte en esas comidas reales. Desde luego, nosotros mismos comenzamos muy mal. La invitación formal llegó y yo se la tendí a mi secretario descuidadamente para que contestase aceptando; mi secretario era miembro del Partido Laborista e inexperto en estas formalidades; le llamaremos John Smith. La respuesta a Lord Curzon fue la siguiente: «Querido Lord Curzon: Mr. Mosley me pide que le comunique que él y su esposa tendrán mucho gusto en cenar con usted y con el rey y la reina el próximo día 15. Sinceramente suyo, John Smith». A vuelta de correo llegó una carta escrita con su fluida pluma: «En primer lugar, su secretario debe llamarme (si es que me tiene que llamar de alguna forma) Milord». Para los que le conocen bien, había todo un mundo de ofendida resignación en aquel paréntesis. A continuación venía una lista social completa de cómo y en qué orden de precedencia debe ser llamado y situado cada dignatario del reino. Fue de lo más útil.

Sin embargo, pudimos servirle de un poco de ayuda en un momento de apuro en uno de aquellos reales encuentros. George Robey fue invitado a cantar para el rey y la reina después de la cena; una elección adecuada, ya que el gusto real era alegre. Más tarde, a Robey le nombraron caballero. Cantaba con voz directa y firme, con su habitual alegría y naturalidad, cuando se detuvo repentinamente. Miró alrededor suyo y salió corriendo de la tarima. Cimmie y yo creímos que era nuestro deber seguirle y averiguar qué había pasado. Sudaba intensamente y se encontraba en un estado de perturbación. «Saben — explicó —, de pronto me acordé de que la línea siguiente era: Me siento tan bien como una vieja reina juerguista». Comprendimos que ninguna otra situación, más que la desaprobación conjunta de la reina Mary y Lord Curzon podría haber roto los nervios de aquel gran comediante.

De todos modos, todo este agosto ritual formaba parte del sentido práctico de Lord Curzon. Él pertenecía a aquella clase y tenía que sostenerla exhibiendo los medios adecuados para ello. Mi suegro demostró ser un hombre de una talla moral e intelectual muy diferente de la de la mayoría de mis adversarios cuando me dijo que mi época sería muy distinta y requeriría una política, una actitud y un tipo de lucha muy distintos. De repente añadió simplemente: «Te pido una cosa: que no te conviertas en un buen predicador en el desierto, en un brillante lobo solitario. Eso es todo lo que pido. No me importa si te adhieres al Partido Laborista o si vuelves, lo cual puedo arreglártelo inmediatamente, al Partido Conservador. No te maldeciré si te adhieres al Laborista, pero no permanezcas en un ineficaz aislamiento». Visto retrospectivamente, esto resultó profético, como recordé cuando mi intento de fundar un nuevo movimiento fue frustrado por la Segunda Guerra Mundial y, en consecuencia, fui condenado al aislamiento. A pesar de que por instinto debería haber estado de acuerdo con su consejo, el destino me enfrentó con el dilema de convertirme en un cómodo compañero de un viaje al desastre o en un desafiante solitario a la política mundial que estaba trayendo la ruina a mi país.

No se manifestaron agudas diferencias en nuestras discusiones políticas por una razón muy clara. Él representaba en un alto grado las cualidades del orden y la estabilidad sin las cuales el moderno y complejo Estado no puede sobrevivir. El progreso dinámico que yo buscaba combinar con ese orden y estabilidad, en una síntesis creadora y necesaria para asegurar las dos cosas, era un concepto que, sencillamente, no existía para él. Estaba profundamente familiarizado con todos los detalles de la Administración imperial y las cuestiones concomitantes con la política exterior, pero era completamente ajeno a los problemas económicos del Estado y

⁵⁹ Fotografía, personal y elefantes; en inglés: photograph, staff y elephant, respectivamente, que pronunciaba photogreiph, steiff y elepheint. (N. del T.)

⁶⁰ Período de la Historia de Inglaterra que va desde 1810 a 1820. (N. del T.)

⁶¹ Estupefacto, en inglés aghast, que Lord Curzon pronunciaba agheist. (Nota del Traductor.)

al nivel de vida del pueblo. Era maestro en un tema del cual yo tenía interés en aprender, el otro era un libro cerrado para él; de forma que sólo podíamos discutir de temas en los que estuviéramos de acuerdo hasta cierto punto.

Lord Curzon adoptaba en sus juicios políticos sobre su propia esfera una posición mucho más práctica que en la organización de su vida personal y sus negocios particulares. Su estilo de vida era anticuado, y a su ignorancia sobre economía sumaba una falta de sentido del valor del dinero en la vida privada. Recuerdo, cuando era secretario del Foreign, que mostró en una conversación no tener la menor idea de cómo había variado el franco en los años anteriores, y en sus asuntos particulares su actitud consistía simplemente en disponer del dinero necesario para sostener sus caros gustos. Sentía que era un deber público mantener decentemente los distintos y magníficos establecimientos que su exquisito y sofisticado gusto había proporcionado al patrimonio nacional; esto condujo a ciertas fricciones con sus hijas, ya que la mayor parte del dinero empleado pertenecía a ellas.

Cuando nos casamos, se presentó el problema de cómo debía tratar Cimmie la herencia de su madre americana, que procedía de la familia Leitter, que había amasado una considerable fortuna en propiedades inmuebles. Años más tarde, mis adversarios se dedicaron a explicar que esa familia era judía. Sin embargo, cuando estuve en América con Cimmie a nadie se le ocurrió sugerir semejante cosa. Entonces eran reputados como emigrantes alemanes, y las personas que yo vi eran grandes, rubias y de ojos azules. Probablemente el rumor se basó en que el fundador de la fortuna se llamaba Leví Leitter, pero esos nombres del Antiguo Testamento están tan extendidos en los valles de Gales como en Holanda. En aquella época parecía que a nadie se le había ocurrido la idea de que fuesen judíos, pero en los años treinta la historia circulaba libremente por Inglaterra, cuando yo entré en conflicto con ciertos intereses judíos, por la única y efímera razón de que intentaba detener el estallido de la Segunda Guerra Mundial. No es necesario decir que si Cimmie hubiera sido medio judía no por eso habría habido la más ligera diferencia en mi actitud hacia ella o en mi acción política de oposición a cualquier judío o gentil que, desde mi punto de vista, estuviera haciendo agitación en favor de la guerra.

Cimmie decidió, a pesar de nuestro matrimonio, dejar algún dinero a Lord Curzon por un período de tiempo corto para ayudarlo a superar un cambio que debía resultarle difícil. Él tenía poco dinero propio, pero su segunda esposa poseía una fortuna considerable. Sus desembolsos fueron muy grandes. Ya su hija mayor, Irene, se había marchado con la mayor parte del dinero que le correspondía, con gran indignación por parte de su padre. Así que fue un momento difícil cuando Cimmie, con mi apoyo, resolvió tomar el resto de la herencia. Yo insistí, y ella estuvo de acuerdo, que no dar detalladas explicaciones daría lugar a sus reproches; desde luego, todo habría sido más fácil, pero hubiera creado una tirantez adicional e innecesaria. Era un mal negocio que se nublara una afinidad por otra parte siempre agradable y feliz.

Lord Curzon tuvo dificultades en asuntos de dinero porque parecía creer que la sociedad le debía no sólo una vida, sino una existencia de singular magnificencia. Tenía la misma actitud que un niño consentido. Esta debilidad le atrajo su némesis, puesto que su tiempo estuvo demasiado ocupado en rutilantes detalles domésticos. Hombre de considerable inteligencia y gran capacidad de trabajo, llegó a agotarse por atender a cosas completamente innecesarias: mantener establecimientos de alto rango y dirigir al personal competente para llevarlos. Los dotes que la naturaleza le había dado para la política él los consumió en asuntos de decoración interior. Tenía buen gusto y conocimientos, lo que le capacitaba para adquirir una valiosa colección de cuadros y objetos de arte. La mayor parte de su colección fue adquirida con dinero sacado de la herencia de sus hijas, y ellas se comportaron generosamente al no intentar nunca privarle de sus adquisiciones. Habría sido mejor y más correcto que hubiera vivido de una forma más modesta y menos exigente, rodeado por unos cuantos objetos bellos, de los que más estimaba, y haber dedicado su tiempo disponible a ocupaciones más serias.

Realmente, Lord Curzon organizó su vida privada de un modo curioso, que desde luego le agotó prematuramente. Un día le encontré claveteando la alfombra de las escaleras de Hackwood, y me arriesgué a sugerirle que aquello era un ejercicio inadecuado para el secretario de Estado para Asuntos Exteriores, cuando disponía, además, de media docena de lacayos que podían realizar esa tarea. ¿No podía hacerla uno de ellos?, Sí, pero no tan bien, fue su respuesta. Él sufría lo que yo llamaba complejo de Bonaparte. La propiedad que más apreciaba era una de las bibliotecas mejores del país sobre Napoleón, que después legó al Bodleian de Oxford. Tenía grabada firmemente la característica central del bonapartismo, de que trabajando dieciocho horas al día uno de los hombres más capaces que han vivido podía supervisar personalmente todos los detalles del trabajo de su Estado y Ejército; se decía que hasta el último botón de las polainas del último soldado. Lo que mi suegro no comprendió bien nunca era que la época de Napoleón fue la última en la que semejante proceder era posible, aunque se tuviese esa misma capacidad. La máquina se había hecho demasiado grande para semejante control personal, incluso para el individuo más capacitado; años después, hasta el cesarismo tenía que ser colectivo. Debía ser utilizado el método contrario, con delegación de funciones, y, sobre todo, descansos en la actividad de los hombres elegidos. El ideal de la organización moderna es que el hombre más capacitado esté en la posición central y sólo tenga dos funciones: iniciar y corregir cuando ningún otro pueda hacerlo. Él debe estar allí para

crear ideas y extraerlas de toda la nación (particularmente de la ciencia) para ponerlas en marcha y dirigir el proceso hacia delante; también debe actuar como un pelotón de socorro permanente en los grandes desastres cuando la mayoría de los hombres pierden los nervios o sus capacidades han quedado sobrepasadas. Esta concepción del estilo moderno no estaba en la línea de Lord Curzon.

Curzon fue un gran funcionario público que se merecía algo mejor que el trato despreciable que recibió al final. No estaba en contacto con las masas del pueblo como deben estar los primeros ministros modernos, y carecía de la antena sensible que permite a los hombres saber lo que personas completamente distintas están pensando y sintiendo y poder así proyectar con éxito sus acciones. Pero él, como primer ministro, habría salvado al menos a la nación de la ruin traición que la conducía hacia la guerra sin proveerla del armamento necesario por miedo a perder unas elecciones. En este sentido, estaba justificada, después de la derrota de Curzon, su amarga imagen de que el acuerdo de Baldwin fue el más extraño suceso de este tipo desde que Calígula convirtió su caballo en cónsul. Las limitaciones de Curzon en la esfera económica no tenían que haber impedido necesariamente su ascenso a la más alta dirección del Estado, porque otros podían haber tomado las medidas económicas adecuadas en los campos que no resultasen familiares al primer ministro. Sin embargo, eso resulta ya imposible para un primer ministro en la época actual, porque la íntima revelación de la televisión presenta inmediatamente como una figura jocosa a cualquier aristócrata arcaico que esté tan claramente alejado de la vida del pueblo como ignorante de los importantísimos asuntos económicos.

Es desagradable también ver a un hombre destrozado por los consejos que sus mejores amigos han dado a la Corona, sin que se le consuele con una sola palabra de simpatía. «Entonces, ¿nuestro querido George será primer ministro?», nosotros nos enteramos de las preguntas confidenciales a Lord Balfour después de que dio su crucial consejo. «No, nuestro querido George no será primer ministro», fue la felina respuesta. Otro viejo amigo que intrigó contra él en aquella ocasión fue S. John Brodrick, más tarde Lord Midleton. Lord Curzon solía recitar algunos versos sobre sus contemporáneos que me parece que eran composiciones de Oxford:

*Every dull complacent plodder
Was meant by fate to be a Brodder.
Then how did St. John learn to brod?
Why by the special grace of God.*

Sus amigos más antiguos no evitaron, sino que, en realidad, fomentaron la traición a Curzon, que provocó la crisis de su carrera. La lealtad, en el seno del partido que preconiza la lealtad, no siempre es tan patente en las ocasiones importantes como lo es en el más humilde de los hogares del pueblo en sus relaciones con todos los demás.

Lord Curzon no se merecía la trivial malicia de algunos de los ataques que se le han hecho después de su muerte. Es una moda contemporánea ignorar la mayor parte de los servicios públicos que ha prestado un hombre V en cambio dar publicidad a cualquier escándalo privado que pueda ser hurgado en las cenizas; pero este procedimiento no presenta la verdad ni da un cuadro completo. Por algunos relatos puede uno imaginarse que el dinero o los romances constituyeron una parte más importante de la vida de Lord Curzon que sus servicios al Estado. Él, desde luego, tuvo un *affair* con Elinor Glyn, que posteriormente fue muy aireado; ella se pasó un largo período de tiempo dedicada a decorar su bella casa isabelina en Montacute, donde Cimmie la acompañó frecuentemente cuando era una chiquilla. Por eso conocí a Elinor Glyn cuando nos comprometimos. Entonces era una señora muy serena que no necesitaba la ayuda de maquillajes de tigresa, y muy prudente. Era más inteligente que sus libros, que excluyeron rotundamente la posibilidad de un matrimonio con un secretario de Asuntos Exteriores cuando la pertenencia a ese departamento aún no se había convertido en un servicio frívolo.

Si Elinor Glyn no hubiese escrito nunca una sola línea, hubiese sido una adecuada esposa para un ortodoxo secretario de Estado de Asuntos Exteriores. Era un modelo de decencia, de excepcional buen proceder; ligeramente afectada para la aristocracia, pero un buen ejemplo de lo que el mundo burgués de entonces creía que tenía que ser una señora. Tenía además una buena educación y era capaz de discutir de materias con las que pocos de sus atléticos héroes o de sus exóticas heroínas hubieran estado familiarizados. Ella sabía lo que exigía el capricho neorromántico de la época, y se lo daba, como otros hacen hoy en otro estilo. Normalmente, los autores de este tipo no son tan estúpidos como los libros que escriben, pero tienen el buen instinto del dinero. Cuando Curzon se volvió a casar, sus relaciones con Mrs. Glyn terminaron. Al parecer, él no la avisó de sus proyectos de matrimonio; conozco poco los pro y los contra de aquel asunto, pero supongo que la noticia saltó antes de que Curzon la anunciase. Probablemente, él se sentía completamente satisfecho, estando comprometido en dos frentes, y no vio una necesidad urgente en retirarse de ninguno. Las exigencias de Venus en estas situaciones difieren de las de Marte. Yo dudo de que él tuviera la intención de tratar a Mrs. Glyn de forma desconsiderada o descortés, porque eso no iba con su carácter.

Hay algunas razones para creer que el distinguido estratega se vio en aquella ocasión comprometido en un tercer frente. Después de tantas historias maliciosas, postumas, sobre este aspecto de su vida, una anécdota más cordial no puede ya hacerle mucho daño a Curzon. Un salón de Grosvenor Square se estremeció con las carcajadas de los asistentes a varios lunches sucesivos a causa de una carta que había llegado y que empezaba así: «Mi bello cisne blanco». Inadvertidamente, Lord Curzon se había equivocado al meter dos cartas en sus respectivos sobres; una era un cortés rechazo a una invitación de Lady Cunard y la otra iba dirigida a Mrs. Astor, después Lady Ribblesdale, que era viuda, rica, bella... y americana. Lady Cunard solía explicar con detalles exquisitamente exagerados cuan afectada estaba por aquella inesperada atención.

La política de Lord Curzon y la crónica de sociedad en los diversos altos cargos que ocupó puede dejarse a la Historia. Su historia personal puede dejarse en el día de mi boda, un acontecimiento muy difícil para alguien de su carácter y temperamento, que da buena prueba de su profunda bondad. Lo que pasó fue casi todo por mi culpa, y quizá, en algún aspecto, por la de Cimmie. En primer lugar, llegué tarde. Estaba comiendo demasiado a gusto en el Ritz con un viejo amigo de Sandhurst y del Ejército, que era mi padrino de boda, cuando se aproximó Lady Cunard y me preguntó: «¿No se estaba usted casando hace cinco minutos?» Saltamos disparados del asiento y corrimos sin sombrero por St. James Street abajo hasta la Capilla Real, donde Lord Curzon y la novia estaban esperando. Él no dijo una palabra, pero después Cimmie me tomaba el pelo contándome que él había pensado que, evidentemente, yo había huido en el último momento. Aquello fue más grave todavía porque había dos reyes y dos reinas esperando —los soberanos de Inglaterra y Bélgica, los últimos habían estado en Hackwood durante la guerra— y lo peor vino después. Sin apercibirnos de la monstruosidad de nuestro entusiasmo juvenil, habíamos decidido que se tocara al final de la ceremonia un pasaje de Tristán e Isolda. Resultó mucho más largo de lo que habíamos creído, y todos tuvieron que permanecer allí hasta que se acabó. Tener a dos reyes y a dos reinas esperando mientras se toca tu música favorita era algo que no entraba en las normas sociales de Lord Curzon, pero aquél era el día de los jóvenes, y todos sus caprichos debían de ser satisfechos. Lo tomó con filosofía y ni siquiera pestañeó. Tenía un buen fondo.

Nuestra luna de miel la pasamos en Portofino, cerca de Genova, entonces una auténtica aldea de pescadores. Vivíamos en el Castello Brown, que pertenecía a la familia de Francis Yeats-Brown, el que escribió *Lanceros Ben-galíes*. Historia y belleza se combinaban allí de un modo extraordinario. Dante y Napoleón habían dormido en aquella fortaleza medieval; al otro lado de la maravillosa bahía podían verse en Spezia las trágicas y rojizas aguas en que se ahogó Shelley; por las colinas que unen Portofino con Rapallo se paseaba a grandes zancadas Nietzsche en pleno éxtasis al escribir *Zaratusira*; Cimmie y yo seguimos la misma ruta, más prosaicamente, montando en burros, y haciéndoles desfallecer entre las luciérnagas que aparecían a la caída del sol. íbamos todos los días a través de los naranjales hasta el mar, un encantamiento que volvimos a disfrutar al año siguiente.

Los viajes nos entretuvieron mucho en aquellos primeros años y algunos de ellos pertenecen en realidad a este capítulo, ya que está dedicado por entero a experiencias personales y a la felicidad del matrimonio, aunque eso signifique anticiparse un poco en el tiempo a los acontecimientos políticos. El recuerdo de Lord Curzon va siempre unido a un viaje a través de la India, la tierra que, como virrey, le dio tanto. Fuimos a la India en el invierno de 1924. Si el contraste es la esencia de la vida, éste estaba verdaderamente presente en la diversidad de aquella extraordinaria experiencia. En la India encontramos la belleza y la fealdad más extremas, lujuriosas riquezas y pobreza abismal.

Decidimos verlo todo, y lo hicimos; en aquella ocasión contemplamos algunas de las peores condiciones de trabajo y los barrios más míseros del mundo. Vimos los grandes edificios de viviendas de Bombay, en los que frecuentemente vivían hasta cuatro familias en una diminuta habitación, cada grupo con su fuego separado y una única salida para el humo: una ventana. Las ciudades de chozas de Calcuta eran peores que las que he visto en cualquier parte, con la cloaca corriendo por el centro de la calle. Nada podía evitar las continuas epidemias de tifus salvo el efecto esterilizante del fuerte sol sobre las letrinas al aire libre. En las fábricas de algodón se trabajaba con un salario de cinco chelines a la semana, normalmente con moderna maquinaria llegada de Lancashire para su propio perjuicio. No era precisamente un monumento a la humanidad y a la inteligencia del dominio británico. Había un gran contraste entre la suprema belleza de la India y las burdas realizaciones de la Administración británica que no acertaban a conseguir paz, tranquilidad y vida sin efusión de sangre.

Nos fuimos en un barco de la P. & O. y nos detuvimos brevemente en El Cairo, donde alternamos la visita a los prodigios de la antigüedad egipcia con una vuelta a los barrios pobres locales; eran malos aunque no tanto como los de la India. Recuerdo que encontramos por primera vez en una librería de Port Said el libro de Shaw sobre Wagner, que no había aparecido todavía en sus obras completas. La Esfinge debería verse siempre por primera vez de noche, como la vio el héroe favorito de Shaw. Lo mismo ocurre con la mayoría de las obras maestras del mundo, sobre todo el Taj Mahal y la Piazza San Marco en Venecia. Nosotros pudimos preparar esas visitas, pero el azar trae frecuentemente una emoción más profunda, como cuando repentinamente y sin previo aviso, leí en el cementerio protestante de Roma las palabras: «Aquí descansa alguien cuyo nombre fue escrito sobre el agua». A veces la máxima sensación de belleza se debe a los momentos de soledad, como me

ocurrió más tarde en Grecia, donde estuve más de media hora completamente sólo en el Partenón bajo el luminoso sol de la tarde y sentí con toda su fuerza lo que dijo Goethe en su peregrinación a estos lugares: «Das Land der Griechen mit der Seele suchend».

El viaje en barco a la India nos dio la oportunidad de ver todo lo que podía encontrarse en Londres sobre los Vedas y los Upanishads; había que estudiar todos los aspectos de la religión hindú. Fue interesante en sí mismo y nos abrió muchas puertas que de otra manera podían haber permanecido cerradas. La combinación del esfuerzo por descubrir lo que piensan y sienten los hindúes con la política izquierdista, que sugería algunas simpatías hacia sus aspiraciones, nos introdujo mucho más profundamente en la vida de la India de lo que es normal entre los ingleses.

Llegar a Ceilán es la mejor manera de iniciar un viaje por la India. Tras el baño en un mar cálido y suave vino el retiro en la piscina del hotel donde un amigo hindú nos habló de las serpientes de mar, que eran venenosas; quizá se las estaba inventando porque nosotros no vimos nunca ninguna. Después vino una tournée por la isla, soberbiamente organizada para aquel tiempo, en que había pocos turistas. La Administración británica estaba aquí más centralizada que en el resto de la India, y el resultado fue un grado de eficiencia mucho más alto. Se podía ir en coche a través de la selva virgen por carreteras de macadán y ver una extraordinaria variedad de animales salvajes. Las mariposas no tenían paralelo con las de ningún otro lugar del mundo que yo había visitado. La sensación de sus alas rozándose el rostro al pasar a través de una nube de ellas está descrita en páginas llenas de voluptuosos adjetivos franceses por Francis de Croisset en su pequeño libro *La Féerie Cingalaise*. El reposo después de tantas excitaciones se hacía en las limpias y bien arregladas casas de descanso que había en medio de la jungla, todas ellas atendidas por un único, competente y simpático cingalés. A la mañana siguiente había que levantarse temprano para ver desde la gran roca la salida del sol y a la neblina alzándose en misteriosas nubes al amanecer desde el mar intensamente verde de la jungla.

En el interior de esta jungla había cosas asombrosas. El inmenso Buda negro con las eternas flores de loto sobre el dedo pulgar del pie. Los bonzos de túnicas doradas que se movían a través de la jungla, aparecían a lo lejos como fantásticos insectos sobre la umbría verde de los árboles entrelazados. Las ciudades perdidas, Anuradhaoura y Polunnaruwa, en aquellos días enterradas parcialmente en el olvido de una vegetación que lo cubría todo, estaban defendidas solamente por una gran perla de agua ⁶². Entre estos vestigios de piedra de aquellas soberbias civilizaciones, que nos enteramos fueron contemporáneas de la arquitectura de la Grecia clásica, se alzaba una sensación sobre el destino último de los hombres y sus entretejidas inspiraciones. En ese momento resultaba difícil pensar que la humanidad no puede llegar a fundirse en una unidad de altas realizaciones. A pesar de todas las diferencias geográficas y físicas y de ser una civilización completamente inconsciente de la existencia de la otra, aquellos dos hitos del género humano se habían reflejado entre sí.

Tras una estancia en el Palacio del Gobierno en Ceilán y otra en Madras, nos dirigimos al Norte, a Calcuta, donde estaba el gobernador, Lord Lytton; estaba casado con una mujer de extraordinario encanto y belleza, y una de sus hijas había sido dama de honor en nuestra boda. Lord Lytton estaba muy relacionado con la vida de la India y era un hombre muy inteligente y sensible, mientras que su hermana, Lady Emily Lutyens, había penetrado en uno de los círculos más cerrados de Madras. Ninguno de aquellos funcionarios puso impedimentos a nuestra entrada en el mundo hindú y en su estilo de vida; con frecuencia, fuimos invitados a casas hindúes, cosa poco corriente en aquel tiempo. Además nos fue posible estudiar las condiciones sociales del país con la guía de expertos que nos facilitaron la entrada en esferas normalmente vedadas para los ingleses. Por ejemplo, camino del Norte, visitamos en Madure lo que tal vez es el centro más notable de toda la India en compañía de una autoridad hindú cuya exposición cambió rápidamente lo que, a los ojos de los europeos, aparece como bárbara obscenidad de la mitología hindú, en un elevado simbolismo natural y remotos misterios. A lo largo de todo nuestro viaje por la India fuimos ayudados por una sutil mezcla de realismo oficial y de cultura nacional, que nos proporcionó excepcionales oportunidades de comprender el país y la vida de su pueblo.

En Madras entramos en el extraño círculo de Mrs. Besant y sus amigos. Realmente era un extraño conjunto, que ocupaba la casa de Sir Edwin Lutyens, el arquitecto, un completo escéptico con respecto al culto teosófico.

Yo tenía algunas nociones sobre el asunto, ya que durante mi estancia en el hospital había leído algunos libros de Blavatski, Leadbetter y de la misma Mrs. Besant; por aquel entonces se habían popularizado algunas versiones vulgares de teosofía. Parecía una teoría religiosa completamente lógica — con menor cantidad de contradicciones obvias de las que en algunos casos contienen tan fácilmente los debates metafísicos entre los dialécticos experimentados —, pero estaba, por supuesto, enteramente carente de pruebas para cualquiera que no hubiese disfrutado de aquellas extrañas y bienaventuradas experiencias de los viajes ultraterrenos. El abstraído Leadbetter, o la agradable Mrs. Besant, explicaban todos los detalles de sus viajes por el plano astral o devecánico, pero cualquier exigencia de evidencia era considerada como filisteísmo.

⁶² El autor debe referirse a un foso en forma de estrella de cinco puntas, que en las imprentas inglesas se llama pean (perla). (N. del T.)

El carácter de Sir Edwin Lutyens, inglés de todo corazón, pasaba por encima de todo esto destrozándolo como un elefante a través del papel de seda. «Annie —decía a Mrs. Besant en el desayuno—, acabo de soñar que en nuestra vida anterior estábamos casados y no me dejabas fumar en la cama.» Era un compañero fantástico y muy simpático, de quien estábamos encantados. Por aquellos días había tenido que recortar drásticamente su presupuesto para el palacio que le habían encargado construir en Delhi, y eso amenazaba con estropear todas sus proporciones. Entre otras cosas, la avenida para su ceremoniosa marcha de los elefantes había sido acortada, y, en consecuencia, la elevación del terreno resultaba demasiado brusca para su paso. Su imitación de un elefante anadeando en aquellas condiciones con un virrey encima era casi tan divertida como su rápida deformación a lápiz del suntuoso escudo de armas sobre la carta del menú oficial, que lo convertía en la cara de un irritado perro pequinés, que algunos años más tarde nos hizo reír durante los pomposos discursos del banquete ofrecido por el Lord Mayor. Era tan guasón como buen arquitecto, y se lo pasaba extraordinariamente bien con aquel brillante grupo de pensadores indios y místicos que rodeaban a Mrs. Besant y Lady Emily. El principal de entre ellos era Ramaswami Ayer — responsable de la ley y el orden en Madras —, que combinaba en un grado excepcional para aquellas latitudes la capacidad para el pensamiento y la acción. Este círculo me proporcionó al menos un cierto conocimiento del pensamiento y el carácter hindú.

Desgraciadamente, la mayoría de los ingleses que entran en contacto con la vida de la India lo hacen a través de cultos extravagantes de este género. El resto parecía mantenerse completamente al margen, aunque los funcionarios de más alto nivel estaban haciendo laboriosos esfuerzos por comprender. La masa de la burocracia vivía completamente aparte, sobre todo las mujeres. No parecían preocuparse de nada, excepto del calor, que, por supuesto, siempre afecta más a los europeos después de una larga estancia, que durante una visita casual. Su comportamiento respecto a los hindúes dejaba mucho que desear en la mayoría de los casos. Recuerdo comentarios que se hicieron después sobre que la India se había perdido por malos modales. Algunos ingleses distinguidos — Lord Willington, por ejemplo — eran bien acogidos simplemente porque tenían modales correctos, muy apreciados por los nativos. Algún tiempo después fue embarazoso cuando, después de sentarme en un banquete en París al lado de una de las más bellas y distinguidas princesas de la India que había sido educada en aquella ciudad, contestó a mi pregunta de por qué no iba nunca a Londres con la siguiente respuesta: «Porque en París soy tratada como una señora». Por aquel entonces los hindúes eran muy susceptibles, pero tenían razones para adoptar tal actitud.

Requería, además, un cierto grado de inteligencia y sensibilidad convivir con ellos en aquel tiempo. Estaban llenos de complejos, bien descritos en *A Passage to India*, de E. M. Foster. Esta actitud suponía una sensación a la vez de superioridad y de inferioridad. Estábamos con el virrey Lord Reading — Rufus Isaac del gabinete de Mr. Asquith, un hombre de considerable capacidad y aspecto distinguido — cuando el mejor orador de los estadistas hindúes vino a comer. «Dígame, Mr. Sastri — dijo el virrey —, ¿cómo ha podido adquirir usted un dominio tan perfecto del idioma inglés?» «Excelencia, he tenido la inestimable ventaja de pasar cuatro años en la Universidad de Oxford.» «Pero muchos de nuestros jóvenes han tenido esa misma suerte, sin llegar a convertirse en oradores como usted.» «Excelencia, yo tengo una ligera ventaja adicional: cuatro mil años de cultura tras de mí.» Esto rae trajo a la mente la anécdota de la mordaz réplica de Disraeli a la sugerencia de Lord Malmesbury de que él era un advenedizo. «Mis antepasados eran príncipes en el Templo de Salomón, mientras los suyos corrían por los húmedos bosques de Inglaterra, con sus traseros pintados de azul.»

Pero esta arrogancia podía mezclarse también con el complejo opuesto. Había estado en la zona de Rajput, residiendo en las magníficas moradas de los rajahs, y a la vuelta le hice a uno de mis mejores y más inteligentes amigos hindúes la observación de que no había visto ni un sólo cuadro de los maestros europeos entre todas las riquezas de su propiedad. Una sombra cruzó su rostro y yo sabía lo que estaba pensando: los europeos nos consideran incapaces de apreciar su arte. Me llevó tres duros días poder restaurar mis anteriores buenas relaciones; aquello era absurdo, porque yo no había esperado encontrar exquisitas miniaturas persas en las casas de campo de Inglaterra, y no por eso me hubiera sentido ofendido si un hindú me hubiera sugerido que debería adquirirlas. No me sentí culpable por aquello. Pero en otra ocasión, un anciano de la zona de Rajput me hizo sentir culpable. Fue en Udaipur, la maravillosa Venecia de la India, una ciudad construida sobre el agua. El maharajá nos invitó a quedarnos y organizó una cacería de tigres cuidadosamente preparada, sin adentrarse por caminos peligrosos, mientras cerca de mil criados se internaban en la jungla; estacan vestidos de color oro brillante — como rayos de sol — para dar mayor énfasis al hecho histórico de que el maharajá había descendido del sol. Los rayos del sol convergían hacia nosotros de todas partes; pero no el tigre; se había escapado. Un pequeño puerco espín salió corriendo y le disparé, queriendo expresar así que de ningún modo estábamos molestos por el fracaso de la cacería del tigre, y que lo considerábamos como un acontecimiento divertido. Pero desgraciadamente mi gesto festivo fue tomado a mal, como un signo de burla de la cacería ofrecida para los invitados del maharajá. Una vez más me costó trabajo conseguir el perdón y la merced.

Por lo menos, hay un inglés que comprendió bien a la India y a sus habitantes: un clérigo, C. F. Andrews, que era un amigo íntimo de Gandhi. Este inglés que poseía un carácter propio de un santo me presentó al santo hindú. Entré en la habitación y encontré a Gandhi vestido con un Kadda — la ropa que usaba para hilar— sentado, con las piernas cruzadas, en el suelo. Yo también me senté con las piernas cruzadas enfrente de él, en lugar de usar la silla destinada para los europeos, que me parecía demasiado lujosa en aquellas circunstancias.

Tenía una simpática personalidad y una sutil inteligencia; por su apariencia, mentalidad y sentido del humor me recordaba irresistiblemente a Lord Hugh Cecil, tal vez porque era otro ardiente me-tafísico con sentido del humor. Me invitó a una conferencia privada que entonces se desarrollaba entre hindúes y musulmanes para intentar hacer un frente unido; él era el presidente. En la primera sesión se levantó un tremendo alboroto entre los hindúes y los hermanos Alí, musulmanes, dos enormes hombres con túnicas. A través del tumulto, Gandhi tomó asiento en su silla sobre una grada con una sonrisa de desencanto, sobrecogido por la absurdidad cómica de la naturaleza humana. No fue una intervención del presidente, sino la caída del sol lo que restauró eventualmente el orden. En el momento debido los dos hermanos Alí se detuvieron, giraron en redondo para mirar en dirección adecuada y cayeron de rodillas con la frente sobre el suelo. Después de un intervalo determinado, se levantaron de un salto y se lanzaron de nuevo al tumulto con estruendo, exactamente igual que cuando se detuvieron.

Más tarde escribí un informe sobre la situación de la India que circuló privadamente entre los políticos ingleses. Había dos puntos fundamentales; el primero, que podíamos quedarnos en la India tanto tiempo como deseásemos sin tantos problemas como algunos habían vaticinado; hindúes y musulmanes estaban decididamente divididos; nunca ha sido tan fácil el divide et impera, ya que había sucedido de modo natural. Es más, si nos fuésemos habría un baño de sangre. El primer punto fue confirmado por la división del país. El segundo punto también fue trágicamente confirmados cuando nos fuimos, y casi un millón de muertos se produjeron en la revuelta y en la masacre que la siguió.

Intenté resumir el problema económico en una frase: La India necesita un mogol con un tractor y un arado. Después de un estudio de la agricultura de la India y del sistema de propiedad de la tierra, resultaba evidente que la indigencia sería perenne hasta que la gran llanura fuese arada profundamente y sembrada con cereales, pero todas las formas y costumbres sociales y religiosas se interponían en el camino. Cuando un hombre moría sus posesiones eran divididas entre sus familiares en pequeñas parcelas rodeadas por bajos terraplenes. Aquellos bunns eran sagrados y no debían tocarse, de modo que ningún arado podía cruzarlos. Los campesinos cavaban en sus parcelas con instrumentos que habían usado desde milenios. El sistema Zeminder de tenencia de tierras en Bengala era en algunos aspectos aún peor.

Si se añadía a esto el problema de la superpoblación y de las vacas sagradas — vacas con libertad de comer, incluso de comer vegetales de los tenderetes del mercado — no resultaba difícil comprender el problema básico de la economía de la India. Tampoco era difícil deducir que sería necesario un gobierno mucho más fuerte para salir de aquel círculo vicioso y que ningún occidental era capaz de asegurar ese gobierno. De ahí mi observación acerca del mogol con el tractor; es demasiado fácil hacer conjeturas acerca de lo que puede significar esto realmente.

Estudí la agricultura de la India en la Universidad de Rabindranath Tagore; era llamada Santiniketan, la morada de la paz. Situada en medio de una gran llanura, la raya del firmamento la rodeaba por todos los lados como un cuenco invertido, hablando en poesía. Desgraciadamente, el poeta estaba en América, y nunca lo conocí, pero su familia y sus ayudantes estaban en plena actividad. Combinaban el estudio de la agricultura de día con la discusión filosófica al atardecer. Estaban presentes hindúes que se habían graduado en Oxford, en la Sorbona y en Heidelberg, de hecho en casi todas las Universidades de Europa; allí se hablaban con facilidad las lenguas europeas. Las discusiones, sentados con las piernas cruzadas debajo de un inmenso árbol, tocaban principalmente el tema del Sánscrito, y eran dirigidas en inglés por un profesor sueco llamado Konnor, que había venido especialmente con este propósito. Después de oscurecer, las filosofía cedería paso a la música y al baile. Los instrumentos musicales diseñados hace cuatro mil años, eran tocados con una extraña magia, era como una queja lastimera que evocaba lejanos recuerdos. Después venían las mujeres jóvenes de la familia de Tagore y bailaban; algunas de ellas eran las mujeres más bellas que he visto. Sus caras, con perfectas facciones griegas, eran más blancas que las europeas, blancas como el más fino marfil, sus perfiles perfectos y rítmicos se adaptaban al compás de la antigua danza. Entre ellos no había purdah, pero no las vimos nunca más que en aquellas ocasiones, llenar de mágica belleza.

Conocí a todos los políticos de la India en su debido orden; Jinnah, el dirigente musulmán, que me pareció un abogado competente pero frío y cínico: su larga vida dedicada a luchar por su causa desmintió más tarde mi juicio. Das, el primer dirigente del Congreso, otro abogado sin demasiada estimación por las costumbres hindúes — ganaba sumas enormes, comía carne y bebía alcohol— parecía más sincero y seguro en sus puntos de vista políticos. En la familia de Nehru conocí a su distinguido padre, Moltalal, pero no al hijo más famoso que más tarde sería primer ministro. Probablemente estaba pasando por su largo aprendizaje en las cárceles inglesas; unos precedentes aparentemente indispensables para ocupar hoy los altos departamentos de la Commonwealth. Aquellos hombres eran enormemente inteligentes, y, además razonables. Seguramente hubiera sido posible concertar cualquier transición necesaria con el debido orden, sin la evacuación precipitada, acosada por el pánico que causó tanto derramamiento de sangre y tanta amargura, aunque al principio no contásemos con la suficiente fuerza como para resolver el problema económico que es el problema real en la India; se hubiese evitado así que esa tragedia real fuese convertida en habladurías y poses de los demagogos, tanto ingleses como hindúes.

Éste no es lugar apropiado para discutir los problemas económicos y políticos actuales de la India; deben ser resueltos desde dentro, o por lo menos sin el agobio sobrecogedor del desastre material. Una solución auténticamente india requeriría otro Akbar, un extraordinario genio del pensamiento y de la acción con la suprema categoría de un César. Akbar tenía todas las grandes cualidades, la capacidad para la persuasión más seductora unida a una habilidad recalcitrante para la acción despiadada cuando todos los demás procedimientos fallaban, los dos extremos de la bondadosa sensibilidad dentro de la armadura de acero que son necesarios para gobernar. Sus parientes — como sucede a menudo — separaban y exageraban todas las cualidades que en él se encontraban en una armonía exquisita. El execrable Auraungzeb expresó su fe musulmana cortando las cabezas de los monumentos hindúes, con la misma falta de espíritu del fanatismo infantil que condujo a algunos de los primeros cristianos a cortar las cabezas de los que ellos consideraban ídolos paganos de la Grecia clásica. Las pesadas garras del ignorante, el payaso fanático, no existen sólo en un continente determinado, la patanería existe siempre en todas partes.

El otro opuesto de aquella misma familia era Shah Jehan, que creó el Fuerte en Delhi, una mansión encantadora. Situada en lo alto de una colina, estaba rodeada por una abrupta muralla de una milla de largo. Sobre la puerta, el Shah había escrito en persa: «Si hay un paraíso en la tierra, está aquí, está aquí, está aquí», con reiterativo éxtasis. Pasó sus días en un estanque que contenía cuarenta compartimentos donde él y sus treinta y nueve esposas se sentaban con el agua caliente hasta el cuello, mientras se esparcía sobre ellos cuarenta perfumes distintos, uno para cada uno; entre sus pies nadaban una brillante variedad de peces orientales con joyas alrededor de sus cuellos y colas, mientras su mano sujetaba una copa de vino tallada de un solo rubí. Cascadas de agua centelleantes — tornasoladas por luces de distintos colores colocadas por detrás — descansaban su vista hasta el oscurecer, cuando barcos plateados y dorados le llevaban a sus citas de amor en las pagodas, de nuevo rodeados por las aguas siempre perfumadas. Con este estilo de vida, al cabo de tres generaciones los conquistadores del norte se habían convertido ya en babosos incapaces; el duro hielo se derritió en aguanieve en la llanura. Fue Schiller quién escribió que solo los grandes dioses pueden combinar la belleza sensual de la existencia con la paz espiritual, que, en su pensamiento neohelénico, sólo podía venir del esfuerzo de ejecución y creación ⁶³.

Desarrollé un profundo y perseverante afecto hacia la India y decidí ayudarla en sus difíciles problemas si el destino me daba ocasión para ello.

Nunca ha existido un mundo con semejantes contrastes; el terrible sufrimiento de las masas en los barrios pobres de Bombay y Bengala; la pobreza abismal de millones firmemente agarrados a las viejas creencias que les niegan la mano salvadora de la ciencia moderna; el shock de incidentes como el del enano, mitad animal, mitad hombre, golpeando mi pierna cuando yo estaba solo en medio de una multitud bastante hostil de hindúes, y las órdenes de su rico y humorista amo, que le llevaba con una cadena alrededor del cuello como si fuera un perro; la belleza física de muchos hombres y mujeres hindúes, comparable con cualquier otra en el mundo e iluminada por una mezcla de bondad interior y de alta y fina inteligencia; el Taj Mahal, reflejado en el agua a la luz de la luna — construido por Shah Jehan y rodeado de un seto de cipreses por Lord Curzon — un símbolo de la belleza india alzándose entre la inmundicia y el horror. La India es una tierra de contrastes, de inefable belleza y oscuros sufrimientos, una joya del mundo, que exige a la humanidad salvarla.

⁶³ En alemán en el original: Zwischen Siniiens Glück und Seelens Frieden bleibt den Menschen nur die bange Wahl, vori der Stirn der hohen Urcmiden leuchtet ihr vernahlte Strahl.

7. JUVENTUD Y VEJEZ. LOS CECIL. LA SOCIEDAD DE NACIONES

Mi primer escándalo publicitario ocurrió poco después de mi matrimonio, cuando yo saqué un enorme partido de aquel barullo juvenil. Es verdad que fui empujado a ello sin darme demasiada cuenta de lo que estaba haciendo, pero a pesar de eso fue un asunto estúpido, que en la época actual se ha convertido en algo todavía más estúpido. Fui invitado a convertirme en el primer presidente de la recientemente formada Liga de la Juventud y del Progreso Social. El fundador era un meloso y farisaico liberalillo, un tipo agradable y campechano, pero el típico político de mediana edad que en todas las épocas se dedica a aprovecharse de la juventud. Resultan particularmente ridículos cuando juegan a jóvenes con sus chirriantes declamaciones, ya que su pretensión es absurda en hombres que nunca han sido deportistas ni siquiera en su juventud. Yo no fui llamado para revivir mis antiguas marcas, porque, a mis veintitrés años yo estaba convencido de que la guerra había terminado con todo eso para mí. Mi tarea consistía simplemente en pronunciar un discurso inaugural, y cuando llegó la lisonjera invitación para convertirme en su presidente, creí que era mi deber apoyar la Liga de la Juventud y el Progreso Social. Para hacer justicia a mi inexperiencia, debo decir en defensa propia que yo no tenía ni idea de la publicidad que se le iba a dar a todo aquello.

En medio de todos los alardes de demagogia juvenil, una frase en particular saltó a los titulares de los periódicos: «Esos viejos hombres muertos con sus viejos cerebros muertos, embalsamados en las tumbas del pasado...». Aquello fue realmente estúpido, pero, al menos, era una frase más impresionante que algunas de las espantosas goteras que anegan como una pleamar el ambiente de hoy día. Al día siguiente, cuando entré en la Cámara de los Comunes, fui asaltado por todas partes por animadas momias que agitaban indignadas sus fúnebres vestiduras. En aquel tiempo me hice completamente impopular para todos los que hubieran alcanzado una edad discreta, que era la gran mayoría. Me había convertido en un pionero del moderno racket, un campeón de todos aquellos valores morales e intelectuales que se consideran exclusivos de la juventud; unos valores que disminuían rápidamente, pero que están temporalmente protegidos por el privilegio de la duda cuando el tiempo no ha tenido aún la oportunidad de probar su capacidad o incapacidad.

¿Qué hay de cierto en este asunto a la luz de los hechos y de la historia? ¿La juventud es una ventaja, una desventaja, o no es ninguna de las dos cosas? En este punto yo debería, desde luego, mostrarme interesado, como decían ellos en la Cámara de los Comunes. Pero en la época en que escribo estas líneas tengo ya setenta y un años. Sin embargo, no puedo decir con Bernard Shaw: «Me estoy volviendo viejo y mis fuerzas menguan, pero tanto mejor para aquellos que me encontraron intolerablemente brillante en mi hora prima», porque estoy firmemente convencido de que mis fuerzas no están en menguante sino todavía en creciente. Mis consejeros más competentes profesionalmente me apoyan afirmando que mi forma de vida y mi constitución familiar me depararán con buena suerte muchos más años de vida en el pleno uso de mis facultades. Y no creo que mis años me separen de la juventud. Por el contrario, mi propia experiencia me proporciona la más viva simpatía por los jóvenes. He consumido algunos de los mejores años de mi vida en luchar por la completa supresión de anticuados oscurantismos que los hechos posteriores han demostrado que eran erróneos. Si los hombres y las mujeres tienen cualidades, éstas se pondrán de manifiesto y serán útiles a una edad temprana, y deberían no sólo ser estimuladas, sino también darles rienda suelta para desarrollarlas.

Cuando Shaw escribió aquellas irónicas líneas, estaba en trance de concebir la obra más brillante y profunda de su vida. Quizá en este aspecto, los pensadores y los artistas no sirven de modelo para el hombre de acción, pues Goethe acabó el Fausto II cuando tenía más de ochenta años y Tiziano estaba realizando uno de sus mejores trabajos cerca de los noventa; Tolstoy, Balzac, Picasso y muchos otros ejemplos destruyen cualquier reclamación por parte de la juventud de poseer un monopolio en la habilidad creadora. De nuevo Shaw tiene algo más que decir sobre el asunto y hace una aguda observación sobre el mundo de la acción. En respuesta a la pregunta de si es mejor ser joven o viejo para las tareas prácticas de la vida, Shaw dice que depende en gran parte de la respuesta a la pregunta: ¿Qué quieres hacer? Para ser un campeón de ping-pong eres ya demasiado viejo a los veinte años, pero, en opinión de Shaw, a los ochenta eres todavía demasiado joven para estadista. Somerset Maugham añadió: Político a los cuarenta, estadista a los ochenta. Como siempre, la paradoja de Shaw contenía su propia verdad subyacente; la tragedia humana es que todos nosotros morimos precisamente cuando estamos consiguiendo algún sentido. La solución es vivir más tiempo y triunfar más tarde. ¿Pero cómo? La respuesta se nos escapa todavía; pero no necesitamos huir de la vida retirándonos en plenitud de nuestras facultades, que siempre tenemos a nuestra disposición en cualquier etapa de nuestra vida.

Es evidente que en ciertas esferas especializadas del pensamiento la juventud es tan importante como en el deporte. He oído decir a un eminente físico que no resulta fácil utilizar el lenguaje de la moderna electrónica si se han sobrepasado los treinta años; y en la física y la alta matemática la actividad y flexibilidad mental de la juventud parece ser una considerable ayuda para la investigación. Pero los modernos estadistas que — según mis propias palabras — «deberían vivir y trabajar con científicos como los Medid vivieron y trabajaron con artistas», requieren cualidades completamente diferentes. Su misión no es debatirse en las dificultades de un

proceso, sino juzgar sus resultados efectivos y coordinarlos con los resultados de otros procesos en una síntesis creadora. Esto requiere poseer en alto grado las cualidades de ponderación, armonía, buen juicio y la autoridad adquirida a través de una larga y probada capacidad de mando; estas cualidades van normalmente asociadas a la plena madurez.

Si nos imaginamos la organización del Estado científico del futuro como un edificio en forma de pirámide, la base del edificio estará ocupada por los departamentos más especializados y el ápice por las inteligencias globales más experimentadas capaces de coordinar la totalidad. Entre la base de extrema especialización y el ápice de la dirección general habrá muchas capas, o estratos, de coordinación reciente. En cada piso habrá cerebros capaces de coordinar el trabajo de los departamentos preparados y especializados que haya inmediatamente debajo, y su inteligencia se irá haciendo más general, más dependiente del buen juicio y menos del estrecho conocimiento especializado, a medida que la estructura de la organización se aproxima a la cima. Este método de organización que yo sugerí por primera vez hace bastante tiempo en *La Alternativa* (1947) puede quedar todavía muy lejos en su forma final, pero en un mundo en el que ocurren absurdos tales como, por ejemplo, la completa división que prevalece entre la investigación psicológica de la endocrina, habría, desde luego, que desarrollar un método de administración como éste. Cuando contemplamos estas posibilidades no resulta difícil concebir las distintas pero provechosas utilidades de las cualidades de la juventud y la vejez a todos los niveles, sin necesidad alguna de contraponerlas.

En el mundo actual esa cuestión de la juventud o la vejez depende en alto grado de que la oportunidad llegue pronto o tarde. Unos pocos reyes geniales, como Federico el Grande o los dos extraordinarios suecos, tuvieron pronto sus oportunidades. Tanto el sistema hereditario como la revolución pueden proporcionar una ocasión temprana. Bonaparte tuvo pronto su oportunidad en una situación revolucionaria que exigía hombres de todas las edades. Pero no está claro que el hecho de que la oportunidad venga pronto sea realmente una ventaja. En la moderna investigación histórica, Napoleón en Waterloo aparece como un hombre viejo ya quemado, aunque entonces tenía casi la edad que los políticos recomiendan ahora en los partidos para encabezar el gobierno o la oposición como conspicuo ejemplo de juventud. Resulta cómico contemplar a Bonaparte en Rivoli a sus veintisiete años y a todos los brillantes muchachos que fueron después sus mariscales, y oír luego como se autodescribe como joven la presente generación de macizos políticos de edad mediana de la Gran Bretaña. El culto a la juventud que tanto se han esforzado en promover podría ser utilizado fácilmente contra ellos, que no poseen ni la atlética complexión ni las cualidades de la juventud, ni la dinámica capacidad que en la historia se ha dado tan frecuentemente en hombres viejos de extraordinarias cualidades.

¿Lo habría hecho mejor Bonaparte si su oportunidad hubiera llegado más tarde? ¿Hubiera evitado entonces los egregios errores que le destruyeron? Hoy existen muchos hechos evidentes que sugieren una respuesta afirmativa. El misterioso proceso de la madurez parece perfeccionarse mucho en sí mismo. Y es misterioso porque es indefinible; no se trata sólo de la adquisición de experiencias, sino también en buena medida de un proceso casi físico como la fermentación del vino. Disraeli decía: «Para la inteligencia creadora, la experiencia es menos que nada». Las ideas se le pueden ocurrir a uno en todas las edades y con completa independencia de la experiencia, sobre todo en algunos campos. ¿Pero no es igualmente verdad decir que la experiencia ayuda a la realización de las ideas?

La combinación ideal, lógicamente, es la energía y la experiencia. Cuanto más tiempo retenga un hombre su energía a lo largo de su vida, la suma de experiencias o el extraño proceso de madurez le hacen tanto mejor que cuando era joven; normalmente un hombre mucho mejor. Es verdad en este aspecto que un «buen viejo» un es mejor que un «buen joven» un ⁶⁴ Un hombre puede quedar quemado u oxidado a una edad muy temprana; puede quemarse como Napoleón u oxidarse como algunos de los dirigentes que vemos hoy a nuestro alrededor. Eso depende de la tensión de los acontecimientos, de la forma de vida. De ahí viene el fenómeno recientemente observado en América de que un hombre puede ser viejo a los cuarenta o joven a los setenta y cinco; es la «edad biológica» y no la «edad cronológica» lo que cuenta.

Al parecer, muy pocos estadistas modernos pueden soportar la tensión de un alto cargo por un tiempo superior a cinco años. Recuerdo que M. A. L. Fisher — entonces ministro de Educación y más tarde autor de *Una Historia de Europa*— me decía que Lloyd George era el único hombre que supo mantenerse por encima del volumen de problemas que fluían hacia Downing Street al final de la Primera Guerra. L. G. fue un hombre extraordinario y organizó su vida mejor que la mayoría de los políticos. Ellos no comprendían cómo había que vivir bajo tensión, y no se habían entrenado a sí mismos para sus tareas. Su forma de vida es errónea, derrochan el tiempo de la nación y su corazón y energías en trivialidades absurdas. Un hombre en un alto cargo debería vivir como un atleta en pleno entrenamiento y estar completamente dedicado a su misión. Si ni siquiera puede comportarse seriamente en los pocos años de supremo deber, se trata de un pobre hombre.

Dejemos la teoría para mirar los hechos probados, lo que ocurre actualmente en la edad moderna, y encontraremos hombres viejos que han triunfado y otros más jóvenes que han fracasado. Por ejemplo, el

⁶⁴ El autor juega aquí con el prefijo privativo inglés un, análogo al castellano in. En el primer caso debe querer decir unenergetic (sin energía) y en el segundo unexperienced (sin experiencia). (N. del T.)

canciller Adenauer, el general De Gaulle y el presidente Mao todos tienen en común únicamente el factor éxito. Adenauer fue elegido para su alto cargo por primera vez cuando tenía cerca de setenta y cuatro años, y se retiró a la edad de ochenta y ocho, después de catorce años de poder durante los cuales Alemania se alzó desde lo más bajo a lo más alto. Dos años después, a los noventa, él decidía de nuevo el destino del Gobierno alemán y la dirección política de su país. El presidente De Gaulle a la hora de escribir esta obra está muy adentrado en los setenta después de un período de poder que ha acelerado el renacimiento de Francia. El presidente Mao, también en los setenta, emplea en estos momentos a la juventud dentro de la estructura de hierro de un ejército disciplinado para el fiero propósito de una revolución permanente, y exhibe un extraordinario dinamismo a una edad que (buen comunista y peor ser humano) ha pasado a través de durísimas pruebas sin paralelo en el mundo moderno ⁶⁵ con procedimientos totalmente distintos y políticas totalmente divergentes, estos dos notables viejos han triunfado por completo, aunque hay que admitir que han sido ayudados en buena medida por los jóvenes equipos que ellos seleccionaron. La receta del éxito del mundo moderno ha sido un gran anciano rodeado por un brillante equipo joven.

¿Qué hay de los hombres relativamente jóvenes que en este período han llegado pronto al poder? Dos ejemplos extraordinarios de personalidades completamente distintas y políticas absolutamente divergentes son el presidente Kennedy y el canciller Hitler. El estudio de sus temperamentos y sus métodos pertenecen a la historia, pero pocos podrán afirmar que consiguieron realizar los planes que pregonaron. ¿Dónde está el nacionalsocialismo? ¿Dónde está el poder americano en su propio hemisferio, qué quedó de la doctrina Monroe? ¿Dónde está «la nueva frontera»? ¿Está en Vietnam donde su autor inició una amplia escalada de intervención militar? ⁶⁶ Esas vidas pueden o no ilustrar el proverbio alemán — «el que vivirá en la leyenda, sucumbirá en la vida» —, pero en términos de planes cumplidos, sean buenos o malos, ninguno de los dos pueden compararse con los viejos que hemos mencionado.

¿Y qué hay de sus predecesores inmediatos? Churchill llegó al poder a una edad posterior a la que el presente barullo sobre la juventud admitiría como adecuada. Después de toda la tensión de la guerra, él era calificado todavía en general como fuerte e iba ya camino de los ochenta, y su forma de vida no era ciertamente la más apropiada para una larga duración. En la Primera Guerra Mundial, Clemenceau formó su gobierno para ganar la guerra a los setenta y cinco años. Por otro lado, Hindenburg salió de su retiro para ganar la decisiva batalla de Tannenberg que de momento salvó a su país, y murió como el venerado presidente de Alemania a los ochenta y ocho años. ¿Dónde están los jóvenes en este panorama?

Gladstone y Palmerston rugían a sus ochenta años con sus imaginativas y dinámicas políticas. La frase de Lord Randolph Churchill de que Gladstone era «un hombre viejo en un desorden» resultó ser un ineficaz intento de cubrir con los ramajes de la vejez lo que la juventud de entonces no había conseguido hacer por ella misma. Está comprobado que Gladstone estaba en lo cierto en su plan de la Irish Home Rule y otras reformas del final de su vida; los miopes esfuerzos de todas las mediocridades más jóvenes de la política británica por frustrárselas costaron a Inglaterra muchos años de amargas luchas y graves peligros. Es sorprendente descubrir en el siglo xix la avanzada edad de los tres generales que tomaron París frente a la relativa juventud de los líderes franceses. Luis Napoleón sufrió la misma derrota a manos de la vejez, como su famoso tío en la campaña de 1812, cuando fue derrotado por Kutusov ⁶⁷, que tenía casi setenta años.

Wellington con su arte de gobernar fue muy eficaz en los tiempos antiguos, al menos poseía una figura y unas facultades al mismo tiempo enérgicas y sobrias, más de lo que era normal en aquella época. Uno de los ejemplos más impresionantes de todos fue el proporcionado por su más apreciado aliado: Blücher, a la edad de setenta y tres años fue derrotado en Ligny, sufriendo graves heridas, pero no ordenó la retirada, sino la marcha forzada hacia Waterloo, decisión que contribuyó de forma decisiva a la victoria aliada. Quedé muy complacido cuando recibí de Alemania algunas cartas de amigos que me comparaban con el viejo Blücher, cuando caí en una trampa bien planeada por un tropel de rojos en una pelea callejera a la edad de sesenta y seis años, pero me las arreglé para levantarme e ir derecho al estrado para pronunciar el discurso que habían intentado impedir.

⁶⁵ Estos dos extraordinarios hombres viejos se batieron en París, 1968. Mao exporta caos, pero intenta importar orden. La anarquía fue superada por la votación del pueblo francés, que De Gaulle permitió por primera vez en la historia durante unos disturbios callejeros.

⁶⁶ El presidente Kennedy inició su mandato presidencial el 20 de enero de 1961. Y de acuerdo con las declaraciones de Joseph Alsop «consideraba que el "principal teatro" era Vietnam del Sur» y «consagraría todos los recursos para contener en ese "teatro principal"». Estas declaraciones fueron confirmadas en el mismo número del mismo periódico por James Reston: «Perdimos más hombres en Vietnam en 1967 que en los otros cinco años juntos desde que se inició nuestra intervención militar en ese desgraciado país». (New York Herald Tribune, n.º 30, 1967.)

⁶⁷ Su predecesor, Suvarov, andaba cerca de los setenta durante su notable campaña de Italia contra los mariscales de Napoleón. Radetsky, tras varios años de exclusión y olvido, tenía ochenta y tres años cuando venció en Novara y después gobernó hasta los noventa y uno. Nuestro propio Lord Roberts tenía casi setenta años cuando llegó a ser comandante en jefe en la Guerra de los Boers y salvó la situación; murió a los ochenta y dos años cuando visitaba el frente del Oeste en 1914. El mismo Syngman Rhee, americano, después de treinta años de exilio, volvió a Corea a los setenta años y gobernó el país hasta los ochenta y cinco, ganando todas las elecciones; se retiró a la cuarta victoria, cuando consideró que sus campañas electorales eran muy inferiores a lo que se exigía en las primarias americanas. El temperamento y las hazañas de estos personajes eran muy distintos, pero todos ellos tenían una edad muy avanzada. Finalmente, no olvidemos a Dándolo. Dux de Venecia, que tomó Constantinopla a la edad de ochenta y cuatro años, o a Ho Chi Minh, el Dux de la Izquierda, que tomó casi todo Vietnam a la edad de setenta y siete años. La alta política parece que no es un juego de niños.

Cuando hablamos de los méritos relativos de la juventud y de la vejez es bueno empezar por un estudio de los hechos. Ambas tienen su utilidad; lo que necesitamos son hombres capacitados, viejos y jóvenes.

Éstos deberían recibir su oportunidad tan pronto como sea posible, sean viejos o jóvenes, antes o después. Es otra desgraciada realidad de la naturaleza humana que, aparte del sistema hereditario y de las revoluciones, los hombres capaces tienden a obtener su oportunidad más bien tarde que pronto. Por ejemplo, un hombre muy alabado de viejo y muy desaprobado de joven fue Winston Churchill. Un viejo amigo y contemporáneo suyo —el deportista irlandés-americano, Ikey Bell— me dijo una vez: «El secreto consiste en hacer lo que Winston hizo: vivir hasta que todos los hombres que te odian se han muerto». Fue una larga marcha para Winston Churchill llegar a ser la deidad de la tribu del Partido Tory, desde aquellos primeros días cuando Lady Milner le describió como un «medio extranjero, completamente indeseable». Ciertamente, en muchos de sus mejores años, cuando estaba generosamente inspirado por ideas originales y sentía una ardiente pasión por la reforma social, Sir Winston Churchill fue excluido del poder por una mediocridad tan cursi como nunca ha deslucido el paisaje inglés. Hubiese sido mejor usar aquel talento para crear mejor que para destruir.

Chatham con un carácter tan distinto y unas realizaciones tan diferentes sufría el mismo destino, que ya resultaba habitual en los grandes hombres ingleses. También fue un largo viaje desde su respuesta clásica a Horace Walpole en el informe del doctor Johnson — «El atroz crimen de ser un hombre joven el recto y honorable caballero lo ha cargado sobre mí con tal decencia y espíritu que no intentaré ni paliarlo ni negarlo, pero me contentaré con el deseo de ser uno de esos cuyas locuras acaban con la juventud y no uno de esos que continúan en la ignorancia a pesar de los años y de la experiencia» — hasta los breves cuatro años, hacia el final de su vida, cuando, con el firme apoyo de la masa del pueblo inglés, le fue permitido salvar su país y ganarlo para el gran Imperio. El penetrante aforismo de Jonathan Swift ciertamente podía aplicarse también a él: se puede observar la entrada de un genio en el mundo cuando se vea que «todos los tontos se han aliado en contra de él». La misma tendencia puede descubrirse en la dramática y turbulenta historia del mundo clásico.

Personalmente, nunca encontré la menor dificultad en dialogar con una generación diferente y aprender sin ninguna inhibición por la edad de cualquiera que tuviera algo que contarme. Los hombres y las mujeres jóvenes deberían ser consultados sobre sus aprendizajes, que luego formarán parte de sus vidas futuras. Deberían ser tratados como adultos por las Universidades — y por la ley —. El actual antagonismo entre la juventud y la madurez me parece a mí una de las desavenencias más tontas de la estupidez contemporánea. La guerra de las generaciones es más tonta que la guerra de clases, porque tiene menos razones. Es casi siempre signo de alguna insuficiencia intelectual en un lado o en el otro; a un cierto nivel de inteligencia, el conflicto intergeneracional deja simplemente de existir. ¿Decidirían dos físicos a la edad de veinte y cincuenta años, cuando están a punto de hacer un nuevo descubrimiento, que no pueden trabajar juntos a causa de la diferencia de edad? Por el contrario, entre personas completamente incultas la diferencia de unos pocos años parece algo muy importante. Los primitivos viven en estrechos compartimentos de edades.

Cuando era joven algunos hombres de las viejas generaciones me dieron la impresión de ser contemporáneos eternos. Lloyd George era muchos años mayor que yo, pero siempre me hacía sentir que pertenecíamos a la misma generación. Ahora me siento contemporáneo de muchos de los jóvenes y de los más agitados cuando discutimos de temas de interés mutuo. A un cierto nivel, la diferencia de edad no es una diferencia mayor que la del color del pelo. Las gentes sin interés intelectual se hallan divididas por las cosas más efímeras, como las variaciones de la moda, que, a lo largo de una larga vida, se ven pasar y volver media docena de veces. ¿Qué más da todo esto? Bonaparte, cuando cruzó solo el puente de Areola llevaba el pelo largo hasta los hombros, pero en los tiempos del Consulado se lo había cortado y peinado hacia atrás buscando los viejos ritos romanos. Sucede que yo prefiero la última moda y apostaría a que volverá pronto, pero eso no tiene importancia siempre que los hombres conserven la virtud de la hombría. El valeroso comportamiento de los héroes de las Termopilas no fue empañado por el hecho de que la tarde anterior la hubiesen pasado, a la moda espartana, peinándose e incluso perfumándose sus ondulados bucles. No fue el pelo largo lo que hizo a los caballeros perder ante las «cabezas redondas»⁶⁸, pero un cierto cambio en su actitud en la vida era resultado de la indisciplina en sus ataques de caballería, que hicieron su acción menos eficaz que el aplomo y la resolución de sus inmediatos y victoriosos predecesores, los Elizabethans⁶⁹.

Lo que está mal en nuestra civilización es que los mejores hombres son a menudo, o bien excluidos hasta que son necesarios en medio de una catástrofe, o bien apartados o marginados en espera de su oportunidad demasiado tiempo, lo cual es un derroche no sólo de su tiempo, sino también de los valores nacionales. La solución está en procurar un sistema que de a todos los hombres capaces una progresiva oportunidad desde su más temprana edad, una oportunidad que continúe en tanto su capacidad se prolongue. Sugerí en *La Alternativa* algunos métodos que pueden ser más efectivos para este fin que el crudo proceso de situar al joven frente al mayor. Siempre debe haber sitio en la cumbre de una sociedad bien organizada, porque la ayuda que se presta

⁶⁸ «Cabeza redonda», en inglés Round head, apodo despectivo que se daba a los puritanos durante las guerras civiles del siglo XVII en Inglaterra. (N. del T.)

⁶⁹ Elizabethans, pertenecientes a la reina Isabel o a su época. (N. del T.)

a los hombres capaces de primera fila siempre resulta demasiado pequeña. Debemos idear los medios para superar la oposición destructora de la liga de los tontos, que ha existido desde que se sugirió por primera vez que los hombres deberían abandonar las cavernas para salir al sol.

Existen dos razones principales que explican el presente culto a Peter Pan en política. La primera es la envidia, y ésta existe desde tiempos remotos. Heráclito dijo que todos los ciudadanos de Éfeso deberían ser colgados por haber impedido, por envidia, que surgieran hombres eminentes que salvaran el Estado. Goethe con un sabio y moderno estilo para combatir ese mismo vicio de la envidia con el arma más efectiva del ingenio, dijo en su epigrama: «El único consuelo de los tontos es que el genio no es inmortal». Yo lo diría de forma bastante distinta, y, desde luego, con mayor modestia: «Un viejo es la última burla arrojada por lo estéril a lo creador». Piensan que la edad reduce a todos a su misma impotencia. Están equivocados; los buenos vinos mejoran. Hoy vemos a los estúpidos consolarse a sí mismos con la idea de que los brillantes no son inmortales, aunque, por otra parte, buscan emularlos y adularlos con una ineficaz imitación. El sello de los grandes tiempos era la admiración más que la envidia — *Honneur aux maitres d'armes*⁷⁰ — y en los tiempos modernos la admiración hacia los maestros del intelecto y de la voluntad. El deseo de destrozar todo lo excelente es el instinto propio de «Silenus y su cuadrilla de orejas largas», cuyos excesos en los últimos momentos de decadencia preceden e incluso provocan el renacimiento de grandes ideas y acciones en los pueblos aún capaces.

La segunda razón por esa urgencia en buscar hombres de Estado cada vez más jóvenes, hasta el punto de que la misma cuna corre peligro de ser saqueada, es seguramente el instinto de escapar de una sociedad decadente. Los hombres mayores y también los falsos jóvenes de la época actual se desacreditan porque intentan hacer programas políticos condenados al fracaso. El remedio no es hacer primer ministro a Peter Pan, sino cambiar el sistema. Toda esta trayectoria actual es particularmente ridícula en un momento en que la ciencia está alargando de forma efectiva la vida. Teniendo en cuenta los ejemplos históricos ya citados, ¿por qué negar capacidad a los hombres con mayor experiencia precisamente en el momento en que el genio científico del mundo está prolongando tanto la capacidad de vivir? La tontería pasará con la crisis actual, y volveremos, al menos en los asuntos serios, a la gravitas romana que ha sido el imprimatur de todos los grandes períodos históricos. Que esta breve y un tanto dogmática disgresión sirva en cierto modo de expiación por los desatinos de mi propia juventud y como liberación de la estatua de Peter Pan que fue erigida graciosamente en Kensington Gardens al comienzo de esta época, poco después de que la varonil exhibición de Aquiles en Hyde Park fuera cubierta decentemente a petición de las damas de Mayfair.

Mi energía juvenil encontró pronto una salida más positiva al asociarme con Lord Robert Cecil. Era un hijo muy capaz de un extraordinario primer ministro, Lord Salisbury; reunía la madurez y la experimentada y tradicional sabiduría de un estadista, no sólo en lo intelectual, sino también en su presencia física, parecida a la de un viejo halcón con los ojos cubiertos por la caperuza, acechando por encima de las tonterías de los hombres mientras ellos aún se atienen a una luminosa y benéfica visión. Lo primero que me acercó a él fue mi profunda divergencia con el Gobierno sobre los riesgos innecesarios de la presencia británica en Rusia. Cecil avanzó también nuevas ideas sobre reforma industrial y social —tanto en la cogestión como en la participación en los beneficios— que yo apoyé ardiente y activamente. Nuestras políticas en este campo se anticiparon casi cuarenta años y en una forma casi exacta a las proposiciones, que fueron consideradas como muy revolucionarias, enunciadas por los pensadores progresistas en 1960, a los que se presentó como los jóvenes leones del liberalismo. «Participación» es la última versión de lo mismo.

Lo más importante de todo para mí fueron los esfuerzos constructivos de Lord Cecil para asegurar la paz en Europa y en el mundo mediante su defensa de la Sociedad de Naciones; ya en 1920 empecé a ayudarlo activamente en sus tareas. La paz era con mucho mi mayor pasión, y la Sociedad de Naciones fue el primer y último esfuerzo efectivo y desinteresado por asegurar la paz mediante una amplia acción internacional. Fue bien concebida en aquel período, porque la organización estaba integrada por pueblos similares capaces de actuar juntos y voluntariamente tomando sobre sí ciertas obligaciones elevadas a rango de ley internacional, conformes con sus propias tradiciones. Con la retirada de América en la práctica se convirtió en una organización europea para el mantenimiento de la paz mundial. Luego veremos cómo la Sociedad naufragó a causa de la falta de voluntad en los hombres de Estado, bastante más que por defectos de organización.

La primera tarea que empecé en compañía de Lord Robert consistió en la lucha constante por apartar a nuestro país de las aventuras de Mr. Churchill. Yo nunca he podido ser considerado como un pacifista, porque estuve listo para enfrentarme con la dura prueba de la Primera Guerra Mundial, y, más tarde, cuando lo creí necesario, utilicé la violencia en defensa propia para salvar la libertad de expresión en Gran Bretaña; yo organicé entonces el movimiento de los blackshirt y conseguí ese objetivo. Pero a través de toda mi vida política he sido totalmente contrario al sacrificio de vidas inglesas en cualquier caso, salvo en un conflicto interno británico. Esta actitud está claramente resumida en dos discursos míos en que me oponía a la aventura de Mesopotamia, ahora llamada Irak. Los pronuncié después de la formación en 1922 del Gobierno de Bonar Law;

⁷⁰ En francés en el original: «Honor a los maestros de armas». (N. del T.)

por aquel tiempo míster Churchill había perdido su escaño en el Parlamento; él había sido el campeón ministerial de la política a la que yo me había opuesto en compañía de Lord Robert Cecil. Yo me opuse todavía a ella cuando el Gobierno de Bonar Law la prosiguió, aunque Lord Robert llegó a formar parte de ese Gobierno en circunstancias que serán explicadas más tarde. Nuestras relaciones personales en este período fueron complejas y variables, pero mis tesis políticas fueron sostenidas firmemente y aquellos discursos constituyen el ejemplo típico de una prolongada controversia.

Aunque sigo decidido como siempre a sacar a nuestro país de compromisos militares que no sirvan a los intereses británicos o europeos, yo adoptaría ahora un punto de vista más realista en relación con las necesidades de petróleo del que adopté entonces. En cualquier caso, hubiera sido más prudente haber buscado el petróleo que posteriormente fue descubierto en nuestro propio Imperio, en el que las prospecciones geológicas se abandonaron hasta 1939. Mi principal acusación contra el Gobierno en ese período era que ellos estaban siempre danzando por el mundo preocupándose de los asuntos de todos los demás, menos de los suyos propios. Cuando descubrieron finalmente la importancia económica del Imperio británico que, con previsión y planificación, podía haber suplido todas sus necesidades, ellos lo despilfarraron regalándoselo a la anarquía, presos del pánico, mostrando la debilidad a la que sus inmensos errores habían arrastrado al país. Mis discursos intentaron al menos poner fin a esas aventuras y concentrar la atención sobre los intereses de nuestro propio pueblo, primordial tarea a realizar.

Hablando el 15 de febrero de 1923, me referí a nuestra posición en Irak y observé que «se había responsabilizado del asunto a la Sociedad de Naciones, como ocurre con todas las dificultades y problemas insolubles. Es curioso que la Sociedad de Naciones no se invocaba nunca para detener las guerras favoritas de los estadistas; sólo se la invoca para parar aquellas de las que ellos están ya demasiado cansados». Desarrollé entonces una de mis tesis principales: si permitíamos que el asunto siguiera hacia adelante, deberíamos enfrentarnos a la alternativa de luchar en una guerra desastrosa, con inmensas pérdidas en vidas y dinero, o retirarnos con grave pérdida de prestigio.

Con frecuencia repetí en los años posteriores el argumento de que era una locura derrochar promesas universales de ayuda, e innoble para aquellos que pertenecían a nuestra esfera de intereses; era necesario aplicar un criterio selectivo al hacer promesas de ayuda. Muchos años después, en el terreno mucho más amplio de la guerra con Alemania, expliqué exactamente el mismo principio e hice la misma acusación: nuestros estadistas han hecho la guerra con Alemania y han sacrificado muchas vidas para salvar el honor de una promesa concedida locamente a Polonia, mientras que más tarde se echaron para atrás cuando Rusia subyugó permanentemente a Polonia. Esta tragedia podría producirse de nuevo en nuestros días si fuéramos llamados a luchar en una guerra mundial a causa de los compromisos adquiridos con ligereza en Asia, a los que yo me he opuesto por las mismas razones en años recientes.

Cuando en 1923 se mofaban de los que propugnaban una retirada yo repliqué que las experiencias recientes había demostrado que todos estaban en favor de la retirada a fin de cuentas. La cuestión era saber cuándo retirarse, si antes o después de que empezase la pelea. No había nada tan perjudicial para el prestigio como hacer ruido y fanfarronear hasta que empiezan las dificultades y entonces dar un salto atrás. «Es posible bajar las escaleras con gracia y dignidad si uno lo hace libremente, pero es imposible ser arrojado escaleras abajo con gracia y dignidad.» En la trayectoria presente de la historia esas observaciones pueden aplicarse a nuestra situación actual al Este de Suez.

Entonces yo exigí atención sobre las advertencias de soldados tan ilustres como Sir Henry Wilson o el general Robertson, y recordé a la Cámara «el destino de aquellos imperios que han intentado en el pasado mantener enormes compromisos en los territorios más lejanos con fuerzas inadecuadas». Nuestras «pequeñas y dispersas fuerzas en Irak y en todo el mundo» fueron puestas en peligro por esta política e incluso la misma defensa corrió graves riesgos por la ausencia en Irak de los necesarios expertos del aire. Estábamos colocándonos «en el mayor de los riesgos por esta cuestión de nuestra defensa aérea» y, por añadidura, estábamos malgastando fondos económicos en aquellas remotas aventuras, que era urgente emplearlos en educación, sanidad y viviendas dentro de nuestro propio país.

Yo denuncié a los hombres de Estado «cuyos ojos se han apartado de la destrucción que sus disparates han causado a su propio país, y que pueden observar con tranquila mirada la caldera en ebullición de la política europea». Sus ojos «estaban fijos en los desiertos del Este» y tenían escasa simpatía a muchos de sus conciudadanos que «tienen que vivir en la penuria» y «conocen el dolor y la angustia». Si continuaban «cargando la industria con aquellos colosales impuestos» arriesgarían «el colapso de las finanzas del país». En aquellas luchas parlamentarias yo seguí primero los pasos de Lord Cecil y después continué solo defendiendo los principios cuya lealtad me ha obligado a dar muchas batallas y me ha causado muchos quebraderos de cabeza.

El blanco principal de nuestros ataques era siempre Mr. Churchill, principal protagonista de aquella política. Ello produjo numerosos debates apasionados entre él y Lord Robert, en los que normalmente Mr.

Churchill salía victorioso. Sin embargo, en una ocasión Lord Robert se apuntó un buen tanto con una breve adaptación de las conocidas líneas de Dryden sobre Buckingham:

Inflexible en sus dictámenes, siempre equivocados. Todo cambiaba,

pero nada duraba más que un giro completo de la luna. Era mal escritor, pintor, hombre de Estado y bufón.

Incluso antes de mi asociación con Lord Robert Cecil en las tareas de la Sociedad de Naciones y en la lucha frente a las aventuras de Mr. Churchill, fui invitado por su hermano mayor, Lord Salisbury, para ser secretario de una organización que había formado llamada «La Liga del Pueblo para la Economía». Esto ocurrió en 1919 y me puso en estrecho contacto con la familia. En aquel tiempo fueron necesarias una serie de visitas a Hatfield para tirar adelante la causa del pueblo. Era una idea justa para cualquier bandera ideológica, ya que el libertinaje del Gobierno de coalición, tanto por su salvaje gasto público como por la venta de valores a precios tirados a personajes políticos de dudosa significación, se había convertido en un escándalo público. La administración diaria de esta Liga, que alcanzó un rápido éxito, me impedía atender todos mis deberes parlamentarios, de modo que sugerí a Lord Salisbury que contratase un secretario permanente bajo mi supervisión general. Estuvo de acuerdo, y me pidió que buscase al hombre adecuado.

Después de visitar la Oxford Union pensé que su presidente podía ser el hombre apropiado. Desde luego, era muy brillante y se llamaba Leslie Hore-Belisha. Durante ese período hubo una serie de presidentes de la Oxford Union particularmente brillantes, que procedían en su mayor parte de la generación de la guerra, y que culminó con el triunvirato de Guedalla, Hore-Belisha y Beverley Nichols. Este último se perdió para la política al abandonarse por el camino fácil, después de escribir algunas cosas encantadoras sobre mí en alguna casa de veraneo; Guedalla se dedicó a la literatura después de pasar un período en la miasma del liberalismo contemporáneo; sólo Belisha siguió adelante en una espectacular carrera política. A pesar de que era algunos años mayor que yo, y que acababa de volver de la guerra, tenía menor reputación, ya que yo era M. P. y él aún estaba atareado luchando por graduarse y presidiendo la Union. Nada más graduarse le invité a organizar la Liga del Pueblo para la Economía.

La sosegada organización resultaba un marco demasiado estrecho para su talento volátil, ya que Belisha era en todos los aspectos lo opuesto a la precaución, al cálculo, a la persona estable y sobria que siempre se pone como ejemplo de su raza; como varios judíos sobresalientes, Lassalle y Trotsky principalmente, se precipitaba hasta un grado completamente temerario. En aquel tiempo vivía bien y con mucha actividad; su conversación era brillante y divertida. Sus lazos con la Iglesia y su ortodoxia en la casa de Cecil no duró mucho. El origen de la ruptura fue mi error al pedirle que aceptase una invitación del dinámico vicario de la Iglesia de la Ciudad del Templo para hablar desde su pulpito después de comer. Después me informaron algunos de sus amigos jóvenes que él empezó haciendo una parodia del porte clerical con las siguientes palabras: «Al alzarme en este lugar consagrado, lo único que siento es no poseer ni la voz ni los modales clericales». Al llegar a este punto su voz fue interrumpida por un resonante hipo, que condujo necesariamente a una prematura conclusión. Esto no le pareció nada bien a Lord Salisbury, y él salió de la Liga del Pueblo entre una nube de polvo.

En esta etapa de su vida Hore-Belisha «vegetaba», una tendencia que continuó después de su entrada en la Cámara de los Comunes, donde echó a perder sus primeros discursos. Dice mucho a su favor que posteriormente se esforzó y tiró hacia delante con voluntad fría y sobria hasta alcanzar durante un período la altura del éxito político. Mi última discusión personal con él se debió a un curioso accidente. Habíamos tomado una casa junto al mar en Normandía, y fuimos a la vecina Deauville a pasar un fin de semana. Visité el casino para ver por primera vez el famoso «sindicato helénico» en acción, y me quedé sorprendido al ver que su primer jugador en la gran mesa era Hore-Belisha. Me explicó en los intermedios de este violento encuentro que un pariente le había dejado una considerable suma de dinero y que pensaba poner toda su fortuna en juego, para bien o para mal, aquella noche. Estaba muy sobrio.

Me quedé observando, fascinado por el drama, toda la noche. A las seis de la mañana me invitó a cenar, después de levantarse de la mesa habiendo triplicado su fortuna inicial. Le recomendé que se fuera de Deauville al día siguiente y que no volviera más. Yo nunca me he jugado mi fortuna, porque he encontrado en la vida muchas cosas más interesantes, pero al siguiente fin de semana volví al casino para ver si había otro drama parecido; lo había, era de nuevo Hore-Belisha. Salió a la madrugada sin un penique, y esta vez le invité yo a cenar. Estaba muy alegre, y explicó que si hubiese retenido la fortuna se encontraría tentado a dejar el trabajo y dedicarse a la buena vida. Max Bearverbrook le había ofrecido un empleo bien remunerado para que escribiera como su principal columnista, y ahora lo iba a aceptar; eso significaría labrarse un porvenir. Admiré tanto su filosofía como su resolución.

Nuestros caminos no se volvieron a cruzar hasta su caída, cuando los conflictos de 1940 le obligaron a salir de su Secretaría del Ministerio de la Guerra. Me entristeció que nuestra organización jugase un papel importante en ese acontecimiento, ya que años antes le había apreciado mucho. Pero hubiese sido una contradicción con los deberes públicos tratar de impedirlo. Después sólo le vi una vez más, y sus ojos me miraron con un triste reproche. La vida pública comporta a menudo este «tipo de lágrimas». Éramos amigos a

pesar de tener actitudes distintas en la vida. Siempre se sorprendió y sintió algo de envidia por mi automática decisión en favor del deber por encima del placer en las amargas encrucijadas que a menudo se presentan.

A pesar de mi equivocación en el nombramiento de Hore-Belisha para la Secretaría de la Liga del Pueblo de Lord Salisbury, no fue obstáculo para que su hermano Lord Robert Cecil me invitase a trabajar como secretario parlamentario de la Unión de la Sociedad de Naciones, una gran organización que había creado con la ayuda financiera de Lord Cowdray para apoyar sus ideas de promoción de la Sociedad de Naciones. Acepté, y estuve muy ocupado con esta tarea en el verano que siguió a mi boda y luna de miel en mayo de 1920. Habíamos alquilado la agradable casa de Downshire en Roehampton, y yo solía ir todos los días a las oficinas de la L. N. U.⁷¹, situadas en Grosvenor Place, 15, por la mañana, y casi todas las tardes al Parlamento. Cimmie en aquel tiempo estaba muy ocupada con los asuntos de la Unión de la Lengua Inglesa. Fue un verano feliz.

Lord Robert Cecil me atraía por su excelente carácter y por su capacidad para combinar el sentido práctico con sus ideales. La concepción sobre la Sociedad de Naciones estaba bien planeada. Buscó la paz por medios prácticos sin menoscabo de las soberanías nacionales que aún eran dominantes, y proporcionó la organización necesaria, no sólo para mantener la paz, sino

MI VIDA

159

también para fortalecerla si era preciso. Por añadidura, además de todo el mecanismo de conciliación y arbitrio destinado a impedir graves disputas que socavasen los cimientos de la paz, el decisivo artículo 16 preveía los medios efectivos para una acción internacional contra cualquier agresor deliberado. La Sociedad de Naciones no era entonces sólo un cuerpo homogéneo, sino también un todo orgánico que descansaba en la realidad de que cada miembro era un país estable y digno de respeto. Desde luego, como todas las buenas ideas podía ser ridiculizada y exagerada hasta el absurdo, como ha podido verse después <le la Segunda Guerra Mundial en las Naciones Unidas, donde se concede en la Asamblea General el mismo peso a un país primitivo de unos centenares de miles de habitantes que a Inglaterra, Francia, Estados Unidos o Rusia. El veto de los grandes países es sólo un poder puramente defensivo.

Es curioso que muchas de las mejores ideas de 1920 las encontramos reductio ad absurdum en 1960. Ésta es quizá una característica de uno de esos períodos de decadencia, de los que afortunadamente los grandes pueblos de Europa siempre han sabido recuperarse adaptándose a las nuevas necesidades. En todas las cosas hay un justo término medio, y la Sociedad de Naciones de aquel tiempo consiguió un claro equilibrio entre la dictadura de unas cuantas grandes potencias y la actual recaída en una moderna torre de Babel. Fue una maquinaria bien diseñada, pero como todo mecanismo su funcionamiento dependía del factor humano. En la Sociedad de Naciones faltó el ingrediente esencial, que es la voluntad de los estadistas.

La Sociedad fue prácticamente echada a pique en 1923 por Mussolini, que tenía un peligroso excedente de cualidades que tanto faltaban en otros estadistas. Recuerdo que entonces le dediqué un irritado y ofensivo discurso en el que decía que Mussolini había triunfado del mismo modo que un conductor borracho, no a causa de su propia pericia, sino porque todos los demás conductores se habían puesto de acuerdo en dejarle libre el camino. En realidad, este lenguaje belicoso sólo encubría la retirada de los pusilánimes promotores de la Sociedad. Yo me había entregado plenamente a aquella empresa, y por eso pude juzgar la actividad de Lord Robert Cecil. Yo no sé si Mussolini se enteró de este discurso a tiempo, ya que él seguía de cerca los debates en otros países, pero seguramente él no se llegó a enterar del movimiento que yo deseaba emprender y cuando posteriormente le conocí nunca hablamos de ello; claro está que en aquel tiempo era ya una vieja historia. Al hablar de ello nos anticipábamos de nuevo un poco a los acontecimientos. El análisis de un asunto a veces está en conflicto con la estricta cronología, pero todos estos incidentes ocurrieron dentro del primer lustro de los años veinte.

Después de las elecciones de 1922, cuando Lord Robert Cecil y yo nos habíamos ya separado, él reingresó en el Gobierno conservador y yo continué en la oposición después de negarme a acompañarle; mantuve buenas relaciones con él y tuve alguna participación en los acontecimientos que destruyeron virtualmente la Sociedad de Naciones. Fue en el verano de 1923 cuando Mussolini corrió el riesgo, cuando aún no tenía casi fuerza. Le salió bien porque los que la tenían no tuvieron valor. Mussolini bombardeó la isla de Corfú y mató a un cierto número de personas que estaban bajo la soberanía británica. Cuando ocurrió esto, Lord Robert estaba en una sesión de la Sociedad de Naciones en Ginebra, Mr. Baldwin estaba en Aix-les-Bains

⁷¹ L. N. U., League of Nations Union, Unión de la Sociedad de Naciones. (Nota del Traductor.)

pasando sus acostumbradas vacaciones y yo estaba pasando mis habituales vacaciones en Venecia, disfrutando de los más variados pasatiempos. El panorama veneciano también se vio afectado en parte por aquella atmósfera general a causa de que algunos Camisas Negras habían nadado hasta un yate inglés anclado en el puerto y habían colocado en él una bomba de considerable potencia, que más por fortuna que por precaución, no dañó a ninguno de los ocupantes. Éste no es lugar adecuado para revivir el origen del incidente — y yo entonces sabía poco y me preocupaba menos de Mussolini, sus Camisas Negras o el fascismo —, pero recuerdo que para mí, un joven M. P. inglés, la conducta del líder italiano y sus seguidores me pareció un ultraje. Aquella era la ocasión para promover la aplicación del artículo 16 en Ginebra y establecer de una vez por todas la autoridad de la Sociedad.

Entonces abandoné Venecia para ir a Ginebra, donde encontré a Cecil en un estado de profunda indignación y muy dispuesto a entrar en acción. Yo añadí el petróleo que pude a la llama, porque aquella me pareció la mejor ocasión para afirmar el papel de la ley en las relaciones internacionales. Hacía muy poco que había llegado MussoHni al poder y no disponía aún de fuerzas armadas preparadas, sus finanzas eran débiles y la lira se tambaleaba. Si se hubiera aplicado el artículo 16 probablemente sólo hubiese sido necesaria una retirada de los embajadores de todos los países miembros de la Sociedad para que se hubiera producido el crac en la economía italiana. Según mi opinión de entonces y del juicio que pude formarme sobre su carácter posteriormente, MussoHni se hubiera comportado de un modo mucho más realista en una posición débil ante una abrumadora fuerza firmemente enfrentada a él. Por mi parte yo estaba completamente dispuesto a ir más allá y promover sanciones, que en aquellas condiciones hubieran sido eficaces. Teníamos todas las perspectivas favorables para una rápida y espectacular victoria de la Sociedad, que hubiera consolidado el papel de esta nueva maquinaria en el establecimiento de la paz mundial, que tantos y tan arduos esfuerzos había costado. Tuvimos entonces una oportunidad extraordinaria para implantar la autoridad de la nueva institución y dar fuerza a la ley. No hacía falta más que la necesaria voluntad humana, pero eso fue lo que falló completamente.

En aquella ocasión, Cecil decidió viajar a Aix-les-Bains, mientras yo permanecía en Ginebra. Fue a pedir autorización a Baldwin para invocar el artículo 16. Volvió rápida y completamente desfavorable. Había encontrado la lastimosa figura del líder conservador inmersa plácidamente en las consoladoras aguas, mostrando un escaso interés por los asuntos internacionales. Apagada como de costumbre, la débil llama de aquel espíritu había chisporroteado débilmente ante las noticias de la gente que había sido asesinada bajo la soberanía británica en lo que a nosotros nos parecía un acto de piratería internacional. Baldwin le dio a Cecil la increíble respuesta de que debía utilizar su propio juicio en Ginebra y hacer lo que considerase oportuno. El primer ministro de Inglaterra no tomaría decisión alguna, zafándose-así de cualquier responsabilidad.

Lord Robert Cecil no estaba preparado para seguir adelante con sus propios medios, aunque haber corrido el riesgo le hubiera podido hacer primer ministro. El trabajo de toda su vida habría sido coronado por el triunfo de la Sociedad de Naciones, que era lo más importante para la honradez de su ideal, y su propia posición política se hubiera vuelto tan inexpugnable que hubiera podido reunir en torno suyo a todos los que deseaban una política inteligente unida a una firme voluntad de actuar.

Ellos no veían esta ventaja porque semejantes hombres sólo se mueven impulsados por una emoción intensa. Se mostraron entonces reacios a implantar la autoridad de la Sociedad por un acto de fría voluntad, apoyado en un sereno cálculo que demostraba que ellos tenían todas las posibilidades de victoria y su oponente no tenía ninguna. Sin embargo, en 1939, hombres de esta clase, en unas circunstancias de pasiones al rojo vivo, se mostraron dispuestos a arriesgar su país, su Imperio, la vida de Europa y de la civilización mundial, cuando cualquier cálculo superficial demostraba que las posibilidades estaban contra ellos, y así perdieron su oportunidad cuando era fácil, y actuaron cuando era desesperada, y a qué precio. Desde luego, los fuertes sentimientos morales son necesarios para las grandes acciones, pero deberían ponerse en práctica con realismo. Necesitamos un corazón de fuego, pero también un cerebro de hielo.

En aquel tiempo todo lo que a mí me preocupaba era el mantenimiento de la paz y la construcción e implantación de una organización práctica que sirviera a ese fin. Mi aportación consistió en luchar por mi causa, que era la Sociedad de Naciones, apoyar a mis amigos y atraerlos a mi lado. Lloyd George fue mi primer blanco, porque él había anulado la organización de la Sociedad en favor de su propio método de utilizar el cuerpo más pequeño y manejable del Consejo Supremo de las grandes potencias. Por supuesto, siempre es más fácil decidir y actuar en una pequeña junta de hombres competentes que representan a las grandes potencias, pero a la larga no resulta tan eficaz para movilizar la opinión de la humanidad en favor de la paz. Lloyd George nunca comprendió mucho los grandes principios, y había desarrollado durante años una gran experiencia práctica para la obstrucción de cualquier asunto, nacional e internacional; en consecuencia, favoreció el Consejo Supremo en su febril búsqueda de una acción rápida. A mí me pareció que esto iba en contra de la autoridad de la Sociedad de Naciones. Ante todo, mi objetivo era establecer la autoridad efectiva de la Sociedad de Naciones en lugar de la vieja balanza de poderes que dividía a Europa y suponía el riesgo de volver a la guerra.

Aquella particular mezcla de razón y vitriolo que era mi receta en aquel período queda ilustrada por un discurso que pronuncié en la Cámara en febrero de 1922. Insistí en mis argumentos en favor de la Sociedad de

Naciones y contra «el método de conferencias en chancletas» de Lloyd George en su Consejo Supremo, un ataque satírico al primer ministro que desencadenó muchas risas a sus expensas y mucha indignación por mi insolencia. Subrayé que su «porte de emperador romano» en las conferencias realizadas en la villa de su millonario secretario parlamentario, Sir Philip Sassoon, podía ser «halagado al atardecer con el incienso de sus admiradores» y los «roces de la controversia podían ser suavizados» por una «liberal aplicación de los preciosos ungüentos del voluptuoso Oriente».

Mediante argumentos serios convine con el primer ministro en que algunos países estaban «amenazando la paz de Europa, porque ellos temen la agresión de otros. El miedo es hoy el factor más poderoso para alterar la paz. Sólo hay dos caminos para aliviar ese miedo: uno, mediante una Sociedad de Naciones fuerte que pueda garantizar la paz del mundo y dar garantías a los países frente a la agresión; el otro camino son esas enmarañadas alianzas por las que el *Rt. Hon. Gentleman* está ahora comprometiendo al país». Concluí abogando por la garantía efectiva bajo el Convenio de la Sociedad de Naciones como una alternativa al viejo sistema de equilibrio de poderes que era en gran parte responsable de la pasada catástrofe. Debíamos avanzar hacia un «nuevo orden y concepción del mundo surgido como el fruto de tan grandes sacrificios».

Mi pasión era la paz, y la perseguí por cualquier medio que me pareciese más efectivo. El camino de la Sociedad de Naciones era el camino opuesto a la fatal división de Europa, originada por la doctrina tradicional del equilibrio de poderes, que desde mi punto de vista había sido la principal responsable de la Primera Guerra Mundial. Esas concepciones y los que las mantenían debían ser atacados con todas las armas que tuviese el orador. Algunas de esas armas, como el sarcasmo y la invectiva, pueden parecer contrarias a otros pasajes de mis discursos, más razonados y constructivos, pero hay que tener en cuenta que yo fui educado en una escuela de duros debates. Veremos en el próximo capítulo el origen del desarrollo y empleo despiadado de esas armas, que me granjearon una gran audiencia para mis argumentos constructivos. Fue necesario implantar entre los oponentes un cierto temor a la réplica a base de utilizar el sarcasmo y la invectiva; ese temor se acentuó en el momento en que supieron que se les podían dedicar personalmente algunos comentarios acerados. Al principio de esta situación no pretendía faltar a nadie, puesto que había empezado utilizando puramente el método de la razón, pero soy responsable de utilizar aquellas armas, en pleno éxito juvenil, con demasiada frecuencia y sin compasión, sobre todo cuando descubrí su eficacia.

Uno de los blancos de aquel discurso de febrero de 1922 fue Sir Philip Sassoon, porque era una broma pesada para la generación joven que él fuese secretario privado de Lloyd George en la paz después de haber servido durante la guerra en el mismo cargo al general Haig en el G. H. Q. de Francia. Sassoon era una persona agradable y servicial en muchos aspectos, su peculiar idiosincrasia consistía en distraerse lo más elegantemente posible. Varios años después de este discurso, vi por primera vez a mi segunda esposa Diana en un baile celebrado en su residencia de Park Lañe. Me pareció maravillosa entre las columnas salomónicas del «voluptuoso Oriente» mientras las notas de una música suave atravesaban el aire lleno de una sugestiva fragancia, creando un ambiente artificial pero muy acogedor. No me pareció que aquél fuese el lugar adecuado para aquellos ojos azules brillantes, aquel cabello dorado y aquella inefable expresión de Madonna gótica, pero, aunque parezca extraño, tampoco lo encontré enteramente inapropiado.

La última vez que vi a Sassoon fue una tarde en una cena de Lady Cunard, años más tarde, en los treinta. Me encontraba solo con ella en el salón cuando entró el príncipe de Gales seguido de Mrs. Simpson, Mr. Simpson y Sir Philip Sassoon. Me resultó un poco violento porque Sassoon era judío y yo estaba comprometido en aquel tiempo en una violenta disputa con ciertos intereses judíos. La pelea no tenía nada que ver con el antisemitismo, se trataba de la posibilidad de desencadenar una Segunda Guerra Mundial si se organizaba un boicot al mercado alemán. Los Sassoon no tenían nada que ver con la polémica y en cualquier caso los dos, él y yo, sabíamos comportarnos cortésmente en las situaciones delicadas. Los refinadísimos modales del príncipe hacían inconcebible una disputa allí.

En aquel mismo discurso del 8 de febrero de 1922 hostigué a Lloyd George por el fracaso de la Conferencia de Cannes, cuando Briand perdió el poder inmediatamente después de una partida de golf con el primer ministro británico. Este incidente es un buen ejemplo de aquellas ocasiones en que franceses e ingleses no se comprenden bien los unos a los otros. Estamos acostumbrados a las figuras obesas de viejos estadistas posando para los fotógrafos con la pretensión de jugar a unos deportes para los cuales son evidentemente ineptos. Los ingleses pueden darse cuenta del significado de esa pretensión, pero creen que es atractiva, como una especie de cariñoso tributo a nuestra idiosincrasia nacional. Los franceses adoptan un punto de vista más agudo y realista, que, traduciendo su delicadeza latina a nuestra rudeza anglosajona, puede expresarse despiadadamente como sigue: «Hemos pagado a esos viejos locos para que lleven adelante los asuntos de la nación, no para que pierdan el tiempo mirando estúpidamente a los golf-links». A Briand le tocó la peor parte en la partida de golf (y en la Conferencia) en su lucha con L. G. Fue suficiente para que desapareciese de la escena.

Yo defendí también la alianza de Lord Robert Cecil con el anterior secretario de Asuntos Exteriores del Partido Liberal, Lord Grey de Fallodon, a quien personalmente siempre encontré un personaje singularmente aburrido e ineficaz. Es cierto que me tropecé con él raras veces; en aquel tiempo estaba siendo desplazado del

poder central y se dedicaba a cuidar pájaros en Northumberland, y por lo poco que se sabía de él, creo que era mucho mejor que los pájaros continuaran disfrutando de su compañía que Inglaterra tuviese que soportar su presencia por más tiempo. Lord Robert Cecil, sin embargo, le apreciaba tanto como detestaba a Lloyd George, y se ocupó de todas sus tareas mientras Grey cuidaba los pájaros. Ellos debían estar de acuerdo para que Cincinnatus Grey fuese reclamado desde Su paraíso de labranza y gaviotas, ya que él hizo el clásico papel de persona desinteresada que tiene que ser persuadida para retornar desde la tranquila belleza de la Naturaleza a la horrible tormenta política.

Las intrigas se hicieron febriles, y Grey estaba, desde luego, enterado de ellas. Recuerdo una reunión que fue concertada en aquel tiempo en mi casa entre Robert Cecil y Arthur Henderson para discutir una combinación política presidida por Grey para derrotar la coalición de Lloyd George. Naturalmente, este encuentro nunca fue hecho público, pero las maniobras llegaron a saberse pronto y en una ocasión saltaron a la prensa bajo el titular: «Grey Whigs, sobre ramas de olivo». Henderson pareció interesado, pero Landsbury y otros de la izquierda laborista se opusieron firmemente. Cecil, por sí mismo, hubiera sido mejor aceptado que en compañía de Grey. A mí me parecía un complejo extraño que él deseara el apoyo de ese hombre, puesto que él era diez veces más valioso que Grey, y sus ideas de reforma social relativamente avanzadas, junto al notable prestigio internacional adquirido por su ardiente defensa de la Sociedad de Naciones, constituían un reclamo mucho más poderoso.

Mucho mejor que Grey, Lloyd George era el hombre que podía haber hecho triunfar la Sociedad de Naciones y colmar todas nuestras esperanzas si hubiese sido ganado para la causa. Yo no le conocía entonces, ya que nunca me encontré con él hasta que dejó de ser primer ministro. Era detestado por todas las eminencias conservadoras, liberales y laboristas que apoyaban la Sociedad de Naciones, y puede ser que él creyera que ese sólido bloque de odio le cerraba las puertas de la Sociedad de Naciones, y se viese forzado a utilizar sus propios métodos en el Consejo Supremo, aunque se diese cuenta de que en aquel tiempo era ya negativo. Es indudable que su dinámica energía y su consumada habilidad política podían haber hecho triunfar la Sociedad de Naciones.

Lloyd George demostró alguna emoción en política interna, pero dio escasas pruebas de sentimientos morales profundos, ni por exceso ni por defecto. Fue esto junto a la incompatibilidad de caracteres lo que le separó de hombres como Cecil, cuya causa hubiera triunfado de haber trabajado juntos. Una de las tragedias de nuestro tiempo ha sido que la bondad ha estado frecuentemente divorciada del dinamismo. Lo ideal, por supuesto, es la unión de esas cualidades en un único carácter, pero eso no es corriente. La aristocracia inglesa en este período detestaba a Lloyd George, que, paradójica y trágicamente, era el único hombre que podía haber realizado sus mejores ideales.

Ese sentimiento se dio en todos los hombres con los que estuve asociado: los dos Cecil, Henry Bentick, Aubrey Herbert, Godfrey Locker-Lampson y, hasta su muerte prematura, Mark Sykes.

¿Por qué profesaron tanto odio y aversión a Lloyd George? Sus defectos eran evidentes y en ellos estaba la respuesta. ¿Y qué importaba esto en comparación con su extraordinaria capacidad para conseguir la realización de cualquier cosa, si él estaba bajo una influencia recta y en una dirección correcta? No había duda sobre su genuino deseo de construir una paz duradera, lo que estaba en cuestión eran sus métodos. Pensando retrospectivamente no es difícil darse cuenta de los obstáculos con los que tenía que enfrentarse y comprender que nunca hubiese podido alcanzar sus objetivos sin utilizar aquellos métodos, aunque resultasen en parte extraños a su estrecha rectitud, bien cimentada en una posición estable y hereditaria. En la Primera Guerra Mundial «el pequeño fiscal gales» tuvo frente a él frecuentemente al rígido oscurantismo de un anticuado Estado Mayor apoyado por la Corona. Él y el Ejército ganaron la guerra, a pesar de ellos. En la Segunda Guerra Mundial, Churchill procedía de un medio muy distinto y se apoyó en los recuerdos de la Primera Guerra; él no tuvo nunca aquellas desventajas. Para conseguir el triunfo no tuvo que luchar con ningún antepasado genial.

Marlborough, como Lloyd George, tuvo que hacer muchos castillos de naipes, atraerse a la Corona con la ayuda de su esposa, maniobrar en casa con una situación política casi siempre hostil, apoyarse en obtusos e intratables aliados, intrigar con procedimientos viles para poder tener las manos libres para la gran acción. Es lamentable que semejantes hombres se vean colocados en tales posiciones, pero es una situación muy frecuente en la historia de Inglaterra. Macaulay pudo escribir de Marlborough: «A los veinte gastó su vigor y su atractivo, a los sesenta su genio y su gloria». Pero uno puede preguntarse si en las condiciones de su tiempo, John Churchill habría podido destacar de la oscuridad, o si la voluntad de Inglaterra habría podido imponerse a Francia si sus métodos no hubieran sido un poquito heterodoxos. Es posible que la comprensión de las realidades esenciales de la vida hicieran exclamar al viejo whig, tras su terrorífica denuncia, al detenerse frente al retrato de Marlborough por Kneller: «Sin embargo, no puedo mirar nunca con ecuanimidad a los tristes y fríos ojos de John Churchill». Estuvo bien, al final, que la reputación de Marlborough fuese defendida tan hábilmente por su descendiente Winston Churchill, a pesar de que tenían un carácter completamente distinto en todos los sentidos. El descendiente era conspicuamente honesto en su trato personal, efusivo por naturaleza, impulsivo, sentimental, dominado por las pasiones hasta un punto peligroso para la valoración de personas y situaciones. Por el contrario, su antecesor era frío como el hielo, realista, calculador, pero entregado por entero al gran ideal de conseguir el máximo beneficio para su país. Era el único inglés, junto a Chatham, que podía vencer a los dos

grandes latinos, César y Napoleón, a los genios teutónicos de los dos Federicos, Hohenstaufen y Hohenzollern, en pleno campo de batalla. Así son las cuestiones y vicisitudes de la Historia.

Incluso ahora es difícil analizar cuál era la contradicción entre los personajes más importantes de la política inglesa y Lloyd George. Probablemente era verdad que en algunos aspectos él vendiese favores, pero podría haber respondido en su mismo lenguaje diciendo que si el hugonote rey Enrique IV había dicho: «París bien vale una misa», él tenía perfecto derecho a echar a unos cuantos plutócratas inútiles, que siempre había despreciado, al museo político si ello podía asegurarle los medios necesarios para vencer a la reacción y resolver el problema del desempleo y de la vivienda. El P. P. S.⁷² de Lloyd George, Sir William Sullivan, cuando entró en el Ateneo después de llevar a cabo una tarea que se le había encomendado alegremente, informó que acababa de nombrar «otros dos malditos obispos»; esto provocó una indignación general, y nadie comprendió que sólo se trataba de un individuo un poco grosero. Se había hablado mucho de mujeres, pero algunos venerables pilares de la Constitución, como Wellington y Palmerston, se habían ya anticipado a L. G. en aquel terreno, y muchos de sus amigos favoritos le superaban, sin que por ello nadie les molestase. ¿Se trataba entonces solamente de una cuestión de modales, de clase, de actitud ante la vida, de profunda incompatibilidad de caracteres? Fuera lo que fuera, pesaba más en ellos esto que todo el dinamismo de Lloyd George y toda su capacidad de inmenso servicio a la causa de la paz a la que estaba entregado. Se abrocharon sus elegantes abrigos para protegerse de los fríos métodos de Lloyd George, mientras su país y Europa cogían una pulmonía por la ráfaga de hielo que condujo a la siguiente guerra.

Puede que yo no sea justo, y que sea cierto que hubieran hecho esfuerzos para convencer a esos hombres sin resultado positivo; pero sospecho que los sentimientos, los complejos y los prejuicios personales de la vieja aristocracia costaron caros a este país cuando su influencia aún era decisiva. Deberían haber perdonado los errores menores de Lloyd George, y haber aplaudido su genio y usarlo para fines justos. En los grandes problemas políticos es un lujo imperdonable dejarse llevar por los sentimientos. Perder hombres que pueden tener valor sólo por sus imperfecciones es no comprender el mundo con todas sus imperfecciones.

El temperamento de los Cecil era un fenómeno extraño e interesante en la vida inglesa. La sutil sabiduría política de su antecesor isabelino revivía hasta cierto punto en ellos, y yo aprendí mucho en las discusiones que tuvimos en nuestra asociación. No obstante, su actividad tenía una característica febril que no debió estar presente en las sosegadas realizaciones del período Tudor. Esa característica destacaba sobre todo en Lord Hugh Cecil, quien en algunos aspectos era el más brillante de los tres hijos del gran primer ministro. Sus convicciones religiosas estaban presentes en toda su actuación política, y las exhibió en las ocasiones más inoportunas. Nunca leí una carta suya al Times, aunque hablase de un tema tan árido como los Sindicatos Libres, que no terminase con algún despropósito del tipo «al infierno con el Papa», expresado, desde luego, con delicadeza y exquisita fraseología. Cuando alguien tocaba la fibra sensible de su complejo funcionamiento, su intelecto quedaba completamente dominado por sus emociones.

Lord Robert, con su alta personalidad y su alto fervor hacia sus ideas, representó probablemente el último intento durante mucho tiempo de hacer al mundo contemporáneo sensible, humano y civilizado, un mundo con una paz bien concertada. Casi era un gran hombre, y desde luego un buen hombre; posiblemente tan grande como bueno. Existe un concepto básico en el pensamiento griego, subrayado por los neohelenistas, que dice que un elemento dionisiaco es necesario como contrapunto de Apolo para conseguir la perfecta armonía de la naturaleza creadora. Lord Robert también sentía hasta cierto punto emociones inhibitorias que nunca deberían haber comprometido su acción política. Cuando se emocionaba corría el riesgo de que su sentido común saliera volando por la ventana. Resultaba triste ver cómo el sentimentalismo, inadecuado para los grandes objetivos, ensombrecía a semejantes inteligencias hasta el punto de ser desviadas de su acción práctica y dejarse llevar por los gustos triviales y las aversiones personales. Es una característica común a estas constituciones de la delicada aristocracia el que no puedan soportar fácilmente el doble esfuerzo del pensamiento y la acción.

La combinación de una visión clara con una tendencia subjetiva, que oscurezca esa claridad en el momento en que es necesaria para la acción, es el extremo opuesto de lo que debe ser la política. Hay muchos hombres brillantes que al entrar en el áspero campo de la política, arruinan su capacidad intelectual por un defecto de constitución física que no les permite tener la suficiente fuerza de voluntad para mantenerse en acción. Ésta es la razón fundamental de por qué hombres que pueden ser considerados como auténticos intelectuales, no son eficaces en política. Pierden la serenidad en el momento de tomar decisiones, cuando más se necesita. Mr. Asquith tenía razón cuando decía en su epigrama sobre los Cecil: «Nunca pueden conciliar sus mentes hasta que han perdido los nervios».

Esta psicología era exactamente la opuesta al temperamento de los dirigentes que actuaron con éxito. Por ejemplo, los relatos históricos sobre Julio César lo describen con una total falta de sentimientos y pasiones cuando estaba al servicio del deber, que él colocaba siempre por encima de sí mismo. Era capaz de sentarse tranquilamente a comer con un falso amigo que hubiera conspirado contra él recientemente — incluso que hubiese buscado su muerte — si él creía que podía de nuevo convencerlo para sus próximos objetivos. Con esa

⁷² P. P. S., Permanent Secretary, Secretario Permanente. (N. del T.)

sensibilidad para percibir la psicología humana, característica de Shaw, en su fascinante obra describe ese carácter con un estilo surrealista auténtico. César ofrece el brazo a Cleopatra para acompañarla a una cena de gala, sabiendo de antemano que el asesino que ella ha dispuesto para matarle había sido ya eliminado previamente; entonces le explica que no tiene malos pensamientos porque ya había sido previsto el modo en que ella le traicionaría y que consecuentemente se habían ya tomado previsoras medidas. Esta extrema frialdad, este brutal pero eficaz realismo era el polo opuesto al temperamento de los Cecil. Ellos tenían pocas relaciones con el duro mundo de la acción, a pesar de que hoy adopta unas formas relativamente moderadas. En tiempos isabelinos debió ser muy distinto, porque aquéllos eran días más duros.

En el pasado y en el presente podemos observar que los sentimientos personales y las triviales emociones de los hombres de Estado han jugado mi papel muy grande en todos los problemas graves. En mi opinión la verdad radica entre la concepción materialista de la historia de Marx, en la que sólo cuentan las fuerzas económicas, y el punto de vista de que los sentimientos personales pueden ser muy importantes en todo. En aquel momento era verdad que las cosas se hubieran desarrollado de otra forma si se hubiera invertido la aversión de Cecil al dinámico Lloyd George y su apoyo al ineficaz Grey. Ésta «elección de afinidades» puede estar muy bien en los asuntos de amor, pero está muy mal en el arte de gobernar. Unos hombres todavía más grandes, con unos temperamentos más equilibrados, con una visión más amplia y una voluntad más firme hubieran superado esta incompatibilidad de caracteres y hubieran sabido utilizar la capacidad de dirección de Lloyd George al servicio de sus excelentes ideales. En la historia ha habido hombres capaces con esa mayor sabiduría. Las pasiones petulantes de estos aristócratas nerviosos les apartaban de la posibilidad real de conseguir sus objetivos. Al analizar a Lloyd George deberían haber ignorado sus pequeños defectos siguiendo el más puro estilo isabelino de su propia tradición, y haber dicho como Carlyle en su defensa de Byron y Burns: «Cuando el barco regresa al puerto con el casco destrozado y con los aparejos rotos, antes de empezar a maldecir al piloto, antes de dar el veredicto definitivo, hagamos una pausa para preguntarnos si el viaje ha consistido en dar dos vueltas alrededor del mundo, o se trata de un paseo a Rams-gate y a la isla de los Perros».

Permanecer inmaculado es más fácil para el estéril que para el creador.

8. LA CUESTIÓN IRLANDESA. LAS «REPRESALIAS» DE LLOYD GEORGE

En los grandes problemas, los sentimientos morales son necesarios, pero las emociones son desastrosas: éste es el resumen de mis primeras experiencias. En el otoño de 1920, Irlanda suscitaba intensos sentimientos morales. Sentí que el nombre de Inglaterra estaba siendo deshonrado, que todas las reglas de buena conducta militar eran infringidas, y que todos los instintos sanos de la humanidad se hallaban ultrajados. Estos sentimientos podían deducirse de los hechos que en aquel tiempo me presentaron cuando mis amigos y yo defendimos la concesión de la Home Rule a Irlanda con el status de Dominio. Sin embargo, nos encontramos con que se había estado reclutando una fuerza especial auxiliar que teóricamente debía servir para mantener el orden, pero que, en realidad — como nosotros pronto nos dimos cuenta — servía para romper la moral del pueblo irlandés mediante un terror sistemático reforzado con la plena libertad para cometer crímenes individuales.

En general, yo me había opuesto a la política del Gobierno en el terreno práctico, en los discursos que precedieron y siguieron a este punto de ruptura moral de 1920. Mi argumento era siempre que debíamos conservar nuestras fuerzas en beneficio de nuestro propio pueblo y desarrollar así nuestro país y el Imperio, y que debíamos evitar aventuras extranjeras que agotasen nuestros medios y arriesgaran aquellos fines. Seguí esta línea consecuentemente y me condujo al golpe final de 1939. En sus orígenes, éste fue un punto de vista esencialmente práctico, una concepción pragmática sobre los intereses de mi propio país. Mis motivaciones morales sólo actuaron cuando las pérdidas de vidas británicas amenazaron nuestra propia esencia nacional, porque, después de mi dolorosa experiencia en la Primera Guerra Mundial, este punto tocaba la fibra más sensible de mi ser.

En aquel tiempo el peligro de una gran guerra no era inminente, y lo que a mí me parecían errores de gobierno los relacionaba más con un agotamiento presente y un hipotético riesgo futuro que con un imperativo moral urgente. El Tratado de Versalles me afectaba profundamente porque alzaba el fantasma de una guerra futura. Sin embargo, como buen principiante en la esfera de la política extranjera, no me sentí competente ni con suficientes fuerzas como para romper con mi Partido y pasarme a la oposición en este terreno. El Tratado de Versalles fue, desde luego, una de las causas principales de mi decisión posterior, pero en este punto mi actuación respecto al Tratado fue más bien negativa que positiva, ya que me opuse vigorosamente a todos los intentos de presionar sobre Lloyd George para perseguir constantemente una venganza que implicaba la destrucción de Europa.

Estos intentos los organizaron en Westminster Claude Lowther y Horacio Bottomley, una simbólica mezcla de decadencia y deshonestidad. Lowther, con una exquisita presunción, decoró su hermoso castillo normando colocando alegres luces multicolores a lo largo de sus almenas y cupidos coronados de rosas para alegrar la sobriedad de sus estancias interiores. Bottomley estaba hecho de una materia más dura; acabó al final en la cárcel por estafar a excombatientes y mujeres viejas, después de haber asegurado en la prensa dominical que había recibido mensajes personales del cielo. Lord Buckmaster, el anterior Lord Canciller, me contó que había leído una carta de un excombatiente herido y agonizante a Bottomley, en la que pedía conocer al autor de aquellos artículos para consolarse antes de entrar en la otra vida. Bottomley envió esta carta a un compinche local con el siguiente comentario: «¿Hay algo de dinero en esto? H. B.». Era un periodista y orador demagogo y tenía un éxito difícilmente comprensible. Sus escritos eran propios de un charlatán vocinglero y no podían engañar ni a un niño. Tenía un peculiar estilo como orador, se balanceaba de un pie a otro como un elefante cautivo en el Zoo, mientras sus manos se movían con un monótono compás. Sin embargo, su odiosa personalidad tenía cierto atractivo. Solía abogar por un «gobierno de negocios»: ¡qué negocios!

Los discursos en que yo denunciaba la división de Europa y la vuelta al equilibrio de las grandes potencias estaban inspirados en mi oposición al Tratado de Versalles, pero lo que me impulsó a pasarme a la oposición fue la cuestión de Irlanda. La primera evidencia de las atrocidades que se estaban cometiendo en Irlanda me llegó por pura casualidad. Vino a verme un joven que conocía a los hijos de Curzon, pues era vecino suyo en Hack-wood; Cimmie le recordaba muy bien. Me contó una historia realmente asombrosa. Después de la guerra se dedicó a recorrer el mundo, y se encontró en una situación apurada precisamente en una de las principales ciudades de los Dominios británicos. Leyó un bando público que invitaba a enrolarse como oficial en una nueva fuerza auxiliar para Irlanda, y se sintió atraído. Las condiciones eran buenas y él tenía una considerable experiencia militar, así que aceptó. En consecuencia, pronto se encontró en Irlanda ante una mesa Black and Tan⁷³ en compañía, no sólo de oficiales jóvenes, sino también de oficiales mayores.

La primera noche un joven oficial entró en el cuarto de banderas con las ropas manchadas de sangre y comentando: «Uno no puede tener una cochina conversación». Eso fue el principio. La descripción de los métodos empleados eran muy corrientes en las conversaciones entre oficiales. El detalle que se me quedó más

⁷³ Black and Tan, literalmente, Negro y Canela. Nombre con el que se conocía a las tropas mercenarias reclutadas por el Gobierno inglés para reprimir la sublevación en Irlanda. (N. del T.)

grabado fue la utilización de delgados rodillos de acero para golpear a la víctima hasta dejarla inconsciente, y entonces reanimarla con huevos hervidos bien calientes colocados bajo los sobacos; parecía un método de persuasión chino. Se decía que todos hablaban si el proceso se repetía con frecuencia suficiente. Aquellos verdugos no tenían ningún límite en el empleo de métodos que no dejaran huellas; ésta es una consideración que al parecer sólo se les ocurrió más tarde a los aficionados al arte de torturar prisioneros en otros países. Mi informador también me proporcionó pruebas sobre la conducta, violenta e indisciplinada, de aquellas tropas en tierras irlandesas, lo cual era una clara contravención de toda norma militar en el tratamiento de la población civil.

Después de esta entrevista realicé investigaciones en distintas direcciones, y la verdad se puso de manifiesto. Cuando hice mis primeras preguntas públicamente, se desató una tormenta parlamentaria; sin embargo, ante tantas pruebas acumuladas, era imposible dudar de la veracidad de las principales acusaciones. Al final, fueron examinadas y probadas hasta el último detalle. Pero, a pesar de ello, el Gobierno se mantuvo inflexible y la mayoría conservadora reaccionó ante los hechos como si se tratase de poco más que un lamentable incidente.

Me pasé al otro lado en octubre de 1920 por una razón práctica, aunque tuvo también un significado simbólico. Me resultaba imposible encontrar audiencia dentro de mi propio bando, de modo que preferí enfrentarme a mis enemigos antes que estar rodeado por ellos. Era mejor oponerse a lo que a mí me parecían lamentos de derviche que permanecer en medio de ellos. Me quedé asombrado por la furiosa acogida que los bancos conservadores dispensaron a mis primeras intervenciones sobre la cuestión irlandesa. Para mí era un auténtico deber llevar a la Cámara la información de los hechos que me habían sido revelados en privado. Sin embargo, para el Partido Conservador, al revelar aquellas cosas en público, yo lo perjudicaba mucho, y añadía la deslealtad a la imprudencia.

Para hacer justicia a aquellos conservadores diré que probablemente la mayoría de ellos no creían una sola palabra de lo que yo estaba diciendo. Cuando recibí la primera información, fui en seguida a ver a Edward Wood, un señor mayor a quien yo tenía un considerable afecto; posteriormente fue virrey de la India y se hizo muy conocido como ministro de Asuntos Exteriores bajo el nombre de Lord Halifax [en la jovial jerga de la familia Churchill le llamaban Lord Holy Fox ⁷⁴]. En aquel tiempo estábamos en buenas relaciones y escuchó mi relato bondadosa y pacientemente. Después manifestó clara y tajantemente que los agentes de la Corona británica no se comportaban nunca tal y como yo había sido informado. Aquél no era el modo de actuar del pueblo británico y yo debía desechar de mi mente todas aquellas historias increíbles. Fue la perfecta personificación del mandarín: «No veas el mal, no oigas el mal, no hables del mal». Sin embargo, yo estaba convencido de que los sucesos en cuestión eran verdad, al menos en parte, y reclamé una investigación urgente. No había más remedio que llevar el asunto a la Cámara de los Comunes.

Entonces sobrevino la tormenta; ellos intentaron simple y llanamente hacerme callar. Yo resistí, y utilicé un método que pronto me aseguró una audiencia en la Cámara de los Comunes. Consistía en ataques personales directos y frecuentemente brutales, llenos de sarcasmos, sátiras e invectivas permisibles. Me convertí en lo que Disraeli llamaba «un maestro de la mofa, la burla y el escarnio». Se amedrentaron porque de otro modo hubieran quedado cubiertos de ridículo personal. Lancé mis dardos contra los más agresivos hasta que se hizo el silencio. Sir Colín Coote ha dicho sobre mi actuación en este período que yo podía «sacar la piel a tiras a cualquier inexperto en el debate», pero, desde luego, añadía que, va entonces, yo era tan insolente y arrogante en mis discursos y en toda mi actuación, que él me cogió antipatía para toda la vida. Probablemente, es cierto que yo resultaba insoportable, pero entonces estaba luchando por mi porvenir parlamentario y tenía que utilizar las armas más crueles para poder sobrevivir. El porte modesto de la educada sociedad británica y el seguir humildemente las buenas tradiciones parlamentarias hubieran resultado armas ineficaces.

Durante todo este período estuve apoyado moralmente por los parlamentarios rectos, hábiles y experimentados, con quienes estaba asociado estrechamente: y, en ocasiones, intervinieron a mi favor e incluso dirigieron los debates. Henry Bentick no se fue a la otra ala de la Cámara ⁷⁵, pero habló valientemente sobre la evacuación de Irlanda desde los escaños conservadores. Se le prestó atención, aunque a regañadientes, porque él había estado allí mucho tiempo y sus divagaciones sobre las motivaciones morales le habían convertido en una especie de institución. Su posición resultaba un tanto delicada, puesto que su bella y encantadora esposa mantuvo siempre las más firmes convicciones pro Ulster. Lo cual no empañó lo más mínimo sus relaciones con su marido y sus amigos. Los Cecil se atrevieron a atacar tanto, durante cierto período, que parecían hablar desde los bancos de la oposición. Ellos obtuvieron permiso durante cierto tiempo para desviarse de las normas conservadoras, aunque encontraron mucha oposición en el debate, por parte de su propio partido, en lo que se refiere a la cuestión irlandesa. Hugh Cecil había sido uno de los más capacitados y ardientes propagandistas de la causa del librecambio, cuando su partido, bajo los auspicios de Joseph Chamberlain, defendía a toda costa el

⁷⁴ Holy Fox, Zorro Sagrado. (N. del T.)

⁷⁵ «Cruzar el suelo de la Cámara», expresión metafórica usada en la jerga parlamentaria inglesa para indicar el cambio de bando político. (N. del T.)

proteccionismo: y en aquel tiempo, el pensamiento y la política de Robert Cecil sólo tenía ligeras afinidades con la verdadera doctrina conservadora.

Nuestro grupo pronto encontró algunas afinidades con los liberales, que se inclinaban por una solución honrada a la cuestión irlandesa. Entre ellos, el más destacado en el debate sobre Irlanda fue Wedgwood-Benn, quien más tarde se unió al Partido Laborista ⁷⁶. Tenía un gran historial de combate en la Primera Guerra Mundial y en los debates parlamentarios combinaba el valor con la habilidad. Era un trabajador infatigable, hasta un grado casi obsesivo; proyectaba y corregía diariamente el rumbo de su vida de acuerdo con lo que él creía el camino del éxito, sujetándolo a unas normas de actuación propias, muy estrictas. Para apoyar su nueva preocupación volcaba una inteligencia clara, un lenguaje vivo, siempre dispuesto a la discusión, y una profunda pasión que tenía las raíces en su recta y firme actuación. Era un hombre menudo con una personalidad explosiva que solía lanzarse sobre Winston Churchill como un fox-terrier sobre un tejón. En una memorable ocasión, se encontró con la siguiente respuesta mordaz: «El Honorable Miembro no debería expresar más indignación que la que realmente puede contener». Era un compañero espléndido para una lucha difícil.

Otro liberal que permaneció firme y luchó duro por la causa de la justicia en Irlanda fue Pringle, un experimentado parlamentario que murió prematuramente. Durante la guerra, él y su hermano de armas en Westminster (de nombre Hogg, pero sin ninguna relación familiar ni política con los notables conservadores, padre e hijo, del mismo nombre) fueron aguijoneados con saña por parte del Gobierno de Lloyd George cuando eran devotos asquithneanos. Pringle fue un maestro en procedimientos parlamentarios y, aunque no era muy buen orador, poseía un acústico método de discusión. El Partido Liberal era capaz de poner en juego un equipo formidable en relación con la cuestión de Irlanda, que contaba además con el apoyo decidido de Mr. Asquith. Cuando alguien se burló de una de las frecuentes ausencias del viejo estadista con el grito de «¿Dónde está su líder?», Pringle continuó su discurso con la serena observación: «Esta noche el liderazgo del Partido Liberal está en las manos más capacitadas». Nunca se desconcertaba.

Era natural que, en el curso de la batalla irlandesa, yo llegara a estar asociado estrecha y amistosamente con algunos liberales, pero el cuento que circuló luego de que yo había aceptado ser el whip liberal es falso. Lo que hubo de cierto en todo ello fue simplemente que, en mis años de independiente, yo no disponía de ninguna de las informaciones normales en los partidos sobre los asuntos parlamentarios, porque, por supuesto, yo no tenía un whip, y entonces un whip liberal, McKenzie Wood, consintió en dejarme consultar las noticias procedentes de la oficina de los whips liberales. Fue, sencillamente, un acuerdo personal con un amigo íntimo.

De hecho, en aquel tiempo, se me presionó mucho para que me uniera al Partido Liberal, y yo me negué a causa de mis convicciones políticas, pero no sin tristeza porque apreciaba personalmente a muchos de ellos. Un agradable recuerdo de este período es que Lady Violet Bonham-Carter (ahora Lady Asquith) fue la madrina de mi hijo Nicholas; éste es uno de los pocos compromisos a los que es imposible renunciar. Éramos una pequeña minoría (laboristas, liberales y conservadores disidentes) frente a las nutridas filas de la mayoría conservadora apoyando la coalición; este hecho es lo que hizo unirse a la oposición, como buenos compañeros de armas, durante los enconados debates sobre los acontecimientos de Irlanda.

Los liberales eran rápidos para recoger y utilizar contra el Gobierno todas las pruebas evidentes disponibles sobre la cuestión de Irlanda. Algunos líderes laboristas, como Henderson, también se subieron al carro, aunque más lenta y torpemente. Algunos conservadores, como los Cecil, al principio no fueron tan fáciles de convencer. Robert Cecil era un K. C. ⁷⁷ con una aguda sabiduría jurídica, y había sido uno de los abogados en la investigación Marconi, de la que conservaba memorables recuerdos. Antes de moverse exigía pruebas evidentes. Hugh Cecil estaba, al principio, incluso predispuesto contra nosotros. Ellos tenían relaciones con Balfour, que era uno de los que tenían más experiencia como secretario de Irlanda, y con Lord Frederick Cavendish, asesinado en Phoenix Park, otro íntimo asociado de su vieja generación. Los Cecil tenían buena memoria. Sin embargo, eran ante todo hombres justos con una aguda sensibilidad para las soluciones honradas. Pronto se les proporcionaron las pruebas evidentes que pedían en gran cantidad.

Finalmente, la batalla parlamentaria contra las atrocidades en Irlanda, o «represalias» como el otro bando prefería llamarlas, se llevó con éxito hasta el punto de asegurar la paz en Irlanda. Esto, al principio, pareció levantar una gran protesta, pero había sobradas razones para apoyar la paz. Nosotros defendimos continuamente el status de Dominio, que fue el convenio final, y en las preguntas y discusiones habíamos expuesto hechos que el Gobierno británico no podía justificar ante la opinión mundial. En aquellos días, hasta los problemas más graves de Inglaterra estaban sujetos a la actuación de la oposición pública, que la Administración tenía que aguantar, en particular en un problema que afectaba tanto a América debido a la gran población irlandesa residente en ese país. Los insurgentes irlandeses estaban sostenidos no sólo por los fondos que venían de América, sino también por la propaganda mundial perfectamente orquestada que procedía de la misma fuente. Nuestra lucha en el Parlamento se desarrolló exclusivamente a escala británica, pero fue seguida por un auditorio mucho más amplio y lejano.

⁷⁶ Posteriormente Lord Stansgate, y padre de Anthony Wedgwood-Benn, ministro de Tecnología en un Gobierno laborista.

⁷⁷ King's Counsel, miembro del Consejo Real. (N. del T.)

Mi opinión personal, en aquel tiempo y posteriormente, era que el factor decisivo que decidió el triunfo fue la organización de la Comisión Bryce. Lord Bryce era entonces un hombre mayor y apartado de la política, pero su nombre era muy conocido porque había presidido la investigación de las atrocidades alemanas en Bélgica. Muy famoso dentro del Partido Liberal por su gran intelecto y temperamento, se había convertido luego en una figura mundial por presidir un tribunal sin parangón en los tiempos modernos, ya que el proceso, por lo menos, pareció ser llevado con imparcialidad minuciosa. Por aquel tiempo, hechos bien demostrados por las investigaciones locales y presentados a los debates parlamentarios no habían obtenido ninguna respuesta adecuada; por ejemplo, los disparos al estómago perpetrados contra Mrs. Quinn, una señora embarazada cuando estaba sentada a la puerta de su casa, y el incendio provocado en un campo de fútbol lleno de niños. Nuestra causa no era difícil de probar. El escándalo que hubiera seguido a la publicación del informe Bryce hubiera derribado al Gobierno. En lugar de esto vino la paz.

¿Cómo ocurrieron aquellos increíbles acontecimientos? ¿Cómo pude yo, años más tarde, sentir algún aprecio por Lloyd George? Aparentemente, ocurrieron casi por accidente, como la mayor parte de las estupideces brutales de la política británica. La versión que nos llegó a nosotros confidencialmente fue que en una reunión entre Lloyd George y Sir Henry Wilson [un Ulsterman ⁷⁸, que era entonces C. I. G. S. ⁷⁹], y con algunos otros ministros presentes, el militar indicó que no se podía mantener un control sobre las tropas, porque eran atacadas constantemente (y asesinadas) por elementos civiles, de modo que creía que sería conveniente hostigarles un poco. Al parecer Lloyd George había dado su conformidad casi inconscientemente, y ése fue el comienzo de las represalias. Yo intenté aguijonear a L. G. en el Parlamento con una pregunta comprometida, aprovechando nuestro conocimiento de esa reunión suministrado por fuentes muy confidenciales; nunca le vi más embarazado en un debate. Cuando se disponía a replicar desde el palco, pudo verse que una de sus piernas oscilaba sobre la otra como el péndulo de un reloj; este peculiar movimiento se había hecho popular entre nosotros, los jóvenes tories, como indicación segura de que estaba mintiendo. Naturalmente, no conseguí arrancar ninguna confesión exacta de un político tan experimentado, pero sus colegas y él se dieron cuenta de que nosotros estábamos sobre la pista.

Parece increíble que decisiones de esa magnitud puedan ser tomadas en el Gobierno británico con ese grado de frivolidad irresponsable; increíble al menos para alguien que no haya sido miembro de ese Gobierno. Aparte de mi propia experiencia posterior durante la arlequinada del segundo Gobierno laborista de McDonald, me llegaron entonces noticias sobre el modo en que se llevaban los asuntos en la administración de Lloyd George, que, en principio, parecía mucho más capacitado. La arbitrariedad reinante en el Gobierno, incluso cuando lo preside el mayor genio político de su generación, colma toda incredulidad. Durante la Primera Guerra Mundial, mientras el Gabinete de Guerra discutía diversos asuntos de menor importancia y L. G. escribía sentado en su mesa, se planteó en una ocasión el problema del excesivo gasto de papel que gravaba innecesariamente los recursos económicos en tiempo de guerra. Lord Curzon recordó al Gabinete que siempre se habían gastado grandes cantidades de papel en distintas publicaciones durante los períodos de excitación popular, como, por ejemplo, en la época de Titus Oates. Lloyd George saltó y dio un puñetazo en la mesa: «¡Oats! ⁸⁰, Curzon está en lo cierto, la caballería está en retaguardia, con sus caballos muñéndose de aburrimiento, y ellos sin contribuir para nada a la guerra». El secretario, Sir Maurice Hankey, observó oportunamente: «La caballería será desmontada y utilizada en las trincheras». Es muy triste llegar a la conclusión de que esta decisión fortuita fuese, probablemente, responsable de la muerte de muchos de mis compañeros.

Al parecer, existía la costumbre peculiar, consagrada por el tiempo, de que el resultado de semejantes discusiones fuese decidido por el secretario del Gabinete. A mí me parecía un método muy extraño, aunque guarde la mayor consideración hacia la capacidad de Lloyd George y de Sir Maurice Hankey. Probablemente, en su primera etapa, los asuntos irlandeses empezaron a tratarse con el descuido acostumbrado, de modo inconsecuente, pero, llegados a un punto próximo al desastre nacional, se evitó el subsiguiente fracaso agarrando firmemente las riendas y corrigiendo los errores. La razón última era, desde luego, que el mismo Lloyd George estaba librando una batalla frente a fuerzas muy poderosas. Una mayoría dentro del Partido Conservador era fanática en la cuestión irlandesa y por eso fue nombrado para el C. I. G. S. un simpatizante pro Ulster. Aquella personalidad formidable era el táctico más brillante que había producido el Ejército. Cuando más tarde ingresó en el Parlamento me impresionó mucho una declaración suya sobre los problemas militares que planteó la simple pero realmente irrefutable aseveración: «Es mejor no disponer de fuerzas armadas en absoluto que tener un ejército lo suficientemente grande como para incitar a que lo ataquen, pero no lo suficientemente fuerte como para vencer». Lord Hugh Cecil contestó en el tumultuoso debate, al menos para satisfacción de mister Churchill, que la Cámara había observado que los argumentos militares resultan con frecuencia confusos y engañosos para la espinosa problemática de los expertos en metafísica. Una chanza que divirtió a la Cámara, pero a la que nadie se molestó en replicar. Sir Henry Wilson fue asesinado poco después por dos pistoleros irlandeses en las escaleras de acceso a Eaton Place.

⁷⁸ Ulsterman, literalmente «hombre del Ulster», partidario de la unión de Irlanda a Inglaterra. (N. del T.)

⁷⁹ C. I. G. S., Chief of Imperial General Staff, Jefe del Estado Mayor Imperial. (Nota del Traductor.)

⁸⁰ Oats, avena. (N. del T.)

Lloyd George, tras su error inicial, había tenido que mantenerse firme en la ciénaga irlandesa porque el jefe del Ejército y el Partido Conservador estaban en contra suya. No podía desembarazarse de ellos sin riesgo de derrumbar su propio gobierno, y tuvo que esperar a que los hechos y los debates parlamentarios convenciesen incluso a aquellos hombres de que su proyecto había fracasado. Me sentí contento y orgulloso de haber jugado una pequeña parte en aquellos acontecimientos; todavía conservo una carta escrita a Cimmie por T. P. O'Connor (el gran y veterano nacionalista M. P. por el distrito electoral de Liverpool, en aquel tiempo decano de la Cámara de los Comunes).

5 Morphet Mansions Victoria Street, S.W.

10 de diciembre del 23

Querida Lady Cinthia:

Mi viaje a Harrow para ver a Oswald, no fue sólo un placer sino también un deber. Le considero el hombre que ha iniciado realmente la información sobre la barbarie de los Black and Tan; y no puedo nunca recordarlo sin sentir admiración y maravillarme por el coraje y el sacrificio que exigió de su parte sostener semejante actitud. De modo que no dije nada en el estrado que no me lo hubiese repetido a mí mismo muchas veces.

Tanto usted como su marido serán siempre recordados por todos los buenos irlandeses con aprecio y gratitud.

Aprovecho esta oportunidad para decirle, que, al presidir en mi nombre la cena, y con el excelente discurso que pronunció, me ha obligado a guardar respecto a ustedes una perenne y afectuosa deuda de gratitud.

Sinceramente suyo,

T. P. O'CONNOR

Lady Cinthia Mosley

Fue también esta lucha la que me puso en contacto con uno de los más sobresalientes periodistas de mis tiempos, H. W. Massingham, al que llegué a admirar mucho por su carácter y gran capacidad. Me conmoví profundamente, por tanto, cuando escribió sobre mí en las elecciones siguientes, de 1922: «Para mí el elemento personal más atractivo en las elecciones es la candidatura "independiente" por Harrow es Mr. Mosley. La fuerza de los hechos y las excelentes cualidades de Mr. Mosley le han conducido hoy a esa independencia, pero antes de que pase mucho tiempo se lo disputarán en dura competencia todos los partidos. Durante mucho tiempo ha estado unido a Lord Robert Cecil, pero es una figura con una personalidad original y unos objetivos propios, un hombre joven, genial, quizá el más interesante del último Parlamento. Si lo que hace a los hombres aptos para el servicio del Estado es una inteligencia brillante y crítica, un temperamento solidario y una repugnancia por los métodos mezquinos y crueles, sin duda Mr. Mosley sería muy adecuado para ocupar los más altos cargos. Hablar de él como de un hombre eminente, apenas si sería un cumplido en la actualidad. Pero yo lo considero como algo parecido a una estrella, y de una brillantez poco común»⁸¹.

Aquella situación resultaba un tanto difícil para un hombre de veintitrés años, que era la edad que yo tenía cuando empecé a actuar, pero me sentía estimulado, tanto por las enseñanzas adquiridas recientemente, como por mi experiencia anterior en el tiempo en que estuve destinado en Irlanda para una tarea más bien nominal, poco después del levantamiento de 1916. Nosotros, los regulares, cosechamos nuestras experiencias irlandesas en el campo de batalla, aunque la mayor parte de la lucha había terminado ya cuando volví a Curragh⁸². La esencia de los acontecimientos militares en Irlanda consistía en la contradicción existente entre la competencia de las tropas regulares y la incompetencia de las irregulares. En mi opinión, esto fue la causa de las diferencias producidas entre 1916 y 1920. A menudo en los problemas humanos el origen de la brutalidad es la incapacidad. Nuestro pueblo, en el período de 1916, también padeció las consecuencias de la irritación de los soldados, provocada por los esporádicos ataques de los ciudadanos.

Un soldado podía ser muerto a disparos mientras cruzaba el pueblo, y en la correspondiente búsqueda casa por casa, no se encontraba más que mujeres haciendo punto y nombres cavando en sus jardines. El asesino (así llamaban las tropas al atacante esporádico) había desaparecido ocultándose entre la población civil. Nuestros nombres tenían la ventaja de dominar por completo a las guerrillas en el campo abierto. No

⁸¹ The Nations, 11 de noviembre de 1922.

⁸² Mi relato no está basado en experiencias personales, sino en algunos aspectos de las experiencias de los que participaron en aquellos acontecimientos, ya que por aquel entonces la lucha estaba ya terminada, a excepción de algún incidente ocasional.

cayeron en las emboscadas ni en las trampas burdas, porque avanzaban en formación correcta, como tropas bien adiestradas. Si un punto o un flanco eran atacados las tropas se abrían en abanico y rodeaban a los atacantes según el procedimiento clásico, a una velocidad mayor que la capacidad de movimiento de un enemigo sin entrenamiento ni equipo adecuado. En aquel tiempo nuestra gente tenía ya experiencia en la lucha, y los insurrectos apenas sabían nada. Los irlandeses se llevaban la peor parte; aquellas tropas regulares, a pesar de la exasperación que causaban los ataques esporádicos de elementos civiles, no sintieron nunca la tentación de llevar a cabo ningún acto impropio de un soldado, que, en cualquier caso, hubiese sido imposible, dada su firme disciplina.

En aquella época, lo característico era acabar con una batalla eficaz. Los irlandeses resistieron en el Hotel Shelborne, situado en el centro de la ciudad, y cavaron trincheras en St. Stephen's Green, frente al hotel. No obstante, descuidaron custodiar la puerta trasera del hotel y el elevador del equipaje; un oficial de mi regimiento con un cabo, dos hombres y una ametralladora entraron cautelosamente por la puerta trasera y utilizaron el elevador de equipaje para llegar al tejado, que encontraron también sin vigilancia. Los irlandeses también habían olvidado otra precaución esencial: hacer pequeños pasillos en las trincheras que habían cavado en St. Stephen's Green que condujesen al hotel. El resto fue muy sencillo.

Cuando los Black and Tans llegaron al escenario, después de la guerra, la situación había cambiado mucho. Por aquel entonces, los irlandeses habían aprendido ya mucho sobre la guerra de guerrillas bajo la brillante dirección de su líder, Michael Collins. Tenían una ventaja inicial, que era su capacidad para actuar silenciosamente, adquirida a lo largo de una centuria de resistencia frente a una fuerte potencia militar; en realidad, lo único que les faltaba era entrenamiento y experiencia en el tipo de lucha a gran escala. Sus nuevos adversarios no eran más que un lote de rastrojos, reclutados un poco en todas partes y arrojados a la contienda sin disciplina ni adiestramiento. Algunos de ellos tenían alguna experiencia de guerra, pero pocos tenían conocimientos sobre aquel tipo de lucha. Su indisciplina fue también su perdición, y tuvieron seiscientos bajas en seis meses. No marchaban en la formación adecuada de una tropa regular, porque eso es algo que requiere un entrenamiento largo y rudo. A menudo iban sentados en camionetas abiertas, advirtiendo de su llegada por adelantado, disparando sus armas al aire bajo el doble estímulo del alcohol y del deseo de hacer saber a los irlandeses que el conquistador había llegado por fin. Michael Collins y sus muchachos les esperaban con una ametralladora detrás de unos altos bancos que había en un rincón de la calle por donde debía pasar la camioneta descubierta. También aquí, el resto resultaba muy sencillo.

Desde luego, este relato es una simplificación, pero creo que con este breve esbozo es suficiente para dar una visión justa de lo que allí ocurrió. Los Black and Tans se amotinaron frente a esta situación confusa y exasperante, incluso para tropas disciplinadas, adiestradas y con experiencia. Este fue el comienzo de la táctica de guerrillas en la Europa moderna, y que luego se ha extendido a muchos otros lugares. En mi ensayo *The European Situation*⁸³, publicado en 1950, preveía que las armas nucleares resultarían «gigantes paralíticos» para las tropas regulares, y que las guerras del futuro, si es que tenían lugar, adquirirían la forma de guerra de guerrillas. Sobre todo en las ciudades, hasta las tropas regulares, eximidas de una gran brutalidad por pertenecer a una nación civilizada, pueden ser derrotadas por las guerrillas que surgen de la oscuridad y que cuentan con el apoyo de la población civil. En este momento, la lucha se convierte en un asunto tan político como militar. El guerrillero competente es mitad soldado mitad político, ya que su primera tarea es ganarse y conservar el apoyo de la población civil, que es su cobertura. Después de la Primera Guerra Mundial, las guerrillas consiguieron rápidamente en Irlanda el apoyo del pueblo, que se mantuvo fiel a ellas hasta un grado extraordinario.

La reacción de los Black and Tans fue en parte espontánea y en parte organizada. La rabia de unos hombres sin adiestramiento ni disciplina, que se sentían incapaces de devolver los golpes, mientras veían aumentar sus pérdidas, produjo aquellos estúpidos y brutales actos de violencia individual, que no podían tener más consecuencias que volver la opinión pública contra ellos. El intento de romper la moral de los ciudadanos se llevó a la práctica sistemáticamente, y su objetivo era claramente impedir que la población civil irlandesa apoyase a las guerrillas.

Sir Hamar Greenwood era el secretario para Irlanda; un canadiense honrado en su vida privada, pero el chico matón y alborotador de Lloyd George en público. Su tarea consistía en dirigir vituperios contra los irlandeses y la oposición, para salir en defensa de la política del Gobierno. El constante interrogatorio al que se le sometía despertaba las iras concentradas en los bancos conservadores. Por ejemplo: «En vista de su descubrimiento de que las "bandas de gangsters" nunca duermen más de una vez en el mismo sitio, ¿ha descubierto usted unos métodos más eficaces para hacerles justicia que quemar al día siguiente las casas de otras gentes del vecindario para hacerles pagar sus ultrajes?» Tales preguntas derrotaban al desventurado Greenwood, porque no podía dar la respuesta verdadera: que el objetivo real de aquellas operaciones era crear un reino tal de terror entre la población civil que las guerrillas no pudiesen encontrar ni comida ni cobijo, ni los apoyos necesarios para su resistencia. Esto no era una declaración posible en boca de ingleses, americanos y

⁸³ La situación europea. (N. del T.)

de la prensa mundial, pero hubiese sido una afirmación auténtica de la realidad. Por estas razones, le fue posible a la oposición parlamentaria acabar gradualmente con la posición de fuerza del Gobierno y conducirlo a la paz. No creo que nadie pueda poner en duda esto. Sólo el tiempo y la paciencia permitirán un estudio a fondo de la historia completa.

Entonces, ¿y por qué se utilizaron esas tropas irregulares? ¿Por qué no se utilizaron tropas regulares y entrenadas que, al menos, hubieran sufrido menos pérdidas y hubiesen actuado de un modo más adecuado en aquella situación? La lacónica respuesta que salta a la vista es que las tropas con una disciplina real y una gran tradición no pueden ser utilizadas para los fines que el Gobierno perseguía sin destruirlas, y nadie sabía esto mejor que el propio Sir Henry Wilson. Haber actuado de un modo más apropiado, al estilo de un Ejército regular, hubiera requerido unas fuerzas muy grandes. Por ejemplo, calculamos que para actuar con eficacia en Wicklow-Hills (el escondite principal de las guerrillas desde siempre) hubiera requerido, al menos, 100.000 hombres. Completar las tareas de una operación militar regular hubiera exigido más tropas de las que había disponibles y hubiera sido una demostración palpable de la fuerza militar, y entonces la opinión mundial se hubiera dado cuenta de la envergadura del asunto. Las fuerzas disponibles eran inadecuadas y la opinión mundial no parecía dispuesta a permitir otra cosa que no fuese una operación a hurtadillas. Enfrentado con las limitaciones de su situación política y de las fuerzas disponibles, el Gobierno terminó decidiendo la utilización de fuerzas irregulares, que podían luchar de una manera muy distinta; no como una operación militar frente a las guerrillas mismas, sino como una organización terrorista para romper la moral de la población civil que las apoyaba. Los Black and Tans eran el arma creada con este propósito, pero fue sólo una muestra de la debilidad del Gobierno que al final hizo las cosas lo peor posible.

Los irlandeses habían llegado a ser muy buenos luchadores. Ellos ponían en jaque no sólo a los Black and Tans, sino a toda la Administración. Puede que no fuera cierto lo que decían de Michael Collins de que, vestido de criada, llegó a leer los papeles que había sobre la mesa de Sir John Anderson (entonces subsecretario del Lord-Teniente en el castillo de Dublín), pero, desde luego, estaba mejor informado que su antagonista. Ese niño mimado del Home Office ⁸⁴, llamado después por sus admiradores el Tigre de Bengala, encontró el aire irlandés bastante menos simpático que su última experiencia en el clima amable de la India, donde le fue posible jugar el papel de hombre fuerte con más éxito. Engañados y mirados como locos, derrotados y con grandes pérdidas, los Black and Tans tuvieron que enfrentarse a una situación en la que temperamentos más firmes y más disciplinados se hubieran visto obligados a doblegarse en este mundo moderno que tan frecuentemente es testigo de lo trágico y lo horrible. Enfrentadas con la hábil táctica de las guerrillas, integradas por fuerzas menos numerosas, pero apoyadas por la población civil, las tropas de ocupación se sienten tentadas frecuentemente a utilizar dos instrumentos: la tortura y el terror. La tortura para obtener información (especialmente de las emboscadas previstas para el futuro) y el terror para obligar a los civiles a traicionar a las guerrillas, o, al menos, a negarles su apoyo. Los Black and Tans fueron los primeros de una larga lista en sucumbir a esa vil tentación, pero en Irlanda se encontraron con un pueblo de excepcional fortaleza que supo hacerles frente con resolución.

En el último medio siglo ha aparecido en muchos pueblos ese fenómeno (tortura y terrorismo), que nos devuelve a las más oscuras épocas del hombre, épocas que todos creíamos no volverían nunca y que constituye el aspecto más horrible del mundo moderno. Es un tragedia que requiere un análisis profundo, porque es esencial para la salud de nuestro continente y del mundo que se consiga acabar con ella. Muchos aspectos de la historia de Irlanda fueron acontecimientos sencillos, pero este problema nunca fue sencillo. El hecho más horrible es que los hombres que cometieron actos viles en ambos bandos, frecuentemente eran idealistas. Por supuesto, siempre hay una pequeña minoría en todos los pueblos que disfruta cometiendo brutalidades si se les da la oportunidad; su número puede variar según los países y las ocasiones, pero siempre existen. Ellos no constituyen el problema real, porque la sociedad siempre puede ajustar las cuentas con esos elementos criminales y sádicos si tiene la suficiente voluntad para hacerlo. El problema real se presenta con aquellos que cometen actos viles por razones idealistas. Esto es un problema para los gobernantes que tienen como principal responsabilidad proteger las ideas formuladas en la Constitución y fortalecer la ley, las reglas y la disciplina.

Entre los Black and Tans había muchos idealistas (como más tarde supe por confesiones personales de algunos de ellos) que creían estar luchando por su país y consideraban a los irlandeses como enemigos traidores. Como siempre, fueron una minoría los que cometieron los desafueros y muchos eran completamente desconocidos para la inmensa mayoría. Detestaban a los irlandeses porque consideraban su forma de luchar como inmoral y censurable. Después de 1916, incluso en el Ejército regular, encontré frecuentemente esta actitud. Otros jóvenes oficiales me dijeron a mí en una cacería: «Fíjese cómo nos sonríen y nos ofrecen bebidas en las reuniones. Muchos de ellos saldrán con el rifle esta noche a dispararnos un tiro por la espalda». Esto era al principio de la guerra de guerrillas y recuerdo que entonces había réplicas bastante perspicaces: «¿Cómo podrían, si no, luchar contra nuestras fuerzas que son muy superiores? Si ellos se alzarán contra nosotros en una lucha abierta no tendrían salida». Pero este tipo de razonamientos supone un gran esfuerzo de disciplina,

⁸⁴ Ministerio del Interior. (N. del T.)

incluso para las mejores tropas regulares, y es evidente que en esa situación tropas de segunda fila o irregulares tiendan a venganzas canallas.

Por otro lado, la inmensa mayoría de los guerrilleros irlandeses eran idealistas en un alto grado, y muy pocos entre ellos luchaban por obtener botín o por innobles motivos de revancha. Esto es verdad, incluso para los que cometieron los crímenes más brutales. ¿Puede calificarse de otra manera el asesinato de catorce oficiales mientras dormían una noche? No fue, acaso un crimen que indignó justamente a la opinión inglesa y enfureció a nuestras tropas? Sin embargo, se cuenta, y hay razones para creerlo, que los hombres que hicieron aquello se habían pasado la tarde rezando juntos en una capilla como si fuesen caballeros medievales en su vigilia anterior a la batalla. Llegamos a un auténtico convencimiento sobre este asunto cuando las tropas británicas apresaron a los hombres que más tarde cometieron tales actos y a los que tenían conocimiento previo sobre ellos y, sin embargo no revelaron nada de lo que iba a ocurrir. Este terrible choque que se produce cuando los dos bandos están inspirados inicialmente, no por bajos, sino por elevados ideales, alcanza las dimensiones de la tragedia clásica.

Ésta fue la única ocasión en que yo tuve información de primera mano sobre estos comportamientos, pero se han reproducido en la mayor parte de las grandes naciones de Europa, y ahora se dice que están ocurriendo en Asia; la gran tragedia ha sido objeto de tanta discusión, ha estado nublada por tanta pasión y cegada por tanta parcialidad, que es difícil para cualquiera tomar una posición clara al respecto. En algunos círculos políticos se ha llegado al extremo de protestar cuando alguien en nuestro propio bando comete cualquier atrocidad, pero no decir nada de ninguna de las que comete el otro bando. La verdad es que siempre, en todos los bandos contendientes, han cometido atrocidades; es cierto que, a veces, difieren en gravedad y extensión, pero posiblemente ello sólo es debido a la intensidad de la tentación y el número de ocasiones propicias.

El asesinato o los malos tratos a los prisioneros, o a cualquier ser indefenso, siempre me ha parecido el crimen más despreciable cometido por el hombre. Tales crímenes se cometieron a gran escala en la Segunda Guerra Mundial y serán tratados en un capítulo posterior. Siempre he condenado semejantes actos, sean grandes o pequeños, y los he atacado en mi vida política fuese quien fuese el que los cometiera. Otro incidente de este tipo en la década de 1920, me envolvió en otra amarga controversia. En 1919, el general Dyer, en Amritsar, India, abrió un rápido y nutrido fuego sobre una multitud desarmada, en la que había mujeres y niños, que no tenía escapatoria posible. Después, él declaró que su acción «tuvo un efecto moral en todo el Punjab». Yo hablé sobre este asunto en la Unión de Oxford o Cambridge (no me acuerdo cuál) en términos muy duros. Durante este período, participé con frecuencia en debates universitarios, y creo que fui responsable de tirar adelante la primera moción en favor del socialismo, ganada por veinte votos contra uno, mientras perdía, sólo por cuatro votos, otra moción condenando la actuación del general Dyer. Mi discurso contra él causó una tensión considerable en las dos Universidades y en Westminster desató una gran controversia. Un universitario no graduado me atacó con fiereza y publicó una parodia completa de mi discurso, alegando que mi perorata había «supuesto» un llamamiento a los hindúes «para revolverse contra los ingleses que han violado sus mujeres». No hace falta constatar que yo no había dicho nada semejante.

También me pareció innecesario denunciar a un periódico universitario, relativamente oscuro, por libelo. Sin embargo, el asunto se puso serio en las elecciones generales siguientes, las de noviembre de 1922. Al cruzar el suelo de la Cámara, pasándome a la oposición, yo me presenté entonces como independiente por la misma circunscripción de Harrow, y mi rival conservador hizo circular esas palabras («revolverse contra los ingleses que han violado sus mujeres»); aquello era muy grave, porque ellos las presentaban, sin justificación posible, como si fuesen palabras actuales. Entonces, presenté inmediatamente una denuncia por calumnia, pero mi rival reaccionó rápidamente y ofreció renunciar al escaño si yo retiraba la denuncia. Hubiera sido un loco si hubiera aceptado el trato, porque es la voluntad del electorado y no la de un jurado quien debe decidir un escaño en el Parlamento: yo estaba muy confiado en ganar la partida, y quise asegurar primero mi victoria electoral a base de desmontar el bluff de mi rival.

Gané por amplia mayoría y seguí adelante con el juicio por calumnia. Algunas semanas después, mi rival conservador me mandó su tarjeta, para entrevistarse conmigo en la Cámara de los Comunes. Salí al vestíbulo exterior a reunirme con él. Me dijo que la Oficina Central Conservadora le había proporcionado el informe de mi discurso como si se tratara de palabras que yo hubiese utilizado recientemente, pero, que, en una investigación posterior, él había descubierto que yo no había dicho nada por el estilo y que sus consejeros más experimentados le habían advertido que se arriesgaba a peligros tan grandes que podrían arruinar su carrera política. La Oficina Central le había aconsejado entrevistarse conmigo. Sentí piedad por él y le di una salida; bastó su retractación pública y una modesta suma destinada a una institución local de caridad. La opinión que me formé entonces sobre los métodos del Partido Conservador se confirmó en las elecciones siguientes y en otras experiencias.

Poseo un amplio récord de lucha contra los delitos de asesinato o de malos tratos de personas indefensas en varios terrenos; éste es uno de los aspectos por los que más he luchado. Sería una patraña completa negar que esas atrocidades han sido cometidas en distintos grados por todos los bandos. Si estas cuestiones dependieran de mí, serían reprimidas con la mayor brutalidad y sin compasión hasta el final. Es una mancha

para el honor de nuestro continente y una violación de todos los instintos sanos de la humanidad el que esas cosas ocurran, incluso entre los europeos. Debemos decidir y asegurar que cesen y que su fin sea seguido por un profundo act of oblivion⁸⁵. Sólo entonces las heridas de Europa podrán ser curadas.

⁸⁵ Amnistía general. (N. del T.)

9. ELECCIONES 1922-24. CLYDESIDERS. EL I. L P. BIRMINGHAM

Mi segunda elección en 1922 fue un acontecimiento trascendental para mí. Yo ya había participado activamente en la violenta controversia sobre Irlanda y en otras batallas parlamentarias ya descritas; ahora tenía que afrontar las consecuencias. Entonces se calculaba que, sólo el Carlton Club, participaría con doscientos coches el día de la votación, para asegurar mi derrota. Una gran parte de la artillería pesada del enemigo se había movilizó para disparar en una circunscripción que se encontraba muy próxima a Londres. Afortunadamente, yo había fortalecido mi posición con muchas ayudas locales. Cuando el ejecutivo de la Asociación de Harrow me emplazó para atenerme a la línea del Partido, yo apelé, por encima de sus cabezas, a la base de la Asociación. Fue una estratagema sencilla, pero ellos la llamaron amargamente trugar las cartas. Se enviaron postales impresas a todos los miembros de la Asociación junto con mi programa, invitando a él, o ella, a que devolviesen la postal con una afirmación de apoyo. Hubo una aplastante mayoría de postales remitidas a mi favor. También vino a ayudarme mi viejo amigo Harry Miles, el agente. El ejecutivo se encontró arriba, aislado, y tuvo que elegir otro candidato conservador.

Formamos otra Asociación más poderosa. Yo escribí una declaración electoral de quinientas palabras en la que exponía como permanecía adicto al mismo programa de reformas sociales que preconicé en 1918. Con ese programa, yo representaba la verdad frente al conservadurismo renegado que, a la traición general a los derechos y esperanzas de la generación de la guerra, había añadido varios crímenes, como las aventuras militares, las atrocidades de Irlanda y el despilfarro en los gastos públicos. Obtuve 15.290 votos contra 7.868 de mi rival. Lo derroté casi en una proporción de dos a uno. Fue un resultado muy satisfactorio porque yo había aguantado sólo frente a la arremetida furiosa del Partido Conservador, y Harrow era, tradicionalmente, una de sus plazas fuertes.

En las elecciones de 1922 todavía estaba asociado a Lord Robert Cecil y vino expresamente a Harrow a pronunciar un discurso en mi favor. Fue por su parte un acto valiente y leal el apoyar a un independiente contra el candidato oficial conservador en Harrow, ya que él era el candidato oficial de la Asociación Conservadora en Hitchin. Su situación se complicó mucho al decir apadrinar extraoficialmente a otros candidatos independientes; el principal de ellos fue Bernard Freyberg, V. C., que consiguió en aquella elección un resultado casi tan brillante como en el campo de batalla. Como era un hombre de acción, no se amilanó cuando se encontró sin coches el día de la elección, y contrató a casi todos los taxis y coches de alquiler de los alrededores para utilizarlos en llevar a sus electores hasta los colegios. Por supuesto aquello constituyó una grave infracción de las leyes electorales, que él ignoraba olímpicamente, y pudo haberle costado severos castigos. Tal vez tuvo suerte de no salir elegido, aunque quedó bien situado, y el incidente pasó sin publicidad y sin castigo.

Antes de la elección, Lord Robert Cecil me pidió que viese a su amigo, el primer Lord Cowdray en Escocia y le pedí algunos fondos para ayudar a unos cuantos candidatos independientes. Aquél fue mi primer contacto con los magnates de la industria, que repetí años más tarde cuando visité a Lord Nuffield en una misión parecida. Los dos eran generosos mecenas, pero tenían gran interés en demostrar a sus protegidos que aquellas enormes sumas de dinero no se habían ganado con facilidad. Lord Cowdray me había conocido en un tren nocturno y me invitó a dar un paseo por la mañana para discutir de política en términos generales. Era una personalidad impresionante y en él reconocí la razón de sus grandes éxitos mucho mejor que en otros hombres como él. Tenía también una fina sensibilidad, y pude admirar en su castillo escocés una hermosa colección de cuadros impresionistas. Al final del paseo, me condujo al garaje, donde tenía una colección de costosos coches. Quería discutir con el propietario del garaje del pueblo el precio de la reparación de los frenos del vehículo más antiguo y modesto de todos los que había allí. Después de un regateo duro y prolongado, el precio quedó fijado en quince chelines. ¿Era ésa la forma en que había amasado su inmensa fortuna, o simplemente me estaba enseñando a valorar el donativo que iba a darme? Después de un lunch excelente, me alargó tranquilamente un cheque de 10.000 libras.

Inmediatamente después de las elecciones de 1922, vino mi dolorosa separación de Lord Robert Cecil. Él decidió formar parte del Gobierno conservador de Bonar Law, y me invitó a acompañarle en algún puesto de la Administración. Este hombre honorable y gran amigo dijo que se sentía obligado hacia mí y que no aceptaría el cargo a menos que yo también fuese aceptado, lo cual no hubiera presentado muchas dificultades, ya que, en cierta ocasión, Bonar Law había hablado a Lord Curzon sobre mí en términos amistosos y cordiales. Apreciaba a Bonar Law como líder conservador, porque su habilidad extraordinaria le capacitaba para sustituir las pobres argumentaciones de sus partidarios, que yo describí en los debates como «el griterío animal que indica las primeras y torpes tentativas hacia el lenguaje humano».

Bonar Law era un maestro en el arte de actuar en un debate. En teoría su método era sencillo, pero en la práctica era difícil. Hablaba sin tomar notas y recapitulaba los argumentos de sus adversarios, frecuentemente con mayor énfasis del que habían utilizado. Entonces, los desmontaba seriatim con el mismo orden lógico en que los había recogido. Su arte llegaba hasta el punto de plantearse a sí mismo dificultades para salir luego

airoso de ellas. Una vez, defendiéndose de una acusación de servilismo a Lloyd George, manifestó: «Siempre fui un hombre que me apoyé sobre mi propia base». Cuando las risas se apagaron, continuó diciendo con su desmayada sonrisa: «La Cámara siempre aprecia estas ocasiones». Él sabía jugar a la vez con su infantilismo y con su buen juicio. Lo que me indujo a negarme a acompañar a Lord Robert y a permanecer en los bancos de la oposición no fue, por tanto, ninguna antipatía hacia el líder conservador. Las grietas entre el conservadurismo tradicional y yo se habían hecho ya demasiado anchas, y la toma de conciencia de mis propios objetivos me llevaba a acciones más lejanas y positivas que las que entonces se me ofrecían.

Yo tenía algo en común con Bonar Law; en aquel tiempo sólo tres de nosotros podíamos pronunciar semejantes discursos en el Parlamento, sin utilizar notas: Bonar Law, Willie Graham (cuya muerte prematura fue una grave pérdida para el Partido Laborista) y yo. En la Cámara, yo solía hablar sin notas, incluso cuando intervenía en algún debate complicado. Mi discurso de renuncia del Gobierno duró una hora y cuarto y tocó un conjunto de temas muy considerable, pero lo pronuncié sin notas. El truco es fácil de adquirir para cualquier constitución mental normal. Basta con adiestrar la mente para hacer cosas anormales, del mismo modo que un músculo puede ser entrenado para levantar un peso. En los primeros días solía mandar a alguien que me leyese un artículo de cabecera del Times, o un ensayo más complicado de alguna revista técnica; luego me levantaba en seguida y lo contestaba, punto por punto, *seriatim*, en el mismo orden leído. Este trabajo merecía la pena, ya que pronunciar un discurso largo y complejo en un debate, sin notas, siempre se consideraba en el Parlamento como un recurso digno de admiración. Es bastante esencial para cualquiera que aspire a alcanzar un éxito de primera magnitud ante un auditorio de masas, aprender a hablar sin notas en los estrados. Mr. Asquith consideraba que estos discursos sin notas sólo eran un alarde exhibicionista, y quizá tenía razón. Una vez me explicó que era un «gasto superfluo de energías cerebrales», si no recuerdo mal sus palabras.

Después de mi separación de Lord Robert en 1923, se sucedieron en el Parlamento una serie de debates animados, en los que yo atacaba consecuentemente al Gobierno del que Lord Robert formaba parte. Se me consideraba como uno de los veinticinco M. P. más activos en el debate. Entonces, me ocuparon cada vez más toda una serie de leyes internas, como la ley de restricción de rentas y otras, pero no voy a sobrecargar este libro con un largo repaso de esos aspectos, que frustrarían mi propósito de presentar un cuadro personal. En cuanto a la vivienda y el control de rentas, entonces y ahora, siempre he mantenido la misma postura: control y una drástica acción nacional para construir suficientes casas. No es válido eliminar todo control y dejar al inquilino a merced de los propietarios, mientras aún existe insuficiencia de viviendas. Desde 1918, cuando hablé de resolver el problema de la vivienda como si se tratase de una operación de guerra, he preconizado continuamente esta política moderna de imponer a las autoridades locales un plan nacional.

El proteccionismo fue el resultado principal de las elecciones de 1923, bajo el Gobierno conservador de Baldwin, que sucedió a Bonar Law. Mister Amery, el principal apóstol del proteccionismo, llegó a Harrow, con gran ostentación, para promocional- a un nuevo candidato conservador frente a mí. Intercambiamos saludos: me llamó «bolchevique» y yo le llamé «atareado tamborilero de la orquesta, en el juego de la política agresiva». Después vino un debate serio y razonado sobre el proteccionismo ante un auditorio muy experto, ya que Harrow estaba habitado por hombres y mujeres que trabajaban, en su mayoría, en las empresas financieras y los negocios más grandes del país. Harrow tiene una fuerte tradición proteccionista, ya que los diputados de preguerra habían sido los protagonistas principales de este cambio en el sistema fiscal.

La alternativa entre el librecambio y el proteccionismo se planteaba en aquellos días a mucha gente, casi como una elección religiosa. Yo me interesé por ella de un modo puramente pragmático. Si se utilizaba un sistema u otro, para mí era una cuestión de circunstancias. Si llovía, se necesitaban paraguas; si hacía sol, no hacían falta. Consideraciones más amplias se me presentaron como consecuencia de una serie de experiencias posteriores, pero incluso entonces, mis ideas estaban muy lejos del antiguo concepto conservador respecto a las tarifas. En las elecciones de 1923 acepté el clásico argumento del librecambio, con una corrección importante derivada de la situación contemporánea y que se extiende hasta hoy; creo que fui el primero en constatarla en el debate. Mi nuevo argumento consistía en decir que las fluctuaciones de precios en los países extranjeros convertían en una tontería todas las barreras proteccionistas del arancel, y que esas fluctuaciones ocurrían continuamente. Aparentemente, Baldwin parecía no comprender estos argumentos un poco complicados, pero tal vez sólo jugaba a hacerse el torpe, en cuya técnica era tan apto como alguno de nuestros embajadores. Yo había previsto ya la época de las devaluaciones, destinadas a sacar ventaja en las tasas de exportación⁸⁶. Ahora se sabe muy bien que este beneficio puede asegurarse mediante una consecuente política monetaria que impida que el nivel de los precios internos suba en la misma proporción que la devaluación exterior, como ocurriría si se siguiese la teoría económica clásica. El triunfo final de este sutil método, en el cual la Hacienda británica se ha convertido últimamente en el maestro más competente, se produjo con la forzada devaluación de nuestra moneda en 1949 por Sir Stafford Cripps, que proporcionó a la tasa de exportación británica una ventaja sustancial durante varios años. Recientemente, todo el mundo ha empezado a descubrir el truco, y ahora nadie puede decretar una gran devaluación sin el riesgo de que todos los competidores hagan lo

⁸⁶ Hansard.

mismo. Pero aquellos eran los primeros tiempos de este juego financiero de prestidigitaron, y yo fui lo suficientemente agudo como para observar sus posibilidades.

Mi posición frente a la política conservadora en aquel tiempo puede parecer inconsecuente con mi defensa posterior de un Imperio, aislado de las fluctuaciones del mercado mundial, y, más tarde, de un sistema económico europeo organizado sobre los mismos principios básicos; es cierto que este punto parece la desviación principal de esa línea recta, habitual en el desarrollo continuo de mis ideas. Pero un proteccionismo en una pequeña isla, que produce pocos de los artículos alimenticios necesarios y casi ninguna materia prima, es algo muy distinto de un Imperio que contiene en sí mismo casi todos estos requisitos, o una Europa unida, que, junto a sus tierras anexas de ultramar, puede estar en esa misma situación. Un cierto grado de aislamiento del mundo, puede ser una ventaja para una sociedad lo suficientemente grande para ser capaz de un autoabastecimiento efectivo, pero resulta muy difícil para una entidad económica pequeña que tiene que competir en los mercados mundiales para poder comprar lo que le falta. Sin embargo, la influencia principal que me hizo evolucionar desde la economía clásica a una concepción más autárquica para la organización del Imperio británico (hasta que esa posibilidad se perdió con la Segunda Guerra Mundial) y a mis ideas posteriores, siguiendo líneas similares, en relación con una Europa unida, fue mi visita a América en 1925. Esta experiencia, junto a la visita de las minas de Lancashire y Yorkshire, me inspiraron un modelo del sistema económico que fuese lo suficientemente grande para ser viable, pero muy aislado de un mundo trastornado por la competencia, y que, gracias a esa inmunidad, pudiera aplicar dentro de sus amplias fronteras las modernas técnicas económicas y monetarias sin ningún género de trabas. De un modo muy general, esta idea estaba ya expresada en la frase «Imperialismo socialista, mi slogan en las primeras elecciones de 1918, como ya he descrito.

Estas consideraciones más amplias y profundas no guardan relación alguna con el asalto de Mr. Baldwin en las elecciones de 1923, ni con su defensa cerril del proteccionismo conservador que sólo servía para enmascarar la incapacidad industrial, ni con sus métodos, aún más cerriles, de propaganda electoral. Aún hoy, resulta divertido leer mis réplicas a esos inoportunos conservadores en los grandes mítines de la época. Sin embargo, mis argumentos eran bastante razonables. Pero una vez más, los conservadores sacaron sus grandes pistolones y ahogaron pronto el fantasma de la razón a base de ataques y contraataques. El obús conservador era Lord Birkenhead, y pronto el fuego se hizo muy cerrado por ambos lados. En el transcurso de una arenga tumultuosa, en una escuela local, el último Lord Canciller me describió como el «perfumado papagayo de los aromáticos tocadores de señoras», y, por tanto, perfectamente inadecuado para representar en el Parlamento a las damas de Harrow y a sus respetables esposos. Por aquella época, Lord Birkenhead debía saber ya la divertida historia, que se contaba en los pasillos de la Cámara, acerca de alguien que sugirió a míster Baldwin que Lord Birkenhead debía formar parte de su Administración y obtuvo la siguiente réplica burlona: «F. E. dice que somos un Gabinete de mandos fieles, y creo que tendremos uno».

No tenía por qué haberme sorprendido tanto por aquel ataque, porque F. E. (cuando visitó el distrito electoral de Winston Churchill, durante el período en que eran amigos más íntimos) empezó su discurso con la constatación siguiente: «Según el Dundee Advertiser ⁸⁷, la revista, no el político...». Se apoderó de mí una oleada de indignación juvenil y me molestó esta referencia que hizo de mí un hombre mucho mayor que yo, pero al que consideraba como un amigo. Los «aromáticos tocadores de señoras» era una reflexión tolerable, ya que a mi regreso de la guerra pensé que tal ambiente era una relajación legítima para un guerrero. Pero lo de «perfumado papagayo» se me quedó clavado en la garganta, ya que nunca pude imaginarme que yo podía ser descrito como de ese gremio, y aquéllos me parecieron términos muy inadecuados para describir al guerrero.

Esperé un poco de tiempo para buscar la revancha, y la oportunidad llegó pronto en la arenga del debate del 17 de enero de 1924. Resultó fácil acechar a F. E., a través de Joynton-Hicks, quien, como ministro de Sanidad y más tarde como secretario de Estado, era la figura más divertida del Gobierno. Ambos habían estado envueltos en la rebelión del Ulster, capitaneada por Sir Edward Carson antes de la Primera Guerra Mundial. F. E., apodado Galloper Smith ⁸⁸, en el papel de A. D. C. ⁸⁹ de Carson y Jix ⁹⁰, en el papel de general duro y matón. Jix levantó en aquel debate un ruidoso alboroto por la amenaza de un Gobierno laborista, y lanzó acusaciones a los laboristas de «tratar de engalanar el espectro rojo», para acabar sugiriendo que «detrás de los mismos laboristas que hacían discursos propios de estadistas, estaban las amplias masas, salvajes y subversivas, sedientas de sangre, que sólo desean inundar con ella nuestra tierra». Yo repliqué: «Ya es hora de que el honorable caballero de ahí enfrente se dé cuenta de que cualquier gobierno formado en este país estará compuesto por hombres y mujeres británicos. El Gobierno está presentándose como un modelo de decoro constitucional, y se jacta de no haber hablado nunca de violencia o de matanzas en este país. El ministro de Sanidad habla de fuerzas ocultas detrás de los laboristas. Sería interesante investigar la naturaleza de las fuerzas que en cierta ocasión manifestó tener detrás suyo.

⁸⁷ Juego de palabras intraducible. Dundee Advertiser es el nombre de una revista, pero Dundee se pronuncia en inglés de un modo parecido a dandy, presumido, lindo. (N. del T.)

⁸⁸ «Galloper Smith», literalmente Smith el galopante. (N. del T.)

⁸⁹ A. D. C., abreviatura de Aid-de-camp, ayudante del campo. (N. del T.)

⁹⁰ «Jix», diminutivo de Joynton-Hicks. (N. del T.)

«Él dijo: "En esta batalla detrás de nosotros está Dios Nuestro Señor. En su nombre y en el nuestro (una modesta asociación) yo aconsejé al primer ministro que nuestros ejércitos y baterías disparasen. Que disparen si se atreven, que disparen esos malditos". La Cámara se sentirá aliviada de saber que no dispararon, y que nuestro heroico orador sobrevivió, para ocupar ahora la cartera de ministro de Sanidad. Esta cita pertenece a un discurso que el recto y honorable caballero pronunció en Warrington, el 6 de diciembre de 1913, como un miembro responsable del Partido Conservador...

»Después de los discursos que hemos oído desde los bancos de enfrente, sentimos sinceramente que los campos del Ulster nunca retumbasen con los cascos atronadores y las hazañas valerosas de Galloper Smith, un auténtico guerrero desde el momento en que la guerra comenzó. Ahora, tras un paréntesis adecuado, en el que se ha permitido diversiones más pacíficas, se ha convertido, de nuevo, en un guerrero.»

Desde luego, el veneno estaba en esa coletilla que hacía referencia a la actuación militar de F. E. Smith. Retrospectivamente, lamento mucho este ataque (a pesar de la provocación de que fui objeto) porque era completamente injusto. F. E. Smith era un hombre cortés, y el Gobierno tenía toda la razón al insistir en que su capacidad debía utilizarse en la Administración, mejor que malgastarla en el campo de batalla. Frecuentemente, él había dado pruebas de un gran valor. Sin embargo, por aquel tiempo su mal carácter empeoró, y yo me negué a retractarme cuando hubo un intento de conciliación a través de nuestro amigo Freddie Guest. Yo me encerré en la postura de que F. E. debía retirar también lo que había dicho sobre mí en las elecciones, lo cual, por supuesto, resultaba imposible para un hombre de su posición; realmente, fue una exigencia arrogante por mi parte. Mi ataque provocó muchos comentarios y una amplia indignación entre algunos de nuestros amigos, que entonces me sorprendió bastante.

F. E. Smith, como Winston Churchill, no era rencoroso en absoluto, y algún tiempo después, me saludó en un banquete del partido con su viejo y peculiar estilo. Le vi por última vez, sentado en un sillón, cuando se encontraba ya muy enfermo, poco antes de su muerte, y sentí un fuerte impulso de acercarme a él y expresarle mi aprecio, pero sufrí entonces la misma inhibición que el día que vi llorar a mi abuelo. Digo ahora lo que entonces me hubiese gustado decir: Era un corazón excelente, un hombre generoso, valiente y brillante; sus errores fueron triviales en comparación con sus virtudes y su noble carácter, y podemos dejar que le condenen, por esas insignificancias, los beatos que carecen de ingenio y de comprensión humana.

Gané la elección de 1923 por 14.709 votos contra 9.433. La mayoría se redujo, pero todavía era sustancial, y, teniendo en cuenta la tradición proteccionista de Harrow, resultó un triunfo que confirmaba mi fuerte posición como independiente. Los resultados generales colocaron a los conservadores en minoría, y los liberales de Mr. Asquith quedaron como árbitros entre ellos y los laboristas. Cuando hablé desde los bancos de la oposición, en el debate decisivo sobre la dirección del Gobierno, expuse mis razones para votar por la caída del Gabinete conservador. Tal vez puedan citarse algunos pasajes de ese discurso en forma abreviada y por tanto algo incoherente, para ilustrar la evolución de mis posiciones políticas, y mostrar un ejemplo del estilo oratorio, que resulta frío y muerto en letras de imprenta, pero que, en el calor de la discusión, capacita a un hombre de veinte años para enfervorizar a la Cámara.

Refiriéndome a las realizaciones del Gobierno: «Pueden resumirse muy brevemente. Han dilapidado el dinero en Mesopotamia, en Singapur y en aventuras quiméricas en todas las partes del mundo. Para pagar esas aventuras han escatimado fondos a sanidad, educación y a todas las medidas de reformas sociales. Han financiado los lujos de los príncipes árabes, pero matan de hambre física y mentalmente a los pueblos de esos países. Han aprobado exenciones de impuestos para los ricos, y han obligado a los pobres a que paguen por ellos a base de estrujarlos. Han eludido y embrollado los grandes problemas internos, porque temen hacer frente a sus amigos de los grandes trusts, que controlan toda la maquinaria industrial».

Nosotros habíamos experimentado «toda la opresión sobre los pobres e indefensos a que nos tiene acostumbrados la reacción», pero no «la firmeza en el gobierno que, según sus teóricos, es la gran ventaja de un Gobierno conservador». Mr. William Birdgeman, secretario del Interior, se ha visto obligado a restituir un centenar de deportados irlandeses «a sus destrozadas familias y sus mujeres llorosas, y el Gobierno, una vez más, se ha visto enfrentado ante la gran realidad de que ha nacido para hacer reír a los hombres, y no para hacer llorar a las mujeres». En el extranjero «han hecho lo suficiente para irritar a todos, pero no lo bastante para ganar algo. Esta es la política más desastrosa de todas... Reduce el acento autoritario de una gran nación al chillido estridente de una vieja postrada en cama... Ellos nunca nos traerán la paz, a pesar de que nos habían prometido que la Administración conservadora nos aseguraría el prestigio y el honor ante las naciones.

»Permítanme que escoja una ocasión en la que la suerte de Inglaterra, la suerte de la humanidad, han estado en las manos del presente Gobierno. Se escribe una nota exponiendo nuestras peticiones, urgiendo por la necesidad suprema de conseguir un acuerdo europeo, asegurando que, cada día que pasa, Europa estará más cerca de la catástrofe, y amenazando con que Inglaterra iniciaría represalias por separado a menos de que alguien hiciera algo. ¿Qué ocurrió entonces? Todo el Gabinete se dispersó y se fue de vacaciones por un mes. En particular, el primer ministro se fue a Aix-les-Bains. Después de escribir una carta pomposa, todos ellos se fueron a descansar un mes, tanto se agotaron con el esfuerzo de mantener su aparente dignidad.» [Esto fue un

poco méchant ⁹¹, ya que Lord Curzon estaba todavía de secretario de Asuntos Exteriores.] «El acto siguiente de esta triste farsa fue el más lamentable y desgraciado de todos: el retorno soñoliento, vía París, de la bella durmiente de Aix-les-Bains. En París, nuestro sonámbulo fue de nuevo hipnotizado, y el mundo se enteró asombrado, a través de un comunicado desgraciado, que donde... había existido... una diferencia entre lo correcto y lo erróneo, ahora, en vista del cambio de situación, no existía ya ninguna divergencia de puntos de vista; y, desde ese momento, nos hemos convertido, impotentes y sin ayuda, en la nación más pisoteada... mientras el primer ministro apaciguaba nuestros temores y los de la humanidad con sermoncitos santurriones acerca de su deber, sus intenciones admirables y la política que siempre estaba a punto de iniciarse, pero que, de hecho, fue sólo una política verbal sostenida por la cháchara.

»Éstas son las realizaciones de este Gobierno, unas realizaciones que, a través de una política exterior insensata y una administración desatinada, han añadido al desempleo la espantosa herencia de los barrios míseros, de privaciones y sufrimientos en nuestro propio país. La obra de este Gobierno está escrita por todo el mapa de nuestra nación en caracteres de angustia humana. Por mi parte, si diera mi voto para mantener en el poder por una sola noche más a semejante Gobierno, me sentiría merecedor de ser expulsado ignominiosamente del gran ejército del progreso...

»Sustituyamos ésta por otra política que no descansa en la adulación servil a cualquier individuo o país, con algún que otro gruñido intercalado, sino que sea una política propia, pro británica, pro europea y pro humanidad. Seamos, no los enemigos de cualquier país, sino los amigos de todos los pueblos, los adversarios inflexibles de cualquier sistema político que amenace a la especie humana... En todas partes renace hoy el espíritu progresista. En todos los países, las fuerzas del progreso miran a nuestra tierra buscando una dirección. Debemos aprovechar esto, no para guerrear con cualquier país, sino para reunir en todas partes aquellas fuerzas... bajo la bandera del progreso, y esa bandera debe izarse en todos los países y por todos los pueblos. Ésta es la gran oportunidad que se encuentra en las manos de este Parlamento, en las manos de la aplastante mayoría de este Parlamento: llevar a término una de las más grandes misiones que el destino histórico ha impuesto siempre al pueblo de este país... colocarse a la cabeza de los pueblos de Europa y dirigirlos por la gran ruta que va desde aquellas oscuras épocas del sufrimiento y del dolor que hemos soportado durante tanto tiempo... a restablecer en todos los pueblos del mundo un sistema de justicia, de reconciliación y de paz sobre la tierra.»

Francis Curzon, un conservador muy agudo y gran piloto de carreras, intervino en el debate después de que yo terminé y habló Lord Howe. Observó que no le sorprendía que yo hubiese pronunciado aquel discurso desde el banco contiguo a los dos miembros más revolucionarios del Clyde. Le parecía bien, puesto que el grupo de Clydeside ⁹² bajo la dirección de Max-ton y Wheatley, era el único sector del Partido Laborista que, en aquel tiempo, era sincero y pretendía llevar adelante el programa por el que todo el Partido había luchado tanto. También expresó su sorpresa por mi ingenuidad al creer que aquel programa pudiese ser llevado a la práctica por un partido que estaba bajo el liderazgo de los señores MacDonald, Snowclen y Thomas.

Mi trayectoria me conducía inevitablemente hacia el Partido Laborista.

«A través y más allá del fracaso de los hombres y de los partidos, nosotros, los de la generación de la guerra continuamos nuestro camino» y la única esperanza que quedaba para conseguir cualquiera de nuestros empeños descansaba en el Partido que había sido construido por las masas populares para corregir lo injusto. Era verdad que Lloyd George había sido mi líder inicial en la izquierda, hasta que cayó en 1922 y formó su propio Partido Liberal, pero entonces yo estaba aislado y sin posibilidad de hacer nada constructivo. En aquel tiempo, yo no le conocía personalmente y me pareció más práctico unirme al partido que tenía una masa de seguidores revolucionarios. Para mí, constituyó una sorpresa la reacción favorable que se produjo en el Partido Laborista cuando yo me uní a ellos. Por lo que más me atacó la prensa conservadora fue precisamente por el gran entusiasmo suscitado en la izquierda.

El socialismo doctrinario de la vieja escuela no me atraía demasiado, pero, en cambio, aceptaba el socialismo tal como lo definí después en las proposiciones de Birmingham, como «el control y la dirección consciente de los recursos humanos para satisfacer las necesidades humanas». Todavía aceptaría esta definición hoy, con un ligero cambio de énfasis: acentuaría más la dirección general del Estado que el control detallado, y sustituiría las necesidades por planes de desarrollo, reconociendo así que todo logro sólo puede ser el resultado de un esfuerzo intensivo. Considero que todavía es un buen principio general la dirección consciente de los recursos humanos para satisfacer los planes humanos.

Desde luego, puede ser erróneo utilizar el término socialista, porque es una palabra emotiva que repele a mucha gente y es susceptible de tantas interpretaciones distintas que, al final, casi no significa nada más que un ligero shock, para satisfacción de los complacientes guardianes del statu quo. Tal vez este punto de vista difiera bastante de la observación que el Dr. Dalton hizo a sus jóvenes admiradores, en un descanso del debate sobre

⁹¹ Travieso, malintencionado. En francés en el original. (N. del T.)

⁹² Cuenca del Clyde. (N. del T.)

los futuros presupuestos generales del Estado: puede que no esté muy de acuerdo con el socialismo, pero hay mucha gente dispuesta a admitirlo. El término medio consiste en aproximarse a los problemas económicos, que son objeto de una emoción casi religiosa, con un método mucho más práctico y realista; incluso pragmático, si esa palabra no estuviera ahora devaluada por una utilización absurda, fruto de la degeneración contemporánea del lenguaje político.

En la política británica, me incliné siempre más hacia las comunidades socialistas (representadas entonces por pensadores y escritores como G. D. H. Colé, Hobson y Orage) que hacia el socialismo de Estado, cuyos máximos exponentes eran los webbs y los fabianos. En aquel tiempo mi pensamiento se acercaba más a las comunidades tradicionales y medievales de Inglaterra, a la Liga Hanseática y al sindicalismo de los países latinos, y volví a mi socialismo europeo en los años cincuenta, cuando propuse que los trabajadores dirigiesen las industrias ya nacionalizadas, y, en el caso de que tuvieran éxito, la extensión de este principio a las demás industrias plenamente desarrolladas; al lado de estas medidas, preconizaba otras para una revitalización vigorosa de la libre iniciativa privada en las restantes industrias, y para restituir a la iniciativa privada aquellas industrias en cuya gestión fracasaran los trabajadores; un método pragmático supone pasarlo todo por la prueba de la práctica. Cuando me uní al Partido Laborista, y en los años posteriores, nunca estuve de acuerdo con la postura mandarinesca del control estatal, que alcanza su máxima expresión en el pensamiento de los webbs.

En realidad, lo que me atrajo del Partido Laborista en aquel tiempo fue su dinamismo, y esto se debía fundamentalmente a los militantes de base. Los Clyde M. P. representaban el camino reformista, y pronto se convirtieron en mis colegas parlamentarios más íntimos. Antes de unirme a los laboristas, ellos me invitaron a ir a Glasgow y juntos visitamos los suburbios, cuya abolición había sido prometida en 1918. Sin embargo, en 1924 estaban todavía allí; y, en muchas zonas del país, aún existen en 1968. Hice una visita similar a Liverpool con Jack Hayes, el expolicía y whip laborista. Aquellas experiencias, junto con el conocimiento a fondo de Birmingham, me proporcionaron las pruebas fehacientes de que todas las promesas que nos habían hecho a los miembros de la generación de la guerra habían sido traicionadas, y que persistían unas condiciones de vida execrables. Tal vez fue esto, más que ningún otro, el factor principal que me condujo al Partido Laborista. Había muchos razonamientos intelectuales que yo mismo había desarrollado frecuentemente en los debates parlamentarios, pero, en este caso, el impulso real fue un sentimiento vital.

Me uní a los laboristas en marzo de 1924 y en seguida llovieron invitaciones para presidir asambleas de masas en Glasgow y en toda el área de Clydeside. Me acompañó Cimmie, que en aquel entonces se había convertido ya en una oradora muy eficaz, una de las mejores mujeres que yo he oído hablar desde una tribuna; el hecho de que ella fuera hija de Curzon desató la furia de la prensa conservadora. Las invitaciones para hablar en mítines de masas llegaron de todo el país, y muy pronto fui invitado para representarlas en el Parlamento por más de setenta organizaciones laboristas en distintos distritos. Sin embargo, yo no me decidí en seguida por el lugar para presentarme en las próximas elecciones, aunque tampoco podía demorarlo mucho, y me centré en conseguir apoyos y recoger consejos sobre este asunto y otras cuestiones de procedimiento dentro de mi nuevo Partido.

Entonces estaba permitido ser miembro, al mismo tiempo, del Partido Laborista y del Partido Laborista Independiente, de modo que me afilié a los dos. Rápidamente fui elegido miembro del Consejo Nacional del Partido Laborista Independiente y en fecha posterior fui elegido también para el Ejecutivo Nacional del Partido Laborista. En aquel tiempo, MacDonald y Snowden se habían enemistado mucho con el I. L. P.⁹³, que ellos habían proyectado inicialmente como una combinación de las ideas y espíritu revolucionarios de las masas del Partido Laborista con la influencia dominante de 'as Trade Unions. Cuando MacDonald consiguió hacerse con la dirección del laborismo y siguió una línea completamente burguesa, la dirección efectiva del I. L. P. pasó pronto a manos de Maxton y del grupo del Clydeside.

El temperamento efusivo de Maxton ha sido descrito tantas veces que no es menester repetirlo. Era una de las personalidades más originales en todo, salvo en su maquillaje de revolucionario francés; siempre me he sentido inclinado a desconfiar de los hombres que necesitan una máscara política, sea la postura consciente de sans-culotie a la sombra de la guillotina en la izquierda, sea la bucólica estampa del criador de cerdos (demasiado honrada para ser auténtica), al estilo de Baldwin, en la derecha. El hombre más importante de los Clydesiders no fue muy conocido hasta una generación más tarde, cuando fue ministro de Sanidad, el único miembro del grupo que llegó a formar parte de un gobierno. Wheatley fue el único hombre que ha producido la izquierda inglesa con las cualidades de un Lenin. Había hecho una pequeña fortuna en los negocios y se presentó a las elecciones por la circunscripción de Glasgow. Su método de discusión era frío, incisivo, acerado y contrastaba mucho con la emotividad de sus colegas, sobre todo de Maxton, que era un orador de la escuela de John Bright. Wheatley fue un maestro del dato y el número, mucho mejor que cualquier otro miembro del Partido Laborista, y me impresionó como un hombre que podía demostrar bien las cosas; no es extraño que MacDonald le detestara. Wheatley y yo nos apreciábamos mutuamente⁹⁴, aunque el lector ya habrá deducido que mi

⁹³ Independent Labour Party, Partido Laborista Independiente. (N. del T.)

⁹⁴ Wheatley dijo del autor: «Un hombre que estaba llamado a jugar un brillante papel en la historia política británica... Una de las figuras más grandes y esperanzadoras que ha producido el movimiento socialista durante los treinta años de su historia» (14 de diciembre de 1926).

camino no iba precisamente en la misma dirección que la escuela de Lenin. En todo caso, Wheatley murió prematuramente y se perdió la esperanza de una acción eficaz y original por parte del Partido Laborista.

En la mayor parte de mi primera etapa en el Partido Laborista, fui utilizado para actuar como intermediario entre MacDonald y el ala izquierda, representada entonces fundamentalmente por el I. L. P.; probablemente, yo debía ser el único hombre que estaba en buenas relaciones con ambas alas, a excepción de la figura sombría y enfermiza de Clifford Alien, que, desgraciadamente, también murió prematuramente.

Más tarde las leyendas me colgaron el sambenito de ser un colega difícil, probablemente porque nunca perdoné la traición a los votos del electorado. En realidad, soy un colega leal, como miembro de un equipo, y cuando me resulta imposible ser leal, no me quedo en el equipo para intrigar contra mis colegas, sino que lo abandono y les desafío abiertamente. Es un principio simple, que en estos días puede ser considerado incluso simplista, pero a mí me parece que es el único camino honrado. Antes de abandonar, hay que consentir muchas cosas, y ciertamente yo lo hice en el Partido Laborista, pero no podía pasar por que se traicionase a las masas del pueblo que habían depositado su confianza en nosotros.

Me pareció que era mi deber en el Partido Laborista hacer todo lo posible para mantener unido al Partido, ya que entonces era la única esperanza de poder hacer algo en Gran Bretaña; para lograr este objetivo, me asocié con MacDonald, mientras seguía siendo un activo miembro del Ejecutivo del I. L. P. Sin embargo, mi posición dentro del partido no estaba, en modo alguno, subordinada a MacDonald. Me apoyaba en cuatro pilares para mantener mi fuerza independiente. El primero, mi elección para el Ejecutivo del Partido Laborista por votación, tanto de las organizaciones del partido, como de los sindicatos. El segundo era mi calidad de miembro del ejecutivo del I. L. P., por elección de sus componentes; creo que yo era el único miembro que pertenecía simultáneamente a los dos comités directivos. El tercer pilar era mi fuerza en Birmingham, que, cuando llegué, era una plaza fuerte conservadora y en cinco años, bajo mi dirección, se convirtió en la fortaleza laborista del área central. El cuarto era mi capacidad parlamentaria y mi habilidad para dirigir las más amplias asambleas desde todas las tribunas del país. Estas cuatro cualidades unidas me daban un poder propio dentro del partido que me independizaban de MacDonald o de cualquier otro.

Yo era aún demasiado joven para jugar un papel dirigente por mí mismo, y estaba obligado a trabajar a través de personalidades e instituciones ya establecidas. Éste era el único medio eficaz de aplicar las ideas que me impulsaban a actuar, y para conseguir este fin era necesario, hasta cierto punto, aceptar el consejo filosófico: «Engancha tu carro a un burro distinguido, al burro más distinguido». Pero la razón esencial de mi estrecha asociación con MacDonald era preservar la unidad del Partido, más que cualquier esperanza de que él, personalmente, pudiese actuar como un instrumento de autoridad. Era una persona agradable, pero, como averigüé luego en el Gobierno, bastante incapaz a la hora de tomar decisiones y actuar.

Me di cuenta claramente de la debilidad de MacDonald en una conversación que mantuve con él en el verano de 1924, y que recuerdo muy bien. Recientemente, había alcanzado un éxito considerable en los asuntos extranjeros y, como ya se había desvanecido cualquier temor de que el Gobierno tuviese una conducta revolucionaria, el Partido Laborista se encontraba en la cresta de una oleada de prestigio que bien podía haber arrastrado a la mayoría. Le pedí que disolviese rápidamente el Parlamento y convocase elecciones inmediatas. «No, muchacho», replicó, «eso es lo que haría Lloyd George. Es demasiado oportunista; continuaremos adelante para demostrarles lo que podemos hacer con un largo período de trabajo firme.» Él tiró adelante su plan; seis meses después ese viejo burro distinguido, ostentando su uniforme oficial con guarniciones azules y doradas, arrastrando su carro de pequeñas intrigas para comprometer a su Administración, y sin una idea más o menos creadora (ni siquiera oportunista), adoptó, con el corazón en la mano, el camino fácil del látigo que, según la carta de Zinoviev, dejaba pequeños e inocentes a los tories. En aquel momento, me acordé de una de sus anécdotas más aburridas e interminables. Era un relato acerca de unos burros que subían el Himalaya y que concluía más o menos con las siguientes palabras: «Así siguieron los infatigables bestias, adelante y hacia arriba». El que gana la carrera no es siempre el burro más paciente, aunque a veces pueda participar en la carrera, como desgraciadamente sabemos en Gran Bretaña, por experiencia propia.

Empecé la lucha electoral en Birmingham seis semanas antes de las elecciones de noviembre de 1924. Me pareció un comportamiento injusto con algunos de mis antiguos asociados no presentarme en Harrow, a pesar de que, con mi gran influencia en ese distrito electoral, tenía mayores oportunidades de ganar que en Birmingham. También quería prestar algún servicio importante al partido que tan bien me había recibido. Los Chamberlain y su aparato habían dirigido Birmingham durante setenta años, primero como liberales-radicales y luego como conservadores-unionistas. El aparato de su partido probablemente era el más fuerte del país en aquel tiempo. Teníamos seis semanas para aplastarlo.

Escogí contender con Neville Chamberlain, que se apoyaba en la clase trabajadora del distrito electoral de Ladywood, en el centro de la ciudad; su hermano Austen era su colaborador más próximo y constituían una formidable coalición. Nuestra organización tenía unos doscientos asociados que percibían un sueldo, pero cuando empezamos la campaña electoral sólo nos acompañaron tres viejas señoras y dos jóvenes. Eran personas excelentes y se parecían mucho a los otros pioneros que se incorporaron a nuestro nuevo movimiento

antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Todos eran trabajadores manuales, y frente a ellos se alineaban en nutridas filas los más hábiles empresarios del país que, junto al apoyo de la clase media y de muchos trabajadores conservadores, constituían el poderoso soporte de nuestros adversarios.

Los colegas que se presentaban en el lugar como candidatos formaban una colección un tanto ingenua. En el vecino distrito electoral, un viejo pionero de inclinaciones religiosas, llamado Frank Smith, contendía frente a Austen Chamberlain. Presidí un mitin junto a Frank Smith, lleno de electores de la clase obrera, pero con una serie de eminentes hombres de negocios situados en la fila de enfrente, que habían venido a contemplar el nuevo fenómeno. Frank empezó a pronunciar una especie de discurso interminable acerca de sus peculiares concepciones metafísicas, y cuando yo empezaba a albergar alguna efímera esperanza de que iba a concluir, sacó un pito de arbitro de fútbol, pitó, y dijo: «Mitad del tiempo». Entonces apeló a los creyentes para que rezasen sus oraciones, y él mismo se postró de rodillas para orar. Nada más levantarse, tocó de nuevo su pito y dijo: «Ha pasado la mitad del tiempo», y continuó su discurso. Al cabo de otros treinta minutos tediosos, me dejó la palabra. Era un comienzo desfavorable.

Sin embargo, mi impetuosa campaña oral, y el gran trabajo de Cimmie dirigiendo el equipo electoral, inclinó definitivamente la balanza a mi favor. Resultó un momento feliz cuando, en las ventanas, que daban a la calle, en las barriadas de Birmingham, vimos quitar los estandartes azules y poner los rojos. Los que dirigían esta operación eran normalmente mujeres mayores; cuando las madres cambiaban de partido, todos los demás también lo hacían. Mrs. Chamberlain trabajó muy bien en la campaña electoral, en el lado opuesto, pero cuando recurrió a la demagogia, Neville no estaba ya presente en la escena. Un administrador capacitado (a pesar de lo que dijo F. E. de que podía ser un alcalde adecuado para Birmingham en aquel año) no presentaba ningún atractivo para las masas. Durante el recuento, Neville se sentó turbado en un rincón, no sé si para ejercer un férreo control sobre sí mismo, o porque se sentía medio desmayado; sus agentes lo hicieron todo y él ni siquiera se movió.

El recuento fue un drama: hubo que repetirlo varias veces. Algunos de los nuestros alegaron que habían desaparecido votos, se oyó un rugido y varios hombres pelearon entre sí en el seno de la multitud que llenaba el pasillo; la gente señalaba al suelo y gritaba: «Ése los tiene en su bolsillo». No pudimos sostener las alegaciones por falta de base legal. Chamberlain fue proclamado vencedor; nos fuimos del Ayuntamiento a las seis de la mañana y encontramos una gran muchedumbre fuera, en la plaza, que había esperado durante toda la noche para saber el resultado; cantaban La Bandera Roja. Me agarraron y me llevaron a hombres con un entusiasmo que me conmovió profundamente. Decidí permanecer en Birmingham, y poco después de las elecciones, me llegó una invitación para sostener una batalla electoral en Forest of Dean, para cubrir un puesto seguro para el laborismo. En Birmingham se me adhirió un equipo espléndido de hombres jóvenes para presentarse como candidatos, y construimos nuestra campaña con la ayuda de un nuevo organizador de Clyde, Alian Young. Cuatro años después, Neville Chamberlain desertó de Ladywood por razones de seguridad y se trasladó a la lejana Edgbaston, una confortable plaza fuerte de la clase media, ya que la ventaja lograda en las elecciones de 1924 comprometía sus posibilidades. En las elecciones de 1929 arrebatamos media ciudad a los conservadores; la tradición de sesenta años estaba a punto de terminar. El Partido Laborista tenía su oportunidad.

10. LAS PROPUESTAS DE BIRMINGHAM. SHAW Y LOS «SOCIALISTAS RICOS». LA HUELGA GENERAL

Durante la década de 1920 a 1930 yo presenté una serie de propuestas económicas y administrativas constructivas, que actualmente han sido reconocidas como tales por eminentes autoridades. Ahora se dice que yo iba una generación por delante, y parece que la validez de algunos de aquellos esquemas políticos es generalmente admitida. Al agradecer este reconocimiento tardío, sólo me preocupa la idea de que, en los últimos años, he realizado una obra mucho más creadora que la de entonces, pero si va a tardar otros treinta años en ser comprendida, entonces tendría exactamente cien años y no vería los resultados. Sin embargo, la crisis que a mí me parece inevitable puede conducir, en cualquier momento, a tender un puente para salvar el abismo entre las ideas y la acción cuando se haga inevitable una nueva política. La crisis de la pasada guerra interrumpió y retardó el lento movimiento hacia mis concepciones de la década de los treinta, y, a la inversa, una crisis económica puede acelerar la aceptación de nuevas ideas en el momento actual.

El intervalo entre 1924 y mi regreso al Parlamento en 1926 fue muy valioso para el desarrollo de mi pensamiento político. Las elecciones generales de noviembre de 1924 dieron al Gobierno de Mr. Baldwin una amplia mayoría, mientras que yo perdí en Birmingham mi escaño parlamentario por un estrecho margen. Por primera vez desde mi estancia en el hospital y el tranquilo trabajo administrativo que siguieron al final de la guerra, tuve tiempo libre para leer intensamente y reflexionar; también pude viajar por la India y América y acumular más experiencias valiosas.

Los precedentes de mis ideas económicas se desarrollaron por primera vez con el estudio de Keynes [más por las conversaciones que mantuve con él que por la lectura de sus primeros escritos, ya que no escribó la *General Theory*⁹⁵ hasta la década de los treinta] y más tarde con mi viaje a América, que me permitió tomar contacto, no sólo con los brillantes economistas del Consejo de Administración del Banco Federal, sino también con los tecnócratas americanos que ya entonces cobraban enormes sumas en los Estados Unidos.

Una gran parte de esas ideas constructivas sigue siendo aplicable, *mutatis mutandis*, a la situación con que se enfrenta nuestro país en 1968. Las propuestas de Birmingham las publiqué por primera vez en un panfleto que resumía un discurso pronunciado en la Escuela de Verano del I. L. P. en agosto de 1925, y que había sido el tema de un debate anterior, en abril, en el seno del Ejecutivo del T. L. P. En aquel tiempo sostuve una polémica con un banquero, Robert Brand, en *The Times*. Las principales aportaciones de las propuestas de Birmingham eran: 1) La estipulación de créditos al consumidor además de los créditos al productor, y su determinación dentro de un plan nacional; 2) El reconocimiento de que la banca y el crédito eran los puntos claves de la economía y que su dirección era esencial para cualquier gobierno que tratase de llevar a la práctica un plan; 3) Posibilidad de mantener y expandir la economía inglesa mediante una adecuada política monetaria que incluía una devaluación de la moneda.

El primer punto anticipaba en muchos años y de un modo mucho más científico la obtención de créditos para las empresas privadas, que hasta ahora se desarrollaba a una escala insignificante, casi al nivel de prestamistas; implicaba la necesidad de crear un amplio mercado industrial a base de elevar el poder adquisitivo de las masas del pueblo⁹⁶. El segundo punto anticipó en treinta y cuatro años el discurso de Aneurin Bevan sobre «El peso dominante del poder económico», considerado por el Partido Laborista como un descubrimiento brillante, una generación después de la primera exposición de las propuestas de Birmingham, a las que el partido no dio el menor crédito. El tercer punto anticipó en veinticuatro años la aplicación parcial de esta política por Sir Stafford Cripps y su Ministerio de Hacienda en 1949 (devaluación sin que cambiase el valor adquisitivo en el interior) que fue la base principal que aseguró el éxito de nuestras exportaciones en la década siguiente; también precedió en cuarenta y dos años al desmañado intento de otra administración laborista, en 1967, de seguir los pasos de Cripps.

Aquella política iba más allá que Keynes, del que yo y otros aprendimos nuestros fundamentos de economía. Fue en esta época cuando yo me pregunté por primera vez: ¿es suficiente Keynes? Mi respuesta fue que no: era necesario hacer más. En la época actual se ha aplicado ya completamente la doctrina de Keynes, y dentro de poco veremos una alternativa similar a la que yo me planteé en la política económica del futuro. Las diferencias entre nosotros, en el terreno de la política monetaria, las expuse en las propuestas de Birmingham del modo siguiente: «Estos hechos que corresponden a nuestras recientes experiencias son reconocidos por los economistas reformistas modernos... Se unen a nosotros porque desaprueban cualquier caída del nivel general de los precios, y aspiran, como nosotros, a la estabilidad. Pero aquí surge la primera diferencia entre los economistas modernos no socialistas y las proposiciones de Birmingham. En este punto nosotros llevamos la

⁹⁵ Teoría General. (N. del T.)

⁹⁶ La deuda a plazos en los Estados Unidos se estimaba en mil millones de dólares en 1920, en tres mil millones de dólares en 1929 y en cuarenta mil millones de dólares en 1960. (Encyclopaedia Britannica.)

teoría monetaria moderna a sus últimas y lógicas consecuencias... Ellos dicen que obtendrán un mayor poder de compra sin recurrir a la fatal caída del nivel general de precios mediante la expansión del crédito, igual que cuando se producen más bienes. Mr. Brand, el conocido banquero y economista, dijo en el curso de nuestra reciente controversia en *The Times* ⁹⁷: "Cuando crece la riqueza general de la sociedad, su poder adquisitivo, representando por el dinero en circulación y los depósitos bancarios, podrá, mediante un sistema fiduciario adecuado, aumentar proporcionalmente, de modo que evite la caída de los precios".

»Cuando se han producido bienes, hay suficiente capacidad monetaria para comprarlos, y, en consecuencia, no se producirá una caída en el nivel de precios, a menos que adoptemos la teoría cuantitativa del dinero que es generalmente aceptada. Pero nosotros contestamos que no se producirán bienes a menos que los fabricantes vean mercados capaces de absorberlos. El desempleo sobrevendrá porque la industria está sin mercados asegurados. La demanda debe preceder a la oferta. Nuestros reformadores monetarios ponen el carro delante del caballo cuando dicen que los bienes hay que producirlos antes de que haya sido creado el poder adquisitivo para comprarlos. Los banqueros modernos como Mr. Brand dicen, en efecto, a la industria: "Produce más bienes y entonces nosotros expandiremos el crédito". La industria dice a los banqueros: "Enseñadnos primero un mercado y entonces producirémos bienes".

»Nos separamos definitivamente de esos reformadores monetarios cuando abogamos por unos Bancos del Estado que utilicen, audaz y vigorosamente, el crédito nacional. Proponemos expandir primero el crédito al objeto de crear demanda. Por supuesto, esa demanda deberá coincidir con una mayor oferta de bienes. Aquí es donde debe entrar nuestra planificación socialista. Debemos calcular cuántos bienes y cuáles satisfarán la demanda. Si mediante una planificación socialista podemos asegurar una mayor oferta de bienes que corresponda a la mayor oferta de dinero, no podrá haber ni inflación ni alza de precios. Por otra parte, la nueva demanda habrá movilizad los servicios de hombres y máquinas, que ahora están ociosos, por tener que producir en vistas a la satisfacción de comodidades...

»El principio esencial para obtener cualquier éxito en la planificación socialista es comprobar que el nuevo dinero llega adonde debe llegar...

»El método normal que utilizan nuestros banqueros cuando desean expandir el crédito es también un incentivo que, en este caso, conduce directamente a un resultado inflacionario. El método consiste en bajar el tipo de interés y permitir que cualquiera que pueda dar unas garantías razonables y obtener beneficios tome dinero prestado. El descenso normal del tipo de interés no significa en sí mismo una expansión del crédito. Opera mediante un estímulo a solicitar préstamos, y eso anima al tipo de prestatarios menos deseable. La mayoría de los créditos caen en manos de los especuladores y los nuevos ricos. El nuevo dinero es entonces empleado para fines definitivamente antisociales y de ellos surgen precisamente esos riesgos de inflación que nuestros reformadores monetarios tanto deploran y que algunos de ellos tienen la audacia de imputar a nuestras proposiciones.

»Nosotros proponemos, de hecho, expandir el crédito de una manera nueva, científica y socialista; dirigir nuestra nueva emisión de dinero al lugar donde sea más necesario, allí donde pueda ser utilizado con mayores ventajas sociales y económicas. Como socialistas, elegimos como lugares de expansión del crédito las áreas más necesitadas por su pobreza ⁹⁸ y proponemos emitir nuestro dinero con la idea puesta en el crédito consumidor. Estos créditos son una medida de emergencia para romper el círculo vicioso de la miseria y el desempleo. El supuesto de que este tipo de créditos no dejarán espacio para los créditos al productor es, naturalmente, una tergiversación absurda del plan. Naturalmente, los créditos al productor también serán necesarios para asegurar la producción de los bienes precisos para satisfacer la demanda que se creará a partir de los créditos al consumidor. Los créditos al consumidor son un expediente especial en tiempos de estancamiento industrial y colapso económico para estimular la demanda efectiva y revitalizar el mecanismo de producción aletargado.

»Proponemos constituir un Consejo Económico investido con poderes estatutarios. La misión de este Consejo será estimar la diferencia entre la producción actual del país y su capacidad productiva y planificar las etapas a través de las cuales esa producción potencial puede ser alcanzada a base de fomentar la demanda de las clases trabajadoras. La preocupación constante del Consejo Económico debe ser asegurar que no aumente excesivamente esa demanda y provoque un alza de precios.

»Es evidente que el nuevo dinero debe ser puesto en circulación gradualmente y que hay que dar tiempo a la industria para que pueda responder a la nueva demanda... El Consejo seguiría su camino gradualmente hasta alcanzar el máximo de producción...

»Cuando esté a punto de conseguirle el máximo de producción, no debe ser puesto en circulación más dinero para evitar que surja la inflación. Debe fijarse un límite en el que los gastos del Estado sean

⁹⁷ Mr. Brand fue por aquel entonces uno de los banqueros que se había convertido virtualmente en un keynesiano. Las fechas de la controversia fueron los días 17, 20, 22 y 28 de abril de 1925.

⁹⁸ Al parecer, es la primera iniciativa para una acción regional.

compensados por los impuestos. Sobre estas bases, la industria prospera, produciendo a pleno rendimiento. En ese momento, debe cargar ya sobre sus hombros con todos los gastos, sin recibir ayuda por parte del crédito del Estado.

»Déjenme ahora analizar el funcionamiento mediante el cual nuestro Consejo Económico dirigiría la operación de crear una demanda saludable en el seno de las clases trabajadoras al objeto de reanimar nuestra aletargada capacidad de producción. Se presentan dos métodos alternativos.»

Yo expresé mi preferencia por el siguiente: «El Consejo Económico fijaría periódicamente los salarios que las empresas individuales o los ramos de producción tendrían que pagar. Los Bancos del Estado abrirían entonces grandes créditos para facilitar el pago de esos salarios hasta que el Consejo Económico decidiese que la industria podría hacer frente a sus propias nóminas a partir de su creciente prosperidad. Entonces ya no se daría ningún crédito adicional para el pago de salarios.

»No puede presentarse el problema de que unas empresas sean favorecidas en perjuicio de otras por la apertura de este tipo de créditos. Su nómina actual permanecería igual y su posición competitiva sería preservada... Los créditos concedidos deberían destinarse sólo como ayuda para el pago de salarios, de ningún modo podrían utilizarse como subsidio a la industria... Los salarios podrían ser elevados en los procesos de producción más rentables cuando esa producción aumente simultáneamente con un mayor empleo en las industrias menos rentables y peor pagadas.»

Esta política iba acompañada de un considerable grado de planificación socialista, que se reflejaba en la creación de juntas de importación y otras medidas, de las que yo no era autor. Quienes preconizaron ese método fueron dos distinguidos funcionarios civiles de la Primera Guerra Mundial — E. F. Wise y E. M. H. Lloyd— que, en el último período, estuvieron muy asociados con nosotros.

No es posible aquí dar más que un resumen inconexo y crudo de unas proposiciones que ya eran suficientemente crudas de por sí. Sin embargo, contenían inter alia una idea válida todavía para una deflación efectiva en el seno de una economía dirigida. Esta consideración de poner en circulación el dinero previamente, tal vez puede evitar los peligros de la inflación y el subsiguiente colapso inherentes al actual sistema de compras a plazos; todavía tiene alguna aplicación. Hay que recordar que toda esta concepción de creación de un poder de compra para despertar la producción fue rechazada en aquel tiempo; incluso Keynes, siguiendo las líneas generales de una teoría cuantitativa, no fue más allá de reclamar una oferta de crédito adecuada para prevenir una caída en el nivel de precios; unos créditos que sólo estarían al alcance de los industriales y prestatarios en general a través de un mecanismo bancario normal. Mucho más tarde vinieron las ventas a plazos en gran escala, como un esporádico y casi convulsivo esfuerzo de un sistema decadente para abastecer un mercado que el poder adquisitivo normal del pueblo no podía sostener. Sin embargo, hasta hoy no se ha hecho ningún esfuerzo para prevenir los peligros de un aumento del crédito sin plan previo, mientras que las proposiciones de Birmingham lo preveían. Puede llegar un momento en que el sistema de compras a plazos se derrumbe como un castillo de naipes; eso puede ser el primer síntoma de una crisis definitiva.

Estas proposiciones, comparadas con la política laborista de aquel tiempo, es evidente que supusieron un paso sustancial hacia la «inevitabilidad del gradualismo», como lo llamó Webb. Constituían un plan revolucionario para actuar sobre todos los aspectos de la vida nacional, y eran completamente opuestas a las concepciones anteriores del Partido Laborista, según las cuales las industrias desarrolladas, en cuanto estuvieran maduras, deberían ser nacionalizadas una a una o, como yo expuse más tarde, indemnizando a los capitalistas por sus industrias, para nacionalizarlas, cuando éstas se hiciesen gravosas.

Este aspecto estaba completamente claro para mí cuando dije al presentar las proposiciones de Birmingham: «No podemos decir, en la situación actual, después de cien años de socialismo evolutivo en todo el mundo, que los obreros hambrientos de hoy no tienen por qué preocuparse, ya que sus nietos vivirán en el milenio». Sin embargo, debo admitir que esas tesis eran en algunos aspectos tan crudas como revolucionarias, y es que estaban hechas pensando más en un sector que en los intereses nacionales. Mi pensamiento actual, más avanzado y sofisticado, aspira a servir a toda la nación más que a un sector o facción, y hoy condenaría esas tesis como un esfuerzo elemental, propio de un cerebro inmaduro. En algunos aspectos eran superficiales y se dejaban llevar por la pasión social y los ímpetus juveniles, pero incluso los críticos llenos de prejuicios deben reconocer que había en ellas una cierta dosis de pensamiento creador y de anticipación al futuro, y, desde luego, una aproximación más científica que los últimos parches sociales a los peligros y problemas que, en aquel tiempo, sólo nosotros preveíamos.

Mi discurso de presentación de las proposiciones de Birmingham en agosto de 1925 concluía con un análisis de la política de Mr. Churchill de vuelta al patrón oro, y aportaba algo a la teoría keynesiana. Previendo el desastroso efecto que esta política tendría en la industria minera (que condujo nueve meses después a la huelga general), el discurso atacaba con fuerza el intento de Mr. Churchill de «basar este patrón oro en la paridad con el dólar de preguerra. Este intento ha supuesto la política de deflación drástica que desde la guerra ha aumentado enormemente la deuda nacional, y ha beneficiado proporcionalmente a todos los rentistas ociosos a expensas de los trabajadores manuales o intelectuales en la industria productiva... Encarado con la

alternativa de decir adiós al patrón oro y, de este modo, a su propio empleo, o decir adiós al empleo de los demás, Mr. Churchill ha elegido el último camino».

Esto era una alusión al retorno reciente de Mr. Churchill al seno del Partido Conservador como canceller del Exchequer ⁹⁹, que le situó en una posición difícil para negarse a volver al patrón oro y para cambiar la perspectiva del Tesoro y de la City de Londres.

Yo continuaba así: «Siguió una ulterior fase de deflación, y el resultado queda perfectamente reflejado en las cifras de desempleo, tal como nosotros pronosticamos», y entonces cité a Keynes diciendo que en esta ocasión él estimaba que «la maniobra conservadora de revaluar la libra ha producido unos beneficios a los rentistas del orden de £ 1.000.000.000 y ha aumentado la riqueza real de los poseedores de bonos de guerra en £ 750.000.000, sumas que destruyen por completo nuestros esfuerzos laboriosos por enjugar las deudas de la guerra». Después añadí mi propio análisis sobre la churchilliana «defensa de esta política, que según él guarda la misma relación con los salarios y el desempleo que con el Gulj Stream». Esta frase, ahora ya histórica, se sitúa al mismo nivel que la pregunta que hizo su padre: «¿Qué son esos malditos puntos?», cuando se enfrentó por primera vez con el misterioso sistema métrico decimal; son las dos observaciones más notables que hayan salido nunca del Tesoro a través de dos cancilleres del Exchequer. A pesar de los años transcurridos, padre e hijo eran iguales en su monumental ignorancia.

Sin embargo, mi discurso ignoró el hecho evidente de que la política estaba en aquellos tiempos en manos de amateurs, y seguía exponiendo con detalle el efecto de las proposiciones de Birmingham sobre el comercio exterior. El argumento demostraba un agudo conocimiento del efecto deprimente que tendría sobre las exportaciones una determinación artificial del tipo de cambio, y el efecto estimulante que tenía, en cambio, una devaluación acompañada de una acción planificada para prevenir el alza correspondiente en el nivel de los precios en el interior del país; estos puntos no fueron generalmente comprendidos hasta un período muy posterior. Se proponía un planning nacional basado en una combinación de política monetaria e intervención directa a gran escala, dejando toda la industria abierta al estímulo de la empresa privada (mientras ésta sirviese a los intereses nacionales), que reaccionaría favorablemente ante un amplio mercado nacional y unas mayores facilidades de exportación. Esta política suponía un cambio fundamental del viejo concepto socialista de una burocracia parásita que se apropia de un puñado de industrias mediante una nacionalización paso a paso.

En el mismo discurso sugerí ya un tipo de cambio distinto combinado con algunas de las medidas intervencionistas ya descritas, razonando sus ventajas en un pasaje que tiene una considerable aplicación en la situación actual de Inglaterra ¹⁰⁰. «Si nosotros fracasamos en el intento de encontrar mercados para nuestras exportaciones y continuamos recibiendo más importaciones, el tipo de cambio tendría que depreciarse. Si entonces nuestras medidas consiguen evitar un alza en los precios interiores, las importaciones quedarían automáticamente frenadas y las exportaciones serían estimuladas en la forma ya descrita. Entonces, la balanza comercial tendería a equilibrarse a sí misma a través del automático y justificado movimiento del cambio, que ahora, paradójicamente, es el único objeto de intervención estatal, aunque muy poco beneficiosa ¹⁰¹.

»Si a pesar de esto la situación no se arreglara, la industria encontraría un incentivo mayor en producir para el mercado interior que para el exterior. Entonces tendría lugar una transferencia de la maquinaria y la mano de obra destinadas a abastecer el mercado exterior con la producción destinada al mercado interior. (En cualquier caso, algunas de tales transferencias serán necesarias probablemente en un futuro no muy lejano). De esta manera, la nueva demanda quedaría satisfecha, no por la producción extranjera, sino por la producción nacional para las necesidades nacionales.

»Este proceso podía ir muy lejos sin ningún peligro para las importaciones de alimentos y materias primas. Porque no es cierto que todas nuestras importaciones actuales sean de alimentos y materias primas. Nosotros importamos al año artículos completamente manufacturados por valor de £ 300.000.000, muchos de los cuales pueden ser fabricados en casa. Nuestras necesidades esenciales pueden comprarse por un valor mucho menor que el que representan las exportaciones que actualmente se dirigen a fuera. Se producirá una reacción natural por parte de las burdas falacias del proteccionismo que se ha convertido en un fetiche que adora las actuales dimensiones de nuestro comercio exterior, porque cree que debemos exportar para poder importar ciertos artículos necesarios que no pueden ser producidos en casa.» Yo concluí diciendo que aquéllos eran «algunos de los fantasmas consagrados con los que la alta finanza se empeña en asustar» a todos los reformadores.

En aquel tiempo me acompañaba un grupo de hombres jóvenes, entre los cuales, a los que recuerdo mejor son John Strachey, Alian Young y Sydney Barnet Potter, que estuvieron conmigo en Birmingham. Ya he

⁹⁹ Similar a ministro de Hacienda. (N. del T.)

¹⁰⁰ «En buena medida yo mismo soy un fluctuante» (Mr. Harold Wincott, Financial Times, 7 de mayo de 1968), comentando el experimento canadiense. Mr. Reginald Maudling habló de un tipo de cambio fluctuante cuando era Canciller conservador del Exchequer en 1967.

¹⁰¹ Yo había expuesto previamente: «El tipo de cambio no es el cuerpo de la industria, pero sí es el termómetro que registra las condiciones de ese cuerpo. Los conservadores han colgado triunfalmente el termómetro, mientras todo lo demás fluye hacia el caos. Ellos gritan: "Esto es estabilidad y salud", cuando en realidad han destrozado el instrumento que registra el estado del cuerpo industrial».

señalado que la parte de las proposiciones que no eran de mi propia cosecha (sobre todo el sistema de la Junta de Control de Importaciones) fue obra de E. F. Wise y de E. M. H. Lloyd, que eran compañeros muy próximos, aunque no perteneciesen al grupo de Birmingham. John Strachey se presentó conmigo como candidato para la Astow División de Birmingham, y ganó en las elecciones de 1929. Le conocí poco antes de las elecciones de 1924 y le sugerí que se presentase. Fue mi ayudante principal en la redacción de las proposiciones de Birmingham, y poseía una de las inteligencias más analíticas y críticas que jamás he conocido: sus escritos posteriores sobre Marx dieron a conocer su pensamiento y sus métodos de trabajo a un público mucho más amplio. En esencia, su mente era mucho más analítica que creadora; en su primera obra describía mis ideas, y en su obra posterior describía las ideas de Marx y de los neomarxistas, pero no creo que en ninguno de los dos casos añadiese ninguna invención sustancial. Su excelente libro sobre las proposiciones de Birmingham se titulaba *Revolution by Reason*¹⁰², que era el nombre que yo había dado al panfleto que resumía mi estudio en la escuela de verano del I. L. P. en agosto de 1925; era una exposición lúcida y admirable. Cada paso del desarrollo de mi pensamiento lo discutía con él (tanto en Inglaterra como en los viajes que hice a Francia e Italia), y me ayudó, mucho más que cualquier otro compañero, en la lenta evolución de mis ideas, aportando la claridad y agudeza características de su inteligencia de primera fila.

En América, en el invierno de 1925-26, me enfrenté con una situación que provocó un nuevo viraje en mis ideas. Hasta entonces, mis planes se habían proyectado a estructurar una economía aislada en un mundo altamente competitivo. La esencia de las propuestas de Birmingham había sido idear un método más científico de expansión del crédito que asegurase la plena producción para abastecer un próspero mercado interior — estimulado con una nueva demanda por parte de los sectores más necesitados —. Según las proposiciones, las relaciones con el mercado exterior tenían que ser protegidas mediante un tipo de cambio variable, y dirigido a adquirir un volumen de artículos alimenticios y materias primas similar al de tiempos de guerra, que apuntaba, no sólo a comprar ventajosamente, sino también a fortalecer nuestras exportaciones. La compra selectiva del mayor cliente del mundo podía exigir toda clase de *quid pro quo* en otros mercados; esto representaría una posición de fuerza que haría bajar las barreras y abriría las puertas a nuestro comercio de exportación. En una palabra, el plan, en su conjunto, preveía una economía aislada luchando por el mundo, como ocurre hoy todavía en los mercados británicos.

En América, mi viaje por las regiones industriales me abrió los ojos a los nuevos métodos, a las nuevas tendencias y realidades económicas que entonces todavía estaban en su infancia. Vi funcionar las fuerzas que más tarde acabarían por destruir nuestra economía aislada, a menos que nos preparásemos para incorporarnos a una unidad económica mayor. La inmensa potencia productiva de la industria americana inundaría cualquier mercado, a menos que se tomasen medidas por encima de las ideas del Congreso o de la ortodoxia vigente; aquella economía barrería todos nuestros mercados y ahogaría nuestro combativo comercio de exportación. La racionalización de la industria permitiría que la mano de obra atrasada pudiese ser utilizada en procesos simplificados en cadenas de producción, y esto permitiría un desarrollo de las áreas atrasadas del mundo que eran explotadas por los países avanzados. Sin embargo, el desarrollo posterior de la automatización — ya incipiente — preludiaba otra visión de la revolución industrial, avanzando en la restauración de la balanza, pero esta vez a favor de los países avanzados en perjuicio de las áreas atrasadas en el momento en que la automatización remplazase a la racionalización. Ante tal perspectiva de una dependencia completa de los mercados del mundo con respecto a la nueva potencia económica, una economía libre y aislada no tendría ningún futuro, por muy ingeniosas que fueran las manos que la dirigiesen. Por primera vez, sugirió en mí la idea de una gran unidad económica en la que fuese viable conseguir una relativa independencia, y, como dije entonces, fuese capaz de «aislarse» de los «factores exteriores»; estos factores fueron la causa de las caídas de los sucesivos gobiernos británicos, como ellos mismos reconocieron. Ya no bastaba estar en una isla: sólo podríamos vivir siendo grandes. La respuesta era el Imperio o Europa, y yo entonces dije que ambas cosas. Entre 1925 y 1929 viajé desde Birmingham a un mundo nuevo en busca de ideas. América me las había proporcionado. Nunca olvidaré esa deuda.

Antes de referirme a los elogios que mis trabajos de aquel tiempo han suscitado entre algunas opiniones autorizadas, definiré mi posición para contrastarla con la interpretación que se ha hecho de ella. El lector podrá pensar muy justamente que es inmodesto, impropio y muy poco inglés por mi parte el citar alabanzas sobre mí mismo en algunos pasajes de este libro; normalmente, yo estaría de acuerdo con el lector. Pero, en mi caso, me atrevo a pedir, antes de que se me condene por este método de réplica, que se considere la forma en que he sido atacado; esto es absolutamente necesario en mis circunstancias para equilibrar la balanza. Tal vez, también sea aleccionador para el futuro, que algo que más tarde es aplaudido, haya sido atacado previamente con una completa falta de información; en este caso, esos ataques sólo serían una estúpida y destructiva injuria al tiempo. Antes de presentar el veredicto de otros, puede ser correcto que yo intente valorar mi trabajo y analizar los ingredientes de cualquier mérito que posea. Espero, de nuevo, que se me perdone por ser completamente franco, sin ninguna falsa modestia, siguiendo una tradición inglesa muy normal y creo que incluso valiosa. Espero también verme libre de cualquier exageración, propia de los caracteres jactanciosos, que

¹⁰² La Revolución por la Razón. (N. del T.)

también repugnan, justamente, al hombre inglés. Mantenerse en equilibrio entre una timidez embrutecida y un ansia de vanagloria resulta siempre difícil.

Mis programas políticos fueron el producto, en primer lugar, de mi propia capacidad creadora; en segundo lugar, del rápido reconocimiento del valor que tenían mis nuevas ideas por parte de otras personas que sintetizaron sus ideas con las mías; en tercer lugar, de mi paso por el Gobierno y mi dinámica capacidad para pasar a la acción; en cuarto lugar, de un paciente pero firme esfuerzo por asegurar un trabajo de equipo y obtener de cada cual su mejor contribución. La capacidad de creación y de síntesis son dos cualidades esenciales, y es difícil juzgar cuál de ellas es más importante. A veces me siento más inclinado a reconocer, como Aristóteles, que el mayor mérito está en la habilidad para ver la interconexión entre los fenómenos, que, en genera], no está al descubierto; esto es, precisamente, el proceso de síntesis. Para un estadista, la capacidad de síntesis (tomar ideas y unir las en un todo armónico de acción eficaz) es algo aún más importante que el pensamiento creador; al menos, esto parece un argumento plausible.

Pero las cualidades de creación y de síntesis no son de ningún modo antitéticas, por el contrario, hay que combinarlas; añadamos a ello dinamismo y obtendremos en el momento adecuado la acción política que un país o un continente necesitan.

El conocido procedimiento de negar crédito a la obra de un hombre resulta difícil en mi caso, porque mi pensamiento creador ha sido asistido en diferentes ocasiones por equipos completamente distintos. Por tanto, me basta sólo con contrastar la actual valoración de mi obra con el tratamiento que recibió en su día. Nuestro pensamiento era serio, y dedicamos nuestras vidas en los años veinte a defendernos de los frívolos ataques que se lanzaban contra nosotros; ideas y hechos eran recibidos con idéntica imbecilidad. Cuando se recibe con estridentes chillidos de niños cretinos cualquier esfuerzo serio, hay que pensar que el país se encamina hacia situaciones críticas, y hoy las tenemos ya encima. La tontería de una época puede producir el desastre de la siguiente, y ahora que estamos cerca del desastre, puede ser interesante, y posiblemente instructivo, no ver sólo lo que estábamos intentando hacer, sino determinar también las fuerzas dominantes que impidieron que se hiciese algo en la práctica. Las describí en algunos discursos de la época, pronunciados en varias tribunas, como el Rey Banco y el Señor de las finanzas de la Prensa.

Las citas que siguen a continuación marcan el contraste entre el reconocimiento actual y el tratamiento que se hizo en el pasado. Relatan más la segunda fase de mis ideas constructivas, y mi posterior discurso de dimisión, que las proposiciones de Birmingham, que es el tema que consideramos en este capítulo. En 1929 disfruté de las ventajas de mis experiencias americanas y de mi trabajo como ministro, con la ayuda del Servicio Diplomático. Mi política estaba más desarrollada en las últimas fechas que cuando presenté las proposiciones de Birmingham .

A. P. J. Taylor en su *English History* ¹⁰³ (1914-45) escribió sobre mí: «Sus proposiciones eran más creadoras que las de Lloyd George y ofrecían una anticipación de lo que ha sido la economía política actual. Es imposible decir de dónde ha sacado Mosley sus ideas. Quizá las ha inventado él solo. Si es así, constituyen un logro sorprendente y evidencian un talento excepcional que, más tarde, acabaría desperdiciándose». R. H. S. Crossman, cuando era presidente del Partido Laborista y aún no tenía altas responsabilidades en el Gobierno y, por tanto, su talento aún no estaba domesticado, escribió sobre mí en el *New Statesman* ¹⁰⁴ el 27 de octubre de 1961: «Mosley, el más sobresaliente político de su generación, fue despreciado por Whitehall, Fleet Street y por todos los dirigentes de partidos de Westminster simplemente porque tenía razón. Mosley estaba dispuesto a apartarse de la ortodoxia de los políticos democráticos y romper con los banqueros de la alta finanza para acabar con el desempleo. Este brillante manifiesto keynesiano se adelantó toda una generación al pensamiento de nuestros laboristas». Otras muchas personalidades estuvieron de acuerdo con este punto de vista y en el momento que escribo este libro, una nueva generación, sorprendida por el estrecho paralelismo que hay entre la política de 1930 y la de hoy, ha aceptado esta tesis. Por ejemplo, el *Blackwood Magazine*, que durante tanto tiempo representó las opiniones inmovilistas y tradicionales, escribió en enero de 1967: «El genio de Mosley se elevó y cayó como un cohete por una de las razones más tristes: sus ideas se adelantaron una generación... Sus ideas económicas son ahora aceptadas casi universalmente». Los aspectos prácticos y pragmáticos de mi obra en la década de 1920-30 fueron reconocidos por Mr. Harold Wincott, que escribió el 21 de enero de 1968 en el *Financial Times*: «Incluso los que hemos vivido aquellos años nos maravillamos releyendo los libros de historia económica, las biografías y autobiografías, comparándolos con las estupideces que en la práctica fueron perpetradas. Sólo nos queda el consuelo de pensar que, si hubiésemos estado en posiciones de autoridad e influencia, hubiéramos prestado nuestro apoyo al pequeño pero bien preparado grupo de hombres que entonces tenían las ideas claras: Keynes, Oswald Mosley y Lloyd George, por ejemplo».

En los años veinte, todavía la realización de estas ideas hubiese sido posible mediante la combinación de los partidos y las masas populares, de la teoría y la práctica, que hubiese podido evitar los problemas actuales. En aquel período era imposible fuera del Parlamento o de algunas conferencias del partido, conseguir discutir

¹⁰³ Historia de Inglaterra. (N. del T.)

¹⁰⁴ El Nuevo Estadista. (N. del T.)

seriamente cualquier tema excepto en las asambleas de masas que yo presidía por todo el país; pero, si bien el entusiasmo popular proporciona los resortes necesarios para impulsar las ideas, no es, claro está, el laboratorio adecuado para una exposición detallada. El aparato de los dos grandes partidos estaba en manos de elementos conservadores que vivían anclados en el pasado, y rechazaban las ideas modernas que, en general, eran incapaces de comprender, incluso aunque hubiesen hecho algún esfuerzo.

Los periódicos nacionales de la época fueron los instrumentos principales de formación de la opinión pública, y estaban completamente en manos de los magnates de la prensa, que también eran los amos de gran parte de los negocios de las finanzas, pero que resultaban demasiado ignorantes para la política seria. El apoyo a cualquier idea nueva dependía más de sus caprichos y predilecciones, de sus gustos y aversiones personales, que volcaban arbitrariamente, que de cualquier comprensión sobre los problemas nacionales o sobre el sentido de responsabilidad. Su dueño dorado consistía en formar gobiernos con sus compinches, del mismo modo que los hombres organizan sus clubs, no como partidos serios basados en unas ideas nuevas y un camino claro. Para hacer cualquier cosa con ellos había que convertirse en un compinche, y así lo hice yo, a un nivel superior. El juego consistía en sacar a relucir todos los trapitos personales, porque era lo que más le importaba a la prensa. La consigna era mantenerla atontada, pero, si la situación se agravaba, había que tratarla duramente.

Una gran ventaja del período actual es que la prensa ha mejorado mucho, debido a que está dirigida por auténticos hombres de negocios. Está ganando terreno la idea de que la prensa debe vender noticias auténticas del mismo modo que otros industriales deben vender buen género. En un gran sector de la prensa, tergiversar noticias se está convirtiendo en una cosa del pasado. Un cierto sentido de la responsabilidad ante el público está sustituyendo la mezquindad del interés y el fácil prestigio personales. Hay un intento serio de presentar las noticias imparcialmente, incluso de proteger un cierto derecho de réplica. Ésta es una de las pocas cosas que han experimentado una evolución con resultados beneficiosos en Gran Bretaña en la época moderna.

Conforme a mis experiencias personales, no puedo decir lo mismo de la televisión. Es realmente grotesco que una institución establecida a nivel nacional pueda atacar continuamente a individuos durante un largo período de tiempo sin que se les conceda ningún derecho de réplica. Puede llegar a constituir un peligro nacional el que, en un período de crisis, la opinión pública se vea desorientada continuamente por la estupidez sistemática: lo que fue un capricho de los dueños de la prensa, se ha convertido ahora en el sistema oficial empleada en la televisión. Fomentar la tontería y no dejar pensar; ésa es la regla general. Cuando hay alguna polémica ideológica, siempre se halla limitada a una ortodoxia decadente bien notoria. El lector me perdonará, si, al poner un ejemplo moderno, cito mi propio caso como el de un hombre que, en la esfera económica, está ahora, después de la última crisis, generalmente reconocido, pero al que nunca, hasta el momento en que escribe este libro, la B.B.C. ha permitido dar su opinión sobre la presente crisis en un espacio de televisión.

El método del Señor de las finanzas de la Prensa en los años veinte consistía en publicarlo todo sobre nosotros, salvo nuestra actividad seria y nuestras ideas constructivas. Nuestros breves viajes al extranjero durante este período era una fuente continua de conflictos con la prensa. Las visitas cortas a París las ignoraba; pasábamos el tiempo en casas particulares, donde, por cierto, cultivé amistades que han sido para mí un motivo de felicidad a lo largo de toda mi vida. Pero en verano solíamos ir al sur de Francia o de Italia, para pasar unas vacaciones de un mes, que creíamos bien ganadas después de un año de trabajo duro en el Parlamento, alternado con los continuos mítines del partido en los fines de semana y los largos viajes de otoño para pronunciar discursos. Sin embargo, las vacaciones se consideraban como una grave ofensa. La prensa adoptó entonces el punto de vista de que nadie que fuese socialista podía pasarlo bien. A lo largo de nuestras vacaciones, se nos perseguía para machacarnos con lo malo que era tener vacaciones. Un incidente ridículo y significativo del tratamiento que nos daba la prensa fue un deporte de mar que solíamos practicar, predecesor del moderno esquí acuático; no era el viejo *aqua plane*, sino una tabla suelta, similar a la moderna tabla del surf, atada con una cuerda a la motora, que se sujetaba con la mano para poder hacer muchas maniobras. Esto fue un reclamo para la prensa; los periodistas nos perseguían en sus motoras para hacer fotos a los «ricos socialistas» en funciones, fotos que, después, publicaban con comentarios capciosos, como si nos pasásemos la vida sin hacer otra cosa.

Podían pasar sin mencionarse los mítines más grandes del país, los discursos que enfervorizaban a la Cámara de los Comunes, los programas políticos que en la generación siguiente se citarían como los que habían ofrecido una solución auténtica a los problemas contemporáneos, pero cada vez que mi espalda rozaba las aguas azuladas del Mediterráneo tenía asegurado un titular de periódico o una fotografía. El Señor de las finanzas de la Prensa dominaba y nutría a la gente con la droga de la ñoñería que hoy es un motivo de hastío en las continuas crisis económicas. Es cierto que hoy las estrellas de cine sufren el mismo tratamiento, pero la diferencia está en que nosotros teníamos cosas serias que decir, y las estrellas no; nuestra preocupación era el país, y la suya la taquilla.

El ataque a los «socialistas ricos» se convirtió pronto en la principal mercancía almacenada en la prensa y en el partido, y afectó a todos los aspectos de nuestra vida. Bernard Shaw dirigió un fuerte contraataque a nuestro favor; su artículo titulado *The Yahoos* era una obra de arte dialéctico. Empezamos la batalla y los «socialistas ricos» defendimos bien nuestras posiciones, aunque los tories no se dieron cuenta hasta que llegó

el momento de votar. Nuestro tema favorito fue la contradicción que había en sus ideas, entre el cristianismo y el socialismo; nos preguntamos cómo puede ser que gente que alardea a menudo de sus opiniones religiosas en la lucha política, no habían aún obedecido el mandamiento: «Ve, y vende lo que tengas y dáselo a los pobres». Nuestra proposición no era hacer pobre a todo el mundo, sino, por medio de una organización adecuada de la sociedad, hacer de cada cual un hombre razonablemente acomodado. Para cortar el paso al gallo de pelea del mundo capitalista, lo primero era no colocarnos debajo de él. Por eso, yo decidí firmemente conservar el dinero suficiente para actuar con independencia, y mantener la salud y las energías, sin las cuales no podría ser útil a nadie.

Los tories pensaron que su ataque a los «socialistas ricos» podían ser un triunfo real, en una situación muy distinta a la actual sociedad opulenta, donde raramente existe semejante ralea. Cuando quedó vacante el vecino distrito electoral de Ladywood, en Birmingham, y yo fui invitado a presentarme, los Smethwick recurrieron a la única salida que les quedaba en las elecciones de 1926. Su argumentación consistió en decir que yo había dejado mi «Rolls-Royce» en las afueras de Birmingham y que tomé un «Ford» para entrar en la ciudad, y que Cimmie se cambió su vestido de lentejuelas por otro más adecuado. Esta historia dejó a Cimmie perpleja, hasta que se acordó que una vez apareció en Birmingham con un chal cubierto de pedacitos cristal, comprado en un bazar de la India. De hecho, nos cambiamos, desde luego, nuestros trajes y nos pusimos los que usábamos a diario, y también ocupamos nuestro coche habitual, que era un «Vauxhall». Este asunto fue tan lejos que, cuando Oliver Baldwin (el hijo del primer ministro socialista) vino a ayudarme en mi campaña, y nos encontró comiendo pescado y patatas fritas en una taberna, su jovial pregunta: «¿Dónde está el champaña?», llegó así a los titulares de la mañana siguiente: «Baldwin le pide a Mosley champaña». No obstante, la única consecuencia práctica fue una embarazosa persecución de los periodistas por parte de las Amazonas locales, a pesar de que ninguna se había puesto nunca una camisa negra.

Las elecciones causaron una gran excitación y atrajeron una publicidad considerable. El resultado fue multiplicar por cinco la antigua mayoría del Partido Laborista. Los tories lo hicieron todo mal, cometiendo los mismos errores que otras veces; porque la clase obrera no es tan rencorosa como la clase media. Esto quedó muy claro en el siguiente primero de mayo, cuando se me invitó, como de costumbre, a encabezar el desfile a través de Birmingham organizado por las organizaciones laboristas locales y los sindicatos. Varios miembros del Comité organizador se me acercaron para pedirme que hiciese acto de presencia en mi famoso «Rolls-Royce», porque los muchachos querían demostrar que su líder tenía un coche mejor que el de Chamberlain. Tuve que confesar con tristeza que jamás había poseído semejante obra maestra.

La salud no conoce la envidia. Los tories se equivocaron porque la envidia es una enfermedad, no un síntoma de bienestar. La sana vitalidad puede sentir compasión, pero no envidia de la condición de otros. Afortunadamente, esta vitalidad es todavía una cualidad propia de los trabajadores británicos; conservan su buena naturaleza. No temen a nadie y no envidian a nadie; este carácter perdura y es una de las esperanzas fundamentales del futuro. Los australianos dicen: «Un pez muerto empieza a pudrirse por la cabeza». En Gran Bretaña la podredumbre no ha alcanzado todavía ni ha penetrado en el cuerpo de la nación; una acción, efectuada a tiempo, puede aún impedir el desastre. La mayoría de la gente quiere obtener lo más posible con el menor esfuerzo; esto es una característica de las sociedades construidas sobre ilusiones que facilitan la oportunidad o la tentación. Pero los obreros de nuestro país todavía piensan que no es natural obtener algo por nada, y sienten un profundo desprecio hacia aquellos que buscan semejante tipo de existencia. Ésta es la razón por la cual la revitalización de una sociedad decadente sólo puede iniciarse a partir de la masa de la población.

Marx tenía cierta razón al insistir en una revolución proletaria cuando una sociedad se derrumba a causa de que la clase dirigente está acibillada por la enfermedad del error y la indecisión; en una palabra, cuando se convierte en una clase decadente. Un pueblo lleno de salud puede producir nuevos dirigentes que sustituyan a la *clique*¹⁰⁵ decadente que se ha rendido ante la irresistible tentación de ser indulgente consigo misma, aunque, en la práctica, muchos de los dirigentes de la nueva sociedad surgen siempre de individualidades de la vieja con suficiente carácter para resistir la tentación. Esto es particularmente cierto en Inglaterra, donde una aristocracia muy arraigada ha proporcionado, hasta hoy, la suficiente capacidad de dirección para introducir al menos las reformas necesarias que han impedido los sangrientos cataclismos producidos en otras zonas que carecían de esa dirección en los tiempos de crisis. Este origen tradicional de los whig nunca ha sido bien apreciado por la mentalidad burguesa del tory, que establece en todas las ciudades unas divisiones de clase cerriles. Cuando los restos harapientos de la tradición whig se mofaban de mí, desde las llamativas filas de los tories, acusándome de traicionar a mi clase por haberme puesto del lado del pueblo, afiliándome al Partido Laborista, mi respuesta era simple: Sois vosotros, no yo, quienes traicionáis nuestra auténtica herencia inglesa, al poneros de parte de la reacción y enfrente del pueblo. El conservadurismo me parecía tan alelado del auténtico espíritu británico, como ignorante de la historia de Inglaterra. Esta opinión tal vez fue reforzada por el hecho de que los conservadores nunca acabaron con sus divertidas invenciones acerca de nuestra doble vida. El brillante caricaturista del Birmingham Mail se encargó de hacer la mayoría de ellas. Después de una victoria electoral, me

¹⁰⁵ Camarilla. (N. del T.)

dibujó sosteniendo en una mano las ropas de obrero y en la otra un sombrero de copa y un traje de gala que sacaba de un armario. Tenía el siguiente titular: «Después de las arengas».

Por aquel entonces, la posición del Partido quedó fortalecida en el sector de Birmingham a causa de la Huelga General. Yo estaba convencido, por razones que han sido ya explicadas, de que la política deflacionista del Gobierno conservador era la responsable de la huelga, y estaba decididamente al lado de los obreros, cuyo nivel de vida, en mi opinión, había sido atacado por un gobierno incompetente que pretendía sostener un sistema anticuado y arruinado. Habíamos demostrado ya, con argumentos que no fueron rebatidos, que la deflación y la consiguiente baja de salarios eran simplemente una transferencia gigantesca de las riquezas de aquellos que viven de lo que ganan a aquellos que viven de lo que poseen; ningún estudioso de la economía keynesiana se aventuraría hoy a negar esto. De modo que hice todo lo que pude para apoyar la huelga por todos los medios disponibles, y esto me obligó a pronunciar hasta veinte discursos en un día. A los hombres no les faltó ánimo, pero se aburrían profundamente cuando se encontraron sin tener nada que hacer. Las diversiones actuales no formaban parte de la vida de los obreros en aquella época de mayor miseria, e incluso ahora muchos ricos o pobres no consiguen sentirse felices si se les despoja de su ambiente habitual. Los obreros de Birmingham, en 1926, no tenían a su alcance los libros, la música en el hogar, que es un maravilloso placer de la época actual, unos transportes rápidos para poder pasear por los maravillosos prados de Inglaterra. La Huelga General corría el peligro de derrumbarse por el aburrimiento absoluto, y por esta razón (extraña a los que no comprenden la forma de vida de la gente) yo tuve que hacer veinte discursos al día.

La Huelga General fue cancelada al cabo de nueve días por el Consejo General de los Sindicatos. Ambas partes se equivocaron: el Gobierno por su política estúpida y brutal, y los sindicatos por colocarse en una situación en la que corrían peligro de desafiar a la Constitución y al poder del Estado. Tuvieron razón en cancelarla y confiarse en cambio a una acción política, y no fue un fallo suyo el que más tarde fuesen desbordados por los líderes políticos. Durante este período, trabé amistad con algunos líderes sindicales, por los que siempre he sentido una gran admiración.

A nuestro regreso a Londres, MacDonald se lamentaba de que el descrédito de la Huelga General significaría un terrible retroceso para los laboristas. Nosotros, los hombres jóvenes de Birmingham, estábamos convencidos de lo contrario, y nos propusimos demostrarlo. Nos lanzamos con pasión a la lucha política, y, en el primer ensayo, en una valiente intervención en unas elecciones de Hammersmith, obtuvimos un incremento en la mayoría laborista. Después, llegaron las elecciones de Smethwick y la victoria de nuestros puntos de vista fue completa. Todo esto, de ningún modo me hizo desear la dirección de la burocracia del Partido Laborista. A pesar de todos los esfuerzos de la prensa por predisponer a los obreros en contra mía, en ellos y en algunos de los líderes sindicales fue donde obtuve el apoyo necesario para tirar adelante. Ellos querían acción.

Mis ideas sobre el futuro se formaban rápidamente y yo debí representar cada vez más una grave amenaza para los dirigentes burocráticos del Partido Laborista. Sus móviles, más arraigados en las ideas del siglo XIX que en las necesidades urgentes de las masas populares, que exigían un cambio, fue lo que indujo a Bernard Shaw a escribir: «Tendréis que conocer más a Sir Oswald, antes de que le apoyéis por completo. Sé que sentís aversión hacia él, porque tiene el aspecto de un hombre con cierto coraje físico y que está dispuesto a hacer algo; y eso es lo terrible. Le odiáis instintivamente, porque no sabéis en qué lugar os va a dejar».

11. ROOSEVELT Y LA INDUSTRIA AMERICANA

Fuimos a América en 1926 para estudiar su industria y conocer a sus creadores. Esto era nuestro interés principal. Los políticos americanos eran entonces, para mí, un asunto secundario. Sin embargo, inmediatamente después de nuestra llegada a Nueva York, nos encontramos en medio de los políticos y de la vida social, y fue una experiencia interesante, a pesar de que pronto nos desembarazamos de ellos para proseguir nuestro viaje y poder visitar las industrias. Lo que más nos llamó la atención, en aquellos primeros contactos, fue la gran diferencia que separaba a F. D. Roosevelt de su brillante pariente, Alice Longworth. Se movían en círculos muy distintos, y ella mostraba abiertamente su aversión hacia F. D. R. En muchos aspectos ella era una digna hija de su padre (el anterior presidente Roosevelt) y nos recordó a Lady Violet Bonham-Carter, la hija de Asquith, tanto por su capacidad como por sus prejuicios. F. D. Roosevelt militaba en el Partido opuesto y estaba entonces camino de llegar a ser gobernador de Nueva York como partidario de Al Smith, el atractivo demagogo con fama de Brown Derby.

La invitación para ver a Franklin D. Roosevelt nos llegó como un regalo del cielo, ya que ni le conocíamos ni nadie nos lo presentó; nos escribió a nuestro hotel y nos invitó a su apartamento de Nueva York. El saltarse formalidades e ir derechos al grano es una característica del comportamiento caluroso y hospitalario de los americanos, que no necesitan ser previamente presentados, al estilo europeo. Se ahorra tiempo, y no se pierde nada excepto esa falsa dignidad. Dicho con una frase europea del siglo XVIII, Roosevelt tenía la suficiente dignidad como para poder prescindir un poco de ella.

El encuentro fue a la vez impresionante y extraño. Estaba solo en la habitación con su esposa, sentado en una silla de la que no podía levantarse para saludarnos. Tenía una parálisis completa desde la cintura para abajo, y estaba, desde todos los puntos de vista, en peores condiciones entonces que en los años posteriores en que fue presidente. ¡Qué contraste entre ese hombre magnífico con una cabeza hermosa y un torso poderoso, perfecto como un griego clásico, que irradiaba simpatía a pesar de estar completamente inmovilizado, y aquella mujer extraordinariamente fea, toda nervios y movimiento, con una aureola de bondad, pero sin un pálido reflejo del atractivo que poseía él! ¿Cómo pudieron llegar a unirse dos personas así? Fue el primer enigma con que nos tropezamos en América y siguió siendo un misterio hasta mucho después.

Todo fue muy bien desde el principio, y antes de irnos nos invitó a reunimos con él en su yate, en Florida, para una larga partida de pesca al final de nuestro tour industrial. Aceptamos agradecidos, ya que, aparte de la perspectiva de unas jornadas agradables en su compañía, él nos había advertido lo indicado que era un período de descanso y despreocupación después del esfuerzo de un tour industrial con orquestación de la prensa; aquello era, según él, capaz de agotar la naturaleza de un Hércules. Mistress Roosevelt se excusó, pues tenía otros compromisos en aquellos días, y no la volvimos a ver hasta muchos años más tarde y en circunstancias muy diferentes.

Visitamos a Roosevelt varias veces antes de abandonar Nueva York. Su madre estuvo presente en todas estas entrevistas. En la anciana Mrs. Roosevelt pudimos observar algo de la espléndida belleza que había legado a su hijo. Como él, poseía también una gran simpatía que combinaba con los modales distinguidos de una anfitriona de la vieja escuela. El mismo F. D. R. me recordaba a veces a las grandes anfitrionas de Europa; era igual de solícito con sus invitados, se mostraba activo e imaginativo en el momento de planear los pasatiempos de la partida de pesca. Tenía un gran sentido del humor, que no perdió nunca; siempre se manifestaba activo y lleno de vida; combinaba el dinamismo de América con los buenos modales de Europa. Evidentemente, la vida para él era un paraíso, pero un demonio se había colado en él: la sombra de su dolencia, que oscurecía la luz del sol.

Naturalmente, en aquella ocasión discutimos mucho de política, y también luego, durante la excursión. En realidad, era la única que le interesaba. Era un completo liberal, en el buen sentido de la palabra. Podía sentir compasión (el primer requisito en un estadista de cualquier tendencia) y se preocupaba realmente del pueblo y del sufrimiento humano. También sentía un profundo respeto hacia la libertad y el individuo (otra característica esencial para el estadista). En estos aspectos era muy sensible, incluso emocional. Me pareció que esto, en cierto modo, condicionaba sus posibilidades políticas; apenas tenía una ligera noción sobre las turbulentas ideas creadoras que aparecían entonces por América; yo discutí más tarde esta cuestión con los funcionarios del Federal Reserve Board ¹⁰⁶, recientemente formado, y con los técnicos cualificados de las factorías de producción en serie de las regiones industriales. Estos últimos preveían ya el potencial productivo que enfrentaría posteriormente a los gobernantes con un problema que iba a desbordar todas las teorías económicas anteriores. Roosevelt sabía que estaban ocurriendo aquellas cosas, pero su pensamiento no se centraba demasiado en ellas. Aquellos problemas no le fascinaban, ni mucho menos.

¹⁰⁶ Federal Reserve Board, organismo financiero del Gobierno Federal de los Estados Unidos. (N. del T.)

Roosevelt era un realizador, no un constructor. Esto resultaba evidente ya entonces para cualquier ojo observador, pues su carácter enérgico le convertía inevitablemente en realizador, y las limitaciones de su pensamiento le impedían, con idéntica inevitabilidad, ser un buen constructor. Fue un ejemplo típico de exceso de voluntad y falta de inteligencia; normalmente, cualquier político inglés tiene características opuestas, que le hacen caer en el defecto inverso. Resultaba fácil comprender que actuaría, con rapidez y energía, en cualquier emergencia. Había sido un fogoso subsecretario de la Navy ¹⁰⁷ y había participado de lleno en toda su actividad. Sus antecedentes familiares también tenían una larga tradición de impulso dinámico; todo le conducía a la acción. Sentí hacia él una gran simpatía por aquellas cualidades y por su prisa en remediar los sufrimientos humanos. Un periodista inglés ha escrito recientemente: «No es casualidad que fuera un aristócrata autoritario, Bismarck, el que proporcionó a Alemania sus importantes Leyes de Seguridad Social, de carácter socialista; Roosevelt fue el aristócrata autoritario americano que proporcionó a América su reforma radical del New Deal ¹⁰⁸; y Sir Oswald Mosley fue el aristócrata autoritario británico, entonces ministro laborista, el que estuvo en condiciones de evitar el desempleo en los años treinta mediante la aplicación de medidas genuinamente socialistas» ¹⁰⁹.

¿Cómo es posible que una concepción y un impulso inicial tan similares conduzcan a trayectorias vitales tan distintas? Intentaré hacer un breve análisis de los defectos de Roosevelt, en sus métodos y comportamiento, que, en mi opinión, fueron los que le condujeron después a una catástrofe tan considerable. Roosevelt carecía completamente de ese realismo de última instancia, que es lo único que permite alcanzar una grandeza duradera. Para conseguir la felicidad humana no es suficiente con desear el fin, también es necesario utilizar los medios adecuados, pulsar, con una clara y ordenada secuencia, el pensamiento y la acción. El sentimiento sin claridad de visión puede acabar en un desastre, y de hecho los ardientes impulsos espirituales de Roosevelt supusieron una catástrofe no sólo para el Imperio británico, sino para toda Europa, de la cual ni nosotros, ni la humanidad en general, se ha recuperado todavía. Las injusticias de la vida no se arreglan con limitarse a volver el mundo del revés, a poner arriba lo que hoy está abajo; en realidad, con eso lo único que se consigue es reemplazar la tiranía cortés del viejo orden por la tiranía áspera del comunismo. El liberalismo americano no tenía nada con que sustituir el sistema que destruyó, y hoy tenemos que reconstruir sobre las ruinas que él dejó. Sin embargo, hemos de reconocer con gratitud que los gobiernos americanos posteriores no sólo prestaron a Europa una ayuda material que la salvó, en el período siguiente al desastre, sino que también, con un acto de generosidad único en la historia, quisieron que Europa se alzara como otro gran poder. Lo que ha impedido hasta ahora la unidad europea es la división de los europeos, con toda su secuela de celos y pusilanimidad, y no las inhibiciones americanas. Otros americanos han hecho mucho por remediar la ruina que Roosevelt legó a nuestro continente, más por incapacidad que por malicia. Más adelante volveremos a hablar de su atractiva personalidad y de sus errores políticos.

Nuestra llegada a Nueva York constituyó un ejemplo típico de las bienvenidas calurosas que dispensa siempre América, y ello a pesar de que nosotros éramos miembros del Partido Laborista y partidarios de una política socialista. La primera tarde fuimos invitados a cenar con Mrs. William Randolph Hearst, a quien yo ya conocía de la vida social parisina. Vivía en un amplio apartamento de Nueva York, mientras su marido, el propietario del periódico y publicista, se ocupaba de los intereses de su vasto imperio californiano. Nos dijo que había tenido que improvisar un poco la bienvenida; fue una cena para ochenta personas en un enorme comedor medieval, característico de las reproducciones que hacían los Hearst copiando los modelos europeos. Mientras duró la cena todo fue bien, pero inmediatamente después vino lo embarazoso. Una gran pantalla de cine descendió por una de las altísimas paredes, y, ante nuestro asombro, aparecieron allí, en tamaño colosal, nuestras propias efigies; yo había concedido una entrevista ante las cámaras en el transatlántico, y aquellas escenas fueron filmadas allí, como una de aquellas películas mudas de la época. Era la primera vez que me contemplaba sobre una pantalla y experimenté el mismo shock que la mayoría de la gente en esas circunstancias. Fue una auténtica bofetada ver aquello inmediatamente después de que la cena hubiese concluido.

De todos modos, la velada acabó bien, y fue seguida de una lluvia de amables invitaciones. Entonces, como siempre, me gustaron los americanos. Por supuesto, hay algunos que son repulsivos, pero eso también les ocurre a algunos ingleses y a personas de todas las demás nacionalidades europeas. A todos nos ha pasado que hemos visto y oído a algún bocazas (que probablemente acababa de conseguir algo de dinero en algún negocio turbio) alardeando en algún restaurante francés o italiano para vergüenza de sus compatriotas y deshonor de su país. Siempre me ha parecido absurdo hacer generalizaciones sobre los pueblos europeos, entre los que deben incluirse a los americanos, en lo que se refiere a sus sentimientos, aunque no en lo que respecta al sistema político. En todos los países hay personas a quienes amamos y otras por las que sentimos sentimientos muy distintos; es lo mismo que ocurre con las familias, en las que siempre hay algún miembro al

¹⁰⁷ Navy, nombre abreviado de la United States Navy, Fuerzas Navales de los Estados Unidos. (N. del T.)

¹⁰⁸ New Deal, nombre con el que se conoció el programa gubernamental de Roosevelt, que incluía un conjunto de drásticas medidas económicas y sociales, destinadas a sacar al país del desastre económico que siguió al crac del 29. (N. del T.)

¹⁰⁹ Peregrine Worsthorne, Sunday Telegraph, 1.º de octubre de 1967.

que preferimos sobre los demás. En las relaciones personales, las diferencias no se establecen en función del país de origen, sino en función del carácter de las personas.

Tras un lapso de tiempo tan prolongado, me resulta difícil recordar cuando conocí a los simpáticos amigos americanos de aquel período, si antes, durante o después de aquel primer periplo americano de la primavera de 1926. Algunos eran ya muy conocidos en aquel tiempo, otros se hicieron famosos en fechas muy posteriores. Los Barrymore jugaron un papel importante en nuestra vida durante años, pero los debíamos conocer ya antes del viaje, porque recuerdo que estuvieron con nosotros en los primeros tiempos de nuestro matrimonio en nuestra pequeña villa del pueblecito de Ifold, Sussex, a la que llamábamos nuestra casa de campo. La mayor parte de los recuerdos que conservo de ellos son de París, más que de América. John y Blanche Barrymore fueron muy amigos nuestros; sus hermanos Ethel y Lionel los tratamos muy superficialmente. John y Blanche eran realmente una pareja brillante, tan atractivos como hábiles, en su peculiar estilo. Yo aún sostengo que él representaba a Hamlet mejor que cualquier otro actor. Nadie ha mirado de un modo tan sardónico sus dedos manchados de sangre, mientras los alzaba lentamente uno por uno, después de la escena del duelo. Ninguno ha recitado mejor el trágico e inefable pasaje que acaba con la frase «el descanso es silencio». Es muy triste que la bebida y la agotadora diversidad de sus lances amorosos redujera después a este gran actor y agradable compañero a una parodia de su distinción anterior en sus últimas interpretaciones. Además, su ingenio hubiera podido dar mejores frutos si él hubiese estado dispuesto a correr el riesgo.

La morena y deslumbrante belleza húngara de su esposa Blanche era un marco digno para desarrollar sus extraordinarias cualidades. Antes de escaparse con John, ella había reinado brevemente en la sociedad ortodoxa de Nueva York, y pronto volvió a brillar en otro mundo más amplio, en los dos continentes. Sus relaciones fueron afectuosas pero turbulentas, a causa de sus frecuentes divergencias en muchos puntos de vista. Una vez, yo les dije: «Los dos tenéis la misma profesión, cada uno de vosotros hace lo que quiere, pero intenta impedirle al otro que haga lo mismo; debéis triunfar en lo primero, pero desistir de lo segundo». Tuvieron más problemas cuando ella quiso también representar el papel de Hamlet; no vi su interpretación, pero comprendí que su intención no era otra que superar la de John. A ella le gustaba el papel de hombre joven y romántico, que un l'Aiglon representa en los escenarios o describe en sus poemas en forma de jóvenes griegos que corren por los bosques de Versalles; una combinación que a ella le parecía muy natural. Era una aficionada al arte y una artista auténtica en la vida; combinaba lo mejor de Centro-Europa y América, lo más vital y gracioso de ambas. Murió como vivió, representando un aparatoso show. Los detalles que conozco son de segunda mano, pero, según tengo entendido, su funeral se desarrolló entre una continua música de Wagner. Estas extraordinarias mujeres americanas están en todo; a otro de nuestros amigos se le rogó que no enviara flores a su funeral, porque ella, antes de morir, había planeado un despliegue suntuoso y no quería que le estropearan la combinación de colores.

En estos aspectos América recoge la tradición de los períodos de la historia europea más románticos y llenos de colorido, cuando algunas personas aún tenían el valor de comportarse de un modo extravagante. Blanche Barrymore se hubiera sentido como en casa con algunos hombres y mujeres del Renacimiento, tal vez incluso con los Borgia, en sus períodos más moderados; en algunos caprichos ella incluso los hubiera igualado. Sin embargo, los millonarios americanos acostumbran a mostrar más excentricidad que gusto artístico. Por ejemplo, William Randolph Hearst tiene una propiedad enorme en California en la que sus invitados viven en alojamientos lujosos, separados entre sí por varias millas. Mrs. Hearst nos obsequió siempre en un ambiente muy distinto, tanto en Nueva York como en París. Pero los relatos de su vida siempre me indujeron a pensar que cualquiera de aquellos magnates hubiera podido crear un auténtico paraíso para el cuerpo y el espíritu si hubiesen poseído algo del buen gusto y la vitalidad desplegados por Federico el Grande cuando, en ratos perdidos, se reunía con Voltaire y la élite de Europa en Sans Souci; o también por el Shah Jehan en el fuerte de Delhi, aunque tal vez su vida se inclinó a la voluptuosidad más de lo que requiere el intelecto o aprobarían las sororities ¹¹⁰ de América. Han empezado a surgir hoy algunos casos de hombres americanos muy ricos que saben realmente cómo vivir. Constituyen un pequeño núcleo que enseña al mundo que la buena vida sólo puede estar justificada cuando se ha conseguido la opulencia de América, cuando se han eliminado por completo las zonas en las que prevalece todavía la pobreza y la degradación. La sociedad americana que entonces conocimos se movía entre una imitación bastante torpe de la aristocracia inglesa y la despreocupada bohemia de los artistas. En la primera categoría estaban los Vanderbilt, que nos había presentado Lord Curzon con ocasión de nuestra boda. Vanderbilt se encontraba como en su casa en el milieu de los Curzon en Londres, y en América llevaba un estilo de vida parecido, aunque exagerando bastante la nota. Aguantaron bastante bien el choque que supuso para ellos las ideas socialistas que nosotros habíamos adquirido después de nuestro primer encuentro en Inglaterra. El aspecto más deslumbrante de la vida americana, que después se hizo tan espectacular, y adquirió tanta publicidad, estaba entonces en sus inicios. Colé Porter, un moreno duendecillo que yo me lo imaginaba siempre sentado en una seta, interpretó para nosotros sus canciones en privado, ya que todavía no lo hacía en público. Él y su bella esposa Linda estuvieron presentes más en nuestra vida de París y Venecia que entonces en América. Cuando los volvimos a encontrar en París, fue en las discretas fiestas de

¹¹⁰ Sorority, club de mujeres, generalmente de carácter puritano, de los Estados Unidos. (N. del T.)

Elsa Maxwell, que se desarrollaban sin ningún tipo de publicidad. Ella hacía honor a la leyenda de que procedía de algún cine provinciano, donde tocaba el piano, e interpretaba piezas sencillas pero turbulentas, aunque sus pequeñas fiestas no eran comparables con esa especie de grandes music halls en que todos los participantes despliegan una acrobacia grotesca y superflua. Los Venían Castle flotaron a través de nuestra vida, literalmente flotaron, puesto que eran famosos bailarines profesionales que hechizaron Londres después de haber subyugado a Nueva York. Este mundo alegre y variado nos entretuvo algo en Nueva York pero no más de la cuenta, ya que habíamos ido allí con un propósito muy distinto, para llevar a término una misión política seria.



Ilustración 14. El primer viaje por América del autor en 1926 fue para estudiar la industria y la técnica americana. A su llegada, conoció a F. D. Roosevelt en New York, y posteriormente le acompañó en una partida de pesca por aguas de Florida. Mr. Roosevelt se convertiría en Presidente seis años después. En la fotografía, el autor está con Cynthia y F. D. R.



Ilustración 15. En una mina americana de carbón, en 1926.



Ilustración 16. El Birmingham Rag Market, durante las elecciones generales de 1931, tras la expulsión de los asaltantes y la partida de la mayoría del auditorio. Peter Howard, entonces capitán del equipo inglés de rugby y más tarde líder del Moral Rearmament, está sobre la tribuna (el cuarto contando desde la izquierda). El autor en el centro.



Ilustración 17. «El Ejército privado». El autor y su estado mayor vistiendo el uniforme que, como él diría después, «fue un error». Francis-Hawkins está detrás de él.

Nuestro objetivo fundamental en América era recorrer las áreas industriales, lo cual constituyó realmente una gran experiencia. Durante todo el viaje nos acompañó un gran número de periodistas de ambos sexos. En una ocasión intenté quitármelos de encima mediante una maniobra bien elaborada, y pensé que habíamos realizado una estratagema inteligente, pero, cuando llegamos, ya nos estaban esperando en el andén. Eran muy agradables y completamente honrados; nunca a lo largo de todo el recorrido, dijeron nada aparte de las crónicas que ellos recogían, y eso que estuvieron con nosotros día y noche. Bajaron a las minas de carbón con nosotros, incluso las mujeres con sus vestidos de seda, que entonces estaban de moda. Cuando salimos, sus ropas estaban húmedas y embadurnadas del polvillo del carbón y yo expresé mi condolencia: «No importa, lo paga todo el periódico», replicaron. En América, ya entonces, todo —lo grande y lo pequeño— se hacía a gran escala.

Vimos casi todo lo que había que ver, empezando por los barrios pobres de Nueva York y la segregación racial entre las diversas comunidades. Fue un espectáculo asombroso que en aquella época no alcanzaba a comprender, ya que nunca lo había visto en Europa. Durante mi recorrido a pie por los barrios pobres de Nueva York me acompañó el equipo de periodistas de costumbre; estuve examinando las condiciones de vida allí, que en aquel tiempo eran muy malas. De pronto, me separé de los periodistas y me encontré rodeado de personas que eran inmigrantes y hablaban con dificultad nuestra lengua, pero pasé algún tiempo entre ellos y, ante su amable invitación, visité algunas de sus casas. Cuando salí de aquel barrio, y volví a unas calles completamente distintas, los periodistas se encontraban de nuevo allí. «¿Qué les ha ocurrido?», pregunté, pues era la primera vez que los perdía de vista en todo mi viaje. «Nosotros no estamos dispuestos a entrar ahí a ningún precio», fue la respuesta. Fue la primera vez que me tropecé con un fuerte antisemitismo, mucho más arraigado entonces en América que en Europa. Como veremos más adelante, años más tarde entré en conflicto con algunos judíos por razones políticas, pero yo nunca he sido un antisemita.

Un amigo español, el marqués de Valdeiglesias, me habló mucho de una experiencia similar por su parte cuando visitó América en aquella época. Como era un hombre joven trabajó amistad en el barco con una señora de morena y romántica belleza, a la que luego acompañó mucho en Nueva York. Un día muy caluroso, él sugirió que podían ir a bañarse juntos, y ella contestó: «Muy bien, pero tendrás que venir a nuestra playa». Entonces comprendió por primera vez que era judía, y se quedó atónito al enterarse de que los judíos eran segregados en playas diferentes, como ocurre hoy con las diversas comunidades de África del Sur. El antisemitismo se manifestaba entonces en los diferentes sectores de la vida americana, desde los más altos a los más bajos. Corrían leyendas acerca de la exclusión de Otto Kahn de la ópera y su vigorosa reacción para intentar anularla a base de dinero; este tipo de historias circulaban por todas partes, pero yo nunca me enteré con detalle.

Desde luego, ésta era la actitud que prevalecía en Washington, donde los Lesther, la familia de la madre de Cimmie, ocupaban una posición social muy destacada. Esto hace todavía más curiosos los rumores que circularon años después sobre su posible origen judío. Nunca oí una palabra sobre esto en América, y viéndolo retrospectivamente me parece imposible que pueda ser cierto, ya que en aquel ambiente no hubieran podido alcanzar semejante posición social. Insisto de nuevo en que, si Cimmie hubiese sido semijudía, no hubiera habido la menor diferencia en mi actitud hacia ella, ni en mi actuación política al oponerme a cualquiera, judío o gentil, que yo creyese que apoyaba la guerra.

El tour industrial fue una de las experiencias más interesantes de mi vida. Sobre todo, fue en Detroit, más que en cualquier otro lugar, donde encontré una fuerte confirmación de una de las tesis principales de mi pensamiento económico, desde 1918 en adelante. La factoría Ford producía los artículos más baratos y pagaba los salarios más altos del mundo; en términos monetarios, no hay nada comparable en la tierra a ese original Tin Lizzie. La producción en serie para abastecer un amplio mercado interior asegurado es la llave maestra de la industria. No es tanto el nivel de salarios, como la productividad lo que determina el coste de producción. Gran Bretaña, al dirigirse lentamente hacia un mercado europeo asegurado, está empezando a captarlo con cuarenta años de retraso; el desfase es demasiado grande, y la testaruda oposición a toda idea nueva ha constituido siempre un auténtico peligro nacional.

En Detroit me saltó a la vista otro hecho con una fuerza tal, que me arrancó de cuajo de las enseñanzas de la economía clásica, que van de Adam Smith a Marshall. Observé como trabajaban los hombres en las cadenas de producción de la factoría Ford. Cada uno realizaba una operación sencilla sobre el vehículo que iba avanzando por la cadena; era un proceso que más tarde se hizo familiar, pero que en aquel tiempo constituía una innovación. A pesar de mi absoluta ignorancia en mecánica, yo mismo podría haberme dirigido a cualquier punto de la línea y realizar la tarea sencilla de apretar un tornillo o fijar un perno; aquello era la sencillez misma. El mérito pertenecía a la organización que había hecho posible semejante simplicidad en el trabajo de los obreros individuales. Algunos de aquellos obreros eran tipos completamente primitivos, recién llegados a América (me dijeron que un buen número de ellos eran analfabetos) y resultaban ideales para realizar aquel tipo de trabajo que los obreros normales encontraban demasiado monótono; en aquel período, los hombres abandonaban la factoría a causa de la monotonía a un ritmo de unos mil por semana.

En la industria éste era un mundo nuevo con problemas nuevos. Inmediatamente, se me ocurrió la idea de que, con este método, otros países podrían utilizar la mano de obra más atrasada para competir con los trabajadores más cualificados. Los trabajadores africanos y orientales no se sienten tan afectados como los europeos por la monotonía, y podrían ser rápidamente adiestrados para realizar las tareas sencillas de las cadenas de producción, con un mínimo de supervisión técnica, una vez instalada la factoría. En el año anterior, en la India, había visto el principio de esta tendencia que arruinó poco después a Lancashire porque no podía competir con unos salarios tan bajos ni utilizar unos procesos industriales tan racionalizados. ¿Seguía siendo válida la economía ortodoxa, si los atrasados y mal pagados podían hacer ya las mismas cosas que los cualificados y bien pagados (e incluso hacerlo mejor por razones psicológicas)? ¿En qué se convertía el concepto clásico de que el obrero cualificado derrotaría siempre, en libre competencia, al obrero sin cualificar? Últimamente, esta pregunta ha tenido una importancia decisiva para el destino de la industria de algodón de Lancashire y de las fábricas laneras de Yorkshire. La India, Hong-Kong, Japón y China han puesto fuera de combate a nuestras manufacturas tradicionales con maquinaria moderna, suministrada por nuestros mismos condados ingleses, para su propia destrucción; sus productos han entrado en abierta competencia en todo el mundo, incluso dentro del mercado británico.

Este mismo proceso está a punto de repetirse ahora, teniendo como telón de fondo una confusión de ideas y un grado de desorganización mucho mayor que entonces. Hoy dominan los sentimientos, y los hombres aprenden muy lentamente. Normalmente, ellos actúan solamente cuando ven y palpan los hechos. Estos problemas no son insolubles y pueden ser resueltos de un modo humano y decente, pero antes tenemos que arreglar el mundo un poco. Los fenómenos que observé por primera vez en Detroit hace cuarenta años todavía pueden resultar fatales, si sólo se utilizan para causar la ruina de los demás, en las actuales condiciones de anarquía mundial.

En este libro, hay algunas respuestas a esos dilemas, que, sin embargo, como ocurre siempre con los problemas humanos, pronto serán seguidos por otros nuevos. En mi visita posterior a Pittsburg vi el embrión del

proceso que seguiría posteriormente de explotación del trabajador atrasado; allí se anunciaba un nuevo triunfo del trabajador altamente cualificado, que, al final, podrá colocar boca arriba de nuevo el mundo de la industria. Aprendí mucho en América, y mis ideas económicas empezaron a dejar a Adam Smith muy atrás. En Pittsburg vi un fenómeno opuesto, una extrema habilidad no ya en la teoría sino también en la práctica. Las elaboraciones más modernas con el acero eran realizadas ya, en procesos a gran escala, por un número de hombres relativamente escaso. Dentro de una inmensa nave, había un solo hombre inmóvil ante una máquina parecida a una caja de señales de ferrocarril; manejaba unas palancas que controlaban el movimiento de unos cilindros de láminas de acero incandescente; el trabajo manual había dejado ya de ser un factor importante. Allí, de una forma elemental, estaba el futuro, el último método mediante el cual unos cuantos hombres cualificados podrían manipular multitud de máquinas. El proceso final de automatización según el cual las máquinas sustituyen a los hombres, salvo a los verificadores cualificados, aún no se había desarrollado, pero en Pittsburg estaba ya en gestación. Para los que tenían ojos para ver, el futuro asomaba en aquellas fábricas americanas.

Era posible prever dos etapas en el desarrollo industrial. La primera consistiría en la racionalización industrial, en la cual la mano de obra no cualificada realizaría trabajos simples ayudados por una correa de transmisión bajo la supervisión de unos cuantos verificadores cualificados. La segunda sería casi la etapa de la maquinaria automática en la cual la mano de obra altamente especializada manejaría máquinas que llevarían a cabo casi todo el trabajo realizado antes por la mano de obra no cualificada. Los economistas clásicos podrían celebrar la victoria de la mano de obra cualificada, pero en el intervalo se produciría un caos si todo el desarrollo fuese abandonado a la espontaneidad. En primer lugar, se desarrollaría pues el movimiento de la mano de obra no especializada en todo el mundo, que se desplazaría desde sus primitivas ocupaciones rurales a las fábricas, y se produciría una competencia entre la mano de obra barata frente a la cara. Después, vendría el triunfo de la mano de obra cualificada que arrojaría al paro a toda la mano de obra primitiva. Una cosa era evidente: estos problemas graves no podrían dejarse que se resolviesen por sí solos.

Las cosas suceden bastante más despacio de lo que pensamos, todas las culminaciones se retrasan; mis errores principales no se deben a los hechos mismos sino al tiempo. Todas las cosas han tardado más tiempo en llegar de lo que yo calculaba al anunciarlas, pero todas aquellas cosas empiezan ahora a realizarse y hay que tenerlas muy en cuenta. Si no queremos caer en la tiranía del comunismo, con su férreo control de la actividad humana, debemos desarrollar un direccionismo consciente desde el gobierno, tanto en Inglaterra como en toda Europa, en América y, finalmente, en todo el mundo; este direccionismo debe salir al paso previsoramente a estos acontecimientos. Con la intervención estatal, la ciencia, la iniciativa individual y la libre organización industrial podrán actuar dentro de los límites de una sociedad ordenada, y hacer de la confusión y el caos, luz y progreso. Esto no significa que el Estado efectúe un control universal; significa todo lo contrario, la absoluta libertad de la iniciativa industrial, dentro de los límites que señale la acción del Estado. Dirigir la industria no es una tarea del gobierno, su tarea es crear un sistema que haga posible el libre desarrollo de la industria privada. Esto significa la eliminación de la competencia injusta de la mano de obra, que puede ser explotada por los modernos procesos industriales, con desastrosas consecuencias para las comunidades más avanzadas. El gobierno debe intervenir en el terreno de los salarios y los precios, y no en la gestión empresarial.

Estas cosas no se alcanzarán por sí solas (como decían los economistas clásicos y los que se han estancado en la teoría keynesiana), no se llegará espontáneamente a un final feliz en que todos los pueblos desarrollados se dedican a hacer computadoras y aviones mientras los más atrasados realizarán trabajos más simples. No aparecerá un mundo ordenado y justo, del mismo modo que una ciruela madura cae en la boca abierta de un hombre tumbado en el suelo. Debemos prestar atención a una de las fanfarronadas favoritas de Shaw: «El profesor dice al niño que ha escrito "El rey Salomón tenía mil puercoespines": "Piensa, niño, piensa"»¹¹¹. Mi visita a Detroit y Pittsburg me dio mucho qué pensar, y mi posterior actuación demostró que tenía una cierta noción de lo que había que hacer, a pesar de que se produjo tal vez un poco desplazada en el tiempo.

Visitamos casi todos los centros industriales de América, excepto los de California y su industria celestial, el cine. En Chicago vimos la factoría de carne de Armour, donde entraban los cerdos vivos por un extremo de la cadena y por el otro salían perfectamente envasados en latas. «Nuestro trabajo no es bonito pero es útil — nos dijo su eficiente director —. Los matamos sin darles a tiempo a emitir un solo quejido.» Parecía haber el máximo de humanidad que se podía esperar en un establecimiento así. También estudiamos el complejo aparato ordenador del correo de Sears Roebuck; casi puedo afirmar que no dejamos nada por ver.

El final del viaje fue Palm Beach y la industria del placer, que se extendía a lo largo de toda aquella costa hasta Miami. Allí conocimos el último producto del triunfo americano: los millonarios fabulosos; hombres como Josh Cosden, del que se decía que había empezado picando billetes en un tranvía y que había ganado, perdido y vuelto a rehacer tres inmensas fortunas en menos de cuarenta años. Nos recibió en su casa junto al mar, construida por el arquitecto Meisner; un edificio de un lujo indescriptible, que, sin embargo, estaba construido con un gusto considerable, al estilo español. Un amigo suyo me dijo recientemente que la casa se había vendido a un precio récord, incluso para América, pero que Cosden había muerto en la bancarrota.

¹¹¹ Puercoespín en inglés es porcupine, que se pronuncia de un modo parecido a concubine, concubina. (N. del T.)

Solíamos bañarnos en aquellas aguas cálidas, en las playas privadas de estos amigos, pero el primer día fuimos a la playa pública. Allí los vestidos de las señoras eran supervisados por un funcionario que llevaba varias piezas de tela de colorines colgadas a la cintura. El año 1926 era muy anterior a la época del bikini y la norma en Florida, para las playas públicas, era que las mujeres no debían enseñar ningún claro entre las medias obligatorias y sus cumplidos trajes de baño. El objeto de las piezas de tela coloreadas que llevaban los funcionarios de la playa era contrastarlas con las medias en cuanto surgía la duda de que fuesen de un color demasiado parecido al de la carne femenina. Naturalmente, la mayoría de las europeas de nuestra expedición, no alcanzaron el tono de color adecuado. Sin embargo, aquella misma noche, en un show de variedades, unas guapas muchachas se acercaron a nuestra mesa en una plataforma móvil y no llevaban prácticamente nada sobre sus cuerpos; hay que tener en cuenta que en aquel tiempo semejantes cosas eran prácticamente desconocidas en los establecimientos europeos de buena reputación. Nuestras preguntas sólo encontraron una respuesta fidedigna: la playa estaba sujeta a las leyes del Estado y el teatro a la ley federal, o viceversa, ya no me acuerdo bien.

Recibimos un shock tras otro, como si fuésemos inocentes criaturas del jardín del Edén europeo, sorprendidos de que el puritanismo americano hubiese mordido ya la manzana. Archie Sinclair nadó en la playa pública y al regresar encontró a una pequeña muchedumbre que le esperaba para estrecharle la mano y darle una emocionada bienvenida por haber sobrevivido a un peligro mortal. Le explicaron que si se nadaba más allá de donde se perdía pie, se exponía uno a ser comido por una barracuda, un pez del tamaño de un salmón pero con una mandíbula inmensa y más fiero que un tiburón. Él manifestó que había visto muchos carteles en la playa que decían: «No excitar», pero que no había leído ninguna advertencia acerca de la existencia de barracudas. Se le informó que mencionar la posibilidad de excitación iba bien para el negocio, pero que los mordiscos de barracuda iban mal. Como ven, es un pueblo práctico el americano.

Sin embargo, sentimos como si hubiésemos regresado a Europa cuando nos encontramos con la formidable figura de la princesa Winnie de Polignac. Había nacido en América y era heredera de las máquinas de coser Singer y tía de la no menos famosa Daisy Fellowes; la familia tenía grandes intereses en el Everglades Club, donde nosotros vivíamos. Era un edificio agradable con pequeños chalets confortables alrededor de la casa-club central a donde íbamos a tomar un magnífico desayuno todas las mañanas. Un día encontramos a la princesa Polignac en el vestíbulo increpando al gerente en tono autoritario acerca de su lavabo estropeado: «¿De qué sirve ser tan desagradable como los americanos para ser tan ineficaz como los sicilianos?» Naturalmente, nos hizo gracia su chanza porque nos recordó las fiestas musicales de París que solían terminar, durante la temporada mundana, cuando entraban los podenqueros haciendo sonar sus cuernos de caza; sentíamos afecto hacia este carácter extraordinario que, en los viejos tiempos, sabía fundir la energía creadora de América con el encanto más sutil de la vieja Europa.

Tuvimos suerte al encontrar en Florida a algunos de nuestros más queridos amigos parisinos, y estuvimos tentados de prolongar nuestra estancia allí más tiempo del debido. En Florida también estaban ocurriendo cosas interesantes, en particular el exagerado boom del suelo. Se compraban y vendían parcelas una y otra vez en una especulación frenética, y los precios eran astronómicos; se adquirían rocas sobre el mar para realizar futuras y míticas construcciones. Algunos economistas serios empezaron a calcular que si prácticamente toda la población de América pasaba allí sus vacaciones, provista de más dinero del que normalmente posee, aquellos lugares siempre podrían ser revendidos. La quiebra que sobrevino después es un toque de alarma que deben tener en cuenta los economistas que piensan del mismo modo en la Europa de hoy. Muchas de estas especulaciones decaerán a largo plazo, pero, como observó el tantas veces citado Keynes, a largo plazo todos estaremos muertos. De modo que el boom que se desarrolló en torno a Tampa, quedó reflejado en la canción del cantante favorito de América, Ukelele Ike: Oh, soleada Florida, ¿por qué trampeé contigo?

Entonces empezaban a ponerse de moda en Florida las carreras de perros, y, después de verlas, me preguntaron si tendrían éxito en Inglaterra y me ofrecieron la oportunidad de iniciar el negocio. Contesté que seguramente tendrían un gran éxito entre nuestros aficionados al deporte, pero en mi calidad de M. P. creía que mi deber era no promover el juego; de modo que no podía aceptarlo. En aquel período, perdí dos fortunas por escrúpulos un tanto absurdos. La otra oportunidad fue no apostar en los resultados de las elecciones de 1929. La British Stock Exchange tenía un sistema de apuestas sobre el resultado de las elecciones. Durante varios años, se me había confiado la tarea de hacer el último discurso del Partido Laborista en casi todas las campañas electorales, y conocía, por tanto, íntimamente todos los resortes principales del partido; sabía por propia experiencia directa cuáles iban a ser los resultados de las elecciones. La Stock Exchange había subestimado groseramente el triunfo laborista, y con la información que yo tenía podía haber apostado sobre seguro. Me contuve porque sabía que probablemente iba a formar parte del próximo Gobierno, y pensé que sería impropio de un ministro haber hecho una fortuna con los resultados de las elecciones.

¿Tenía razón en mantener esta actitud de inequívoca rectitud? ¿O tal vez sólo era el comportamiento de un maldito pedante? La naturaleza humana (y en particular la británica) hubiese jugado en cualquier caso (sólo las personas de corto alcance son capaces de renunciar a su dinero), ya que el dinero en buenas manos podía ser empleado para objetivos muy provechosos. Yo mismo he gastado una gran parte de mi fortuna en apoyar

cosas en las que creo y, del mismo modo, debía haber conseguido más dinero para emplearlo en causas justas en las que la gente no cree. ¿Acaso es esto un juicio cínico propio de la edad avanzada? ¿Debe de saludar el yo adulto al idealismo del yo joven? ¿O debe de saludar el joven la sabiduría del adulto?

Éstas son preguntas de la edad avanzada que sólo pueden ser contestadas fundiendo la resolución ardiente de la juventud idealista y el juicio frío y sereno que traen consigo los años para formar una madurez de acero templado.

El estudio y el placer en Florida fueron interrumpidos con la llegada de F. D. Roosevelt en su yate, e iniciamos entonces un viaje por los Keys. Los objetivos eran la pesca y la amena conversación. En este deporte volvimos a tropezar una vez más con la salvaje barracuda, que capturábamos sin querer al tirar el anzuelo por la popa, casi a la superficie, para pescar el salmón. Su mordisco era peligroso y teníamos que vigilar sus dientes durante la recogida. Lo más divertido era ir de prisa con la lancha motora pollas aguas tranquilas de poca profundidad para pescar la raya. Las encontrábamos posadas en el fondo del mar, fácilmente visibles, y se trataba de acertar con el arpón y tirar de ella a toda velocidad antes de que tuviese tiempo de desprenderse de él mediante los latigazos de su cola; después, había que agotarla manipulando la cuerda que sujetaba el arpón. Cuando el yate estaba parado, por las noches, solíamos cebar a los tiburones. A continuación, a la hora de la cena, se producía un momento de tensión: yo bajaba por la escalerilla lateral del yate y mataba al tiburón con el revólver de F. D. R. mientras las linternas del barco iluminaban la escena. Al día siguiente resultaba imposible nadar cerca del yate, ya que la sangre atraía una gran cantidad de tiburones.

El mismo F. D. R., debido a su enfermedad, sólo se bañaba en aguas superficiales, donde nosotros, sin demasiada dificultad, podíamos rechazar con los remos de madera a los tiburones de los arenales, relativamente inofensivos, cuando se acercaban culebreando para echar un vistazo. La pesca a vela — que era el deporte principal en Florida — era mucho más laborioso y requería mucho más tiempo; además, se practicaban principalmente en otra temporada. Nos encontrábamos allí sólo por el interés y la diversión que suponía hacer un viaje con F. D. Roosevelt, para conversar y disfrutar de buena compañía.

Disfrutamos de esto último en gran medida, además de realizar divertí-dos guisos de postres y otros platos americanos, que para nosotros constituían una novedad.

¿Cambié mi primera impresión sobre F. D. R. como resultado de aquel viaje en que estuvimos en contacto diario? Él era, en primer lugar y por encima de todo, un político. Resultaba una paradoja que un hombre hubiese llegado a la agitada vida de la política americana, y estuviese a punto de alcanzar la cumbre, con un pasado relativamente tranquilo. En el terreno del maniobreo político cotidiano debía ser difícil competir con él, pero no mostraba ninguna señal de tener ideas de gran alcance, ni siquiera de poseer una comprensión profunda de tales materias. Esto es algo bueno para un político, ya que las grandes ideas acostumbran a hacer perder votos. Sin embargo, la falta de una visión a largo plazo y por consiguiente la posibilidad de perder la dirección real de los acontecimientos puede conducir al desastre final. En estas últimas cualidades, necesarias para un político, F. D. R. no podía compararse a los grandes políticos europeos. Aún más, le faltaba la clarividencia y la perspicacia que poseían frecuentemente los hombres de negocios y economistas americanos. El hecho de que las mejores inteligencias del país se sintiesen entonces más atraídas hacia los negocios que hacia la política constituía una grave amenaza para América, que ahora, afortunadamente, parece disminuir. La imagen que saqué de F. D. R. era la de un político consumado del tipo de los que sólo piensan a corto plazo, aunque animado por unos principios liberales genuinos y una considerable emotividad.

Era imposible no simpatizar con Roosevelt en su calidad de anfitrión, ya que poseía un encanto indudable. No obstante, su compañía no me sugirió que tuviera el bagaje de conocimientos y la altura suficiente para ser el presidente del país más poderoso del mundo, o el arbitro de nuestro destino europeo, que tan superficialmente supo comprender. Nos separamos en los mejores términos y mantuvimos una ocasional correspondencia amistosa durante varios años ¹¹². Nuestras profundas divergencias no surgieron hasta un período muy posterior, porque parecía incapaz de colocarse en una posición donde pudiese herir a alguien. No obstante, como sabemos por experiencia propia en nuestro país, carecer de un bagaje de ideas nuevas no se considera un mal, sino un pasaporte para alcanzar el triunfo político; la gente los prefiere así.

Éste y otros encuentros amistosos (en compañía de otros americanos igualmente amables) sirvieron al menos para desechar el pesimismo expresado por el embajador americano George Harvey. Cimmie, una noche, se sentó a su lado en una cena y ensalzó los esfuerzos de la English-Speak-ing Union por unir a los ingleses y americanos; Cimmie era una de las promotoras. «Mi querida y joven señora — replicó él a su ingenuo entusiasmo —. Hace mucho tiempo que llegué a la conclusión de que la mejor ayuda para las relaciones

¹¹² Todavía tengo dos cartas escritas desde la Executive Mansión, en Albany, Nueva York, del 12 de diciembre de 1932, y desde la Casa Blanca, del 27 de marzo de 1933. En la carta del mes de diciembre, escrita a Cimmie dos meses después de haberme lanzado al movimiento fascista en octubre de 1932, Mr. Roosevelt se refiere «a ese excelente marido suyo» y envía sus «recuerdos más calurosos para ambos»; ésta es una clara señal de que antes de la guerra, incluso en la propaganda liberal, no se consideraba como un villano a un hombre por apoyar el fascismo. En la misma carta escribe: «aún tendremos ocasiones para pescar y espero que repitamos pronto aquel feliz viaje alguna vez».

angloamericanas es que ingleses y americanos no se reúnan nunca.» La acritud del humor americano contrasta con el dinamismo que brota de su optimismo vital.

Este estilo de humor es genuinamente americano y siempre me ha parecido tan divertido como agradable. Por ejemplo, un amigo americano de hoy, a quien tengo verdadero afecto y aprecio, al decirle Diana que nuestro hijo mayor había obtenido una beca de una Universidad americana para hacer un viaje por Sudamérica, dijo secamente: «Pagarán cualquier cosa para deshacerse de ellos». Un chiste típico americano es aquel en que dos hombres, en medio de una gran confusión, entran en el escenario por lados opuestos. «¿Cómo está usted?» —«Ya no soy el mismo»— «¡Enhorabuena!» Es un estilo de humor fuerte que hace entretenidas sus revistas ilustradas.

Volvimos del lánguido clima de Florida al estimulante Nueva York, donde mantuve otras entrevistas interesantes. El funcionamiento del Federal Reserve Board estaba en sus comienzos, pero sus funcionarios me dieron la impresión de ser los mejores cerebros de América. Ya en aquel tiempo, parecían dominar perfectamente el pensamiento de Keynes, y estaban deseando aplicar sus técnicas monetarias a la economía americana. Como intelectuales y directivos estaban muy por encima de cualquiera de los políticos que allí conocí. Resulta difícil determinar ahora qué aspectos de mi pensamiento económico, y de la actuación que de él se derivó, se los debo a ellos y qué aspectos se los debo al propio Keynes. En aquella época éste había publicado *Las Consecuencias Económicas de la Paz* y su tratado sobre *Reforma Monetaria* en 1923, pero la *Teoría General* no apareció hasta mucho más tarde, en 1936. Sin embargo, en este período yo mantuve muchas conversaciones con Keynes. Además, él publicaba muchos artículos y reportajes; las excusas posteriores argüidas por los políticos de que no podían conocer sus tesis en 1929 porque la *Teoría General* se publicó después, son completamente erróneas. Ellos podían enterarse muy fácilmente de lo que necesitaban saber con sólo escuchar lo que decía Keynes o el brillante R. C. Hawtrey en el Tesoro. Pero ellos prefirieron seguir a Montagu Norman, que solía explicar que él en los asuntos económicos seguía los dictados de su nariz. A grosso modo calcularé mi deuda, en materia de pensamiento económico, a partes iguales, mitad y mitad, entre Keynes y el estado mayor del Federal Reserve Board de aquellos días. Ellos ya tenían las ideas claras, pero eran obstaculizados, para una acción efectiva, por los prejuicios, la vanidad y las opiniones anacrónicas de los políticos, que no sabían nada del asunto y que condujeron al país al desastre de 1929.

Otro aspecto interesante de la sociedad americana eran las corporaciones privadas dirigidas por personas que no tenían una participación directa en los beneficios; lograron unos excelentes resultados. Por ejemplo, en aquel tiempo, en la Metropolitan Life Insurance Company de Nueva York no había nadie, al parecer, que percibiese beneficios. Para el nivel de vida de entonces, los directivos cobraban sueldos enormes, el presidente £ 30.000 anuales y todos sus ayudantes £ 5.000 cada uno, pero ellos, aparte de su salario, no tenían ningún incentivo material por el éxito o el fracaso de la empresa. Sin embargo, alcanzó un éxito memorable. Unos doce millones de pólizas de seguros dejaban un margen de beneficios extraordinario. Procedían sobre todo de los sectores más pobres de la población, los inmigrantes, a los que se protegía desde su llegada a América hasta sus funerales. Incluso había agentes especializados en recibirlos en el barco y acompañarlos personalmente a su destino; después de esto, se les atendía con una solicitud realmente paternal. Una propaganda masiva les inducía a supervisar su salud y su modo de vida con todo detalle. «Mate las moscas y limpie las cacerolas» y muchas otras recomendaciones de este tipo que llegaban a diario en forma de preceptos. Cualquier ministro de Sanidad de Inglaterra hubiese sido despedido por despilfarrar el dinero público a semejante escala.

El resultado, contabilizado en buenos dólares, de todos aquellos gastos y esfuerzos, fue muy sustancioso. La tasa de mortalidad entre los emigrantes había sido siempre superior a la tasa media de la población, pero justo antes de mi llegada había disminuido y se hallaba por debajo de la tasa media general; el presidente del ejecutivo me mostró con aire triunfal el punto de transición sobre su gráfico. El resultado fue que la corporación ahorró millones de dólares, pues la disminución en el volumen de factoras a pagar por enfermedad o muerte excedía con mucho a los gastos de propaganda. He aquí una empresa privada que obtiene buenos resultados, del modo más espectacular y provechoso, sin plantearse como misión esencial la obtención de beneficios. Los europeos tienen muchas cosas que aprender de América.

Allí se manifestaba ya un cierto espíritu de servicio; el *Ich dien* estaba llegando a América. Este pueblo, del que nosotros creemos que sólo se preocupa de ganar dinero rápidamente, estaba produciendo, ya entonces, una élite que, ante todo, deseaba servir a sus compatriotas, una tendencia que ahora surge y se desarrolla con mayor intensidad. Los europeos podemos ahora reírnos, incluso gritar a veces, ante sus esfuerzos en Asia o en África, donde nosotros hemos cosechado algunos aciertos durante generaciones, o deplorar su intervención, sus errores y desastres, que nosotros hubiésemos podido evitar. La cabeza todavía puede que sea poco ágil en estos asuntos, pero el espíritu es fuerte, y, al final, es este espíritu lo que cuenta. En este terreno, el carácter es más importante que la inteligencia, porque los intelectos pueden comprarse pero la voluntad no. Tal vez sea cierto ahora decir que América tiene demasiada voluntad pero escasa inteligencia, pero también es cierto que los europeos tienen demasiada inteligencia y escasa voluntad. A pesar de ello, no nos uniremos a Mr. Canning cuando propugna someter al Nuevo Mundo para enderezar la balanza del Viejo, sino que nos limitaremos a recordar que de Europa salieron el carácter, la voluntad y el espíritu que han sido la inspiración del mundo y que

pueden volver a serlo. Cuando esto ocurra, no olvidaremos a nuestros amigos — entre los cuales los americanos ocupan una posición prominente — y podremos conseguir grandes éxitos todos unidos en una gran asociación de iguales.

Es necesario conocer Europa, pero también es muy conveniente conocer América. Ha transcurrido un largo período de tiempo entre mi primera visita en 1926 y la segunda en 1964, cuando volví allí para dar una conferencia en una Universidad. Ahora me ha parecido que América y Europa están mucho más unidas. Ha desaparecido la antigua sensación de que los europeos llevaban varios siglos de ventaja a los americanos. Ellos están a nuestro lado, en un mundo que se ha contraído y ha forzado a esa proximidad; sus propias experiencias de la guerra y la posguerra los ha hecho más viejos. En un encuentro casual con Mrs. Roosevelt en París, mucho tiempo después de la muerte de su marido, se produjo una extraordinaria unión entre estos dos mundos. Mantuvimos una larga conversación en la casa de un amigo común. Echamos un puente sobre las profundas divergencias de nuestros distintos puntos de vista políticos y los recuerdos viajaron a través de los años hasta primer encuentro en Nueva York, cuando entré en la habitación donde ella estaba a solas con F. D. R., y me pregunté sobre el misterio de sus relaciones; en este segundo encuentro lo empecé a comprender.

El viaje por América completó el período de experiencias de la primera etapa de mi vida. Hasta aquel momento yo había visto ya mucho mundo y había conocido a grandes personalidades. La primera impresión que adquirí es que hay mucha bondad en los hombres; y esa impresión la conservo todavía. Es estúpido pensar que la maldad está presente en todos los problemas del mundo. Es más corriente Falstaff que Maquiavelo, es más frecuente el clown que el villano, en todos los continentes. Aquí podemos poner punto final a esa etapa de adquisiciones de experiencias que sólo perfeccionan al hombre si va acompañada de la capacidad para ver y comprender la realidad. Después viene la prueba de la acción.

12. PARLAMENTO Y PARTIDO LABORISTA SHAW EL PROFETA

El Parlamento es la base de la tradición británica, y mucha gente me recomendó que no fuera nunca más allá de Westminster. Yo hice mis proposiciones para la reforma después, pero ahora afirmo que mi principal salto político se lo debo a la Cámara de los Comunes, con la que, por consiguiente, estoy en deuda. Sir Donald Maclean puso el dedo en la llaga una noche, mientras paseábamos hacia casa de vuelta de Westminster, después de uno de mis primeros discursos: «Sólo hay un camino real para triunfar en el mundo: el que pasa por la Cámara de los Comunes. En ninguna otra parte puede un hombre joven y desconocido competir con todos los viejos y sus entrañables ideas, y conseguir, si es suficientemente listo, encaramarse a la cumbre y convertirse en una figura nacional». Era uno de los parlamentarios con mayor experiencia, Deputy Speaker, Chairman of Ways and Means, y durante algún tiempo líder del Partido Liberal. Fue muy amable conmigo y me dio muchos ánimos en mis comienzos. Es curioso que ese nombre se recuerde hoy no por la destacada actuación del padre, sino por la del hijo, actualmente en Rusia; tal vez es algo sintomático de los tiempos actuales.

Seguramente, Sir Donald tenía razón, pues si la Cámara de los Comunes no existiera tendríamos que inventar alguna otra institución para descubrir y promocionar las nuevas ideas y los nuevos hombres. En La Alternativa, yo sugería un procedimiento «promotor, opositor y asesor», mediante el cual pudieran probarse los nuevos hombres y las nuevas ideas y darse a conocer a las autoridades y al gran público. Aunque en mi vida he sufrido muchos ataques por sugerir medidas que estaban muy por delante de mi tiempo, me siento satisfecho de poder confiar esta necesidad en manos de los científicos del futuro, y, en el presente, utilizar el método, consagrado por el tiempo, que Maclean recomendaba para el descubrimiento de nuevos.

Aquellos supervivientes de la tradición asquithniana ponían todo su empeño en la promoción de hombres hábiles, y en seguida aconsejaban y protegían a cualquiera que llegara de refresco al Parlamento y demostrase cualquier cualidad en los debates. En el Parlamento de mi época, los más conspicuos miembros que pertenecieron a la Administración Asquith de la preguerra, fueron Lloyd George y Churchill. Otras figuras destacadas eran Sir John Simón, decano de los abogados de la época; Sir Alfred Mond, forjador de la Imperial Chemicals, y Sir Herbert Samuel, estadista y filósofo. A los dos últimos no los conocí muy bien, pero apreciaba mucho su temperamento y su talento. El Gobierno de 1914 ha sido considerado por los parlamentarios más experimentados como la Administración más brillante del siglo XX. No se soportaba a los tontos, ni bien ni mal, y no duraban mucho tiempo. Por otro lado, Asquith buscaba siempre promover a los jóvenes más capacitados, y los elevaba a la cumbre por poco que se esforzasen. Un ejemplo típico fue la tolerancia que tuvo y los ánimos que dio al joven Churchill, que no hubiera podido encontrar las cosas tan fáciles en el seno del Partido Conservador o en el Laborista. En estos asuntos, el carácter y la actitud del dirigente cobran una gran importancia.

El Parlamento es un buen juez porque es una especie de microcosmos de la nación; allí se dan cita todo tipo de valores intelectuales y toda clase de posiciones ante la vida. Todos los grandes partidos cuentan en su seno con una gran diversidad de caracteres y talentos. En el Partido Laborista de mi tiempo se alineaban desde Philip Noel-Baker hasta Jack Jones, el diputado por Silvertown. El primero es ahora Premio Nobel y, probablemente, el hombre, entre los vivos, que ha trabajado más asiduamente por la paz del mundo. Cuando le conocí por primera vez, estaba asociado con Lord Robert Cecil en las tareas de la Sociedad de Naciones, mucho antes de mi ingreso en el Parlamento. Fue (aunque pueda parecer en cierto sentido incongruente) un corredor famoso y capitán del equipo británico en los Juegos Olímpicos. Yo no le conocí en aquella época, ya que era siete años mayor que yo y sus triunfos corresponden a un período muy anterior a mi humilde conexión con el deporte internacional. Según cuentan, su habilidad diplomática y su paciencia cuáquera se vieron sometidas a la prueba más difícil de su carrera cuando se le encargó que arbitrara un combate de pesos pesados y se encontró con los dientes del sudamericano clavados en el tórax del norteamericano. Pero su habilidad y su atractivo superaron todas las dificultades de la política y la diplomacia con facilidad, al menos hasta que le fue concedido el Premio Nobel. Su conocimiento de Europa y de los asuntos extranjeros en general podrían multiplicar por diez la eficacia del Partido Laborista, pero se le han encomendado tareas secundarias en la Administración. El Partido Laborista malgasta los talentos al promover para ocupar los más altos cargos a personas completamente inadecuadas.

Jack Jones se distinguió en otro aspecto, consiguió acabar con la costumbre de pronunciar citas latinas en la Cámara de los Comunes. Cada vez que oía una, la saludaba invariablemente con un rugido estentóreo: «Ése es el vencedor de las dos y media». En una época anterior, Sheridan había conseguido eliminar las citas griegas con la estratagema del actor que recita un jerigonza sin sentido, en metros aparentemente homéricos, ante el docto cabeceo de asentimiento por parte de los magnates del país, que quedaron demasiado irritados por el engaño como para tolerar que aquello se repitiese dos veces. Jack Jones siempre fue un apasionado por la bebida; después de un discurso bastante emotivo de Walter Guinness, empezó su respuesta diciendo: «Ahora que hemos soplado la espuma de la cerveza...». Pero sus intervenciones más picantes las hacía a los que estaban a su lado, sólo voce, para que no le oyera el Speaker; como, por ejemplo, su oferta a Lady Astor —

que se había lamentado del efecto perjudicial del alcohol sobre el estómago humano — de que, como consumado bebedor de alcohol, él estaba dispuesto a que su estómago compitiera con el de la noble señora la noche que a ella le pareciese conveniente. Su choque con Sir Douglas Hogg fue in crescendo hasta llegar a oídos del Speaker. La capaz y ecuánime figura del Attorney-General tenía siempre la virtud de irritar al diputado por Sil-vertown, que en una ocasión se empeñó en interrumpirle desde uno de los asientos elevados que hay bajo la galería lateral, hasta que se le ordenó que abandonaran la Cámara. Mientras salía orgullosamente, Mr. Jones se detenía ante cada una de las columnas que sostienen la galería para lanzar un nuevo insulto, que era contestado por un rugido: «¡Orden!» Finalmente, antes de desaparecer por la puerta, dando un portazo indignado, se permitió una breve pero sangrante invectiva: «Ogg's yer ñame and 'ogg yer are, 'ogg, 'ogg, 'ogg — bloody pig»¹¹³.

Sólo he conocido una convulsión parecida en la Cámara en otra ocasión, y por razones muy distintas. Fue con motivo de la presentación de la Ley de Miembros Privados por el comandante Kenworthy, ex-campeón de los pesos pesados de la Armada, de rostro atezado y aspecto decidido. Ingresó en la Cámara de los Comunes por el Partido Liberal, al derrotar, en una elección sensacional, a Lord Eustace Percy en Hull. La Cámara estaba acostumbrada hacía tiempo a las histriónicas intervenciones del comandante, que siempre que se le presentaba la ocasión desplegaba su descarada desfachatez para atraer con su estúpida persistencia la publicidad que a veces se niega a la elocuencia. El efecto generalmente cómico de sus peroratas se incrementaba a causa del ceceo casi femenino de este monstruo de virilidad, que transformaba todas las «r» en «w». Esta particularidad, unida a un gran sentido de lo dramático, y a una ausencia total de sentido del ridículo, provocó muchos lances divertidos. Hablando sobre África, declaró: «Now, Mr. Speaker, you see wising before you this gweat big black pewil»¹¹⁴; y sobre los dirigibles, dijo apasionadamente: «Mr. Speaker, we have had enough of these gweat gasbags»¹¹⁵. Semejantes declaraciones eran saludadas por regocijantes vítores, pero la ovación más cerrada se le dispensó en una ocasión posterior. Hablando sobre las miserias de muchos refugiados que se habían visto obligados a lanzarse a los caminos, dijo: «Ahí los tiene, míster Speaker, llevándose consigo sus pequeños dioses familiares; sí, Sir, agarrando con su propias manos sus penes y penates». Por supuesto esto provocó una tempestad de aplausos en una Cámara todavía versada en los clásicos. Su líder, Mr. Asquith, observó después en el transcurso del mismo debate: «Mi honorable amigo ha iluminado nuestra discusión con una adecuada riqueza de alusiones clásicas».

Así pues, estábamos muy bien predispuestos para la impresionante ocasión en que nuestro colega presentó una Ley de Miembros Privados con todo el ritual majestuoso del Parlamento. Ni antes ni después, he vuelto a oír semejante ovación en la Cámara de los Comunes. Permaneció de pie ante la barra, con pomposa dignidad, hasta que el secretario de la Mesa anunció su nombre y el título de la ley — el comandante Kennworthy, Ley para Prevenir que los Animales Actúen en Público —, luego avanzó al centro de la Cámara, inclinándose correctamente con aire solemne, a intervalos regulares, hasta que llegó a la mesa y presentó su ley. La Cámara rebotó de entusiasmo.

Como siempre ocurre en la vida, algunos nacen graciosos y otros intentan serlo. Los irlandeses están dentro de esta segunda categoría. En ella se encuentran tres brillantes miembros del Partido Nacionalista: mi amigo T. P. O'Connor, decano de la Cámara; Joe Devlin, otro buen amigo y uno de los más grandes oradores parlamentarios que jamás he escuchado; y Jerry Mc-Veagh, cuyo ingenio era legendario. Antes de mi famoso discurso, él dio también un golpe famoso, hablando durante un cuarto de hora sobre el Decreto de Continuación de las Leyes que Expiran, saltándose todo el rato las normas. Llegó a la Cámara con una inmensa pila de Hansards en los que aparentaba leer extractos de debates anteriores sobre esta complicada legislación, pasando revista rápidamente a los distintos tópicos. Finalmente empezó con una conocida disertación sobre las costumbres de las avefrías del sur de Irlanda que era lo que realmente leía en un folleto científico, escondido dentro de un Hansard. Al final, el Speaker (que había enviado recaderos para buscar una serie de Hansards) se levantó y dijo que no encontraba nada, ni en el decreto ni en referencias a ocasiones pasadas, relativas a los hábitos de las avefrías del sur de Irlanda. Echando una mirada al reloj, Jerry McVeagh replicó: «Ni yo tampoco, Mr. Speaker, pero he ganado mi apuesta», y con una cortés inclinación de cabeza a la presidencia se marchó de la Cámara, llevándose su cargamento de Hansards.

También fue Jerry McVeagh el que gritó: «El hijo pródigo y la ternera cebada», cuando Lord Winterton y Sir William Bull se acercaron a la mesa para hacer el escrutinio de una votación. El primero tenía problemas con los Whips, y el segundo triunfaba frente al primero. Winterton comenzó siendo el miembro más joven de la Cámara y acabó siendo decano. En sus primeros tiempos en la Cámara, parecía tener un carácter turbulento. Entonces era conocido con el nombre de Lord Turnour, pero más tarde triunfó con el de Lord Winterton, y permaneció con él en la Cámara de los Comunes. En aquel tiempo corrió una leyenda parlamentaria, un

¹¹³ Expresión deformada fonéticamente e imposible de traducir. Su equivalente aproximado en castellano sería: «Tu nombre es oj y oj eres, oj, oj, oj —jodido cerdo». (N. del T.)

¹¹⁴ La frase, correctamente pronunciada, sería: «Now, Mr. Speaker, you see rising before you this great big black peril», y significa: «Ahora, Mr. Speaker, vea alzarse ante usted el gran peligro negro». (N. del T.)

¹¹⁵ La frase, correctamente pronunciada, sería: «Mr. Speaker, we have enough of these great gasbags», y significa: «Mr. Speaker, ya hemos tenido suficientes de esas grandes bolsas de aire». (N. del T.)

incidente que tuvo con Sir Alfred Mond. Winterton era el miembro más joven del Parlamento y en una sesión estaba interrumpiendo un discurso de Mond; éste replicó: «Silencio en la guardería». Winterton, haciendo una referencia al hecho bien conocido de que los fundadores de la gran industria británica eran de origen judío y alemán, le contestó: «Silencio en el ghetto». Una respuesta que hoy, por razones bien comprensibles, hubiera supuesto la expulsión de la vida pública, pero que entonces pasó con gritos de «orden», mientras el imperturbable Mond continuaba su discurso. Pronto vino su venganza. En una recepción del Speaker, alguien tuvo el poco tacto de presentar a Sir Alfred Mond a Lord Winterton. «Encantado», soltó Mond con su voz gutural al tender la mano. «Durante un horrible momento pensé que era usted ese asno de Turnour.»



Ilustración 18. Un debate entre el autor y James Maxton en el Friends' Meeting House, de Euston Road, en febrero de 1933; Lloyd George en la presidencia. Este debate dio origen a una acción por libelo contra el Star, en la que el autor fue indemnizado con 5.000£.



Ilustración 19. Mussolini y el autor en una parada fascista en Roma.



Ilustración 20. Lloyd George se guasea del autor con el saludo fascista cuando abandona Churt.



Ilustración 21. En un mitin fascista en Limehouse tras la prohibición del uniforme.



Ilustración 22. Manifestación a través de East London.

El discurso de Mond, en el debate del capitalismo versus socialismo, sobre la base de una moción presentada por Snowden, fue una de las creaciones intelectuales más excelentes que yo he oído en la Cámara de los Comunes. Tenía la ventaja de ser el único conservador que entendía realmente a Marx. Esto le condujo a una contienda parlamentaria con Snowden, que estaba más versado en Robert Owen y en el socialismo inglés tradicional. Mond sabía hablar racionalmente y con ingenio; sus recursos eran realzados por un tono de voz peculiar. Sabía preparar trampas bien pensadas para atrapar a sus adversarios, y en aquella ocasión preparó una. Mond estaba tan bien dotado intelectualmente como deficiente era su físico; afirmó entonces que el socialismo era impracticable debido a la diversidad de las cualidades humanas: «Algunos son hermosos, otros no lo son». Cuando el jolgorio irrespetuoso se apagó, se volvió y añadió: «Algunos son listos, otros no lo son». En aquel período, pocos hombres combinaban de aquel modo la agudeza intelectual en los negocios y en la política, hasta un punto tan alto, con el talento de un Marx.

Así se desarrolló la comedia, feliz aunque intrascendente, en aquel lugar que MacDonald describió en una de sus cartas (que aún conservo) como «este querido y antiguo lugar». Pero la fuerza real del Partido Laborista estaba fuera del Parlamento, igual que hoy. Eran los grandes líderes de los sindicatos los que dominaban realmente el Partido; manipulaban la compleja red de los sindicatos, y las masas de afiliados sindicales constituían la base del Partido Laborista. Sus votos decidían todas las propuestas de las conferencias del

Partido, y aseguraban la elección, no sólo de los miembros del Ejecutivo Nacional, sino también de los representantes en cada distrito electoral. Este método de elegir los miembros del ejecutivo ha sido alterado ahora y el Partido, por sí solo, elige sus miembros para el Ejecutivo Nacional. Pero en mis tiempos, yo dependía de los votos de los sindicatos para salir elegido en el Ejecutivo Nacional, ya que esos votos excedían por una amplia mayoría a los de las organizaciones del Partido (yo siempre podía contar con estos últimos después de mis campañas y discursos por todo el país). Mis discursos también contribuían a apuntalar mi base de apoyo dentro de los sindicatos, aunque tenía que superar los prejuicios que algunos de sus líderes tenían contra mí para asegurar mi elección.

Dentro del mundo sindical, el compañero más próximo a mí era A. J. Cook, el dirigente de los mineros. Era un típico obrero inglés, el auténtico producto de Inglaterra, si es que existe. En general, no se sabía que era hijo de un soldado raso inglés y que había nacido en una barraca de York. Se hizo famoso a través de la Federación de Mineros, en Gales, por el simple hecho, según me contaba frecuentemente, de soliviantar los mítines de mineros a base de denunciar al popular dirigente, «el viejo Mabon», tachándolo de tramposo. Exhibía con gran orgullo unas cicatrices en su cabeza causadas por cristales de ventanas, producidas por los mineros que le estuvieron arrojando a patadas por ellas durante un cierto tiempo. Al final, su fuerza de voluntad, su constancia, y la justicia, al menos parcial, de sus quejas, triunfaron; era el símbolo viviente del proceso peculiar que debe seguir una persona con grandes dotes para granjearse la aceptación final del pueblo británico.

Arthur Cook era considerado como el más peligroso revolucionario del país. En realidad, poseía una de las cabezas mejores y más frías de todos los dirigentes laboristas. No obstante, sus métodos daban la impresión contraria. Le conocí a fondo cuando fuimos elegidos para hablar en los grandes mítines de los mineros, como el de Durham Gala, él representando el ala sindical y yo el ala política. En esas ocasiones, sus actuaciones eran el colmo de la demagogia. Después de finalizar una larga marcha de mineros con pancartas y bandas de música (cualquiera podía darse cuenta de que aquellos métodos tan festivos no eran tan inadecuados para la política inglesa como algunos decían) nos fuimos a descansar a un gran prado contiguo a un castillo y allí A. J. abandonó su demagogia. Algunas veces, en las calurosas tardes de agosto, desnudo de cintura para arriba, intervenía lanzando rítmicas consignas en lugar de pronunciar un discurso normal. Una vez, poco después de un pequeño conflicto entre mineros parados y la policía, aparecieron pacíficamente unos cuantos de aquellos cascos familiares, en un extremo de una concentración de 100.000 personas. Entonces, A. J. empezó a cantar con furiosa monotonía como si fuesen golpes de tam-tam: «Bloody Bluebottles, Bloody Bluebottles»¹¹⁶, y se repitió como un eco desde una punta a otra de las muchedumbre, como el rugido de las olas. Luego hubo más complicaciones, pero dos horas más tarde estábamos sentados tranquilamente con otros mineros en la taberna local; A. J. Cook discutía sobre economía, de la que tenía bastantes conocimientos. Entablamos una sólida amistad. Murió prematuramente, probablemente como resultado de las patadas en las piernas que le propinaron una vez unos matones cobardes en una estación de ferrocarril. El Partido Laborista fue muy castigado por esas muertes prematuras de sus hombres más resueltos, ya que tanto Cook como Wheatley, en su madurez, hubieran combinado la inteligencia y la voluntad y habrían adquirido un equilibrio que les hubiese capacitado para llevar a la práctica sus ideas.

Mr. Ernest Bevin era una personalidad muy distinta. Más tarde fue el favorito del conservadurismo y el máximo adversario de Europa. Mis discursos me proporcionaron ventajas, pero también desventajas, ya que la antipatía que me profesó siempre Mr. Bevin la achaco a una ocasión en que hablamos juntos en un gran mitin de sus portuarios. Él había salido mucho en la prensa como el K. C.¹¹⁷ de los portuarios, y los obreros recelan mucho de los dirigentes que salen mucho en los periódicos. Por otra parte, había estado tanto tiempo en contacto con ellos, que ya se habían cansado un poco de su oratoria, a pesar de ser vigorosa y penetrante. Posiblemente por esta razón mi discurso encontró en aquel mitin una acogida calurosa, mientras que el suyo fue recibido con frialdad; a Mr. Bevin no le gustó aquello. En las conferencias, chocamos continuamente; en los últimos años de la década de los veinte y los primeros de la de los treinta, él se opuso a mis proposiciones programáticas con la misma vehemencia bovina con que se opuso en los años cuarenta a la entrada de Gran Bretaña en Europa cuando fue secretario del Foreign. Finalmente demostró su aversión no sólo a mi política, sino también a mi persona, cuando denegó nuestros pasaportes durante cuatro años después de concluir la guerra, pese a la desaprobación de los dos grandes partidos ante una actitud que violaba, en principio, la Carta Magna. Tenía capacidad para odiar, para hacer de todo, menos pensar.

En aquel tiempo, los obreros del transporte bajo la dirección de Bevin y los mineros bajo la dirección de Cook se oponían sistemáticamente a casi todas las proposiciones principales del Partido. El tercer jefe del gran triunvirato de los sindicatos era J. H. Thomas, con el que pronto estaría asociado en el Gobierno. Casi siempre se ponía de parte de Bevin, más que de parte de Cook. Estos tres hombres unidos podían haber decidido todas las proposiciones dentro del Partido, pero entonces casi nunca se ponían de acuerdo. Desde luego, había una gran diversidad de sindicatos, con bastantes votos dentro de las conferencias del Partido; yo mantenía buenas relaciones con casi todos los líderes, y, junto con los mineros, tenía asegurada la elección, aunque los

¹¹⁶ «Malditas botellas azules, malditas botellas azules, malditas botellas azules.» (Nota del Traductor.)

¹¹⁷ Knight Commander, significa Caballero Comandante. (N. del T.)

ferroviarios y los transportistas votasen en contra. En aquel entonces, yo era de los pocos hombres que con un pasado como el mío mantenía contactos íntimos con el mundo sindical; me sentía tan a gusto como en mi propia casa disfrutando de la amistad de un gran número de dirigentes sindicales.

Los Webb tenían una influencia considerable dentro de los sindicatos, a pesar de que Beatrice Webb insistía en que ella procedía de un mundo completamente distinto. Yo sentía un profundo respeto hacia aquella gran pareja anciana, en cuya compañía solía pasar ratos muy agradables paladeando aquella combinación de elevados pensamientos y bajo nivel de vida. Estaba de acuerdo con G. D. H. Colé en que, al menos, los Webb «tenían el valor de haberse retirado a tiempo». Sidney Webb era una figura incongruente en la Cámara de los Comunes, con aquella conducta bondadosa y académica, aquellas piernas cortas y una barba de chivo rematada en unas gafas brillantes. No obstante, en una ocasión pronunció un discurso desde el banco laborista que produjo un pequeño contratiempo. Los torios se aburrían con su oratoria, excepcionalmente tediosa, y le gritaron: «¡Túmbate, cabra!» Los bancos laboristas echaron chispas de indignación, y es difícil comprender el grado de furia que se levantó. Después, en la sala de fumar, Walter Elliot (que, al parecer, una vez practicó la medicina en un distrito donde tales reacciones se comprendían muy bien) explicó que si los conservadores hubiesen gritado sólo: «¡Siéntate, cabra!», todo el mundo lo hubiese aceptado como una forma legítima de dirigirse a una persona, ya que esa expresión sugería solamente que la persona en cuestión se parecía a una cabra. Pero gritar: «¡Túmbate, cabra!», significaba dirigirse a un hombre como si él fuese una cabra realmente, y esto se salía del status quo. El propio Webb se movía serenamente por encima de todos esos incidentes; por ejemplo, una vez, después de aceptar los sellos de la Secretaría del rey George V observó que había oído el ruido de un vagón de primera clase de ferrocarril.

Cuando ascendió a la Cámara de los Lores con el título de Lord Passfield, a su esposa se la continuó llamando Mrs. Sidney Webb; ella no daba importancia a esas cosas. Beatrice Webb tenía una gran personalidad, pero era completamente subjetiva en sus juicios sobre las personas y los acontecimientos. Era una caricatura viviente de lo que se llama femeneidad. Adornaba con alas de ángeles o ponía colas y cuernos, según estaba o no de acuerdo con los puntos de vista de una persona. Yo recibí ambos aditamentos en distintas ocasiones. El que aportaba los elementos de juicio para decidir aquella extraña combinación era Sidney.

Otros cuatro hombres eminentes del Partido provenían de mundos distintos a las filas de los laboristas. Los dos Buxton llegaron como yo, desde lo que suele llamarse intereses territoriales, pero como eran también cuáqueros, su actitud y conducta diferían considerablemente del modo de vida de los Mosley. Noel Buxton era un hombre alto y de aspecto distinguido, con una cara larga y lúgubre y una barba puntiaguda de aspecto romántico, al estilo Montagu Norman. Su gran experiencia del mundo desmentía aquel porte y aquellos sentimientos delicados; había viajado a lo largo y a lo ancho del globo, a menudo en peligrosas condiciones, y era una autoridad en los asuntos extranjeros y de las regiones más remotas de la Commonwealth.

Su hermano Charles Roden Buxton era otra personalidad excelente, un hombre realmente bueno y humano. Siempre fumaba en pipa y nunca se molestaba cuando yo le criticaba, con mi atrevimiento juvenil, diciéndole que fumar era algo inmoral porque cualquier exceso provocado por la neurosis podía perjudicar su inteligencia y minar su físico, mientras que había otras ocupaciones que no podrían hacerle ningún mal y que yo mismo podría indicarle. La actitud de los Buxton, en este aspecto, se parecía bastante a la de otra querida dirigente del Partido, Susan Lawrence, también cuáquera. Ella me dijo un día en un salón de té que desde hacía mucho tiempo sabía que se aproximaba un crac financiero espectacular. El gigantesco espectáculo en cuestión había arruinado a miles de accionistas, y no podía concebir como Miss Lawrence lo había sabido de antemano. Al observar mi sorpresa, añadió que había oído hablar muchas cosas desde que vivía en casa de una concubina. Que un asunto de amor fuera la causa del latrocinio de los accionistas me parecía a mí un non sequitur.

Charles Trevelyan también procedía del campo de los hacendados; era sobrino de Macaulay y estaba estrechamente relacionado con los miembros de una de nuestras familias literarias más distinguidas. Llegamos a estar muy unidos; fue mi jefe y, con mucho, mi defensor más inteligente cuando aquello hacía aguas por todas partes. Como ministro de Educación ocupaba una posición clave. Charles Trevelyan tenía un rostro alargado y melancólico y una cabeza hermosa. Era muy sincero y más violento que los Buxton, bastante excitable, apasionado, y entregado a su causa y a sus amigos.

Arthur Ponsoby había sido paje de la reina Victoria y su hermano Fritz Ponsoby lynchpin de la corte eduardiana. Arthur Ponsoby rompió con el Establishment con mayor fuerza que cualquier otro de aquel círculo, ofendiendo los sentimientos reinantes tras la Primera Guerra Mundial con un librito que verdaderamente causó sensación. Él escogió tres historias que circulaban sobre las atrocidades alemanas en la guerra (la de las monjas a las que se habían cortado los pechos, la de los niños con las manos cortadas y la de los cadáveres hervidos para hacer jabón) y demostró, con gran cantidad de pruebas, que las tres eran completamente falsas.

Pero el péndulo todavía oscilaba en dirección contraria y nadie, ni siquiera en el Partido Laborista, creía que los alemanes fuesen ángeles precisamente, y hasta los líderes socialistas de aquel país, de quienes parecían tan afines los laboristas, fueron barridos de la escena política en los primeros años de la década de los

treinta. El germanófilo más destacado fue el honrado e inteligente E. D. Morel, que procedía de una familia de la clase media y estuvo toda su vida denunciando las injusticias del Tratado de Versalles y vaticinando la inevitabilidad de una nueva explosión. Los hechos le dieron la razón, pero en aquel entonces los temores y prejuicios del Partido Laborista impidieron el triunfo de esos argumentos, aunque eso significó la inversión de todos los principios que el Partido había defendido siempre, colocándose en el camino que conducía a una Segunda Guerra Mundial.

Aquellos aristócratas y terratenientes del tipo Ponsoby-Trevelyan-Buxton fueron un gran obstáculo para MacDonald, pues ellos se tomaban muy en serio los principios del Partido Laborista. Él les había recibido calurosamente a todos, como buenos reclutas de la derecha, y esperaba que darían al Partido estabilidad y respetabilidad; pero, para su consternación, todos ellos, una vez que se unieron a la izquierda, se convirtieron en una fuerza principal de las ideas progresistas y de la política avanzada. Ellos no habían abandonado su ideología, sus intereses y sus amistades con el simple propósito de complacer a los señores MacDonald, Snowden y Thomas, confortablemente instalados en los sillones de sus despachos. Estaban decididos a hacer algo por las masas populares, cuyas condiciones de vida era lo que les había movido a realizar algunos sacrificios. Lo mismo ocurría con el asunto de la Paz Mundial, a la que estaban completamente consagrados. En cambio, los que demostraron ser un apoyo real a la jerarquía del Partido Laborista fueron los advenedizos de la clase media, cuyo representante más destacado fue el Dr. Dalton. El «Dr.» se pronunciaba con mucho énfasis en el Partido, porque los laboristas veneraban el don ¹¹⁸ del mismo modo que los tories el Lord.

Pocas cosas hay más valiosas que un don de primera fila, como Keynes; pero también hay pocas cosas tan detestables como un don de tercera fila, como Dalton. Los dos procedían de Cambridge y compartían la amistad de Rupert Brooke, quien, según propia confesión, acabó de Dalton hasta la coronilla. Posteriormente, Dalton transfirió su amorosa solicitud a los M. P. de las Trade Unions, puesto que sólo su apoyo podía convertirle en una eminencia del Partido. Nunca fue un hombre que destacara en los debates, ya que, a pesar de su voz potente, resultaba bastante insípido. Simplemente, fue un trabajador activo y asiduo en los escaños. Los inspeccionaba continuamente; sus ojos abultados giraban sin cesar en busca de la presa trade unión; en cuanto la encontraba colocaba familiarmente sobre su espalda el brazo y preguntaba: «¿Qué tal la familia?» Resultaba casi tan segura y efectiva como la pregunta clásica de Disraeli cuando era el líder de los caciques: «¿Cómo van esos viejos agravios?»; sólo fallaba en el caso, muy raro, de un trade unión soltero. Tenía que maniobrar y hablar mucho para asegurarse el apoyo de nuestros trade unión, aunque, al final, también fue elegido para el Ejecutivo Nacional. Como todos los don de tercera fila, estaba firmemente decidido a no olvidar lo que había aprendido con tantos sacrificios y, en consecuencia, fue un modelo de ortodoxia. Las mediocridades de las grandes universidades poseen unos reflejos condicionados tan perfectos como los de los perros de Pavlov. Se empantanaban en sus estrechos conocimientos, mientras que los don de primera fila nadan con soltura por encima de ellos, analizando los hechos nuevos del mundo y creando nuevas ideas. Desgraciadamente, hay pocos don de este tipo que se sientan atraídos por la vida parlamentaria.

Dalton fue al Foreign Office en 1929 como subsecretario, con Henderson como secretario después de fracasar MacDonald en su tentativa de nombrarme a mí secretario, a causa de la fuerte oposición de Henderson. Kingsley Martin en su biografía de Laski escribió que «MacDonald mandó llamar a Laski y habló con él sobre el Gobierno, discutieron sobre el Foreign Office, que MacDonald, en un principio, había pensado darle a J. H. Thomas y que después se lo hubiera dado a Sir Oswald Mosley, si Arthur Henderson no hubiera hecho de este asunto un motivo de ruptura». A mí siempre me pareció que Henderson estaba sinceramente convencido de la política del Partido Laborista, pero de una forma un poco boba. Desde luego, él se consideraba a sí mismo como el próximo primer ministro, si mi marcha ascendente hubiese llegado a buen puerto. En consecuencia, sus relaciones conmigo fueron buenas (excepto en la disputa sobre el Foreign Office, que yo ignoraba completamente), porque, al ser yo demasiado joven para convertirme en primer ministro, pensaba, probablemente, que yo tenía la posibilidad de dar la vuelta al carro de las manzanas y colocarlo en la dirección más beneficiosa para él. Para ser justo, debo decir que su objetivo principal era mantener unido al Partido y por eso luchó realmente hasta su muerte. Predicador sin sotana, se dejaba arrebatar con facilidad por una santa indignación, y, frecuentemente, tenía buenos motivos para ello. Poco después de unirme al Partido, le encontré una vez en su despacho en un estado próximo a la apoplejía. «Mire eso», gimió, y me alargó un panfleto tory de alguna ciudad de provincias en el que se decía que la vuelta a un gobierno laborista supondría la nacionalización de todas las mujeres del país como, según se afirmaba, había ocurrido ya en Rusia. Deduje que este programa no era del agrado de Mr. Henderson.

La tercera gran fuerza del Partido, después de MacDonald y Henderson, era Snowden, pero esto no saltaba fácilmente a la vista, porque en aquella casa quien daba más impresión de poder era Mrs. Snowden. Terriblemente snob, se lanzó directa hacia nosotros en cuanto nos unimos al Partido, y pronto quedó muy claro que su única ambición en este mundo era ocupar la posición social que acababa de dejar vacante Lady Cynthia Mosley. Ella se fue apartando gradualmente de nosotros, pero consiguió introducirse en otros círculos de la

¹¹⁸ La palabra inglesa don significa simultáneamente catedrático, caballero y don. Hemos preferido conservar su acepción castellana más amplia. (N. del T.)

sociedad londinense, en los que no se exigía sentido del humor; para penetrar en los más altos se necesita tener algún ingenio. En una ocasión, se celebraba una fiesta para la Commonwealth en Hampton Court, el palacio real que más he admirado siempre. Mrs. Snowden estaba allí, convertida en un anuncio viviente de los productos de la Commonwealth con aquella montaña de aderezos emplumados. «Mrs. Snowden — dije —, ¿no es verdad que es una casa maravillosa? Después de la revolución deberíamos vivir aquí todos juntos»; y ella cloqueó coqueta, pero con leal determinación: «Oh, Sir Oswald, este palacio pertenece al rey y a la reina».

No tardamos mucho tiempo en descubrir que el verdadero problema no era Mrs. sino Mr. Snowden ¹¹⁹. Valeroso hombre de Yorkshire, continuaba anclado en las teorías económicas del siglo pasado, pero no en las de Marx, ni siquiera en las de Owen, sino en las de Adam Smith y Marshall. Cuando estábamos bregando con el tremendo problema del desempleo, me dijo con una absoluta simplicidad: «Algún día, los chinos desearán vestir unas camisas una pulgada o dos más largas. Entonces, desaparecerá el desempleo de Lancashire». Los acontecimientos se han desarrollado en China más a prisa que los cambios de la moda, y nuestro Gobierno tropieza todavía con serias dificultades a la hora de persuadir al presidente Mao de que alargue su camisa en beneficio de Lancashire.

Snowden tenía un aspecto muy atractivo, a causa de su rostro noble y espléndido, mucho más simpático y decidido que el de MacDonald. Sentía un desprecio intelectual hacia MacDonald, ya que, dentro de sus límites gladstonianos, tenía un intelecto lúcido y era un orador temible. Como resultado de todo esto, él no podía comprender por qué no era él, en lugar de MacDonald, el que ocupaba el puesto de líder. La razón tal vez fuera el accidente de su juventud que le había dejado tullido hasta el punto de no poder caminar sin la ayuda de dos bastones. Sin embargo, no parecía que aquello le hubiese amargado demasiado, pues su semblante ascético se iluminaba a menudo con una sonrisa extraordinariamente encantadora.

En política, era prisionero de una dicotomía insoluble: Hay un cielo al que queremos llegar, pero aquí estamos en la tierra y aquí se encuentra lo que hoy podemos hacer; el cielo era un vago sueño llamado socialismo y la tierra era la perspectiva del tesoro capitalista en su sentido más estrecho. Esto era un fenómeno muy corriente dentro del Partido Laborista; la total disociación de espíritus e ideas entre un mundo ideal y las cosas prácticas que había que hacer al día siguiente. Sin embargo, Snowden se apartaba continuamente de MacDonald en los asuntos prácticos, ya que éste se había convertido entonces en una especie de bobo desesperado. En consecuencia, las relaciones entre ellos eran siempre malas, y esto preocupaba mucho a MacDonald. Una tarde, después de cenar, en un momento de expansión dijo de repente: «Todo iría bien si yo hubiese abierto mis brazos a Ethel hace años». Esta idea de ganarse a un colega por el flanco femenino fue el único punto de contacto que observé entre MacDonald y el mundo clásico.

Antes de mi llegada, Snowden no había encontrado más cuestiones con las que atacar a sus adversarios que la política salarial del I. L. P. No le resultó muy difícil, ya que un salario mínimo que excediera considerablemente a los que estaban en vigor en las industrias que competían en los mercados mundiales, podía costarnos fácilmente el ser desplazados de esos mercados, lo cual provocaría automáticamente un crac económico. Rápidamente se puso de manifiesto el dilema que suponía intentar avanzar hacia el socialismo en una pequeña isla que dependía completamente de los mercados mundiales. Mi llegada supuso la aparición de un animal enteramente nuevo en el Partido Laborista: el hombre pragmático. A mí no me interesaba la visión soñadora del I. L. P. de un mundo socialista, ni el capitalismo decimonónico que estaba derrumbándose ante nuestros ojos. Las proposiciones de Birmingham, con toda su complejidad, venían a decir simplemente: centrámonos en el problema de desempleo que es el meollo de todo el asunto; ninguna otra preocupación de momento, excepto ésa. Todo podía resolverse con una serie de medidas, algunas de las cuales eran socialistas y otras no, pero todas ellas representaban la intervención activa y dinámica del Estado bajo la dirección del Gobierno. Para Snowden y sus consejeros en el Tesoro, estas opiniones representaban una herejía. En la política del salario mínimo, él poseía armas suficientes para dejar fuera de combate a cualquiera que la defendiese, pero ahora se tropezaba con una argumentación seria en un terreno en el que era un completo ignorante. Estaba familiarizado con Montagu Norman y las teorías financieras de su tiempo, pero el pensamiento de Keynes, o las ideas similares de los economistas del Federal Reserve Board, eran un libro cerrado para él. Cuando me gané el apoyo del I. L. P. para la política de Birmingham, se le presentó un problema muy difícil de resolver, y, naturalmente, no guardó ningún afecto al responsable de aquella situación, si bien nuestras relaciones se desarrollaron siempre en el marco de una cortesía razonable.

Clifford Alien, el presidente del I. L. P., tampoco se tomó la molestia de destruir la política idealista que durante tanto tiempo y con tanto cariño había construido, y favorecer así una política que pretendía conseguir resultados efectivos sin necesidad de recurrir a los dogmas. Era un hombre sincero e inteligente, pero su corazón había quedado hecho una ruina durante su encarcelamiento por ser objetor de conciencia en la Primera Guerra Mundial. Ejemplo típico de éminence grise, trabajaba asiduamente detrás de los bastidores y era un gran experto en relaciones personales. Como presidente del I. L. P. tuvo más éxito que Maxton en la tarea de

¹¹⁹ Snowden mismo no era un snob; hubo que renunciar a un posible canciller laborista, tanto por las teorías económicas de Mr. Snowden como por las aspiraciones sociales de Mrs. Snowden.

mantener dentro de la disciplina al bullicioso y tenaz Emanuel Shinwell, cuando fuimos compañeros en el Consejo Administrativo Nacional. En las discusiones y en las reuniones del Consejo, Shinwell era un individuo espinoso, pero era un hombre íntegro que en su vida privada derrochaba simpatía e inteligencia. Recuerdo con verdadero placer la visita que hicieron él y su esposa a nuestra casa de Denham en compañía de Maxton y otros colegas del I. L. P. Clifford Alien fue más padre que rey en esa especie de dicotomía de Pareto que es el arte de gobernar. Dirigió con habilidad las escuelas del verano del I. L. P., que produjeron serios quebraderos de cabeza y discusiones interminables. Cuando acababan los debates del día, tomaba el té con elegancia en el salón de Lady Warwick, siempre rodeada por las fotografías dedicadas de su real amante. Los jardines de Easton Lodge se hallaban entonces abiertos al socialismo tan libremente como antes lo habían estado a los favores de Eduardo VII.

Mis relaciones con Clifford Alien fueron bastante buenas, a pesar de que yo era un especie de cuclillo metido en el nido de sus confortables teorías. No hubo rivalidades entre nosotros, porque él no hablaba en la tribuna de los oradores. Maxton era el único capaz de arrastrar a auditorios de este tipo, pero resultaba imposible guardar ningún sentimiento de rivalidad hacia un hombre de una sinceridad y una bondad tan profundas. Yo disfrutaba en su compañía; siempre clausuraba las escuelas de verano con su versión, enormemente popular, de El rey pirata, seguida del Yo me siento, yo me siento, yo me siento como la estrella de la mañana. Fue realmente triste que la estrella de la mañana saliera y se pusiera en los loveins¹²⁰ (como los llamarían ahora) de Easton Lodge; quiero decir los del T. L. P., no los del rey Eduardo. Las novedades de hoy parecen subrayar en algunos aspectos el sabio aforismo latino: «Plus ça change, plus c'est la même chose»¹²¹.

Es triste acabar así, después de varias generaciones de lucha por el socialismo; resulta patético, tras las grandes esperanzas que suscitaron. Muchos miembros del I. L. P. y de las Trade Unions eran sinceros, personas maravillosas que lo habían sacrificado todo. George Lansbury fue un ejemplo típico: «El viejo y querido George, corazón de oro, cabeza de plumas», como solía decirse. Era diputado por Poplar y durante años fue un héroe para todo el East London, sobre todo cuando fue a la cárcel con todos sus compañeros, concejales laboristas, por un problema municipal. Procedía de la baja clase media, pero tenía aspecto de profeta del Antiguo Testamento; o, más bien, de una mezcla entre un profeta y un granjero. Cuando llegaba luciendo sus barbas, cualquiera podría pensar: he aquí un hombre del campo que acaba de ordeñar sus vacas.

Cuando empezaba a hablar, el granjero se transformaba en profeta; era esa mezcla de campesino y visionario que tanto gusta a los ingleses. Cuando me afilié al Partido en 1924, desconfiaba de mí, y le fastidiaba bastante que los Clydesiders, que eran más revolucionarios que él, armasen tanto jaleo conmigo. No se pasó a mi lado hasta que no trabajamos en equipo en la cuestión del desempleo y pudo comprobar que yo quería realmente hacer cosas. Entonces se portó maravillosamente, me apoyó en todo y luchó como un tigre, casi hasta el punto de renunciar conmigo. Cuando nos separamos, prácticamente se echó a llorar y dijo: «He estado en el Partido toda mi vida, y esto puede escindirlo. No puedo irme con usted, pero mi espíritu, sí».

Lansbury fue, desde luego, un hombre muy emocional, pero también poseía una buena dosis de realismo. Su influencia en el Partido era enorme; tanto que, tras el colapso del laborismo, cuando se formó en 1931 el Gobierno Nacional, fue nombrado durante cierto tiempo líder del Partido. No tenía ideas originales, pero nunca abandonaba las cosas en las que creía realmente. Aunque no viese claramente lo que tenía que hacer, sentía vivamente lo que hacía, y esto le daba una fuerza considerable; fe y clarividencia es una combinación rara y poderosa.

Clement Atlee sucedió a Landsbury como dirigente del Partido Laborista, y más tarde llegó a ser primer ministro. Nunca le conocí bien, a pesar de que aceptó nombrarme canciller del ducado de Lancaster y yo estuve de acuerdo. Es cierto que mientras estuvo en el cargo, no contribuyó en nada a solucionar el problema del paro. Sin embargo, debe considerarse satisfecho de haber pertenecido a un Gobierno, a pesar de haber traicionado claramente los votos que le eligieron. Aparentemente, se ocupaba de ayudar a MacDonald en otros asuntos. Sin embargo, se le podía aplicar, con mayor razón que a Churchill, el epigrama «un hombrecillo modesto, con muchas razones para serlo». Tenía una inteligencia clara, incisiva y era honesto dentro de los límites de su rango; aparentemente parecía un presidente competente en la tarea de mantener el equilibrio entre fuerzas opuestas dentro del Partido; una cualidad que el Partido Laborista siempre prefiere en sus líderes, más que la capacidad política o el dinamismo.

En aquel período los pensadores y los escritores eran mucho más importantes que los políticos, ya que en aquella época de crisis eran los que mejor veían el futuro. El pensamiento claro de una época puede y debe convertirse en acción en la siguiente. Conocí a la mayoría de los intelectuales y a algunos de ellos estrechamente; el más destacado de todos era Bernard Shaw, que influyó mucho en mi vida en los años veinte y treinta. Mis recuerdos sobre él se remontan a los primeros encuentros en el Mediterráneo, en los días memorables de Cliveden, cuando escribía St. Joan. Primero me animó a romper con el Partido Laborista para luego, en el último momento, intentar persuadirme de que no abandonase el Partido.

¹²⁰ Habitación donde se hace el amor. (N. del T.)

¹²¹ Más cambian las cosas, más sigue todo igual. (N. del T.)

En unas vacaciones de verano, cuando yo era un joven M. P., solíamos encontrarnos en las rocas soleadas de Antibes y nos bañábamos juntos en el Mediterráneo. Cimmie y yo vivíamos en un hotel, y Shaw en casa de un millonario que tenía ideas parecidas a las suyas y que poseía un inmenso Chateau des Enfants ¹²² (llamado así porque había adoptado a unos treinta niños a los que educaba con una combinación de principios socialistas y millonarios muy lograda). Cuando el autobús se detenía, el conductor hacía casi siempre la misma observación: «Ce monsieur a trente enfants» ¹²³, y los pasajeros, casi con la misma regularidad, respondían: «Quelle fécondité» ¹²⁴. Era un ambiente relajado, pero nunca llegué a hacer a J. B. S. las preguntas que ahora daría cualquier cosa por poderle plantear. No se trataba tanto de una cuestión de timidez entre dos generaciones, sino más bien de la inmadurez de mi intelecto; aún no estaba preparado. En el centenario de Shaw escribí un ensayo sobre su estudio de Wagner en el que expreso lo mucho que hubiese deseado asediarme a preguntas en mi juventud, preguntarle todo lo que entonces (cuando escribí el artículo) deseaba. Cuando nos encontramos en el Mediterráneo, yo acababa de leer su libro sobre Wagner, que entonces, como ahora, me impresionó por su estilo y su profundidad de pensamiento que le colocan casi a la misma altura que su Methuselah. Fue una verdadera suerte conocerle allí, mayor que en otras ocasiones anteriores más formales, con los Webb o en su piso de Adelphi, o más tarde en Cliveden. A menudo sucede que hombres que están en el umbral de la vida han conocido a hombres a punto de dejarla, y después han lamentado mucho no haber estado a la altura suficiente para haber hablado a fondo con ellos.

En Cliveden nos leía al atardecer lo que había escrito durante el día, y respondía a nuestras alabanzas con la crítica comprometida de que estaba escribiendo sólo en plan de periodista. Había estado estudiando el juicio de Juana de Arco y estaba recopilando lo que realmente dijo. Las extrañas relaciones de Shaw con Lady Astor, su huésped en Cliveden, tal vez sólo pueda explicarse con una paradoja, ya que ella se parecía a una de esas mujeres imposibles de sus obras de teatro que, naturalmente, nunca han existido en la realidad. Shaw escribió mucho sobre las mujeres, sólo para demostrar que era un tema del que no sabía absolutamente nada; incluso cuando se esforzó más con la figura de Mrs. Patrick Campbell, tampoco logró dar vida a sus personajes femeninos.

Shaw era insuperable en su comprensión sobre la vida de los grandes hombres de acción y en sus pronósticos acerca del futuro de esos hombres. Este aspecto fue lo primero que me fascinó de él. No es que él personalmente fuese un hombre de acción, ya que carecía de un carácter resuelto, aunque en los primeros tiempos en que defendía un socialismo impopular en la cochambrosa casa de Trafalgar Square, tuvo mayor contacto con la acción que cualquier otro intelectual de su época y se comportaba siempre virilmente en todo momento. Comprendía a los hombres de acción con una intuición extraordinaria (a pesar de ser muy distintos de él, puesto que eran, en algunos aspectos, tan fríos y crueles como él amable, ardiente y humano) y era capaz de retratarlos en los momentos decisivos con un parecido casi fotográfico, que a veces era más revelador que todos los tomos escritos sobre ellos. Su inteligencia era como las lentes sensibles de una cámara de primera categoría.

Tenía tres actitudes distintas hacia los hombres comprometidos. Un desprecio total a los políticos contemporáneos, a los que conocía muy bien por propia experiencia, que los refleja en sus obras de teatro mediante caricaturas, que llegan casi a lo burlesco. Una conciencia de que elementos de mucha más altura, habían ya desfilado por el escenario humano; individuos capaces de una acción eficaz, pero condenados a ser desbordados a causa de su crueldad natural. La esperanza era un hombre futuro que supiese combinar la capacidad de gobernar con la sabiduría y la compasión. El primer tipo aparece en Burge-Lubin y en todas las demás parodias de hombres políticos de la época; el segundo tipo aparece en Caesar and Cleopatra y en sus profundas observaciones sobre el carácter de César en su obra sobre Wagner, y también en su corto pero incisivo sketch sobre Bonaparte, The Man of destiny ¹²⁵; el tercer tipo se perfila en un vago bosquejo en los «antepasados» de su obra Methuselah; parece descrito «hasta allí donde alcanza el pensamiento».

Sus deducciones lógicas de la historia y la filosofía del siglo pasado son muy claras, y aportó mucho en su interpretación. Más dudoso es su análisis sobre toda la tradición del pensamiento europeo que apunta más contra Heráclito que contra Platón, pero su erudición era amplia y profunda. Tenía conciencia de esa gran verdad de que nada que pueda concebir un hombre puede ser completamente original, cuando afirmaba que podía ver más lejos que Shakespeare porque estaba subido a sus hombros. Rose Bery también captaba algo de esta misma realidad, cuando observó que un discurso completamente original no podría ser entendido por nadie. Shaw deducía, pero también añadía, y cada vez más se le considerará como un notable pensador y creador.

Lo que Shaw deseaba para el mundo era una inteligencia adulta, y tenía toda la razón. ¿Acaso no es verdad que muchos de los problemas de la humanidad se deben simplemente a nuestro comportamiento de niños mal educados? El remedio que da para curar esta enfermedad en su obra Me-thuselah es vivir más

¹²² Castillo de los Niños, en francés en el original. (N. del T.)

¹²³ Este señor tiene treinta niños; en francés en el original. (N. del T.)

¹²⁴ ¡Vaya fecundidad!; en francés en el original. (N. del T.)

¹²⁵ El Hombre del Destino. (N. del T.)

tiempo, vivir hasta que podamos desarrollarnos. Como esto no es posible, tenemos que confiar en un proceso más lento de la evolución, y mientras tanto debemos actuar basándonos en el estudio de las figuras de mayor altura que hayan existido con vistas a aprender más de ellas. Con este propósito, Shaw se dedicó en primer lugar a estudiar el carácter de Julio César, porque veía en él la combinación de una capacidad de pensamiento y de acción extraordinarias con unas cualidades notablemente humanas para el signo de su época. Admiraba tanto a Julio César que llegó a afirmar que, si hoy hubiera muchos hombres como él en la tierra, «todas nuestras instituciones políticas, morales y eclesiásticas se desvanecerían para dar paso a un orden de cosas superior».

Este tema me interesaba, pues si deseamos practicar cualquier acto debemos estudiar sus exponentes más destacados; si un hombre quiere jugar bien al tenis, tiene que ir a Wimbledon y observar el estilo del campeón contemporáneo. Si uno entra en la política tiene que leer historias y estudiar el método utilizado por los grandes maestros de la acción. Precisamente por eso siempre me ha parecido Julio César el ejemplo supremo. En los primeros tiempos de mi vida política, pensé en escribir sobre él, pero abandoné la idea por una de esas inhibiciones tontas de la juventud, por temor a resultar pedante; de modo que continué aquellos estudios en silencio, dando prueba una vez más de mi respeto y admiración hacia Shaw.

En aquellos tiempos, había varios escritores notables, pero — aparte de los filósofos profesionales y de los escritores científicos que tanto influyeron en mí— ninguno de los que podían ser definidos como artistas o pensadores estaban, en mi opinión, a la altura de Shaw, ninguno poseía su profundidad de juicio o su capacidad para el pensamiento creador. En esencia, Shaw era un pensador, mientras que la mayoría de los demás eran historiadores o traductores, lo que los franceses llaman vulgarisateurs, es decir, aquellos que traducen a un lenguaje más simple los pensamientos profundos de los pensadores más distinguidos.

Entre los escritores que entonces conocí se encontraba Lytton Strachey; para mi gusto su fino estilo lograba su mejor expresión en su ensayo sobre Racine. Mis relaciones con él fueron superficiales, y el recuerdo más vivo que conservo es una ocasión en que ambos fuimos invitados a una fiesta de catadores de vinos. Me saludó con las palabras: «Gracias a Dios que has llegado, estaba convencido de que me habían persuadido para que viniese con el propósito de asesinarme». Había sido el primero en llegar a la fiesta, y se encontró en la bodega de un sótano, con espadas colgadas de las paredes. Su voz de entonces podía haber asustado al tribunal que le juzgó por su objeción de conciencia a participar en la Primera Guerra Mundial. El tribunal le preguntó: «¿Qué haría usted si viese a un oficial prusiano violando a su hermana?», y él respondió únicamente: «Intentaría ponerme entre los dos». Prefiero esta versión que oí hace tiempo, a otra sobre el mismo incidente que se relata en una biografía reciente.

Aldous Huxley pertenece también a aquel período. Se ha dicho, más en Francia que en Inglaterra, que yo era uno de los personajes de Point Counter Point; sin embargo, sólo me conocía superficialmente, y de existir caracterización, ésta sólo puede basarse en mis apariciones en público, que son las únicas que podría haber estudiado con una cierta detención. En aquel período me molestó mucho la aparición en algunas novelas de personajes que intentaban caracterizarme, a base de atribuirme cualidades en mi vida privada que sólo había sido observadas en mis actuaciones de la vida pública. Traspasaban con demasiada facilidad el apasionamiento de las tribunas a mi comportamiento en la vida privada, y sus descripciones sólo respondían a la brillante imaginación de unos artistas que sólo me habían conocido hablando a las muchedumbres.

Posteriormente, conocí a Wyndham Lewis, Roy Campbell y otros, a los que se les imputaba, a veces incorrectamente, que expresaban mis puntos de vista en literatura; Wyndham Lewis solía visitarme de un modo muy clandestino, a la caída de la noche y con el cuello del abrigo vuelto. Aseguraba que habían amenazado asesinarle, pero voces indiscretas decían que sólo pretendía esquivar a sus acreedores. Me pareció agradable, pero muy susceptible. Un día me enseñó dos dibujos, uno de Stafford Cripps y otro mío, y se disgustó cuando comenté: «la institutriz y el gorila». Creo que fue un error confiar en él, pues su sátira salvaje, Los monos de Dios, estaba plagada de caracterizaciones de amigos comunes que yo estaba seguro de que le habían hecho más de un favor.

Roy Campbell tenía también un carácter duro, con muchas poses de macho, relinchos de potro salvaje y explosiones similares; es un tipo que normalmente me inspiró bastante desconfianza, a pesar de ser muy sincero. Indudablemente, aquellos hombres notables hubieran cobrado conciencia de lo que merecían si sus opiniones hubiesen dejado de ser impopulares. Qué despreciable es denunciar cualquier obra de arte basándose en las ideas políticas del artista, y con cuánta frecuencia la historia coloca ante el espejo del ridículo a los que utilizan semejante filisteísmo absurdo. Conocí a Ezra Pound cuando yo tenía cuarenta años, y lo encontré muy distinto de lo que esperaba, y después de leer su poesía, que tanto apasiona en la actualidad a las generaciones jóvenes. Me pareció una persona vivaz, práctica y activa. Observé agudamente que los ingleses de mi clase no acabábamos de crecer hasta los cuarenta años. No me encontré nunca con D. H. Lawrence, al que también se ha atribuido a veces una cierta afinidad entre sus escritos y mi acción política. Tampoco he conocido, ni he tenido relación alguna, con T. E. Lawrence, a pesar de los insistentes rumores que han circulado posteriormente en este sentido. Dos escritores distinguidos, mi gran amigo Henry Williamson y el también amigo Richard Aldington, tenían puntos de vista diametralmente opuestos sobre ese carácter

enigmático. Yo no me creo calificado para expresar una opinión sobre él, por cuanto no conozco nada suyo, salvo Los Siete Pilares de la Sabiduría.

H. G. Wells siempre me ha parecido un divulgador de la ciencia entre el gran público, un narrador, más que un pensador. Sin embargo, algunas de sus novelas revelan un cierto sentido estético, aunque él personalmente no tenga nada de bello, salvo quizá sus ojos curiosamente velados. Los dos hemos echado de menos una discusión seria. En nuestro primer encuentro, estuvimos jugando a su infantil pero entretenido ball game ¹²⁶, en su casa, próxima a Easton Lodge. En el segundo, yo estaba demasiado ocupado en la tarea igualmente juvenil, pero necesaria, de escuchar las marchas del nuevo movimiento. La casualidad, o la obstinación en perseverar en nuestras ocupaciones respectivas, frustró cualquier posible contacto intelectual. No procuré verme de nuevo con él, porque, según la información que tengo respecto a sus intervenciones anteriores en política, era un hombre tan lleno de complejos, como un erizo de púas. Detestaba a las demás figuras literarias, como Shaw, a quien yo admiraba, y a cualquiera que resultase físicamente distinto de él; algún mocetón robusto le debió quitar la novia durante sus días de dependiente en uno de esos encontronazos sexuales por los que estaba tan obsesionado.

Shaw, por el contrario, combinaba los valores intelectuales más elevados con un carácter noble; en él no cabía la mezquindad. Si tenía algún defecto, era su modestia, demasiado exagerada, que todavía reforzaba más en público. Temía que se rieran de él, y, para no correr ningún riesgo, decidía provocar él la risa antes. Por otra parte, un gran hombre de acción nunca se preocupa de la posibilidad de resultar ridículo; en cierto modo esto forma parte de sus tareas. Ni el profeta ni el hombre de acción deben preocuparse nunca por resultar absurdos a veces; es un gaje del oficio. Hasta los admiradores más fervientes de Shaw tienen que admitir que todos aquellos mecanismos de defensa que comporta siempre la paradoja a veces corren el riesgo de desviarse hasta la estupidez, cosa que él procuraba evitar a toda costa. Su origen parece residir en parte en la timidez y en parte (a pesar de su innata bondad y compasión) en un gran desprecio por el auditorio. Aquel hombre, que respetaba profundamente la inteligencia adulta, quería burlarse de los cerebros infantiles. Esta actitud de Shaw suponía debilidad y arrogancia al mismo tiempo, y buena prueba de ello es que había previsto ya una posible justificación: «Amo a todos los grandes hombres que han manifestado desprecio, porque sus almas son las flechas que intentan llegar a las costas más lejanas».

En Goethe también puede observarse la misma tendencia: la ocultación de la verdad por culpa de un mundo que no está preparado para proteger al profeta de la furia que desencadenan sus revelaciones prematuras.

Los pocos que por esta razón han aprendido algo realmente, imprudentemente francos, con corazones que desprecian callar, y arrojan desnudos al populacho todos sus pensamientos y todo su sentir, han sido siempre quemados y crucificados ¹²⁷.

Desde luego, éste es el soporte intelectual de los gobernantes modernos en varios países, que piensan que los objetivos reales siempre hay que ocultárselos al pueblo. Yo, por el contrario, todavía mantengo la opinión de que, para lograr objetivos grandes, es necesario correr el riesgo de anunciarlos abiertamente y hacer frente a la tormenta hasta que, finalmente, con la ayuda de los acontecimientos, se pueda persuadir al pueblo de que emprenda ese camino. Más aún, yo no creo que ningún gobierno pueda triunfar mucho tiempo a base de pequeños fraudes, y sigo manteniendo que las cosas grandes sólo pueden conseguirse utilizando medios igualmente grandes.

Goethe, en medio de las limitaciones e incluso de los peligros de su época, siempre se detenía antes de hablar demasiado: un ejemplo es su poema *Die Geheimnisse*. Shaw nunca se quedaba corto, pero cuando veía asomar la tormenta, adoptaba una actitud defensiva consistente en apoyarse sobre la cabeza y agitar los pies. El resultado exasperante de esta particularidad suya ha sido hurtar a la literatura inglesa algunos de sus mejores pasajes; es algo así como una risa convulsiva que sustituyese el último acorde de una gran orquesta; en estas ocasiones, Shaw perdía su vigor y traicionaba su genio. Sufrí esta característica suya de retirarse siempre antes de acabar, cuando me animó a romper con el Partido Laborista y a fundar un nuevo movimiento. Hasta inventó un nombre para él; sugirió que deberíamos llamar a nuestra gente Los Activistas. Sin embargo, justo antes de que fuera botado el nuevo partido, él insistió, de repente, en que debía quedarme en el Partido Laborista, con el pretexto de que yo sería elegido para suceder a Mac-Donald, que ya no podía durar mucho tiempo. Cimmie y yo nunca supimos exactamente qué es lo que le hizo cambiar de opinión tan trasnochada y repentinamente, pero después nos divertíamos a menudo imaginando que él debió visitar a sus viejos amigos, los Webb, en algún momento de humor, para comunicarles la chistosa información de que él había colocado una sátira real bajo el sillón fabiano, y debió encontrarse con una áspera reprimenda de su vieja preceptora, que le amonestaría por aquel comportamiento tan inadecuado, después de haber empleado toda su vida en construir el Partido Laborista; él debió, entonces, sentar cabeza. Como muchos otros grandes artistas, era capaz de describir una acción, pero incapaz de participar en ella.

¹²⁶ Literalmente, juego de pelota. (N. del T.)

¹²⁷ Citado por el autor en su introducción a la edición de Fausto, conmemorativa del bicentenario de Goethe.

13. EN EL GOBIERNO MACDONALD DE 1929

Las opiniones políticas que defendí durante la década de 1920 a 1930 pueden haber cambiado, pero lo que difícilmente puede negarse es que constituían una tentativa seria de solucionar los problemas del momento. En aquel período, muchos de nosotros nos consagramos por entero a la misión de servir a nuestro país y a nuestro pueblo en una época en que los sufrimientos humanos y el peligro nacional exigían actuar. Yo había entrado en la política con unos objetivos muy simples: prevenir cualquier vuelta a la guerra que tantas pérdidas había infringido a mi generación, y, en lugar de esa destrucción sin sentido, construir un modo de vida digno. Yo pensaba que la potencia creciente de la ciencia moderna podía proporcionar no sólo los medios necesarios para dar a todos una buena casa y un buen salario, sino también, con una dirección política competente, que aumentara considerablemente el nivel de vida. Después de once años de experiencia política, yo tenía una completa confianza en mi propia capacidad para resolver cualquier problema nacional; esta confianza no ha disminuido, sino que ha aumentado con los años.

Al fin, el Labour tuvo su gran oportunidad después de la victoria de 1929¹²⁸, porque podíamos contar, con bastante seguridad, con el apoyo de los liberales, al menos en relación con el programa del desempleo. Llegaba la oportunidad de poder hacer lo que habíamos prometido durante tantos años¹²⁹. ¿Cuáles fueron los resultados de todos aquellos esfuerzos que exigían más de un sacrificio personal y llevar una existencia difícil, con luchas incesantes en medio de una tormenta de injurias, en lugar de la buena vida que tanto nos gustaba y a la que teníamos tantos medios de acceder? La respuesta a esta pregunta es tan frívola y absurda que resulta difícil darle crédito. Antes de ser ministro, solía decir que las caricaturas de Bernard Shaw de la inteligencia, el carácter y el comportamiento de los políticos apenas tenían gracia porque estaban demasiado alejadas de la realidad. Tras un año en el cargo, me sentí inclinado a decir: las obras de Shaw se quedan por debajo de la realidad.

J. H. Thomas ocupa un merecido lugar en la divertida parodia de los políticos del segundo Gobierno laborista de MacDonald, pero antes de explicar mis relaciones con él en relación con la política general y con la lucha parlamentaria, describiré los medios que tenía a mi disposición y los hombres que me ayudaron a elaborar las ideas creadoras que más tarde serían tan discutidas. En 1929, yo contaba con la ayuda de lo que fue entonces y aún sigue siendo el equipo directivo más brillante del mundo: el personal de la Hacienda británica. Ramsay MacDonald formó su segundo Gobierno laborista después de las elecciones de mayo, y me invitó a ser canciller del ducado de Lancaster, un cargo que me proporcionaba tanta libertad como un ministro que tuviese que resolver el problema del paro; tenía un despacho en Hacienda y un funcionario de aquel departamento como secretario permanente. J. H. Thomas era el ministro, máximo responsable, y tenía su despacho también en el mismo edificio. Los otros dos ministros, responsables del Departamento de Trabajo y del Departamento de Escocia, tenían sus despachos en otro lugar.

Lo primero que tiene que quedar claro para cualquiera que se proponga estudiar mi política con detalle, es que mi programa a corto plazo de 1929-30 para acabar con el problema del paro, sólo pudo llevarse a la práctica con la ayuda del Servicio Público; el programa a largo plazo que propuse al mismo tiempo es otra cuestión muy distinta, pero también era esencial la colaboración del Servicio Público. Esto no quiere decir de ningún modo que todos los funcionarios de Hacienda estuviesen de acuerdo con aquellos programas políticos, ya que sería alejarse de la realidad. Dice mucho a favor de la integridad del Departamento el que sus funcionarios trabajasen con idéntica lealtad al ministro, tanto si estaban de acuerdo con él como si no, siempre que el ministro supiera lo que tenía que hacer. Esta última condición es vital, ya que si un ministro incompetente en una Administración inepta se dedica a dar vueltas por Hacienda, o por cualquier otro departamento, preguntando: «¿Qué haremos ahora?», la respuesta será siempre negativa, indicando así que se le juzga incapaz para el gobierno. Por el contrario, si el ministro dice claramente lo que quiere que se haga, después de escuchar atentamente a todos los que tengan algo que decir, y da instrucciones claras, puede contar con su entera lealtad en el momento de aplicar la política del Gobierno, aunque esté en completo desacuerdo con ella. Ellos casi nunca estaban de acuerdo conmigo, pero siempre me ayudaron, y siempre les estaré agradecido. Mi cargo resultaba muy peculiar. Era el único de la Administración que tenía acceso directo a todos los departamentos principales del Estado, y el privilegio de consultar a todos los funcionarios sobre cualquier tema. Me beneficié mucho de esta experiencia.

Mi método consistía en polemizar sobre los programas prácticos en conferencias por los distintos departamentos. Para esta tarea tenía poca ayuda, de hecho sólo contaba con el secretario de Hacienda, Donald Wardley. John Strachey Young siguió conmigo como secretario particular, pero como no podía asistir a las reuniones de los departamentos donde se resolvían todos los asuntos, no podían ayudarme demasiado en esta tarea. Donald Wardley que me acompañaba constantemente, era una auténtica fortaleza. Tenía una

¹²⁸ El Labour tenía 287 escaños en el Parlamento y los liberales 59.

¹²⁹ Fui elegido de nuevo por Smethwick, la circunscripción vecina a Ladywood, y Cynthia Mosley fue elegida por otra circunscripción del Midlands en Stoke-on-Trent, de mi Staffordshire natal.

personalidad espléndida, forjada en las batallas de la Primera Guerra Mundial; siempre estaba tranquilo, con la cabeza despejada y siempre dispuesto a ayudar. Poseía un buen carácter y se interesaba por todo. Después fue responsable del trabajo de Hacienda con el patrimonio artístico nacional.

Nuestra tarea era ayudar a un hombre completamente incapaz de comprender nada, J. H. Thomas. Era imposible sentir aversión hacia Jimmy, como pedía a todo el mundo que le llamasen, porque tenía un atractivo indudable. Cualquiera quedaría desarmado si le hubiese visto en los mítines de ferroviarios, a los que había dirigido durante muchos años, responder a los gritos furiosos de «Nos has vendido, Jimmy» con la salida jovial: «Bueno, lo he intentado por todos los medios, pero, maldita sea, no he podido encontrar ningún comprador». Desde luego, era un alocado, pero demostró ser un negociador sagaz para los ferroviarios a quienes (con su habitual sentido de la oportunidad para hacer dinero) sirvió bien a lo largo de toda su vida. Oliver Stanley, desde su posición ventajosa, me hizo una vez la observación de que Jimmy tenía más dificultades de moverse en el mercado en la época de 1929-30 que en el período anterior, cuando se dedicaba a vender las mercancías almacenadas de los ferrocarriles antes de convocar una huelga; sin duda, si hubiese sido descubierto, habría alegado que aquello era un pequeño ardid del oficio que podía justificarse teniendo en cuenta sus cualidades y servicios anteriores.

Sin embargo, en el Gobierno de 1929, la verdad pronto se puso en evidencia; Thomas se encontró a sí mismo en un mar de nuevos problemas en el que perdía pie. Una cosa era maniobrar hábilmente, con su perspicacia natural en las negociaciones del ferrocarril con una serie de hechos y cifras aprendidos lentamente a través de toda la vida, y otra cosa era tratar con rapidez problemas nuevos y multitud de dificultades que afectaban a toda el área del Estado y de la industria en una situación peligrosa y agobiante. Un K. C. hábil habría captado, probablemente, en un fin de semana todos los hechos y cifras básicas que constituían la heráldica de Thomas en las negociaciones del ferrocarril; y eso que Thomas conocía muy bien su trabajo como una vez proclamó con esta frase contundente: «Pensad que yo tuve una vez un gran estilo como consejero y que ahora sólo soy un "limpiador" profesional». Pero ante el problema del paro se enfrentaba todos los días con la necesidad de decidir sobre hechos recientes que hubiese llevado I un hábil K. C. una noche de trabajo duro. Jimmy ocupaba sus noches en cosas muy diferentes. Tenía a su cargo un trabajo que, simplemente, no sabía cómo realizar. Todos sus pequeños trucos, su personalidad y carácter afable ya no le servían de garantía. (Beatrice Webb solía decir que cambiaba de actitud con la misma facilidad que una mujer de maquillaje.) Al final, daba la espalda a la realidad de los acontecimientos.

Todas las semanas solíamos encontrarnos los dos con los máximos responsables de todos los departamentos del Servicio Público para revisar los progresos hechos en relación con el problema del paro. Estas personas admirables escuchaban pacientemente las tonterías triviales con las que J. H. Thomas intentaba ocultar su total incomprensión del problema. Rebatían sus sugerencias más grotescas del modo más amable posible, pero, cada vez que le contradecían, él se irritaba e intentaba replicar continuamente, negando la evidencia. Una mañana fui a su despacho como de costumbre para acompañarlo a nuestra reunión semanal, y también para intentar hacerle comprender un punto bastante complicado, que se iba a tratar en el orden del día, entre un hábil dirigente de uno de los ministerios y yo. Estaba sentado en su mesa con la cabeza apoyada en las manos y cuando entré se quejó: «Oh Tom, tengo la cabeza como un infierno esta mañana». Mi ambicioso proyecto de explicarle aquel tema difícil estaba, a todas luces, fuera de lugar. Después de una conversación incoherente acerca de la amargura de aquella mañana tras una noche tan feliz, se reanimó un poco cuando me dijo que estaba a punto de descubrir el fraude de Correos, pero el conserje entró antes de que hubiésemos entrado en el tema, para anunciar que la reunión había empezado ya.

El Lord del Sello Privado caminaba delante de mí por el pasillo y pude observar, lleno de curiosidad, que llevaba una mano puesta detrás y que la falda de su abrigo abultaba notablemente. Entró en la habitación, todavía en la misma postura, y se sentó con mucho cuidado a la cabecera de la mesa, usando sólo una mano para gesticular, cuando normalmente acostumbraba a usar las dos para acompañar su elocuencia. En seguida dijo que tenía un asunto urgente e importante que discutir que debía preceder al orden del día establecido; aquello significaba despedirme de cualquier esperanza de mantener una conversación seria sobre el grave asunto que yo había preparado. Volviéndose en seguida al responsable de Correos le preguntó con una mirada amenazadora: «¿Me dijo usted que cuesta quince chelines hacer ese buzón?», y señaló con dedo acusador a un pequeño buzón de madera colgado en la pared debajo del teléfono. La respuesta fue afirmativa, y en seguida el misterio se desvaneció. Con un gesto triunfal sacó de debajo de la cola de su abrigo una caja parecida que colocó en la mesa dando un gol-petazo. «Aquí la tienen, de hojalata, y la han hecho nuestros muchachos, aquí, en Gran Bretaña; no es nada de esa caoba que importáis del extranjero, y (paseó su mirada triunfal por la mesa) ha costado tres chelines». A continuación, siguieron unos minutos de lecciones sobre economía general y sobre el respetable tema de «comprar productos nacionales y estar orgullosos de ello». En la primera pausa de su vigorosa oratoria, se oyó una voz, queda y tranquila, procedente del lugar que ocupaba Correos: «Esta caja, la que hay en la pared, costó sólo tres chelines; son las cosas que hay dentro las que costaron los otros doce».

Aquellos días estuvimos muy ocupados con el tema de Correos. Los departamentos perdían casi todo su tiempo por la insistencia del Lord del Sello Privado de que los postes de madera de telégramos debían

sustituirse por postes de hormigón fabricados en Inglaterra. En el Departamento se gastaron resmas de papel para demostrar el desastre que supondría poner en práctica aquella idea. Los jefes de todo el Servicio Público se deleitaron durante largo tiempo con nuestros debates en aquellas famosas reuniones semanales. El responsable del Departamento de Correos de entonces unía unas dotes literarias, bien conocidas en amplios círculos, a una gran personalidad; debió divertirse mucho con aquel ejercicio, más que todos los demás. En síntesis su tesis era que los postes de hormigón resultaban más caros y más peligrosos. Pero el bull-dog de Jimmy no se amedrantaba tan fácilmente. Escribió a un amigo suyo del sindicato australiano y obtuvo la respuesta deseada: los postes de telégrafo en aquel país eran de hormigón. De nuevo se cargó el ambiente de nuestra reunión semanal con el suspense del triunfo ministerial, pues la carta fue leída con todo el efecto dramático de un virtuoso parlamentario. A continuación vino la lánguida respuesta: en Australia deben tener los postes de hormigón porque las hormigas blancas se comerían inmediatamente los postes de madera. Después de una larga pausa una voz procedente del Departamento escocés, interrumpió: «Evidentemente, la única solución para nuestros problemas económicos es importar hormigas blancas».

Los magnates se interesaron más cuando Thomas realizó un viaje de varias semanas a Canadá con el objeto de desarrollar allí mercados de exportación. No hizo nada que valiese la pena, fue sólo un viaje de evasión y de embriaguez; a su regreso, pronto quedó esto de manifiesto, de la manera más ridícula. Fueron invitadas personalidades de la industria a reunirse con nosotros en una sesión solemne para escuchar todo lo que Jimmy había hecho en favor suyo; sobre todo en favor de los caciques del carbón. Se congregaron todos, gratamente sorprendidos y agradecidos de que un ministro de la Corona hubiese perdido tanto tiempo, y a costa del dinero público, para hacer de viajante comercial suyo. Fueron obsequiados con una oratoria rimbombante que informó en términos generales de que, como resultado de su prolongado esfuerzo, el mercado del Canadá estaba a su disposición.

Después de unas expresiones grandilocuentes de gratitud por semejante logro, que, al principio, llegaron casi a la aclamación, un militar brutal y carente de tacto que había sido un miembro eminente del Estado Mayor durante la guerra y que, tras su retiro, había prestado servicios igualmente valiosos en la industria del carbón, se atrevió a plantear la delicada cuestión del precio, que hasta entonces no se había discutido. ¿A qué precio tenían que entregar el carbón en el mercado canadiense que Mr. Thomas había sido tan gentil de obtener para ellos? La respuesta fue que el Ministerio había fijado ya todas las condiciones y que las encontrarían razonables. Durante algún tiempo se sucedieron preguntas y evasivas; y al final el industrial puso el dedo en la llaga con una precisión militar. América no sólo está altamente mecanizada, sino que tiene unos costes de transportes más baratos que Inglaterra; es por esta razón que los americanos siempre han podido absorber aquel mercado. «¿Ha persuadido el ministro a los canadienses a que paguen más caro su carbón para poder comprar el inglés?; si es así, ¿cuál es el precio?; insisto en que se me responda.» Mr. Thomas, próximo a un ataque de apoplejía, gritó: «Es una pregunta impertinente». La reunión se disolvió en medio de una confusión considerable.

Así continuó «adelante y hacia arriba», según el lenguaje de MacDonald, sin que se registrase ninguna intervención por parte de la «bestia infatigable» que teóricamente dirigía el Gobierno. Mantuve buenas relaciones con él y algunas veces pude verle en privado donde teóricamente hubiese podido informarle; sin embargo, me encontré transportado a una comedia de Shavian, en la que el primer ministro se encuentra dispuesto a discutir cualquier cosa (preferentemente de las argomas a las que recordaba con nostalgia) excepto del tema esencial del que dependía su Gobierno. Los otros dos ministros que en principio también trataban el asunto del desempleo, George Lansbury y Tom Johnston, tenían incluso menos acceso que yo a MacDonald, y en todo caso siempre estaban ocupados en sus propios departamentos y no tenían tiempo de asistir ni siquiera a nuestras reuniones semanales en Hacienda. En seguida parecieron darse cuenta de que con Thomas no iríamos a ninguna parte, pero siempre me prestaron un apoyo leal en mis esfuerzos; en particular Lansbury, que era el menos atareado de los dos.

Al final no veía a Thomas más que lo imprescindible, y proseguimos la tarea de conseguir algunas cosas dentro de los departamentos, de acuerdo con lo que a mí me parecía que era la política más adecuada para tratar el problema del paro. El contacto con Thomas supuso simplemente más dificultades y complicaciones. Por ejemplo, en una ocasión me pidió repentinamente que anunciase en la Cámara de los Comunes que acababa de aprobar la emisión de 70.000.000 de libras para sufragar los gastos del paro. Expresé mis dudas sobre la cifra, que no había aparecido en ninguna discusión ni en ningún acta, pero se me informó que era urgente anunciar esto desde el Ministerio, dando el máximo de publicidad, para aliviar la situación parlamentaria. Era la única vez en mi vida que yo daba a la Cámara de los Comunes un hecho o una cifra falsos, que podían incluso ser fácilmente impugnados, y yo no pude perdonarle esta decepción. Mis relaciones con Thomas se deterioraron.

Resumiré la serie de propuestas que formulé para combatir el paro en un documento que fue conocido como el Mosley Memorandum. Lo hice circular por el Ministerio y se lo hice llegar a Thomas. Si no recuerdo mal, le notifiqué de un modo correcto que tenía intención de hacer aquello, pero él luego se quejó de que debía haberlo discutido antes con él. Había intentado hacerlo la mayor parte del año sin ningún resultado y había

llegado el momento de pasar a la práctica; yo pisaba un terreno sólido y legítimo. Entonces ocurrió un incidente desagradable, del cual yo no fui responsable, pero que dio pretexto a mis enemigos para utilizarlo como arma contra mí dentro del Gobierno. John Strachey se llevó a su casa el Memorándum, y una persona irresponsable alegó que lo había visto tirado por el suelo. El asunto llegó a la prensa, y Thomas rápidamente, con una cierta ayuda de Snowden, me acusó de entorpecer sus tareas. Fue una buena ocasión para la vieja cuadrilla y la aprovecharon a fondo. En un ataque de rabieta y saltándose todas las formalidades ministeriales, evitaron toda discusión de los temas reales, sobre los que su incompetencia, indecisión y pedantería iban a conducir al Gobierno a su ruina en poco más de un año. MacDonald estaba soberbio en su papel ofendido de vieja reina doliente con un ataque de lése majesté ¹³⁰, Thomas, en las disputas por llevarse el dinero de la cerveza de la sección local del sindicato y otras cosas de este tipo, también era más listo que un mono escapándose con un coco robado. Tuvimos mucho problemas, pero salimos sanos y salvos, excepto el pobre John, que siempre fracasaba cuando intentaba disimular su desprecio intelectual hacia ellos y se había granjeado su enemistad.

John Strachey era un símbolo de las dificultades que surgirían posteriormente entre el ala sindical del movimiento laborista y los que eran llamados intelectuales; a veces, la utilización errónea de ese nombre está en proporción inversa a la realidad. Un intelectual real, de buena voluntad en las relaciones humanas y de constitución vigorosa, es perfectamente capaz de conseguir las condiciones necesarias para triunfar en un movimiento de masas. Ciertamente debe tener un gran amor por las masas y la paciencia necesaria para comprender bien la gran diversidad de los seres humanos. Debe sentirse como en casa en todas partes, tanto en todos los aspectos de la vida inglesa como en la vida europea de la época. En muchos intelectuales, el excelente pero delicado motor del intelecto carece de una base suficientemente firme para tirar adelante por la dura ruta de la práctica; la máquina se estropea pronto, o se retira a algún garaje tranquilo de la inteligencia. John Strachey tenía la fortaleza física y el temperamento necesarios, pero le abrumaba la náusea cuando su frío ojo intelectual veía aquel espectáculo familiar: el típico dirigente laborista esforzándose por mantener unido al Partido a base de introducir en los altos cargos a una extraña colección de personajes completamente inadecuados para ocupar puestos en el gobierno de un gran país. Algunos de los dirigentes sindicales eran las mejores inteligencias prácticas de la nación y hubiesen sido muy valiosos en cualquier administración. Pero tanto los dirigentes sindicales como las figuras claves del Partido eran seleccionados de acuerdo con las conveniencias del Partido más que atendiendo a sus capacidades.

Es una característica fatal del Partido Laborista que el dirigente siempre depende de un equilibrio de fuerzas que impide la acción. El dirigente prisionero es un resultado inevitable de toda la estructura, psicología y carácter del Partido. MacDonald no podía soportar trabajar ni con Thomas ni con Morrison, que eran los principales obstáculos que impedían la acción (Thomas porque no comprendía nada y Morrison porque era testarudo, rígido, un fatuo pequeño burgués exento de visión e incapaz de ver más allá de los papeles de su mesa). Morrison, como ministro de Transportes, rechazó los proyectos de carreteras nacionales que treinta años después tuvieron que llevarse a la práctica a toda prisa, con las naturales dificultades de emprender esa tarea en un período de pleno empleo (cuando entonces se podía haber previsto el desbordamiento de las carreteras nacionales y haber proporcionado trabajo a los parados). Entonces había treinta pistas distintas de carreteras entre Londres y Birmingham — una solución poco útil incluso para el tráfico de diligencias de la época en que fueron trazadas —, pero Morrison se resistió ferozmente a todo proyecto para un plan nacional de carreteras; era el hombre de las autoridades locales que le habían aupado en su carrera. Ésta es la razón por la cual la siguiente generación de jóvenes ingleses que pasaban sus fines de semana en sus espléndidos coches, pudieron ver mejor la parte trasera del coche que les precedía en una cola interminable por las magníficas campiñas de Inglaterra; incluso hoy el sistema de carreteras nacionales está muy lejos de haber alcanzado el proyecto que se propugnó entonces.

Nada hubiese podido persuadir a Morrison para que cambiase de opinión, y MacDonald tenía que protegerle porque era el jefe del Partido en Londres, el Mr. Arreglalotodo local. Era un excelente mediador en las disputas locales entre los distintos distritos electorales. Sin embargo, era completamente un inepto para la administración nacional. Tenía considerables dotes como propagandista, y en la Segunda Guerra Mundial hizo un llamamiento emocionante a los jóvenes «para ir a ella» (una acción de la que desgraciadamente se libró en la Primera Guerra Mundial, cuando él era joven), pero en aquella época fue tan incapaz para realizar cualquier tarea como cuando fue ministro de Transportes. Era un experto en tocar las campanas de su parroquia, y naturalmente pronto fue trasladado, por las exigencias domésticas del Partido Laborista, no ya a los más altos cargos del Estado, sino nada menos que al Foreign Office cuando «Europa» era una gran tarea aún sin vida ¹³¹. Ocupaba el Home Office cuando salí en libertad después de mi detención durante la guerra, y a veces se piensa que se la debo a él: yo siempre he creído que lo que le obligó a dejarme en libertad fue la presión de Mr. Churchill; Morrison prefería dejarme en prisión por temor a la agitación comunista.

¹³⁰ Lesa majestad, en francés en el original. (N. del T.)

¹³¹ Mr. Morrison coronó su carrera presidiendo el Foreign Office durante la ausencia de Burgess y Maclean. Sin duda no era tan inconsciente de sus actividades como su predecesor Mr. Bevin, que observó, dando muestras de su ineptitud: «La izquierda puede dialogar con la izquierda».

Morrison demostró un agudo instinto, desde su punto de vista, cuando escribió a MacDonald sobre mi Memorándum, remitiéndolo al Consejo de Ministros. Se quejó de que podía sobrepasar sus responsabilidades como ministro. Ciertamente creo que hubiese abandonado su cómodo despacho si yo hubiese tenido poder para decidir que siguiese o se retirase. La gente de ese tipo se siente ofendida cuando entra en acción cualquier carácter dinámico dentro del Partido Laborista. Su poder de obstrucción proviene de que su desplazamiento puede significar el hundimiento del Partido, y un primer ministro laborista no puede actuar como un ejecutivo sino más bien como un equilibrista. La única cualidad que necesita es capacidad para aguantar en la cuerda floja hasta que todo el andamiaje se cae por tierra.

Un tipo como Thomas es peor aún dentro del Partido que la burocracia obstructora. El primer ministro siempre corre el riesgo de colocar a un payaso borracho en los altos cargos de vital importancia para la nación. Pronto ese capricho, debido a las necesidades internas del Partido, acaba por cortar su mismo cuello, igual que el cerdo que se aventura a nadar en aguas profundas; éste fue el fin inevitable del caso Thomas, que tantos daños supuso para los intereses nacionales. Pero el primer ministro laborista, prisionero de los intereses del Partido, no puede impedir el daño hasta que ya está cometido, a menos que quiera romper la unidad del Partido. Las razones concretas que impidieron a MacDonald deshacerse de Thomas fueron su poder en los sindicatos y al apoyo que le prestaba un fuerte sector parlamentario del Partido. La propia posición de MacDonald dependía de los partidarios de Thomas en el Partido, y aunque tenían un carácter muy distinto, estaban también unidos por fuertes lazos de amistad e intereses comunes. ¿Por qué iba MacDonald a romper aquellos lazos y comprometer su posición a causa de una polémica económica que, por otra parte, comprendía muy poco? Era mejor esconderse como una sepia detrás de una cortina de tinta, mostrar su indignación contra el Memorándum, y evitar así tener que tomar decisiones graves.

También Thomas, en casi todas las reuniones semanales, había tenido que enfrentarse con la dolorosa necesidad de tomar decisiones en una discusión que no comprendía en absoluto. Casi siempre se producía una discusión entre su ayudante principal, un funcionario brillante y capaz pero, desde mi punto de vista, muy conservador, y yo. Al final del debate el ayudante se volvía a Thomas y le decía: «¿Podemos considerar, señor, que su decisión es tal y tal?» Thomas podía elegir entonces entre jugar sobre seguro concediendo la victoria al Servicio Público y dando la espalda al insensato hombre de Birmingham con sus ideas I. L. P., o bien decir la verdad en su lenguaje vulgar: «No he comprendido ni una puñetera palabra». Siempre jugaba sobre seguro. MacDonald hizo lo mismo, y consiguió no sólo mi dimisión sino también, en última instancia, la ruina de su Gobierno. Por mi parte, veía muy claramente que, si prestaba por más tiempo apoyo a aquella cínica arlequinada, traicionaría por completo a la gente a la que habíamos prometido tantas veces resolver el problema del paro. Dimití en mayo de 1930, y expliqué mis proposiciones para combatir el desempleo en la Cámara de los Comunes el 28 de mayo.

Yo no era ya el joven apresurado, como pretendían presentarme, o el abogado de los «negocios del gato salvaje», como decía Snowden. Mi programa se basaba en la nueva teoría económica (de la que ellos no entendían nada) y contaba con el apoyo del genio más dinámico de la generación anterior, Lloyd George — con todo su prestigio debido a sus logros en tiempos de paz y a su administración durante la guerra—, y también con el mismo J. Maynard Keynes, el maestro del nuevo pensamiento económico. Dado que todos mis papeles fueron destruidos durante la guerra, mientras yo estaba en prisión, tengo que confiar en mi memoria para escribir estas memoirs; sin embargo, las investigaciones han probado, afortunadamente, que mi memoria es digna de crédito, incluso en lo que se refiere a acontecimientos que ocurrieron hace muchos años. En relación con Keynes estoy en deuda con Robert Skidelsky¹³². Escribió que yo envié el Memorándum a Keynes para que lo comentase (presumo que debía ser correcto, porque él ocupaba una posición semioficial y el documento no había llegado aún al Gobierno). Entonces Keynes «con el permiso de Mosley», se lo enseñó a Hubert Henderson y ambos estuvieron de acuerdo «que era un documento muy rico y esclarecedor». Keynes me apoyó a lo largo de todo este período y fue tan lejos que incluso llegó a decir a Harold Nicolson que hubiese votado por el Nuevo Partido¹³³. Mis recuerdos personales de esa brillante figura, de modales afables y de inteligencia afilada como una hoja de afeitar, se remontan a las primeras comidas en su casa, a veces solo y, en una ocasión solemne, con la presencia exquisita de su esposa Lydia Lopokova, del ballet ruso.

Preparábamos un formidable aparato para actuar, pero fue frustrado por la maquinaria que los viejos partidos habían creado a lo largo de los años y de la cual sus dirigentes eran un producto. Las filas y los rangos en el Partido Laborista, igual que las filas y los rangos en el Partido Conservador, constituían la sal de la tierra, pero la confianza en sí mismos les conducía a que, en los períodos relativamente tranquilos, produjesen líderes capaces de descarriarles. En las filas y rangos de los laboristas y de los tories es aplicable la idea de Bonaparte de que los ingleses son leones dirigidos por monos. Si la crisis se hubiese agravado, como ocurrió en otros países, estos dirigentes hubiesen desaparecido y las organizaciones de los partidos hubiesen permitido que las dirigieran, o bien se habrían derrumbado. Pero en Inglaterra bastaba con reventar el Partido Laborista a base de

¹³² *Politicians and the Slump* (Macmillan, 1967).

¹³³ Ver Nicolson, *Diaries*, 1930-39, pág. 72.

instalar en el poder una combinación de MacDonald y Baldwin: es la multiplicación de cero por cero lo que produjo esa gran nulidad que es la situación actual de Inglaterra.

Después del viaje de Thomas por Canadá, al menos quedó claro que no iba a persuadir a los principales países capitalistas de que aceptasen nuestros productos como un favor a Inglaterra. Otras cosas parecieron entonces aún más improbables, como por ejemplo el que nuestros productos fuesen más competitivos a base de que la burocracia se hiciese cargo de las industrias nacionalizadas, en lugar del sistema de empresa privada. En todo caso, los primeros pasos vacilantes de este socialismo gradualista tenían que haberse dado ya. El Partido Laborista fue entonces víctima de su propia teoría (la más alejada de todas de la realidad) al plantear su acción en el marco del socialismo internacional. Yo había sufrido allí, no sólo las consecuencias de su desalentadora teoría, sino también sus mortíferas realizaciones. Fui enviado como representante del Partido Laborista a una reunión de la Segunda Internacional en Bruselas, poco antes de salir del Ministerio.

Aunque otros europeos poseyesen un nivel intelectual completamente distinto al de los dirigentes del Partido Laborista, ello no alteraba la realidad básica de que en el mejor de los casos costaría siglos conseguir algo a través del socialismo internacional. Era interesante conocer a los franceses, a Léon Blum en particular, un judío muy inteligente; sin embargo, a pesar de que la economía francesa era mucho más fuerte, y que, en comparación con la nuestra, era incluso relativamente estable, ni sus conocimientos intelectuales, ni sus lazos internacionales le salvaron cuando los banqueros le echaron con cajas destempladas, poco años después, cuando era primer ministro de Francia. Vincent Auriol, que después fue presidente de la República, habló en aquellas reuniones sobre las finanzas y la economía con singular lucidez. Al escuchar su explicación, me pregunté, con juvenil y casi provinciana curiosidad, si su actuación confirmaría la descripción que Curzon me hizo sobre el estadista francés: exponer con una lógica irrefutable un asunto que luego invariablemente desmentían los hechos. La única cosa que estaba clara en la Segunda Internacional era que ninguna acción de aquella augusta y bienintencionada asamblea iba a solucionar el urgente problema del paro en Inglaterra.

Esta opinión sobre la Segunda Internacional quedó confirmada en una visita que realicé a Berlín en compañía de MacDonald poco antes de que formase su segundo Gobierno laborista, a principios de 1929. Tuvimos una discusión con los dirigentes del movimiento socialista alemán que estuvieron afiliados a nuestro Partido en la Segunda Internacional, pero la conversación profunda, al estilo alemán, pronto se volvió demasiado seria para el gusto de MacDonald. Al final, inclinándose hacia atrás, con su gesto favorito de gran seigneur entendido en artes, preguntó qué opinión se tenía en Berlín sobre Van Gogh. ¿Van Gogh? ¿Van Gogh?, por toda la mesa corrió aquella extraña pregunta hasta que alguien con un destello de luz exclamó: ¡Un pintor! Entonces, el hombre que más me había gustado de la reunión (un magnífico ex sargento instructor prusiano con mucha experiencia) se puso de pie y dando un taconazo dijo: «Llamaremos al museo y preguntaremos». MacDonald se dio por vencido.

Hasta entonces, sólo me había dado cuenta de la estúpida forma de vida de MacDonald, que malgastaba el tiempo de un primer ministro y en consecuencia el tiempo de la nación. Pero el elemento más significativo de su carácter histérico se puso de manifiesto después de aquel viaje a Europa. Entonces pude observar la esencia de estos hombres de falsa palabra y de falsos hechos. Eran animales completamente distintos, en todas las cosas, pequeñas y grandes, a los maestros de la acción política que ha producido la historia. Desgraciadamente, son tipos que aparecen siempre en nuestro país en los períodos en los que el río de la historia transcurre por el pacífico cauce contemporáneo que describió Churchill: «Tan tranquilo que incluso puede llevar en su pacífico seno a personajes tan despreciables como Baldwin y MacDonald». Los Baldwin y los MacDonald siempre están presentes en estas circunstancias. Se cambian y se adaptan en su apariencia superficial, con un nuevo ropaje y maquillaje, para adecuarse a la moda pasajera, pero en su esencia más profunda siempre son el mismo tipo de hombres. Son los «beatos», las personas de méritos infinitos, los modelos de virtud cívica y decoro privado. Son los productos de la tradición puritana, y los más fieles seguidores de esa tradición. Han causado a Inglaterra un daño ilimitado y hoy han alcanzado su cénit con la inevitable reacción de la represión puritana.

La última injuria, más directa y notable, que el mezquino azote del puritanismo infligió al pueblo inglés fue la abdicación, de la que Baldwin fue el primer responsable. Ahora viene la reacción inevitable en el sentido contrario, absurdo y posiblemente fatal. El azote del puritanismo desaparecerá cuando Inglaterra entre en Europa y pueda alcanzar un equilibrio. Mientras tanto, el mismo país, tan respetable, que antes rechazó a Eduardo VIII, ahora ofrece un divertido espectáculo para diversión de los europeos sofisticados; la paciente yegua vieja que durante generaciones y generaciones no había hecho otra cosa que repartir botellas de leche de puerta en puerta en su paseo doméstico, ha huido de pronto con el carro destrozando en su huida toda la mercancía.

Personalmente, soy contrario al libertinaje del mismo modo que a la represión sexual; necesitamos volver a la cordura y al equilibrio de la tradición europea. Darle la vuelta al puritanismo sería simplemente dar la vuelta a una misma medalla, y al final volver al desastre actual, siguiendo un círculo vicioso. Yo he tratado este problema, para subrayar la catástrofe del puritanismo, tanto en sus consecuencias primarias como secundarias, y para propugnar una actitud más racional y europea. También he escrito proponiendo con urgencia el punto de

vista de que se necesitaba un tipo de hombre completamente distinto para resolver estos problemas. Ese tipo de hombre ha aparecido ya antes en el escenario de la historia, y en menor grado en nuestra época, en la persona de Lloyd George. Él y otros contemporáneos suyos menos importantes fueron rechazados, siguiendo una escala de valores morales totalmente corrompida, por hombres que frecuentemente eran ellos mismos unos farsantes, unos sepulcros blanqueados, como dice la antigua frase bíblica; su doble vida privada estaba en aguda contradicción con sus slogans públicos, y el resultado era que esa doble moralidad y la subsiguiente neurosis de ansiedad producían una histeria que constituía un peligro nacional. Debemos evitar dar la vuelta al puritanismo; la negación de su naturaleza produjo aquellas catástrofes individuales, del mismo modo que ahora produce una orgía repulsiva de libertinaje, de la cual, afortunadamente, viven apartadas las amplias masas del pueblo británico. Ellas buscan ese nuevo tipo de hombres de Estado para el futuro, unos estadistas a la altura de los altos personajes del pasado; hombres de temperamento sereno y equilibrado, libres pero autocontrolados, más por un criterio selectivo que por inhibición. Por esta razón, yo luché contra los tópicos que no podían justificarse en absoluto por muy divertidos que fuesen, ya que los chistes a veces son demasiado trágicos y los problemas personales que los originan son también demasiado amargos. Es necesario desenmascarar a los farsantes para que puedan surgir nuevos valores y nuevos hombres.

Estoy lejos de sugerir que la actual situación inglesa se debe a la represión sexual de sus primeros ministros, aunque A. J. P. Taylor subestimó probablemente este factor cuando escribió que seis primeros ministros, relativamente recientes, habían cometido adulterio. Sin embargo, es cierto que la aguda contradicción entre la apariencia pública y la vida privada y el consecuente hábito de vivir como farsantes pueden ser origen de desastres, sobre todo cuando van acompañados de un tipo de vida que entra en conflicto con la misma naturaleza humana. Un carácter sólido puede sobrevivir, sin duda alguna, a toda una vida de vicisitudes, si es suficientemente fuerte. Sin embargo, la debilidad de carácter puede agravarse a medida que transcurre el tiempo, del mismo modo que un cuerpo débil se deteriora más con una vida desordenada. Como mejor puede valorarse el temperamento es por la forma en que los hombres se comportan en las situaciones difíciles. La conducta de MacDonald en sus asuntos privados se parecían demasiado a su actitud en los asuntos públicos. Para ilustrar mejor este punto voy a hacer una pequeña digresión de nuestra historia.

MacDonald constituía un caso muy extraño en este terreno. En aquel tiempo era muy guapo, con facciones rectas, pelo excelente y una voz soberbia que era su mayor reclamo en las tribunas y en el Parlamento. Posiblemente, la razón por la que llegó a ser líder del Partido en lugar del tullido Snowden fue porque tenía mejor presencia. F. E. me dijo una vez que en Inglaterra ningún hombre llega lejos ni en los tribunales ni en la política, a menos que tenga algún atractivo físico, ya que los ingleses dan mucha importancia a este aspecto. Esto no es del todo cierto; he conocido hombres feos que han triunfado en la política, pero es en parte verdad que MacDonald triunfó por su aspecto físico. Aparte de su buen aspecto, tenía un temperamento sentimental. Solían circular muchas historias cómicas sobre él. Un hombre que viaje con a las montañas del Himalaya y que ocupó una habitación contigua a la suya en un chalet con una excelente vista, nos dijo que MacDonald salía por las mañanas, antes de que saliese el sol, estiraba los brazos y exclamaba con su acento escocés: «El día pertenece al mundo, pero el amanecer me pertenece a mí». Este tipo de historias le convertían ante la nueva generación en un objeto cómico, ya que sólo podían explicarse a partir de su vanidad y su carácter emotivo.

En principio MacDonald era un hombre con moral y unos instintos de antecedentes puritanos; en compañía de muchos de sus colegas, consideraba cualquier asunto de amor como un don gratuito, en lugar de una necesidad de la vida. Pero lo más impresionante fue la argumentación ingeniosa que me dio para explicarme sus amplios criterios sobre estos asuntos. Un hombre de cierta edad, famoso mecenas y firme sostén del Partido, se vio envuelto en un caso escandaloso de divorcio. Yo le dije a MacDonald en un descanso: «Eso nos hará daño». «En absoluto —replicó—; si el viejo amigo tuviese tu edad, el público se indignaría porque pensaría en lo mucho que el pobre podría disfrutar, pero a su edad saben que no puede obtener demasiado placer.» MacDonald debió pensar en el análisis de Macaulay sobre la actitud de la oposición puritana al acosar al oso: no se tiene en cuenta el sufrimiento del oso, sino el placer que proporciona a los espectadores.

No eran los asuntos de amor, sino su estilo de vida absurdo lo que le dejaba exhausto. Tenía montones de papeles por leer, gente a la que ver durante todo el día y discursos que preparar, y encima le gustaba salir a cenar fuera; era un snob y hacía sus comidas en círculos tan alejados del Partido que los Webb se escandalizaban. En particular, su mayor deleite consistía en sentarse toda la noche a charlar con Lady Londonderry (la abuela del actual Lord Londonderry); seguramente sólo estaban unidos por la curiosidad de ella y el snobismo de él. Ella era una mujer de carácter, aunque no demasiado inteligente, y poseía una magnífica casa en Park Lane, la vieja casa de los Londonderry que entonces era escenario de las recepciones oficiales de los torios; mientras perdía las tardes en aquellos lugares, Lossie Loon (como MacDonald solía llamar a sus sueños juveniles con nostálgico afecto) debía sentir sin duda que al fin lo había conseguido.

Posiblemente, fue la conducta de Mac Donald que yo observé en aquellos tiempos, lo que me impulsó a sostener con fuerza el punto de vista de que los estadistas deben vivir como los atletas; nada de cenar fuera, ni ir a los banquetes ni a las comidas, sólo ver a la gente importante en el trabajo. Si un atleta vive de ese modo

antes de un campeonato, ¿por qué no debe vivir de esa misma forma un primer ministro? ¿Debemos los ingleses siempre jugar en el trabajo y sólo trabajar en el juego? A mí me parece que los estadistas son sujetos muy pobres si no saben comportarse seriamente durante los pocos años que ocupan la cumbre de la responsabilidad. No obstante, casi todos ellos eran frívolos en este sentido hasta un grado sumo, excepto Lloyd George, que perdía muy poco tiempo en sus diversiones. Como consecuencia de esas costumbres, MacDonald siempre estaba agotado, no campos mentís, cuando tenía que discutir asuntos serios. Sin embargo, no era un hombre estúpido, ya que Robert Cecil solía decirme que en su primera época hacía buenos discursos. Incluso como primer ministro todavía era capaz de hacer un discurso aceptable después de unos cuantos días de aire puro y de comer y dormir razonablemente. Podía haber realizado su trabajo bastante bien si hubiera llevado una vida sensata, pero su vida social le convertía en un mono y lo reducía a una condición próxima a la imbecilidad.

Lo que los políticos llaman relajamiento casi siempre es evasión, y no cabe evasión posible cuando se detenta la suprema responsabilidad. MacDonald se pasaba las noches hablando con Lady Londonderry, no porque estuviese enamorado de ella, sino porque era un snob y le gustaba la conversación ligera; los dirigentes del mundo, en la cumbre de la responsabilidad, perdían todo un día para conseguir un baile en lugar de hacer ejercicio paseando por un bosque o un jardín, pensando al mismo tiempo. Los estadistas corrían por las pistas oficiales y privadas embriagándose y asfixiándose hasta llegar al agotamiento físico y mental. En el mejor de los casos, el hombre político buscaba la diversión a base de llenarse la cabeza de historias de detectives y de divagar entre las novelas victorianas, del mismo modo que una persona se llena de bombones un estómago revuelto. A nadie se le ocurría descansar con los ojos cerrados durante unos pocos minutos para reponerse, una vez que ya se ha adquirido el hábito, o para leer algún clásico de eterna belleza que eleva el espíritu, o para buscar el reposo y la inspiración en la música inmortal. Esos hombres eran los verdaderos corrompidos, mucho más culpables que los hombres que siguen los impulsos de la naturaleza pero que no buscan la diversión en los asuntos serios. Pocos pueden disfrutar de la vida más de lo que yo disfruto, y en aquel entonces, pocos disfrutaron tanto como yo, pero repito, que un primer ministro que no puede ser serio ni entregarse completamente en los pocos años que detenta la suprema responsabilidad, es un pobre hombre. Para ser serio también se requiere un largo entrenamiento, formar unos hábitos para ese tipo de vida. Hay que desear la inteligencia adulta: Shaw tenía razón.

Fueron los acontecimientos posteriores a nuestro viaje por Europa los que me revelaron finalmente la profunda histeria de MacDonald. Su discurso en el Reichstag era el objetivo principal de nuestro viaje y alcanzó un éxito considerable, ya que llevaba una vida más razonable que de costumbre, con algún que otro descanso. Estuvimos rodeados de jóvenes corpulentos, conservadores y M. P., a los que Mac Donald habló con bastante lucidez. Allí no oí el nombre de Adolph Hitler, y en la primavera de 1929 ni siquiera sabía que existiera el Partido nazi. El embajador sugirió que debíamos invitar a cenar a Frau Stresemann, la esposa del canciller alemán. Nos informaron que se trataba de una señora de más de cincuenta años pero muy joven y muy alegre para su edad; también nos explicaron lo que significaba dar una vuelta de noche por los establecimientos de Berlín. MacDonald se comportó con toda seriedad porque pensó que aquello era menos adecuado para un futuro primer ministro que una velada en casa de Lady Londonderry; de modo que nos encomendó esa tarea, con la ayuda de nuestro viejo amigo Harold Nicolson, que era consejero en la Embajada.

Cimmie y yo nunca habíamos visto nada igual a aquel espectáculo nocturno. En muchos de los sitios a donde nos llevaron, los sexos habían intercambiado sus ropas, habían roto las costumbres de la Naturaleza de la forma más cruda. Eran escenas de decadencia y depravación que indicaban el hundimiento de una nación de un modo tan profundo que parecía que no podría volverse a levantar jamás. Pero al cabo de dos o tres años hombres con camisas pardas marcarían el paso de la oca por las mismas calles de Kurfürstendamm. En algunos aspectos los alemanes eran gente muy exagerada; como observó Carlyle, «de una nimiedad hacen una exageración». Al-dous Huxley añadió agudamente: «Los alemanes se hundan más profundamente y vuelven a resurgir más enfangados que ningún otro pueblo». Lo que entonces vimos en Berlín no era la representación típica del modo de vida del pueblo alemán, como tampoco hoy los excesos de Londres son atribuibiles al pueblo inglés. Pero Apolo y Dionisos estaban presentes en la fuerte energía de la esencia alemana, los dos elementos eran inherentes a su carácter y, en parte, a su genio. Cuando caen, los alemanes se quedan como Atlas sobre la tierra, y cuando el gigante se levanta su actuación futura depende en gran parte de la voz que le susurre al oído.

Mi último recuerdo de aquella velada en Berlín es el pobre Harold cayéndose dormido a las seis de la mañana, mientras las vigorosas damas valseaban con rosas rojas en las orejas y en la boca (y no sólo las señoras), hasta que una de esas bolas de confetis que se emplean en las salas de fiestas alemanas, golpeó a nuestro consejero en un ojo lo suficientemente fuerte como para despertarle; entonces, con un digno acceso de celo oficial, nos mandó a la cama.

MacDonald no participó en los festejos de Berlín; sin embargo, poco después de nuestro regreso a Inglaterra, tuvo una serie de dificultades a causa de unas relaciones románticas que había mantenido en Berlín y de las que yo me enteré a través de terceros. La mayor parte del mundo moderno estará de acuerdo conmigo de que no existe ninguna razón moral o de honor que impida a un viudo de edad avanzada tener este tipo de

relaciones. Creo que MacDonald era bastante inconsciente de todo este asunto y sólo se daba cuenta de sus emociones personales; desde las formas puras del puritanismo cayó en la histeria. El pobre hombre no fue más que un ejemplo más de las exigencias de la naturaleza — cantadas por los poetas —, de que el amor pertenece sólo a la juventud. Si a lo largo de la vida hay que mantener unas determinadas costumbres, al menos la experiencia amorosa debería adquirirse pronto. Los estadistas de edad más avanzada deberían, o saber mucho del amor, o saber contenerse. Desde luego, en una posición de alta responsabilidad, el tiempo y las energías deben reservarse para el trabajo.

Historias así no son nada cómicas, porque ese hundimiento patético del puritanismo se ha convertido en la tragedia de la Inglaterra actual. No deseo narrarlas porque mi intención sea extraer la lección que de ellas se desprende, y no condenar a un Lloyd George a favor de un MacDonald o del immaculado Baldwin. Sin duda alguna, una de las principales razones de la exclusión de Lloyd George fue la aversión que sentían los «beatos» del Partido Conservador y del Partido Liberal hacia su forma de vivir, aunque es cierto que su vida privada era inadecuada para su carrera pública. Sus lances amorosos han tenido tal publicidad que ahora no le pueden perjudicar nada hablar del tema. Mi único contacto con este aspecto de su personalidad fue mucho después de haber sido depuesto, en una cena que Lloyd George ofreció en los reservados de un hotel de los más respetables. Llegué el primero y me enseñó la lista de invitados, que incluía no sólo a políticos con cierta enemistad entre sí, sino también nombres procedentes de esferas muy distintas. Yo dije: «Esto levantará ampollas, si trasciende». Lloyd George con su inefable expresión y su sonrisa que le formaba hoyuelos en el rostro replicó: «Mi querido muchacho, si todo lo que he hecho en este hotel durante los últimos cuarenta años hubiese trascendido, no te puedes hacer idea de la cantidad de veces que me hubiera tenido que retirar de la política». La ausencia absoluta de embustes era un aspecto que resultaba encantador a la joven generación; ha sido una cualidad común en los pocos grandes hombres que he conocido.

En una ocasión me dijo: «El amor está bien, si no se pierde el tiempo». Yo comprendí que su actuación práctica era siempre ir derecho al grano y decidirse de entrada en un sentido u otro. Desde luego, no fue tan lejos como Bonaparte en su famosa historia sobre la dama que llegó para verle durante una reunión del Consejo; la reunión empezó tranquilamente pero se fue complicando y haciendo cada vez más difícil, acaparando progresivamente sus apasionadas energías. Se dice que el A. D. C.¹³⁴ le susurró al oído: «Madame est arrivée»; Napoleón contestó: «Que Madame atiende»; A. D. C.: «Madame attend»; Napoleón: «Que Madame se déshabille»; A. D. C.: «Madame est déshabillée»; Napoleón: «Que Madame se couche»; A. D. C.: «Madame est couchée»; Napoleón: «Que Madame s'en aille»¹³⁵. Estos métodos sirven para ahorrar tiempo, pero no para saborear los sutiles momentos del amor.

Algunos de los grandes genios de la acción política dedican más tiempo a este arte, y en consecuencia se les puede acusar de perder el tiempo, pero sus caracteres equilibrados están desprovistos de histeria. En una frase de Mommsen que puede encontrarse en un gran pasaje, al comienzo de *Julius Caesar*, hay una nota de reproche: «No es dado a los mortales con frecuencia poder contemplar la perfección». En mi traducción la frase sigue así: «No fue hasta que pasó el apogeo de sus años y se apaciguó el torrente de sus pasiones, cuando aquel hombre ganó la cumbre de su poder y se convirtió en un instrumento de acción para regir los destinos del mundo». Sus experiencias en los primeros años de su vida le proporcionaron más enseñanzas para poder dominar todas las situaciones, tanto las delicadas como las peligrosas, que las que aprendió el desgraciado de MacDonald.

La biografía moderna se deleita en tratar los escándalos triviales más que los grandes acontecimientos, cuando en realidad deberían tratar las ideas y actuaciones de esos personajes. Sin embargo, es cierto que muchas de esas cuestiones pueden ayudar a ilustrar la forma en que un hombre se conduce en las situaciones comprometidas. César dio muestras de una gran serenidad cuando Cato sospechó que él era cómplice de Catilina y estaba ganando tiempo, prolongando el debate en el Senado, para que se acercase el ejército rebelde sobre Roma. Cuando un mensajero le trajo una nota, Cato exigió con buenos modales que se leyese en voz alta, pero César se negó. Al insistir Cato, César le arrojó la nota diciendo que él personalmente podía leerla, pero nadie más. Era una apasionada carta de amor de la hermana de Cato, Servilia, madre de Brutus. Por esta razón, en la escena final se dice verosíblemente que César dijo: «Kai su teknon» en lugar de «Et tu Brute»; la costumbre de aquellos romanos era hablar en griego con sus íntimos, de la misma forma que se utilizaba el francés en el círculo de Federico el Grande.

¹³⁴ Aide-de-camp: ayudante de campo. (N. del T.)

¹³⁵ A. D. C.: «La señora ha llegado».

Napoleón: «Que la señora espere».

A. D. C.: «La señora espera».

Napoleón: «Que la señora se desnude».

A. D. C.: «La señora se ha desnudado».

Napoleón: «Que la señora se acueste».

A. D. C.: «La señora está acostada».

Napoleón: «Que la señora se marche».

En francés en el original. (N. del T.)

Incluso en este terreno limitado, podemos observar un tipo de hombre completamente distinto, un tipo de hombre más adecuado para un período en que es necesaria la acción. Los hombres de la tradición clásica europea mostraban no sólo una actitud completamente distinta en algunos de los aspectos básicos de la vida, sino también un comportamiento muy distinto ante toda clase de situaciones. Excluían la histeria totalmente, y se regían por unos objetivos a los que servía fielmente su voluntad. En la Inglaterra de hoy necesitamos volver a ese temperamento en el que ni la histeria producida por la represión, ni el libertinaje tengan cobijo; un temperamento que está en armonía con la vida, la naturaleza y los objetivos, unidos a un nivel cada vez más alto. «El mundo es temperamento».

En el presente sería esperar demasiado que apareciesen en la política aquellos grandes hombres de los que Shaw escribió que si surgían muchos de ellos «todas nuestras instituciones políticas, eclesiásticas y morales se desvanecerían para dar paso a un orden superior». No obstante debemos, si no en la política, al menos en el arte, aproximarnos a ese ideal descrito como el proyecto de la moral del futuro por Nietzsche en uno de sus momentos de inspiración (un autor al que Shaw y algunos de sus mejores contemporáneos deben mucho).

«El trabajo de tales poetas (poetas, es decir, aquellos cuya visión del hombre es ejemplar) se distinguiría por el hecho de que estarían inmunizados al brillo y a las veleidades de las pasiones. El toque fatal de una nota equivocada, el placer de destrozar el instrumento en el que se ha tocado la música de la humanidad, la insolente carcajada y el crujir de dientes, y todo lo que es trágico y cómico en el viejo sentido convencional, sería calificado en este nuevo arte como una crudeza tosca y arcaica y una distorsión de la imagen del hombre. Esfuerzo, bondad, pureza, y ese innato sentido de la medida y del equilibrio brillará en las personas y en sus acciones como un firmamento despejado, se reflejará en sus rostros y en sus hechos, en el conocimiento científico y en el arte al mismo tiempo; la inteligencia, sin arrogancia ni celos, convivirá con el alma, aprendiendo de los adversarios en la vida, la seriedad, no la impaciencia del conflicto. Todo ello creará el pilar de oro sobre el que se levantará el retrato real del hombre, el bosquejo de su creciente nobleza.»

Los conocimientos proporcionados por la ciencia moderna pueden ayudar a seleccionar hoy a los hombres y adiestrarlos para el mañana. Puede parecer quizá demasiado crudo, demasiado ambicioso y demasiado fantástico, cuando escribí una vez que la humanidad con la ayuda de la ciencia moderna podría jugar el papel de partera del destino, acelerando la evolución. La historia y la ciencia juntas pueden servir al menos para señalar qué tipo de hombres se necesitan cuando se requiere actuar.

Si nuestro objetivo inmediato es extraer nuevos valores de la sociedad decadente, creo que deberíamos volver la mirada no hacia el puritanismo sino hacia los clásicos griegos y hacia nuestros propios isabelinos. Existe el peligro real de que una «convulsión biológica» (según la aguda frase de Muggeridge), provocada por mera repugnancia hacia la situación actual, conduzca a una nueva vuelta al puritanismo, comenzando un nuevo ciclo que concluirá una vez más con la decadencia. Ahora estoy ocupándome principalmente de la economía y la acción política, y las consideraciones éticas y filosóficas corresponden a la conclusión de este libro. Entretanto, sugiero como un principio adecuado para la situación actual el siguiente: no volver al puritanismo ni continuar con la histeria; pero sí volver a Grecia y seguir a la ciencia.

14. DIMISIÓN. LA LUCHA EN EL LABOUR. LA CONFERENCIA DEL PARTIDO

En la crisis de 1929 yo me sentía capaz de combinar la acción inmediata con un plan a largo plazo, la táctica con la estrategia hablando en términos militares. Entonces yo sabía muy bien a donde me dirigía, y por tanto la acción inmediata podía servir a mis propósitos finales. Los años de estudio y los viajes para examinar las condiciones de vida de todo el mundo, me habían proporcionado esa claridad. Pero en el Gobierno me encontré con hechos urgentes y amenazadores frente a los cuales la teoría me servía bien poco. Tuve que actuar, y de prisa, para conservar mi orientación hacia los objetivos finales.

Cualquier plan de acción tenía que tratar lo inmediato y lo último, los hechos presentes y los objetivos a largo plazo. Sobre todo, en una crisis nacional, debíamos actuar rápidamente, con cualquier tipo de medios que estuviesen a nuestro alcance, a veces sin tener en cuenta otras consideraciones. La primera necesidad es vivir; después podremos planear el futuro.

En mi discurso de dimisión y en todo el programa político con el que dimití del Gobierno en mayo de 1930, el programa a corto y a largo plazo se hallaba profundamente dividido. Esta dicotomía pocas veces se comprende perfectamente. Por ejemplo, la propuesta sobre el paro que hizo Lloyd George con la ayuda de Keynes y otros economistas se parecía mucho al programa de emergencia a corto plazo que yo elaboré con la ayuda del Servicio Público. Pero el programa a largo plazo de la segunda mitad de mi discurso iba más allá de los que Lloyd George e incluso Keynes sugerían entonces. Hasta 1933 Keynes no empezó a aproximarse a esta posición ¹³⁶.

Los teóricos liberales empiezan hoy a reconocer la necesidad de las nuevas y fundamentales medidas que en 1930 los líderes liberales estuvieron muy lejos de apreciar. Por ejemplo, Mr. Grimond ha declarado que en 1930 posiblemente el que comprendía mejor que nadie que «la regulación de los salarios y de los cambios en los mercados mundiales descartaban la posibilidad de mantener el librecambio en un solo país» ¹³⁷ era yo. Esto supone un notable avance en el pensamiento liberal contemporáneo, y constituye un reconocimiento, al menos parcial, de las causas que me impulsaron a exponer la segunda mitad de mi programa: la reconstrucción a largo plazo. Hoy son hechos comúnmente aceptados el que las bases tradicionales del comercio de las Islas Británicas han desaparecido para siempre y que debemos buscar la entrada en comunidades económicas más amplias de las que hemos permanecido muy aislados desde el caos de los mercados mundiales; este reconocimiento explica la tentativa británica de ingresar en el Mercado Común. Mi política en los años treinta iba destinada a desarrollar el mercado del Imperio, y mi política en 1948 propugnaba una Europa unida que incluyera los Dominios y otros territorios de ultramar. Los programas a corto y largo plazo de mi discurso de dimisión eran dos cosas completamente distintas, pero más que oponerse, se complementaban entre sí, ya que el programa a corto plazo permitía ganar tiempo para la reconstrucción a largo plazo.

Las políticas a largo plazo eran auténticas herejías en el ambiente de aquella época. A pesar de ello, mi discurso de dimisión logró un amplio eco. Por eso me inclino a pensar que lo que provocó una reacción favorable debió ser el programa a corto plazo, el llamamiento urgente para que se hiciera algo y que ese algo supusiera un esfuerzo real. La unanimidad en favor de aquellas medidas de emergencia quedó demostrada por el apoyo que recibí entonces en forma de cartas y artículos de prensa. La gente no aplaude un discurso sólo por su forma; lo aplaude porque está de acuerdo con su contenido. Pocos fueron tan capaces como Mr. Asquith de apreciar el mérito de unas manifestaciones que se oponían tan radicalmente a sus concepciones.

La buena acogida que dispensaron a este discurso Lloyd George, Churchill y otros oradores en el debate que siguió, es bien conocida, pero el cuadro podría completarse con una selección de cartas que recibí de miembros de todos los partidos. Hasta ahora ninguna había sido publicada, aunque nunca las he considerado privadas. Revelan la bienvenida que se dispensó desde todos los lados de la Cámara a aquel llamamiento a la acción, tras varios años de ir a la deriva.

«Su discurso fue el mejor que he oído nunca en la Cámara, y supongo que es una de las mejores piezas parlamentarias de todos los tiempos», Brendan Bracken.

«Fue, con mucho, el mejor discurso que he oído en el Parlamento desde la guerra... Con la ayuda de L. G. usted podría tirar adelante con su política... La gratitud de todos nosotros... Estaba soberbiamente hecho. Me resulta imposible expresar en palabras lo que pienso de su maestría y de su fuerza.» Philip Noel-Baker.

¹³⁶ Keynes escribió dos artículos sobre la autosuficiencia en el *New Statesman* el 8 y el 15 de julio de 1933. Descarta completamente la posición clásica sobre el libre comercio y hace una lúcida exposición de las conclusiones económicas básicas a las que yo había llegado en el Gobierno. Cuando le escribí para felicitarle, me contestó con su acostumbrada cordialidad, pero añadió que el propósito de sus artículos era salvar al país de mí, ¡no abrazar mi causa! Dos años antes había dicho a Harold Nicolson que votaría por el New Party (Nicolson, *Diaries*, 29 de abril de 1931), pero el triunfo del fascismo en 1932 le alarmó, como a muchos intelectuales. Y, sin embargo, en 1933 había abandonado definitivamente la posición liberal y había adoptado la base de nuestro pensamiento económico.

¹³⁷ Entrevista en *The Spectator*, 15 de diciembre de 1967, de Los políticos y el hundimiento, de Skidelsky (Macmillan, 1967).

«Es el discurso mejor y más constructivo que he oído en la Cámara. Fue claro y espléndido.» Clement Davies.

«Creo que fue el más grande tour de force parlamentaria que escuchará la presente generación.» Robert Boothby.

«Una manifestación parlamentaria realmente grandiosa... Quedé enormemente impresionada... No creo que haya ninguna otra persona en la Cámara capaz de conseguir algo semejante.» Violet Bonham-Carter.

«Permita a un gran admirador expresar su gran admiración.» John Simón.

Finalmente, la carta que más agradeció el orador fue la de su madre, que presenció su actuación desde la galería, y decía que «gente de todo tipo de ideas» piensa que fue «el discurso más hermoso que habían oído en la Cámara en veinte años».

Probablemente, fue esta experiencia más que ninguna otra, la que ofreció un mayor contraste con el curso posterior de mi vida, y preludió la gran prueba postulada por Kipling: «Si puedes, enfréntate al triunfo y al desastre, y trata esas dos cargas de la misma forma». Es una frase que, como muchos de los escritos de este notable autor, roza lo grotesco, pero contiene también, como todo lo genial, algo de verdad. Los elogios llovieron sobre mí como pétalos de rosas lanzados por los invitados de una ceremonia nupcial, cuando nadie podía imaginarse que me amenazaban tiempos futuros de felicidad o desgracia. Al explicar los contrastes que han constituido la esencia de mi vida, es preciso mostrar las dos caras de la moneda, la fama y el ultraje. Durante estos últimos años se ha dado, casi exclusivamente, la visión de una de esas caras, y para trazar un cuadro real he de utilizar el procedimiento al que tan aficionados somos los ingleses, por las razones que di en el capítulo 10; decir toda la verdad exige ser provisionalmente inmodesto. Desde luego, mi vida cambió bruscamente, al menos durante un feliz lapso de tiempo, a consecuencia de este discurso. Ahora me movía desde la izquierda hacia el centro de la política británica, posición en la que en esencia he permanecido desde entonces, aunque a veces no se haya querido reconocer. Los rayos solares de aquella aprobación casi universal desaparecieron durante cierto tiempo el círculo de sombras. Como escribió más tarde el *Observer*: «Los hombres y las mujeres se van con Mosley porque hay que inventar algo para salvar la sociedad» (8 de octubre de 1961). El centro e incluso la derecha volvieron su mirada hacia mí, del mismo modo que los espíritus más realistas y fogosos del Partido Laborista.

La fuerte corriente que me apoyaba en el Partido Laborista se puso de manifiesto abiertamente poco después cuando dio a luz el documento que llegó a ser conocido como el Manifiesto Mosley; apoyaba toda mi política y se publicó en el mes de julio siguiente. Este Manifiesto fue firmado no sólo por M. P. laboristas como John Strachey y W. J. Brown (que más tarde me ayudarían en la formación del *New Party*), sino también por el líder de los mineros, Arthur Cook, por Aneurin Bevan y por otros influyentes M. P. laboristas como Philips Price.

La actitud general de la prensa hacia mi discurso de dimisión fue resumida por el corresponsal del *Daily Herald* en su descripción del debate: «Un intenso sentimiento de emergencia nacional rompió las barreras que separaban a los partidos y pareció flotar sobre todos los diputados... Sir Oswald Mosley empezó con una brillante defensa de sus posiciones, a la que siguió una ofensiva vigorosa y bien documentada... Cuando se sentó, se alzó una ovación larga y prolongada desde todos los sectores de la Cámara... Los diputados tories que hablaron después conmigo parecían casi aterrorizados, al menos tal fue la impresión que me produjeron». La prensa nacional, ante mi agradecido asombro cuando la leí durante el desayuno, fue prácticamente unánime.

La realización de un programa a corto plazo que se enfrentase con la emergencia del desempleo, esencialmente era un asunto administrativo, que sólo podía ser resuelto por un ministro que mantuviese estrecho contacto con todos los departamentos, y que pudiera analizar los hechos y unirlos en un todo mediante una acción ejecutiva y práctica. Sólo se tocaba la teoría en un punto, el concepto, entonces nuevo, del déficit financiero; lo demás consistía en sintetizar todos los planes posibles y prever una dirección que los ejecutase de un modo eficaz, con la máxima velocidad y el mínimo coste. Analizar bien los hechos es el primer test de capacidad administrativa. Mi método consiste en formular encuestas continuamente, probar e investigar hasta que se han reunido todos los datos necesarios. Cuando se tienen dificultades es necesario dejar entonces a los expertos que confronten los datos unos con otros y los discutan, mientras el administrador estimula el debate con nuevas cuestiones, hasta que surja la verdad. Los requisitos esenciales para cualquier acción eficaz son la claridad y la precisión; claridad en la investigación de los hechos, precisión en la determinación de las decisiones correspondientes.

Como hombre joven y ministro nuevo enfrentado al urgente problema del desempleo, con acceso a toda la información pero sin la autoridad del primer ministro, ni siquiera de un viejo ministro en funciones, tuve que confiar solamente en el poder de la persuasión y en la capacidad de las personas interesadas para hacer las cosas bien. Estuve siempre muy lejos de poder utilizar mi método favorito que consistía en registrar mediante una secretaria las decisiones tomadas en una reunión de trabajo, en la que se obligara a todos los presentes a sugerir correcciones o poner objeciones, y después de llegar a unas conclusiones claras, exigir responsabilidades para la realización de cada punto. Este método me ha parecido siempre una necesidad

elemental en todo órgano ejecutivo. Los métodos que tuve que utilizar en mi calidad de ministro del Gobierno laborista fueron muy diferentes; tuve que avanzar cautelosamente a través de un laberinto de departamentos consagrados por el tiempo y tratar amablemente con muchos simpáticos caballeros, sin alterar demasiado la paz en que estaban acostumbrados a trabajar, antes de poder recoger todos los datos y unirlos en el plan de acción que recomendé primero al Gabinete y después a la Cámara de los Comunes.

Mi programa a corto plazo, que suponía dar empleo inmediatamente a un número de personas comprendido entre 700.000 y 800.000, no era en sí mismo demasiado original. Comprendía principalmente tres medidas: un esquema de jubilaciones de emergencia que dejaría en la industria 280.000 plazas vacantes; subir la edad escolar, lo que suponía 150.000, y un total de 300.000 más encontrarían trabajo en la construcción. Además, mi discurso de dimisión sugería el drenaje de tierras y el saneamiento de los barrios pobres mediante «una intervención más directa por parte del Estado en vistas a abreviar las demoras locales», y abogaba por «algo parecido a equipos móviles de trabajo bajo salarios y condiciones de trabajo decentes». Al menos que yo sepa, ésta era la primera vez que se hacía una proposición para un plan nacional sobre el problema de la vivienda y por el saneamiento de los barrios pobres en que se intentase superar el obstáculo burocrático de las autoridades locales.

Aunque los tres proyectos fundamentales para dar trabajo a unas 700.000 u 800.000 personas no eran enteramente originales, el método y los mecanismos que se proponían para realizarlos constituían en aquellos días sino una completa novedad, sí al menos un cambio total de las ideas en boga, ya que debía hacerse a base de empréstitos. Incluso aceptando el principio keynesiano del déficit financiero, que entonces era revolucionario, pretender poner en práctica aquellos métodos con la ayuda de los departamentos ministeriales tenía algo de ingenuo. El gasto anual que tendría que desembolsar el Tesoro por estos conceptos resultó la cifra, sorprendentemente baja, de £ 10.000.000. Incluso hoy, puede ser muy interesante estudiar los gravámenes medios y la amortización de costes durante un cierto período, que implicaban la realización del proyecto, y comprobar que con él se reducían al mínimo las cargas presupuestarias. Estas conclusiones se fundamentaban en una montaña de datos que expliqué durante una hora y cuarto en mi discurso de dimisión, y que la Cámara tuvo la suficiente paciencia de seguir con atención.

¿Por qué, entonces, el Gobierno no aceptó la creación de 700.000 a 800.000 nuevos puestos de trabajo por la notoriamente baja carga presupuestaria anual de £ 10.000.000, sobre todo cuando los detalles de la financiación no fueron rebatidos en la discusión por sus portavoces? La respuesta está en que el procedimiento de empréstitos, o de déficit financiero, en un período de depresión, entraba en contradicción con la esencia misma de la ortodoxia financiera de aquella Administración socialista; asombroso, pero cierto. Cuando yo pregunté: «¿Es erróneo en días de depresión, habilitar un crédito sobre los ingresos del Fondo de Carreteras para financiar un programa de emergencia que, en épocas de prosperidad, será reembolsado a un Fondo Extraordinario procedente de ese mismo Fondo de Carreteras?» La respuesta fue que Mr. Snowden consideraba aquello realmente erróneo; en realidad, aquella sugerencia le horrorizaba tanto como le hubiese asustado a Mr. Gladstone. La ortodoxia económica de aquel período rechazaba de plano toda política que tuviera algo que ver con la economía keynesiana, y ambos lados de la Cámara se unieron en su negativa. Mr. Churchill, aunque tuvo la suficiente honradez como para elogiar el método y la forma de mi exposición, era, igual que Mr. Snowden, un prisionero de las viejas teorías económicas; se detestaban el uno al otro, pero en materia financiera compartían las mismas opiniones.

Expuse la argumentación sobre este asunto crucial así: «Hay que tener en cuenta que dar trabajo a muchos hombres supone una gran cantidad de dinero al año. Dar empleo a 4.000 hombres supone £ 1.000.000 al año, y £ 100.000.000 anuales emplear a 400.000 hombres ¹³⁸. De esta forma, si siguen utilizando el viejo procedimiento a gran escala, el Estado o las autoridades locales tendrán que desembolsar enormes sumas para llevarlo adelante. ¿Y de dónde han de salir esas sumas, de los ingresos normales o de los empréstitos? ¡£ 100.000.000 de los ingresos normales! ¿Quién sería capaz de proponer esto en la situación actual? Esa cifra supone el doble del Impuesto de Utilidades. No hay más remedio que habilitar créditos. Si el principio general de utilizar un gran empréstito se rechaza, entonces debe ponerse fin también a este tipo de tarea... Si no se pueden habilitar créditos, entonces no podrá resolverse el urgente problema del desempleo.

«No me cabe ninguna duda de lo que escucharemos a la derecha. El diputado por Epping (Mr. Churchill) ha dicho, en respuesta a la última parte de mis tesis, y las ha descrito como opiniones del Tesoro: Ningún empréstito que consiga el Gobierno debe sacarse de otras actividades industriales, que dejaría en la calle a todos los hombres que tienen un empleo. ¿Cómo puede el Gobierno actual apoyar semejante tesis?» (Desde luego yo sabía ya entonces que, en estas materias, Snowden coincidía plenamente con Churchill.) «Me gustaría conocer la opinión del canciller del Exchequer, pues todos los argumentos con los que se me ha intentado rebatir parecen apoyar esta idea.

«Admito que este razonamiento tiene algo de sorprendente en períodos de aguda deflación. Pero si ustedes persisten en una política deflacionista, restringiendo todas las bases del crédito, resultará desde luego

¹³⁸ Estas cifras, naturalmente, están referidas al valor de la libra en 1930.

difícil conseguir grandes empréstitos para proyectos como éste... Defienden, sin embargo, una política financiera de estabilización; el punto de vista de que el Tesoro no se vaya a pique. Esto significaría en la práctica que todas las empresas nuevas tendrían que poner en la calle a tantos hombres como los que emplearan. Si siguen el argumento hasta su conclusión lógica, llegarán a un absurdo completo. Si estas premisas son ciertas, ello quiere decir que ni el Gobierno ni el Parlamento pueden hacer nada. Significa que ningún gobierno puede realizar función alguna ni proponerse llevar adelante ningún plan; es una política de deserción total. Se ha dicho, cosa bastante curiosa teniendo en cuenta la modestia de mi programa, que es la política de la "bandera roja". Yo podría replicar que la conocida opinión del Tesoro es la política de la "bandera blanca". Es la política del abandono, de la negación, algo que permite frustrar y bloquear cualquier política real que pretenda hacerse en este país.»

Los argumentos que esgrimí serían ahora universalmente aceptados, pero entonces fueron rechazados por las dos alas de la Cámara y lanzaron contra ellos el fuego de la artillería pesada de los partidos. El retraso en aceptar las nuevas ideas y los nuevos hechos, constituyen un problema grave en una época en que los acontecimientos se desarrollan mucho más de prisa que la imaginación de los hombres.

Rematé esta argumentación con una referencia al método erróneo seguido por el Gobierno al buscar la conversión, que incluía una cita del presidente del Board of Trade extraída de un discurso pronunciado pocos días antes. «Sólo durante los últimos quince días han sido autorizadas £ 16.000.000 de nuevo capital para inversiones en ultramar, y yo les aseguro que el proceso continuará.» Yo comenté: «¿Por qué? ¿Por qué es tan correcto, deseable y adecuado que el capital se vaya a ultramar a equipar factorías que competirán con nosotros, a construir carreteras y ferrocarriles en la Argentina o en Tombuctu, a dar empleo a la gente de esos países, mientras que, cuando alguien se atreve a sugerir que el Gobierno emplee dinero en aumentar los puestos de trabajo en este país, se asegura que se tambalearán los cimientos de nuestra potencia financiera?»

Aquí vemos el principio de la contradicción entre la política de los productores y la política de los financieros, entre mi deseo de desarrollar un mercado nacional basado en el poder adquisitivo de nuestro propio pueblo, acompañado por la concentración de nuestros recursos en este tipo de desarrollo, y el punto de vista tradicional de que debemos dejar dinero al extranjero y estimular un fuerte comercio de exportación con el propósito de consolidar una posición fuerte en las finanzas internacionales. El punto de arranque de este largo proceso de maduración política se remonta, desde luego, al discurso que pronuncié en 1918 durante mi primera elección, cuando utilicé la expresión «Imperialismo socialista». Esta idea volvió a surgir en 1929 bajo la forma más desarrollada de un área económica viable bajo la dirección de un fuerte gobierno central.

La palabra clave aislamiento entró a formar del vocabulario político en el siguiente pasaje: «Quiero hacer constar ahora que la política de control de importaciones puede y debe ser ampliada a otros campos, por la razón siguiente: si nosotros estamos construyendo un mercado nacional, debemos convenir en que la nación tiene que aislarse, en cierta medida, de los shocks eléctricos que suponen las circunstancias mundiales en la actualidad. Ustedes no podrán edificar una civilización superior y un nivel de vida que pueda absorber las fuerzas de la producción moderna, si están sujetos a las fluctuaciones de los precios del resto del mundo, que dislocarán su industria a cada paso, ni al deporte de la competencia de mano de obra, que vive en otros países prácticamente en condiciones de esclavitud. ¿Qué perspectivas tenemos, si no es un mercado nacional, de absorber la producción moderna?»

Yo había determinado ya la premisa de este razonamiento en el siguiente pasaje: «Por supuesto, debemos exportar siempre lo suficiente para poder comprar los alimentos y materias primas necesarios, pero no necesitamos exportar tanto que lleguemos a una balanza comercial favorable a las inversiones extranjeras con un margen de unas £ 100.000.000 anuales, ni a tener que pagar la cantidad de manufacturas de lujo que entran hoy en el país. Debemos abandonar la idea de que el único criterio justo para medir la prosperidad británica sea la cantidad de bienes que podamos lanzar fuera destinados al consumo de los extranjeros. Puede argumentarse todo lo que se quiera en pro o en contra de la recuperación del nivel de exportaciones que teníamos antes de la guerra, pero queda en pie el hecho de que cada vez resulta más difícil restaurar aquellas condiciones de la preguerra, y debemos enfrentarnos con los hechos si queremos encontrar una salida a nuestra producción actual».

A continuación, me lancé a exponer un programa a largo plazo que iba mucho más allá de Keynes y de todas las teorías de aquel período. En esta parte del discurso todavía quedó más clara la profunda división que existía entre un programa ad hoc de emergencia para hacer frente a la crisis del desempleo y una política a largo plazo destinada a reconstruir las bases de nuestra potencia industrial a base de cambiar nuestra economía de un sistema basado en los financieros a otro basado «en los productores».

La política a largo plazo iba mucho más lejos que el programa a corto plazo y, en cierta medida, superaba también las proposiciones de Birmingham. La única diferencia esencial entre el pensamiento tradicional y las nuevas ideas, en lo que se refiere al programa a corto plazo, residía en el concepto del déficit financiero, y aquí yo contaba con el apoyo incondicional de Keynes, no sólo de su teoría, sino también a través de sus intervenciones personales. Por otro lado, esta política a largo plazo suponía adentrarse en mares

completamente inexplorados entonces, cuya fuerte marea ha llevado a Inglaterra a reconocer, después de todos estos años, la justeza básica de aquellos análisis económicos, al buscar el ingreso en el área ampliamente aislada de un Mercado Común. Para crear un sistema aislado de los vaivenes mundiales, que habían colocado cada vez en mayores dificultades a nuestra posición industrial y que fueron descritas con detalle por primera vez en aquel discurso, era necesario descubrir y desarrollar un área económica viable, y ésta sólo podía encontrarse en el Imperio o en Europa. Cuando se perdió el Imperio, Europa se convirtió en la única posibilidad que le quedaba a Inglaterra de entrar en un sistema que reuniese estos dos requisitos: planificación interna y aislamiento respecto a la irrupción de factores externos. Los peligros que ahora se presentan y las necesidades que ahora se reconocen fueron previstos y expuestos en aquel discurso; sin embargo, entonces fueron rechazados con energía por las opiniones ortodoxas y obtusas de la maquinaria de los viejos partidos.

Mi política a largo plazo apuntaba más allá que las proposiciones de Birmingham, porque éstas en esencia eran un método ingenioso para la consecución de un mercado nacional en expansión dentro de una economía aislada, con la ayuda de un tipo de cambio fluctuante, un proyecto todavía válido en 1968. Añadía a la política laborista el necesario ingrediente de una teoría monetaria moderna (que le faltaba completamente) y algunos otros recursos que eran más avanzados que la teoría de Keynes. Pero en este discurso de 1930 yo aún avancé más, y propuse una economía aislada de las fuerzas perturbadoras del mundo, de la competencia de la mano de obra barata apoyada en la utilización de la moderna maquinaria racionalizada, un dumping deliberado por debajo de los costes de producción, con precios fluctuantes, que provocaba el colapso de los mercados mundiales; y también al margen de las manipulaciones de otros países con los tipos de cambio, maniobras destinadas a asegurarles una ventaja artificial para sus exportaciones y de las que yo me había ocupado mucho antes en mis intervenciones parlamentarias.

El concepto de aislamiento conducía inevitablemente primero a la idea del Imperio, y, después, a la de una economía europea que analicé más tarde con todo detalle. Así, el imperialismo socialista crecía y se hacía adulto en una esfera mucho más amplia. La única posibilidad de realizar esta idea de forma efectiva era desarrollar un área lo suficientemente amplia para ser viable, que incluyera su propio mercado y produjese las fuentes de alimentos y materias primas necesarias.

Entre las propiciones de Birmingham de agosto de 1925 y mi discurso de dimisión de 1930, se interponían dos experiencias: mi viaje a América y la información que obtuve de los distintos departamentos en el año que estuve en el Ministerio. En América había visto el proceso de desarrollo industrial ya descrito. En los departamentos del Gobierno había tenido ocasión de examinar con detalle las dificultades, en constante aumento, con que se encontraba nuestro comercio de exportación. En consecuencia, había llegado a la conclusión de que nuestro sistema comercial y financiero tradicional, que descansaba sobre un amplio superávit en las exportaciones, no podía continuar indefinidamente, y que llegaría el día en que nos encontraríamos con enormes dificultades a la hora de colocar, en competencia abierta en los mercados mundiales, las exportaciones suficientes aunque sólo fuese para pagar los alimentos y las materias primas, sin los que nuestra economía isleña no puede sobrevivir. En otras palabras, era inevitable que al final se presentase el actual problema de nuestra balanza de pagos.

El tiempo ha demostrado que tenía razón en el argumento fundamental que expuse en 1930, y ahí están para probarlo los esfuerzos de todos los partidos británicos por ingresar en una gran economía unida y aislada. Mr. Macmillan, como primer ministro, declaró en América, hablando sobre el comercio exterior: «El comercio de EE. UU. representa únicamente el 7 % de su producto nacional bruto, mientras que el nuestro representa el 32 % de nuestra producción nacional»¹³⁹. Las implicaciones de este discurso y de todos los discursos y actuaciones de los estadistas, son que esa desproporción no puede mantenerse indefinidamente. La validez de mi argumentación principal es reconocida ahora por todos los políticos actuales, pero entonces fue rechazada por todos los partidos. Estaban unidos por la creencia de que sólo podríamos resolver nuestros problemas aumentando aún más nuestras exportaciones al mercado mundial. Es cierto que desde entonces hemos aumentado nuestras exportaciones en términos absolutos por medios que el país no tiene por qué agradecer a sus políticos, pero no hemos resuelto nuestros problemas porque nuestra importancia relativa en el mercado mundial ha declinado progresivamente hasta el punto de que estamos enfrentados a crisis periódicas en nuestra balanza de pagos.

El incremento en términos absolutos de nuestras exportaciones ha sido un logro exclusivo de la ciencia y la técnica industrial. Lo que nos ha salvado ha sido la diversificación de nuestras industrias, y eso ha sido posible gracias únicamente a los descubrimientos científicos y al desarrollo tecnológico. Si nos hubiéramos visto obligados a confiar en los mercados tradicionales de aquel período, hace mucho tiempo que nos hubiéramos tenido que declarar insolventes; por ejemplo, las enormes dimensiones de nuestros mercados de lana y algodón han disminuido, en términos estadísticos, de la balanza de pagos, hasta quedar reducidos a algo minúsculo, y precisamente por las razones que expuse entonces.

¹³⁹ The Times, 27 de abril de 1962. Monsieur Raymond Aron, en un artículo de Le Fígaro del 4 de enero de 1968, declaraba que las importaciones y exportaciones de América sumaban sólo el 4 % de su producción nacional.

Uno de los hechos más notables del período de la posguerra es precisamente éste de que los políticos se hayan librado en dos ocasiones de las consecuencias de sus errores garrafales gracias a los descubrimientos de los científicos. Si no hubiera sido por la diversificación de la industria británica, a través de los nuevos inventos y las nuevas técnicas, hubiéramos caído en la bancarrota hace mucho tiempo; si no hubiera sido por el descubrimiento de la fisión nuclear, los ejércitos del comunismo ruso se hubieran paseado triunfantes por toda Europa hace dos décadas. En los terrenos más dispares, las locuras de los políticos han estado a punto de cometer auténticos suicidios nacionales, pero han sido sacados del pantano en que habían caído por la mano salvadora de la ciencia. Con una desvergüenza absoluta, los charlatanes siguen reclamando para sí todo el mérito, sin una palabra de agradecimiento a los auténticos factótum, y, lo que es peor todavía, sin proveerlos de los fondos necesarios para evitar la emigración a América de los cerebros que, hasta ahora, han sido la única salvación de Inglaterra.

Se puede argüir que la fortuna y la habilidad de nuestros científicos y técnicos pueden asegurar siempre que los nuevos descubrimientos lleguen en el momento oportuno, y que, en consecuencia, los políticos no tenían por qué preocuparse en la época en que yo analizaba el fin de nuestros mercados tradicionales a partir de una serie de factores fácilmente observables entonces, y que después se ha demostrado que era un análisis correcto. Sin embargo, la realidad es que los políticos deben enfrentarse con los hechos tal y como son, y es criminal confiar la vida de las grandes naciones a la llegada de esas felices casualidades. Puede justificarse que un borracho se equivoque de farol al volver a su casa, pero esto no puede ser el criterio para juzgar el cálculo sobrio de un estadista. Hasta ahora, Inglaterra ha sobrevivido gracias a una suerte asombrosa, y aún tiene que enfrentarse con una crisis que, al final, sólo podrá resolverse mediante una política parecida a la que yo preconicé en el nuevo contexto de Europa y de la ciencia moderna.

Cuando dimití del Gobierno, fundamenté científicamente mis posiciones políticas en dos conclusiones esenciales. La primera fue que esta isla no podía seguir vendiendo indefinidamente una proporción tan alta de su producción nacional en los mercados mundiales; este análisis se ha reconocido ahora como cierto en otras investigaciones de mercado. La segunda fue que el poder de compra del mundo occidental no podía absorber indefinidamente la producción de la ciencia moderna sin la puesta en práctica por parte de los gobiernos de una nueva política económica de un tipo totalmente distinto a las ideas que prevalecían entonces; ésta no era sólo mi opinión, era también la opinión de los ingenieros mejor pagados de la industria americana, conocidos entonces como tecnócratas. La validez de este segundo análisis fue pospuesta temporalmente por Roosevelt al doblar el precio del oro en los años treinta, por el boom armamentista que se produjo a continuación y por el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, los mismos síntomas alarmantes empiezan a reaparecer en la actualidad sobre la sociedad de alto poder adquisitivo de la posguerra, a pesar de hallarse fortalecida además mediante el sistema de compras a plazos. La situación actual es más grave que antes, debido a que una gran proporción del exceso de producción americana sobre la demanda normal ha sido absorbida gracias a guerras menores, a la carrera de armamentos de la guerra fría y a su pariente próximo, la carrera espacial. Por el momento, la prosperidad descansa sobre peligrosas anomalías como las compras a plazos y la guerra fría en un continente del que depende todo el resto del mundo occidental en el actual sistema. Nos aproximamos al momento en que esas graves salidas serán finalmente puestas a prueba, pero las medidas necesarias para enfrentarse con ella ahora, será mejor tratarlas más adelante como un todo, en un estudio sistemático de mi pensamiento de posguerra.

Puede argumentarse contra mi posición en 1930 y en el período posterior que mis discursos fueron demasiado alarmistas y parecían sugerir un colapso que realmente no se produjo. Sin embargo, el colapso habría ocurrido ya si no hubiera sido por la intervención de la ciencia y por la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, a veces puede ser necesario, para despertar a un país dormido, hablar en tono estridente, aunque yo creo que siempre es mejor, a largo plazo, decirle al país toda la verdad. Sé que esta opinión me aleja completamente de la moderna escuela de gobierno en más de un país, que opina que siempre es mejor decirle al pueblo lo contrario de la verdad, decirle que vas hacia la izquierda si piensas ir hacia la derecha, y viceversa. Sin embargo, gobernar a base de pequeños trucos puede estar bien durante cortos períodos, en los que todo, más o menos, marcha por sí solo, pero en las grandes épocas, cuando son necesarias grandes acciones, debe alzarse alguna voz que le diga al pueblo toda la verdad, que le inculque la voluntad de actuar, la pasión por los grandes objetivos; esto es particularmente cierto tratándose del pueblo británico.

Me confieso culpable si en alguna ocasión exageré las cosas por mi afán de conseguir que la gente se moviera, pero, después de todo lo expuesto, no parece que sea muy digno de censura en este aspecto. Mi juicio ponderado en el discurso de dimisión, cuando hablaba ante el amplio auditorio del Parlamento y de toda la nación, está resumido en el siguiente pasaje: «Esta nación ha de ser movilizadada y lanzada a un tremendo esfuerzo, ¿y quién puede dirigir esto si no es el Gobierno actual? Si no hacemos ese esfuerzo, pronto nos podemos ver envueltos en una crisis, en una crisis real. Yo no la temo demasiado por una única razón: porque esta nación cuando se porta mejor es en las crisis. Nuestro pueblo sabe muy bien cómo hacer frente a una crisis, con la cabeza fría y los nervios de acero. Pero lo que yo temo, más que una crisis repentina, es una decadencia larga y lenta a lo largo de los años hasta que descendamos al nivel de una España; una parálisis

gradual bajo la que sucumbirá todo el vigor y la energía de este país. Esto es algo mucho más peligroso, y que ocurrirá con más facilidad, a menos que se haga un esfuerzo».

La tragedia actual de la política británica es que es eso precisamente lo que ha ocurrido.

Ha habido una gran cantidad de causas que han provocado este desastre sobre el que entonces, y después, llamé la atención, y las consideraré de nuevo en este libro junto a los remedios adecuados para la situación presente. Ahora estamos ocupados con la contradicción, al filo de los años treinta, entre las nuevas teorías económicas y los viejos métodos, que tienen tanta responsabilidad por los problemas actuales. Esa contradicción originó en el seno del Partido Laborista una profunda división entre aquellos que consideraban el problema en términos nacionales y aquellos que lo veían desde una perspectiva internacional. Nosotros permanecemos firmes en la posición de que era posible resolver el problema del desempleo mediante una acción puramente nacional, y nuestros adversarios adoptaban la postura tradicional de que Inglaterra dependía absolutamente de unas abultadas exportaciones a los mercados mundiales, y, por consiguiente, de las finanzas internacionales. La diferencia entre el socialismo internacional y el imperialismo social (como yo lo llamé años antes de que nadie hubiese oído hablar de nacionalsocialismo) era inevitable.

Internacionalismo y socialismo eran términos contradictorios. ¿Cómo podríamos construir el socialismo en una pequeña isla, que depende totalmente de la venta de bienes en libre competencia en los mercados del mundo capitalista? ¿Se iba a conseguir nacionalizando sencillamente una industria tras otra durante un largo período de tiempo? ¿Las dirigirían más eficazmente los oficinistas de Whitehall que los hombres de negocios que las habían creado? Además, esas industrias estaban sucumbiendo rápidamente en los mercados mundiales, enfrentadas con dificultades crecientes, mientras el desempleo crecía en casa. ¿Teníamos que esperar a que la propaganda de la Segunda Internacional conquistase los grandes países capitalistas y a que se convirtiera lentamente al socialismo cada oscuro rincón de la tierra? Como expuse poco después, la presunción más grotesca de la política mundial fue la creencia básica del viejo socialismo de que los pelotones de los torpes de la humanidad harían acto de presencia repentina y simultáneamente en el frente, y marcharían juntos a paso ligero hacia el milenio, bajo el mando de los Blum y los MacDonald.

Esto constituía una ilusión que impedía toda acción efectiva, ya que en la práctica significaba que los avanzados debían esperar siempre a los rezagados. El paso de los más rápidos quedaba reducido automáticamente a la marcha de los más lentos, y esta psicología estaba profundamente arraigada en el Partido Laborista. Exagerando hasta el punto de la reductio ad absurdum (a veces es el mejor método para descubrir un error) que permite explicar en otros términos una amplia gama de fenómenos, forzaría los discursos del prudentísimo y sensible J. H. Thomas y diría a los fervientes cantores de la Internacional en las conferencias del Partido (cuyos sueños inútiles eran la única realidad de aquel socialismo internacional) que la única salvación reside en nuestras exportaciones. Llegados a este punto, es posible comprender, no sólo las profundas diferencias entre el nacionalismo y el internacionalismo en todos los movimientos socialistas y progresistas de Europa en la etapa siguiente, sino también discernir las razones que hoy están llevando a todos los partidos británicos (sean socialistas, o capitalistas y financieros) a abandonar sus posiciones internacionales y buscar el ingreso en una comunidad económica integrada más amplia y considerablemente aislada, sea europea o atlántica. Pueden escoger la solución europea y rechazar la atlántica como haría yo, o viceversa, pero lo único en lo que todos coinciden es en que no pueden permanecer totalmente a merced de las fuerzas internacionales del mercado mundial.

Las razones de este cambio completo de opinión son precisamente aquellas que yo di hace ya más de treinta años. Estamos aprendiendo lentamente a no culparnos los unos a los otros sino a condenar el sistema; esto explica la huida hacia Europa de muchos que distan bastante de amarla. Nosotros nos enfrentamos no sólo ya con la competencia de la mano de obra barata y no calificada, que es está desarrollando más lentamente de lo que yo suponía — aunque con la suficiente fuerza como para arruinar el comercio tradicional de Lancashire y Yorkshire — sino también con factores menos previsibles que pueden ser utilizados violentamente contra nosotros, tanto por razones económicas como políticas. Los Estados Unidos, por ejemplo, con un porcentaje del 7 % de su producción nacional dedicada a la exportación, puede siempre socavarnos los mercados extranjeros por debajo de los costes de producción en cuanto su mercado nacional le resulte inadecuado; un proceso imposible para nosotros puesto que exportamos el 32 % de nuestra producción. Rusia, con una economía comunista autosuficiente, puede decidir en cualquier momento por razones políticas colocar una proporción de su excedente en el mercado mundial muy por debajo de cualquier coste de producción. Todos los demás factores que señalé hace tanto tiempo todavía son actuales, como el colapso de los productores del sector primario y el de los precios mundiales a causa de la sobreproducción, y el fracaso de las grandes combinaciones, con el consiguiente colapso de los precios, que ahora puede ser todavía más desastroso que entonces. Finalmente, la competencia de la mano de obra barata que empezó a desarrollarse gradualmente antes de la guerra se está acelerando ahora con la entrada en nuestros mercados tradicionales de países con mano de obra barata. La explotación de los trabajadores africanos más baratos en competencia dentro de un mercado mundial abierto es hoy una posibilidad real, cuando la corrupción política coincide con una total falta de ayuda por parte de los sindicatos a los trabajadores incultos y desamparados.

Hay un factor psicológico que constituyó uno de los temas principales de mis discursos en los años treinta, que ha influido con más fuerza que todas estas razones económicas en la conversión de tantos internacionalistas a la teoría de una comunidad continental aislada; pero, en realidad, se trata de algo más que de un factor psicológico, ya que afecta al origen mismo de la libertad de los grandes pueblos. El sistema internacional de comercio coloca a las naciones a merced de las finanzas internacionales, sobre las que se basa ese comercio. Pronto pudo comprobarse que mi análisis era correcto: el Gobierno de MacDonald fue derribado por los financieros en 1931; el Gobierno de Léon Blum cayó de la misma forma en 1937 y en 1966 los laboristas con todas esas experiencias detrás, ya no piensan dejarse derribar; se han limitado a adueñarse de la política de sus contrarios por orden de los financieros, en completa contradicción con todos los principios comunistas. Después de ser las criaturas de Wall Street en 1931 y las criaturas de Zurich en 1966, al fin, se les empieza a ocurrir a los laboristas que la unión con Europa es mejor que la servidumbre financiera. Han pasado treinta y cinco años, pero la servidumbre es la misma; y esto ha ocurrido por las mismas causas que señalé y que he continuado señalando desde entonces.

Las últimas voces que se alzan en el Partido Laborista contra el ingreso en Europa proceden de aquellos que prefieren el Imperio ahora que lo han perdido; es su característica detestar la realidad viva y amar los recuerdos nostálgicos. Todas las ocasiones creadoras como el desarrollo del Imperio en los años veinte y los treinta fueron rechazadas hasta que pasó la oportunidad real; sin embargo, ahora que ya ha desaparecido se utiliza su espectro para obstruir y oponerse a la integración. En esta negativa política se han vuelto a unir a aquellos conservadores que defienden denodadamente un Imperio que ellos mismos han arrojado por la borda, sin darse cuenta de que lo perdían. Me recuerdan un debate que tuvo lugar hace mucho tiempo en la Cámara de los Comunes en el que la figura monolítica de Ronald McNeill defendía la política tradicional conservadora en los años veinte, cuando ya todos los que le rodeaban habían desertado, y yo señalé entonces que el hecho de que un hombre permaneciera solo en el campo de batalla cuando todo el ejército ha huido, sólo podía deberse a dos razones: o bien a que aquel hombre era el más valiente del ejército, o bien a que no tenía la suficiente inteligencia para correr con los demás.

En este punto, debo resistir la tentación de lanzarme a explicar ahora asuntos más modernos y discutidos, como mi comentario de los años cincuenta de que los laboristas estaban actuando entonces precisamente en la forma que Marx había predicho para un capitalismo decadente. Toda su política consistía en descargar en el mercado mundial toda la producción que su sistema internacional no permitía consumir a su propio pueblo, y toda su esperanza —piadosamente expresada por los líderes laboristas¹⁴⁰— radicaba en que América ocupara en el siglo XX la posición de Inglaterra en el siglo XIX: el papel de prestamista internacional del sistema financiero al que ellos estaban completamente supeditados. Ahora, al menos, se reconocen ciertos hechos; por eso, muchos ingleses consideramos posible marchar juntos al seno de una economía europea aislada, pero no incomunicada.

Aparte de las soluciones que expuse en mi discurso de dimisión ante la Cámara de los Comunes y el Partido, daré algunos datos que mis amigos y yo empleamos para remover toda la maquinaria del Partido en vistas a asegurar un cambio de política. Evidentemente, antes de tomar ninguna medida ulterior, era nuestro deber agotar todos los medios posibles de acción como miembros leales del Partido. Así, antes de pronunciar mi discurso ante la Cámara de los Comunes el 28 de mayo, lo puse en conocimiento del Partido en el mismo saloncito de reuniones en que Parnell había luchado por su carrera política. Se dijo que yo cometí un error de apreciación al forzar la votación. Por el contrario, yo había decidido, tras profundas reflexiones, frías y deliberadas, obligar al Partido a una decisión o, en caso contrario, abandonarlo.

No estaba dispuesto a abandonar a millones de compatriotas en paro y casi en la inanición a más años de sufrimientos, mientras aquellas personas se sentaban confortablemente en Westminster, traicionando tranquilamente las promesas que habíamos hecho. Resultaba muy fácil para ellos decir: «Espera joven, ¿por qué tanta prisa?», pero no resultaba tan fácil para la gente esperar en los suburbios de Birmingham mientras nosotros cobrábamos nuestros salarios y ellos cobraban sus limosnas.

Yo estaba decidido a tomar una decisión entre la acción y la inacción, y si el Partido se negaba a elegir la acción, yo consideraba que mi obligación era buscar otros medios para asegurarla. Aquello no era impaciencia de hombre joven, era un concepto distinto de la vida pública y del deber. Nadie comprende ahora mejor que yo la necesidad frecuente de esperar y ejercitar la paciencia en los asuntos públicos. En realidad, yo había mostrado ya sobrada paciencia en aquellos largos años. En política, a veces es necesario demorarse, maniobrar y encontrar otros senderos para llegar a los objetivos deseados. Sin embargo, a los grandes sufrimientos

¹⁴⁰ «América... tiene que aprender todavía todos los deberes de una nación acreedora. En el siglo xix Inglaterra era la nación acreedora, y aceptamos nuestras responsabilidades de dos formas. Mantuvimos la puerta abierta, en un auténtico mercado libre, a los productos del resto del mundo, e invertimos capital en el exterior a una escala prodigiosa, sin buscar siempre la seguridad de que nos sería reembolsado... Los efectos económicos más importantes de la guerra fueron precisamente los que quebrantaron las economías de Europa Occidental y las hicieron mas dependientes de Norteamérica, no sólo durante un año o dos después de la guerra, sino, y eso está ahora muy claro, durante toda la próxima generación.» Harold Wilson en una entrevista a la B. B. C. reproducida en *The Listener*, 6 de marzo de 1952.

humanos, siempre presentes, se unía entonces el hecho de que no había razón lógica para esperar que nuestra economía no se precipitase rápidamente a un colapso real.

El 8 de septiembre de 1931 dije en la Cámara de los Comunes: «Si consideramos los siete primeros meses de este año y los comparamos con los siete primeros de 1929, encontraremos una disminución en las exportaciones de un 45 %...». Si este proceso hubiera continuado, Inglaterra se habría arruinado, y eso es lo que habría ocurrido de no ser por la aparición de factores externos e imprevisibles, ya descritos, y con los que no tuvo nada que ver la actuación del Gobierno británico. Si yo, siendo consciente de la realidad, me hubiese conformado con retrasar indefinidamente la acción, me habría convertido en cómplice de una auténtica traición a mi país. Inglaterra sobrevivió, una vez más, gracias a un conjunto de casualidades afortunadas — a través de un camino largo y probablemente desafortunado, porque el desencadenamiento de una crisis actualmente podría resultar hoy aún peor—, pero basar la política en esas arenas movedizas es propio de charlatanes que confían en la lotería y no de estadistas.

Era una situación en la que nadie que se preocupase un poco por Inglaterra o por su pueblo, podía limitarse a sentarse tan tranquilamente. Fue por eso por lo que rechacé la llamada de Henderson, incluso la de mi amigo Trevelyan y de otros buenos amigos, para que no plantease una votación en la Asamblea del Partido. Argumentaban que el Partido estaba conmigo pero que no se encontraba aún en condiciones de actuar; según ellos, yo debía concederle algún tiempo. Sólo tuve veintinueve votos a mi favor. Me pareció un deber intentar todo lo humanamente posible en el seno del Partido Laborista antes de crear ningún otro movimiento, y quise dar a los militantes de base, igual que a los parlamentarios, una oportunidad de entrar en acción. Esto significaba asistir a la Conferencia del Partido en octubre de 1930.

Ya he dicho que los mecanismos previstos en la Conferencia no dan a los trabajadores de base — la gente voluntariosa que trabaja en las circunscripciones y asegura la victoria electoral de los M. P. — ninguna oportunidad real de expresar su voluntad. Las circunscripciones del Partido tienen un voto en la Conferencia por cada mil miembros o fracción de mil. Esto significaba que cualquiera de las grandes Trade Unions podía exceder en números de votos a todas las circunscripciones del Partido juntas, y en la práctica el voto de las Trade Unions estaba en el bolsillo de unos cuantos grandes jefes. Cuando se puso a votación la cuestión del desempleo, se calculó que las circunscripciones del Partido votarían a mi favor en una proporción de diez a uno. Sin embargo, un solo hombre, como Mr. Bevin, que tenía en el bolsillo el voto de los Transport Workers, podía superar los votos de un montón de circunscripciones; y así pasó. Inmediatamente después de la Conferencia, circuló la historia de que el taxi de A. J. Cook se había estropeado, por lo que llegó tarde a la votación y por eso el voto de los mineros fue en contra nuestra. Él solía llegar tarde, pero yo estaba demasiado ocupado para verificar la diferencia que supuso su tardanza en aquella ocasión. Dejemos los datos para algún historiador inquieto, pero desde luego es la típica cosa que podría haber ocurrido.

Incluso así, el resultado de la votación fue muy apretada: 1.046.000 votos a nuestro favor y 1.251.000 en contra. Las Trade Unions estaban divididas. Algunos de sus líderes estaban muy inclinados a favor de la acción y yo mantenía con ellos buenas relaciones. Las Trade Unions y las circunscripciones del Partido juntas me eligieron de nuevo para el Ejecutivo Nacional, del que había sido miembro durante siete años, y se votó la salida de Tho-mas del ejecutivo. No chocamos directamente, ya que yo era candidato en la lista de las circunscripciones y él lo era en la lista de las Trade Unions. Sin embargo, aquello fue un test decisivo para determinar nuestras posiciones relativas, ya que el voto de las Trade Unions era fundamental en aquella época en ambas listas, y yo fui elegido más por los votos de las Trade Unions que por los de las circunscripciones del Partido. Fue un resultado muy favorable, máxime cuando los líderes más poderosos de las Trade Unions, como Bevin, estaban, desgraciadamente, en contra mía.

La recepción que me dispensó la Conferencia fue mucho más importante, ya que aquélla era una manifestación espontánea de los militantes de base, libres del control de los jefes del partido y de las Trade Unions; ello me colocó en una posición fuerte, que ilustraré con algunos extractos de las descripciones contemporáneas. Fenner Brockway escribió sobre la recepción que dispensó la Conferencia a mi discurso: «Los delegados se levantaron en masse, aplaudiendo el final durante varios minutos. No había visto ni oído nunca una ovación semejante en las Conferencias del Partido Laborista». Emanuel Shinwell dijo: «Nunca olvidaré el momento en que Mosley fue objeto de una ovación resonante en la Conferencia del Partido Laborista en Llandudno». John Scanlon escribió en su libro *El Declive y la Caída del Partido Laborista*: «Entonces, Sir Oswald se levantó para pronunciar su discurso... El volumen de los vítores con que se saludó su aparición demostró el prestigio asombroso que tenía entre los delegados... La votación de Sir Oswald supuso el cambio más importante que se haya operado nunca en el seno del aparato de dirección». John Hammond escribió en el *Socialist Leader*: «... Los aplausos resonaron a su alrededor y fue aclamado por los excitados delegados como el próximo primer ministro laborista»¹⁴¹.

¿Por qué, entonces, no continué en el Partido ni esperé un poco a que el Partido siguiera mi camino y poder entonces hacer lo que fuese necesario? Me presionaron mucho para que adoptase esta actitud y se me

¹⁴¹ De nuevo espero que el lector perdonará estas referencias personales por mismas razones que expuse en el capítulo 10.

censuró mucho por no haberlo hecho. Después de todo, el Gobierno estaba a punto de caer, y unos cuantos votos más que los conseguidos aquella tarde hubieran significado la reconstrucción, probablemente con Henderson de primer ministro y yo encargado de la política económica. ¿No fue entonces una estupidez no tener un poco de paciencia y esperar? Aquello se convirtió en un argumento contra mí, que tuvo mucha fuerza.

Yo era muy consciente, tal vez con demasiada amargura, de las condiciones de vida de los parados que habían confiado en nosotros, y sentía que la traición a esa confianza era un deshonor. Debo admitir que aquello fue una reacción emocional y nadie hay más convencido que yo de que las emociones no deben dominarnos en los momentos decisivos. Puede uno sentir justamente la mayor compasión humana, pero no debe caer en un estado de excitación nerviosa cuando tiene que actuar. Sin embargo, en aquel caso había algo más que eso; yo estaba ya convencido de que el Partido Laborista era incapaz de cualquier acción efectiva.

Yo había llegado ya a la conclusión de que, ante una crisis real, el laborismo traicionaría siempre sus principios y a la gente que había confiado en ellos. Toda la estructura del Partido, así como el carácter y la psicología que se habían ido formando durante años, lo hacían inevitable. El Partido Laborista no podía, a causa de su propia naturaleza, construir la fuerza política que el pueblo británico necesitaba tanto para salvarse. Un año más tarde, se demostró que yo estaba en lo cierto, cuando fue sometida por primera vez a prueba mi opinión en las condiciones de entonces. Cuando se presentó la crisis, el Labour sencillamente se hundió y huyó. Los dirigentes se pasaron al enemigo y los militantes de base se disolvieron en mil fragmentos de discordia e impotencia. El país no puede confiar en un Partido de este tipo para ningún proyecto serio. Yo estaba convencido de que, en una crisis, el Labour se derrumbaría siempre.

El tiempo demostrará, en un futuro muy próximo, si la opinión que me formé entonces sobre el carácter del Partido Laborista continúa siendo válida. Y esto no es debido a que yo tenga una pobre opinión de los militantes de base del Partido; al contrario, yo los consideraba entonces la sal de la tierra. Sin embargo, cualquier conjunto de hombres y mujeres con semejantes dirigentes y con ese largo hábito de chachara discordante, en lugar de una acción colectiva, siempre se desmoronaría en el momento de enfrentarse con semejantes pruebas. También tenía en alta estima a muchos de los líderes de las Trade Unions y a algunos de mis colegas parlamentarios. Simplemente, yo pensaba que los dirigentes habían construido un Partido con una estructura, un carácter y una psicología completamente inadecuados para los grandes acontecimientos. El carácter individual de los dirigentes tiene un efecto enorme a largo plazo sobre el carácter colectivo del Partido, y en el caso particular del Partido Laborista, me parecía a mí que aquella influencia había sido fatal. Estaba profundamente convencido de que, más pronto o más tarde, surgiría en Inglaterra una situación que requeriría no sólo una nueva política, sino también un tipo distinto de carácter y de alternativas.

El comportamiento del Partido Laborista en la crisis de 1931 fue una de las paradojas más extraordinarias que ha conocido la historia, aparte de constituir un auténtico récord de incompetencia personal y cobardía política. Hice el resumen de la situación durante un discurso pronunciado el 14 de septiembre de 1931 en Trafalgar Square: «Había un elemento de farsa en la tragedia. Los portavoces del último Gobierno laborista vieron en la crisis ese colapso del capitalismo que ellos habían profetizado con tanto fervor religioso. La crisis llegó en un buen momento para ellos. Los laboristas estaban en el poder y tenían todos los recursos del Estado a su disposición. ¿Qué ocurrió? Alboreó el gran día y los laboristas dimitieron; escurrieron el bulto, justo cuando tenían en sus manos la realización de sus más grandes sueños. ¿Qué opinión debe merecernos un Ejército de Salvación que escapa por piernas cuando llega el Día del Juicio?»

15. CONSENSO PARA UNA ACCIÓN NACIONAL: ¿1930 Y HOY? LA FORMACIÓN DEL NEW PARTY

Para actuar, sea en 1930 o en 1968, se requiere disponer de los medios necesarios. Yo propuse una reforma del procedimiento parlamentario, que diera al Gobierno plenos poderes para actuar por decreto, aunque siempre sujeto al derecho del Parlamento a deponerlo en cualquier momento mediante un voto de censura. Expuse detalladamente esta política ante el Select Committee on Procedure and Public Business ¹⁴² el 4 de junio de 1931. Yo había propuesto ya un esquema de reforma del aparato gubernamental (que aún no ha sido realizada) en mi discurso de dimisión, y previamente, en noviembre de 1929, había sometido a la consideración del Consejo de Ministros un plan para la constitución de un Gabinete reducido, similar al de tiempo de guerra, asesorado por un Estado Mayor económico ¹⁴³.

En la época de mi dimisión, yo creía que todo eso sólo podía hacerse bajo un amplio consenso nacional de todas las fuerzas vivas del país, y entré en estrecha relación con Lloyd George y un cierto número de los hombres más jóvenes y capaces de todos los partidos. El esfuerzo fracasó entonces porque la gravedad de la crisis fue insuficiente para asegurar un cambio tan grande; algunas cifras comparativas de la situación económica de Inglaterra en relación con otros países ilustrarán este punto. Nuestro país nunca llegó a una situación tan grave como la que prevalecía en todos los demás países de Europa.

La situación económica de los años treinta ha vuelto ahora, y en esta ocasión los cambios introducidos por la ciencia y las distorsiones provocadas por la guerra en la economía mundial pueden agravar, más que aminorar, la crisis. De nuevo se requerirán acciones de tipo drástico, y puede tener interés considerar, no ya mi política a largo plazo, sino más aún los cambios en el procedimiento parlamentario y la reforma del aparato gubernamental indispensables para poder enfrentarse a una situación paralela, porque estos elementos siguen siendo muy reveladores. Haríamos bien, asimismo, en preguntarnos por qué fracasaron en 1930 todas las fuerzas vivas de la política en su intento de asegurar la acción, por qué triunfó la estúpida apatía y la mediocridad en la coalición de MacDonald y Baldwin, que dirigían el aparato del Partido Conservador.

Sólo había dos maneras de enfrentarse a un problema general: o un consenso nacional que asegurase la acción — que fue lo que intentamos primero — o un amplio movimiento de masas por parte del pueblo, que fue lo que me propuse crear cuando falló el primer intento. Siempre es bueno tratar de asegurar la acción pacientemente, por medio de la persuasión, con el método inglés de un consenso nacional. Sólo deben adoptarse medidas más drásticas, que dividen desgraciadamente a la nación, cuando ésta está en peligro de muerte. Esto último se convirtió, desde mi punto de vista, en una necesidad durante los años treinta, ya que el peligro no era lo suficientemente manifiesto como para asegurar un consenso nacional, pero, en cambio, podía alcanzar en cualquier momento un carácter realmente grave. Lo que ocurrió entonces pertenece al resto de esta historia. Yo estoy convencido de que esta vez el peligro se hará gradualmente tan claro que será posible conseguir un consenso para una acción nacional para el limitado período en que ello sea necesario. En realidad, y hasta cierto punto, resultará inevitable. Todas las grandes naciones que conservan su vitalidad y su voluntad de sobrevivir deciden por sí mismas salvarse por un método o por otro al llegar a cierto punto.

Es por ello por lo que, algún tiempo antes de escribir este libro, yo abogaba — y lo sigo haciendo — por un gobierno elegido no sólo por los políticos sino también por las corporaciones de trabajo: las Trade Unions, las Universidades, los servicios civiles, los servicios militares y otros elementos vivos de la vida nacional. Desde 1948, he definido como objetivo fundamental el ingreso en una Europa completamente unida, y he propuesto medidas a largo plazo para lograr la reconstrucción y conseguir ese ingreso. He sugerido también medidas a corto plazo, si es necesario tan extremas como las de tiempos de guerra y bloqueo económico.

Nadie estaría tan loco como para sugerir una economía de bloqueo o de tiempo de guerra como base permanente en la vida británica —esto puede y debe ser únicamente medidas a corto plazo que permitan alcanzar el final a largo plazo — o proponer medidas difíciles si fuera posible un método más fácil. Mi empeño es que deberíamos prever la contingencia de tener que utilizar unos planes, propios de tiempo de guerra, por si falla todo lo demás. Incluso en ese momento, se opondrán, por supuesto, aquellos que, a través de los años, han subestimado continuamente la gravedad de la situación británica y han fracasado al enfrentarse con ella. Sin embargo, el pueblo británico seguramente respondería favorablemente a un llamamiento para soportar durante un corto período de tiempo unas condiciones de vida propias de tiempo de guerra, encaminadas a lograr unos objetivos grandes y claramente definidos. Debería explicarse que, con las medidas actuales, no sólo no podemos vivir, sino que tampoco podemos alcanzar esa posición mundial que todos deseáramos. Por un cierto período, podríamos frenar el consumo interior para, si fuera necesario, ejercer el dumping en el mercado mundial con efectos desastrosos para otras economías. Debería explicarse que podríamos, en último término,

¹⁴² Comité de Procedimientos y Asuntos Públicos. (N. del T.)

¹⁴³ Notas sobre un Estado Mayor Económico, expuestas al Gabinete, noviembre de 1929.

someternos nosotros mismos a unas privaciones tales que nuestras proposiciones razonables en seguida serían aceptadas. Podemos jugar mejor que nadie el papel de elefante furioso capaz de arrasar la jungla. Poseemos unos medios inmensos con nuestros científicos, nuestros técnicos, nuestros trabajadores cualificados y nuestra capacidad productiva. Todo es posible para Inglaterra si un gobierno, decidido a actuar, despierta la voluntad de nuestro pueblo. El viento y el agua serían expulsados de nuestra economía durante el proceso, y el relajamiento que seguiría a este esfuerzo supremo sentaría unas bases más racionales para ordenar la vida nacional.

Si se mantiene la firme opinión — como la que tengo yo ahora más que nunca — de que quedan muchas necesidades por cubrir, lo primero y más esencial es proveerse de los medios necesarios para ello. Creo que las medidas que sugerí entonces para la reforma del procedimiento parlamentario y del aparato gubernamental son todavía las más adecuadas para asegurar la acción necesaria por procedimientos democráticos en los que creían entonces y creo ahora. Ya veremos más adelante que mis desviaciones de esta convicción, en aquel intervalo de tiempo, no fueron tan grandes como se ha sugerido a menudo, pues siempre he defendido el principio de elecciones regulares y libres para decidir y controlar la acción del gobierno.

Ahora hay mucha palabrería sobre el «business government»¹⁴⁴, pero no hay ninguna definición clara que explique lo que significa este término. Yo lo definí en un discurso que pronuncié en los años treinta: «La relación más adecuada entre el Gobierno y el Parlamento es la misma que existe entre los directores de una compañía y los accionistas; éstos decidirían las líneas generales de la política y dejarían después a los directores en completa libertad para llevarla a cabo». Si «business government» significa algo práctico e inteligente, tiene que querer decir que los representantes del pueblo en el Parlamento den al Gobierno un poder ejecutivo del mismo tipo del que los accionistas dan al Consejo de Administración, sin que ello elimine el derecho a exigir responsabilidades e incluso a revocar a los directores en una asamblea de accionistas. Esto tiene sentido, y es precisamente lo que propuse en 1931 al Select Committee, y es lo que propongo hoy de nuevo. Sugerí que el Gobierno debería tener el poder de actuar por decreto, pero que debía someterse al Parlamento, que podría derrocarlo mediante un voto de censura. Ahora añadiría que los M. P. deberían tener el derecho de interrogar, periódica y sistemáticamente, aunque no continuamente, a los ministros.

Esto da un sentido práctico al término «business government», que es una expresión demasiado vaga que no ayuda nada a aclarar las ideas. Por otro lado, «business government» sólo puede significar que el Gobierno debe dirigir por sí mismo todo el país directamente, como los directivos llevan un negocio; y que se sepa, la nacionalización generalizada o las interferencias en sus asuntos es lo último que desea el mundo de los negocios. La misión del Gobierno es hacer posible las tareas de la industria, no realizarlas él. Hay que conservar a toda costa estos firmes cauces rocosos frente al torrente de cosas sin sentido que se dicen ahora sobre el Gobierno y la industria.

He aquí los pasajes principales de mi declaración del 4 de junio de 1931 ante el Select Committee: «Estas propuestas no pretenden el objetivo inútil y perjudicial de atacar instituciones venerables y tradiciones consagradas por el tiempo. Se presentan como las reformas mínimas que consideramos necesarias para poder enfrentarnos con la situación de emergencia nacional que empieza a amenazar toda la estructura del Estado. Estamos convencidos de que es posible conciliar las exigencias del mundo moderno y de la crisis actual con el mantenimiento de las libertades democráticas y de las funciones propias y originales del Parlamento. Éste es el objetivo de nuestras propuestas para la reestructuración parlamentaria.

»Tal como la concebimos, la función original y más esencial del Parlamento ha sido preservar las libertades y prevenir los abusos de poder mediante el control ejercido sobre el ejecutivo por parte de un Parlamento electo. Nosotros proponemos mantener esta función esencial.

»Según nuestras propuestas, el Parlamento tendría el poder de derrocar al Gobierno en cualquier momento mediante un voto de censura. Mientras ese poder sea respetado, es absurdo hablar de dictadura. Ningún hombre o Gobierno puede ser un auténtico dictador si está expuesto a ser derrocado instantáneamente por una autoridad superior. Sin embargo, creemos que, al mismo tiempo, es preciso conceder al Gobierno, siempre y cuando el ejecutivo goce de la confianza del Parlamento, unos poderes más amplios de los que tiene en la actualidad que le facultan para actuar con mayor rapidez. En resumen, creemos que mientras un Gobierno goce de la confianza del Parlamento, se le deben dar todas las facilidades para actuar. Por todo ello, exponemos las siguientes propuestas concretas:

1. Ley de Poderes Generales.

»La primera medida de un Gobierno ejecutivo debe ser la presentación de una Ley de Poderes Generales. Esta ley conferiría al Gobierno en ejercicio amplios poderes para actuar por decreto en relación con los problemas económicos. Las medidas, en forma de Acta, deberían depositarse en la mesa de la Cámara durante diez días parlamentarios. Si al cabo de ese tiempo no hubieran sido impugnadas por un número suficiente de diputados, adquirirían fuerza de ley. Si fueran impugnadas, las medidas se discutirían en un breve

¹⁴⁴ «Gobierno de negocios». (N. del T.)

debate, y el Parlamento tomaría la decisión con un "sí" o un "no". La Cámara tendría el poder de aceptar o rechazar una medida, pero no de modificarla.

2. Gobierno.

»El poder delegado en el Gobierno se traduciría en un Gabinete de emergencia de no más de cinco ministros, sin cartera, que se responsabilizaría del desempleo y los problemas económicos generales. El Gabinete normal mantendría reuniones frecuentes con vistas a asegurar la adecuada coordinación, y consultas entre los distintos departamentos del Gobierno.

3. Presupuesto y Crédito.

»Los principales poderes legislativos necesarios para un Gobierno moderno están ya comprendidos en la propuesta anterior de la Ley de Poderes Generales. Pero subsiste el problema del presupuesto y los créditos. Hay que reconocer que el poder de negar créditos y rechazar impuestos es uno de los privilegios parlamentarios más antiguos, y constituye un poder considerable del Parlamento sobre el ejecutivo. Este derecho se mantendría, como hasta ahora, por la determinación de los períodos suplementarios y por el mantenimiento del derecho del Parlamento a discutir y votar todos los apartados del presupuesto.

»El poder abusar de este último derecho queda, sin embargo, anulado, y todo presupuesto sería puesto en vigor con un método riguroso.

4. Argumentos.

»Los argumentos y ulteriores detalles en apoyo de estas propuestas pueden ser expuestos, si se desea, verbalmente ante el Comité. Únicamente es preciso observar aquí dos o tres medidas importantes, que es lo máximo que puede aprobar el Parlamento en el curso de una sesión, según el procedimiento actual, que, claro está, es absolutamente inadecuado para las necesidades que plantea una situación de emergencia. No se ha expuesto ninguna otra propuesta que altere sustancialmente esa situación. En realidad, frecuentemente se expresa la opinión de que los actuales retrasos y cortapisas a la legislación y a la acción del Gobierno son deseables en sí mismos. Semejante opinión difiere sustancialmente de la expuesta aquí.

»Nosotros partimos de la premisa de que la acción es deseable; nuestros oponentes parten de la premisa de que esa acción es indeseable. No hay conciliación posible entre esas dos opiniones. Todo el que crea que es necesaria una actuación drástica y rápida por parte del Gobierno debe enfrentarse primero con la necesidad de una revisión a fondo del Parlamento, cualesquiera que sean sus opiniones sobre la naturaleza de las medidas a tomar.

»Sólo aquellos que piensan que no existe la necesidad de una actuación de ese tipo en la situación actual, pueden rechazar el principio de unos cambios profundos en la estructura parlamentaria. Los que rechacen estas propuestas tienen el deber de demostrarnos que otro plan o alternativa puede resultar más eficaz para asegurar una actuación ágil por parte del Gobierno, o bien que no hay necesidad de semejante tipo de actuación.»

Cuando leo, treinta y seis años después, el debate que se produjo a continuación en el Comité, con ese ojo imparcial que proporciona el paso del tiempo, me da la impresión de que aquella argumentación resultaba incontestable. Con mucho, las respuestas más valiosas fueron las del presidente liberal, Ernest Brown (muy conocido después como ministro en tiempo de guerra) y su colega liberal Leslie Hore-Belisha, quien hizo gala de una consumada sabiduría disraeliana junto a un conocimiento profundo de las tradiciones constitucionales británicas. Los diputados conservadores y laboristas intercambiaron sus antiguos puestos en lo que se refiere a su actitud hacia mí, pues los primeros se mostraron relativamente cordiales, mientras que los segundos me fueron hostiles hasta un punto que me dolió mucho, porque algunos eran viejos amigos míos; pero ni unos ni otros demostraron ser capaces de iluminar la discusión en un solo punto.

Yo añadiría hoy a aquellas propuestas una sugerencia que podría adaptarse a cualquier situación. En cualquier plan similar para una acción efectiva del Gobierno o del Parlamento se corre siempre el riesgo de dejar a los diputados la sensación de que no van a servir para nada. En la situación actual, considero que un primer ministro inclinado a la acción haría muy bien en movilizar los deseos de los M. P. por actuar, aprovechándolos en algo útil. ¿Por qué no un Comité de todos los partidos adscrito a todos los departamentos para una supervisión continua y detallada? Es cierto que para organizar esto habría que destacar un ministro especial y algunos funcionarios, y que eso costaría tiempo y dinero. Sin embargo, eso serviría para descubrir todos los casos de negligencia o incompetencia y tendría un valor incalculable para un primer ministro que se propusiese realmente hacer algo. La información es algo muy valioso porque constituye la base de la acción. Un primer ministro no debería frustrar, sino aprovechar las ganas de trabajar de los M. P., que pueden resultar un fastidio, pero un fastidio útil. Habría que medir exacta y gradualmente la cantidad de tiempo que se pierde en relación con el beneficio que puede lograrse, y mediante la discusión podría introducirse un nuevo método de tratar los asuntos con un sentido de urgencia ejecutiva. Una vez más podrían canalizarse las fuerzas de destrucción para un propósito de construcción.

Con esta modificación, yo sostendría hoy las mismas proposiciones. Creo que harían más efectiva la labor del Parlamento y más corto el tiempo que la Cámara hace perder a los ministros en discusiones repletas de mala información. El derecho a interpelar a los ministros, a denunciar sus abusos, y, si es necesario, a derrocar al Gobierno mediante un voto de censura sería preservado escrupulosamente. En el largo intervalo de tiempo transcurrido, he formulado un cierto número de esquemas más elaborados, pero ninguno de ellos niega el derecho democrático básico del pueblo de elegir libremente y de derrocar al Gobierno mediante el sistema electoral. Sin embargo, para el objetivo práctico de conseguir que las cosas se hagan con rapidez, eficiencia y limpieza, siguiendo la opinión de hombres con cabeza, sigo pensando que, hasta hoy, no se ha expuesto nada mejor que aquellas originales propuestas. Si queremos conseguir algo con un mínimo de fricciones, aquellas propuestas para la reforma del Gobierno y la revisión del procedimiento parlamentario todavía pueden satisfacer las exigencias de una época en que la acción se ha convertido en una necesidad. Fueron rechazadas entonces por hombres que no podían comprender el primer gran crac de su sistema político, financiero y económico, un crac que tuvo lugar sólo cuatro meses después. Habíamos llegado a la gran división entre el viejo mundo y el primer esfuerzo de renacimiento.

Mi lucha en la Administración por conseguir unos mecanismos adecuados de gobierno fue continua. Ahora es de dominio público que en 1929 yo propuse un «Estado Mayor Económico». Un año después, en mi discurso de dimisión, fui derecho al grano: «La primera divergencia entre el Gobierno y yo surge en la esfera puramente administrativa de los mecanismos que deben utilizarse para resolver los problemas. Yo someto a la consideración del Comité el hecho de que cualquiera que inicie un negocio lo primero que tiene en cuenta es la creación de unos mecanismos que permitan dirigir ese negocio; y cuando un Gobierno accede al poder para enfrentarse con el desempleo, su primer deber es la creación de unos mecanismos efectivos y eficaces. Estos mecanismos, en mi opinión, no existen hoy, y explicaré porqué». Continuaba: «Mi admiración hacia la Administración Civil ha aumentado mucho desde que he estado en el Ministerio. Pero para aplicar una política de esta naturaleza es absolutamente necesario que toda la iniciativa y toda la capacidad de dirección estén en manos del mismo Gobierno. Los mecanismos que sugerí... eran, por un lado, una organización central que dispusiera de los departamentos de investigación económica y consulta necesarios, y por otro, un aparato ejecutivo compuesto de unos doce altos funcionarios, que actuaran bajo el control directo del primer ministro y la dirección de la Administración Civil, y que llevaran, desde este organismo central, toda la energía e iniciativa del Gobierno a todos y cada uno de los departamentos que tuvieran relación con la solución del problema.

»Ésta es, desde luego, una organización muy compleja. Se me dijo que poner en marcha una organización de esta naturaleza supondría una auténtica revolución en la maquinaria gubernamental... Para solucionar este problema es necesario hacer una revolución en la maquinaria gubernamental. Al fin y al cabo, esto se hizo ya en la guerra; se hizo una revolución tras otra en la maquinaria gubernamental, hasta que ese aparato estuvo en condiciones de cumplir las tareas que había por delante. A menos que consideremos el problema del desempleo como un problema secundario, cosa que me parece un punto de vista erróneo, tenemos que cambiar la maquinaria gubernamental para llegar a una dirección y una organización centralizadas, único camino que permitirá superar este problema.»

A lo largo de mi discurso volví de nuevo sobre este tema: «Estos asuntos deben ser competencia del estudio y la investigación de la máquina económica más poderosa que el país pueda idear. Éste es el punto principal de la demanda que he formulado al principio de mi discurso de una maquinaria gubernamental con una teoría propia. Nosotros hemos elaborado todas nuestras ideas en el seno de los distintos partidos políticos. Pero el Gobierno no ha elaborado, oficialmente en ningún grado, ninguna idea propia. Resulta muy difícil analizar y conseguir datos de la situación actual a menos que se disponga de la información que sólo pueden proporcionar los departamentos del Gobierno. Por esta razón, es indispensable disponer de un organismo central que pueda hacerse cargo de estas tareas...

»Existe una razón por la que el Gobierno debe ejercer un control más efectivo sobre la situación. El primer deber de un gobierno es gobernar. Y lo peor que le puede ocurrir a un gobierno es asumir sus responsabilidades sin ejercer un control... Cuando se embarca uno en una empresa que supone, nada más y nada menos, que la reorganización de la vida industrial del país, hay que tener un sistema. En una palabra, se debe disponer de unos mecanismos, y éstos no siempre existen». Intenté impulsarles a la acción con lo siguiente: «Un gran científico me dijo hace unos pocos meses: En los últimos treinta años la capacidad científica e industrial del mundo ha experimentado un aumento superior al de los trescientos años precedentes — y añadió con bastante tristeza —: Los únicos cerebros que se han mantenido al margen de ese cambio han sido los de los políticos».

Me parece que esta fue la primera ocasión en que se sugirió un centro de poder para el Gobierno. Sé que en los últimos tiempos se ha hablado algo más sobre este asunto. Según el reportaje de un periódico ese centro de poder empieza y acaba con la adición de un funcionario civil y George Wigg al departamento de primer ministro. En tiempos recientes, he añadido a aquellas propuestas la sugerencia de que se forme un amplio y sólido Ministerio de la Ciencia y la Tecnología, que esté ligado directamente al departamento del primer ministro del modo en que sugería en mis propuestas iniciales. Ello haría posible mi viejo deseo de que «los estadistas vivan y trabajen con científicos, como los Medici vivieron y trabajaron con artistas». De este modo podríamos

asegurar una dirección dinámica que impulsara la revolución científica, uno de los viejos caballos de batalla dentro del Gobierno y fuera de él, desde aquel primer choque con MacDonald, en el Ejecutivo Nacional del Partido Laborista, cuando me esforcé en asegurar a la ciencia los fondos económicos necesarios ¹⁴⁵.

Mi tentativa de conseguir un consenso nacional tras mi dimisión de 1930 no se extendió más allá de la Cámara de los Comunes, porque dentro de la Cámara hubiera sido posible que surgiera una Administración no sólo adecuada sino también brillante. En el Parlamento de los años veinte y treinta había algunos personajes absurdos e ineficaces, pero también había, en todos los partidos, un número muy considerable de hombres serios y capaces, que se daban cuenta del peligro nacional y entre los cuales había un acuerdo suficiente, al menos en lo que se refiere a la emergencia inmediata, para hacer juntos un trabajo efectivo; ya veremos cómo esta combinación no pudo formarse en aquel tiempo precisamente porque la crisis económica en Inglaterra nunca fue suficientemente grave como para romper el poder de los dirigentes políticos que dominaban el aparato de los partidos.

El instinto natural siempre se dirige a buscar el camino más fácil de una coalición de figuras muy conocidas que controlen los partidos más poderosos, y sólo se aviene a medidas más drásticas y a personalidades más dinámicas cuando fracasa este procedimiento; y ya se sabe que cero por cero es cero. En cualquier crisis realmente grave, un pueblo todavía vivo y decidido se vuelve siempre hacia los hombres nuevos y a formas nuevas, y no hay pueblo más capacitado para una acción decisiva, una vez que ve clara su necesidad, que el británico. Que esto no ocurriera en 1931 no hay que agradecerlo de ningún modo a los líderes del Gobierno Nacional. Todo lo que hubieran hecho, en su corta vida, habría sido tomar medidas que lo empeorarían todo, aplicando un sistema de «stop» — como lo llamarían ahora — tan drástico que hubiera frustrado cualquier «marcha» posterior.

Hubo cuatro acontecimientos que hicieron posible el retraso de la crisis económica de los treinta: la devaluación de la libra en 1931, el que Roosevelt doblara el precio del oro en 1934, el boom armamentista y la Segunda Guerra Mundial. El Gobierno británico no quería devaluar la libra; la vieja señora se cayó ella sola escaleras abajo; y se volvió a caer en 1949, para repetir la misma experiencia a finales de 1967. Por razones que analicé en mis primeros discursos parlamentarios, la devaluación supuso un estímulo momentáneo para nuestras exportaciones y redujo temporalmente el paro. El que Roosevelt doblara el precio del oro fue algo totalmente fortuito para el Gobierno británico; esto no se le ocurrió en ningún momento a MacDonald cuando dio la conferencia sobre la situación económica mundial, que convocó —muy acertadamente— en el Museo Geológico de South Kensington, y el problema de la liquidez también estaba completamente alejado de la mente de Mr. Baldwin; pero tuvo el mismo efecto que el descubrimiento de nuevos yacimientos auríferos en los años noventa: un boom de la economía mundial que sacó a flote a Inglaterra, alejándola de los escollos en que había embarrancado. El efecto de la medida de Roosevelt se había disipado ya en 1938; de ahí el aumento del paro en Inglaterra que pasó de 1.456.000 en 1937 a 1.700.000 en 1938, un aviso para todos aquellos que creen que un conjunto de medidas puramente monetarias pueden remediar una crisis económica mundial. Sin embargo, el boom armamentista que precedió a la Segunda Guerra Mundial vino a salvar del naufragio a esos marineros que se llamaban Gobierno británico, y el estallido final de la guerra los puso, a ellos y a sus problemas económicos, a flote en un remolino cuyas últimas consecuencias aún puede sufrir, en breve, el mundo moderno. Aquellos acontecimientos pertenecen a aquel período; hoy ya no es posible que una tercera guerra mundial resuelva nuestros problemas económicos sin que el mundo entero estalle.

Los dos partidos principales habían mostrado ya su impotencia para enfrentarse con el problema del desempleo, y, en realidad, ambos eran igualmente inconscientes de los aspectos esenciales de la situación. El laborismo se sentía impulsado entonces por los mejores sentimientos humanitarios, por una auténtica compasión, pero sus métodos eran incluso más torpes e ineficaces, y además había sido traicionado por una dirección cínica y arribista. El conservadurismo fue menos incompetente pero más egoísta y frío, al servir a intereses particulares por encima de los nacionales; fue más indiferente a los sufrimientos de las masas, más testarudo y falto de imaginación en su resistencia a las nuevas ideas, más resentido y estúpido en relación con los hombres y los comportamientos dinámicos; más inveterado en su busca de liderazgos mediocres; los conservadores sólo podían despertar en una situación tan desesperada como una guerra, que los obligó incluso a aceptar a Churchill, a quien habían excluido desde hacía tanto tiempo. En los primeros años de la década de los treinta, estaban convencidos de que lo peor de la crisis ya había pasado, y que estaban destinados a gobernar sobre las ruinas del Partido Laborista. «El peligro brilla como la luz del sol a los ojos de un hombre valiente», dijo Eurípides, y el poder brillaba como una luz de neón a los ojos de los torios de la oposición cuando cayó el Gobierno laborista.

¹⁴⁵ Antes de las elecciones de 1929, hubo un debate tormentoso en el Ejecutivo Nacional del Partido Laborista con motivo de un borrador para el manifiesto electoral, que me pidieron preparase, después de ser rechazado el borrador de MacDonald, por ser excesivamente blando. Él se opuso con fuerza a una propuesta que incluí para que se fijase una suma anual a distribuir entre los científicos para fines de investigación pura en la industria y la medicina. Dijo que iba contra los principios del Tesoro repartir dinero, a menos que se supiese antes exactamente qué beneficios podía reportar aquello, y concluyó su argumentación con la siguiente pregunta: «¿Qué van a descubrir sus científicos?» Su objeción ulterior sobre el estilo de mi borrador que calificó como «el febril tableteo de una prosa de ametralladoras», persuadió al ejecutivo para encargar a R. H. Towney la redacción de un documento de compromiso.

Sin embargo, ninguna persona sería podía creer ni por un instante que, ante una crisis real, un Gobierno tory, o una coalición, podría hacerlo mucho mejor que los laboristas. Los errores de fondo y los resultados finales son los mismos en ambos. Los tories creían en el no hacer nada — realmente nada — y los laboristas en el Gobierno pronto se vieron reducidos a la misma posición. Ninguno de los dos viejos partidos podía enfrentarse con semejante situación, aunque en sus partidos hubiese personas patrióticas que, conforme a sus ideas, prestaron servicios generosos y desinteresados. En la paz como en la guerra, es necesario un consenso nacional, no sólo de los partidos sino también de todo el pueblo, para hacer frente a una grave crisis. En 1930 fracasó el intento porque la amenaza de peligro era insuficiente. En 1931, cuando el consenso había fracasado, decidí utilizar otros métodos y recurrir a otras medidas, porque yo seguía profundamente convencido de que debíamos prepararnos para hacer frente a una crisis que podía destruir la posición de nuestro país.

No poder conseguir un consenso en 1930 fue una tragedia, porque casi todos los hombres valiosos de la vida política inglesa habían previsto, en distinto grado, la llegada de la crisis y los dirigentes de todas las generaciones hubieran podido marchar de la mano. A grandes rasgos, había dos grandes grupos: los jóvenes y los no jóvenes. Una vez más, me encontré a mí mismo en un eslabón intermedio entre las dos comunidades. Después de mi discurso de dimisión, la mayoría de los hombres jóvenes de la Cámara de los Comunes me expresaron su felicitación por el discurso. Harold Macmillan¹⁴⁶ fue el que me apoyó más audazmente y escribió un artículo en el Times que me ayudó mucho; fue increpado por su heterodoxia en una carta firmada por R. A. Butler y otros dos jóvenes conservadores M. P. Yo no conocía a Butler en absoluto, que era entonces un desconocido. Oliver Stanley era el M. P. conservador más próximo a mí y mantenía discusiones conmigo. Si no recuerdo mal, Macmillan no tomó parte en las discusiones regulares, pero se citó conmigo de vez en cuando, como narra en sus memoirs¹⁴⁷. Para mí, siempre fue un misterio el por qué Edén era tan asiduamente entrenado para el liderazgo del Partido Conservador, ya que sus cualidades eran muy inferiores a las de Stanley o Macmillan. Mr. Anthony Edén tenía una buena hoja de servicios de guerra, un buen aspecto y una apariencia bastante distinguida. En mis primeros tiempos en el Parlamento, Edén se dedicaba a distribuir, desde los bancos de atrás, insulsas notas escritas a las que nadie hacía caso, como si fuese un chico de sexto curso en el reparto anual de premios. Más tarde, en la época de Baldwin, fue promocionando por todo el aparato del Partido y nombrando hijo predilecto de los conservadores. Como secretario del Foreign, fue el artífice de la división europea, y como primer ministro fue el principal adversario de la unión europea. Como definió públicamente más tarde «sentía en sus huesos» que Inglaterra no debía adherirse a ellos. Debía casi todo su éxito a su aspecto fotogénico, del que debían pensar los intrigantes conservadores que bastaría con él para superar las dificultades iniciales a base de llamamientos a las amas de casa. Este líder de postal de los tories se convirtió al final en un trozo de papel mojado e inservible durante la crisis del Canal de Suez; cayó totalmente ante la primera prueba real como hombre de Estado. Mr. Anthony Edén y yo no nos sentíamos atraídos el uno por el otro, y yo le dejé flotando en las tranquilas aguas del Avon.

Walter Elliot, del lado conservador, también tomó parte frecuentemente en nuestras reuniones. A su excepcional hoja de servicios de guerra añadía sus experiencias sociales como doctor, con una amplia erudición y una capacidad fascinante para la conversación. Su facilidad de exposición no se extendía con tanto éxito en los debates, donde sus argumentaciones, insuficientemente elaboradas, quedaban muy diluidas; éste es un defecto frecuente en aquellos que en la conversación coloquial deleitan a otros y se deleitan a sí mismos. Walter Elliot también escribió una carta al The Times que me ayudó mucho. Sir Coolin Coote lo observa en su biografía sobre Elliot¹⁴⁸: «Baldwin estaba seriamente disgustado. Administraba lo que Walter llamaba un lambasting. Walter, aterrado, consiguió así el sosiego».

El incidente mostró precisamente lo que estábamos esgrimiendo frente al aparato, quieto e inamovible, de los viejos partidos; Macmillan explica en sus memoirs que se ejerció una presión similar sobre otro M. P. conservador para que no se uniese a mis esfuerzos por resolver el problema del paro¹⁴⁹.

Bob Boothby también estaba decididamente de nuestra parte. Unía una brillante capacidad para el debate a la cualidad, rara en aquel tiempo, de comprender realmente la teoría monetaria y las técnicas keynesianas. No tuvo demasiado éxito en impartir las enseñanzas sobre esos misterios a su jefe en la temporada que estuvo en Hacienda como secretario privado del Parlamento del Canciller Churchill — ni siquiera con la ayuda del funcionario de Hacienda R. C. Hawtrey, que, en la esfera de la teoría pura, podía competir con Keynes en términos de igualdad —, pero aquellas discusiones con Boothby fueron de mucha ayuda para nosotros en una fecha posterior. Cuando fue objeto de un ataque concentrado, yo mismo estaba fuera de combate gracias a la 18 B, pero hice conjeturas acerca de que el equipo tory no habría sido capaz de prescindir de las cualidades sobresalientes de Boothby si su líder hubiese sido un Asquith o un Lloyd George. Bob Boothby siempre fue, y sigue siendo, un gran compañero, enormemente divertido.

¹⁴⁶ Ver *Winds of Change*, Harold Macmillan. vol. I (Macmillan, 1966).

¹⁴⁷ *idem*, pág. 267.

¹⁴⁸ *A Companion of Honour* (Collins, 1965).

¹⁴⁹ *Op. cit.*, pág. 267.

Del lado laborista estuvieron presentes en las conversaciones Aneurin Bevan y, desde luego, John Strachey, con el que mantuve una prolongada colaboración. W. J. Brown también jugaba un papel importante en este cuadro. El llamamiento cálido y emocionante de Bevan contrastaba fuertemente con el cálculo frío del líder sindical del Servicio Público; Bevan tenía casi mi edad, pero aún no había desarrollado toda su valía. Henry Mond — hijo del ya mencionado miembro de los gobiernos de la pre y de la posguerra — era el elemento más activo entre los liberales, junto a Archie Sinclair, que mantenían una actitud cordial, en último término, hacia nosotros. Participó un considerable número de M. P. de todos los partidos en estas largas discusiones extraoficiales, que tuvieron lugar, en su mayor parte, en mi casa de Smith Square. Cuando empezaron las conversaciones, les pedí en seguida que sugiriesen los puntos de desacuerdo con mi discurso de dimisión. Me complací en aceptar sus enmiendas, que no afectaban a lo fundamental, y que, desde mi punto de vista, representaban una mejora. Llegamos a un completo acuerdo en lo que se refiere al programa político.

Siempre tengo la tendencia de llevar las cosas con demasiada firmeza, y cuando se alcanzó el acuerdo sobre el programa político, pedí ya que se fijase una fecha para la acción, y aquí la cosa fue completamente diferente. Sin embargo, esta vez mi insistencia habitual de que la acción debe seguir a la visión clara sobre lo que hay que hacer, no fue responsable de la ruptura. Ocurrieron varias cosas que alteraron drásticamente la situación. El hecho decisivo fue que la crisis económica se estaba desarrollando a un ritmo más lento del que suponía, y la sensación de peligro se había relajado y lo mismo había sucedido con la llamada del deber para correr riesgos en interés nacional. Baldwin, como ya hemos visto en el caso de Walter Elliot ejercía una presión enorme que se vio fortalecida por las perspectivas favorables que se abrían al partido; el aparato del partido amenazaba a los jóvenes miembros conservadores no sólo con su exclusión del probable gobierno tory, sino también con la pérdida de sus puestos. Estos factores juntos eran suficientes para disuadirlos de llevar a cabo cualquier acción, y no tengo por qué lamentarme de lo que entonces ocurrió. Los tories se marcharon de un modo bastante honesto y honorable, ya que a nada se habían comprometido. Oliver Stanley dijo a un amigo mutuo que yo no confiaría en ellos en cualquier acción futura conjunta, porque pensaría que habían desertado. Sin embargo, yo no pensé semejante cosa. Cuando llegaron a este punto las discusiones, aún no se les había confiado hacer nada, de modo que tenían la oportunidad de retirarse. Lo mismo puede decirse de Aneurin Bevan, que debía su carrera y su puesto a la Federación de Mineros, que no controlaba completamente Arthur Cook ni mucho menos. Se portó muy honorablemente en la misma época; y lo mismo hicieron la mayoría de los demás M. P. laboristas que habían firmado el «Manifiesto Mosley», que más adelante analizaremos. La tarea de ir más allá, romper la maquinaria de los viejos partidos y tomar sus carreras políticas en sus propias manos, era demasiado peligrosa para la mayor parte de los miembros de ambos lados de la Cámara en una situación que aún no parecía realmente una desastrosa crisis nacional. Los M. P. laboristas también tuvieron la oportunidad de retirarse, ya que nada se les había confiado. No puede decirse lo mismo de W. J. Brown, que se quedó en el campo de batalla durante mucho más tiempo. Cuando llegó la hora de pasar a la acción, sólo otros cuatro M. P., John Strachey, diputado por Aston Birmingham, Cinthia Mosley, diputado por Stoke-on-Trent, el Dr. Robert Forgan, diputado por Renfrew, y del lado conservador W. E. D. Allen, diputado por West Belfast, permanecieron a nuestro lado. El resto se fundió como la nieve sobre la superficie polvorienta del desierto por la sencilla razón de que el sol aún brillaba. Quedó demostrado de un modo concluyente que un consenso de este tipo para una acción nacional sólo puede ser efectivo en una crisis nacional mucho más grave. Tal vez yo era el único que tenía la certidumbre de que semejante crisis iba a ocurrir, aunque todavía no hubiese llegado su momento.

Las discusiones políticas con personalidades maduras se desarrollaron durante un largo período. Empezaron en ocasiones puramente sociales, antes de que fuese miembro del Gobierno en 1931. Las cartas ayudan a veces a fijar fechas, pero sólo pueden publicarse si no son confidenciales, siguiendo la regla venerable a la que yo me adhiero rigurosamente. A este respecto pueden ayudar a esclarecer este período dos cartas de Beaverbrook. La primera data del 7 de diciembre de 1928, y empieza así: «Mi querido Mosley: No acostumbro a escribir en los periódicos sobre aquellos que considero mis amigos sin antes pasarles el material para asegurarme de que no tienen inconveniente en su publicación». Continuaba diciendo que había escrito sobre mí en el *New York World* y que esperaba que yo no encontraría en lo que había dicho «nada de lo cual lamentarme o nada inapropiado para nuestras relaciones personales». Ciertamente, entonces se trataba de una relación personal, ya que no entablé ningún tipo de negociaciones políticas hasta después de mi dimisión del Gobierno laborista en mayo de 1930. Su segunda carta data del 17 de julio de 1930, y va mucho más lejos: «Mi querido Tom, te doy la enhorabuena por tu discurso¹⁵⁰. Fue una hazaña excelente. Estoy dispuesto en cualquier momento a hacer declaraciones públicas en tu favor, si quieres que las haga. Por otro lado, me gustaría organizar un comité para trabajar contigo y con tus colegas, con la esperanza de poder trabajar arduamente por el programa político acordado». Durante aquel período mantuve estrecho contacto con Beaverbrook, pero no acepté su sugerencia de formar un comité; probablemente porque entonces yo estaba estrechamente comprometido, por un lado, con el grupo de jóvenes M. P., por otro con Lloyd George y Lord Rothermere (que solía estar en buenas relaciones con Lord Beaverbrook), aunque no siempre fue fácil mantener la cohesión.

¹⁵⁰ Discurso posterior que siguió al de dimisión.

Lloyd George era el espíritu que movía el grupo de los mayores, bastante más que Churchill, que a veces asistía a nuestras reuniones ¹⁵¹. Esta situación fue retratada con bastante precisión por el caricaturista Low, que unía un agudo sentido crítico a informaciones internas de primera mano, cuando nos mostraba emprendiendo un viaje hacia el desierto con la ayuda de Lloyd George, mientras que Churchill permanecía en el dibujo un poco más lejos, retirándose hacia el fondo tory. En este período fue cuando conocí bien a Lloyd George y aprecié sus cualidades, únicas en su generación, que hubieran podido de nuevo haber beneficiado mucho a nuestro país. Sin embargo, no se lo permitieron en una situación próxima a la catástrofe. Toda la gente insulsa se alió para hundir a Lloyd George. Lo consiguieron, pero hundieron al país mucho más; fue el epitafio de toda una era.

Mr. Churchill había apoyado claramente el consenso nacional o la idea de un Partido del Centro desde nuestras primeras reuniones con él en el grupo de nuevos miembros de 1919, y después de muchas vicisitudes, en los primeros años de la década de los treinta, aún pensó en aquella posibilidad. Sin embargo, sus relaciones con los jóvenes conservadores no eran buenas. En particular, Oliver Stanley sentía aversión hacia él, tal vez motivada en parte por algunos pequeños problemas entre Mr. Churchill y su padre, Lord Derby. Por otro lado, Lloyd George era un sujeto completamente extraño para los jóvenes conservadores, aunque ya no era objeto de la intensa aversión que había sentido hacia él la generación anterior. Fuera de encuentros individuales, los dos grupos nunca se encontraron, que yo sepa. En aquel tiempo, yo asistí a las discusiones de los hombres mayores como representante de la generación joven. Era mucho más fácil discutir con los jóvenes que con el grupo de mayores; una situación que en una sociedad realmente sana creo que debería ser al revés. Pensé que si podíamos conseguir que los jóvenes se decidieran por una acción definida, sería el momento de acercarse al grupo de los mayores con una propuesta claramente trazada. Los jóvenes llegaron a ese acuerdo cuando los acontecimientos habían ya destrozado toda posibilidad de alcanzar su adhesión. Más allá de la posición favorable de los jóvenes conservadores, operaron las matemáticas simples de la política moderna; la profundidad de la crisis no fue suficiente para asegurar una acción decisiva.

La situación de las viejas personalidades brillantes era muy distinta, puesto que se encontraban ya bastante excluidas por sus mediocridades contemporáneas, que controlaban el aparato de los partidos. Las discusiones se prolongaron durante un período de tiempo considerable. Normalmente tenían lugar durante las comidas ofrecidas por L. G. y, a veces, por Lord Rothermere, que estaba muy interesado. En aquellas ocasiones, L. G. brillaba y sobresalía sobre todos, hurgando con su sensitiva antena en todas direcciones para captar el estado de ánimo de los demás. Él sabía lo que los demás pensaban y sentían, con una intuición que se atribuye a las mujeres de talento, pero que normalmente es un atributo de los hombres extraordinarios. Su ingenio y simpatía encubrían y mitigaban el duro impacto de una voluntad casi única en su generación. A veces se pasaba un poco de la raya, pero en seguida se replegaba. En una ocasión, al final de un banquete, repartió las carteras de un Gobierno imaginario que debía formarse, y concluyó volviéndose a Lord Rothermere, mientras le daba una palmada en la espalda: «Para usted, la Jarretera». L. G. estaba tan satisfecho con su pequeña double entendre que no se paró a pensar si la concesión de la Jarretera era una prerrogativa de la Corona o del primer ministro; nunca fue muy versado en semejantes sutilezas.

Si Lloyd George hubiese llegado a formar Gobierno, creo que nadie, joven o viejo, que hubiese tomado parte en aquellas reuniones se hubiese negado a servirle. Churchill, como Canciller, había adoptado una línea distinta, la obligatoria para un recién llegado al Partido Conservador, pero después pareció evolucionar hacia Lloyd George y creo que entonces hubiera sido posible restablecer con facilidad sus antiguas relaciones. Era un equipo formidable que incluía a Lloyd George, Beaverbrook, Rothermere y la mayoría de los jóvenes más inteligentes de los tres partidos que entendían las razones del éxito del establishment y las causas de nuestra crisis política. La razón de nuestro fracaso radica en no haber incorporado a los que son capaces de estudiar la ciencia de la política real en el mundo moderno.

Siempre reina la normalidad hasta que llega una crisis real, y esa normalidad puede engendrar, durante largos períodos, algunos estadistas verdaderamente torpes y mediocres. La historia inglesa podría escribirse en términos de Inglaterra despierta o Inglaterra dormida; períodos alternativos que colocan a la cabeza de los acontecimientos a un tipo de hombres completamente distinto. Esta descripción es aún mucho más válida en un mundo que cambia a gran velocidad y está lleno de ocasiones decisivas. En otros países europeos, nada cambia hasta que las cosas van realmente mal, bien sea por una derrota en la guerra o por una crisis económica, pero entonces las cosas ocurren con gran rapidez. Sería posible demostrar mediante un gráfico que, en casi todos los casos, el aumento del paro coincide con los mayores cambios políticos; la gravedad de la crisis (sea en términos de desempleo o de desintegración social, o de ambos) fue mucho mayor en Inglaterra.

Veremos que las cifras de paro en Inglaterra nunca llegaron ni a la mitad del nivel crítico a que llegaron en otros países, donde se produjeron grandes cambios políticos, y que después, por factores externos ya estudiados, bajaron enormemente en relación al máximo de 1931 y 1932, cuando la nación empezaba a pronunciarse en favor de la acción. Y ello es así porque los ingleses, que siempre prefieren lo fácil cuando

¹⁵¹ Harold Nicolson, en sus *Diaries* (1930-39, pág. 81), describe una de las ocasiones en que Churchill estaba presente con Lloyd George y el autor en una reunión que tuvo lugar en casa de Sir Archibald Sinclair. Las reuniones con Lloyd George y los jóvenes conservadores fueron mucho más frecuentes.

pueden (aunque son particularmente decididos y vigorosos cuando no pueden) apoyaron al Gobierno Nacional de 1931, que era una coalición de partidos controlada por los poderosísimos aparatos de los viejos partidos. En Inglaterra, el poder de esos aparatos sólo remite ante los grandes acontecimientos. Las dos guerras llevaron al poder a líderes que no eran los preferidos por los aparatos de los partidos y es casi seguro que no ser a causa de estas guerras nunca hubieran llegado al poder.

El paro se mantuvo en Inglaterra por encima del millón durante la mayor parte de los años veinte. Después aumentó bruscamente a 2.642.000 en 1931, el año de mis discusiones con Lloyd George y los otros; un aumento rápido que indicaba que nos acercábamos a una importante crisis nacional. Sin embargo, no fue suficiente como para asegurar el gran cambio que pretendíamos, y la gente seguía inclinada a pensar que la situación se remediaría con medidas completamente rutinarias. El paro llegó a su apogeo al año siguiente, 1932, cuando lancé el nuevo movimiento, pero entonces estaba ya claro que la tasa de aumento disminuía considerablemente. Se produjo temporalmente un viraje favorable, que reafirmó a mucha gente en sus convicciones; pero yo seguía convencido de que la crisis volvería en cualquier momento y con mucha mayor gravedad, por las razones básicas que ya he expuesto y sobre las que descansaba toda mi acción.

El paro disminuyó, con una sola fluctuación, de 2.756.000 en 1932 a 1.408.000 en 1939, es decir, se dieron las condiciones contrarias a aquellas que hubieran hecho posible, o un consenso nacional o bien el ascenso al poder de un nuevo movimiento, puesto que ambas cosas dependían completamente de la situación económica. Esta regla permanente se ha exagerado en el mundo actual, donde las fluctuaciones en la popularidad de los gobiernos, estadistas y partidos, se demuestra a base de seguir al minuto y con todo detalle las oscilaciones económicas. Las variaciones económicas en el mundo de la posguerra no son comparables a los cambios experimentados en los años veinte y treinta, pero la mayor sensibilidad de la opinión pública en la actualidad indica una propensión más aguda al cambio ante cualquier tipo de crisis. En la sociedad opulenta, un hombre al que le arrebatan el plato lleno puede reaccionar con mayor rapidez que su antecesor del período de preguerra, acostumbrado a soportar el desempleo y la pobreza. Quien hace las revoluciones es la clase media arruinada, y ahora, en términos de preguerra, casi todo el mundo es clase media.

El auge de los nuevos partidos en el continente, durante los años veinte o los primeros años de los treinta, coincide exactamente con el declive de la prosperidad económica. Tanto Italia como Alemania sufrieron un colapso económico, acompañado de una aguda inflación que dislocó la industria, provocó un gran aumento del paro y arruinó a la clase media. La desintegración económica, política y psicológica de Italia fue extrema, y llevó a Mussolini y a los fascistas al poder casi tan rápidamente como el colapso provocado por la guerra condujo a Lenin y a los comunistas al poder en Rusia. ¿Alguien puede creer que hubieran podido producirse aquellos acontecimientos sin el colapso de la guerra o la catástrofe económica en la paz?

La victoria política puede medirse mucho más exactamente en términos económicos durante la prolongada crisis alemana. El paro en Alemania se cifró en 1.355.000 durante 1928, y la representación proporcional dio al Partido Nacionalsocialista 12 diputados, con un porcentaje de votos del 2,7 % sobre el total nacional. En 1930 el paro aumentó a 3.076.000 y los nacionalsocialistas aumentaron el número de sus diputados a 108, con un porcentaje del 18 %. Menos de tres años después, en enero de 1933, el Partido Nacionalsocialista subió al poder; el paro había aumentado entonces a 6.014.000 y ellos tenían 196 diputados. No hay la menor duda de que fue el aumento del paro lo que les llevó al poder. Tras años de propaganda intensiva a cargo de Hitler, Goebbels y todos los demás sobre el Tratado de Versalles, el desempleo, los malos tratos y las humillaciones a que se vio sometido su país, así como sus alegatos contra los judíos y una utilización hábil de los conflictos sociales, dio en 1928 el resultado neto de sólo 12 diputados y un 2,7 % de votos. En cambio, cinco años de rápido aumento de desempleo les llevaron al poder, tras una verdadera avalancha de éxitos electorales. Cuando contemplo la situación económica de aquella Alemania, a la luz de mi propia experiencia, me pregunto a veces por qué tardaron trece años en conquistar el poder.

Las circunstancias con que nos encontramos en nuestro movimiento británico variaban tanto en relación con la experiencia del partido alemán como nuestra política difería de la suya. Un cuadro comparativo de las cifras de desempleo prueba este punto. Desde la fundación de nuestro Partido en 1932 al estallido de la guerra en 1939, el paro se redujo en Inglaterra en casi un 50 %. Desde 1927 hasta que el movimiento nazi llegó al poder en enero de 1933, el desempleo en Alemania aumentó cuatro veces y media. El partido alemán subió a remolque de unas cifras de paro que llegaban a un nivel de catástrofe y que exigían un gran cambio de gobierno, mientras que los dirigentes de Inglaterra, con la ilusión de una prosperidad creciente, se salvaron de tener que enfrentarse a las consecuencias de sus errores económicos gracias a acontecimientos externos que culminaron en la Guerra Mundial.

¿Quiere decir esto entonces que Inglaterra sólo recuperará su grandeza a través de una catástrofe? ¿Es válido lo que los franceses llaman la *potinque du pire*? ¿Puede acusarse a los hombres que quieren conseguir que se haga algo de buscar lo peor, si eso es un prerrequisito para la acción? Si un médico diagnostica un tumor y prescribe una operación, esto no quiere decir que desee la enfermedad del paciente, sino que le dice la verdad, tal como él la ve. Entonces, corre el riesgo de hacerse impopular, sobre todo si todos los demás médicos están prescribiendo una ligera dosis de sales y unos masajes suaves para curar la dolencia pasajera.

Sin embargo, y eso es natural, una nación no se fijará en el que sugiere una acción decisiva hasta que no se hayan agotado todos los otros remedios. Esto es muy humano, y es lo que ocurrió en 1931; después de un largo intervalo de tomar drogas dulces y amargas, estamos volviendo ahora a la realidad, y la verdad, para bien o para mal, saldrá a la luz algún día.

En las crisis es posible la acción cuando los hombres inteligentes y realistas están dispuestos a dejar los dogmas a un lado y encararse con los hechos tal como son. Lo más importante de 1930, fue la aceptación por muchos demócratas y parlamentarios de la necesidad de profundas reformas en la estructura del Gobierno y en los procedimientos parlamentarios. En un período posterior, cuando los prejuicios y las pasiones inhibieron toda acción a base de cerrar cualquier salida, tales medidas fueron denunciadas como fascistas por aquellos que acostumbraban a abusar de un término al que nunca habían dedicado ni cinco minutos de estudio serio, pero en realidad aquellas medidas no tenían nada de fascistas. Con anterioridad a esa época de intimidación intelectual, parlamentarios muy experimentados estaban completamente convencidos de la necesidad de reformas en el método de gobierno y en el procedimiento parlamentario del tipo de las que yo esboqué en mi discurso de dimisión y que posteriormente expuse con detalle al Select Committee.

El 8 de diciembre de 1930 se publicó en el Daily Telegraph un documento con diecisiete firmas bajo el título Manifiesto Mosley, y fue reproducido en muchos otros periódicos. Iba firmado por dieciséis diputados laboristas (entre ellos Aneurin Bevan, W. J. Brown —secretario del Servicio Civil de Asociaciones Religiosas—, Oliver Baldwin, John Strachey y yo) y por Arthur Cook, secretario general de la Federación de Mineros. El Manifiesto seguía casi exactamente las líneas generales de mi discurso de dimisión, y hoy sorprende por sus desviaciones profundas del pensamiento laborista tradicional y de la psicología que ha prevalecido en el Partido en los últimos años. Se afirmaba que «es necesario una política inmediata, más drástica y decidida que cualquiera de las políticas formuladas hasta ahora, por cualquier Gobierno en la Cámara de los Comunes...», y sugería reformas similares en la maquinaria del Gobierno y en el procedimiento parlamentario: «Es imposible enfrentarse a la crisis económica con una maquinaria parlamentaria novecentista. Al tiempo que el Parlamento debe retener, naturalmente, el poder de mantener o cambiar el Gobierno, éste debe ser investido, durante un período preestablecido, de amplios poderes para resolver la presente crisis económica, y quedar sometido únicamente al control general del Parlamento. Toda la organización del aparato ejecutivo, el Gabinete y la estructura departamental, debe adaptarse a las necesidades de la situación actual. Un Gabinete de emergencia, de no más de cinco ministros sin cartera, sería investido de plenos poderes para aplicar la política de emergencia que las circunstancias requirieran. El Gabinete normal o los jefes departamentales mantendrían reuniones menos frecuentes para tratar de los asuntos normales...».

El Manifiesto también aceptaba la economía aislada: «El mercado nacional debe ser la base futura de la industria británica, y ese mercado nacional depende del poder adquisitivo del pueblo, que a su vez depende de unos salarios altos. El poder adquisitivo sólo puede mantenerse y desarrollarse si se protegen los salarios y las condiciones de vida de los obreros de la crisis actual, debida a las condiciones del mercado mundial, tales como las fluctuaciones de los precios, el dumping sistemático y la competencia de la mano de obra superexplotada...». Con este objeto, se proponían oficinas de control de las importaciones y oficinas de mercancías, con la utilización adicional de tarifas aduaneras y distintos mecanismos protectores. Se argüía que el «centralizar» la compra de productos alimenticios nos proporcionaría una poderosa palanca para asegurar, a cambio, que se aceptasen nuestras exportaciones. «Evidentemente, existen excelentes condiciones para la conclusión de tales acuerdos en la British Commonwealth... Los Dominios tienen la mayor parte de los alimentos y materias primas necesarios puestos a la venta, y nosotros tenemos productos manufacturados para vender. Esta balanza comercial natural debería desarrollarse bajo un plan que aceptara a toda la Commonwealth y produciría mutuas ventajas... Debemos aspirar a construir, en el seno de la Commonwealth, una civilización lo suficientemente desarrollada como para absorber la producción de la maquinaria moderna, y debe estar fuertemente aislada de las fuerzas perturbadoras del mundo si queremos conseguir nuestro propósito...»

La concepción de una economía aislada basada en el desarrollo mutuo de Inglaterra y los Dominios fue aceptada plenamente. A esta divergencia completa con respecto a la política normal del Partido Laborista, vino a añadirse el bulldozer que se lanzaba contra su querida red tradicional de autoridades locales: «Creemos que sólo la voluntad y el poder de pasar por encima de esa red intolerable de formalidades gubernamentales y municipales hará posible la provisión de trabajo con el ritmo que exige su importancia urgente e inaplazable. Además de las obras públicas ya detalladas en los debates parlamentarios, sugerimos abordar de lleno los enormes problemas de sanidad en los suburbios y de construcción de viviendas... No hay nada que impida emprender el camino de emplear un gran número de nuestros parados en esta tarea vital...». Los puntos de vista de Snowden, Churchill y el Tesoro eran ligeramente atacados con la frase: «En las finanzas debemos perseguir una política de producción. Los productores, sean empresarios u obreros, han sido castigados durante diez años por una política financiera que beneficia a los poseedores de títulos y perjudica a la producción. La primera misión de la política financiera debe ser el sostenimiento de la industria, y esto exige un nivel de precios estable».

El Manifiesto concluía con una clara definición de la diferencia entre la necesidad inmediata de acción y los principios a largo plazo: «En la defensa de esta política inmediata no pretendemos cumplir nuestro programa socialista. El problema inmediato no es la cuestión de la propiedad, sino el de la supervivencia de la industria británica. Unámonos en torno a un programa de emergencia que se enfrente con el peligro nacional; más adelante podrán reanudarse las discusiones políticas sobre los principios fundamentales...».

Seguramente, muchos hombres sensatos convinieron que, en un momento de crisis nacional, ésta era una posición realista. Los acontecimientos y las presiones que indujeron a estos compañeros notables a no llevar hasta sus últimas consecuencias la política, en la que ellos habían expresado su confianza, pueden ser materia de un largo análisis. ¿Por qué se retiró Aneurin Bevan para mecerse, con fidelidad filial y soporífera satisfacción, entre los pechos gemelos del Partido Laborista y de las Trade Unions, que le nutrieron durante tanto tiempo; y por qué no despertó de nuevo hasta 1959, al darse cuenta de que no podía hacerse nada para realizar sus ideales hasta que fuese asaltado y ocupado el «mando supremo»¹⁵² de las finanzas? Entonces vio la luz, que había desaparecido de sus ojos durante toda una generación. Su último, postrero y, de nuevo transitorio, regreso hacia aquellas posiciones, fue recibido por el Partido Laborista como una especie de rayo de inspiración, aunque él simplemente repetía las mismas tesis sostenidas por los que suscribieron el Manifiesto de 1930, que a su vez tenía sus raíces en las proposiciones de Birmingham en 1925.

¿Por qué John Strachey, después de entregar tanto tiempo y tantas energías al desarrollo de un programa político basado en una economía cerrada mediante un consorcio entre Inglaterra y los Dominios, presentó de repente un memorándum para decir que debíamos trabajar con Rusia en lugar de hacerlo con los Dominios, y colocarme ante la alternativa de no aceptar un cambio que convertía en una estupidez todo el programa político? Harold Nicolson explica en sus *Diaries* que Strachey se ofendió mucho por la descripción que yo hice de su conducta como «patológica»¹⁵³, que, desde luego, fue por mi parte una falta de tacto; la irritación nunca debe entrometerse en los asuntos serios. Tenía razones, desde luego, desde el punto de vista psicológico; una vez más la emoción destruía los objetivos. Lo que importa en la vida es hacer las cosas que deben hacerse: entonces, las cosas que eran tan necesarias para disminuir el sufrimiento humano y para mantener la grandeza de una gran nación, y en la época actual, tal vez lo que es necesario para impedir la destrucción del mundo. En mi época, la humanidad ha pagado un precio doloroso por los sentimientos y emociones personales, y puede que aún lo pague más caro todavía.

No obstante, recordaré siempre con gratitud que cuatro M. P. me acompañaron al principio en la formación del New Party, así como a Alien Young en su papel de organizador, cuando ya la atmósfera de crisis se había disipado temporalmente y los hombres se convencían de nuevo de que bastaban las medidas normales, que no entrañaban ningún riesgo personal excesivo, para hacer frente a la situación. Harold Nicolson también se comportó espléndidamente, dejando un empleo muy bien pagado en la imprenta de Bearverbrook, para editar un periódico apoyando al New Party. *Action*¹⁵⁴ fue sostenido pródigamente por Lord Nuffield, pero su tirada bajó en diez semanas de 160.000 ejemplares a 16.000. Nuestra derrota electoral dio tiempo al personal profesional competente para ponerlo de nuevo en marcha. Después, en los días fascistas, algunos de nuestros partidarios consiguieron sacarlo adelante hasta que se convirtió en un periódico capaz de autofinanciarse.

Lloyd George permaneció muy receloso y maniobró continuamente en reuniones privadas. Sostuvo relaciones estrechas y cordiales conmigo, pero no vio la necesidad de una política a largo plazo, y no deseaba crear un nuevo partido. Pero los que lanzamos el nuevo movimiento estábamos convencidos de que la crisis se repetiría de un modo más grave y que el programa político de reconstrucción a largo plazo era vitalmente necesario. Habíamos fracasado en el intento de un consenso nacional, de un acuerdo cálido y ardiente para llevar adelante una acción de interés nacional; nuestro deber era actuar con los mejores medios que nos quedaban a través de un largo, arduo y amargo proceso para levantar la nación del desastre. El convencimiento de que ése era nuestro deber nos condujo inevitablemente a las calles y a los pueblos, a los hogares de las gentes, allí donde podíamos despertar el deseo de acción del nuevo movimiento. En una crisis prolongada, esto puede hacerse con una rapidez razonable, ya que, en tales circunstancias, los ingleses demuestran una capacidad de improvisación considerable. Sin embargo, también advertí con fuerza que aquel camino podía significar una lucha larga y dura de muchos años.

El New Party fue lanzado el 1 de marzo de 1931. Entonces sucedió uno de esos incidentes que nos previene contra los hubris, al recordarnos que somos juguetes del destino; uno de esos momentos en que podemos decir «lo mismo que Mr. Burke» en su aguda exclamación: «¡Qué sombras somos, qué sombras perseguimos!» En la víspera del mitin de apertura, caí enfermo con pleuresía y neumonía, un asunto bastante serio antes del descubrimiento de los antibióticos. Apenas podía levantar la cabeza de la almohada. Era demasiado tarde para retrasar la fundación del Partido, ya que grandes carteles lo anunciaban por todo el país. Anunciaban que yo hablaría en la apertura del mitin y que sería secundado por W. J. Brown, M. P. de gran experiencia y muy eficaz tanto en la Cámara como en las tribunas. Se decidió que el mitin lo dirigiría Brown

¹⁵² Aneurin Bevan en un discurso en la Conferencia del Partido Laborista en Blackpool, el 29 de noviembre de 1959.

¹⁵³ Op. cit. pág. 267.

¹⁵⁴ Acción. (N. del T.)

como orador principal, ayudado por Cimmie y John Strachey. Pero llegó un aviso de que Brown no podía asistir y no hubo forma de localizarle telefónicamente.

Llamé a una ambulancia para que me trasladasen a su casa, en los suburbios, donde le encontré tan tranquilo. Tras de ser conducido al cuarto de estar en una camilla, le pregunté las razones por las cuales no asistía a la reunión de apertura. Entonces ocurrió algo que había visto antes muy raras veces; su cara pareció desencajarse como un hombre que ha recibido un golpe, y se echó a llorar. Dijo que perdería su empleo en el sindicato y que su familia caería en la ruina. Sus temores me parecieron exagerados, porque él sabía que yo había obtenido garantías de Lord Nuffield para cubrir su salario durante varios años. Él nunca había expresado antes esos temores y siempre había adoptado una postura de hombre decidido, de voluntad de hierro y de resolución. Los pocos hombres en quienes había observado anteriormente este mismo fenómeno también habían afirmado su determinación y coraje antes de salir, en el momento oportuno, fuera de las trincheras, para después negarse a hacerlo. W. J. Brown estaba experimentando, evidentemente, las mismas sensaciones. Me devolvieron a la ambulancia.

Cimmie y John Strachey llevaron adelante el mitin de apertura y luego en todos los lugares donde se había anunciado que yo hablaría. Pasaron por un momento difícil, que, en cierto sentido, simbolizó la campaña de violencia organizada que se desencadenó cuando yo me reintegré de nuevo a la acción; fue algo particularmente ignominioso, ya que el orador principal era una mujer que explicaba un tema difícil con un estilo encantador y amable, un estilo que, ni el más amargado, podía describir como ofensivo. Nuestro equipo de M. P. se había reducido entonces a cuatro. W. E. D. Allen siempre fue un escritor más que un orador, y el Dr. Forgan se distinguía más por sus buenos modales y su agradable personalidad que por sus actuaciones en la tribuna; no era ni buen orador ni buen administrador, sino un hombre excelente para las relaciones públicas.

Cuando estaba convaleciente de mi enfermedad, nos lanzamos a la campaña electoral en Aston-under-Lyne con Allan Young como candidato. Era un escaño laborista. En las elecciones de 1929 el balance de cifras había sido 13.170 frente a 9.763. Teníamos una organización muy débil y la campaña se redujo básicamente a tres grandes mítines en un gran gimnasio con capacidad para casi cuatro mil personas. El número de votos que recogimos fue aproximadamente el mismo de los que asistieron a aquellos mítines, ya que el balance de las elecciones fue 12.420 votos para los conservadores, 11.005 para los laboristas y 4.472 para el New Party. Nuestra intervención había quitado votos a los laboristas y había decidido el triunfo de los tories. La aparatosisidad y el entusiasmo de nuestros mítines habían causado unos rumores, que circularon por Londres, de que estábamos ganando, y, en aquellas reuniones, aparecieron algunas cifras portentosas. Pero el día de la votación, el aparato de los partidos derrotó, como siempre, los síntomas patentes de un incipiente entusiasmo popular.

Aquellas elecciones fueron lo suficientemente importantes como para que se tomase en serio al New Party. Nuestros mítines se habían realizado con orden, salvo algunas animadas interrupciones a base de preguntas, que ayudaron al orador más que le turbaron. Pero el clima cambió radicalmente cuando salieron las cifras después de las elecciones. Puede ser que los organizadores de la violencia hubiesen decidido tener las manos quietas para no promover simpatías hacia nosotros; en cualquier caso, encontraron un terreno propicio para su actividad después de las elecciones, porque los militantes del Partido Laborista habían acudido por la noche de todo el Lancashire para conocer los resultados, y naturalmente estaban disgustados de que nuestra intervención hubiese impedido la victoria de su candidato. Sin embargo, mi opinión de que la violencia de aquella noche fue dirigida y hasta cierto punto organizada por los habituales expertos comunistas, la baso en dos hechos. El primero es que el ambiente y la situación eran completamente distintos al que había antes de la elección. El segundo es que la violencia nunca se desencadena en Inglaterra a gran escala, a menos que haya sido dirigida y organizada deliberadamente; al menos, eso es lo que me indica mi larga experiencia.

El rugido de la calle llegaba al interior del vestíbulo del gimnasio. El agente de más edad del Partido Laborista, que representaba a su cuartel general, me informó con cierta satisfacción de que, si salía a la calle, sería linchado; era una amenaza, no una advertencia. John Strachey manifestó después que, al observar el tropel de gente que daba gritos en la calle, yo dije: «Ésta es la muchedumbre que ha impedido que se hiciese nada en Inglaterra desde la guerra». Esto es verdad, pero es evidente que yo no quería dar a entender que aquella gente fuese contraria al cambio. Lo que quería decir entonces y ahora es que los agentes con mucha experiencia, completamente profesionalizados, y los instigadores comunistas, siempre juegan con la anarquía inherente a la izquierda del Partido Laborista para promover la confusión, la desilusión y, finalmente, la violencia, esencial para sus planes a largo plazo. En una crisis siempre impedirán grandes reformas o un progreso ordenado en el seno del Partido Laborista.

Pasé a través de la muchedumbre con unos cuantos compañeros y no sufrimos ningún percance serio. Allí había muy pocos policías. Durante algún tiempo, los manifestantes rodearon, gritando, nuestro hotel, pero al final se marcharon a sus casas. No se produjo más daño que el ímpetu que causó en la psicología de John Strachey. No quiero decir que se acobardase, porque no se asustó. John Strachey era un hombre valiente. Después de aquel acontecimiento, adoptó repentinamente la opinión de que las masas obreras estaban en contra nuestra y que nosotros estábamos equivocados. Nunca se retractó de esta opinión, hasta que empezó a

colaborar con el Partido Comunista. Entonces tardó cierto tiempo en evolucionar, una vez más, hacia el pilar de la ortodoxia laborista. Las razones de estos vaivenes de su pensamiento no eran difíciles de explicar.

Los intelectuales que se dirigen hacia la izquierda, en parte racionalmente y en parte sentimentalmente, acostumbran a formarse una imagen completamente mítica de la clase obrera. Sospeché entonces, y supe después, que tales escenas de violencia no tienen nada que ver con las masas obreras inglesas, con las gentes que asistieron a mis mítines en toda Inglaterra cuando viajé por el país hablando cada noche y quedándome a dormir en casa de diferentes obreros manuales. Todo aquello era una exhibición preparada por unos comunistas sofisticados que jugaban con los sentimientos de un número no muy grande de obreros del Partido Laborista en un momento de decepción y frustración. La mayor parte de aquella muchedumbre, como siempre, estaba allí sólo para observar, y el alboroto fue promovido únicamente por una o dos filas delanteras de agitadores. Si toda la muchedumbre hubiera sido realmente tan hostil, desde luego hubiésemos sido linchados, ya que estábamos indefensos.

La versión de que las masas obreras inglesas se alzaban iracundas allí frente a los hombres y las ideas que desaprobaban, ejerciendo la violencia con actos brutales, es, simplemente, una invención estúpida. Tales interpretaciones son falsas, desde el principio al fin, porque llevan el sello del Partido Comunista. Esos brutos pueden hacer creer a un hombre aislado que está rodeado de un público enemigo, a base de darle patadas, o que es aclamado como un héroe, a base de gritar algunos vítores. Si la policía le protege, los comunistas le acusan de que no puede acercarse al pueblo sin protección; toda su tarea consiste en dar esta impresión. A través del movimiento de las camisas negras pronto probamos, que una vez que se ha detectado a esos profesionales amargados, puede uno volver a encontrar auditorios ordenados, felices y joviales entre nuestro buen pueblo inglés. John Strachey y otros como él se dejaron impresionar por una máscara superficial que ocultaba un horrible rostro, que afortunadamente no es el de la masa del pueblo británico. Y creo que nunca lo será, a menos que prescindamos de nuestra capacidad de decisión y el carácter de los ingleses cambie por completo.

Los días del New Party fueron entonces muy movidos. Tuvimos que emplear unos métodos distintos para hacer frente a una situación completamente nueva. Hacia nosotros vinieron hombres nuevos, que estaban dispuestos a luchar por sus ideas, en una palabra, los abnegados camisas negras. John Strachey nos abandonó después de presentar su extraño memorándum que contradecía abiertamente todas las bases del programa político que habíamos defendido juntos durante tanto tiempo; le acompañaron Alian Young y el filósofo C. E. M. Joad, que era un amigo íntimo de Strachey y después un conocido locutor radiofónico. Harold Nicolson no pudo mantenerse por más tiempo, ya que nos había apoyado más por lealtad que por convicción. Sencillamente, no podía entender que yo sólo tuviese la opción de enfrentarme a la violencia o de claudicar. No aprobaba el tipo de hombres nuevos que eran necesarios para nuestra causa, y éstos tampoco apreciaron su delicada idea de escoger una preciosa florecita de los caminos como emblema de nuestro Partido, ni su arte literario al escribir un artículo titulado: *Elevad la caléndula*.

Por todo el país tropezamos con una tormenta de violencia organizada.

Pretendían, sencillamente, asfixiarnos; querían atrepellarnos a base de negarnos el único recurso que teníamos: la palabra hablada; había que borrarlos del mapa. En las elecciones generales, con toda la prensa apoyando al Gobierno Nacional y la izquierda intentando eliminarnos, cosechamos una derrota inevitable: yo obtuve 10.543 votos y el resto de los veintidós candidatos del New Party obtuvieron una media de 1.036 votos por cabeza. Teníamos que reformar nuestra organización, pero no nuestro programa político, para hacer frente a una situación enteramente nueva.

Antes de ese renacimiento, publiqué el epitafio del New Party y subrayé nuestra perenne determinación:

«Es mejor la gran aventura, es mejor la gran tentativa por salvar a Europa, es mejor la derrota y el desastre, es mucho mejor el final de esa cosa tan trivial llamada carrera política, que ocultarse bajo un uniforme dorado y azul, pavonearse y hacer ademanes falsos en el escenario de la pequeña Inglaterra, en medio de un cuadro de decadencia, que proseguirá hasta que la historia, volviendo una página heroica de la historia humana, escriba de nosotros esta desdeñosa posdata: "Éstos fueron los hombres a quienes les fue confiado el Imperio británico, y cuya negligencia, ignorancia y cobardía dio lugar a que lo abandonasen en manos de España". Ganaremos; o, al menos, volveremos a empuñar las armas.»

16. LA FUNDACIÓN DE LA UNIÓN BRITÁNICA DE FASCISTAS

En esencia, el fascismo era un credo nacional, y, por tanto, adoptó, por definición, una forma diferente en los distintos países. En su origen, fue una explosión frente a las condiciones de vida intolerables, frente a los errores resolubles que el viejo mundo no había conseguido remediar. Era un movimiento destinado a asegurar el renacimiento nacional, integrado por la gente que no quería resignarse ante la decadencia y la muerte y que estaba decidida a vivir, y a vivir en la grandeza. Es fácil ultrajar al fascismo, pero sin comprender estos tres hechos básicos es imposible dar una alternativa seria a su causa y al espíritu que la anima. No puede ahogarse con ultrajes lo que antes ha sido suprimido por la fuerza; un argumento debe tener una respuesta si es que se le quiere derrotar, y para dar esa respuesta antes hay que comprenderlo.

El fascismo no existe hoy, no porque se le haya dado una adecuada respuesta, sino porque pertenece a la época anterior a la Segunda Guerra Mundial. Desde aquella época la ciencia nos ha demostrado esto con una nueva serie de hechos; los errores del fascismo han sido asimilados; del nacionalismo estrecho se ha pasado a un patriotismo europeo. Aquellos de nosotros que fuimos fascistas podemos aprender tanto de los hechos nuevos como de nuestros propios errores; es fácil extraer lecciones de los errores de los que uno mismo no fue responsable, sobre todo cuando estamos convencidos de que personalmente los hubiésemos evitado. El peor de los estados posibles nunca ha hecho una proclamación de infabilidad; eso es algo que dejó gustoso a los actuales responsables de la situación mundial. Después de la guerra, me enfrenté a hechos nuevos, aprendí de los errores pasados, y me sentí libre para convertirme en un europeo.

¿Por qué fui, entonces, un fascista? Para responder a esta pregunta debemos volver al otoño de 1931. La victoria del Gobierno Nacional en las elecciones de octubre de aquel año machacó al New Party, y dio el poder a unos hombres que sabíamos, por amarga experiencia, que no harían nada, salvo acelerar la decadencia gradual de nuestro país hasta convertirlo en una potencia de segundo orden, y eso en el caso de salvarse de una ruina total por factores externos, de los que por otra parte, entendían muy poco. La gravedad de la crisis económica en Inglaterra resultó insuficiente para asegurar el consenso nacional de todas las fuerzas vivas para salvar al país, y luego, la frustración de todos nuestros esfuerzos en el seno del Parlamento y la tranquila complacencia del electorado, condujo a la derrota del New Party a fines de 1931. Sin embargo, estábamos más convencidos que nunca que, tarde o temprano, el pueblo británico debía hacer un esfuerzo supremo para que la nación pudiese vivir de un modo acorde con su grandeza (que aún puede ser reconocida como la tierra que más amamos), o, al menos, para sobrevivir.

¿Qué debíamos hacer? ¿Sencillamente claudicar? Al llegar a esta situación, Lord Beaverbrook me hizo la oferta, para escribir en sus periódicos. Siempre era un buen amigo cuando uno estaba hundido, aunque se decía que no era tan buen amigo cuando se estaba en la cumbre. Lloyd George me dijo una vez: «Max siempre quiere cortar las cabezas de las amapolas altas. Ésa es toda su psicología». Las elecciones de 1931, verdaderamente, habían cortado mi cabeza, e inmediatamente él me hizo la oferta. La considero ahora, como entonces, como un gesto de amistad digno de aprecio, pero preferí mantener mi independencia. Tampoco faltaron cantos de sirena que sugerían que teníamos grandes cualidades y medios para poder disfrutar todavía de la vida, y que un diluvio de gracias caería sobre nosotros. Voces juiciosas y de gran influencia (que pertenecían curiosamente a la derecha, a la que nunca me adherí) me aconsejaron que hiciese un viaje por el Imperio y volviese como un experto para rehacer las fuerzas del conservadurismo imperial. Pensé que mi papel no era ni reírme voluptuosamente sobre las ruinas de la grandeza de mi país, o burlarme de mis propios ideales y de la confianza de mis compañeros, ni tampoco el papel de un ideólogo que hila los sueños ociosos de la panoplia imperial para un pueblo que había perdido la voluntad incluso de mantener lo que sus padres habían ganado. Mi deber era despertar el deseo de vivir, y de vivir en la grandeza; dedicarme plenamente y con todas mis fuerzas al renacimiento nacional.

Esta decisión se vio fortalecida por tres hechos. El primero fue que el movimiento de renacimiento nacional resurgía, aunque en formas completamente distintas, en los dos países que se habían formado años antes sobre la base de sociedades invertebradas, y que uno de aquellos movimientos hacía tiempo que había conquistado el poder, mientras que el otro estaba a punto de tomarlo. El segundo hecho era que precisamente las mismas condiciones que habían hecho surgir aquellos dos movimientos estaban también presentes, aunque en un grado mucho menos agudo, en nuestra realidad británica; las causas podían ser la derrota de la guerra o sencillamente un declive económico que amenazase una gran crisis, pero los resultados del paro y del sufrimiento de las masas en cierto modo eran idénticos. El tercer hecho era que la respuesta del viejo mundo, y en particular del comunismo, a la fundación de esos movimientos había sido exactamente la misma que a nuestra experiencia del New Party. Cuando presentaron nuevos programas políticos, no se les hizo frente con argumentos razonados, sino con la violencia organizada. En nuestro caso estaba completamente claro que la iniciativa de la violencia no partía de nosotros, sino de nuestros adversarios. Nos congregábamos con la intención de llevar a cabo mítines pacíficos y presentar al auditorio una causa razonada, y otros atacaban nuestros mítines con el propósito de impedir las sesiones. Ellos atacaban y nosotros nos defendíamos.

De toda la profusión de falsedades que se generaron a partir de aquellos hechos, la que me afectó más fue la acusación que se me hizo de promover la violencia por organizar el movimiento de los camisas negras, que no tenía otro objeto que proteger mis mítines. Incluso se sugirió que en mis grandes mítines prefería luchar a hablar. La acusación era evidentemente ridícula, ¿por qué demonios iba yo a querer eso?, sobre todo si se tiene en cuenta que mis mítines reunían a los auditorios más amplios que se han registrado nunca en Inglaterra. Una política que sólo pretendiera asaltar a su auditorio, en lugar de persuadirlo, podría calificarse verdaderamente de demente.

Aparte de lo que se ha dicho y escrito sobre mi capacidad para pronunciar discursos, he demostrado poseer un récord de persuasión en las condiciones y lugares más diversos, cosa que nunca han conseguido mis oponentes. El lector de este libro habrá podido observar que yo fui el M. P. más joven, al ganar en Harrow con una mayoría de 11.000, como candidato conservador, y en las dos elecciones siguientes invertí todo pronóstico al derrotar al candidato conservador en la plaza fuerte del Partido por amplias mayorías. Después de esto, vino el desafío a la fortaleza de los Chamberlain en Birmingham, que habían dirigido durante sesenta años, y la conquista de los escaños parlamentarios correspondientes al centro de la ciudad para los laboristas, después de cinco años de ímprobos esfuerzos. Luego vinieron las dos elecciones en el vecino distrito electoral de Smethwick, con mayorías laboristas muy considerables; y finalmente, la conquista de unos 10.000 votos en Stoke-on-Trent en medio del derrumbamiento de 1931, mientras que el resto de los candidatos del New Party obtenían una media de 1.000 votos por cabeza.

¿Por qué un hombre con este historial electoral va a salirse de pronto de su sano juicio y reunir, con mucho trabajo y algunos gastos, los mayores auditorios conocidos en Inglaterra, no con el propósito de persuadirlos, sino para pelear con ellos? Este tipo de ataques contra mí, tan absurdos, batían el récord de todas las invenciones estúpidas y grotescas que he conocido en mi vida política. Para contestar a semejantes alegaciones bastan dos palabras que desmontan toda la estupidez de tantas acusaciones cretinas: ¿Para qué? — cui bono?

Una opinión estúpida es pensar que unas cuantas interrupciones pueden estropear los mítines. ¿A quién pueden importarle? Interrupciones y preguntas pueden ser la esencia de un discurso y cualquier orador experimentado siempre sabe encajarlas. Qué divertidos eran todos los viejos chistes de las tribunas inglesas, que hacían disfrutar igualmente al orador y al auditorio. Cuando un marxista contumaz preguntaba fuera de tiempo ¹⁵⁵, se le contestaba: «Veo, señor, que usted es una autoridad sobre Marx, y lo habrá leído, sin duda, cuidadosamente». «Sí, lo he leído.» «Usted habrá leído entonces sus seis volúmenes, ¿no es así?» «Sí, los he leído.» «Entonces, señor, me permito felicitarle, tanto por su sabiduría como por su imaginación, ya que sólo escribió dos.» La autoridad retira entonces a los rojos entre un mar de carcajadas, hasta que el auditorio puede volver a las cuestiones que interesan a nuestro pragmático pueblo. Es bueno el viejo humor inglés. Los cambios bruscos pero geniales son siempre muy apreciados en las plazas fuertes tradicionales del obrero británico. Cuando un hombre corpulento bramaba con voz estentórea pero falsa: «Quiero que este auditorio sepa que mi mandíbula fue rota en seis puntos distintos en uno de vuestros mítines», obtenía la siguiente respuesta: «Estamos encantados de saber que esta noche marche tan bien». Cualquier réplica sutil acababa en carcajadas. Un estudiante no licenciado me interrumpió en un mitin universitario: «¿Está usted a favor del control de la natalidad?» «Bueno, lo estaba, pero empiezo a creer que llega veinte años demasiado tarde.»

Después de que se ha hablado y escrito tanto acerca de mi habilidad para tratar a los preguntones en mis primeros tiempos, ¿por qué se supone que yo iba a perder esa capacidad tan encomiada? Desde luego, nosotros no éramos contrarios a las interrupciones normales. Éramos contrarios a los gritos de docenas de personas y a veces de centenares de hombres, acompañados a menudo por una violencia organizada al estilo militar. Probablemente yo tengo una experiencia de mítines de masas mayor que la de ningún otro hombre vivo, y puedo asegurar al lector que en Inglaterra nunca ocurre ningún desorden serio, a menos que esté organizado previamente. Los ingleses pueden odiar o amar a una persona (yo he experimentado un poco ambas cosas), pero siempre le prestarán la atención adecuada. Si a uno no le quieren oír, se marchan; un procedimiento sencillo y silencioso.

Cuando se usa la fuerza organizada, a uno sólo le quedan dos salidas, si las autoridades ya han demostrado que son incapaces o no quieren mantener el orden: rendirse, o hacer frente a la fuerza con la fuerza y ganar. Después de la experiencia del New Party quedó claro para mí que, o bien abrazaba a los brutos rojos y hacía las maletas para irme a casa, o bien los echaba de mis mítines después de una delicada advertencia. Debe recordarse que yo no tenía más recurso que la palabra hablada: no tenía ni prensa, ni radio, y poco dinero. Los mítines públicos eran el único medio para exponer nuestra causa, y si nuestros auditorios tenían que oírnos, debíamos prepararnos para poder hablar libremente.

¹⁵⁵ En mis mítines se invitaba a hacer preguntas. El tiempo reservado al discurso era de una hora y cuarto; para la venta de propaganda, de un cuarto de hora; para las preguntas, de una hora. Este procedimiento difería de las prácticas usuales en el Continente, y el tiempo reservado a las preguntas hubiera constituido un buen entrenamiento para la moderna televisión. El estilo se convertía entonces en coloquial e íntimo, muy diferente del de los discursos.

Al principio, nos enfrentamos con viejos excéntricos y perder hubiese significado el fin de nuestro movimiento. Pronto quedó claro que para triunfar teníamos que vestir un traje distintivo, un uniforme, para reconocernos unos a otros. Ésa es la razón por la que la gente que ha tenido que luchar ha usado uniformes de un tipo u otro desde los primeros días de la historia. Usábamos camisas de color por la misma razón, y el negro fue elegido no sólo porque era el opuesto al rojo, sino porque no lo usaba nadie más en todo el país. Una camisa es la prenda más fácil y barata para el propósito de reconocerse, y hay que tener en cuenta que las camisas las tenían que pagar los propios militantes, la mayoría de los cuales eran pobres, algunos de ellos incluso estaban en la miseria. Otros habían ya usado antes camisas de color por la misma razón, y eso no convertía a nuestro movimiento en italiano o alemán, del mismo modo que el ejército inglés no puede confundirse con el alemán por llevar un uniforme. Este tipo de argumentaciones es fácil de rebatir.

Sin embargo, subsistían características parecidas; nuestro movimiento era una reacción frente a unas condiciones de vida intolerables, un esfuerzo por renacer que se enfrentaba a la violencia organizada. En Italia y Alemania y en casi todos los países de Europa, estaban naciendo los partidos que desde hacía tiempo eran conocidos por todo el mundo como fascistas. ¿Era honesto o eficaz negar que fuésemos un movimiento fascista? Puede discutirse mucho sobre la honestidad o no de negar que fuésemos fascistas, pero estaba claro que en cualquier caso era algo inviable. Cuando los espectadores ven un elefante caminando por la calle, es inútil explicarles que se trata de un paseo en una agradable tarde de domingo organizado por la Asociación de Jóvenes Cristianos. Éramos un movimiento británico caracterizado por un intenso patriotismo nacional, pero en la época del fascismo era evidentemente estéril y posiblemente deshonesto negar que fuésemos fascistas.

Desde luego, siempre es una desventaja parecerse a partidos extranjeros, aunque sea un parecido superficial, sobre todo si la esencia del movimiento es un patriotismo ardiente. Resulta más sencillo para los partidos de izquierda que pocas veces se distinguieron por su patriotismo hasta que se perdió el Imperio, y entonces nos descubrieron el patriotismo estrecho de la pequeña Inglaterra esgrimido contra el patriotismo de una gran Europa. Los partidos de la izquierda siempre han sido internacionales en sus sentimientos, y se han organizado abiertamente a escala internacional. Los socialistas pertenecían a la Segunda Internacional, de la cual el Partido Laborista era miembro oficial en aquel período; los comunistas fueron más lejos, no sólo fueron miembros de la Tercera Internacional, sino que aceptaban la dirección de un Partido y de un Estado extranjeros.

El liberalismo también tuvo sus ramificaciones internacionales. El credo del siglo xix empezó con la Revolución francesa, y el Partido Liberal en Inglaterra ha disfrutado y alardeado de su filiación europea. Charles James Fox estaba muy lejos de aprobar los excesos de la Revolución francesa, pero admiraba su espíritu inicial y luchó resueltamente frente a los intentos de suprimirla por fuerzas externas. Sin embargo, nadie sospechó ni por un momento que este patriota inglés constituyese un peligro para su país cuando éste se vio amenazado por la Revolución francesa, ni a nadie se le ocurrió responsabilizar al liberalismo del siglo xix de los excesos parciales cometidos por algunos líderes individuales, como Robespierre. El liberalismo sobrevivió a la confusión de los primeros momentos de su nacimiento, y, finalmente, creció y adoptó una forma adulta en Gran Bretaña, igual que han hecho muchos grandes hombres. Lo que dio una forma positiva a nuestro siglo xix fue nuestra Reform Bill, y no la explosión inicial en Francia. Mi esperanza y mi profunda convicción era que en Inglaterra el fascismo encontraría también su expresión más adulta, y estaría destinado a modelar el siglo xx.

Los militantes de los movimientos fascistas y nacionalsocialistas de otros países también pensaron lo mismo, ya que la fuerza (y la debilidad) del fascismo radicaba en ser una ideología intensamente nacional. Este impulso le daba la fuerza del patriotismo, pero también la debilidad de su división. Estábamos divididos por nuestro nacionalismo. Ello traía consigo el peligro de que Europa pereciese de la misma manera trágica que los estados de la Grecia clásica; unidos por el genio de su clase, por su filosofía, arquitectura y arte, y nacidos de esa misma raza, única en la historia, pero divididos por un nacionalismo que a los ojos de la historia debe considerarse como artificial. El pecado del fascismo fue repetir ese error, con las consecuencias de una tragedia que aún se prolonga.

A veces se sospechó que estábamos organizados en una Internacional. Por el contrario, éramos demasiado nacionales; desde el punto de vista histórico se nos puede condenar precisamente por no ser suficientemente internacionalistas. Hubo reuniones esporádicas, pero ningún tipo de organización sistemática. Yo mismo vi a Mussolini alrededor de una media docena de veces y a Hitler dos veces, y a ninguno de los dos después de 1936. En aquellos años críticos yo estaba demasiado ocupado en el interior para poder hacer viajes al extranjero. Nuestro defecto no fue la unión sino la división. Y en consecuencia, teníamos puntos de vista y programas políticos distintos y adaptados al carácter nacional de nuestro movimiento.

Para superar aquellas diferencias, al objeto de preservar la paz, debería haberse hecho bastante más de lo que se hizo, desde mi punto de vista. El fascismo estaba demasiado ocupado en cada país en servir a sus intereses nacionales. Ante la alternativa de perseguir ambiciones nacionales o de promover algún tipo de unión europea que partiese de una generalización del fascismo, los líderes del nacionalsocialismo y del fascismo escogían invariablemente el primer camino. Siempre que el fascismo empezaba a triunfar por toda Europa, recibía un golpe por parte de los líderes que ya estaban en el poder luchando por algún que otro territorio al servicio de sus intereses nacionales, y utilizando un lenguaje jactancioso y amenazador que creó una psicosis

de guerra, e hizo crecer la oposición. Incluso en la última fase, cuando se unieron los líderes del Eje fue más una alianza al viejo estilo destinada a defender intereses comunes, que una unión ideológica. Que no me hablen de una Internacional fascista, pues si tal organización hubiera existido habría sido posible mantener la paz en Europa. Si nuestro continente hubiera alcanzado un razonable grado de unión mediante un nuevo sentimiento europeo, en lugar de la división de los viejos nacionalismos, hoy habría veinticinco millones más de personas vivas y Europa sería el mayor poder del mundo.

La debilidad y la fuerza del fascismo deben atribuirse a su nacionalismo exagerado. Y esto fue un error porque el nacionalismo es un rápido despertador del fervor popular, pero por sí solo resulta débil, pues un nacionalismo estrecho progresa tan poco como las mentiras, y a menudo se ve desbordado por los acontecimientos. Una característica del fascismo fue que combinó, casi a partes iguales, el mérito y el error. La necesidad de la acción era correcta, era un imperativo urgente de la época. El paro, las malas viviendas y la pobreza en un momento en que la ciencia había superado virtualmente el problema de la producción en una comunidad bien organizada; he aquí los males que clamaban al cielo exigiendo una vigorosa acción. Sin embargo, una de las tristes lecciones de la historia, que debe ser bien aprendida, es que la acción puede comprarse a un precio demasiado caro. La libertad individual es la base de cualquier sociedad civilizada, y regresamos al caos de la edad oscura si no se reconoce esto. Los derechos individuales no deben impedir o obstaculizar el avance de toda la comunidad; ningún hombre debe colocar sus derechos individuales por encima de los de la nación en su conjunto. Y ninguna minoría debe exigir el derecho de dominar, pero a su vez los derechos individuales no deben sufrir arbitrariamente ninguna merma de libertad; esos derechos deben ser inviolables. Personalmente, he defendido esos derechos antes, durante y después de mi largo encarcelamiento sin juicio.

Los derechos individuales no fueron respetados por el fascismo en el extranjero, y por lo tanto se perdió más, incluso en relación con nuestra causa, de lo que se ganó. Incluso en el siglo xviii y en tiempos de guerra, Bonaparte dijo que lo moral aventajaba a lo material en una proporción de tres a uno; en el siglo XX, en tiempo de paz, la moral es aún mucho más importante. La acción y la voluntad son necesarios, pero ambas tienen sus límites; la acción puede pagarse demasiado cara, y así fue. Reconocer esta verdad no significa en absoluto admitir la menor parte de justicia en quienes, antes de la guerra, condenaron los crímenes del fascismo, pero perdonaron los crímenes de los soviets rusos, permitiéndoles cometer toda clase de atropellos con tal de mantenerse en el poder.

Hay otros medios mejores que matar la libertad. En los países fascistas estaba prohibida abiertamente la libertad de expresión en cualquier forma organizada. Pero en Gran Bretaña antes de la guerra, aún era mucho más torpeada, aunque de un modo más sutil, y por supuesto, fue absolutamente proscrita desde la guerra. Es posible matar la libertad por la fuerza o por el poder del dinero en connivencia con el Estado. Cuando se le deniega a un individuo con opiniones nuevas la prensa, la radio y la televisión, no puede haber demasiada libertad; ni tampoco cuando los mítines públicos son la única forma de expresión, y el Estado, mientras deniega a uno el derecho de mantener el orden, él mismo no se encarga de salvaguardarlo. Para completar el cuadro hay que señalar las presiones de las organizaciones laboristas locales por prohibirnos el uso de los establecimientos públicos que estaban bajo su control y la actuación de la mayoría conservadora en el Parlamento, que usaba la policía, no para mantener el orden en los mítines al aire libre, sino para prohibirlos e impedir su realización cuando la oposición organizada amenazaba con el desorden; Inglaterra era entonces lo que Mussolini llamó cadáver putrefacto de la libertad, una muerte más efectiva porque era menos ruidosa. La hipocresía gobierna confiada y triunfante: «El cobarde lo hace con un beso, el hombre valiente con una espada». Teóricamente, hay libertad de hablar frente a los partidos establecidos del mismo modo que teóricamente el individuo también tiene libertad económica frente a los capitalistas, aunque ya sabemos que se trata de la «libertad» de dormir en un banco del parque cuando uno no puede costearse una habitación en el Ritz.

Debemos empezar desde el principio y explicar el proceso en etapas adecuadas antes de contemplar toda la exquisita perfección de ese sistema actual de suprimir completamente las opiniones heterodoxas allí donde adopten una forma eficaz y organizada. El desorden ha prevalecido siempre en los mítines públicos de Inglaterra muchos años antes de que yo naciese. La experiencia de nuestro New Party demostró que, bajo la administración existente, la policía no se mostraba dispuesta a mantener el orden. Nada de esto importaba a los partidos establecidos, que tenían a su disposición la prensa, y que, en el caso del Partido Conservador, en sus grandes mítines, restringían la entrada a los partidarios que poseyesen el carnet, quienes acudían puntualmente desde los puntos más lejanos para escuchar a sus líderes. Nosotros éramos un nuevo movimiento y dependíamos completamente de la palabra hablada en los mítines públicos para buscar un apoyo que no existía previamente. Estaba perfectamente claro que se nos denegaba, por la violencia organizada, la única oportunidad para el progreso político. ¿Qué podíamos hacer? ¿Hacer las maletas e irnos a casa? ¿O bien organizamos nosotros para defender nuestros mítines? Algunos de mis valiosos compañeros eligieron la primera alternativa, yo escogí la segunda.

Teníamos un programa creado lenta y laboriosamente durante el período que estuve en el Partido Laborista (sin ninguna intervención extranjera) y estábamos convencidos de que podía salvar al país en una situación de crisis que, en cualquier momento, podía degenerar en un desastre nacional. Me parecía un deber dar a nuestro pueblo la oportunidad de comprenderlo y apoyarlo. Ser capaces de pensar, pero no de actuar, hubiese sido para mí algo despreciable, la negación de todo principio. Lo que más tarde escribí en *The Alternative* sobre el hombre de pensamiento-acción (el hombre capaz tanto de pensar como de actuar) debe convertirse en una realidad viva, una verdad que tome cuerpo y que es esencial para la supervivencia humana. Ya creíamos, entonces, que había llegado la hora de actuar para convertir las ideas en hechos.

Nos enfrentamos a una experiencia similar a la que sufrieron todos los que desagradaban a los profesionales de la violencia roja. No es necesario repetir muchas citas de miembros de otros partidos; unas pocas bastarán. Mr. T. Howard, M. P. por South Islington, dijo: «Desafío a cualquier líder del Partido Conservador, o del Partido Liberal, a organizar un mitin en Londres... anunciándolo como un mitin abierto y a conseguir que lo escuchen». Mr. Cecil Pike, M. P. por el departamento de Attercliffe, de Sheffield, dijo: «He visto en mi departamento cómo he sido premeditadamente boicoteado, mitin tras mitin, y estoy absolutamente convencido de que todos los demás miembros de esta Cámara han sufrido la misma experiencia»¹⁵⁶. El *Manchester Guardian* informaba el 8 de marzo de 1934: «Lord Beaverbrook fue silbado la pasada noche en un mitin, en la víspera del recuento de votos de Camberwell... Cuando Lord Beaverbrook se levantó para hablar, sus palabras eran ininteligibles más allá de las filas delanteras de la sala debido a las patadas que se daban en el suelo y a los continuos cánticos. Por momentos pareció que la tribuna iba a ser invadida, pero había una fuerte guardia de corps. Tras un supremo esfuerzo por hacerse escuchar, Lord Beaverbrook se sentó, en medio de los gritos de la oposición. Más tarde, se marchó de la sala, después de estrechar las manos a sus defensores... A continuación tuvieron lugar varias reyertas ante la tribuna... Varios defensores fueron golpeados y derribados en la embestida. Uno de ellos fue retirado sangrando tras ser apaleado. Fue avisada la policía, y la sala fue despejada poco a poco».

Un caso notorio fue el mitin de Mr. Churchill en las elecciones de 1922, en el distrito electoral de Dundee. Acababa de ser operado de apendicitis y tuvo que dirigir el mitin desde una silla móvil. *The Times* del 14 de octubre de 1922, informaba de este mitin con el siguiente titular: «Mr. Churchill silbado: Mr. Churchill, que se dirigía a un auditorio de 5.000 personas en el Drill Hall de Dundee, se encontró anoche con tantas interrupciones y desórdenes de los elementos laboristas, que el mitin fue finalmente suspendido. La sala estaba atestada de gente. Mr. Churchill fue recibido con una tormenta de abucheos, silbidos y gritos, y las observaciones del presidente fueron saludadas con la canción: Cuéntame la vieja, vieja historia. Mister Churchill comenzó su discurso sentado, con el acompañamiento de abucheos y gritos... Dijo: "Si cien hombres y mujeres jóvenes están decididos a boicotear el mitin, y si esos cien jóvenes reptiles deciden negar a la democracia el poder para dirigir una asamblea, que se los lleve el diablo...". El mitin acabó en medio de un gran desorden». Mr. Churchill fue incapaz de exponer su programa en mítines abiertos a lo largo de la campaña electoral, y perdió las elecciones.

Casos semejantes se han multiplicado muchas veces, pero ya se ha dicho lo suficiente para demostrar que yo no inventé la violencia en los mítines públicos británicos. Muchos otros pasaron por la misma experiencia, pero, como miembros de los viejos partidos, tuvieron a su disposición la prensa y los mítines cerrados con carnets. Yo tuve que sostener mítines abiertos y asegurar que pudieran escucharse, para evitar que una minoría organizada los boicotease impidiendo así el derecho a escuchar de la inmensa mayoría. No teníamos más alternativa: o echar a los «jóvenes reptiles», o claudicar. Actuamos y ganamos; ése fue nuestro delito. Durante algunos años, se produjeron luchas en nuestros mítines por toda Inglaterra, pero ni una sola vez fueron boicoteados. En aquella época muchos mítines se realizaron incluso con orden, pero habrían sido atacados de no haber organizado y dirigido el movimiento de los camisas negras. Aquellos jóvenes esforzados salvaron la libertad de expresión en Inglaterra.

Prueba de ello es que durante varios años, antes de la guerra, nuestros mítines se realizaron por todo el país en perfecto orden, y fueron con gran ventaja los mítines políticos más amplios que jamás se han realizado en Inglaterra. La culminación fue el mitin de julio de 1939 en Earls Court (no en la sala de la emperatriz, sino en una sala vecina, unas tres veces más grande, donde se organizaba la exhibición del Hogar Ideal y certámenes similares) que fue considerado como el mitin en local cerrado más grande del mundo. Esta sala era mucho más grande que el Madison Square Gardens de Nueva York o el Deutschland Halle de Berlín, y ningún otro partido se había atrevido a realizar un mitin allí. La mayor parte del auditorio de Earls Court había pagado sus asientos, y la venta de entradas para mis mítines eran entonces una de nuestras principales fuentes de financiación; estábamos obligados a defender el derecho a oír el discurso, al menos de aquellos que habían pagado su entrada. No había en absoluto oposición, y los mítines acababan con escenas de extraordinario entusiasmo. Por todo el país tuvimos entonces la misma experiencia, porque el pueblo británico podía de nuevo escuchar los discursos que quisiese oír, y el boicot organizado del libre discurso había dejado de existir.

¹⁵⁶ Hansard, vol. 290, 14 de junio de 1934.

El apogeo de la violencia organizada llegó al máximo, pero fue vencido, en un mitin realizado años antes, en junio de 1934, en el Olympia; un mitin muy famoso. Allí se ganó la libertad de expresión, pero a través de una amarga experiencia. No nos enfrentábamos sólo con los gamberros descritos por Mr. Churchill como «reptiles» (a menudo armados e instigados por el extranjero), sino también con el apoyo que les prestaron las personas más distinguidas. Un panfleto de nuestro movimiento, posterior al mitin del Olympia, tenía un título que denunciaba esta colusión: Violencia roja y mentiras azules.

Para mí siempre fueron un tanto misteriosas las razones por las cuales un cierto número de conservadores apoyaron a los rojos frente a nosotros; la única explicación verosímil que se me dio fue que las derechas temían que ganásemos, y en cambio no creían que fuese posible la victoria del comunismo en Inglaterra. Ningún palo era suficientemente bueno para apalearnos, ni siquiera el garrote rojo usado en contra de los mismos conservadores, que retrocedieron vergonzosamente hasta refugiarse detrás de la prensa y sus mítines con carnets.

Desde luego, es posible opinar de muy distinto modo sobre un tema como el del mitin del Olympia, sin que esto presuponga ninguna mala intención; miembros muy inteligentes del Partido Conservador y de otros partidos adoptaron posiciones diferentes en la controversia que siguió. La mayor parte de ellos sólo sabían ver lo que ocurrió en la sala y la lucha violenta que tuvo lugar allí; eran inconscientes de lo que había ocurrido antes, la organización sistemática del desorden para atacar el mitin desde fuera de la sala. Algunos conservadores M. P. adivinaron aquellos hechos, y los pusieron en conocimiento de la prensa; Mr. Patrick Donner, M. P., escribió, por ejemplo, en el National Review. «... la realidad es que muchos comunistas estaban armados con navajas de afeitar, medias llenas con vidrios rotos y barras de hierro; y que fueron en marcha desde East End, escoltados amablemente por la policía, con el declarado propósito de boicotear el mitin.

»Un amigo mío vio a una mujer fascista con un corte de navaja de afeitar en la cara, y yo mismo fui testigo de la presencia de bandas de comunistas, algunos de ellos disfrazados con camisas negras para hacer más difícil la identificación de los responsables del alboroto; cuando se les expulsó, se resistieron con la mayor violencia. Si, como es indiscutible, algunos de aquellos gamberros estaban armados, ¿puede argüirse con equidad que los camisas negras usasen sus puños con más fuerza quizá de lo que la situación requería, cuando eran provocados de esa forma? Escuché cuidadosamente los comentarios de los que estaban a mi alrededor, y observé que una mujer presente hablaba de la serenidad y la "contención" demostradas por los camisas negras».

Más tarde se fotografiaron las armas que se habían cogido a los atacantes, y las fotografías están aún en los archivos. Nuestros militantes tuvieron que expulsar a aquellos hombres armados con las manos vacías, ya que no solamente se les prohibía llevar armas, sino que además se les hacían registros muy a menudo, para asegurar que la orden era obedecida. Nuestra Constitución prevé reglas precisas para el tratamiento de los desórdenes en los mítines: «Los que interrumpen serán expulsados a requerimiento del Speaker que presida el mitin cuando la persistencia del alborotador impida a las personas de su alrededor escuchar el discurso. La expulsión se llevará a cabo con el mínimo de fuerzas necesarias que aseguren la salida del alborotador del mitin». ¿Podría condenarse realmente a nuestros militantes por pegar puñetazos a unos atacantes que les agredían con «navajas de afeitar, garfios y barras de hierro»? Si ellos se oponían con semejante brutalidad, ¿cómo es que no hubo ningún accidentado aquella noche en los hospitales de Londres? En cambio, en nuestros propios dispensarios, según certificados firmados por personal médico altamente cualificado: «Sesenta y tres camisas negras fueron tratados por heridas, la mayor parte abdominales, heridas causadas por instrumentos romos»; las heridas incluían lo siguiente: «Los camisas negras presentaban golpes en la cabeza y en el estómago y guardaron cama durante tres semanas... Una chica fascista tenía un arañazo que empezaba en el ojo, atravesaba la mejilla y el cuello y terminaba en su espalda entre los dos omoplatos. No creo que esta herida haya podido hacerse con una uña, sino con algún objeto puntiagudo.

Mientras se estaba tratando este caso, fue traída otra chica fascista; había sido golpeada por un hombre y sus gafas se habían incrustado en su cara. Sangraba por la región del ojo izquierdo». Podría hacerse una larga lista de casos como éstos; sin embargo, no existe ninguna evidencia de que se produjesen heridas similares entre la oposición o heridas graves en absoluto.

¿Por qué creímos necesario organizar un dispensario en el Olympia, si sólo intentábamos que fuese un mitin político más para convertir al pueblo británico a nuestra causa, después de una serie de mítines tranquilos que habían seguido a la creación de la eficaz organización del movimiento de camisas negras? La respuesta es que el ataque al mitin había sido organizado abiertamente con anterioridad. Todos lo sabíamos y también las autoridades.

Durante tres semanas antes del mitin se publicaron incitaciones para atacarlo, incluso se imprimieron mapas para indicar cómo llegar al mitin. Por ejemplo, el 17 de mayo: «El comité del distrito de Londres del Partido Comunista ha decidido hacer un llamamiento a todos los obreros de Londres para organizar una contramanifestación frente a la concentración de Sir Oswald Mosley que está anunciada en el Olympia, el jueves 7 de junio»; el 26 de mayo: «Se organizarán manifestaciones desde cinco puntos distintos de Londres a última

hora de la tarde para llegar a Hammersmith Road, próximo al Olympia, a las 6,30. En todas las localidades, se darán facilidades para que los piquetes de obreros viajen en metro y puedan desplazarse con facilidad»; el 28 de mayo: «El Partido Comunista confía que los obreros de la ciudad resistirán con todos los medios al desafío fascista»; el 31 de mayo: «Todos los obreros conscientes de Londres deben poner todos sus esfuerzos en movilizar a las masas contra Mosley el jueves 7 de junio»; el 1 de junio: «Los trabajadores acudirán todos a la puerta del Olympia el jueves 7 de junio cuando Oswald Mosley y sus camisas negras hagan su concentración monstruo»; y el 4 de junio: «Los trabajadores han decidido en un debate abierto marchar en manifestación contra Mosley el jueves por la noche. El frente antifascista crece cada día. El jueves por la noche verá a los obreros de Londres marchar sobre el Olympia. El East End de Londres está cubierto con enormes pancartas y por todas partes hay señales de la amplia iniciativa que se está desplegando en esta lucha antifascista...». Estos extractos están sacados de varios periódicos y pueden encontrarse en los archivos públicos, a disposición de cualquier persona.

Este ataque fue organizado al estilo de una operación militar, con toda la amplitud que su limitada experiencia les permitía. Teníamos un derecho legal y moral de resistir si las autoridades permitían que tuviese lugar el ataque. A la justa luz de la historia, ¿puede condenarse a los camisas negras por rechazar, a puño limpio, este ataque armado que tenía el premeditado y declarado propósito de suprimir la libertad de expresión en Inglaterra?

Acepto satisfecho el veredicto que Lloyd George escribió en el Sunday Pictorial el 24 de junio de 1934: «La gente empezó a preguntarse a sí misma cuál era el significado del fenómeno del Albert Hall ¹⁵⁷: ¿cuál puede ser la fuerza subterránea que anima al movimiento de los camisas negras y cuáles son sus promesas o amenazas para el futuro gobierno del país? Pero aún más sorprendente fue la convocatoria de un mitin en el Olympia, el 7 de junio, ya que ésta es la sala más grande de Londres ¹⁵⁸, que sólo puede llenarse, si es que se consigue, en los momentos convulsivos de una crisis nacional. Pero los camisas negras aseguraron un auditorio de 15.000 personas que llenaron la inmensa sala de exhibición hasta los topes para escuchar un discurso de su líder que duró más de dos horas.

»No todos escucharon con simpatía; un considerable contingente de comunistas consiguieron entrar en el edificio por dudosos medios, con el propósito de organizar disturbios tales que frustrasen el discurso. Su fracaso fue debido a los métodos expeditivos que varios espectadores han descrito como extremadamente brutales. Los promotores del mitin rechazan esta acusación. Es difícil explicar por qué la furia de los campeones de la libertad de expresión está concentrada exclusivamente, no en aquellos que deliberada y resueltamente intentan impedir la expresión pública de las opiniones que desaprueban, sino contra aquellos que luchan, aunque toscamente, por la libertad del discurso.

»Personalmente, he sufrido tanto como cualquiera en la vida pública por las interrupciones hostiles de mis adversarios, decididos a impedir que expusiera mi programa ante el auditorio. Por lo tanto, tengo, naturalmente, una gran antipatía por esa clase de interrupciones, y pienso que los hombres que van a los mítines con la deliberada intención de suprimir la libertad de expresión no tienen derecho a quejarse si un auditorio exasperado les trata bruscamente.»

Los hechos sobre el mitin del Olympia que podían favorecerme han estado enterrados en los archivos muchos años, y no se han revelado nunca; también se busca falsear u ocultar los hechos. Han circulado leyendas de todo tipo sobre este mitin que no guardan ninguna relación con la verdad. Por ejemplo, para apoyar la ridícula acusación de que yo prefería una lucha a un discurso, se afirma a menudo que yo dejé de hablar durante un considerable período de tiempo y que alumbré con reflectores desde la plataforma las peleas que tenían lugar en la sala. El ello fuese verdad, yo habría sido un orador de una modestia insospechada. En realidad, los hilos del altavoz fueron cortados, y tuve que permanecer un cierto período de tiempo en silencio hasta que los repararon. En cuanto a los reflectores no tenían nada que ver conmigo y yo no los controlaba; pertenecían a las agencias de periódicos que estaban allí presentes. Cuando se me forzó al silencio, prefirieron sacar fotografías de las peleas. Yo no tenía medios para obligarles a que dirigieran sus focos a la plataforma, más que usando la violencia, lo cual hubiese sido, desde luego, un ultraje.

El discurso que pronuncié después de que los militantes hubiesen restaurado el orden, ¿fue tan provocador, tan incendiario, tan amenazador para la vida del Estado, como para justificar una operación altamente organizada al estilo militar destinada a ahogarlo mientras las autoridades se desentendían? El discurso estuvo dedicado casi enteramente a la economía. Por ejemplo: «Entre 1929 y 1933 nuestras

¹⁵⁷ Lo que Lloyd George denominó el fenómeno del Albert Hall no era sino el conjunto de multitudinarios y entusiásticos mítines que dirigí en rápida sucesión en los años treinta, una experiencia desconocida para los viejos partidos. Después de la Segunda Guerra Mundial, me fue denegada la sala, pero presidí otros mítines similares en otras grandes salas, como la Free Trade Hall, de Manchester, o la Birmingham Town Hall, hasta que me fueron también denegadas en 1962 por la Comisión de Control del Partido Laborista. Después de la guerra, y en años sucesivos, dirigí también grandes y ordenados mítines en Trafalgar Square, hasta que, en 1962, también me fueron prohibidos tras el resurgimiento del desorden organizado.

¹⁵⁸ El Olympia era en 1934 la sala disponible de mayores dimensiones. La Exhibition Hall, de Earls Court, donde tuvo lugar mi mitin de cinco años después, se calcula que tenía una capacidad casi doble que la del Olympia.

exportaciones han descendido por un valor no inferior a £ 200.000.000. Debemos dedicar toda nuestra atención a la construcción sistemática de nuestro mercado interior». Se subrayaba la necesidad de un cambio: «Nuestro pueblo está asqueado del socialismo, que en nombre del progreso subordina los intereses de cada país a los suyos propios. Está asqueado de la reacción conservadora, que mantiene las cosas como están en interés de unos pocos. Hoy exige una nueva ideología, un nuevo movimiento espiritual que una los principios patrióticos con el progreso, que ame al rey y al país y que esté decidido a construir un país digno de su pueblo».

Las leyendas sobre lo que ocurrió en el Olympia se repiten una y otra vez; transcurre el tiempo y aún despierta interés. Por ejemplo, Mr. Philip Toynbee, bien conocido de los lectores del Sunday Press por sus reportajes, explicó en una emisión radiofónica de la BBC el 10 de noviembre de 1965 sus recuerdos sobre el mitin del Olympia, celebrado treinta años antes, olvidando que ya los había descrito en *Friends Apart*; un lapsus excusable en un escritor tan prolífico. Al describir su impulsiva y caballeresca intervención frente a los camisas negras, olvidó claramente su visita previa a la «ferretería» y su «fervor» callejero con las «multitudes antifascistas». Estos hechos están vivamente descritos en *Friends Apart*: «Sir Oswald Mosley organizó un mitin monstruo en el Olympia. Por la tarde compramos nudillos metálicos en la ferretería de Drury Lane, y recuerdo perfectamente nuestra exaltación al ponérselos. Doblamos nuestros dedos (un poco demasiado flojo aquí; no queda bien en el dedo pulgar). Éramos expertos compradores de nudillos. Caminábamos por el cul-de-sac, junto a la estación de Addison Road, hirviendo de fervor con las multitudes antifascistas. Más tarde maquinamos un sistema para penetrar en el local. El Olympia estaba casi lleno (fila tras fila de curiosos y entusiastas, entusiastas en su gran mayoría)». Luego se refiere a los alborotadores: «Un momento después los militantes los habían cercado. Corrimos escaleras arriba y nos arrojamamos sobre ellos por la espalda. Llorando, magullado y machacado fui a parar a la calle». Comprar nudillos antes de un mitin; ir allí con el propósito de armar un escándalo; saltar sobre la espalda de los militantes; ser arrojado bruscamente, y pillar un buen berrinche... Mr. Toynbee, para justificar su actuación, puede alegar que entonces era muy joven y exclamar con Eurípides unas palabras que deben resultar familiares a todo un descendiente de su abuelo: «Ah, ¡juventud, días que pasaron!»

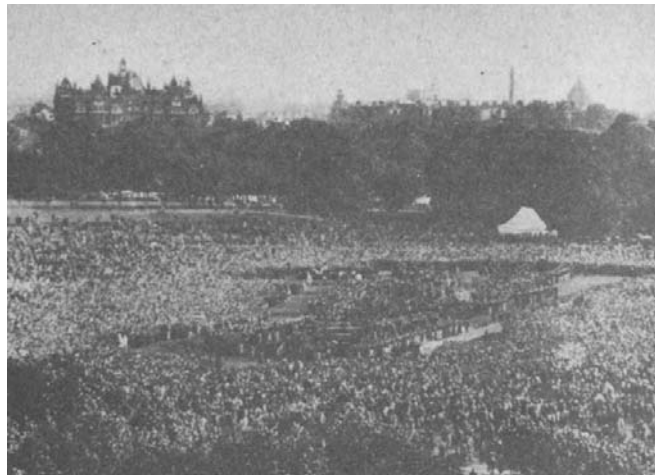


Ilustración 23. Una concentración Blackshirt en Hyde Park, 1934.

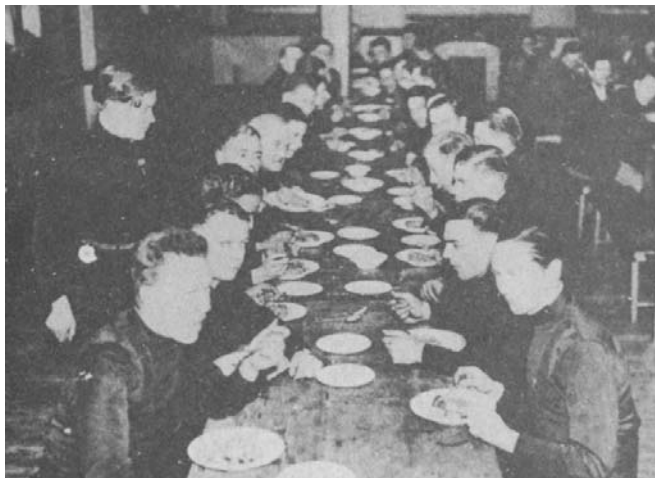


Ilustración 24. Un club blackshirt.

Violencia en 1937, tras la prohibición del uniforme.



Ilustración 25. El autor inicia un discurso.



Ilustración 26. Alcanzado por los proyectiles.



Ilustración 27. Cae sobre la tribuna.



Ilustración 28. Camino del hospital.

La batalla del Olympia fue decisiva. Lamento tener que escribir en semejantes términos de un mitin político legal en nuestro propio país, pero ésa fue la realidad. El intento más serio y organizado para aplastar un mitin por la violencia fue derrotado ampliamente. Cuando los atacantes fueron expulsados, el mitin continuó y concluyó normalmente en perfecto orden. Pude pronunciar el discurso que la abrumadora mayoría del auditorio había venido a escuchar. Sin los camisas negras, el mitin se hubiese convertido en un rastro. ¿Por qué, entonces, repitiendo la concisa pregunta de Lloyd George, deben ser condenados los defensores en lugar de los atacantes de la libertad de expresión? La respuesta que dieron entonces algunos adversarios de todos los partidos vino marcada por un prejuicio político depravado, y yo dejo la respuesta final a la historia y a un juicio más justo por parte de una nueva generación.

El mitin fue decisivo y no sólo por la derrota que sufrió el ataque más fuerte que podía montar la oposición, con una organización preparada durante tres semanas, sin impedimento de ningún tipo por parte de las autoridades, cuya función era teóricamente defender la ley frente a cualquier desorden público. Aunque era triste que ocurrieran en Inglaterra semejantes cosas, el resultado final fue cómico porque la mentalidad y el carácter de la izquierda quedó al descubierto. Nuestros adversarios sólo consiguieron asustarse a sí mismos debido a la falta de prudencia en su misma propaganda. Frente a la evidencia de que nuestra gente recibió salvajes heridas mientras que el otro lado sólo se llevó limpios puñetazos, ellos lanzaron una atroz propaganda contra nosotros con la connivencia de algunos miembros de los viejos partidos, que no dudaban en usar todos los medios para desacreditar un movimiento, cuyo rápido crecimiento temían. Ciertamente, la acusación que nos hicieron de comportamiento brutal nos causó un daño considerable, pero también ayudó a acabar con los ataques a nuestros mítines. Los «reptiles», según la descripción de Mr. Churchill, veían ahora claramente que, si acudían, serían arrojados, y en la madriguera de las serpientes circulaban abundantes rumores de que perderían sus colmillos en la refriega. La oposición se creyó sus propias historias y fue presa del pánico. No eran los primeros políticos que sucumbían víctimas de su propia elocuencia. Pronto imperaron la paz y el orden; antes de la guerra hubo muy pocos desórdenes más en nuestros mítines, y se hubiesen convertido en servicios

de iglesia, donde hasta las interrupciones que apoyan al orador son impías, si no hubiese sido por el incremento constante del entusiasmo del auditorio.

El movimiento de los camisas negras fue la única garantía de la libertad de expresión en Inglaterra, que se había desvanecido en nuestro país como un fantasma, con unas consecuencias hoy demasiado evidentes; y merece un mayor examen. Todo empezó del modo típicamente inglés. Improvisamos nuestra defensa a los ataques para hacer frente a la situación existente, cuando vinieron quinientos brutos en coches, procedentes de todas las Midlands, para aplastar un mitin de doce mil personas en la plaza fuerte de Birmingham, que yo había arrebatado a los conservadores (después de sesenta años de dominio) y la había ganado para los laboristas a lo largo de cinco años de trabajo. O también, cuando fuimos atacados en Ashley Green, en Glasgow, por una fuerza similar armada con navajas de afeitar, después de haberme dirigido a una multitud pacífica de sesenta mil personas. O cuando nos amenazaron con el linchamiento, después del recuento de votos en Ashton, por una fuerza exterior similar, después de una campaña de tres semanas de duración con grandes y ordenados mítines. En fin, cuando mi mujer pronunció mítines durante mi enfermedad, y fueron igualmente interrumpidos en todo el país. Entonces pensamos sencillamente que teníamos que hacer algo. Comencé a reunir paulatinamente un cuerpo de militantes regulares, hombres jóvenes, que actuaron como guardias de corps, con el estilo más tradicional de Inglaterra, del mismo modo que actuaban los defensores de los mítines liberales frente a los tories, cosa que yo mismo había visto cuando tenía nueve años de edad. Del mismo modo también que yo fui a menudo expulsado en unión de la alegre pandilla de Sandhurst, cuando tenía diecisiete años de edad, y nos dedicábamos a perturbar una institución inglesa tan venerables entonces como el Empire Music-Hall.

¿Por qué no nos quedamos ahí? Siempre habíamos conseguido mantenernos firmes en nuestras posiciones, pero a lo largo de la lucha el mitin era deshecho y el auditorio alarmado se esfumaba, como ocurrió en Birmingham. Nunca perdimos el tiempo, pero siempre resultaba una victoria demasiado costosa. Nos enfrentábamos a algo parecido a una organización militar, con una improvisación de aficionados. Luchábamos contra profesionales, los comunistas, que eran antiguos maestros en la violencia organizada, y nosotros también debíamos convertirnos en profesionales. Por aquel entonces teníamos ya un buen lote de rasguños; teníamos algunos luchadores formidables, pero estaban allí defendiéndose con sus puños individualmente, mientras que los rojos estaban allí con el propósito de luchar organizadamente como guerrillas armadas. A nuestros hombres siempre se les prohibió usar armas, pero luego fueron entrenados para luchar en unidades organizadas bajo un mando e hicieron prácticas de judo y de boxeo.

Al principio, sólo teníamos buenos aficionados como Peter Howard y Kid Lewis, un aficionado de la política pero no del ring. Peter Howard era capitán del equipo de rugby de la Universidad de Oxford. Era un amigo de Harold Nicolson, y disfrutaba de su compañía en privado pero no en estas ocasiones. Después del fracaso del New Party, se convirtió en una de las figuras predominantes del movimiento de oposición al rearme capitaneado por el Dr. Buchman, que tenía suficiente dinero para cultivar su idealismo. Ted Kid Lewis era un ex campeón mundial de pesos pesados; era un judío de Whitechapel, donde se presentó como candidato para el New Party en las elecciones de 1931; mi última aparición en aquella ciudad fue para apoyarle. Yo apreciaba mucho a Kid Lewis, después de ver su combate con Carpentier, que le aventajaba en peso; hizo una de las exhibiciones más brillantes que jamás he visto en un ring. Como todos los grandes profesionales jamás golpeaba a un hombre en su vida privada por miedo a matarle, y era capaz de enfrentarse a una multitud hostil con las manos en los bolsillos abriéndose paso sencillamente con los hombros. En aquel tiempo se sintió muy atraído por la política, pero quedó amargamente decepcionado por el resultado de las elecciones de Whitechapel, y se retiró. Había un conjunto de individualidades fuertes entre los militantes del New Party, pero como conjunto era, en esencia, un grupo de aficionados.

Después de la derrota del New Party, empezamos a tomarnos en serio, a la luz de nuestra propia experiencia, la organización de la violencia. Si teníamos que luchar, estábamos decididos a ganar. La primera cosa esencial era un distintivo para reconocernos rápidamente los unos a los otros en la lucha. Se había convertido en un asunto militar y nos enfrentábamos al mismo problema al que se habían enfrentado todos los ejércitos desde el comienzo de los tiempos. La primera necesidad es reconocerse los unos a los otros; la segunda, si es posible, reconocer al enemigo. El enemigo con toda su larga experiencia, empleaba muchos artificios para no ser reconocido; a veces incluso utilizaba nuestro propio uniforme. Los comunistas, después de tantos años de luchar juntos, no tenían necesidad de uniformes para reconocerse unos a otros. Después de varios años de experiencia a nosotros nos pasó lo mismo, y cuando abandonamos el uniforme nuestros mítines cerrados de militantes quedaron siempre incólumes. Sin embargo, en los primeros días para nosotros era fundamental aprender a reconocernos en la refriega.

Cometí un error considerable con el asunto de los uniformes. Empezamos bien (continué pensando que en aquel tiempo y en aquellas condiciones en que nos encontrábamos era correcto y desde luego necesario) con una simple camisa negra que cualquiera podía comprar o hacerse en casa por unos cuantos chelines; las empresas privadas las produjeron en grandes cantidades. Pronto nuestros hombres se acostumbraron a llevar la camisa con la hechura de una chaqueta de esgrima (un amable y pequeño tributo a mi amor por ese deporte).

Este tipo de hechura tenía la ventaja práctica de que no ofrecía al adversario nada que agarrar, en particular ninguna corbata que podía ser utilizada hábilmente para estrangular a uno. Mi error consistió en permitir la utilización de un uniforme militar completo para algunos hombres que resultaban idóneos para llevarlo.

Técnicamente, el asunto no tenía nada que ver conmigo, ya que, de acuerdo con nuestra Constitución, yo no era responsable de las finanzas del movimiento, y aquello fue en su origen un asunto puramente comercial. La compañía que editaba nuestro periódico, Action, suministraba esos uniformes militares a cualquier persona que hiciera cinco servicios nocturnos a la semana para el Partido y vendiera un cierto número de ejemplares del periódico. Creo que los hombres que vestían ese uniforme especial tenían incluso que pagar por ello; pero se les permitía vestirlo con un certificado del Partido que acreditase que habían hecho cinco servicios nocturnos y otro del periódico acreditando que habían vendido el número exigido de ejemplares. Se le llamó el Action Press Uniform.

Yo no fui un responsable directo del asunto del uniforme, pero indudablemente podía haber utilizado mi influencia para parar aquello y no lo hice; por el contrario, acepté la invitación para vestirlo yo mismo con vistas a animar a los demás. El motivo fue que los hombres estaban desesperadamente ansiosos por vestirlo como una señal de distinción, como un honor del Partido. Eran soldados, buenos soldados, y los soldados siempre gustan vestir uniformes gallardos. Teniendo en cuenta mis antecedentes, sencillamente no tuve valor para detenerlos ni para desanimarlos. Fue un error y un abandono del deber, pues yo debería haberme percatado de que, mientras pudiésemos aguantar con la simple camisa negra, era mucho mejor, porque el uniforme nos daba un aspecto demasiado militar que nos perjudicaba. El antiguo soldado prevaleció en mí sobre el político.

Creamos una auténtica organización militar tras el fracaso del New Party, como único medio de derrotar a las guerrillas comunistas perfectamente organizadas. Afortunadamente, muchos de nosotros teníamos cierta experiencia. Retrocedí en el tiempo y reviví el espíritu del Ejército profesional en el que me formé; yo era medio guerrero y medio político. En aquel entonces me rodeaban hombres que lucían todas las medallas que el Ejército podía ofrecer al heroísmo. Resulta difícil determinar ahora con exactitud cómo y cuándo llegaron. Cuando la sensación de crisis caló en la masa del pueblo y todos nuestros problemas se agudizaron, parecían llegar de todas partes, salir de esa especie de limbo en que Inglaterra encierra frecuentemente a los que la sirven bien. Se unieron a nosotros otros de carácter similar, pero demasiado jóvenes para haber luchado en la guerra anterior. Abordamos la tarea con un método completamente profesional. Un aspecto esencial fue conseguir barracones donde los hombres pudieran concentrarse y entrenarse. Esto se solucionó con el Whitelands College, cerca del cuartel de Chelsea; había sido derribado y se había construido un bloque de pisos en su lugar. Tenía amplios alojamientos para dormir y un campo de maniobras o de deportes en la parte de atrás, para los entrenamientos. Se instaló un comedor y una cantina para que los hombres pudieran comer y dormir allí. Pagaban por su estancia, y los barracones de Whitelands fueron prácticamente autosuficientes. Nuestras oficinas administrativas estaban en el mismo edificio, y yo disponía de una habitación que dominaba el campo de maniobras.

Otro aspecto esencial fue la movilidad. Debíamos capacitarnos para desplazarnos con rapidez por todo el país desde los H. Q., sobre todo a las áreas donde las organizaciones locales fuesen de reciente formación y sus miembros no estuvieran todavía suficientemente entrenados para salvaguardar los mítines. Los riesgos de desórdenes siempre eran mínimos cuando estaban presentes esos hombres perfectamente entrenados de los cuarteles generales, ya que ellos eran verdaderos expertos; actuaban con serenidad y nunca perdían la cabeza ni se excitaban como hacían los neófitos. Se mantenían pasivos ante cualquier alboroto hasta que se agotaba el recurso de las llamadas al orden, y el orador formulaba una orden clara y definitiva de expulsar a los perturbadores del mitin; yo siempre fui presidente y orador de mis propios mítines, cuando la situación exigía un control firme. Los camisas negras obedecían siempre la consigna que les di en los primeros días: «Nosotros nunca empezamos las luchas, sólo las acabamos».

Nuestros medios de transporte fueron camiones normales de los que se usaban para mudanzas. Llevaban unas delgadas mallas de hojalata y alambre que cubrían las escasas ventanillas de vidrio, y aquella protección fue suficiente para neutralizar la mayoría de los proyectiles que se utilizaban entonces. Nos dispararon sólo en una ocasión; una bala atravesó la ventanilla de mi coche en Hull. Puedo dar fe del agujero, pero no del incidente, ya que no estaba dentro del coche cuando ocurrió. Algún testigo dijo que dispararon desde algún tejado vecino. Los camiones utilizados para el transporte pronto fueron calificados por nuestros adversarios como carros blindados, y circularon sobre ellos las mentiras más absurdas. En nuestros esfuerzos por mantener el orden, siempre nos ayudaron nuestros enemigos, ya que empezaron a asustarse con su propia propaganda y perdieron prematuramente los arrestos para plantear la batalla.

Todo esto significaba dinero, aunque mucho menos de lo que se decía. Los hombres se pagaban todos sus gastos personales, desde las camisas negras hasta su alojamiento. El movimiento sólo tenía que recoger fondos para sostener su estado mayor administrativo, que en ningún momento excedió en número a los ciento cuarenta entre hombres y mujeres; y esa cifra corresponde a una etapa muy posterior, cuando la Casa Negra (como se llamó a nuestros barracones de Chelsea) fue cerrada y montamos unas oficinas políticas normales en Great Smith Street. Entonces tuvimos inspectores nacionales y agentes por todo el país, como todos los partidos

políticos. Después de haber imprimido al movimiento su espíritu, mediante la centralización, decidí extender ese espíritu por todo el país mediante la descentralización. El cambio se introdujo en 1935, dieciséis meses antes de la Public Order Act, que declaró ilegal nuestro ejército. Trataré más adelante de toda la cuestión de la financiación, aunque me mantuve alejado de este aspecto por mi propia voluntad y, en consecuencia, por nuestra Constitución inicial.

Mi misión era determinar la política y asumir las más altas responsabilidades en las decisiones y en el mando. En la práctica, en nuestro partido se realizaba mejor que en cualquier otro la consulta a los militantes antes de publicar declaraciones políticas o tomar decisiones. No solamente consulté siempre a mis camaradas del cuartel general, sino que, en mis constantes viajes por el país, consultaba también a todos los militantes. Esto último se hacía tanto en las conferencias regulares como en las asambleas de camisas negras que tenían lugar después de cada mitin. En esas reuniones, además de hablarles, me mezclaba entre ellos y mantenía conversaciones individuales. Estaba profundamente convencido de que era un deber mantener esa camaradería entre nosotros, que ha sido uno de los mayores placeres que he disfrutado en la vida. También constituía un método eficaz para conseguir la información necesaria para poder actuar con eficacia, ya que resultaba difícil en esas condiciones no enterarse de cualquier cosa importante que ocurriera. Hay que admitir que estábamos organizados como un ejército, pero con una diferencia respecto a los regulares: sus miembros eran voluntarios, podían marcharse el día que quisieran y decirme a mí o a cualquier otro que nos fuéramos al diablo. Sin embargo, curiosamente, muy pocos lo hicieron. Nuestra disciplina era voluntaria, un acto de devoción, sin sanciones de ninguna clase. Tenía que ser un ejército de nuevo tipo, y lo fue.

Se ha dicho que aquélla fue la primera vez, desde los tiempos de Cromwell, que se creó un «ejército privado» en Inglaterra, y probablemente sea la última, ya que semejante empresa supondría hoy una grave infracción de la ley. A menudo se formula la pregunta: ¿Cómo se consiguió? La respuesta es que fue posible gracias, en parte, a las mismas necesidades que se nos plantearon, y en parte, al espíritu que nos animaba. Ese espíritu nunca hubiera sido tan pleno y duradero sin nuestra vida comunitaria en la vieja Casa Negra. El aspecto esencial fue que, en una sociedad basada en las divisiones de clases, nuestra vida en común la superaba. Entre los camisas negras, el hijo de un duque y un barrendero podían compartir su rancho en un plano de completa igualdad, aún siendo consciente cada uno del origen del otro. Ésta fue la segunda gran ventaja de las prendas distintivas: que nuestros hombres pareciesen todos iguales.

La disciplina en las paradas aspiraba a alcanzar el nivel de la Guardia, pero no existía en el comedor, donde todos los rangos se mezclaban en igualdad de condiciones y de total compañerismo. Ésa fue la base de un nuevo modelo de ejército, con una nueva ideología política y un nuevo ideal de vida. «La oportunidad se abre a todos, el privilegio a ninguno», tal fue el lema grabado en el cinturón al estilo de las clásicas citas de los soldados que llevaban un bastón de mariscal en la mochila. Nuestras normas morales declaraban que todo estaba permitido salvo aquello que perjudicara al conjunto y a uno mismo, ya que ello entorpecía su abnegado servicio a la patria. Nos esforzamos por inculcar la creencia en el renacimiento de la humanidad. Tal actitud hizo surgir realmente un nuevo espíritu. Deliberadamente impulsamos un nuevo tipo de hombre, mitad soldado, mitad político; en parte un guerrero duro sometido en la práctica a pruebas difíciles; en parte, un idealista inspirado que alzaba su mirada a las estrellas con los pies firmemente clavados en la tierra. Ése era nuestro ideal para el carácter de los camisas negras, y muchos jóvenes valiosos lo alcanzaron ampliamente.

Con frecuencia se me ha presionado para que conteste con más detalle a la pregunta: ¿cuáles fueron mis relaciones con esos hombres y qué efecto tuvo sobre mí esa vida extraordinaria que llevé durante siete años, desde 1932 a 1939? Mis relaciones con ellos se basaban en un compañerismo consagrado por el deber. Éramos un conjunto de compañeros entregados completamente a la tarea de salvar a nuestro país, mediante proyectos en los que creíamos apasionadamente, y utilizando unos métodos que llegamos a juzgar absolutamente necesarios. Respecto a la acción, todas las decisiones dependían de mí, pero en las salas comunitarias de los cuarteles o en los locales de cualquiera de las cuatrocientas organizaciones del país, yo era uno de tantos. Me unía a ellos en las tribunas libres sobre política, que siempre era el tema dominante, en los deportes a los que dedicábamos buena parte de nuestro tiempo, en las reuniones sencillas de las salas-club donde bebíamos cerveza juntos, o tazas de té preparadas por camisas negras femeninas.

Aquel fue el compañerismo más completo que he conocido en mi vida, a excepción del que existía en el viejo Ejército regular en tiempos de guerra; era más completo incluso que el de mi primera época en el Partido Laborista, cuando cada noche gozaba de la cálida hospitalidad de un hogar obrero diferente. Fue más completo porque estábamos unidos por el peligro común de nuestra lucha, frente la animosidad salvaje del viejo mundo hacia nosotros. Muchos de ellos eran como los miembros del Partido Laborista en mis primeros tiempos de militante, cuando todavía sufría ostracismo y persecución. Les gustaba engalanarse y tener bandas y banderas, igual que hacían los mineros de Durham; unos símbolos que entonces fueron anatemas para la asustadiza clase media con toda su carga de inhibiciones de public school; aunque algunos de nuestros militantes se reclutaban entre sus filas pronto se contagiaron del alegre penacho de East London, verdadero hogar espiritual de Inglaterra. Eran ingleses de vieja estirpe inglesa, con su calidad, genialidad, humor y valor siempre a punto.

Penacho es una palabra francesa, europea, mientras que la mayoría de nuestros militantes eran muy británicos, pero sirve para describir mejor el aspecto extranjero de la actitud blackshirt. Ellos esperaban, desde luego, que yo me invistiera, al menos en espíritu, con la blanca pluma de Navarra. Los grandes mítines, sometidos a frecuentes ataques durante un largo período, recordaban en algunos aspectos un campo de batalla, pero con una diferencia. La misión de un general se complica cuando no se sabe si, al llegar al campo de operaciones, uno tendrá que pronunciar un discurso para convencer racionalmente al auditorio de que acometa con ardor y sacrificio una nueva misión idealista en la vida, o si tendrá que dirigir una lucha para expulsar a gamberros, bien organizados y armados, antes de poder hablar al tranquilo y pacífico auditorio británico. Las dos tareas requerían métodos diferentes, como descubrió hasta el mismo Bonaparte, cuando Lucian le expulsó de la Asamblea en la época del Brumario; ambos métodos eran necesarios con harta frecuencia, ya que no podía pronunciarse un discurso mientras no se expulsase a los gamberros.

Triunfamos sin excepción en todas aquellas luchas, desde los primeros días en que, tras varios avisos y continuos alborotos, yo mismo acostumbraba a bajar de la tribuna para encabezar personalmente la pelea, como en la primera batalla de Birmingham. En aquella ocasión, nuestros asaltantes tuvieron la desvergüenza de achacarme a mí el asalto, pero después triunfó la evidencia y no tardó mucho tiempo el juez de Birmingham en desestimar el caso. Más adelante, nos organizamos en grupos de escuadristas; cada grupo estaba bajo el mando de un jefe, y los grupos cubrían todas las secciones del local. La regla era que nunca debían moverse hasta que yo no diera la orden desde el estrado, que, durante esta etapa, siempre ocupaba yo. Mi costumbre era anunciar tres advertencias claras antes de ordenar la expulsión de aquellos que alteraban el orden, con el mínimo de fuerza necesaria, y una vez que estuvimos bien organizados el proceso de expulsión no llevaba mucho tiempo. El auditorio, que había venido a oír el discurso permanecía después de la refriega, porque reconocía la necesidad de expulsar a los perturbadores. Hubo tanta gente que vio de cerca lo que ocurría por todo el país, que el abuso que se hizo de nuestra pretendida brutalidad no prosperó demasiado en aquellos días, salvo en los reducidos círculos de intereses que habían fabricado la patraña.

Aquella situación nos causó el efecto de volver a las condiciones de la guerra, con las que muchos de nosotros estábamos familiarizados. Para mí, supuso un cambio profundo en relación con la vida política normal a la que había llegado a acostumbrarme durante aquel largo intervalo de tiempo. A menudo se me pedía que describiera mis sentimientos personales en semejantes ocasiones, como la del Olympia en 1934. Después de aquel mitin se me permitió hablar brevemente por la BBC; fue la última ocasión en que pude utilizar los medios de esa organización, que tan a menudo han empleado otras personas para atacarme en los últimos años. A continuación, uno de sus comentaristas declaró que lo que más le había chocado en aquella terrible ocasión fue que a lo largo de todo el mitin y la entrevista radiofónica posterior, yo hubiese demostrado una calma tan inhumana. Esta observación me dejó asombrado, porque yo no podía entender por qué la simple tarea de arrojar fuera del Olympia a una cuadrilla de alborotadores tenía que producir una perturbación emocional a alguien que había pasado por la experiencia de la lucha en las trincheras y en el aire, en la guerra anterior. ¿De dónde se creían ellos que procedíamos? Los hombres de nuestros comandos locales no podían ser vencidos en aquel tiempo, aunque los del otro bando llevasen navajas y los nuestros sólo contestasen con sus puños. Además, en semejantes ocasiones, es esencial mantenerse sereno.

Si estás al mando de un pequeño pelotón o tropa, como los llamábamos en nuestros servicios, todos te miran cuando surge un ataque, un bombardeo repentino, o cualquier otra alarma. Es preciso desarrollar el hábito de conservar la calma y formular órdenes claras. Lo mismo había que hacer en el mando, más amplio, de la política blackshirt. Pero había otro factor más: los reflectores estaban enfocados frecuentemente sobre la plataforma, a veces se trataba de potentes focos de cine que permanecían encendidos la mayor parte del tiempo; si el orador perdía el dominio de sí mismo, aunque sólo fuese por un momento, inmediatamente se traduciría en una pérdida de confianza de los escuadristas y en una alarma general entre el auditorio, con el pánico consiguiente. Desarrollé el hábito de una imperturbabilidad total, mientras daba instrucciones claras a los escuadristas, y pedía el auditorio que permaneciera sentado ya que aquello iba a resolverse pronto. Aquella era precisamente una de las ocasiones en que resultaba más esencial guardar la calma.

¿Cómo me sentía entonces, dentro de mí mismo, antes, durante y después de cada lucha? También en esto yo estaba ya templado por muchas experiencias. Desde luego, fue una sensación extraña tener que esperar en una pequeña habitación antes de un mitin como el del Olympia, sabiendo de antemano que estaba a punto de empezar una larga batalla, organizada por mis enemigos. Una sensación parecida, aunque menor, fue la espera anterior al mitin de 1939 en Earls Court. En el primer caso se trataba de un auditorio al que tenía que convencer, pero antes había una batalla que tenía que ganar. En el segundo caso, en Earls Court, toda pelea estaba ya superada, pero se había congregado un auditorio gigantesco, y yo debía intentar convencerlos a todos, y transportar a algunos hasta las más altas cimas del entusiasmo. Era preciso un tremendo esfuerzo de imaginación, voluntad y espíritu, desplegado por amor a una causa, en la que creía apasionadamente. Este período de espera es un tiempo de terror.

Por fin, llega el momento y subes arriba. Toda la inteligencia, la fe, la preparación del espíritu no sirven entonces para nada sin dominar la voluntad. El momento de empezar es el acto de un autómatas movido sólo por

la voluntad. Si te paras a pensar en esa pequeña habitación con un cuestionario introspectivo: ¿puedo yo mantenerme en la tribuna con esas luces, hablar durante más de dos horas, convencerles, despertar en ellos un entusiasmo apasionado, probablemente después de tener que dirigir una lucha sucia y desagradable?, la respuesta es claramente no, es completamente imposible, está fuera de lugar.

Este tipo de preguntas se te plantean muchas veces involuntariamente. En los combates de boxeo de la juventud, contemplabas a aquella muchacho-te en el rincón opuesto, dispuesto a golpearte; luego sonaba el gong, te enfrentabas con él, y, a veces, ante tu propio asombro, ganabas. O también, mirando a aquel grandullón en el otro extremo de la pista en un campeonato mundial de esgrima; también en este caso la introspección puede suponer las mismas inhibiciones. No digamos cuando estabas sentado en uno de aquellos primeros aviones, mientras el motor estaba zumbando y los mecánicos hacían los últimos ajustes, y más tarde te parecía imposible poder ponerte a salvo y aterrizar en aquel pedacito de tierra (sí, aquél). Todas estas pruebas constituyen la mejor preparación para el cuerpo y el alma, exigen la atención más concentrada sobre los detalles esenciales; sin embargo, en último término lo que decide todas las cosas reales es la voluntad; abres el regulador mientras flotas en el viento, estás fuera y el cielo te pertenece.

Nuestra situación estaba completamente condicionada por el hecho de que, en cualquier actividad práctica, nos veíamos abocados a una operación militar contra las guerrillas comunistas, perfectamente entrenadas, similares a las que luego han surgido en distintas partes del mundo. En cierto modo, fue una tarea más absorbente que una guerra ordinaria, puesto que el enemigo estaba armado y nosotros no. El enemigo disfrutaba de una extraña tolerancia por parte de la ley, que infringía abierta y obviamente, mientras nosotros teníamos que andarnos con un cuidado escrupuloso para mantenernos dentro de ella, pues cualquier sospecha de que hubiésemos salido de ese marco suponía una persecución inmediata. Nuestras tesis se vieron confirmadas y ratificadas cuando algunos de nuestros más recalcitrantes adversarios murieron en la guerra civil de España al lado de los rojos, aunque en realidad en aquella época ya habíamos triunfado ampliamente. Muchos de los comunistas auténticamente ingleses se vinieron con nosotros en aquella época. Incluso después de aquellos días, algunos de nuestros mejores militantes eran ex comunistas, y algunos de ellos llegaron a ocupar puestos de alta responsabilidad en el Partido. Los comunistas estaban muy versados en la realidad política y, después del necesario período de prueba, se convertían en militantes muy valiosos.

Puede creerse que, durante todo este período, exageré mucho el peligro comunista en Inglaterra. Resulta fácil decir esto en la sociedad de la abundancia de los años sesenta, pero, entonces, hubiese sido no comprender ni la fluidez de la situación económica, ni la capacidad de adaptación del comunismo. La experiencia moderna demuestra que la situación económica puede cambiar (mejorar o empeorar) muy rápidamente, y a cada fluctuación cambian también las tácticas de los comunistas. En el presente, nos tienden su mano muy amables y en los puntos en que son más fuertes han asumido casi la apariencia de un partido burgués. No debemos olvidar que su organización fue fundada hace mucho tiempo y poseen una dirección hábil y experimentada. Desde 1848, los comunistas han aprendido mucho, y han desarrollado una variedad extraordinaria de métodos: a través de un largo entrenamiento de sus militantes han conseguido una disciplina absoluta, basada en una profunda comprensión de los objetivos últimos del Partido así como de la necesidad de utilizar constantes maniobras para alcanzarlos. Un partido que no pretende reformar la sociedad sino demolerla, no puede declarar abiertamente sus objetivos y necesita crear un fuerte núcleo de militantes que comprendan la necesidad de sucesivos cambios de táctica. Los comunistas creen también que el fin justifica los medios en un grado mucho mayor que cualquiera de los demás adeptos a esta doctrina perniciosa y socialmente destructora. Los comunistas consagrados a su causa son soldados políticos altamente entrenados, igualmente preparados para cantar en el coro de las iglesias, abiertas a su infiltración, que para utilizar una ametralladora en las luchas callejeras (transportada convenientemente oculta bajo el sobrepelliz).

Lo admirable del comunismo es su capacidad de resistencia, de resurgir de nuevo una y otra vez después de cada derrota y avanzar a través de los desastres hacia la victoria final. Durante generaciones, esta cualidad política fue única y sólo era comparable a la moral de un gran ejército. Un ejemplo de moral fue la retirada del ejército alemán en 1914 a posiciones preparadas de antemano para prevenir un posible desastre en el Aisne, mientras sus fuerzas principales avanzaban arrolladuras sobre París. Esa maniobra fue considerada por los soldados profesionales como una realización soberbia; un ejemplo de previsión en el mando y de moral en las tropas. Los comunistas han hecho algo equivalente en política durante muchas generaciones, y el resultado ha sido ganar medio mundo. Parece una ley de la historia el que los hombres y los movimientos reales que cambian al final el curso de los acontecimientos, deben pasar antes por una serie de repetidas derrotas y prolongados desastres; es un test natural de la grandeza de cualquier causa. El comunismo nunca ha sido una fuerza despreciable; hay que estudiarlo, como se debe estudiar siempre a todo gran enemigo, analizando todos los cambios de sus métodos y todas las fibras de su ser.

Lo detestable del comunismo, y, afortunadamente para nosotros, el principio de su perdición es ese fanatismo que le conduce a utilizar y justificar los medios más viles para lograr unos fines que sinceramente cree que son nobles. A la larga resulta desastroso porque destruye inevitablemente todo honor y toda verdad entre

ellos, incluso en el seno del Partido. Si uno está dispuesto a asesinar a cualquier infortunado oponente ¹⁵⁹ que obstaculice los fines del Partido, acaba asesinando a sus propios camaradas en cuanto se llega a convencer de que también impiden el cumplimiento de los fines del Partido. De aquí, el asesinato legal de viejos bolcheviques bajo Stalin y todo el largo y horrible espectáculo del comunismo devorando a sus propios hijos. El comunismo siempre puede ser derrotado por fuerzas políticas de similar resolución, que combinen los grandes ideales con los valores básicos del honor y la nobleza en el trato entre los hombres. Movimientos de este tipo sólo pueden fracasar cuando caen víctimas, en algún grado, de la enfermedad moral del comunismo.

Los adversarios del comunismo tienen la enorme ventaja de que su política puede proclamarse abiertamente, porque una larga serie de hechos han probado que se adapta a las necesidades de la sociedad europea, mientras que los objetivos del comunismo, no. Ésta es la base de mi creencia de que, a la larga, sólo pueden alcanzarse grandes cosas por el gran camino de declarar la verdad; por eso, los gobiernos que funcionen a base de pequeños trucos están condenados al fracaso en los grandes períodos históricos, y corren el riesgo de sucumbir ante las villanías más ladinas del comunismo. Entretanto, no nos engañemos a nosotros mismos con eso de que el comunismo ha cambiado, o cambiará fácilmente su carácter. De Siberia al Kremlin han recorrido una larga marcha, y es un insulto para sus líderes — con quienes confío al menos que podamos llegar a un sistema de coexistencia competitiva — sugerir que vayan a vender la primogenitura ganada con tantos sacrificios por el plato de lentejas de la corrupción.

La gran debilidad de los comunistas de Occidente es que pertenecen a un Partido controlado y dirigido desde fuera, sujeto a influencias que, en algunos aspectos, son más asiáticas que europeas. Nosotros éramos, en cambio, para cualquier observador que siguiera de cerca los acontecimientos, un movimiento genuinamente británico, y ésta fue la cualidad que atrajo hacia nosotros a los auténticos, pero patrióticos, revolucionarios, que antes habían pertenecido al comunismo. Siempre nos consideramos tan europeos como británicos, pero ya hemos visto que nuestras relaciones con otros movimientos fascistas fueron demasiado superficiales para salvar la paz y no pudieron evitar los daños a nuestro propio país. Una vez más, la verdad era todo lo contrario de las acusaciones que se nos hacían. No es preciso detenerse a polemizar acerca de la acusación de que, de algún modo misterioso, nosotros fuimos responsables de las atrocidades cometidas en los campos de concentración alemanes en la misma época en que nosotros estábamos encerrados en los campos de concentración británicos; podemos dejar esa idea para el substrato onírico de la política.

Nuestro movimiento británico avanzó, a pesar de la fuerte disminución de las cifras de desempleo, y no hay duda de que habríamos triunfado en Inglaterra si la crisis se hubiera agravado. Tales condiciones hubiesen surgido cuando se hubiesen agotado los efectos positivos de la medida de Roo-sevelt de doblar el precio del oro, y el desempleo hubiera empezado a aumentar de nuevo en 1938; sin embargo, no ocurrió así, debido a la aparición del febril boom armamentista que precedió a la guerra mundial. Ésta ha sido desde luego la opinión de hombres muy cualificados para poder responder a esta cuestión. Por ejemplo, uno de los principales periodistas de la izquierda, Hannen Swaffer, escribió en *World Press News*, el 5 de agosto de 1943, bajo el título «Salvados por la guerra», que «oponerse a la guerra y la 18 B» (encarcelamiento sin pruebas) es «lo que ha acabado efectivamente con Mosley y su movimiento», y concluía: «Sí, pero de no haber sido por la guerra, hoy podríamos ser un país fascista».

Subsiste el problema de saber cómo conseguimos progresar de aquel modo tan espectacular, a pesar de la disminución del desempleo y de unas condiciones económicas adversas para nosotros. No se puede revelar la cifra de nuestros militantes, porque una de nuestras reglas fue no publicarla nunca. A mí me parecía inevitable que fluctuase el número de militantes, y en una lucha tan encarnizada hubiese sido un error notificar al enemigo nuestra fuerza o nuestra debilidad. El progreso obtenido entre 1934 y 1939 queda demostrado fácilmente comparando el mitin del Olympia con el de Earls Court. Es una falsedad que salta a la vista la apreciación de que disminuyó nuestra influencia después de la Public Order Act de 1936, pues fue todo lo contrario. En aquella época salimos fortalecidos gracias al declive temporal de la situación económica reflejado en las cifras de desempleo de 1938, incluso después, cuando la oposición a la guerra se convirtió en el tema principal y las cuestiones económicas quedaron atrás. Hubo un progreso continuo en nuestro movimiento durante siete años, hasta 1939, con pequeñas fluctuaciones coyunturales.

Los militantes en activo no eran siempre los mismos; un número bastante grande de hombres y mujeres, que pasaron por nuestras filas, estuvieron en activo sólo temporalmente, pero nunca los perdimos del todo como le ocurrió al Partido Comunista. Los pocos militantes que se volvieron contra el Partido normalmente tenían profundas razones personales para hacerlo. Por lo general, los hombres y mujeres, después de una actividad intensa, caían en una especie de desfallecimiento moral, pero casi todos permanecían con nosotros para siempre; las pérdidas completas y permanentes fueron raras. Había una consigna de nuestro movimiento que tenía una base real: una vez con nosotros, siempre con nosotros.

¹⁵⁹ Es cierto que el asesinato político fue condenado por Lenin cuando denunció la ineffectividad del nihilismo en su *Enfermedad infantil de la izquierda*, pero el asesinato del carácter fue practicado entonces con una amplitud sin precedentes y con resultados que al final condujeron a lo mismo, incluso físicamente.

Perdimos unas cuantas figuras dirigentes en los choques y pruebas que todo nuevo movimiento lleva consigo, pero la mayoría se mantuvo firme desde el principio al final. En mayo de 1937 tuvimos que prescindir de ciento uno de los ciento cuarenta militantes que componían la plantilla fija del estado mayor en el cuartel general, debido a una repentina crisis financiera. Sólo cuatro de los ciento uno se volvieron contra el Partido; los otros permanecieron completamente leales. Los que se mantuvieron firmes estaban encabezados por Raven Thomson y los que desertaron por William Joyce. Este último no era un hombre al que le afectase la pérdida de un empleo, pero era enormemente vanidoso; una debilidad muy común en los hombres de escasa talla, como demuestra Bacon en su ensayo sobre lo diminuto. Fue un golpe para su orgullo el que yo retuviera a jefes de organización como Francis-Hawkins y prescindiera de él.

Joyce optó por organizar un motín en el Partido, que yo dominé sin dificultad. Fue expulsado y fundó un nuevo partido. Empezó con unos sesenta militantes, la mayoría disidentes de nuestro movimiento, y al cabo de dos años y medio terminó con unos veinte. Fracasó en su intento de sublevar a nuestros militantes, cuya moral resultó demasiado dura para él, y poco antes del estallido de la guerra se fue a Alemania. Su actitud en esa prueba fue completamente distinta a la de los nuestros, y el resto de la historia es bien conocida. Fui más afortunado en este tipo de problemas que la mayoría de los dirigentes de los nuevos partidos, fueran de izquierda, de derecha o de centro. Toda la dirección del Partido Comunista se evaporó tras el desastre de 1905; en las Lecciones de octubre, Trotsky declara que Lenin y él fueron los únicos supervivientes de aquella dirección que llegaron a 1917. El 30 de junio de 1934, Hitler hizo asesinar a setenta de sus colaboradores más allegados, y Mussolini, no mucho antes de subir al poder, estuvo a punto de dimitir por culpa de las divisiones que había en el seno del Partido. Mis compañeros permanecieron, en cambio, leales, sin coacción y a pesar de las adversidades.

Lloyd George tenía razón cuando dijo que nuestro movimiento progresaba debido a que nuestras ideas eran superiores a las de los dirigentes de la economía. Avanzamos sólo gracias a la fuerza del espíritu y con una rapidez que empujó al viejo mundo al pánico de las legislaciones especiales. La derrota de la violencia organizada y el fracaso de las tergiversaciones precedieron a una nueva ley restrictiva. Se sugirió que un «ejército -privado» podía convertirse en un peligro para el Estado. Fuimos atacados con Acts of Parliament especiales. ¿Ha sufrido algún partido político de Inglaterra dos medidas especiales del Parlamento para su supresión? En caso contrario, debemos soportar solos la carga de ese dudoso honor.

La primera fue la Public Order Act; la segunda, la orden especial 18 B (1A) decretada con la aprobación del Parlamento pero sin nuestro conocimiento, cuando se suspendieron en 1940 todos los procedimientos legales normales, incluida la tradicional y tan aireada Habeas Corpus Act que defiende la libertad británica sólo cuando ésta no está en peligro. La Public Order Act fue decretada en octubre de 1936. Su mandato fundamental consistía en declarar ilegal el uso de uniformes con propósitos políticos para, de esta forma, acabar con lo que se denominaba «ejércitos privados». Felizmente, aquellos caballeros conservadores disparaban frecuentemente cuando el pájaro había pasado ya, a pesar de su práctica. La camisa negra había cubierto ya ampliamente su objetivo esencial y la mayor pérdida fue de orden sentimental, pues los hombres estaban muy encariñados con el símbolo de su fuerza y su sacrificio común. El sacrificio fue el móvil de nuestro nacimiento y el auténtico motor del movimiento.

El segundo objetivo de la Public Order Act era impedirnos el mantenimiento del orden en nuestros mítines al aire libre, aunque todavía se nos permitía proteger los mítines en locales cerrados con nuestros propios partidarios. El resultado fue que los mítines en locales cerrados continuaron celebrándose en un completo orden, mientras que los mítines al aire libre se convertían a veces en peleas callejeras. La responsabilidad del mantenimiento del orden en la vía pública quedaba reservada exclusivamente a la policía. Una de las primeras consecuencias de esto fue mandarme al hospital por una semana, en Liverpool, en octubre de 1937. Los motivos fueron muy simples y fácilmente previsibles. Nuestra gente rodeaba la tribuna de la forma acostumbrada en todos los mítines en que yo participaba. Los rojos se congregaron en masa en una especie de demostración militante que nuestros miembros hubieran podido desbaratar fácilmente en la forma acostumbrada antes de la promulgación de la ley. Una gran fuerza de policía se encontraba presente para mantener el orden en cumplimiento de lo prescrito por la nueva ley. La policía dispuso sus fuerzas formando un círculo entre nosotros y los rojos, y comprimieron a nuestra gente contra la tribuna. El resultado fue que a los rojos les resultó muy sencillo bombardear la tribuna con sus proyectiles y que se impidió a nuestros miembros maniobrar entre los rojos para evitar que los arrojaran. A mi llegada, fui informado que el orador anterior había sido derribado por un ladrillo y que una auténtica cortina de fuego constituida por los elementos más dispares se estrellaba contra la tribuna con tal profusión que resultaba evidente que ningún orador podría sobrevivir mucho tiempo allí. De hecho, fui herido por un trozo de metal en el lado izquierdo de la frente cuando no hacía ni dos minutos que había subido a la tribuna. El cirujano que me operó en un hospital de Liverpool me informó de que, si me hubiera dado una pulgada más atrás, me habrían matado. La actuación de la policía no fue debida a la mala fe sino a la inexperiencia. No tenían ni idea de por dónde agarrar la situación, y actuaban con la idea fija de evitar que se pelearan los dos bandos. El aspecto insignificante de que el orador podía resultar muerto, se les pasó por alto. Sin embargo, creyeron poder arreglar algo persiguiendo a un joven al que se le acusaba de haber lanzado el

proyector. Dos oficiales de paisano atestiguaron que le vieron con el objeto en la mano, que le vieron lanzarlo y que observaron como golpeaba mi cabeza. Los cargos contra el joven fueron desestimados.

El segundo efecto de la ley fue que la eliminación de las camisas negras supuso también una cierta disminución de la disciplina en nuestro movimiento. Cuando nuestros jóvenes estaban uniformados, eran capaces de mantener nuestras reglas ante las provocaciones de nuestros enemigos en los mítines y, por supuesto, eran capaces de actuar dentro de ellas contra cualquier forma de violencia. Con la eliminación del uniforme y el consiguiente anonimato, resultaba difícil hacer guardar las reglas a hombres y mujeres encolerizados por una sensación de injusticia política, que vino a inflamar todavía más su indignación contra el desgraciado fracaso de los viejos partidos políticos a la hora de remediar los problemas económicos. Ellos habían sido víctimas de violencias y persecuciones en los días que siguieron al Olympia y no lo habían olvidado. Por consiguiente, surgieron por primera vez desórdenes en los mítines laboristas y en las calles. Era difícil conseguir pruebas después de la abolición del uniforme, pero si los hechos resultaban claros, mi regla era muy simple. Cualquier hombre sería expulsado por buscar a sus oponentes para atacarlos, o por cualquier forma de agresión o disturbio, pero, desde luego, no por defenderse a sí mismo contra un ataque en la calle, a los que nuestros hombres y mujeres estaban siempre expuestos en cuanto iban solos o en pequeños grupos. En realidad, casi todos los desórdenes procedentes de nuestro bando fueron obra de individuos que no eran miembros, sino simpatizantes a los cuales no podía aplicar mis sanciones. El descontento general que siguió a la publicación de la Public Order Act combinado con la clara posibilidad de una derrota electoral, hizo que los líderes laboristas pensaran que el aire de East London se había vuelto poco saludable para ellos; Mr. Attlee abandonó Limehouse, y Mr. Morrison cambió Hackney por otros distritos de Londres.

Apelé al orden, a la libertad de expresión para mis oponentes, aunque estoy seguro de que ellos no hubieran hecho lo mismo por mí. Lo que ocurrió en East London se exageró mucho y si los líderes laboristas no fueron responsables de los primeros desórdenes de sus partidarios, mucho menos iba yo a ser responsable de los últimos desórdenes de algunos de mis seguidores. Es cierto que yo tenía entonces una considerable influencia en East London, ya que durante años había hablado en los grandes mítines y dirigido las marchas que finalmente atraeron a sus habitantes a nuestro lado. Pero también es cierto que esta influencia se utilizó, en buena medida, durante el período de nuestras luchas para salvar de la tempestad a aquellos que habían sembrado los vientos en el Olympia.

Los resultados de nuestros esfuerzos en East London se plasmaron en un triunfo electoral, que, incidentalmente, puso de manifiesto la falsedad de las acusaciones que se lanzaban contra nosotros. En marzo de 1937 obtuvimos casi un 19 % de los votos de todo el sector en las elecciones municipales de Londres; el 23 % en Bethnal Green, el 19 % en Limehouse y el 14 % en Shoreditch. En aquel tiempo todos los votos eran de padres de familia, porque en aquel superpoblado sector hasta las parejas jóvenes de recién casados que vivían con sus padres carecían de voto en las elecciones municipales. Los jóvenes estaban entonces casi unánimemente con nosotros, pero no tenían derecho a voto, salvo en las elecciones parlamentarias; nuestro 19 % correspondía exclusivamente a votos de los mayores. Si entonces se hubieran realizado unas elecciones generales parlamentarias, en las que hubieran participado los jóvenes también, seguramente habríamos ganado. Sin embargo, nuestros enemigos sostienen que nunca nos hubiéramos presentado a unas elecciones generales en East London aduciendo unas sucias razones que analizaré más adelante. A pesar de considerarse a sí mismos demócratas, les hubieran negado los derechos de ciudadanía al electorado de East London.

Ciertos hombres sensatos responderán a todo esto: sí, ustedes tienen perfecto derecho a expresar sus opiniones y fue intolerable que la libertad de expresión fuese entorpecida en Inglaterra por una minoría organizada bajo un control, cuando menos, sospechoso, pero también era intolerable que se hiciesen cabriolas a la cabeza de un «ejército privado» y los viejos partidos hicieron muy bien en impedirselo mediante un Acta del Parlamento. A esto contestaría yo: estoy de acuerdo con ustedes, pero siempre y cuando ellos mismos fueran capaces de mantener el orden. Nadie está más firmemente convencido que yo de que sólo el Estado elegido por la mayoría del pueblo es el encargado de gobernar; pero debe gobernar, de lo contrario pierde todo su respeto y autoridad.

El «ejército privado» nació de una situación en la cual el orden en los mítines públicos y la libertad de expresión habían dejado de existir en Inglaterra. El único período de tiempo en que la libertad de expresión en mítines abiertos existió en Inglaterra para los contrarios al comunismo, en toda mi vida, fue mientras existió el «ejército privado» y durante una breve etapa tras su desaparición.

Es cierto que la televisión ha alterado completamente las condiciones: los mítines públicos al viejo estilo están pasados de moda. Su único objetivo ahora es permitir a los líderes de los partidos establecidos mostrar actitudes adecuadas ante las cámaras de la televisión. De esta forma, cualquier personalidad se puede dirigir a toda la nación en una tranquila conversación, cara a cara, en los estudios. A la noche siguiente, puede anunciar al mundo su tolerancia; puede hacer gala de su cálido carácter humano ante el pueblo, prohibiendo a sus agentes que expulsen a unos cuantos alborotadores en uno de sus escasos mítines públicos. No tiene importancia para él que el auditorio no pueda oír ni una sola palabra de todo lo que iba a decir; puede dirigirse al mundo la noche siguiente, o haberlo hecho la anterior, desde el tranquilo ambiente de los estudios, y los

objetivos del mitin público se cubren más mostrando su benevolente indulgencia que su deficiente oratoria. En mis tiempos de orador público era muy diferente: tenía que ser escuchado o dejar de existir políticamente, y en ningún momento, desde 1934, he tenido posibilidades de utilizar los servicios de la BBC. Si hoy el Estado le niega a un hombre los medios que pueden asegurarle su libertad de expresión, él mismo tiene el deber de mantener su derecho a hablar de una forma u otra.

Sólo el patriotismo, el coraje, el idealismo y la dedicación más absoluta propias del movimiento blackshirt pudo proteger nuestra causa contra la violencia organizada durante los años treinta. Aquellos que controlaban el viejo mundo llevaron a cabo una auténtica conspiración para destruir el espíritu de aquellos jóvenes, y, al menos, consiguieron producir una considerable superabundancia de prensa hostil. ¿Consideran ahora que aquello resultó un bien para ellos?, ¿o están algunos de ellos empezando a preguntarse si les gustaría un cambio? Por mi parte, me siento orgulloso de haber organizado y dirigido un movimiento que detuvo la violencia roja y restableció la libertad de expresión en Inglaterra, y si tuviera de nuevo que enfrentarme con la anarquía, o con una conspiración comunista que intentase arruinar a mi país, estaría dispuesto, guardando la ley, con otros métodos y en otras circunstancias, a hacerlo de nuevo. El discurso que enfervorizó a los camisas negras y a un auditorio de ocho mil personas en el Albert Hall una tarde de marzo de 1935 llegaría ahora como un eco a ciertos oídos contemporáneos, tan extraño como si fuesen palabras de otro planeta, pero estoy convencido de que en un contexto más amplio y con las mayores posibilidades de Europa (en una sociedad libre de la violencia que entonces nos atacó) el reconocimiento y la ampliación de esta primera manifestación del instinto de patriotismo encontraría una expresión más elevada y una misión más amplia.



Ilustración 29. Los grandes mítines blackshirt al aire libre fueron impedidos de forma efectiva por la Public Order Act, 1936, que prohibió el uso de uniformes y negó el derecho a mantener el orden en las asambleas en local abierto. Los mítines en local cerrado continuaron con asistencia y entusiasmo crecientes, que culminaron en el de Earl's Court Exhibition Hall, julio de 1939, que fue considerado entonces como el mayor mitin en local cerrado del mundo.

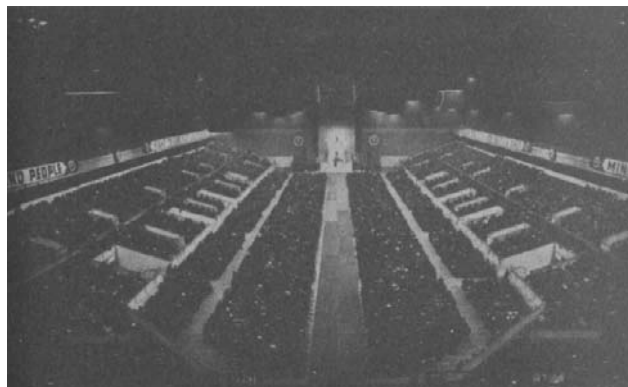




Ilustración 30. Diana.



Ilustración 31. El autor con Diana y Alexander la víspera de su arresto, mayo de 1940. Ella fue detenida cinco semanas después, cuando su hijo Max tenía sólo once semanas.

«Consideramos que es un privilegio vivir esta época, cuando Inglaterra exige que se realicen grandes cosas, un privilegio pertenecer a la generación que ha aprendido a decir qué es lo que podemos dar en lugar de qué es lo que podemos tomar, ya que nuestra generación es consciente de que hay cosas más grandes que la tranquilidad ociosa, cosas más grandes que la seguridad, cosas más terribles que la muerte.

»Ésta será la generación épica que escalará de nuevo las más altas cumbres del tiempo y de la historia para contemplar una vez más las luchas inmortales: las luces del sacrificio y de la alta entrega, que lleve a través de experiencias penosas el alma de la humanidad hasta lo sublime y lo eterno. Las alternativas de nuestra época son el heroísmo o el olvido. No hay caminos intermedios en la historia de las grandes naciones. ¿Podemos, pues, dudar del camino a elegir?

»Esta noche, en este gran mitin, demos una respuesta clara. Mantengamos alta la cabeza de Inglaterra, elevemos firmemente la voz del Imperio. Proclamemos a Europa y al mundo que el corazón de este gran pueblo es intrépido e invencible. Esta bandera aún desafía los vientos del destino. Esta llama arde todavía. Esta gloria no morirá. El alma del Imperio está viva e Inglaterra aún se atreve a ser grande.»

17. LA IDEOLOGÍA DEL FASCISMO. CIENCIA Y CESARISMO.

Las ideas en el vacío nunca me han atraído; la acción debe seguir a los pensamientos o la vida política se convierte en un sin sentido. A menudo pienso que mi proceso fue a la vez demasiado intelectual y demasiado zafio, demasiado altanero y demasiado popular, una mezcla entre mis estudios y la calle. De acuerdo con esa teoría, me mantuve siempre entre dos polos y mi liderazgo fue, en consecuencia, mal interpretado. Es mi criticismo el que muestra una incomprensión de la política moderna. Quien no pueda captar la conexión íntima que debe existir entre el pensamiento y la acción, que han de ser un todo armónico, no está preparado para la cruda y sutil tarea de la auténtica política del siglo xx. No sólo es necesario tener ideas, sino también conseguir que sean aceptadas y puestas en práctica. He descrito ya los resultados de intentar esto dentro de los viejos partidos y hemos llegado al punto de esta historia en que fuimos más allá de su mundo e hicimos una llamada directa a las masas del pueblo. Después cayó sobre nosotros todo el peso del sistema establecido con su represión organizada, la denegación de todos los medios de expresión y publicidad y también la fuerza ineluctable de la violencia organizada, que buscaba desposeernos del único medio de persuasión que nos quedaba: la palabra hablada en los mítines públicos. Retrospectivamente, planteo de nuevo la cuestión: ¿Qué debíamos hacer, irnos a casa y abandonarlo todo?

Es precisamente en este punto donde el intelecto debe decidir finalmente si retirarse a su torre de marfil o salir a la calle con todas sus consecuencias. El intelecto, para ser eficaz, debe unirse entonces a la voluntad ¹⁶⁰. De lo contrario, las ideas quedan en el vacío. El «hombre pensamiento-acción», descrito en *The Alternative* era, en aquel momento, necesario. Aquella no es una frase atractiva, y yo mismo no estoy precisamente enamorado de ella, pero expresa concisamente la necesidad fundamental del mundo moderno: hombres que sean capaces de pensar y actuar. Lejos de ser antitéticos — como sugerían ciertos críticos a la combinación de los programas político-económicos con el movimiento de camisetas negras — el pensamiento y la acción eran los integrantes necesarios de un todo creador; su unión es indispensable, vital para que surja algo nuevo.

A la luz de la experiencia contemporánea esto resulta innegable. El comunismo domina hoy la mitad del mundo y descansa en una combinación del pensamiento marxista y la acción del Partido Comunista. Si la idea se hubiera quedado detrás de los bigotes de los que la concibieron, ¿hubiera ocurrido algo digno de mencionarse? En la realidad, fue impulsada hacia delante hasta la conquista de la mitad del globo por los métodos de acción más brutales, crueles y sin escrúpulos que ha conocido la humanidad; métodos que por las razones apuntadas, estoy convencido que al final serán destructivos para las propias ideas que los inspiraron, pero que ciertamente encierran un poder de actuación enorme.

Se puede formular la pregunta superficial de si la idea tiene realmente alguna relación con aquel tipo de actuación, ya que ni uno de cada cien miembros del Partido Comunista comprende el marxismo, y ni uno de cada millón en los países en que ha triunfado ese credo ha leído jamás a Marx. ¿Por qué entonces esa doctrina, profunda y nada asequible a las masas, tiene alguna relación con todos esos logros? Es una pregunta superficial, pero difícil de responder sin una divagación psicológica que ahonde en las raíces de la naturaleza humana. Pero en todo caso lo que queda muy claro es que ninguna manifestación de la inteligencia ni del espíritu humano puede llegar lejos a menos que esté inspirado por una idea que, para bien o para mal, se base en la realidad. Puede ser tan oscura y tan retorcida como la teoría económica marxista, o tan clara y simple como la doctrina cristiana del amor, pero debe ser una realidad en el sentido de que debe tocar algún sentimiento profundo de la naturaleza humana. Cuando el pensamiento es oscuro ha de traducirse en sentimientos para ser efectivo. Es comprendido por una élite y si es una idea real y poderosa desarrolla en ellos una cierta actitud ante la vida. Esta actitud es comunicada a otros que pueden no conocer el detalle del pensamiento, y entonces se convierte en un sentimiento de las masas. Una idea decisiva transformada así en un sentimiento de masas puede provocar el nacimiento de una nueva civilización. Sin una idea tal, la acción es un vacío, y sin acción la idea permanece asimismo en el vacío.

Esta verdad ha sido bien comprendida y aplicada en los negocios prácticos por hombres que podrían parecer los menos indicados para comprenderla. Por esta razón, Stalin, a pesar de todas sus acciones brutales, aún toleraba e incluso alentaba a los intelectuales, que a menudo le habían enfurecido por motivos similares a los que condujeron a Platón tan sorprendentemente a propugnar la exclusión de los poetas de la República. Mao ve claramente la necesidad de impulsar tanto las «cien flores» del intelecto como la creación de los Guardias Rojos. Lenin, quien más que ningún otro líder comunista, excepto posiblemente su íntimo asociado Trotsky, combinaba en sí mismo las cualidades de la reflexión y de la acción, indudablemente reconocía esa misma síntesis como un requisito previo de cualquier movimiento de la humanidad hacia una forma nueva, aunque esto no resultara tan claro en su conducta durante los trastornos de su época.

¹⁶⁰ «Seinen Willen will nun der Geist, seine Welt gewint sich der Welt verlorene.»

El fascismo también deriva en gran parte de un conjunto de antecedentes intelectuales, y de ningún modo sólo de sus orígenes políticos relativamente modernos. Se consideran normalmente como tales a figuras como Sorel, Pareto, Proudhon, Nietzsche, y escritores ingleses anteriores, así como hombres de acción, tales como Hobbes, Straford, Bolingbroke, y más tarde Carlyle. Hace algunos años, el Dr. Popper trajo los aires de la industria y la cultura de la Europa Central a la Universidad de Londres y en su libro *The Open Society and its Enemies* ¹⁶¹, virtualmente consideraba a todos los pensadores sobresalientes desde Platón a Hegel como fascistas: acepté con satisfacción este regalo y le expresé mi reconocimiento por esta confirmación de lo que yo había sospechado desde hacía tiempo ¹⁶².

El marxismo representa lo negativo del siglo XIX y, sin embargo, el comunismo necesitaba este pasado intelectual para conseguir un triunfo perdurable; para ello es necesario algo más que un manojo de injusticias. A fortiori, el poder del intelecto y de la imaginación será necesario para el credo europeo, que será el aspecto positivo del siglo XX. Durante los largos años transcurridos desde la guerra, he dedicado la mayor parte de mis energías a esta necesidad.

El tiempo de que dispuso el fascismo fue demasiado breve para que pudiera florecer en una nueva cultura, que después podría haberse convertido en la flor de una nueva civilización. Desde luego, la misma naturaleza orgánica del fascismo evitó que surgiera una nueva cultura, pues en su esencia estaba el preservar y restaurar los valores clásicos europeos. Yo había elaborado un pensamiento que dio como resultado una serie de propuestas prácticas para hacer frente al peligro inmediato y a las necesidades a largo plazo de mi país; lo urgente era entonces llevarlas a la práctica. Por tanto, no fue ningún barbarismo el que yo, en aquella situación, dijera que no bastaban los hombres que podían pensar, que había que salir a buscar hombres que pudieran sentir, y hacer. Esto era simplemente el reconocimiento de una realidad que iba más allá de los intelectuales con los que estaba asociado y que les ofendió profundamente, precisamente porque iba más allá de donde estaban ellos. Es esencial superar esa antítesis del intelecto y el sentimiento en una síntesis que los contenga a ambos en un nuevo nivel de pensamiento y acción.

Cuando mis compañeros intelectuales del principio quedaron atrás por el shock que supuso la actuación de resistencia a la violencia organizada, se sugirió, a partir de ese momento, que yo estaba rodeado de brutos estúpidos que fueron convenientemente clasificados como matones. En realidad, surgieron nuevos intelectuales bajo el impacto de aquellos acontecimientos, que, por lo menos, igualaron en inteligencia y desde luego superaron en carácter a aquellos que se habían quedado atrás. En mi equipo había algunos que hubieran dado altura a cualquier gabinete o lustre a cualquier Universidad. Sus nombres no eran conocidos porque entonces existía un ambiente de asfixia que impidió llegaran a ser famosos cuando surgieron. La oposición abierta de otros llegó incluso a amenazar con inhibir su trabajo. En aquellas condiciones, nuestro movimiento se convirtió cada vez más en un iceberg, con su principal peso bajo la superficie.

El conjunto de nuestros partidarios, tan vergonzosamente calumniados, era la verdadera flor del pueblo inglés. Eran hombres con la visión suficiente para comprender los problemas que se avecinaban, los valores y la situación de su país, y con la voluntad y el coraje necesarios para resistir. La mayoría de ellos eran, desde luego, hombres de sentimiento y acción más que estudiosos, más el tipo de soldado que el de estudiante, daban preferencia a la espada sobre la toga, pero son tales hombres quienes en unión de pensadores creadores, construyen todos los movimientos reales. En el rápido avance de nuestro movimiento había poco tiempo, incluso muy poco tiempo, para esterilidades académicas, pero no lo escatimamos para las discusiones serias que son necesarias para el avance del pensamiento y el desarrollo de los programas políticos. En aquella época, el tiempo era siempre escaso y todo se hacía apresuradamente; un error que la experiencia subsiguiente reparó. Recuerdo a uno de nuestros mejores hombres, quien después de una espectacular carrera en la RAF ¹⁶³, demostró tener una extraordinaria capacidad para el liderazgo en las calles. Me dijo: «He leído poco de lo que usted ha escrito porque mi trabajo me tiene demasiado ocupado. Siempre ando buscando al siguiente rojo que haya que expulsar, pero estoy con usted». Su opinión era todo un tributo a la capacidad de traducir las nuevas ideas y la nueva moral en sentimientos que puedan mantener e inspirar a los hombres una pasión absorbente. Del mismo modo, siempre me complacía, más allá de cualquier sensación de orgullo, que al final de un discurso algunos excelentes viejos ingleses se acercaran y me dijeran: «Ha dicho usted lo que he sentido durante toda mi vida». Esto significaba que mi discurso había tocado alguna profunda fibra del ser eterno de Inglaterra.

Sin duda, esto será considerado absurdo por algunos que se llaman intelectuales y que poseen todos los requisitos para ese título menos intelecto. Sin embargo, todo esto no es sentimentalismo, o algo peor; es la realidad, la fuerza que mueve a los hombres. Los dirigentes deben ser capaces de sentarse ante la mesa del economista y estar en las casas más pobres en los momentos de tristeza o de felicidad, de participar en las

¹⁶¹ La sociedad abierta y sus enemigos. (N. del T.)

¹⁶² Un reciente libro de John Harrison, *The Reactionaires* (Gollancz, 1966), atribuye supuestas tendencias fascistas a los siguientes escritores: Yeats, T. S. Elliot, Ezra Pound, Whyndham Lewis y D. H. Lawrence. En este caso el título y las tesis entran en una flagrante contradicción, porque los escritores no pueden ser a la vez fascistas y reaccionarios. Un movimiento de la derecha no tiene nada que ver con el fascismo, que puede ser calificado de revolucionario, pero no de reaccionario.

¹⁶³ Royal Air Forcé: Fuerzas Aéreas Reales. (N. del T.)

alegres escenas de las tabernas inglesas y en los debates filosóficos de las Universidades. Deben estar íntimamente unidos a todos los aspectos de la vida inglesa, y ahora a la europea, para comprender y para crear, para apreciar el presente y aspirar a nuevas metas. Nuestra acción, y también nuestro pensamiento, se desarrollaron continuamente. Incluso en los tumultos políticos de la preguerra, se añadieron ideas nuevas a los conceptos económicos originales nacidos en el seno del Partido Laborista, pero debido a que el fascismo era un credo demasiado nacional, el nuevo desarrollo ideológico tenía poco que ver con el pensamiento contemporáneo de los movimientos del Continente.

El contraste ha sido la esencia de mi vida, y esto es bueno siempre que sea expresado en los dos polos de un todo armonioso al servicio de un mismo propósito, y no en las discordias internas de una personalidad dividida. He descrito ya con cierto detalle mi actuación en el período fascista, que se ganó el derecho de expresar en los mítines públicos los programas de política económica que había elaborado mientras todavía era miembro del Partido Laborista. Ahora explicaré algunas de las ideas correspondientes a una esfera completamente nueva del pensamiento, que añadía la ideología a los estudios económicos que hice en mis tiempos del Partido Laborista. Aquellas ideas me parecen ahora crudas y poco satisfactorias en comparación con mi pensamiento y mis escritos de después de la Segunda Guerra Mundial y del forzado retiro a la lectura y la reflexión a que fui obligado. Sin embargo, es difícil sostener, a la luz de mis discursos y escritos de los años treinta, que el fascismo no tenía un trasfondo ideológico, aunque nuestra versión inglesa no tuviera mucho que ver con las principales corrientes del fascismo en el exterior. La etimología de este pensamiento es europea, pero eso hizo resaltar aún más el carácter inglés del fascismo en Gran Bretaña, ya que estaba muy lejos de lo que los movimientos fascistas hacían o decían en aquel tiempo, y, en ciertos aspectos esenciales, contradecía abiertamente la versión continental en cuestiones similares.

Mi primer discurso sobre este tema fue pronunciado en marzo de 1953, en un escenario que, contemplado desde ahora, puede parecer curioso: la Unión de Naciones de Habla Inglesa, que fue fundada para promover la amistad angloamericana. Tras un comienzo convencional, dije:

«Nuestros enemigos alegan que el fascismo no tiene una base histórica ni filosófica. Mi tarea esta tarde consiste en demostrar que el fascismo tiene profundas raíces en la historia y está basado en algunas de las más brillantes luminarias del pensamiento especulativo... Hasta ahora es verdad, en cierto modo, que la filosofía fascista no ha adoptado una forma muy concreta y definitiva, pero deben recordar que la doctrina fascista existe sólo desde hace poco más de diez años: es un producto de la década pasada. A pesar de eso, su fondo filosófico es capaz ya de algunas formulaciones, y ha tenido, en tan corto período de tiempo, un desarrollo relativo mayor que cualquier otra gran doctrina política de la historia. De la misma manera que el movimiento fascista mismo, en varios grandes países, ha avanzado hacia el poder a una velocidad enorme, así también la doctrina y la filosofía fascistas, como concepción permanente, como actitud ante la vida, se ha desarrollado más rápidamente que la filosofía de cualquiera de las doctrinas más antiguas. Tomen el viejo liberalismo: transcurre un intervalo de tiempo muy largo entre los escritos de hombres como Voltaire o Rousseau, y la formación definitiva del credo liberal a manos de los estadistas ingleses de fines del xix y principios del XX.

En realidad, esos grandes movimientos políticos y crisis psicológicas cristalizan siempre muy lentamente, tanto en un sistema de pensamiento definitivo, como en un modo de actuar; y en el caso del fascismo probablemente es demasiado pronto para esperar que, al cabo de diez años, haya asumido una forma concreta, cristalizada.»

Esto, por supuesto, era verdad y el fascismo estaba entonces sólo a seis años de la tormenta de la Segunda Guerra Mundial que segó de golpe su vida. Realmente, es esperar demasiado que una doctrina, nacida como una explosión de actividad en un momento de crisis nacional, pueda desarrollar una filosofía completa en tan corto espacio de tiempo. El discurso continuaba:

«A pesar de eso, creo que la filosofía fascista puede ser expresada en términos inteligibles, y, al tiempo que hace una contribución enteramente nueva al pensamiento de su época, puede demostrarse además que deriva, tanto en sus orígenes como en sus fundamentos históricos, de sistemas de pensamiento del pasado. En primer lugar, sostengo que la mayoría de las filosofías de la acción derivan de una síntesis de los conflictos culturales del período precedente. Cuando, en una época de cultura, de pensamiento, de especulación abstracta, ustedes se encuentran con dos grandes culturas en profunda antítesis, es corriente que, en el período subsiguiente de acción, se encuentren con alguna síntesis práctica de esas dos profundas antítesis que conducen a un credo práctico para la acción. Esta concepción puede parecerles que sugiere, en cierto modo, una interpretación spengleriana.»

¿Por qué me refería yo, en este contexto, a una interpretación spengleriana?, pues el concepto de dos antítesis que conducen a una síntesis es claramente hegeliano; quizá consideré que el espectro de Hegel resultaría demasiado alarmante para la Unión de Naciones de Habla Inglesa. Goethe señalaba que si Alemania le encontraba tan difícil, debía resultar imposible a los extranjeros. Refiriéndome a Spengler, continué:

«Es completamente cierto que el gran filósofo alemán ha hecho, probablemente más que ningún otro para pintar el telón de fondo del pensamiento fascista. Pero no mucho más que eso. Y probablemente su innato

pesimismo le impidió acercarse más a la realidad, un pesimismo que, a su vez, yo me permitiría sugerir nacía de una completa ignorancia de la ciencia moderna y del desarrollo mecánico. Si ustedes miran a través de los anteojos spenglerianos, se sentirán inclinados a llegar a conclusiones de un pesimismo extremo, ya que ellos oscurecen el factor que coloca, por primera vez, en las manos del hombre la capacidad de eliminar completamente el problema de la pobreza. Y creo que es la incompreensión del filósofo alemán hacia ese nuevo y poderoso factor lo que le llevó a sus conclusiones pesimistas. Sin embargo, esto no invalida en nada su enorme contribución al pensamiento mundial.»

Antes de volver a Spengler y otros temas filosóficos, hice algunos comentarios políticos sobre la actitud del fascismo ante la vida:

«Nosotros exigimos a todos los nuestros una concepción superior del servicio público. En su vida pública, todo hombre debe considerarse como un miembro útil del Estado y en todos sus actos debe perseguir el bien de la nación. Por otro lado, él recibe del Estado, a cambio, una libertad completa para vivir y para desarrollarse como individuo. Y en nuestra moralidad —y creo poder declarar que es la única moralidad pública en que la práctica privada coincide con las manifestaciones hechas en público — la prueba fundamental para que ha de pasar cualquier problema moral es comprobar si obstaculiza o destruye en cualquier grado la capacidad de los individuos para servir al Estado. Cada cual debe responderse a las siguientes preguntas: "¿Perjudica este acto a la nación? ¿Perjudica a otros miembros de la nación? ¿Perjudica mi propia capacidad para servir a la nación?" Y si la respuesta a todas estas preguntas es clara, el individuo tiene libertad absoluta para hacer lo que quiera; y eso le da a los individuos un mayor grado de libertad bajo el Estado que cualquier otro sistema... o cualquier otra autoridad religiosa le haya conferido nunca.

«El principio fascista es libertad privada y servicio público. Eso nos impone en nuestra vida pública y en nuestra actitud hacia los otros hombres una cierta disciplina y unas ciertas restricciones; pero sólo en nuestra vida pública; y añadiré además que el único camino para alcanzar la libertad privada es una organización pública que lleve algún orden al caos económico imperante en el mundo de hoy, y que semejante organización pública sólo puede ser asegurada mediante los métodos de autoridad y disciplina inherentes al fascismo.

«Y aquí tenemos al fin la colisión con las tesis fundamentales del socialismo y el liberalismo. El socialismo, por supuesto, difiere profundamente del liberalismo en su concepción de la organización económica; pero creo que en filosofía hay pocos socialistas o liberales que no estuvieran de acuerdo con el hecho de que tienen realmente un origen común, si retrocedemos hasta la actitud ante la vida de Voltaire y Rousseau; e incluso a todo lo posterior. En nuestra opinión, Rousseau, o cometió un gran error o ha sido mal interpretado. Rousseau dijo: Igualdad. Nosotros replicamos: si usted quiso decir igualdad de oportunidades, sí; si quiso decir igualdad de los hombres, no. Esto es un absurdo. Estoy personalmente convencido de que si se le lee con la suficiente atención, Rousseau quiso decir igualdad de oportunidades. La igualdad de oportunidades es algo fundamental. Dejemos que manden aquellos que son adecuados para mandar. No permitamos que ningún hombre mande porque su abuelo se mostró capacitado para mandar. Esto constituyó una revolución contra los privilegios, una afirmación de que el hombre de talento y de capacidad debe ser el hombre que dirija los asuntos de una gran nación.

«Pero esta doctrina fue desvirtuada por sus discípulos posteriores al interpretarse como la igualdad entre los hombres, al interpretarse como que todos los hombres eran iguales. De esta interpretación surge, como podemos ver, toda la falacia. Esto es un manifiesto y evidente absurdo. Los hombres difieren enormemente, tanto física como mentalmente, los unos de los otros. Y esto no es cuestión, como dicen fundamentalmente los socialistas, de igualdad moral o espiritual. Esto es algo totalmente diferente. Moral y espiritualmente, los hombres que están sumergidos en los estratos inferiores de una gran empresa pueden ser infinitamente superiores a los directores de esa empresa. Pero la cuestión es: ¿qué hombres es el más adecuado para realizar una determinada tarea? ¿Cuál es la función más apropiada para él? Unas personas son buenas para una cosa y otras lo son para otra. Desde luego, hemos eliminado del fascismo la concepción de clase social, porque descansa sobre la contingencia de la herencia; pero hemos de admitir que ciertas personas están especialmente capacitadas por la naturaleza para hacer ciertas cosas y otras, en cambio, no lo están. Y una vez se adopta esta base de pensamiento, cambia toda la concepción de la democracia.»

Ésta debió ser una de las últimas ocasiones en que utilicé el término democracia en lo que parecía un sentido peyorativo, sin duda como reacción a la experiencia de gobierno por la que había pasado recientemente. Pero este hábito me duró sólo un breve período de tiempo, pues pronto me pareció claro que la democracia en su acepción auténtica — gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, como una expresión de la sana y natural voluntad del pueblo una vez libre de la decepción de la política financiera — era exactamente lo que queríamos. Era la perversión de la democracia, y no la democracia misma, lo que condenábamos; lo que yo posteriormente denominé democracia financiera, y en mis denuncias del sistema utilicé siempre la misma expresión, arguyendo que el poder del dinero en el seno del sistema existente conducía invariablemente a la anulación de la voluntad del pueblo, que era la esencia misma de la auténtica democracia. En ese contexto, yo abogaba porque se sustituyeran las jurisdicciones geográficas por las profesionales, el voto según la residencia por el voto según la ocupación, el oficio o la profesión. Y todavía sigo creyendo que es un sistema preferible al

actual, aunque no insistí en ello durante mucho tiempo porque había cosas más urgentes que hacer, y con algunas reformas del presente sistema se podría trabajar con eficacia.

Tras atacar el igualitarismo caótico, hablé en favor de una completa igualdad de oportunidades, de las carreras abiertas a todos los talentos: «Cuando un hombre se ha probado a sí mismo, puede elevarse a las más altas posiciones del país y todo nuestro sistema educacional debe ser revisado». Luego vino una vuelta a Spengler y a los temas esenciales: mi preocupación por el cesarismo en la historia y por la ciencia en la época moderna. La profunda comprensión del cesarismo por parte de Spengler fue lo primero que me atrajo de él, pero su apreciación de la ciencia moderna era superficial y realmente limitada. La fusión de un movimiento de tipo cesa-rista con la ciencia me parecía en un principio la primera exigencia de la época actual y la respuesta a la fatalidad última que predijo Spengler.

Hice primero un análisis del cesarismo en la historia y de las formas inevitablemente distintas que tendría que adoptar en el mundo moderno:

«Ahora pueden decir, y quizá con parte de razón, que ya han oído antes estas teorías, que ésa fue la base del bonapartismo, o si retrocedemos más hacia sus orígenes, que fue la base del cesarismo.

»Por supuesto, es cierto que el fascismo guarda una relación histórica con el cesarismo, pero el mundo moderno difiere profundamente de las formas y condiciones del mundo antiguo. La organización moderna es demasiado vasta y demasiado compleja para descansar sobre un único individuo por muy dotado que esté. El cesarismo moderno, como todo lo moderno, es colectivo. La voluntad y el talento de los individuos aislados es reemplazado por la voluntad y la habilidad de los miles de personas disciplinadas que integran un movimiento fascista. Cada camisa negra constituye una célula individual de ese cesarismo colectivo. La voluntad organizada de las masas convencidas, sujetas a una disciplina voluntaria e inspiradas por el ideal apasionado de un resurgimiento nacional reemplaza la voluntad de poder y las órdenes supremas de un superhombre individual. Sin embargo, este cesarismo colectivo, pertrechado con las armas de la ciencia moderna, está históricamente tan equidistante como el antiguo cesarismo de la reacción por un lado y la anarquía por otro. El cesarismo fue tan contrario al espartaquismo como al Senado patricio. Y esa postura es tan vieja como la historia de los últimos dos mil años. Pero en aquellos días faltaban oportunidades para los logros constructivos de que se dispone hoy, y la única lección que puede deducirse de las evidencias previas de esta doctrina es simplemente ésta: en cualquier época, el mundo, bajo la influencia de Spartaco, fue arrojado al caos y al colapso más completo, y fueron siempre los que Spengler llamaba "hombres-hecho" los que sacaron al mundo del caos resultante y proporcionaron a la humanidad siglos de paz y orden en un nuevo sistema y con una nueva estabilidad.

»Y esto se hizo... gracias al reconocimiento de ciertos hechos fundamentales de la política y la filosofía. De nuevo tenemos un cierto maridaje de dos teorías aparentemente contradictorias. Con frecuencia, se nos acusa de tomar algo de la derecha y algo de la izquierda. Bien, apropiarse algo de estas doctrinas es una cosa muy razonable; desechar lo malo y conservar lo bueno; y si se salen por completo de la vieja óptica parlamentaria comprenderán la prudencia de semejante procedimiento. El fascismo, naturalmente, toma cosas de la derecha y cosas de la izquierda, y añade factores nuevos para enfrentarse a los tiempos modernos. En esta nueva síntesis del fascismo, que se aproxima bastante más que cualquier otra a nuestra situación, encontramos el gran principio de la estabilidad basada en la autoridad, el orden, la disciplina, que ha sido siempre el atributo de la derecha, y el principio de progreso, de cambio dinámico, que viene de la izquierda. El conservadurismo... cree en la estabilidad y se apoya en su fe en el orden; pero donde ha fracasado siempre el conservadurismo en el mundo moderno ha sido en su incapacidad para comprender que la estabilidad sólo puede conseguirse a través del progreso, que una resistencia contumaz al cambio sólo sirve para precipitar la situación revolucionaria que tanto temen los conservadores. Por otro lado, la izquierda ha fracasado siempre a la hora de entender, gracias a su complejo de Rousseau, que el único camino de progreso es la adopción de instrumentos ejecutivos, indispensables para que los cambios puedan hacerse realmente.»

En este punto, enlacé la ideología fascista con mi síntesis, largo tiempo defendida, de orden y progreso.

«... Sólo puede haber estabilidad si se está preparado para avanzar a través de una serie ordenada de cambios, puesto que, para permanecer estable, hay que adaptarse a los nuevos hechos y los nuevos tiempos. Por otro lado, el progreso que desea la izquierda sólo puede conseguirse si se dispone de los instrumentos ejecutivos de progreso...

»Ustedes dirán de nuevo: "Una vez más, esto es cesarismo o bonapartismo... Los principios básicos siguen siendo los mismos; y, además, si bien su movimiento fascista puede lograr las realizaciones que el cesarismo logró en su día, puede poner orden en el caos que ha originado el conflicto entre Spartacus y la reacción, puede durante unos pocos años o unos pocos siglos dar una gran paz al mundo, lleva, sin embargo, dentro de sí mismo su propia decadencia, y acaba por no realizar realmente lo que creemos necesario".»

Fue precisamente en este punto donde mi pensamiento empezó a diferir agudamente de la actitud del movimiento nacionalsocialista del país de origen de Spengler, porque parecía que intelectualmente sus líderes veían la fuerza de sus argumentos pero no encontraban respuesta a ellos. Sus propagandistas opinaban que no era una doctrina atractiva para propagarla entre sus miembros de base o la masa del pueblo: lucha, sacrificio, darlo todo por hacer cesares a unos pocos hombres, por asegurar un postrero y glorioso florecimiento civilizador y luego la noche eterna. De modo que saludaron a Spengler en privado, pero silenciaron su doctrina en público; pesimismo y revolución son términos contradictorios. Nosotros, en cambio, considerábamos su síntesis como la premisa de toda teoría moderna, y emplazábamos al poderoso espíritu de la ciencia moderna para que nos proporcionara una respuesta. Juntos el cesarismo y la ciencia moderna podían convertir al hombre en Fausto; una civilización que podría renovar su juventud en un persistente dinamismo, como lo describí en mis escritos posteriores.

El discurso continuaba:

«Creo que la respuesta al problema, que es el único problema realmente válido, es que antes faltaba siempre el factor de la ciencia moderna. Ahora, en cambio, tenemos ese factor completamente nuevo. Si se puede introducir en los sistemas de gobierno una nueva eficacia — y todos admiten que tales movimientos, cuando llegan al poder, son, al menos eficaces—, si se puede llevar al gobierno, al menos durante unos pocos años, un poder ejecutivo y una efectividad que permita cumplir los programas, se puede entonces dejar en libertad... el aprisionado genio de la ciencia para llevar a cabo la tarea que tiene que realizar en el mundo moderno, sean las que sean las diferencias de opinión que haya sobre la estructura del Estado y sobre economía, creo que todos deberíamos estar de acuerdo que sería posible con una sana organización del mundo, con el poder de la ciencia moderna y de la industria para producir, solucionar de una vez por todas el problema de la pobreza, y abolir... los peores atributos de la enfermedad y el sufrimiento del mundo. Por tanto, si es posible una eficaz forma de gobierno, se tiene disponible para tal sistema por primera vez en la historia, un instrumento por el cual la faz de la tierra puede ser cambiada para siempre. Una vez que se ha hecho lo esencial, una vez que la ciencia moderna y la técnica hayan sido liberadas y hayan cumplido su misión, una vez que se hayan cambiado los sistemas políticos y filosóficos transitorios a unas bases técnicas permanentes, entonces no habrá más necesidad de políticos ni de controversias que perturban hoy al mundo. El problema de la pobreza será superado, los problemas mayores se desvanecerán, puesto que pueden ser superados si la ciencia es adecuadamente movilizada. La humanidad será liberada para las cosas que realmente importan en la vida.

»Por tanto, aunque quizá es cierto que algunos de estos fenómenos se han dado antes en el mundo en las eternas repeticiones de la historia, y se han dado con gran beneficio para la humanidad, no obstante antes los grandes movimientos ejecutores no han tenido nunca la oportunidad de completar sus tareas que la ciencia moderna y la invención les confiere.

»En un momento de gran crisis mundial, una crisis que, al final, se agudizará inevitablemente, del pasado histórico, que hace su nacimiento inevitable, surge un movimiento portador de ciertos atributos tradicionales derivados de un pasado glorioso, pero que se enfrenta a los hechos de hoy armado con los instrumentos que sólo esta época ha conferido a la humanidad. Pero con esta nueva y maravillosa coincidencia de los instrumentos y los hechos, los problemas pueden ser superados y el futuro puede ser asegurado mediante una progresiva estabilidad. Posiblemente sea ésta la última gran manifestación mundial del inmortal y eternamente repetido movimiento cesarista; y con la ayuda de la ciencia, y la inspiración de la inteligencia moderna, este movimiento llevará a la humanidad a las más lejanas playas.

»Luego, al final, el cesarismo, la más poderosa emanación del espíritu humano, el más sublime esfuerzo hacia realizaciones perdurables, habrá realizado su misión mundial en la lucha de los tiempos, y habrá llevado a término su destino histórico. Una humanidad liberada de la pobreza y de muchos de los horrores y angustias de la enfermedad, disfrutará, gracias a la ciencia, de un mundo renacido, pero necesitará aún un movimiento fascista transformado por el propósito de un orden nuevo y más noble de la humanidad, aunque, sin embargo, podrá prescindir ya de los hombres extraños y perturbadores que, en los días de lucha y peligro, en los de oscuridad y de esfuerzo, han forjado el instrumento de acero por el cual el mundo accederá a un más alto nivel.»

Retrospectivamente, veo en este punto el mérito principal del discurso: la unión del cesarismo y la ciencia moderna, que podrá ser el hecho decisivo de la historia, una fusión última de la voluntad con el pensamiento en una realización ilimitada. Tras este lapso de tiempo, aún me parece una tesis notable — ahora reforzada con el subsiguiente desarrollo de la ciencia — que, por primera vez, hombres ejecutivos encontraran los medios para hacer algo realmente grande y perdurable. La fusión de un movimiento revolucionario, que ha de ser un cesarismo moderno, con la fuerza de la ciencia moderna, no puede ser más que eso. El genio de la ciencia, aprisionado por la opresiva mediocridad de políticos incapaces de comprender su potencial, será liberado para la gran tarea de transformar el mundo. Las relaciones de hombres nuevos en política con la ciencia trascenderían incluso a las relaciones entre los hombres y esta unión podría provocar incluso el renacimiento del arte, así como de un mundo completamente nuevo.

El discurso, en definitiva, expresaba la creencia de que incluso el fascismo pasaría finalmente para dejar paso a un orden superior de la humanidad. Más allá de los «hombres-hecho» del cesarismo, podía vislumbrarse ya «una forma nueva, llena de sombras, pero no oscura; visible sólo el contorno pero ya una forma superior (como escribí después): «la voluntad de poder y el deseo de belleza en una unión mística que es realizada plenamente»¹⁶⁴.

Desde luego, es posible considerar el discurso de 1933 como una forma romántica y difusa de decir: si se unen hombres ejecutivos a la ciencia moderna, en un sistema eficiente de gobierno, se conseguirán ciertas cosas. Hoy día, yo siento simpatía hacia esa preferencia contemporánea por las afirmaciones cortas, claras, llanas, pero el otro método pertenecía a aquella monótona época en la que generalmente se creía que la acción no era esencial. Si se quiere mover a los hombres para hacer grandes cosas, y hacerlas de una forma grande, los simples hechos deben asentarse en la perspectiva de la historia e iluminarlos con un sentido de destino.

Vuelvo a algunas de las tesis de hace cinco años en *Tomorrow We Live*¹⁶⁵; en el último capítulo describía brevemente la situación de Inglaterra tal y como yo la veía en relación con otras civilizaciones que han sucumbido a las fuerzas que ahora nos amenazan:

«La Unión Británica surge del cenagal de los partidos y del caos del sistema para hacer frente a una emergencia no menos amenazadora que en 1914, aunque no fuera tan repentina ni tan universalmente aparente. La Unión Británica llama a todo el mundo para hacer un esfuerzo. Las exigencias de aquella hora disiparon el alboroto entre las facciones y la lucha de los diversos sectores, a fin de que una gran nación se uniera y pudiera salvarse. Surgió una auténtica fraternidad entre todos los ingleses y la fuerza de aquella unión resultó invencible, irresistible. Hoy, la nación se enfrenta a un enemigo más peligroso porque reside dentro de ella, y a una situación más grave, precisamente porque no es visible para todos. Hemos sido divididos, y hemos sido conquistados, porque si estamos divididos podemos ser conquistados los ingleses. Clase contra clase, facción contra facción, partido contra partido, intereses contra intereses, el hombre contra el hombre, el hermano contra el hermano, ésa ha sido la táctica, sacada del arte militar, por la que Inglaterra, por primera vez en la historia, ha sido sojuzgada. Hemos sido derrotados, además, en un momento de la historia en que el mundo estaba a nuestros pies, porque la herencia ganada para nosotros por el heroísmo de nuestros padres nos proporciona, gracias al genio de la ciencia moderna y al triunfo sin precedentes de la inteligencia humana, la oportunidad de dirigir una serie de realizaciones materiales, basadas en el don de la libertad económica, hasta llegar a una civilización espiritualmente más elevada de lo que jamás la humanidad, en toda la larga historia de la raza humana, ha imaginado siquiera.

»¿Podemos volver a la unión de 1914 y a aquella arrebatada dedicación del individuo a una causa que trasciende más allá de uno mismo y de las facciones, o estamos condenados a caer como todos los imperios de la historia en el caos de la usura y de la avaricia de los grupos? Ésta es la pregunta planteada en el momento actual. Todos los síntomas y factores de la presente situación urgen una decisión pronta. ¿Es posible ahora, con un supremo esfuerzo del espíritu británico y de la voluntad humana, detener lo que, a la luz de toda la historia pasada, aparece como el ineluctable destino de seguir un camino idéntico?, puesto que estamos atravesando una época en la que, según todos los indicios válidos para el intelecto, cada civilización e imperio del pasado ha comenzado a recorrer el tramo descendente que le llevará al polvo y las cenizas de donde no resurgirá su gloria. Todos los síntomas fatales del pasado están presentes en la situación actual, desde el desarraigado contacto del pueblo con la tierra, hasta el desarrollo de la usura y la dominación del poder del dinero, acompañados de la decadencia social y el vicio que estigmatiza el rostro de la civilización, así como las doctrinas de la derrota y la decadencia.»

Estas tendencias de la vida contemporánea, que eran todos los días tema de comentario en nuestros mítines públicos de masas, y que eran las tesis de nuestros programas políticos para combatirlas, fueron interrumpidas por la guerra; los ingleses, desde luego, demostraron que eran aún capaces de hacer el esfuerzo que yo les había pedido que hicieran, aunque con muy distintos propósitos. Pero el renacimiento de la voluntad popular durante el breve período de la guerra no es suficiente, y los demonios que combatimos en los años treinta vuelven ahora con renovada energía en una situación general de debilidad nacional, muy agravada por la guerra. Este análisis me llevó inevitablemente a Spengler al final del libro:

«Por encima del escenario europeo aletea la colosal contribución de Spengler al pensamiento moderno, el cual enseñó a nuestra generación nueva que siempre hay un límite trazado en el curso de las civilizaciones y los imperios, y que el camino que una vez se ha recorrido puede interrumpirse para siempre. Todos los síntomas de decadencia que observó como precursores del derrumbamiento de una civilización están presentes en el escenario actual. Él dedujo, del estudio de toda la historia, la sombría conclusión de que el esfuerzo de un hombre, "Fausto", por renovar su juventud y reconquistar la aurora de una civilización, siempre tenía que fracasar. La historia, por su parte, es un gran filósofo y todos los síntomas de la época confirman esta opinión con fatal insistencia. Su pesimismo masivo, sostenido por la impresionante armazón de los hechos, se alza

¹⁶⁴ En un ensayo sobre el centenario de Bernard Shaw, marzo de 1956. Sanctuary Press.

¹⁶⁵ Mañana vivimos. (N. del T.)

desafiando a nuestra generación y a nuestra época. Aceptamos ese desafío con el optimismo radiante nacido de las realizaciones del hombre en el nuevo dominio de la ciencia, que el filósofo comprendió peor que la historia, optimismo nacido, sobre todo, de nuestra creencia inmortal en el invencible espíritu de ese producto final de los tiempos: el hombre moderno. Saludamos a nuestro gran antagonista, de cuya gran advertencia hemos aprendido mucho, pero rechazamos absolutamente la fatalidad de su conclusión. Creemos que el hombre moderno, con el nuevo genio de la ciencia moderna dentro de él y la inspiración del espíritu moderno para guiarle, puede encontrar una respuesta a esa fatalidad histórica.»

Antes de volver a las tesis de Spengler, sintetizaré dos temas, objeto de nuestros continuos ataques, y que sólo están relacionados con Spengler en que él también tenía una actitud determinista frente a ellos. En aquellos tiempos, había tres doctrinas realmente deterministas, las de Marx, Freud y Spengler; todas ellas rechazadas, en ciertos aspectos, por nuestra creencia en un renacimiento fáustico de la voluntad humana. Spengler, al menos, reconoció la posibilidad de una respuesta temporal a su propio determinismo — «... cuando el dinero esté celebrando sus últimas victorias... y el cesaris-mo que tiene que triunfar se acerque con calma y paso firme...» —, mientras que yo iba más lejos y afirmaba que, con la ayuda de las modernas técnicas, la respuesta final podía encontrar una expresión permanente en un «persistente dinamismo».

Hacia la siguiente referencia al determinismo de Marx y Freud:

«Las doctrinas de la desintegración moderna son clásicas en su forma y penetraban en los partidos políticos que se apartaban gradualmente de su práctico y universal "liberalismo" para dar paso a un quebrantamiento absoluto y a una corrupción del socialismo al servicio de la usura. Los doctrinarios del pasado inmediato vienen en ayuda del derrotismo político con la negación de la hombría y de la propia voluntad, y la formulación científica del abandono como una fe. En la esfera de la economía, Marx retrata a la humanidad como una víctima impotente de las circunstancias materiales, y en la esfera de la psicología Freud apoya la doctrina del derrotismo humano enseñando que la voluntad y la autosuficiencia ya no son de ninguna utilidad, y que el hombre es como un juguete abandonado de su infancia y está incluso sujeto a las influencias prenatales. La concepción materialista de la historia" de Marx, nos dice que el hombre nunca se ha movido por instintos más sublimes que las necesidades de su propio estómago, y Freud apoya esta enseñanza sobre la futilidad de lo espiritual en el hombre con la lección de que éste no escapa nunca a las tristes desgracias de su infancia... Esta predestinación del materialismo ha demostrado en la práctica ser más destructiva para la voluntad y el espíritu humano que la vieja y desacreditada "predestinación del alma". Ha paralizado al mundo intelectual al hacerle aceptar como un artículo de fe la tesis de que se tenía que rendir ante las circunstancias.

»Nuestro credo del renacimiento tiene una respuesta decidida a estas doctrinas del derrotismo materialista. A Marx le contestamos que es cierto que si observamos las motivaciones de un burro que salta una zanja, podemos deducir como tales el deseo de consumir un cardo particularmente frondoso que crece al otro lado; en cambio, si observamos a un hombre saltando una zanja, tenemos perfecto derecho a pensar que le mueven razones diferentes y posiblemente más elevadas. A Freud le respondemos que, si fuera cierto que el hombre no tiene poder sobre su propia voluntad más allá de las inútiles oportunidades que se le han presentado en su niñez, entonces todas las superaciones de la herencia y del ambiente, no sólo de los genios, sino de cualquier espíritu decidido de la historia, no serían más que ficciones de la imaginación histórica. Nuestra doctrina responde al derrotismo fatalista del mundo "intelectual", no sólo con el testimonio histórico del poder y la fuerza motriz del espíritu humano, sino con las pruebas que aporta el desarrollo de la ciencia más moderna.»

Algunos de mis contemporáneos estaban excesivamente preocupados con Marx y Freud, particularmente John Strachey, y recuerdo haberle tomado el pelo por ello con el comentario: «Estás dominado de cintura para arriba por Marx, de cintura para abajo por Freud, pero ninguna porción de ti mismo está dominada por John Strachey»; era una persona con muy buen humor. Algunas de estas referencias a Marx y Freud — que al menos son personas serias a quienes merece la pena estudiar seriamente— tenían algo del tono impertinente que utilizó Disraeli en una intervención que hizo con ocasión de una polémica sobre Darwin en Oxford: «La cuestión es si el hombre desciende de un ángel o de un simio; yo estoy del lado de los ángeles». Yo tendría ahora más cosas que decir sobre estos temas, pero la verdad no es necesariamente incompatible con las expresiones enérgicas.

Al final de Tomorrow We Live vuelvo a indicar la respuesta que la política y la ciencia juntas pueden dar al destino que en otro tiempo amenazó a la civilización:

«Así pues, el hombre se alza, para la lucha final de los tiempos, como el dueño supremo y consciente de su propio destino, para superar esa fatalidad que ha reducido a anteriores civilizaciones al olvido. Avanza hacia la última y definitiva prueba pertrechado con las armas de la inteligencia moderna, armas que le faltaban a cualquiera de las generaciones anteriores que tuvieron que enfrentarse con la crisis de su civilización. Las maravillas de la ciencia moderna le proporcionan, no sólo los instrumentos con los que conquistar su medio ambiente material, la capacidad de arrancar riquezas en abundancia de la naturaleza, sino también, en el despliegue final de la revelación científica, los medios para controlar incluso el ritmo físico de una civilización. El hombre, por primera vez, llega a la crisis de su destino con las armas que le permiten vencer incluso ese

destino. Pero persiste una necesidad forzosa: que deberá ganar dentro de sí mismo la voluntad de luchar y de vencer. Nuestro credo y nuestro movimiento infunde en el hombre la actitud heroica en la vida, porque necesita heroísmo. Nuestro británico ha de exigirse a sí mismo la virilidad del inglés de la época isabelina y la inteligencia y el método de la técnica moderna. Nuestros tiempos exigen los rayos de la aurora para que madure la maravilla de la madurez. Necesitamos del heroísmo, no sólo para la guerra, lo cual resultaría una simpleza, sino heroísmo para sostenernos en el sublime intento del hombre para luchar con la naturaleza y combatir al destino.»

Este estilo de escribir resulta muy diferente de las escuetas afirmaciones, tan de moda hoy, de esos escritores cuya única ambición visible es hacer el mundo tan aburrido como lo son ellos, y es diferente precisamente porque busca expresar la inspiración de los hombres, dotados de un propósito dinámico, determinados a jugar un papel decisivo en ese decisivo momento de la historia; el estilo de un escritor puede reflejar lo mismo la vitalidad que el cansancio, y yo prefiero lo primero, siempre que resulte claro. Lo que realmente me interesaba de Spengler era su certeza de que, en ciertos momentos de la historia, los hombres-hecho surgen siempre para, apoyándose en movimientos populares y reales, detener la decadencia de una civilización. Este aspecto del cesarismo me había fascinado desde mucho antes de que leyese a Spengler, y las posibilidades de la ciencia moderna me habían atraído igualmente desde un período anterior muy lejano. Estaba muy claro para mí que aquella fusión era un instrumento del que antes no habían podido nunca disponer los arquitectos del Estado, y que, por fin, podía proporcionar a los nuevos hombres-hecho los medios para construir una civilización que podría perdurar cuando ellos y su impulso revolucionario hubieran pasado. Los tiempos modernos, por tanto, presentaban una posibilidad que el mundo no había conocido antes jamás, y esto podía transmutar el agobiante pesimismo de la teoría de Spengler en perdurable y eficiente optimismo.

Spengler dio también un nuevo impulso a mi pensamiento porque acentuó la sensación de desastre inminente, si no se emprendía una acción efectiva. Su teoría era extraña en Inglaterra y fue rechazada por el Gobierno alemán por las razones ya apuntadas. Su investigación histórica se hizo más tarde familiar a los ingleses gracias a la sobresaliente contribución de Arnold Toynbee, quien reconoció su deuda con Spengler, aunque fue mucho más allá con su teoría del «desafío y la respuesta», al retratar civilizaciones que habían conseguido un renacimiento mediante vigorosas respuestas al desafío del desastre, incluso sin la ayuda de la ciencia moderna. Para mis propósitos, esto reforzaba el punto de vista de que la suerte de nuestra civilización — enfrentada a una amenaza que no aparecía sólo en lo económico, sino también, en mi opinión, en la psicología nacional — podía ser cambiada y superada mediante la acción de un movimiento decidido a traer el renacimiento nacional. Por último, me parecía a mí que Toynbee, como Spengler, deducía de su desafío y, por supuesto, de las premisas de partida, otra conclusión igualmente defectuosa; a pesar de ello, sus contribuciones, tanto a la historia como al posible renacimiento del espíritu humano, fueron importantes.

Seis meses después de mi discurso en la English-Speaking Union, en el otoño de 1933, conocí a un hombre notable que entonces se adhirió al Partido y se convirtió en uno de mis mejores compañeros. Era Raven Thomson, que en 1932 había publicado un libro sobre Spengler de un interés excepcional; lo leí cuando nos asociamos. Sus ideas diferían de las mías porque él llegaba a una conclusión tan pesimista como la de Spengler; su concepción sobre el futuro inmediato me parecía casi un colectivismo de hormiguero. Yo había dicho en mi discurso en la E. S. U. que el cesarismo moderno tendría inevitablemente un carácter colectivo, pero sus ideas colectivistas parecían ir demasiado lejos al eliminar el papel del individuo. La verdadera razón de ello es que en el tiempo en que escribió el libro era un comunista. Cuando se afilió a nuestro movimiento mantuvimos muchas discusiones, y su colectivismo empezó a admitir un papel considerable a la acción del individuo, mientras que su pesimismo se convirtió gradualmente en el optimismo más decidido que jamás haya conocido. Siempre fue tema de ingeniosos comentarios el saber si esa metamorfosis fue debida a su contacto conmigo, o a un ladrillazo que recibió en la cabeza en una de sus primeras apariciones como orador del Partido, cuando se presentó con una camisa negra en un bar de los amplios «barracones» que adquirimos por aquel tiempo en King's Road.

Este pensador excepcional surgió del campo intelectual a la edad de casi cuarenta años para convertirse en un hombre de acción y en uno de los mejores luchadores por nuestra causa que jamás haya conocido. Intelectual-mente, Raven Thomson era muy superior a los hombres del Gabinete laborista, que conocí en 1929, y por la firmeza de su carácter parecía de una clase completamente distinta que la mayoría de los políticos contemporáneos. A pesar de su pasado académico desplegó un entusiasmo exhuberante hacia las tareas del Partido y se convirtió en uno de sus oradores más efectivos, al tiempo que siguió siendo un escritor de primera fila. Durante años, editó el periódico del Partido, y fue algo más que un buen polemista, ya que encontró pocos hombres capaces de desafiarle en el otro lado. Sin embargo, este hombre honesto y fervoroso patriota, era objeto, junto con sus compañeros camisas negras, de toda clase de insultos, que en el catálogo de las calumnias empiezan con la palabra thug¹⁶⁶. De todos los rincones del país llegaba esta injuria tan vil como estúpida por el sólo hecho de haberse asociado conmigo en el común esfuerzo de salvar a la patria. Su delito consistía en haberse atrevido a elegir el camino duro, en lugar de continuar su antigua vida feliz, en la paz de su

¹⁶⁶ Miembro de una secta de asesinos fanáticos de la India suprimida en 1828-35; habitualmente se emplea en el sentido de «matón», «tahúr». (N. del T.)

biblioteca y acompañado por su familia. Murió joven, y nosotros, sus amigos, siempre pensamos que los años de prisión y la decadencia de su país se confabularon para acortar una vida que habría prestado brillantes servicios a la patria. Neil Francis-Hawkins, su colega y nuestro principal organizador antes de la guerra, era un hombre de un carácter y una capacidad extraordinaria, y también murió joven por razones similares. No mencionaré por sus nombres a otros camisas negras, porque entonces sería injusto con otros muchos hombres y mujeres magníficos; quedarán consignados sólo estos dos como un monumento a todos los que murieron y una fuente de inspiración para los que viven.

El Estado Corporativo es un tema inapropiado para incluirlo en un estudio sobre la ideología fascista, porque en esencia se trata de un sistema para la organización de la economía. Sin embargo, contiene una concepción del Estado que entra en la esfera de la ideología. La idea original sobre el corporativismo pertenece a Mussolini, y en Inglaterra su principal portavoz fue Raven Thomson. Mi pensamiento estaba entonces en la línea de las propuestas de Birmingham y de mi discurso de dimisión, ya que me parecían a mí que ofrecían una solución más directa y concreta a los problemas económicos existentes. A lo largo de los años siguientes, mis ideas evolucionaron siguiendo este camino, mucho más que el de la concepción tradicional del Estado Corporativo.

Lo que me atraía a mí del Estado Corporativo, en el aspecto ideológico, era la idea de un Gobierno suficientemente fuerte para mantener el control del productor y proteger los intereses del consumidor. Al igual que el centralismo autoritario de los Tudor, protegía a los ciudadanos de los abusos de los barones ladrones que hasta entonces habían mantenido la propiedad de todos los negocios. El sistema corporativo podía proteger y promocionar una genuina empresa privada frente a los grandes trusts industriales y la concentración del poder financiero. En *The Greater Britain*¹⁶⁷ (1952), escribí que el Gobierno, en el sistema corporativo, «establece los límites dentro de los cuales pueden operar los intereses individuales. Estos límites son el bienestar de la nación —que no es, todo sea dicho, un criterio irracional—. Dentro de aquellos límites, toda actividad es alentada; no sólo se tolera la empresa individual y los beneficios, sino que son estimulados, siempre que la empresa contribuya al enriquecimiento de la nación y no a su perjuicio».

Definiendo el Estado Corporativo, escribí: «En la esfera psicológica se basa en el trabajo en equipo; en lo organizativo se trata de un Estado racionalizado... Lo que el Estado Corporativo está determinado a proporcionar es esa maquinaria de dirección centralizada... Representa, como su nombre indica, una nación organizada como el cuerpo humano. Cada parte lleva a cabo su función como miembro de un todo, realizando su tarea particular, pero, contribuyendo, al realizarla, al bienestar del conjunto. El organismo humano está dirigido generalmente por el cerebro, rector central sin el cual ningún cuerpo ni ningún sistema social puede operar».

Relacioné la maquinaria corporativa con mis ideas originales en el Gobierno: «La idea de un Consejo Nacional fue sugerida por primera vez, si no recuerdo mal, en mi discurso de dimisión del Gobierno laborista, en mayo de 1930. Desde entonces, esa idea ha sido desarrollada por Sir Arthur Salter (un funcionario distinguido, en otro tiempo jefe del servicio público) y por otros escritores. Un órgano de este tipo o se mantiene en pie o se hunde, según la eficacia de la estructura organizativa. No debe consistir en un conjunto de delegados accidentales de cuerpos inconexos que se encuentran de vez en cuando para realizar alguna consulta ad hoc. La máquina gubernamental debe funcionar de un modo permanente y entrelazarse con todas las fábricas industriales y centros comerciales de la nación».

Hay muchas ideas del sistema corporativo que pueden resultar contribuciones valiosas a la situación actual. Por ejemplo, alguno de los programas políticos del Estado Corporativo de Mussolini eran en algunos aspectos prácticamente iguales que la sociedad propugnada en Inglaterra por Lord Robert Cecil y yo mismo, y que, en los tiempos recientes, ha sido redescubierta por los jóvenes liberales. Las divergencias, motivadas por el pensamiento torpe y la terminología oscura utilizados en las controversias políticas, han sido desde luego pintorescas.

Mi crítica al sistema corporativo, a la luz de la experiencia y de un pensamiento más maduro, es que resultaba demasiado burocrático e insuficientemente dinámico; en realidad, esto ya lo pensé entonces, como lo demuestran algunos de mis escritos. Una organización tan amplia podía servir para mantener el equilibrio, pero no para asegurar suficientemente el progreso, que no es sólo humanamente deseable, sino esencial en un mundo impulsado hacia adelante por la ciencia. Escribí en *The Greater Britain* que «la organización industrial ciertamente no quedará resuelta con la pura determinación de salarios y horarios de trabajo. En el plan económico de la nación, deben preverse consultas regulares para ir elaborándolo». Aunque se recalca la idea de la organización, no se trataba suficientemente el problema de la dirección de esa organización; éste era mi punto de vista sobre la concepción italiana y también sobre los escritos de Raven Thomson, como dije en su día.

Es precisamente en este punto donde considero que mi pensamiento de la posguerra, en relación con el mecanismo salarios-precios, supera mucho a las ideas que tenía en mi época del Partido Laborista y del

¹⁶⁷ La Inglaterra más grande. (N. del T.)

movimiento fascista. Mi concepción actual sobre el mecanismo salarios-precios es menos burocrática y más dinámica, con una ingerencia estatal mucho menos detallada, que mantenga un incremento continuo en la elevación del nivel de vida, base esencial para absorber la producción de la ciencia moderna. Concibo una dirección consciente y unos objetivos definidos que no tenía, en absoluto, el Estado Corporativo. Por tanto, en mi opinión, el mecanismo salario-precio desbordaba al Estado Corporativo en lo económico, del mismo modo que la doctrina sobre el tipo de organización dirigente iba más allá de mi pensamiento de los años treinta en la esfera ideológica.

Hoy quedan dos ideas válidas del período corporativo. La primera es que el Estado ha de ser lo suficientemente fuerte para proteger el círculo productor-consumidor frente a los grandes monopolios del poder industrial y financiero; también — y esto es una constante en mi pensamiento — lo suficientemente fuerte no sólo para mantener el desarrollo de la ciencia, sino para hacer de ella el aspecto prioritario. La segunda idea válida es el Estado concebido como un ente orgánico que representa el pasado, el presente y el futuro de una civilización, una entidad que exige al individuo que reconozca lo que debe a los que le precedieron y a los que le seguirán; el concepto de Estado, como administrador de todos los servicios de un pueblo, y no simplemente como un servidor de los caprichos pasajeros y de las modas fugaces, que pueden destruir lo que ha creado el sacrificio y el heroísmo.

Así pues, volvemos a nuestra decisión de los años treinta, de luchar por un resurgimiento nacional, levantando una organización, como un ave fénix de entre las cenizas de la decadencia, para hacer frente a unas condiciones de vida intolerables y científicamente innecesarias, que nos parecían a nosotros una expresión de brutalidad y estupidez. Hombres y mujeres creían, sencillamente, que Inglaterra había sido grande y que debería ser grande otra vez, aún más grande que antes. Se lo debíamos al país que amábamos y a la inteligencia, voluntad y espíritu de los ingleses que tenían tras sí tres mil años de historia europea. Al final de *The Greater Britain*, intenté expresar esta deuda en un lenguaje que combinaba lo real y lo ideal:

«En una situación de tantas y tan diversas contingencias nadie puede dogmatizar sobre el futuro. No podemos decir con certeza cuando sobrevendrá la catástrofe, ni si tomará la forma y la contextura de una crisis o la de un declive gradual hasta llegar al status de una potencia de segunda categoría. Todo lo que podemos decir con certeza es que Inglaterra no puede permanecer estancada mucho tiempo sin que llegue la catástrofe, o la pérdida de su posición en el mundo. Frente a cualquiera de estas contingencias nuestro deber es levantar a la nación. Hacer frente, o bien a la situación normal de actuación política, o bien a la situación anormal de una catástrofe, organizándonos. Por lo tanto, si bien podemos describir, en los principios por los que luchamos, un sistema racional económico, político y social, sería una sandez describir con detalle de antemano el camino que tomaremos más tarde. Un gran hombre de acción observó una vez: "Ningún hombre va muy lejos a menos que sepa exactamente a dónde se dirige", y la misma observación puede aplicarse a los modernos cambios de la realidad en las situaciones fluctuantes de hoy.

»Pedimos a aquellos que se unen a nosotros que marchen con nosotros a una gran y arriesgada aventura. Les pedimos que estén preparados para todos los sacrificios, pero que no actúen por metas pequeñas o que no valgan la pena. Les pedimos que dediquen sus vidas a construir en este país el movimiento de los nuevos tiempos, que en su expresión británica trascenderá fuera, como sucedió a menudo en nuestra historia con todos los precursores en ideas y realizaciones constructivas.

»Les pedimos que vuelvan a escribir las páginas más grandes de la historia inglesa y encuentren para el espíritu de sus tiempos su más alta misión en estas islas. Ni a nuestros amigos ni a nuestro país les hacemos promesas; el futuro no se ganará sin lucha y sin pruebas dolorosas. Aquellos que marchen con nosotros se enfrentarán seguramente con la injuria, la incomprensión, el odio resentido, y posiblemente la ferocidad de la lucha y la amenaza del peligro. En compensación, nosotros sólo podemos ofrecerles la profunda convicción de que están luchando por un gran país que resurgirá.»

18. LA OPOSICIÓN JUDÍA FINANZAS Y ADMINISTRACIÓN ACCIONES POR LIBELO

Nuestra política no fue el antisemitismo, ya que yo nunca atacué a los judíos como pueblo. Nunca he atacado a ningún hombre a causa de su raza o religión, y nunca lo haré. Un movimiento que creía en un gran futuro para el amplio mundo del Imperio británico, con toda su gran variedad de razas y credos, no podía ser «racista». A pesar de ello, a veces se ha dicho que nuestro éxito, en un período en que no existía una grave crisis económica, fue debido en gran parte al sentimiento antisemita. Por el contrario, puede demostrarse con hechos que la cuestión judía no tuvo nada que ver con nuestro progreso. Se sugirió que la antipatía a los judíos nos proporcionó una buena parte del casi diecinueve por ciento de votos que obtuvimos en East London en marzo de 1937¹⁶⁸, sólo tres meses después de la publicación de la Public Order Act. Sin embargo, la densidad de la población judía era mayor en las zonas de Leeds o Manchester, donde no llegamos al porcentaje medio de votos conseguido en el conjunto del país. Nuestros progresos, relativamente rápidos, en East London se debieron a nuestra proximidad física, que nos permitió a otros oradores y a mí realizar un esfuerzo intensivo y considerable, a las execrables condiciones de vida y al alto nivel de desempleo y al maravilloso temperamento de las gentes de East London.

Aquella población de East London quedó después dispersa en una gran área, ya que, tras nuestro éxito electoral, se hizo al menos un esfuerzo real para proporcionar otras viviendas a esas personas; naturalmente, nuestros afiliados clamaban que aquello no habría ocurrido nunca si nuestros votos no hubiesen arrancado a los viejos partidos de su somnolienta complacencia. El hecho de que fueran las condiciones de vida lo que arrastró a nuestro lado al pueblo de East London, quedó demostrado con el resultado electoral, aún más espectacular, que obtuvimos en una elección secundaria celebrada en 1955, después de la guerra, en el pequeño Moorfields Ward de East London. El Partido Laborista obtuvo el cuarenta y nueve por ciento, y nosotros el treinta y tres por ciento, derrotando a los conservadores, que sólo alcanza-

378

ÜSWALD MOSLEY

ron el dieciséis por ciento, en una proporción de dos a uno; el dos por ciento restante fue a parar a un independiente. Las condiciones de vivienda de las gentes de Moorfields en aquel tiempo eran casi las peores que se hayan visto nunca en Inglaterra, pero tras esta votación fueron remediadas rápidamente. Durante la campaña electoral ni nosotros, ni los electores, ni nadie mencionó siquiera la cuestión judía, que a nadie interesaba. Todavía no había surgido el problema de la inmigración de color, y aún no existía en aquella área, ya que vivían allí muy pocas personas de color. Sólo fue el problema de la vivienda lo que despertó a la gente y la convirtió a nuestra causa; un síntoma revelador de cómo puede cambiar el pueblo inglés, con su rapidez característica, cuando las condiciones de vida llegan a ser realmente malas, sea a causa de la vivienda, del desempleo o de cualquier otra razón. Moorfields fue el microcosmos de una posibilidad nacional.

En aquel tiempo, los antisemitas de East London, o de cualquier otra parte de Inglaterra, eran una ínfima minoría. Lo que ocurrió en los años treinta fue algo completamente diferente; la controversia surgió sobre un asunto muy definido y por razones muy claras. No hay la menor duda de que en Inglaterra la iniciaron unos judíos, y no los censuro por hacer eso en aquellas circunstancias. Comprendo sus razones para atacarnos, aunque creo que estaban profundamente equivocados y son totalmente condenables algunos de los métodos que emplearon. Sus hermanos judíos eran perseguidos en Alemania a causa de que el Partido Nacionalsocialista, bajo el mando de Hitler, era antisemita, y daban una expresión violenta a este sentimiento, no sólo de palabra sino también con hechos, incluso antes de la guerra. Los judíos sabían, naturalmente, lo que estaba ocurriendo allí, y observaban con inquietud los puntos de similitud entre nuestro movimiento y los partidos fascista y nacionalsocialista del continente, sin darse cuenta de los numerosos puntos de divergencia, tanto políticos como de métodos de actuación. Es comprensible que llegaran a un estado de considerable alarma y que se sintieran inclinados a sacar conclusiones injustificadas y precipitadas.

Ésta es, sin duda, la razón por la que los judíos de East London y otros puntos se distinguieran tanto en sus ataques contra nosotros en el Olympia, incluso antes de que yo hubiese tocado el tema de los judíos, un

¹⁶⁸ Bethnal Green, 23 %; Limehouse, 19 %; Shoreditch, 14 %.

tópico que no tenía sitio en nuestro partido político. Hasta un testigo tan imparcial como el ex editor del Daily Herald, Hamilton Fyfe, describió sus observaciones en el Olympia como sigue: «No creo que yo resulte sospechoso de simpatizar lo más mínimo con el fascismo... Sin embargo, me creo en el deber de decir cuán imprudente — e incluso innoble — fue la interrupción organizada del mitin del Olympia: fue organizada; esto es seguro. Vi en Oxford Street, desde primeras horas de la tarde, bandas de jóvenes, en su mayoría judíos, camino del mitin. De vez en cuando gritaban al unísono un slogan que no pude captar. Iban claramente en son de guerra y encontraron lo que buscaban...».

Quiero hacer notar al lector que el mitin del Olympia se celebró el 8 de junio de 1934, y que yo atacé por primera vez ciertos intereses judíos cuatro meses más tarde, en un mitin en el Albert Hall, el 28 de octubre de 1934, exactamente dos años después de la fundación de nuestro movimiento. No sólo apenas si mencioné a los judíos, sino que cualquier militante que atacara a los judíos (o se permitiera cualquier exceso verbal, como considerábamos nosotros semejantes discursos, sobre cuestiones que no nos concernían en absoluto) era expulsado de nuestro disciplinado movimiento, que perseguía claros proyectos para una reforma económica y política. Nosotros teníamos militantes judíos, y un famoso atleta judío fue candidato del New Party en Whitechapel durante las elecciones de 1931. No había ni sombra de sospecha de que fuésemos un movimiento antisemita cuando los judíos atacaron nuestro mitin del Olympia: y los responsables de otros ataques similares a nuestros militantes no tenían más razones que el infundado temor de que fuésemos a actuar del mismo modo que el Partido Nacionalsocialista en Alemania.

Todo ello creó una situación grave, a la que me referí por primera vez en el mitin de octubre de 1934 en el Albert Hall, en los siguientes términos:

«Se me ha pedido que enumere las formas en que los judíos han atacado al fascismo, y lo voy a hacer. En primer lugar, nos han atacado físicamente. Y eso puede probarse. Sesenta y cuatro personas han sido condenadas por los tribunales de este país, acusadas de atacar a los fascistas o los mítines fascistas desde junio último, y treinta y dos — exactamente el cincuenta por ciento — son judíos. Ahora bien, los judíos constituyen el 0,6 % de toda la población, y sin embargo son culpables del 50 % de los ataques contra los fascistas. Y eso es lo que podemos probar ateniéndonos sólo a los tribunales de este país. El segundo aspecto es el siguiente: podemos probar, y lo hemos declarado públicamente, caso tras caso, numerosos ejemplos de persecución de fascistas por parte de empresarios judíos; hombres y mujeres son despedidos sin otra motivo que el de ser camisas negras.»

Dejé absolutamente claro en este mismo discurso que no constituíamos un movimiento antisemita, en los siguientes términos:

«Desde los primeros días hemos respetado el principio de no perseguir a nadie por motivos raciales o religiosos. Y nunca perseguiremos a nadie por semejantes motivos en todo el Imperio británico, pues nuestro Imperio está compuesto de numerosas razas, un gran conglomerado de razas que permanecen juntas en una poderosa unidad; y cualquier sugerencia de discriminación racial o religiosa choca con la concepción misma del Imperio británico. Por esta razón hemos rechazado siempre enérgicamente incluso el tomar en consideración cualquier sugerencia de persecución racial o religiosa. Y hoy no atacamos a los judíos por razones de raza o religión. Nos limitamos a recoger el guante que ellos han lanzado, porque luchan contra el fascismo, y contra Inglaterra.»

Después de describir con algún detalle los perjuicios ocasionados a nuestros partidarios por las agresiones físicas y la persecución, aunque haciendo hincapié en que no éramos antisemitas ni podríamos serlo nunca a causa de nuestra política, llegué a la parte fundamental de mis acusaciones: al hecho de que habían declarado la guerra con un objetivo específico:

«El poder organizado de los judíos, por un interés racial, ha hecho todo lo posible durante los últimos dieciocho meses por impulsar la política de guerra... Desde todas las plataformas y periódicos que controlan, directa o indirectamente, han hecho lo imposible durante los últimos dieciocho meses por levantar en este país sentimientos y pasiones de guerra contra una nación con la que hicimos la paz en 1918. Entonces luchamos contra Alemania por Inglaterra. No lucharemos de nuevo contra Alemania por los judíos.»

Según los reportajes, el mitin se interrumpió al llegar a este punto, durante varios minutos, a causa de los aplausos.

Estas declaraciones, y todo el discurso, no tenían nada que ver con el antisemitismo: me movía exclusivamente la mayor pasión de mi vida: evitar otra guerra. Hubiera atacado a cualquier hombre, quienquiera que fuese, si yo creía que estaba intentando envolver al pueblo británico en cualquier guerra que no afectara a los intereses de la Gran Bretaña. Creía absolutamente en el principio resumido en nuestra consigna: «Los ingleses luchan sólo por Inglaterra», y sigo creyendo en él hoy, con la variante de que mi patriotismo se extiende ahora a toda Europa. Entonces estaba dispuesto a atacar a cualquier hombre, gentil, judío, inglés, esquimal u hotentote, que perjudicase los intereses de Inglaterra, y opinaba que el mayor perjuicio de todos era

embarcarnos en una guerra innecesaria. En este sentido, todos los principios de mi política han sido los mismos antes, durante y después de la guerra, y los he defendido siempre con coherencia y determinación.

Se puede sostener el punto de vista de que mi actitud y mi política no significaban más que un nacionalismo estrecho y egoísta, y que nuestro deber era intervenir en cualquier parte y luchar contra cualquiera que hiciese algo malo. Éste es ahora el punto de vista en boga y resulta muy discutible, pero surge de un principio completamente distinto al del antisemitismo. ¿Es erróneo negar la lucha, salvo cuando están en peligro los intereses vitales de nuestro propio pueblo? ¿Se debe luchar siempre para salvar a cualquiera que sea perjudicado? Si aplicásemos este último principio en el mundo actual, nos veríamos envueltos en una guerra permanente; naturalmente, si lo aplicásemos universalmente y no sólo en los casos en que se ven afectadas las conveniencias políticas.

Mis oponentes no deberían confundir esta cuestión con el antisemitismo a no ser que quieran precipitarse en un profundo pozo. Disraeli fue el primero que sostuvo la opinión de que no debíamos andar por el mundo buscando salvar en cualquier parte a una minoría perseguida. Él se opuso al intento de Gladstone de embarcarnos en una guerra contra Turquía y a favor de los búlgaros, aplicando precisamente el mismo principio que estoy exponiendo ahora. En realidad, ésta fue la doctrina conservadora clásica hasta tiempos muy recientes; fue uno de los principios que tomé de la derecha al tiempo que tomaba el del progreso social de la izquierda, aparte de aportar todo lo que creí necesario para llegar a la síntesis final de nuestra política. El conservadurismo, en su fatigosa peregrinación, siempre dos pasos atrás del pensamiento de la izquierda, había olvidado los principios legados por Disraeli. Los torios se agitan inquietos, lanzándose a cualquier trifulca, tengan o no las armas adecuadas para luchar, y hasta las damas de la League Primrose¹⁶⁹ olvidan el sabio consejo de su héroe de apartarse de cualquier problema innecesario. Cuando nosotros seguíamos prestando homenaje a su memoria, era ridículo que nos tachasen por ello de antisemitas.

Cuando se presentó la cuestión de la guerra mundial, el asunto se puso mortalmente serio, y cada bando defendió sus opiniones y principio con una convicción apasionada. Los judíos querían, naturalmente, ayudar a sus hermanos perseguidos en Alemania. Yo, naturalmente, quería salvar las vidas de los jóvenes ingleses y evitar una guerra innecesaria — a despecho de que cualquier minoría fuese perseguida en cualquier sitio — que era el ideal de toda mi vida; por eso se llegó a un choque frontal. En mi opinión se llegó a un punto en que todo el empeño de aquellos judíos era provocar una guerra y todo mi empeño consistía en impedirla. Ésa fue la razón fundamental de nuestra lucha. Si yo hubiera sido judío, o si muchos ingleses hubiesen estado sufriendo persecución en Alemania, posiblemente hubiese pensado y actuado como ellos, pero, como soldado inglés de la Primera Guerra Mundial, me había consagrado al mantenimiento de la paz; ninguna otra guerra, excepto para salvar a Inglaterra.

Por esta razón, llegamos a enzarzarnos en una fiera lucha. Pero nunca, ni en lo más duro de la controversia, llegué a decir nada tan ofensivo para los judíos como, por ejemplo, lo que dijo Aneurin Bevan sobre sus compatriotas conservadores¹⁷⁰. En ninguna ocasión, ni yo ni nuestro movimiento, atacamos a los judíos por su raza o su religión; nunca, por consiguiente, fuimos antisemitas. El principio de no atacar nunca a los judíos ni por su raza ni por su religión fue respetado en todas nuestras declaraciones políticas en East London y en cualquier parte. Es también completamente falso que organizáramos marchas provocativas y mítines en las áreas judías. Ni una sola vez, en todo este período, entré yo en Whitechapel, que tiene una mayoría de población judía. Sería difícilmente comprensible que nos negáramos a nosotros mismos el acceso a zonas de East London con amplia mayoría de ingleses y donde habíamos obtenido un 19 % de los votos.

En lo más duro de esta pelea reafirmé esta posición en *Tomorrow We Live*:

«No atacamos a los judíos por su religión; uno de nuestros principios es precisamente la tolerancia religiosa más completa, y desde luego, no queremos perseguirlos por su raza, pues estamos consagrados al servicio de un Imperio que engloba muchas razas diferentes y cualquier sugerencia de persecución racial iría en detrimento del Imperio al que servimos. Nuestra lucha contra los intereses judíos está provocada por el hecho de que ellos colocan los intereses de su raza dentro y fuera de Inglaterra por encima de los intereses del Estado británico.

»Un ejemplo sobresaliente de esta conducta es el intento continuo de muchos intereses judíos de provocar el desastre mundial de otra guerra entre Inglaterra y Alemania, que no sería en esta ocasión una lucha inglesa sino simplemente una lucha judía.»

Esta triste lucha vuelve ahora otra vez y yo me pregunto si los judíos caerán en el error de llevar la amargura del pasado hasta el punto de inhibir el presente y comprometer el futuro. Ésta no es una característica inglesa, pues del inglés puede decirse, en sus momentos de genio, y con razón, lo que dijo Rosebery de Napoleón: «Para él siempre era hoy, nunca había ayer». Posteriormente, he condenado las atrocidades

¹⁶⁹ En Inglaterra, el 19 de abril, aniversario de la muerte de Disraeli, se denomina Primrose Day. La League Primrose (literalmente, Liga Primavera) es, por tanto, una asociación de carácter disraeliano. (N. del T.)

¹⁷⁰ En Manchester dijo que eran «más viles que las sabandijas».

cometidas con los judíos en Alemania, horrores que nunca hubieran ocurrido en tal escala en época de paz; para aquellos judíos, el perder sus vidas fue el resultado directo de la guerra, exactamente igual que para los veinticinco millones de europeos que también murieron. Consideraremos con detalle más adelante ese terrible asunto y otras atrocidades de la guerra. En este punto adopto sencillamente el tradicional punto de vista inglés de que la venganza engendra venganza y que, a estas alturas, se debería enterrar el pasado. En *The Alternative* (1947) escribía: «El desquite seguirá a la venganza hasta que alguna generación sea lo suficientemente grande para romper ese círculo vicioso y liberarse de la "esclavitud de los dioses"».

El choque con algunos intereses judíos en la cuestión específica de la guerra complicó el trabajo de nuestro movimiento de diversos modos y me proporcionó muchos quebraderos de cabeza. No se trataba sólo de que se hubiesen alzado contra nosotros algunos elementos poderosos del mundo de la industria y las finanzas, ni que dirigieran contra nosotros ataques hábilmente dirigidos en los mítines y en las calles, sino sobre todo de que esta situación atrajo a nuestro partido una minoría de miembros que resultó sencillamente un estorbo. Llevó tiempo y problemas el deshacerse de ellos y algunos anduvieron alrededor nuestro incluso durante un breve período después de la guerra. Si estás luchando por una razón clara —una lucha coyuntural que acabará con el motivo que la provocó— existe siempre el peligro de que se te unan o apoyen gentes que odian a tus contrarios, aunque por razones permanentes y totalmente distintas de las tuyas, y esas gentes harán todo lo que esté en sus manos por combatirlos. En nuestro caso, eran hombres que deseaban lanzarse a la lucha contra los judíos cualquiera que fuese la razón; el duro núcleo de los antisemitas militantes, para los cuales nuestra oposición a la guerra representó una oportunidad de impulsar un asunto mayor, una lucha más amplia y más amarga.

Como principio general, no pienso justificarme por haber aceptado el apoyo de tales hombres en una batalla que iniciaron los judíos. Si Inglaterra, para sus planes de guerra, pudo aceptar más tarde la alianza con la Rusia Soviética —a pesar de todos sus crímenes— hubiera resultado estúpido por mi parte rechazar la ayuda de compatriotas, que en tiempos normales hubieran diferido de mí tanto en política como en carácter. Desde luego se dijeron y escribieron cosas absurdas y abusivas por ambas partes, cuando las divergencias se convirtieron en una dura lucha. Los periódicos del Partido estaban en otras manos, pues yo andaba frecuentemente ausente de Londres, y no acepto la responsabilidad sin una autoridad efectiva. A pesar de ello, ya veremos que eliminé pronto del Partido a aquellos hombres, cuando, tras ser debidamente advertidos, persistieron en actitudes y posiciones contrarias a la política del partido.

Aquellas eran personas que creían en la existencia de una conspiración judía mundial, cosa que me ha parecido siempre el más completo absurdo. La razón básica de mi incredulidad en semejante posibilidad radica simplemente en que, por mi gran experiencia, sé que no hay hombres lo bastante inteligentes o decididos para organizar algo de esa clase. Cualquiera que sepa lo difícil que es guardar un secreto entre tres hombres —sobre todo si están casados— comprenderá lo absurda que es la idea de una conspiración secreta a nivel mundial para controlar a toda la humanidad mediante el poder financiero; en realidad, los análisis inteligentes de esa gran conspiración son raros y resultan más sospechosos que los cuentos normales.

Después de la guerra se unió a nuestro partido un hombre de cierta valía que estaba poseído por esta creencia en un alto grado y en una forma muy racionalizada; me deshice pronto de él. Durante su breve estancia entre nosotros, chocó con un joven italiano de unos treinta y tantos años, hombre de poderoso y lúcido intelecto, que estaba conmigo en Londres y que, como la mayoría de los italianos, no guardaba hacia los judíos sentimientos ni buenos ni malos y poseía muy pocos conocimientos sobre ellos. Tras una discusión entre ellos, el italiano me dijo con una lógica, a la vez sencilla y aplastante: «Si los judíos fueran tan inteligentes como todo eso, serían dioses; y los hombres no son dioses». Sin embargo, he conocido hombres, honrados aunque estúpidos, que estaban realmente convencidos de que el poder judío dominaba el mundo y que cualquier oposición a sus deseos en cualquier punto estaba condenada al fracaso; inmediatamente después de la guerra, el instinto de estas gentes les llevaba a buscar la conejera más próxima y esconderse en ella, que es la lógica de su contrasentido.

James de Rothschild me expresó un punto de vista completamente contrario. Le había conocido en Deauville, justo después de la Primera Guerra Mundial, cuando yo estuve allí para jugar al polo y él para jugar al golf; perdió un ojo en el campo de golf a causa del disparo accidental de un duque francés, pariente suyo. Era un hombre notable y muy agradable, que fue primero diputado francés y, más tarde, por una extraña metamorfosis, se convirtió en un M. P. inglés. Fue un gran benefactor de nuestra nación a la que legó su hermosa propiedad de Waddesdon y una magnífica colección de cuadros y muebles franceses. Durante el choque de los años treinta, me tropecé con él un día por casualidad y me dirigió unas cuantas observaciones afiladas, pero impresionantes: «Nunca se crea que los judíos son capaces de actuar unidos —hemos intentado organizarlos durante generaciones—, son un pueblo anárquico, anárquico», y se marchó, meneando la cabeza, su monóculo firmemente sujeto en el ojo y su inmenso sombrero balanceándose en la mano. Fue la última vez que le vi y sus declaraciones me parecieron, al menos, más cerca de la verdad que las febriles visiones de los antisemitas.

Cualquier pueblo que tenga la inteligencia rápida y versátil del judío es muy difícil de organizar para cualquier proyecto concreto; se puede observar la misma característica en algunos latinos. Además, los judíos más sobresalientes se han dedicado durante siglos a las operaciones financieras a las que fueron constreñidos en los primeros tiempos, y éstas son, en general, asuntos individuales en alto grado que dependen más de la rapidez y la iniciativa que de la cooperación masiva. El reciente resurgimiento de su capacidad para trabajar juntos en el Estado de Israel, tras su vuelta al solar patrio, es de un gran interés general, pues destruye una de las principales tesis spenglerianas, que yo discutí siempre, aunque no he tenido la ocasión de desarrollar posteriormente.

Los judíos, como pueblo, no han demostrado normalmente mucha capacidad para la política, y en este campo tienden a ser bastante torpes, al menos en la medida en que puede generalizarse al hablar sobre cualquier pueblo. En la última centuria produjeron tres hombres de genio, y además hors de classe — Lasalle, Disraeli y Trotsky — en comparación con el brillante ejército de estadistas europeos de la misma categoría. Conocí en los círculos oficiales al formidable Rathenau cuando representaba a Alemania en una misión financiera en Inglaterra; también están, por supuesto, Mond y Samuel, de la Cámara de los Comunes; hombres de gran capacidad pero que no pueden situarse entre los realmente grandes. Si hay judíos con unas cualidades casi divinas corriendo por el mundo, ¿dónde están? La respuesta es sencilla: no existen.

A pesar de todo eso, cuando se entabla una lucha con los judíos por cualquier motivo, ellos pueden acarrear un montón de problemas. Como cualquiera, son capaces de una acción colectiva cuando creen — en mi caso equivocadamente; en el de Hitler, acertadamente— que están colectivamente amenazados. Por ejemplo, cuando Lord Rothermere me apoyó, ellos enfilaron hacia él el cañón económico. Él mismo declaró con entera franqueza que fue obligado por sus anunciantes; y las firmas en cuestión estaban bajo influencia judía. Esto fue confirmado en años recientes por Randolph Churchill: «He visto al Daily Mail dejar de apoyar a Sir Oswald Mosley en los años treinta por la presión de los anunciantes judíos» (Spectator, 27 de diciembre de 1963). Lord Rothermere nos retiró su apoyo en julio de 1934, y más tarde se publicaron las cartas que se cruzaron entre nosotros el 20 del mismo mes. Estos acontecimientos y el ataque judío contra nosotros en el Olympia, el 7 de junio de 1934, descrito por Hamilton Fyfe, ocurrieron mucho antes de que yo tratara por primera vez el asunto en mi mitin del Albert Hall el 23 de octubre de 1934. Las responsabilidades de aquella pelea quedan muy claras sólo con observar la cronología.

Yo había conocido a Lord Rothermere mucho tiempo antes y siempre mantuve buenas relaciones con él, pero por estas razones nuestra asociación política fue breve. Él inició nuestra asociación pública a su modo, abrupto e impulsivo. Auténtico patriota, le interesaba el desarrollo de los acontecimientos y se había pasado los años discutiendo de la situación con Lloyd George, Churchill, yo mismo y otros. Era un gran ejecutivo, dinámico en todas sus tareas, y deseaba apasionadamente que se hiciera algo por Inglaterra. Observó con creciente interés los progresos del movimiento blackshirt. Finalmente, su actuación fue típica de él. Yo no le había visto desde hacía tiempo, y estaba en Montecarlo cuando me envió de repente un telegrama prometiendo su apoyo. Entonces, los titulares tronaron como una tormenta: «Hurra por los camisas negras». Volvió, y los pasos se hicieron más rápidos; se construyó, bajo su iniciativa, un nuevo tipo de aeroplano y lo bautizó con uno de nuestros slogans: «Inglaterra primero». Nada resultaba demasiado grande ni demasiado pequeño para que Lord Rothermere lo utilizase en favor de nuestro movimiento. El Daily Mail organizó un concurso de belleza para mujeres blackshirt. Quedó muy desconcertado al ver que no se presentaba ni una sola aspirante y tuve que explicarle con cierto embarazo que se trataba de jóvenes muy serias consagradas a la causa de su país y no de aspirantes al conjunto del Gaiety Theatre.

Era un genio financiero, pero un político ingenuo, y poco inclinado a aceptar consejos en los asuntos de los que sabía poco o nada. Si él me hubiese dado alguna indicación de lo que iba a hacer, habría venido de Montecarlo y me habría consultado antes de su repentina decisión. Las cosas podrían haber ido entonces de muy diferente manera. Yo le hubiera sugerido, como es natural, una exposición más discreta del fenómeno, unas encuestas bastante hostiles al principio que preguntaron sobre todo lo que era el movimiento blackshirt, seguidas de algunos reportajes de mis discursos que ofrecieran una explicación gradual y dieran al público de aquella época la impresión de que el Daily Mail sufría un proceso de conversión razonable y convincente. Pero éste no era el método de Lord Rothermere; el hombre de negocios creía que podía conseguirlo todo rápidamente, a base de empujones. Sin embargo, la política es un negocio muy sutil, que hay que llevarlo con manos delicadas, como un aeroplano de los primeros tiempos, y no dando todo el gas como en una locomotora.

Aparte del apoyo de su periódico, Lord Rothermere nos ayudó de otros modos. En materia de dinero nos parecía una regla honrada mencionar sólo a aquellos que nos apoyaban de un modo tan abierto que cualquiera podía presumir que nos ayudaba. En realidad, Lord Rothermere no nos dio mucho dinero directamente, y el que daba insistía en entregármelo a mí personalmente como donativo al Partido. Desde el principio, intenté dissociarme de estos asuntos, y pronto tuve que escribir algo en nuestra Constitución que me liberase de todo contacto directo con el mecanismo financiero del Partido; me parecía a mí que un dirigente ya tenía bastantes cosas que hacer sin necesidad de tener también esas preocupaciones, y, en principio, era mejor alejarse de ellas.

A pesar de ello, algunas personas insistían en tratar conmigo directamente. En los comienzos del New Party, nuestro principal mecenas fue Lord Nuffield y se lo dijo a tanta gente que llegó a ser conocido por todos. Me lo presentó Wyndham Portal¹⁷¹, que fue tan lejos en su colaboración que hasta apareció en nuestra tribuna en las elecciones secundarias de Ashton-under-Lyne, era bien conocido en un círculo muy amplio por estar asociado con nosotros y ser el encargado de buscar dinero para el New Party. Wyndham Portal fue todo un carácter que dejó su marca en muchos campos. Durante la Primera Guerra Mundial mandó con notable habilidad la brigada desmontada de la Household Cavalry cuando fue utilizada en la guerra de trincheras. Después fue un ejemplo de soldado eminente al que le salen bien los negocios; empezó con el negocio familiar de impresión de billetes para el Banco de Inglaterra, y obtuvo amplios beneficios. Yo no le conocí hasta después de la guerra, ya que pertenecía a otra División del Cuerpo de Caballería y, desde luego, era mucho mayor que yo. Le conocí poco después de mi dimisión del Gobierno, y colocó todos sus fondos económicos y todas sus energías, junto a un numeroso grupo de hombres de negocios (entre los que se encontraba Lord Nuffield) a disposición del New Party.

Mis relaciones con Lord Nuffield fueron prolongadas; empezaron en los días en que Oliver Stanley aún estaba asociado conmigo, aunque pronto quedó fuera de las discusiones con éste, ya que no era hombre que entendiera muy bien ciertos asuntos. Prácticamente, yo había perdido ya la esperanza de obtener cualquier ayuda de los magnates del automóvil, ya que parecía que no se sacaba nada en limpio de las conversaciones que se mantenían con ellos, cuando de pronto recibí un telegrama invitándome a comer con él en el club de las pistas de golf de Huntercombe. Se decía que las había comprado después de tropezar con ciertas dificultades a la hora de convertirse en un socio, del mismo modo que se decía que Otto Kalm había adquirido la Ópera en América.

Comimos solos, y como de costumbre, la conversación giró sobre cuestiones de política general. Como Lord Rothermere, era un genuino y ardiente patriota, pero aún estaba menos versado que él en la técnica de la política, un tema que parecía caer fuera de su radio de acción. Su éxito descansaba en un instinto extraordinario para la mecánica (visual y manual, más que teórica) y en una notable capacidad para elegir a los hombres apropiados para la dirección de sus negocios. En consecuencia, la conversación política con él tendía a resultar aburrida, ya que su única contribución posible era la ayuda financiera y parecía que nunca se llegaba a este punto. Sin embargo, el aburrimiento salió volando por la ventana cuando, al final de la comida, sacó un cheque del bolsillo y me lo tendió por encima de la mesa-era un cheque de 50.000 £. Dijo que me había estado estudiando durante mucho tiempo (entonces descubrí el sentido de aquellas conversaciones aparentemente descentradas), que había llegado a confiar en mí y que estaba decidido a apoyarme. Entonces hizo una de sus observaciones esclarecedoras que revelan todo un largo proceso, en este caso el camino largo y polvoriento que va desde una pequeña tienda de bicicletas hasta el imperio del automóvil. «No crea, mi querido joven, que una cantidad de dinero así crece en los árboles. Las primeras 10.000 £ me costó mucho ganarlas.» Apuesto a que sí le costó, pensé, y me sentí profundamente conmovido. Era un hombre bueno y modesto, al tiempo que un genio de los negocios; una combinación que puede darse realmente.

Lord Rothermere entró en escena en una etapa posterior a la de Lord Nuffield, Wyndham Portal y los que apoyaron al New Party en sus orígenes, a pesar de que me conocía desde mucho antes que cualquiera de ellos. Su apoyo fue consecuencia del éxito de los camisas negras y de nuestra enérgica defensa del rearme nacional, en una época que a él le parecía de abandono en todos los frentes que le interesaban, más que de nuestro programa político y social, del que no estaba muy enterado. Por ejemplo, pareció encantado cuando dije en un discurso en el Albert Hall: «Defender a los amigos frente a los enemigos».

Lord Rothermere nos ayudó, pero no en el mismo grado que Lord Nuffield. Un día me hizo una proposición extraordinaria. Empezó con un prefacio a sus propuestas en el que declaró que había hecho dos grandes fortunas, una con los periódicos y otra con el negocio de la pulpa en Terranova, y que con mi ayuda haría una tercera que sería la mayor de las tres. Había emprendido un estudio a fondo de la fabricación de tabaco y había llegado a la conclusión de que el problema principal era la distribución; las corporaciones se habían ligado a las tiendas del mismo modo que los cerveceros habían acaparado las tabernas. La manufactura de cigarrillos era un proceso relativamente fácil, siempre que pudiera resolverse la cuestión de la distribución; y ahí era donde entraba yo. Él había estado investigando a través de su socio Ward Price y otros amigos que colaboraban entonces estrechamente conmigo y se había enterado de que nuestro movimiento tenía unas cuatrocientas grandes y activas organizaciones en Gran Bretaña. Si esos vigorosos jóvenes actuaban como distribuidores, él compartiría los beneficios al cincuenta por ciento, la mitad para él como productor y la mitad para nuestro movimiento como distribuidor. Resultaba evidente para él que el trato había de hacerse público, en vistas a asegurar la cooperación de nuestra gente, pero estaba deseando empezar el negocio.

Yo recibí sus propuestas muy bien, pues un trato de negocios honrado me parecía la mejor y más limpia manera de hacerse con suficientes fondos económicos, y yo estaba seguro de que nuestros hombres

¹⁷¹ Nombrado vizconde de Portal en 1945; secretario parlamentario del Ministerio de Abastecimientos en 1940-42; ministro de Trabajo, 1942-44.

cooperarían con entusiasmo en una proposición que ofrecía semejantes beneficios al Partido. Así que él salió como una máquina de vapor a ponerlo todo en movimiento; en pocos días había invertido 70.000 £ en maquinaria y se había asegurado los servicios de uno de los mejores expertos en la producción, con un contrato a largo plazo que le garantizaba un buen salario. Las cosas marchaban y yo estaba a punto de entrar en el mundo de los negocios por la puerta grande. Entonces llegó el mensaje inesperado de que él no podía seguir adelante, y había decidido vender toda la maquinaria por lo que le dieran. Fui a verle a un hotel que solía frecuentar, y le encontré en un apartamento relativamente modesto. Una imponente figura de dimensiones monumentales se encontraba echada boca arriba en una estrecha cama de latón; parecía un aposento incongruente para uno de los hombres más ricos del mundo.

Lord Rothermere me explicó que tenía problemas con ciertos anunciantes, a quienes no les había gustado su apoyo a los camisas negras, y había hablado con muchas otras personas del negocio del tabaco y aún les había gustado menos. Aquello era la guerra, y yo reaccioné con energía. La carta a jugar con Rothermere era siempre su hermano Northcliffe, a quien no había visto nunca pero que constituía toda una leyenda por su audacia y dinamismo. Le dije: «¿Sabe usted lo que hubiera hecho Northcliffe? Hubiera dicho: Una palabra más de su parte, y el Daily Mail saldrá mañana con los siguientes titulares: "Los judíos amenazan a la prensa británica", y usted no tendría ya más problemas». La larga pugna que siguió tuvo sus fluctuaciones, pero al final perdí. Él creía que yo le estaba pidiendo que arriesgara demasiado, no sólo con respecto a sí mismo, sino también con respecto a otros que dependían de él. Era un patriota y una personalidad extraordinaria, pero carecía de ese carácter excepcional, necesario para adoptar una línea recta y seguirla hasta el final, hasta el triunfo, que en aquella ocasión le podía haber conducido a una auténtica pelea de gallos política. En mi opinión, el asunto podría haberse resuelto favorablemente si se hubiera mantenido firme.

Aquellos intereses judíos emprendieron la acción con la errónea creencia de que su vida y sus intereses estaban amenazados. Naturalmente, cualquier grupo humano que estuviese convencido de algo semejante hubiese opuesto una resistencia extrema. Esto no constituye una prueba del poder oculto de los judíos, sino simplemente la determinación a la lucha de unos hombres que disponían de los medios necesarios para hacerlo, cosa que yo no tenía. Todo el affaire fue así de sencillo y no hubo nada oscuro ni misterioso en él. En este aspecto de utilización sutil de los hombres aprovechando una situación de poder he conocido a ingleses más hábiles que la mayoría de los judíos, y que han utilizado incluso a los judíos en sus planes. Por ejemplo, Sir William Tyrrell, el brillante diplomático profesional, que fue embajador en París durante mi juventud y del que aprendí tanto, utilizaba a mi amigo Charles Mendl, que era judío, del mismo modo que Svengali utilizó a Trilby. Era un embajador con cabeza y utilizó a este agradable judío, con sus amplios contactos y amistades, como una correa de transmisión entre él y la vida francesa, a través de la cual recibía información y preparaba sus maniobras. Lo principal en este mundo es tener cerebro y carácter, y ambos pueden encontrarse en todos los grandes pueblos. No culpo a los judíos por utilizar todo el poder de que disponían en una batalla que ellos creían tenían que librar. Lo que es censurable y estúpido es continuar la lucha cuando la batalla ha terminado, pues eso podría reiniciar todo el círculo vicioso que se acababa de recorrer.

La experiencia Rothermere tuvo dos efectos sobre mí; el primero, sugerirme que, a pesar de todas mis preocupaciones, era posible hacer dinero en los negocios para la política, y el segundo hacerme más reactivo que nunca a depender, en política financiera, de los caprichos de los ricos. Este sentimiento se reforzó en el encuentro con Lady Houston, la viuda de un armador millonario; el asunto se ha publicado ya en parte, así que me siento en libertad de dar toda clase de detalles. Ella era una patriota de derechas, que no tenía la menor idea de lo que pretendía nuestra política, pero tenía un vago sentimiento en favor de un renacimiento inglés. Por ejemplo, había financiado muy generosamente una expedición para escalar el Everest, dirigida por uno de los Douglas-Hamilton.

Yo no la conocía, pero inesperadamente recibí una invitación para reunir-me con ella en su yate, en Southampton, cuando estaba pronunciando un discurso en algún lugar de las cercanías. La vieja señora me recibió acostada en su camarote (era una costumbre curiosa de estos magnates la de tratar semejantes asuntos en la cama) y me dijo que deseaba apoyarme. La entrevista fue bien y nos despedimos con el firme convencimiento de que lo haría. Inmediatamente después, ella firmó, al parecer, un cheque de 100.000 £ que estuvo a punto de enviarme, pero cambió de opinión y lo rompió. Alguien había escrito un párrafo en Action o en algún otro periódico relacionado con nosotros, diciendo que ella era una vieja vanidosa y estúpida; tal vez lo fuera, pero era todavía más estúpido decirlo. Resultaba inevitable que ocurrieran cosas así cuando yo estaba viajando constantemente por el país y pronunciando discursos, a una media de por lo menos cuatro veces por semana, y con frecuencia yo no leía ni una sola línea de lo que se escribía en nuestros semanarios.

Por aquel entonces, ya había sufrido bastante los caprichos de los ricos, y estábamos continuamente escasos de dinero. En todo aquel período di unas 100.000 £ de mi propio peculio a nuestro movimiento. Eso resultó una carga muy pesada para mí, pues yo no era tan rico como se pretendía, aunque he conservado lo suficiente de mi herencia para salvaguardar mi independencia. Tampoco hay por qué derramar demasiadas lágrimas por aquellas 100.000 £ ya que, durante el período relativamente breve en que estuve ocioso después de la guerra, tuve oportunidades de hacer dinero y recuperé la mayor parte en transacciones normales, casi

banales, que no merece la pena contar aquí. En los años treinta, otros hicieron sacrificios comparables y las cosas siguieron adelante; a veces con bastantes dificultades y muchos altibajos.

El problema radicaba únicamente en la financiación de nuestro cuartel general, pues nuestras organizaciones, desde siempre, tenían que autofinanciarse con las suscripciones y donativos de los militantes locales, sin ayuda alguna por nuestra parte; en muchos períodos el H. Q. solía reclamarles dinero imponiéndoles una contribución porcentual a sus recursos. Algunas organizaciones locales eran relativamente ricas, gracias a hombres de negocios que formaban clubs y círculos para su sostenimiento. Industriales y comerciantes de talla más modesta que los Nuffield, Rothermere o Houston, acostumbraban también a ayudar a nuestro cuartel general. Con este propósito, se organizaron grandes banquetes en restaurantes como el Criterion, en los que yo solía hablar. También se formó un club completamente independiente de nosotros, en el que yo reunía asambleas similares, a veces con buenos y lucrativos resultados. Mis experiencias en aquel tiempo fueron muy diversas.

Hacia la mitad de los años treinta, ocurrió un acontecimiento que me recordó la posibilidad de hacer dinero con propósitos políticos, cosa que se me había ocurrido por primera vez a partir de mi experiencia con Lord Rothermere. Encontraba fascinante la posibilidad de dirigir un movimiento, inspirado en la idea revolucionaria de toma del poder, al tiempo que conseguía el suficiente dinero en los negocios para no depender de la ayuda financiera de nadie; esto hubiera sido algo sin precedentes en la historia, aunque era una tarea más a emprender. La oportunidad se presentó por casualidad, como ocurre con todas las grandes ocasiones. Un joven militante del movimiento me explicó que había abierto un negocio en su localidad. Vi en ello un conjunto de posibilidades que no se le habían ocurrido a él. Empezamos simplemente como dos individuos, sin ninguna conexión con el Partido; aunque mi intención era, por supuesto, aprovechar todos los beneficios en favor de nuestro movimiento. A partir de esta base, relativamente limitada, construí en pocos años una gran empresa, que sólo fue obstaculizada por el estallido de la guerra. Después de la guerra, otros hicieron, por diferentes caminos, lo que yo había estado haciendo, pero todas las puertas de este tipo de negocios se cerraron para mí durante un largo período de tiempo. Fue una gran empresa y me sentí siempre orgulloso de mi participación en aquel proyecto sin precedentes. Algún día, bastante lejano, podrá contarse toda la historia; pero no en la actualidad, ni por mí, pues eso infringiría la regla de no mencionar nunca los nombres ni las personas cuyas relaciones conmigo no son conocidas. Son ingleses ocupados en negocios legítimos y sería un error contar ahora la historia. Además de pronunciar al menos cuatro discursos a la semana durante todo el año, salvo el mes de vacaciones, y organizar nuestro movimiento, me ocupé durante varios años de levantar un gran negocio.

Mientras tanto, al tiempo que nuestras organizaciones se autofinanciaban, existía siempre un buen número de personas encargadas de recaudar fondos para nuestro cuartel general. Su misión principal consistía en conseguir suscripciones de cualquier británico del Imperio, procurando no atarse por ello. Nos parecía un principio justo que los fondos para el movimiento surgieran del marco en que éste operaba; nuestro interés principal era entonces el Imperio británico. Es verdad que toda mi vida — como lo demuestran mis primeros discursos — me he considerado a mí mismo un europeo, y que nuestro movimiento estaba interesado en mantener la paz entre los europeos y desarrollar gradualmente algunos designios comunes en la política europea. Desde mi punto de vista, resultaba, por tanto, completamente legítimo sacar dinero, también con la condición de no atarse por ello, de los demás europeos; desde luego, la acusación de que el movimiento conseguía dinero de este modo y con esas condiciones, no debía haberme preocupado en absoluto. Simplemente, nos hubiéramos colocado en la misma posición que muchos miembros de la Segunda Internacional, por no mencionar a la Tercera.

A veces se sugirió que recibíamos dinero de fuera, y a nuestro desafío de que lo probaran siempre respondieron con el silencio. Finalmente, en la Cámara de los Comunes, Mr. R. R. Stokes — muy conocido como ministro en los gobiernos laboristas — hizo la siguiente declaración durante la guerra:

«En relación con la Unión Británica, debo decir unas palabras sobre el principal protagonista de esa organización, Sir Oswald Mosley. Me creo en el deber de decirles, aunque no simpatizo de ningún modo con sus puntos de vista ni con sus actividades. Él compareció ya ante el Advisory Committee, y el Comité invitó a sus abogados a ayudarle a descubrir si la organización de la Unión Británica había recibido o no dinero extranjero. Tras una investigación exhaustiva en la que participaron todos los Bancos, el Comité y los abogados tuvieron que admitir que la organización no había recibido ni dinero ni ayuda extranjera de ningún tipo.» Hansard, 10 de diciembre de 1940, vol. 367, col. 839.

Después de la guerra, el secretario del Interior, Mr. Cluster Ede, inició una referencia sobre mí en la Cámara de los Comunes el 6 de junio de 1946, con la observación, curiosa en un ministro que se supone está en una posición de juez: «Sólo me resta esperar que esto constituya un instructivo prefacio al libro que se propone publicar». El libro en cuestión se titulaba *Mi Respuesta* (1946); era una defensa de mi postura durante la guerra, complementada con una exposición de los métodos utilizados para ahogar nuestras opiniones y un análisis psicológico del Partido Laborista, que todavía resulta bastante entretenido leer. En efecto, su acusación consistía en que se habían encontrado cartas entre los papeles de Mussolini que ayudaba a demostrar que yo había aceptado fondos de Italia para ayudar a la Unión Británica durante los años 1934 y 1935. Al día siguiente

le desafié a mostrar las pruebas, añadiendo que «la evidencia sobre cualquier asunto podía demostrarse ahora con un simple sello de penique» con tales archivos. Refiriéndome a los acontecimientos de antes de la guerra y a la propaganda contra los poderes fascistas, dije que «desde hacía tiempo las frases sobre las fábricas de mentiras» de Europa eran corrientes y populares, mientras que el descubrimiento de "documentos reveladores" se convertía en objeto de regocijo universal», y concluía que en las circunstancias de la posguerra «la hilaridad de mucha gente disminuiría un poco si las fábricas cambiaban de manos».

Seguía con una cita de la autobiografía de Lord Snowden, en la que se reproducía un comunicado del Gobierno de Lloyd George atacando a George Lansbury, cuando éste era editor del Daily Herald — algunos años antes había llegado a ser elegido líder del Partido Laborista — y después me metía con la refutación de Lord Snowden en el Daily Herald y su rechazo del comunicado del Gobierno, junto con su declaración de que las 75.000 £, en parte compuestas de diamantes rusos, habían sido «devueltas a los donantes de la Internacional Comunista». Entonces, un profundo e insólito silencio envolvió al secretario del Interior y a los demás oradores del Partido Laborista. Todo esto fue muy divertido, incluso en aquel período de mi impopularidad, sobre todo cuando, por las razones apuntadas, no debería haberme preocupado ni siquiera en el caso de que hubieran podido probar que las acusaciones eran ciertas. Los sabihondos del laborismo estaban tirando piedras desde un frágil tejado de vidrio, y mi propia independencia, demostrada de siempre y bien asentada, en materia financiera me proporcionaba una considerable invulnerabilidad ante semejantes ataques.

Sería una lástima abandonar este asunto sin hacer antes alguna referencia a la posición de Sir Stafford Cripps, cuando fue Canciller del Exchequer; fui siempre de la opinión de que él y George Lansbury eran personalmente de los más honrados entre los líderes del laborismo. El Daily Telegraph decía el 26 de noviembre de 1948 lo siguiente: «Donaciones y préstamos de dinero, por un total de al menos 5.000 £, han sido hechas por el Partido Laborista británico y algunas Trade Unions de este país al Partido Socialista francés y a la Confédération Générale du Travail-Force Ouvrière». El reportaje de este periódico se publicó una semana después de que Stafford Cripps, Canciller del Exchequer, hubiera declarado en la Cámara: «La transferencia de dinero al extranjero por individuos u organizaciones con propósitos políticos sería aprobada por el Tesoro si tiene como misión el "fortalecimiento de las fuerzas democráticas en cualquier país"». Finalmente, el Evening News publicaba el 7 de diciembre que Sir Stafford Cripps, en respuesta a preguntas ulteriores sobre el asunto, había replicado: «Acepto toda la responsabilidad sobre las decisiones del Tesoro». Parece a primera vista que si la salsa era buena para la oca, también debería serlo para el ganso, pero en aquellos días los errores eran mucho menos permisibles para el género masculino.

Finalmente, resultaría también inapropiado y olvidadizo dejar el asunto sin hacer alguna referencia a los reportajes más notables sobre los conservadores prominentes en 1944. El periódico de izquierda Tribune, en un ataque, que no tuvo respuesta, a los hombres más respetados de aquel tiempo en el Partido Conservador, comentaba el 30 de junio de 1967 un libro sobre el levantamiento del Ulster y declaraba: «La tercera Home Rule Bill... había pasado a través de todos los peldaños del Parlamento en julio de 1914. Incapaz de detenerla, ni con argumentos ni con la fuerza de sus votos, Carson, el líder unionista, entró en contacto con el Gobierno alemán para solicitar ayuda. Y los alemanes, que en aquel momento estaban planeando la guerra en Europa, enviaron muy complacidos un cargamento de armas para el levantamiento del Ulster». Al menos, podemos absolver a los conservadores de participar de la llorosa hipocresía de los ataques contra nosotros por los supuestos tratos financieros de 1934 y 1935.

Nuestros oponentes nos atacan frecuentemente con acusaciones que son contradictorias y, además, autodestructivas. Por un lado, sugirieron en el periódico en cuestión que estábamos financiados por el fascismo extranjero; por otro lado, alegaban que esos líderes fascistas estaban planeando un ataque contra el Imperio británico. Un líder como Mussolini hubiese sido filántropo si hubiese tenido semejantes designios siniestros contra el Imperio británico y, al mismo tiempo, hubiera financiado al único movimiento de Inglaterra que propugnaba su fortalecimiento y realizaba una agitación constante, pública y furiosa con ese fin. A lo largo de aquellos años, nosotros fuimos los únicos entre todos los partidos que defendimos el rearme de nuestro país, mientras que los laboristas se oponían por principio y Baldwin no quería correr el riesgo de perder unas elecciones por defenderlo. En realidad, los dirigentes fascistas y nacionalsocialistas estaban en todo momento dispuestos a dejar que realizáramos nuestra tarea que era preservar y desarrollar el Imperio británico, si nosotros les dejábamos a ellos realizar la suya, que se desarrollaba en una dirección totalmente diferente de la del Imperio británico y nuestros intereses vitales.

Personalmente, yo tuve ya bastante trabajo con el desarrollo y la propaganda de la política de nuestro movimiento en los años treinta y en rebatir desde la tribuna, en los debates y en los tribunales, los ataques contra nosotros. Que se tenga que contar todavía el cuento de que nuestra ley fue adecuada en los años treinta resulta muy divertido visto retrospectivamente. La aprensión de que mi «ejército privado» podía constituir una amenaza para el Estado se había tratado ya en los tribunales, cuando se aprobó en 1936 la Public Order Act para suprimirlo. El Star, el 25 de febrero de 1933, en un artículo de cabecera titulado: «¿Esto es el progreso?» decía: «Sir Oswald Mosley amenazó a Mr. Maxton con que él y los fascistas estarían dispuestos a derribar el Gobierno con la ayuda de las ametralladoras cuando llegase el momento oportuno. Mr. Tom Mann fue

encarcelado recientemente por la simple sospecha de que podía decir algo diez veces menos provocativo que estas palabras de Sir Oswald». El artículo se refería a un debate público que yo había librado contra James Maxton con Lloyd George en la presidencia. Denuncié al Star por libelo, y el caso se vio cinco meses después del mitin del Olympia, en noviembre de 1934, ante el Lord Mayor de Justicia, Lord Hewart y un jurado. Sir Patrick Hastings fue mi abogado.

El reportaje de The Times decía: «Sir Oswald Mosley, aportando pruebas, dijo que en el mitin en cuestión él había expresado la opinión de que el Partido Laborista Independiente estaba favoreciendo un clima de violencia en el país del que saldrían beneficiados los comunistas, que creían en la violencia, y que más tarde Mr. Maxton y otros amantes de la paz tendrían que dejar paso a los comunistas, que creían en la violencia. Utilizó las palabras contenidas en la copia de las notas taquigráficas de su secretaria».

El abogado de la parte del Star era Mr. Norman Birkett, que era el presidente del Comité que enjuició a diversos tipos de detenidos bajo la 18 B durante la guerra, y que fue después muy conocido como juez, en particular en el juicio de Nuremberg.

Ciertos pasajes de la información de The Times decían:

«Interrogado sobre su discurso en el mitin del 24 de febrero de 1933, Sir Oswald negó que los fascistas británicos estuvieran encuadrados en una organización militar propiamente dicha.

Si lo que se quiere sugerir — dijo Sir Oswald Mosley — es que damos a nuestros miembros un entrenamiento militar, en el sentido de utilizar armas, la sugerencia es falsa. Tenemos unas bases militares únicamente en el sentido de que somos un movimiento disciplinado.

¿Tienen ametralladoras? — Ciertamente no.

¿Tienen carros blindados? — No.

Sir Oswald dijo que sólo defendería el uso de ametralladoras en una situación en que fuese legítimo utilizarlas. Por ejemplo, para salvar a la Corona y al Estado de un levantamiento comunista. Ése sería un momento en el que a cualquier ciudadano leal le estaría permitido utilizar la fuerza para proteger al Estado contra el caos y la anarquía.

¿Era propósito de ese discurso declarar que, cuando el momento llegue, la doctrina fascista será impuesta a toda la nación? — Nada de eso. Eso no fue insinuado de ningún modo. Yo nunca he sugerido que la doctrina fascista vaya a ser impuesta a la nación. Sólo puede venir de una forma, por la voluntad del pueblo, en unas elecciones generales.

Sir Oswald Mosley estuvo de acuerdo en que había descrito a los viejos políticos como Viejas Bandas.

El Lord Mayor de Justicia. — Ése no es un término nada nuevo (risas).

Mr. Birkett (al testigo) — ¿Cree usted que en este país no hay ningún otro partido organizado, aparte del fascismo, que pueda hacer frente a la situación actual? — Por supuesto que sí, de otro modo no llevaría la desagradable vida que llevo por defender el fascismo.

¿Quiénes son ustedes para coger ametralladoras y salir a la calle a disparar sobre el pueblo? — Ni más ni menos que cualquier otro ciudadano que ve al Estado en peligro de ser derribado por un levantamiento anarquista.

¿Se están organizando para hacer frente a eso? — Sólo en la medida en que podemos hacerlo legalmente en tiempos de paz. No poseemos ametralladoras porque es ilegal poseerlas.

Las teorías que ha expresado y la caída de las «Viejas Bandas», ¿no le inducen a usted a desear quitarles el poder una vez que estuviesen frente a una situación revolucionaria? ¿No tendría que ser el fascismo quien lo hiciera? — Después de tal situación, quedaría en manos de Su Majestad el rey, y sólo en sus manos, invitar a cualquiera a formar Gobierno, y el fascismo se atendería a las decisiones de Su Majestad. Podría esperar que nuestro Partido fuese llamado al poder, pero, si no lo fuéramos esperaríamos a las siguientes elecciones generales e intentaríamos obtener entonces el poder.

Preguntado si los fascistas tenían aviones, Sir Oswald Mosley dijo que no tenían ninguno. La posesión de carros blindados por parte de los fascistas era un mito que había sido explotado por el ministro de la Gobernación en la Cámara de los Comunes. «Unos cuantos jóvenes fascistas aprendieron a volar», añadió, «y la prensa dijo inmediatamente que se estaban formando unas Fuerzas Aéreas fascistas».

Él creía que Mussolini y Hitler habían salvado a sus países, pero no tenía intención de imitar sus métodos en este país. Él nunca había dicho que los fascistas llegarían al poder por la fuerza. Decir que llegarían al poder después de que la fuerza hubiese tenido que ser utilizada, era una cosa muy diferente. Los fascistas estaban preparados para hacer frente con la fuerza a la fuerza que se utilizase contra el Estado, pero no a emplear la fuerza para hacerse con las riendas del Gobierno.

¿Es nuevo para un líder de un partido político de este país decir: «Seré juez cuando los fusiles empiecen a disparar»? — Lord Carson dijo cosas mucho peores que ésta cuando era líder en el Bar (risas).

Sir Oswald Mosley estuvo de acuerdo en que una organización local del movimiento fascista formó en cierta ocasión un club de vuelo y realizó «rallies aéreos».

¿Qué ayuda puede significar un rally aéreo para un movimiento político? — Ninguno, salvo que todos los deportes viriles ayudan mucho a un movimiento como el nuestro. La Liga Imperial Júnior practica la transmisión silenciosa. Nosotros practicamos rallies aéreos, partidos de fútbol y competiciones de boxeo.

¿Hay mucha diferencia entre la transmisión silenciosa y los rallies aéreos?

—Sí, toda la diferencia que existe entre el conservadurismo y el movimiento fascista (risas).

Suponiendo que un Gobierno comunista llegase al poder con el consentimiento del rey, ¿seguiría oponiéndose a él con los fusiles? —Debería preguntar usted qué ocurriría si el rey hiciese suya la ley de Herodes y ordenase que todos los recién nacidos de la tierra fuesen asesinados. La pregunta es tan hipotética que resulta absurda.

¿Podría usted responder a ella? —No se puede responder a preguntas que son absurdas por naturaleza.

Si el Partido Comunista fuese elevado al poder por el país y su líder fuese invitado por el rey a formar Gobierno, ¿se sublevaría usted? — Entonces, los comunistas serían tan mansos como lo es ahora Mr. Ramsey MacDonald, comparado con lo que solía ser (risas).

En ninguna circunstancia, continúa Sir Oswald, lanzaría la máquina fascista contra un Gobierno constitucionalmente llamado al poder a invitación del rey.

Preguntando si los fascistas habían tenido a menudo conflictos con los «rojos», Sir Oswald dijo: «Sí, cuando nos han atacado. Nosotros nunca hemos interferido los mítines de nuestros contrarios, pero cuando nuestros mítines son atacados violentamente, resistimos el ataque. Si hay gente que quiere acallar por la fuerza a nuestros oradores en nuestros mítines fascistas, son arrojados fuera sin utilizar armas, y nada más.

¿No distribuye entre sus fuerzas porras de caucho? — Las porras de caucho no se han distribuido nunca a nuestras fuerzas, y está absolutamente prohibido a cualquier militante fascista llevarlas encima. Sólo en una ocasión, durante una lucha muy dura en Manchester, se utilizaron porras de goma. A menudo, nuestros hombres han sido acuchillados con navajas de afeitar. Posteriormente, prohibí que se usasen esas armas».

El reportaje de The Times concluía así: «El Lord Mayor de Justicia, resumiendo, dijo que los demandados habían incluido deliberadamente en las alegaciones todo lo que cualquier abogado sabe que es un alegato muy difícil de justificar. Han procurado demostrar que las palabras de la acusación eran ciertas en lo fundamental, pero cuando han intentado detallar su justificación han sido incapaces de determinar con exactitud cuáles fueron las palabras utilizadas por Sir Oswald Mosley en su discurso.

»¿Acaso no son acusadas esas palabras de ser indignas; acaso el Gobierno tras haber encarcelado a Mr. Tom Mann, no debería, con más razón, tomar las medidas pertinentes para enviar a Sir Oswald Mosley a la cárcel? ¿Constituyó el artículo, como se ha sugerido, una defensa de la tolerancia? ¿No fue la inactividad del Gobierno, en relación con Sir Oswald Mosley, contradictoria con su actividad en el caso mucho menos grave de Tom Mann? ¿No fue una mofa a las autoridades el no perseguir a Sir Oswald Mosley?

»El jurado decidirá si en su discurso Sir Oswald Mosley utilizó las palabras que se dice empleó. Sea cual fuere lo que el jurado pueda pensar de sus opiniones, ¿no les parece que Sir Oswald es un hombre público de valor poco común, de sinceridad poco común, de capacidad poco común? Ha confirmado con pruebas lo que dijo en su discurso y su secretaria ha presentado las notas taquigráficas en apoyo de sus declaraciones. Ha sido interrogado durante mucho tiempo, ¿pero que se deduce de todo ello?

»De todo lo presentado ante el jurado, ¿le es posible decir que las palabras de la primera parte del "leaderette" eran ciertas? Si no obstante, fuesen ciertas, quedaría admitido que el segundo párrafo del "leaderette" constituían una justa explicación.

»Refiriéndose al significado del libelo en cuestión, su Señoría preguntó al jurado si cabía alguna duda de que las palabras imputadas a Sir Oswald constituían una ofensa criminal.

»Deben pensar que Sir Patrick Hastings tenía razón cuando dijo que era un caso sin defensa y que la sugerencia de que se debían exigir daños y perjuicios era añadir el insulto a la injuria. Deben recordar el temible poder de la prensa moderna, mediante el cual cualquier cuestión puede ser llevada a cientos de miles de personas.

»El jurado dictó veredicto en favor de Sir Oswald Mosley, valorando los daños en 5.000 £.»

Nuestra lucha contra el comunismo en los años treinta nos trajo problemas más graves; para ser exactos, dos juicios más y un Acta especial del Parlamento. Uno de los juicios fue en realidad una comedia que se representó en el saludable balneario de Worthing-on-Sea. No nos pareció tan divertido entonces, cuando nos tuvimos que sentar en el banquillo y enfrentarnos con la posibilidad de que nos cayeran dos años de cárcel si las cosas iban mal. Fui acusado, junto con media docena de compañeros, de provocar disturbios. Completamente inconscientes de los acontecimientos que se avecinaban, habíamos ido a celebrar un mitin en una sala que habíamos alquilado junto al mar y que era una gran nave de hojalata de muy endeble estructura. Durante el pacífico mitin, ante un apretado y atento auditorio, las paredes de hojalata atronaban como una caja de resonancia bajo el impacto de las piedras y los palos. A pesar de ello, se me podía oír en toda la sala, y al final el auditorio se marchó sin ser molestado. El ruido, sin embargo, redobló cuando, siguiendo mi costumbre, me dirigí a los camisas negras que se habían congregado allí procedentes de todos los lugares cercanos, a los que se sumaban unos cuantos que habían venido de Londres y que tenían una gran experiencia en la organización de grandes mítines. Salí el primero de la sala seguido por una masa de camisas negras. Fuimos atacados y yo alcancé al primer asaltante en la mandíbula; fue indigno de él pretender después que había sido atacado ¹⁷², cuando había estado acechando toda la tarde y demostrando sus fogosos deseos sobre las paredes de hojalata de nuestro tabernáculo.

Tuvieron una libertad absoluta para actuar, sin que hubiese ningún policía a la vista. Los rojos habían venido en coche desde muy lejos, pero tras una prolongada lucha, se marcharon con cierto desorden. Nosotros también nos preparábamos para irnos cuando fuimos informados por el H. Q. local, situado a una media milla de distancia de que habían sido sitiados con un número indeterminado de mujeres en el interior. Los sitiadores rojos se llevaron una buena sorpresa al vernos llegar por ambos extremos de la calle en que estaba situada aquella casa y de nuevo cargaron con la peor parte. Cuando todo terminó, nos fuimos a nuestras casas sin que nadie nos molestara ante la presencia de un número muy reducido de policías locales.

No pensamos más en ello, durante un largo intervalo de tiempo realizamos varios mítines muy ordenados en lugares de donde se podía esperar hubiese más problemas que en Worthing. Después vino la requisitoria por desórdenes públicos, y tras varios días de interrogatorios a testigos en el Palacio de Justicia de Worthing se nos envió a juicio en Lewes Assizes. El abogado de la parte contraria era Mr. John Flowers, K. C.; se decía de él que los abogados escribían a veces en los sumarios: «No hay flores que pedir» ¹⁷³, pero era un excelente tipo inglés, famoso y popular en todo el sector por su prolongada y distinguida participación como miembro del equipo de cricket del condado de Sussex. Pat Hastings actuó de nuevo en defensa nuestra, y antes de mi aparición en la tribuna de los testigos, me susurró al oído: «Si atacas con excesiva libertad al jugador de cricket de Sussex, perdemos el caso». Hubo explosiones de hilaridad cuando, en sus esfuerzos por demostrar que existía conspiración previa, que es la prueba esencial para los disturbios públicos, Mr. Flowers me preguntó si habíamos ido a Worthing con intención de actuar en grupo y yo me aparté del consejo de Hastings lo suficiente para darle la respuesta adecuada. Sin embargo, el proceso comenzó a diluirse tras el interrogatorio de Hastings al jefe de policía, quien dijo que había estado presente en los acontecimientos de la noche del mitin en traje de paisano. Mucho antes de que acabara el procedimiento normal, el jurado notificó al juez, Mr. Justice Branson, que no deseaba oír nada más y expresó su completo acuerdo en desestimar el caso. Este asunto nos costó, ya en aquellos días, 3.000 £ en sus dos sesiones. Los juicios en Inglaterra pueden resultar muy originales.

Una segunda acción por libelo, técnicamente por calumnia, nos mostró otra extraña faceta de las leyes británicas. Mr. Marchbank, secretario de la Unión Nacional de Ferroviarios, leyó en un mitin público cierto documento, pretendiendo que estaba firmado por mí, y en el que se ordenaba a los camisas negras que se armasen. Yo, desde luego, sabía muy bien que tal documento no existía y en seguida hice una denuncia por calumnia. Pat Hastings, de nuevo, me representó. En el interrogatorio Mr. Marchbank admitió gradualmente que no poseía ningún documento que estuviera firmado por mí. Tras un interrogatorio más minucioso, resultó que el documento consistía en unas notas recopiladas por Mr. Marchbank mismo de una información que le había proporcionado un hombre, de fama un tanto dudosa, que había sido expulsado de nuestro movimiento. Esta información le fue susurrada al oído a Pat Hastings, quien dijo: «Tengo unas ganas tremendas de ver a ese hombre en la tribuna de los testigos». Estos hechos fueron probados hasta la evidencia y parecía que teníamos más razón que incluso en el caso de libelo contra él. La otra parte llevó entonces a la tribuna de los testigos a varias mujeres para que dieran su propia versión de la lucha librada en Manchester con porras de caucho, que ya había sido mencionada en la causa contra el Star; después de aquello, yo había dado órdenes a los miembros de que no llevaran armas, como ya expliqué entonces. La emocionante historia de aquellas partisanas — que prestaron declaración sin mencionar las navajas de afeitar de los rojos — impresionó claramente al jurado que, como Pat Hastings había observado ya, estaba compuesto por algunos resueltos oponentes a nuestra política. Habitualmente eficaz, en aquella ocasión Hastings cometió el error de no apelar a la evidencia. Creyéndose que el caso lo teníamos en el bolsillo, adoptó la línea de que la vieja lucha de Manchester no tenía nada que ver con el hecho que ahora se juzgaba y que estaba claramente probado que yo no había firmado

¹⁷² En esta ocasión, como en la anterior, después de la lucha en el Rag Market de Birmingham (capítulo III), fui absuelto por el Stipendary.

¹⁷³ Juego de palabras: apellido del abogado, Flowers, significa flores. (Nota del Traductor.)

nunca un documento dando orden a los camisas negras de que se armaran. No obstante, el sentimiento sin respuesta fue más fuerte que los hechos y esperábamos una indemnización mayor en aquel caso, que resultaba todavía más evidente que el otro en que habíamos obtenido 5.000 £ por daños y perjuicios.

Yo también cometí el error de tomarme el proceso demasiado a la ligera. El K. C. de la parte contraria era el capaz pero colérico Mr. Pritt, conocido M. P. del ala izquierda. Me presionó en ciertos puntos sobre los cuales había conseguido asesoramiento legal, sobre todo — si no recuerdo mal — la posición que adoptarían los miembros de nuestro movimiento bajo la ley militar. Al sentirse derrotado en este terreno, me preguntó con sarcasmo si yo daba alguna vez un paso sin llevar pegado un K. C., y yo le repliqué que no veía la razón de dejarle esta ventaja en exclusiva al Partido Comunista. Este comentario, por alguna razón, provocó una gran indignación en el eminente abogado. No mucho después, tuve que hablar en un banquete privado en el que estaban presentes miembros de diversos partidos, y me quejé de que nuestro movimiento nunca había sido tratado con seriedad en la prensa, o en otro lugar. Mr. Pritt se levantó y declaró que en sus círculos apenas si se discutía de otra cosa. Me sorprendió. Una cosa de agradecer en aquellos juicios era que me permitía aumentar mis conocimientos gracias al alegre y brillante Hastings. En los días en que militábamos juntos en el Partido Laborista también animó algunas aburridas veladas junto con la guasona Beatrice Webb.

Hace tiempo que llegué a la conclusión de que un juicio por libelo ante los tribunales británicos, y bajo las leyes actuales, es una especie de costoso e imprevisible juego de ruleta. El resultado depende enteramente del jurado, que es incapaz, en la mayor parte de los casos, de abstraerse de sus sentimientos políticos, sobre todo cuando el tema ha sido tratado ya en los periódicos. Desde luego existe la posibilidad de dar con un jurado imparcial, pero lo más probable es encontrarse con un jurado compuesto por partidarios de uno u otro bando. Se puede establecer casi con precisión matemática que es muy improbable tener a un miembro del jurado de tu parte si tu partido no ha obtenido alrededor de un 8 % de los votos en todo el país. Incluso cuando la mayoría del jurado parece imparcial, un político experimentado y decidido puede conseguir en tales casos, o bien tirar del resto o bien mantenerlos indecisos hasta que todo resulta confuso. Los juicios por libelo político, con las leyes actuales, son una farsa en la que el denunciante se arriesga a tener unos enormes gastos. De todos modos si el libelo es muy grave a veces es necesario probar suerte.

Cuanto antes cambie la ley, más baratos serán los pleitos. Tendrá que acabar por hacerse una reforma que elimine los jurados en los juicios de esta naturaleza y dé al juez toda la responsabilidad. Aparte de la renovada integridad de la administración de justicia inglesa, el juez será consciente de que todo el Bar le estará observando en un caso de tanto interés, y tendrá buen cuidado de dictar un veredicto basado sólo en los hechos, ante una profesión que detecta rápidamente cualquier defecto judicial. Existe también la posibilidad de exigir que en el tribunal estén presentes las más preclaras inteligencias del mundo. El remedio es sencillo y evidente, pero en Inglaterra hasta lo que es sencillo y evidente lleva mucho tiempo. De ahí vienen la mayoría de los problemas de nuestro país.

19. HITLER Y MUSSOLINI CONVERSACIONES E IMPRESIONES LA ABDICACIÓN

Mussolini e Hitler estaban interesados en nuestro movimiento, no porque nuestras políticas fueran similares — los objetivos de estos movimientos en cada país eran completamente divergentes — sino porque éramos totalmente contrarios al comunismo, y muy poco probable que lucháramos contra cualquier país europeo que no tuviera intención de amenazar los intereses británicos. Además, mi experiencia de las entrevistas con estos dirigentes probablemente puedan llevar a una impresión única, ya que es la opinión de un inglés con quien ellos creían posible llegar a un acuerdo razonable, al menos sobre la base de vivir y dejar vivir. Me vi con Mussolini una media docena de veces entre 1932 y la última entrevista de 1936. Resultaba conveniente e interesante verle una vez al año, como hacía yo normalmente durante mi mes de vacaciones en Italia, en algún lugar de las cercanías de Nápoles.

La Embajada británica, dirigida con habilidad y elegancia por Sir Ronald y Lady Sybil Graham, arregló mi primera entrevista con Mussolini, que estaba con ellos en muy buenas relaciones. Esto no era debido a que compartiesen sus ideas, sino a que ellos participaban de la opinión tradicional de que la misión de un embajador es ser cortés, comprender la opinión del país ante el cual está acreditado y transmitir una apreciación clara del mismo a su propio Gobierno; la época del funcionario áspero y rudo haciendo gala de sus prejuicios nativos en las capitales extranjeras, o del dilettante borracho sobre las orillas comunistas, aún no había llegado. Harold Nicolson, como siempre, honra de la gran tradición de la diplomacia británica, fue por su cuenta a Roma cuando yo estaba allí en enero de 1932. Continuó su viaje sin mí a Berlín, donde registró en su diario que Hitler «había perdido el autobús»¹⁷⁴. No se vio con ningún dirigente y sus muchas cualidades no le bastaron para sospechar todo lo que estaba pasando.

Mussolini, como es bien sabido, recibía a sus huéspedes en un enorme salón del Palazzo Venezia, y nunca le vi en ninguna otra parte. Cuando yo entraba, se levantaba de detrás de su gran mesa de despacho que estaba al otro extremo de la habitación y hacía el saludo fascista, que yo devolvía; entonces, rodeaba la mesa y avanzaba a mi encuentro —vacilando unos pasos al final y echando hacia atrás la cabeza con ese gesto suyo tan característico — y así acompañaba a su huésped en una larga y solitaria marcha hasta la silla que había frente a la mesa. Al parecer, algunas personas encontraban embarazoso este ritual, posiblemente porque se veían frente al dilema de devolver o no el saludo. Hay muchas anécdotas de estas entrevistas, algunas de ellas francamente divertidas. Acostumbrábamos a conversar en francés, que él hablaba bastante bien, y la conversación fue siempre fácil hasta un día fatal en que me anunció con orgullo a mi llegada que había aprendido inglés; después de aquello entendía muy mal lo que me decía. Al parecer, había recibido lecciones de alguna vieja institutriz inglesa. Seguro que me compadecerán todos aquellos ingleses que hayan pasado por la prueba de mantener una conversación con un italiano que habla el inglés realmente mal.

Nuestros temas de conversación versaban sobre política y algunos aspectos de la literatura; Mussolini era culto, sobre todo conocía muy bien a autores como Nietzsche y Sorel. Expresaba su más cálido respeto por el pueblo inglés y su deseo de trabajar en paz y armonía con él, y su profunda simpatía hacia nuestro movimiento. A mí me gustaba, y encontraba fácil el tratar con él. Ésa no era siempre la opinión de sus colaboradores, como pude comprobar a mi llegada a Roma en la época del asesinato de Dollfuss. Mussolini estaba entonces sopesando la posibilidad de una guerra con Alemania tras la llegada al poder del Partido Nacionalsocialista, al que hacía responsable de los acontecimientos de Austria; ellos apoyaban a su propio partido en aquel país germano, mientras Mussolini favorecía al Canciller Dollfuss y al príncipe Stahremberg, que estaba impulsando un movimiento fascista local. Cuando yo llegué, Mussolini estaba en tal estado de cólera que ninguno de sus compañeros se atrevía a sacar a relucir el asunto y algunos sugirieron que yo debía intentar calmarlo en mi entrevista con él. Lo intenté y él lo tomó muy bien; al principio, un duro relampagueo de sus brillantes ojos, pero después hubo una discusión más razonable y realista. Ellos tenían razón al pensar que él lo aceptaría mejor de un forastero. Este incidente resulta muy esclarecedor para demostrar la falsedad de la supuesta Internacional fascista, que no existía en un grado que amenazara la paz del mundo. Es cierto que aquellos dos dirigentes estuvieron muy estrechamente unidos, pero la antipatía del mundo occidental ejerció sobre ellos una mayor influencia en este sentido que su atracción mutua.

Algunos de los más cercanos colaboradores de Mussolini, me dijeron también que en el trato normal, era una persona ruda, pomposa, fría y distante. Un ejemplo máximo de ello fue una invitación que hizo a uno de sus colaboradores — tras haber prestado un valioso servicio — para comer con él en una villa a la orilla del mar para expresarle así su agradecimiento. Tras una conversación inconexa durante la comida, se dedicó luego toda la tarde a tocar el violín sin hacer ningún comentario sobre ningún tema; al parecer, ése era el único modo que tenía de expresar sus mejores sentimientos a un viejo compañero. En cualquier contacto social, él se mostraba siempre inhibido; es difícil precisar si esto se debía a una timidez natural o a una repugnancia por abandonar, aunque sólo fuese por unos momentos, la dignidad del jefe.

¹⁷⁴ Nicolson, Diaries, 22 de enero de 1932.

La impresión personal que yo saqué de él fue diferente; el brillo de sus grandes ojos negros cuando se excitaba, podía resultar más o menos sorprendente, pero, si se le conocía bien, esa pose se evaporaba en seguida. Me pareció que la exhibía deliberadamente en público, no tanto por vanidad, sino con el frío propósito de producir una cierta impresión. Él hablaba a italianos y mostraba la actitud que le parecía más conveniente, la que él presumía que ellos querían que mostrase. En este aspecto difería totalmente de algunos de nuestros políticos anglosajones; a veces, podía engañar a otros, pero nunca se engañaba a sí mismo. Éste era un aspecto positivo, que suponía un carácter notable, también se reflejaba en su buen humor. Ante mí nunca aludía a sí mismo de aquel modo, pero yo siempre captaba en él, tras una de aquellas exhibiciones histriónicas, una actitud equivalente a un buen puñetazo en las costillas, que les iría bien. Sería injusto sugerir que no era sincero; era un patriota apasionado con un profundo sentido del deber como italiano y, en cierto modo, como europeo; no se dejaba engañar por su propia pose. En muchos otros políticos se da el caso contrario; están completamente convencidos de su propia actitud y no se mueven por ninguna otra cosa. En Mussolini, la demagogia no era un fin, sino un medio para conseguir un fin que él comprendía con claridad.

Su humor era sencillo y directo; tenía casi el sabor rancio de los cuarteles. Un día me dijo al llegar a una cita: «¿Sabe usted quién se sentó en esa silla ayer? El rabino mayor de Italia. ¿Sabe usted lo que me dijo? "Nosotros, los judíos, permaneceremos por encima de vosotros, los gentiles, como el aceite sobre el agua". ¡Qué desfachatez! ¿Sabe lo que ocurrió anoche? Cayó muerto». Mussolini se dio una palmada en el muslo y se echó a reír a carcajadas. Él no era antisemita en absoluto — comprendí en seguida que la muerte del rabino había sido una muerte natural — pero tenía un sentido del humor muy original, una apreciación maravillosa de los altibajos de la vida. Entre los italianos no existe el antisemitismo, ni cualquier otra forma de racismo, pero Mussolini poseía un agudo sentido de los contrastes de la vida, de la «mutabilidad de la fortuna de los hombres, el tiovivo del destino», como Asquith solía llamarlo. El incidente podía producir una impresión brutal si se interpretaba mal, pero este efecto quedaba mitigado por el sentido que tenía de que los bruscos cambios del destino pueden afectar igualmente a cualquier mortal en cualquier momento, incluido él mismo; era como un triste presentimiento de las desgracias que iban a ocurrir. Me parecía completamente frío y realista en sus cálculos; sus errores — por ejemplo, su entrada en la guerra— se debieron a razones que, al menos, eran discutibles.

Yo diría que su moral consistía en colocar por delante los intereses de su patria y un sentido global del servicio al renacimiento del hombre europeo. Basándome en mis observaciones, dudo mucho que fuera culpable de los relativamente escasos crímenes que se le imputaban, como el asesinato de Matteoti, que, desde luego, él consideraba una estupidez, un crimen en el que los riesgos y el descrédito superaban con mucho las ventajas. Mussolini era despiadado, pero no un loco. «Nunca corras un riesgo innecesario», decía César. Sin embargo, el destino de los hombres, incluso el de los más grandes creadores, se rige en ocasiones, sin querer, por un impulso repentino, una pasión brutal; como lo demuestra el propio fin de Vercingetorix o del duque d'Enghien.

Evidentemente, en aquella época, Mussolini tenía bastantes problemas con algunos de sus viejos compañeros. Él me dijo un día: «Après la révolution il se pose toujours la question des révolutionnaires»¹⁷⁵. César resolvió el problema entregando tierras a los legionarios. Mussolini empezó a hacer algo parecido en los pantanos Pontinos y en Libia, y antes de la guerra controlaba bastante la situación. Tenía por costumbre tomar sus decisiones tras un estudio previo y luego mantenerlas con firmeza hasta en los menores detalles. Cuando estuve a su lado en uno de los desfiles de camisas negras, se subió en un pequeño podio, previamente colocado en la tribuna, que le hizo aparecer en las fotografías varias pulgadas más alto que yo, cuando en la realidad era al revés. Su preocupación por dirigir personalmente muchos asuntos en el último período de su poder daba la impresión de que le habían abandonado; en parte como resultado de la creciente presión del esfuerzo de guerra, en parte por las deficiencias del método supercentralizador, cuando existen pocos colegas dignos de confianza.

¿Cuál será el veredicto final de la historia sobre esta figura notable que durante un cierto período ejerció una influencia tan grande sobre un pueblo tan profundamente dotado? Sus logros constructivos contienen, desde luego, algunas lecciones para el futuro. La principal de ellas fue el Estado Corporativo, cuyo estudio detallado resulta útil para todos; su mecanismo para una ordenación industrial podría utilizarse con o sin sus aspectos coercitivos. El principal logro de esta organización fue la Carta de Trabajo que abolía el concepto del trabajo como una mercancía, y preservaba a aquellos que habían servido en la industria de que los echaran a la calle cuando ya no se les quería. La abolición del «salario de esclavo» había estado desde siempre en todos los programas socialistas, pero esa reforma la llevó a término el Estado Corporativo.

El mecanismo elaborado del Estado Corporativo, como cualquier otro aparato, puede utilizarse bien o mal en la práctica. Hombres con un potente coche a su disposición pueden utilizarlo para ganar una carrera, resolver sus asuntos cotidianos o estrellarse a toda velocidad contra un muro de ladrillos o contra unas rocas. Por lo menos, el Estado Corporativo, proporcionaba los medios, no sólo para regular las relaciones laborales en la industria, sino también para asegurar una distribución equitativa de esos beneficios. He indicado ya que mi

¹⁷⁵ Tras la revolución se plantea siempre el problema de los revolucionarios. (Nota del Traductor.)

crítica era y es que se tendía a que el mecanismo fuese el principio y el fin. En la era de la ciencia moderna no es suficiente con establecer unos mecanismos que aseguren la estabilidad e incluso una distribución justa. La máquina debe ser dirigida y controlada por hombres con una visión clara de los cambios, de las nuevas posibilidades que ha abierto la ciencia, y con capacidad de adaptar nuevas políticas para abordarlas. La teoría del Estado Corporativo, organizado como un cuerpo humano, fue una idea progresiva, pero creo que después habría que haberlo dirigido con la ayuda de la ciencia moderna y la teoría económica hacia una política creadora y constructiva. Me daba la impresión de ser demasiado mecánico: un estabilizador automático, más que una fuerza motriz.

En el fascismo italiano no pude hallar nada semejante a la política que yo propugné durante mi estancia en el Gobierno o en las anteriores proposiciones de Birmingham. Aquella política, que recomendamos a toda Inglaterra en los siete años de nuestro movimiento fascista, desde 1932 hasta 1939, eran ideas de un tipo completamente distinto, tanto en lo que se refiere a la teoría como a la práctica. Yo estoy convencido de que, sencillamente, nuestras concepciones apuntaban mucho más lejos que las de los italianos o alemanes de la época y no tenían nada que ver con ellos. Esto puede considerarse un prejuicio insular o personal, pero confío que cualquiera que estudie parcialmente nuestras ideas en Inglaterra y las compare con las del continente, no sólo encontrará muy poca similitud entre ellas, sino que se verá obligado a admitir que nuestra política era mucho más avanzada. El parecido entre nosotros y los movimientos continentales empezaba y acababa con la necesidad de luchar contra unas ideas que se propagaban por todas partes, y fue la experiencia común del asalto rojo lo que nos condujo a una cierta simpatía mutua. A la postre, la cabeza es más importante que el puño, pero en aquel tiempo esto se reconocía muy raras veces.

Entonces y después, hemos oído hablar mucho más de jóvenes fascistas que suministran aceite de ricino a los rojos, que del pensamiento constructivo que suponía la concepción del Estado Corporativo. Por supuesto, nunca oímos una palabra de los crímenes cometidos previamente por los comunistas, como, por ejemplo, meter la cabeza de hombres vivos en los hornos de acero hasta que quedaban completamente abrasados; las pruebas de estas atrocidades podían contemplarse en una exposición que examiné con detalle en Roma en los años treinta. Oímos hablar mucho de los miles de personas deportadas por Mussolini a las islas Lípári, donde sufrieron una justa condena de prisión, pero apenas oímos hablar de los millones sacrificados en los campos de esclavos por Stalin, que llegó a ser el aliado admirado del Gobierno británico y con el que brindaron sus dirigentes. Aquellos eran tiempos duros y Mussolini era un hombre duro, pero no un vil asesino. Él era despiadado, amoral, brutal, cuando combatía la brutalidad de las bestiales bandas rojas de Italia, pero también era un patriota, un hombre valiente que servía a lo que él creía que era un gran objetivo. Además, era un hombre de cierta visión y cierto gusto por la belleza; podríamos escribir su epitafio con sus propias palabras, que recomiendan algunas cualidades de las que su vida y su carácter fueron la encarnación:

La juventud es bella, porque tiene ojos limpios para mirar, y en ellos se refleja el amplio y turbulento escenario del mundo.

La juventud es bella porque tiene un corazón intrépido que no teme a la muerte.

Mis relaciones con Mussolini se terminaron con un incidente típico de las relaciones italo-alemanas de aquella época. Tres años después de la muerte de Cimmie en mayo de 1933, me casé de nuevo, en octubre de 1936. Diana vivía en una solitaria casa de campo en Wootton, Staffordshire. En aquel tiempo, yo recibía con frecuencia amenazas de muerte y violencias de todo tipo, por lo que quedaba completamente descartada la posibilidad de dejar a una mujer, que se sabía estaba casada conmigo, en una casa de campo solitaria a menos que la casa estuviera fuertemente custodiada, cosa que, además de cara, nos parecía ridícula, y, todavía peor, nos haría víctimas de la prensa sensacionalista. La única forma de salir del dilema era mantener el matrimonio en secreto. Se planteó el problema de cómo hacerlo. En Inglaterra resultaba imposible; ¿en una embajada en algún país extranjero? Sería lo mismo que pagar a un pregonero para que lo anunciase por toda la ciudad. ¿Existía algún país en el que sus leyes permitiesen concertar un matrimonio que pudiera ser reconocido legalmente en Inglaterra, y al mismo tiempo mantenerse en secreto? El único país en que esto era posible era Alemania, donde, gracias a un acuerdo recíproco, las personas de nacionalidad inglesa podían casarse verificando la ceremonia en un registro civil alemán en lugar de hacerlo en la Embajada, como era necesario en cualquier otro país.

Frau Goebbels, que era amiga de Diana, nos ayudó a arreglar los trámites del matrimonio, y después de la ceremonia, nos ofreció una comida en su villa, junto a Wannsee. Hitler fue uno de los invitados. A partir de este hecho, corrieron rumores de que Hitler había sido mi padrino de boda, cuando en realidad lo fue un ex oficial inglés del 10.º de Húsares. Expliqué más tarde que el hecho de que un hombre de Estado asista a una boda no implica necesariamente que sea el padrino de boda; los reyes de Inglaterra y de Bélgica también honraron con su presencia mi primer matrimonio, pero a nadie se le ocurrió entonces hacer semejante sugerencia. Estas tonterías excepcionales sólo se esgrimen cuando están motivadas por la malicia política.

Este acontecimiento comportó la ruptura de mis relaciones con Mussolini, porque los italianos se enteraron de ello, y las relaciones entre ambos países no eran entonces demasiado buenas. No estaban

seguros de que se hubiese celebrado tal matrimonio, ya que en mi siguiente visita a Roma había preparado una entrevista con Mussolini, por la tarde, en su despacho, de acuerdo con el protocolo ordinario. Sin embargo, en la mañana de aquel mismo día, su yerno, el conde Ciano, entonces ministro de Asuntos Exteriores, solicitó entrevistarse conmigo. Después de una larga y diplomática conversación, me preguntó de sopetón si yo había estado en Berlín el día de mi boda. Repliqué secamente que, efectivamente, había estado allí, sin dar más explicaciones. Mi intención era contarle a Mussolini mi matrimonio, por la tarde, pero no decírselo a Ciano, en cuya discreción no confiaba demasiado.

A primera hora de la tarde llegó el aviso de que Mussolini estaba enfermo y no podía recibirme. Me marché de Roma (a donde no volvería hasta después de la guerra) y nunca más le volví a ver. Evidentemente, mis relaciones con él se hubiesen restablecido fácilmente si yo hubiese vuelto a Roma un año o dos después, porque entonces Hitler y él estaban en buenas relaciones. Pero en los tres últimos años anteriores a la guerra no salí en absoluto de Inglaterra; el crecimiento de nuestro movimiento y la intensidad creciente de nuestras campañas me retenían allí. Mis cortas vacaciones las pasaba en Wootton, en mi tierra natal de Staffordshire. Se produjo un momento patético después de la guerra, cuando recibí, estando en Italia, un mensaje de uno de los íntimos de Mussolini, que le había acompañado en los últimos días de su vida, en el que me comunicaba que uno de los errores de su vida fue haber cortado nuestras relaciones por la intervención de Ciano. Al parecer, siempre dijo a sus compañeros que él creía en mi estrella; pobre hombre, ¡también creía en la suya!

El hecho de que nos hubiéramos casado en Berlín, comportó bastantes problemas, no en el momento de anunciar el nacimiento de nuestro hijo Alexander en 1938, sino más tarde. Quizá deba anotarse en la lista de mis errores, aunque en 1936 no resultaba fácil calcular que sobrevendría la guerra porque Inglaterra defendiera a Polonia frente a una invasión de Alemania. En cualquier caso, yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por impedir la guerra, y mantener buenas relaciones entre ingleses y alemanes, siempre que fuese compatible con mis deberes hacia la patria. Cuando se me acuse de este error, yo no alegaré como Bernard Shaw, que él único error que he cometido es subestimar la estupidez de los demás; Shaw nunca pudo creer que la gente pudiese cometer tantas tonterías, pero pudo comprobarlo por su propia y triste experiencia. No obstante, en 1936, nunca hubiese creído que seríamos tan tontos como para pelear por el pasillo polaco, en lugar de dejar a los alemanes que se enfangaran con Rusia, ya que, si esto último ocurría, hubiese significado el aplastamiento del comunismo mundial, y encauzar la hostilidad alemana en una dirección opuesta a nosotros. (De ese modo hubiésemos podido mantener ocupada la vitalidad alemana en un sentido positivo durante al menos una generación, mientras nosotros habríamos tenido el tiempo necesario para tomar las precauciones que se creyesen necesarias.) Tampoco podía creer que los alemanes fuesen tan tontos — después de haber obtenido casi todo lo que querían— como para arriesgarse en una guerra frente al resto del mundo sólo por conquistar su última posición en Danzig y en el pasillo polaco, cuando, después de una pausa para tomar fuerzas, también hubiesen podido conseguir esto fácilmente. No conté con la obstinada estupidez de ambos lados y no me pareció posible una conducta semejante; desde entonces he aprendido a no subestimar las locuras de la humanidad.

Estos asuntos graves pertenecen, en realidad, a los aspectos políticos del período de la guerra de 1939. Ahora estamos ocupados con mis encuentros y conversaciones con aquellas figuras históricas de los años treinta y las impresiones que saqué de ellos en aquel tiempo. Mi primer encuentro con Hitler se produjo en abril de 1935, y fue preparado en privado sin ninguna publicidad. Esto no era difícil, ya que Ribbentrop y otros habían estado en Londres en contacto con nosotros, incluso antes de que llegaran al poder; creo que el encuentro se organizó en el despacho de Ribbentrop. Hitler me ofreció una comida en su piso de Munich, donde nos reunimos una amplia compañía, entre los que se encontraban Frau Winifried Wagner, la brillante esposa del hijo del compositor, Siegfried, a la que conocí allí por primera vez, y a la que desde entonces me ha unido una gran amistad. En los últimos años, algunos de nuestros momentos más felices han transcurrido en su compañía, en el jardín de la casa de Wagner en Bayreuth, durante el Festival de la ópera.

Una entrevista con Hitler era exactamente lo contrario de un encuentro con Mussolini. No había en él ningún elemento teatral. En Munich, en abril de 1935, conversamos durante una hora, antes de la comida. Entró en la pequeña habitación de su piso, que era bastante modesto. Nos sentamos y charlamos con la ayuda de un intérprete, ya que yo no hablaba nada de alemán (lo aprendí durante el forzado retiro de los años de la guerra). Al principio, Hitler estaba casi inmóvil en su silla, pálido y aparentemente agotado. Se reanimó de pronto, cuando dije que la guerra entre Inglaterra y Alemania sería un terrible desastre, y utilicé el símil de dos jóvenes espléndidos que luchan uno contra el otro hasta que ambos caen al suelo, exhaustos y sangrando, mientras los chacales del mundo pisotean triunfantes sus cuerpos. Su rostro se iluminó y atacó con entusiasmo uno de sus temas favoritos, pero con la naturalidad propia de cualquier político con convicciones profundas. Carecía completamente de poder hipnótico; tal vez yo no era una persona sensible a él; en cualquier caso, no hizo ningún intento para producir sobre mí un efecto de este tipo. Era sencillo y me trató, a lo largo de aquella entrevista, con un encanto gentil, casi femenino. Naturalmente, para mí resultó mucho más fácil tratar con él que para muchos otros políticos, ya que en los asuntos internacionales que eran objeto de discusión no teníamos divergencias.

Mi concepción de mantener y desarrollar el Imperio británico no se oponía en absoluto a lo que él deseaba para los alemanes. No quería la guerra con Rusia, porque sus aspiraciones se limitaban a la unión de todos los pueblos germánicos de Europa, pero quería obtener garantías de Inglaterra y del Este europeo de que no le atacarían en el caso de un choque entre Rusia y Alemania, de una batalla a vida o muerte contra el comunismo. Si yo hubiese sido el jefe de Gobierno de Inglaterra, desde luego hubiese llegado a un acuerdo con él, porque, aparte de que detesto cualquier guerra, creía que una guerra entre el nacionalsocialismo y el comunismo, era un mal menor que una guerra entre Inglaterra y Alemania. A cambio, él hubiera estado dispuesto a ofrecer todas las garantías posibles para apoyar al Imperio británico, aunque yo no hubiera exigido esa condición porque entonces éramos lo suficientemente fuertes para cuidar de nosotros mismos. Y esa hubiese sido mi actitud con cualquier otro Gobierno con el que hubiese mantenido relaciones. Él expresó no sólo su más cálida admiración por el pueblo británico, sino que además declaró que consideraba a Alemania como la mayor potencia terrestre y a Inglaterra como la mayor potencia naval, y que juntas podían complementarse y beneficiarse convirtiéndose en los dos pilares sobre los que descansase la estabilidad del mundo, la paz y el orden. Desde mi punto de vista, era cierto que no había ningún punto del globo en el que entrasen en contradicción abierta los intereses ingleses y alemanes.

Todo esto no debe interpretarse en el sentido de que yo en la práctica habría confiado en otro para dirigir la política internacional. Nadie tiene el derecho de arriesgar la vida de su país por lo que digan unos individuos concretos, o por sus creencias e instintos personales. Hay que intentar lo mejor, pero estar preparado para la peor. Durante años, he dirigido una ruidosa campaña en favor del rearme de Inglaterra. En el poder, hubiese concertado cualquier tipo de alianza para la defensa común con Francia y América, o con cualquier otro país, en el caso de que Hitler, tras la expansión hacia el Este, diera media vuelta y nos atacase.

Hubiera tomado todas las precauciones posibles, pero no creo que hubiese hecho falta utilizarlas. Los alemanes hubiesen contemporizado con nosotros, al menos durante una generación, mientras estuviesen ocupados con una penetración triunfante en el Este; en estas condiciones, pensar en un ataque al Oeste, para cualquiera que conociese la psicología del Partido Nacionalsocialista y toda su trayectoria, era absurdo. Uno no puede pasarse toda la vida orientando de una determinada manera a un movimiento de masas y luego decir de pronto: «Media vuelta, en realidad quería decir lo contrario de lo que he estado diciendo todo el tiempo». Algunos políticos pragmáticos de segunda fila están descubriendo ahora la verdad de esta realidad elemental. Hitler había repetido muchas veces que quería la unión de todos los pueblos germánicos y un espacio vital en el Este, no la conquista de áreas superpobladas en el Oeste. La idea de encabezar un amplio Imperio multirracial era contraria a la ideología nacionalsocialista respecto a la utilización adecuada de las energías alemanas. Pero meterles esto en la cabeza a esos políticos de segunda fila hubiera supuesto empezar por enseñarles las doctrinas nazis. Es cierto que esta concepción era exactamente la contraria de la nuestra, que tenía sus raíces en nuestra experiencia imperial, y era precisamente esta diferencia la que posibilitaba la paz en mayor medida, ya que los alemanes querían algo completamente distinto a lo que pudiéramos pretender nosotros.

No voy a perder el tiempo en semejantes discusiones haciendo ejercicios dialécticos o pronunciando sermones morales, para demostrar que nuestras ideas eran las mejores. Un estadista nunca debe atacar arbitrariamente los puntos débiles de su adversario; pero si ése es el único medio de conseguir lo que quiere, debe hacerlo. El judo es una de las artes de la política; dejar que el contrario siga su trayectoria pero caiga más rápido y más lejos de lo que quería. Algunas descaradas maestrillas de Edén se pasarían la tarde intentando convertir a un hombre a su punto de vista particular, en medio de un acceso de indignación moral. Yo le diría, en cambio: no tenemos más salida que pelear, pero queremos cosas completamente distintas. Y al mismo tiempo me curaría en salud; nada hay cierto en el mundo de la política internacional.

Mis dos entrevistas con Hitler en abril de 1935 y en octubre de 1936 se desarrollaron bien, porque no mediaba un choque frontal de intereses. Me pareció un tipo tranquilo, frío, ciertamente endurecido, pero de ningún modo neurótico. Más tarde recuerdo haber observado: si es cierto que se come la alfombra, debe conocer al milímetro el alcance de sus dientes. Tengo entendido que le entraban a veces violentos ataques de rabia, al parecer con el propósito de impresionar a los que le rodeaban para que hiciesen las cosas; una prueba de dinamismo. Personalmente, prefiero utilizar la técnica opuesta, que sólo puede ejercerse cuando el líder ha sabido inspirar la gran devoción de un César al que le bastaba mostrar un aspecto preocupado y dirigirse a sus viejos compañeros más como a ciudadanos que como a soldados, para ahogar en lágrimas cualquier sublevación. No se trata sólo de una cuestión de gusto, sino de método y de carácter.

Entonces saqué la impresión de que Hitler no era en absoluto un demente, y esta opinión se fortaleció tras sus apariciones privadas en pequeñas fiestas que ofrecía y a las que asistían Diana y su hermana. Ella le describía como un hombre capaz de desplegar una mímica excepcional, igual que un gran actor ante un auditorio entendido. En los tiempos en que fumaba se imitaba a sí mismo, liando cigarrillos y lamiendo el papel pegajoso con el mismo ritual ceremonioso de los viejos fumadores del continente, y diciendo de pronto: si te crees un dictador no puedes hacer determinado tipo de cosas. Esto es un detalle importante, porque los paranoicos no acostumbran a guasearse de sí mismos. En otra ocasión, imitó a Mussolini cuando los árabes le

regalaron una espada, desenvainándola y blandiéndola hacia el cielo; entonces dijo: «Yo no sirvo para eso, me limitaría a decirle a mi ayudante: "Aquí, Schaub, cuelega eso"».

En estas situaciones íntimas, con poca gente delante, revelaba cualidades insospechadas, sobre todo si Goebbels estaba presente. Diana era muy amiga de Frau Goebbels, quien, junto con su marido, comía frecuentemente con Hitler. Goebbels, que se distinguía en público por sus cualidades como orador y como maestro en la propaganda de masas, en privado tenía un sentido del humor casi exagerado que, sorprendentemente, Hitler compartía; ésta era una de las cosas que les unían. También tenían en común su amor por la música.

Hitler era un gran conversador, y perdía una buena parte de su tiempo en discusiones nocturnas, charlando, después de la cena, hasta muy entrada la noche, con su estado mayor o sus invitados, que disfrutaban en su compañía; al menos en este aspecto se parecía a Churchill. Al parecer esta costumbre la inició porque no podía dormir después de sus discursos, y, sin duda, contribuyó a su posterior y prematuro agotamiento. Nada resulta más difícil para un orador que relajarse y dormir después de ocasiones de este tipo. Si no se usaban drogas o alcohol, a los cuales Hitler era adverso, se necesitaba no sólo un acto consciente de voluntad sino disponer de un sistema endocrino capaz de calmarse y de excitarse con rapidez, cosa que al parecer Hitler no poseía. En las entrevistas, conferencias u otros actos similares, Hitler se encaraba con la élite de Alemania, pero los grandes ausentes en estos encuentros siempre fueron los científicos alemanes que trabajaban en distintos aspectos de la fisión nuclear; fue una increíble omisión que de no haberse producido podría haber cambiado el destino del mundo; él no llegó a comprender nunca que el primer deber de un estadista en la era moderna es descubrir, comprender y apoyar a los hombres de ciencia.

A veces, Diana solía irse con su hermana que había cogido un piso en Munich con mi beneplácito, pues yo, naturalmente, estaba interesado en enterarme lo más posible sobre el desarrollo del país y sobre esas personalidades. Cuando ella residía en Munich o en Berlín, Hitler la invitaba siempre a merendar o a comer, y se introdujo de lleno en su círculo privado. El suicidio de Unity, tras el estallido de la guerra, tuvo un motivo claro, simple y trágico; ella amaba a Inglaterra, a su casa y a su país, pero también profesaba un gran amor por Alemania. La guerra entre esos dos países supuso para ella el mayor de los desastres; paseaba por el «Jardín Inglés» de Munich cuando se disparó un tiro. El gauleiter del distrito que era amigo suyo, la había seguido, sospechando que podía hacerse algún daño; la ayudó y se la llevó a toda prisa a un hospital. Los cirujanos alemanes la salvaron la vida pero fueron incapaces de extraer la bala de la cabeza. Hitler se preocupó de mandarla a casa, a través de Suiza, pero los cirujanos ingleses no pudieron hacer nada más. Se recuperó parcialmente, pero no volvió a ser nunca la misma; nueve años más tarde la bala se movió y murió.

Hitler me había presentado solemnemente a Unity Mitford en el lunch que me ofreció en abril de 1935, ya que no sabía que nosotros nos conocíamos de antes; en realidad, me la había presentado Diana en una excursión que había organizado en Londres tres años antes. En los lunches de Hitler se mostraba como una chica de veinte años, joven, ingeniosa, llena de entusiasmo, incluso hechizada por el movimiento nacionalsocialista y presa de una admiración sin reservas hacia Hitler. Era completamente falso que ella mantuviese relaciones amorosas con él. La única mujer que mantuvo relaciones íntimas con Hitler fue Eva Braun, con quien finalmente se casó. Hitler presentó Unity a Diana de una forma muy peculiar, dándoles entradas próximas a las suyas en los asientos que tenía reservados en el Nuremberg Parteitag.

Las invitó a los Juegos Olímpicos de 1936 que se celebraron en Berlín; yo pude haber participado en ellos de no ser por una extraña casualidad. Al año siguiente, 1937, representé a Inglaterra por última vez en la esgrima internacional como miembro del equipo británico en el campeonato mundial de París, después de haber participado dos veces en los campeonatos ingleses de espada en los años precedentes. No llegué a presentarme con el equipo olímpico británico por una curiosa razón. Se había decidido que en el tradicional desfile, el equipo británico no haría el saludo olímpico, que había sido inventado por los griegos unos dos mil años antes de que naciesen Hitler y Mussolini, y, por consiguiente, mucho antes de que nadie pensara en convertirlo en un saludo fascista. Como los franceses y casi todos los demás equipos decidieron hacer el saludo, me encontraba ante un dilema: si no levantaba la mano sería el único en mi deporte que se abstendría, y si en cambio levantaba la mano, sería el único miembro del equipo inglés en hacerlo. En estas condiciones, preferí no presentarme, porque consideré que era lo más deportivo.

Hitler acostumbraba a transmitirme sus opiniones sobre los acontecimientos a través de Diana. La última vez fue en Bayreuth un mes antes de la declaración de guerra, cuando la invitó a su palco de la ópera. Ella le encontró en un estado de extrema depresión. Dijo que pensaba que Inglaterra persistiría en su actitud sobre Danzing y que eso hacía la guerra inevitable. La idea de que él no creía en la posibilidad de que Inglaterra entrara en la guerra siempre fue una completa ilusión. Él consideraba la guerra entre Inglaterra y Alemania como la suprema tragedia de la historia, pero él no podía abandonar a los alemanes sometidos a la soberanía polaca por el Tratado de Versalles. Sobrevendría el más completo desastre para Europa. Él añadía que seguramente me asesinarían, como asesinaron a Jaurés en Francia cuando sobrevino la guerra de 1914. Tenía siempre un gran sentido histórico y mi actitud de oposición política ante la guerra le parecía muy similar a la de aquel estadista francés.

Lo que mejor recuerdo de aquellas esporádicas discusiones de los años en que Hitler me transmitió sus opiniones a través de Diana, fue algo que ocurrió antes de 1937: yo había publicado en Inglaterra un largo ensayo titulado *La Alternativa Mundial*, que expresaba con detalle mis ideas sobre una política europea para salvaguardar la paz mundial. Ante mi sorpresa, fue publicado en Alemania, aunque yo no había hecho ninguna gestión en este sentido, y llamó mucho la atención cuando apareció en *Geopolitik*, una revista dirigida por un editor extraordinario, Herr Haushofer. Nunca se me ocurrió mandárselo a Hitler ni a ningún otro alemán; en realidad, fue una actuación bastante torpe por mi parte. Diana estuvo en Berlín poco después de la publicación del ensayo, y fue invitada a un lunch en el *Reichs-kanzlei*. La condujeron a una habitación donde se encontró sola, e inmediatamente después entró Hitler. Llevaba en la mano una *Geopolitik*, y soltó una de sus típicas bromas: «Ya sabe que dicen que nunca leo nada». Entonces le tendió la revista: «Puede hacerme un examen de cualquier parte de este artículo porque lo he leído línea por línea», y añadió: «Es it fabel-haft». Mis lectores comprenderán que estas palabras alemanas no significan que el artículo era una patraña ¹⁷⁶, sino que denotaban la excelencia del contenido y su completo acuerdo con él. Bueno, ésta es la realidad, que indica que Hitler no hubiese rechazado de plano una política semejante por nuestra parte. En el próximo capítulo trataremos ampliamente de si todo aquello fue o no un truco para enmascarar sus planes de dominación mundial. En cualquier caso, ello no hubiera supuesto ninguna diferencia en mi postura, pues durante años había abogado por el rearme de Inglaterra para hacer frente a cualquier contingencia, y mediante el sistema de alianzas occidentales se hubiera frustrado ese ambicioso plan en el caso de haber existido. Intentar lo mejor, pero prepararse para lo peor es para mí un axioma esencial.

En mis conversaciones con Hitler nunca mencionamos la palabra judío. Nunca saqué a relucir este asunto, porque yo no me creía con derecho para intervenir en los asuntos internos de otros países, y desde luego consideraba que no había que correr el riesgo de una guerra por defender a alguna minoría que fuese tratada mal en alguna parte. Disraeli se resistió por la misma razón a las pretensiones de Gladstone de ir a la guerra cuando los turcos estaban maltratando a los búlgaros y mucho más de lo que pudieran ser maltratados los judíos en Alemania antes de la guerra. Si en el mundo moderno adoptásemos el principio de luchar en cualquier parte donde alguien lo esté pasando mal, no habría un solo día sin guerra. El deber del estadista no es buscarse problemas sino prevenir una explosión mundial. No se me alcanzaban las razones por las que el caso particular de los judíos tuviera que ser una excepción a esta regla. Yo condené públicamente el trato que se les daba a los judíos en Alemania antes de la guerra, pero no llevé este asunto hasta el punto de que pudiera provocar una guerra entre nuestros dos países. Yo defendía la paz como el interés primordial de mi país y de la humanidad.

Es cierto que había gente en las cárceles y en los campos de concentración de Alemania antes de la guerra, del mismo modo que algunos de nosotros estuvimos en prisión o en campos de concentración de Inglaterra durante la guerra, y estoy dispuesto a creer que eran maltratados, aunque nunca tuve pruebas de ello. El único testimonio de primera mano que he tenido de aquellas condiciones fue el del general Fuller — ingeniero inglés del arma de tanques en la Primera Guerra Mundial — inmediatamente después de convertirse en militante de nuestro Partido. Estaba haciendo un recorrido por Alemania, mapa en mano, cuando dijo de repente a sus compañeros, que eran todos altos oficiales del Partido Nacionalsocialista: «Veo que estamos cerca de Dachau, quiero visitarlo». Se fueron derechos allí y recorrieron el campo de concentración sin previo aviso. Vio prisioneros, pero no tuvo ninguna evidencia de que en aquellos días de la preguerra hubiesen sido maltratados más allá de la dura situación de estar entre rejas. Los asesinatos en masa sólo se produjeron durante la guerra, ya que sólo durante la guerra podía desatarse el desenfreno en mortal secreto.

Algunos dirán que era posibles prever, dado el carácter de Hitler, que acabaría cometiendo atrocidades. Llegarán a la conclusión, de que, puesto que era un antisemita, tenía que inclinarse finalmente a masacrar a los judíos en una escala gigantesca. Cualquier ejemplo de la vida diaria demuestra que esto es un absurdo completo. Mucha gente desea deshacerse de la compañía de un hombre sin que ello signifique que quiera asesinarle; muchos sienten ese deseo, pero pocos llegan a cometer efectivamente el asesinato. Si alguien te dice no me gusta esto o lo otro, y que no quiere volver a verte más, no se te ocurre telefonear a la policía y pedirle ayuda frente a un asesino. La sugerencia de que ese final de Hitler, de que esos actos locos y criminales debían haberse previsto antes de la guerra, no es sólo hacerse el sabio a posteriori, sino un intento deshonesto de crear prejuicios con claros propósitos políticos.

Entonces, ¿qué ocurrió al final? ¿cómo es que ese hombre llegó a ser responsable de uno de los crímenes más execrables de toda la historia? Ya que, desde luego, matar prisioneros a sangre fría, sean judíos, gentiles o cualquier otro ser humano, es un vil asesinato. Es inhumano, impropio de soldados e impropio de alemanes. Hitler debe cargar con la responsabilidad de todo esto, compartida sólo por unos cuantos colaboradores íntimos y ejecutores que obedecían sus órdenes. En los juicios por crímenes de guerra, quedó muy claro que el secreto de los asesinatos en masa de judíos fue tan celosamente guardado que se ejecutaba a hombres no sólo por negarse a matar judíos, sino incluso por hablar sobre ello. ¿Cómo es posible, entonces, que se pretenda que todos los SS — patriotas alemanes que lo dieron todo por lo que creían el renacimiento de

¹⁷⁶ En inglés fable, que se pronuncia fabel, fábula, patraña. (N. del T.)

su país y la defensa de la patria — son culpables de unos crímenes que no tuvieron ninguna posibilidad de conocer?

Conocí a grandes soldados y aviadores — algunos de los mejores del mundo — que eran nacionalsocialistas convencidos, pero que no tenían ni la menor idea de que se estaban cometiendo aquellos crímenes; de hecho, al final de la guerra se negaron a creerlo hasta que se les presentaron pruebas aplastantes; yo personalmente no me lo creí al principio, cuando recobré la libertad, por la misma razón: me parecía increíble. ¿Cómo pudo ocurrir? La cuestión constituye uno de los misterios más trágicos de la historia, pero los hechos están ahí. No afecta para nada a la monstruosidad del crimen el hecho de que fueran 12.000.000 los judíos asesinados, como se dijo en Nuremberg, o 6.000.000 como se declaró más tarde, o una cifra menor, como claman muchos alemanes; el asesinato de cualquier prisionero indefenso, a sangre fría, sin acusaciones ni juicios, es un crimen horrendo. Evidentemente, es cierto que eso no hubiera podido ocurrir si el proceso de la guerra no hubiese permitido ocultar los crímenes a los ojos de los propios alemanes y ante el juicio moral de la humanidad. Si la guerra se hubiera evitado, se hubieran salvado las vidas de 6.000.000 de judíos, igual que las vidas de otros 20.000.000 de europeos. Es imposible perpetrar horrores de esta magnitud en tiempos de paz. Mucha gente se vuelve loca con la guerra, y Hitler, en este aspecto, se convirtió en un auténtico demente. Durante la guerra, sea interna o externa, no hay restricciones al crimen o la locura comparables a las que existen en tiempos de paz.

Desde que fueron probados por primera vez, he condenado terminantemente aquellos crímenes y he resumido mi opinión sobre ellos como sigue en el período final, Hitler perdió todo sentido de las leyes morales y de las limitaciones que hay que poner a la voluntad. Intentó desatar sobre todo un pueblo un cataclismo de la naturaleza; usurpó una función más alta que la de cualquier hombre. Hay que tener en cuenta todos los aspectos, sin excusar por ello la gravedad de lo ocurrido; la agonía de la derrota, su idea fija de que los judíos eran los responsables de la guerra, el hecho de que los alemanes estuvieran muriendo y sufriendo privaciones mientras que judíos sospechosos de hostilidad al Estado estaban a salvo y bien alimentados. Ninguna de estas cosas terribles justifica una ruptura de la suprema ley moral que se refleja en el noble instinto de los hombres valientes, que no pueden matar prisioneros indefensos en su poder, que, como individuos, no han cometido ningún crimen. La moralidad y la naturaleza humana se combinan para impedirlo. Las motivaciones de tales crímenes pueden ser muy distintas de las que sugiere la propaganda en boga. Sin embargo, sea esto hubris, o en el lenguaje moderno más llano, una vanidad monstruosa, es profundamente erróneo.

A menudo he comparado el carácter de Hitler con el de otros grandes hombres de la historia: él sufrió en grado extremo lo que los griegos clásicos llamaban hubris: la creencia de que el hombre puede usurpar el lugar de los dioses y decidir su propio destino y el de los demás. Los hombres de acción más notables han sabido resistir mejor a esta tentación. Julio César demostró las máximas cualidades de voluntad y energía, hasta el punto de que podía decirse que hizo todo lo que era posible hacer; pero nunca perdió, ni por un momento, la noción de que, por encima de los mayores esfuerzos del hombre, el éxito depende, en último término, del poder de lo que algunos llaman Dios y otros suerte o destino. Era esta conciencia de sus limitaciones, ese realismo último, lo que le confería esa calma, esa firme determinación para conseguir todo lo humanamente posible — y lo consiguió en mayor medida que ningún otro hombre — sin dejarse llevar por la decepción o la histeria, que algunos hombres famosos creen imprescindible para hacer frente a las situaciones graves, del mismo modo que los hombres apocados necesitan del alcohol para enfrentarse a las vicisitudes menores de la vida cotidiana.

En menor grado, también puede observarse esa cualidad en el equilibrado sentido del destino y en el realismo de Napoleón, en los sutiles pero grandes objetivos de Bismarck, que aseguraron el mayor grado de unión que se ha logrado en el mundo moderno en un intervalo tan breve de tiempo. Todos estos hombres, con su distinto carácter y en las diferentes circunstancias de sus épocas respectivas, fueron, en lenguaje actual, muy duros, pero no podemos concebir a ninguno de ellos, en el mundo actual, ordenando o permitiendo lo que ocurrió durante la guerra en los campos de concentración alemanes, aunque sólo fuera cierto una pequeña parte de lo ocurrido. Esta inhibición puede ser atribuida a un sentido moral de lo posible.

El carácter de Hitler puede analizarse también desde un ángulo completamente distinto. Aparece la misma característica, cuando, al final de la guerra, envió al sacrificio a los jóvenes alemanes, a pesar de que estaba ya muy claro que se había perdido la guerra. Aquellos niños que corrían a enfrentarse con una cortina de fuego mortal, levantaron un monumento eterno al heroísmo alemán, pero no al líder que lo ordenó o lo permitió. Seguramente, esto se debía también a la vanidad: el mundo se hunde por la voluntad de un hombre: «Après moi, le déluge»¹⁷⁷. La tarea de un auténtico héroe inmortal en aquel momento era preparar el futuro. El deber de Hitler consistía entonces en condenarse a sí mismo pero salvar su ideal. Lo único que le debería haber importado era preservar y transmitir todo lo que de verdad había en él a la posteridad. Según su moral, debía de haberse suicidado mucho antes, tan pronto como estuvo claro que la guerra estaba irremediabilmente perdida; una vez más, la vanidad, la fantasía, la creencia en los milagros, acompaña a estos caracteres en los desastres, del mismo modo que le ocurría a Wallenstein, en la gran obra dramática de Schiller, que era incapaz de

¹⁷⁷ En francés en el original: «Después de mí, el diluvio». (N. del T.)

mantener esa calma, ese realismo objetivo propios de todo hombre realmente grande. Así sucedió que prolongó su propia vida unas cuantas semanas más, en una exhibición última de voluntad ineficaz, pero empañando su ideal y comprometiendo el futuro con los hechos injustificables de los campos de concentración y el sacrificio inútil de la juventud alemana. Si hubiera desaparecido un poco antes, dejando su vida y su fama incólumes, podría contarse entre aquellos que, según un proverbio alemán, deben sucumbir en la vida para conseguir una inmortalidad en la mente y el corazón de los hombres.

Hubiese resultado algo terrible para sus enemigos que hubiera dejado semejante leyenda tras él. Así pues, la humanidad se ha quedado sin resolver el problema de cómo impedir que tales cosas no vuelvan a ocurrir. He dicho ya que la acción puede obtenerse a un precio demasiado elevado; un sistema que permita y aliente la acción, es necesario a todas luces en una época en que sólo eso puede constituir una alternativa real a la catástrofe, pero no podemos conceder tales poderes a individuos susceptibles de volverse locos. Esto puede ser locura, o simplemente un acto a lo Sansón, que, por una exagerada valoración de la propia voluntad, derribe el templo de la humanidad en el momento de su eclipse personal; es difícil distinguir entre una cosa y otra. Hay muchas motivaciones subyacentes y, desgraciadamente, se han dado muchos casos similares en la historia precedente. Las sospechas exageradas de Stalin le llevaron al asesinato de sus camaradas más allegados, y junto con otros líderes comunistas, fue responsable del asesinato a sangre fría de millones de compatriotas en tiempos de paz. No hay ni sombra de duda de que las masacres del comunismo en tiempos de paz superan ampliamente a las matanzas del nacionalsocialismo en tiempos de guerra. Stalin y Hitler fueron los dos, en principio, responsables, pero la evidencia sugiere que, según los patrones normales, ambos estaban locos en la última fase de sus vidas. ¿Cómo ocurrió? ¿En qué momento surgió la locura en unas mentes que antes parecían sanas? La respuesta pertenece a la psicología de la Historia, y debían ser estudiados junto con los casos anteriores de demencia criminal de hombres en el poder. Algunas obras de la literatura mundial se han preocupado de este cambio, desde la salud mental a la locura, en estos hombres, y han apuntado, como razones que la provocaron, la enorme tensión del poder, una ambición exagerada, una sensación de traición universal —figurada o real—, y un estado final paranoico.

Estamos deduciendo, de la práctica política, la lección de que tales cosas deben ser impedidas. Ésta es otra razón en favor de que cualquier medida de urgencia sea objeto de un control parlamentario. Personalmente, nunca me he alejado demasiado de este principio, y ahora estoy más convencido que nunca de que debe ser defendido. La unidad europea total será también una salvaguarda decisiva frente a una posible repetición de tales hechos. Con ello no quiero decir únicamente que los europeos ya no lucharán más los unos contra los otros, sino también que será imposible que toda Europa atribuya semejante poder a un solo hombre; a menudo he expresado la opinión de que Europa sólo puede ser gobernada por un equipo de iguales, cuyas diversas cualidades podrán al menos mantener un equilibrio de salud mental. En el futuro se podrán determinar mejor los medios para prevenir estos desastres, pero hoy tenemos que trabajar urgentemente con los medios existentes. Debemos impedir a toda costa que vuelvan a suceder tales cosas.

¿Existían entonces los medios necesarios para evitar la guerra, teniendo en cuenta las circunstancias del momento, las personalidades de la época y la correlación de fuerzas? ¿Habría habido alguna diferencia si hubiese permanecido en el seno del Partido Laborista y me hubiese convertido en su dirigente? Parece ser que ahora todo el mundo admite que yo hubiese tenido esa oportunidad de haber permanecido en el marco del viejo sistema de partidos¹⁷⁸. ¿Hubiese podido impedir la guerra desde esa posición a base de persuadir al Parlamento? Es una pregunta amarga, porque si la respuesta fuese «sí», sentiría remordimientos durante toda mi vida. Pero debo enfrentarme a ella desapasionada y objetivamente. ¿Podía haber influido yo en la decisión que condujo a la abdicación y podría haber tenido esto alguna consecuencia en relación con la guerra?

¹⁷⁸ «Capaz de llegar a ser un primer ministro, tanto conservador como laborista», R. H. S. Crossman (New Statesman, 27 de octubre de 1961).

«Mosley es el único hombre que he conocido que pudo haber sido dirigente tanto del Partido Conservador como del Partido Laborista...», podía haber sido un gran primer ministro...», Lord Boothby (B. B. C., 10 de noviembre de 1965).

«Es el único inglés vivo que pudo haber sido perfectamente tanto un primer ministro conservador como laborista», Malcom Muggeridge (Observer, 2 de octubre de 1966).

«Fue el único político inglés que podía haber llegado a ser fácilmente primer ministro como conservador, como liberal o como socialista», Harold Nicolson (citado en New Statesman, 10 de abril de 1968).

«Hombre adecuado para ser un futuro primer ministro por... su coraje, capacidad de dirección e ideas», Hugh Trevor-Rope (Sunday Times, 8 de octubre de 1961).

«Gran talento y un fuerte temperamento», Harold Macmillan (Winds of Change, vol. I, 1966).

«Casi todo el mundo esperaba que, debido a su popularidad, reemplazaría a Ramsay MacDonald», Emmanuel Shinwell (Daily Express, 6 de abril de 1952).

«¡Qué grande era en todos los partidos la fascinación que Mosley ejercía!», Mi-chael Foot (Tribune, 4 de octubre de 1966).

«Entonces era el héroe de nuestras filas y muchos le consideraban el futuro líder del Partido...», D. C. Somerwell (British Politics, Andrew Dakers, Ltd., 1950).

«Todos los profetas pronosticaban que Sir Oswald sería el siguiente líder del Partido», John Scanlon (Declive and Fall of Labour Party).

De nuevo espero que el lector perdonará estas referencias personales por las razones expuestas en el capítulo 10.

Ciertamente, yo era totalmente contrario a la guerra y a forzar al rey a abandonar al trono. Desde luego, el rey tenía un gran deseo de paz, y un gran sentido de justicia social, que reforzaron aún más la decisión de los círculos que querían desembarazarse de él.

En este aspecto, es cierto que todo está bien si termina bien, ya que el rey ha conseguido su felicidad privada y las funciones de la Corona han sido desempeñadas admirablemente por sus sucesores, el rey Jorge VI y la actual reina Isabel II. Sin embargo, hay algo de símbolo en toda su caída, que refleja el absurdo comportamiento de la clase dominante inglesa en aquel tiempo, cuando rechazaron intransigentemente el matrimonio con una americana de gran belleza, encanto, inteligencia y temperamento, que hubiese significado un puente de unión entre dos civilizaciones diferentes, unión que se ha realizado más tarde a base de la enorme insensatez de hacer de nuestro país un satélite que gira en la órbita del sistema americano, al tiempo que pasan el sombrero para pedir limosna al planeta central y tiemblan ante la idea de salirse de su órbita. ¿No hubiese sido preferible aquella alianza honorable y natural a la patética y desgraciada dependencia de hoy?

Si la actuación de preguerra se hubiera orientado de un modo distinto — como desde luego hubiese ocurrido si yo hubiese tenido que ver algo con ello —, ¿hubiesen ido las cosas de un modo distinto? No llegaré a afirmar que si yo hubiese sido el líder del Partido Laborista se habrían ganado las elecciones de 1935, ya que eso supondría una presunción vana y ególatra, aunque entonces en la competición de torpezas entre Baldwin y Attlee, resultó casi inevitable la victoria del primero. En cualquier caso, la influencia de Baldwin hubiese sido muy poderosa; detrás de él estaba toda la autoridad de la Iglesia y de la camarilla dominante, todo el peso del orden establecido. No obstante, yo hubiese mantenido una posición más firme dentro del Partido Laborista para poder ejercer una mayor influencia en los acontecimientos. Por ejemplo, me resultaba imposible entrevistarme con un monarca constitucional, mientras seguía ocupando el trono, por cuanto yo mantenía una posición de desafío revolucionario al sistema establecido; en consecuencia, no vi al rey Eduardo en aquel período y sólo pude tratarle antes y después.

Aunque hubiese sido posible impedir la abdicación mediante alguna coalición con Churchill, Beaverbrook y otros — y esto era muy dudoso en aquellas circunstancias —, ¿cómo hubiese afectado esto al problema de la guerra? ¿Y suponiendo que todo se hubiese hecho de un modo distinto con la ayuda de otras influencias dentro del sistema establecido, por ejemplo, superando a Goering en sus hazañas características en el terreno de las relaciones públicas, un poco al modo de Krushev cuando desarmó la hostilidad británica? Goering fue el único caso de un héroe que, para alcanzar sus grandes objetivos, utilizó una actitud de clown. Está fuera de toda duda que una persona que llevaba la V. C. alemana — la Orden «pour le Mérite»¹⁷⁹, instituida por Federico el Grande — fue un héroe de la Primera Guerra Mundial. La Luftwaffe le escogió para suceder a su héroe caído, Richt-hofen, que había derribado a nuestro héroe en el duelo aéreo más grande de todos los tiempos; entonces no hubiese servido de nada decirles a los pilotos que quedaban de mi generación que Goering no era un héroe, y en aquellas circunstancias nuestras voces hubieran tenido un cierto peso.

Goering, más que cualquier otro extranjero, se hubiese encontrado en Inglaterra como en casa, tanto en sus manifestaciones sociales como deportivas, en los clubs, asociaciones de ex combatientes sobre todo, pero también en las carreras de caballos, los partidos de fútbol, en las tabernas, e incluso en los museos de pintura. Era capaz de desenvolverse y de actuar demagógicamente bajo cualquier forma de democracia. Se reía de sí mismo de un modo que llamaría la atención del pueblo inglés si hubiese habido alguien con la suficiente inteligencia para traducir su estilo a nuestra idiosincrasia nacional. Cada año, en el Rally de Nuremberg, hacía una exhibición de esa capacidad. Aunque nunca estuve allí, tengo referencias detalladas. Cuando la División de las S. A.¹⁸⁰ de Hermann Goering se acercaba a la base, toda la muchedumbre cantaba: «¡Hermann, Hermann!»; y a la cabeza de la división aparecía una gran y corpulenta figura saludando con el brazo en alto y marchando con el paso de la oca. Era su paseo anual, y la muchedumbre se reía y vitoreaba hasta que «se estremecía el suelo». Tal hombre hubiese caído bien en Inglaterra, incluso mejor que Krushev.

¿Hubiese podido impedir la guerra alguna técnica, alguna estratagema, dentro del sistema establecido? ¿Podíamos habernos enfrentado al destino con la cabeza en alto y haberlo frustrado con las despreciables maniobras del sistema establecido? Creo que no. Estábamos frente a un momento trágico de la historia. Toda aquella «paciencia agotada» de las personalidades del sistema era una fatalidad; la primera regla de los políticos realistas es que la paciencia de los hombres de Estado no debe agotarse nunca, y si se dejan llevar por tales sensaciones, es lo último que deben expresar. La clase dominante inglesa o su camarilla dirigente estaba ofendida con Hitler, del mismo modo que con el ruido de los sables del kaiser; con su típico estilo estrecho, arrogante e insular, detestaban, hasta el punto de sentir fobia, todo exhibicionismo, como ellos lo llamarían. Era un error garrafal, ya que sólo servía para excitar el miedo y la furia, en lugar de apaciguarlos, mientras que Hitler conseguía sus objetivos con el mínimo alboroto posible.

Frente a los alemanes no se alineaban sólo el puritanismo y el orgullo de la clase dominante, sino también la venganza salvaje de un movimiento laborista que veía como hombres e instituciones similares caían en el

¹⁷⁹ «Al mérito». (N. del T.)

¹⁸⁰ S. A., tropas de asalto hitlerianas. (N. del T.)

olvido desplazados por el nacionalsocialismo; junto a estos elementos estaba también el mundo de las finanzas que veía amenazada su posición dominante. A su lado había un nuevo hubris proletario con una vehemencia egocéntrica que parecía un juguete del destino; en el nuestro, se situaba la vieja vanidad aristocrática, mezclada con una rectitud errónea, derivada no sólo de la primitiva y estúpida obcecación burguesa sino también de la histeria de la izquierda atemorizada. En estas condiciones, ¿qué esperanza había de paz? Mi opinión, para el que le pueda servir, es que no existía entonces fuerza alguna sobre la tierra dentro del sistema, que hubiera podido evitar el proceso que condujo al infierno de la guerra. Si yo hubiese intentado montarme sobre el encabritado Gadarene me hubiese precipitado con él al abismo y hubiese perdido mi honor europeo si no me hubiese enfrentado a él y hubiese intentado al menos resistir. Mi caída hubiese sido recibida con todos los honores, pero ello no hubiese podido evitar la caída de la nación desde su posición de gran potencia a la pegajosa y penosa dependencia de satélite americano. Quem perderé vult Deus dementat orius, pero a veces da al inglés otra oportunidad.

20. POR QUE ME OPUSE A LA GUERRA

«No he llegado a primer ministro del rey para presidir la liquidación del Imperio británico», dijo Mr. Churchill en Mansión House el 10 de noviembre de 1942. Sin embargo, esto es exactamente lo que ocurrió como resultado de su política. Lo que fue evidente durante tanto tiempo, ahora es reconocido por todos. Su leal apoyo, el Daily Mail, escribía el 20 de julio de 1967, que, ahora el Imperio británico se había perdido, «no por la conquista o la derrota en el campo de batalla, sino por el tremendo esfuerzo de la victoria, por el desgaste del poder y el asalto a las ideas e ideales por los que luchamos».

Mr. Churchill también tenía claro que fue sólo un imprevisible accidente lo que salvó a Inglaterra de un destino peor: «Existe la sensación muy extendida de que, si no hubiera sido por la superioridad nuclear americana, Europa habría sido reducida ya a la condición de satélite: que el telón de acero se alzaría sobre el Atlántico y el Canal» (The Times, 2 de marzo de 1955). Cuando Inglaterra declaró la guerra, nadie sabía que los científicos inventarían más tarde las armas nucleares que contendrían al comunismo ruso. Los gobernantes sólo pueden tener en cuenta los hechos que hay frente a ellos en una situación dada.

La declaración de guerra de 1939 podía tener tres consecuencias: el desastre de la derrota, el triunfo del comunismo y la pérdida del Imperio británico a pesar de la victoria. Gran Bretaña era la única potencia que, en cualquier circunstancia, no podía beneficiarse con esa guerra. El desastre de una derrota final lo impidió el heroísmo del pueblo británico; el triunfo europeo del comunismo ruso fue parcialmente evitado por los científicos, y la pérdida del Imperio y que Inglaterra quedara reducida a la posición de satélite americano permanece como único resultado claro de la Segunda Guerra Mundial. Nosotros escapamos de la destrucción total, pero la mayor parte de Europa no. La desgracia fue el resultado inevitable de la entrada en la guerra, y hemos tenido la suerte de salir con las menores pérdidas posibles.

Esta situación es debida fundamentalmente a una política equivocada. Es palmariamente incorrecto asegurar que nuestra situación es debida a «la prodigiosa sangría... que condujo a la pérdida de las colonias»¹⁸¹, aunque se diga con tanta frecuencia. Mi generación sufrió en la Primera Guerra Mundial cerca de tres veces más muertes que las sufridas por la generación siguiente en la segunda catástrofe de la humanidad. Sin embargo, Inglaterra no perdió sus posesiones tras la Primera Guerra Mundial, y podía aún proclamarse, con cierta justicia, como el más grande poder sobre la tierra. Se calcula que los alemanes perdieron 2.850.000 vidas en la Segunda Guerra Mundial, y, además, están separados de una gran parte de sus tierras; a pesar de ello, su posición sigue siendo tan fuerte en todos los terrenos, excepto en la posesión de armas nucleares, como en cualquier otro momento de su historia. La catástrofe de Inglaterra es debida a la política equivocada seguida por nuestros dirigentes, y al veneno mortífero de algunas de sus ideas.

Escribir esto me resulta tan difícil como fue, en tiempo de guerra, adoptar la amarga, realmente agónica, decisión de oponerme a las opiniones que sustentaban la inmensa mayoría de mis compatriotas. Sin embargo, es mi deber hacerlo ahora, como lo fue hacerlo entonces, y sería una cobardía eludirlo. Nada es más impopular que oponerse a la guerra, aunque puede resultar casi tan impopular decir después de la guerra que no se debería haber luchado. Pero, si no es suplicando a esta generación, en palabras de Cromwell, que «crean posible estar equivocados», el error puede seguir al error hasta que Inglaterra entre en la noche eterna.

Resulta particularmente duro y amargo decirle a un pueblo, que ha hecho un esfuerzo supremo, que la guerra que libró ostensiblemente para preservar las libertades de los pueblos de Europa, no sólo ha sido en vano, sino que además sus propios sacrificios han dejado a nuestro país en una situación mucho peor que la de antes. Y, sin embargo, esta experiencia es exactamente la misma que tuvimos tras la Primera Guerra Mundial, cuando nos decían que estábamos luchando «por salvar al mundo para la democracia», y hacer de Inglaterra «una tierra para que los héroes vivan en ella». Para aquellos que sobrevivieron de nuestra generación, los resultados, en términos de democracia, quedaron pronto claros: comunismo en Rusia, fascismo en Italia y nacionalsocialismo en Alemania. El premio que se les había prometido a los héroes al final de su esfuerzo en la guerra, quedó igualmente claro: la cola de los parados y el suburbio. Resultaba realmente amarga la pregunta: ¿para eso murieron un millón de personas?

A pesar de todo, siempre he estado profundamente convencido de que aleo inmenso se ganó con aquella experiencia. Quedó probada la grandeza de Inglaterra y el heroísmo de su pueblo; y no sólo eso, sino que en el fiero yunque de aquel aprieto, se forjó el carácter de la generación de la guerra. Igualmente, la magnífica respuesta del pueblo británico al desafío de la última guerra puso de manifiesto esas mismas cualidades, que de ningún modo se han perdido para siempre en la dejadez y en la disolución que siguieron.

¹⁸¹ Daily Mail, 20 de julio de 1967.

Las fuerzas vitales que nacieron en los días de la guerra pueden inspirar todavía las tareas de construcción y erigir un perdurable monumento a la paz. Las cualidades más grandes de los hombres surgen a menudo en las pruebas más difíciles de la historia, y no siempre se perderán u olvidarán.

Los hombres que sufrieron mucho en una guerra o en la otra —o, de un modo u otro, en las dos— adquirieron, gracias a ello, el carácter necesario para enfrentarse a los ulteriores avatares del destino; y si esos avatares se repitieran, no huirán de ellos. Pero las pruebas serán más duras aún por culpa de los enormes errores que precedieron y siguieron a la última guerra. Si les hacemos frente, estaremos unidos para el futuro y no divididos por el pasado. Admito plenamente que en aquel período, ahora tan remoto, era posible que hombres honrados sostuvieran opiniones contrarias, sinceramente y con apasionada convicción: lo único que pido a cambio es que se reconozca que era igualmente posible sostener mi opinión minoritaria honradamente y con profunda convicción.

Antes de exponer las razones por las que creo que la última guerra fue un tremendo error, trataré la cuestión de si podía haber sido evitada. La política sólo puede ser juzgada de forma efectiva por sus resultados, y no es difícil demostrar que esta guerra resultó desastrosa para Inglaterra; pero para convencer, debo probar que una política alternativa tenía unas razonables posibilidades de evitar la catástrofe.

La política que propugnaba antes de la última guerra consistía en armar a Inglaterra tan fuertemente que no hubiera que temer un ataque de nadie; desarrollar el Imperio británico y no intervenir en ninguna lucha de fuera que no afectase directamente los intereses británicos. En este punto, puede ser conveniente recoger mi defensa del rearme inglés durante un largo período de tiempo anterior a la guerra.

Desde el día en que se fundó nuestro movimiento, presioné en favor del rearme de nuestro país. El 1 de octubre de 1932 escribía: «La llegada del factor aéreo alteró fundamentalmente la posición de estas islas, y las consecuencias de este factor no han sido tenidas en cuenta nunca por la vieja generación de políticos. Queremos que se alce inmediatamente en el aire la fuerza bélica de Inglaterra al nivel de las potencias más poderosas de Europa»¹⁸².

Naturalmente, no me preocupaba sólo por el arma aérea, que era en la que había servido, sino que abogaba también por la modernización y mecanización del ejército. Por ejemplo: «Queremos que se movilicen inmediatamente todos los recursos de la nación. Dará dotarnos de una fuerza aérea igual en potencia a la más poderosa de Europa. Queremos que se modernice y mecanice nuestro Ejército. Al final de este proceso, nuestro Ejército será menos costoso y, en cambio, constituirá la fuerza más moderna y eficaz del mundo» (15 de junio de 1934). Igualmente, abogaba por la concesión de un empréstito para la defensa nacional, con ese propósito: «Dotar a Inglaterra de una fuerza aérea. Modernizar y mecanizar nuestro Ejército. Poner la flota en condiciones adecuadas para defender nuestras rutas comerciales» (12 de julio de 1934).

Nuestra agitación en favor del rearme continuó sin cesar en aquellos años, desde las tribunas y en todas nuestras publicaciones. Denuncié al Partido Conservador el 15 de octubre de 1938, por su descuido respecto a la cuestión del rearme, en los siguientes términos: «El estado de nuestra defensa nacional ha alarmado al Partido Tory. El estado de estas defensas es una desgracia y un escándalo nacionales. El Partido Tory hace bien en alarmarse; y, habiendo estado en el poder durante los últimos siete años, debería también avergonzarse». En un artículo de aquella época, establecía yo un hecho que me parecía evidente y que después se demostró cierto: «Las guerras modernas las ganan los aviadores y los mecánicos, no las masas de infantería de los cuarteles».

Action era entonces un periódico que apoyaba a la Unión Británica. El 15 de octubre de 1938, declaraba en él: «Action disiente de Mr. Churchill en casi todos los asuntos que se dan bajo el sol, y particularmente en su política exterior de los últimos años. Pero estamos de acuerdo con él en su denuncia de la tremenda negligencia con que se ha llevado la defensa de Inglaterra. La Unión Británica ha presionado al Gobierno para el rearme mucho antes de que lo iniciasen, y mucho antes incluso de que Mr. Churchill abogase por ello... Inglaterra debería estar en condiciones de defenderse a sí misma contra los eventuales ataques que pudiera provocar cualquier nación del mundo».

¿Cuál fue, en aquel tiempo, la actitud de los partidos con respecto a la defensa de nuestro país, los partidos que más tarde nos encarcelarían con el pretexto de que podíamos ser un peligro para el Estado? Ellos descuidaron las defensas de nuestro país, mientras nosotros luchábamos por asegurar su rearme más completo. Mr. Baldwin dijo en la Cámara de los Comunes: «He expuesto con anterioridad mis puntos de vista a esta Cámara con franqueza aterradora. Desde 1933 mis amigos y yo hemos estado muy preocupados por lo que estaba ocurriendo en Europa. Recordarán ustedes que en aquellos días tenía lugar en Ginebra la Conferencia del Desarme, y por todo este país se extendió un sentimiento pacifista probablemente más fuerte que en cualquier otro momento desde la guerra. Estoy hablando de 1933 y 1934. Recordarán la elección de Fulham en el otoño de 1933, cuando un escaño, que ocupaba antes el Gobierno Nacional, se perdió por cerca de 7.000 votos a manos de un pacifista, y que el candidato del Gobierno Nacional, que hizo una referencia muy

¹⁸² The Greater Britain, octubre de 1932.

cautelosa al problema de la defensa, fue derrotado. Éstos eran los sentimientos del país en 1933. Mi posición como líder de un gran partido no era, desde luego, nada cómoda. Me preguntaba a mí mismo qué posibilidad había de que el país cambiara de opinión en un año o los dos años siguientes y nos exigiera el rearme. En el supuesto de que yo hubiera ido al pueblo y le hubiera dicho que Alemania se estaba rearmando, y que nosotros deberíamos proceder también al rearme, ¿hay alguien capaz de creer que, en aquel momento, esta pacífica democracia hubiese seguido esta llamada? En mi opinión no se podía pensar en nada mejor para una pérdida segura de las elecciones»¹⁸³.

Baldwin prefirió arriesgar la perdición de su país en la guerra a arriesgar la perdición de su partido en unas elecciones. En la política exterior y en la de defensa, jugó con la vida de Inglaterra por culpa de sus mezquinos cálculos electorales; en política interior, legó a la generación siguiente nuestra actual estructura industrial por culpa de su perezosa timidez, que buscaba eludir los problemas a toda costa. La ruina de la derrota fue evitada, a pesar de Baldwin, pero la némesis de la época de Baldwin, aún amenaza a nuestro país. Y parece que la dirección conservadora aún aprecia su recuerdo.

A mí me resulta muy difícil escribir con imparcialidad sobre cualquier asunto relacionado con Mr. Baldwin, pues profeso una especial antipatía a ese tipo de ingleses que se pasan la vida alardeando de una excepcional honestidad y haciendo una continua exhibición de virtudes sencillas, que, en realidad, están en flagrante contradicción con lo que los hechos van revelando lentamente. Según mi experiencia, la honestidad de la política británica suele estar en relación inversa a las pretensiones de los que la reclaman para sí. Por ejemplo, durante un largo período de tiempo, Winston Churchill y F. E. Smith fueron tratados por sus contemporáneos como aventureros sin principios, mientras que el rostro honrado de Baldwin era aceptado sin reservas. Sin embargo, una cosa que en cualquier momento se podrá pensar o decir de los caracteres de Churchill y Smith es que ellos siempre declaraban abiertamente sus principios y los defendían valerosamente, mientras que Baldwin no sólo ocultaba sus designios, sino que renegaba de ellos, con un mezquino oportunismo, según sus conveniencias personales o las del partido. Inglaterra paga muy caro el efímero éxito de este ÍDOL de gente entre nuestros políticos. El gran M. P. de los antiguos dockers, James Sexton, tenía una instructiva y, en ocasiones, válida regla para los neófitos en política: «Siempre que alguien me llama camarada, pongo la mano sobre mi reloj».

Al mismo tiempo, llevábamos la lucha por el rearme desde todas las tribunas frente a todas las «movilizaciones». En cualquier caso, no nos llevó mucho tiempo neutralizar ese contrasentido de los militantes pacifistas. Muchas de las «movilizaciones» venían de los seguidores del Partido Laborista, que estaban votando en la Cámara de los Comunes contra los presupuestos de defensa, mientras algunos de sus miembros de base dirigían por todo el país la agitación pacifista que tanto asustaba a Mr. Baldwin. Sus principios pacifistas, sin embargo, no les impedían a muchos de ellos llevar a cabo una furiosa agitación contra Alemania, cuya salida lógica fue la guerra.

Resultó injusto decir desde nuestras tribunas de batalla de la época: «Todas las guerras son buenas para el Partido Socialista siempre y cuando reúnan tres condiciones: La primera, que la guerra se haga en interés de los soviets y no en interés de Inglaterra; la segunda, que nuestras tropas no tengan armas con las que luchar; la tercera, que los líderes socialistas no sean incluidos entre las tropas» (26 de junio de 1936). Mis punzadas iban destinadas a atacar la política de guerra sin armas: «El Laborista es el partido de la guerra sin preparación. El Laborista es el partido que crea los problemas y luego abandona para que otros luchen». «Buscar la guerra es un crimen; buscar la guerra sin procurarse todos los medios para llevarla a cabo es más que un crimen, es una locura.»

Nuestra primera exigencia era que Inglaterra debía armarse y ser lo suficientemente fuerte como para repeler cualquier ataque, viniera de donde viniera. Nosotros nos negábamos a mezclarnos en las riñas del exterior, pero estábamos firmemente decididos a salvaguardar nuestro propio país y nuestro Imperio. Nuestros slogans populares de este período fueron: «Pensemos en los asuntos de Inglaterra» y «Británicos, luchad sólo por Gran Bretaña». Sin embargo, esta política básica de desarrollo del Imperio británico y de no permitir que nada nos distrajera de este propósito fundamental no nos aisló de los asuntos mundiales ni inhibió el desarrollo de una gran política. Teníamos una contribución que hacer y, al menos, fue claramente establecida. Es posible colocar en primer plano a tu propio país y, sin embargo, jugar un papel importante en la política mundial; la experiencia moderna prueba que esto es, desde luego, posible, pero desgraciadamente no la experiencia británica.

La unión de Europa fue algo que defendí apasionadamente en política exterior. Esto no era incompatible en absoluto con nuestra política imperial. Nos permitíamos ser absolutamente claros en todos los principios políticos básicos de aquel tiempo. La soberanía nacional era completamente preservada. El rearme nacional por separado tenía como fin mantener a Inglaterra con una fuerza igual a la de cualquier otra potencia del mundo; el Imperio debía desarrollarse como una entidad política y económica con fuertes medidas contra la infiltración de la competencia desleal, y la guerra debía emprenderse únicamente en defensa del Imperio o como resistencia

¹⁸³ The Times, 13 de noviembre de 1936.

contra cualquier amenaza a nuestros intereses vitales. Pero era completamente compatible con esta posición el adoptar una política exterior común en el seno de Europa en relación con el resto del mundo y los acuerdos comerciales con el resto de Europa hubieran sido una consecuencia inevitable de esto. Lo que yo propuse entonces fue algo muy similar al actual proceso de unidad europea sobre la base de un riguroso mantenimiento de las soberanías nacionales. Por esta razón, mis partidarios claman que yo me adelanté en diez años a cualquier otro abogado de la unidad europea.

Después de la guerra, naturalmente, fui mucho más lejos al establecer, en 1948, el principio de Europa una Nación. Pero los discursos de los que nos ocupamos ahora fueron pronunciados en 1936. Así, el 21 de febrero de 1936 dije: «Nuestra generación se sacrificó para acabar con el equilibrio de poderes que dividía la civilización europea en dos campos armados y hostiles. El propósito confesado de la Sociedad de Naciones fue bendecir este sacrificio en un nuevo sistema mundial... Una vez más nuestra generación se ve emplazada a salvar el ideal que los viejos hombres traicionaron ya en una ocasión. ¿Debe estar Europa unida o dividida?» Y después, el 25 de junio del mismo año: «¿Cuál es, entonces, la alternativa a la actual Sociedad de Naciones? La única alternativa es la unión de Europa, como lo contrario de la división de Europa bajo el viejo equilibrio de poder que ahora se cubre con la andrajosa etiqueta de Sociedad de Naciones. La unión de Europa era el objetivo de la generación de la guerra al acabar ésta, y la esperanza de que la Sociedad de Naciones pudiera convertir en realidad esa idea es lo único que les llevó a apoyarla. Entretanto, en medio de cánticos a la Sociedad y a la paz, los demócratas financieros dividen a Europa con sus vendettas que ponen en peligro la paz del mundo, al tiempo que descuidan el primer deber de cualquier Gobierno en la presente situación, que es armar a Inglaterra a toda velocidad contra cualquier contingencia o amenaza. Entre la confusión y el colapso de la política exterior británica emerge una única alternativa: la unión de Europa, que sólo puede descansar sobre un bloque de grandes potencias, unidas por sus intereses comunes e inspiradas por un nuevo ideal mundial.»

La Sociedad de Naciones, que tan ardientemente había defendido en mi juventud como un nuevo instrumento de la paz mundial, había fracasado por las razones ya apuntadas de debilidad personal de los estadistas, y en aquella época se había convertido en un instrumento del equilibrio de poderes, que la experiencia histórica me había enseñado era un preludio inevitable de la guerra. El equilibrio de poderes había desembocado siempre en una guerra, y ahora se había vuelto a él, con las potencias del Eje de un lado y las potencias de la Sociedad de Naciones de otro. Me resultaba evidente que la única salida capaz de evitar el desastre que se avecinaba era la unión de Europa, una unión concebida en los mismos términos y con la misma profundidad que la que ahora, treinta años después, se está intentando construir.

Por supuesto, siempre queda el recurso de contestar a esto que cualquier forma de unión era imposible en Europa con aquellos gobernantes de Alemania e Italia en el poder, cosa a la que, en cierto modo, ya he contestado. Debíamos haber trabajado con ellos en una política europea común y por unos intereses que ellos se declaraban totalmente dispuestos a servir, tan pronto como eso se hubiese demostrado posible, y yo personalmente, estoy convencido de que hubiera sido posible, ya que nuestros intereses eran más complementarios que opuestos. Pero si eso se hubiese demostrado imposible, hubiéramos estado en una posición de fuerza y a salvo, con nuestra soberanía nacional completamente preservada y nuestro armamento al nivel del de cualquier país del mundo. Si las cosas hubieran ido bien, podríamos haber desarrollado simultáneamente el Imperio británico y una gradual unión europea. Si las cosas hubieran ido mal, nos habríamos encontrado en una posición más fuerte que aquella en que nos situaron los viejos partidos y que nos llevó a la guerra, sin que esos partidos intentaran siquiera una política alternativa. Realmente, era una extraña idea aquella de hacer hoy una guerra sin armas, cuando teníamos que librar mañana una guerra con armas. Salvaguardar la paz, pero prepararse para la guerra; he aquí el auténtico significado que tenían entonces el sentido común y el patriotismo.

¿Era posible en aquel tiempo una política mundial coherente y capaz de evitar la guerra? Mi ensayo *La Alternativa Mundial* (1937) enunciaba una política que, a mi juicio, podría haber evitado la guerra. Fue publicado en Inglaterra y en la revista alemana *Geopolitik*; ya he descrito la acogida que se le dispensó en Alemania. Empezaba con la «idea que animaba a la generación de la posguerra» en mi descripción de «la unión de Europa en un sistema de orden y ley públicos, que aplicara categóricamente a los asuntos internacionales la ley y las sanciones legales utilizadas normalmente en el seno de cada nación para el mantenimiento del orden y la justicia interior. Evidentemente, la analogía está sujeta a las necesarias modificaciones que exige la soberanía nacional, por cuanto los hombres que han luchado por salvar al Imperio británico lógicamente no tolerarían que el futuro de ese Imperio fuese decidido en cualquier tribunal internacional que pudiera estar dominado, por ejemplo, por los representantes de las repúblicas sudamericanas. A despecho de los reiterados intentos de la escuela internacional de encadenar lo grande con los grilletes de lo pequeño, la esencia de la soberanía nacional fue preservada en los convenios originales de la Sociedad de Naciones».

Se afirmaba a continuación que la Sociedad de Naciones había sido convertida de nuevo al equilibrio de poderes que había desembocado siempre en la guerra: «El mundo, en realidad, está dividido en dos campos: el de los poseedores y el de los desposeídos... en el primero están Inglaterra, Francia y los soviets; en el segundo, por el impulso irresistible de sus condiciones comunes, están Alemania e Italia; y a este campo, por análoga

locura, se está uniendo ahora el Japón. Con la vuelta al equilibrio, aceleramos la vuelta a la carrera armamentista y a la consiguiente agitación de la prensa que inflama la imaginación y el espíritu de Europa hacia un nuevo desastre».

Analizaba yo las circunstancias en las que Europa había llegado a esta situación y cómo la idea original de la Sociedad había sido destruida. América había desertado, se había permitido que otras seis naciones desafiaran a la Sociedad con total impunidad — Japón, Turquía, Polonia, Lituania, Bolivia y Paraguay—, la marcha de Alemania se había hecho inevitable por cuanto el Tratado le había forzado a ello «no sólo por sus injustos principios, sino además porque había sido violado posteriormente en repetidas ocasiones, y en su propio beneficio, por aquellos que lo habían dictado». El proceso culminó con la expulsión de Italia de la Sociedad y su entrada en el otro campo a causa de la aplicación de las sanciones. Yo citaba a Sir Edward Grigg, gobernador de la colonia de Kenya, cuando hablaba de que Abisinia había sido escenario de las correrías en busca de esclavos, haciendo incursiones no sólo en los territorios italianos sino también en los ingleses, y de que se habían cometido actos muy concretos de guerra sin que ni Ginebra ni el Gobierno británico hubiesen levantado un solo dedo por impedirlo. Sin embargo, cuando Italia adoptó «precisamente las mismas medidas para evitar esos desmanes que las que habían sido tomadas en todas las etapas de la honorable construcción del Imperio británico», se habían emprendido acciones contra ella, a pesar de que «seis naciones habían violado ya, con total impunidad, los convenios de la Sociedad... De esta última locura viene el retorno de la fatalidad mundial que supone el resurgimiento del equilibrio de poderes».

La denuncia de la política de los viejos partidos no acaba aquí. «Un Gobierno inglés débil que encabezaba una causa injusta», y presionaba fuertemente para encontrar apoyos, había buscado en Ginebra la ayuda de los soviets contra Italia. «De este alineamiento europeo nace la servidumbre de Inglaterra a la política de los soviets en el Este, pues Inglaterra no puede servirse de los soviets en Europa sin que, a cambio, los soviets se sirvan de ella en Oriente... Si Rusia se une con Inglaterra para formar un círculo de hierro alrededor de Alemania e Italia, entonces Inglaterra deberá unirse con Rusia para formar un círculo de hierro alrededor del Japón, y esto no sólo va en contra de sus propios intereses, sino que amenaza a la paz mundial».

Este largo y crítico análisis de la política de los viejos partidos ha sido aquí muy abreviado, pues lo considero sólo como un prelude de la exposición de una política constructiva. Continuaba con la búsqueda de una solución «que debía devolvernos a la concepción fundamental de la unión europea que animaba a la generación de la guerra». Mi consejo era «utilizar el método inductivo que va de lo particular a lo general, en lugar del método deductivo que va de lo general a lo particular y que ya ha fracasado — como fracasan invariablemente todas las visiones generales desprovistas de realismo. En 1918 y los años que siguieron, todos profesaban una devoción de boquilla a la idea general de una unión europea y mundial, pero todos ignoraban también el hecho de que semejante unión sólo podía estar basada sobre la habilidad particular de cada nación para vivir y prosperar en el seno de un sistema europeo que descansase sobre la justicia y la realidad económicas». Además, proponía «una investigación sobre los factores que dividían a las naciones individualmente, y en particular sobre los factores que inhibían las relaciones pacíficas y amistosas entre Gran Bretaña y las otras grandes potencias. Habiendo establecido previamente la base concreta de una posible amistad entre Gran Bretaña y las demás naciones, podríamos proceder a tratar la idea general de una unión europea edificada sobre los firmes fundamentos de la justicia y la realidad económica».

Esta investigación empezaba lógicamente con las relaciones entre Inglaterra y Alemania que constituían la amenaza potencial más importante para la paz. Se tenía en cuenta la diferencia que había entre la Alemania del kaiser y la Alemania del nacionalsocialismo. La Alemania del kaiser estaba dirigida por una «democracia financiera imperialista» que operaba «sobre la base de un sistema de exportación capitalista» y «lo entendía naturalmente en términos de un vasto imperio colonial con su correspondiente flota que chocaba a cada paso con el Imperio británico». (Resulta una omisión curiosa el que en todo este ensayo yo no hiciera ninguna referencia al acuerdo naval de 1935, que restringía la armada alemana a un tercio de la británica; esto reforzaba en gran medida mis argumentos.) La Alemania del nacional-socialismo era profundamente diferente, ya que «menos que cualquier otra gran nación de hoy, su filosofía la lleva a no pensar en términos de un ilimitado imperio colonial, que al pensamiento nazi le sugiere una pérdida de energías vitales, un derroche de recursos y un riesgo de perjudiciales mezclas de razas. Su objetivo nacional está dirigido a conseguir la unión de todos los pueblos germánicos de Europa en un sistema económico, más concentrado que difuso, que la permita seguir luchando con cierta seguridad por la consecución de sus ideales raciales. En realidad, es en estas profundas diferencias de sus respectivos objetivos nacionales donde reside la mayor esperanza de paz entre el Imperio británico y la nueva Alemania. Nuestra misión en el mundo consiste en el mantenimiento y desarrollo de la herencia del Imperio, en que nuestra trayectoria despliegue un genio peculiar, no sólo sin miedo a las mezclas raciales, sino también con la firme convicción de que, en el cumplimiento de este arduo deber, se desarrollarán las más grandes y nobles cualidades del inglés, y que la menor contribución que puede hacer un Imperio británico eficaz es preservar la paz sobre un cuarto de la superficie del planeta en favor de un cuarto de la población mundial. La misión mundial de Alemania a los ojos de los nazis es la unión y desarrollo de los pueblos germánicos en el seno de un sistema europeo para el que esa unión significa una nueva y perdurable

estabilidad. Por ello, lejos de chocar los objetivos del Imperio británico con los objetivos de la nueva Alemania, estos dos objetivos, en términos de paz y estabilidad mundiales, son complementarios».

Sin embargo, para que «Alemania viva en paz y pueda alcanzar su objetivo nacional de progreso y felicidad para su propio pueblo» es necesario que «posea un suministro adecuado de materias primas y una salida apropiada para la expansión de su población». «Ahora, el único problema importante y fundamental entre Alemania y Gran Bretaña es el de las colonias alemanas retenidas por Inglaterra por el mandato de la Sociedad de Naciones. En principio, el que esto escribe no concedería a ninguna nación ni una pulgada de territorio británico», pero «las colonias alemanas no han supuesto para Inglaterra más que una carga y un gasto» y, en cambio, «podían significar para Alemania una salida y una oportunidad: además yo se las hubiera devuelto en el contexto de un acuerdo general de paz».

Esta parte de la argumentación concluía: «La devolución de las colonias unida a facilidades de acceso a las fuentes de materias primas, muy fáciles de conceder en un mundo que se enfrente con el problema, no de la escasez, sino de la superabundancia en la producción de materias primas, podría asegurar firmemente los postulados de la política nacionalsocialista en el terreno de sentar unas bases económicas a una vida nacional alemana... Tales medidas, no sólo eliminarían toda posible causa de fricción entre Inglaterra y Alemania, sino que harían también imposible, mediante la provisión de medios para su expansión pacífica, la contingencia de un estallido alemán en Europa».

No debe deducirse ni por un momento de esta parte del plan, ni de esta argumentación, que yo estuve siempre en favor del mantenimiento permanente del viejo sistema colonial, pues mucho antes de que se insinuara siquiera los presentes problemas de los pueblos de color yo había propuesto ya una política encaminada a acabar con ese sistema, e incluso había presentado una serie de procedimientos con ese propósito. Nunca fui un racista, porque nunca estuve en favor de la dominación de un pueblo por otro. Preocuparte por tu propio pueblo no denota más hostilidad hacia otros pueblos que la que puede deducirse de que te preocupes por tu propia familia.

Puede objetarse que la introducción de los alemanes en África, cualquiera que fuese la forma o los objetivos de semejante penetración, conduciría inevitablemente a la opresión permanente de los negros por parte de los blancos. Muy al contrario, los alemanes de aquella época no tenían ningún interés en cosa semejante. Todo lo que les interesaba era lograr unos adecuados accesos a las fuentes de materias primas para sentar las bases de su economía autárquica, y eso era perfectamente compatible con la evolución en África de un sistema diferente al del viejo colonialismo. El interés real y vital de los alemanes era lograr en Europa la unión de todos sus pueblos. Era una de las naciones menos predispuestas a oponerse a una ordenada transición hacia un nuevo sistema en África que diera un trato noble tanto a los blancos como a los negros, aunque seguramente compartirían mi opinión de que ese proceso debería constituir la construcción, cuidadosamente planeada y cumplida, de un nuevo sistema, llevada a cabo en un período de tiempo razonable, y no una retirada precipitada, provocada por la fatiga y la inercia, con todo el aspecto de la huida de un camorrista asustado, y que ha dejado tras sí el caos más completo.

Continuaba ocupándome de la seguridad de Francia, algo a lo que mi pensamiento político ha prestado siempre una gran atención, y argüía que «la mejor garantía de Francia es la satisfacción de Alemania», mediante las medidas que he señalado. Hitler había preguntado que «para qué iba a querer él la posesión de territorios franceses, con una densidad de población de 270 habitantes por kilómetro cuadrado, cuando todavía tenía que enfrentarse en Alemania con los últimos coletazos del problema del desempleo», y esto estaba de acuerdo con toda la actitud alemana. Yo concluía esta parte de mi razonamiento como sigue: «Lógicamente, la única política que puede provocar otra explosión en las fronteras occidentales de Alemania es la negativa a su expansión; no sólo en sus fronteras orientales, sino también en sus limitadas, aunque necesarias y naturales, ambiciones coloniales. Sin embargo, la política de las democracias financieras no puede estar trazada con mayor perfección si lo que se propone es provocar esa explosión mediante la política dual de denegar la salida colonial alemana y, al mismo tiempo, constreñirla en el Este a base de esa amenazadora alianza democracias-soviets».

Prosiguiendo en esta misma línea de pensamiento, yo sostenía que en la ocupación de Abisinia, «Italia tiene ahora, no sólo una salida para su exceso de población, sino además un beneficioso acceso a las fuentes de materias primas», y que se la debería dejar disfrutar, sin interferencias, de esta adquisición. El ensayo se tomaba algún trabajo en discutir cualquier sugestión de que Italia, desde esa posición, pudiera constituir una amenaza a los intereses vitales del Imperio británico. «Una ojeada al mapamundi de cualquier niño demostraría» que una Italia hostil podía constituir «una amenaza mucho mayor para las rutas comerciales inglesas por sus bases de Sicilia que por cualquier base de Abisinia». Aparte de eso, «Italia estaría muy ocupada durante generaciones con el desarrollo de Abisinia». En cuanto a Egipto y Sudán, ¿por qué «iba Italia a abandonar el desarrollo de los territorios que ya poseía para embarcarse en una lucha salvaje con la mayor potencia naval del mundo en orden a conseguir territorios extra que no le proporcionarían más beneficios, sino, muy al contrario, menos que los que podía obtener de sus propios territorios...? Ni su peor enemigo podría describir al líder de

Italia como un loco». En consecuencia, todo el interés de Italia radicaba en «unirse con el Imperio británico en el mantenimiento de la paz y la estabilidad del Mediterráneo Oriental y el Norte de África».

Me enfrentaba a continuación con la sospecha de «la intención, que en realidad no existe, de proseguir la expansión de una Europa fascista y nacionalsocialista a expensas de Rusia... la solución propuesta aquí no es la partición de Rusia, y no sólo porque el primer interés de Europa, y el que debería constituir el objetivo fundamental de la política británica, sea el mantenimiento de la paz, sino sobre todo porque la solución de los problemas europeos en términos tanto políticos como económicos es posible, según las líneas ya indicadas, sin necesidad de ninguna acción ofensiva contra Rusia». Yo sugería que «se le debería decir a Rusia que se ocupase de sus propios asuntos y dejara que Europa y la civilización occidental arreglase sola sus propios problemas», y concluía diciendo que eso dependía de que «Rusia se decidiera a acabar con sus agresiones incesantes y sus esfuerzos para promover la revolución comunista; entonces, ella vivirá en paz con sus vecinos». Rusia podía ser persuadida de que le convenía convertirse en una buena vecina, pues de lo contrario podía encontrarse entre las «tenazas de una Europa unida por el Oeste y el Japón por el Este».

En relación con el Japón, yo observaba de nuevo: «El Gobierno británico, habiéndose servido del poder de los soviets en Europa, tendrá, a cambio, que dejar que los soviets se sirvan de su poder en el Este» y añadía, «una vez libres del enredo con los soviets, no tendremos necesidad de oponernos por más tiempo a la expansión natural del Japón en el norte de China, donde ellos buscan una salida a su excedente de producción y al exceso de población». Desde luego, ésta no sería la política que yo recomendaría hoy, pero en aquel tiempo cualquier forma de orden y paz era preferible al caos reinante en China. En la actualidad, mis proposiciones para proporcionar al Japón una salida adecuada son completamente diferentes. En aquel tiempo y en aquellas circunstancias, yo proponía en el Este exactamente los mismos principios básicos para construir la paz: satisfacción de las necesidades primarias de todas las grandes potencias. Los estadistas británicos que, en aquel tiempo, trataban con los soviets olvidaron que el Japón no sólo era un viejo amigo, sino un tradicional y permanente aliado. Nuestro interés consistía precisamente en darle al Japón una salida así, ya que entonces podría aceptar el ser excluido de nuestros propios territorios, la India y los mercados coloniales. De esta forma, servíamos al mismo tiempo a la paz y a los intereses vitales del comercio británico, y hubiéramos frustrado la política soviética de promover «en la anarquía del norte de China un caldo de cultivo para el comunismo oriental».

Acababa mi razonamiento en la cuestión del Japón así: «La opinión de que debería ser animado a penetrar en el Norte de China, viene reforzada por el hecho de que así disminuiría su presión sobre el Pacífico, presión que amenaza Australia y Nueva Zelanda, y además, América podía convertirse en una parte interesada de este arreglo, no sólo por el Sur de China, sino también por la eliminación de la amenaza sobre las Filipinas y el repliegue de la presión general sobre sus zonas de influencia en el Pacífico». Les pedía «a aquellos que habían tanto del peligro amarillo» que «explicasen cómo puede superarse ese peligro mediante la práctica de una política que divide y debilita la civilización europea en beneficio de los intereses de la política soviética. Por el contrario, en la alternativa, podemos vislumbrar una concepción de la unión europea que extiende su unión y se combina con la política americana en aquellas regiones en que son afectados también los intereses de ese continente. En la síntesis final, la civilización blanca puede descubrir una política comprensiva que descansa sobre la realidad de los intereses mutuos...».

La esencia de esa política consistía en nuestro deber de «construir sobre el hecho básico de un dominio económico y una justicia para las naciones individuales». En particular, mi argumento era que no debíamos poner en peligro la salud de Inglaterra y Francia, sino asegurarla. Y ésta era una política factible cualquiera que fuese el sistema de gobierno prevaleciente en las distintas naciones, puesto que la soberanía nacional era preservada rigurosamente. Yo creía apasionadamente, por supuesto, en la dinámica y creadora influencia de ese nuevo impulso espiritual que ya he intentado describir, pero el bloque de cuatro potencias, compuesto por Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, era perfectamente posible sin que existiese similitud alguna en sus respectivos sistemas políticos si hubiésemos llegado a un acuerdo sobre los intereses mutuos de esta política común respecto a los asuntos extranjeros. Un objetivo espiritual común es deseable pero no imprescindible para abordar juntos determinados designios prácticos y limitados. Un Renacimiento puede conseguir maravillas, pero también puede tener éxito un sesudo trato de negocios. Aún creo que los términos fríos y realistas de esta política podían haber preservado la paz del mundo.

Naturalmente, este pensamiento político será combatido por todos aquellos que prefirieron una guerra mundial a desviarse lo más mínimo de sus ideologías favoritas o de sus queridos pensamientos, a pesar de los desastrosos efectos, hoy plenamente probados, que eso tuvo en la práctica. Dada mi experiencia de la histeria contemporánea, puedo adelantar tres probables objeciones fundamentales: esa política es inmoral, puesto que hubiera reducido el riesgo de guerra a base únicamente de satisfacer las apetencias de tres grandes potencias exactamente por el mismo procedimiento que se habían satisfecho las de Inglaterra y Francia durante más de un siglo; Hitler hubiera acabado por echar abajo el plan, pues su ambición desordenada iba mucho más allá de lo que le podía ofrecer este modesto plan; incluso si lo hubiera aceptado, hubiera sido sólo un truco para ganar tiempo en vistas a conseguir su objetivo real: esa supuesta dominación mundial.

Examinemos en primer lugar esa cuestión de la inmoralidad, y tengamos en cuenta de entrada que todo es relativo en el mundo real. ¿Puede existir política más inmoral que una guerra que produjo la muerte de veinticinco millones de europeos? ¿Hay algo más inmoral que una guerra que mató a 286.000 americanos y 1.506.000 japoneses? ¿Hay algo más inmoral que Hiroshima, la incineración, en un mundo que todavía sufría la pasión de la guerra, de toda una población cuando la guerra estaba ya virtualmente acabada? ¿Hay algo más inmoral que el asesinato a sangre fría, y a escala gigantesca, de prisioneros en los campos de concentración alemanes? ¿Hay algo más inmoral que abrasar vivos con bombas de fósforo a los integrantes de la población civil de una ciudad abierta como Dresde, y entre los que se encontraban algunos de nuestros propios hombres, que eran prisioneros de guerra? Ninguna de esas cosas hubieran ocurrido de no ser por la Segunda Guerra Mundial. ¿No fueron inmorales? ¿Eran menos inmorales que darle a Alemania, Italia y Japón una salida, una oportunidad para desarrollar una vida pacífica en regiones remotas, donde no había ninguna posibilidad de que chocaran con Inglaterra o con cualquier otra potencia europea?

¿Fue preferible la Segunda Guerra Mundial a devolverle a Alemania sus antiguas colonias mediante una solución nueva y perdurable de la cuestión colonial que diera a todos un trato justo? ¿Era preferible eso a la retirada que ha conducido al caos de la actual situación en África? ¿Qué fervor ideológico irá tan lejos como para afirmar eso? ¿Vale el actual status quo en este continente la muerte de 25.000.000 de europeos y la división y servidumbre de nuestro propio continente? En cualquier caso, una política europea unida, inevitablemente inspirada en este particular por la experiencia y la visión británicas, hubiera supuesto indudablemente un acuerdo razonable en aquellas regiones, que hubiera combinado la oportunidad para el genio creador de los europeos con el derecho de otros a una vida plena en su propio desarrollo. Hay sitio más que suficiente para todos en África, y la presencia alemana, en cooperación con la experiencia británica, hubiera constituido un poderoso factor adicional para una sana y ordenada evolución.

¿Valía realmente la pena plantar la semilla de otra guerra por mantener a Italia fuera de Abisinia y al Japón fuera de Manchuria? ¿Era la explotación financiera e industrial del Sur de China, hasta que le fue inevitablemente arrojada como un presente al comunismo, absolutamente necesaria? ¿Era realmente tan deseable frustrar la inmensa capacidad de organización del Japón en un ordenado desarrollo del Norte de China, que le hubiera supuesto una salida y una ocupación pacífica durante generaciones? En resumen, ¿valió la pena el sacrificio de Europa en la Segunda Guerra Mundial para servir en bandeja toda China al comunismo militante? ¿Hasta dónde puede llevar la locura los méritos del manicomio? Si eso es moralidad, el mundo está patas arriba. Indudablemente, la suma de todas esas políticas provocó la guerra, y ciertamente es legítimo pensar que una alternativa coherente hubiese supuesto, al menos, una razonable probabilidad de preservar la paz.

En este punto surge la segunda objeción: la de que los poderes del Eje, y en particular Hitler, hubieran boicoteado las propuestas que consideraran inadecuadas para satisfacer sus ambiciones, y que hubiera resultado, por tanto, en balde forzar las susceptibilidades morales de los estadistas occidentales. Desde luego que él no hubiese boicoteado esas ideas, pues ya he descrito su reacción en un detallado estudio de las mismas. En los asuntos internacionales nada debería ser calibrado por su apariencia ni las protestas verbales deberían ser tomadas en consideración por encima de los intereses reales en juego. Bajo estas reservas, y con el enérgico rearme de nuestro país contra cualquier evento como fondo, mi opinión es que un intento de arreglar las principales diferencias entre Inglaterra, Francia y Alemania, para asegurar la paz en Europa Occidental hubiera tenido éxito sobre semejantes bases. No estoy tan seguro, en cambio, de que el postrer intento de evitar un choque sangriento entre Alemania y Rusia hubiera tenido éxito, pues en mis entrevistas con él en 1935 y 1936, Hitler parecía considerar como posible un choque entre el nacionalsocialismo de Alemania y el comunismo de Rusia, aunque no probable, pues él lo único que deseaba era la unión de todos los alemanes. Él sabía por nuestras entrevistas, así como por mis escritos en *Geopolitik*, que yo deseaba evitar ese choque y salvaguardar la paz, pero que, por mi parte, yo no intervendría contra Alemania si eso ocurriera; además, no había ningún punto en que tratara de engañarme en estos asuntos. Lo interesante fue el aparente entusiasmo con que saludó los acuerdos que proponía en Europa Occidental y su aceptación de la visión general contenido en mi ensayo sobre un arreglo mundial. Algunos considerarán toda su actitud como un truco, pero en este caso resultaría un truco bastante fútil.

Y así, volvemos al argumento principal; todo lo que hacía Hitler no era sino un subterfugio para enmascarar su objetivo real, la dominación del mundo. Esto significaría que él hacía a escala gigantesca lo que hacen hoy los estadistas a pequeña escala; contradecir al llegar al poder todo lo que se dijo cuando se estaba en la oposición, actuar con respecto a los miembros y la política del partido como un prestidigitador casero, reducir la política a un juego a tres cartas practicado en un bar. La mejor respuesta a todo esto es, naturalmente, que nada de este tipo hubiera podido salir adelante; ni siquiera en pequeña escala puede esto triunfar en cuanto la situación se pone grave, y desde luego no hubiera triunfado a gran escala en las condiciones a las que se tenía que enfrentar la Alemania de 1939.

Resumí en *The Alternative* (1947) las tareas a las que se hubiera tenido que enfrentar cualquier país que pretendiera la dominación mundial: «Entonces no se trataba de arrojar sobre las principales ciudades de los

países enemigos algo que borrara de la faz de la tierra y en cuestión de segundos todo rastro de vida civilizada. La conquista entrañaba la ocupación de los países con efectivos considerables, y el problema en 1939 había que considerarlo en estos términos. Por ello, hay que preguntarse, ¿puede alguien en sus cabales imaginar a los granaderos alemanes marchando a perpetuidad en persecución de movimientos subterráneos y eternamente disidentes sobre la inmensa faz de la tierra, desde las estepas de Rusia a las praderas de América, cruzando los desiertos del Sahara o de Gobi hasta que al fin su malhadada figura chocara con algún lama inconformista en las remotas lejanías del Tibet? Porque, en las condiciones de entonces, ése hubiera sido el agotador destino del soldado alemán si sus gobernantes hubiesen acariciado la idea de dominar al mundo, y hubiesen tenido el considerable éxito inicial de derribar por la fuerza de las armas a los gobiernos establecidos de todas las grandes potencias de la tierra. Las tropas alemanas tendrían que haber ocupado toda la tierra y todo el pueblo alemán hubiera derrochado sus vidas y sus energías vitales en una incesante lucha guerrillera».

Sin embargo, todavía podría decirse: Hitler no estaba en sus cabales, ya estaba loco y lo hubiese intentado. En ese caso, ¿cuánto tiempo hubiera durado él, con un Estado Mayor alemán que tenía que preparar tan gigantesca empresa, y un pueblo alemán que había aceptado con entusiasmo la idea contraria: que la salvación residía en la unión de los alemanes y el desarrollo de las tierras de sus padres, y que mezclarse con pueblos extranjeros suponía el desastre? Cualquier intento por parte de Hitler para preparar algo de ese tipo hubiera supuesto el camino más rápido para que se deshicieran de él. Si él hubiera intentado seriamente organizar semejante empresa, que debería haber estado clara en sus objetivos desde el principio para una gran cantidad de gente, le hubieran dejado solo, no hubiera durado ni cinco minutos. En realidad, todo lo que hizo estaba bien calculado para asegurar el apoyo entusiástico del pueblo alemán, y la aquiescencia del Estado Mayor, y por eso tuvo esos resultados. De otra manera, el pueblo alemán nunca hubiera resistido, a través de sacrificios sin precedentes, luchando durante seis años con el mundo en armas hasta la última onza de energía y la última gota de sangre.

En *The Alternative*, tras un detallado examen de esta fantasía, preguntaba: «¿Resulta entonces desorbitado creer que la dirección alemana prefiriera el concepto completamente racional de pueblo germánico que permanece en casa para construir su propio país y su espacio vital, una vez conseguidos los recursos necesarios para crear una civilización independiente de la anarquía mundial? De hecho, toda su doctrina exageraba esa posibilidad de acuerdo con los standards prevalecientes en Inglaterra. El Partido Nazi se concentró sobre la idea de llevar a todos los alemanes que vivían en Europa a un bloque homogéneo en el seno de un espacio vital geográficamente unido».

La garantía que el Gobierno británico dio a Polonia se cruzaba claramente con la dirección de Alemania hacia el Este en pos de una unión de sus poblaciones separadas. Es cierto que si Hitler hubiese jugado sus cartas con más paciencia y habilidad, podría haberse evitado el peligro principal. Pero, por otro lado, la garantía dada a Polonia por nuestro Gobierno británico era simplemente una petición de guerra. Si nosotros hubiésemos perdido una guerra y como consecuencia de ella el Lancashire hubiese quedado separado del Yorkshire por un corredor adjudicado a una potencia extranjera por un tratado de paz universalmente considerado como monstruoso, ¿cómo habiéramos reaccionado si ese status quo hubiese sido garantizado por Alemania bajo la amenaza de una guerra? ¿No se habría alzado contra eso el pueblo británico? ¿Qué intereses confesables podía tener nuestro pueblo en esas garantías a las inflamadas proclamas de Polonia? ¿Qué se nos había perdido a nosotros en Polonia, excepto la pasión de los partidos por detener a Alemania a toda costa a base de rodearla en todos los frentes? Repito mi pregunta: ¿No era esa política, sencillamente, una llamada a la guerra?

La garantía polaca vino al final de un largo, vacilante y tortuoso movimiento destinado a cercar a Alemania por su frente oriental; esto fue fatal. No sólo convenció claramente a Hitler de que la guerra era inevitable, sino que alteró toda la estrategia y toda la política de Inglaterra. Mientras se tratara de defender a Inglaterra y a Europa Occidental, estábamos en condiciones de cuidar de nosotros mismos. Pero en cuanto intentáramos frenar la expansión alemana al Este, teníamos que depender de otros. Este objetivo sólo podía cubrirse combatiendo a Alemania hasta destruirla, y para eso las fuerzas de Inglaterra y Francia eran completamente inadecuadas. Para cumplir este plan, Inglaterra debía llamar en seguida en su ayuda a Rusia y América, y eso significaba que el futuro de Inglaterra y Europa pasaría a otras manos. Solos, podíamos impedir que Alemania nos derrotara, pero no podíamos derrotar solos a Alemania.

La política de dotar a Inglaterra de una fuerza aérea similar a la de cualquier otro país del mundo, que yo había propugnado desde 1932, hubiera salvado indudablemente a nuestro país de cualquier riesgo de invasión. Si los alemanes, con sus fuerzas muy superiores numéricamente, no pudieron cruzar el Canal en 1940 por la heroica resistencia de los pilotos de los «Spitfires», ¿qué esperanza hubieran tenido de derrotarnos si nuestras defensas aéreas, en lugar de ser traicionadas, hubieran sido fortificadas hasta el punto de ser iguales a las suyas? No es sólo orgullo por el arma aérea, en la que previamente había servido, lo que inspira mi convicción de que la aviación británica, en condiciones de igualdad, no puede ser derrotada. Es algo que está demostrado por lo que ocurrió, a pesar de las desiguales condiciones, y esa confianza está sostenida por la singular combinación de cualidades físicas y tradiciones que dan al inglés una rara aptitud para el combate aéreo.

Una fuerza aérea británica igual a la de los alemanes no sólo hubiera asegurado la inmunidad de estas islas, sino que hubiera sido también un poderoso factor a tener en cuenta en la invasión de Francia por parte de Alemania. Si nuestra unión defensiva hubiese sido fortalecida anteriormente por el «modernizado y mecanizado Ejército» que yo propugnaba, Francia podía haber sido defendida también sin necesidad de intervenciones exteriores a Europa. Desde luego, ése hubiera sido el caso si una política exterior británica clara y decidida le hubiera demostrado a Francia que no podíamos intervenir en Europa Oriental, pero que podíamos establecer un plan conjunto de defensa masiva para el caso de que tuviéramos problemas en el Oeste. Francia fue arrastrada con reticencias a nuestras aventuras orientales, y no hubiera sido pedir demasiado el concentrarse, de modo eficaz y realista, sobre las verdaderas bases de toda la política francesa, que se resumen en el mantenimiento de la inviolabilidad de Francia.

La política contraria de descuidar nuestras defensas mientras se avecinaba una explosión en el Oeste, al tiempo que se procuraba el cerco de Alemania por el Este, entrañaba también la derrota y la ocupación de Francia. Esto significaba además la intervención, tan pronto como el Gobierno británico o el desarrollo de la guerra lo exigiera, de potencias exteriores, América y Rusia. Y esto, a la postre, quería decir la división y ocupación definitivas de Europa por esas potencias exteriores. Esta secuencia de fatalidades se inició con la oposición a la expansión oriental de Alemania por potencias que habían descuidado sus propias defensas hasta el punto de que no estaban en posición adecuada ni siquiera de defenderse a sí mismas. Es siempre un error, cuando te enfrentas a un enemigo fuerte, limitarte a investigar hacia dónde quiere moverse y correr alrededor del mundo para frustrar lo que está haciendo. Si esta peligrosa fantasía va acompañada de la creencia de que puedes hacer eso sin contar siquiera con las armas necesarias para defenderte a ti mismo, es que estás próximo a una insania cierta. Sin embargo, en una serie de apasionados espasmos, que no pueden considerarse como política, el Gobierno británico se aproximó mucho a este estado en los años anteriores a 1939 y transmitió su contagiosa histeria a los otros.

La serie extraordinaria de intrigas políticas internas y maniobras externas en los asuntos internacionales mediante los cuales el Gobierno británico se arrastró tambaleante hasta esa insostenible posición, bajo todo tipo de impulsos emocionales excepto los auténticos intereses de Inglaterra, han sido ahora descritos por historiadores autorizados. Yo no tuve parte en todo aquello, pues hacía tiempo que había adoptado la clara postura de defender el Oeste pero no intervenir en el Este. Ahora estoy convencido, como lo estuve entonces, de que esta política podía haber salvaguardado la paz de Inglaterra y la de Francia, y haber asegurado la inviolabilidad de todo el territorio del Imperio británico. Inglaterra podía haber sido armada para defenderse de una Alemania debilitada por las prolongadas luchas orientales, si hubiese estado lo suficientemente loca como para atacar en el Oeste, y hubiéramos tenido tiempo más que suficiente para ganar aliados reales y potenciales, como Francia y América, y persuadirles para entrar a formar parte de acuerdos mutuos en orden a una defensa bien preparada. En el peor de los casos, esta política afirmaba el claro principio, lleno de sentido, de que es mejor luchar mañana con armas que luchar hoy sin armas.

La política que hizo inevitable la intervención en Europa de potencias exteriores no sólo dividió a Europa sino que liquidó el Imperio británico. Churchill desde luego no deseaba la destrucción del Imperio, pero Roosevelt indudablemente sí. Podíamos haber anticipado razonablemente que nuestro aliado occidental se uniría a nosotros en la resistencia al comunismo, pero que él estaba más interesado en ciertos propósitos vagos de nebulosos principios liberales que perseguían el fin de nuestro Imperio; y Roosevelt, al final de la guerra, estaba en una posición mucho más fuerte que Churchill para hacer cumplir sus deseos. Este fenómeno podía haber constituido una sorpresa para alguien que no conociera bien a Roosevelt, que estuviese poco familiarizado con el confuso pensamiento liberal americano, pero que cualquiera pueda sentirse desilusionado respecto de Stalin es algo realmente asombroso. ¿Era presumible que aquellos hombres abjurarían de los principios que les habían llevado tan lejos en su larga y dura marcha desde Siberia hasta el Kremlin sólo porque habían aceptado alguna ayuda de Inglaterra para evitar la derrota en la Segunda Guerra Mundial o porque hubieran disfrutado en algunos banquetes de la compañía de Winston Churchill?

Sin embargo, estas ilusiones se reflejan en los propios libros y discursos de Churchill, y también sus amargas consecuencias: «No es exageración ni cumplido florido cuando digo que considerábamos la vida del mariscal Stalin como la más preciosa de las vidas y esperanzas de todos nosotros... Creíamos que teníamos un amigo en quien podíamos confiar...»¹⁸⁴. «Así que llené un vasito de viejo brandy para él y otro para mí. Le miré significativamente. Vaciamos nuestros vasos con una mutua mirada de aprobación»¹⁸⁵. A la mañana siguiente tuvo lugar el discurso de Sir Winston en la Conferencia de Blackpool de octubre de 1954: «Stalin fue durante años el dictador de Rusia, y lo que más he estudiado de su carrera, lo que más me chocaba en él fueron los terribles errores que cometió y la extrema rudeza que demostraba hacia los hombres y las masas con quienes actuaba. Una vez que Hitler había sido destruido, Stalin se convirtió a sí mismo en nuestro principal motivo de preocupación. Cuando nuestra victoria común era ya segura, su conducta dividió al mundo de nuevo. Parecía moverse en alas de un sueño de dominación mundial. Redujo a un tercio de Europa a la condición de satélite

¹⁸⁴ *Triumph and Tragedy* (Macmillan, 1954), pág. 315.

¹⁸⁵ *Ibíd.*, pág. 579.

soviético bajo la compulsión del comunismo». Los dirigentes de Inglaterra se encontraron al final con la pesadilla de un nuevo intento de dominación mundial, realizado además sobre un cuarto del total del mundo; pero esto es algo que sí debían haberlo esperado siempre.

Al mismo tiempo, nosotros, no sólo sufríamos la división física de Europa en favor de las triunfantes potencias de fuera, sino que además éramos asaltados a lo largo de todo el Imperio en nombre de los principios políticos que habían sido utilizados para derrotar a Alemania. Las doctrinas extremas del liberalismo americano se combinaban con la propaganda subversiva del comunismo ruso que eran difundidas por el Gobierno británico a través de todos los medios a la opinión mundial. No sólo estábamos tan agotados físicamente por el esfuerzo de guerra que se hacía muy difícil mantener nuestra posición, sino que además la posición moral del Imperio británico estaba minada por la política explosiva que se había empleado contra Alemania.

Es cierto que tenían que producirse muchos cambios en la debida sucesión, pero de una forma consciente y ordenada y no por medio de las improvisadas explosiones de una demolición indiscriminada. En realidad, fuimos volados por nuestro propio petardo; el mayor ejemplo de autodestrucción de toda la historia. Los herederos y beneficiarios que nosotros mismos habíamos introducido en la escena estaban listos y deseosos de hacerse cargo de la herencia; América se apropió rápidamente del comercio mundial y la posición financiera de Inglaterra, y Rusia se preparaba a su manera para apropiarse en última instancia de nuestro poderío imperial mediante la utilización preliminar del liberalismo americano. Su acción en Europa fue incluso más directa: Europa fue dividida en dos grupos de potencias satélites, con Inglaterra amarrada a América como única alternativa posible a morir bajo el dominio ruso.

Los buenos y los píos pueden responder a todo esto que están dispuestos a sacrificar los intereses de su país y de su continente para obedecer al último mensaje que han recibido a través de su teléfono privado con el cielo. Ellos tienen que admitir que hemos perdido mucho, pero arguyen que fue para cumplir un deber moral. Podemos iniciar un examen de esta versión con la siguiente pregunta: ¿Es moral una calle de una sola dirección? ¿Acaso la conciencia moral funciona sólo cuando es Alemania el enemigo y, en cambio, no funciona nunca cuando lo es Rusia?

Esto nos lleva directamente a la cuestión ulterior que parte de la premisa de que la política sólo puede ser juzgada en último término por sus resultados, por una comparación de los objetivos declarados con los fines conseguidos. ¿Cuáles eran nuestros objetivos de guerra y cuáles fueron sus resultados? Nosotros nos lanzamos a la lucha para salvar y liberar a Polonia y otros pequeños países del opresor germano. Mientras Sir Winston Churchill era primer ministro, en agosto de 1954, hice un resumen de la situación de la posguerra que todavía considero válido en su mayor parte: «Europa dividida y arruinada; la esclavización del Este de Alemania, Austria, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y los Estados bálticos, aparte del envalentonamiento y la subsecuente traición de Polonia; las bombas de fósforo durante la guerra y las bombas atómicas después de la guerra fueron los logros efectivos; Nuremberg y la paz de la venganza emponzoñan Europa durante una generación; y todo esto, no para la mayor gloria, sino para la destrucción del Imperio británico».

Esta situación prevalece aún en su mayor parte sin que un solo dedo se haya alzado ni en Inglaterra ni en América para liberar a aquellos cuya libertad garantizamos un día. ¿Pueden ellos responder a esta acusación? «La guerra se libró para evitar que los alemanes se unieran a los alemanes; Danzing era una ciudad alemana y el corredor polaco había sido considerado durante veinte años por toda la opinión de Europa y América, algo que merece la pena recordarse, como el mayor escándalo de un tratado inicuo. El resultado de una guerra que se libró en nombre de la libertad ha sido el sometimiento de diez pueblos no rusos a los soviets, y siete de ellos ni siquiera son pueblos eslavos.»

¿No se nos ha dicho que luchamos por un principio moral, pero que después de la guerra éramos demasiado débiles para defenderlo? Ahora se admite que nunca estuvimos en condiciones de hacer honor a nuestra palabra, ni cuando firmamos con Polonia el tratado contra Alemania. ¿Consiste entonces la moralidad en contraer compromisos a los que no se puede hacer frente, en firmar cheques sin fondos? En cualquier caso, lo intentamos — dirán —; fuimos a la guerra y, aunque no pudimos salvar a Polonia, hicimos todo lo que estaba de nuestra parte. Nosotros respondemos: ¿Es que lo intentamos sólo cuando se trata de una guerra contra Alemania, y nunca cuando se trata de una guerra contra Rusia? ¿Cuáles son las influencias o las fantasías que hacen posible una moralidad tan disparatada? A qué cenagal de embustes, confusiones y desastres nos ha llevado esa voluntad, ese manojo de prejuicios y pasiones disfrazados de moralidad.

Estos metafísicos de la moralidad en los asuntos exteriores se verán en un buen aprieto a la hora de defender sus tesis, cuando las nubes de la guerra se hayan disipado finalmente y una nueva generación exija respuestas claras. Aún más difícil encontrarán defender su postura frente a mis argumentos de aquel tiempo, que van dirigidos ahora directamente al pueblo británico por el posterior desarrollo de la situación a partir de 1954: «El surgimiento por todas partes de una turbulenta izquierda, es, naturalmente, no sólo consecuencia de la victoria rusa, sino un demonio directamente inspirado y controlado por una triunfante y vigorosa política soviética. El resultado es ya la demolición de todo aquello por lo que Churchill luchó en su día. Es una buena cosa — dirán algunos — que desaparezca todo lo anacrónico y caduco. Es cierto que el viejo orden debe

alejarse y dar paso a nuevas formas, pero sólo debe ceder ante ciertas nuevas formas de orden, basadas en ideas coherentes. El arrojar a poblaciones primitivas a la anarquía, en beneficio del comunismo, es un proceso que ni Churchill ni ningún hombre sano de ideas diferentes puede aprobar. Y sin embargo, ése ha sido el resultado de la debilidad de Inglaterra y la postración de Europa».

Esta denuncia de los hombres que habían dirigido Inglaterra durante toda mi vida política y a los que me opuse inútilmente durante algunos años, continuaba con la amargura de esta inmensa catástrofe para subrayar que en mi juventud ellos habían «fundado el Imperio británico, el más fuerte y rico poder sobre la tierra. Nosotros poseíamos entre un cuarto y un quinto de la superficie del globo; nosotros manteníamos un doble standard de poder naval que nos hacía dos veces más fuertes que cualquier otro país en nuestra esfera de defensa vital; nuestra industria era tan vigorosa, y nuestra posición tan influyente, que nuestras exportaciones excedían ampliamente a nuestras importaciones y mandábamos en los mercados internacionales gracias a este sistema de comercio; el resultado favorable de la balanza de pagos nos proporcionaba una riqueza procedente del exterior de al menos cuatro mil millones de libras ¹⁸⁶, el pago de cuyos intereses era como una especie de tributo anual que hubiera podido elevar considerablemente el nivel de vida inglés; nuestro Imperio contenía gran cantidad de minerales y materias primas, que estaban esperando solamente un poco de energía, dirección y una parte de nuestros grandes recursos para su desarrollo; la diversidad de mano de obra y riquezas que poseía entonces el Imperio británico podían haber sido moldeadas, partiendo de esa soberbia herencia, hasta conseguir el más alto nivel de bienestar material y la más acabada forma de civilización que el mundo haya conocido nunca. Un milenio de genio y heroísmo lo crearían; el genio de una dirección inspirada y el heroísmo de un gran pueblo...».

Ahora, el Imperio británico está liquidado como resultado directo de la guerra. Continuaba yo en 1954: «Los navíos americanos controlan el mar y los barcos británicos son mandados por los almirantes americanos en la defensa de nuestra patria... Los aviones americanos con sus bombas atómicas ocupan también Inglaterra para salvar al pueblo inglés del mismo poder de los soviets... Los Dominios están protegidos por acuerdos especiales con América de los que es excluida Inglaterra; nuestro antiguo superávit en la balanza de pagos ha desaparecido y, en su lugar, un precario y coyuntural equilibrio se estremece al borde del abismo cada vez que se levanta una ligera brisa del otro lado del Atlántico; nuestras viejas inversiones extranjeras han desaparecido casi por completo y las pocas que quedan tienen tomado en prenda al Exchange Control como garantía frente a la próxima crisis; los recursos que podían haber desarrollado el Imperio están esparcidos por los vientos de la guerra; la mano de obra del Imperio colonial, que en ciertas condiciones se hubiera unido tan espontáneamente en un gran proceso de desarrollo lleno de beneficios mutuos, también ha desaparecido o bulle inquieta bajo la debilitada garra de un gigante tembloroso. El Imperio británico ha perdido la confianza en sí mismo y no ha aprendido a confiar en nada, no tiene esperanzas ni ideas. Inglaterra —la tierra del genio, la bravura, la energía, el liderazgo eterno y la inspiración creadora— permanece humillada, sombrero en mano, suplicando la ayuda de sus hijos americanos, y murmura fatigadas excusas mientras se arrastra fuera del Imperio, de Europa, de las posiciones de mando y de la historia».

Unos pocos hombres, turnándose en los sillones del poder, han dirigido Inglaterra a lo largo de toda mi vida política. Yo me he opuesto a sus políticas desde el principio hasta el final y he propugnado invariablemente alternativas constructivas. Cuando comparaba la Inglaterra que heredaron de sus antepasados con la Inglaterra que legarán a sus sucesores, me veía obligado a decir: «¿Hubiera sido posible que tan pocos hombres hayan llevado tal grandeza tan bajo de no ser por la derrota de su pueblo en la guerra?»

¿Debería yo ahora ajustar los hechos y admitir la injusticia de este ataque? La situación, desde 1954, sólo ha experimentado un cambio sustancial, que consiste en la amplia restauración de nuestra posición en las inversiones exteriores, gracias a los esfuerzos de la industria y las finanzas británicas, y a un trasnochado cambio en la dirección de los pasos de nuestro Gobierno, bajo la presión de la necesidad, hacia Europa en lugar de fuera de ella.

Aparte de eso, cualquier observador de la escena mundial habrá podido observar únicamente que, desde que fue escrito este resumen, se ha producido un agravamiento y una aceleración de todas las tendencias que entonces observé; en primer lugar, la disolución última del Imperio británico. Es cierto que el orden y la sociedad de la abundancia prevalecen todavía, pero sobre el filo de la navaja de nuestra precaria situación económica en el seno de las principales naciones del Oeste. Pero por todas partes la desintegración degenera en anarquía, como consecuencia directa de los principios y de los aliados con los que nos embarcamos en la guerra. Evidentemente, los soviets nos ayudaron a conseguir la victoria luchando a nuestro lado, pero ahora estamos pagando el precio de esa ayuda. Además, cuando entramos en la guerra, nuestros rectores ni siquiera sabían de qué lado lucharía el Gobierno de los soviets, puesto que acababa de firmar un tratado con Alemania. Si Rusia hubiera entrado en la guerra del otro lado, probablemente eso hubiera supuesto el desastre de una derrota final.

El resultado de esta guerra sólo podía ser la tragedia: perdimos el Imperio y si sólo hemos sufrido un triunfo parcial del comunismo ruso es porque fuimos salvados de su victoria universal por la imprevista e

¹⁸⁶ Valor de 1939.

imprevisible invención de la bomba H por los científicos. Yo sostengo la validez de aquella alternativa política: rearme de Inglaterra hasta dotarla de una fuerza aérea igual a la de cualquier potencia del mundo, complementado con una fuerte flota y un ejército mecanizado que hubiera permitido intervenir directamente en el continente en defensa de Francia; esta fuerza debía combinarse con una política exterior firme e inteligente que renunciara a toda intervención en el Este de Europa y se limitase a defender nuestros intereses en el Imperio británico y el Oeste de Europa. Todavía estoy convencido de que esta política era acertada, pero concedo de buena gana que otros podían defender honradamente la opinión contraria. El estallido de la guerra queda ya a casi treinta años detrás de nosotros y los años de paz que han seguido han hecho surgir nuevos problemas, nuevas políticas, nuevas armas, nuevas potencias y nuevas posibilidades de creación inmensa o de destrucción ilimitada. Sería una locura que los europeos continuaran divididos de cara a un mundo nuevo por la amargura de las querellas pasadas. La situación que se avecina requiere la unión de todos los hombres que, al menos, hayan probado su integridad al servicio de una verdad en la que ellos creían.

21. ACCIÓN ANTE LA DECLARACIÓN DE GUERRA. ENCARCELAMIENTO BAJO LA 18 B

Lloyd George se opuso tenazmente a la guerra en que se vio envuelta Inglaterra antes de que encabezara y organizara la victoria durante la Primera Guerra Mundial. Por su oposición a la Guerra Boer incurrió en una extrema impopularidad y provocó la circulación de anécdotas tan legendarias como su huida del Birmingham Town Hall disfrazado de policeman, por lo que fue objeto después de un buen número de caricaturas por parte de los conservadores. En aquella época, él salió en defensa de su actitud con las siguientes palabras: «¿Es necesariamente un traidor todo político que se opone a una guerra mientras ésta se prepara? Si esto fuera así, Chat-ham habría sido un traidor y no digamos ya Burke y Fox; y en los últimos tiempos Cobden y Bright y hasta Mr. Chamberlain (Joseph) serían todos unos traidores». Nadie fue tan imprudente como para llamarme traidor a mí por mi oposición a la Segunda Guerra Mundial, excepto un M. P. por Norfolk, de nombre Sir Thomas Cook. Dice mucho en favor del sistema judicial británico el que no pudiera perseguirle por difamación, al tiempo que permanecía en prisión bajo la Ordenanza 18 B; publicó una honrada rectificación y pagó los daños correspondientes en cuanto se dio cuenta de que aquello no se podía tener en pie.

Lloyd George se refería a un hecho bien conocido de la historia inglesa: los políticos consideraban un hábito honrado y patriótico el expresar su opinión en contra si creían que una guerra era errónea. El Partido Laborista, lógicamente, no podía denegar este derecho, por cuanto el mismo Ramsay MacDonald había encabezado la oposición a la Primera Guerra Mundial. Esta posición fue confirmada con ocasión de la crisis de Suez de 1956 por Mr. Douglas Jay, posteriormente presidente del Board of Trade en un Gobierno laborista: «No podemos olvidar que Chatham, Charles James Fox, Gladstone y Lloyd George llevaron todos a cabo enérgicas campañas políticas contra lo que ellos consideraban guerras injustas libradas por los Gobiernos tories. Oponerse a guerras semejantes es una honorable tradición británica». Entonces, ¿por qué se mostró el Partido Laborista tan inclinado a silenciarme durante la Segunda Guerra Mundial con una ordenanza especial que permitía el encarcelamiento sin pruebas?

Un prominente miembro del partido nos proporciona una cierta respuesta. Hugh Ross-Williamson, el autor y dramaturgo, escribió ¹⁸⁷: «Durante la Conferencia de Bournemouth del Partido Laborista en 1940, uno de los principales temas de conversación en las charlas "no oficiales" era si los líderes laboristas habían puesto o no como condición para su entrada en el Gobierno el arresto y encarcelamiento de Mosley. La creencia general era que lo habían hecho (o, al menos, que debían haberlo hecho) y, aunque el asunto evidentemente no puede probarse, esto es aún aceptado por muchos de nosotros como la razón real que dio lugar a la 18 B». Una semana después el mismo autor escribía: «... Me permito hacer una aclaración adicional sobre la carta que escribí la semana pasada en relación con el asunto en cuestión. Cuando escribí aquello, yo no tenía, desgraciadamente, acceso al Hansard, y siento haber confiado en mi memoria en materia de fechas. La Enmienda a la Ordenanza 18 B que hizo posible el arresto de Mosley fue dictada en la tarde del 22 de mayo (Hansard, 23 de mayo de 1940). Ese día fue el segundo de sesiones tras la unión de los laboristas al Gobierno, y habían pasado ya cuatro tras la clausura de la Conferencia de Bournemouth del Partido Laborista» ¹⁸⁸. ¿Hubiéramos sido encarcelados si algunos líderes laboristas no lo hubieran puesto como condición para su ingreso en el Gobierno? ¿Hubiéramos sido liberados, cuando se habían examinado todos los hechos, si no se hubiera ejercido una fuerte presión política? Mr. Churchill le dijo a Lord Moran (30 de noviembre de 1943): «El Gobierno puede soltar a Mosley. Bevin está dando coces». Anteriormente, Mr. Churchill había escrito a Mr. Morrison: «En el caso de Mosley hay mucha presión por parte de la izquierda, en el caso del Pandit Nehru por parte de la derecha» (Second World War, vol. II, Apéndice A).

Ahora puedo pedirle al lector que considere lo que hubiera hecho cualquiera en mi caso, creyendo, como yo creía, que la guerra era un tremendo y posiblemente desastroso error; resulta difícil, ya lo sé, para quien piense que mis opiniones eran equivocadas. Pero, una vez con esas opiniones, ¿qué podía o debía hacerse? Por supuesto, podíamos, tras expresar nuestras ideas, haber cerrado la boca y habernos presentado voluntarios para ir a la guerra. Eso hubiera resultado muy fácil para mí, puesto que yo ya había sido un soldado; podía haber intentado reintegrarme a mi regimiento. Pero eso hubiera significado denegar al pueblo británico toda oportunidad de expresar su deseo de una paz negociada, si es que deseaba tal cosa. En ese caso, la guerra continuaría hasta un punto en que yo sabía resultaría desastrosa para nuestro país. Había una posibilidad real de conseguir una paz negociada durante lo que yo llamé la guerra verbal de 1939-40, antes de que empezara la lucha en el Oeste, y me pareció legítimo que se alzaran algunas voces en favor de esa alternativa y que el pueblo tuviera la oportunidad de apoyarla si así lo deseaba.

¹⁸⁷ Truth, 17 de julio de 1942.

¹⁸⁸ Truth, 24 de julio de 1942.

Por todos lados se ponía entonces mucho énfasis en asegurar que la expresión de opiniones era absolutamente libre en Inglaterra y que, en realidad, nosotros estábamos luchando por mantener esas libertades básicas. En semejante situación, consideré una cobardía permanecer en silencio sólo porque la expresión de mis opiniones pudiera hacerme impopular. Nos habían repetido una y otra vez que en Inglaterra todo el mundo tenía derecho a decir lo que pensaba, y en esas condiciones, una política que eluda el decirlo puede que salve su propio pellejo, pero desde luego está faltando a sus deberes para con el país.

Si yo hubiera sido personalmente responsable del Gobierno en tiempo de guerra, hubiese utilizado el método de la movilización general para el servicio del país en todos sus aspectos. Creo que es correcto, y lo hubiera hecho. Si un gobierno ha actuado así y me dice, como a soldado regular que fui en mi profesión original, que me aliste en mi regimiento, yo no hubiese dicho ni una palabra y me hubiera limitado a unirme a mi unidad y a obedecer órdenes. Me hubiera convertido de nuevo y sin transición en un soldado y hubiese seguido implícitamente la disciplina y la tradición del servicio. Pero este procedimiento tajante, seguido en todos los países europeos, no va con la gozosa confusión de nuestro pensamiento político. Resulta chocante decir: el país está en guerra; obedece órdenes o sufrirás las consecuencias de tu indisciplina. Nosotros, los ingleses, dejamos tales brusquedades para los europeos y, en cambio, decimos: como en toda democracia normal, la discusión es libre para todos, di lo que quieras; pero si te tomas en serio nuestras libertades, te pondremos entre rejas bajo alguna taimada ordenanza aprobada en secreto cuando el Habeas Corpus ha sido suspendido en un momento de pasiones populares. El Habeas Corpus — la piedra angular de la libertad británica — está siempre ahí, salvo cuando es necesario.

Antes de que mis lectores juzguen si nuestra conducta fue acertada o errónea en las difíciles condiciones en que fuimos colocados, si el Gobierno se comportó con prudencia y nobleza en su trato hacia nosotros — posiblemente no pueda esperarse nobleza en una guerra, pero la prudencia en cambio debe exigírsele siempre a los gobernantes —, debo describir con exactitud lo que hicimos ante la declaración de guerra. Las razones que nos llevaron adoptar la difícil decisión de oponernos a la guerra han sido detalladas ya, y no necesitan repetirse. El dilema político que nos impusimos consistió en permanecer completamente leales a nuestro país, al tiempo que le dábamos a su pueblo la oportunidad de expresar su voluntad de conseguir una paz negociada, si era eso lo que deseaba.

En aquella ocasión, decidimos cursar ciertas instrucciones a nuestros partidarios y, al mismo tiempo, desencadenar una campaña intensiva de mítines públicos en favor de la paz. Las instrucciones que cursamos ante la declaración de guerra rezaban como sigue: «Mi mensaje a nuestros partidarios es claro y sencillo. Nuestro país está envuelto en una guerra. Por consiguiente, os pido que no hagáis nada que pueda perjudicar a nuestro país, o ayudar a cualquier otra potencia. Nuestros miembros deben hacer todo lo que la ley exige de ellos, y si son miembros de cualquier arma o servicio de la Corona, deberán obedecer sus órdenes y, sobre todo, guardar las reglas de su servicio... Hemos dicho cientos de veces que, si la vida de Inglaterra estuviera amenazada, lucharíamos de nuevo...» (1 de septiembre de 1939).

Esta línea de actuación fue seguida consecuentemente. Por ejemplo: «1) Queremos la paz y debemos esforzarnos por persuadir al pueblo británico de que declare sus deseos de paz. 2) Estamos decididos a asegurar por todos los medios a nuestro alcance que la vida y la seguridad de Inglaterra sean preservadas mediante defensas adecuadas hasta que pueda llegar la paz» (14 de marzo de 1940).

Desencadenamos una campaña por todo el país en favor de una paz negociada y tuvieron lugar algunos de los mayores y más entusiastas mítines que yo haya presidido nunca. Esto constituyó una sorpresa para mí, pues MacDonald me había descrito con frecuencia sus experiencias de oposición a la Primera Guerra Mundial y me había hablado del violento fracaso de sus mítines y de la impopularidad universal en que había incurrido. Yo esperaba una recepción parecida a nuestra campaña, pero en aquella época estábamos todavía en la fase de la guerra verbal y el ambiente era muy diferente del de los comienzos de la Primera Guerra. Recuerdo muy bien el estallido de entusiasmo de las multitudes de Londres cuando la guerra de 1914, pero nada parecido tuvo lugar en 1939. Muy al contrario, enormes muchedumbres, no sólo escuchaban, sino que aplaudían nuestras exigencias de una paz negociada, que, según nosotros, hubiera dejado intacta cada pulgada de territorio británico. A pesar de ello, dos elecciones secundarias en las que hicimos un test de opinión con improvisadas campañas electorales, nos proporcionaron un número muy escaso de votos: la aplastante mayoría del pueblo estaba indudablemente a favor de la guerra.

Nuestros principios nos llevaban a decir que, si el pueblo británico era invadido, abandonaríamos inmediatamente la campaña en favor de la paz y combatiríamos al enemigo. Ésa era, por supuesto, nuestra firme intención, y estoy seguro de que nuestra orden hubiera sido seguida por todos nuestros partidarios. Tras el colapso de los Países Bajos, y en vísperas de la invasión de Francia, sacamos la siguiente declaración: «Según la prensa, circulan rumores de una invasión de Inglaterra... Si ese acontecimiento se produce, todos los miembros de la Unión Británica estarán a disposición de la nación. Cada uno de nosotros resistirá al invasor extranjero hasta el último aliento. A pesar del corrompido Gobierno actual, a pesar de lo mucho que detestamos su política, nos incorporaríamos al esfuerzo de la nación unida hasta que el invasor extranjero fuera expulsado

de nuestro suelo. En una situación así, no existe ninguna duda sobre la actitud que adoptará la Unión Británica» (9 de mayo de 1940). La noche siguiente al día en que se publicaron estas palabras, éramos arrestados.

Puede objetarse que nuestra actitud era impracticable, pues si realmente estábamos dispuestos a luchar, lo que debíamos haber hecho, en lugar de enzarzarnos en una campaña de discursos, era haber emprendido ciertos entrenamientos preliminares; hay una cierta fuerza en esta objeción. Estoy convencido que yo personalmente hubiera sido, al menos, tan efectivo como la mayoría de los que habían disfrutado de las ventajas de la Home Guard y que se entrenaban entonces para que los vieran en sus notables marchas a través del campo. Había alcanzado buenas marcas como tirador en el Ejército y después me había mantenido en forma gracias a la excelente colección de armas que aún poseía; también tenía mi viejo uniforme que todavía me servía, así que a mí no se me presentaba ningún problema en este sentido. En cuanto a nuestros miembros, la masa de jóvenes afiliados estaba ya en las fuerzas armadas en mayo de 1940, pues nosotros animamos a todos aquellos que estaban en edad militar para que se alistaran, mientras la campaña de paz era dirigida principalmente por hombres que habían luchado en la Primera Guerra, con la ayuda de un número relativamente escaso de jóvenes que eran especialistas en la organización de mítines y en la propaganda general.

Aquellos hombres mayores, sin excepción alguna que yo sepa, eran todos también experimentados soldados de la Primera Guerra. Cuando fuimos finalmente arrestados, todas las medallas que se conceden al valor en el Ejército británico, excepto la V. C, estaban presentes en el patio de la prisión de Brixton. Uno de nuestros miembros había ganado la Victorian Cross, pero aquel Gobierno no tuvo la desvergüenza de arrestarlo. Cuando ya estábamos en prisión, nos enteramos de que cuatro o cinco de nuestros jefes de distrito — normalmente hombres de unos treinta años — prestaban servicio en las fuerzas armadas y que habían sido detenidos muy pocos de estos jefes. Las autoridades, naturalmente, sabían muy bien que no eran el tipo de hombres que su propaganda decía que eran.

Los arrestados entonces fueron en su mayoría los hombres mayores de la guerra anterior que habían dirigido la campaña de paz y sus esposas. La ordenanza bajo la que fueron encarcelados, la 18 B (1 A), le daba poder al secretario del Interior para detener a los miembros de una organización si «las personas que dirigían esa organización tienen o han tenido relaciones o simpatías con personas integrantes del sistema de gobierno de cualquier potencia con la que Su Majestad esté en guerra». Recuerdo a un miembro, que era granjero en Gales y que nunca había salido de su condado natal, donde se unió a la campaña en favor de la paz, y que decía que le parecía algo un tanto extraño que le hubieran encarcelado bajo la acusación de que yo me había entrevistado con Hitler tres años antes. Yo repliqué que era más extraño todavía que, no sólo yo, sino mis partidarios, pudieran ser encarcelados por semejante acusación cuando Mr. Chamberlain y muchos otros ingleses se habían entrevistado con Hitler mucho antes que yo. Es de presumir que, según el mismo principio, si se hubiera dado el caso de una guerra con América, todos los miembros de nuestro movimiento podrían haber sido encarcelados por el simple hecho de que yo había estado en una partida de pesca con Roosevelt unos años antes.

Las razones reales de todo aquello fueron reveladas posteriormente en la Cámara de los Comunes (10 de diciembre de 1940) sin disimulo de ninguna clase, por Mr. R. R. Stokes, M. P., después ministro de un Gobierno laborista:

«Tras dieciséis horas de interrogatorio en los comités privados que consideran los casos 18 B, Mr. Norman Birkett consintió en esta conversación con Sir Oswald Mosley, que creo debe ser citada y registrada, sean cuales fueren las opiniones de cada cual. Sir Oswald Mosley le dijo a Mr. Birkett:

»Al parecer, se han utilizado dos acusaciones para detenernos:

(1) La sospecha de que éramos traidores y que nos alzaríamos en armas y lucharíamos al lado de los alemanes en el caso de que éstos invadieran el país, y

(2) que nuestra propaganda mina la moral de la población civil.»

Mr. Birkett replicó: «En lo que a mí se refiere puede usted desechar por completo la primera sugerencia».

Sir Oswald Mosley: «Entonces debo deducir que hemos sido detenidos exclusivamente por nuestra campaña en favor de una paz negociada».

Mr. Norman Birkett: «Sí, Sir Oswald, ése es el caso» ¹⁸⁹.

Un Advisory Committee 18 B fue nombrado por el Gobierno para investigar los casos de personas encarceladas sin cargos ni pruebas por esa ordenanza. Lord Jowitt, Lord Canciller, insistió en este punto ante la Cámara de los Lores el 11 de diciembre de 1946: «Debemos ser justos con aquellas personas que están encarceladas por la Orden 18 B, y debemos recordar que no han sido acusadas nunca de ningún crimen; no sólo no están convictas de crimen alguno, sino que ni siquiera se las ha acusado de haber cometido un delito.

¹⁸⁹ Hansard, 10 de diciembre de 1940.

Eso debería hacernos recordar nuestros deberes para con ellos». William Jowitt era un viejo amigo personal, que había sido fiscal general en el Gobierno de 1929, cuando yo fui canciller del ducado de Lancaster y me ocupé del problema del desempleo. Me prestó mucho apoyo en las luchas internas del Gobierno anteriores a mi dimisión. Durante nuestro encarcelamiento de la guerra, fue a ver a Oswald Hickson, el hábil y valeroso abogado liberal que nos defendió durante los primeros tiempos de nuestra prisión, y se interesó por nuestra situación. «¿No puede él doblegarse un poco?», preguntó Jowitt. «No sabe cómo se hace eso», replicó Hickson. Quizá sea éste uno de mis defectos; ser demasiado rígido en lo que yo considero cuestión de principios, aunque intento ser más maleable que la mayoría de la gente en las cuestiones menores y me considero excepcionalmente flexible en los métodos.

Mr. Norman Birkett, K. C., era el presidente del Comité que se constituyó para asesorar al secretario del Interior sobre si los detenidos por la 18 B debían ser liberados o no; el poder de decisión quedaba reservado al secretario del Interior. Por una curiosa coincidencia, Norman Birkett había sido el abogado de la otra parte en mi acción por libelo contra el Star, y Herbert Morrison, secretario del Interior durante la mayor parte de nuestro período de prisión, era el líder laborista que consideró más prudente abandonar su distrito de East London y trasladarse a ambientes más saludables a causa de nuestras asambleas multitudinarias de los años treinta. Al parecer, el Advisory Committee 18 B se alimentó de extrañas fuentes de información, fundamentalmente basadas en llamadas telefónicas. Resulta muy significativo para juzgar la actuación del Ministerio del Interior y la sinceridad de los políticos que estuvieron a su frente en aquel período el hecho de que el secretario del Interior, Sir John Simón, negase con firmeza que eso se hubiese hecho alguna vez.

En una ocasión posterior, Sir John Simón denunció con energía por la radio el atropello cometido por los alemanes al arrestar y detener sin pruebas al pastor Niemoeller, después de que éste hubiese sido absuelto de los cargos que se le imputaban por los tribunales alemanes. En aquel tiempo, a los detenidos bajo la 18 B se les permitía el tener aparatos de radio, y la noticia fue escuchada por la esposa de un almirante; ella había sufrido exactamente la misma experiencia, pues había sido detenida por la Ordenanza 18 B después de que los tribunales ingleses la hubieran absuelto de toda culpa. Cuando salía del tribunal tras su absolución, la volvieron a detener inmediatamente y la devolvieron a Holloway, donde había estado encarcelada anteriormente.

Mi esposa también experimentó los resultados de una denuncia telefónica o algún micrófono oculto después de mi arresto e inmediatamente antes del suyo, aunque, nobleza obliga, hay que decir que esto ocurrió ya en tiempo de guerra. Por lo visto, ella hizo algún chiste, al alegre y cáustico modo de los Mitford, con Lady Downe, chiste que fue debidamente espiado y la echó en brazos del Advisory Committee. La distinguida y ya mayor vizcondesa de Downe no fue arrestada, a pesar de que era una ardiente partidaria de nuestro movimiento. Cuando se unió a nosotros en los años treinta, se fue a ver a su antigua amiga, la reina Mary, a Sandringham y la dijo: «Señora, creo que debo decirle que me he unido a los camisas negras». Tuvo que oír una respuesta auténticamente regia: «¿Es eso prudente, Dorothy, es eso prudente?» Nuestro amigo común, Henry Williamson, el autor, que tenía una granja en Norfolk, me contó que él estaba con Lady Downe cuando ella, durante la guerra, recibió la visita de un capellán real. Éste le traía un mensaje del rey que a ella le agradaría conocer, en el que se decía que tras examinar todos los hechos, había quedado perfectamente demostrada mi más completa lealtad. Murió poco tiempo después, tras una vida notable y valerosa que la llevó del liderazgo de las mujeres conservadoras de Norfolk a los peligros y vicisitudes del movimiento blackshirt.

Las historias sobre los estúpidos absurdos contenidos en las informaciones suministradas al Advisory Committee 18 B no tienen fin, y seguramente otras personas las recogerán algún día en detalle. Pero subrayan la necesidad de examinar mediante interrogatorios en juicios abiertos a todos los soplones, espías, informadores, gentes que miran a hurtadillas por los ojos de las cerraduras y demás integrantes de esa pestilente tribu de los que buscan por estos procedimientos saldar viejas deudas en cuanto se les presenta la oportunidad. En este sentido, vale la pena relatar mi anécdota favorita, pues es el típico ejemplo de trivialidad y falta de sentido. Tras una prisión de varios meses, sin que se le interrogara siquiera, un camisa negra fue llevado ante el Comité; posteriormente prestó valiosos servicios a la medicina y a la Iglesia. Por aquel entonces, tenía como hobby la cría de abejas e iba anotando en un diario todo lo que hacía a este respecto. Una de las anotaciones rezaba: «Hay que deshacerse de la reina inglesa y sustituirla por la italiana», y esto fue leído solemnemente y tenido en cuenta durante sus interrogatorios ante el Advisory Committee. Fue liberado posteriormente; al parecer, no tenían nada contra él, excepto sus ideas políticas y ese ominoso intento, pero ambas cosas fueron suficientes para hacerle pasar un mal trago. Podríamos continuar así indefinidamente, exponiendo los medios infinitamente absurdos utilizados por hombres que, al fin, habían encontrado la oportunidad de dar rienda suelta a sus prejuicios y a su estupidez. Desde luego, todo esto no resulta tan divertido cuando estás entre rejas y circulan toda clase de historias falsas sobre tu propio bando, sin que tengas la oportunidad de rebatirlas, a excepción de aquella acción que emprendí por libelo, y a la que no se le dio precisamente una amplia publicidad.

Fui arrestado el 23 de mayo de 1940 junto con todos los dirigentes de nuestro movimiento, y Diana fue detenida unas seis semanas después, el 29 de junio. La única acusación oficial que se hizo contra ella fue haber apoyado y defendido en todo a su marido; un delito del que las esposas de algunos estadistas están desde luego completamente libres. Pasamos la tarde del 22 de mayo en mi casa de Denham, dejamos los niños allí la

tarde del 23 para recorrer en coche las veinte millas largas que nos separaban de nuestro piso de Dolphin Square. Me sorprendió ver al lado de la puerta de la calle lo que evidentemente eran unos policías; ingenuo de mí, no se me pasó por la cabeza que podían estar allí para detenerme. Al salir del coche, reconocí entre los detectives a algunos que ya conocía por haber asistido anteriormente a mis mítines con la misión de prevenir cualquier posible disturbio. Me informaron de que quedaba arrestado y los acompañé al piso donde hormigueaban los policías. Se mostraron en todo momento extraordinariamente corteses conmigo. Tras recoger algunas cosas, me despedí de Diana y me fui en un coche con algunos de ellos a Brixton. Allí me encontré con que habían detenido ya a un gran número de personas. Fueron arrestados unos 800 miembros de nuestro movimiento. Se los dividió rigurosamente, de acuerdo con lo que las autoridades creían era su status en nuestro movimiento, entre la cárcel de Brixton y el campo de concentración de As-cot, de donde posteriormente fueron trasladados a la isla de Man. Algunos partidarios del Norte fueron encarcelados en Liverpool, donde las condiciones eran peores que en ningún otro sitio.

En Brixton nos encerraron en el ala F, que había sido desechada ya como inadecuada para el uso. Yo fui destinado a la celda n.º 1 y cual no sería mi sorpresa al comprobar que el compañero de la celda de al lado era un negro. Probablemente, algún asno caprichoso de entre los funcionarios pensaría que eso me iba a fastidiar. Muy al contrario, en cambio, lo encontré un hombre encantador y culto. Me enteré de que estaba acusado de haber tocado antes de la guerra en la Orquesta Filarmónica de Berlín y fue arrestado por lo extraño que resultaba en aquel tiempo que un hombre de color ocupara semejante puesto; las circunstancias de su caso nunca me fueron reveladas por completo, pero desde luego sabía mucho de música y disfruté bastante con su compañía. Aparte de esto, estaba rodeado de rostros familiares y de la más completa y variada colección de chinches con la que hubiera entrado en contacto desde los tiempos de la Primera Guerra. El capitán Ramsay, M. P. conservador por Peebles, estaba en la misma ala. Ex oficial de la Guardia, también tenía una considerable experiencia de esta guerra, y afirmaba que las chinches eran más abundantes aquí que en cualquier otro alojamiento de los muchos que había disfrutado anteriormente, a excepción de algunos profundos pozos de trinchera de un lugar que estaba justo detrás de la línea del frente, lugar en el que habíamos estado nosotros y la Guardia en diferentes ocasiones; creo que se llamaba Vermelles. La vieja y familiar marcha de los nutridos batallones se iniciaba en cuanto te echabas a dormir.

Casi todos los ocupantes de nuestra ala eran miembros de nuestro movimiento, salvo algunos alemanes e italianos que habían adoptado la nacionalidad inglesa, y unos pocos miembros del Right Club, al que pertenecía Ramsay. Él y algunos de sus amigos habían sido encarcelados por una extraña razón, si es que se le puede llamar razón a aquello. Algunos funcionarios de la Embajada americana habían revelado a extraños la correspondencia cruzada entre Roosevelt y Churchill, y fueron más tarde condenados a diversas penas de prisión por haberlo hecho; una mujer, de una familia muy conocida de origen extranjero, también fue sentenciada a una larga pena de prisión por su conexión con este asunto. El capitán Ramsay realmente no había cometido ningún delito, ya que, en caso contrario, hubiera sido juzgado. Toda su participación en el caso consistió en que le informaron de lo ocurrido, y, como M. P. que era, pensó que tenía el deber de investigar el asunto y comunicar los hechos a su jefe, Mr. Chamberlain. El brusco cambio de Gobierno que se produjo en el Ínterin, tuvo como consecuencia que lo mandaran inmediatamente a la cárcel. Si su actuación hubiese sido más imprudente y hubiera tirado de la manta, atacando a Churchill, entonces Primer Lord del Almirantazgo, en la Cámara de los Comunes, hubiese sido mucho más difícil reducirle al silencio, pero él pensó probablemente que ésa no era una forma patriótica de actuar en tiempo de guerra.

En realidad, siempre me pareció que, en esta cuestión, él no tenía ninguna razón para atacar a Mr. Churchill y que todo el asunto era un puro cuento. Churchill, como Primer Lord, tenía perfecto derecho a mantener correspondencia con el presidente de los Estados Unidos. Siempre podía argüirse que, una vez embarcados en el desgraciado negocio de la guerra, todos los ministros tenían el deber de buscar ayuda donde pudieran conseguirla y aliados donde pudieran encontrarlos. Seguramente Churchill había mantenido a Chamberlain al tanto de todo eso, y si no lo hizo, de lo mas que se le podía acusar era de una falta a la etiqueta. Sin embargo, los miembros de este grupo de derechas creyeron que estaban sobre algo cuya importancia sacudiría al mundo, y algunos de ellos se autosacrificaron por no revelar unas informaciones desprovistas de significado y que no perjudicaban en nada los planes en que Inglaterra estaba interesada. Por supuesto que en América la publicación de semejante correspondencia sí que hubiera causado sensación a un electorado cuyo presidente estaba entonces bombardeando al país con garantías a las madres de que mantendría a sus chicos alejados de la guerra.

Un distinguido almirante fue encarcelado con nosotros, junto con su esposa, pero ninguno de los dos tenía nada que ver ni con ese grupo ni con nuestro partido. El almirante Sir Barry Domville, ex jefe de los Servicios de Inteligencia de la Armada, fue encarcelado porque antes de la guerra había fundado una organización, llamada Link, para promover la amistad anglo-germana. Escribió un ameno libro sobre estas experiencias titulado *De almirante a camarero*, una visión de las vicisitudes de la vida que, en aquel tiempo, compartíamos, en mayor o menor grado, un buen número de nosotros.

Aparte de la diversión extra de las chinchas, estábamos sometidos a las condiciones normales en todo prisionero, diferente, sin embargo, en muchos aspectos del trato que se les da a los reos convictos. La dirección de la prisión era muy buena en todo y estaba compuesta en su mayoría por ex combatientes; uno de los guardianes había sido sargento de mi regimiento. El gobernador de la prisión, capitán Clayton, combatiente de la Primera Guerra y herido en múltiples ocasiones, era un hombre noble y honrado, y lo mismo puede decirse del guardián jefe, Watson. Nuestra experiencia carcelaria, particularmente desagradable, no fue debida a ellos de ningún modo. No tenían otro sitio donde ponernos más que en la condenada ala, y además habían recibido órdenes de arriba en el sentido de que ése debía ser nuestro alojamiento. Estaban sometidos a las condiciones de guerra y con una dotación muy escasa; parece ser que, al principio, abrigaban serios temores sobre la posible conducta de un número tan considerable de hombres acostumbrados a actuar unidos en un disciplinado movimiento. Se rumoreó que, al principio, la prisión era rodeada por tropas durante la noche; no sé si era cierto. Consecuente con nuestro principio de no hacer nada que pudiera obstaculizar el esfuerzo de guerra de la nación, di entonces instrucciones a nuestros seguidores para que se comportasen con absoluta corrección, cosa que hicieron. Cualquier posible sospecha desapareció en seguida y fuimos siempre muy bien tratados por el personal de la prisión.

Por motivos de seguridad u otras razones, fueron cursadas instrucciones oficiales en los primeros tiempos por las cuales debíamos permanecer confinados en nuestras celdas veintiuna de las veinticuatro horas del día, y sólo se nos permitía salir fuera durante una hora de ejercicio por las mañanas y otra por las tardes, aparte de para satisfacer nuestras necesidades rutinarias. Esto me vino bastante bien, pues nos permitían tener libros y me casaba casi todo el tiempo leyendo. Había un silencio absoluto y un buen número de nuestra gente, que también disfrutaba leyendo, encontró esta existencia monástica relativamente tolerable. Paradójicamente, los problemas empezaron cuando las puertas de las celdas se abrieron; el lector no tendrá muchas dificultades en averiguar por qué. Al relajarse las condiciones, el castigo de la prisión se hizo más ruidoso y evidente.

Tuve que emprender una acción que iba contra mi propia comodidad, pues me enteré de que un determinado número de personas estaba siendo afectado de forma muy adversa por esta reclusión. Los italianos eran los que más sufrían con esto, pues eran gente alegre que gustaba de la vida gregaria y del barullo. Claramente, iba en interés de la mayoría de los presos que las puertas de las celdas permanecieran abiertas, excepto por la noche, y dar todas las garantías necesarias de que, en esas circunstancias, su conducta sería ordenada. Mis peticiones fueron eventualmente atendidas y se abrieron las puertas de las celdas; entonces se desencadenó un auténtico infierno. Imaginen a alguien intentando leer en aquella especie de babel de voces mediterráneas, en una enorme habitación que resonaba exactamente como una piscina; para leer se necesita alguna concentración, estar en un ambiente apacible. Después dieron permiso para traer una mesa de ping-pong y aquello fue ya una pesadilla; los ecos del ping-pong y las risas latinas resonaban por todo el edificio como en una caracola marina. Posteriormente, tuvimos que sufrir la incomodidad de ser encerrados en las celdas mientras caían las bombas alrededor de la prisión. En esas ocasiones, al parecer, yo prestaba un pequeño servicio de seguridad, pues, según me informaron, algunos guardianes bastante simples se sentían a salvo en la celda que había debajo de la mía, porque pensaban que aquellos cuidadosos y habilidosos tipos, los alemanes, nunca tirarían una bomba sobre mí.

Durante este período, ocurrió un extraño e inquietante incidente en la prisión de Brixton, que llevaba en sí una cierta dosis de amarga ironía muy propia de aquel tiempo. Un miembro de nuestro movimiento vino a verme en secreto a mi celda y me informó de que algunos médicos del exterior habían diagnosticado que tenía lepra. Yo le conocía desde hacía mucho tiempo por cuestiones de trabajo en el partido y no tenía ninguna razón para dudar de su palabra. El pobre hombre estaba en un estado de aguda desesperación y su relato no fue muy coherente, pero pude colegir de lo que me dijo que, antes de que lo encarcelaran, al menos un doctor había diagnosticado que tenía lepra; al parecer, el diagnóstico de un segundo médico no fue tan terminante; en su opinión, todo esto sonaría para él un tratamiento coactivo y, por supuesto, la segregación. Le preocupaba mucho la posibilidad de que las autoridades de la prisión se enteraran del asunto y le colocaran aparte en unas condiciones aún más desagradables. Su historia venía reforzada por la evidencia visual de que padecía algún mal de la piel.

Esto me colocó en una situación particularmente difícil, pero consideré que mi deber era ser claro y explicárselo a él. Yo haría todo lo posible por protegerle y defenderle, pero lo más probable es que no pudiera seguir conviviendo con los demás prisioneros. Se mostró de acuerdo con que yo fuera inmediatamente a ver al gobernador y tratara con él todo el asunto. El caso fue remitido al Ministerio del Interior para su resolución, en mi opinión con no demasiada rapidez; el sospechoso de lepra permaneció entre sus compañeros durante varios días. Después fue trasladado al hospital-prisión, donde lo mantuvieron durante un considerable período de tiempo alejado de todos nosotros. Pero después reapareció inesperadamente en el ala F y se mezcló libremente, como antes, con sus compañeros de prisión. Me informé que había sido examinado frecuentemente por los médicos, pero que éstos no habían llegado a una conclusión definitiva. Solicité de nuevo una entrevista con el gobernador para que me informara, en nombre de todos los prisioneros, de si había algún peligro con el contacto con aquel hombre. La respuesta del Ministerio del Interior fue curiosa y equívoca. En opinión de sus doctores y de los especialistas que habían consultado, la enfermedad no sería contagiosa en su actual fase, aun

en el caso de que aquel hombre padeciera lepra realmente. Estuvo entre nosotros un largo período de tiempo. Afortunadamente, después fue liberado de toda sospecha de haber contraído la terrible y contagiosa enfermedad.

Procuré en todo momento que el asunto se mantuviera en secreto, salvo para unos pocos, pues era la típica cosa que podía haber provocado el pánico en la prisión. Vivir un prolongado período de tiempo con esta incertidumbre fue probablemente la más desagradable de todas las experiencias de la cárcel. Sin embargo, incluso este siniestro suceso se vio mitigado y animado por el glorioso absurdo de nuestra capacidad nacional para el engaño, que en tiempos normales puede resultar incluso una idiosincrasia atractiva que permite una determinada autodefensa ante los acontecimientos de la vida, pero que en época de guerra asume proporciones monumentales y grotescas. Por esta época tuvo lugar el incidente del Altmark. Algunos lectores recordarán que un barco alemán, que se encontraba en condiciones muy difíciles, custodiaba un prisionero que tenía lepra junto a otros prisioneros. Nuestra prensa sacó a relucir inmediatamente la sádica brutalidad de los alemanes, y esto parecía una denuncia justificada, incluso a pesar de que resulta mucho más difícil mantener aparte a un prisionero en un barco que en una prisión. Los periódicos estaban felizmente ignorantes de que exactamente lo mismo estaba ocurriendo en una prisión británica con el conocimiento y por las órdenes de la más alta autoridad, y sin que, al menos en mi opinión, hubiese excusa alguna. Sin embargo, todo fue bien y todo acabó bien. La víctima fue curada de su dolencia cutánea y su imaginación se vio libre de la sospecha de que pudiera estar atacado por tan terrible mal, mientras los nervios de algunos de nosotros superaron una prueba más de esas que nos fortifican y nos permiten soportar con ecuanimidad las vicisitudes de la vida.

El encarcelamiento de Diana en Holloway, seis semanas después de mi arresto, nos mantuvo separados por completo durante unos ocho meses, tras de los cuales se nos permitió visitar una vez al mes a nuestras esposas en aquella prisión. Solíamos pasar, con una fuerte escolta, a través de las enormes puertas de la prisión de Brixton para ser saludados por el muro de al lado con aquella máxima tan ampliamente difundida: «Ayuda a defender el derecho a ser libre». Por aquel tiempo Diana era mejor tratada que en los primeros tiempos de su arresto. Fue llevada a la prisión cuando nuestro hijo Max tenía sólo once semanas y todavía le estaba dando de mamar. Le preguntaron que si quería llevárselo con ella a la prisión, como algunas prisioneras que se habían llevado con ellas a sus hijos recién nacidos. Nuestro hijo mayor, Alexander, tenía sólo diecinueve meses y sólo le permitían llevarse con ella a uno de los dos, así que de todos modos tendrían que separarse; además, la prisión estaba expuesta a ser bombardeada en cualquier momento. Ella tomó rápidamente una decisión y dijo que prefería no llevarse ninguno de los dos niños; en mi opinión, actuó correctamente. A pesar de su delicada condición de madre lactante separada bruscamente de su hijo, fue alojada en una sucia celda con el suelo rezumando agua; no había ni siquiera una cama, sólo un delgado colchón sobre un suelo asqueroso y húmedo.

El trato que se les dio a las mujeres fue intolerable, y no debía olvidarse tan fácilmente como algunas de las experiencias de los varones. Un sector de la prensa celebró su arresto con este titular como bandera: «Lady Mosley al fin arrestada». Otro sugería que ella estaba llevando una vida de placeres en la que el vino corría como si fuera agua; esta humorada dio como resultado una acción por libelo que ella ganó. Una vez más el sistema judicial británico mantuvo la hermosa tradición de ofrecer estas facilidades a los inquilinos de las cárceles del Gobierno. Sin embargo, la impresión que le quedó a la opinión pública está resumida en la frase que un conductor de autobús acostumbraba a decir a sus pasajeros cuando se paraba ante la prisión de Holloway: «Por qué se va a la suite de Lady Mosley».

Tras dieciocho meses de prisión en Brixton y Holloway, respectivamente, se decidió que las parejas casadas podían ser encarceladas juntas. El hermano de Diana, Tom Mitford, acababa de asistir a un comida en Downing Street, y lo había sugerido. Aunque había sido miembro de nuestro movimiento, estaba considerado como una pieza demasiado eficiente de su batallón territorial como para que se emprendiera ninguna acción contra él. Más tarde fue muerto en Birmania; una trágica pérdida, pues era el único varón de siete hermanos y además un hombre extraordinariamente inteligente y encantador. Al parecer, Mr. Churchill había intervenido varias veces en favor de los detenidos y en aquel tiempo las condiciones mejoraron mucho tanto en las prisiones como en los campos de concentración. Se habilitó en Holloway un ala que estaba en desuso y bastante alejada del resto de la prisión para las parejas casadas. El enorme edificio tenía realmente un aspecto severo, pero nuestra vida allí resultó mucho más feliz. Se nos permitió cocinar nuestros propios alimentos: Diana era muy competente en estos menesteres, pues en los primeros tiempos ella y su hermana pequeña habían tomado lecciones de cocina, a las que yo me uní en ocasiones. (Cuando las salsas se cuajaban, armaban tal alboroto que la maestra decía que se alegraba de que no estuvieran allí las seis hermanas juntas.) Teníamos también unas pequeñas parcelas en el patio adyacente, donde yo podía cultivar algunas verduras, para lo cual me vinieron muy bien mis primeras experiencias agrícolas. Había, naturalmente, guardias varones en las puertas, pero normalmente sólo veíamos a las guardianas, cuyo trato, al menos con nosotros, resultaba muy agradable. En esta etapa se nos trató muy bien, incluso se transgredieron en ocasiones las reglas de la prisión. Por ejemplo, mi hijo Nicolás, antes de ir a la guerra, se estuvo entrenando con la Rifle Brigade en Winchester, y le fue permitido visitarnos con bastante frecuencia cuando estaba libre de servicio. Hasta se le permitió estar con nosotros hasta muy avanzada la noche; luego era sacado de contrabando por alguna puerta lateral, en

transgresión clara de la letra de la ley; todo esto contrastaba fuertemente con el trato que habíamos recibido al principio.

Los que me visitaron mientras estuve en prisión, aparte de los familiares, formaron un conjunto muy heterogéneo, cuya solicitud aprecié mucho. El primero fue mi viejo camarada del I. L. P. y más tarde rival, James Maxton; el venir a verme constituyó un auténtico gesto, muy propio de él, de valor y generosidad. De las filas conservadoras vino Bob Boothby en aras de una vieja amistad y en una típica y leal manifestación de su fuerte e independiente carácter, que se enfrentó entonces al clamor político y persistió inflexible durante la posterior adoración de sus épocas de televisión. Walter Monckton vino más de una vez con sus prudentes y amistosos consejos que entonces y después me fueron de mucho valor. Al parecer, Mr. Churchill no aprobaba esta actividad, pues acosó a Walter un día con la sardónica pregunta: «¿Todavía visitante de la prisión?» Harold Nicolson vino también en otra valerosa muestra de amistad, pero, muy a pesar mío, me negué a verle, porque me había irritado su emisión de la noche anterior, que me pareció muy por debajo de la altura intelectual y la integridad propias de él.

La compañía de Diana supuso una gran felicidad para mí en los últimos dos años de prisión, de la misma manera que el coraje demostrado en las duras condiciones de su prisión anterior, cuando estuvo separada de mí los primeros dieciocho meses, había sido un gran consuelo para mi angustia. En todo momento demostró no sólo valor, sino también alegría, que, como ya había observado durante la Primera Guerra, es uno de los principales atributos del pueblo inglés ante la adversidad; su humor nunca la abandonó. Un día, después de hablarme sobre el trato a que fueron sometidas las mujeres en los primeros días de cárcel por parte de una o dos viejas arpías de una compañía de guardianas — que, por lo general, eran buena gente —, comentó que creía tener una ventaja sobre ellas: «Sigue siendo hermoso despertarse por la mañana y sentir que una era atractiva para alguien». Maliciosamente, yo relaté más tarde esta anécdota en los círculos familiares, y no hay necesidad de decir que fue derecha a uno de los libros de Nancy Mitford.

Sin embargo, no fue nada divertido para una mujer ser tratada así y además ser separada de sus hijos: los dos niños de nuestro matrimonio y sus dos hijos mayores, Jonathan y Desmond Guinness, fruto de su primer matrimonio con Lord Moyne. Ellos superaron muy bien, con temperamento y carácter, las vicisitudes de aquel período, y permanecieron siempre consagrados a su madre y muy buenos amigos míos. Sobre todo, Diana supo conservar, no sólo su alegría y su valor, sino además su sentido de la belleza. Su amor a la música, su habilidad para conseguir con procedimientos sencillos que cualquier alojamiento fuese agradable, eran incomparables, y en las visitas a monumentos de cualquier parte del mundo resultaba la mejor de las compañías por las razones que yo siempre explicaba a los chicos y a los demás: en tales ocasiones no había un solo detalle bello que se escapara a aquellos enormes ojos, siempre en continuo movimiento. La base de todas estas cualidades era su bondad natural, su gran inteligencia y su firme carácter. Seguíamos la regla de todo buen matrimonio consistente en que ella se encargaba de la casa y yo de los negocios, que en mi caso querían decir la política, aunque su opinión sobre muchas cuestiones tenía un gran valor para mí.

Tras tres años y medio de prisión, mi vieja dolencia, la flebitis, volvió con mayor gravedad por culpa de la vida inactiva que llevaba. La sufrí por primera vez en 1928, cuando aún era un hombre joven, y ya entonces me costó estarme seis semanas en cama sometido al tratamiento tradicional hasta que desaparecieron los coágulos de sangre de mis piernas. Sufrí una recaída pocos años después y me dijeron de nuevo que debía guardar cama. Yo contesté entonces que tenía dos compromisos que no podía abandonar: el primero, hablar en el Albert Hall, y el segundo, representar a Inglaterra en el campeonato europeo de esgrima de Lausana. Mis médicos me advirtieron muy seriamente de que existía alguna probabilidad de que sobreviviera al mitin del Albert Hall, pero ninguna de que saliera vivo de la prueba de Lausana. A pesar de ello, hablé en el Albert Hall y practiqué la esgrima desde la madrugada hasta casi medianoche, enfundado en las pesadas ropas protectoras bajo una temperatura de unos treinta y dos grados a la sombra. Esta actuación no fue tan insensata como puede parecer en un principio, pues yo me había puesto entonces en contacto con ese hombre notable, Mr. Arthur Dickson-Wright, cirujano jefe del Hospital de Santa María, cuyo método consistía en envolver fuertemente las piernas de sus pacientes con Elasto-plast para evitar el movimiento de los coágulos y después animarlos a hacer ejercicio con vistas a mantener la sangre en rápida circulación. Supongo que ésta será una descripción de aficionado de ese proceso médico, pero, en cualquier caso, Dickson-Wright me curó la flebitis.

Esta enfermedad me volvió en la prisión de forma muy aguda, y se pensó que mi vida estaba en peligro. Cuando abandoné la cárcel, hace veinticuatro años, desapareció y no he vuelto a sufrir ni rastro de ella desde entonces. La razón fundamental es que yo tengo un pulso muy lento, característica muy valiosa para un atleta, pero fatal para un prisionero. Normalmente, tengo unas 64 pulsaciones, y unas 48 cuando reposo, lo cual me permite aguantar muy bien los ejercicios atléticos y los sufrimientos de la vida; este fenómeno es muy corriente entre los atletas e indudablemente me ha ayudado a resistir todas las situaciones tensas de mi vida. El único inconveniente real de este tipo de constitución es que no se puede estar inactivo. Es una constitución creada por la naturaleza para soportar esfuerzos; pero se deteriora, enmohece y deja de funcionar en cuanto permanece ociosa. El prolongado letargo de la vida de la prisión hizo que la flebitis volviera como una venganza, y perjudicó

mi estado general hasta el punto de perder cuatro stones ¹⁹⁰ de peso; algunos médicos experimentados y muy competentes llegaron a pensar que mi vida estaba en peligro. Tras una prolongada convulsión de los círculos políticos — no sé exactamente cómo fue, pero sí que la hubo — fuimos liberados. Quizá la muerte de un prisionero político en la cárcel fue considerada como una mala publicidad para la democracia, y siempre entre mis contrarios hubo hombres que eran honrados y humanos.

Nuestra liberación provocó un enorme alboroto. Los comunistas desencadenaron una gran campaña y fuimos objeto de discusión dentro y fuera del Parlamento. Nuestra liberación fue anunciada por radio dos días antes de que saliéramos de la prisión, y la prensa y los noticiarios cinematográficos levantaron una especie de andamiaje al lado de la puerta principal de la prisión sobre el que los fotógrafos montaron guardia día y noche. Sin embargo, las autoridades de la prisión sabían bastante más que ellos de estas cosas y nos sacaron de contrabando antes de lo previsto y por la puerta de los homicidas, con lo cual pasamos completamente inadvertidos; la experiencia tiene a veces un valor incalculable. La prensa nos persiguió entonces en sus coches y asedió durante varios días la casa a la que nos dirigimos.

Se entrevistó a todo tipo de personas, a las que hacían siempre la pregunta de si creían que debíamos ser liberados o no. Una chica repórter pinchó en hueso con Bernard Shaw: «¿Cree usted que es demasiado fuerte decir que la decisión del secretario del Interior, la tomara individualmente o de acuerdo con otros, está pensada para provocar la alarma y la desconfianza entre las masas del pueblo que responden a la exhortación de "¡Vayamos a por ello"»? le preguntó ella. «No creo que sea una proposición demasiado fuerte después de todo — replicó Shaw —. Simplemente me parece indicativa de que padecéis algún trastorno mental. ¿Qué clase de gente es ésa a la que un solo hombre puede atemorizar hasta el punto de sacarla de sus casillas? Incluso en el caso de que Mosley disfrutara de buena salud, hace tiempo que se le debería haber liberado entre elogios por haberle permitido atemorizarnos y poder echar así a la basura la Habeas Corpus Act — Mr. Morrison ha justificado las humillantes condiciones —, la mordaza en la boca de Mosley y los grilletes de siete millas. Aún tenemos miedo de permitir que Mosley se defienda a sí mismo y hemos dado lugar a esa ridícula situación en la que podemos comprar el Mein Kampf de Hitler en cualquier librería de Inglaterra, pero no podemos comprar nada en que haya diez líneas escritas por Mosley. Todo este asunto se ha convertido en algo demasiado estúpido para hablar de ello. Buenas tardes.»

Aparte de todo este barullo, mi liberación en noviembre de 1943, naturalmente, constituyó para nosotros un momento muy feliz, aunque pronto se convirtió en un divertido asunto, pues la burocracia británica se apresuró a representar una de sus más brillantes pantomimas. Antes de abandonar la cárcel nos preguntaron que a dónde queríamos ir. Presentamos una corta lista de amigos y parientes que sabíamos estaban deseando recibirnos; mi casa de Denham estaba requisada por el Ejército, y Londres, donde teníamos un pequeño piso, nos fue prohibido. El Ministerio del Interior escogió cuidadosamente de aquella lista al comandante de Ala Jackson, casado con mi cuñada, Pamela Mitford, y que en los viejos tiempos había sido muy amigo mío, cosa que lo siguió siendo siempre. Llegamos bajo escolta a su casa de Oxfordshire en compañía de un detective, que tenía que vivir con nosotros, ya que todavía estábamos bajo arresto domiciliario. Mi cuñado consiguió inmediatamente un permiso de las Fuerzas Aéreas para pasar unos días con nosotros, y mi suegra, Lady Redesdale, con su hija más joven, Deborah, vino también a unirse al grupo. La lealtad de aquel carácter magnífico que era Lady Redesdale, como la de mi propia madre, fue uno de nuestros mayores consuelos en aquellos duros tiempos. En las cuestiones personales la hermana más joven de Diana resultó igualmente leal.

La reunión de aquella tarde fue una auténtica manifestación de fraternidad, que se prolongó hasta bien entrada la noche, en que la debilidad provocada por mi enfermedad me llevó al completo agotamiento de un prolongado sueño. Fuimos muy felices durante los pocos días en que continuamos viviendo en paz tras la vuelta de Derek Jackson a su unidad y la partida de los restantes parientes a su casita de Swinbrook, que no quedaba muy lejos. Nos quedamos solos con Pamela, a quien teníamos mucho aprecio, y el detective, que se mostró muy agradable con nosotros. A los pocos días, la prensa levantó el cerco y pudimos pasear por el jardín sin problemas. Entonces, bruscamente, el drama volvió a caer de lleno en aquel tranquilo rincón del país. El comisario jefe de Oxford, acompañado de sus cohortes, llegó con la orden de que debíamos abandonar aquel lugar. De lo que dijo parecía deducirse que el Ministerio del Interior nos había mandado inadvertidamente al interior del sancta sanctorum de los secretos del Ministerio del Aire.

Bastante después me enteré de que Derek Jackson estaba encargado de algunos experimentos que dieron como resultado unos inventos destinados a engañar al arma aérea alemana; en las Memorias de Sir Winston Churchill hay un buen relato de todo esto. Aparte de ganar la D. F. C. ¹⁹¹ y la A. F. C. ¹⁹² por servicios de vuelo, era un físico de primer orden; una combinación casi única y de valor incalculable en tiempo de guerra. Sus conocimientos científicos, que más tarde le llevaron a una de las cátedras de Oxford como profesor de Física, eran, naturalmente, un asunto muy abstruso para un lego. Aunque hubiera tenido la peor de las intenciones, se hubiese visto en un buen aprieto para explicarme lo que estaba haciendo; y, aunque yo hubiese

¹⁹⁰ Medida inglesa equivalente a 14 libras. (N. del T.)

¹⁹¹ D. F. C, Distinguished Flying Cross, Cruz Aérea a los Servicios Distinguidos. (Nota del Traductor.)

¹⁹² A. F. C, Air Forcé Cross, Cruz de las Fuerzas Aéreas. (N. del T.)

intentado la más vil de las traiciones, me hubiese visto también en un buen aprieto para, bajo arresto domiciliario en una casa del Oxfordshire, comunicar la información a cualquier persona. Sin embargo, la inteligencia no es precisamente la principal característica de la burocracia en tales ocasiones, y, ante el campanillazo de alarma del Ministerio del Aire, el sopapo familiar del Ministerio del Interior cayó de nuevo con fuerza sobre nosotros.

El problema estaba en encontrar algún sitio donde dormir, y no resultó nada fácil resolverlo, pues Lady Redesdale no disponía de habitaciones en su casita de campo y cualquier otra posibilidad quedaba descartada. Finalmente, nos fuimos al Shaven Crown Hotel de Shipton-under-Wychwood. En aquella época estaba vacío y tenía también habitaciones para los niños. Todo esto fue recogido en seguida por la prensa, que se había mantenido muy activa en todo momento, y el Partido Comunista, con tiempo para meter sus narices en los problemas de los demás, intentó en seguida soliviantar a los lugareños para que pidieran nuestra vuelta a la cárcel. A pesar de la creencia, libremente expresada en privado y en los círculos del Gobierno, de que seríamos linchados si se nos dejaba sueltos en medio del pueblo británico, el Partido Comunista, como nos informaron gentes dignas de crédito, fracasó completamente y no obtuvo ni una sola firma entre los vecinos del lugar. A lo largo de todo este período de adversidad del pueblo inglés, fuimos tratados no ya con tolerancia sino incluso con bondad y hasta con amistad. Resultó una experiencia conmovedora y reconfortante el encontrarme con que el auténtico pueblo de Inglaterra seguía siendo el mismo que yo recordaba de mi larga experiencia durante mi niñez campesina, mis días en el Ejército, tanto en la guerra como en la paz, y mis amistades políticas en los acogedores hogares de los obreros de todas las ramas de la industria de nuestro país. Su actitud noble y firme fue tanto más notable si tenemos en cuenta que habíamos sido objeto en todo momento de los ataques de una prensa hostil y de una agitación política constante, que no quedaba reducida ni mucho menos a los comunistas. Cuando en los años siguientes se dijo que yo era objeto del odio del pueblo británico, pude replicar en verdad que nunca encontré ni rastro de ese odio fuera de la milla cuadrada comprendida entre Westminster, Whitehall y Fleet Street, que es donde se inventó este cuento y desde donde se propagó.

En aquel tiempo, mi mayor preocupación fueron los compañeros que aún permanecían en la cárcel y en los campos de concentración. Muchos habían sido liberados y, ciertamente, las condiciones de todos habían mejorado, pero todavía quedaba dentro un cierto número de ellos. Sentía que estuvieran pasando por pruebas más duras que yo. Algunos estuvieron encerrados hasta el final de la guerra, que tuvo lugar dieciocho meses después, y esto, por supuesto, fue lo que más me preocupó. Afortunadamente, sólo otra pareja casada estaba todavía detenida con nosotros en Holloway cuando nos liberaron, y, por una extraña coincidencia, el Ministerio del Interior se dio cuenta de que ya no constituían una amenaza para el Estado exactamente el mismo día que nos dejaron a nosotros en libertad y también los liberó.

Este compañero íntimo de mis últimos meses de Holloway era un hombre notable y un gran carácter. Había ganado la Distinguished Service Order ¹⁹³ y la Military Cross ¹⁹⁴ durante la Primera Guerra, y fue detenido exclusivamente porque era un activo y entusiasta miembro de nuestro movimiento. Tenía el humor sardónico del viejo soldado. Le divertía pensar que estaba en la cárcel por orden de un tipo que se había pasado la guerra anterior escondido en un campo de manzanos; al parecer, el ministro sufría más de falta de escrúpulos que de impotencia visual.

Entre nuestra gente muy pocos demostraron en aquel tiempo rencor hacia sus numerosos y variados opresores, y esta actitud fue con frecuencia fuente de admiración hacia nuestros amigos. Aunque yo escribí una vez: «La venganza es la característica de los espíritus mezquinos», es más fácil profesar este elevado sentimiento cuando puedes respirar de nuevo el aire libre que cuando tienes a un tipo gordo y fastidioso sentado ante ti. A pesar de todo, incluso durante el peor período de nuestra permanencia en la cárcel, todos los hombres con los que me tropecé hicieron frente a la adversidad con el mismo buen humor y la misma alegría que yo recordaba de las trincheras de la Primera Guerra Mundial, donde la mayoría de nosotros había vivido la primera experiencia realmente dura. No guardamos rencor alguno hacia los políticos que nos habían encarcelado, aunque quizá haya que admitir que esto no era sólo producto de la grandeza de espíritu. La verdad es que los hombres sólo son capaces de sentir rencor hacia aquellos que son capaces de inspirarles algún respeto.

Mis propios sentimientos eran bien simples y quizá vinieran dados por mi temprana experiencia agrícola, que me mantuvo siempre muy cerca de la naturaleza: si por error o por un auténtico sentido del deber, te decides a correr un riesgo demasiado grande y, como consecuencia de ello, te caes en un montón de estiércol, todos los pequeños redrojos de la vida de la granja aprovecharán la oportunidad para estampar sus diminutas pezuñas sobre tu rostro; éste es el modo de actuar de la naturaleza. La experiencia es instructiva pero no amarga, puesto que todo ello es muy natural. Lo que verdaderamente te compensa es ver que los intelectos más elevados y los espíritus más nobles nunca participan en ello, incluso aunque no estén de acuerdo con tus ideas, y en algunos casos hasta te asisten en la adversidad.

Ciertas ventajas públicas se derivaron de mis pequeñas experiencias personales, que pueden ser resumidas brevemente: arrestado sin cargos ni pruebas y mantenido en prisión o bajo arresto domiciliario

¹⁹³ Orden a los Servicios Distinguidos. (N. del T.)

¹⁹⁴ Cruz Militar. (N. del T.)

durante cinco años por una ordenanza aprobada la noche anterior a mi arresto, y de la que no tenía ni noticia; la ordenanza tenía efecto retroactivo, pues en caso contrario no me podrían haber encarcelado por hacer algo que era perfectamente legal en la época en que se hizo, y que consistía lisa y llanamente en haber visitado a un extranjero más de tres años antes; mi esposa encarcelada igualmente por la exclusiva razón de que había apoyado y sostenido a su marido; nuestros hijos mayores apartados de nuestro cuidado, a pesar de nuestra oposición, a instancia del Official Solicitor y por orden de un tribunal, y puestos al cuidado de unos guardianes que nosotros desaprobábamos; a los hijos pequeños, que entonces tenían una edad que requiere los máximos cuidados, sólo se les permitía visitar ocasionalmente a su madre en prisión y tenían que ser arrancados de su lado entre gritos por la guardiana al final de cada visita; las cuentas bancarias congeladas, aunque no robadas como había ocurrido a veces en el extranjero; la caja de caudales del banco abierta por una orden firmada por un desconocido teniente coronel; la casa requisada y saqueada; reducido al silencio sin tener derecho a la réplica durante años, mientras los demás tenían el privilegio de hacer circular las más viles calumnias sobre mí. Todo esto le puede ocurrir a cualquier inglés, bajo nuestra actual ley constitucional, en tiempos de excitación popular, si un Gobierno ruin disfruta de una amplia mayoría en el Parlamento. La salvaguarda de las libertades básicas, tan fácilmente violables en Inglaterra, está religiosamente asegurada en las leyes constitucionales de la mayoría de los países civilizados. ¿Cuándo podremos hablar nosotros de una libertad así, no es tiempo ya de que las libertades inglesas sean verdaderamente aseguradas?

Se habla mucho de democracia y del poder ejercido por el pueblo mediante el voto. ¿Cuándo votó el pueblo para que se hicieran cosas de este tipo? Tratar de semejante manera a los individuos no fue desde luego ninguna de las propuestas de Mr. Baldwin al electorado durante las elecciones anteriores de 1935, en las que consiguió a hurtadillas la victoria a base de eludir cuidadosamente toda referencia a la cuestión del rearme. Arrojar a la papelera la Carta Magna, la Ley de Derechos y el Habeas Corpus no fue el programa presentado en aquellas elecciones ni por el partido triunfante ni por la oposición. Es tiempo ya de que el pueblo británico obligue a incorporar a nuestras leyes constitucionales unas cláusulas de hierro fundido que preserven para siempre las bases elementales de la libertad del individuo. Quizá sea yo el hombre con más derecho a exigirlo.



Ilustración 32. Un mitin en el Birmingham Town Hall, 1956.



Ilustración 33. Debate en Cambridge Union. Los discursos del autor en la Oxford y Cambridge Union, después de la guerra, fueron objeto de muchos comentarios: Sir Oswald Mosley recibió «una ovación anoche por parte de la multitud que atestaba la sede de la Oxford Union» (News Chronicle, 20 de mayo de 1960). «Evidentemente, Mosley irradiaba sentido común» (Isis, 25 de mayo de 1960). «Resulta ya un tópico decir que la carrera de Sir Oswald Mosley es la más fascinante de las de todos los políticos de este siglo» (Cherwell, 25 de octubre de 1961).



Ilustración 34. Entre amigos en una taberna de East London.



Ilustración 35. El autor con Oswald Pirow.

22. VIDA PRIVADA DESPUÉS DE LA GUERRA

El consejo de John Bright a aquellos que se encontraban con problemas políticos era: «Dilo de nuevo, pero sé más rudo la segunda vez», consejo que me pareció muy apropiado a las circunstancias en que nos encontrábamos una vez acabada la guerra. Mr. Churchill comentó con amigos comunes que nosotros estábamos adoptando una actitud de desafío. Yo no sentía ningún arrepentimiento por mi campaña contra la guerra, lo único que sentía era la destrucción de Europa y el peligro que la guerra representaba para Inglaterra, cosa que yo ya había previsto. En este punto empezamos a entrar en el período más moderno, tanto de mi vida como de mi actividad política después de la guerra. Estaba decidido a iniciar tan pronto como fuera posible la actividad política que en todo momento había resuelto llevar en cuanto me viera libre, pero puede ser interesante describir primero nuestra vida privada y algunas de las aventuras que tuvimos que correr para asegurar nuestra completa libertad.

Al acabar la guerra se levantaron todas las restricciones anteriores para movernos dentro de Inglaterra y pudimos trasladarnos de nuestra casa y pequeña granja agrícola de Crux Easton, Hampshire, a una finca de mil cien acres que había comprado recientemente en Crowd, cerca de Ramsbury, en el Wiltshire. Teníamos entre las manos novecientos acres de tierra de labor y el cultivarlos resultaba una empresa considerable, pero me lancé con gusto a esta sana tarea. Después de las últimas experiencias, era bueno echar hondas raíces en el suelo. Aquellos cultivos resultaban muy diferentes de los de mi juventud, pues en lugar de los fuertes pastos de mi Staffordshire natal, nos encontrábamos con una tierra mediocre en la que sólo podían crecer buenas hierbas si se utilizaban los modernos sistemas de cultivo. Montamos una granja mixta de establecimiento ganadero y explotación agrícola. El experto personal de nuestra finca familiar de Staffordshire se había mantenido unido durante generaciones y se transmitía los puestos de padres a hijos; una gran familia que se había dispersado hacía mucho tiempo. Yo dependía ahora de la ayuda de unas cuantas buenas personas de la localidad que habían trabajado anteriormente en la granja, y de la bondadosa asistencia del Comité de Agricultura de Guerra. Además, a causa de mi prolongada ausencia de estos asuntos, era un verdadero novato en los cultivos agrícolas; y, como siempre, quise llevarlo todo a demasiada velocidad. Aquí aprendí la valiosa lección de que la Naturaleza no puede ser forzada más allá de su mesurado y majestuoso paso.

Estábamos en una tierra extraña, muy alejada de los lares hereditarios tanto de los Mosley como de los Mitford, pero nos beneficiamos una vez más de la actitud amistosa y tolerante del auténtico pueblo de Inglaterra; entre ellos puede haber diferencias políticas, pero en la vida privada se tratan los unos a los otros de acuerdo con el comportamiento de cada cual. Teníamos también algunos viejos amigos en las cercanías que hicieron nuestra vida más agradable, como Lord Berners, músico de talento y dotado de un agudo ingenio, que vivía en Faringdon; Mrs. Reginald Fellowes — a quien había conocido tiempo atrás en París como princesa de Broglie — vivía en Donnington, cerca de Newbury, donde se distinguió, como en París, por su belleza y sus exquisitos modales, que estaban incisivamente armados con una legendaria mechanceté ¹⁹⁵ para con la gente que ella encontraba fastidiosa, pero iluminados por una afectuosa y duradera lealtad hacia todos sus amigos; John Betjeman y su esposa Penélope, que había heredado la firmeza de carácter de su padre, mi antiguo comandante de división, el mariscal de campo Sir Philip Chetwode, vivían cerca de Wantage y eran unos de nuestros vecinos más agradables. Las encuestas posteriores de los periodistas sobre si habíamos sufrido ostracismo social después de la guerra han sido siempre un misterio para mí, pues no percibí nada parecido. Tras profundas reflexiones sobre tan importante cuestión, llegamos a la conclusión de que quizá fuimos salvados de las compañías estúpidas que en nuestra vida anterior no habían resultado siempre tan sencillo esquivar; cuán dulce puede ser entonces la práctica del ostracismo, pues la acción evasiva es a veces difícil de llevar a cabo sin mostrarse rudo.

Mi amor, mi pasión por Europa hacía que me consumiera el deseo de ir al continente en cuanto acabase la guerra. Debido a mi absorbente preocupación por la política inglesa antes de la guerra y a la consiguiente campaña de mítines públicos ininterrumpidos, yo no había abandonado nuestra isla desde 1936, salvo una breve visita a París en 1938. Sin embargo, todavía tendría que transcurrir otro lapso de tiempo de cuatro años, a partir del fin de la guerra en 1945, antes de que pudiéramos hacer un viaje por Europa. Visto retrospectivamente, esto resulta extraño, pues en aquella ocasión la acción del Gobierno laborista no sólo violó todos los principios que decían profesar y que les habían llevado a luchar en la guerra, principios incluidos más tarde en la Carta de las Naciones Unidas y en las declaraciones anexas que posteriormente suscribió el Gobierno británico, sino que también estaba en abierta contradicción con los principios básicos expresados en nuestra propia Carta Magna, en la Ley de Derechos y otras sagradas instituciones consagradas por largo tiempo en la práctica constitucional británica. La Carta Magna establece que cualquier súbdito británico puede salir del país sin permiso o impedimento alguno. Sin embargo, descubrimos que, según prácticas recientes, los burócratas taimados y los políticos tramposos habían encontrado la manera de dar un rodeo para eludir esta ley

¹⁹⁵ Picardía. (N. del T.)

británica fundamental sin exponerse ellos mismos a ninguna acción ante los tribunales de aquel tiempo. El ardid consistía simplemente en negarte el pasaporte, y decirte: eres libre como el aire para salir del país, aunque sin este documento ningún otro país te recibirá, y, lo que es peor, ningún barco ni avión te transportará.

Se nos negaron los pasaportes; a pesar de los esfuerzos desplegados por amigos personales y políticos eminentes — particularmente nuestro viejo amigo Brendam Bracken — el Gobierno laborista persistió en su negativa; muchos conservadores, para hacerles justicia, estuvieron completamente en contra de esta negativa a las libertades más elementales, y, naturalmente, lo mismo hicieron los liberales. Otro viejo amigo, Hugh Sherwood — durante años whip liberal en la Cámara de los Comunes y después tesorero del partido — suscitó la cuestión en la Cámara de los Lores, a la que había sido elevado por su participación durante la guerra en las tareas del Ministerio del Aire. Recibió la curiosa respuesta de que el Gobierno quería mantener un cierto control sobre nosotros, y esto mucho tiempo después de que el Parlamento había ordenado al Gobierno la completa abolición de todos los controles que se ejercieron sobre los individuos en tiempo de guerra. Holloway y Brixton eran ampliadas hasta convertir a toda la isla en una prisión sin conocimiento del Parlamento o de la autoridad establecida por la ley. La retención del pasaporte fue un truco más para socavar las libertades por parte de aquellos que alegaban que su mantenimiento tanto le había costado al país.

Sin embargo, había un modo de salir de aquella isla prisión: comprar un yate. Era una libertad que sólo se la podían permitir aquellos que eran libres de dormir en el Ritz en lugar de hacerlo en los malecones del muelle. Pero un poco de dinero lo facilita todo, como ocurre con tanta frecuencia en esta tierra nuestra de la libertad. Una vez más, sin esta ayuda de mis antepasados, la maldad estúpida me hubiera tenido abatido por otro largo período de tiempo. Era un asunto muy costoso en aquel tiempo, pero al final no me resultó demasiado caro, pues vendí el barco por un buen precio en cuanto cumplió su misión. Debo admitir que encontramos este duro ejercicio de navegantes muy placentero, hasta el punto de que conservamos el barco un año más del estrictamente necesario.

El yate fue la forma de poder salir de la isla prisión — pues nuestra detención física hubiera envuelto al Gobierno en una grave acción legal—, pero quedaba en pie el problema de si podríamos arribar a cualquier otro país; esto me parecía a mí muy poco probable, ya que en el mejor de los casos nos mantendrían más allá de los límites de cualquier puerto al que arribáramos. Sin embargo, estábamos decididos a reafirmar a toda costa nuestra libertad — es una sensación maravillosa, tras haber estado encarcelado largo tiempo, ver que puedes hacer virar un barco en cualquier dirección y dirigirte a cualquier parte cruzando los mares libres del mundo — y se nos ocurrió la idea de que podíamos hacer un desembarco sin complicaciones en España. Así que examinamos con mucha atención los mapas y las cartas del Canal y el golfo de Vizcaya que llevábamos con nosotros. Nos acompañaban dos experimentados marineros, ya que mis experiencias marinas quedaban reducidas a sentirme enfermo en el interior de un transporte de tropas o a cruzar el Canal en un steamer, y todos los riesgos que yo había corrido en el mar no habían ido más lejos de sumergirme en la piscina de un buque de las líneas del Atlántico. A pesar de ello, todos — es decir, Diana y yo, nuestros dos hijos pequeños, nuestro igualmente inexperto mayordomo y los dos marineros — estábamos dispuestos a probar suerte.

El barco, un queche de sesenta toneladas, mitad a vela, mitad a motor, fue anclado en Southampton. No teníamos ninguna intención de ocultar nuestros propósitos. Curiosamente, sin embargo, nos dieron los pasaportes la víspera de nuestra marcha; al menos en el verano de 1949 éramos completamente libres, cuatro años después de acabada la guerra. De forma extraña, en un insondable e impenetrable misterio, el espíritu de Whitehall se conmovió, aunque en esta ocasión tengo buenas razones para creer que no fueron las profundidades del mundo oficial las que se agitaron sino sólo la turbia ciénaga de la política. Quizá algunos políticos consideraron que el Gobierno actuaba de una forma estúpida si, a pesar de la excomunión, conseguíamos salir y supusieron que seríamos bien recibidos en algunos sitios. En ese caso, era mejor que se nos concediera al final la libertad en forma de graciosa concesión. Yo no había sido obligado a «dejar de defender el derecho a ser libre», sólo comprar el derecho a ser libre, un yate.

En cualquier análisis de este extraño suceso es difícil descubrir algún motivo serio, excepto el despecho. ¿Qué temían ellos? Tenían armas nucleares, y yo sólo tenía la voz y la pluma de Mosley. Sería halagüeño pensar que mi presencia física habría sido capaz de transformar la situación mundial, pero resulta completamente ilusorio, incluso para los niveles a que se mueve la gente de Whitehall. Si yo hubiese empezado a meterme en todo y hubiera infringido las nuevas leyes de cualquier país, sencillamente me habrían encarcelado, ante la complacencia de Whitehall. En cualquier caso, al impedirme viajar, ellos pudieron suprimir sólo la voz pero no la pluma. No tenían medios de impedir que mis escritos circularan por Europa, y de hecho se publicaron libremente en todos los países excepto en Francia, que, para mí, ha sido siempre una tierra aparte en política. Incluso antes de que estuviera en libertad de salir de Inglaterra, fueron apareciendo en Europa una serie de publicaciones con los principios y slogans —como «Europa una Nación» — contenidos en mis primeras declaraciones y discursos de la posguerra, pronunciados en East London. Si lo que temían era el impacto de mis ideas, eso no pudieron impedirlo.

A pesar de todo, al final obtuvimos la libertad, y a primeros de junio salimos de Southampton y enfilamos hacia el Canal. Fue rudo y hermoso. Todos estábamos agotados al final, pero aquellas diez horas de embates

nos curaron para siempre de aquella molesta incapacidad para habituarnos a las condiciones del mar; no era buena cosa seguir enfermos sobre aquel pequeño barco durante todo el viaje. Tras pasar la noche bregando en el Canal y rodear Finisterre, arribamos a Brest al amanecer, pero la niebla reducía la visibilidad a unas pocas yardas y no teníamos modo de entrar. Afortunadamente, al cabo de una hora o dos, avistamos a un pesquero de que nos guió hasta el interior del puerto. Habíamos llegado a suelo francés.

El paisaje me pareció liso como la palma de la mano a causa de los bombardeos de la guerra; apenas si había alguna casa en pie. Nadie pareció preocuparse mucho por nuestros pasaportes y tuvimos una genial bienvenida de marineros. Comimos temprano en una derrengada choza de latas que era un bistro de los hombres de mar; a nosotros nos pareció un tres estrellas. Paseé un poco por entre las ruinas de aquella ciudad a donde había llegado hace treinta y seis años en mi primera visita a Francia, cuando vine a este país para aprender su lengua, y me dio la impresión que el mar había vuelto el tiempo de mi vida hacia atrás. Con la emoción de estar de nuevo sobre suelo francés, hasta en la desolación de estos contornos perdidos, sentí ganas de decir, ante este momento de reunión con Europa: «Verweile doch, du bist so schön», el desesperado y maravilloso apostrofe dirigido al efímero momento de belleza por el inmortal que pensaba no sólo en unir a Francia y Alemania sino acercar y ennoblecer a todo nuestro continente. Sentí que toda Europa, pasado, presente y futuro, se había congregado allí para saludarme; estaba de un humor exalté. Volví en mí y me encontré de pie entre las ruinas. Regresé al mar.

Cruzamos el golfo de Vizcaya, que en aquella ocasión no estaba tan alborotado como es fama en él y llegamos a Burdeos, a lo que siguió una larga y lenta excursión por las leonadas aguas de la Gironda. Allí disfrutamos de toda la gloria de Francia en la magnificencia de la arquitectura del siglo XVIII; y yo debo añadir a eso, el placer de la cocina vasca. Ninguno de nosotros había estado nunca en Burdeos. Cuando entramos en el templo de la cocina francesa, el «Chapón Fin», sentimos que realmente habíamos dejado muy atrás los confines de Brixton y Holloway. Alexander y Max, que entonces tenían diecinueve años de edad, avanzaron bastante desconsoladamente a través de aquella desacostumbrada aunque soberbia comida. Max se animó un poco al final y comentó con su gracioso acento del Wiltshire: «Esto es casi tan bueno como los helados que nos haces en casa». De mayor, no habría de transcurrir ni un año de permanencia en el foro sin que desarrollase el gusto por la buena mesa propio de cualquier miembro del Colegio de Abogados. Confío en que recuerde siempre el clásico y paternal principio: «Moderación en todo, especialmente en la moderación».

Continuamos nuestro viaje bordeando la costa norte de España, con los chicos demasiado temerarios, ahora que se habían recuperado de sus mareos iniciales. Corrían por la cubierta con los pies descalzos, hiciese el tiempo que hiciese; nos preocupaba que un cabeceo del barco o una ola que barriera la cubierta pudiera arrojarlos al mar, pero con esa adaptabilidad propia de todos los niños casi se habían convertido en unos auténticos marineros cuando arribamos a La Coruña, el primer puerto de España en que recalamos. Ninguno de nosotros había estado nunca en España, así que la empezamos a conocer por este lugar, visitado por última vez por Sir John Moore.

Desde La Coruña continuamos a nuestra próxima etapa, Lisboa, y vimos por primera vez también esta maravillosa ciudad del siglo XVIII. Una vez más tuvimos nuestros problemas por culpa de la niebla al llegar al estuario del Tajo. La visibilidad era casi nula, y parecía que aquellos enormes barcos nos iban a abordar por todos lados con sus imponentes advertencias, a las que sólo podíamos responder con nuestra pequeña sirena. Nuestros experimentados marineros hicieron poco caso de ello, y conseguimos entrar en el puerto, pasando muy cerca del monasterio renacentista de Belem, erigido para celebrar los primeros viajes portugueses de la época de los descubrimientos.

Tras una breve visita, continuamos nuestro viaje y nos enfrentamos por primera vez con una mar brava en la costa sur de Portugal, camino de Tánger. Fue una auténtica galerna y nuestro barco adoptaba posiciones extrañas y verdaderamente alarmanes, pero superó la prueba espléndidamente. Había sido construido por su primer propietario, un hombre que tenía una isla en la costa irlandesa del lado del Atlántico y, por tanto, quería un barco capaz de soportar los temporales del océano. Con aquellos dos navegantes capaces, estábamos completamente seguros, aunque a veces nos sentimos muy lejos de ello.

A continuación, cumplimos nuestro objetivo fundamental, que era visitar el interior de España, para lo que habíamos tomado algunas medidas previas. Conocíamos poca gente allí, pero mi campaña contra la guerra era bien conocida en este país y contaba con la aprobación de muchos, que consideraban la división de Europa una tragedia. Desde Tánger, cruzamos a Gibraltar, donde dejamos el barco con niños y tripulación.

Desde Gibraltar fuimos en tren hasta Madrid, donde hicimos nuevos amigos que constituyeron una fuente de felicidad para nosotros en los años siguientes. De todos ellos, los mejores fueron los Serrano Suñer, a quienes no conocíamos antes de que nos recibieran con su cálida hospitalidad. Él había sido recientemente ministro de Asuntos Exteriores de España y ella era la hermana de la esposa del general Franco. Él combinaba una gran inteligencia con un natural alegre y brillante y un carácter firme que había sabido superar muchas penalidades y vicisitudes durante la guerra civil. Ella unía a su extraordinario encanto y belleza una exquisita dulzura y amabilidad. Nada más llegar, nos proporcionaron una fascinante entrada en la vida española. Ramón

Serrano Suñer dijo que vendría a buscarnos al hotel a las once de la noche para ir a cenar. Nosotros pensamos que era bastante tarde, pero aguantamos bravamente la espera sin ningún refrigerio preliminar. Cuando llegó dijo que cenaríamos en su casa de campo, y nos preguntamos cuánto tiempo emplearíamos en el viaje.

Sin embargo, olvidamos todas aquellas preocupaciones mundanas cuando, en el camino, pasamos por El Escorial. Él había dado instrucciones para que lo tuvieran abierto hasta medianoche. Solos, nos asombramos ante aquel sombrío esplendor. El objeto de la visita era hacer una breve visita a la tumba de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange. Yo le había visto sólo una vez, cuando en los años treinta él me había hecho una visita en nuestro cuartel general de Chelsea, en Londres. Me causó una profunda impresión, y su asesinato me había parecido siempre una de las tragedias individuales más dolorosas de Europa. Me conmoví profundamente cuando permanecimos ante su sepulcro y recordé vivamente la presencia de este joven incomparable. Me vinieron a la memoria las palabras iniciales del memorable tributo de Macaulay a Byron: «Cuando la sepultura se cierra sobre un hombre de treinta y siete años, todo es más triste y más glorioso».

Continuamos sobrecoídos nuestro viaje a la casa de campo de los Suñer, que estaba en la sierra próxima a Madrid. Allí encontramos a un brillante y animado tropel dispuesto a cenar a una hora increíblemente avanzada para las costumbres inglesas. Su alegría y buen humor dispersaron gradualmente los oscuros ensueños de El Escorial. Seríamos unos veinte invitados, entre ellos la sobrina de nuestra anfitriona, la bella hija del general Franco, que hacía poco se había comprometido y había venido con su novio; el tiempo vuela, ellos tienen ahora una numerosa familia. La fiesta se prolongó hasta las primeras horas de la mañana y fue el preludio de una numerosa serie de ocasiones felices en las que las aflicciones de nuestros años de guerra se disolvieron en el calor, el encanto y la distinción de la hospitalidad española. Nos estábamos acostumbrando a sus tardías comidas del mediodía y a sus cenas al filo de la medianoche, cuando llegó la hora de marchar; recuerdo a una señora decirme en lo que ellos llamaban una reunión de la mañana que tenía que irse de prisa a casa porque eran más de las tres de la tarde y a sus padres, como a todos los viejos, les gustaba comer pronto.

Mientras tanto, nuestro barco con los niños había surcado las aguas relativamente tranquilas del Mediterráneo para encontrarse con nosotros en las islas Baleares. Fuimos en tren hasta Valencia y desde allí en barco hasta Mallorca en uno de los viajes más calurosos de nuestra vida. Aquellas islas son un paraíso, ahora familiar para muchos de nuestros compatriotas, pero en las que entonces aún no se había iniciado el desarrollo posterior ni había llegado todavía a ellas el mundillo del cine. En una pequeña casita a la orilla del mar cerca de Formentor vivían Filippo Anfuso y su maravillosa esposa húngara; la notable firmeza y el carácter decidido de esta mujer tuvo una gran importancia a la hora de salvar la vida de su marido en el torbellino final de la guerra. Él era un diplomático profesional que permaneció leal hasta el fin a sus deberes como ministro de Asuntos Exteriores del último Gobierno de Mussolini. Por esta razón, estaba condenado a muerte y vivía en el exilio en la época en que lo conocimos. Posteriormente, fue amnistiado y elegido en seguida diputado para el Parlamento italiano por su Sicilia natal; frecuentemente, basta un ligero cambio en las circunstancias para que el favor popular aclame hoy a los que ayer se escaparon por los pelos de ser asesinados. Su muerte prematura, ocurrida hace tres años, de un ataque al corazón mientras pronunciaba un discurso en la Cámara italiana, ha supuesto para Europa la pérdida de otro carácter noble, de otra brillante personalidad; las penalidades de años anteriores se cobraron su tributo.

Abandonamos con pena aquellas islas encantadas, pero fuimos pronto recompensados por el renovado contacto con Francia; el primer lugar al que llegamos fue la pequeña ciudad de Cassis, a orillas del mar, dotada de un puerto pequeño pero en muy buenas condiciones. Allí nos encontramos con la hermana de Diana, Nancy Mitford, que se alojaba en una casa de las cercanías. Los gritos de alegría de las hermanas reunidas resonaron a lo largo de los escasos seis kilómetros que nos separaban de Marsella, donde la mayoría de la gente estaba muy lejos de compartir mis opiniones políticas. Allí fuimos secuestrados por el marido de la anfitriona de Nancy, a quien conocía de antiguo, y con quien recorrimos toda la costa hasta St. Tropez, donde se encontraba como en casa. En la isla de Porquerolles, entre Marsella y Cannes, tuvimos el placer de encontrar a un buen número de amigos. Mrs. Reginald Fellowes, la familiar figura de nuestro vecino condado de Newbury, estaba anclada a nuestro lado en un magnífico yate que seguramente era más producto de los millones sacados a las máquinas de coser Singer de su madre americana — siempre se santiguaba cuando veía alguno de los numerosos anuncios de aquellas máquinas — que de lo obtenido de la agricultura inglesa, en la que su especialidad era los carneros negros. Gastón Bergery, que en mi juventud había sido la esperanza parlamentaria del Partido Radical francés, estaba también allí con su esposa americana, Bet-tina, a quien yo recordaba de mis primeras visitas a París por sus graciosas agudezas en francés, americano, o en un lenguaje intermedio de su propia cosecha, así como por la exquisita distinción de su porte. Junto con ellos, conocimos por primera vez en Porquerolles al marqués y la marquesa de Pomereu, que tenían un castillo estilo Luis XIII en Daubeuf, Normandía. Sus partidas de caza y la variedad de sus ingeniosos invitados se han combinado durante años con el encanto de su propia compañía para aumentar la felicidad de nuestra vida francesa. En aquella ocasión recorrimos toda la costa mediterránea de Francia hasta la frontera italiana. Las viejas amistades nos acompañaron como pétalos de rosa traídos por la brisa del verano. Los años tristes quedaron muy lejos de nosotros.

Llegamos a Portofino, justo al otro lado de la frontera italiana. Allí había pasado yo mi primera luna de miel, veintinueve años antes, en la fortaleza medieval de la colina; un recuerdo que me conmovió. El pueblecito de pescadores aparentemente no había cambiado, los postigos pintados de las lindas casitas parecían proteger todavía a los aldeanos del fuerte sol del mediodía, pero me habían dicho que ahora ocultaban normalmente las suntuosas moradas de los millonarios de Milán. Afortunadamente, en Italia los ricos suelen tener el suficiente buen gusto como para no echar a perder el arte de los pobres. El aspecto exterior del pueblo era el mismo. El pasado y el presente se mezclaban con armonía.

En Cannes habíamos estado en casa de Hugh Cruddas, un amigo y gran compañero del círculo de Gerald Berners en Faringdon. En Portofino nos encontramos con un amigo suyo, Lord Bridport, un marino inglés que, como descendiente colateral de Nelson, había heredado las posesiones de Sicilia y el ducado italiano de Bronté. Comprendí que era sencillamente lo que aparentaba ser, un sesudo partidario del Partido Conservador. Sin embargo, pronto empezaron a correr siniestros rumores que soliviantaron las orejas de los nerviosos diplomáticos de la Embajada británica en Roma. Al parecer, se decía que nos habían visto pasear juntos y cogidos del brazo por la Piazza de Portofino cantando *Giovinezza*¹⁹⁶. Ni que decir tiene que no hay una sola palabra de verdad en toda esa historia; aquéllos fueron días de auténtico sobresalto para los diplomáticos.

Fue en Portofino donde conocimos a Oberto Doria, quien nos llevó a hacer una corta excursión por la costa para visitar las tumbas de sus antepasados en el romántico San Frutuoso, al que sólo podía llegarse por mar, para que así nunca pudieran ser violadas las tumbas en la época medieval; la familia había contribuido con numerosas y legendarias figuras a la historia genovesa. Más tarde estuvimos con él en Torrióni, cerca de Pinerolo, la escuela italiana de caballería. Se ocupaba de la crianza de caballos de carreras; los pastos excepcionales de los alrededores hacían que obtuviera notables resultados. Las praderas estaban regadas por el agua clara y fresca de los Alpes italianos. El paisaje, que combinaba el cielo azul de Italia con la verde hierba de Irlanda, era de una belleza extraordinaria. Antiguos y nuevos amigos italianos hicieron para nosotros de aquella tierra encantada un paraíso perdurable al cual íbamos siempre que las exigencias de la vida nos lo permitían.

Habíamos dejado a los niños en el Sur de Francia para que volvieran en tren a Inglaterra con unos amigos. Nosotros continuamos, sólo con la tripulación, hasta Roma. Aunque se pretendía que este viaje fuese enteramente no político — un descanso tras duros años — yo tenía ligeras dudas sobre lo que ocurría en Roma, donde se habían dado cambios tan grandes desde la última vez que había estado allí en circunstancias muy distintas. Sin embargo, fuimos recibidos en todas partes con la cálida hospitalidad de costumbre. Siempre he amado profundamente al pueblo italiano y estoy de acuerdo con la esposa de un amigo francés, quien parafraseaba el aforismo de Voltaire, hablando de otro asunto muy distinto: si los italianos no existieran, habría que inventarlos.

En Roma iniciamos nuestro viaje de vuelta y nos dirigimos de nuevo a Francia, con la firme resolución de volver a Italia, decisión ampliamente cumplida, tanto en nuestra antigua vida como en la nueva. Dejamos el barco en Cannes para que pasara el invierno, prometiéndonos al menos otras cortas vacaciones al año siguiente antes de desprendernos de una posesión que ocupó en mi vida tanto tiempo y que me supuso tanto dinero. Habiendo sufrido tanto por las tonterías del Gobierno británico, consideramos que, por lo menos, podíamos aprovecharnos un poco de su último absurdo para con nosotros, disfrutando algo más de esta extraña aunque agradable ocupación producto de su negativa a concedernos un pasaporte. Pero lo que ahora nos ocupaba la mente era el excitante proyecto de realizar el primer viaje después de trece años de ausencia a través de Francia por la en un tiempo familiar ruta, la nacional siete.

Deborah, la hermana más joven de Diana, salió a nuestro encuentro en Cannes y nos llevó en su coche. Decidimos hacer un tour gastronómico, puesto que contábamos con un libro-guía muy antiguo titulado *Où Déjeune-rons-nous?*¹⁹⁷. Estaba escrito en una lírica prosa francesa, que casi se transmutaba en pura poseía cuando llegaba a «los templos de la gastronomía francesa», y estaba dedicado a un caballero cuyo magnífico estómago había probado las delicias que servían en aquellas cuatro mil direcciones en bien de la posteridad, aunque al final había sucumbido; un mártir de la causa.

Estuvimos en unos cuantos sitios de calidad bien probada, situados en las cercanías de Cannes y, finalmente, la víspera de nuestra partida, comimos en uno de los más famosos, antiguos y clásicos restaurantes de la ciudad. Deborah insistió en pagar ella en tres ocasiones, pues ahora era ya una mujer casada con unos cuantos años de matrimonio a sus espaldas, aunque tenía un aspecto tan juvenil con su diáfano vestido de verano que nadie lo hubiera creído. Los camareros me observaban comiendo opíparamente en compañía de Diana, entonces en la cúspide de su belleza, y de aquella maravillosa joven, encantadora y también aparentemente encantada, y para su asombro ella sacó al final un gran fajo de billetes de su bolsillo y pagó la aterradora cuenta. Un viejo camarero me susurró al oído: «C'est monsieur qui a la chance»¹⁹⁸. Resultó ser un

¹⁹⁶ Una de las más famosas canciones fascistas. (N. del T.)

¹⁹⁷ ¿Dónde comemos? (N. del T.)

¹⁹⁸ El señor tiene suerte. (N. del T.)

viejo conocido, muy contento de ver mi fortuna tan soberbiamente restaurada. Volvimos por aquella carretera, más áurea a nuestros ojos que las de Samarcanda, muy atrás Inglaterra y sus políticos. Recordé por un momento el consejo de Schiller tan apropiado para las primeras épocas de la vida: «Bleibe die Blumen dem blühenden Lenze, scheine das Schöne und flechte dich Kränze» y consideré que todavía me podía permitir un poco de aquello después de haber pasado tanto; pero en seguida me vino a la memoria la conclusión final: «Aber dem mann-lichen Alter ziemts einem ernsteren Gott zu dienen». Tras un breve paréntesis, la vida tenía que volver a ser de nuevo algo mortalmente serio.

¿Por qué no ser un poco más diplomático; por qué no traer a colación una cita inglesa para describir tus sentimientos en aquel momento?, preguntó un viejo amigo y valioso consejero al leer mis manuscritos. La respuesta a esta pregunta nos introduce en un tema que me parece muy interesante. Cada lengua es la más apropiada para expresar ciertos sentimientos. Personalmente, no conozco en literatura nada que pueda expresar este sentimiento particular de formar tan exquisita como los versos del poeta alemán. Después de la guerra, volví a Europa con mi probado francés y, por primera vez, fui capaz de hablar en alemán; las lecturas intensivas de los años de prisión habían abierto para mí todo un nuevo mundo literario. En consecuencia, durante estas jornadas europeas, me sentía impulsado, según las distintas experiencias, a pensar y a sentir en una de las tres lenguas; bajo el estímulo de aquellos cambios continuos en el entorno, se abrían para mí nuevas fronteras de pensamiento, sobre todo en escenarios o ante monumentos de excepcional belleza. Aquella capacidad nueva suponía para mí una felicidad inenarrable.

Años más tarde, estaba con unos amigos en un restaurante francés muy frecuentado y que gozaba de una particular consideración por nuestra parte, V, en aquel ambiente acogedor en el que se podía disfrutar de algunas de las mejores cosas de la vida, estuve hablando de una manera bastante expansiva. Decía que para aquellos que estaban dotados con la bendición de las tres lenguas principales de Europa, cualquier idea nueva podía ser discutida primero en alemán, una lengua tan rica como los rayos del sol brillando entre las sombras del Urwalder, aquellos umbríos bosques, llenos de ideas misteriosas, imaginativas y creadoras; después de iluminadas a pleno sol por el luminoso inglés, capaz, a través de sus maestros, de presentar cualquier pensamiento con una claridad única en muchos aspectos; a continuación, ser reducida a una precisión lapidaria mediante la escultura exquisita del francés, que por algo era utilizado en los tratados y en todas aquellas ocasiones en que el lenguaje y el pensamiento debían ser completamente exactos. En este punto de mis observaciones, una figura se levantó de una mesa vecina, se inclinó, alargó su mano, sonrió, me estrechó la mano, se volvió a sentar y reanudó su comida, sin pronunciar una sola palabra.

Considerado superficialmente, puede parecer que los modos de pensar diferentes que implican las tres lenguas principales de Europa deben conducir a diferencias de carácter irreconciliables. Ciertamente esto enriquece la vida, cuando se tiene el dominio suficiente como para poder pensar en cualquiera de las tres, ya que los cambios de una a otra pueden inducir estados de ánimo completamente distintos y permitir contemplar el mundo bajo ángulos enteramente diferentes. Sin embargo, la experiencia actual, al alcance de cualquiera que se tome la molestia de comprobarlo, da la impresión de que las diferencias de lenguaje inevitablemente provocan la discordia; muy al contrario, estas diferencias pueden llevar a la más grande armonía en el pensamiento del individuo, y esta nueva música de la imaginación nos aguarda por doquier a los europeos, en cuanto seamos capaces de pasar de la infancia relativa actual a la madurez del futuro continental.

Tras nuestro viaje por Europa, volvimos a nuestra granja de Wiltshire y fuimos felices al sentirnos de nuevo enraizados en el suelo nativo. Sin embargo, yo tenía la sensación de que el viento de la política soplaba en una dirección que tendía a desarraigarnos de allí. Cultivé la granja de Wiltshire desde 1945 hasta 1951 y ya inmediatamente después de la guerra resultó difícil combinar aquello con mi reducida actividad en la política inglesa; cuando, después de 1949, se sucedieron los viajes por Europa con frecuencia creciente, la combinación se hizo totalmente imposible. Era incompatible atender al mismo tiempo la granja de Inglaterra y la política de Europa, y no era cuestión de engañarme a mí mismo pensando que podía hacer bien dos cosas tan diferentes. En 1951 vendimos la casa de Wiltshire y la granja, y lo hicimos con pena porque nos habíamos encariñado mucho con la ocupación y con el vecindario. El problema que surgió entonces era cómo combinar mi actividad política en Inglaterra con mi decisión de convertirme en un europeo, y qué bases había que establecer para cubrir este objetivo. Mi objetivo real al abandonar Inglaterra en 1951 era hacer de mí mismo un europeo, y ahora, a los diecisiete años de aquello, puedo asegurar con entera tranquilidad que lo he conseguido. Me parecía esencial que algún inglés con experiencia política se convirtiera en un europeo a base de pasar la mayor parte de su tiempo en Europa, una decisión que me ha proporcionado unos conocimientos sobre Europa únicos en la política británica.

Escogí Irlanda como base de operaciones por dos razones fundamentales: mis antiguas amistades en aquel país, que databan nada menos que de mi campaña política sobre la cuestión irlandesa en 1920, y mi deseo de tener tiempo libre para emplearlo en combatir lo que entonces me parecía un estúpido despecho, la absurda obstrucción por parte del mundo oficial británico; desde la actual perspectiva, me doy cuenta de que entonces había muchos otros que sufrían también aquellos pequeños problemas, pero yo, naturalmente, no era precisamente un favorito de los burócratas, que por aquella época tenían mucho poder para intervenir y

controlar las vidas de los individuos. Una vez más fueron las ganas de quitarme de encima una situación fastidiosa, más que la amargura, lo que me impulsó a trasladarme; pensé que lo mejor era ponerme fuera del alcance de aquellos trogloditas que intentaban obstaculizar mi libertad. Por encima de todo, estaba decidido a conseguir la libertad para convertirse en un europeo.

Aparte de las fricciones menores, pero que me hicieron perder mucho tiempo, con el mundo oficial, me vi envuelto, antes de mi salida de Inglaterra, en tres pleitos que no tuvieron nada que ver con aquellas acciones por libelo que al final había ganado siempre. Aquellos pleitos arrojaron el resultado de dos derrotas y una victoria. Paradójicamente, la derrota más importante me supuso a fin de cuentas una ventaja muy sustancial. Tuvieron lugar algunas dificultades con la impresión de mis nuevos escritos. Empecé una acción en la Chancery División alegando conspiración para impedir su impresión y obstaculizar mi legítima actividad. Tras prolongados debates, el prudente juez decidió que no había lugar al caso, pues estaba probado que se trataba del incendio espontáneo y a escala limitada de un local. Sin embargo, quedó muy claro que cualquier acción intencionada de esta clase sería un asunto muy grave a los ojos de la ley inglesa, y esto fortalecía mucho mi posición en el futuro. Yo era libre de hacer circular mis opiniones dentro de los limitados medios a mi disposición.

La segunda derrota tuvo al menos el encanto de su simplicidad. Se refería a una cuestión fiscal a un nivel muy elemental; al final, el eminente abogado se volvió hacia mí y me obsequió con la amistosa observación de que él hubiera ganado el caso para cualquier persona del país, excepto para mí. Yo no tenía ningún interés en llevar el asunto más allá, pues ya tenía en la cabeza proyectos más importantes y ambiciosos. El lector puede pensar ahora que el que me embrollara con todos aquellos pleitos indica que, tras nuestras desagradables experiencias, no habíamos adquirido manía persecutoria, pero, por supuesto, yo estaba muy en guardia contra semejante posibilidad después de haber leído durante mis años de prisión los principales libros de psicología en las dos lenguas de más abundante bibliografía sobre el tema. Está muy claro además que dos de aquellos pleitos fueron necesarios para salvar mis negocios editoriales y agrícolas que fueron objeto de alevosos ataques, mientras el tercero, ya mencionado, tenía como único objetivo intentar impedir la pérdida de una considerable suma de dinero.

El tercer caso fue una resonante victoria que culminó en una ruidosa farsa. En Crux Easton, nosotros criábamos cerdos en un número bastante considerable. Nuestros cerdos iban bastante bien con la deficiente dieta normal en el período de la posguerra hasta que un buen día empezaron bruscamente a enflaquecer ante nuestro asombro. A pesar de que aumentamos su alimentación, que hasta entonces había dado tan buenos resultados, continuaron adelgazando por días. Naturalmente, yo estaba muy preocupado, en todos los sentidos, por lo que les ocurría a aquellos animales, y empecé a moverme a toda velocidad para encontrar una solución a aquel problema, dinámica cualidad de la que tanto carecen los políticos. En mis esfuerzos por encontrar algo que los curara, hice venir nada menos que a nueve veterinarios en un breve intervalo de tiempo; el noveno supo encontrar al pequeño parásito responsable de todo aquello y el remedio para curar a los cerdos. A partir de entonces, los animales recuperaron rápidamente su buena salud y su lozana condición.

El destino llamó a la puerta en forma de funcionario; fui obsequiado con un informe sobre la peste porcina, seguido rápidamente por otro sobre las patas y la boca de los cerdos, y a continuación me llegó una citación para que compareciera acusado de hacer pasar hambre a los cerdos y ser, en consecuencia, responsable de sus enfermedades. Monté en cólera. Se había encontrado ya el remedio y estaba en marcha el tratamiento adecuado, pero no dije nada. En cambio, me fui a Londres a ver a un buen amigo, el famoso médico, Dr. Geoffrey Evans, que me había tratado cuando salí de la prisión. Me dijo que el estómago de un cerdo es extraordinariamente parecido al de un hombre; me convertí en un experto en estómagos de cerdo. El caso se vio pronto. Yo me pasé toda la mañana repreguntando y reexaminando las pruebas oficiales sin dejar traslucir lo más mínimo por dónde pensaba llevar mi defensa. Ante mi consternación, justo antes de la hora de comer, los magistrados decidieron unánimemente desestimar el caso. Yo era un hombre libre; y grande fue mi indignación. Protesté con vehemencia, pues quería que el caso continuara para que yo pudiera presentar mis pruebas; quería dejar en ridículo a la otra parte. Sin embargo, los magistrados decidieron que ya habían oído suficiente, y, al parecer, todavía se desata cierta hilaridad en los círculos legales cuando se recuerda la historia de aquel acusado que se resistió tan vigorosamente a que lo absolvieran.

Por muchas razones, grandes y pequeñas, era mejor trasladarse, y nos establecimos en lo que técnicamente fue llamada residencia principal, en Irlanda, aparte de montar en Francia una residencia secundaria, que posteriormente se convirtió en nuestro único hogar. Tras el requisito de renunciar a la residencia inglesa, tenía derecho a pasar hasta noventa días al año en Inglaterra, que fueron aprovechados para los mítines y conferencias que fue necesario celebrar. Nuestra primera casa de Irlanda estaba en Clonfert, condado de Galway, casi en el centro exacto del país; nuestra casa de Francia estaba en Orsay, en el valle de Chevreuse, a unos veinte kilómetros de París. Era una casa pequeña de exquisita belleza que había sido construida por el arquitecto Vignon, el mismo que había proyectado la Madeleine. Pertenecía a la escuela del Palladio, quien sumaba a la perfección de la arquitectura griega unas aportaciones personales que ennoblecían sus realizaciones. Mi pasión por todo lo helénico se satisfacía aquí a todas horas. Sólo surgió una pequeña

dificultad. La pequeña obra maestra había sido erigida para celebrar la victoria del general Moreau en Hohenlinden, y, en consecuencia, fue bautizada en 1800 con el nombre de Le Temple de la Gloire; un título consagrado por el tiempo que yo no podía cambiar sin incurrir en un acto de vandalismo. Sin embargo, a veces, cuando algún inglés me preguntaba la dirección, sentía un cierto embarazo al tener que dar por toda respuesta: «el Templo de la Gloria»; y en ocasiones sentía en mi interlocutor un sentimiento cortésmente oculto: siempre fue un poco «exalté», y ahora ha encontrado un sitio a su gusto.

Inicialmente, la reina Isabel I dispuso que Clonfert fuera el centro de la cultura irlandesa, y nos produjo una agradable sensación el comprobar que, aunque algo tardíamente, los deseos de la prudente reina se habían cumplido al fin. A nuestra llegada, este depósito de sabiduría tradicional quedaba reducido a un cierto número de pequeños edificios situados sobre las márgenes del Shannon; parecía haber resistido inalterable el paso del tiempo. Agradecemos la soledad de los alrededores y la amistad de nuestros vecinos. Nuestra propia casa era más extraña y romántica que bonita, y todavía conservaba el rancio perfume de las viejas leyendas sobre el mal comportamiento cromwelliano. En el extremo más lejano de un pequeño prado, casi a un tiro de piedra de nuestra casa, estaba la Catedral de Clonfert, un bello ejemplar de arquitectura normanda con influencias irlandesas de la primera época, flanqueada por una de las más hermosas avenidas de tejos que yo haya visto nunca en este país de árboles tan bellos. La vida monástica de los alrededores le hacía retroceder a uno a los más lejanos tiempos, y estaba centrada unas pocas millas más allá, en Clonmacnoise, con sus siete iglesias de fama legendaria y la antiquísima belleza de sus curiosas ruinas a la orilla del Shannon.

Nos trasladamos a Clonfert en 1952, pero justo antes de las Navidades de 1954 nuestra estancia allí tuvo un final prematuro a causa de otro de esos trágicos incendios que parecen perseguir a nuestra familia. Yo estaba solo en casa pues Diana había ido a Londres a ver a su padre. Me acompañaba nuestro hijo mayor, Alejandro, que entonces tenía dieciséis años, la cocinera francesa y el chófer francés. Yo tenía la costumbre de dormir en la biblioteca, en la planta baja, donde con frecuencia me quedaba trabajando hasta muy tarde. Alejandro estaba en la segunda planta y el chófer y la cocinera en la tercera. A medianoche me despertó Alejandro; se había declarado un incendio en la habitación contigua a la suya; el origen del fuego se determinó posteriormente: estaba en la chimenea de la cocina, llena de resinas inflamables procedentes de la leña que se había ido quemando allí durante siglos. En seguida comprendí que el fuego había alcanzado ya una amplitud tal que nada sería capaz de contenerlo, salvo la acción de la brigada de bomberos, que estaba a catorce millas de allí, en Ballinasloe. Lo primero que hice fue mandar bajar a la cocinera del piso de arriba, y lo segundo enviar al francés en el coche a que avisara a los bomberos, ya que no teníamos teléfono; por último, me dediqué a salvar las pinturas de la familia que habían conseguido escapar del incendio anterior, el que tuvo lugar en Rolleston a mediados del siglo pasado.

La tarea de rescatar los cuadros se realizaba con bastante rapidez gracias a la valiosa ayuda que me prestaba Alejandro, y sin correr ningún riesgo innecesario ya que el fuego avanzaba lentamente. El único síntoma de peligro era el resplandor que salía de la cubierta del tejado. Habíamos dejado a la cocinera, si no feliz, al menos pacíficamente sentada sobre el césped del prado, en la oscura y triste noche de diciembre, pero de pronto oímos sus gritos procedentes de la ventana de su habitación de la tercera planta, a donde, por lo visto, ella había vuelto para recuperar sus olvidados ahorros. La escalera estaba ahora cortada por el fuego, y no teníamos medios de llegar hasta donde estaba ella. Pusimos sobre el prado un montón de ropas que habían sido arrojadas desde las ventanas, enrollé los dos picos de unos de los lados de una manta alrededor de las muñecas de Alejandro y agarré los otros dos con fuerza. Había una altura de cerca de treinta pies desde el tercer piso. La ordené que saltara sobre la manta, que manteníamos extendida encima del montón de ropas. La mujer se resistió a todos nuestros requerimientos hasta que las llamas casi llegaron donde estaba ella; entonces saltó, a pesar de su considerable volumen.

La manta se rompió bajo su peso, pero el montón de ropas paró completamente el golpe. Con el impulso de la caída, salió fuera del montón y rodó un buen trecho por el prado como si fuera un barril. Después, se quedó quieta en el suelo; fuimos hacia ella y la encontramos jadeando pesadamente, y diciendo continuamente entre lamentos: «Je meurs, je meurs»¹⁹⁹. Palpando sus tobillos en busca de algún hueso roto, le pregunté: «Où mour-rez-vous?»²⁰⁰, sin obtener respuesta. Mi investigación prosiguió pantorri-llas arriba hasta la rodilla; con un grito, ella se levantó de un salto y echó a correr a través del prado hasta el bosque vecino, a salvo de cualquier persecución y cualquier peligro. Intentamos reanudar la tarea de salvar los cuadros, pero ya era tarde. Perdimos varias obras antiguas de gran valor.

En este punto, y en beneficio de la posteridad, voy a revelar un secreto del arte médico para los socorristas amateurs. Este truco lo aprendí hace mucho tiempo, en un accidente que me ocurrió en la juventud. Dos jóvenes soldados se dirigían a gran velocidad desde Dublín a Curragh en un coche muy viejo que yo había comprado por una bagatela, y del que se decía era el «Rolls-Royce» de cuatro cilindros que llevó a Charles Rolls a la victoria en la carrera de la isla de Man. Manos más habilidosas que las mías lo habían puesto de

¹⁹⁹ «Me muero, me muero.» (N. del T.)

²⁰⁰ «¿Por dónde se muere usted?» (N. del T.)

nuevo en condiciones de rodar, y yo sabía que la única manera de mantenerlo en marcha era llevarlo a todo gas, como en los despegues de los primeros aviones que recientemente había estado pilotando. El viejo coche tomó una curva de la carretera bramando como un toro. Debió constituir una alarmante aparición para la señora irlandesa que avanzaba en dirección opuesta sobre una bicicleta sobrecargada con los cestos de la compra.

Los dos íbamos por el lado correcto de la carretera, pero la visión y el rugido de aquel monstruo que se aproximaba debió ponerla nerviosa, porque cruzó la carretera y se metió prácticamente debajo de nuestras ruedas. El coche embistió la rueda delantera de la bicicleta y la volteó como el toro volte a torero. Su cuerpo no entró en ningún momento en contacto con el coche. Afortunadamente dio un buen salto que la hizo tocar tierra en buena posición detrás de nosotros.

Salimos rápidamente del coche para atenderla; estaba tumbada todavía y respiraba con dificultad. Le dije a mi compañero: lo primero que hemos de hacer es comprobar si tiene algún hueso roto. Palpé los tobillos, las pan-torrillas, las rodillas; al llegar aquí, ella, dando un grito, se levantó de un salto y echó a correr por la carretera. La broma me costó 50 £ de entonces, una suma modesta en cualquier período, y que se puede dar por bien empleada, pues aquello, una vez apaciguadas las emociones de la señora, me proporcionó una valiosa experiencia para el futuro. Como todos mi restantes conocimientos, ofrezco modestamente éste a la consideración y en provecho de las generaciones venideras.

La brigada de bomberos llegó por fin a Clonfert. Como siempre en estas ocasiones, los irlandeses se comportaron magníficamente. Apagaron el fuego antes de que éste alcanzara la última parte del edificio donde estaba colgados algunos de nuestros cuadros favoritos, pero la vieja casa quedó inservible, un auténtico cascarón inhabitable. Yo sabía que algunos de los bocetos favoritos de Diana, pertenecientes a artistas modernos como Tchelichev, estaban en una gaveta que no pude encontrar; sabía también que se habían quemado sus muebles preferidos y que todo aquel asunto iba a suponer un severo shock para ella. Así que dejamos a la cocinera con unos amables vecinos, y en pocas horas recorrí en coche la distancia que me separaba de Dublín, acompañado de Alejandro, que se había comportado extraordinariamente en todo momento, para recibir a Diana en el aeropuerto y comunicarle la noticia antes de que la oyera por conducto de otros; fue una suerte que ella tuviera que volver aquel día. El avión aterrizó y ella vino hacia nosotros a través de la pista, saludándonos con la mano y sonriéndonos en cuanto vio que estábamos en la terraza del aeropuerto, esperando su llegada. Entonces me asaltó una sensación extraña, tan dolorosa como los propios acontecimientos: en esta ocasión ocupábamos el triste lugar del fatum de la tragedia clásica, conocedor del destino que les espera a los felices mortales, mientras ellos mismos permanecen inconscientes de su fatalidad. Bajamos a su encuentro y le contamos lo que había ocurrido; ella acogió la pérdida de sus tesoros con la entereza habitual. Se consoló al saber que no habíamos sufrido ningún daño físico, salvo el shock de nuestra buena cocinera, del que, por cierto, se recuperó rápidamente.

Nuestra casa de Irlanda ya no existía, así que tuvimos que ocuparnos de buscar otro techo donde cobijarnos. Afortunadamente, encontramos pronto una deliciosa casa, de un sencillo estilo Regencia, que daba al río Black-water, por un precio muy moderado. Estaba veinte millas al norte de Cork y a unas quince millas de Lismore, donde Deborah, la hermana de Diana, venía todas las primaveras a disfrutar de unos jardines de excepcional belleza y de la pesca de algunos salmones excelentes. Nosotros disponíamos de un coto de pesca de unos pocos cientos de yardas, más que suficiente para mi ocasional y esporádica dedicación a este deporte. La pesca, si se practica sólo de forma moderada, tiene grandes ventajas, pues no te sientes impulsado a dedicarte a ella con asiduidad ni a concentrarte de un modo profesional. Yo solía pescar durante un rato, luego me sentaba a pensar o a escribir. Aquellos contornos eran ideales para eso, pues la casa estaba sobre un pequeño acantilado sobre el río y orientada al mediodía. El acantilado estaba cubierto de ese verde perenne tan típico de las comarcas del sur de Irlanda. Entre la casa y el río había un prado para pasear. El maravilloso sol del invierno lucía en una atmósfera tan límpida que me recordaba la de la Riviera los días de Navidad. Arponear algún vez era la única operación delicada, pues en este trecho el río tenía unas orillas muy escarpadas y con mi pierna lisiada me resultaba muy difícil gatear hacia abajo para clavarle el arpón. Sin embargo, realicé esta operación con la frecuencia suficiente como para gustar del placer de la incertidumbre. El único inconveniente que tenía la agradable existencia que llevábamos en esta casa es que pronto empezamos a preocuparnos más de la cuenta por ir allí a disfrutar de todo aquello y por justificar los gastos que suponía. Así que finalmente la vendimos en 1963 y nos establecimos en Francia.



Ilustración 36. El autor con sus amigos de East London, tras un mitin.



Ilustración 37. Con parte del auditorio tras uno de los ordenados mitines que celebró todos los años en Trafalgar Square hasta 1962. A partir de ese año Trafalgar Square le fue prohibido.



Ilustración 38. Paseando hacia las usuales reuniones al aire libre.



Ilustración 39. El autor hoy, a los setenta y un años.



Ilustración 40. La casa de los Mosley, cerca de París.



Ilustración 41. Jornada europea.

La distancia no supone ningún problema para nuestros trabajos, ya que yo puedo telefonear desde París a cualquier sitio de Londres sin más que marcar el número en mi teléfono, con la misma facilidad que si estuviera en el mismo Londres. Además, al vivir cerca de un aeropuerto, puedo desplazarme de aquí allí en poco más de la mitad del tiempo que invertiría en trasladarme por carretera a Londres desde mi Staffordshire natal. ¿Por qué fuimos a Francia y no a otro país cualquiera? Supongo que la razón fundamental reside en que Francia ha sido siempre mi *pays du bonheur*²⁰¹ desde que llegue a él por primera vez para luchar como un joven soldado en la aviación y en las trincheras. He pasado aquí la mayor parte de mis vacaciones, salvo la época en que estuve preso o sufriendo otros impedimentos políticos. Ha sido siempre para mí un país de recuerdos felices, cálidas amistades y vida simpática, donde me he sentido a salvo de la acción de los políticos. En Francia, leo, pienso, escribo, veo a gente, pero nunca me mezclo en sus asuntos políticos internos; eso hubiera sido tan descortés como desafiar a un anfitrión a una discusión violenta en su propia casa. Ahora me siento en mi hogar tanto en Inglaterra como en Francia o en Alemania; en un cierto sentido, toda Europa es mi hogar. En estos diecisiete años que llevo viviendo en Europa, que han seguido a una vida de frecuentes visitas, tanto en los rigores de la guerra como en la felicidad de la paz, me he convertido completamente en un europeo. Por eso me parece enteramente natural vivir en Francia.

²⁰¹ País de la felicidad. (N. del T.)

23. LA IDEA EUROPEA DE LA POSGUERRA

En cuanto acabó la guerra y tuve libertad para trasladarme a cualquier parte dentro de Inglaterra, inicié la organización de un movimiento político. Tras recuperar el contacto con mis amigos, se llevó a cabo la primera acción, consistente en la organización de clubs de lectura, que fue seguida por la salida de una publicación en noviembre de 1946. El Union Movement fue formalmente constituido el 8 de febrero de 1948, después de que cincuenta y una organizaciones o grupos diferentes vinieron unidos a mí y me invitaron a empezar de nuevo. Como su mismo nombre indica, el objetivo del Union Movement era promover la más amplia unión de Europa. Perseguíamos en primer lugar una unión del pueblo británico que trascendiera a las diferencias de los partidos como prelude esencial a la unión de Europa. "Unos cuantos extractos de mis escritos y discursos de ese período darán las claves de una campaña que continuó ininterrumpidamente a lo largo de los catorce años siguientes mediante mítines públicos que han ido creciendo amplia, ordenada y continuamente en tamaño y en entusiasmo. Las circunstancias que nos llevaron después a acabar con los mítines públicos en Inglaterra serán examinadas posteriormente con cierto detalle.

Tan pronto como, después de la guerra, estuve en libertad de pronunciar discursos, volví al tema de la unión de Europa y lo subrayé haciendo resaltar el enorme desarrollo que había tenido la ciencia durante la guerra, lo cual reforzaba mi creencia, largo tiempo defendida, de que la ciencia debía ser la preocupación principal de los gobernantes. Por ejemplo: «La unión de Europa no es simplemente un sueño o un deseo, sino una necesidad. La unión de Europa no es un concepto nuevo, lo único nuevo es su actual necesidad... Debemos darnos cuenta de que la ciencia ha barrido cualquier política de preguerra, completamente inadecuada para la nueva época. La idea que ahora expongo está tan lejos del fascismo o de las democracias de 1939 como un avión a reacción lo está de las máquinas de vapor del siglo pasado. Los avances de la ciencia desde 1939 obligan a un desarrollo correlativo del pensamiento político. Los políticos deben utilizar el nuevo mundo de la ciencia para reformar el equilibrio del viejo mundo europeo. Ahora la unión de Europa es necesaria para la supervivencia de todas las naciones de este continente. La nueva ciencia representa al mismo tiempo la mejor oportunidad y el mayor peligro de toda la historia. Ha destruido para siempre la inmunidad insular de Inglaterra y obliga a una organización de la sociedad en áreas más amplias. Ha acelerado la evolución y ha impuesto la unión con nuestros hermanos de Europa, si es que queremos sobrevivir. América tiene más interés en tener un compañero que un pensionista. El mundo tiene interés en que surja un poder que pueda obligar a Rusia a abandonar toda esperanza sobre sus designios de sometimiento de Europa al comunismo. Por todo ello, tenemos el deber de fundir en una unión perdurable las tradiciones inmortales de Europa con la profunda revolución que supone la moderna ciencia. De esta fusión nacerá una civilización con una capacidad creadora continua, una civilización capaz de impulsar todo lo bueno y que resistirá victoriosa la prueba del tiempo» (15 de noviembre de 1946).

Esta misma idea la trataba posteriormente en un ensayo titulado: *La Extensión del Patriotismo, La Idea del Parentesco* (enero de 1947): «Amamos a nuestros países, pero debemos ampliar ese amor; ahora, los ideales y la práctica nos obligan a ello. La extensión del patriotismo: ésa es la necesidad y ésa es la esperanza. El nuevo patriotismo se extenderá para arropar en su seno a distintos linajes, pero sin destruir las cualidades propias de esos linajes en la búsqueda de la mezcla antinatural del viejo internacionalismo».

Cualquier sugerencia de que, al intentar la creación de Europa, yo me estaba convirtiendo en un antiamericano, era refutada en una fase ulterior de la exposición dentro de este mismo ensayo: «Sin embargo, la idea del parentesco nos lleva más allá de Europa; también hay parientes nuestros en las dos Américas. Su vida espiritual está basada también en último grado en los casi tres milenios de historia y cultura europeas. En lo más profundo de la realidad y los más altos ideales de esta época hay algo que los impulsa de forma natural y en última instancia a sentir y a pensar como nosotros lo hacemos».

Por aquella misma época, me puse a reconsiderar toda la problemática social a la luz de las últimas experiencias. El siguiente extracto resume brevemente todo un largo proceso de mi pensamiento: «Ya empiezan a tomar forma el pensamiento y la acción del futuro. Nosotros conciliamos los viejos conflictos y empezamos a lograr, hoy en el terreno de las ideas, mañana en el de las realidades, la fusión de la autoridad con la libertad, de la acción con el pensamiento, de la decisión con la discusión, del poder con la responsabilidad, del vigor con el deber, de la fuerza con la bondad, del servicio del pueblo con la consecución de cada vez más altas formas de vida» (1 de marzo de 1950).

Entre mis primeros discursos de posguerra relativos a la urgente necesidad de la unión de Europa bajo el impulso de la ciencia y este resumen de una actitud social que surgía de la experiencia y de nuevas ideas, tuvieron lugar dos acontecimientos decisivos para mi futuro, que fueron la publicación de *La Alternativa* en 1947, una extensa exposición de mi nuevo pensamiento, y mi declaración en favor de la Nación Europea, hecha durante un discurso que pronuncié en East London en 1948. *La Alternativa* reorientaba todo el curso de mi

pensamiento político, y la frase «Europa una Nación» — después tan prodigada en las publicaciones y ensayos continentales — fue utilizada entonces por primera vez.

Aparte de las publicaciones normales en apoyo del partido, publicamos nosotros solos, entre 1953 y 1959, una revista mensual titulada *El Europeo*, en la que yo expuse aquellas ideas en un análisis que iba firmado «Europeo». La mitad de la revista era literaria, y escribían en ella colaboradores que sostenían diversos puntos de vista. Diana fue la directora; consiguió reunir un equipo muy variado y, además, ella misma escribía en la revista de forma admirable.

Propagué al máximo mis ideas por toda Inglaterra, y después por toda Europa con la excepción de Francia. Habíamos decidido hacía tiempo concedernos a nosotros mismos una tierra tranquila donde yo me viera libre de cualquier complicación política. A algunos lectores puede parecerles curioso el hecho de que muchas de las personas que se unieron a mí en defensa de la idea europea, después de la guerra, hubieran sido antes contrarios a los partidos con los que se suponía yo estuve asociado. De hecho, mi principal colaborador alemán del primer período de la posguerra se había opuesto enérgicamente al Partido nazi; él había sido entonces un soldado, y después un agricultor, más que un político.

En todo momento, mi objetivo fue unir al mayor número posible de hombres que estuvieran a favor de la unión completa de Europa, cualesquiera que hubiesen sido sus ideas anteriores. Cuando finalmente, en la Conferencia de Venecia de 1962, se logró un acuerdo entre diversos partidos europeos, los que habían sido anteriormente fascistas o nacionalsocialistas constituían solamente una pequeña minoría. Este acontecimiento fue la culminación de años de trabajo, y para mí supuso un éxito que quizá fue aireado en exceso, ya que personas de otros países vinieron a casa y se preguntaban si se habrían comportado de un modo prudente al comprometerse con ideas tan avanzadas. Los logros importantes provocan siempre una cierta reacción de signo opuesto.

Se me pidió que elaborase un borrador de programa para que circulara antes de la Conferencia. Escribí un documento en el que definía toda mi política de Europa una Nación, por la que yo abogaba desde 1948. Por supuesto, estaba muy por delante de todo el pensamiento contemporáneo y no esperaba que fuese aceptada totalmente, pero, tras largas discusiones, el programa fue aprobado con sólo unas pocas enmiendas, que yo acepté agradecido.

En aquella conferencia no hubo presidente. Yo propuse una reunión imbuida del espíritu de la mesa redonda de Aachen o de la mesa redonda del Rey Arturo, aunque sin Rey Arturo, para que las ideas y sus autores pudieran prevalecer gracias únicamente al poder de su pensamiento y a su capacidad de persuasión, y no en virtud de una autoridad investida, fuese del tipo que fuese. Esto era una consecuencia más de que Europa sólo podría ser dirigida por un equipo de iguales, que cualquier intento de imponer a los demás cualquier hombre de cualquier país en una posición de autoridad sería un error fatal. El método funcionó a la perfección; las discusiones fueron serenas, claras, ordenadas, corteses y constructivas. Salí de ella con el noventa por ciento del programa que había recomendado. Mucho más de lo que esperaba.

Lo que sigue es la Declaración Europea, aprobada y suscrita en la Conferencia de Venecia del 1 de marzo de 1962: «Somos europeos conscientes de la tradición que deriva de la Grecia y la Roma clásicas, y de una civilización que durante tres mil años ha proporcionado a la humanidad pensamiento, belleza, ciencia y gobierno; y, sintiendo que entre nosotros existe la estrecha afinidad de una gran familia, cuyas querellas pasadas han probado el heroísmo de nuestros pueblos, pero cuyas divisiones futuras pueden poner en peligro la vida de nuestro continente y dar lugar a la misma destrucción que extinguió el genio de la Hélade y condujo al triunfo de un sistema de valores extraño, declaramos ahora con orgullo nuestra comunidad europea de sangre y espíritu en las urgentes y prácticas propuestas que siguen encaminadas a que nuestra nueva generación cambie la actual política de división, aplazamientos y servidumbre al destructivo materialismo de potencias exteriores ante las que el esplendor de nuestra historia, el poder de nuestra economía, la nobleza de nuestras tradiciones y la inspiración de nuestros ideales nunca deben rendirse:

1. Que Europa una Nación se convierta inmediatamente en una realidad. Esto quiere decir que Europa deberá tener un gobierno común que se encargue de la política exterior, la defensa, la política económica, las finanzas y el desarrollo científico. No quiere decir, sin embargo, la americanización mediante una mezcla completa de los pueblos europeos, cosa que no es deseable ni posible.

2. Que el gobierno europeo debe ser elegido por el voto libre de todos los pueblos de Europa, cada cuatro años y en unas elecciones en las que puedan participar todos los partidos. Esta votación tendrá como finalidad la elección de un parlamento para poder elegir al gobierno y derrocarlo en cualquier momento mediante un voto de censura que habrá de contar con una mayoría de los dos tercios. Siempre sujeto a la posibilidad de ser derrocado, el gobierno tendrá plenos poderes mientras esté en ejercicio para actuar en orden a resolver los problemas más acuciantes que plantea la actual era científica y para que se cumpla la voluntad del pueblo, expresada por su voto mayoritario.

3. El parlamento nacional de cada país miembro de Europa una Nación debe tener plenos poderes en lo que respecta a todos los problemas sociales y culturales, y estará sometido al poder superior del Gobierno Europeo solamente en materia financiera y en otros campos definidos, en particular en el desarrollo económico.

4. Que la dirección económica del gobierno debe ser ejercida por medio de la regulación del mecanismo precios-salarios, primero asegurando condiciones similares para una competencia noble entre industrias similares mediante el pago de los mismos salarios, sueldos, pensiones y beneficios cuando la ciencia incremente los medios de producción para un mercado asegurado, y segundo, asegurando un equilibrio continuo entre la producción y el consumo, eliminando las crisis económicas y el desempleo y elevando progresivamente el nivel de vida. El capital y el crédito deberán ser utilizados en las regiones subdesarrolladas de Europa, incluidos los beneficios que en el presente son expatriados de nuestro continente.

5. Que la intervención por el gobierno en los tres puntos claves de salarios, precios, donde prevalecen condiciones de monopolio, y la compra a largo plazo de productos agrícolas y otras materias primas sólo es necesario para crear el tercer sistema, consistente en un estado de productores en el marco de una sociedad libre, que será superior tanto a la dominación de los financieros bajo el capitalismo americano como a la dominación de la burocracia bajo la tiranía comunista. En todo momento, nuestro deber de solidaridad hacia la comunidad europea nos lleva a ayudarnos los unos a los otros y a combatir la destrucción de Europa y sus valores desde dentro y desde fuera por los ataques abiertos y encubiertos del comunismo.

6. Que las industrias ya nacionalizadas serán dirigidas por los trabajadores propietarios o por el sindicalismo y no por la burocracia estatal, aunque el sistema de regulación de los mecanismos precios-salarios, una vez en pleno desarrollo, quitará importancia a la cuestión de la propiedad de la industria a causa de la acción decisiva en lo económico del gobierno electo, y acarreará una prosperidad tal que los trabajadores perderán todo interés en controversias que pertenecen al siglo XIX.

7. Con la creación de la Nación Europea como tercera gran potencia bastará para mantener la paz. El primer objetivo del gobierno europeo será asegurar la retirada inmediata y simultánea de las fuerzas rusas y americanas de los territorios ocupados y de las bases militares de Europa. Europa deberá estar armada tan fuertemente como Rusia o América hasta que pueda ser garantizado un desarme mutuo por iniciativa del gobierno europeo, que no habrá de temer a los problemas económicos provocados por un desarme, como le ocurre a la América capitalista, ni desear la fuerza de las armas para cumplir propósitos de agresión imperialista como le ocurre a la Rusia comunista.

8. El surgimiento de Europa como tercera gran potencia supondrá el fin del poder político y militar de la ONU, ya que estas tres grandes potencias se bastarán a sí mismas para tratar directa y eficazmente con las otras. La paz del mundo puede ser mantenida por el contacto directo y continuo entre estas tres grandes potencias, lo cual representará algo más real que la ilusión y la hipocresía actuales. La producción de armas nucleares quedará reservada a estas tres grandes potencias hasta tanto pueda ser garantizado un desarme mutuo.

9. Deberá acabarse con el colonialismo. Un modo de conseguirlo será crear en África dos tipos de Estados; uno, bajo dominio de gobiernos no europeos de origen africano sobre aproximadamente los dos tercios del continente; otro, Estados bajo el gobierno de los pueblos de origen europeo y Afrikaner, sobre el tercio restante. En los territorios no europeos, cualquier europeo que escogiera permanecer en ellos, lo haría sin disfrutar del derecho al voto ni demás prerrogativas políticas. Quedaría en la misma situación que cualquier residente en país extranjero, sometido únicamente a los derechos humanos básicos en el seno de su propia comunidad, mediante acuerdos especiales suscritos entre los territorios europeos y los no europeos. Recíprocamente, cualquier persona de origen no europeo en territorio europeo no disfrutaría ni del derecho al voto ni de cualquier otra prerrogativa política, y estaría sometido únicamente a los mismos derechos humanos básicos. Los gobiernos multirraciales fracasan en todas partes por la demanda de un hombre un voto que los no europeos han aprendido del Oeste, y que se convierte en una mezquina estafa de todos los derechos políticos para posponer el día de la rendición, y no resuelve el problema. Es mucho mejor concertar un arreglo limpio mediante una clara división. Los europeos deben decidir en todas partes lo que retendrán y lo que abandonarán. Los europeos unidos tendrán el poder de decisión. Hoy, lo único que les falta es la voluntad de hacerlo. Retendremos todo lo que es vital para la vida de Europa, y acudiremos en cualquier circunstancia en ayuda de nuestros compañeros europeos, sobre todo en aquellos territorios de África donde hoy están amenazados.

10. El espacio de una Europa completamente unida que incluya las tierras que han de ser abandonadas por los rusos y los americanos, los Dominios británicos y otros territorios europeos de ultramar y aproximadamente un tercio de África, es una justa exigencia para el pleno desarrollo de la vida de los europeos en un sistema productor y consumidor que permanecerá libre de la usura del capitalismo, de la anarquía y del comunismo. En el seno de esta amplia región, ocupada por nuestra nación, el genio de la ciencia moderna se unirá a la cultura de tres milenios para conseguir las formas más elevadas de la vida europea que serán una continua inspiración para toda la humanidad.»

El programa original era más claro, sobre todo en el punto 4, en el que se exigían inicialmente similares condiciones básicas, que más tarde mejorarían cuando la ciencia incrementase la producción. El escrito fue redactado rápidamente en alemán y en francés, que los italianos comprendían.

Este documento se adelantaba tanto al pensamiento contemporáneo que fue una sorpresa para mucha gente, sobre todo por algunos de sus signatarios que se suponía eran ardientes nacionalistas. Algunos de los participantes en la Conferencia mantenían posiciones sentimentalmente apasionadas, por ambas partes, en la amarga disputa que por entonces envolvía al Tirol. Resultó todavía mucho más sorprendente que ellos firmaran conjuntamente el siguiente anexo a la Declaración Europea: «Con ocasión de la aprobación y publicación conjunta de una Declaración Europea, la Conferencia decide esforzarse al máximo para poner fin a la lucha fratricida entre patriotas europeos que tiene lugar en el Tirol, cuyos actuales problemas serían automáticamente solucionados con la constitución de un Gobierno europeo y un sistema económico común que garantice las libertades de asociación, lengua y opinión. Llamamos a todos los europeos para que cesen de ejercer la violencia los unos contra los otros y trabajen juntos para crear nuestra Europa con la mayor rapidez posible, en lugar de malgastar sus vidas y sus energías en querellas intestinas que, en la futura Europa desaparecerán, al borrar las actuales divisiones entre los Estados. La Conferencia invita además a las dos partes a reunirse para llegar a un acuerdo, y les ofrece su mediación».

La Conferencia fue la prueba palpable de lo que puede conseguirse cuando los europeos se congregan alrededor de una mesa de conferencias, incluso aunque algunos de los participantes estén fuertemente divididos en sus sentimientos y en sus intereses por cuestiones concretas. Si esas cuestiones pueden sacarse de su estrecho contexto actual y referirlas al marco de los más grandes objetivos, no hay nada imposible. Este logro resultó una buena prueba de mi aserto, largo tiempo defendido, sobre la construcción de Europa: las grandes cosas sólo pueden conseguirse por medios igualmente grandes.

La Conferencia no se limitó a firmar la Declaración, sino que, además, acordó los siguientes puntos:

«La Conferencia decide constituir, tan pronto como sea posible, un Bureau de Liason²⁰² entre todos los partidos nacionales de Europa que acepten la política unida, cuatro de marzo de 1962. La Conferencia resuelve además que los representantes de los partidos se reúnan de aquí en adelante cada dos meses al objeto de mantener una adecuada coordinación. La Conferencia recomienda a los partidos representados en ella, y a todos aquellos partidos que puedan adherirse a la declaración, que cambien sus nombres por el de Partido Nacional de Europa. Los representantes ingleses, belgas y alemanes expresan su intención de proponer inmediatamente a sus respectivos partidos que lleven a cabo este cambio de nombre.

»La Conferencia expresa además su esperanza de que los partidos presentes en ella vayan, tan pronto como sea posible, más allá del principio aceptado ya de una política común y una coordinación periódica, para aceptar el principio de una dirección central. Esto significa que los representantes de los diversos partidos se reunirán regularmente y con total igualdad de derechos en una mesa redonda y dirigirán en principio la acción común de los diferentes partidos, acción que luego será aplicada en concreto por estos partidos en sus respectivos países.»

Desde luego, esto fue más de lo que yo esperaba conseguir. En lo que a mí se refiere, el éxito de la Conferencia fue total. Se había abierto la perspectiva de un Partido Nacional de Europa, al que se adherirían hombres de todas las tendencias, siempre y cuando estuvieran de acuerdo en el punto decisivo de construir la Nación Europea. Las diferencias de opinión en otras cuestiones podrían ser dadas de lado hasta tanto no se hubiera logrado ese objetivo fundamental. Después de eso, el debate podría centrarse sobre otras cuestiones y, si fuera necesario, hasta constituirse nuevos alineamientos entre los partidos.

Tras un éxito que supera con mucho a lo esperado, es normal que venga un período de reacción y frustración. En esta etapa, no avanzamos más allá de una serie de encuentros para poner en marcha la coordinación decidida en la Conferencia. Fueron reuniones útiles en las que se consolidaron los acuerdos, pero no se consiguió el objetivo perseguido de establecer una organización permanente, el Bureau de Liaison, y de esto dependía el que se pudiera llegar después al establecimiento de una dirección central y a la eventual constitución de un Partido Nacional de Europa. El problema fundamental era la falta de medios para llevarlo a cabo; nos fallaron las finanzas. En la sociedad de la abundancia que todavía prevalece en toda Europa, nunca hay mucho dinero para los grandes objetivos de cambio. El dinero, con su característica falta de visión, está perfectamente satisfecho con que las cosas sigan como están. Cuando se acerca una crisis muy grave, siempre hay mucho dinero disponible para algo tan mediocre, limitado y anacrónico como la vuelta al viejo nacionalismo, y el impulso del dinero es muy importante porque nada efectivo puede hacerse sin él.

La falta de recursos impidió que se cubrieran inmediatamente los objetivos de la etapa siguiente. En el período de relativo abandono que siguió ocurrieron muchas cosas. Las esperanzas de poder construir pronto una Europa unida remitieron por varias razones. El Gobierno británico no sólo desaprovechó todas las oportunidades que se le presentaron de tomar la iniciativa en Europa después de la guerra, sino que además

²⁰² Oficina de Coordinación. (N. del T.)

mantenía unas posiciones que descartaban cualquier esperanza inicial de llegar a una unión efectiva. Ciertamente, todos los gobiernos existentes en Europa se oponían a una unión tan completa como la que nosotros propugnábamos. Al mismo tiempo, las esperanzas alemanas de obtener, a través de la unión de Europa, cualquier remedio a las injusticias que sufría, se vieron amargamente frustradas cada vez más. En el primer período de la posguerra, los más ardientes europeístas podían encontrarse entre los alemanes, pero la destrucción de tantas esperanzas y la continua y creciente sensación entre muchos de ellos de insulto, humillación y represión, hizo que surgiera de nuevo en ellos, en mayor o menor grado, el viejo sentimiento nacionalista. Hasta el momento, la Conferencia de Venecia fue la última esperanza de convertir los viejos patriotismos en el más amplio patriotismo europeo.

Los alemanes habían vislumbrado una cierta perspectiva de reunificación de su país en el seno de la Europa unida. Naturalmente, esta reunificación constituye para ellos su mayor deseo, tan fuerte como sería nuestro sentimiento en este aspecto si Inglaterra estuviera dividida por el Trent y la parte norte o la parte sur estuviera ocupada por una potencia extranjera. Había una fundada esperanza que esta desastrosa situación sería superada por la unión de Europa, y no mediante la guerra o los disturbios, ni siquiera por la fuerza de las justas exigencias de una potencia tan grande, sino fundamentalmente por las seguridades dadas a Rusia y al mundo que una Alemania realmente integrada en una Europa razonable y satisfecha no volvería a constituir una amenaza para nadie. El fracaso de esta política europea reducía a pura evasión toda esperanza sobre una reunificación natural y pacífica de Alemania en el seno de Europa. Se desvanecía también la esperanza de dejar de ser la nación paria y adquirir el status de gran potencia en el seno de una potencia todavía más grande, Europa. Cuando la razón es asesinada, triunfa la sinrazón. El nacionalismo alemán, a pesar de que carece de toda perspectiva en las actuales circunstancias, ha vuelto a surgir de nuevo.

Las persecuciones individuales han contribuido mucho también a la revitalización del nacionalismo. Los hombres que abrazan ahora este nacionalismo redivivo no son todos necesariamente ex nacionalsocialistas. Por el contrario, muchas de sus figuras dirigentes se opusieron en el pasado muy enérgicamente a ese partido, y la mayoría de sus miembros de base son demasiado jóvenes para haber tenido nada que ver con él. En una primera etapa, los jóvenes alemanes licenciados del ejército, y particularmente de los regimientos S. S., eran europeos apasionados y apoyaban por completo las ideas que yo propugnaba sobre Europa. Yo tuve ocasión de escuchar las opiniones de muchos de ellos bastante antes de que pudiera viajar libremente, y tengo por tanto un conocimiento casi único sobre lo que pensaban entonces. Sé perfectamente que han sido exclusivamente las largas y amargas historias de represión y persecución lo que ha vuelto a arrojar a muchos de ellos en brazos del viejo nacionalismo. Se resintieron sobre todo del trato dado a los soldados cuyo único crimen consistía en haber obedecido órdenes. Algunos de esos hombres estaban condenados desde el principio; si no obedecían, cuando les llegaban las órdenes, serían fusilados por la autoridad de entonces; y si obedecían, serían posteriormente ejecutados por los aliados victoriosos. La persecución de la posguerra llegó a extenderse incluso, aunque con menor violencia, a hombres que ni siquiera estaban relacionados en modo alguno con el Partido Nacionalsocialista y que no habían cometido crimen alguno.

Tales tratos pueden ser ilustrados con el ejemplo de lo que le ocurrió al acabar la guerra a un amigo mío, auténtico soldado y aviador, completamente libre de cualquier sospecha de haber cometido algún crimen. Hans Ulrich Rudel fue el supremo héroe alemán de la última guerra. Ganó todas las medallas existentes en el arma aérea y hasta tuvo que crearse una condecoración especial para él. Destruyó quinientos tanques rusos con su propio aparato, aparte de un buque de guerra soviético. Después de perder una pierna, volvió a volar, fue derribado tras las líneas del frente ruso y logró escapar. Sus acciones constituyen toda una epopeya heroica, pero debido al boicot que se le hizo en la posguerra ni siquiera su autobiografía pudo circular libremente en su propio país y, por tanto, no obtuvo el enorme nivel de ventas que, en circunstancias normales, habría obtenido. Constituye seguramente un caso único en la historia el que un héroe nacional deba vivir sin honor en su propio país una vez acabada la guerra. En consecuencia, la historia de sus hazañas aéreas durante la guerra sólo pudo publicarse sin trabas en Inglaterra y Francia. Mi pequeña casa editorial lanzó el libro en Inglaterra. Se vendió un número asombroso de ejemplares, antes incluso de que la edición estuviera en la calle. El Group Captain Bader, D. S. O.²⁰³, D. F. C.²⁰⁴, el as inglés del aire — a quien yo no conocía — prologó el libro como tributo a Rudel; Bader, además, fiel a las mejores tradiciones del aire, se esforzó en asegurarle a Rudel un tratamiento médico adecuado y en proporcionarle una pierna de madera, cuando éste era todavía prisionero de guerra. Clostermann, el as francés del aire y más tarde diputado gaullista, escribió el prólogo de la edición francesa.

¿Era éste realmente el mundo que las autoridades británicas deseaban levantar en Alemania después de la guerra, una sociedad en que los hombres valientes podían ser perseguidos por no compartir una opinión o no querer inclinarse ante el vencedor? Las autoridades inglesas y americanas de aquella época tuvieron una responsabilidad considerable en la creación de esta atmósfera general, y en el transcurso del tiempo, la persistencia en la venganza tuvo como consecuencia una fuerte e inevitable reacción. Esto era contrario a toda

²⁰³ Distinguished Service Order. (N. del T.)

²⁰⁴ Distinguished Flying Cross. (N. del T.)

la tradición británica de magnanimidad en la victoria, como yo siempre la había entendido, y fue un acto de locura y de puro despecho, que ahora trae a su cola una némesis que costará mucho tiempo y esfuerzos exorcizar. Personalmente, soy contrario a todo comportamiento vil y mezquino, y así consideré entonces esta actuación, y, tras maduras reflexiones, así la sigo considerando ahora. Rudel, por ejemplo, era completamente inocente de cualquier delito, salvo el de poseer un heroico récord de guerra en defensa de su país y el negarse a retractarse de sus ideas pasadas, cuestión que perdió toda importancia una vez se adhirió a la idea europea de la posguerra. Si un hombre así podía ser perseguido, no es difícil imaginarse el trato que recibirían hombres menos famosos y menos protegidos por su reputación. Al acabar la guerra, se nos presentó una oportunidad única de unir a todos los valientes que habían luchado por sus países en la tarea de construir la unidad de Europa y en un más amplio patriotismo. Pero no sólo esto se vio frustrado; los hombres fueron perseguidos por el exclusivo crimen de haberse comportado como patriotas y por ninguna otra razón. Si el pasado alienta de nuevo, en el grado que sea, la culpa la tiene una política de la que es responsable, en primer lugar, el Gobierno británico.

Se consiguió la unión en el terreno de los sentimientos, pero hasta el momento las persecuciones y la represión han impedido conseguirla también en el terreno de los hechos. Se nos impuso un período de aplazamientos tras el logro de la Conferencia de Venecia, y no sólo por culpa de las limitaciones materiales. La desilusión y la amargura siguieron a la frustración de las esperanzas europeas y, en particular, a la persecución de muchos alemanes que no habían cometido ningún crimen. Esto afectó de diversos modos a todos los europeos que querían superar el pasado y conseguir la unidad. Los protagonistas de Venecia fueron entonces arrojados en brazos del nacionalismo, y en el caso de algunos grupos reducidos a una salvaje futilidad. Esto fue frustración, pero no derrota. Nada que sea verdaderamente grande puede realizarse, puede conseguirse con un esfuerzo breve y violento. Las grandes ideas llegan como la marea del mar. Una ola llega a la orilla, y después retrocede. Durante un tiempo, las olas se suceden sin avanzar más allá. Sin embargo, al final las olas llegan mucho más lejos, cuando sube la marea, porque la fuerza de la Naturaleza está en su seno. No hay nada que pueda impedir la victoria final de los europeos, que vendrán desde todos los países y desde todos los partidos para participar en el éxito final. El trabajo de Venecia está ahí, y nada puede alterar o reducir la realidad de este hecho. Lo que se hizo entonces se volverá a hacer un día, sobre un frente más amplio y a mayor escala.

Venecia sigue siendo para mí un gran paso adelante. Es absurdo pensar que, tras un avance tan grande, todo continuaría marchando ininterrumpidamente hacia delante; ése no es el camino ni de la naturaleza ni de la política. Retrocesos, abandonos, frustraciones, son cosas todas que han de presentarse siempre, y nuestro deber es mantenernos en el camino justo mediante su constante superación. Lo fundamental es que demostramos que era posible reunir hombres de las más diversas procedencias y con los más fuertes sentimientos nacionalistas alrededor de una política europea tan completa y esperanzadora como Europa una Nación. La crisis y la bancarrota final de las ideas más atrasadas nos devolverá a aquella posición y nos traerá muchos nuevos partidarios procedentes de diferentes partidos que hoy están todavía muy por detrás de estas avanzadas ideas. Como de costumbre, nuestra acción se anticipó al tiempo, pero con ello probamos que todo eso es posible y que sólo falta esperar a que maduren las condiciones.

En Europa, tuve que salvar una cierta oposición antes de ganarme el derecho a expresar libremente mis opiniones, pero nunca tuve que enfrentarme al salvaje despecho del que fui víctima por parte de ciertos medios de mi propio país, que, afortunadamente, no representan la idiosincrasia típica del pueblo británico. Todas las dificultades con que me tropecé en el continente estaban instigadas en última instancia por los funcionarios británicos, que, en principio, se supone tienen el deber de encargarse de defender, y no de atacar, a los súbditos británicos. Desde luego, fue su acción la que provocó mi choque legal con el Dr. Adenauer, en la que él, al final, tuvo un comportamiento gallardo y realmente generoso.

En el caso de aquellos que nunca habían sido fascistas o nacionalsocialistas, no podía hacerse ninguna objeción a mi método de aceptar o establecer contacto con hombres de cualquier tendencia anterior, siempre y cuando sus ideas me parecieran a mí sinceras, europeas de corazón, pero, en cuanto se acercaba a mí un hombre procedente de los partidos o administraciones de los países vencidos, se desataba en seguida un furor ante el que yo permanecía completamente indiferente si le consideraba un buen europeo. Un alemán muy inteligente, y que se encontraba en este caso, vio claramente al final de la guerra que la única esperanza para todos los europeos era construir una Europa unida. Sin embargo, su normal y legítimo ingreso en la política produjo un ataque de histeria aguda en las autoridades británicas de ocupación, porque en el último período de la guerra él había ocupado un discreto puesto en el Ministerio de Propaganda. Era demasiado joven para haber jugado un papel importante en los acontecimientos anteriores, y no había tomado parte, bajo ningún concepto, en ningún crimen de guerra o cualquier otro acto reprochable, excepto que el haber cumplido con su deber como funcionario de su país probablemente podía ser utilizado contra él. En realidad, no se levantó ni un dedo contra él hasta que se puso en contacto conmigo. Entonces, toda la furia de las autoridades británicas de ocupación cayó sobre él y el Gobierno alemán fue arrastrado a continuación en el asunto.

Las autoridades británicas bailaron una bonita danza de patos y patas con los principios básicos de la justicia británica, empezando por el Habeas Corpus; aquellos oficiales se habían acostumbrado durante la

guerra a hacer todo lo que les venía en gana. Sin embargo, en esta ocasión se equivocaron de método. Cuando las autoridades británicas detuvieron a este alemán en enero de 1953 y le asediaron con una lista de acusaciones ridículas, yo introduje en escena a Mr. Lañe, de la firma inglesa de abogados Marsh and Ferriman, que había actuado para mí durante y después de la guerra. Había demostrado mucho carácter y gran habilidad en la defensa de los principios esenciales de la ley británica durante la Segunda Guerra, tras servir como soldado en la Primera y haberse visto envuelto después en la travesura de Mr. Churchill en Arcángel. Sir Ivone Kirkpatrick, del Foreign Office, y sus consejeros se enteraron rápidamente entonces de que la ley británica continuaba existiendo, incluso bajo la arbitraria dictadura de las autoridades de ocupación. Se había mantenido incomunicado al prisionero, en flagrante violación de todos los principios de la justicia británica, pero, en cuanto aparecieron en Alemania el abogado y el procurador británicos, se le abrió rápidamente proceso. La fase siguiente se cubrió ante los tribunales alemanes, aunque parece bastante probable que la inspiración de los funcionarios británicos tuvo bastante que ver con todo el asunto. Al final, todos los cargos contra este alemán fueron desestimados en el Tribunal Supremo alemán, y él quedó en libertad; no había hecho nada, salvo expresar sus opiniones políticas abierta y públicamente.

Cuando todavía el caso estaba, según nuestros procedimientos, sub judice ²⁰⁵, y a pesar de ello, el Dr. Adenauer intervino con una curiosa contribución al mismo. En una conferencia de prensa mundial sugirió que el alemán era reo de traición al Estado alemán, y que, he aquí lo más chocante de la declaración, el «Ausländer» Mosley estaba al fondo de todo el asunto. Entonces ocurrió algo sin precedentes en la historia de la Alemania contemporánea, porque el «Ausländer» en cuestión se fue derecho a Alemania y demandó por libelo al canciller alemán ante los tribunales alemanes. Al principio se me sugirió con mucho tacto que no se acostumbraba a emprender acciones por libelo contra los cancilleres, sobre todo si el demandante era extranjero. Yo insistí, y el caso siguió adelante con la honrada y experimentada asistencia de los abogados alemanes.

El juicio estaba a punto de celebrarse, cuando ocurrió otro acontecimiento sorprendente. Inesperadamente, el Canciller Adenauer salió al paso con una gallarda retractación, publicada a nivel mundial. Él no había utilizado las palabras que se le imputaron, todo aquello había sido un malentendido, no hubo ninguna alusión contra mí, y finalmente, el alemán había sido ab-suelto por el Tribunal Supremo: «Es ist daher bedauerlich», era además lamentable que Sir Oswald Mosley hubiera sufrido cualquier tipo de molestia por aquel asunto. Consideré esto como un gesto noble y generoso, y correspondí a él como debía en una conferencia de prensa celebrada en Bonn. De esta manera, la democracia llegaba a Alemania bajo inesperados auspicios.

En mi opinión, la única interpretación recta de los hechos es que los funcionarios británicos fueron los responsables directos de todo el jaleo. Ellos no me tenían precisamente en gran estima, ya que durante años yo había atacado su política en mi propio país, quizá en unos términos algo vehementes, pero que finalmente se demostraba eran ciertos, cuando el desarrollo posterior de los acontecimientos arrojaba su luz sobre el verdadero carácter y el historial, largo tiempo disimulado, de los hijos predilectos del Foreign Office británico. Además, yo había denunciado públicamente desde el principio los procedimientos utilizados en Nuremberg y, con mayor razón, la insistencia en vengarse de todo un pueblo. Las leyes retroactivas me han parecido siempre una injusticia. Esta estratagema por la que cualquier rival político puede ser asesinado en cualquier momento, resulta doblemente injusta cuando los jueces proceden de la Rusia comunista, que ha sido reo de crímenes todavía peores en tiempo de paz que cualquiera de los que se le puedan imputar a los alemanes en tiempos de guerra. Cuando los hombres cometen crímenes del tipo del asesinato de prisioneros indefensos, basta con las leyes ordinarias para acusarlos y juzgarlos. Cualquier hombre, sea alta o baja su posición en la sociedad, que haya cometido un crimen semejante debe ser condenado inmediatamente. La creación de una ley especial y retroactiva y la prosecución de la venganza durante toda una generación puede envenenar todo el futuro europeo. Desde el principio, y en todo momento, ataqué a esta política y a sus autores.

Me hice todavía más impopular en los círculos del Foreign Office cuando, posteriormente, impulsé la búsqueda de la reconciliación europea. Un conocido editor alemán escribió sobre mí: «Los recuerdos felices de una época triste son particularmente difíciles de olvidar; y para nosotros, los alemanes, entre esos recuerdos está el hecho de que, desde 1945, Sir Oswald Mosley ha sido el primero, y durante un largo período de tiempo el único inglés que habló y escribió, en su propio país, apasionadamente y con una clara visión sobre nosotros, los alemanes, sin temor al estallido de odio que quizá estaba provocando. Su gran libro, *La Alternativa*, publicado en 1947, es uno de los libros más valerosos, dotado además de una visión de gran alcance, que se han escrito en lengua inglesa; es uno de esos libros a los que uno vuelve constantemente, y que nunca se deja a un lado sin sentirse lleno de admiración hacia el pensamiento de un estadista que señala claramente el camino hacia un nuevo futuro para Europa. La consigna Europa una Nación, que posteriormente dio su nombre a nuestra revista, está formulada aquí por primera vez en términos que definen toda una política. Sólo este hecho hace ya de Oswald Mosley un fenómeno profético y un espíritu dirigente en el, por otra parte, confuso

²⁰⁵ Expresión latina que se aplica a los casos aún pendientes de veredicto. (Nota del Traductor.)

pensamiento de nuestra época... Un carácter, cuyo destino, como el de otros de su clase, sólo puede ser una grandeza que únicamente las generaciones venideras pueden reconocer en toda su plenitud»²⁰⁶.

Era toda una ofensa para los funcionarios británicos en el mundo que yo pudiera ser admirado por gentes a las que ellos estaban intentando perseguir, y su despecho me siguió a todas partes durante largo tiempo, aunque de una forma trivial y frecuentemente cómica. Merece la pena reseñar un ridículo incidente que normalmente no tendría interés ninguno, porque es típico de esta actitud y de esta forma de actuar. Años más tarde, un funcionario británico correteaba libremente por una ciudad alemana; no sé muy bien cuál era su misión exacta, pero era indudablemente un empleado al servicio del Gobierno británico. Al parecer, tenía la costumbre de intentar congraciarse con los alemanes por el difícil, y bastante ridículo para un inglés, procedimiento de comportarse en sociedad de una forma más germánica que los propios alemanes. Esta maravilla del establishment inglés se acercó en una fiesta a un amigo mío, seguramente porque era un hombre prominente en la industria y la vida social de Alemania, y le dijo tras muchos circunloquios: «¿Por qué pierde su tiempo con Mosley, que es un hombre políticamente muerto?» Su diplomática pregunta no le dio muy buenos resultados pues tuvo que aguantar la siguiente réplica: «¿Por qué pierde usted su tiempo intentando matar a un hombre que ya está muerto?»

Tras un ulterior preámbulo, lanzó otro ataque: «En cualquier caso, ya sabe usted que es judío». Todo esto me lo contaron después, entre un regocijo general, en una reunión posterior en la que todos los participantes conocían a la perfección mi linaje y mis antecedentes. «¿Cómo es el hombre?», pregunté, y una de las señoras contestó, con el asentimiento general: «Ein ekelhafter kleiner Spion». Una vez más aquel amoroso trabajo no pareció dar ningún resultado. El salario de ese hombre estaba pagado con dinero de los contribuyentes; un empleo curioso de los fondos públicos. Me parecía una extraña idea, tras todo lo que se había dicho y hecho, que la causa del Gobierno británico pudiera avanzar ni un solo palmo instigando el supuesto antisemitismo germánico que, por cierto, en aquel círculo no existía en absoluto. ¿Me producían amargura esa clase de cosas? Ni mucho menos; cuando uno ha sido largo tiempo el receptor profesional de las tartas arrojadas por los principales payasos del circo político, con todas las oportunidades a mi disposición para devolvérselas una vez apartado cuidadosamente de su

MI VIDA

497

trayectoria, no me iba a preocupar de las bufonadas del mozo que barre la porquería en un rincón.

La lucha por la libertad para expresar mis opiniones en el continente europeo continuó; no quería conseguir nada más, sólo esta libertad que era uno de los derechos por los que los aliados decían haber librado la guerra y que, a continuación, fue consagrada en los documentos de las Naciones Unidas que firmaron estas y otras potencias. La piedra miliar próxima en el duro camino por la libertad fue una acción por libelo en Italia contra el periódico comunista Unità, que siguió muy de cerca la Conferencia de Ve-necia, cuya celebración aparentemente le alarmó y encolerizó. Era el periódico comunista más poderoso de Europa y, naturalmente, contaba con el apoyo de su Partido Comunista, el más fuerte de los europeos. Se decía que este Partido no había sido desafiado nunca ante los tribunales desde la guerra. A pesar de todo eso, yo llevé adelante la acción por libelo criminal; fueron condenados y multados en el primer juicio por un tribunal de tres jueces; la condena fue confirmada por un tribunal de cinco jueces en el juicio de apelación. El periódico había dicho que yo era el Hitler británico y me hacía responsable de crímenes políticos. Tuvieron que admitir que no había evidencias que justificasen el hacer semejante afirmación, pero pretendieron que, con mi carácter y mi personalidad, yo podía ser fons et origo²⁰⁷ de crímenes políticos en general. No puede sorprender a nadie que los jueces rechazaran semejante defensa, y que, ante la gran indignación de los comunistas presentes, los derribaran de un golpe.

El siguiente pleito a anotar tuvo lugar en Alemania en octubre de 1964 contra el Stuttgarter Nachrichten. En medio de un largo ataque general contra mí, se hacía una sugerencia que ya había dado lugar a un juicio ante los tribunales británicos. El principio de la historia era una pequeña sociedad antisemita fundada allá por el año 1920 por un cirujano veterinario llamado Arnold Léese, con el nombre de Imperial Fascist League. Tras languidecer en la oscuridad durante cerca de medio siglo, sin que se incrementase en lo más mínimo el número de afiliados con el que empezaron, y a pesar de cambiar su nombre después de la guerra por el de National Socialist Movement, recibió una cierta publicidad en el continente que sugería que el líder del grupo en aquella

²⁰⁶ Nation Europa, mayo de 1954. De nuevo espero que el lector perdonará la publicación de estas referencias personales por las razones apuntadas en el capítulo 10.

²⁰⁷ Fuente y origen. (N. del T.)

época, un tal Mr. Colin Jordán, había tenido algo que ver conmigo. En el curso de algunos diálogos oficiosos que precedieron al juicio de apelación, el 9 de octubre de 1962, Lord Denning dejó muy claro que con las pruebas presentadas no había lugar a apelación alguna. La sugerencia, completamente infundada, de que aquel grupo tenía algo que ver conmigo continuó, sin embargo, hasta que procedí contra el *Stuttgarter Nachrichten* ante los tribunales alemanes, y este periódico, aprendiendo a base de golpes, tuvo que retractarse, pagar costas y publicar la correspondiente rectificación.

Ha sido una costumbre frecuente de mis enemigos el dar publicidad a gentes oscuras para después utilizarlas contra mí. Este método se empleó sobre todo antes de la guerra, época en que proliferaban las pequeñas sociedades de todo tipo y en que se insinuaba que gente extraña de la que yo no había oído hablar en mi vida estaba asociada conmigo de un modo u otro. En cuanto te conviertes en un heterodoxo político se te adscriben todas las extravagancias — de las que, por otra parte, hay siempre un abundante surtido en mi tierra natal—, a veces de modo inocente, pero más frecuentemente in malice propense ²⁰⁸. No en vano, la caricatura es una de las más antiguas y eficaces armas en la política inglesa. Puede adoptar la forma de un boceto inteligente y denigrante, o, y esto es todavía más eficaz, de un hombre perfectamente reproducido que te representa en alguna postura mientras paseas por la calle o te comportas de un modo ridículo. Antes de la guerra había una colección completa de cosas de este tipo, pero desde entonces, el habitual suministro de crackpots no tiene para mí más justificación que su propia estupidez.

Las acciones legales en el continente fueron necesarias, no sólo para mi defensa personal, sino para conseguir que mis ideas pudieran ser discutidas libremente por toda Europa por gente seria, al modo honrado de los políticos auténticos. Y ciertamente han sido muy discutidas y analizadas y, cosa que tengo que agradecer en lo que vale, aclamadas por personas cuya opinión me merece un gran respeto. Se me puede preguntar por qué intenté propugnar mi propia política europea de este modo en lugar de apoyar los esfuerzos de Mr. Churchill para promover una unidad europea, expresados en sus discursos de Fulton y Zurich. La respuesta es doble; en primer lugar, la política entonces sugerida era exactamente la misma que yo había propuesto en 1937 en La Alternativa Mundial, política que yo consideraba era ya anacrónica y estaba superada, y alguien tenía que señalar el camino para llegar a una política europea más completa y avanzada; en segundo lugar, al tiempo que creía que Mr. Churchill era sincero en este nuevo impulso que quería dar a nuestra política, no creía en absoluto que esas proposiciones representaran las opiniones reales del Partido tory, y esta creencia mía fue pronto confirmada cuando el futuro primer ministro conservador, mister Edén, dijo sobre el ingreso de Inglaterra en Europa: «Eso es algo que todos estamos convencidos en nuestro fuero interno que no podemos hacer» (19 de enero de 1952), y el Partido Conservador se lanzó a una precipitada retirada de la política que les había propuesto Mr. Churchill ²⁰⁹. Los laboristas, naturalmente, se opusieron siempre a la unión con Europa, hasta que la amenaza de un colapso en su sistema decimonónico y el cansancio de América ante la trayectoria sin objeto de su satélite neosocialista, los empujó hacia los oscuros abismos de Europa, que tantos temores les habían inspirado siempre y que tan persistentemente habían rechazado.

Mi idea era Europa una Nación; la expuse por primera vez en East Lon-don en 1948. La defendí durante años en mi propio país y, posteriormente, fue discutida y ampliamente apoyada en Europa. Lo único que he pedido siempre es libertad para defender esta idea abierta y públicamente y para invitar a los hombres, cualesquiera que fueran sus partidos y sus opiniones en el pasado, a apoyarla. Creo que nada, salvo una idea clara, grande y decisiva, puede superar el pasado y construir una Europa unida. Estoy preparado a luchar hasta el fin por conseguir esta libertad para discutir las ideas. Ya escribí hace mucho tiempo: primero viene la idea, el resto la seguirá. Mis ideas están concebidas para el mejor servicio de Europa, y muchas de ellas han conseguido hoy un grado mayor de aceptación que el que tuvieron cuando las expuse por primera vez. Todavía queda mucho por hacer, y tanto en Europa como en Inglaterra me sigo esforzando por conseguir la aceptación de unas ideas que espero conseguirán primero el asentimiento y después el entusiasmo de los pueblos, cuando sientan la necesidad de una política nueva y aprendan a apreciar las nuevas ideas.

²⁰⁸ Con propósitos malignos. (TV. del T.)

²⁰⁹ Una versión diferente de la actitud de Churchill se publicó en *The Times* del 23 de septiembre de 1967 bajo el título: «El "No" de Churchill a Europa: El profesor Meyer Burstein, antiguo consejero del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, que está aquí para hacerse cargo de la primera cátedra de Economía y Finanzas de las Inversiones, de la Universidad de Warwick, culpa a Sir Winston Churchill de la falta de acuerdo entre Europa e Inglaterra. "Después de la guerra, desarrolló unas relaciones muy estrechas con América para mantener a Inglaterra en su posición de gran potencia", dijo Burstein, quien se apresuró a añadir que era un gran admirador de Churchill. "En su segundo mandato como primer ministro, fue invitado a unirse a Europa, pero declinó la invitación"».

24. NORTH KENSINGTON REANUDACIÓN POSTRERA DE LA VIOLENCIA COMUNISTA

Pasaré a describir ahora cómo una brusca reanudación de la violencia, unida a la actitud y la actividad del Gobierno, pusieron eficazmente fin a la prolongada y ordenada serie de mítines públicos que presidí por toda Inglaterra durante catorce años, desde 1948 a 1962. Incluso antes de la fundación, en la posguerra, de nuestro partido en febrero de 1948, durante el período de clubs de lecturas y conferencias, celebramos ya algunos mítines públicos que se desarrollaron con éxito y sin que se presentase ningún problema; durante los años cincuenta organizamos los más concurridos de los que se celebraron por entonces en el país. Con frecuencia se desarrollaban entre un gran entusiasmo. El único incidente que recuerdo de esa época fue un muchacho que tuvo que ser expulsado del Birmingham Town Hall por haber arrojado un petardo. La televisión estaba ya deshancando el viejo hábito inglés de los mítines públicos, e incluso los líderes de los grandes partidos encontraban ciertas dificultades en reunir audiencias numerosas, pero nuestros mítines continuaron llenando los locales más grandes del país ²¹⁰. La política que propugnábamos será descrita, pero aquí no hay mucho más que decir de este largo período debido a la absoluta calma de toda aquella experiencia. También mi cuadro de los años de la posguerra está dibujado deliberadamente en escorzo en orden a evitar al máximo entrar en las disputas contemporáneas, lo cual no constituye en absoluto el propósito de este libro.

El acontecimiento fundamental de aquellos años fue mi candidatura a las elecciones de 1959 por el distrito de North Kensington. Nuestra organización local se había presentado ya por propia iniciativa a las elecciones locales durante todos los años de la posguerra. Aquello resultó lo que Mr. Asquith describía como una «incierta y difícil aventura» antes de su triunfante reelección en Paisley, pero el trasfondo de mi empresa política hacía de aquello algo todavía más incierto y difícil de lo que suele ser cualquier elección normal. Nosotros habíamos estado advirtiéndolo ya desde 1952 que la política del Gobierno de permitir una inmigración ilimitada de gentes de color era un grave error que provocaría inevitablemente grandes problemas; de hecho, esto suponía importar innecesariamente a Inglaterra las dificultades ya evidentes en América. Durante el verano anterior de 1958 había habido graves luchas de blancos contra negros en North Kensington, y todavía se mantenía encendido el rescoldo de las pasiones que entonces se desataron. Yo pensé que alguien le debía dar al electorado de este distrito la oportunidad de expresar, legal y pacíficamente, mediante sus votos lo que opinaba sobre cuáles debían ser las soluciones del problema, y claramente yo era el que estaba en mejores condiciones de analizar aquellas difíciles condiciones y dar una solución justa. Sin embargo, yo sabía que mi entrada en la escena sería presentada como un intento de explotar la situación, y que la excitación producida por mi llegada sería la causa que alegarían como promotora de ulteriores violencias, si es que llegaba a ocurrir algo de este tipo. Resultaba difícil tomar una decisión en aquellas circunstancias, pero yo consideré que era mi deber dar la cara y enfrentarme con el problema. Por otra parte, la historia demuestra muy a las claras que el pueblo británico nunca había tenido hasta entonces la oportunidad de expresar su opinión sobre la delicada cuestión de la inmigración de color.

Teníamos una organización local que cubría South y North Kensington, zonas donde no había habido nunca ningún problema hasta los súbitos disturbios del verano anterior, disturbios en que nuestra gente no tomó parte, a excepción de una serie de mítines que se convocaron para pedir orden y calma. Mi primer acto en la campaña electoral consistió en reiterar nuestra llamada a buscar una solución mediante los votos y no mediante la violencia, y volqué toda mi influencia personal para asegurar el orden y una discusión clara y pacífica del problema. Al menos en este aspecto la campaña fue un éxito, ya que, tras los disturbios anteriores, no hubo problema de ninguna clase en estas elecciones, y desde esa fecha hasta ahora no ha vuelto a resurgir la violencia de las masas en North Kensington. Esto constituyó una gran sorpresa para mucha gente. Hasta el normalmente tan sensible Sir Patrick Spens, M. P. conservador por la vecina circunscripción de South Kensington, dijo: «Es absolutamente cierto que habrá más problemas en el área si Sir Oswald Mosley persiste en exponer las ideas que expresó en su reciente discurso de Kensington», el cual, naturalmente, abogaba por el fin de la inmigración. Él estaba manifiestamente equivocado, aunque admito que se requerían notables esfuerzos para, en aquellas circunstancias, mantenerse bajo el control de la razón. Los mítines fueron las más amplias asambleas al aire libre que yo había presidido desde la guerra, y el desarrollo de la campaña despertó un extraordinario entusiasmo entre las masas. Para inaugurar la campaña, celebré un mitin en un local cerrado, en el gran hall de los baños municipales de la localidad, que se llenó por completo. Un forastero intervino para preguntarme que por qué había ido a North Kensington, y todos los presentes gritaron: «Porque nosotros se lo pedimos».

Las soluciones propuestas serán consideradas con cierta amplitud más adelante, al analizar la cuestión africana y el complejo mundo de los intereses de los blancos y los negros. Sin embargo, expondré ahora brevemente los principios fundamentales con los que nos presentamos a estas elecciones. Expuse la política

²¹⁰ Por ejemplo, el Free Trade Hall de Manchester y el Birmingham Town

general del Partido en relación con Inglaterra, Europa y los problemas mundiales, todo ello analizado con más detalle de lo que es corriente en una campaña electoral, pero lo fundamental es que nuestra actitud en la cuestión de la inmigración de color quedó muy clara, sin sombra de duda posible. No era una política racista, pues yo permanecía fiel a mis principios, ya descritos, de oposición a cualquier forma de racismo en el seno de un Imperio multirracial. Pero nuestro Imperio se había perdido ya antes de 1959, y estaba muy claro para mí que la nueva Commonwealth no duraría en lo fundamental mucho tiempo, y que, por tanto, el futuro de Inglaterra estaba ahora en Europa. A pesar de ello, la hostilidad hacia otros pueblos, o la dominación, con cualquier objetivo, de un pueblo por otro — y he de repetir una vez más que ésta es para mí la única base sobre la que puede descansar una acusación de «racismo» — seguía siendo algo completamente ajeno a mis ideas y a mi política.

Los principios del racismo no tenían nada que ver con las soluciones que yo proponía al problema de North Kensington. Para mí, los perjuicios causados a nuestro pueblo por la brusca llegada a áreas ya desgraciadamente muy superpobladas de grandes masas de personas de un nivel de vida y unas costumbres completamente diferentes hubiese sido igualmente grave si, en lugar de negros, se hubiera tratado de esquimales o de ángeles. Las insistentes reivindicaciones, expuestas sin pausa durante cerca de dos generaciones, para reconstruir los barrios pobres y dar a nuestro pueblo viviendas dignas, habían sido invariablemente desoídas. Sin haber movido un dedo para realizar las viejas promesas de hace cuarenta años, el Gobierno lanzó una masa de gente nueva sobre un pueblo que ya sufría de una aguda escasez de viviendas y de unas miserables condiciones de vida. Las condiciones de vivienda en la mayor parte de North Kensington eran ya monstruosas antes de que se produjera la última avalancha.

El pueblo británico y los inmigrantes jamaicanos eran ambos víctimas de aquellas condiciones. Los jamaicanos habían sido perjudicados duramente antes de venir por la política del Gobierno británico, ya que el brusco descenso en las compras de azúcar dio como resultado un tremendo desempleo y unas masas hambrientas. Aquella pobre gente fue arrojada a Inglaterra por el látigo del hambre, y su llegada provocó inevitablemente una escasez, aún más aguda, de viviendas, acompañada de una amenaza de desempleo para los ingleses si la competencia por conseguir empleo se hacía más fuerte a causa de una crisis industrial. Esta situación, que inevitablemente tenía que crear problemas, ha sido provocada deliberadamente por la política del Gobierno británico, y ha culminado posteriormente en una serie de leyes nuevas que intentan inútilmente remediar o mitigar aquel error.

Mucho es el daño que se ha producido ya, pero resultará pequeño en comparación con el que se producirá de continuar aumentando la inmigración. Mi propuesta consistía simplemente en repatriar a los inmigrados a su tierra de origen con el viaje pagado, y siempre que el Gobierno cumpliera su promesa de comprar azúcar a Jamaica a gran escala y mediante contratos a largo plazo, lo cual, junto con otras medidas, como incrementar la producción de bauxita, bastaría para restaurar la prosperidad de la isla ²¹¹. La aplastante mayoría de aquella gente hubiera recibido con alegría una vuelta a casa en esas condiciones. Después de las elecciones, celebré una conferencia de prensa, sentado entre un hindú y un negro que había ganado la D. F. C. durante la guerra y tenía amplios contactos y experiencias de la comunidad de color. Declaró que la mayor parte de las personas que conocía se sentirían encantadas de poder volver a su patria, aunque sólo fuera ganando los dos tercios del salario que recibían en Inglaterra, si pudieran encontrar empleo en su propio país. El problema, por tanto, era económico y social, no racial.

Es cierto que esto se complicaba y se hacía aún más grave debido a las diferentes costumbres y al distinto nivel de vida. Si vives en malas condiciones, apiñado, te tiene que irritar que lancen sobre ti un montón adicional de gente, y eso te resultará todavía más molesto si además estás obligado a intimar con gentes que tienen un modo completamente distinto de vivir. Si a eso añadimos la inevitable arribada, mezclados entre la masa de inmigrantes, de gangsters y maleantes de todo tipo en busca de un campo de acción más amplio del que disponían en su propia isla y que en Inglaterra se encuentra en un área muy limitada de nuestro territorio, tendremos todos los ingredientes de un problema importado innecesariamente. North Kensington se convirtió rápidamente en un zurriburri viviente con bandas, de blancos y negros, que buscaban fundamentalmente refugio y acomodo y que algunos consideraban divertidas. El Gobierno parecía completamente impotente, o sin voluntad alguna, para enfrentarse a la situación que se derivó de todo esto. Al parecer, temía que cualquier intento de acabar con el problema de la inmigración pudiera provocar reacciones adversas que perjudicasen su política general respecto a la Commonwealth, política que yo consideraba igualmente errónea.

Me pareció completamente legítimo luchar durante mi campaña electoral para que el pueblo británico tuviese una idea global de lo que estaba ocurriendo en este área — sólo media milla más allá, y dentro de la misma circunscripción, la gente no tenía ni idea de lo que estaba pasando — así como darle a sus habitantes la ocasión de votar por otra política. Si la política de los viejos partidos continuaba por el mismo camino, me

²¹¹ Se dejó siempre muy claro que las personas de color enraizadas ya en el país — por ejemplo, las que ya estaban aquí antes de la Segunda Guerra Mundial —, no se verían afectadas en ningún sentido por estas medidas; lo mismo puede decirse de los estudiantes, que continuarían siendo tan bien recibidos como lo han sido siempre. El problema estaba únicamente en el brusco y numeroso aflujo de inmigrantes, resultante de errores tales como reducir las compras de azúcar a Jamaica para comprárselo a Cuba.

parecía a mí que en Inglaterra se darían todos los ingredientes necesarios para que ocurriera una tragedia. Los acontecimientos que se daban en América empezaban ya a arrojar su sombra sobre nosotros. Los americanos habían heredado sus problemas, pero el Gobierno británico estaba creando deliberadamente los nuestros. En mi opinión, no había peor locura, a largo plazo, que esta política. La situación se agravaba en Inglaterra mediante el pago de salarios bajos a personas altamente cualificadas como médicos y enfermeras que los obligaba a irse al extranjero o a abandonar su profesión, al tiempo que eran sustituidos por inmigrantes todavía peor pagados y cuyos servicios se requerían urgentemente en sus propios países. El drenaje de cerebros era una consecuencia más de la anárquica política económica de los viejos partidos, quienes durante años se habían opuesto a la intervención del Gobierno en favor de los trabajadores altamente cualificados, cosa que yo había defendido durante tanto tiempo en mi política de posguerra a base de intervenir en los mecanismos precios-salarios. Los grandes partidos eran todos igualmente responsables de este complejo embrollo y de su propia debilidad. Una vez más no me quedaba otra solución que oponerme a lo que consideraba un inmenso error.

Se necesitaba habilidad y resolución para llevar adelante una campaña electoral en aquellas circunstancias, justo después de aquellos graves disturbios en los alrededores, y para hacerlo, además, con la firme determinación de impedir cualquier forma de desorden o violencia. Naturalmente, tuve buen cuidado de tratar a blancos y negros con idéntica franqueza, excediéndome incluso en mi usual práctica de la cortesía cuando algún negro se levantaba para preguntarme algo en un mitin. Entré en sus casas y hablé con sus dirigentes, siempre que se me presentó la oportunidad; algunos eran hombres de gran inteligencia. A veces me parecía que esta experiencia podía tener un valor inapreciable para mí, cuando, más tarde, me enfrentara con el problema de las relaciones entre blancos y negros en una esfera más amplia; y, desde luego, me dio un gran conocimiento sobre ciertas cuestiones psicológicas que, de otra manera, nunca podría haber adquirido.

Mis relaciones con el electorado blanco fueron aparentemente de poder a poder. No sólo nuestros mítines al aire libre se vieron rodeados en todo momento por el entusiasmo popular, sino que fui recibido en todas partes con muestras de calurosa amistad. Los canvass ²¹² se sucedían a los canvass, de una forma como yo no había visto nunca. Es cierto que el procedimiento de los canvass se consideraba poco digno de confianza desde la guerra o los lejanos días en que yo pronunciaba discursos para los laboristas en las elecciones; sin embargo, la víspera de las elecciones fui capaz de calcular, en compañía de experimentados agentes electorales, con un escaso margen de error el resultado del día siguiente, a partir de los canvass que nos habían devuelto. También es verdad que las fantásticas leyendas que se habían difundido intencionadamente sobre la supuesta ferocidad de nuestros militantes antes de la guerra podían haber inducido a los electores a recibir con hostilidad a nuestros canvassers ²¹³, pero el gran porcentaje de mujeres, incluida Diana, que utilizamos para ello, y mi costumbre de pasear solo, o con otro hombre o mujer, por toda la circunscripción, dispuso rápidamente los posibles efectos de este contrasentido. Por ello, cuando se tienen en cuenta todas estas cosas, parece como si nuestra victoria fuese casi segura. Más significativo que cualquier canvass para el ojo experimentado, fue la recepción que nos dispensaron los niños que se congregaron en las clases el día de las elecciones y nos ovacionaron con un calor tan extremo como la frialdad que demostraron a nuestros rivales. Los electores podían desconfiar de la sinceridad de nuestros canvassers, pero no de la de sus propios hijos en la libre e íntima vida de North Kensington. Pudimos ver cómo acudieron por miles. De ahí que fuera una de las mayores sorpresas de mi vida el que obtuviéramos sólo el ocho por ciento de los votos emitidos.

Yo estaba decidido a investigar a fondo lo que había ocurrido, y descubrimos suficientes irregularidades como para presentar una demanda judicial. Se admitió que se habían dado, en cierto grado, lo que los abogados llaman a jishing expedition ²¹⁴, pero, a pesar de ello, tuve que iniciar el caso yo. Como ya es costumbre durante los últimos años en los tribunales británicos, expuse el caso yo mismo, y como también es normal fui tratado por los jueces con la más exquisita nobleza y cortesía. Sin embargo, no había demasiadas pruebas que arrojaran luz sobre los hechos, y no llegamos a ninguna parte. Las reglas del procedimiento electoral británico habían sido cumplidas en un grado suficiente, y todo quedó en un cierto criticismo hacia el sistema y no en asegurar cualquier decisión práctica de los tribunales. Cualquiera que sepa algo de nuestro sistema electoral sabrá que estamos muy lejos de los métodos empleados en la mayoría de los países latinos, donde representantes de todos los partidos no pierden de vista las urnas durante todo el día de las elecciones, no para ver cómo vota la gente, sino para asegurarse que no se efectúa ninguna sustitución de papeletas, y una vez cerrados los colegios electorales acompañan a los preciosos receptáculos hasta el lugar donde ha de efectuarse el recuento de votos y allí la mano de todos los partidos se mantiene firmemente sobre las urnas, lo cual es más que suficiente para conjurar el peligro de que ciertos votos puedan desaparecer misteriosamente. Estos procedimientos pueden parecer exagerados a la mentalidad tradicional de Inglaterra, pero yo sugeriría una profunda reforma de nuestros procedimientos electorales en vigor.

Aquellas elecciones continuaban siendo un misterio para mí, pero no acepto del todo el punto de vista de algunos de mis amigos de que fueron necesariamente incorrectas. Existe otra explicación para esa disparidad

²¹² Canvass, diligencia que se practica en las elecciones para conseguir votos. (Nota del Traductor.)

²¹³ Miembros de un partido que realizan los canvass. (N. del T.)

²¹⁴ Literalmente, expedición de pesca. (N. del T.)

entre la apariencia y los hechos, entre la evidencia para el ojo experimentado de que aquella elección estaba ganada y los resultados finales de las urnas. De hecho, esta explicación coincide con los análisis que yo había hecho ya sobre las fluctuaciones en la opinión de las masas, tanto a nivel histórico como en la coyuntura actual. Ningún electorado adopta un cambio decisivo de posición a no ser que esté sometido a una severa presión económica, que casi siempre adopta la forma de desempleo.

Teniendo en cuenta la recepción que se nos dispensó en North Kensington, no hay duda alguna de que las simpatías del pueblo estaban con nosotros, de que ellos estaban de acuerdo con mi política y conmigo. Sin embargo, prácticamente todos ellos disfrutaban del pleno empleo y de los altos salarios, en continuo aumento, propios de la sociedad de la abundancia. La mayoría de ellos, además, guardaban recuerdos personales, de su juventud o su niñez, sobre el desempleo, la miseria y el hambre de las masas, propios de los años treinta. Ellos podían estar muy encolerizados con las condiciones que los viejos partidos les habían impuesto necesariamente mediante la brusca y masiva inmigración de gentes de color, pero se lo pensarían dos veces antes de volcar el carro de las manzanas de la sociedad de la abundancia. El recuerdo de papá pidiendo limosna y el pensamiento de que cualquier desgracia provocada por el voto podría colocar al elector en esa situación, pudo constituir una influencia más fuerte el día de las elecciones que las nuevas circunstancias sociales del barrio, aunque estos temores fuesen completamente infundados. Una mirada al aparato de televisión o al coche comprado a plazos y la indignación se enfriaría ante la perspectiva de perderlos a través del incierto proceso de un gran cambio. Mantenerse con los brazos cruzados y no cambiar de postura hasta estar muy seguro es una reacción natural de cualquier electorado eme, disfrutando de unas condiciones relativamente confortables y recién adquiridas, guarda todavía unos recuerdos amargos de un pasado reciente.

El padre de un gran muchacho que más tarde fue uno de nuestros partidarios más entusiastas en otra circunscripción, me dijo un poco después de las elecciones: «Ahora, él está ganando 50 libras a la semana, pero cuando yo estaba en la miseria tuve que sacar adelante a este muchacho con dos chelines a la semana». Mucha gente se lo piensa dos veces antes de correr un riesgo, y no les culpo por ello; son siempre relativamente pocos los que, entre las preocupaciones y tensiones de la vida cotidiana, son capaces de mirar hacia delante y ver lo que está al llegar. De momento, la solución a los problemas de North Kensington se quedó colgando en el aire. En aquella época, la zona unía a los factores conflictivos de la sociedad de consumo y la irritación de la gente ante la brusca inmigración masiva, las complicaciones provocadas por algunas de las bandas de gangsters mejor organizadas que se hayan conocido en Inglaterra, que más tarde fueron puestas al descubierto mediante investigaciones públicas, pero que en aquel tiempo campaban por sus respetos ante la supina ineptitud de las autoridades.

Tras las elecciones de North Kensington, nuestros mítines continuaron concurridos, ordenados y entusiásticos. El resultado de las elecciones no tuvo ninguna repercusión en este sentido. No fue sino unos tres años después, en 1962, cuando la situación experimentó un brusco cambio. Las razones no son difíciles de precisar. En marzo de aquel año habíamos celebrado la Conferencia de Venecia que irritó al Partido Comunista italiano lo suficiente como para lanzarse a aquella campaña de ataques que dio lugar a mi victoriosa acción legal contra el periódico *Unità*. Claramente esta Conferencia provocó una onda de choque que se propagó velozmente a través de los bien trabados lazos que une a todos los partidos comunistas europeos.

Dos meses más tarde, en las elecciones locales de Inglaterra, ocurrió algo todavía más significativo para ellos que aquellas aprensiones anteriores. Se habían hecho tests de opinión pública por todo el país y en los sitios y condiciones más diferentes posibles. Estos tests se realizaron a iniciativa de nuestras organizaciones locales y con nuestro propio personal y nuestros propios recursos; el resultado concedía a los candidatos del Union Movement un porcentaje medio de votos en toda la nación del 5,5 %, que, con el sistema proporcional del continente, nos hubiera proporcionado unos treinta escaños de la Cámara de los Comunes en unas elecciones parlamentarias. Es cierto que los nuevos partidos tienden a obtener algunos votos más en las elecciones locales que en las circunscripciones parlamentarias de las elecciones generales, pero, a pesar de ello, la experta dirección política del Partido Comunista supo captar todo el significado de semejante hecho. A diferencia de lo que ocurriría con los nuevos partidos que obtuvieran un porcentaje similar en el continente, gracias al sistema proporcional, seguramente este resultado no hubiera tenido para nosotros la repercusión práctica de permitirnos tener una representación en el Parlamento. Fue una muestra de la voluntad del pueblo de cambiar el signo de sus votos aunque no tuviera repercusiones prácticas, un síntoma de sus sentimientos.

Los violentos desórdenes que sacudieron nuestros mítines por toda Inglaterra en julio de 1962 siguieron en el tiempo a la Conferencia de Venecia del 1 de marzo y a las elecciones locales de mayo; y esto fue claramente algo más que una coincidencia. Tras catorce años de mítines que se desarrollaron en perfecto orden, volvimos a la situación de los años treinta, cuando tuvimos que vencer la violencia roja, con la diferencia de que ahora la ley nos impedía mantener el orden en nuestros propios mítines al aire libre, que era la actividad política normal en verano. ¿Se desató por toda Inglaterra una combustión espontánea consecuencia del repentino estallido de indignación de honrados conciudadanos que habían permanecido como dormidos durante catorce años? ¿O fueron los comunistas y sus compañeros de viaje, tan inocentes como las Church Lads

Brigade ²¹⁵, los que encendieron la mecha de aquel repentino renacer del desorden, justo en el momento en que ellos consideraron que empezábamos, por primera vez desde la guerra, a conseguir ciertos éxitos? El lector puede juzgar.

Los anónimos y perfectamente entrenados especialistas en las tácticas callejeras, que reservan sus simpatías al Partido Comunista, aunque normalmente no tienen una relación abierta con él, se lanzaron en aquel momento a la acción por razones muy claras. Durante catorce años de mítines llenos de éxito, ellos no se interfirieron en nuestros asuntos porque consideraron que, en las condiciones de la sociedad de consumo, nosotros no iríamos a ninguna parte y, por tanto, no constituíamos una amenaza seria para ellos guardaban todavía el amargo recuerdo de sus ataques contra nosotros antes de la guerra, ataques que no sólo les habían supuesto una dura derrota sino que, según sus interpretaciones políticas, incluso habían servido para estimular el crecimiento de nuestro movimiento. Para ellos no hay nada más desastroso que una batalla perdida. Sin embargo, después de la guerra, las cosas se presentaban muy distintas, pues la Public Order Act impedía cualquier posible autodefensa por nuestra parte. Cuando ellos se encontraron con la sorpresa de que estábamos progresando, consideraron que valía la pena correr algún riesgo con tal de detenernos: la violencia empezó de nuevo; y ellos la derramaron sobre nosotros como el que vuelca un barril de agua hirviendo.

Merece la pena describir dos de aquellos choques. Nosotros organizamos una marcha y un mitin en Manchester, cosa que habíamos hecho frecuentemente los años precedentes, en paz y orden completos. Mi papel consistía en encabezar la marcha y presidir el mitin. Cuando estábamos reunidos para iniciar la marcha, fuimos duramente atacados. En el transcurso de la pelea, fui derribado por primera vez en tales ocasiones. Mi caída no se debió a que me noquearan, sino a que tropecé con el bordillo de la acera en la confusión de la melée. Conseguimos rehacer la formación y marchamos a lo largo de cerca de dos millas, luchando todo el camino. Después, llevé a cabo el discurso que había venido a pronunciar. El comportamiento de la policía de Manchester fue magnífico en todo momento. Sus efectivos eran insuficientes para impedir que fuésemos atacados (por asaltantes que, en algunos casos, habían venido de lugares tan alejados como Glasgow), pero estaban firmemente decididos a que la marcha y el mitin se celebrasen; y lo consiguieron.

El segundo caso fue un mitin en Ridley Road, Dalston, East London, donde, desde la guerra, yo y otras oradores habíamos presidido con cierta frecuencia, y en una paz y orden perfectos, grandes asambleas. East London, durante los años treinta y hasta el principio de la guerra, fue siempre uno de los sitios donde era mejor conocido como orador y donde estuve en las mejores relaciones con la población local, estuviesen o no de acuerdo conmigo. Nunca, en los innumerables mítines celebrados allí antes y después de la guerra, había tenido que enfrentarme anteriormente a ningún problema o disturbio en East London. Esta vez, sin embargo, me estaba esperando un comité de recepción. Ante mi sorpresa, cuando llegué al lugar del mitin, me encontré con que la policía había colocado dos autobuses verdes cruzados en el camino que conducía a la tribuna, de forma que, si quería llegar a ella, tenía que avanzar solo por el estrecho pasillo que había entre ellos. Así se impedía a mis partidarios que pudieran acompañarme. En cuanto salí de este pasadizo, se me echaron encima un grupo de hombres que estaban aguardando cerca de la tribuna y fui derribado al suelo. Alguno incluso cayó conmigo y sobre mí en su ansia por golpearme y patearme el primero. Me salvé en aquella ocasión de un daño serio a base de agarrar a uno de ellos y mantenerlo sobre mí rodando de un lado para otro, con lo cual lo utilicé como escudo para protegerme de los inminentes golpes del resto, que utilizaban indiscriminadamente sus armas, sus puños y sus pies.

Este vergonzoso incidente fue recogido por la prensa en los siguientes términos: «Sir Oswald y sus partidarios marchaban a través de un cordón de policías hacia el camión desde el que iba a pronunciar un discurso. Cuando él pasaba entre dos autobuses de la policía, una parte de la muchedumbre se congregó en la parte delantera y Sir Oswald fue derribado. Se deshizo de sus atacantes, logró ponerse rápidamente de pie y alcanzó el micrófono... Permaneció bajo una granizada de monedas, naranjas y otros proyectiles hasta que el superintendente de Policía trepó al camión, le quitó el micrófono y dijo que el mitin había terminado» (Daily Telegraph, 1 de agosto de 1962).

«Sir Oswald Mosley fue derribado, golpeado y pisoteado en la batalla de Ridley Road, en el East End de Londres, la noche pasada. Ex combatientes judíos, haciéndose pasar por partidarios suyos, se infiltraron a través del cordón de quinientos policías a pie y quince a caballo que montaban guardia en el lugar del mitin, en Dalston. Cuando Sir Oswald, de sesenta y cinco años de edad y líder de Union Movement, apareció por un lado de la carretera, fue derribado en medio de una repentina melée» (Daily Mail, 1 de agosto de 1962).

«Sir Oswald Mosley fue asaltado y golpeado en el suelo en cuanto llegó para hablar en un mitin la noche pasada. Rodó por la calzada, deshaciéndose de sus atacantes. Cuando la policía detuvo la pelea, Sir Oswald colocó un buen directo en la mejilla de un fornido espectador. Su hijo Max, de veintidós años, se encuentra entre las cuarenta y cuatro personas arrestadas. La policía lo detuvo cuando acudía en ayuda de su padre» (Daily Sketch, 1 de agosto de 1962).

²¹⁵ Brigadas de la Joven Iglesia. (N. del T.)

El trato que recibió mi hijo Max, quien junto con otros partidarios acudió en mi ayuda, fue uno de los incidentes más curiosos del día. El juicio que tuvo lugar a consecuencia de aquello fue recogido en la prensa como sigue: «Max Mosley, de veintiún años, hijo de Sir Oswald Mosley, fue absuelto ayer en Old Street de comportamiento peligroso en el mitin que tuvo lugar el jueves en Dalston, donde su padre fue derribado y pateado. "No sólo estaba en mi derecho, sino que era mi deber acudir en su ayuda", dijo. El superintendente dijo en su declaración: "Vi a Max Mosley envuelto en una fiera lucha con algunos miembros de la muchedumbre. Le empujé hacia atrás y le contuve". Max Mosley dijo que cuando él y su padre llegaron, fueron empujados y atacados. Derribó a un hombre e intentó levantar a su padre que estaba luchando en el suelo. "Nadie puede esperar que yo me quedara mirando tan tranquilo como una banda de matones pateaba a mi padre mientras estaba en el suelo intentando defenderse de sus asaltantes", añadió» (Daily Telegraph, 2 de agosto de 1962).

Muchos de mis amigos creyeron entonces, y todavía lo creen, que había un oscuro complot para matarme. Yo no creo que hubiera nada de eso, y tengo otra explicación para el asunto. La primera pregunta a hacerse es por qué la policía colocó aquellos dos autobuses en esa posición tan particular con el evidente propósito de impedir que mis partidarios pudieran acompañarme, asegurándose así que llegaría completamente solo ante la tribuna. Mi respuesta es que las noticias de aquellos mítines se estaban haciendo tan ruidosas que no podían seguir suprimiéndolas, y, tras años de boicot total a mis amplios y ordenados mítines, las cámaras de la TV se volvieron hacia mí para recoger aquellos sucesos en unos films que después eran proyectados en toda Europa. Desde el punto de vista de las autoridades, no hubiera sido nada bueno que yo hubiera llegado a la tribuna rodeado de partidarios que me aclamaban y con el resto de la multitud, fuese hostil o amistosa, demasiado lejos para ser recogida por las cámaras. Las cosas tenían que presentarse de forma que yo llegara a la tribuna como una figura solitaria, mientras la acción de unos pocos grupos hostiles de espectadores proporcionaban la adecuada mise en scène. Sin embargo, aquel perfecto plan de quien fuese se descarrió de mala manera, y aquella locura estuvo a punto de llegar demasiado lejos.

Mr. Henry Brooke, el secretario conservador del Interior, fue técnicamente el responsable de todo el asunto, como jefe político de las fuerzas del orden, pero yo no creo que él supiera muy bien lo que se estaba fraguando, y las preguntas que se le hicieron después en la Cámara de los Comunes no presionaron lo suficiente para colocarle en ninguna situación embarazosa. Tuvo, al menos, la franqueza de decir, respondiendo a las preguntas: «Todos los informes que he recibido, y estudiado, indican claramente que... los desórdenes no fueron el resultado de cualquier expresión extremista utilizada en los mítines por aquellos que los organizaron, sino que han sido provocados por la determinación de otros a impedir que estos mítines tuvieran lugar» (The Times, 3 de agosto de 1962).

Merece la pena reseñar un mitin de nuestro movimiento que yo tenía que presidir en Trafalgar Square durante este período, porque tuvo consecuencias muy notables. The Guardian del 23 y 24 de julio escribió: «La violencia se mascaba en el aire antes de que el mitin hubiera comenzado... Aquellos que venían con la intención de sabotear el mitin llegaron muy pronto y ocuparon el frente del Square... Sir Oswald Mosley había presidido siete mítines en Trafalgar Square desde 1959 sin que se hubiese producido un solo incidente serio». The Daily Telegraph comentaba el mismo mitin como sigue: «La mayor parte de las quince mil personas que se estimó estaban en el Square eran espectadores y la policía cree que no serían más de mil, hombres y mujeres, los que tomaron parte en el ataque». Una cifra muy notable fue recogida por el Wolverhampton Express and Star del 24 de julio de 1962, comentando las apreciaciones del Ministerio del Interior en los siguientes términos: «Mr. Henry Brooke ha recibido un informe de primera mano de los disturbios del domingo hecho por Mr. George Wigg, M. P. socialista por Dudley y Stourbridge, quien estuvo presente en Trafalgar Square y presencié todo lo ocurrido. Ayer Mr. Wigg se entrevistó con Mr. Brooke y le comunicó sus tres conclusiones: el comportamiento de la policía fue magnífico; no hubo incitación al desorden por parte de los miembros del Union Movement; los disturbios fueron provocados por unas trescientas personas — entre una muchedumbre de varios millares —, la mayoría de ellos jóvenes evidentemente dispuestos a sabotear el mitin».

La evidencia es aplastante; los disturbios fueron provocados por una ínfima minoría que se mezcló entre la multitud que había venido a escuchar con su acostumbrada nobleza, a la manera británica. Después de la guerra, yo había presidido varios mítines en Trafalgar Square sin que hubiese problemas de ningún tipo. Sin embargo, las consecuencias de este incidente fueron realmente muy curiosas, pues el Gobierno prohibió entonces al Union Movement que celebrase más mítines en Trafalgar Square. De esta manera, la receta para privar a alguien de la libertad de expresión en Inglaterra es bien sencilla: tómese a unos cuantos matones que armen un zipizape en un amplio y ordenado mitin; y entonces el Gobierno tomará medidas, no contra los matones, sino contra el orador. Después de decretar un Act of Parliament especial, que llevaba el curioso nombre de Public Order Act, para privarnos de nuestro derecho a defendernos, el Gobierno nos privó también de nuestra libertad de expresión a base de prohibirnos los mítines tomando como excusa los chichones producidos por la acción de las reducidas, aunque muy bien organizadas, bandas de gamberros rojos.

A partir de este momento, no pudimos hablar al aire libre, y, por la misma época, se nos denegó también por todo el país el uso de locales para celebrar mítines en locales cerrados. La razón que se nos daba era que no querían que los locales sufrieran destrozos, cosa que podía muy bien ocurrir teniendo en cuenta la ola de

violencias que se volvía a extender por todo el país. Incluso en lo más duro de las luchas de los años treinta, ni uno solo de aquellos locales, que tenían estructuras muy sólidas, había sufrido destrozo alguno; e, incluso después de la Public Order Act, conservamos el derecho a mantener el orden por nuestros propios medios en los mítines en locales cerrados y habíamos demostrado que seguíamos siendo capaces de hacerlo después de la guerra. El motivo real de aquellas negativas era que, en el intervalo de tiempo transcurrido, el control de las municipalidades propietarias de aquellos locales había pasado de manos de los conservadores a manos de los laboristas, y en estas cuestiones la izquierda es mucho menos noble que la derecha, y mucho más propensa a utilizar cualquier medio para privar efectivamente a sus oponentes de la libertad de expresión. Para negarnos la utilización de cualquier local bajo su control, se agarraban con avidez a la excusa de que los desórdenes que tenían lugar de nuevo en nuestros mítines eran provocados por nuestros propios partidarios. En aquella etapa un solo local en todo el país estuvo siempre a nuestra disposición y debo rendir un agradecido tributo a la mayoría conservadora que controlaba el Kensington Town Hall por su solitaria y digna defensa de la libertad de expresión. Quizá el derecho a hablar en aquel local fue preservado como pieza de muestra, para demostrar que la libertad de expresión todavía existía en Inglaterra. Ni que decir tiene que, a pesar de la pléyade de amenazas y tentativas de desorden, fue muy fácil mantener el orden en aquel edificio y que nunca se produjo ningún disturbio serio en mis mítines en locales cerrados.

En términos de política de preguerra, se nos privó por completo de la libertad de expresión desde el momento en que se nos prohibieron los mítines al aire libre y en locales cerrados. Sin embargo, cualquier apreciación realista de la situación ha de admitir que, para la época en que la acción del Gobierno acabó con nuestros mítines, éstos se habían convertido ya en algo completamente anacrónico como medio de expresión pública. Al suprimir nuestro derecho a los mítines públicos, los viejos partidos, una vez más, disparaban sobre el pájaro cuando éste ya había pasado.

La televisión ha planteado un nuevo problema en relación con la libertad de expresión. Si la negativa de espacios en televisión viene a añadirse a la supresión de los mítines públicos, la libertad de expresión ha dejado de existir. En cualquier caso, si la televisión llega a ser el único medio de comunicación eficaz, la cuestión de la libertad de expresión adquiere proporciones muy graves, si los únicos que tienen acceso a la televisión son los partidos establecidos y se reparten todo el tiempo disponible entre ellos. ¿Cómo puede el recién llegado, que antes contaba con el recurso de los mítines, dar a conocer al público su política o su partido? Esta pregunta debe ser contestada por el Gobierno, si es que pretende que la libertad de expresión continúe existiendo en términos reales.

El Gobierno y las autoridades de la televisión replican frecuentemente a las preguntas que se les hacen sobre la utilización de los espacios en televisión, diciendo que los asuntos o personas en cuestión no tienen ningún interés para el público. Afortunada o desgraciadamente, esta respuesta no es aplicable a mi caso, por cuanto yo he sido objeto de discusiones muy frecuentes en los programas de la BBC. En realidad, me encuentro en la peculiar situación de que cualquiera puede hablar sobre mí, excepto yo mismo. He sido objeto de frecuentes ataques y comentarios, pero siempre se me ha denegado el derecho a la réplica²¹⁶. Como consecuencia de algunos de estos ataques, emprendí una acción por libelo contra la BBC. Los ataques continuaron incluso cuando la acción estaba ya en curso, hasta el punto de que el 16 de febrero de 1966, me vi obligado a apelar al Tribunal Supremo para que procediera a su detención por contumacia, alegando que no sólo se estaban difundiendo especies calumniosas por una emisora, sino que en el anuncio preliminar de Radio Times, con una circulación de 4.000.000 de ejemplares, había aparecido una fotografía mía, al lado de la cual era atacado en una declaración calumniosa. El Lord Mayor de Justicia Parker en su sentencia, pronunciada con la concurrencia del Justicia Sachs y el Justicia Widgery, hizo las siguientes observaciones: «Debo decir que por mi parte miro con gran simpatía la acción de este demandante. He aquí una vasta organización que cuenta con la atención de todo el público y que puede, dentro de los límites de la ley contra el libelo, dar libre curso a la expresión de sus opiniones. Sin embargo, el objeto de sus opiniones está completamente incapacitado para defenderse a través del mismo medio de comunicación. Está perfectamente claro que los demandados no quieren incluirle en su programa. No los critico por ello, pero no puedo por menos de exponer que resulta un curioso sistema el que alguien que tiene el poder de hacerse oír por todo el público pueda decir ciertas cosas y que el infortunado objeto de esas declaraciones no tenga medios de responder a la misma escala».

Mi demanda, sin embargo, fue desestimada, porque, según palabras del Lord Mayor de Justicia: «No estoy convencido de que la intención genuina por parte del demandante sea llevar la acción a juicio. Él ha sido perfectamente franco sobre la cuestión, tanto en lo que se refiere a la acción misma como al procedimiento. Su principal objetivo ha sido obtener una plataforma, si se me permite usar el término, desde la que poder responder a los alegatos que se han hecho contra él, y preferiblemente una plataforma en uno de los programas de los demandados». El Lord Mayor de Justicia, naturalmente, estaba completamente acertado en su

²¹⁶ Cuando se está imprimiendo este libro, he sido invitado por la BBC para participar en uno de sus programas. En la época en que lo estaba escribiendo, tome parte también en un programa de la Televisión Independiente, en el que se discutieron mis ideas europeas. La presencia en el estudio de un conocido comunista, acompañado de un cierto número de partidarios, dio lugar a que la discusión fuese menos seria, pero no impidió que se desarrollara en un ambiente simpático y familiar.

apreciación de la situación. Yo no tenía ningún interés en la acción por libelo en sí misma ni en la obtención de indemnizaciones, sino que sencillamente estaba utilizando ésta como una posibilidad para conseguir el derecho de réplica. Estoy dispuesto en cualquier momento a enfrentarme con sus mejores hombres, cara a cara, en la televisión, y puedo responder muy cumplidamente a todo lo que han dicho contra mí; después, que juzgue el pueblo.

Sin embargo, los campeones de la BBC nunca se han encarado conmigo en un debate público. La última vez que se me permitió hablar por radio fue después del mitin del Olympia, en 1934. Se me dijo que tendría lugar un debate con un conocido periodista, pero cuando llegué, él no estaba presente, así que hice mis declaraciones y me largué. Y sin embargo, él estaba allí, mantenido en reserva en otra habitación para comentar después lo que yo había dicho, pero sin encararse conmigo. El método de la BBC ha sido siempre evitar toda confrontación; atacar, pero negar la posibilidad de réplica. Ellos pueden permitirse el lujo de escapar a las consecuencias de estos métodos gracias al poder que les da el dinero, dinero que, a fin de cuentas, es de los contribuyentes. Los individuos privados no están en condiciones de desafiar a las grandes corporaciones, que disponen de recursos tan gigantescos, debido al valor de las costas en nuestros tribunales. Se me advirtió que esta acción podría costarme por lo menos 30.000 libras. El resultado — cosa que ya sabía por experiencia— pendía de un hilo: la composición del jurado. Y no sólo eso; yo tenía la impresión de que, tras un período tan largo de continuos ataques sin respuesta, cualquier jurado estaría condicionado a su favor y en contra mía. Las costas están muy por encima de las disponibilidades de cualquier bolsillo normal, y el riesgo que se corre por encima de los cálculos de cualquier hombre sensato. Éste es el sistema contra el que tenía que luchar. En aquellas condiciones, no podía pedir justicia en los tribunales británicos. Es realmente amargo y triste que un inglés tenga que decir que en dos ocasiones recientes ha obtenido satisfacción a sus demandas en los tribunales europeos, donde el procedimiento es relativamente barato y expedito, y donde la sentencia es decidida por jueces y no por jurados. Pero la ausencia de estas características en los tribunales ingleses me ha hecho imposible luchar con eficacia contra una corporación pública como la BBC, que tiene unos ingresos de 64.000.000 de libras al año procedentes de los impuestos de los contribuyentes.

He llevado a cabo muchas acciones legales y en los últimos tiempos he defendido siempre mis casos personalmente. No soy litigante por naturaleza, pero pierdo el tiempo que sea necesario con estos asuntos cuando es el único modo de que me den una satisfacción. El litigante de este país puede estar seguro de que recibirá un trato imparcial por parte de la más altas jerarquías judiciales, y es el único sitio en que puede estar seguro de ello. A mí no me gustan estos asuntos, porque suponen andar rondando durante bastante tiempo por los recintos de los tribunales y centrar toda la atención en los minúsculos e irritantes detalles de procedimiento. Sin embargo, admito que el choque entre los argumentos de las distintas partes es estimulante y a veces placentero; constituye uno de los más interesantes ejercicios intelectuales. Animado por la cortesía e incluso la bondadosa amabilidad de los jueces, me he sentido tentado en ocasiones a acercarme al foro, pero me ha frenado siempre la sensación de que iba a perder un tiempo que podía ser aprovechado en otras cosas. Por eso, los tribunales han constituido siempre para mí un último recurso, así como fuente de recuerdos de buenas discusiones y, en el más alto nivel, de un trato limpio y noble.

En aquellas condiciones de completa supresión de todos los medios eficaces de expresión política, teníamos que preguntarnos a nosotros mismos cómo continuaríamos, como podríamos seguir existiendo políticamente y cómo hacer llegar nuestras opiniones a cualquiera. Naturalmente, el handi-cap es enorme, pero a pesar de ello hay una solución final para el problema. Esa solución es el partido. Yo explicaba lo que quiero decir en mi libro *Europa: Fe y Proyecto* (1958): «Para bien o para mal, el partido puede ejercer una enorme influencia en el mundo moderno. El partido como organización política — o movimiento como se le llama normalmente cuando representa la defensa de una idea fundamental y unos métodos de trabajo serios — puede ejercer una influencia superior a la del Estado e incluso mayor que la de la prensa, la radio, la televisión, el cine o cualquier otro de los innumerables instrumentos al servicio de los intereses establecidos del poder financiero. En tiempos relativamente modernos, éste ha sido siempre el caso. El partido, por supuesto, debe defender una idea clara y acorde con la época, una idea que el pueblo desee porque ya sea hora de que se realice. El partido debe disponer también de una organización real a nivel nacional, que tenga unos objetivos claros y esté presente en cada calle y cada aldea del país. En esas condiciones el partido se convierte en el poder supremo... Para ser eficaz en esta dirección decisiva, el partido debe ser una organización de hombres y mujeres totalmente consagrados a una idea, una organización que funcione ininterrumpidamente en la promoción de esa idea; un movimiento político real se parece más a una orden religiosa que a una organización social».

Describía el trabajo del partido como sigue: «Un partido que sirva realmente al pueblo y, además, se organice bien para el cumplimiento de sus fines, debe estar representado en cada calle de las grandes ciudades, en cada villa del campo, por un único individuo responsable. Esta persona debe estar allí para servir al pueblo, para ayudarle en sus necesidades, para asistirle con sus consejos... Un partido así sería un movimiento constantemente preparado para el servicio del pueblo; estaría siempre entre el pueblo y con el pueblo y mezclado íntimamente con su vida diaria. La influencia de un partido así sería naturalmente muy grande, pero nadie creerá seguramente que pudiera convertirse en una influencia opresiva. Cualquier persona en cualquier esquina podría decirle a un militante del partido que no quería volver a verle, y todo el electorado podría

comunicarle el mismo mensaje al conjunto del partido en unas elecciones. Y la actitud del militante del partido sería la misma que la del partido en su conjunto ante una adversidad electoral; en un período de fatiga nacional, se retiraría temporalmente de buena gana, pero con la firme decisión de retornar en el momento en que la acción fuese necesaria. Un partido debe ser un movimiento de servicio, pero también de dirección; un compañero para el pueblo, siempre dispuesto a tenderle la mano para ayudarlo, pero también un líder que lo guíe por los caminos que conducen a nuevas y desconocidas metas. El deber de un partido es mirar al futuro, pensar en el futuro, sentir el futuro, vivir el futuro... Un movimiento así busca siempre estar en vanguardia del avance humano, ser el líder de todas las aventuras de la mente y el espíritu».

Una prueba clara de que en tiempos de crisis un partido de esta naturaleza puede prevalecer sobre la aplastante maquinaria del Estado y sobre el poder del dinero que controla los medios de formación de la opinión pública, es el poder de las organizaciones de los partidos existentes y la influencia que ejercen en el electorado mediante los canvass. Sus organizaciones intermitentes sólo funcionan en época de elecciones, aparte de sus agentes a sueldo y los pocos funcionarios devotos con que cuentan. Y, sin embargo, cualquiera que haya intentado alzarse contra ellos sabe muy bien cuan efectivos son los aparatos de estos partidos. A fortiori, una organización, que funcione permanentemente, compuesta de hombres y mujeres consagrados al partido, en íntimo contacto con la vida del pueblo y que se hayan ganado su confianza por los servicios prestados, puede ejercer una influencia perdurable sobre el pueblo. Otra prueba es que hasta las actuales e inadecuadas campañas electorales de los partidos establecidos que cuentan con una buena organización derrotan con frecuencia la poderosa influencia que los engranajes financieros ejercen sobre la opinión pública. El Partido Laborista nunca ha llegado a tener nada comparable a esa prensa con que cuenta el Partido Conservador, y sin embargo, incluso en los días en que la prensa era prácticamente el único medio de influir sobre la opinión pública a gran escala, ha ganado con frecuencia. La organización política es aún más poderosa que la prensa. Es casi una leyenda política que durante las elecciones de 1906, los conservadores controlaban todos los periódicos de Escocia y, en cambio, los laboristas se llevaron todos los escaños. Debo decir, sin embargo, que nunca me he molestado en comprobar si esto era completamente cierto.

Seguramente, la televisión es ahora una fuerza política más poderosa que la prensa, puesto que la supera tanto en los anuncios como en las informaciones. Una personalidad agradable que se ha convertido en una especie de confortable emblema de la sociedad de consumo puede caer en desgracia en cuanto las cosas empiecen a ir mal, y el pueblo exigirá rápidamente una imagen totalmente diferente. Nada puede ser tan estable y duradero como la influencia perdurable de un partido que ha conseguido poner a disposición del pueblo unos amigos de confianza, pertenecientes a la organización local del partido, que le atiendan en los problemas de la vida cotidiana. Sin embargo, en la práctica, esto es más fácil de decir que de hacer, pues el genio del pueblo inglés se caracteriza más por su capacidad de improvisación ante una grave crisis que por sus cualidades organizadoras antes de que su necesidad se haga evidente. El inglés puede hacer esas cosas con mayor rapidez que la mayoría de los pueblos, pero necesita un estímulo para iniciar la tarea. Lo más que podemos pretender, antes de que se presente una crisis, es disponer de un cuerpo de voluntarios que trabaje sin descanso para el mayor número posible de personas nuestras ideas. Como siempre, lo primero es la idea.

¿Ha avanzado poco o mucho en su objetivo de crear el partido cuando se ha retirado usted a escribir este libro?, puede preguntar el lector. Mi respuesta es: bastante más de lo que podía esperar en ausencia de una crisis nacional. Ya he dado razones suficientes, basadas en la experiencia histórica y en análisis estadísticos, que ningún nuevo partido puede transformarse antes de que se presente una crisis en un movimiento de masas capaz de tomar el poder. Hasta que esa crisis se presente, un movimiento nuevo lo único que puede conseguir es convertirse en un poderoso motor de nuevas ideas. El Union Movement ha sido, más que un partido, un apóstol del renacimiento nacional. Hombres y mujeres totalmente consagrados a su labor y con carácter suficiente para soportar cualquier adversidad han realizado el trabajo por todo el país. Ellos han hecho posible que las nuevas ideas fueran algo vivo, que mucha gente se enterase de que existía otra política, una política hacia la que podrán volverse en época de crisis. Mientras prevalezcan las condiciones de la sociedad de consumo, éste es el techo de nuestra actividad. Las ideas serias y los hombres serios no son considerados seriamente hasta que los tiempos se ponen serios. Entonces, las cosas evolucionan muy rápidamente.

Las distintas organizaciones suelen presentarse a las elecciones locales por su propia iniciativa y el partido interviene ocasionalmente en las elecciones parlamentarias. De este modo nuestras ideas pueden llegar al pueblo, aunque, naturalmente, no podemos esperar que esas ideas triunfen hasta que no sean necesarias. A pesar de todo, los resultados obtenidos son bastante interesantes. En las elecciones generales de 1966, yo obtuve el 4,6 % de los votos emitidos en una próspera circunscripción donde no existía ningún problema especialmente agudo, como la inmigración de gente de color, por ejemplo. El porcentaje medio de votos obtenidos por nuestros candidatos fue del 3,78 %. Las elecciones generales parlamentarias tienden normalmente a dar a los nuevos movimientos un número de votos menor que las elecciones locales o las parciales parlamentarias, por la sencilla razón de que los problemas en juego son más importantes; pero esto mismo hace que los votos obtenidos por estos nuevos movimientos tengan un significado mucho más importante.

¿Qué quieren decir estos votos nuestros en términos políticos reales? El porcentaje de votos obtenido, el 3,78 %, excedió en casi un 1 % a la diferencia que hubo entre los porcentajes obtenidos por los dos partidos mayores, que fue del 2,7 %. Por tanto, nuestros votantes no pertenecían al sector de los indecisos. Vinieron a nosotros con todas sus consecuencias. Se acostumbra a decir que el ejército bonapartista sabía por lo que luchaba y le gustaba lo que sabía. Se puede decir con justicia que nuestros votantes sabían por lo que votaban y les gustaba lo que sabían. No sólo nos habían visto y oído, sino que conocían a la perfección el cúmulo de abusos cometidos desde los más poderosos órganos de opinión. Esta votación excedió también considerablemente a las obtenidas en condiciones normales por los nuevos partidos del continente que luego, en períodos de crisis, llegaron rápidamente al poder. Por ejemplo, el Partido Nacionalsocialista obtuvo en Alemania sólo el 2,8 % de los votos emitidos en 1928, y, sin embargo, llegó al poder con más de un 40 % cuando, cinco años después, se presentaron unas condiciones de gran desempleo y crisis nacional. Nuestro 3,8 % de 1966 excedía a sus resultados de 1928, y el porcentaje que obtuvimos en las elecciones locales casi doblaba esa cifra. El sistema de representación proporcional que rige en el continente hubiese hecho que aquel pequeño porcentaje nos hubiera proporcionado unos cuantos diputados en el Parlamento. En cambio, el actual sistema electoral inglés hizo que aquella votación fuera para nosotros tan sólo una simple demostración del estado de ánimo del electorado, sin que ello comportaba consecuencia práctica alguna.

Tuvimos que enfrentarnos con el doble handicap de nuestro sistema electoral y la ausencia de crisis. El único test electoral que demostró lo que ocurriría cuando se aproximasen las condiciones críticas que ya se habían presentado en otros países, fue el resultado obtenido en el microcosmos de Moorfields, East London, cuando una pequeña comunidad típicamente inglesa se encolerizó realmente por las execrables condiciones de vivienda que estaban obligados a soportar. De nuevo, este pequeño suceso sirve para ilustrar un hecho más general: la obediencia a los partidos puede desaparecer en determinadas circunstancias, y entonces el pueblo votará por un cambio real ²¹⁷. El orden establecido no tiene idea de la rapidez con que puede cambiar de opinión un electorado moderno cuando, en una situación de crisis, las cosas se llegan a poner realmente mal. Es ilusorio pensar que, en una época de crisis continua, no se puede constituir un partido nuevo que llegue al poder por los votos del pueblo. Hemos demostrado ya que esto es posible, que puede ser una realidad en cualquier grave crisis del futuro.

A pesar de todo, sigo convencido que es preferible, en el caso de Inglaterra, conseguir un consenso nacional de todo el pueblo en época de paz, similar a los conseguidos ya en tiempos de guerra. Cuando empecé a escribir este libro, me retiré de la dirección del partido; desde entonces, el Union Movement ha sido dirigido por un directorio de cinco miembros. Ellos continúan abogando vigorosamente y por todo el país en favor de una nueva política. Yo me separé por propia iniciativa de la política del partido para poder abogar por una política que está por encima del partido. Si una vez más esto resultara inviable, un nuevo partido deberá surgir de todos los elementos vivos de nuestro pueblo; incluiría a aquellos que han prestado sus leales servicios a los viejos partidos, pero que pueden apartarse desilusionados de ellos en cualquier momento, y aquellos amigos míos que a lo largo y a lo ancho del país prestan un servicio que el futuro probará, al menos, que es desinteresado. En un momento de crisis desaparecerán las banderías de los partidos y los hombres y las mujeres se unirán en alineamientos nuevos. Antes incluso de que esta posibilidad sea discutida, debería hacerse todo lo posible por asegurar un acuerdo, una unión temporal de todo el pueblo para una acción nacional, como ocurrió en tiempo de guerra; cuando la crisis se haya superado, podrá reanudarse la vida política normal y la actividad de los partidos tradicionales.

No es mi costumbre mantener abiertas varias opciones; siempre he tenido un orden claro de prioridades. A lo largo de la mayor parte de mi vida política, he deseado la unidad de la nación para la reconstrucción de la vida nacional, cosa que siempre me ha parecido una vital necesidad. Este consenso de la nación es, con mucho, lo más deseable, porque nos une en lugar de dividirnos. Hace mucho tiempo que intenté llegar a él, y sólo me volví a otros métodos cuando, en las condiciones de aquella época, el intento fracasó. Si es imposible lograr, en orden a alcanzar grandes y necesarias metas, la unión de todas las fuerzas vivas de la nación, los políticos, el mundo de los negocios, las Trade Unions, las universidades, el Civil Service, las fuerzas armadas, para un auténtico consenso de nuestro pueblo, entonces debe intentarse algo distinto. Si es imposible unirse, debemos correr el riesgo de la división y el conflicto. En ese caso, un movimiento nuevo, con hondas raíces en el pueblo, surgiendo de esta tierra todavía viva, se enfrentará a la prueba final de la crisis para ganarse con su apasionada dedicación a la mayoría del pueblo y llegar así al poder. La unión nacional puede ser posible gracias a ese particular instinto del genio británico ante la adversidad, y todos deseamos que así sea, pero la división y la lucha, con toda la amargura que puede traer consigo, es preferible a la aceptación de la decadencia y la muerte.

Mi orden de prioridades es, pues, perfectamente claro. No habrá dificultad alguna a la hora de elegir. En el caso de un consenso nacional para salvar a la nación, nuestro movimiento estaría totalmente consagrado al servicio del pueblo, y espero que constituiría una auténtica fuente de ideas nuevas en la búsqueda continua de

²¹⁷ En mayo de 1968, el Union Movement obtuvo un 20 % de los votos emitidos en Bethnal Green, sin las especiales condiciones que dieron lugar al 33 % de Moorfields.

formas de existencia cada vez más perfectas. Pero si todos los intentos para asegurar la unidad y la acción fracasaran finalmente, y la nación que tan bien conocemos y tanto amamos se hundiera ante nuestros ojos, entonces no dudaríamos ni un momento en lanzarnos de nuevo a la prueba final. Un nuevo partido se alzaría entonces desde lo más profundo del pueblo; junto a los precursores de las nuevas ideas, gentes procedentes de los viejos partidos avanzarían decididas hacia lo mejor. Nuevas políticas y nuevas formas surgirían de entre las cenizas del pasado. El carácter de nuestro pueblo demostrará al fin que Inglaterra sigue viva.

25. POLÍTICA PARA EL PRESENTE Y PARA EL FUTURO.

PRIMERA PARTE

Después de la guerra planteé deliberadamente mi política antes de tiempo y no creí ni por un momento que pudiera ser aplicada inmediatamente en su totalidad. En este punto de la historia, el lector, detrás de toda mi intransigencia, estará dispuesto a concederme con toda seguridad un mínimo de realismo; al final se debe introducir un porcentaje bastante grande de compromiso si se quiere llegar a realizaciones prácticas. Aparte de eso, mi experiencia de la política británica me dice que en cada momento hay siempre varios modos de hacer lo que es necesario. El problema esencial ha sido siempre la resistencia opuesta a que se hiciese cualquier cosa. Además, esta política se limita a señalar una dirección y no constituye la acampada final. En estas condiciones, era conveniente que alguien intentara iluminar, aunque fuera débilmente, la oscuridad reinante, provocada por las pasiones y la confusión.

Mis claves políticas fueron Europa una Nación, la intervención en los mecanismos reguladores de los precios-salarios, primero por parte del Gobierno británico y después por parte del Gobierno europeo, y, como siempre, la fusión de la ciencia con una organización eficaz de gobierno. Al pasar revista a estas ideas, es conveniente analizar la política exterior, de cuyo éxito depende todo lo demás, antes que la política interior. Yo fui el primero en utilizar la frase Europa una Nación ²¹⁸, en 1948, y fue precedida por mi defensa de una «ampliación del patriotismo» (1946). En *Europa: Fe y Proyectos* (1958), escribí: «Europa una Nación es una idea que cualquiera puede comprender. Es sencilla, pero no debe rechazarse por eso; las ideas decisivas, las ideas hondas son siempre sencillas. Preguntad a cualquier niño: ¿Qué es una nación? Seguramente contestará: "¡Una nación tiene un Gobierno!"» Y ésta es la respuesta correcta, pues una nación no es más que un pueblo o conjunto de pueblos que han decidido tener el mismo gobierno. Yo creí, y sigo creyendo, que éste es el único modo en que se puede construir Europa; ninguna idea más pequeña podrá despertar el entusiasmo de los pueblos y lanzarlos a cambios tan fundamentales. Sin embargo, es muy probable que ni ésta ni cualquier otra idea sea capaz de inclinar a los pueblos a emprender las reformas mientras ellos no sientan la urgencia de la necesidad económica. En un momento de crisis suprema el deseo de hacer de Europa una Nación puede alzarse desde todos los rincones del solar europeo, como un ardor primaveral. Pero primero debe venir la idea.

La trágica paradoja de nuestra situación actual es que el miedo a perder nuestras culturas individuales es el impedimento fundamental para llegar a una auténtica unión de Europa, mientras que en la práctica sólo el poder de una Europa unida puede proteger y mantener nuestras actuales civilizaciones nacionales. No existe sólo el peligro de que las industrias de nuestras divididas y relativamente impotentes naciones sean superadas por el poder del dólar, sino también que la cultura del grande y poderoso absorba la del pequeño y débil. Éste es el inevitable castigo que sufrimos por habernos planteado el depender de América como única alternativa a la posibilidad de ser víctimas de Rusia. La unión de pueblos iguales en el seno de Europa una Nación nos salvaría de toda necesidad de dependencia mediante la creación de un poder económico y una capacidad de defensa adecuados, y nos liberaría de cualquier ulterior imposición por parte de otras culturas que, entonces, podríamos aceptar o rechazar libremente.

En mayor o menor grado, todos los pueblos de Europa sienten ya el deseo de lograr esta independencia; ellos quieren el fin, pero rechazan los medios. La independencia con respecto a América o cualquier otra gran potencia exterior sólo puede llegar cuando se haya conseguido una igualdad de fuerzas. De otro modo, podremos adoptar muchas posturas independen-tistas, pero la independencia real no llegará nunca. Es absurdo desplegar toda una política europea sin contar con los medios para poder hacer de ella una realidad. Cualquier intento de cualquiera de nuestros relativamente pequeños países europeos por llevar a cabo una política, adecuada únicamente para el poder de una Europa unida, está condenada al fracaso porque le falta la fuerza y la sustancia necesarias. Ningún hombre puede hacer tareas de gigante con músculos de pigmeo. En último término, todos los países europeos están condenados a la impotencia hasta que Europa se construya.

Ha sido para mí una auténtica tragedia que durante años el principal impedimento para la construcción de Europa fuese mi propio país. Han pasado ya los días en que la política británica intentó tender un puente mundial entre América, Europa y la Commonwealth, con el resultado, tan inevitable como ridículo, que se cayó entre los tres puntos de apoyo. Hemos pasado ya el punto en que un futuro primer ministro ²¹⁹ podía permitirse el lujo de decir que estaba convencido hasta el tuétano de que no entraríamos en Europa, con el pleno apoyo del ardiente oscurantismo de los líderes laboristas, encabezados en el pasado por su más admirado secretario del Foreign Office, Bevin. El Gobierno británico se encuentra ahora al final de un rosario de humildes súplicas para que le dejen entrar en Europa. Yo rogué a mis compatriotas que tomaran la decisión y persistieran en la iniciativa de entrar en Europa en 1948, nueve años antes de que se constituyese el Mercado Común y diez años

²¹⁸ El Canciller Kiesinger de Alemania, al ser entrevistado el 6 de noviembre de 1967, dijo: «La Europa de las Patrias del general De Gaulle es una buena idea, pero no estamos preparados todavía para la de Europa una Nación» (Radio Alemania).

²¹⁹ Mr. Anthony Eden, 19 de enero de 1952.

antes de que el general De Gaulle llegase al poder. Incluso hoy, Europa, y tiene muy buenas razones para ello, le hace a Inglaterra la simple, pero aún incontestada, pregunta: «¿Entrar como europeo o como agente americano?»

Como europeo de corazón, algunos dirán que hasta fanático, creo que es una buena cosa posponer la realización real de Europa hasta que no se haya dejado perfectamente clara esa cuestión. Es cierto que ni Francia ni cualquier otra de nuestras divididas naciones puede jugar el papel de Europa en el mundo hasta que el poder de Europa se lo permita; en consecuencia, estaremos condenados a una relativa impotencia hasta que se construya Europa. Pero, por otro lado, pasar de una Europa constituida por un conjunto de pequeños satélites americanos a una Europa que no pase de ser un gigantesco satélite transatlántico, iba a dejar las cosas peor de lo que estaban. En la actualidad, es correcto que Francia o cualquier otro país europeo ofrezca una cierta resistencia a este proceso para preservar así una parte de su identidad nacional y de su identidad europea. Porque como simples ruedecillas de una gigantesca máquina internacional, buscando lo mejor, pero quedándose con lo peor de todas partes, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Europa misma, pueden estar irremediablemente perdidas.

En la actualidad, todo el desarrollo de Europa está detenido ante el dilema de que Europa sin Inglaterra no puede cumplir enteramente sus funciones, pero, al mismo tiempo, Europa con Inglaterra puede dejar de existir como tal. La única solución posible es que Inglaterra se convierta verdaderamente en un país europeo y que entonces levante el pie del freno y pise a fondo el acelerador para recorrer cuanto antes el difícil camino de la unión completa. Cosas así han ocurrido antes en nuestra Historia; el pueblo británico suele mostrarse muy renuente a empezar — nadie se ha sentido más frustrado y furioso por esta característica que yo mismo —, pero una vez ha empezado, puede ser de los más rápidos en la acción.

Mi insistencia en construir una Europa independiente y unida puede sugerir que guardo una actitud hostil hacia América. Muy al contrario, tengo un largo y consistente récord de fidelidad a nuestra alianza con América y a nuestra amistad con el pueblo americano. El deseo de ser amigo de un hombre pero no su criado es, desde luego, una actitud acertada y noble. América saldría ganando si, en lugar de un débil satélite, pudiera contar con un fuerte compañero ²²⁰, y para hacerle justicia hay que reconocer que siempre ha buscado promover la unión de Europa más que boicotearla; una actitud única en su generosidad, porque la historia no nos proporciona ningún otro ejemplo de una gran potencia intentando deliberadamente construir otra gran potencia. Esto es algo, junto con la ayuda que Europa recibió en sus días de adversidad, que habrá que recordar cuando no necesitemos más la ayuda ni la protección americana.

Nuestras alianzas deberán establecerse con el fin exclusivo de asegurar la mutua defensa, y no para compartir o apoyar aventuras innecesarias ²²¹. Si el solar o los intereses vitales de Europa o América fuesen atacados por las potencias comunistas, acudiríamos inmediatamente a ayudarnos los unos a los otros sin que mediara una sola pregunta, pero ni Inglaterra ni Europa deberían embarcarse en los peligros de las aventuras americanas en regiones tan remotas como el Sudeste asiático, que no tienen nada que ver con nuestros intereses. Es deseable y posible que la construcción de una gran potencia europea permita sustituir la impotente falta de ayuda de un satélite por la mano tendida de un fuerte amigo con gran experiencia.

Cuando la potencia europea se haya desarrollado plenamente, será innecesaria la presencia americana en Europa, y esto facilitará la consecución de muchos objetivos de la política europea. Inevitablemente, el surgimiento de Europa como una gran potencia creará una tercera fuerza ²²² en el mundo. He sido siempre un ardiente propagandista de esta idea. Esto no quiere decir que debamos abandonar entonces a América frente a una agresión, o negarnos a firmar con ella acuerdos comunes frente a esa contingencia, sino que Europa, como gran potencia, intentaría deliberadamente equilibrar la balanza del mundo, y nuestra vasta experiencia en asuntos internacionales nos capacitará para hacerlo, siempre y cuando nuestra fuerza pudiera respaldar nuestra sabiduría. Tenemos unas raíces más profundas que América en la experiencia histórica y unos contactos más amplios y más probados. Todo esto puede ser de gran utilidad para ambas cuando cambiemos nuestra posición de segundones por la de un colega.

Esferas de influencia

Hace tiempo que sugerí la división del mundo en tres esferas principales de influencia ²²³ como alternativa al proyecto actual de una fuerza mundial bajo el control de las Naciones Unidas, fuerza que debido a las divisiones inherentes a ese organismo, nunca podrá funcionar con eficacia. Mantengamos por todos los medios a las Naciones Unidas, pero como una asamblea de debates, como un sitio donde puedan encontrarse las

²²⁰ Primera edición de Mosley News Letter, 15 de noviembre de 1946.

²²¹ Discurso, 15 de marzo de 1965.

²²² Éste es el subtítulo del autor a su obra *The European Situation* (1950).

²²³ Mencionado por primera vez en un discurso el 11 de diciembre de 1950, cuando la frase: «Tomar Europa, dejar Asia», fue utilizada también por primera vez.

distintas culturas, donde puedan amortiguarse los antagonismos y puedan surgir amistades personales; el debate fuerte y claro en público, los modales corteses y amistosos en privado, son cosas que pueden hacer mucho para clarificar la confusión y superar la hostilidad. Pero la realidad nunca puede ser edificada sobre la ilusión, y creer que las Naciones Unidas pueden hacer algo efectivo en el terreno de la acción es un absurdo evidente.

En términos de acción, la realidad está compuesta exclusivamente por las grandes potencias, y es pura charlatanería pretender otra cosa; los hechos prevalecen siempre sobre las ilusiones y las supercherías. En el mundo existen dos grandes potencias reales, América y Rusia, y esta situación, producto de la última guerra, prevalecerá hasta que una Europa unida surja como tercera potencia y, posiblemente, China como la cuarta. El peligro de una nueva guerra seguirá presente hasta que la fuerza y la sabiduría de Europa puedan equilibrar la balanza del mundo. Es por ello por lo que desde la guerra, como antes de ella, me he mostrado partidario de un fuerte rearme de Inglaterra y, en cuanto sea posible, de la Europa unida, al menos hasta que podamos alcanzar el objetivo más deseable de todos: el desarme universal. Pero el medio más seguro para llegar al desarme es la existencia de una Europa unida con una dirección clara y una política dinámica; hasta entonces, debemos armarnos, pues en un mundo europeo fuertemente armado está la única alternativa posible a la servidumbre bajo América o la muerte bajo el comunismo.

Mis posiciones de hoy en el amplio campo de la política europea y mundial son muy similares a las que defendía antes de la guerra en el terreno más limitado de la política nacional. Estoy convencido de que Europa debe armarse, aunque, por supuesto, no para mezclarse en problemas que no tienen nada que ver con sus auténticos intereses. Sobre todo, debemos huir de cometer la estupidez tan conocida de estarnos preguntando continuamente donde se están moviendo los enemigos más fuertes para entonces correr en su busca por todo el mundo e intentar impedirles que hagan lo que estén haciendo. Ésa es la forma más segura de provocar una explosión, y una guerra mundial con armas nucleares es un error que no tiene remedio posible.

Este principio debe aplicarse todavía más a China que a Rusia, que en términos geográficos, aunque no de ambición política, es una potencia satisfecha; su política puede ser defendida a través de los partidos comunistas más que por medio de armas nucleares. China, en cambio, se encuentra constreñida, con sus islas costeras ocupadas por una potencia aliada, al tiempo que su expansión natural en la dirección de los pueblos afines para conseguir un equilibrio entre el desarrollo agrícola y el industrial está siendo frustrada por la intervención militar en el Sudeste asiático. Durante los largos años en que he estado abogando por la división del mundo en tres esferas de influencia, China ha sufrido un proceso que la ha colocado en puertas de convertirse en la cuarta potencia mundial. El destino ha hecho al Oeste el imprevisible regalo de una profunda división entre las potencias comunistas, pero, como de costumbre, hemos desaprovechado la oportunidad con la egregia locura de una guerra en Asia, en lugar de buscar un acuerdo para delimitar unas esferas de influencias claramente marcadas.

Yo estaba completamente equivocado en la cuestión de las disputas chino-rusas; otros supieron preverlo pero yo no. Los dirigentes de Rusia y China habían sido educados todos en la misma academia de estado mayor, o, para variar la metáfora, en el mismo colegio de cardenales. Se considera a esta formidable organización, profundamente enraizada en más de un siglo de luchas comunes, como un establecimiento militar o como una institución eclesiástica; me parecía increíble que pudiera llegar a manifestar en público las diferencias que pudieran tener en privado. Un eficaz y probado estado mayor no se divide la víspera de la batalla, fuesen cuales fuesen las diferencias que se hubieran podido presentar en la cámara del consejo, y un colegio de cardenales no propaga al mundo las discusiones privadas, una vez decidido el dogma y elegido el papa. Para apoyar esta opinión, no tuve en cuenta las limitaciones de la educación militar y sobrevaloré con exceso las lealtades mutuas del comunismo y la eficacia de sus organizaciones. Algunos alemanes que estuvieron en Rusia como prisioneros de guerra, y otros que, desde entonces, han viajado mucho por Rusia y China como hombres de negocios, me dijeron que la división estaba a punto de producirse. Y tenían razón. La tradición de siglos de luchas a lo largo de una de las fronteras más largas del mundo ha resultado al final más fuerte que la fe comunista y que los lazos creados por una prolongada camaradería. En este contexto, podemos traer a colación el censurable axioma de Disraeli, cuando decía, en su vida de Lord George Bentinck: territorio, todo es territorio.

Y no vale aquí alegar la excusa shaviana de que yo estaba en un error únicamente porque no podía creer que la estupidez de otras personas llegara hasta ese punto. Pero este colapso moral del comunismo, que puede muy bien haber salvado al mundo occidental en aparente proceso de desintegración, me parecía inconcebible. Pero como siempre, el contrapeso de la imbecilidad estaba dispuesto en el otro lado para hacerle el caldo gordo al comunismo; fallé de nuevo en una posición entonces remota, bien sea por falta de información adecuada, o por poca habilidad para prever en toda su amplitud un hecho que, con mis experiencias previas de gobierno, me habría de parecer necesariamente increíble. Cuando, al final de la Primera Guerra Mundial, estuve en el Departamento de Guerra del Foreign Office, rodeado por ingleses, a veces de inteligencia limitada pero siempre capaces y honestos, nunca pude pensar que al cabo de unos pocos años el Foreign Office alimentaría a una caterva de espías y traidores que pondrían en peligro el mundo occidental, y todo porque los gobernantes

responsables que tenían a su cargo el departamento fueran incapaces de ver lo que estaba ocurriendo ante sus propias narices, a pesar de que había un cúmulo de síntomas alarmantes. No pertenecí a los partidos cuyos secretarios del Foreign Office promovieron semejantes hombres ni a la sociedad decadente que los nutrió y protegió, y me resulta imposible imaginarme a mí mismo responsable de un departamento en el que pudieran ocurrir semejantes cosas sin mi conocimiento.

Mi sugerencia original de asegurar esferas naturales de influencia a los tres bloques de potencias para llegar a un equilibrio realista consistía en ligar Norteamérica con Sudamérica; Europa, territorios nacionales y de ultramar, con África; y las potencias comunistas con Asia ²²⁴. Este lógico acuerdo se complicó con la división surgida en el campo soviético. Aunque esto es fundamentalmente un asunto de los comunistas, un país tan experimentado como Inglaterra nunca debería negar sus buenos oficios si así lo requirieran los intereses de la paz mundial y su propio bienestar. El que este inesperado desarrollo de los acontecimientos ofrezca perspectivas reales de que los pueblos de Rusia se vuelvan en cierto modo hacia Europa, a la que pertenecen, no es algo totalmente seguro, pero debe ser deseado ardientemente; el intento de promover este retorno es uno de los mayores méritos de la política francesa. ¿Será más fuerte al final el impulso de las afinidades seculares que el del credo político? ¿Es viable una síntesis de todas las políticas europeas, de modo que la construcción de una Europa unida abarque a todos los países de nuestro continente? Esto es algo que pertenece a las cuestiones vitales de la Historia, a esas cuestiones que desafiarán a los estadistas futuros.

Naturalmente, en la vida real las cosas no resultan tan sencillas como parecen al proponer unas lógicas divisiones políticas y geográficas. Habrá que salvar muchos obstáculos naturales e inevitables en esos claros acuerdos, muchas complicaciones. Por ejemplo, la mayor parte de Sudamérica estaría mucho mejor conectada con Europa que con Norteamérica, y el que no se haya ido más lejos en esa conexión ha sido el fruto exclusivo de la relativa impotencia europea, producto de su división. El proceso más deseable es que las dos civilizaciones confluyan en Sudamérica; que nos perdonen nuestros amigos americanos por una expresión tan práctica, pero lo ideal sería que allí se unieran el dinero de América y la cultura de Europa. Procuraríamos prestar juntos allí los desinteresados servicios que América ha presentado siempre como su objetivo a la hora de intervenir en Europa: la creación en Sudamérica de una nueva gran potencia unida a nosotros por lazos de parentesco, cultura y amistad secular.

De la misma manera, en cualquier orden mundial sensato, las esferas de influencia europea y soviética confluirían en los países árabes para realizar allí unas tareas constructivas. No existe razón alguna por la que deba rechazarse esta deseable relación, una vez se haya establecido firmemente la base de vivir y dejar vivir en nuestras respectivas esferas de influencia y quede ya como única alternativa a esta situación una guerra mundial completamente destructiva. Siempre he abogado porque se utilizara con los soviets un método dual de negociación privada ²²⁵ tanto tiempo como fuera necesario para resolver cualquier problema concreto, y de debate público si es que se llegaba a un punto de desacuerdo total. El debate público tiene sus ventajas incluso en la diplomacia, y particularmente cuando se está negociando con los soviets. Ellos son muy sensible al hecho de que se pueda presentar una mala imagen de ellos ante la opinión mundial, porque confían, para el progreso de su causa, en la actividad de sus partidos comunistas en todos los países del mundo, ahora que ha habido que descartar el uso de la fuerza con la llegada de las armas nucleares. Cuando se comporten de forma poco razonable — por ejemplo, en materias tales como el desarme — hay que mostrarlos en público como los obstrutores reales de la causa de la paz; entonces los partidos comunistas perderán posiciones en cada taberna, café o bistró de la política mundial y la causa del comunismo sufrirá un retroceso universal que los dirigentes soviéticos no desean bajo ningún concepto. El método consiste, pues, en llegar tan lejos como sea posible con ellos en privado, pero utilizar toda la presión de la opinión pública cuando no quede otro remedio. La razón real de que esta táctica no se haya utilizado más a menudo no es otra que el que los gobernantes occidentales no se consideran a sí mismo como muy adecuados para presentarse en un debate público, o que la diplomacia occidental teme que el fracaso público de cualquier negociación secreta pudiera resultar desastroso. Este temor data de los días en que una ruptura de negociaciones era normalmente el preludio de una guerra inevitable, pero este temor resulta absurdo en la época actual, cuando la guerra es muy improbable debido al temor que inspiran las armas nucleares.

Los soviets se han mostrado una y otra vez particularmente susceptibles a la opinión mundial y más hábiles que nadie a la hora de explotar los recursos de la propaganda. En los últimos años, han aprendido a escoger cuidadosamente el momento oportuno antes de cometer una atrocidad particularmente bestial. Hasta que en 1956 no se produjo una maniobra de diversión provocada por la inepta intervención del Gobierno británico en Suez, los soviets no cometieron su último crimen abierto y a gran escala en la salvaje represión a que sometieron al pueblo húngaro. Efectivamente, la atención del mundo se desvió desde la realidad de Budapest a la costosa tontería de Suez; una aventura que no respondía a los intereses reales de Inglaterra y por culpa de la cual Europa tuvo que asistir impasible al sacrificio de un pueblo heroico.

²²⁴ Discurso, 11 de diciembre de 1950.

²²⁵ Discurso, 24 de noviembre de 1956.

Suez no tenía para Inglaterra un interés tan grande que justificase una guerra; había dejado de ser la «línea vital del Imperio» desde el momento en que se había perdido el Imperio que había al otro extremo de la línea, y el Canal de Suez, en caso de guerra, podía ser cerrado en cuanto se quisiera sin más que utilizar una sola bomba nuclear de escasa potencia. A menudo, el pensamiento militar continúa prisionero de las condiciones definidas por el último genio creador en este campo. Bonaparte consideraba, correctamente en su tiempo, que el Medio Oriente era la llave del mundo, pero las armas nucleares pusieron fin a la época en que este pensamiento fue válido. Sin embargo, los estadistas británicos, cuyos antepasados cortaron el paso a Bonaparte en esta región, permanecen, paradójicamente, encerrados dentro del círculo de su pensamiento de la misma manera que un niño cuando juega se queda dentro de la línea trazada con tiza en el suelo. En tiempos de paz, el Canal está abierto, y en época de guerra con los árabes o con cualquier otro, puede cerrarse. En términos modernos, la solución del problema está en contar con una adecuada preparación de la ruta de El Cabo para cualquier contingencia, y en cultivar unas buenas relaciones con los árabes en tiempos normales. El Gobierno británico responde a esta realidad enfadándose con Sudáfrica y arrojando a los árabes en brazos de los soviets por sus sucesivas actuaciones en Suez y Aqaba. Yo me he opuesto a esta política en todo momento ²²⁶ y dije en relación con el asunto de Suez: no empezar; pero si tenemos que empezar, no detenernos.

Por ello, constituyó una auténtica tragedia el que se arrojaran por la borda los frutos de tantos años de victoriosos esfuerzos por parte de hombres como Lawrence y Glubb. Este inmenso fracaso es únicamente producto de la incapacidad para elaborar una política inteligente, de acuerdo con los intereses de Inglaterra y la realidad europea. En este punto, los gobernantes británicos no sólo se han demostrado incapaces de pensar como europeos, sino incluso de comportarse como ingleses modernos. En Europa: Fe y Proyectos (1958), siguiendo mi precepto de pensar, sentir y actuar como europeo, abordé el complejo mundo de este problema desde el punto de vista de un europeo. Declaraba que, en las circunstancias actuales, apoyar la posición francesa en Argelia era mucho más importante que perseguir a los fantasmas del pasado a través del Canal de Suez. Un acuerdo razonable respaldado por la fuerza de una Europa unida en el Norte de África nos hubiera permitido consolidar una saludable cabeza de puente en África ²²⁷, que es donde están las mayores posibilidades de todo el futuro europeo. La Historia sigue avanzando a pesar de todos los desastres y crea situaciones nuevas. Una Europa unida podría asegurar el petróleo y crear una cabeza de puente en África, siempre y cuando conservara unas relaciones amistosas con el mundo árabe; en lugar de eso, nuestra división y nuestra debilidad y después las querellas de Inglaterra con los árabes por cuestiones secundarias, han hecho que se pierda lo que era esencial para nosotros. Pero éstos son errores que pueden ser reparados. La amistad europea con los árabes será restaurada.

Si hubiésemos pensado y actuado como europeos, podríamos haber asegurado también la posición de Inglaterra en el seno de Europa. En aquel tiempo, el hecho de que Europa no acertara a unirse hizo que perdiéramos una oportunidad única, tanto de salvar a África de los acontecimientos posteriores como de promover la unión de Europa. Si se hubiese empleado en eso una pequeña fracción de la energía que se malgastó en la desastrosa locura de Suez, no sólo hubiéramos salvaguardado muchos de nuestros propios intereses y algunos de los de la humanidad en general, sino que hubiéramos forjado, en una común lealtad, los lazos de la comunidad europea. Nunca se hubieran dado, en ese caso, las divisiones y las acritudes del presente.

El no pensar, sentir y actuar como europeos nos ha traído grandes problemas y nos ha supuesto inmensas pérdidas. Los gobernantes de Europa no se han sentado nunca alrededor de una mesa para decidir juntos lo que había que hacer y lo que convenía a los intereses de Europa como un todo. Y, sin embargo, si hubiese existido el más mínimo sentido de lo que es el auténtico espíritu europeo, eso se podría haber hecho sin necesidad de lesionar esas soberanías nacionales tan celosamente preservadas. No había motivo alguno de rivalidad en el Medio Oriente, una vez se hubiera decidido entre todos dónde y cómo podríamos asegurar los suministros de petróleo para toda Europa; había mucho donde escoger, con aquella amplia gama de posibilidades que incluía regiones tan apartadas entre sí como el Sahara y el Canadá; lo único que faltaba era la voluntad de actuar en común. Salvo los suministros de petróleo, que en el peor de los casos, o posiblemente en el mejor, podían ser asegurados en cualquier otra parte, nuestro único interés en Oriente Medio era impedir una conflagración. Cuando escribí sobre esto en agosto de 1958, decía que el deber común a toda Europa era impedir la masacre o las persecuciones de millón y medio de judíos, si es que se presentaba esa contingencia, o de cualquier otra comunidad de cualquier pueblo que estuviera en circunstancias similares, siempre y cuando el problema se planteara dentro de la esfera de influencia de Europa, para impedir una catástrofe inhumana y peligrosa para la paz. Una vez más, la Historia se ha movido por sí sola y el riesgo se ha invertido; son los árabes los que aparecen ahora como las víctimas más probables. Pero esto no cambia nada, y deberían aplicarse los mismos principios. El método dual de la negociación secreta con la perspectiva latente de un debate público podría asegurar una vez más que los soviets se decidieran a llevar una política razonable, ya que

²²⁶ En septiembre de 1956 y en 15 de junio de 1967.

²²⁷ The European, junio de 1953.

no tienen ningún deseo de que se les coloque en la picota si se producen los acontecimientos cuya posibilidad persiste.

Una Europa unida hubiera podido salvaguardar la paz en esta zona o en cualquier otra que fuera vital para nuestros intereses, y un acuerdo razonable sobre los problemas más agudos se hubiera desprendido inevitablemente de la fuerza de la unión y la sabiduría de una Europa dueña de sí misma. De la misma manera, a la fragmentación escalonada de nuestras posesiones imperiales anteriores se podría haber opuesto una alternativa eficaz, una retirada ordenada o una permanencia firme en aquellos lugares que tuvieran para nosotros un interés vital. Una y otra vez, he pedido con ahínco a los europeos que decidieran juntos dónde les interesaba permanecer firmes, en lugar de contemplar con complacencia como desposeían al vecino, mientras se producía al mismo tiempo la propia caída. El mundo estaba a nuestros pies, pero falló la voluntad.

¿Se ha hecho siquiera un plan conjunto y seriamente estudiado con la potencia dominante, América, para una acción a largo plazo que permita cubrir todo el globo? ¿Se han sentado alguna vez europeos y americanos a la misma mesa para determinar mediante un plan coherente las posiciones que le interesaba conservar a cada cual y aquéllas de las que se podía prescindir? ¿Hemos ido alguna vez más allá de preguntarnos qué pensaban hacer los soviets para llegar allí los primeros a impedírselo? Nuestra actitud hacia la política de los soviets no ha sido más científica que la de la vieja mujer que se asoma a las escaleras y grita: «Niños, sea lo que sea lo que estáis haciendo, dejadlo inmediatamente». Estamos cayendo de nuevo en el viejo error de rodear a los enemigos fuertes en todos los frentes e intentar detenerlos cualquiera que sea la dirección en que intentan moverse: la fórmula más segura para provocar una explosión mundial.

Tomar Europa, dejar Asia. El poder de las guerrillas

Mi política ha estado muy clara en todo momento: Tomar Europa, dejar Asia ²²⁸. Descansa sobre la premisa, realista y simple, de que podemos mantenernos en Europa, pero no podemos mantenernos en Asia, por razones previstas desde hace mucho tiempo y que ahora los acontecimientos están a punto de demostrar que eran ciertas. ¿Debimos abandonar entonces la India? He aquí una pregunta que surge en seguida y que resulta muy amarga para cualquier inglés. Mi respuesta a ella es que no debíamos luchar por la India ni por cualquier otro país asiático, si es eso lo que significaba el no abandonarlo; sencillamente, no podemos luchar por todos ni en todas partes. Debemos tener muy claro dónde debemos intervenir con la fuerza de las armas y dónde no. En este sentido, la esfera de influencia que, en mi opinión, deberíamos defender es Europa, sus territorios de ultramar y sus vías de comunicación, los Dominios británicos, nuestros intereses vitales en África, y América para hacer honor a las garantías mutuas, si es que fuera atacada en su territorio nacional, y nada más.

Si nos enfrentamos a esta cuestión en términos realistas, el efecto práctico que tendría el dar a la India garantías para su defensa por la fuerza de las armas, sería correr un riesgo innecesario de guerra mundial. La invasión de la India por los ejércitos de Rusia o China es un acontecimiento muy improbable, pero si ocurriera, ¿estaría dispuesto el pueblo británico a hacer honor a la palabra dada a la India de defenderla, teniendo en cuenta que el único modo de poder hacerlo es la utilización de las armas nucleares? Tendríamos que enfrentarnos o con otra retirada humillante que nos desacreditaría ante todo el mundo o con una guerra nuclear a nivel mundial. Sin embargo, las potencias comunistas disponen de otros medios, mucho mejores que un acto de agresión militar abierta, para apoderarse de la India o de cualquier otro país asiático. ¿Para qué arriesgar el cuello trepando a un árbol para coger una manzana cuando ésta puede caer tranquilamente en tus manos? El método comunista en Asia consiste en utilizar una táctica en la que son viejos maestros, una combinación de agitación política con la violencia en las calles y las aldeas. ¿Podrían América o Inglaterra utilizar armas nucleares para derribar un gobierno comunista que saliera elegido en Delhi? Si no pueden hacerlo, deben de dejar de decir tanto contrasentido sobre garantías nucleares, y empezar a ayudar a los hindúes a desarrollar las técnicas políticas que les permitan enfrentarse con los comunistas y derrotarlos en su propio terreno. Nosotros hicimos eso, y lo podemos hacer de nuevo, en Europa, pero en Asia deben hacerlo los asiáticos; no las bombas europeas, sino la voluntad y la inteligencia de los asiáticos.

Únicamente ahora, Europa y América están empezando a darse cuenta de ello por el duro camino de chocar con los hechos más elementales de las luchas políticas modernas. Lo que se plantea ahora es, sobre todo, una batalla entre ideas; como ya apunté yo hace mucho tiempo, es imposible emprender una lucha eficaz sin disponer de una idea que la sustente. En *La Situación Europea* (1950) afirmaba yo que estos problemas serían decididos en el futuro, no por la acción de ejércitos regulares, sino por la lucha de las guerrillas políticas al servicio de una idea. Los hombres que ganaran la batalla serían mitad soldados mitad políticos, porque su objetivo fundamental tenía que ser ganarse el apoyo de la población civil. Saldrían de la oscuridad para golpear y retirarse inmediatamente al refugio de las sombras protectoras; las simpatías y el apoyo de la población civil asegurarían su victoria. Esto fue lo que ocurrió en una forma primitiva durante mi experiencia de la lucha guerrillera en Irlanda. Conservé ese recuerdo como una útil lección cuando años después abordé problemas

²²⁸ Discurso, 11 de diciembre de 1950.

más amplios. La resistencia de las guerrillas al poderío americano en Vietnam ha demostrado la eficacia de ese método a la hora de frustrar la acción de los ejércitos regulares, incluso cuando éstos cuentan con el apoyo de una fuerza aérea completamente dominante²²⁹. La tragedia americana actual prueba al máximo lo correcto del camino que vengo proponiendo desde 1950; ahora, para reparar el daño, debemos seguir luchando por una Europa unida, y mientras tanto, hacer todo lo que esté de nuestra parte por desembarazar a un amigo, con las menores pérdidas posibles, de una situación en la que nunca debería haberse metido.

Parálisis nuclear

La nueva técnica de las guerrillas, capaz de burlar hasta el aplastante poder de América, era fácilmente previsible, y fue descrita con detalle en mi Situación Europea (1950). Y puede ser y será aplicada con todavía mayor eficacia en zonas cada vez más amplias, si continuamos confiando únicamente en la tradición militar ortodoxa. El soldado solo es ya insuficiente, debe ir precedido y acompañado por una idea política y por aquellos calificados para su utilización. Ha llegado el día de los hombres mitad soldados, mitad políticos. Este hecho, en lo que se refiere a la guerra de la jungla, empieza a ser comprendido como resultado de la experiencia americana en Vietnam. Pero hay otro hecho, quizá aún más importante, que no parece haya captado nadie todavía: la guerra de guerrillas urbana puede ser decisiva en una guerra futura entre grandes potencias o entre potencias menos grandes. El soldado político, que se ha ganado el apoyo de la población civil y que está armado con las nuevas armas ligeras que proporcionará la ciencia, puede derrotar a los más poderosos ejércitos dotados de armas nucleares que no pueden ser utilizadas contra un enemigo entremezclado en la vida normal de la ciudad. Y entonces nos encontraremos con toda seguridad con que, para ganar una guerra que es básicamente una guerra de ideas, hay que disponer primero de una idea. Esta tesis fundamental de La Situación Europea está desarrollada en el contexto de una situación general que yo describía como la era de los gigantes parálisis, habida cuenta de que el terror a las armas nucleares sería tan grande que descartaría completamente la posibilidad de una guerra a gran escala.

Escribí: «Se ha dicho con frecuencia que las guerras acabarían porque se volverían demasiado peligrosas. Sin embargo, nunca se ha cumplido esta profecía. Sería una ilusión optimista pensar que ahora pueda ser cierta. Pero es posible, e incluso probable, que se hayan acabado por esta razón las guerras al viejo estilo. ¿Qué Estado declarará la guerra, o atacará y destruirá a otro Estado, si está seguro de que también será destruido? Es muy improbable que tenga lugar una lucha en la que los dos contendientes están seguros de que morirán. ¿Ha llegado el mundo a este punto? Todo parece indicar que sí. Parece ser que cualquier Estado que cuente con los medios necesarios para producir un número suficiente de bombas de hidrógeno y asegurar que lleguen a los puntos de destino, tiene hoy poder suficiente para destruir cualquier concentración industrial y hasta cualquier aglomeración humana. La protección que proporcionaban los grandes espacios y la capacidad de dispersión de objetivos empieza a desaparecer ante tales armas. La vida de cualquier Estado moderno, o incluso de cualquier comunidad de cierto tamaño, se hace imposible bajo un ataque de este tipo.

»Por otra parte, ¿constituyen esas armas un estímulo para desencadenar semejante ataque? Por el contrario, un arma capaz de destruirlo todo puede servir para impedir las guerras, pero nunca para ganarlas. El atacante puede destruir a su enemigo, pero se arriesga a que el contragolpe le destruya a él. En la actualidad, ésta es la única solución, no muy buena, pero eficaz. Los soviets, aun en el caso de que pudieran conseguirlas, no podrían imponer el comunismo al resto del mundo con esas armas. Lo único que podrían hacer sería convertir al resto del mundo en un desierto. Es por esto que las guerras entre Estados al viejo estilo están tocando a su fin. Ningún bloque de grandes potencias se arriesgará a nada semejante porque eso significaría la muerte de todos. Hemos llegado a la época de los gigantes paralizados.»

Tres años y medio después de que yo publicara estas ideas, Sir Winston Churchill dijo el 3 de noviembre de 1953 en la Cámara de los Comunes:

«Puede ser que el carácter aniquilador de las nuevas armas lleve a la humanidad a una seguridad que antes era extremadamente imprevisible. Cuando el progreso de las armas destructivas incapacite a cualquiera para matar a su oponente, es posible que nadie sienta deseos de matar a nadie». Tres años después, el 21 de mayo de 1956, Mr. Walter Lippmann escribía en el New York Herald Tribune: «Gracias al genio de Churchill, el Oeste va por delante de los soviets en la comprensión de las consecuencias políticas de la segunda revolución militar: la de la bomba de hidrógeno. Esta segunda revolución nos ha llevado al reconocimiento, en la Conferencia cumbre de Ginebra, de que las grandes potencias nucleares han hecho tablas en el terreno militar y que ya no pueden considerar la guerra como un instrumento al servicio de su política».

¿Cuánto no se podría haber salvado si estos hechos se hubieran reconocido antes?

²²⁹ «El enemigo puede llegar en cualquier momento y por cualquier sitio... Hay algo de amarga verdad en esa imagen de un tigre intentando cazar a un mosquito... fase dos: guerra de guerrillas», Henry Brandon, en el Sunday Times del 22 de octubre de 1967.
«El gigante americano es trágicamente impotente — a pesar de sus esfuerzos — para vencer en la guerra de guerrillas, excepto al precio de una destrucción que no tiene sentido», Peregrine Worsthorne, en el Sunday Telegraph del 25 de febrero de 1968.

Inglaterra no debería pasearse por el Extremo Oriente dando garantías nucleares o evasivas equívocas, sino estableciendo una clara delimitación de sus propias posiciones y propugnando políticas constructivas destinadas a asegurar un nuevo equilibrio. China es una realidad en el Extremo Oriente y su esfera natural de influencia está entre los pueblos afines del Sudeste asiático. De lo que se trata es de impedir tener que ir a cualquier parte con la fuerza de las armas por delante; la idea del comunismo estaría siempre dispuesta a competir con una mejor y más fuerte idea. Una vez establecidas las esferas de influencia y mantenidas, si fuera necesario, por la fuerza de las armas, el futuro podría decidirse mediante una batalla de ideas respaldadas por el éxito o debilitadas por el fracaso de los distintos sistemas políticos imperantes en las respectivas esferas de influencia. Y que gane el mejor.

El contrapeso de China. La no proliferación

Allí donde sea necesario utilizar la fuerza para combatir una agresión, ésta debe constituir una eficaz acción natural para la región en cuestión, pero nunca la intervención remota de un país extraño. Los problemas de Asia deben ser resueltos por los asiáticos, y la influencia europea o americana debe quedar restringida a impulsar el desarrollo mediante una prudente política de ayuda. El contrapeso natural para la influencia de China en Asia sería una acción combinada de la India y el Japón. La energía y la habilidad ejecutiva del Japón sería una gran ayuda para la India, y el potencial mercado indio constituiría un auténtico reto y una buena salida para la capacidad industrial del Japón. Toda la influencia de la diplomacia occidental debería ir destinada a promover este desarrollo. En lugar de marcar el paso al son de las trompetas de la moralidad occidental, cosa que acaba frecuentemente con la patética estampa de una retirada precipitada, deberíamos esforzarnos por encontrar alguna solución práctica que descansara sobre unas bases regionales perdurables, mantenidas e inspiradas por ideas asiáticas.

Una esfera de economía común y defensa mutua podría rodear pacíficamente, salvo en el caso de un peligro real, la China y el Sudeste de Asia, desde el Japón a la India. Se podría incluir también en esta circunferencia muchas de las islas del Pacífico y tierras intermedias, sin lesionar en lo más mínimo los legítimos intereses de China en el continente asiático y sin ningún choque, a menos que ese país quisiera desbordar su propia esfera de influencia por la fuerza de las armas. Una combinación del Japón con Filipinas, Indonesia y Malasia, podría proporcionar un mercado con una población casi tan numerosa como la del Mercado Común europeo, y la ulterior conexión, con esos propósitos, de la India le daría al conjunto una población de las dimensiones de las de China. Si la posibilidad de una conexión hindú-japonesa se demostrase posible, la atracción de este vasto marco económico y su poder potencial podría inducir a Pakistán a resolver sus diferencias con la India y unirse a este conjunto como alternativa a un alineamiento en el mundo musulmán. Hasta que se pudiera asegurar el desarme occidental, las potencias occidentales deberían, desde luego, tomar en consideración cualquier propuesta de la combinación India-Japón para adquirir armas nucleares. La no proliferación de armas nucleares podría pasar de unas discusiones estériles a cierto resultado concreto si, sobre las bases de un arreglo general en la cuestión de las esferas de influencia, la posesión de esas armas quedara confinada a un bloque de cinco potencias: América, Europa, Rusia, China y Japón-India. En mi opinión, es preferible un acuerdo de esta naturaleza a las garantías que dan ahora las potencias occidentales, y de las que el Este siempre puede sospechar que no serán cumplidas, cosa que puede conducir a una guerra mundial si esa sospecha se convierte en firme creencia. Existen muchas posibilidades fascinantes para una diplomacia dinámica que busque una paz realista en lugar de posturas morales que enmascaren la imposición de sistemas extraños.

Una vez establecido el principio de que la intervención en Asia por la fuerza de las armas no nos interesa y acaba inevitablemente en frustraciones que cuestan mucha sangre y dinero, está claro que deberíamos utilizar nuestra influencia para asegurar la paz, pero no dando unas garantías que podrían embarcarnos en una nueva guerra. Los asiáticos deben asumir sus propias responsabilidades, y esto sólo es posible a base de que vayan desarrollando sus propias civilizaciones. Nuestra tarea es defender Australia, pero no el Sudeste de Asia.

Australia y los Dominios

Existe una teoría muy extendida que afirma que sólo es posible defender Australia manteniéndose en el Sudeste de Asia, y que, en cualquier caso, nuestro sistema económico necesita los suministros procedentes de aquella región. En lo que se refiere al aspecto económico de la cuestión, no se de ningún material procedente del Sudeste de Asia que no pueda obtenerse en África, y no veo ninguna razón por la que tengamos que correr el riesgo de una guerra para hacernos con cosas que pueden ser obtenidas en el seno de nuestra esfera de influencia natural. La otra cuestión, de si Australia puede ser defendida sin contar con bases en el Sudeste asiático, es todavía más fácil de rebatir. El lugar más adecuado para defender Australia es la propia Australia ²³⁰.

²³⁰ El autor abogaba por esta medida el 15 de marzo de 1965. Dos años y medio más tarde, Mr. Walter Lippmann le siguió al sugerir una retirada a Australia en el New York Herald Tribune del 23 de octubre de 1967.

Si las armas nucleares están siempre listas para actuar, ninguna fuerza de Asia está en condiciones de atravesar el mar e invadir Australia enfrentándose a semejante potencia de fuego. Hacer eso, sería realmente una empresa desesperada y condenada al fracaso de antemano.

El reforzamiento de nuestra posición mediante submarinos nucleares con base en Australia es, desde luego, deseable, pero resulta muy dudoso que necesitemos ningún despliegue de bases permanentes delante de Australia. Teniendo en cuenta que el único riesgo serio de ataque vendría a partir de armas nucleares, es preferible tener las bases dispersas en una gran masa casi continental, que concentradas en pequeñas islas situadas además en la zona de dominio de los atacantes; sin embargo, serían necesarias, para hacer posibles los suministros, bases establecidas en territorios a mitad de camino entre Inglaterra y Australia.

Es muy importante que entre Europa y Sudáfrica exista una amistad estrecha, o al menos unos acuerdos claros, en orden al establecimiento de toda una red de defensa entre ese país y Australia. Ahora que la locura de los políticos ha abierto toda el área de Suez a la influencia del comunismo, toda comunicación entre nosotros y la India-Océano Pacífico depende de Sudáfrica, y la prudencia de aquellos que supieron prever que los acontecimientos se desarrollarían en este sentido ha quedado justificada al máximo. Existen muchas más cuestiones de detalle, pero no vamos a perdernos en ellas. Sólo me resta lanzar el reto de que se dé una clara alternativa a mi afirmación de que la forma más adecuada de defender Australia es hacerlo desde Australia.

Mientras hemos estado continuamente arriesgando vidas y gastando dinero en regiones remotas, lejos de nuestros intereses reales, hemos descuidado, en cambio, la tarea de establecer acuerdos que nos permitieran defender los Dominios. Los motivos para ello son, una vez más, que una empresa tan considerable como la defensa de esos grandes países está por encima de la fuerza individual de Inglaterra, que ahora es un país relativamente aislado y pequeño. Todavía resulta posible adoptar posturas grandilocuentes y sin sentido en posiciones menos importantes para satisfacer la nostalgia de la tradición imperial, posiciones que han dejado de tener interés, pero cuya defensa no requiere excesivos esfuerzos. Sin embargo, la pesada carga de defender Australia o Canadá es demasiado grande para nosotros, a no ser que contemos con la ayuda de nuestros compañeros europeos. Al mismo tiempo, nuestras inhibiciones morales han estimulado a los sudafricanos a reemplazar nuestra ayuda por su propia fuerza. Inglaterra, que rechazó en su día la potencia de una comunidad europea unida, ha quedado así reducida a la impotencia y tiene que limitarse a esperar que América se encargue de la defensa de nuestros propios Dominios, con el inevitable resultado de su absorción por el sistema americano.

La tarea de volver a reunir los Dominios con Inglaterra requiere una gran política. La economía es la base de todo, y nosotros no tenemos ahora ni el capital para desarrollar adecuadamente los Dominios ni los mercados necesarios para que ese desarrollo tenga sentido. De nuevo, la realidad de los hechos nos empuja al seno de una Europa unida. El matrimonio de Inglaterra y sus Dominios con Europa tendría, por otra parte, enormes ventajas para la Europa futura. La Gran Europa es hoy el mercado natural de los Dominios, y los Dominios son el espacio vital natural de la Europa del mañana. Una vez más, llegará la objeción miope: el problema que ya hay en Europa es el exceso de productos alimenticios, y cualquier unión completa de los Dominios con Europa añadiría exceso sobre exceso y crearía la peor de todas las confusiones. Esto, por supuesto, es completamente cierto si continuamos hablando en el marco de las políticas mezquinas, pero deja de serlo en cuanto nos movemos en la perspectiva de los grandes objetivos. Si somos capaces de apuntar nuestras flechas hacia un blanco más grande y más lejano, podremos convertir lo que hoy es un problema económico en una enorme ventaja política. No hay razón alguna por la que Europa no pueda aguantar, en un presupuesto combinado, la carga, perfectamente soportable, de un gran superávit de productos alimenticios creados deliberadamente por una producción máxima tanto en Europa como en los Dominios. Este superávit podría ser utilizado de forma que sirviese para ejercer la caridad y, al mismo tiempo, se convirtiera en una formidable arma política. Hablamos mucho de alimentar al hambriento; de este modo podríamos hacerlo. Una política semejante proporcionaría a Europa y a los Dominios las indestructibles raíces de una riqueza basada en una próspera agricultura, haría surgir una nueva esperanza para los hambrientos de todo el mundo y armaría a Europa con los medios de ejercer una influencia tan grande en las políticas de Asia y África que el credo y las intrigas del comunismo serían borrados del mapa. Por las razones ya apuntadas, yo sería partidario de que se incluyera también en estos acuerdos a los territorios del Sudeste de África bajo dominio europeo. Cuando Inglaterra se decidiera al fin a emprender una gran política, yo le pediría a la reina de Inglaterra que fuera, junto con el presidente de Francia, a invitar al Canadá a ingresar en la comunidad europea. Insisto en que Europa sólo puede construirse a base de grandes medidas, única forma de hacer cualquier cosa verdaderamente grande.

Fronteras, armamento y tierras perdidas

Un cúmulo de problemas relativamente secundarios enredarán siempre a Europa y obstaculizarán su desarrollo hasta que podamos enfrentarnos juntos a ellos en el seno de una nación europea. Ni por un momento me he engañado nunca a mí mismo pensando que Europa podría emprender su resolución sin que hubieran

fracasado antes todas las políticas mezquinas, pero hoy hay ya muchos síntomas que indican que puede llegarse a este punto bastante antes de lo que nos figuramos. La humanidad sólo se somete a sí misma a un duro esfuerzo en caso de necesidad, y hasta entonces se contenta siempre con tumbarse a la sombra de cualquier acuerdo que pueda solucionar aparentemente los problemas más acuciantes del momento. En la época actual, el factor decisivo en la construcción de Europa será el económico, porque nada, salvo una comunidad europea con su propio Gobierno, podrá ser capaz de resolver definitivamente los inminentes problemas económicos.

Existen otras cuestiones que amenazan la armonía de Europa y que forzarán a la misma salida incluso antes de que los problemas económicos se agudicen. No existe acuerdo posible y aceptable sobre el problema de las fronteras en el seno de Europa, salvo el que esas fronteras dejen de existir. Mientras las banderías de los viejos Estados nacionales sigan existiendo, ellos continuarán disputando entre sí con acritud creciente; y esto sólo puede desaparecer en el seno de Europa una Nación. Las cuestiones más importantes de la política económica, la defensa mutua y la política exterior, deberían ser tareas de un Gobierno europeo, sujeto al control de un Parlamento europeo. Los recuerdos que entorpecen el progreso, las animosidades y rivalidades, desaparecerían entonces gradualmente. Aquellas cuestiones directamente relacionadas con la vida cotidiana serían resueltas por los Parlamentos regionales. En este sentido, es necesaria una descentralización que se extienda por toda Europa, y nosotros haríamos bien en empezar con Escocia y Gales. El diálogo del Gobierno central con los Gobiernos regionales, y de ambos con el pueblo, debería ser frecuente y sistemático. Hace mucho tiempo que sugerí: «El Gobierno debe saber en todo momento qué piensa el pueblo, y el pueblo debe saber en todo momento qué está haciendo el Gobierno».

¿Tropezaremos de nuevo en este punto con la falacia tan extendida de que perderíamos nuestras culturas y nuestras individualidades nacionales? Las uniones anteriores de pueblos en el seno de los Estados nacionales actualmente existentes en Europa no convirtió a los ingleses en escoceses, ni a los bávaros en prusianos, ni a los normandos en marseleses, ni a los sicilianos en lombardos. Muy al contrario, toda la evidencia actual indica que la única manera de evitar una amalgama universal en la coctelera de una civilización americana o soviética es construir una Europa tan fuerte que tenga el poder y la voluntad suficientes para salvaguardar y conservar sus vitales, preciosas e individuales tradiciones.

No sólo las cuestiones fronterizas entre los distintos pueblos de Europa se muestran insolubles hasta que Europa una Nación sea una realidad, sino que además nos encontraremos también con que las naciones que poseen una larga tradición militar no aceptarán eternamente la posición de potencias de segunda fila. El problema de las armas nucleares dentro de Europa no podrá ser resuelto hasta que nos mezclemos tanto que resulte imposible utilizarlas los unos contra los otros, y esto supone de nuevo la existencia de un Gobierno común en el seno de Europa una Nación. De otra manera, la fricción entre las potencias dirigentes de Europa sobre la cuestión del armamento continuará creciendo hasta que pueda llegarse a un desarme universal; un ideal que, desgraciadamente, está todavía muy lejos.

Estrechamente relacionada con los problemas de fronteras y armamento está la cuestión vital de la devolución a Europa de las tierras perdidas. Los principales factores que han impedido llegar a una solución de este problema han sido las cuestiones fronterizas entre esas naciones y el miedo que inspira una Alemania armada. La única solución es, por tanto, acabar de una vez con las fronteras y fundir totalmente la fuerza militar alemana en el seno de la Europa unida: una vez más, Europa una Nación. No habrá paz ni reposo en Europa hasta que se consiga la reunificación de Alemania y sean liberadas las otras tierras europeas perdidas. El problema sólo podrá resolverse si se han resuelto antes de forma realista las cuestiones fronterizas y los problemas que plantea el rearme. Durante la época de Krushev ²³¹, los rusos han ofrecido en catorce ocasiones distintas retirarse de Europa si América hacía lo mismo. Estos ofrecimientos fueron ignorados porque las pequeñas y divididas potencias europeas temían vivir frente a Rusia sin la protección de las fuerzas americanas de ocupación. El miedo fue el que engendró tanto la dependencia militar como la posterior servidumbre económica. En aquellos años, yo presioné una y otra vez porque se tomasen seriamente en consideración esas ofertas, junto con la política correspondiente, única capaz de transformar las posibilidades en realizaciones. Europa una Nación es la única posibilidad de recuperar las tierras perdidas, porque sólo ella puede eliminar eventualmente tanto los temores europeos como los rusos, mediante la combinación de la fuerza de Europa con la acción prudente y conciliadora de su diplomacia. A ello se unirá la imposibilidad física de un ataque individual alemán contra Rusia y las garantías más firmes de que no se montarán instalaciones militares en las tierras liberadas.

Balanza de pagos en Europa

Esas tres cuestiones, la de las fronteras, la del armamento y la de las tierras perdidas, tienen un arreglo muy difícil — por no decir que son insolubles — sin la plena constitución de una comunidad europea y un gobierno europeo. Pero es que los problemas económicos del momento actual presentan una dificultad todavía mayor, como ya empieza a ponerse de manifiesto. La niebla del debate económico es traspasada ahora por un

²³¹ Noviembre de 1956-septiembre de 1960.

hecho perfectamente claro, sobre el que he estado llamando la atención durante años, pero que ha sido siempre ignorado tan firme y cortésmente como la presencia del demonio en el Sancta Sanctorum. Este hecho es realmente tonto de puro simple: es imposible que todos tengan al mismo tiempo una balanza de pagos favorable. Es imposible que todas las naciones vendan más de lo que compran; este hecho tan sencillo está incluso al alcance de las entendederas de un niño de la escuela primaria, pero el evitar su estudio en los debates económicos normales constituye la raíz de nuestras dificultades a la hora de encontrar una solución. Hoy una nación, mañana otra, todas llegan a tener problemas en este sentido, porque no todas pueden disfrutar al mismo tiempo de las bondades del sistema, no todas pueden tener al mismo tiempo una balanza de pagos favorable. A intervalos regulares, todos los países se ven obligados a restringir créditos, a devaluar, a forzar una depresión para ponerse a sí mismo en condiciones de tener de nuevo un saldo favorable en sus cuentas exteriores. Esto supone, a su vez, que los países en cuestión empiezan a vender más que los otros en los mercados mundiales, y que, en consecuencia, empujan a algún otro país a una situación deficitaria que le obligará a adoptar medidas similares. Los distintos países sólo pueden conseguir un comercio exterior favorable a base de subirse a las espaldas de otros países y, mediante una competición victoriosa, sumergirlos en las profundas aguas del déficit de una balanza comercial adversa. A su vez, estos países inician un proceso de deflación y aceptan una depresión artificial en orden a recuperar su solvencia a costa de los otros. Esta es una simplificación extrema de este problema económico, pero es muy útil para poner de manifiesto los motivos reales, cosa que nos permite avanzar hacia la raíz del problema, que no podrá ser solucionado hasta que no se superen los estrechos nacionalismos.

El ingreso de Inglaterra en el Mercado Común no resolverá el problema de nuestra balanza de pagos, y este mismo problema tampoco lo resolverán otros países hasta que no se llegue a una comunidad europea tan integrada como lo están las de cada uno de los respectivos países miembros. No se trata de que Inglaterra tenga una balanza de pagos deficitaria y, en cambio, Francia y Alemania disfruten de un gran superávit, o viceversa. De lo que se trata es de que una firma de Manchester pueda o no competir con éxito con firmas similares de Lyon o Hamburgo. No tendremos, en el seno de una Europa unida, más problemas de balanza de pagos que los que pueda haber hoy entre el Yorkshire y el Lancashire. Es evidente además que una moneda común seguirá inevitablemente a un acuerdo de este tipo. Hasta que Europa no esté plenamente integrada seguiremos tropezando con estos problemas y nos encontraremos incapaces de resolverlos, lo cual provocará una fricción continua y creciente que provocará una crisis todavía más grave.

Naturalmente, el sueño de los banqueros es teóricamente posible, siempre y cuando todos los países acepten la dictadura de las finanzas internacionales y procuren mantener su comercio en unos límites que equilibren su propia balanza y la de los demás, con lo que sólo se producirían déficits coyunturales, cuyos efectos serían amortiguados por los bancos, hasta que se hubiera corregido la situación mediante la deflación compulsiva. En ese mundo completamente racional, que sólo existe en la imaginación de los banqueros, la zanahoria del préstamo y el garrote de las restricciones hereditarias bastarían para mantener juntos a todos los trotones de una forma tan ordenada como provechosa. El único problema es que el mundo no es así de racional, y menos hoy. La consumación de la industrialización occidental y la voluntad de otros países de imitar el proceso junto con sus éxitos y fracasos, el desarrollo de la ciencia con su enorme potencial productivo, y el deseo de cada cual de cortar el trozo más grande del pastel, ha descartado toda esperanza de volver al sistema bancario del pasado siglo. Este sistema descansaba sobre la base de una pobreza económica, muy fácil de controlar, pero que no puede ser más diferente de la plenitud económica de hoy, que sugiere ya al industrial y al obrero la posibilidad de liberarse del control del banquero en un sistema de productores. Los banqueros descubrirán seguramente su papel en la rentable organización de las enormes nuevas empresas propias de un científico sistema de productores. Por otra parte, al tiempo que se encuentran cada vez más lejos de poder resolver a todos los países simultáneamente el problema de la balanza de pagos, han sido además incapaces de elaborar un plan que asegure la liquidez internacional, una de sus misiones fundamentales; son posibles varias soluciones, pero siempre ha faltado la voluntad de emprender una política sistemática.

El problema de la liquidez internacional, y sus posibles soluciones, tan laboriosamente debatido ahora, se convertirá en el futuro en una cuestión sin importancia. Es muy conveniente que se resuelvan estas dificultades cuanto antes, pero el efecto de un posible éxito en este terreno quedaría completamente ahogado en el mar de problemas mucho más graves que ni siquiera se han abordado. En los años treinta, Roosevelt resolvió temporalmente el problema de la liquidez a base de duplicar el precio del oro, pero los efectos de esta medida se agotaron al cabo de tres o cuatro años, exactamente por las mismas razones que obligaron a adoptarla. En 1949, Sir Staf-ford Cripps resolvió coyunturalmente el problema de la balanza de pagos mediante una devaluación del 30 por ciento del valor de la libra, seguida de una austera restricción de créditos en orden a impedir, o al menos retardar, una desmesurada alza en los precios internacionales, pero, a su debido tiempo, el problema, tratado con una medicina que no era tal para él, volvió y con características más graves; y retornará aún más rápidamente tras la devaluación del 14 por ciento que se llevó a cabo en 1967. Hay una serie de problemas fundamentales, sobre los que he estado llamando la atención desde hace mucho tiempo, que vuelven siempre agudizados, una vez que han pasado los efectos artificiales de la guerra o el boom armamentista. Antes de que entremos en el estudio de esos grandes problemas y de las soluciones que he

propuesto, es conveniente que examinemos brevemente las políticas por las que Europa ha de sufrir hoy en forma más aguda unos problemas que ya eran bastante agudos de por sí.

Explotación de la mano de obra barata

Nosotros, los ingleses, podemos sacar amargas experiencias de nuestro pasado para prevenir a toda Europa contra los errores que se están cometiendo ahora. No es una cuestión teórica, sino una evidente realidad el hecho de que las principales industrias de Inglaterra se arruinaron durante los años veinte y treinta por culpa de la explotación de mano de obra barata que se llevaba a cabo en otros países, lo cual permitió una competencia desigual que no sólo nos desplazó de los mercados mundiales sino que introdujo esos bienes en nuestro propio mercado. La experiencia de la industria del algodón del Lancashire y de la industria de la lana del Yorkshire es buena prueba de lo que ocurre cuando los países avanzados exportan maquinaria a países donde los financieros pueden explotar a los obreros pagando unos salarios muy bajos que les permiten una competencia desastrosa para los antiguos países exportadores. La competencia incontrolada que un capitalismo voraz y anárquico desarrolló en el seno del Imperio desde la India a Hong Kong, sin contar China y Japón, fue el responsable fundamental de la ruina de las principales industrias británicas. Y éste fue sólo su efecto primario, porque además la inmisericorde brutalidad de la explotación que practicaron tuvo como efecto secundario arrojar a China en brazos del comunismo.

Inglaterra fue salvada de todas las consecuencias de estos errores, contra lo que yo creía en aquel tiempo, no por la prudencia de sus estadistas, sino por el genio de la ciencia. La diversificación de las industrias, producto de las nuevas invenciones de la ciencia, nos salvó en el terreno económico de la misma manera que el desarrollo de las armas nucleares nos ha salvado en el terreno militar. Pero nadie podía prever esta eventualidad en aquella época; la tarea fundamental del estadista es tratar los hechos tal como son, y no poner en peligro el destino de los grandes pueblos a base de confiar en la posibilidad o la fortuna de que otras personas inventen algo. Nuestros científicos y técnicos están singularmente dotados y podemos confiar plenamente en que ellos nos mantendrán en una posición de vanguardia entre las naciones, pero, naturalmente, siempre y cuando no los tratemos tan mal que se tengan que ir fuera. Ahora bien, lo que no podemos hacer es confiar en que en todo momento y en todos los terrenos su talento arrojará en el momento preciso una tabla de salvación a los políticos que se han caído al mar por culpa de sus propias tonterías.

Las lecciones de esta experiencia deben ser tenidas en cuenta no sólo por Inglaterra, sino por toda Europa, que ahora parece muy ocupada en incluir dentro de su propia comunidad las mismas posibilidades de explotación de mano de obra barata por parte de los financieros, que se lanzan a una feroz competencia interna en muchas de las industrias relativamente nuevas que se han desarrollado recientemente. Esta tendencia ha ido madurando lentamente en las particulares circunstancias que se presentaron después de la guerra. Esto ha sido debido a que los financieros han estado entretenidos con múltiples y provechosas oportunidades del tipo de las que permitieron en otros tiempos hacer vastas fortunas en el Este a expensas del Oeste; África sigue siendo todavía una gran oportunidad para ellos y se lanzarán indudablemente a explotarla si no se hace algo para evitarlo.

Continúa siendo válido mi pronóstico, basado en mis primeras observaciones de Pittsburgh y Detroit, sobre las tres fases del desarrollo industrial, que yo consideré inevitables, siempre y cuando se conserven las condiciones mundiales de libre e intensa competencia. Hemos pasado ya del período de economía clásica en que era seguro que los trabajadores cualificados derrotarían en cualquier competición a los no cualificados. Ahora avanzamos por el período de la industria racionalizada y los procesos mecánicos simplificados que permitieron a la India desplazar al Lancashire en el mercado mundial de los productos de algodón. Hace mucho tiempo que observé en Detroit como las tareas elementales que tenían que realizar los individuos en las cadenas de producción asegurarían la victoria del trabajador no cualificado, incluso en la industria del motor. Estamos en la fase de la industria racionalizada que se alimenta fundamentalmente de la explotación de la mano de obra barata africana bajo la supervisión de un número relativamente escaso de verificadores blancos, y esto llegará inevitablemente si no se hace algo para evitarlo, ya que resultará enormemente rentable.

La tercera fase, sugerida por mí hace largo tiempo tras observar ciertas tendencias que se empezaban a manifestar entonces en Pittsburgh, se alcanzará en general mucho más adelante: cuando se desarrolle suficientemente un tipo de maquinaria casi completamente automática que funcione sólo por el trabajo de unos pocos obreros extraordinariamente cualificados, o incluso sólo mediante su supervisión. En este momento, volverá a triunfar el trabajador cualificado, y el mundo tendrá que enfrentarse con un problema de dimensiones gigantescas, si en el intervalo de tiempo transcurrido, millones de africanos han sido lanzados a las factorías desde su tierra natal y son arrojados entonces a la calle porque su explotación ha dejado de ser rentable. Eso parece demasiado lejano, demasiado fantástico, será seguramente lo que me responderán; y una vez más he de decir que ya hemos sufrido bastante precisamente por no haber sabido mirar hacia delante, y que lo peor está aún por llegar.

África y Sudáfrica

Mi aproximación a la cuestión de África se basa en un punto de vista económico y social y no desde una óptica racista. En realidad, el racismo no tiene nada que ver con todo el asunto. Siempre he sido contrario a la explotación del viejo colonialismo, a que un pueblo oprimiera a otro por razones de supuesta superioridad de uno o inferioridad del otro, ésta es la única definición racional de racismo, al cual soy completamente contrario.

El actual contrasentido, llamado racismo, no tiene nada que ver con los graves problemas de África, que son económicos y sociales. Si en la misma comunidad económica se mezclan pueblos que se encuentran en etapas completamente diferentes de su desarrollo, se llegará inevitablemente a la explotación económica con efectos desastrosos tanto para el pueblo avanzado como para el retrasado, y se producirán graves problemas sociales y amargos resentimientos. Posiblemente puedo reclamar el mérito de haber previsto lo que iba a venir y haber propuesto en 1948 una política que hubiese resuelto esas dificultades, cuando todavía no eran tan evidentes. A aquello se le llamó las proposiciones Mosley-Pirow, porque mi colaborador fue lo bastante generoso para darle ese nombre, aunque él tenía mucho más conocimiento que yo del asunto e hizo casi todo el trabajo. Oswald Pirow era en aquella época un distinguido miembro del foro sudafricano; anteriormente, en 1939, había sido ministro de Defensa y había ocupado varios puestos en el Gobierno de Sudáfrica, pero dimitió cuando estalló la guerra, debido a que era de origen alemán. Tenía un brillante intelecto y un carácter firme; su prematura muerte fue una gran pérdida para su país y para todo el pensamiento europeo.

En principio, aquellas propuestas dividían África en Gobiernos blancos y Gobiernos negros. Lo que posteriormente se desarrolló en medio de una gran confusión, de derramamientos de sangre, caos y atrocidades, era sugerido allí mediante un plan claro, ordenado y pacífico. Según esta política, los Gobiernos negros recibían aproximadamente los dos tercios de los territorios africanos situados al sur del Sahara, y el resto era conservado firmemente para Gobiernos blancos que se asentaban allí donde las poblaciones de origen europeo hubieran echado ya hondos raíces. En este plan, Rhodesia estaba incluida, naturalmente, dentro de los territorios bajo Gobierno blanco, y el peligro de un choque con un pueblo de origen inglés se habría eliminado por completo mediante este plan coherente que daba un trato justo a todos.

La base de toda esta política estaba en el hecho de que África es un continente vacío, con una densidad de población de veinte habitantes por milla cuadrada frente a los doscientos de Europa y en la consideración de que nuestro deber era legislar para el futuro, y no intentar mantener un status quo que no podía durar mucho.

Si son discutidos los derechos de los europeos sobre ciertas partes de África, no podemos por menos de informar a aquellos cuyas pasiones les hacen permanecer ciegos ante la Historia que los europeos llegaron al sudeste de África hace tres siglos, en 1652, mucho antes de que las actuales tribus negras bajaran desde el norte para enfrentarse con los blancos, seiscientas millas al norte de Ciudad de El Cabo, en la decisiva batalla del Great Fish River, en 1770. Los únicos habitantes autóctonos del Sur de África eran los hotentotes o bushmen, que fueron escrupulosamente respetados y atendidos en territorio blanco por los europeos cristianos, pero que en territorio negro fueron exterminados, incluso a mayor velocidad que los pieles rojas de América.

Tanto las razones históricas como las geográficas y las morales dan derecho a los europeos a ocupar su sitio en África, y está muy claro que continuarán gobernando las regiones donde han vivido y gobernado durante siglos o que morirán hasta el último hombre en defensa de su patria. Además, el estadista práctico tiene como misión buscar soluciones factibles a los hechos históricos y a las realidades presentes. La división de África en Gobiernos blancos y Gobiernos negros fue nuestra solución en 1948. El Gobierno británico rechazó por principio esa política y desde entonces algo más que agua ha corrido bajo los puentes y ha asolado las tierras de África trágicamente.

El desarrollo separado o apartheid a gran escala, y llevado correctamente por toda África, seguramente se hubiese podido realizar mediante la iniciativa decisiva de Inglaterra, y hubiese evitado muchas tragedias pasadas y muchas dificultades presentes. Las pasiones del presente no se hubieran engendrado. La destrucción de la variada belleza plasmada en el tapiz de la naturaleza no se hubiese convertido en un artículo de fe para aquellos que pretenden convertir el mundo en algo tan gris como ellos mismos; pretenden hacer pasar por religión lo que no es más que un complejo. Hasta se dio el caso de que un arzobispo de Canterbury pudiera decir: «Aunque se tratase de una separación completa... de dos países distintos, con culturas distintas, gobiernos y costumbres diferentes, aún habría mucho que hablar sobre ello» (The Times, 22 de abril de 1953). Aún había tiempo para que fuera el viento de la razón, y no la ciega fuerza del caos, el que impulsara los cambios en África. Pero el Gobierno británico prefirió importar a África la presente situación, y los problemas americanos a Inglaterra, en prosecución de una de las más extrañas aberraciones que hayan deformado nunca el pensamiento y distorsionado la moralidad de una generación cuyo complejo de culpabilidad, derivado de un pasado ancestral, impide la consideración serena y la solución de los problemas del presente.

Es necesario enfrentarse a los hechos tal y como son. La actual forma de gobierno imperante en Sudáfrica no será derribada a no ser que se produzca la intervención armada de una gran potencia. Y esto no ocurrirá porque ni América ni Rusia están dispuestas a permitirse la una a la otra la posesión de ese territorio, y los sudafricanos tienen la técnica, las armas y la voluntad suficiente como para infringir terribles pérdidas a

cualquier invasor en una guerra que sería más grave de lo que el mundo moderno se atreve a suponer. Por ello, las actuales tendencias continuarán dominando en Sudáfrica con el resultado final de que obreros blancos con maquinaria moderna reemplazarán en último término a los actuales obreros negros en los principales centros industriales existentes en Sudáfrica, mientras que los Bantustans que ahora están siendo inaugurados desarrollarán sus propias industrias con mano de obra negra y en una etapa diferente de desarrollo. En esta fase, lógicamente, la salida para el área blanca será ligarse a la comunidad europea y para los obreros negros ligarse a la comunidad económica del África negra; he aquí cómo el desarrollo económico puede resolver muchas dificultades.

Éste es un apartheid que no sólo no significa la perpetuación del viejo colonialismo, sino que lo llevará a su fin de la forma más eficaz. Hay mucha confusión sobre términos como apartheid, en parte por confusión propiamente dicha y en parte por una deliberada incomprensión y mixtificación. Yo he defendido en todo momento «un genuino apartheid», una separación real de los dos pueblos en dos naciones que disfruten de iguales oportunidades y derechos: «no el apartheid espúreo que sólo busca mantener al negro dentro de territorio blanco, pero segregado en ghettos, que no son sino reservas de mano de obra superexplotada que vive en condiciones infrahumanas»²³².

Mientras tanto, blancos y negros viven en el seno de la misma comunidad económica en Sudáfrica; pero incluso en esas condiciones, un esfuerzo extraordinario por parte de las empresas estatales ha transformado las condiciones de vivienda y ha dejado muy atrás algunas realizaciones europeas. Se ha iniciado ya la organización de un genuino apartheid en el que blancos y negros puedan tener idénticas oportunidades. Personalmente, he pedido dentro de Sudáfrica que se aplique el principio de trabajo igual, salario igual, porque, cuando blancos y negros están trabajando en las mismas industrias, es justo que exista una misma remuneración para una habilidad idéntica. Estoy convencido de que pronto se implantará en Sudáfrica esta reforma, y esto le dará al país, aparte de unas condiciones de mayor justicia, una rápida expansión del mercado que continuará hasta poder alcanzar la meta final de dos comunidades económicas completamente diferentes.

El resto de África presenta problemas mucho más difíciles de resolver, ya que los gobiernos son débiles y frecuentemente corruptos. El capital financiero tiene completa libertad de acción a la hora de explotar a la mano de obra barata que no es protegida ni por el gobierno ni por ninguna organización sindical. Las masas incultas e indefensas pueden ser desarraigadas impunemente de sus aldeas para convertirse en forraje de las nuevas factorías. A cargo de unos pocos supervisores blancos, serán explotadas sin piedad. Los bienes producidos allí dislocarán en su día los mercados europeos a los que esos países tienen frecuentemente libre acceso. No tiene sentido hablar de racismo, cuando el problema tiene unas raíces económicas tan claras. Y esto viene subrayado por el hecho de que lo mismo puede ocurrir, aunque en menor grado, en el seno de la propia Europa, si no hace nada por organizarse eficazmente dentro de un mercado común.

La crisis laboral que se avecina en Europa

Dentro de un mercado común es esencial sentar las bases de una competencia leal. De otro modo, más pronto o más tarde, se presentará una tendencia de las masas a emigrar de las zonas peor pagadas a aquellas en que pagan los salarios más altos, y una inclinación del capital a trasladarse hacia las zonas menos desarrolladas de Europa para poder explotar la mano de obra barata. En cierto grado, estas emigraciones ya ocurren, con efectos sociales que pueden ser muy graves en un mercado de trabajo menos boyante que el actual. El movimiento de capitales hacia las zonas atrasadas está actualmente muy inhibido por la ausencia casi completa de facilidades básicas en esas zonas de Europa, tales como falta de energía procedente del carbón, del agua o de la electricidad, pero el capital puede superar él mismo esas dificultades en cualquier momento si las diferencias salariales continúan siendo una característica permanente de la vida europea que le dé la oportunidad de explotar a los peor pagados.

La mejor forma de solucionarlo es aplicar, tan rápidamente como sea posible, el principio de que al mismo trabajo debe corresponder el mismo salario en toda Europa, y que el Estado facilite las inversiones de capital en las áreas atrasadas a base de proveer a las industrias de las necesidades básicas, cosa que facilitará el desarrollo de esas zonas con justas e idénticas condiciones de trabajo. Al cabo de cierto tiempo, esta idea nueva puede que sea puesta en práctica por los dirigentes de Europa, ya que, cuando menos, es tan moral y deseable facilitar las inversiones de capital en las zonas más pobres de Italia, España o Escocia como en los más oscuros rincones de África. Pero a esto se oponen, no sólo las fantasías del pensamiento en boga, sino la obstinada oposición a considerar Europa como algo que no sea una colección de Estados soberanos en feroz competencia.

²³² Propositiones Mosley-Pirow, abril de 1948.

SEGUNDA PARTE

La crisis con que nos enfrentamos en casa

La mejor prueba de lo lejos que nos encontramos de cualquier solución sensata de los problemas europeos es la furiosa resistencia que se ofrece, incluso dentro de la misma Inglaterra, a cualquier intervención del Estado en la cuestión de los precios y los salarios, que es claramente un requisito previo tanto a la solución de los problemas económicos de hoy como al establecimiento futuro de las bases para una competencia leal en el seno de esa amplia comunidad europea en la que Inglaterra quiere entrar ahora. Esto, que para mí constituye el mayor de los errores, continuará probablemente mientras persista la satisfactoria situación de la sociedad de consumo, es decir, hasta tanto no se nos presente una crisis real; entonces las cosas pueden cambiar de la noche a la mañana.

Las autoridades que dirigen el actual sistema en Inglaterra, América y Europa están convencidas de que no ocurrirá nada de este tipo, aunque su confianza empieza a resquebrajarse. Yo sigo creyendo que es muy posible una crisis de características similares a la de los años treinta, incluso de proporciones aún más graves. Se nos dice que han sido superadas todas las tendencias de la preguerra gracias a los nuevos recursos de que se dispone, que los nuevos mecanismos estabilizadores internos basados en una más experta utilización del crédito y los tipos de interés — lo cual es evidente, y por ello nosotros propugnábamos estas medidas hace treinta años — acompañados de nuevos acuerdos para solucionar el problema de la liquidez internacional, evitarán la vuelta a una crisis económica. La oposición a estas ideas es considerada como un legado del pensamiento de los años treinta. Por ello, nosotros estamos en total desacuerdo en esta cuestión clave, y más adelante analizaremos la respuesta a mi vieja pregunta: ¿es suficiente con Keynes? Los santones del sistema actual replican que sí, porque en América ellos aplicaron brillantemente, y hasta ahora con éxito, las doctrinas de Keynes. Pero yo contesto que no, por las razones que expuse hace ya mucho tiempo y que han sido reforzadas y ampliadas, no sólo por el desarrollo posterior de mi propio pensamiento, sino por toda la larga serie de acontecimientos que se han venido produciendo.

Antes de que nos metamos con lo más profundo del problema — ¿es suficiente con Keynes? — es conveniente analizar brevemente una cuestión en la que Keynes, bastante antes de los treinta, supo ver más allá que nuestros actuales gobernantes o cualquiera de las figuras de los tres viejos partidos del Estado británico. Ya he mencionado los artículos de Keynes sobre la autosuficiencia nacional de julio de 1933, donde él analizaba las propuestas económicas contenidas en mi discurso de dimisión del Gobierno. La exageración a que se llevó la doctrina clásica del librecambio que alcanzó su expresión más genuina en la política de exportación del Gobierno laborista de 1929 y la de su sucesor el Gobierno Nacional, me parecía a mí un profundo error. Él consideró con simpatía las soluciones que yo proponía en mi discurso de dimisión de mayo de 1930: «Por supuesto, siempre debemos exportar lo suficiente para comprar aquellos productos alimenticios y materias primas que nos sean necesarios, pero no tenemos por qué exportar para llegar a tener una balanza de pagos favorable para las inversiones extranjeras... o para pagar las importaciones de tantos artículos manufacturados de lujo como hoy entran en el país. Debemos desechar el criterio de que el único criterio para calibrar la prosperidad de Inglaterra sea ver cuántos productos podemos enviar fuera para que los consuman los extranjeros». Keynes reconocía entonces las inevitables dificultades con que se tropezaría siempre nuestro comercio de exportación, hinchando hasta un punto anormal²³³ y sugería un cambio de postura, que no andaba muy lejos de la política de «importaciones controladas» propuesta por mí en mi discurso de dimisión.

El concepto de importaciones controladas, acompañadas de un tipo de cambio flotante, concepto inherente a mi política desde las propuestas de Birmingham de 1925 a mi dimisión en 1930, es justamente lo contrario del método actual utilizado por todos los grandes partidos del Estado, pero, en cambio, está muy próximo al pensamiento de Keynes. Después de la guerra, en 1954, escribí²³⁴: «La llave está en el control de las importaciones y no el control de los cambios... en términos económicos reales, lo que importa es el movimiento de bienes dentro y fuera de los países, y no el movimiento de moneda... el tipo de cambio puede variar libremente —cuidarse de sí mismo— siempre y cuando la economía esté protegida por un control total sobre las importaciones». Un tipo de cambio flotante puede frenar automáticamente unas importaciones excesivas, como demostré en el discurso en que presenté las proposiciones de Birmingham, y eso podría volver superfluo cualquier control ulterior sobre las importaciones. Sin embargo, para desarrollar con plena eficacia esta política, yo preferiría combinar un tipo de cambio flotante con un control cuidadosamente selectivo de las importaciones.

Los partidos actuales ni siquiera han alcanzado el punto de aplicación completa de los principios de Keynes, y, por consiguiente, se encuentran aún muy lejos de poder enfrentarse al problema ulterior: ¿es suficiente con Keynes? Mi respuesta a esto es que el problema de los años treinta no podrá ser superado

²³³ «Las cuotas sobre esas importaciones, que habían estado congeladas desde 1939, fueron liberadas finalmente en 1958-59. El resultado fue que el total de importaciones de productos manufacturados ha aumentado en 1.500.000.000 de libras, pasando de 977.000.000 de libras en 1958 a más de 2.500.000.000 de libras en 1967, con un aumento del 150 %», Douglas Jay, *Financial Times*, 5 de febrero de 1968.

²³⁴ *The Coming Crisis: The European*, noviembre de 1954.

definitivamente hasta que no seamos conscientes de cuáles fueron las condiciones fundamentales en que se presentó; esto desde luego no se ha hecho todavía, y hasta los principios keynesianos resultan inadecuados para hacerlo. Las fluctuaciones cíclicas pueden ser, y han sido, corregidas por los métodos fiscales y monetarios de Keynes. Sin embargo, la tendencia permanente a la crisis, propia del actual sistema, no ha sido eliminada sino sólo pospuesta mediante medidas coyunturales y totalmente artificiales que no se pueden utilizar indefinidamente. Por otra parte, y a pesar de la técnica keynesiana, el mundo occidental ha sufrido en los últimos años dos guerras menores, la carrera armamentista y la carrera del espacio absorbe el superávit de producción que normalmente correspondería a la demanda del mercado, y hasta un frenazo coyuntural en la progresión de estas bienaventuranzas fue saludado en la prensa con grandes titulares: «La Paz asusta a Wall Street».

No se ha hecho nada para intentar emprender un camino que alejara permanentemente al sistema de las crisis; la tendencia general del capitalismo occidental, bajo el estímulo de los continuos inventos técnicos y científicos, es producir mucho más de lo que el poder adquisitivo, e incluso la voluntad de la gente puede consumir, y la tendencia particular de la sobrecargada economía isleña de Inglaterra es encontrar grandes dificultades para exportar más del treinta por ciento de su producción²³⁵ a los mercados mundiales en las actuales condiciones de intensiva y creciente competencia. Cuando los tecnócratas, excelentemente pagados, de América me explicaron en los años veinte con todo detalle el potencial productivo de América va en aquella época, quedó muy claro que a largo plazo se necesitaría algo más que los acuerdos normales sobre mercados para utilizar aquel inmenso poder, incluso teniendo en cuenta el empleo de las técnicas monetarias keynesianas. Lo que ha ocurrido desde entonces no ha disminuido la necesidad de una política más avanzada. Muy al contrario, ha hecho mucho más urgente esa necesidad, aunque la gravedad de la situación fue enmascarada (y por consiguiente al final agravada) tanto por la demanda anormal provocada por las destrucciones sin precedente de la Segunda Guerra Mundial como por la segunda siega de las guerras menores y las rivalidades armamentistas, cosas todas a las que cualquier relajación de la tensión mundial puede poner término en cualquier momento; el diluvio económico descenderá sobre nosotros en cuanto se disipen las últimas nubes de la guerra.

Es una tendencia muy humana el creer que nada cambiará nunca cuando las cosas van bien. «Nada ocurrirá» se convierte en la idea fija de toda comunidad próspera, pero toda la Historia está llena de ejemplos contrarios; las cosas ocurren frecuentemente cuando menos se las espera. Y en este momento no hay ni la menor excusa que justifique semejante miopía, ya que los síntomas de crisis son cada vez mayores. A pesar de las guerras menores y de los enormes gastos en armamentos, la tendencia a la sobreproducción en relación con la demanda normal de los mercados se hace más y más patente en América, y la distorsión de los mecanismos naturales de producción y los mercados mediante medidas indispensables para mantener esa situación artificial de guerra fría o caliente no conseguirán al final más que agravar el desequilibrio. En particular Inglaterra va de crisis en crisis, pues cada vez encontramos mayores dificultades a la hora de colocar en el exterior una parte sustancial de nuestra producción total. Esta dificultad es para nosotros mayor que para cualquier otro país de Occidente, y el genio de los managers y técnicos británicos se verá obligado a trabajar bajo el aplastante y creciente handicap de tener que vender cada vez más en condiciones cada vez más difíciles, cosa que a la larga resultará totalmente imposible. En Inglaterra, las crisis mayores sucederán a las menores en cuanto se produzca un declive de ciertas proporciones en la demanda mundial que obligue a los gigantes industriales a ejercitar el dumping por debajo de los costos de producción; esto siempre es posible para un gran país que cuenta con un amplio mercado interior, para el que las exportaciones representa un porcentaje relativamente pequeño de la producción total, pero no para un país que necesita exportar casi una tercera parte de su producción total si quiere seguir viviendo bajo el sistema actual. Entonces, los políticos se verán obligados a hacer algo más que atosigar a unas de las industrias más eficientes del mundo para que sean todavía más eficientes; será necesario, mediante un cambio radical de política, crear las condiciones adecuadas para que pueda operar la industria británica.

Cada vez se da más en los políticos la tendencia a echar la culpa de sus propios fallos sobre las espaldas de la industria británica, hasta el punto de tener que asistir al ridículo espectáculo de esas exigentes excursiones desde Whitehall para enseñar su cometido a los muy experimentados managers de la industria inglesa. Esto constituye un craso error por parte del Gobierno, ya que la misión de los políticos consiste en crear las condiciones en las que sea posible dirigir la industria, y no dar instrucciones detalladas a los managers de la industria sobre asuntos en los que ellos son expertos y los políticos completamente ignorantes, una actuación que añade el agravio a la incompetencia. Debido a la pequeñez del mercado interior, la industria británica se enfrenta con la necesidad de vender en el exterior más que ningún otro país. En la crisis mundial de la demanda, nuestra industria tendrá que hacer frente no sólo al dumping por debajo de los costos de producción

²³⁵ «Esto quiere decir comercio exterior. Para ustedes es algo conveniente, para nosotros es una necesidad absoluta. Su comercio exterior representa únicamente el 7% de su producto nacional bruto, mientras que el nuestro representa el 32% de la misma cifra» (discurso de Harold Macmillan en Nueva York, 24 de junio de 1962). Según Monsieur Aron, el monto total de las importaciones y exportaciones de América suponen sólo el 4% de su producción nacional. Le Figaro, 4 de enero de 1968.

por parte de aquellos países que se verán obligados a hacerlo y estarán mucho mejor situados que nosotros para ello, sino también al dumping de las potencias comunistas industrialmente desarrolladas en su deliberado intento de destrozar el sistema industrial de Occidente; y, a largo plazo, con la explotación de la mano de obra barata que utiliza una maquinaria similar a la nuestra y en la que el poder financiero buscará una fuente fácil de beneficios en los países atrasados, y ante cuyo desarrollo la industria británica está, *inter alia*, mucho más indefensa que la de cualquier otro país. El deber de los políticos es encontrar una solución a todos estos problemas, y no jugar el papelito del tío universal que ha de enseñar a los expertos industriales británicos algo de lo que ellos ya se ocupan magistralmente mientras los políticos se encuentran igualmente ocupados en adquirir sus inútiles niveles de oratoria.

El mecanismo precios-salarios y el principio del incentivo

La mayor paradoja de esta época consiste en que la esfera donde la acción del Gobierno resulta urgentemente necesaria es precisamente el único punto en que la intervención del Estado brilla totalmente por su ausencia. Me refiero a la cuestión de los precios y los salarios, que, ésta sí, requiere la continua atención del Gobierno. Sin embargo, en nuestra actual estructura comercial, cualquier sugerencia en este sentido es considerada poco menos que impía. Once años antes de que la posibilidad de una política de rentas fuese mencionada por primera vez por el Gobierno británico²³⁶, yo propuse ya la acción del Estado a través de lo que yo describía como una regulación de los mecanismos precios-salarios; en *Europa: Fe y Proyectos* (1958), dediqué todo un capítulo a la materia y volví sobre ello en *¿Correcto o Equivocado?* (1961). A través de la regulación por el Gobierno de los mecanismos precios-salarios se podrían crear las condiciones adecuadas para que la industria operase con eficacia, y después podría confiarse a la libre competencia que se cuidase de sí misma con el mínimo de interferencia burocrática. Ahora más enérgicamente que nunca sigo manteniendo este principio guía. Ni nuestro problema británico a corto plazo, ni nuestro problema europeo a largo plazo, podrán ser resueltos sin él.

Si queremos evitar dificultades insuperables, incluso en el seno de una economía europea, nos veremos obligados al final a asegurar el pago del mismo salario en industrias que sean comparables. Una vez sentadas estas bases justas para la competencia, cuanto más libre sea la industria, mejor.

Cuando la ciencia incrementa la capacidad productiva con métodos de producción en masa, entonces será más necesario que nunca, para la buena marcha de este inmenso mercado, adecuar la producción y el consumo mediante un aumento sistemático y constante de los sueldos, salarios e incentivos justos, en orden a crear el mercado que, de otro modo, le faltaría a la industria; y esto sólo puede conseguirse con la dirección económica de una autoridad central que opere en el seno de una economía ampliamente aislada del sistema de costos mundial y de las fluctuaciones de los precios de los mercados exteriores. No será suficiente con crear un mercado común; será necesario además disponer de una organización en el seno de ese mercado capaz de asegurar una demanda adecuada y unas bases justas para la competencia. Y todo lo necesario se puede hacer a través de la regulación de los mecanismos precios-salarios. La acción del Gobierno puede quedar virtualmente limitada a estos dos puntos. Incluso el control de precios puede ser necesario únicamente si los monopolios se dedican a aprovecharse de su posición; si esto no ocurriera, los precios de la comunidad económica pueden ser dejados al libre juego de la competencia.

El flexible instrumento de la regulación de los mecanismos precios-salarios puede asegurar la consecución de muchos objetivos que se convertirán en esenciales. No sólo permitirá adecuar sistemáticamente la producción al consumo, resolviendo así el dilema fundamental de los años treinta, que amenaza con volver en cuanto desaparezcan las condiciones de guerra o cuasi-guerra, así como otras anomalías del período actual. Puede también mantener un equilibrio idóneo entre sueldos, salarios, beneficios e inversiones, pues si se tiene poder para influir sobre los dos primeros factores, esto afectará automáticamente a los dos segundos²³⁷. En el seno de este equilibrio puede asegurarse una cierta redistribución de la riqueza, que es vital en la sociedad moderna si se quiere evitar un divorcio creciente de todos los principios del desarrollo industrial.

El drenaje de cerebros amenaza el bienestar de Inglaterra hoy y el de Europa mañana, y si no se restablecen unos incentivos más adecuados a la habilidad, el drenaje puede ser seguido de algo parecido a la ausencia total de este elemento vital. Esto va contra todos los principios que han permitido a la revolución industrial de Occidente alcanzar su actual y fabuloso punto de desarrollo, y contra todos los principios que han permitido a los hombres alcanzar las más altas cimas de la evolución natural, principios que pueden resumirse en que las remuneraciones más altas deben ir a las habilidades más altas y a las energías mayores. Sin embargo, la sociedad está llegando a un punto en que las diferencias de incentivo entre los muy cualificados y

²³⁶ *The European*, octubre de 1955.

²³⁷ Hablar de política impositiva más que de regulación de los mecanismos salarios-precios indica una falta de ideas claras, puesto que las ganancias están determinadas por el nivel de salarios cuando la libre competencia determina los precios. El Estado se ve obligado a intervenir en los precios únicamente cuando la acción de los monopolios elimina la competencia. Las rentas y las cargas a los intereses fijos pueden ser tratadas con medidas fiscales, o mediante el control cuando sea necesario.

los poco cualificados tienden a desaparecer. La razón de esto descansa en el hecho de que el poder está en las masas y que las cuestiones salariales se dirimen en las ásperas luchas de la industria, luchas en las que parecen tenerse en cuenta todos los factores menos el del mantenimiento y la promoción de valores excepcionales. Y no hay nada que pueda remediar esta situación, que nos empuja todavía más claramente hacia el desastre, salvo una intervención directa del Gobierno que restaure el principio básico de la remuneración según el esfuerzo.

No sólo los cerebros extraordinarios, sino también los científicos y los técnicos, cuya atracción y conservación debería ser la primera preocupación de cualquier comunidad económica, son descuidados en el actual caos industrial. Un grupo de hombres, aunque sean esenciales, no merece la atención de nadie, salvo que estén organizados en un gran batallón con fuerza suficiente para representar un poder en las luchas industriales. Una enorme masa de trabajadores mal pagados, sin que haya razón alguna para ello, ven sus salarios cada vez más lejos de los del cuerpo principal de sus compañeros trabajadores, y, a pesar de las continuas discusiones del problema, las Trade Unions se muestran cada vez más impotentes para sacarles de esa situación. Los que más sufren son los situados en lo más alto y en lo más bajo de la escala.

Hasta ahora, no se ha reconocido nunca la importancia fundamental que tiene la agricultura en toda comunidad próspera, y hasta que el principio de la intervención del Gobierno en la regulación de los mecanismos precios-salarios sea firmemente establecido, no podrá ser tratada adecuadamente. Cuando se haya desarrollado la producción en masa para un mercado europeo amplio y seguro, y, aún más, cuando la automatización haya aumentado enormemente la capacidad de producir para tal mercado, esa enorme acumulación de riqueza proporcionará una oportunidad única de aumentar los ingresos y las satisfacciones de los campesinos, que fortalecerán así el equilibrio del Estado sin perjuicio alguno para el poder de compra de los trabajadores industriales. Y también otros, que no pueden organizarse en gigantescas formaciones, accederán a este punto en cuanto se establezca la intervención del Gobierno a través de la regulación de los mecanismos precios-salarios; los servicios civiles, la policía, las fuerzas armadas y sobre todo los médicos, las enfermeras y los servicios sanitarios de los que depende toda la estructura del Estado, y los pensionistas, los ancianos y los inválidos.

No se puede conseguir ningún equilibrio en una comunidad económica, ni mantener una perdurable adecuación entre la producción y el consumo hasta que el Gobierno asuma consecuentemente la función primaria del Estado en la época moderna: la dirección económica a través de la regulación de los mecanismos precios-salarios. Seguramente, en el futuro, el que el Gobierno se arrogue el derecho y el deber de interferir en todos los aspectos de la industria salvo en los que son realmente de su competencia los salarios y los precios — será considerado como una de las ilusiones mas extraordinaria de este período.

Dejando a un lado el absurdo pretencioso por parte del Gobierno de enseñarle a la industria su cometido, que es simplemente una máscara tras la que ocultar su total ineptitud, ¿cuál es la función del Gobierno en el mundo moderno si no toma la dirección económica en los aspectos clave, los precios y los salarios? ¿Sólo mantener la paz en casa y fuera, hasta que el colapso del sistema económico ponga en peligro la paz interior y nos empuje a una guerra en el exterior? ¿Cínicamente recaudar tributos para alimentar una creciente y gigantesca burocracia sin sentido, y sacarles dinero a las autoridades locales? Esos principios seguramente estarían muy bien en la época de la diligencia, pero hoy día todos los problemas acuciantes que se nos presentan son de índole económica. Si se excluye la dirección económica, si se prohíbe la regulación de precios y salarios, el Gobierno, en términos reales, tiene muy pocas funciones, a excepción de hablar y adoptar posturas más o menos elegantes.

Incentivos: una cura para la enfermedad inglesa

Incluso en el terreno limitado en que las fuerzas dominantes del presente sistema permiten moverse al Gobierno, los políticos se muestran temerosos a emprender cualquier acción capaz de remediar el mal conocido como la enfermedad inglesa. No habrá salud en Inglaterra hasta que establezcamos el principio de que a un hombre se le pagará siempre de acuerdo con lo que merezca. Esto significa sencillamente que producirá más de lo que recibe. Si se aplica este principio, el drenaje de cerebros cesará automáticamente, incluso sin necesidad de una revisión más profunda del sistema económico lograda a través de una reforma del sistema fiscal. No hay ninguna razón por la que el pago según unos determinados resultados no pueda ser extendido a nuestro sistema impositivo. Cuando una firma incrementa ampliamente su producción, particularmente en las actuales condiciones del comercio de exportación, los principales ejecutivos de la empresa deberían ser recompensados mediante una reducción correspondiente en sus impuestos. Y no importa llegar hasta el punto de que los impuestos de esos hombres desaparezcan por completo, pues los beneficios que habrán proporcionado a la riqueza de la nación serán muy superiores a lo recibido por ellos. Si la industria británica no es aún lo suficientemente sabia como para interesar a sus jóvenes y competentes ejecutivos en la prosperidad de la firma, a la manera americana, una reducción de sus impuestos a cambio de una serie de logros productivos puede

hacer de ellos hombres libres y proporcionarles el poder creador que los capacite para ahorrar y formar su propio capital.

Estas reformas revolucionarias son necesarias para restaurar el trabajo normal de la naturaleza y curar la enfermedad inglesa. Exactamente el mismo principio debería aplicarse a los técnicos y científicos. Cuando ellos puedan demostrar que una invención, o una iniciativa cualquiera, ha incrementado la riqueza nacional, deberán ser recompensados por una reducción proporcional en sus impuestos, incluso antes de que cualquier reorganización industrial les proporcione los beneficios que se deriven de ella. No veo ninguna razón por la que el mismo principio no pueda ser extendido a las plantas industriales; cualquier iniciativa que traiga como resultado un aumento de la producción debe traducirse en una reducción de los impuestos personales. Éstos son instrumentos utilizables por el Gobierno en el marco del sistema fiscal ordinario y que no necesitan esperar a la aprobación de la industria. Lo único que necesita el Gobierno es el coraje suficiente para enfrentarse con el problema y erradicar para siempre el mezquino igualitarismo de la enfermedad inglesa.

Durante años he abogado por una amplia transferencia de la carga fiscal de los impuestos directos a los indirectos ²³⁸. En los viejos días de pobreza económica, el prejuicio contra los impuestos indirectos era legítimo y correcto, pues este tipo de impuestos lo único que significaba la mayoría de las veces era traspasar una carga de las espaldas de los ricos a las de los pobres en unas circunstancias en que nada era suficiente para tirar adelante. Si bien eso no puede ser considerado hoy como ideas de la época de la diligencia, sí se pueden considerar en cambio como opiniones de la era del ferrocarril, pues datan de la época en que Gladstone cambió el sistema de Pitt de impuestos indirectos por las exacciones directas del actual sistema impositivo. Pero las circunstancias han cambiado completamente en una sociedad que, al menos de momento, puede calificarse de próspera. Desde luego, las necesidades básicas de la vida — alimentación, vestido y vivienda— deben permanecer libres de todo tipo de impuestos, pero los impuestos indirectos que gravan gradualmente los artículos de lujo deberían reemplazar a las exacciones directas que gravan los ahorros y no tocan a los derrochadores ²³⁹. Los standards de lujo cambiarán, naturalmente, cuando aumente la prosperidad económica y se asegure la estabilidad, pero el principio de gravar más los gastos que los ingresos podría y debería mantenerse.

Desempleo, obras públicas, Trade Unions

La otra esfera en la que el Gobierno debería jugar un papel decisivo es la organización de obras públicas a gran escala. El recalentamiento de una economía insular, o incluso continental, puede presentarse, con la consiguiente inflación, en condiciones de pleno empleo. Por otra parte, mantener un elevado porcentaje de desempleo es inhumano y desastroso para la moral general. La respuesta a este dilema del actual sistema es evitar el recalentamiento y la inflación mediante la restricción de la política crediticia, al tiempo que se absorbe la consiguiente falta de empleos en las obras públicas. Ni un solo hombre debe estar sin empleo; el trabajo debe permitirle siempre mantener un nivel de vida razonable dentro de un amplio programa de obras públicas, pero al mismo tiempo debe existir una diferencia de remuneraciones lo suficientemente grande como para que encuentre un incentivo en volver, tan pronto como sea posible, a su empleo normal; la readaptación y reempleo de los esquemas laborales deberían ir siempre acompañados de un programa de obras públicas.

Las obras públicas deberían estarse preparando ya activamente en todos los países occidentales para amortiguar a su debido tiempo las distorsiones que se producirán en la economía del mundo occidental, provocadas por las condiciones de semi tiempo de guerra existentes en América. Cuando estalle finalmente la paz, deberíamos estar preparados para iniciar trabajos constructivos de paz que reemplacen a los trabajos destructivos de las pequeñas guerras de América y la consiguiente carrera armamentista. El movimiento inflacionista mundial, que descansa fundamentalmente en el déficit financiero de América provocado por sus guerras y sus armas, puede finalizar en cualquier momento de forma brusca e inesperada, bien sea porque llegue la paz o porque otras naciones se nieguen a seguir soportando el actual sistema financiero. Hasta ahora, la carrera armamentista y las guerras menores han estado supliendo la falta de puestos de trabajo que habría en condiciones normales por la diferencia existente entre el potencial productivo de la industria y la demanda real del mercado. Pero esto lo único que ha conseguido ha sido provocar una distorsión aún mayor de la economía y agravar la situación que se presentará en una posible paz futura. Sólo hay dos métodos posibles para mantener el pleno empleo en una época de paz real: la inflación, o las obras públicas a gran escala. Ya hemos visto los resultados de una inflación en una economía recalentada que tiende al super-empleo. La consecuencia final de la espiral precios-salarios sólo podría ser el crac.

La única alternativa a la inflación es el mantenimiento de un nivel estable de precios mediante una firme política crediticia, y absorber el paro resultante en las obras públicas. En relación con la cuestión del desempleo, los efectos de las obras públicas son similares a los del boom armamentista, pero con la ventaja de que no

²³⁸ The European, octubre y noviembre de 1954.

²³⁹ El sistema A. V. T. resulta administrativamente más sencillo, pero no veo ninguna razón por la que el impuesto de lujo no deba ser añadido a unas categorías de artículos muy definidas.

tienen por qué provocar ningún déficit financiero. Sin embargo, la diferencia que esto supondría para el bienestar nacional — o espero que continental — puede ser vital. Las obras públicas en la paz pueden integrarse dentro de una política económica general y suponen para ella más un beneficio que una distorsión. La acción del Estado puede preparar el camino para empresas más ambiciosas de la iniciativa privada, y de este modo, en lugar de obstaculizar su acción, la facilitará. Obras públicas de esta clase, y en tiempos de paz, pueden reemplazar, en términos de política de desempleo, la demanda anormal armamentista, pueden construir en lugar de dañar la economía, pueden beneficiar a la nación y reducir la amenaza que se cierne sobre la humanidad.

En teoría, no existen dificultades insuperables a la hora de enfrentarse con el problema de una transferencia masiva de la producción desde los planes destructivos de la guerra, o las distorsiones de la cuasi-guerra, a los constructivos y beneficiosos propósitos de la paz. En realidad, ahora se está empezando a reconocer en América que los grandes programas sociales, como la reconstrucción de los barrios pobres que son los principales responsables de sus problemas raciales, sólo podrán llevarse a cabo cuando el estallido de la paz permita liberar una serie de recursos. En la práctica, sin embargo, el actual sistema y sus gestores encuentran mucho más problemas para hacer las cosas como es debido en la paz que en la guerra; el dinero siempre está más predispuesto a servir a la locura que a la sensatez. Por ello está todavía muy por ver si el sistema actual y el personal a su servicio son capaces de realizar las inmensas tareas que hay por delante, se trate de superar la falta de producción que seguirá inevitablemente a la paz o de enfrentarse eficazmente con el problema social. ¿Es posible sin que se realice ningún cambio en la estructura del Gobierno o en el sistema actualmente en vigor? ¿Serán capaces de recorrer el camino desde el principio hasta el fin, de sustituir el decaimiento de Wall Street provocado por un «temor a la paz» por una euforia, aunque sólo sea temporal? El dilema fundamental del sistema está en que la continuación de la carrera armamentista en todos los terrenos que la ciencia está revelando ahora sería un esfuerzo demasiado grande para cualquier economía de las que existen actualmente, mientras que un cese parcial de esa carrera crearía la necesidad de emprender obras públicas a gran escala, cosa que nunca harán ni comprenderán los políticos y pensadores actuales. Es evidente que la inversión inteligente en el desarrollo de la revolución científica con el propósito último de beneficiar a la humanidad podría reemplazar rápidamente en esta etapa a la estupidez organizada de la carrera armamentista. Pero, ¿pueden emprender esta tarea hombres escasamente enterados de lo que realmente ocurre? El futuro deberá traernos nuevos caminos y nuevos hombres.

Esos problemas pueden ser resueltos y desvanecerse con ellos el temible fantasma del desempleo. No hay derroche de energías y espíritu humano comparable al desempleo. Pero esto es evitable, y en una economía continental fácilmente evitable; es simplemente cuestión de utilizar con inteligencia y habilidad los mecanismos económicos. Cuando la demanda flaquea, el mercado falle y el desempleo se presente, recordaremos que no hay límite «natural» a la demanda; la única limitación será el fracaso de nuestra inteligencia y nuestra voluntad. Nos pareció fantástico cuando hace mucho tiempo, en la Cámara de los Comunes, un prudente líder laborista de clara inteligencia y carácter firme, J. R. Clynes, dijo que no habría límite a la demanda real hasta que todas las calles de nuestras ciudades tuvieran el mismo aspecto que la fachada del Palacio de los Dux en Venecia, y ni siquiera entonces. Él estaba completamente acertado, no hay límite a la demanda; sólo hay límite a nuestra capacidad de producir y de organizar luego la distribución. Desde luego, no hay límite a la demanda mientras los barrios pobres afeen nuestras mejores ciudades, mientras las jóvenes parejas tengan que vivir con sus padres por falta de alojamiento. Durante años, he exigido que se iniciara un programa nacional de viviendas y que se llevara a cabo como si fuera una operación de guerra ²⁴⁰; la frase fue aireada y utilizada largo tiempo en un auténtico gimmick de la política contemporánea; sin embargo, nada se ha hecho para arreglar el problema. Lo que quise decir con aquello es que podía resolverse. Pero esto entrañaba cortar por lo sano toda la maraña de los actuales procedimientos de las autoridades locales y construir las casas utilizando los mismos métodos que se emplean para fabricar los obuses, los aviones o los refugios de los puertos en tiempos de guerra. Lo único que lo impide son las restricciones inherentes al actual sistema y las timideces de los políticos; estas inhibiciones deben ser superadas.

Seguramente, al lector podrá parecerle que muchas de las políticas que he defendido durante tanto tiempo chocan con el pensamiento actual y con arraigados intereses. Particularmente, la intervención directa del Gobierno en la cuestión de los precios y los salarios es algo que provoca muchas resistencias por la creencia errónea de que amenaza la posición de las Trade Unions. Once años antes de que yo hiciera esta sugerencia por primera vez, uno de los intelectos más brillantes del Partido Laborista empezó a ver «nuevos patrones» de la política económica en la posible intervención del Gobierno en los salarios y los precios, pero hubo una retirada precipitada por la vigorosa oposición de las Trade Unions; la vacilante aplicación actual de cualquier política semejante es completamente negativa; nada positivo en lo que se refiere a un reajuste de las remuneraciones ²⁴¹. La tradición de las Trade Unions, con sus amargos recuerdos del pasado, tiende a retrasar la paz de la

²⁴⁰ Mosley News Letter, noviembre de 1946.

²⁴¹ El 1 de octubre de 1966, escribía: «Con respecto al mundo, ahí radica toda la diferencia que existe entre nuestra política positiva y la política negativa del Gobierno. Su congelación temporal de precios y salarios dejarán a la larga las cosas peor de lo que estaban. Necesitamos una política salarial positiva y constante. Los científicos, los médicos y otras personas altamente cualificadas, deberían ganar más, y lo mismo puede decirse de los obreros mal pagados, sometidos a una superexplotación y sin protección alguna. Pero hasta que la

abstinencia; los sombríos fantasmas del desempleo y la falta de protección al trabajador ahuyentan todavía los brillantes proyectos de la era científica. No sólo mi defensa de los últimos once años de la dirección económica del Gobierno ejercida a través de la regulación de los precios y los salarios, sino también mi insistencia, todavía más prolongada, en que las remuneraciones se hagan de acuerdo con los resultados obtenidos en todas las esferas y niveles de la industria²⁴² y mis nuevas propuestas para la concesión de incentivos a través del sistema fiscal, tenían que entrar inevitablemente en conflicto, no con la razón, sino con todos los atavismos industriales.

Reducción de los gastos del Gobierno

Y sin embargo, yo no soy enemigo del tradeunionismo. Nunca lo he sido y nunca lo seré. Por el contrario, preveo que jugará un gran papel en el mundo moderno; por ejemplo, asegurando un mejor método de administración. La reducción de los gastos superfluos es esencial para que nuestra economía no se hunda en un mar de impuestos. En el necesario y deseable Estado del bienestar, la actual burocracia debería ser ampliamente reemplazada en su gestión administrativa por las Trade Unions y las federaciones de empresarios, y muchas de las operaciones del Estado del bienestar deberían ser genuinamente cooperativas. El pueblo no debería ser esquilmado por más tiempo para pagar gastos que no deseara, sino sólo cargando con aquellos que deseara realmente. Un sistema así acabaría inmediatamente con los vergonzosos escándalos de las prácticas actuales. Las grandes economías que se harían en este terreno vendrían a añadirse a los considerables ahorros que supondría la eliminación de los innecesarios compromisos exteriores, consecuencia inevitable de la política ya descrita. Las economías generales posteriores pueden ser aseguradas tanto por el nombramiento en cada departamento de una persona responsable ante la más alta autoridad como por la racionalización de los departamentos. Los impuestos deberán ser drásticamente reducidos tanto por la eliminación de gastos como por la transferencia del método directo al indirecto. En la actual situación, no hay nada más importante que la reducción de los presupuestos inflacionarios y la eliminación del derroche. No hay duda de que los hipertrofiados gastos del Gobierno, acompañados de una relajación en la política crediticia, son la causa principal de la inflación. Se culpa a las Trade Unions de que los salarios estén siempre a la caza de los precios, en alza continua merced a la política del Gobierno. Sus miembros no sufren tanto como aquellas personas que sólo disponen de rentas fijas, o como tantas personas altamente cualificadas que no tienen ninguna Trade Union que se preocupe de ellas. Sin embargo, todos los trabajadores, y toda la nación, sufren por igual las consecuencias de la inflación y el alza continua de los precios. Los gastos del Gobierno deben ser severamente recortados hasta que un mayor volumen de producción con destino al más amplio mercado de Europa nos capacite para pagar tantas cosas que todos deseamos, pero que ahora no nos podemos permitir. La carga actual podrá ser aguantada en su día cuando se disponga, a través de los impuestos, de una suma total mucho mayor gracias al aumento de la producción y de la riqueza real. Y siempre resultará más fácil asegurar acuerdos para una política de expansión que para una de contracción. El tradeunionismo entonces podrá jugar un gran papel en los desarrollos que sólo las grandes políticas hacen posible.

Un mundo lleno de nuevas posibilidades se presenta ante el tradeunionismo, un mundo que es para él una invitación y un desafío a moverse desde el presente hacia el futuro. No existe límite alguno a la actividad de las Trade Unions, excepto, naturalmente, el pasar por encima del Gobierno del país; y sin embargo, cuando ellos le prohíben al Gobierno intervenir en la cuestión de los precios y los salarios, están haciendo precisamente eso. La misión de un Gobierno en el mundo actual debe ser fundamentalmente económica, y la cuestión esencial en la economía moderna es precisamente la de los precios y los salarios. Si el Gobierno no puede entrar en la esfera de los precios y los salarios, en realidad deja de ser tal Gobierno. Si el trade-unionismo impide al Gobierno realizar la tarea para la que ha sido elegido por el pueblo, un choque final es inevitable; una posibilidad a la que habrá que hacer frente. Pero siempre debe existir la voluntad de enfrentarse con una situación así, aunque creo y espero que pueda ser evitada con la ayuda de la inteligencia y la buena voluntad.

Ley y orden

El deber del Gobierno de dar al país una dirección económica se ha convertido en la época actual en una necesidad tan clara como su deber de mantener la ley y el orden. El fracaso a la hora de jugar un papel decisivo en los problemas económicos puede llevarle incluso a fracasar en su tarea fundamental de mantener el orden. Cuando el Gobierno se muestra tan inepto en este terreno, aunque sea en la sociedad de la abundancia, la situación puede desembocar rápidamente en el peor de los desórdenes en cuanto se agraven en cierta medida las condiciones económicas. Al tratar de este problema, no puedo evitar el que me venga a la cabeza el largo

producción se incrementa considerablemente, algunas de las ramas más fuertes, controladas por el poder del dinero o el poder de las Trade Unions, deberán permanecer estancadas. Un Gobierno elegido por todo el pueblo debe dirigir la economía y poner fin al caos. El Gobierno debe decidir, dirigir, actuar».

²⁴² El consiguiente aumento de la productividad se enfrentará en cierto modo con esta demanda, pero las remuneraciones deben seguir y no preceder a los aumentos de productividad; realizaciones, no promesas.

tiempo que me ha llevado destruir mi antigua reputación, aquella imagen demasiado ruda de mí mismo, pero creo que muchas personas razonables estarán de acuerdo con las propuestas que hago ahora para salvaguardar la ley y el orden que, incluso hoy, muestran signos alarmantes de desequilibrio. El primer principio para conseguirlo es disponer de una gran fuerza policíaca, adecuadamente pagada y entrenada. Tanto en la calidad de nuestras fuerzas de policía como en el trato que se les da a sus miembros, nosotros estamos bastante por debajo de algunos otros países europeos. El pagar adecuadamente a los científicos y a los policías debería ser la primera preocupación del Estado, pues hasta la misma supervivencia de la nación depende de ellos. El segundo principio que defiendo en este terreno es la constitución de una fuerza de policía nacional que se sume a las fuerzas de policía locales. La policía local, bien enraizada en las distintas regiones, puede prestar admirables e indispensables servicios. Pero para combatir eficazmente las amenazas móviles a la ley, propias de la era moderna, necesitamos algo más que un sistema pensado para combatir a los salteadores de caminos que actuaban a lomos de caballos. Es correcto decir que la certidumbre a la hora de efectuar una detención es la mejor prevención contra el crimen, aunque yo añadiría que deberíamos ser más duros con los crímenes violentos de lo que permite la opinión política actual. Para gobernar se debe disponer de una maquinaria de gobierno eficaz y moderna; para prevenir y derrotar al crimen se debe disponer asimismo de una fuerza moderna y eficaz al servicio de la ley y el orden. Y esto quiere decir unas fuerzas nacionales de policía. Cuando nuestro pueblo, al llegar la crisis despierte, las conseguiremos.

La crisis y el camino hacia Europa

La gran severidad de la crisis que se aproxima traerá una nueva claridad de ideas y un nuevo sentido de lo necesario a un pueblo que siempre demostró las más grandes cualidades en las situaciones de emergencia. Puede parecer que deseo la llegada de una crisis económica, pues desde el principio he basado toda mi vida política en la creencia de que ésta, al fin, llegará inevitablemente. Sin embargo, durante toda mi vida, he dedicado los mayores esfuerzos a acabar con la miseria y la terrible pobreza que tuvo que soportar mi generación, y no deseo en absoluto contemplar una interrupción, ni siquiera temporal, de la sociedad de la abundancia que disfruta la generación actual. Pero, seguramente, las medidas más avanzadas, que yo creo necesarias en último término — sobre todo, Europa una Nación —, no serán aceptadas hasta que, bajo el estímulo de una crisis, la gran mayoría de la gente no sienta la urgencia de su necesidad. A pesar de ello, he de rechazar categóricamente la insinuación de que yo deseo que esto ocurra; esto es similar a decir que el médico desea la enfermedad porque diagnostica la necesidad de una operación. Mi deber es expresar claramente la opinión de que serán necesarias las más drásticas medidas. Sin embargo, espero que alguien demuestre que este punto de vista es erróneo, que no tiene por qué sobrevenir una crisis tan grave. Quiero decir unos tiempos duros, difíciles para todos nosotros. Nadie es tan loco que escoja el camino áspero cuando son posibles medidas más fáciles. En cuanto a mi posición personal, que se me perdone si me permito decir, a estas alturas de mi vida, que los hechos posteriores han probado con tanta frecuencia que tenía razón que admitiría ahora con cierto placer el que alguien demostrase que estoy equivocado en este asunto. Como cualquier otro, preferiría continuar con una vida feliz que disfrutar de la estéril satisfacción de que la adversidad demostrase que tenía razón.

A pesar de todo eso, mi deber sigue siendo evidentemente llamar la atención sobre el hecho de que nos dirigimos hacia una gran crisis nacional, por la sencilla razón de que esta isla no será capaz de seguir exportando casi un tercio de su producción total en virtud de todos los factores ya analizados. Los prolongados aplazamientos del ingreso en Europa y el hecho de que hayamos perdido tantas y tantas oportunidades como nos han dado, no ayudan en nada a que podamos escaparnos de esa situación. Y desde luego, las puertas de Europa se mantendrán cerradas para nosotros hasta que podamos demostrar sin lugar a dudas que queremos entrar en Europa como europeos y no como agentes americanos, e incluso entonces es muy posible que tropecemos con ciertas resistencias a la hora de que se nos abran las puertas de unas instituciones que han aprendido a funcionar tan bien sin nosotros. En 1948, cuando yo lancé por primera vez la idea de Europa una Nación — con Francia y Alemania divididas y mirando a Inglaterra en busca de inspiración — podíamos haber dirigido cualquier salida europea. En cambio ahora, nos encontramos al final de la cola.

Es posible que, como resultado de tantos errores, de tanta negligencia en la acción, se produzca finalmente una crisis de proporciones tales que Inglaterra tenga que vivir, durante un breve período de tiempo, bajo una economía de sitio, bajo un sistema mucho más cerrado que el que se empleó en tiempos de guerra. El período deberá ser limitado y la operación estar claramente definida. Estoy convencido de que nuestro pueblo será capaz de soportar un esfuerzo de esta naturaleza como lo soportó en tiempos de guerra, siempre y cuando comprenda su necesidad tanto para poner de nuevo a Inglaterra sobre sus pies como para asegurar el ingreso en Europa. El fin de todo esto no sería la destrucción, sino la construcción del más alto nivel de vida y la más perfecta civilización que hayamos conocido nunca. En una grave crisis, todo el poder de compra puede quedar congelado al nivel necesario para dar a cada uno un nivel de vida mínimo; salarios, beneficios, intereses, rentas y todo lo demás. Al mismo tiempo, venderemos el amplio superávit de nuestra producción, así creado, en los mercados extranjeros, con los cuales obtendremos los recursos necesarios no sólo para pagar las importaciones

esenciales, sino también para alcanzar nuestro objetivo. En estas circunstancias, causaríamos un perjuicio tal al comercio exterior de los demás países, que se nos abrirían inmediatamente un buen número de puertas que hoy permanecen cerradas, con tal de que el proceso no continuara por más tiempo. Si es necesario, Inglaterra puede actuar, no a través de la retirada económica, sino por medio del dinamismo económico, y entonces nuestro impacto en los mercados mundiales podría ser considerable. Una cosa es clara: Inglaterra entrará en Europa sólo cuando despierte y cuente con los medios necesarios para hacerlo. Pertenece a Europa y no hay poder en el mundo capaz de impedir que entremos en ella; pero también es cierto que sólo seremos bien recibidos cuando nos comportemos como auténticos europeos. Naturalmente nosotros no deseamos hacer daño a nadie, pero emprenderemos vigorosas acciones, si esto fuera necesario, para evitar que se hunda Inglaterra. Una voluntad firme en los gobernantes que despertara la firme voluntad latente en el pueblo británico podría transformar radicalmente la situación europea y la situación mundial en un intervalo de tiempo relativamente breve. Nuestro gran pueblo será siempre más amable y más paciente que cualquier otro a la hora de intentar conseguir sus objetivos mediante la persuasión, pero será más firme que nadie si la amabilidad no tuviera éxito; en ese caso, lo que se requiere es precisamente voluntad, fuerza y vigor.

Reorganización del Gobierno

Sigue siendo tan cierto hoy como cuando pronuncié mi discurso de dimisión en 1930 que no podremos resolver los problemas económicos, ni cualquier otro, si no disponemos de una adecuada organización de gobierno; y esto sigue sin hacerse. Aquella fue la ocasión en que se pidió por primera vez la existencia de un potente Gobierno interior. El lector recordará que propuse una organización que actuase bajo las órdenes directas del primer ministro y a la cabeza de los servicios civiles, asesorada de un lado por las investigaciones de un departamento de consejeros económicos y, de otro por un cuadro ejecutivo compuesto de doce altos funcionarios. Yo sugeriría que el estado mayor de esta organización se formase fundamentalmente a partir de personal procedente del Tesoro, ya que sus funcionarios son más capaces que los de cualquier otro departamento del Gobierno. Hoy son objeto de frecuentes ataques, pero esto es debido a que sus tareas son más negativas que positivas, más restrictivas que dinámicas: y también están siempre sobrecargados de trabajo. En la organización creadora del Gobierno deberían utilizarse funcionarios procedentes del Tesoro. Su excepcional habilidad podría ser sencillamente decisiva en tan importantes misiones. Las tareas de perro guardián, propias de su departamento, podrían ser realizadas perfectamente por funcionarios destacados de otros departamentos, pues exigen una capacidad judicial más que otra cosa ²⁴³. Esto aseguraría una dirección firme en los asuntos económicos, así como la eliminación, tan necesaria desde hace tiempo, de cualquier forma de derroche. Por supuesto, los funcionarios del departamento del primer ministro deberían unirse en la administración central con personas ajenas a la misma y procedentes del mundo de los negocios, de las universidades y de las Trade Unions, como ocurre en América y otros países.

En los últimos años, he añadido a aquellas propuestas la sugerencia de que debería constituirse un sólido Ministerio de la Ciencia y la Tecnología, ligado directamente al departamento del Primer Ministro. Esto satisfaría mi deseo, largamente reiterado, de que «los estadistas deberían vivir y trabajar entre los científicos, como los Médicos vivían y trabajaban entre artistas». Sólo de esta manera podríamos asegurar una dinámica continua por parte del Gobierno, de acuerdo con los avances de la revolución científica. El trabajo de este departamento no consistiría en una continua interferencia en el mundo de los negocios, sino en encabezar, iniciar y hacer aquellas cosas que ese mundo no puede realizar. Incluso deberíamos correr ciertos riesgos que los negocios nunca correrán. Ya desde mis primeros días en la administración, insistí en que una de las funciones vitales de todo Gobierno era llevar a la práctica las invenciones nuevas, responsabilizándose de todas las etapas iniciales a través del mercado de capitales. Parece que al menos en este terreno se están dando últimamente algunos pasos. Si algunos de los mejores cerebros científicos del país estuvieran empleados directamente al servicio de un Gobierno ejecutivo, los beneficios superarían con mucho a las pérdidas.

He desarrollado plenamente esta teoría en los últimos años, aunque en su forma primaria data de muy atrás, pues desde hace tiempo he sostenido la opinión de que el Estado debe ser un pionero y no un parásito ²⁴⁴, un creador de nuevas empresas y no un nacionalizador de industrias en decadencia, un líder y no una dulce nurse que toma en sus brazos el baby de un capitalismo desfalleciente. Dejemos que los expertos de la industria se ocupen con plena iniciativa de sus propios asuntos y recompensémosles por sus esfuerzos, pero dejemos también que el Gobierno les ayude en aquellas tareas que superan con mucho las fuerzas de la industria, y, en el terreno de la ciencia, corramos riesgos que sólo el futuro puede justificar. Mantengamos libre a la industria, pero permitamos al Gobierno dirigirla.

Restaurar la salud de Inglaterra. Ingresar en Europa

²⁴³ Ver *Tomorrow We Uve* (1938); *The Alternative* (1947); *The Problem of Power: Government of Tomorrow*, publicado en *The European* de julio de 1955.

²⁴⁴ «Análisis», en *The European*, de julio de 1958.

Durante un período limitado de tiempo, necesitamos un Gobierno basado en un consenso nacional para poder cubrir un objetivo muy concreto. Este objetivo es restaurar la salud de Inglaterra, e ingresar en Europa. Cuando estos propósitos se hayan logrado y la comunidad se integre en una esfera más amplia, este método de gobierno finalizará de forma natural. Un Gobierno así, en razón de su propio carácter y de la naturaleza transitoria de la situación con la que se ha de enfrentar y por la que ha sido constituido, debe morir cuando haya cumplido su misión. En el pasado, y durante años, he hecho muchas veces esta proposición, que resumí de nuevo el 1 de agosto de 1966, un año antes de la última crisis, con la siguiente demanda de acción: «Lo que necesitamos hoy es un Gobierno de unión nacional, que surja de lo mejor, de lo más vivo de la nación. Debe ser un Gobierno fuerte, aunque siempre sujeto a la voluntad del pueblo. Debe ser elegido por sus votos, y susceptible de ser derrocado por una mayoría parlamentaria. En cualquier caso, un Gobierno así deberá marcharse en cuanto haya cumplido su misión, porque entonces estaremos preparados para ingresar en Europa. Y de esta manera, la vida de ese Gobierno estaría claramente limitada. La misión de ese Gobierno es construir de nuevo una Inglaterra fuerte y eficaz. Debemos exprimir toda la fuerza y energía que hoy hay en nuestra vida nacional. Una vez hecho esto, toda recompensa debe estar directamente relacionada con el esfuerzo y la productividad. El Gobierno debe tener poder no sólo para hablar sino también para actuar». Ya he insistido en que este Gobierno de consenso nacional debería estar sometido a un control parlamentario total, pero el Parlamento debería darle plenos poderes para actuar, en tanto no incurriera en un voto de censura. Debería ser un Gobierno de unión nacional surgido de entre los políticos, los servicios civiles, el mundo de los negocios, las Trade Unions, las universidades y las fuerzas armadas. Al menos entonces podríamos adquirir ese dinamismo que nuestra situación exige desesperadamente; iniciar el camino hacia un futuro aún más grande que el pasado de Inglaterra.

El ideal que guía mi vida

Desde la guerra he venido insistiendo simultáneamente en cinco objetivos fundamentales. La auténtica unión de Europa; la unión del Gobierno con la ciencia; el poder del Gobierno para poder actuar con rapidez y decisión, aunque siempre sujeto al control parlamentario; la dirección efectiva del Gobierno para resolver los problemas económicos mediante la regulación de los mecanismos de precios y salarios, que son los dos puntos clave del mundo industrial moderno, y un plan claramente definido que impulse a la humanidad hacia formas superiores de vida ²⁴⁵.

Es extraño que los espíritus jóvenes se hayan sentido atraídos por este último aspecto de mi pensamiento, que entra casi en el terreno de las ideas abstractas, más que por mis proposiciones prácticas en economía y en política. La razón estriba quizá en que los pueblos gustan del ideal más que de las realizaciones prácticas en épocas en que estas últimas no parecen ser vitalmente necesarias. Con la vista puesta en una etapa superior, esto es alentador, pues indica que, cuando la ciencia libere al mundo de la corrosiva ansiedad de las cosas materiales, la humanidad volverá su mirada hacia el pensamiento que eleva y la belleza que inspira. Sin embargo, hoy por hoy, la triste realidad es que antes hay que resolver muchos problemas prácticos y enfrentarse con muchos peligros amenazadores.

Esta tesis sobre formas superiores de vida fue precedida por un desafío sustancial a la reclamación, ampliamente aceptada, de los comunistas, según la cual la Historia está de su parte. Muy al contrario, ellos son prisioneros permanentes de una fase transitoria del desarrollo humano que está ya ampliamente superada gracias al desarrollo de la ciencia moderna. No sólo se da el hecho de que la primitiva brutalidad de sus métodos es posible únicamente en países atrasados, sino que además todo su pensamiento es aplicable únicamente a comunidades primitivas. Tanto sus teorías económicas como su concepción materialista de la Historia pertenecen por entero al siglo pasado. A este pensamiento, todavía prisionero de sus limitaciones temporales, oponemos nosotros otro pensamiento derivado de toda la tradición histórica europea y enriquecido con la ya larga serie de aportaciones científicas modernas. Desafiamos a la idea del siglo XIX con la idea del siglo XX.

El comunismo pudo triunfar en el pasado con sus doctrinas ya anticuadas, precisamente porque es un credo materialista que no reconoce nada más allá de las motivaciones materiales y de la urgencia de satisfacer las necesidades materiales. Sin embargo, los hombres modernos han superado esta condición tan ciertamente como el jet a reacción ha vencido las leves de la gravedad que descubrió Newton. El mismo impulso de la naturaleza espiritual del hombre, apoyado por el continuo desarrollo de la ciencia, puede inspirarle para logros aún más grandes y elevarle a alturas nunca soñadas.

El desafío al materialismo comunista fue expresado en Europa: Fe y Proyectos, como sigue: «¿Cuál es entonces el propósito de todo esto? ¿Es sólo la consecución de logros materiales? ¿Estarán satisfechas todas nuestras necesidades cuando uno de nosotros pueda comer y beber cuanto le plazca, esté asegurado contra toda posible enfermedad y contra la vejez, cuando tenga una casa, un aparato de televisión y pueda disfrutar

²⁴⁵ Europe: Faith and Plan, 1958.

todos los años de unas prolongadas vacaciones junto al mar? ¿Qué otra perspectiva puede ofrecernos la civilización comunista salvo ésta, que la ciencia moderna puede satisfacer fácilmente dentro de pocos años? Si empezamos por participar en la creencia de que toda la Historia puede ser interpretada exclusivamente en términos materiales, y que cualquier objetivo espiritual es un truco y una ilusión, cuyo único objetivo es distraer a los trabajadores de sus auténticas metas materiales, consistentes en mejorar sus condiciones — la única realidad a tener en cuenta —, ¿qué finalidad tendremos en este mundo una vez que hayan cubierto con éxito todos esos objetivos, salvo la satisfacción de nuevos deseos materiales? Una vez la ciencia haya proporcionado los medios para satisfacer las necesidades materiales básicas, ¿qué meta ulterior pueden proponernos, si no es la creación de diversiones cada vez más fantásticas para saciar de forma continuamente nueva los apetitos materiales? Si la civilización soviética logra sus ambiciones últimas, ¿tendrán que acabar organizando carreras de sputniks alrededor de las estrellas para mitigar el tedio de ser un comunista?

»E1 comunismo es un credo limitado y sus limitaciones son inevitables. Si el impulso original es la envidia, la malicia, el odio contra todo aquel que tiene algo que tú no tienes, estás condicionado inevitablemente por la naturaleza del impulso al que debes el origen de tu fe y tus acciones. Esta emoción inicial puede estar justificada, puede estar basada en la justicia, en la indignación contra el vil trato que recibieron los obreros en los primeros días de la revolución industrial. Pero si tomas este credo, lo llevas contigo, lo encierras dentro de ti como entre los muros de una prisión, porque cualquier desviación de sus formulaciones iniciales puede significar que adoptas en cierto modo la forma odiada del hombre que en cierta ocasión tuvo lo que tú no podías conseguir, entonces, cualquier cosa que esté por encima o más allá de ti mismo es mala. En realidad, él puede estar muy lejos de ser una forma más elevada; puede muy bien ocurrir que no sea más que el producto decadente de una vida fácil que es incapaz de utilizar ni siquiera para su propia superación, un innoble ejemplo de la oportunidad perdida. Pero si tu primer impulso es envidiarle y odiarle, te incapacitarás para cualquier movimiento que te lleve más allá de ti mismo, por temor a llegar a parecerle a él, al nombre que tuvo algo que tú no pudiste conseguir.

»De esta manera tu ideal no es algo que vaya más allá de ti mismo, y menos aún más allá de cualquier cosa de las que ahora existen, sino que, por el contrario, estás petrificado, convertido en una imagen fosilizada del sector de la sociedad que, a mediados del siglo pasado, estuvo más deprimido, explotado y limitado por todo tipo de circunstancias materiales. En este caso, la urgencia real estriba en arrastrar todo hacia el nivel de vida más bajo en lugar de intentar elevarlo todo hacia el nivel de vida más alto, de los ya conseguidos, e incluso posteriormente, elevarse por encima de él. Este sistema de valores busca en todas las cosas lo que está más bajo en lugar de lo que se encuentra más alto.

»De ahora en adelante, el comunismo no tiene ya ninguna capacidad de atraerse a las sensatas y sensibles masas de trabajadores europeos quienes, en total contradicción con la creencia marxista de su «depauperación» creciente, han llegado, gracias al esfuerzo de sus propios sindicatos y a la acción política, a participar, aunque sólo sea parcialmente, de la abundancia que la nueva ciencia empieza a proporcionarnos, y se encaminan hacia unas formas de vida y unas perspectivas en las que ni ellos mismos podrán reconocerse como aquellas miserables y oprimidas figuras de los obreros de otrora que tanto gusta divulgar el comunismo.

»A partir de ahora el ideal no es la martirizada figura del oprimido, sino el comienzo de unas formas superiores. Los hombres comienzan ya a mirar hacia arriba, en lugar de mirar hacia abajo. Y éste es precisamente el momento en que puede tomar forma definitivamente un nuevo tipo de pensamiento político, que muchos empiezan a considerar como un nuevo impulso para la humanidad. En cuanto el hombre se vea libre de la sofocante opresión de las crueles necesidades primitivas, esto podrá convertirse en un impulso de la naturaleza misma.

»El ideal consistente en crear formas superiores de vida sobre la tierra puede alzarse ahora ante los hombres con toda la fuerza de los proyectos espirituales, que no son únicamente una abstracción filosófica, sino la expresión concreta de unos deseos profundamente humanos. Todos los hombres quieren que sus hijos vivan mejor de lo que ellos han vivido, de la misma manera que ellos intentaron por sus propios medios elevarse por encima del nivel de sus padres, cuyo cariño y cuyos sacrificios les proporcionaron frecuentemente la oportunidad de hacerlo. Esto es un impulso lógico y natural de la humanidad, y, cuando es plenamente comprendido, se convierte en un proyecto espiritual.»

Este proyecto lo describí como la doctrina de las formas superiores. La idea de una evolución continua de la humanidad desde la ameba hasta el hombre moderno, y, a partir de él, a formas cada vez más perfectas, rae ha interesado profundamente desde los días de mi encierro, cuando empecé a enterarme por primera vez de las relaciones existentes entre la ciencia moderna y la filosofía griega. Quizá sea su gran simplicidad lo que da fuerza a estas tesis; la humanidad ha evolucionado desde sus estadios más primitivos, que la ciencia moderna empieza a revelar ahora, hasta su actual etapa y continúa este largo ascenso hacia alturas inaccesibles para nuestra visión presente, siempre y cuando el impulso de la naturaleza y los proyectos de la vida sigan cumpliendo fielmente su papel. A pesar de ser sencilla hasta rozar lo evidente, si analizamos esta tesis en detalle veremos que está en abierta contradicción con los valores en boga. La mayor parte de los grandes impulsos de la vida son esencialmente simples, a pesar de la complejidad de sus orígenes. Una idea puede

estar sacada de tres mil años de pensamiento y actividad europeas, y sin embargo ser expresada de forma que cualquier hombre pueda comprenderla.

Mis pensamientos en este terreno fueron reducidos finalmente a una simplicidad extrema en las conclusiones de Europa: Fe y Proyectos: «Creer que la finalidad de la vida es evolucionar desde las formas más bajas a las más altas es recoger un hecho perfectamente comprobable. Si rechazamos este hecho, rechazamos al mismo tiempo todos los logros de la ciencia moderna, así como la evidencia recogidas con nuestros propios ojos... Creer que ésta es la finalidad de la vida resulta obligado, pues todos nosotros podemos observar que ésta es la dirección en que trabaja el mundo, compartamos o no la fe en un proyecto divino²⁴⁶. Y una vez convencidos de que ésta es la dirección en que marcha el mundo, y enfrentados a la conclusión de que ésta es la única dirección en la que puede avanzar, esto se convierte ya en un plan, puesto que es el único medio por el que el mundo podrá avanzar en el futuro. Si el plan falla, el mundo falla».

Este plan ha conseguido los más increíbles resultados — increíbles para cualquiera a quien se le hubiera dicho en el pasado lo que iba a suceder —, avanzando desde las formas más primitivas hasta las relativamente superiores de la actual etapa del desarrollo humano. Además, a la luz de los modernos conocimientos, el plan consiste claramente en un movimiento desde las formas más bajas a las más altas. Y si el plan ha avanzado tanto de este modo y ha conseguido tantas cosas, es razonable suponer que continuará así si todo continúa igual; si el mundo permanece. Por otra parte, si deseamos prolongar la existencia humana, si creemos en el origen de la humanidad que la ciencia ha dejado ahora tan claro, y en su destino, que una continuación del mismo progreso hace posible, nuestro deseo debe ser ayudar, en lugar de entorpecer, a una evolución tan evidente. Esto significa que deberíamos ponernos al servicio del plan que se mueve desde las formas más bajas a las más elevadas: esto debería convertirse en nuestro credo con respecto a la vida. Nuestra vida debe estar consagrada a ese propósito.

«En términos prácticos esto indica con toda seguridad que no deberíamos decirles a los hombres que se muestren satisfechos de sí mismos cuando lo estén, sino que deberíamos impulsarles a esforzarse en llegar a ser algo superior a sí mismos... Asegurarles a los hombres que no tenemos necesidad de superarnos a nosotros mismos, lo cual implica seguramente que los hombres son perfectos, es probablemente la más arrogante de todas las presunciones extremas. Y también es la más peligrosa de todas las locuras, porque en seguida queda muy claro que si la moral natural y la estructura espiritual de la humanidad no puede aumentar apreciablemente con los logros materiales, nos estamos arriesgando a que el mundo muera...

»Debemos aprender a vivir, y hacerlo. Debemos restaurar la armonía con la vida, reconocer la finalidad de la vida. El hombre ha liberado las fuerzas de la naturaleza precisamente en el momento en que empezaba a apartarse de la naturaleza; esto, que constituye un peligro mortal, se refleja en la neurosis de la época. No podemos limitarnos a permanecer donde estamos; esto sería una situación incómoda, peligrosa e imposible a la larga. El hombre debe elevarse por encima de su presente o fracasará, y esta vez el fracaso supondrá la derrota final y definitiva. He aquí la diferencia entre nuestra época y los períodos precedentes. En ninguna ocasión anterior se daba el caso de que el fracaso del hombre significase el final del mundo. «Esforzarse por llegar a formas superiores de vida entre los hombres no es sólo un objetivo razonable, es un credo con toda la fuerza de una convicción religiosa. No es sólo una necesidad de esta nueva era científica a la que nos ha llevado el genio del espíritu humano; es además una consecuencia directa del largo proceso de la naturaleza, en el que podemos leer como en un libro abierto la finalidad del mundo en su evolución. Y no es un objetivo mezquino y egoísta, por cuanto no trabajamos sólo para nosotros mismos, sino también para un tiempo que está por llegar. El prolongado esfuerzo de nuestras vidas servirá no sólo para salvar la civilización actual, sino además para capacitar a otras más perfectas a comprender y disfrutar de la infinita belleza de este mundo, y disponer, aparte de paz y de felicidad, de una sabiduría y conciencia de la misión del hombre.»

La doctrina de las formas superiores seguramente habrá calado en algunos, precisamente porque en una generación que se caracteriza por el profundo divorcio entre la religión y la ciencia, es una síntesis acabada de estos dos impulsos esenciales en la evolución humana. Voy a ir más lejos; estoy seguro de que las formas superiores podrán tener la fuerza de la ciencia y la de la religión, en su sentido secular, puesto que ambas derivan del mismo proceso evolutivo, investigado por primera vez el pasado siglo, y de la filosofía, quizá del misticismo, bien descrito como «el devenir eterno», que el helenismo dio primero a Europa en un original y continuo movimiento todavía presente en el pensamiento, la arquitectura y la música de las mejores tradiciones europeas.

Simplificar y sintetizar son las principales cualidades que trae consigo un pensamiento claro, y que nunca se han necesitado tan profundamente como hoy. Se requiere una saludable síntesis, una fusión de la serenidad radiante del helenismo, que ama la belleza y se preocupa de la vida con el impulso gótico de los nuevos descubrimientos impulsando a los hombres más allá de su precario equilibrio actual, en el que hasta la cordura

²⁴⁶ El mismo capítulo sostiene que esta secular creencia no entra en modo alguno en conflicto con la fe de las principales Iglesias ni obstaculiza sus tareas, que deberían ser mantenidas.

misma está amenazada. El genio de la Hélade puede devolver a Europa su equilibrio vital, la firme base desde la que la ciencia pueda alcanzar las estrellas. Aquel que pueda combinar en sí mismo esa cordura y ese dinamismo llegará seguramente a una forma superior y podrá elevarse por encima de sí mismo hasta un estado de creciente belleza y sabiduría. Y esto sí que constituye un ideal individual por el que todos pueden intentar vivir; una auténtica finalidad en la vida.

De esta manera podemos resumir el viaje a las más altas cimas del espíritu humano con la medida y la moderación que nos dan las tribulaciones y las luchas de estos años. En este momento de locura y de adversidad, podemos incluso alcanzar el equilibrio de la madurez que sólo nos traerá beneficios, utilizando las milagrosas dotes de la ciencia moderna y evitar los tempestuosos peligros que de ella pueden derivarse. Podemos, en fin, adquirir un espíritu adulto, sin el cual el mundo no podrá sobrevivir, y aprender a utilizar con prudencia y decisión las maravillas de esta época.

Espero que este relato de mi modesta participación personal en estos grandes asuntos y en las posibilidades todavía más grandes que se le ofrecen al mundo de hoy haya servido al menos para demostrar que yo he sentido siempre «repugnancia hacia los medios y las conductas crueles» que los sesudos ancianos me imputaron durante tanto tiempo, y que, en cambio, he conseguido una cierta unión del espíritu y la voluntad que me han permitido combinar pensamiento y acción; que he defendido con firmeza la construcción de una suntuosa morada para la humanidad, y que me he opuesto a toda costa a la ira y la locura de los insensatos y a cualquier destrucción sin sentido; que he seguido a la verdad tal como yo la veía, adondequiera que pudiera conducirme, y que me he aventurado a mirar y escudriñar, a través de la oscuridad, un futuro que puede hacerlo todo mejor.

ILUSTRACIONES

ILUSTRACIÓN 1. ESCUDO DE ARMAS DE LA FAMILIA, CON LA DIVISA CONCEDIDA POR LA REINA ISABEL POR HABER INFRINGIDO LA LEY.	9
ILUSTRACIÓN 2. LADY MOSLEY, MADRE DEL AUTOR.	55
ILUSTRACIÓN 3. SIR OSWALD MOSLEY, ABUELO DEL AUTOR (APODADO «JOHN BULL»).	55
ILUSTRACIÓN 4. MONUMENTO EN LA IGLESIA DE DIDSBURY A SIR NICHOLAS MOSLEY, LORD MAYOR DE LONDRES, 1599.	56
ILUSTRACIÓN 5. GRUPO NUPCIAL, MAYO DE 1920, EN HACKWOOD HOUSE, BEASINGSTOKE. EN PRIMERA FILA EL CONDE DE ATHLONE; MARCELLA DUGGAN; MARQUÉS DE LONDONDERRY; PRINCESA ALICIA, CONDESA DE ATHLONE; EL REY DE BÉLGICA; CYNTHIA CURZON; EL AUTOR; LA REINA DE BÉLGICA; ALEXANDRA CURZON; EL MARQUÉS DE SOVERAL. EN SEGUNDA FILA (CENTRO), LA MARQUESA DE CURZON; EL MARQUÉS DE CURZON; LA MARQUESA DE LONDONDERRY, IRENE CURZON; SIR CHARLES MENDL.	56
ILUSTRACIÓN 6. EL AUTOR PRONUNCIANDO UN DISCURSO CON MOTIVO DEL WAR MEMORIAL EN SU CIRCUNSCRIPCIÓN DE HARROW. EL GENERAL IRONSIDE, DE PIE A LA DERECHA DE LA FOTOGRAFÍA.	57
ILUSTRACIÓN 7. CYNTHIA CON MICHAEL.	57
ILUSTRACIÓN 8. RETRATO DE WINSTON POR MR. MOSLEY, UN JOVEN Y PROMETEDOR ARTISTA.	62
ILUSTRACIÓN 9. EN LA CONFERENCIA DEL LABOUR PARTY, 1929, CON WILLIAM JOWITT A LA DERECHA.	66
ILUSTRACIÓN 10. CYNTHIA, EL AUTOR Y LORD ROBERT CECIL.	67
ILUSTRACIÓN 11. FIESTA EN LOSSIEMOUTH. DE IZQUIERDA A DERECHA, EL AUTOR, ISHBEL MACDONALD, RAMSAY MACDONALD, ALISTAIR MACDONALD, JOHN STRACHEY.	67
ILUSTRACIÓN 12. EL AUTOR CON UN MIEMBRO DEL EQUIPO INTERNACIONAL DE SUECIA. EL AUTOR REPRESENTÓ A INGLATERRA POR ÚLTIMA VEZ EN LOS CAMPEONATOS MUNDIALES DE PARÍS DE 1937.	67
ILUSTRACIÓN 13. EL AUTOR A LOS VEINTE AÑOS.	67
ILUSTRACIÓN 14. EL PRIMER VIAJE POR AMÉRICA DEL AUTOR EN 1926 FUE PARA ESTUDIAR LA INDUSTRIA Y LA TÉCNICA AMERICANA. A SU LLEGADA, CONOCIÓ A F. D. ROOSVELT EN NEW YORK, Y POSTERIORMENTE LE ACOMPAÑÓ EN UNA PARTIDA DE PESCA POR AGUAS DE FLORIDA. MR. ROOSVELT SE CONVERTIRÍA EN PRESIDENTE SEIS AÑOS DESPUÉS. EN LA FOTOGRAFÍA, EL AUTOR ESTÁ CON CYNTHIA Y F. D. R.	127
ILUSTRACIÓN 15. EN UNA MINA AMERICANA DE CARBÓN, EN 1926.	127
ILUSTRACIÓN 16. EL BIRMINGHAM RAG MARKET, DURANTE LAS ELECCIONES GENERALES DE 1931, TRAS LA EXPULSIÓN DE LOS ASALTANTES Y LA PARTIDA DE LA MAYORÍA DEL AUDITORIO. PETER HOWARD, ENTONCES CAPITÁN DEL EQUIPO INGLÉS DE RUGBY Y MÁS TARDE LÍDER DEL MORAL REARMAMENT, ESTÁ SOBRE LA TRIBUNA (EL CUARTO CONTANDO DESDE LA IZQUIERDA). ÉL AUTOR EN EL CENTRO.	128
ILUSTRACIÓN 17. «EL EJÉRCITO PRIVADO». EL AUTOR Y SU ESTADO MAYOR VISTIENDO EL UNIFORME QUE, COMO ÉL DIRÍA DESPUÉS, «FUE UN ERROR». FRANCIS-HAWKINS ESTÁ DETRÁS DE ÉL.	128
ILUSTRACIÓN 18. UN DEBATE ENTRE EL AUTOR Y JAMES MAXTON EN EL FRIENDS'MEETING HOUSE, DE EUSTON ROAD, EN FEBRERO DE 1933; LLOYD GEORGE EN LA PRESIDENCIA. ESTE DEBATE DIO ORIGEN A UNA ACCIÓN POR LIBELO CONTRA EL STAR, EN LA QUE EL AUTOR FUE INDEMNIZADO CON 5.000£.	137
ILUSTRACIÓN 19. MUSSOLINI Y EL AUTOR EN UNA PARADA FASCISTA EN ROMA.	137
ILUSTRACIÓN 20. LLOYD GEORGE SE GUASEA DEL AUTOR CON EL SALUDO FASCISTA CUANDO ABANDONA CHURT.	137
ILUSTRACIÓN 21. EN UN MITIN FASCISTA EN LIMEHOUSE TRAS LA PROHIBICIÓN DEL UNIFORME.	138
ILUSTRACIÓN 22. MANIFESTACIÓN A TRAVÉS DE EAST LONDON.	138
ILUSTRACIÓN 23. UNA CONCENTRACIÓN BLACKSHIRT EN HYDE PARK, 1934.	187
ILUSTRACIÓN 24. UN CLUB BLACKSHIRT.	187
ILUSTRACIÓN 25. EL AUTOR INICIA UN DISCURSO.	188
ILUSTRACIÓN 26. ALCANZADO POR LOS PROYECTILES.	188
ILUSTRACIÓN 27. CAE SOBRE LA TRIBUNA.	188
ILUSTRACIÓN 28. CAMINO DEL HOSPITAL.	188
ILUSTRACIÓN 29. LOS GRANDES MÍTINES BLACKSHIRT AL AIRE LIBRE FUERON IMPEDIDOS DE FORMA EFECTIVA POR LA PUBLIC ORDER ACT, 1936, QUE PROHIBIÓ EL USO DE UNIFORMES Y NEGÓ EL DERECHO A MANTENER EL ORDEN EN LAS ASAMBLEAS EN LOCAL ABIERTO. LOS MÍTINES EN LOCAL CERRADO CONTINUARON CON ASISTENCIA Y ENTUSIASMO CRECIENTES, QUE CULMINARON EN EL DE EARL'S COURT EXHIBITION HALL, JULIO DE 1939, QUE FUE CONSIDERADO ENTONCES COMO EL MAYOR MITIN EN LOCAL CERRADO DEL MUNDO.	197
ILUSTRACIÓN 30. DIANA.	198

ILUSTRACIÓN 31. EL AUTOR CON DIANA Y ALEXANDER LA VÍSPERA DE SU ARRESTO, MAYO DE 1940. ELLA FUE DETENIDA CINCO SEMANAS DESPUÉS, CUANDO SU HIJO MAX TENÍA SÓLO ONCE SEMANAS.....	198
ILUSTRACIÓN 32. UN MITIN EN EL BIRMINGHAM TOWN HALL, 1956.	257
ILUSTRACIÓN 33. DEBATE EN CAMBRIDGE UNION. LOS DISCURSOS DEL AUTOR EN LA OXFORD Y CAMBRIDGE UNION, DESPUÉS DE LA GUERRA, FUERON OBJETO DE MUCHOS COMENTARIOS: SIR OSWALD MOSLEY RECIBIÓ «UNA OVACIÓN ANOCHE POR PARTE DE LA MULTITUD QUE ATESTABA LA SEDE DE LA OXFORDA UNION» (NEWS CHRONICLE, 20 DE MAYO DE 1960). «EVIDENTEMENTE, MOSLEY IRRADIABA SENTIDO COMÚN» (ISIS, 25 DE MAYO DE 1960). «RESULTA YA UN TÓPICO DECIR QUE LA CARRERA DE SIR OSWALD MOSLEY ES LA MÁS FASCINANTE DE LAS DE TODOS LOS POLÍTICOS DE ESTE SIGLO» (CHERWELL, 25 DE OCTUBRE DE 1961).	257
ILUSTRACIÓN 34. ENTRE AMIGOS EN UNA TABERNA DE EAST LONDON.....	258
ILUSTRACIÓN 35. EL AUTOR CON OSWALD PIROW.....	258
ILUSTRACIÓN 36. EL AUTOR CON SUS AMIGOS DE EAST LONDON, TRAS UN MITIN.....	268
ILUSTRACIÓN 37. CON PARTE DEL AUDITORIO TRAS UNO DE LOS ORDENADOS MITINES QUE CELEBRÓ TODOS LOS AÑOS EN TRAFALGAR SQUARE HASTA 1962. A PARTIR DE ESE AÑO TRAFALGAR SQUARE LE FUE PROHIBIDO.....	268
ILUSTRACIÓN 38. PASEANDO HACIA LAS USUALES REUNIONES AL AIRE LIBRE.....	268
ILUSTRACIÓN 39. EL AUTOR HOY, A LOS SETENTA Y UN AÑOS.....	268
ILUSTRACIÓN 40. LA CASA DE LOS MOSLEY, CERCA DE PARÍS.....	269
ILUSTRACIÓN 41. JORNADA EUROPEA.....	269